

CARLOS CABALLERO JURADO

# LA DIVISIÓN AZUL

DE 1941 A LA ACTUALIDAD

HISTORIA COMPLETA DE LOS VOLUNTARIOS  
ESPAÑOLES DE HITLER



# ÍNDICE

Dedicatoria

Nota previa sobre topónimos

Siglas utilizadas

Listado de mapas

- I. «¡RUSIA ES CULPABLE!»..LA DIVISIÓN AZUL EN SUS PERSPECTIVAS HISTÓRICAS
- II. «¡RUSIA ES CUESTIÓN DE UN DÍA!»..DE ESPAÑA A NÓVGOROD, LA CUNA DE RUSIA.JUNIO-OCTUBRE DE 1941
- III. «¡NADA NOS IMPORTA EL FRÍO, TENIENDO LA SANGRE ARDIENTE!»..GUERRA AL ESTE DEL RÍO VÓLJOV. OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1941
- IV. «MORIR EN LA NIEVE, COMO CARA AL SOL»..FRENANDO AL EJÉRCITO ROJO AL OESTE DEL VÓLJOV.ENERO-AGOSTO DE 1942
- V. «CUANDO VUELVA A ESPAÑA CON MI DIVISIÓN»..ASEDIANDO LENINGRADO: GLORIA Y TRAGEDIA EN KRASNY BOR. SEPTIEMBRE DE 1942-MARZO DE 1943
- VI. «ADIÓS, HERMOSA KATIUSHA»..A LA DEFENSIVA FRENTE A LENINGRADO. ABRIL-OCTUBRE DE 1943
- VII. «¡ADIÓS, LILÍ MARLÉN!»..DE LENINGRADO A BERLÍN, PASANDO POR LOS PIRINEOS Y LOS BALCANES.NOVIEMBRE DE 1943-MAYO DE 1945
- VIII. «¿A QUÉ FUIMOS A RUSIA?»..LOS DIVISIONARIOS DESPUÉS DE 1945: PRISIONEROS, HERMANDADES Y TESTIMONIOS
- IX. EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO

Bibliografía y hemerografía

Créditos

Dedicado a la memoria de mis maestros,  
César Ibáñez Cagna y Fernando Vadillo Ortiz de Guzmán.

## NOTA PREVIA SOBRE TOPÓNIMOS

Dado que el ruso se escribe con alfabeto cirílico, era imprescindible para alemanes y españoles el transcribir los topónimos al alfabeto latino. Los alemanes lo hicieron de acuerdo con su propia fonética en los planos que imprimieron, y el río Vóljov —por ejemplo— aparecía como Wolchow. Los españoles usaron la transcripción que hacían los alemanes, y a la vez la adecuaron en ocasiones a la fonética española. Siguiendo con el ejemplo de este río, en los textos escritos por divisionarios podemos encontrarlo citado como Volchov, Wolchof, Voljof, etc. En los textos escritos por divisionarios he respetado la forma en que transcribieron los topónimos rusos, pero en los de mi autoría he atendido a la transcripción que me han aconsejado personas que conocen el idioma ruso y —a la vez— nuestra fonética.

## SIGLAS UTILIZADAS

**AGMA.** Archivo General Militar de Ávila.  
**Aufstellungstab.** Plana Mayor de Organización.  
**Ausbildungstab.** Plana Mayor de Instrucción.  
**CHEKA.** Chrezvychnaya Komissiya, Comisión Especial.  
**CIPETA.** Comisión Interministerial Para el Envío de Trabajadores a Alemania.  
**CTE.** Compañías de Trabajadores Extranjeros.  
**DA.** División Azul.  
**DEV.** División Española de Voluntarios.  
**DIAPER.** Dirección de Apoyo al Personal del Ministerio de Defensa.  
**DNA.** Delegación Nacional de Asociaciones.  
**DNB.** Deutsche Nachrichten Buro. Agencia oficial de prensa alemana.  
**DNE.** Delegación Nacional de Excombatientes.  
**DNO.** Delegación Nacional de Organizaciones.  
**EA.** Escuadrilla Azul.  
**Ersatzdienststelle Spanische Division.** Delegación para Reemplazos de la División Española.  
**Ersatzheer.** Ejército de Reemplazo alemán.  
**Ersatzkommando der Spanische Legion.** Mando de Depósito de la Legión Española.  
**FDA.** Fundación División Azul.  
**Flak.** Artillería antiaérea.  
**Freiwilligen Einheit Solbad Hall Tiro.** Unidad de Voluntarios de Solbad Hall Tirol.  
**Freiwilligen Einheit Stablack.** Unidad de Voluntarios de Stablack.  
**Golubaya Diviziya.** División Azul, en ruso.  
**GULAG.** Administración General de Campos de Trabajo y Colonias Correccionales.  
**GUPVI.** Administración General para los Asuntos de los Prisioneros de Guerra y los Internados.  
**HDA.** Hermandades de la División Azul.  
**Hilfswillige.** Auxiliares voluntarios.  
**HNDA.** Hermandad Nacional de la División Azul.  
**I. G.** Instrucción General.  
**JONS.** Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas.  
**KPD.** Partido Comunista Alemán.  
**LA.** Legión Azul.

**LVF.** Deutsche Sonderstab Beim. Plana Mayor Especial alemana de la Legión de Voluntarios Franceses.

**MMI.** Medalla Militar Individual.

**NKGB.** Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado.

**NKVD.** Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (Policía política soviética).

**OKH.** Oberkommando des Heeres. Alto Mando del Ejército.

**OMSBON.** Brigada Motorizada Independiente para Servicios Especiales.

**OSS.** Oficina de Servicios Estratégicos de Estados Unidos (precedente de la CIA).

**OT.** Organización Todt.

**Panzerwaffe.** Arma Acorazada.

**Schwerpunkt.** Punto de esfuerzo principal en la batalla.

**SD.** Sicherheitdienst. Inteligencia Militar, sustituto del Abwehr.

**SEU.** Sindicato Español Universitario.

**SF.** Sección Femenina.

**SHM.** Servicio Histórico Militar.

**Sipo-SD.** Sicherheitpolizei-Sicherheitdienst. Policía de Seguridad.

**Spanische Legionär-Kompanie.** Compañía Legionaria Española.

**SPD.** Partido Socialista Alemán.

**VDK.** Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge. Liga Popular para el Cuidado de los Cementerios Militares Alemanes.

**VDS.** Verband Deutscher Soldaten. Federación de Asociaciones de Veteranos alemanes.

**Verbindugstab.** Plana Mayor de enlace.

## LISTADO DE MAPAS

- Mapa 1.* La marcha hacia el frente (septiembre-octubre de 1941)
- Mapa 2.* Ofensiva alemana al este del Vóljov (octubre-diciembre de 1941)
- Mapa 3.* Despliegue inicial y ofensiva planeada hacia Borovichi
- Mapa 4.* Operaciones de la División Azul en la cabeza de puente del Vóljov (octubre-diciembre de 1941)
- Mapa 5.* Ofensiva rusa contra el sector septentrional de la División Azul (24 a 27 de diciembre de 1941)
- Mapa 6.* El Ejército Rojo cruza el Vóljov (enero de 1942)
- Mapa 7.* Acción de los esquiadores españoles en el lago Ilmen (enero de 1942)
- Mapa 8.* El Grupo de Ejércitos Norte, al borde del colapso (enero-febrero de 1942)
- Mapa 9.* La crisis del 18.º Ejército en el invierno y primavera de 1942
- Mapa 10.* Operaciones de la División Azul (febrero-marzo de 1942)
- Mapa 11.* Operaciones de la División Azul (abril-mayo de 1942)
- Mapa 12.* Despliegue final de la División Azul en el Ilmen y el Vóljov (junio-agosto de 1942)
- Mapa 13.* Cambio de frente (agosto de 1942)
- Mapa 14.* Organización de los Servicios de Retaguardia
- Mapa 15.* Zona de operaciones de la División Azul al sur de Leningrado
- Mapa 16.* El cerco de Leningrado (diciembre de 1942-enero de 1943)
- Mapa 17.* La Operación «Estrella Polar»: el gran fracaso
- Mapa 18.* Despliegue de la División Azul (enero de 1943)
- Mapa 19.* 10 de febrero en el sector del 18.º Ejército
- Mapa 20.* Despliegue de la División Azul (10 de febrero de 1943)
- Mapa 21.* El ataque soviético y su contención
- Mapa 22.* Reorganización de la División (marzo-mayo de 1943)
- Mapa 23.* Últimos meses en el frente. Despliegue a 1 de octubre de 1943
- Mapa 24.* La breve historia de la Legión Azul
- Mapa 25.* El «Batallón Fantasma»

«¡RUSIA ES CULPABLE!».  
LA DIVISIÓN AZUL EN SUS PERSPECTIVAS HISTÓRICAS

Hay países europeos donde la rusofobia es muy débil, como España. Cuarenta años predicando contra la URSS no han servido de mucho. En realidad, la propaganda franquista no iba contra Rusia y los rusos, sino contra el comunismo. Antes de la Guerra Civil no había ni juicios ni prejuicios contra Rusia en España.

MARÍA ELVIRA ROCA BAREA, *Imperiofobia y Leyenda Negra*

La vecindad entre naciones, no hay duda, es la causa de las guerras entre ellas. Dado que España y Rusia se encuentran en los extremos de Europa, nuestros conflictos con Rusia han sido casi inexistentes, así que cuando varias decenas de miles de españoles decidieron participar en una remota y dura campaña militar, respondiendo al conjuro de la frase «¡Rusia es culpable!», por fuerza nos debe sorprender.

Rusia y España han compartido «vocación imperial», y en su expansión hubo incluso un momento en que llegaron a tener frontera. Ocurrió en el XVIII, cuando España mandó varias expediciones a explorar las costas noroccidentales de América del Norte y se tomó contacto con exploradores rusos que avanzaban desde Alaska hacia el sur. Ambas monarquías firmaron el Tratado de El Escorial, ratificado por Rusia (en 1790) y España (en 1794), por el que la frontera se fijaba en los 48° de latitud norte (aproximadamente en la ubicación de Vancouver). España y Rusia tuvieron frontera una vez, pero fue en el otro extremo del mundo.

No deja de ser significativo que entre los primeros estudiosos de las relaciones entre España y Rusia figurase José María Sánchez Diana, un veterano de la División Azul, ya que como muchos de sus camaradas, había vuelto a España fascinado por Rusia. En uno de sus libros estudió la singular guerra que Rusia declaró a España en 1799, en el complejo marco de los conflictos desencadenados por la Revolución Francesa, y que no pasó de ahí, de la simple declaración (Sánchez Diana, 1963). La relación hispano-rusa ya había tenido antes algún momento tenso. Felipe II, en cuyas posesiones jamás se ponía el sol, pensaba en términos globales. Enfrascado en la guerra contra los herejes, deseaba contar para ello con los polacos, adalides del catolicismo romano. Pero estos a su vez mantenían luchas en varios frentes: contra los suecos luteranos, contra los otomanos musulmanes, y con un poder emergente, el de la Rusia ortodoxa. Los zares, y destacadamente Iván el Terrible, presionaban a los polacos desde el este, y eso le preocupó lo suficiente a Felipe II como para ordenar preparar un plan para llevar tropas españolas al remotísimo puerto ruso de Arkanjelsk, en el boreal Mar Blanco, desde donde actuarían en apoyo de los polacos. No hizo falta implementarlo, ya que Polonia no solo frenó el empuje ruso, sino que

contraatacó hasta alcanzar Moscú. El plan se archivó, pero pudo haber dado origen a alguno de esos episodios tan fascinantes de la historia militar española.

Aun así hubo presencia de españoles en las luchas en los confines ruso-polacos. Lo raro hubiera sido que no hubiera por allí ningún español, dicha sea la verdad. Los guerreros españoles del siglo XVI —la época en la que nadie dudaba que nuestros soldados eran los mejores del mundo— protagonizaron historias que hoy nos sorprenden. Y no me refiero solo a las bien divulgadas gestas de Cortés o Pizarro, sino a otras mucho menos conocidas. Como botón de muestra cabe recordar las hazañas por Camboya de Blas Ruiz, capitaneando un diminuto ejército que —para que todo resulte más exótico— estaba compuesto también por samuráis japoneses. O la no menos fascinante historia de cómo un ejército de mercenarios españoles bajo el mando de un compatriota natural de Cuevas de Almanzora —aunque fuera conocido como Yudar Pachá— conquistó en 1591 Tombuctú, al servicio del sultán de Marruecos.

Como había guerreros de fortuna españoles un poco por todas partes, también los hubo en aquellas latitudes, aunque esta presencia haya sido olvidada por nosotros. Pero no por los rusos: por eso aparecían en la película rusa *1612*, que conmemora la definitiva expulsión de los polacos de Moscú: una superproducción destinada a fomentar el orgullo ruso, ahora que la mitología marxista-leninista de la «Revolución de Octubre» es incómoda como elemento legitimador de la gran nación eslava. Porque los rusos no ignoraban que hubo españoles en aquellas batallas. Uno de los protagonistas de la cinta era un español, al que se nombraba como Álvaro Borja y, pese a la crueldad que cabe esperar de un soldado así, se le mostraba bajo un perfil «humano», hasta romántico. Álvaro Borja aparecía junto a otros mercenarios a sueldo de los polacos, y ninguno era tratado de la misma manera, un dato a recordar, porque sugiere una cierta hispanofilia rusa. Pero episodios como este no tienen más que un interés anecdótico.

Será el gigantesco cataclismo bélico de la Guerras Napoleónicas el que, por vez primera, lleve a soldados españoles en cantidades relevantes a una campaña contra Rusia. La historia del Regiment Joseph Napoléon es la de unos prisioneros de guerra españoles (miembros del ejército del marqués de la Romana, enviado a Dinamarca en virtud de los tratados entre Carlos IV y Napoleón, que cayeron en manos francesas) que iban a vivir una singular peripecia. Abandonados a su suerte tras el inicio de la Guerra de Independencia española, el Gran Corso los reclutó a la fuerza para su ejército en 1809, a cuenta de que eran súbditos del «nuevo rey de España», su hermano José I. Nunca se les usó en España, y en cambio participaron en la campaña de Rusia. El empleo de los españoles en aquella guerra, que jamás consideraron como suya, fue un fracaso, y desertaron en tan gran número como para que los rusos pudieran organizar un regimiento español integrado en su propio ejército (bautizado Regimiento «Imperial Alejandro»). Para mantener a los españoles en sus filas, los franceses tuvieron que recurrir a ejecuciones en masa de soldados considerados «rebeldes» (en una ocasión, 69 fueron ajusticiados a la vez). Tras la retirada de Rusia, y ante la falta de efectivos, se hizo lo posible para mantener al Regiment Joseph Napoléon, pero finalmente fue convertido en una unidad de trabajadores y acabó disuelto en 1814. Vale la pena recordar ese precedente a la hora de juzgar el acontecer de la División Azul.

La historia del Regiment Joseph Napoléon tiene, sin embargo, el suficiente exotismo como para que se hayan publicado libros de testigos de su aventura, alguno recientemente (Llanza, 2008). El Regimiento «Imperial Alejandro», que no llegó a combatir contra las tropas napoleónicas en Rusia, también ha merecido un libro recientemente (Alemparte, 2015). Una última

precisión necesaria: también hubo españoles en la «Legión Portuguesa» que formó parte del ejército de Napoleón en Rusia, un conjunto multinacional. Cuando Napoleón invadió Portugal en 1808, ordenó crear esa Legión, para usarla en Europa, y poco después la hizo abandonar Portugal y atravesar España. Las deserciones fueron masivas y la «Legión Portuguesa», para compensarlas, enroló a la fuerza a prisioneros de guerra españoles durante su travesía por nuestro suelo, de manera que en esa Legión los españoles eran mayoría. Como vemos, desafortunadas circunstancias arrastraron hasta Rusia a muchos españoles, a una campaña en la que ninguno deseó participar (la historia del Regimiento José Bonaparte y de la Legión Portuguesa, en Dempsey, 2002).

Hago un inciso en el relato para hacer constar que cada vez que tenga que referenciar un libro o un artículo que considero importante para este tema, lo haré citando el autor y el año de edición entre paréntesis, para que el lector pueda encontrar los datos sobre esa fuente en el apéndice de fuentes bibliográficas y hemerográficas que pone punto final a este libro. Otros libros y artículos han inspirado el presente texto, pero relacionarlos todos haría larguísima la lista.

Dejando de lado el carácter de precedente de una intervención militar de españoles sobre territorio ruso, salta a la vista que nada tienen en común la historia del Regiment Joseph Napoléon, y la División Azul. Mientras que el primero es una curiosidad histórica, la segunda ha dejado una huella profunda, que permanece viva setenta años después. Y que despierta una apasionada polémica cada vez que aparece en el debate público.

El año 2018 ha sido prolífico en ejemplos. Empezaba marzo cuando cadenas de TV y periódicos se hicieron eco de lo que consideraban un escándalo: la Dirección de Apoyo al Personal (DIAPER) del Ministerio de Defensa estaba financiando la repatriación a España de restos de caídos de la División Azul. Ciertamente el monto total era casi irrelevante, pues se habían invertido 23.000 euros desde 2003, y desde esa fecha el total de restos repatriados era de 23. ¿A qué tanto escándalo? Tenía todo que ver con el hecho de que el gobierno del PP, en la que iba a ser una de sus últimas decisiones, vetase en uso de sus atribuciones la tramitación parlamentaria de la «Proposición de Ley para la Reforma de la Ley 52/2007 por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas a favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura», que el PSOE había presentado en diciembre de 2017.

Esta propuesta de reformar la llamada «Ley de la Memoria Histórica», promulgada en su día por el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, tenía aspectos inquietantes en cuanto a la libre discusión histórica de los hechos relacionados con la Guerra Civil y el régimen franquista, pues establecía una especie de «comisariado político» para dictaminar qué se puede opinar y qué no sobre esos temas, pero para rechazarla el PP solo usó una razón económica: el coste de su aplicación, evaluado en cientos de millones de euros. Al reducir el debate a ese tema, planteó el problema en el terreno que sus opositores deseaban: puesto que había dinero para repatriar restos de caídos de la División Azul, al negarse por razones económicas a aceptar la ley propuesta por los socialistas, en nombre de la ahora llamada «Memoria Democrática», lo que estaba «evidenciando» el PP era su «ADN franquista». Los titulares de prensa fueron elocuentes: «División Azul contra Víctimas de Franco: la memoria histórica abre otro frente contra Rajoy».

La realidad de los hechos era muy distinta. Si había repatriaciones de cadáveres de caídos de la División Azul se debía a un acuerdo firmado en 1995 por el gobierno de Felipe González con la

Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge. La VDK (Liga Popular para el Cuidado de los Cementerios Militares Alemanes) es una ONG alemana que se encarga de construir y cuidar los cementerios de los alemanes caídos en la Primera y Segunda Guerra Mundial, repartidos por el mundo. Desde el derrumbe del comunismo en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, la VDK está levantando cementerios en Rusia y las demás repúblicas exsoviéticas, para inhumar a los caídos cuyos restos se puedan descubrir. Tarea difícil, pues durante la Segunda Guerra, los soviéticos arrasaban los cementerios alemanes (y los de los otros ejércitos que lucharon contra ellos) a medida que expulsaban a la Wehrmacht de la URSS.

Como en la zona septentrional de Rusia se estaban encontrando restos de soldados de la División Azul española, la VDK negoció con el gobierno español, y este acordó una subvención a esta ONG alemana a cambio de la recuperación de los restos de los españoles, para darles digno enterramiento. Quien era el ministro de Defensa a la sazón, el socialista Julián García Vargas, había tenido un familiar que sirvió en la División Azul, y eso quizás explique el interés que se tomó en el tema. Pero, que nadie se llame a engaño, porque —ya que ese 1995 se estaba conmemorando el final de la Segunda Guerra Mundial— el principal gesto que hizo García Vargas, fue mandar erigir en el Cementerio de Fuencarral un gran monumento de «Homenaje a los Españoles Caídos por la Libertad de Europa» (lo que quería decir, a los españoles que cayeron formando parte de alguno de los Ejércitos Aliados), aunque lo que se impuso en la mitad oriental de Europa no fuera precisamente la libertad. La División Azul (en adelante usaré con frecuencia la abreviatura DA) ya disponía de otro monumento análogo propio, muchísimo más modesto, pero no se había pagado con fondos públicos, sino con aportaciones de los veteranos de la DA.

Volvamos a suelo ruso. En las zonas donde junto a caídos alemanes se encontraban restos de voluntarios de otras nacionalidades que habían servido en la Wehrmacht, la política de la VDK era agrupar a estos en sectores diferenciados de los cementerios que se estaban creando. En el de Pankovska (Nóvgorod), radicado en una región donde la DA había estado desplegada muchos meses, se estableció un área para los caídos españoles, pero también había —por ejemplo— zonas para los restos de los voluntarios anticomunistas del Flandes belga, que igualmente habían combatido en la zona. No era España la única nación que había llegado a acuerdos con la VDK, claro está. El acuerdo hispano-alemán preveía que las familias de caídos españoles que lo desearan podrían repatriar sus restos, con el concurso de la Dirección de Apoyo al Personal (DIAPER) de nuestras Fuerzas Armadas. Y como el acuerdo ha estado en vigor desde entonces, se da la circunstancia de que bajo el gobierno socialista de Rodríguez Zapatero se repatriaron más restos que bajo el gobierno conservador de Rajoy.

Pero nadie hizo caso de las explicaciones que en torno a la noticia dio la DIAPER: de lo que se trataba era de usar el tema «División Azul» en la propaganda política, pues se sabe que en España sigue despertando pasiones. Uno de los argumentos preferidos por la izquierda historiográfica y mediática es que rendir algún tipo de homenaje a los caídos en Rusia es algo inimaginable en ningún país democrático europeo. La falsedad de esa aseveración la puede comprobar cualquier lector que tenga la curiosidad de teclear en un buscador de Internet la frase «Tempo Sacratio di Cargnacco». Se trata de un templo inaugurado hace relativamente poco tiempo, para honrar el recuerdo de los aproximadamente 90.000 caídos y desaparecidos que tuvo Italia en la campaña rusa. A diferencia de España, Italia repatría sistemáticamente todos los restos de sus caídos que se encuentran, sin esperar a que la familia así lo demande, pero lo más

llamativo es que para recibir esos restos se realizan solemnes actos militares, y cada cajón con restos, cubierto por una bandera, es transportado por un soldado del Ejército Italiano hasta su descanso definitivo. Algo inimaginable en España, donde cuando la DIAPER repatría los restos de un caído en Rusia por petición de la familia, se le entregan a esta como si fuera un paquete en un hangar de carga de un aeropuerto, para que sus deudos lo entierren donde estimen oportuno, sin ceremonia oficial alguna.

Apenas habían pasado unas semanas cuando la TV y la prensa se hicieron eco de otro «escándalo». En nombre de la «memoria histórica» el callejero de Madrid se había purgado de nombres «franquistas» hace ya mucho tiempo. Pero cuando en la capital entró a gobernar el equipo de Manuela Carmena, con el apoyo de la formación de izquierda radical Podemos, y del PSOE, consideraron que aún había demasiadas calles cuyos nombres les parecieron intolerables. Una de ellas fue la Calle «Caídos de la División Azul». Para sorpresa de los nuevos gobernantes municipales, su idea de retirar el nombre de la calle despertó la abierta oposición de un grupo de familiares de esos caídos, que desde el 2015 protestaron una y otra vez, en diferentes formas contra la medida. Una de sus vías de acción fue la judicial. Y en los primeros días de abril de 2018 los medios de comunicación se hicieron eco de algo que sorprendió: un juzgado de Madrid dio la razón al Colectivo de Familiares de Caídos de la División Azul, negando que fuera necesario cambiar el nombre de la calle para hacer cumplir la Ley de la Memoria Histórica. El ayuntamiento dijo que recurriría a otros procedimientos administrativos para cambiar el nombre de la calle, porque era su decisión el borrar a la DA del callejero.

No era la primera vez que un cambio de nombre desencadenaba una polémica de ámbito nacional. Decenas de ciudades y pueblos han borrado de sus callejeros el nombre «División Azul», y también el de aquellos de sus miembros que fueron honrados con calles en otros tiempos (en general se trató de caídos en combate). Pero en Alicante se dio un caso llamativo. Ya en 1981 un gobierno municipal de izquierdas quiso cambiar el nombre de la Plaza de la División Azul existente en la ciudad, encontrando la oposición vecinal. Se optó por enterrar el tema, pero cuando recientemente la izquierda volvió de nuevo al poder, se planteó de nuevo cambiar una amplia lista de nombres de calles y plazas. Esta incluía la de la División Azul, pero también la plaza dedicada a Calvo Sotelo, asesinado por activistas del Frente Popular en julio de 1936, apenas días antes del inicio de la Guerra Civil. Para sustituir a los nombres que se querían borrar se optó por personajes de perfil izquierdista, y ajenos a la ciudad de Alicante, como Clara Zetkin o Rosa Luxembourg. El PP, en la oposición, se opuso al proyecto, al entender que Calvo Sotelo no podía ser acusado de «franquista», ni de haber estado implicado en actividad represora alguna, pero también por lo que llegaron a calificar como una «sovietización» del callejero. En sus argumentos jamás hicieron referencia a la DA.

El caso es que, dado el complicado equilibrio de fuerzas políticas en el consistorio alicantino, en 2017 el gobierno de izquierdas optó por saltarse el procedimiento reglamentario — un pleno del ayuntamiento— y decidió proceder al cambio de nombre de las calles en reunión restringida del equipo de gobierno municipal. Ante tal irregularidad, el PP presentó recurso en un juzgado, pero antes de que este dictara sentencia, en una operación propagandística bien diseñada, con presencia de medios informativos, el consistorio retiró la placa de la Plaza de la División Azul. Se escamoteaba así el hecho de que la protesta de la oposición venía motivada por nombres muy concretos, como la Plaza de Calvo Sotelo, trasladando el foco a la DA, y presentando así al

PP como defensores de una «unidad nazi». Este juego de prestidigitación informativa permitió incluso realizar alusiones al Holocausto.

El procedimiento usado era tan burdo que, sin entrar en el fondo de la polémica, sino solo en las formas, el juzgado dictó que el ayuntamiento no podía tomar esa medida sin haber esperado la resolución judicial, por lo que le impuso el que repusiera las placas con los nombres que se querían suprimir. En otra operación propagandística no menos minuciosamente planteada, convocando a todos los medios de comunicación, y también a autoridades de la Comunidad Valenciana, se repusieron las placas de la Plaza de la División Azul, entre airadas protestas de un minúsculo grupo de activistas «antifascistas», y de nuevo el PP fue tildado directamente de neonazi. Periódicos y televisiones nacionales ofrecieron reportajes sobre el hecho. En cambio, de la reposición de la placa en la Plaza de Calvo Sotelo no se habló para nada. Nadie invitó a los medios. Hablar de Calvo Sotelo y de su alevoso asesinato en julio de 1936 no figuraba entre los temas que le interesaran al ayuntamiento de izquierdas. Por cierto, una crisis municipal llevó de nuevo al PP al poder municipal poco tiempo después, y ese partido aseguró que del callejero alicantino desaparecería el nombre de la División Azul. Y así ocurrió, en efecto: lo que un ayuntamiento del PSOE no había hecho en 1981 lo acabó haciendo un ayuntamiento del PP en 2018. Los nombres de algunos divisionarios caídos en Rusia, que también figuraban en el callejero alicantino, fueron igualmente suprimidos.

Nada de esto era casual. En la nueva formación política de la izquierda radical española, Podemos, alguno de sus ideólogos, como J. C. Monedero, no se recataban de hacer en público este «razonamiento»: el PP había sido fundado por un ministro de Franco, Fraga; Franco había colaborado con Hitler enviando a la DA a Rusia, lo que le hacía «cómplice del Holocausto»; y en consecuencia, dado el «ADN franquista» del PP, este podía ser tildado de neonazi. La DA era así pieza clave en el proceso de tratar de desacreditar al PP, deslegitimándolo como demócrata, aunque el citado partido jamás haya dicho una palabra a favor de la presencia de voluntarios españoles en la campaña contra la URSS.

Quienes compartían ese tipo de «argumentos» con entusiasmo eran los independentistas catalanes, que no dejaban pasar ninguna ocasión al respecto. El año 2013 encontramos un buen ejemplo. Con motivo de la celebración de un homenaje a la Guardia Civil en Cataluña, asistieron a él las hermandades de veteranos de distintos cuerpos de nuestras Fuerzas Armadas: paracaidistas, «boinas verdes», veteranos de la campaña de Ifni, etc., y entre ellos, la Hermandad de la División Azul, pero también la Asociación de Antiguos Aviadores de la República. Al final de los actos, y por parte de la llamada Ponencia de Cultura de la Defensa, que agrupa en Cataluña a estas asociaciones de veteranos —y no por parte de la Guardia Civil, ni del gobierno— se hizo entrega a todas y cada una de las hermandades de un diploma de agradecimiento por su asistencia, que sus representantes iban a recoger en una tribuna. Entre los integrantes de esta, junto al alcalde socialista de la población donde se celebraba el acto, estaba presente la delegada del Gobierno en Cataluña, y le tocó a ella entregarle el diploma a los veteranos de la DA. El escándalo estaba servido: para todos los medios de comunicación independentistas aquella era «una prueba más» de que España, un «estado filo-fascista» que oprimía a Cataluña, no dudaba en «homenajear a los nazis». La noticia se fue exagerando hasta extremos cómicos y al final se hablaba de que «la Guardia Civil organizaba homenajes a la División Azul» y los independentistas catalanes no dudaron en plantear el tema ante la mismísima Comisión Europea.

Sería prolijo enumerar todos estos «escándalos». Pero es inevitable citar alguno más, como el desencadenado en noviembre de 2015 cuando medios de comunicación vinculados al independentismo vasco señalaron lo que les parecía intolerable: el Estado alemán seguía pagando pensiones a algunos veteranos de la DA. El tema fue resaltado por los medios de comunicación españoles situados más a la izquierda, y la formación política de la extrema izquierda alemana, Die Linke, llegó a presentar una pregunta en el parlamento germano al respecto, sugiriendo casi que la canciller Merkel era la continuadora del Tercer Reich. La respuesta del Gobierno de Berlín fue la que cabía esperar: los soldados de la DA habían servido en el Ejército Alemán durante la Segunda Guerra Mundial, lo que daba ciertos derechos económicos a quienes habían sufrido mutilaciones, o enfermedades que les incapacitaban para una vida laboral normal, derechos que habían sido reconocidos por tratados internacionales entre Alemania y España firmados en los años 1960, y por tanto se habían aplicado durante muchos años con la izquierda alemana en el poder. Por otra parte, y como cabe imaginar, a estas alturas de la historia el coste de esas pensiones era minúsculo, ya que habían muerto la casi totalidad de quienes habían sido sus beneficiarios.

La dimensión internacional que encontró el suceso, en sí mismo intrascendente, se debió a que por las mismas fechas el gobierno de izquierdas de Grecia trataba de presionar a Alemania en medio de las durísimas negociaciones sobre la deuda helena. Desde Atenas se pretendía que Alemania pagara a Grecia cantidades elevadas para compensar los terribles efectos de la ocupación de su país por la Wehrmacht. Ante la resistencia teutona, una forma de presionar a Berlín fue airear el caso de los pagos a veteranos de la DA, por lo que este suceso tuvo un inesperado eco internacional.

Por el contrario, apenas se habló de hechos que resultaban inquietantes, como el veto impuesto por autoridades municipales de ayuntamientos gobernados por la izquierda a que en instalaciones municipales (como casas de la cultura) se presentaran libros que, a juicio de esas autoridades, eran «favorables» a la DA. La libertad de expresión y de investigación era burlada, de forma escandalosa, pero se guardó silencio. No menos espeso fue el silencio en torno a hechos tan indignantes como la destrucción de la tumba del general Muñoz Grandes, el primer comandante de la DA (ocurrida en el año 2015) o los varios ataques sufridos por el Monumento a los Caídos de la División Azul en el madrileño Cementerio de La Almudena (el último de ellos, en febrero de 2019). Estos hechos indudablemente reprobables por cualquiera, contrastan con el respeto con que los ciudadanos rusos tratan el monumento que —en el antes citado Cementerio Militar Alemán de Pankovska— recuerda a los caídos españoles de la DA allí enterrados.

En general, se puede decir que en relación con la División Azul, los abanderados de la «memoria histórica» se han salido con la suya y han impuesto sus deseos. Y no solo en los numerosos casos de cambios de nombres de calles, sino en otros muchos ámbitos. Un ejemplo fue lo que le ocurrió a la Hermandad de la Virgen de las Angustias, que participaba en la Semana Santa de Ciudad Real. Había sido fundada por veteranos de la DA y del Ejército Nacional en la Guerra Civil, así que desfilaba con pendones que representaban los emblemas de la Infantería, la Caballería, la Artillería y los Ingenieros, pero también con otro que aludía a la DA. En 2012, una campaña de los grupos de la memoria histórica logró que el obispado manchego impusiera a la citada Hermandad la retirada de ese pendón.

En el caso de España, a la opinión pública se le planteaban temas relacionados con la DA, y nadie tenía que pararse a explicar con detalle «qué era eso de la División Azul». Más o menos, cualquier persona medianamente informada sabía de la existencia de esa unidad. La DA era, quizás, la única unidad militar de la historia española que el público en general podía reconocer, y por ello no es extraño que en series de televisión tan populares como *Cuéntame* o *Amar en tiempos revueltos* hayan aparecido de tanto en tanto personajes que se supone encarnaban a «divisionarios». Incluso en el cuasi-eterno programa de TV *Saber y ganar* se han hecho a los concursantes preguntas sobre la DA. A los 75 años de lo que podemos considerar el meridiano de su existencia, el año 1942, esto es, en el año 2017, el recuerdo de la DA no se había evaporado, en absoluto.

Hay varias razones para ello. La más obvia es que, dado que por la División Azul pasaron, redondeando, 45.000 hombres, era muy raro el español de cierta edad que no conociera a, o tuviera referencia de, algún divisionario, y de hecho varios centenares de ellos seguían vivos cuando entramos en el nuevo milenio. Los hijos, nietos y familiares de distinto grado, de aquellos hombres sumaban centenares de miles de españoles. Quienes les habían conocido y tratado, eran millones. Y lo exótico de su historia (servir en el Ejército Alemán, en una campaña en Rusia) había atraído la atención de sus vecinos y paisanos. Cuando alguien en España usa la palabra «divisionario», no hay duda: se refiere a un veterano de la DA, aunque en realidad en la historia de España haya habido multitud de unidades militares con la entidad de «división». Y si alguna agencia de viajes, como Politours, incorporó entre sus circuitos en Rusia en 2016 uno titulado expresamente «San Petersburgo al completo y División Azul» no fue por casualidad, sino porque debía haber muchos clientes que les pidieran viajar a los escenarios donde combatieron españoles, muy posiblemente los antepasados de esos clientes.

Un segundo factor es que la DA es percibida como el epílogo (o uno de ellos) de un fenómeno que sigue obsesionando —y dividiendo— a los españoles, la Guerra Civil de 1936-1939, a la que muchos persisten en llamar «nuestra Guerra Civil» (aunque en realidad solo una absolutamente ínfima parte de los españoles que viven a día de hoy participó en ella). El interés por la Guerra Civil tiene su continuidad en el interés que despierta la DA (y las pasiones que suscita el tema de esta guerra se extienden a la unidad expedicionaria).

Un tercer factor es que la Segunda Guerra Mundial también es un hecho histórico que despierta interés en España. Desde luego, muchísimo menos que en otros países, donde el conflicto se vivió en vivo y en directo, y todo el mundo tiene familiares que participaron en ella. Pero cualquiera que se pasee por una librería observará que el tema de la Segunda Guerra Mundial está muy presente, y la DA es el capítulo más destacado de la presencia española en ese conflicto. Y como el tema de la Segunda Guerra Mundial interesa a nivel mundial, puesto que la DA personifica la participación española en ella, no es casualidad que la DA tenga entrada propia en Wikipedia en castellano y las demás lenguas españolas, pero también en otros muchos idiomas, hasta un total de 26.

El hecho es que la aparición de artículos y libros sobre la DA es constante. En 1989, junto con Rafael Ibáñez, intenté hacer un balance de los hasta entonces publicados en un libro, *Escritores en las trincheras* (Caballero, Ibáñez, 1989) que ha quedado absolutamente superado debido a la avalancha de nuevas publicaciones. Como es elevadísimo su número, no consideraré ahora el segmento de los artículos, y me limitaré a los libros. Pese a la existencia de una ya muy

amplia bibliografía al respecto, en 2017 aparecieron en el mercado editorial cuatro títulos nuevos. Y fue un año «flojo», porque si repasamos las novedades aparecidas desde que empezó la década nos encontramos con que el año 2011 aparecieron ocho novedades editoriales; en 2012 se publicaron nueve títulos nuevos; en 2013 la cifra también fue de nueve; y en 2014 fue de seis, a los que había que añadir una obra referida a ella aparecida en ruso. El año 2015 marcó otro repunte, con nueve novedades editoriales en español y —de nuevo— otra en ruso. Y 2016 no le fue a la zaga, ya que aparecieron siete obras en español, y una en polaco. Y que conste que solo hablo de libros de contenido histórico, pues para esas fechas que acabo de señalar había que citar otro hecho importante: la irrupción de la temática relacionada con la DA y los divisionarios en el mundo de la literatura, dando lugar a multitud de títulos.

Es sugestivo comparar el caso de la DA con el de los españoles que tomaron parte en la Primera Guerra Mundial, unos 2.000 y en las filas del Ejército Francés, cuyo recuerdo se ha perdido casi por completo. Una obra muy reciente sobre el tema eleva esa cifra —a mi juicio, sin fundamento— y habla de un total de unos 15.000 españoles combatientes en todos los ejércitos implicados en la contienda, aunque no establece la identidad más que de unos 1.000 y en su gran mayoría son de familias de emigrantes radicadas en Francia metropolitana o en sus colonias norteafricanas, es decir, que podríamos hablar con más propiedad de soldados de origen español que de españoles (Fernández García, 2018). Dejando de lado los sectores más disparatados de la historiografía separatista catalana (que todavía elevan más la cifra de estos combatientes españoles en la Primera Guerra a 20.000, y sugieren que casi todos eran catalanes, que lucharon en aquel conflicto para obtener la independencia) el público en general no tiene ni la más remota idea de estas peripecias de los españoles en la Primera Guerra Mundial, una gran diferencia con respecto a lo que ocurre con quienes sirvieron en la DA.

Pero tampoco conviene engañarse al respecto. Si el público en general sabía que había existido la DA, eso no significa que conociera con detalle su historia y sus circunstancias. La amplia producción historiográfica que se publica sobre ella está destinada a lectores especializados, con un marcado interés por el tema, sin que llegue a otro tipo de lectores.

Habida cuenta de que a día de hoy la condena del régimen nazi es universal, y habiendo servido la DA integrada en sus fuerzas armadas, nada es más fácil que anatematizarla. Esto lo sabían perfectamente las fuerzas políticas y los historiadores de izquierdas, que siempre que se referían a ella la señalaban como «parte de las fuerzas nazis». Como cabe imaginar, ni los intelectuales ni los políticos de fuerzas de centro derecha o derecha españolas intentaban en modo alguno salir en su defensa.

Sin embargo, el intento de asociar a la DA con el nazismo y el Holocausto ocultaba por entero el significado de su existencia. Las razones por las que más de 45.000 españoles estuvieron combatiendo en Rusia no tienen nada que ver ni con lo uno ni con lo otro. Esas razones hunden sus raíces en un fenómeno muy distinto, la polarización de Europa a partir de octubre de 1917 entre quienes apoyaban, admiraban —o al menos disculpaban— la instauración en Rusia de un régimen comunista impuesto por los bolcheviques, y la de quienes por el contrario creían que ese régimen era un peligro para la civilización.

Todo un siglo después de que los bolcheviques se hicieran con el poder en la ciudad que entonces se llamaba Petrogrado subsiste una alarmante cantidad de falsedades respecto a ese hecho, sólidamente instaladas en lo que podríamos llamar «conciencia general». Cualquier lector

puede realizar el experimento de preguntar en su entorno por la «revolución soviética» y más o menos recibirá este tipo de respuesta: los comunistas acabaron con un régimen muy opresivo, el de los zares, que mantenía a su país en el mayor atraso, y sometido a una feroz represión policial, y tras hacerse con el poder instauraron políticas, quizás a veces poco acertadas, pero bien intencionadas para alcanzar mayores cotas de justicia social y de desarrollo económico.

La realidad no tiene nada que ver con tan extendidas ideas. Fue una revolución espontánea en febrero de 1917, desde luego no dirigida por los bolcheviques, la que forzó al zar a abdicar. Tras esta abdicación se proclamó una República, cuyo Gobierno Provisional en breve pasó a estar en manos del Partido Socialista Revolucionario (llamado *eserita*, por las siglas SR de su nombre), que desde luego no era una formación política conservadora, ni monárquica, ni capitalista. Y fue contra este Gobierno Provisional republicano y socialista sobre el que se abalanzaron los bolcheviques de Lenin en octubre para sustituirlo, mediante un golpe de Estado bien orquestado, que si se pudo realizar no fue por el concurso de las masas, sino de las milicias conocidas como Guardia Roja, y con el inestimable concurso de los bien armados marinos de la base naval militar de Kronstadt. El nuevo gobierno bolchevique no se atrevió a desconvocar las elecciones a la Asamblea Nacional Constituyente, pieza clave en el proceso revolucionario democrático iniciado en febrero. Pero en cuanto se supo del resultado negativo para los bolcheviques de esas elecciones (celebradas con ellos ya en el poder) actuaron con contundencia. Puesto que sus seguidores no habían obtenido más que 175 de los 707 escaños que la componían, Lenin ordenó disolver la Asamblea Nacional el mismo día de enero de 1918 en que esta pretendía constituirse. Solo pudo celebrar una única —y accidentada— sesión.

Los bolcheviques, en suma, jamás acabaron con el zarismo y lo que hicieron fue abortar el nacimiento de un régimen democrático en Rusia. Lo que inauguraron fue una siniestra fórmula política, la que Marx había predicado bajo el nombre de «dictadura del proletariado», con la salvedad de que el proletariado como tal nunca ejercería el poder, sino que lo haría en su nombre una altamente disciplinada estructura, la del Partido Bolchevique, que muy pronto adoptó el nombre de Partido Comunista.

Toda la historia de la instauración de la dictadura bolchevique se ha contado siempre de la misma manera: falseando escandalosamente los hechos. El lector que conserve en su biblioteca los libros de Historia Contemporánea que estudió en la ESO y el bachillerato encontrará en ellos referencias a los primeros decretos del gobierno bolchevique: «sobre la paz», el «derecho a la autodeterminación» o la entrega de las tierras a los campesinos, pero nada sobre el decreto de 1918 que instauraba el «terror rojo». Y no porque sea difícil conocer ese documento. Un instrumento tan asequible como Wikipedia basta para saber de él y de los efectos que produjo, pero en los libros de texto el «Decreto sobre el Terror Rojo» parece no tener cabida.

Lo ocurrido en aquel octubre de 1917 iba a cambiar la historia de Europa, del mundo entero en realidad. Y no es extraño, ya que este se hallaba sumido en la catástrofe que suponía la Primera Guerra Mundial. Aquel devastador conflicto fue el que creó las condiciones para que el comunismo triunfara en Rusia, pero también para que aquel golpe de Estado se convirtiera para muchos en un foco de luz que irradiaba la esperanza en una nueva era para la humanidad.

Han sido decenas de millones, quizás cientos de millones, las personas que han interpretado el comunismo como un paso decisivo en el devenir humano. Y se sacrificaron por su instauración. Quizás una de las mayores tragedias que haya provocado el comunismo haya sido justamente esa,

la ingente malversación de tantas ilusiones y tantos esfuerzos, que no condujeron a un «asalto a los cielos», sino a un número infinito de tragedias, a un auténtico «descenso a los infiernos». Y no es la menor de entre ellas el hecho de que, por culpa de las feroces purgas aplicadas en sus propios partidos comunistas, Stalin y Mao hayan sido responsables de la muerte de más comunistas que Hitler y Mussolini.

Hoy disponemos de un brillante ensayo escrito por François Furet, un gran historiador y antiguo militante de izquierdas, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (Furet, 1995) que desentraña las razones por las que tantos intelectuales se dejaron arrastrar por un sueño que no fue sino una pesadilla. Con un planteamiento distinto, ya que no buscaba estudiar ideas sino hechos, Stéphane Courtois, antiguo militante comunista y también historiador, dirigió a un equipo de colegas que dieron a la imprenta el tremendo alegato que supuso *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión* (Courtois y otros, 1998), haciendo un desolador balance sobre los casi cien millones de víctimas mortales que provocó una ideología que se pretendía liberadora y humanista. Víctimas enteramente inútiles, ya que la venturosa sociedad comunista que se prometió jamás se concretó en parte alguna del planeta, y lo que queda hoy de esa quimera es una patética y feroz dictadura, hereditaria para mayor escarnio, en Corea del Norte. Nunca se recurrió tanto al pleonasma, y bajo el nombre de repúblicas democráticas populares lo que han existido han sido dictaduras feroces contra los pueblos que tan enfáticamente eran usados en la denominación del engendro.

A la pregunta de cuál había sido la huella de la «Revolución de Octubre» rusa, planteada en 2017 con motivo de su centenario, Richard Pipes, uno de sus más destacados historiadores, respondió sin dudarle:

No hubo nada positivo ni grandioso en aquel acontecimiento. Su legado son millones de cadáveres. Arrastró a la humanidad a la Segunda Guerra Mundial y llevó a establecer un régimen de terror sin precedentes.

La respuesta se reprodujo en los obituarios que aparecieron con motivo de su muerte, en la prensa del día 22 de mayo de 2018. Quien así se expresaba no era ningún antiguo «divisionario azul», ni tampoco un sectario neofascista, sino un prestigioso catedrático de Harvard, que nació en Polonia en 1923 en el seno de una familia judía, y que en 1939 huyó de ese país cuando lo ocuparon los nazis. Su monumental obra, *La Revolución rusa*, apareció en español recientemente (Pipes, 2018).

Que la Primera Guerra Mundial provocó una crisis general en Europa no es ningún misterio. En España, que había permanecido neutral en la guerra, fue en 1917 cuando se produjo el primer intento de una huelga general a nivel nacional, apoyada conjuntamente por dos sindicatos que a menudo se habían enfrentado, la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) anarquista y la Unión General de Trabajadores (UGT) socialista. Si una aguda crisis social y económica afectó a un país neutral como España, en los países que se vieron envueltos en el conflicto esa crisis fue mucho más aguda, y por eso la Primera Guerra Mundial no acabó como las demás, con unos tratados de paz en que unos cedían territorios a otros, sino con grandes revoluciones que — además de al ruso— enterraron a los multinacionales imperios de los Habsburgo y de los otomanos, trasformaron a Alemania en una república y crearon una multitud de nuevos «estados sucesores». La Primera Guerra Mundial lo que abrió fue un ciclo de revoluciones, bastantes de las

cuales se inspiraron en el modelo comunista ruso. Pero a la vez, el experimento soviético provocó una enérgica reacción en contra. Una reacción que tuvo su expresión más relevante en la aparición de los movimientos fascistas.

Ernst Nolte se consagró como una autoridad indiscutible en su estudio con obras como *El fascismo en su época. Action Française, fascismo, nacionalsocialismo* y *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas* (Nolte, 1967 y 1971), pero conmocionó el panorama historiográfico con una aportación posterior: *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo* (Nolte, 1994), ya que la nueva obra sugería que si la versión alemana del fascismo, el nazismo, había llegado a los extremos que llegó, había sido porque para mejor combatir al bolchevismo había copiado muchos de sus métodos. Por decirlo en pocas palabras: la Guardia Roja Bolchevique era anterior a las Secciones de Asalto del Partido Nazi, la Cheka se adelantó en mucho a la Gestapo y el Gulag precedió a Auschwitz. En una obra posterior *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX* (Nolte, 1995), sintetizó esos planteamientos. De poner el foco sobre el fascismo, como elemento clave para explicar las dramáticas turbulencias de una época, Nolte había pasado a situarlo sobre el bolchevismo. Las ideas de Nolte generaron un áspero debate. Pero su hipótesis básica, la de que el triunfo del bolchevismo provocó una guerra civil es cierta, sin duda. Guerra civil europea, entendiendo a Europa como un todo, pero también guerras civiles en todos los países que la componen. En *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Payne ha hecho un estudio comparado de estas guerras civiles, muy útil en nuestro caso, ya que la obra está llena de referencias al caso concreto de España. Una idea clave de ese libro:

Es inevitable que la revolución suscite la contrarrevolución. En Rusia la reacción fue demasiado débil, dividida y contradictoria como para triunfar, pero el rechazo al comunismo en el resto de Europa fue categórico y continuo. Una parte considerable de la política europea no tardaría en funcionar en clave de anticomunismo (...). Las consecuencias pronto se apreciarían en Alemania e Italia (...) el fascismo se alimentó de su oposición al socialismo y el comunismo, hasta el punto de que cabría preguntarse si dicho movimiento, en los casos en que alcanzó el poder, habría podido sobrevivir sin la oportunidad de aprovecharse de esa oposición (Payne, 2011).

El triunfo del comunismo en Rusia no iba a quedar sin respuesta. Empezando, claro, por la misma Rusia, donde el golpe de Estado bolchevique y la instauración de su gobierno, tan ilegítimo como demostraban los resultados de las elecciones a la Asamblea Nacional Constituyente, provocó una cadena de alzamientos que cuajaron en la Guerra Civil rusa, un conflicto poco conocido en España, aunque recientemente haya aparecido alguna obra al respecto (Mawdsley, 2017). Los comunistas habían hecho de su oposición a la guerra la palanca para ascender al poder, y su primera disposición fue disolver el viejo ejército, pero a continuación crearon uno nuevo, destinado a ser el más poderoso del mundo, el Ejército Rojo, que saldría victorioso de la Guerra Civil. Además de la guerra en la misma Rusia, toda una serie de conflictos sacudió la periferia rusa, y algunos territorios lograron consolidar su independencia obtenida tras la crisis final del zarismo (desde Finlandia a Polonia, pasando por los Países Bálticos), mientras en otros casos esta fue aplastada por el Ejército Rojo (Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso y Asia Central). Cada uno de esos conflictos periféricos fue además en sí mismo una guerra civil. En Finlandia, por ejemplo, aún se plantea el debate sobre si el breve pero durísimo enfrentamiento que vivió el país debe ser bautizado como «Guerra de Independencia» o «Guerra Civil». Este rosario de conflictos fue la

primera oleada de las guerras civiles provocadas por el triunfo bolchevique (Villamor, 2018). Y hay que subrayar algo fundamental: Lenin asaltó el poder con la excusa del gran sufrimiento que el zarismo provocaba entre la población con su guerra imperialista, pero la guerra civil que provocó su asalto al poder y la instauración de su dictadura causó muchísimas más muertes y destrucción en Rusia que las padecidas por causa de la Primera Guerra Mundial.

Quizás a algún lector le esté sorprendiendo tan larga digresión por escenarios remotos y en el mundo de las ideas, pero me temo que es necesaria, ya que la DA solo se comprende sobre este trasfondo de guerra civil europea, y los miembros de la DA no fueron a Rusia como mercenarios, sino como voluntarios para combatir al comunismo. Sí, pero como fascistas, dirá inmediatamente el lector. Y como esto es totalmente cierto, seguimos obligados a movernos en el mundo de las ideologías.

Hablar de fascismo es especialmente complejo, ya que desde hace muchísimo tiempo tal palabra se utiliza fundamentalmente como un insulto. Es tal la carga negativa que se ha adherido al término que se ha satanizado lo que en principio fue tan solo uno más de los movimientos políticos contemporáneos. Incluso cuando se intenta hacer un uso más «científico» del concepto nos encontramos con otro problema: la larga hegemonía del marxismo en las ciencias sociales ha impuesto un sentido deformado al término. Puesto que lo «progresista» era el comunismo, el fascismo solo podía ser «reaccionario». Y como el comunismo se suponía que era el fin de la explotación del obrero, el fascismo solo podía ser «la dictadura terrorista del gran capital». Esta fue exactamente la definición que se acuñó, y que durante décadas se ha tratado de imponer.

Aunque es dudoso que a nivel popular se pueda erradicar esa visión «diabólica» que hace del fascismo el *summum* de la maldad, la verdad es que disponemos a día de hoy de estudios de la mayor solvencia que desmontan esas visiones y le dan al fascismo el tratamiento que le corresponde: el de un movimiento político más en una época especialmente convulsa, en la que los radicalismos más extremos parecían ser los más atractivos para las masas. Para quien desee una comprensión más objetiva del fenómeno, basta con citar los libros de un gran estudioso de ese fenómeno, bien conocido a la vez como hispanista, el ya citado Payne, que ofrece respuestas a los interrogantes que nos plantea el fascismo tanto en su breve y sintético volumen *El fascismo* como en su enciclopédica *Historia del fascismo* (Payne, 1982 y 1995).

La historiografía menos apegada a los dogmas ha elaborado una visión completamente distinta a la que difundió la *Vulgata* marxista imperante en las ciencias sociales. Por citar un ejemplo reciente, el extraordinario libro de Roger Griffin, *Modernismo y fascismo*, subrayaba que el fascismo había sido una ideología en la que la modernidad y el progreso, no solo estaban presentes, sino que eran claves (Griffin, 2010). Pero hace ya muchos años que hay autores que subrayan la tremenda capacidad de atracción que tuvo el fascismo, por ejemplo, entre las élites intelectuales, aspecto que se analizó con detalle en *La ilusión del fascismo* (Hamilton, 1973). La verdad es que si el fascismo hubiera sido tal como lo han descrito los historiadores marxistas, jamás habría tenido capacidad alguna para atraer a las masas, y la realidad es la opuesta: Lenin llegó al poder mediante un golpe de Estado, y Hitler por vía parlamentaria. Exactamente igual que el comunismo, el fascismo fue capaz de despertar pasiones y atraer voluntades.

A estas alturas, ya sabemos que las raíces del fascismo estaban presentes antes del triunfo comunista en Rusia, incluso bastante antes de la Primera Guerra Mundial. Y lo llamativo es que esas raíces no están en la derecha, sino en la izquierda. En efecto, como ha demostrado el

historiador israelita Sternhell en varios libros, a finales del XIX el pensamiento socialista experimentaba una aguda crisis debido a que las predicciones de Marx sobre un inminente e inevitable colapso del capitalismo no se estaban cumpliendo. Eso generó tendencias que revisaban el socialismo. La más famosa, la de Bernstein, supuso el abandono de aquellas quimeras milenaristas y la apuesta por el juego democrático-parlamentario, sentando las bases de la socialdemocracia. Lenin revisó las teorías en otro sentido, opuesto, y afirmó —contradiendo radicalmente a Marx— que el comunismo podría triunfar en países como Rusia, aunque aún no se hubiera implantado allí el capitalismo, porque el capitalismo había pasado a una fase que Marx no conoció, la fase imperialista. En Francia y en Italia la revisión fue de otro tipo; se arguyó que si el socialismo no lograba sacar a los obreros de su pasividad era porque le faltaba un componente emocional a sus movilizaciones de masas, componente que solo podía aportar una síntesis con el nacionalismo, ya que esta corriente ideológica sí que tenía la capacidad de desencadenar pasiones. En ese intento de síntesis se encontraba el germen del fascismo. Es una lástima que, de los diversos libros de este autor, solo uno haya sido publicado en español, *El nacimiento de la ideología fascista* (Sternhell, 1994).

Fascismo y comunismo tenían una matriz común en la izquierda, lo que explica la facilidad con la que se trasvasaban ideas y personas. No piense el lector que nada de esto tiene que ver con la DA, porque lo tiene y mucho. Adelantaré un ejemplo: uno de los divisionarios más importantes fue José Miguel Guitarte, que marchó a Rusia siendo el jefe nacional del Sindicato de Estudiantes Universitarios (SEU), la organización más combativa de la Falange, arrastrando con él a varios miles de jóvenes «seuistas». Sin embargo su vida política había empezado en las Juventudes Comunistas, como nos recordó en sus memorias quien compartió con él pupitres universitarios y militancia, Manuel Tagüeña, que también estuvo en Rusia en las mismas fechas que Guitarte, pero como oficial del Ejército Rojo soviético (Tagüeña, 1978). ¿Un caso único y español? En modo alguno. El personaje central en la historia de los franceses que lucharon junto a los alemanes contra el Ejército Rojo —también los hubo— fue Jacques Doriot, quien vestido con uniforme de la Wehrmacht participó en el intento de asaltar Moscú. Una ciudad que conocía por haber estado en ella como miembro del Comité Central de la Internacional Comunista (Komintern), aunque finalmente rompió por completo con esa ideología y creó el principal partido fascista francés (Norling, 1998).

Volvamos a los efectos de la Primera Guerra Mundial. El comunismo y el fascismo tenían sus orígenes antes de que aquella guerra se convirtiera en la larga agonía que fue. Pero nunca habrían tenido el papel que después tuvieron de no ser por la hecatombe de 1914-1918. Si al comunismo le permitió asaltar el poder en Rusia, para el caso del fascismo fue ese mismo conflicto lo que le dio alas. Y —poco después— el temor que provocó la instauración de la «dictadura del proletariado» en Rusia, que por unos meses pareció que iba a reproducirse en Italia, le dio la base sobre la que expandirse. Porque el fascismo solo aparecerá con sus perfiles ya definidos y el nombre que le será propio en 1919, bajo el liderazgo de Benito Mussolini, un hombre con una dilatada biografía de militante de izquierdas. Si su Partido Nacional Fascista logró asaltar el poder en 1922, tal velocidad de ascenso solo puede explicarse por lo agudo de la crisis que se estaba atravesando en Italia.

En otros muchos países de Europa se impusieron formas políticas que rompían con el modelo liberal-parlamentario, que desde hacía un siglo progresaba poco a poco en nuestro continente.

Además de los ya citados casos de la Rusia comunista y la Italia fascista, y del singular caso de la Turquía post-otomana, se implantaron dictaduras (en distintas fechas del periodo de entreguerras) en Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Rumanía, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, Albania, Grecia, Austria, España y Portugal. Y Hitler creó su Tercer Reich. Para la izquierda, todas aquellas fueron «dictaduras fascistas», como las de Mussolini y Hitler, lo que está lejos de ser verdad. Eran dictaduras conservadoras, simplemente. La diferencia es fácil de percibir: Mussolini y Hitler llegaron al poder desde abajo, aupados por movimientos de masas. El resto de las dictaduras fueron instauradas por exponentes de las élites políticas (reyes, primeros ministros), que estaban ya en el poder, o bien por las cúpulas militares, sin contribución ninguna de masas movilizadas. Lo cierto es que en la Europa de entreguerras el modelo de democracia parlamentaria ya no se veía, ni a izquierda ni a derecha, como ninguna panacea, sino más bien como un modelo caduco.

A Lenin se le opuso como contramodelo el de Mussolini. Y —años después— a Stalin se le opondría la figura de Hitler. Europa entera asistió a un fenómeno de polarización entre dos bloques, el «anticomunista» y el «antifascista». Importaba poco el que, en buena parte de los países europeos, tanto los comunistas como los fascistas fueran solo fuerzas políticas marginales, ya que lo que ocurría era que la derecha se definía como anticomunista, y tachaba más o menos en bloque a todas las izquierdas de comunistas, mientras que —a la inversa— la izquierda catalogaba a toda la derecha como fascista y exhibía el antifascismo como seña básica de su identidad. La dialéctica política de esta época se ha descrito eficazmente en la obra colectiva *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras* (Rey, Álvarez Tardío, 2017).

España no permaneció al margen de esa polarización, todo lo contrario. Cuando en 1936 estalló la Guerra Civil, la izquierda la definió como una guerra «contra el fascismo», aunque lo cierto es que en las elecciones de febrero de 1936 Falange no había sacado ni un solo diputado. Pero la derecha apoyó el levantamiento militar porque lo veía como un movimiento «contra el comunismo», pese a que era notorio que si el Partido Comunista Español había logrado diputados era por haber concurrido en las filas del Frente Popular. Por muy erróneas que fueran esas percepciones, eran las que pregonaban los líderes y movían a las masas. En octubre de 1934 las izquierdas y los separatistas se levantaron en armas en una acción que se trató de justificar diciendo que la llegada al poder de la CEDA suponía la entronización del fascismo, algo muy alejado de la realidad, pero muy extendido como temor. Por análogas razones, aunque con orientación contrapuesta, en julio de 1936, tras varios meses de un gobierno muy sectario del Frente Popular, parte del Ejército Español se alzó en armas, y fue inmediatamente apoyado por amplios sectores de la derecha, por estar convencidos de que era inminente la instauración del régimen soviético en España.

Constituye una de las grandes tragedias del siglo XX español el que las genuinas ansias de justicia y afanes de modernización que sentía una gran parte del pueblo español, y que trató de materializar votando al Frente Popular, fueran derrochadas, porque muchos de sus líderes, obsesionados con el falso pero poderoso ejemplo de la URSS, diseñaron políticas más inspiradas en el modelo leninista que en la realidad española. Políticas que despertaron un extendido temor.

Conviene recordar, llegados a este punto, cuáles fueron los resultados de las elecciones de febrero de 1936. Debido a las singularidades de la ley electoral entonces vigente, aquellas elecciones le dieron 278 escaños al Frente Popular, 51 a partidos de centro y 124 a la derecha.

Pero por número de votantes, 4.654.116 lo habían hecho por al Frente Popular, 526.615 por fuerzas centristas y 4.503.524 eligieron a formaciones de derechas. En diputados, ganaba el Frente Popular, pero por número de votantes, eran más los españoles que no lo habían votado (5.030.139) que los que les habían otorgado su confianza. En ese contexto, pretender imponer un programa tan radical como el del Frente Popular tenía que provocar una fuerte resistencia. Y la violencia política, que nunca había estado ausente, por desgracia, en el escenario de la Segunda República, no hizo sino incrementarse. Pretender que esa violencia solo fue provocada por la acción de un partido minúsculo como era Falange desafía al sentido común. Hizo falta el concurso de fuerzas políticas mucho más influyentes en la sociedad española.

En la excelente obra dirigida por Fernando del Rey *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española* y que contó con la colaboración de destacados especialistas (Rey, 2011), quedó claro que todas las fuerzas políticas de aquel momento apoyaban y practicaban los métodos violentos. Desde posiciones de partida distintas, existe coincidencia en autores de gran solvencia a la hora de afirmar que la degradación de las normas democráticas bajo el gobierno del Frente Popular colocó al país en la pendiente que condujo a la guerra, y ahí están los ejemplos de las obras de Gabriele Ranzato *El gran miedo de 1936* (Ranzato, 2014) y Stanley Payne, *El camino al 18 de julio* (Payne, 2016). En ambas, la polarización entre «antifascismo» y «anticomunismo» es elemento clave del análisis, pero se subraya la responsabilidad del Frente Popular al incentivar la tensión. Esa espiral empezó por la manipulación de los resultados electorales de las elecciones de febrero, tan elocuentemente descrito por Álvarez Tardío y Villa García en *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular* (Álvarez, Villa, 2017).

Esa polarización se vio «ratificada» por otro hecho clave. Sabemos fuera de toda duda que la Guerra Civil española fue un fenómeno completamente endógeno. No hay que buscarle raíces fuera de España. No fue un paso más dentro de un bien trazado plan de dominación nazi de Europa, ni tampoco se debió a una conspiración comunista para extender la revolución a escala mundial. Pero apenas se inició la Guerra Civil cada uno de los contendientes recibió ayuda desde un campo ideológico, y ello iba a darle al conflicto un significado adicional, ya que ambos bandos pretendieron actuar en clave de defensa de la independencia nacional. La «España nacional» recibió ayuda de la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, de manera que para quienes apoyaban al Frente Popular, los alzados eran simples lacayos de alemanes e italianos, y quienes los combatían defendían a España de esa invasión extranjera. El argumento era exactamente el mismo en el otro bando, aunque al revés, y —para los alzados en julio de 1936— había sido la Unión Soviética la inspiradora del Frente Popular y la que estaba en el poder en la zona controlada por este. Por ello estaban convencidos de que contra quienes combatían era contra los comunistas rusos y sus cómplices españoles. Un destacado escritor militar, José Díaz de Villegas, que sirvió en Rusia con la DA, escribió un libro de historia sobre la Guerra Civil (para él, la «Guerra de Liberación Nacional»), y su último capítulo se titula exactamente «Cuando los rusos se van» (Díaz de Villegas, 1958). Habrá quien se eche las manos a la cabeza ante esta interpretación de los hechos, pero convendría recordar que sigue habiendo mucha gente que sostiene que la Guerra Civil española no es sino el resultado de un paso más en un siniestro proyecto de Hitler. Importaba poco que ninguna de esas dos visiones se correspondiera con la

realidad, porque ni los políticos ni los intelectuales que las difundían trataban de establecer la verdad, sino movilizar a las bases sociológicas de sus proyectos políticos y ampliarlas.

Rusia había sido siempre un país remoto para los españoles, una referencia exótica. Los zares nunca habían tenido intereses en España. Pero la Unión Soviética era un Estado muy distinto, ya que pretendía ser la vanguardia de una revolución mundial. Por ello Lenin había creado la Internacional Comunista, Komintern —con sede en Moscú— y los partidos que en ella ingresaban se comprometían a defender a la «patria del proletariado», la URSS. Aunque España distaba de ser un país central en las preocupaciones de la Komintern, en definitiva el Partido Comunista de España (PCE) obedecía las órdenes de Moscú, como la de fomentar la creación de frentes populares cuando la URSS lo estimó oportuno, a partir de agosto de 1935. Varios historiadores han subrayado la importancia de esta intromisión soviética en España a través del PCE, desde la época anterior a la Guerra Civil y durante esta, entre ellos, el ya citado Payne en su *Unión Soviética, comunismo y revolución en España, 1931-1939* (Payne, 2003). Pero no es el único. Otros libros sobre tan importante tema son *La fe que vino de Rusia* (Avilés, 1999), *La Internacional Comunista en España* (Elorza, Bizcarrondo, 1999), y *La España soviética* (Sagarra, González, Molina, 2018). En comparación con la URSS, ni Italia ni Alemania disponían de una herramienta similar con la que influir en la política española.

La Unión Soviética, Rusia en el lenguaje coloquial, se convirtió con la Guerra Civil en un actor de primer orden en nuestro devenir, con un papel decisivo. En la España del Frente Popular se alardeaba de su apoyo y se multiplicaban los gestos de simpatía hacia esa potencia (Kowalsky, 2005). Incluso en la actualidad, cuando la terrible realidad de lo que fue el comunismo soviético es universalmente conocida, esta participación de la URSS en la Guerra Civil española es alabada por partidos como el PSOE, como se demostró con la exposición *Los rusos en la Guerra de España* que su Fundación Pablo Iglesias organizó en Madrid en 2009 (VV. AA., 2009).

Exactamente lo contrario ocurría en la España nacional, donde la URSS era execrada hasta el extremo. La Guerra Civil se presentó en esa zona, como una «cruzada contra el comunismo», y como una «guerra de liberación nacional» contra el dominio «ruso». Pese a la inalterable lejanía geográfica, Rusia se convirtió entonces en una realidad cotidiana para todos los españoles, y daba igual en qué zona de España se viviera.

La razón de ese protagonismo era la ayuda militar que la URSS prestaba al Ejército Popular de la República. Desde aquel país llegaron asesores militares, que en realidad en muchos casos ocuparon puestos decisivos en sus estructuras de mando, gigantescas cantidades de armas y equipos, y también las instrucciones para crear un singular cuerpo militar: las Brigadas Internacionales. Todos estos aspectos han sido objeto de apasionados debates y abordados desde las posiciones más divergentes, pero aquí basta con subrayar la importancia del «factor ruso» en la Guerra Civil.

Mientras que el papel de los asesores soviéticos se conoce poco por el público, ya que actuaron siempre dentro de una gran discreción, para no llamar la atención, las Brigadas Internacionales siempre estuvieron rodeadas de una amplia publicidad. Si han sido objeto de una profunda atención se debe a lo singular de su carácter, al estar compuestas por voluntarios de muchos países a los que la «lucha contra el fascismo» atrajo hasta España. Desde héroes a villanos, desde valientes guerreros a ineficaces milicianos, desde idealistas hasta escoria social marginal, todos los arcos de calificativos les han sido aplicados a este conjunto de unos 35.000

voluntarios reclutados en todo el mundo, aunque en especial en Europa y Estados Unidos. Su creación y organización hubieran sido imposibles sin la estructura de la Internacional Comunista, dicho de otra manera, sin la intervención de la URSS.

Por cierto, las Brigadas Internacionales tuvieron su contrapunto en los voluntarios extranjeros que —aparte de las tropas enviadas desde Alemania e Italia— llegaron desde diversas partes de Europa para luchar contra el comunismo en las filas del Ejército franquista, tema este estudiado en un trabajo pionero por José Luis de Mesa, *Los otros internacionales* (Mesa, 1998), y después también por autores extranjeros (Keene, 2002; Othen, 2007). Llamo la atención sobre el tema porque algunos de aquellos hombres repitieron campaña contra el comunismo siguiendo a la DA hasta Rusia. En algunos casos, aunque la importancia numérica de esos voluntarios anticomunistas fuera escasa, tuvo la mayor carga simbólica. Así ocurrió con los voluntarios rumanos Ion Mota y Vasile Marin, que eran líderes del movimiento fascista «Guardia de Hierro», que cayeron en combate en España, y cuyo funeral en Bucarest dio origen a una masiva manifestación, pues en aquel país la causa de los anticomunistas españoles había despertado una grandísima admiración. ¿Qué podía atraer hasta los campos de batalla de España a unos jóvenes rumanos? Uno de ellos, que sobrevivió, expresó de manera muy clara sus motivaciones:

Cuando la existencia de un pueblo está en peligro, cuando la fe, la moral y la civilización son desafiados, y cuando a Dios se le enseña el puño y se le insulta, la Nación se halla en trance de legítima defensa. Tú no matas, sino que luchas por Dios, por la Patria, por la fe y demás valores morales que forman la vida humana (Totu, 1970).

La admiración por los alzados en julio de 1936 no se manifestó únicamente en exponentes de grupos radicales. Recientemente, en 2017, se han publicado en español los libros de la australiana Eleonora Tennant (*Viaje por España*) y la inglesa —y famosa heroína de la Primera Guerra Mundial— Florence Farmborough (*La vida y la gente de la España nacional*) que nos demuestran la diversidad y amplitud de los elementos extranjeros que veían con la mayor simpatía la causa de los «nacionales» y le prestaban un decidido apoyo.

Tras la desaparición de la URSS, la apertura de los archivos rusos permitió reevaluar todas las versiones conocidas sobre el papel de aquel Estado en la Guerra Civil. En *España Traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, un equipo formado por dos norteamericanos y un ruso (Radosh, Habeck, Sevostionov, 2002) llegaba a conclusiones muy contundentes tras un intenso trabajo con aquellos papeles hasta entonces no escrutados:

El aspecto más importante de estas pruebas documentales no es tanto el de las revelaciones, sino más bien la comprensión más completa de la participación soviética y de la Komintern en la guerra y la política de la República española que proporcionan (...). Queda demostrado que los consejeros de Moscú intentaban de hecho soviétizar España y convertirla en lo que habría sido una de las primeras democracias populares, con una economía, ejército y estructura política de tipo estalinista (...). Las Brigadas Internacionales se convirtieron, de hecho, en un ejército soviético dentro de España.

El lector puede encontrar, a buen seguro, autores que digan lo contrario. Ahora bien, si muchos años después un equipo internacional de historiadores puede llegar a estas conclusiones, es evidente que quienes en la España de la Guerra Civil vieron en la intromisión soviética el origen de nuestros males, podían encontrar un buen montón de motivos para afirmar lo mismo.

Para sacar esa conclusión les bastaba con signos externos evidentes, como que el Ejército Popular de la República usase la misma estrella roja que el Ejército Rojo soviético, que se hubiese dotado de comisarios políticos en sus unidades —algo que solo se daba en la URSS— y que la imagen de Stalin y la hoz y el martillo fueran ubicuas, como si se viviera en Moscú o Leningrado.

Y lo más significativo fue que esta agobiante presencia de los comunistas soviéticos finalmente desestabilizó al mismo Frente Popular. Porque los comunistas españoles, por indicación soviética, acabaron atacando a los anarquistas y los trotskistas, que también estaban integrados en el Frente Popular, liquidando a sus líderes y enfrentándose a sus milicias, como evidencian los sucesos de mayo de 1937. Al final, el dominio de Moscú sobre el gobierno frentepopulista de los comunistas fieles a las órdenes de la URSS, gracias a la figura de Negrín, llegó a ser tan agobiante como para producir en la retaguardia republicana y en marzo de 1939 un levantamiento armado contra la hegemonía del PCE, en el que tomaron parte anarquistas, socialistas moderados y republicanos. Si estas fuerzas acabaron considerando a los comunistas prosoviéticos como un yugo insostenible, con mucha más razón verían la larga mano de Stalin quienes siempre habían sido sus enemigos. Y concluyo señalando que no se trata en este texto de establecer la importancia de la intromisión soviética, tema sometido a un amplio debate, sino de levantar acta de la intensidad con la que muchos la percibieron y de que no se trataba de una percepción caprichosa, sino basada en experiencias muy reales.

No menos notoria fue la intervención italiana y alemana en el conflicto, es evidente. Pero como de lo que se trata es de analizar la génesis del cuerpo de tropas que luchó contra la URSS, aquí no es este un tema fundamental. La comparación sobre la importancia de los apoyos recibidos por el Frente Popular desde la URSS; y por la España nacional desde el Tercer Reich y la Italia fascista es otro de los temas más polémicos en la historiografía sobre la Guerra Civil. Subrayaré que la principal fuente de la ayuda recibida por Franco fue Italia, más que Alemania. Muchos más soldados, muchas más armas y equipos, llegaron bajo los auspicios de Roma que por orden de Berlín. En *Militares italianos en la Guerra Civil española* (Murias, Castañón, Manrique, 2010) se ha presentado una de las mejores síntesis sobre el empeño italiano. Sin embargo, cuando nazca la División Azul se la va a justificar, entre otras razones, como el pago a la «deuda de sangre» contraída por España con la Legión Cóndor. El lector puede encontrar en *La Legión Cóndor* (Arias, 2003) una obra con todas las claves de este cuerpo militar, y de forma mucho más sincrética en *The Condor Legion* (Caballero, 2006-a). La «deuda de sangre» es evidente que solo se entendía en una campaña contra el comunismo, ya que tanto Alemania como Italia libraron —en el marco de la Segunda Guerra Mundial— muchas batallas en otros muchos frentes, y nunca hubo voluntarios españoles que les acompañaran en ellas.

El trauma provocado por la Guerra Civil iba a marcar a los españoles durante muchísimo tiempo (a algunos, por lo que parece, aún hoy en día) y desde luego en junio de 1941 estaba muy presente. Así que cuando Ramón Serrano Suñer se dirigió a unas masas enfervorizadas de falangistas con la frase «¡Rusia es culpable!» obtuvo un aplauso atronador. Nunca antes en nuestra historia habíamos tenido un conflicto directo con Rusia, pero ahora una gran parte del pueblo español pedía en las calles que se enviaran tropas contra ese país, que para muchos encarnaba el comunismo.

Esto es lo que hace de este episodio histórico algo tan interesante: lo excepcional. Ya no se trataba de un puñado de mercenarios que combatían en el bando polaco contra los rusos; no eran

unos centenares de pobres prisioneros de guerra reclutados a la fuerza por los franceses, como había ocurrido con el Regiment Joseph Napoleón. No, ahora eran decenas de miles de españoles los que iban a participar de manera voluntaria en una guerra que resultó ser el mayor conflicto terrestre de la historia de la humanidad. En el Frente del Este, lo que se produjo ha sido bautizado apropiadamente como un «choque de titanes» (Glantz, House, 2017), pues tanto la Wehrmacht alemana como el Ejército Rojo deben ser definidos como tales. Fue en aquel Frente del Este donde se decidió la Segunda Guerra Mundial, y esto es algo que ya nadie pone en duda. Y por ello la presencia de españoles en él no puede sino intrigarnos.

Lo primero que hay que hacer constar es que hubo españoles en los dos bandos que allí se batieron. Porque también hubo españoles en el Ejército Rojo, aunque fueron unos centenares y jamás formaron una unidad específicamente española (Arasa, 1993). En cierta manera, no pudieron eludir ese destino. Se hallaban exiliados en la URSS desde el final de la Guerra Civil y la lógica terrible de la guerra les obligaba a combatir junto a los soviéticos. Su caso es muy distinto al de la DA, en primer lugar porque a los integrantes de esta nada les obligaba a marchar a Rusia. Y —aún más importante— porque fueron decenas de miles. Solo existe un libro donde se haya tratado de contar a la vez la historia de los españoles que sirvieron en la DA y la de los que lo hicieron en el Ejército Rojo, una obra colectiva (Recio, editor, 1999). Esta es otra prueba más del carácter de secuela de la Guerra Civil que tuvo la DA. Pero en aquel tremendo escenario del Frente del Este fueron muchos los países que escribieron sendos capítulos de sus propias guerras civiles. Por los mismos escenarios donde los españoles lucharían en Rusia había —por ejemplo— combatientes estonios, letones y lituanos, pero unos luchaban con el uniforme alemán y otros con el soviético. Y no ocurrió solo en el Frente del Este. En Europa Occidental, la resistencia a los ocupantes alemanes estuvo protagonizada por los comunistas locales, y los elementos de cada país que colaboraron activamente con ellos en la lucha contra esa resistencia lo hicieron por anticomunismo (Caballero, 1985). El que hubiera españoles en los dos bandos que lucharon en el Frente del Este no fue una rareza, sino una muestra más de lo habitual que es que una guerra civil acabe engarzada en una guerra mundial.

Las guerras internacionales y las guerras civiles son realidades distintas en su génesis y planteamientos, pero la verdad es que sus límites son a veces difusos, pues los conflictos civiles se imbrican en los internacionales, y estos pueden amplificar lo que en teoría son guerras internas de un país. La Segunda Guerra Mundial es en esencia un conflicto internacional entre grandes potencias que se disputan la primacía en el escenario mundial, y en ese sentido no es sino la continuación de la Primera Guerra. Y la Guerra Civil española no tiene, en principio, nada que ver con estas grandes disputas geopolíticas, sino que es una continuación de otras guerras civiles de la España del XIX. Pero en la Europa de entreguerras habían aparecido los dos movimientos políticos que fueron el comunismo y el fascismo, y se habían generado las dinámicas del «antifascismo» y el «anticomunismo». Por ello, cuando la Segunda Guerra Mundial —dos años después de su inicio— llegó a la fase de la guerra abierta entre el Tercer Reich y la URSS, muchos la vieron como una guerra «ideológica», no como un conflicto convencional entre Estados, y por ello estuvieron dispuestos a participar voluntariamente en ella, en uno u otro de los bandos.

Otro matiz a introducir es que en un conflicto del tamaño de la Segunda Guerra Mundial, donde combaten no ya grandes potencias, sino grandes coaliciones, no todos los integrantes de un bloque se baten por las mismas razones. Es evidente, por poner un ejemplo, que en la campaña

contra la URSS de 1941 el Tercer Reich y Finlandia no tienen los mismos objetivos, aunque sus soldados combatieran codo con codo. Con ser obvio, hay que recordarlo: aun luchando en el mismo Frente del Este contra el Ejército Rojo, un soldado alemán, un soldado rumano, un soldado italiano, un voluntario español de la DA y un voluntario letón de las tropas reclutadas por la Wehrmacht combatían por razones distintas y tuvieron comportamientos que no era los mismos.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial —1 de septiembre de 1939— se produjo veinte años después de la firma —en agosto de 1919— de los tratados de paz que habían cerrado, en falso, la Primera Guerra. Era exactamente lo que había previsto el gran economista Keynes cuando valoró aquellos tratados revanchistas, en concreto el de Versalles. Y los primeros disparos tuvieron lugar en el sitio que muchos habían previsto: el Corredor de Dantzig, territorio polaco que separaba Prusia Oriental del resto de Alemania.

Pero no todo ocurrió conforme a lo previsible, sino todo lo contrario, ya que si el Tercer Reich se decidió a atacar a Polonia fue gracias a la alianza *de facto* que Hitler había fraguado con Stalin: un teórico Pacto de No Agresión —firmado el 23 de agosto— que en realidad escondía un protocolo secreto por el que Alemania y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se dividían Europa Oriental en «esferas de influencia» y el territorio de Polonia se lo repartían casi a partes iguales. Durante décadas, la ahora extinta URSS se negó a admitir la existencia de tal protocolo secreto, y no es extraño, ya que ese acuerdo fue decisivo a la hora de provocar el estallido del conflicto, y porque demostraba la complicidad de Stalin con Hitler.

Si los alemanes atacaron a Polonia el día 1 de septiembre, los soviéticos lo hicieron el 17, apuñalando por la espalda a una nación a la que —por otra parte— ni Gran Bretaña ni Francia ayudaron militarmente, pese a haberse comprometido a ello. En efecto, desde que en 1933 Hitler había llegado al poder y puesto en marcha su política «revisiónista», para acabar con las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, los líderes británicos y franceses habían tenido que diseñar políticas para encauzarla. Esos líderes eran conscientes de la existencia de otra amenaza para la hegemonía anglo-francesa, la que suponía la URSS. Esta será la gran diferencia con respecto a la génesis de la Primera Guerra Mundial, ya que en 1914 Londres, París y Moscú se encontraban en un proceso de convergencia frente a Berlín, mientras que ahora, en 1939, la URSS era un enemigo no menos temible que Alemania. Aunque táctica y propagandísticamente Stalin ofreciera a los occidentales algún tipo de alianza después de que Hitler llegara al poder, sobraban motivos para no creerle, y para sospechar que solo pretendía que Gran Bretaña y Francia, de un lado, y Alemania, se enzarzaran en una reedición de las devastadoras batallas de entre 1914 y 1918 en el Frente Occidental. Nadie quería repetir aquella experiencia. De ahí que para parte de los líderes occidentales fuera recomendable tratar de «apaciguar» a Hitler, reconociendo hechos consumados de su gobierno, como la remilitarización de Renania y el *Anschluss* con Austria, e incluso imponiendo a Checoslovaquia la entrega al Reich de las regiones germanófonas del país (mediante los Acuerdos de Múnich).

Este último hecho no hizo sino redoblar la ya desmedida autoconfianza de Hitler, que apostó por la desaparición del resto de Checoslovaquia. El objetivo era fácil, pues este Estado artificial creado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial era frágil en extremo (volvió a desaparecer tras la caída de los regímenes comunistas prosoviéticos, y en esa fecha no estaba Hitler para fomentar su voladura). En marzo de 1939 y usando su Wehrmacht como amenaza (no hizo falta ni un tiro), Hitler se anexionó las zonas checas del país (Bohemia y Moravia), reconoció

la independencia de la región eslovaca y sancionó las anexiones de otras partes del territorio del extinto país por Hungría y Polonia. Londres y París se limitaron a protestar y Stalin creyó con fundamento que se estaba tratando de orientar el expansionismo alemán hacia el este, contra la URSS. Después de todo, en su libro *Mi lucha*, Hitler había subrayado su proyecto de que Alemania se dotara en el futuro de un gran *Lebensraum* (espacio vital) a costa de Rusia. Y la imagen de una coalición de potencias «capitalistas-imperialistas», que incluiría a Gran Bretaña, Francia y Alemania, atacando a la «patria del proletariado» se correspondía con los análisis «marxista-leninistas» imperantes en Moscú, que veían como posible una alianza de países «imperialistas» (normalmente enfrentados entre sí), para tratar de acabar con el «paraíso proletario».

Antes y después del episodio checoslovaco, los alemanes trataron de cooptar a Polonia como «socio menor» en una futura campaña contra la URSS, el objetivo fundamental de la política hitleriana en todo momento. Desde 1920, los polacos habían sido los enemigos más activos del comunismo soviético, y de hecho lo siguieron siendo en la década de 1930. Varsovia apoyaba, en especial, a todos los movimientos de resistencia anticomunista de las minorías nacionales de la URSS, persiguiendo su desmembramiento. Para los alemanes, algo previo a esa deseada alianza con Polonia era la solución a los diferentes contenciosos entre ambos países, incluyendo los relativos a Dantzig (la incorporación de la ciudad al Reich y la extraterritorialidad para las vías de comunicación alemanas a través del «Corredor de Dantzig»). Era algo que los siempre orgullosos polacos no estaban dispuestos a tolerar (tampoco estaban cómodos con el papel de socio menor ofrecido por los germanos de cara a una campaña contra la URSS). Alemania ya había atraído hacia su órbita a Italia (a la que el éxito alemán animó a seguir su ejemplo y anexionarse Albania), a Hungría y a la recién nacida Eslovaquia. Pero Polonia no iba a seguir ese camino, que amenazaba con «satelizarla».

En cierta medida Varsovia se negó a aceptar los planes alemanes porque estaba segura de contar con el apoyo de Gran Bretaña y Francia. Después de que Hitler cruzara la «línea roja» de anexionarse Bohemia y Moravia, ambas potencias diseñaron una política para contener al Tercer Reich y sus aliados, ofreciendo en el mismo marzo de 1939 garantías sobre la inviolabilidad de sus fronteras a Polonia (un régimen de dictadura militar, ultranacionalista y antisemita), frente a la amenaza alemana; a Rumanía (donde gobernaba dictatorialmente el rey Carol II desde febrero de 1938 e igualmente se seguía una política antisemita), que se sentía amenazada por Hungría; y a dos países que temían el expansionismo italiano: Grecia (gobernada con mano de hierro por un dictador, el general Metaxas) y Turquía (donde era otro general, İnönü, quien dirigía el país). Resulta evidente que ni Londres ni París actuaban de esa manera para proteger la democracia, inexistente en cualquiera de esos países, sino para frenar a Alemania y sus satélites. De hecho por parte de las potencias occidentales hubo también un intento de acercamiento a la URSS —país menos democrático aún que cualquiera de los citados— pero la verdad es que por esas fechas se dudaba del valor de ese Estado como aliado. Todo el mundo recordaba que Rusia había dejado en la estacada a los occidentales en 1917, en plena Primera Guerra Mundial. Y desde luego el régimen comunista parecía menos fiable que el de los zares.

El caso es que los polacos, animados por el apoyo anglo-francés (y tras vetar el incluir a la URSS en una alianza más amplia) plantaron cara a Alemania. Hitler, aún más que los anglo-franceses, despreciaba a la URSS de Stalin. Pero creyó que realizaría una inteligentísima jugada

si se hacía eco de recientes propuestas soviéticas para estrechar lazos entre Moscú y Berlín. En efecto, en abril los diplomáticos soviéticos en la capital germana sorprendieron a los alemanes al invitarles a poner fin a la lucha ideológica entre ambos Estados, para inaugurar una «época de concertación». Muy pronto Hitler se dejó llevar por esa tentación. Pensó que bastaría el anuncio de algún tipo de alianza entre el Tercer Reich y la URSS para paralizar a los británicos y franceses, lo que le permitiría actuar libremente en Polonia, en un sorprendente «mano a mano» con Stalin (ya habría tiempo de deshacerse de este...). De ahí la firma del antes citado pacto del 23 de agosto y la posterior invasión conjunta de la desgraciada Polonia, devorada por sus dos vecinos, sin que las fuerzas armadas de las dos potencias occidentales movieran un dedo en su defensa.

Pero si Hitler pudo aplastar a Polonia, su arriesgada apuesta le causó un tremendo e inesperado problema: la declaración de guerra por parte de Gran Bretaña y Francia. Su táctica de construir la hegemonía alemana asestando pequeños golpes (como los de Austria, Checoslovaquia) a ser posible incruentos (Caballero, 2018-a), antes de llegar a crear las condiciones para una guerra general contra la URSS había fracasado, y ahora se encontraba en guerra con dos naciones, Gran Bretaña y Francia, que eran dueñas de inmensos imperios mundiales y contaban con la simpatía abierta de Estados Unidos. Solo Stalin podía darse por enteramente satisfecho con la situación que se creó en septiembre de 1939: además de recibir su parte en el botín polaco, y manos libres en buena parte de Europa Oriental, había orientado a su archienemigo Hitler a lo que él imaginaba (por lo ocurrido en la Primera Guerra Mundial) como una larga y aniquiladora guerra contra las grandes potencias occidentales, dando lo mismo cuál fuera el eventual bando vencedor, pues estaría exhausto, y no podría resistir una ofensiva del Ejército Soviético para implantar el comunismo a nivel mundial.

España estaba demasiado centrada en sus problemas para prestar atención preferente a las complejas jugadas geopolíticas de la Europa Oriental. La Guerra Civil aún no había acabado cuando los tanques alemanes rodaron hacia Praga, y británicos y franceses decidieron dar un golpe de timón a su política frente al Reich. Y en los meses siguientes las dificultades de la inmediata posguerra eran demasiado acuciantes para atender a otras cosas, por graves que fueran. España reaccionó al estallido de la Segunda Guerra Mundial con una declaración de neutralidad. Y cuando se vio que el Tercer Reich actuaba en connivencia con la URSS contra Polonia (un país ultracatólico, nacionalista y anticomunista, bajo control de sus militares) se produjo el mayor de los desconciertos. Hasta entonces se había visto a Hitler como el campeón de la lucha contra el comunismo. Y ahora se convertía en su cómplice. Aunque en la España de Franco una buena parte de sus seguidores simpatizaran espontáneamente con la Alemania de Hitler (por la ayuda prestada en la Guerra Civil y por animadversión histórica a Gran Bretaña y Francia) la situación era muy incómoda y resultaba un alivio que la Italia de Mussolini (país que en ese momento era otro referente) hubiera optado por no unirse al Tercer Reich en la nueva guerra, pese a estar unido a él por el llamado «Pacto de Acero».

En ese momento, el único lazo formal que unía a España y el Tercer Reich era el Pacto Antikomintern, que había sido establecido por acuerdo entre Alemania y Japón en 1936 y al que se unió Italia un año después, y —ya en 1939— Hungría, España y Manchukuo (estado títere japonés en Manchuria). Se trataba con él de luchar contra la Internacional Comunista (la Komintern) que encuadraba a todos los partidos comunistas del mundo y era dirigida desde Moscú, y el pacto

vetaba expresamente todo acuerdo bilateral entre uno de los firmantes y la URSS. Por ello, había quedado reducido a la nada desde el pacto germano-soviético de agosto.

Para el gobierno español el peligro de la nueva situación bélica radicaba en que favorecería la extensión del comunismo. Y no le faltaba razón. Tras anexionarse media Polonia en septiembre, la URSS de Stalin atacó en noviembre de 1939 a la pequeña y muy democrática Finlandia (en la llamada Guerra de Invierno), sin que ello provocara la intervención de las democracias occidentales (y con la aquiescencia alemana, derivada del pacto firmado en agosto). La heroica lucha de los finlandeses contra la URSS provocó en España una vivísima emoción y una completa admiración. De hecho, por vez primera, se habló del envío de voluntarios españoles para luchar contra el comunismo en aquel lejano frente. Y fue precisamente en las filas del SEU donde se discutió tal proyecto.

No fue posible concretar la creación de una unidad de voluntarios españoles, algo que sí ocurrió en los países escandinavos, y desde Suecia, Dinamarca y Noruega marcharon a combatir al frente ruso-finés sendas formaciones de voluntarios, un interesante precedente de lo que vamos a estudiar en estas páginas. Esas legiones no llegarían a actuar de manera eficaz porque la guerra acabó en marzo de 1940, antes de que pudieran tomar cuerpo. Pero supusieron un fenómeno de cierta envergadura, sobre todo teniendo en cuenta el tamaño de las naciones implicadas. Unos 9.000 suecos, 1.200 daneses y 300 noruegos llegaron a vestir el uniforme finlandés, aunque fueron muchos más los que se habían alistado y no tuvieron ocasión para llegar al frente. En Hungría, país emparentado étnicamente con los fineses, llegaron a registrarse 25.000 solicitudes de alistamiento voluntario, pero apenas dio tiempo a que unos 400 de ellos alcanzaran el país que consideraban hermano. La guerra acabó cuando Finlandia aceptó la entrega a la URSS de importantes territorios.

El episodio histórico de estos voluntarios anticomunistas que acudieron en socorro de Finlandia, aunque perfectamente documentado (Norling, 1996), apenas ha sido tratado en las obras de difusión sobre la Segunda Guerra Mundial. Y, sin embargo, demostraba que el anticomunismo militante europeo tenía ya la voluntad de batirse contra Stalin mucho antes de que Hitler atacara a la URSS. La base para unas nuevas Brigadas Internacionales, esta vez en clave anticomunista, ya existía. Anotemos también el hecho de que la organización de esas legiones de combatientes no implicó el que ninguna de las cuatro naciones citadas entrara oficialmente en guerra contra la URSS, un precedente de la situación diplomática que se plantearía con la DA.

El siguiente capítulo de la Segunda Guerra Mundial, las operaciones alemanas sobre Escandinavia, en la primavera de 1940, no provocó ni interés ni emoción en España. En cambio, cuando en mayo de 1940 la Wehrmacht se lanzó contra Francia, el ataque conmovió a la sociedad española. En apenas seis semanas Francia fue aplastantemente derrotada (también Bélgica y Holanda), mientras que las tropas británicas huían en desbandada hacia sus islas. Pareció el fin de todo un mundo: los franceses —cuyo ejército era considerado universalmente el mejor del mundo y que en la Primera Guerra Mundial se habían enfrentado al Ejército Alemán durante 50 meses— se rindieron a las seis semanas de lucha. Como finalmente en 1945 fue Alemania la derrotada y Francia recuperó su papel de gran potencia, es fácil infravalorar el tremendo impacto de lo sucedido en mayo-junio de 1940. La abrumadora derrota francesa y la imagen de unos ingleses huyendo despavoridos parecieron significar el final de todo un ciclo histórico.

Pero en España fue un momento de sentimientos contradictorios, ya que si bien en la nueva élite gobernante en España había suficientes elementos de una arraigada tradición antifrancesa y antibritánica, a la vez se pudo contemplar cómo simultáneamente, en medio de aquella situación excepcional, la URSS se anexionaba a la vez tres Estados independientes, Estonia, Letonia y Lituania, mientras que imponía a Rumanía la cesión de Moldavia, que en su día había pertenecido al imperio de los zares. Gracias a su alianza *de facto* con el Tercer Reich, desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial Stalin había liquidado tres Estados íntegramente (Estonia, Letonia y Lituania) y se había anexionado partes de otros tres (Polonia, Finlandia y Rumanía).

Que en España hubiera gente tentada de aprovechar esa ocasión, que parecía única en la historia, para obtener —también ella— nuevos territorios gracias a una alianza con el Tercer Reich era casi irremediable. Lo contrario hubiera sido lo raro. Italia, que había eludido entrar en la guerra junto a Alemania en septiembre de 1939, lo hizo con entusiasmo en junio de 1940, cuando Francia se desmoronaba, para garantizarse una situación de privilegio en lo que parecía un inminente reordenamiento de las esferas de poder a nivel internacional. En toda Europa eran muchos los que estaban convencidos de que Alemania y España iban a acabar en el mismo bando. De hecho fue muy grande el temor a que España atacara a Francia por la espalda en el momento de la ofensiva alemana (algo similar a lo que había hecho la URSS con Polonia) y se llegó a dar por seguro un rumor que afirmaba que de España —y vía Italia— habían partido voluntarios falangistas para unirse a las tropas alemanas.

En realidad los únicos españoles que tomaron parte en aquella campaña de mayo-junio de 1940 fueron los reclutados por Francia entre los allí exiliados. Los dispuestos a retomar las armas —muy pocos— se alistaron en la Legión Extranjera ya en 1939, integrándose en sus distintos regimientos. A otros menos entusiastas, pero dispuestos al fin y al cabo a servir como soldados, se les encuadró en los llamados Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros, donde convivieron con exiliados y expatriados de otras nacionalidades. Y la gran masa de estos exiliados fue reclutada a la fuerza en unas llamadas Compañías de Trabajadores Extranjeros, usadas como masa laboral militarizada, en un régimen prácticamente de trabajo forzoso. Todos aquellos desventurados se vieron arrastrados con Francia en su hundimiento. Hay que subrayar que en ningún momento formaron unidades calificadas como españolas, pues ni Gran Bretaña ni Francia reconocían a un gobierno del Frente Popular en el exilio. Los checoslovacos, y después los polacos, sí que tenían reconocidos gobiernos en el exilio y por eso pudieron organizar pequeños ejércitos, aportando los checos a las fuerzas francesas una división y cuatro divisiones los polacos.

Incluso la recluta forzosa de los españoles para las Compañías de Trabajadores Extranjeros resultó difícil. El Partido Comunista de España (PCE) tenía una gran fuerza en el exilio español, y dado que Stalin había pactado con Hitler, la idea de luchar en las filas francesas contra el Tercer Reich había sido vetada desde Moscú. Aún más terrible fue lo que hizo el PC francés, que directamente llamó a la desertión a sus militantes y simpatizantes, aunque su país estuviera en guerra contra el Tercer Reich.

La historia registra los hechos que sucedieron, pero no está de más que se levante acta de los que pudieron haber sucedido. Durante la Guerra de Invierno entre Finlandia y la URSS, los únicos que hicieron gestos a favor del pequeño país fueron los occidentales (el Tercer Reich había pactado con la URSS el reparto de Europa Oriental). Se habló de la oportunidad de enviar apoyo

militar a los finlandeses. Hoy sabemos que el propósito real anglo-francés era ocupar el norte de Noruega, bajo pretexto de hacer transitar esa ayuda, pero con el objetivo real de cortar los suministros de hierro sueco a Alemania, que transitaban por esa zona. En Moscú los exiliados comunistas españoles y sus patrocinadores, los dirigentes soviéticos, temieron que los anglofranceses usaran exiliados españoles en aquella operación ya que, como he señalado, estaban tratando de reclutar entre ellos. No les faltaba razón en aquella intuición, ya que en efecto en el contingente francés que finalmente se envió a Narvik hubo un cierto número de exiliados españoles que se habían alistado en la Legión Extranjera francesa. La Guerra Civil española había acabado con un enfrentamiento tan feroz entre los distintos elementos del Frente Popular que lo que se temía ahora en Moscú era que se usase a los exiliados españoles, frentepopulistas pero anticomunistas, para un ataque contra la URSS. El PCE llegó a estar muy preocupado con esa posibilidad, como recogió Javier Rubio en su masiva obra *La emigración de la Guerra Civil*. Que los combates entre las facciones del Frente Popular que se habían visto en Madrid en los últimos compases de la Guerra Civil se hubieran reproducido en algún remoto rincón de Finlandia les pareció posible a algunos. A los comunistas españoles no les preocupaba quién atacara a la URSS, si los Aliados Occidentales o el Tercer Reich, sino defender a esta. Por decirlo con las palabras del mismo Rubio:

(...) es interesante subrayar que, si a comienzos de 1940 los comunistas españoles se preocupaban de que los exiliados republicanos no pudiesen combatir contra la Unión Soviética en la guerra ruso-finesa (...) en la segunda mitad de 1941, esta[rían] preocupados con que los españoles no exiliados, que se encontraban en España, no pudiesen ayudar al ataque de los alemanes a Rusia.

Con el Pacto Antikomintern en suspenso, era necesario un nuevo vínculo diplomático entre las potencias que desafiaban el *statu quo*, y en septiembre de 1940 Alemania, Italia y Japón (el llamado Eje Berlín-Roma-Tokio) firmaron el Pacto Tripartito, exento de planteamientos ideológicos, y que debía permitir a los signatarios realizar una reordenación territorial internacional (el «Nuevo Orden») prestándose ayuda militar mutua si era necesario. En noviembre de ese año Hungría, Rumanía y Eslovaquia se adhirieron al pacto.

La España de Franco jamás lo firmó. Y este es el hecho sustancial, decisivo, insoslayable. Mientras se producía el hundimiento de Francia, España pasó del estatus de país neutral a la ambigua situación de «no beligerancia», que era la extraña figura inventada por Italia en 1939 para no entrar en guerra junto a Alemania, pero expresando de alguna manera su simpatía hacia ella. La no beligerancia italiana se transformó en beligerancia plena en 1940, y se dio por hecho que España seguiría pronto ese ejemplo, pero no fue el caso. Se ha hablado de las numerosas violaciones que se producían de la neutralidad española a favor de Alemania e Italia, con la connivencia de autoridades claro está, hasta el punto de catalogarlas como una «guerra secreta de Franco». Pero los hechos son tozudos y están ahí: en aquel momento en que parecía tan tentador (con Francia desplomada y Gran Bretaña contra las cuerdas), en Madrid hubo la suficiente prudencia como para no dar el paso de entrar en la Segunda Guerra Mundial. El único gesto que pareció mostrar una dosis de agresividad, la ocupación de la Ciudad Internacional de Tánger por tropas españolas, se hizo con el visto bueno de franceses e ingleses.

Tanta contención sorprende a primera vista, pues en definitiva hasta hacía pocos meses Italia y Alemania habían tenido tropas en España combatiendo junto al Ejército Nacional. Pero la

España nacional ya había dado muestras inequívocas en plena Guerra Civil de que no era un títere de nadie. Durante ella, en 1938, dos fenómenos de alta tensión coincidieron en el tiempo. De un lado, y a escala española, la batalla del Ebro, momento crítico donde contar con el apoyo militar germano era importante. De otro, y a escala europea, la llamada Crisis de los Sudetes, que amenazó con llevar a Europa a la guerra general a causa de Checoslovaquia (lo que se conjuró con los Acuerdos de Múnich). En medio de esa tensión, el gobierno de Franco dijo, y bien alto, que en caso de guerra europea la España nacional se mantendría neutral. Aquello escandalizó en Berlín y se temió que se ordenara la retirada de la Legión Cóndor. Pero fue la posición oficial del gobierno de Franco, y nadie logró apearlo de ella.

Ahora, en el momento de lo que se ha llamado «la gran tentación» (por unirse al Eje), el verano y otoño de 1940, el general Franco volvió a dar prueba de su independencia. Hoy sabemos que en esas fechas Hitler ya había decidido que la siguiente campaña a lanzar no sería contra Gran Bretaña, sino contra la URSS. De hecho, aún no se habían apagado los ecos de la batalla en Francia y Hitler ya había dado orden de iniciar los preparativos de un ataque a la URSS, la Operación «Barbarroja» (Caballero, 2000-a), en vez de actuar con lógica estratégica y tratar de abatir a los muy debilitados y profundamente desmoralizados británicos. Desde su óptica racista, para Hitler los ingleses eran los primos hermanos germánicos, y su imperio, una muestra de la superioridad germánica. Como su proyecto era construir un imperio alemán en el Este eslavo, no podía promover un pésimo precedente como hubiera sido el destruir el Imperio británico.

Pero se simuló que un gran plan de invasión estaba en marcha para presionar a los británicos hacia la mesa de negociaciones. En ese marco estratégico España tenía un papel fundamental que cumplir en los planes de Hitler. Aunque lo último que este deseaba era destruir el Imperio británico, se convenció de que Londres solo pactaría con Berlín bajo presión. Gibraltar era una pieza especialmente importante en ese plan. Atacar ese enclave estratégico, pero minúsculo, «demostraría» que Alemania estaba dispuesta a seguir acosando a los británicos, sin alterar la esencia del sistema de dominio imperial de Gran Bretaña (el sojuzgamiento de los pueblos «de color»). Para eso se proyectó la «Operación Félix», un ataque alemán a Gibraltar que fue el plan más efímero de cuantos redactó su Estado Mayor, pues la España de Franco manifestó que en ningún momento toleraría que fuera un ejército extranjero el que expulsara a los ingleses de Gibraltar, lo que anulaba el concepto básico de «Félix».

Aunque era imposible recibir la autorización española para atacar Gibraltar, Hitler se convenció de que la entrada de España en guerra junto a Alemania e Italia supondría una amenaza tan seria para Inglaterra como para que esta tendiera a la negociación. Y por ello acudió a una entrevista para presionar a Franco que, significativamente, se desarrolló en la frontera franco-española, y no en suelo alemán. El «Caudillo» no era un títere a quien Hitler pudiera convocar en Berlín para que acudiese a rendirle pleitesía. Con una grandísima parte de su hasta entonces invencible Wehrmacht aún acantonada en Francia, Hitler acudía a la cita desde una muy ventajosa situación de fuerza.

La famosa entrevista de Hendaya entre Hitler y Franco (el 23 de octubre de 1940) ha sido analizada por numerosísimos autores y constituye una auténtica vergüenza para el gremio de los historiadores el que no se haya podido dar de ella una versión unánimemente aceptada, ya que evidencia los prejuicios tan fuertes con que se analiza y narra la historia. Para unos, Franco salvó heroicamente la neutralidad española corriendo graves riesgos. Otros sostienen que Franco casi

mendigó el que se le dejara entrar en la guerra, y que no se le otorgó tal favor porque era un aliado irrelevante.

En realidad, un análisis basado en evidencias y sentido común permite sacar conclusiones. Alemania estaba interesada en lograr tantos aliados como pudiera, y España era sumamente interesante en aquel momento. Y España podía sacar grandes beneficios geopolíticos de esa alianza. Pero siempre que los alemanes los aseguraran de manera explícita, y España pudiera decidir el momento de entrar en la guerra mundial, y eso era algo que Franco deseaba posponer hasta el penúltimo minuto del conflicto, dada la situación económica del país.

Porque a aquellas alturas de la historia el gobierno de Franco ya había tenido amargas experiencias con respecto al Tercer Reich. Acabada la Guerra Civil y para sorpresa de Madrid, los alemanes presentaron una abultada factura para cubrir los gastos de la Legión Cóndor, que en España se había querido ver como una generosa muestra de «camaradería anticomunista». Los italianos también pidieron compensaciones económicas, pero más ligeras, mejor financiadas y amortizables a mucho más largo plazo, dando así muestras de que entendían mejor la agobiante situación económica de España, y de que —en definitiva— para ellos el apoyo a Franco había tenido una dimensión ideológica.

Los alemanes en cambio se mostraban como acreedores severos, insensibles a los problemas de una España devastada por la guerra, y que aspiraban a hacerse con todos los intereses económicos que Francia y Gran Bretaña habían tenido en España (García Pérez, 1994). Luego Franco ya tenía muy claro que con los alemanes no bastaban las buenas palabras. Si querían que España entrara en guerra, debían cumplirse ciertas condiciones previas, que iban desde el suministro a gran escala y asegurado de combustibles, alimentos y material de guerra, hasta garantizar a España la satisfacción de sus reivindicaciones territoriales. Como Hitler no podía ni ofrecer lo uno ni garantizar lo otro, abandonó Hendaya con las manos vacías. Ante sus colaboradores, el Führer argumentó siempre que había sido él quien había despreciado la intervención española, una tesis que aplauden y repiten con entusiasmo los historiadores antifranquistas españoles y extranjeros, en absoluto incómodos por compartir su punto de vista con Hitler.

El hecho sustantivo es que en la ampliación del Pacto Tripartito escenificada en noviembre, España no estuvo presente. Los líderes de Rumanía (Antonescu), Hungría (Horthy) y Eslovaquia (Tiso) no faltaron a la cita, pero Franco nunca llevó a España a adherirse a ese pacto. Lo que, evidentemente, molestaba y mucho en el Tercer Reich, creando una situación tensa, pues no en vano Berlín parecía erigirse en aquellas fechas en capital de Europa. Y tampoco lo hizo más adelante, ya que la lista de los firmantes europeos del Tripartito aún aumentó, en marzo de 1941, con la inclusión de Bulgaria, y en junio, con la incorporación de la recién independizada Croacia, pero España jamás se adhirió al Tripartito.

Una anotación más: como escribir es un ejercicio de libertad y a nadie se le pide un título en historia para hacerlo, hay más de un autor que ha llegado a establecer un nexo causal entre la entrevista de Hendaya y la División Azul, como si esta hubiera sido una exigencia de Hitler en aquel momento. Lo reflejo solo a modo de curiosidad, para que se vea la cantidad de disparates que se llegan a escribir.

Lo que Franco ganó en Hendaya fue tiempo, para ver cómo evolucionaba la guerra. Y lo que vio solo le incitó a la prudencia. Porque Italia, que tras su entrada oficial en la guerra en junio de

1940 se lanzó a una serie de aventuras militares, solo cosechó fracasos en ellas. Su imperio en África Oriental (Eritrea, Etiopía y la mayor parte de Somalia) le fue arrebatado por los británicos, quienes también detuvieron a los italianos en Egipto y les persiguieron hasta las profundidades de Libia. Más sorprendente aún, su intento de invadir Grecia se saldó con un fracaso ominoso. Y era evidente que Italia tenía una economía más pujante y unas fuerzas armadas más poderosas que las españolas. Toda una invitación a la prudencia, puesto que lo ocurrido a Italia recordaba los riesgos que para las Canarias y los territorios africanos bajo soberanía española implicaría una entrada en la Segunda Guerra Mundial.

Pero también se vio cuán peligroso podía ser provocar las iras de Hitler. Los alemanes no tenían nada contra Grecia, pero para salvar de un completo ridículo a su aliado italiano decidieron atacar el desafortunado país, a cuenta de que los ingleses habían establecido tropas en suelo heleno. Para conseguir bases de ataque, los alemanes lograron que Bulgaria y Yugoslavia se unieran al Tripartito, pero en Belgrado un golpe de Estado depuso a los gobernantes que habían llegado a ese acuerdo con Alemania. Así que Yugoslavia se convirtió en objeto de la ira de Hitler. Y la respuesta fue fulminante: en el mes de abril de 1941 Yugoslavia fue derrotada completamente en solo una semana, y la Grecia continental ocupada en algo más de dos, por una máquina guerrera, la Wehrmacht, que parecía desconocer el significado de la palabra derrota. Para rematar, y en un tipo de operación que sorprendió por lo revolucionario de su táctica, la gran isla de Creta fue conquistada por los alemanes en pocos días, mediante un asalto aerotransportado. Gran Bretaña, de nuevo, salió huyendo de la Grecia continental y de Creta. Todos estos ejemplos eran nuevas y poderosas razones para que la decisión de no provocar el odio del Tercer Reich se convirtiera en una constante de la política exterior española, aunque esta tuviera como objetivo principal el evitar una participación plena en la guerra si no se daban condiciones absolutamente beneficiosas y seguras para España.

Entender las actitudes españolas ante la Segunda Guerra Mundial exige echarle un vistazo al interior del régimen de Franco, o mejor dicho, a la correlación de fuerzas entre las tendencias políticas en que se sustentaba. La más llamativa, desde luego, era la Falange, versión española del fenómeno fascista, aunque de aparición tardía y —hasta 1936— con un corto arraigo.

No es casualidad que el fascismo llegara al poder en dos países tardíamente unificados como Italia y Alemania (que no lo habían logrado hasta 1870) y que en el reparto de la tarta del poder mundial habían quedado totalmente insatisfechos, por lo que ambos eran campo abonado para el nacionalismo de masas. España tenía una historia muy distinta, poco favorable a la aparición de un nacionalismo de masas análogo, puesto que los españoles «estaban de vuelta» con respecto a la idea de convertir a su nación en una gran potencia mundial. Ya lo habíamos sido, y se conocían los efectos. Más que soñar con una expansión internacional, se aspiraba a frenar el ascenso de los separatismos. Incluso en relación con la grave crisis europea desencadenada desde 1917, la existencia de la dictadura del general Miguel Primo de Rivera, lejos de favorecer una «fascistización» del país, la desactivó, pues atribuyó al ejército —y no a masas políticamente activas— el papel de desactivar el peligro revolucionario de la izquierda.

Fue en 1931, poco después de la instauración de la Segunda República, cuando se creó el primer grupo genuinamente fascista, las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas (JONS) de Ramiro Ledesma Ramos, seguido ya en 1933 por la creación de Falange Española (FE) por José Antonio Primo de Rivera (hijo del dictador), organizaciones que se fusionaron en 1934 para dar

origen a FE de las JONS, aunque el nombre de Falange, a secas, era el normalmente usado. Como todos los partidos de este signo, Falange intentó atraer a activistas procedentes de los sectores más radicales del espectro político, con una síntesis de ideas nacionalistas y socialistas. La peculiaridad del falangismo es que su componente nacionalista no estaba orientado hacia la expansión exterior, sino a contrarrestar los separatismos, y su componente socialista giraba en torno al protagonismo de los sindicatos, y de ahí el nombre de su ideología: «nacional-sindicalismo». Pero las muy radicalizadas masas obreras urbanas y los jornaleros agrícolas fueron alérgicos al mensaje falangista y, salvo excepciones, el campesinado mediano y pequeño propietario, básicamente conservador, tampoco fue receptivo. El segmento más dispuesto a dejarse seducir por el mensaje falangista fue una parte de la clase media ascendente, que rechazaba tanto lo que consideraba un conservadurismo trasnochado de las viejas élites, como la amenaza de una proletarización de la sociedad. No es casualidad que los estudiantes universitarios —la mejor expresión sociológica de ese grupo social— supusieran el sector más activo de Falange, y que la organización universitaria de esta, el ya citado SEU, fuera definido por José Antonio Primo de Rivera como la «gracia y levadura de Falange». Como todos los movimientos fascistas, Falange cultivaba el activismo y el elitismo, dos rasgos muy atractivos para los jóvenes universitarios. Lo que muchos de aquellos jóvenes universitarios posiblemente nunca imaginaron al unirse al SEU era que cientos de ellos iban a morir en remotas aldeas rusas cuyos nombres jamás habían escuchado. Los cisnes plateados —el emblema del SEU— que lucirían con fiero orgullo en sus uniformes alemanes quedarían sepultados bajo la inmisericorde nieve rusa.

El relativo éxito entre los jóvenes universitarios no le bastaba a Falange como base sociológica para tener peso político, y en las elecciones de febrero de 1936 sus resultados electorales fueron irrelevantes. Pero el Frente Popular triunfante, creado como coalición antifascista, la convirtió en objetivo predilecto de su política represiva (ordenando su disolución y encarcelando a sus líderes, entre ellos al mismo José Antonio Primo de Rivera), logrando con esa persecución el efecto opuesto: atraer hacia sus filas a un gran número de nuevos militantes, radicalizados como rechazo a las políticas seguidas por el Frente Popular. Muchos procedían de la organización de la derecha católica, las Juventudes de Acción Popular, pero sobre todo se trataba de personas que anteriormente no habían tenido militancia política concreta. Puesto que el Frente Popular motejaba como «fascista» a todo el que se le oponía, nada más normal que el lanzarlos a todos ellos en los brazos de la Falange.

Cuando los militares enemigos del Frente Popular se pusieron a organizar un golpe de Estado para expulsarlo del poder, se intentó contar con el apoyo falangista, y aunque con dificultades, se logró que los activistas de Falange se implicaran en la intentona. Pero el golpe de Estado fue un fracaso en cuanto que tal, y dio paso a una larga Guerra Civil. Durante ella, el crecimiento de Falange fue espectacular, tanto de manera abierta, en la zona nacional, como en la clandestinidad, en la zona republicana. Tan solo el carlismo podía competir en ese crecimiento, pero el problema endémico de este movimiento, el de no conseguir echar raíces fuera de regiones que eran casi su feudo, como el País Vasco, Navarra y Cataluña, se volvió a poner de manifiesto, y de hecho Falange fue la que más creció en el conjunto de España. Falangistas y carlistas, con sus unidades de milicias integradas en el Ejército Nacional («banderas» de Falange y «tercios» de requetés)

colaboraban directamente en el esfuerzo militar y a la vez obtenían el monopolio del espacio político.

Poco a poco se están abandonando los clichés marxistas que se aplicaban a la historia de Falange, y ya se reconoce que a partir de febrero de 1936 esta se convirtió en una fuerza de gran pujanza. Un historiador como Alfonso Lazo, ideológicamente de izquierda (fue diputado por el PSOE varios años) pero enemigo de dogmatismos trasnochados publicó su estimulante libro *Historias falangistas del sur de España. Una teoría sobre los vasos comunicantes* (Lazo, 2015) donde remarcó que...

La generación de quienes hicieron la Guerra Civil que se acercó a Falange —y no al Requeté, o a Renovación Española o al grupo de Acción Española— lo hizo porque le atraía su discurso de justicia social y le era visceralmente imposible acercarse a los partidos de izquierda que, a sus ojos, amén de ser identificados con el comunismo, carecían de espíritu patriótico (...)

De hecho, Lazo formuló una audaz idea:

El triunfo electoral de las izquierdas en febrero de 1936 supuso en España la desaparición inmediata del Estado de Derecho, sustituido por la anarquía, la violencia y el caos (...). FE se llenó de militantes. Si la Guerra Civil no hubiese estallado, es muy probable que FE de las JONS habría llegado a ser, bajo el Frente Popular, un movimiento de masas capaz de ganar unas elecciones tal cual las ganó el fascismo en Italia o Alemania. Paradójicamente fue la Guerra Civil, al colocar todo el poder en manos de los militares, lo que tal vez impidió a los falangistas conquistar en las urnas ese poder (...). Durante mucho tiempo, la historiografía española ignoró el espectacular crecimiento de la Falange y el cambio que se había producido en su composición social. Los historiadores siguen hablando de un partido sin masas, compuesto por señoritos terratenientes. Una tesis historiográfica que se debía (...) a la influencia sobre los historiadores de un marxismo que desde los años 30 había dictaminado cual dogma de fe que los partidos fascistas eran solo un instrumento del gran capital y, en consecuencia, resultaba imposible que tales partidos pudiesen atraer a los trabajadores.

No es el único historiador que ha afirmado que se ha falseado durante mucho tiempo el papel real de Falange. José Antonio Parejo Fernández ha escrito en otra obra del mayor valor, *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España* (Parejo, 2008), párrafos tan significativos como este:

Hasta hace poco de la historia falangista (...) sabíamos poca cosa: un partido de señoritos, todos al servicio del capital, los cuales, acabada la guerra, se amoldaron sin mayor discusión al régimen de Franco (...) quien se afilió a Falange lo hizo bien porque era un derechista, bien porque ansiaba liquidar al movimiento obrero, porque no era un demócrata o bien porque no tuvo más remedio, nunca porque el partido de José Antonio se les presentara como un movimiento atractivo, fascinante y, no tengamos miedo a las palabras, esperanzador. El problema, sin embargo, de seguir insistiendo en estas tesis clásicas es cuando se acude a las fuentes y se empiezan a atar cabos, nada de lo que se nos ha dicho hasta ahora resulta convincente ni, menos aún, válido (...). Con un mensaje nuevo, fascinante, contundente, salvador y esperanzador, la Falange de José Antonio se convirtió, llegado el 18 de julio, en el partido más numeroso de todos los que fueron a la guerra contra la República. La avalancha, la preponderancia trabajadora entre la militancia a partir del inicio de la contienda (unos tiempos en que afiliarse seguía siendo peligroso), la pobreza generalizada de sus afiliados, la carencia de una experiencia política previa, el ansia por poner sus vidas al servicio de la Falange y la Patria, todo esto hizo del partido joseantoniano una organización tan poderosa que muy pronto se hizo insoportable para muchos.

Lo dicho por ambos historiadores sevillanos recuerda inevitablemente a lo que hacía ya mucho tiempo escribió Dionisio Ridruejo, cuando acuñó la idea de que, en el caso del franquismo, se había dado «un golpe de Estado al revés»: en vez de que un grupo revolucionario (Falange)

asaltara el poder, lo que había ocurrido es que el poder político y militar (Franco) se había hecho con el control del grupo revolucionario.

Y esto fue posible porque si durante la Guerra Civil, Falange se convirtió en el gran partido de masas en la España nacional, también ocurrió que perdió a todos sus líderes: Ramiro Ledesma, Julio Ruiz de Alda, y sobre todo su carismático jefe, José Antonio Primo de Rivera, todos ellos como víctimas de la feroz persecución del Frente Popular. Y a otros, como Onésimo Redondo, que cayeron en combate. El crecimiento constante de la organización no hizo sino aumentar el problema del déficit de liderazgo dentro de ella. Centenares de miles de españoles se aproximaron a Falange y sus organizaciones, y decenas de miles se convirtieron en activistas en ellas. Pero encontraron una muy pobre estructura de encuadramiento. Como una premonición, el himno de Falange, el «Cara al sol», hablaba del triunfo (volverá a reír la primavera) a través del sacrificio de la vida (cara al sol (...) me hallará la muerte). En los momentos de alta emotividad que genera una guerra, para muchos había sido suficiente con escuchar ese himno para sentirse atraídos hacia Falange, pero eso no bastaba para mantener cohesionadas a esas masas mucho tiempo.

En ese contexto bélico, y debido a su deficiente liderazgo, a Franco no le resultó difícil hacerse con el control de la organización, y tras fusionarla por decisión propia con el carlismo (que también padecía de una dirección débil), en la organización que iba a ser conocida con el larguísimo nombre de Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalistas, FET-JONS, proclamarse su nuevo jefe nacional. Unió ese cargo a los que ya ostentaba de jefe del Gobierno, del Estado y generalísimo de los Ejércitos.

FET-JONS se convirtió en «Partido Único», pero esto no significó, sin embargo, que los falangistas recibieran carta blanca para desarrollar su programa político. Estaban en el poder, pero no habían «conquistado el poder». En absoluto. En realidad los falangistas eran mucho más débiles de lo que sugería su presencia hegemónica en el «escenario» de la vida política. Ondeaban sus banderas y lucían sus uniformes, pero no se implementaba su programa. De hecho, el contenido socialmente revolucionario y culturalmente modernizador del falangismo horrorizaba a un amplio abanico de las fuerzas sociales y políticas que participaban en el entonces naciente régimen de Franco. Eran fuerzas que pensaban que con el catolicismo como ideología ya bastaba, que deseaban la urgente restauración de la monarquía (denostada por los falangistas) y veían en el Ejército, que no en Falange, la columna que debía vertebrar al país. Desde su punto de vista, era el Ejército Español el que se había alzado, y por ello le correspondía el poder, mientras que Falange solo era una más entre las fuerzas políticas cuyos activistas se habían unido al alzamiento.

El análisis de los falangistas era distinto. Para ellos, la guerra había provocado una revolución, y en ella el papel dirigente le había correspondido a Falange. Tampoco es este el lugar para abordar en detalle ese debate, pero hay un hecho sobre el que reflexionar. En la historia contemporánea, la de España no es la única guerra civil que se ha planteado «contra el comunismo». La Guerra Civil rusa y la Guerra Civil china son otros dos ejemplos bien conocidos. En ambos casos el bando anticomunista tenía, *a priori*, más posibilidades de haber vencido que en el caso de España. Habían llegado a controlar más territorio y más recursos, tenían fuerzas militares bien preparadas y disponían de un amplio apoyo internacional. De hecho, la debilidad de la que partía el bando anticomunista español en la Guerra Civil era tan completa que en julio de 1936 se podía augurar fácilmente su rápida derrota.

Pero los anticomunistas rusos y chinos perdieron la guerra que libraban contra los comunistas. Las causas, claro está, son varias y complejas, pero hay algo evidente: los anticomunistas rusos y chinos jamás contaron con una organización política análoga a Falange. Su lenguaje de épica exaltación era capaz de movilizar a las masas y su programa social era el único que, dentro de la España nacional, podía resultar atractivo para los sectores sociales menos favorecidos. Se ha dicho que muchos izquierdistas usaron la Falange para obtener una especie de salvavidas en la España nacional. En realidad, habrían podido obtener las mismas garantías de supervivencia uniéndose a los carlistas o ingresando en Acción Católica, por lo que unirse a Falange tenía un claro componente de elección. El caso es que en las mismas «banderas» de Falange que luchaban en las trincheras se podía encontrar a antiguos militantes de las juventudes católicas y a quienes habían sido simpatizantes o activistas de formaciones de izquierda. La derecha tradicional llamaba a los falangistas «nuestros rojos», o se refería a ella como «FAI-lange», usando un juego de palabras en el que se incluía a la Federación Anarquista Ibérica (FAI).

Cuando terminó la Guerra Civil, en abril de 1939, el régimen surgido de ella seguía sin tener un perfil político-ideológico definido. Las distintas fuerzas que integraban el bando vencedor pugnaban ahora por alcanzar la supremacía, con Franco como árbitro. Pero parecía el momento histórico de la Falange. Para entender que la Falange resultara tan atractiva hay que volver a recordar que en aquellos años el fascismo tenía en toda Europa una poderosa capacidad de seducción, como ideología moderna y eficaz. La Italia Fascista era considerada una gran potencia, un país pujante. Era admirada por un buen número de europeos, y —aunque casi resulte increíble— también por personajes como el indio Gandhi. Su conquista de Etiopía (entonces Abisinia) nos parece hoy un episodio vergonzoso, pero en aquellos momentos, cuando todo el continente, sin excepción, estaba dividido entre grandes potencias europeas (Francia y Gran Bretaña) y hasta las relativamente irrelevantes Bélgica y Portugal eran dueñas de grandes partes del territorio, el intento de crear un Imperio italiano en África no desentonaba. Por otra parte, por comparación con otras dictaduras europeas, y por mucho que fuera Mussolini el que acuñara el término de «totalitario» para aplicarlo a su régimen, la realidad es que no era un régimen que destacara por su brutalidad (entiéndase: comparado con otros muchos contemporáneos y posteriores). Incluso hoy, a Mussolini se le recuerda como un histrión, no como un sanguinario.

Ocurre lo mismo con el nazismo. Esta versión alemana del fascismo incorporaba dos elementos ideológicos que en realidad son anteriores y posteriores al fascismo (y no inevitables en un movimiento fascista): el antisemitismo y el racismo. El racismo —que significativamente se manifestaba con fuerza especial en los países germánicos— se basaba en creencias entonces muy difundidas sobre el papel de las razas, era —aunque cueste creerlo hoy— una ideología que muchos estimaban como moderna y científica. En cuanto al antisemitismo, hundía sus raíces en tiempos muy remotos, pero se había revitalizado con el racismo, pues a los judíos ya no se les veía como una religión, sino como una raza. Reaparecía con fuerza en tiempos de crisis, cuando las sociedades buscan desesperadamente un chivo expiatorio. En la Francia posterior al trauma de 1870 se produjo tal repunte del antisemitismo que condujo el cisma nacional que fue el *Affaire Dreyfuss*. Y en la Alemania humillada de 1918 también rebrotó con extraordinaria fuerza. Aunque Alemania había tenido una comunidad judía muy bien integrada, no menos cierto es que se encontraba mucho más próxima a la Europa Oriental, donde el antisemitismo de masas había pervivido con extraordinaria virulencia hasta ese mismo instante. En cualquier caso, hasta el

inicio de la Segunda Guerra Mundial, la Alemania nazi no perseguía otra cosa que conseguir que los judíos abandonaran el país. Y esa misma idea era defendida en ese instante por otras naciones, como Polonia, Rumanía y Hungría. La obsesión por sacar a los judíos de Europa se extendió hasta el punto de que en julio de 1938 se celebró la llamada Conferencia de Evian, a la que concurrieron treinta y dos países para estudiar dónde realojar a los judíos europeos, que concluyó sin éxito porque nadie parecía dispuesto a aceptarlos, incluyendo en ese «nadie» a Estados Unidos, país con espacios físicos y recursos económicos sobrados para acogerlos. La Unión Soviética, que gozaba de las inmensas posibilidades que le daba su vasto espacio, llegó a desarrollar la idea de concentrar a toda su población judía en un único territorio, creando para ese fin la República Autónoma Judía de Birobidjan, situándola —eso sí— en el extremo más oriental de Siberia.

Es muy importante que no cometamos el error de juzgar ciertas decisiones sin tener en cuenta la perspectiva histórica del momento en que se tomaron. No era el racismo ni el antisemitismo lo que provocaba las simpatías hacia Hitler existentes en España. Lo que fascinaba es que hubiera sacado a Alemania de la crisis económica tan profunda que había padecido. No olvidemos que fue la crisis de 1929 la que le permitió al Partido Nazi pasar de ser una fuerza casi marginal; y en pocos años logró incluso el pleno empleo. En este proceso, además, había desactivado a dos gigantescos partidos de izquierda, el Partido Socialista Alemán —SPD— y el Partido Comunista Alemán —KPD— sin tener que recurrir ni mucho menos a un baño de sangre. Finalmente, había devuelto a Alemania al rango de gran potencia. Si hoy tenemos muy presente en qué concluyó todo esto, no podemos exigir a los contemporáneos clarividencia para que hubieran acertado a ver el futuro. Porque con quien cabía comparar a la Alemania nazi era con la Gran Bretaña y la Francia de ese momento, que hoy nos parecen democracias modernas, pero que entonces eran gigantescos imperios que sometían a decenas de naciones en cada caso; o con Estados Unidos, donde la discriminación de la población negra establecida por ley era más radical que la instaurada para los judíos por el Tercer Reich, y donde episodios tan aberrantes como los linchamientos públicos de negros eran tristemente frecuentes. Es absurdo imaginar a Estados Unidos o Gran Bretaña como los contramodelos de la Alemania nazi, cuando Hitler tenía a ambos países como modelos, y lo que deseaba era someter al dominio germánico a pueblos que no lo eran (como hacía Gran Bretaña en su vasto imperio) y acabar con los indígenas que poblaban ciertos territorios si ello era necesario (tal y como habían hecho los estadounidenses con los indios norteamericanos).

En cuanto a la Unión Soviética de Stalin, prefiero ceder la palabra a reputados historiadores de la talla de Richard Overy. En su *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, nos recordaba que:

En 1939, el número de prisioneros que había en los campos soviéticos era 66 veces el de los campos alemanes; en 1944, año en el que la población de los campos alemanes alcanzó su cifra más alta, en los del Gulag había solo una vez y media más (Overy: 2006).

Otro gran especialista en el estudio comparado del Tercer Reich y la URSS, Snyder, ha escrito en *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*:

En la década de 1930, la Unión Soviética era el único Estado de Europa que llevaba a cabo programas de asesinatos en masa. Antes de la Segunda Guerra Mundial, durante los seis años y medio transcurridos desde el ascenso de Hitler al poder, el régimen

nazi había matado a no más de diez mil personas (Snyder, 2011).

Stalin, en cambio, había hecho morir por hambre a millones de personas, deportado a masas ingentes y ordenado la ejecución de cientos de miles. No se trata de exculpar a nadie, sino de entender la perspectiva histórica desde la que se tomaron decisiones que hoy nos pueden sorprender. Es algo que debemos tener forzosamente presente, si de lo que se trata es de entender cómo tanta gente llegó a tener una visión positiva del Tercer Reich y estuvo dispuesto a luchar junto con él contra el comunismo.

Con todo, no es menos cierto que, por su ideología, Falange sintonizaba con los regímenes de Italia y Alemania. En 1941, cuando se inicia la historia de la División Azul, estaba muy vivo además el recuerdo de los italianos y alemanes que habían luchado junto al bando nacional en la Guerra Civil. Y en el análisis que hacían los falangistas, la bochornosa derrota anglo-francesa en mayo-junio de 1940 parecía marcar el fin de una época: la de la hegemonía de estas dos potencias imperialistas en el escenario mundial, pero también la del modelo de democracia parlamentaria que encarnaban. La Segunda Guerra Mundial empezó a tener para muchos un significado comprensible, más allá de la redefinición de fronteras en Europa Oriental: el de la lucha entre las potencias catalogadas como «insatisfechas» con el orden internacional (Alemania e Italia) contra las «satisfechas» (Gran Bretaña y Francia, las dueñas de los dos mayores imperios mundiales), de la que saldría lo que se empezaba a describir como «un Nuevo Orden Europeo».

Los falangistas pensaban que España era una de esas «naciones insatisfechas» y que en ese momento histórico convenía jugar la carta alemana (una carta que muchos países en Europa estaban jugando ya). Para los falangistas era el momento de recuperar Gibraltar. Otros grupos influyentes, como ciertos militares «africanistas» iban más allá y deseaban incrementar la presencia de España en el Norte de África. No era este sin embargo un tema que preocupase a los falangistas. En *El imperio que nunca existió*, Nerín y Bosch subrayaron que la «vocación de Imperio» de Falange jamás tuvo que ver con la expansión territorial, ni tan siquiera en el Norte de África, sino con un liderazgo cultural, aunque a la vez el que iba a ser comandante de la DA, Muñoz Grandes, figuraba entre los destacados defensores de ensanchar las posesiones norteafricanas:

Falange (...) a diferencia de los fascistas italianos y nazis alemanes jamás diseñó ningún plan de expansión imperial (...) la prioridad era la proyección cultural en América Latina y no la colonización en África (Nerín, Bosch, 2001).

Habría que matizar a estos autores que Falange también defendía que España ambicionara un papel activo en Europa, en vez de continuar con una ausencia acoquejada en ese escenario. Pero no podemos engañarnos, en cualquier caso, la entrada en guerra del país para conseguir retazos de tierras africanas o prestigio en Europa, hubiera provocado un profundo disgusto entre la población española, que aún padecía de manera muy viva las consecuencias de la pasada Guerra Civil. Ni siquiera había unanimidad entre las élites gobernantes, y junto a elementos fervientes germanófilos e intervencionistas, existían no menos fervientes neutralistas e incluso anglófilos. El que el «Nuevo Orden» del que se hablaba en el Pacto Tripartito no tuviera unos contornos definidos asustaba en España a los sectores más conservadores. Lo que los falangistas imaginaban como una futura constelación de regímenes nacionalistas, en la que líderes carismáticos que se apoyaban en

meritocracias jerarquizadas dirigirían a las masas, movilizándolas con ideologías sociales y culturales revolucionarias, era para los sectores conservadores algo temible: la amenaza de regímenes paganizantes, que subvertirían el orden social tradicional.

Encarnación perfecta de las fuerzas opuestas al falangismo era el ministro del Ejército, general Varela, cuyo cargo le colocaba en el centro neurálgico del poder, dado el peso de la institución militar en el régimen. Próximo al carlismo, encarnaba el pretorianismo del siglo XIX español, veía en Falange a un movimiento peligroso y venía siendo manifiestamente opuesto a toda intervención militar en la Segunda Guerra Mundial. Su contrafigura era Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores y antes de Gobernación (es decir, del Interior), que parecía el falangista más influyente (también era cuñado de Franco). Pero no pertenecía a la llamada «vieja guardia» de Falange (integrada por quienes militaban en el partido antes del triunfo del Frente Popular), ni tan siquiera era «camisa vieja» (designación que se aplicaba a quienes se habían unido a Falange desde el momento antes citado al inicio de la Guerra Civil). Sin embargo, dado el muy deficiente liderazgo falangista, y pese a que el puesto de secretario general de la FET estaba encarnado en José Luis de Arrese, era Serrano quien ocupaba el puesto de presidente de la Junta Política de Falange, en teoría el núcleo director de esta fuerza. Y se había hecho con el liderazgo de su sector más influyente, pues supo atraerse a lo más granado de los intelectuales falangistas del momento (Dionisio Ridruejo, Pedro Laín, Antonio Tovar). De hecho aspiraba a desplazar a Franco de la jefatura del Gobierno (relegándolo a la del Estado, que se convertiría en simbólica). Una ambición tan manifiesta que los enemigos se multiplicaban en torno a él, incluyendo a casi todos los militares con peso en política, pero también a muchos falangistas.

A la altura de mayo de 1941, los falangistas habían visto cómo se enterraban uno tras otro sus proyectos políticos revolucionarios, que habían soñado implantar tras el final de la Guerra Civil. Su intento de crear unos poderosos sindicatos fue neutralizado; la organización de un Frente de Juventudes, de afiliación obligatoria y en manos de los falangistas, quedó en muy poco; las llamadas Milicias Falangistas fueron reducidas a una simple estructura burocrática; la organización de Auxilio Social, como un sistema de atención estructurada a los más desfavorecidos, quedó reducida a una labor caritativa; el intento de crear una red pública de asistencia sanitaria vinculada a los sindicatos falangistas (la Obra Sindical 18 de Julio) se enfrentaba a los poderosos grupos de presión de los colegios médicos, etc.

Cuando ese mes Franco nombró a Galarza —un militar notoriamente antifalangista— como ministro de Gobernación, pareció que era la gota que colmaba el vaso. Los dos hermanos de José Antonio Primo de Rivera con responsabilidades en el régimen (Miguel y Pilar) dimitieron de sus cargos, así como varios jefes provinciales de FET-JONS. Franco capeó la crisis y pareció ceder más cuota de poder a los falangistas (aunque sin cesar a Galarza). Pero el teórico «partido único» languidecía, desprovisto de medios para llevar a cabo su programa. En ese contexto, muchos falangistas pensaron que solo una completa victoria de Alemania e Italia podría permitirles hacerse con el control del poder efectivo en España, ya que desarbolaría a las fuerzas social y políticamente conservadoras. No por casualidad, el ya citado Dionisio Ridruejo, posiblemente el intelectual falangista de mayor calado en ese momento, e impulsor ideológico de la División Azul, dejó escrito en la primera entrada del diario que escribió con motivo de la campaña en la que participaría:

España se nos ha hecho más agria y triste que nunca. Casi todas mis ilusiones —nuestras ilusiones— políticas, sociales, estéticas, naufragan en una mediocridad perezosa y envejecida (Ridruejo, 1978).

A fines de junio de 1941, Serrano Suñer, ministro de Asuntos Exteriores como ya he señalado, era uno de los pocos españoles que conocían que el inicio del ataque alemán a la URSS era cuestión de días. Sabemos que el día 21 de junio en conversación con Ridruejo y otro importante líder falangista, Manuel Mora-Figueroa (que también se alistaría en la DA), abordaron la idea de que Falange debía aprovechar la ocasión para organizar una unidad de voluntarios que participara en esa campaña. Hasta entonces todas las empresas militares alemanas habían acabado en rotundos éxitos y nada hacía presagiar que ahora fuera a ocurrir algo distinto. Al regresar de aquella campaña, como soldados victoriosos que habían derrotado al comunismo, los falangistas estarían en condiciones de exigir el poder completo en España. Desde hace tiempo, esa reunión de Serrano, Mora y Ridruejo se considera el punto de arranque de la DA. Pero es ingenuo pensar que un suceso como este se debiera a una reunión de tres personas.

De alguna manera, la idea flotaba en el ambiente y anidaba en muchas mentes. Ramón Garriga era corresponsal de prensa español en Alemania por aquellos años. Cuando se leen sus crónicas berlinesas de esas fechas es inevitable imaginárselo como un nazi fanático, pero pasados los años consiguió presentarse como un genuino antinazi y antifranquista, con obras donde pretendía que iba a desvelar las relaciones entre Franco y Hitler. Así se llamó la primera versión de su libro de memorias, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler*, editadas en Argentina en los años 1960, y reeditadas en España años después con un título distinto (Garriga, 1976). Esas memorias son poco más que una colección de chascarrillos escuchados en los mentideros políticos y diplomáticos y, con respecto a la DA, no contienen más que tópicos y errores. Pero en algún momento aparece un dato relevante y así por ejemplo, Garriga cuenta que apenas se supo en la embajada española de Berlín que Alemania había iniciado su ataque a la URSS, el agregado aéreo afirmó que España debía unirse a la nueva empresa con una legión de voluntarios. Desde luego no debió de ser el único caso. Si lo hablado por Serrano y Ridruejo tuvo el tremendo eco que iba a tener se debió a que estaban expresando una idea que muchos concibieron casi simultáneamente. Y no es extraño porque de hecho ya desde la Guerra Civil los falangistas venían proponiendo la idea de lanzar una gran «cruzada» multinacional contra el comunismo. Uno de los intelectuales falangistas, Federico de Urrutia, lo había expresado con meridiana claridad en su libro *El nacionalsindicalismo es así*, una obra de 1939:

El día que el perfil imponente de cien millones de bayonetas de todos los pueblos unidos avancen sobre Moscú (...) ese día el Imperio del Mal se vendrá abajo. Y la humanidad, santificada en redención, podrá otra vez vivir para el espíritu en los tiempos de Dios y de la Cultura. El dilema, pues, está claro. O con la Bestia rusa o contra Ella.

Los falangistas españoles no esperaron al ataque alemán a la URSS para predicar una «cruzada» contra ella, como vemos. Ahora bien, si la idea de una «cruzada europea contra el comunismo» estaba en la mente de muchos españoles, sin duda fue en la reunión de Serrano, Ridruejo y Mora donde se puso en marcha la concreción de esa idea. Una idea que iba a tomar cuerpo sobre dos escenarios: uno europeo y otro español. Veamos primero el europeo. Aunque ya en julio de 1940 Hitler había tomado la firme decisión de atacar a la URSS, redirigir la gigantesca máquina militar hacia aquel nuevo objetivo, fue un proceso largo, y entre la victoria alemana en el

oeste (junio de 1940) y el inicio del ataque a la Unión Soviética (junio de 1941) pasó un largo y desconcertante año (solo interrumpido por la fulgurante campaña en los Balcanes). ¿Hacia dónde iba a dirigirse la guerra? Puesto que Gran Bretaña no se había rendido ni daba señales de querer negociar, y dado que Hitler había asegurado que jamás haría una guerra en dos frentes, todo parecía indicar que la guerra corría riesgo de alargarse en forma de campañas que se librarían en África del Norte y el Asia Menor.

Mientras, la URSS acumulaba un poder militar abrumador en sus confines occidentales. El historiador Bergström es perfectamente conocido por sus tesis completamente favorables a la URSS en el conflicto germano-soviético, pero en su libro *Operación Barbarroja. La invasión alemana de la Unión Soviética* describe en estos términos la correlación de efectivos:

Los 2,3 millones de soldados soviéticos destinados en el Oeste contaban con el apoyo de 46.630 piezas de artillería y morteros de más de 50 mm y 12.800 carros de combate, en tanto que los 3,35 millones de combatientes alemanes de las fuerzas armadas del Este disponían de 7.184 de aquellas y 3.648 carros de combate y cañones de asalto. Semejantes cantidades dan una media de 49 soldados soviéticos y 466 alemanes por pieza de artillería y de 180 y 917 respectivamente por carro (Bergström, 2016).

El mismo autor y en la misma obra señala que la cifra total —es decir, en todos los frentes y en los parques de material— de tanques alemanes en la fecha del inicio del ataque era de 5.264, mientras que el total de carros de combate de que disponían los soviéticos en todo su territorio era de 23.058, y que el Ejército Rojo disponía de la fantástica cifra de 110.530 cañones, que los alemanes no podían ni soñar. No es que el Ejército Rojo dispusiera de más tanques, cañones y aviones que cualquier otro ejército del mundo, ¡es que disponía de más armas que todos los demás ejércitos del mundo juntos! Este era el principal logro del socialismo bajo Stalin: un inmenso arsenal militar. Millones de personas habían muerto de hambre para que el país se industrializara, otros millones habían sido deportados y enviados al Gulag, cientos de miles fueron ejecutados; pero no para mejorar los niveles de vida de obreros y campesinos, sino para acumular el mayor arsenal del mundo. Por cierto, tan inmenso gasto militar fue acompañado por unas purgas tan terribles en el seno del Ejército Rojo (Caballero, 1990-b) que casi anularon el resultado de esas fabulosas inversiones y que explican en gran medida los primeros éxitos alemanes en la campaña.

Los datos de Bergström aparecen formulados de otras maneras por todos los historiadores solventes. Un reputado historiador militar especialista en el Ejército Rojo y conocido por el trato favorable que le da, Glantz, ha escrito:

La Unión Soviética no produjo su primer carro de combate (...) hasta 1929. Cuatro años más tarde las fábricas soviéticas fabricaban 3.000 carros de combate y otros blindados al año. Un crecimiento rápido de igual naturaleza tuvo lugar con la aviación, la artillería y otros armamentos (...). El primer regimiento experimental de carros de combate tomó forma en Moscú en 1927, utilizando 60 carros de fabricación extranjera. Tres años más tarde apareció la primera brigada mecanizada experimental (...). Los soviéticos formaron sus dos primeros cuerpos [de ejército] mecanizados en el otoño de 1932, tres años antes de que Alemania creara sus primeras divisiones panzer (...) a mediados de esa década de 1930, la Unión Soviética lideraba la producción, planificación, y despliegue de fuerzas mecanizadas en todo el mundo (Glantz, House, 2017).

Aunque sea conocido, conviene recordar que fue 1933 el año de la llegada de Hitler al poder, luego este vasto programa armamentístico no nació a consecuencia de su nombramiento como canciller. Eso sí, tras ese hecho, aún se reforzó, y con el estallido de la Segunda Guerra

Mundial, más. El Ejército Rojo, al que muchos despreciaban y al que casi todos ignoraban, se había convertido en un gigante (Caballero, 1998-b).

¿Se proponía Stalin atacar a Alemania? Es la provocadora tesis que sostiene Suvórov en *El Rompehielos. ¿Quién empezó la Segunda Guerra Mundial* (Suvórov, 2015). Ese extraño título se debe a que los líderes soviéticos decían desde hacía tiempo que, si la Primera Guerra Mundial, un conflicto entre potencias imperialistas, había permitido que el comunismo se hiciera con el poder en Rusia, la siguiente gran guerra entre imperialistas actuaría como un rompehielos a la hora de abrir la vía a la segunda fase de la revolución, la etapa mundial. Cuando Stalin, en abril de 1939, había invitado a Hitler a pactar con él estaba actuando exactamente con esa lógica. El análisis de Suvórov es muy convincente porque, como oficial de inteligencia que fue del Ejército Soviético, es el tipo de persona que sabe sacar conclusiones no ya del tremendo volumen de fuerzas amasadas por la URSS en sus fronteras occidentales, y que Bergström reconoce, sino que analizando su despliegue deduce incluso los objetivos fijados para ellas. Pero la verdad es que ni así podremos saber cuándo pensaba atacar Stalin y lo más verosímil es que pensara en hacerlo en la primavera de 1942, con la esperanza de que Alemania hubiera sufrido por fin algún descalabro y —sobre todo— para dar tiempo a incorporar en masa en sus arsenales a las nuevas y más sofisticadas armas que justamente estaban empezando a entrar en servicio, y que los alemanes sufrieron en sus carnes con completa sorpresa casi desde el inicio de Barbarroja, como los carros de combate T-34 y KV-1.

No es que Hitler actuara por temor a esa amenaza. De hecho, si hubiera sabido el arsenal de que disponía Stalin es dudoso que hubiera dado la orden de ataque; ya en agosto de 1941 le dijo a su principal comandante de Panzer, el general Guderian, que de haber conocido la cantidad de tanques que poseía el Ejército Rojo no habría atacado a la URSS. Si Hitler desencadenó la Operación Barbarroja fue como consecuencia de su ideología, que le dictaba que la «raza superior» germana tenía derecho a desposeer de sus tierras a los rusos y ucranianos, miembros de un raza inferior eslava. Pero esa decisión fanática y obsesiva se correspondía con otra no menos fanática y obsesiva que había fraguado en la mente de Stalin.

A mediados de los años 1920, cuando aún luchaba por asegurarse la herencia de Lenin, Stalin ya había escrito (en *Fundamentos del leninismo*), que la principal tarea del régimen comunista debía ser fortalecer al Ejército Rojo. Casi por las mismas fechas, Hitler, en *Mi lucha*, ya había señalado que el objetivo de Alemania debía ser crear un imperio colonial en el Este eslavo. Las políticas que implementaron ambos líderes tenían un origen común: su sensación de atraso con respecto a las potencias occidentales, especialmente Gran Bretaña y Estados Unidos. Stalin decía que Rusia llevaba un siglo de retraso, y de ahí que considerase necesaria una urgentísima industrialización, fuera cual fuera su coste humano. Hitler, por su parte, pensaba que debido a la tardía unificación alemana, su país había quedado muy por detrás en la carrera imperial por el reparto del mundo, y deseaba ser él mismo quien dirigiera a Alemania para que recuperara un «atraso» de décadas. Tampoco a él le importaba el coste humano de esa carrera contra reloj para alcanzar a un imperio, el británico, que había fraguado a lo largo de siglos. Lo absolutamente terrible es que tanto Stalin como Hitler decidieron realizar sus propósitos sobre el mismo escenario geográfico, el suelo de Europa Oriental en su conjunto y de Rusia en concreto, y de ahí lo extraordinariamente terribles que fueron aquellos años para estas regiones. De entre los libros disponibles en español, dos son obras fundamentales, la de Norman Davies: *Europa en*

guerra, 1939-1945 (Davies, 2008); y la ya citada *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, de Snyder, que nos permiten comprender el terrible escenario sobre el que, inesperadamente, iban a aparecer los miembros de la División Azul española.

Cuando el 22 de junio el Tercer Reich lanzó su ataque contra la URSS la guerra en curso adquirió un nuevo sesgo, mucho más ideológico que los anteriores, y comprensible en el marco del paradigma imperante, el de la dialéctica anticomunismo-antifascismo. Inmediatamente los comunistas de toda la Europa ocupada por los alemanes se lanzaron a la lucha contra el Tercer Reich, algo que no habían hecho cuando la Wehrmacht había invadido sus propias naciones. Aquella iba a ser una campaña de unas características excepcionales, que la hicieron adquirir un perfil propio muy especial en el marco de la Segunda Guerra Mundial y a la vez, en el teatro de operaciones decisivo para la suerte final de la contienda (Caballero, 2017-a; Hartmann, 2018). El aplauso que recibió la acción alemana por parte de muchos europeos le permitió a Alemania presentarse como campeona de un frente europeo contra el comunismo, y el Pacto Antikomintern, del que no se hablaba desde septiembre de 1939 por motivos obvios, volvió a reaparecer en escena, y hasta amplió sus firmantes con la adhesión de Rumanía, Finlandia, Bulgaria, Eslovaquia, Croacia, Dinamarca (bajo ocupación militar alemana) y el gobierno chino projaponés de Nanking.

Pero si en algún lugar de Europa el ataque alemán a Rusia iba a tener un tremendo impacto fue en España, donde ocurrió algo no visto en ninguna parte de Europa: manifestaciones populares masivas para felicitar por el inicio de aquel conflicto y exigiendo participar en él. De manera inmediata se vio esa nueva acción militar alemana como una «cruzada contra el comunismo», de la que la Guerra Civil española habría sido el primer capítulo. Y como el anticomunismo era el elemento aglutinador de todas las fuerzas sociales y políticas agrupadas que apoyaban a Franco, debía provocar el reforzamiento de su unidad interna, en aquel momento fracturada por diversos enfrentamientos en torno a temas tales como la restauración monárquica, etc.

Era difícil que ningún español hubiera aguantado la lectura del plúmbeo *Mi lucha* de Hitler hasta el capítulo en el que habla de sus proyectos colonialistas en el Este eslavo, que en cuanto a los detalles de su intento de aplicación práctica solo era conocido por altos jefes nazis. Sin mayores complicaciones, en una España donde en realidad se ignoraba casi todo sobre Rusia, y sobre las dinámicas que regían las relaciones entre ella y Alemania (¿quién había en España que conociera la *Drag nach Osten* medieval alemana?), se le otorgó a la Operación Barbarroja la etiqueta de campaña anticomunista.

Pero no es difícil comprender por qué la lucha contra el comunismo, «contra Rusia», provocaba tanto entusiasmo en el otro extremo de Europa, en la vieja piel de toro. Y así pasamos al factor español. Muchos españoles le atribuían a la URSS la culpabilidad en la tragedia que había vivido España en los últimos años. Desde que se instauró la Segunda República en 1931, esta había padecido varios intentos insurreccionales anarquistas, pero todos fueron aplacados con facilidad. No ocurrió lo mismo cuando en octubre de 1934, las fuerzas políticas de izquierdas y los separatistas se alzaron contra el gobierno legalmente constituido (de derechas), intentando por la violencia asaltar el poder (la «Revolución de Octubre», que pretendía emular el «Octubre Rojo» ruso), provocando una guerra civil, aunque limitada a Asturias (único lugar donde triunfó la insurrección armada). La violencia alcanzó tal paroxismo que toda la registrada desde la instauración de la Segunda República pareció irrelevante. Como los socialistas intentaron desvincularse del hecho en cuanto fue evidente su fracaso, los comunistas reivindicaron su

protagonismo en el proceso, que por tanto paso a ser visto como un ejemplo del peligro comunista.

En febrero de 1936, el ambiguo triunfo electoral del Frente Popular (ya se señaló que su mayoría en escaños no se correspondía con una mayoría en votos) llevó al poder a un gobierno dispuesto a aniquilar a las formaciones políticas de la derecha (etiquetadas en bloque como «fascistas»). El 15 de julio militantes de izquierda y agentes de la policía asesinaban a Calvo Sotelo, el líder de la derecha monárquica, aunque el objetivo que se habían marcado para ese día era más ambicioso: asesinar a Gil Robles, líder del partido católico, la CEDA. El terrible suceso conmovió tremendamente a la opinión pública de derechas y la predispuso a lanzarse a la acción. Cuando en 1932 Sanjurjo se sublevó contra la República, nadie en las calles y en los pueblos movió un dedo a su favor. En cambio, en 1936 muchísimos civiles se unieron inmediatamente, sin dudarle y con todas las consecuencias, al levantamiento militar del 18 de julio.

Y el estallido de ese alzamiento militar, perfectamente predecible dadas las políticas desarrolladas por el gobierno del Frente Popular, dio la señal para el inicio de una caza abierta a los «fascistas» (ya he señalado la amplitud con que se usaba este calificativo) que se pretende que fue «espontánea», algo que desmienten su intensidad y metodología. Más de 50.000 personas fueron asesinadas en pocos meses, y otras decenas de miles fueron detenidas y torturadas, y en caso de ser mujeres, violadas. Los saqueos de edificios religiosos adquirieron proporciones difíciles de creer: una orgía de profanaciones, que hirió los sentimientos de millones de creyentes. Casas, fincas rústicas, y empresas comerciales e industriales de propiedad privada fueron confiscadas y colectivizadas, condenando a la miseria a sus propietarios y a sus familias. La desarticulación del tejido económico produjo el desabastecimiento en la zona controlada por el Frente Popular, y con él penalidades derivadas del hambre y las enfermedades, que provocaron más muertes que los asesinatos de enemigos políticos. Y para alimentar la guerra el Frente Popular movilizó muchas más quintas que sus enemigos para el Ejército Popular de la República, incluyendo en esas quintas, claro está, a muchísimas personas que jamás habrían querido combatir por ese régimen, y que en muchos casos murieron por ello.

Bajo ningún concepto quiero ni minusvalorar, ni ocultar, ni negar la realidad contrapuesta, la de quienes estaban padeciendo la dura persecución de los que fueron vencedores de la Guerra Civil. Pero hace tanto tiempo que solo oímos hablar de las víctimas del franquismo, que parece que no hubo otras víctimas.

En el nacimiento de la División Azul confluyeron los proyectos de política internacional sobre cómo ubicar a España en la que parecía inminente una Europa Fascista, y los planes de política interior tendentes a asegurar el triunfo definitivo de las tesis falangistas sobre otros sectores. Pero ni una cosa ni otra habrían motivado a decenas de miles de españoles para lanzarse a aquella aventura. Como argumenté en *La violencia política frentepopulista y los orígenes de la División Azul* (Caballero, 2011-a) fueron las heridas provocadas por la Guerra Civil las que llevaron a varias decenas de miles de españoles a verse envueltos en la mayor campaña militar terrestre de la historia.

He llamado la atención sobre la aberración que supone el negar que la mayor parte de los españoles votó contra el Frente Popular, o sobre negar que el franquismo a la altura de 1941 tenía una anchísima base sociológica, lo que nos explica el éxito inmediato que tuvo la DA. Pero sería igualmente absurdo no tener presente que también había una ingente cantidad de españoles que

secundaron al Frente Popular, y durante la Guerra Civil se batieron por él con denuedo. Por mucho que estuvieran desmoralizados tras su derrota, y aunque estuvieran escindidos debido a las ansias hegemónicas del Partido Comunista de España, una amplia capa de españoles detestaba al franquismo. En aquel momento muchos estaban sufriendo las consecuencias de su compromiso en forma de penas de cárcel, ejecuciones y exilio. Para casi todos ellos, Franco y sus seguidores eran unas simples marionetas de Hitler. Así que cuando asistieron al nacimiento de la DA inevitablemente lo interpretaron como otra «prueba» más del sometimiento del Caudillo a Berlín. La DA nació, así pues, entre los aplausos enfebrecidos de una gran masa de españoles anticomunistas y las críticas (por entonces forzosamente calladas, pero no por eso menos vivas) de los españoles antifascistas, y de manera aún más especial, con el odio feroz de los comunistas. Las campañas militares en el extranjero suelen tener el efecto de unir a la población dentro de una nación; no iba a ocurrir así con la DA, que desde su nacimiento iba a ser detestada y odiada por muchos.

Como la inmensa mayoría de estos no tuvieron jamás la experiencia directa de lo que era vivir en la URSS, siguieron idealizándola. Muchos de los que sí la conocieron, pese a haber sido destacados dirigentes del PCE, acabaron escribiendo sobre ella párrafos tan duros o más que los que llegarían a escribir los veteranos de la DA. El ya citado Manuel Tagüeña, que en la Guerra Civil fue oficial comunista en el Ejército del Frente Popular y durante la Segunda Guerra Mundial fue oficial del Ejército Rojo soviético, la describió así:

El marxismo llegó con el estalinismo a su mayor aberración. A cambio de promesas para un futuro indeterminado, los pueblos soviéticos se vieron obligados a renunciar a todas sus libertades. El socialismo, destinado a liberar al hombre, iba a ser su peor carcelero (...). Se conseguían avances económicos, y la Unión Soviética se iba convirtiendo en una potencia industrial, pero la gran masa del pueblo, en cuyo nombre se realizaba esa gigantesca labor vivía sometida a las condiciones más miserables y privada de todos sus derechos (Tagüeña, 1978).

Enrique Castro y Valentín González (alias *El Campesino*) también habían sido destacados oficiales comunistas en el Ejército del Frente Popular y se exiliaron en la URSS. El primero la describió así:

Si yo tuviera que elegir entre el paredón y una fábrica soviética elegiría sin vacilar aquella «solución». Prefiero unas horas de angustia y unos minutos o segundos de dolor a meses y años de espantosa agonía: 14 horas de trabajo, tres platos de agua caliente con algunos trozos de berzas, ritmos de trabajo que hacen pensar que Ford y Citroën eran unas buenas personas que montaron sus fábricas no para explotar a unos cuantos millares de obreros americanos y franceses, sino para que algunos millares de trabajadores americanos y franceses se entretuvieran durante algunas horas al día (Castro, 1964).

Y El Campesino no fue menos contundente en su crítica a la URSS:

Se trata de un Estado policiaco único en su género; desde luego, nunca existió otro semejante (...) En la URSS, la NKVD interviene en la vida de todos los individuos, sin distinción, va transformando, cada día más, a las masas del pueblo, en mano de obra forzada, domina al propio partido único y a todas las organizaciones dependientes de él, se coloca incluso por encima del poder político y, en realidad, constituye el verdadero Estado (...). Todo individuo tiene la obligación de vigilar a los demás y, desde luego, a sí mismo, dado que el hecho de ocultar, sea lo que sea —incluso un pensamiento— constituye un delito (González, 1978).

Ese era el sistema político contra el que querían combatir los hombres de la División Azul.

## II

# «¡RUSIA ES CUESTIÓN DE UN DÍA!». DE ESPAÑA A NÓVGOROD, LA CUNA DE RUSIA. JUNIO-OCTUBRE DE 1941

La Falange ha creado el clima necesario para la germinación del Imperio.  
Imperio que cuajará el día en que, con un fusil al hombro,  
Franco nos señale el primer objetivo

LUIS GARCÍA-BERLANGA MARTÍ, *Los cuadernos inéditos de Berlanga*

El contexto en que nació la División Azul es uno de los aspectos más estudiados de su historia (Torres, 1991-b). La noticia que Serrano Suñer estaba esperando, la del inicio del ataque alemán a la URSS, llegó a Madrid en la madrugada del domingo 22, apenas horas después de que hubiera hablado de esa eventualidad con Ridruejo. Era importante reaccionar con rapidez, ya que la Wehrmacht estaba acreditada por la velocidad con la que solventaba sus campañas. Si España quería participar en la que empezaba, no podía perder un minuto. Así que Serrano visitó inmediatamente a Franco, para convencerle de la necesidad de enviar una unidad de voluntarios falangistas.

Aunque era una persona que normalmente no se precipitaba, la respuesta del Caudillo fue inmediata: aprobó la idea. Desde octubre a diciembre de 1940 había resistido fuertes presiones alemanas para que España entrara en guerra y ahora, sin dudarle, daba su aprobación a una operación que implicaba el riesgo de arrastrarla al conflicto, lo que estuvo más cerca de ocurrir de lo que él pudo intuir (Smyth, 1994). ¿Por qué fue instantánea la respuesta de Franco? Sin duda creyó en la inevitable y rápida victoria alemana. Sabemos que no solo los alemanes, sino también los británicos y los norteamericanos daban por hecho que la URSS no aguantaría mucho el ataque de la Wehrmacht. Los alemanes calculaban que el Ejército Rojo sería capaz de ofrecer una resistencia eficaz por un periodo de entre seis y ocho semanas, y pasado ese tiempo estaría derrotado, aunque la ocupación del vasto espacio que pretendían controlar, hasta los Urales, ocasionaría que la campaña se extendiera unos dos meses más. En España la opinión era más o menos la misma que existía en Berlín, pero también en Londres o Washington (algo que conviene recordar): la derrota soviética era inevitable. Pero esas optimistas previsiones no obligaban a Franco a una toma de postura inmediata, como así hizo. Si la decisión se hubiera debido solo a la convicción de que, con esta nueva campaña, Alemania iba a poner fin victoriosamente al conflicto mundial, su orden habría sido poner a nuestras Fuerzas Armadas en pie de guerra, para lanzar un ataque a Gibraltar. Los alemanes le hubieran agradecido más ese gesto que cualquier otro.

Tampoco debió de pesar en su decisión la idea de «pagar la deuda de sangre» contraída con la Legión Cóndor, ya que a estas alturas él sabía de sobra que los alemanes se la querían cobrar en metálico y en materias primas, y las negociaciones al respecto estaban siendo de lo más prosaicas y muy frustrantes para los españoles. Aunque de cara al público, sí se utilizó la idea de «pagar la deuda de sangre», el gobierno español no debió de tomarla muy en consideración. No parece creíble que entre los alistados la idea de pagar «deudas de sangre» tuviera en realidad peso alguno. De ser así, muchos de los que se identificaban con la victoria de Franco debían haberse manifestado dispuestos a luchar junto a los italianos en alguna de sus campañas, ya que Italia tuvo en la Guerra Civil muchas más bajas que Alemania. Pero nadie mostró jamás ese deseo.

Los adeptos a teorías conspiratorias también sugieren que Franco autorizó la formación de una unidad de voluntarios falangistas para deshacerse de los más radicales de entre ellos, idea tan absurda que sorprende la cantidad de seguidores que ha tenido. En realidad, y puesto que se daba por hecho que la guerra iba a durar poquísimo y acabaría con victoria alemana, los falangistas que en ella participaran solo tendrían un puñado de bajas, y a cambio regresarían con la aureola de vencedores. Falange —según todo lo que en ese momento se podía intuir— saldría de la campaña rusa muy reforzada, y en modo alguno debilitada. De las cuatro grandes «familias» políticas que formaban el bloque histórico sobre el que se construyó el franquismo, a saber, los monárquicos alfonsinos, los católicos, los carlistas y los falangistas, era a estos últimos a los que más favorecería la victoria alemana por entonces considerada indudable. No fue un gesto pensado para debilitar a Falange, sino una decisión tomada a instancias de los falangistas.

Solo hay dos motivos creíbles para explicar la rápida decisión de Franco, uno racional y otro emocional. El racional estriba en que era casi inevitable hacer algún gesto hacia Alemania, en un momento en que la bandera del Tercer Reich flameaba desde el Cabo Norte hasta el Egeo, ondeando en París, en Varsovia y en Belgrado. Italia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Eslovaquia y Croacia eran ya aliados formales de Alemania y Finlandia pasaría a serlo en pocos días. Y en todos los países derrotados, en Dinamarca, en Noruega, en Holanda, en Bélgica, en Francia, en Serbia y en Grecia, los alemanes habían podido establecer algún tipo de administración o gobierno compuesto por políticos y militares de esas nacionalidades, dispuestos a ser colaboracionistas con el Tercer Reich.

Los pocos neutrales que quedaban en Europa también tuvieron gestos benevolentes hacia el Tercer Reich. Suecia permitió, ni más ni menos, el tránsito de toda una división de infantería alemana, desde Noruega hacia Finlandia, donde iba a luchar para expulsar a los soviéticos de la Península de Hanko (y hasta bien avanzado 1943 se permitió el tránsito de personal militar alemán entre Noruega, Alemania y Finlandia). Y Turquía, que al estallar la Segunda Guerra Mundial era un aliado *de facto* de Francia e Inglaterra, firmó un tratado de no agresión con el Tercer Reich apenas unas horas antes del ataque alemán a la URSS, del mayor significado estratégico para Hitler, ya que suponía asegurar por completo el flanco suroriental del nuevo Frente del Este. Todos los neutrales acompasaban su política exterior a la situación de hegemonía alemana (Leitz, 2000).

La nueva campaña adquirió inmediatamente una dimensión «europea» que había estado totalmente ausente en las anteriores, y el Tercer Reich contó con el apoyo de ejércitos aliados (Hernández Moreno, 2017). Desde el inicio del ataque se contó con el Ejército Rumano

(Caballero, 1982-a) y el finlandés, y después, y en cascada, se sumaron los ejércitos de Eslovaquia (Caballero, 1982-b), Italia (Caballero, 1981-b) y Hungría.

En ese contexto, solicitar al Tercer Reich que se admitiera una fuerza de voluntarios españoles, era como contratar un seguro de cara a una aparentemente próxima y definitiva victoria alemana. Un gesto no muy comprometedor que —llegado el caso— permitiría a España asistir a la inevitable conferencia de paz que pondría fin a esta guerra, que era como acababan hasta entonces todas las guerras.

Pero la verdad es que lo mismo (es decir, la benevolencia de un Tercer Reich convertido en potencia hegemónica en Europa) se podía haber obtenido asegurando a los alemanes que en breve España iba a entrar en la guerra, y lo llamativo de la decisión fue que, a la vez que se trasmitía a los alemanes la petición de que aceptaran voluntarios españoles, se les comunicó que esto no significaba que España fuera a entrar en guerra. Tras unos pocos días en que la embajada alemana en Madrid intentó convencer de nuevo a los españoles de lo oportuno que sería que España se declarara en guerra, abandonaron la idea: Berlín ya sabía lo tozuda que podía ser la negativa española. Así que, en definitiva, aunque sin duda Franco autorizó la creación de la DA pensando en las líneas maestras de la política exterior española (Torres García, 2006 y 2011), es lícito suponer que esa decisión de Franco se basó también en un motivo emocional: era una lucha contra el comunismo, y España —la España nacional que él capitaneaba— no podía estar ausente en esa batalla.

Ya con la aprobación de Franco, Serrano se reunió inmediatamente con el embajador alemán, para manifestarle que España deseaba participar en la nueva campaña mediante una formación militar compuesta por falangistas. La sorpresa alemana fue mayúscula, porque no tenían ni idea de qué hacer con esa propuesta de enviar voluntarios. De todos los mitos que rodean la historia de la División Azul, el más falso es el que sostiene que los alemanes pidieron el envío de españoles como «carne de cañón». La historia ha quedado desmentida hace ya mucho tiempo, y sin embargo cabe temer que este bulo siga vivo para siempre, como tantos otros. Para vergüenza del gremio de los historiadores, hay algunos que así se definen y siguen manteniendo tal despropósito.

El Tercer Reich no pidió el envío de tropas españolas, ni de ninguna otra nacionalidad. Hitler estaba convencido de que le sobraba con su Wehrmacht para acabar con la URSS. Solo hubo dos países a los que se comunicó el ataque, porque eran cooperadores necesarios: Rumanía y Finlandia. Ambos tenían agravios muy recientes contra la URSS, y además eran imprescindibles como trampolín para las tropas alemanas. Por ello se consideraba inevitable que ambos participaran con contingentes propios en la campaña. Los demás aliados del Reich, Italia, los otros firmantes europeos del Pacto Tripartito y Japón, ni siquiera fueron informados del ataque: no se estimaba necesaria su colaboración militar. Así que a nadie en Berlín se le ocurrió ni por asomo la idea de que sería bueno reclutar españoles, aunque todos los que insisten en presentar a Franco como un títere de Hitler están encantados con la imagen muy difundida de que este ofreció, sumiso, la carne de cañón que los alemanes le pidieron.

Pese a que Hitler no tenía ningún interés en que España enviara voluntarios, su decisión fue aceptar esa oferta. En su obra clásica, *La Segunda Guerra Mundial. Objetivos de guerra y estrategia de las grandes potencias*, Hillgruber lo explicó con claridad:

Hitler no estaba interesado en la participación de Italia y Hungría [en la campaña rusa] (...). En cambio sí tenía importancia el envío de una división española (...). En efecto, Hitler esperaba poder vincular estrechamente a Franco a su causa, aunque sus esperanzas fueron vanas, pues Franco diferenciaba netamente la guerra en el Oeste contra Gran Bretaña, en la que se había negado a participar en diciembre de 1940, cuando se trató de decidir la intervención española en una conquista de Gibraltar, de esta nueva campaña en el Este, aplaudida por él (Hillgruber, 1995).

Los periódicos del domingo 22 no dieron la noticia del ataque, que había ocurrido esa misma madrugada, aunque alguno puso de relieve —por comentarios procedentes de Londres— que algo se estaba fraguando en la frontera entre el Tercer Reich y la URSS. Se especulaba con un ataque alemán, pero existían otras posibilidades, como la de que la URSS, por temor a esa amenaza, aumentara las entregas de alimentos, materias primas y combustibles al Reich. Incluso existía la posibilidad de que, presionada por el Reich, también ella se adhiriera al Pacto Tripartito (que —recordémoslo— no tenía ningún carácter ideológico y era un mero acuerdo para reestructurar las esferas de influencia a nivel mundial), lo que sin duda significaría que Alemania, la URSS y Japón se lanzarían a un asalto general contra el imperio colonial británico, una posibilidad que hacía temblar a Londres.

Pero las emisoras de radio sí que dieron la noticia del ataque alemán ese mismo día 22. Reveladoramente, a la salida de muchas misas dominicales se produjeron concentraciones espontáneas, que expresaron el júbilo de la feligresía por la noticia del ataque a la URSS, pues si de algún crimen se hacía responsable a los comunistas con especial énfasis, era el de haber querido extirpar el cristianismo en España, asesinando a miles de religiosos, con la masiva destrucción de templos, etc.

Mientras la solicitud española de que se aceptara el envío de voluntarios viajaba a Berlín, en España se convocaba urgentemente el Consejo de Ministros, que se reunió ya el día 23, para analizar la nueva situación internacional. La aprobación de Franco a la idea de enviar voluntarios ya era conocida y generó una aguda tensión entre dos ministros. El del Ejército, general Varela, muy antifalangista, se venía oponiendo de manera reiterada a la entrada de España en la guerra, pero era consciente de que el envío de tropas españolas a combatir al comunismo despertaría el entusiasmo popular. Sin embargo le resultaba tan odioso que Falange fuera la que liderara el proyecto, que llegó a proponer en aquel consejo la peligrosísima idea de enviar una división regular del Ejército Español, lo que hubiese supuesto que España como Estado tomaba parte en la guerra. Serrano no dejó de señalarle ese peligro, intentando que fuera Falange la que siguiera manteniendo el control de la proyectada unidad. En una conferencia de prensa posterior al consejo, uno de los colaboradores de Serrano —Ximénez de Sandoval— subrayó la alegría que había supuesto para el gobierno el inicio de la campaña contra la URSS, calificando a ese país como «enemigo común de todos» y contra el cual «la Guerra de Liberación de España significó uno de los más decididos, generosos y heroicos esfuerzos», y también reconoció que al gobierno le constaba la voluntad de muchos españoles de unirse a esa lucha como voluntarios. El embajador alemán en Madrid telegrafiaba ese día a Berlín informando que: *unser Krieg gegen Russland im Spanien ganz ausserordentlich popular ist* («nuestra guerra contra Rusia es extraordinariamente popular en toda España»).

La decisión finalmente adoptada fue la de enviar una fuerza «mixta», compuesta por militares profesionales y soldados que prestaban el servicio militar, pero también y preferentemente por voluntarios reclutados por Falange. Fue, qué duda cabe, la decisión más trascendente de aquel

consejo. Lo más sencillo y cómodo hubiera sido enviar una división ya constituida del Ejército Español. O crear una formada por agregación de distintos regimientos y batallones de divisiones ya existentes. Habría ahorrado muchísimo tiempo, pues reclutar, encuadrar, equipar e instruir toda una división, por fuerza habría de ser un proceso más lento. En aquel momento no hubiera habido oposición de los militares más conservadores ante esa decisión, que de hecho fue la que Varela quiso imponer. Otro militar destacadamente antifalangista y que después se haría con fama de aliadófilo y neutralista, el capitán general de Cataluña, Kindelán, escribió el día 23 esta carta al embajador alemán en Madrid, Von Stohrer:

Mi distinguido amigo: en el momento en que Alemania inicia una gran empresa en defensa de la Civilización, contra el comunismo ruso-soviético, es obligado en un General español, que no olvida la ayuda real y eficaz que recibió España de vuestro país, personificada en la Legión Cóndor, el expresar a Ud., representante del gran Reich, toda la simpatía por el éxito de la magna operación y el anhelo de verlo pronto vencer al enemigo más peligroso del continente europeo.

Kindelán, que dirigió la Aviación Nacional en la Guerra Civil, agregaba a su mensaje otro para el general Von Richthofen, que había mandado la Legión Cóndor y ahora estaba al frente de una de las Flotas Aéreas alemanas que atacaban a la URSS, con el ruego de que se le hiciera llegar. Si Varela o Kindelán aprobaban el proyecto, ya podemos imaginar que los generales más germanófilos, que los había, y muchos, estaban aún más entusiasmados. Si Franco hubiese optado por aceptar lo que le pedían muchos de sus principales generales, habría recurrido al fácil expediente de enviar una unidad militar. Poco hubiera podido objetar Falange, ya que en definitiva Franco estaba dando satisfacción a una demanda de los sectores más radicales de ella, la de implicar a España a la guerra. Pero se impuso la prudencia, ya que, en efecto, el envío de una unidad regular habría supuesto en la práctica una declaración de guerra, y con ella España se habría visto arrastrada no solo a un conflicto con la URSS, sino también contra los Aliados Occidentales. Y —pese a lo mucho que se ha repetido la idea de que Franco deseaba entrar en la guerra a cualquier precio— no era eso lo que el Caudillo pensaba. Por otra parte, excluir a Falange de la organización de esa unidad de voluntarios —siendo así que era la impulsora de la idea— habría resultado muy negativo a efectos del equilibrio de fuerzas políticas en el régimen, aumentando el resentimiento de los falangistas, ya muy decepcionados con el resultado de la crisis del pasado mayo. Sin que nadie pensase en ello en esos instantes, los efectos a largo plazo de aquella decisión fueron muy positivos, ya que es seguro que una fuerza compuesta por soldados de remplazo, sin motivaciones ideológicas, en las durísimas condiciones de combate que se iban a vivir en el Frente del Este, se habría colapsado en una situación de crisis. Fue lo que ocurrió —por ejemplo— con los contingentes de tropas enviados por Italia y Hungría, formados por personal de recluta obligatoria.

El martes 24 fue otra jornada trepidante. Todos los periódicos españoles competían en la virulencia de sus declaraciones anticomunistas, pero la prensa falangista (la que tenía más difusión en ese momento en España) destacó por su entusiasmo por la noticia (Caballero, 2018-b). Y es que Falange vibró con la noticia como ninguna otra fuerza política en España. Porque en España, en realidad, aunque Falange ostentara teóricamente el carácter de «partido único», los alfonsinos, los carlistas y los católicos seguían existiendo como corrientes políticas. Los activistas del SEU —sin duda, por orden de sus jerarquías— organizaron en Madrid una entusiasta manifestación, que pronto fue masiva, para pedir el envío de «voluntarios falangistas

contra Rusia», según se leía en las pancartas. Serrano —acompañado por toda la plana mayor del falangismo— dirigió a esa masa un encendido discurso, desde un balcón del edificio que ocupaba la Secretaria General de FET-JONS, cuya síntesis fue la famosa sentencia condenatoria: «¡Rusia es culpable!». Lo era, según él, de la Guerra Civil española y de todos los sufrimientos que ella había provocado, y en especial del asesinato de José Antonio Primo de Rivera. Como él mismo tenía la trágica experiencia de que dos de sus hermanos habían sido asesinados por los frentepopulistas, sus palabras sonaron tremendamente convincentes.

Se ha hablado mucho de esa manifestación madrileña, pero muy poco de que ese mismo día hubo otras manifestaciones, no menos masivas y entusiastas (en Valencia, Sevilla, Albacete, Almería, Barcelona, Valladolid, Alicante, Badajoz...) con idéntico motivo: solicitar el envío de voluntarios. Fue una auténtica reacción en cadena, pues el 25 hubo nuevas manifestaciones (Murcia, Ciudad Real, Bilbao, San Sebastián, Lérida, Tarragona, Huelva, Orense, Pontevedra, Granada, Córdoba, Guadalajara...) y otras más el 26 (Gerona, Toledo, Palma de Mallorca, Castellón de la Plana...). Una de las poblaciones donde este día se realizó una manifestación fue San Lorenzo de El Escorial, que era donde tenía su residencia privada el embajador Von Stohrer. Sus vecinos terminaron la manifestación dirigiéndose a su casa, pero no se encontraba allí. Al día siguiente, el embajador escribía al alcalde:

Ayer, al regresar en hora bastante avanzada a mi casa, me enteré que a continuación de una manifestación grandiosa antibolchevista también se personó Ud. y los demás manifestantes en mi domicilio, para expresar sus simpatías y sentimientos de adhesión a la Nación Alemana. Siento de veras que mi ausencia me haya privado de recibir a Ud. y deseo dar las más expresivas gracias por este nuevo testimonio de amistad.

Fueron días en que el embajador y los cónsules alemanes no daban abasto para escribir cartas de agradecimiento ante la multitud de mensajes de apoyo recibidos. Ya el mismo día 23 el cónsul en Bilbao había dado cuenta a la embajada de las numerosísimas llamadas que había recibido expresando simpatía y solidaridad, incluyendo la de importantes figuras de la economía y —los citaba expresamente— también de carlistas. El 27 aún quedaban capitales de provincia en que las manifestaciones se estaban celebrando por vez primera (Zamora), pero en otras las manifestaciones se estaban repitiendo. Y es que en algunas ciudades, como en Alicante, hubo dos manifestaciones, una más espontánea y otra organizada a conciencia. El día 29 aún se registraban esas manifestaciones y ese día las hubo en poblaciones tan importantes como Sabadell y Mérida.

En un recuento provisional (harían falta investigaciones adicionales), se constata que hubo manifestaciones en al menos un 60 por ciento de las capitales de provincia (pues igualmente se celebraron en las tres capitales aragonesas, en Santa Cruz de Tenerife, en Logroño...), pero también las hubo en muchas ciudades que, sin ser capitales, eran importantes, e incluso en algunos pueblos bastante pequeños. Por citar una provincia donde el tema se ha estudiado a fondo, como Murcia, consta la celebración de manifestaciones en la capital y en Cartagena, pero también en otras siete poblaciones de menor entidad. Falange, que llevaba tiempo en proceso de progresivo aletargamiento, despertó entusiasmada ante la idea de poder combatir contra el comunismo en suelo soviético, y organizó las que posiblemente hayan sido las más numerosas manifestaciones populares de su historia.

El hecho tiene incluso una dimensión «internacional». Es notorio que al estallar la Primera Guerra Mundial, en todas las ciudades europeas, desde San Petersburgo a Londres, hubo grandes

manifestaciones públicas, celebrando aquel suceso. Pero tras la horrible experiencia que fue la guerra de 1914-1918, cuando en 1939 volvió a estallar el conflicto, no ocurrió nada similar, en ninguno de los países contendientes. Ni siquiera en un Estado totalitario y militarista como el nazi se logró sacar a la gente a la calle a que expresara su júbilo cuando empezó la guerra. Sin embargo, en junio de 1941 en decenas de poblaciones españolas hubo estallidos de entusiasmo ante la noticia de que se podría combatir contra el comunismo, algo que el mundo contempló con asombro (Londres lo atribuyó inmediatamente a la actividad de los agentes alemanes en España). Las cifras de asistentes que da la prensa de la época a esas manifestaciones están infladas sin la menor duda. Pero si un periódico cuenta que en una ciudad hubo 40.000 manifestantes, por ejemplo, lo que los redactores no pueden hacer es afirmarlo de haber concurrido a ella solo cuatro centenares, ya que perderían toda credibilidad. Las cifras se exageraron, pero no cabe duda del éxito de las convocatorias.

Volviendo al Madrid del día 24, Serrano recibió ese día la respuesta alemana de que se aceptaba el envío de voluntarios españoles. El telegrama oficial de Von Ribbentrop (el ministro alemán de Exteriores) en que informaba a Von Stohrer de la aceptación de esos voluntarios llegó a Madrid exactamente a las 09.20, y con la rapidez que podemos imaginar se transmitió a Serrano. El texto dice expresamente que Alemania aceptaba la *Beteiligung von Freiwilligenformationen der Falange* (participación de formaciones de voluntarios de Falange). Pero cuando Serrano volvió a reunirse con Franco, este le ratificó la importante decisión: la unidad podía estar compuesta por falangistas, pero sería encuadrada por militares profesionales. Era lo sensato, pues, como he dicho, una masa de voluntarios civiles, por muy motivados políticamente que estén, no es enemigo para un ejército regular moderno. Esa tarde volvió a reunirse el Consejo de Ministros, ahora con la organización de la fuerza expedicionaria como tema único, después de haberse comprobado en las calles de Madrid el apoyo popular a la campaña. Por su parte, Von Stohrer ya informaba a Berlín ese mismo día que «debido a la rivalidad entre Falange y el Ejército, los voluntarios no procederían solamente de Falange, sino también del Ejército» y subrayaba que la decisión española había expuesto a nuestro país al bloqueo naval británico a las importaciones de combustible.

El 25 se supo que también el Ejército del Aire español deseaba participar en la campaña, mediante el envío de una unidad de voluntarios propia. El entusiasmo anticomunista en la España de ese momento no era algo limitado a los falangistas, y por eso, el ministro del Aire, general Vigón (que no era falangista) a la hora de solicitar para sus hombres un puesto en la lucha a la embajada alemana, afirmó que «el Cuerpo de Oficiales del Ejército del Aire desea hacer constar que es, en su totalidad, voluntario para formar al lado de sus camaradas alemanes». Se ha dicho que en la España de 1941 los intervencionistas y germanófilos eran los falangistas; como podemos ver, también lo eran muchos militares.

La Junta Política, que agrupaba a las principales figuras de Falange, se reunió bajo presidencia de Serrano para discutir sobre la unidad, aceptando que fuera un militar quien la encabezara, pero creyendo aún que tendrían en gran medida el control sobre ella. Por tanto ordenaron la movilización de sus militantes, mediante instrucciones a sus mandos provinciales, expresadas en una circular remitida el día 26, que ordenaba la apertura de «banderines de enganche» en las jefaturas de Milicias de FET. En ella se afirmaba que el 75 por ciento de las plazas estarían reservadas a excombatientes y el 25 restante a «excautivos». Tenía una clara

lógica: si se trataba de excombatientes, dada su experiencia militar, el proceso de instrucción podría suprimirse. Pero había que tener presente que un elevadísimo número de españoles que se habían opuesto al Frente Popular no habían podido combatirlo por haber estado encarcelados, y de ahí la reserva de plazas para ellos. Para los ardientes defensores de la España de Franco, el no poder lucir en sus uniformes falangistas condecoraciones ganadas en la Guerra Civil era un auténtico trauma, y por eso para quienes no podían hacerlo por haber estado presos —o por ser demasiado jóvenes— la DA iba a ser la ocasión que esperaban. En efecto, un elevado número de los principales exponentes del falangismo que sirvieron en la DA (José Miguel Guitarte, Luis Nieto, David Jato, José Luis Gómez Tello o Antonio J. Hernández Navarro, por citar algunos nombres de personajes conocidos) tenían en sus biografías un rasgo en común: no haber podido luchar en la Guerra Civil.

Se ha insistido mucho en que la gente se alistaba para así poder gozar de las ventajas de ser excombatiente. Es más que dudoso que a personas sin vocación política esta condición les resultara atractiva. Hay una abundantísima documentación en los archivos que recoge, precisamente, las quejas de los excombatientes de la Guerra Civil ante los nulos privilegios que ello les estaba reportando. Se daba el caso de muchos excombatientes que se habían alistado como voluntarios antes de ser movilizadas sus quintas, sirviendo en «banderas de falange», «tercios de requetés» o en unidades del Ejército regular, y habían combatido durante años, pero que en 1940 o 1941, al ser movilizadas sus quintas, habían vuelto a ser llamados a filas. Un detalle que nos da idea de los «privilegios» de que «disfrutaban».

En cuanto a personas opuestas al régimen franquista, es obvio que no les apetecería la condición de «excombatiente». Hoy nos consta que ese régimen se mantuvo hasta la muerte de Franco, pero eso es algo que nadie podía saber en 1941, y quienes no albergaban simpatías hacia él tenían sus esperanzas puestas en los Aliados. Gran Bretaña resistía, era obvio que antes o después Estados Unidos entraría en guerra, y ahora la URSS estaba también en el bando Aliado. Cualquiera que tuviera ideas antifranquistas debía suponer y confiar (con toda razón, por otra parte) en la victoria final de los Aliados, así que es absurdo pretender que se alistaron en la DA para lograr el estatus de excombatiente, que de vencer los Aliados no sería una ventaja, sino un inconveniente. Hay que repetirlo: los únicos que sí que deseaban ser «excombatientes» eran los que, identificándose con la causa de la España nacional, no habían podido tomar parte en la Guerra Civil en ese Ejército: así no tendrían que volver a explicar que habían pasado la guerra en una cárcel o campo de concentración, o escondidos en las casas de amigos menos sospechosos a ojos de las autoridades frentepopulistas, o refugiados en una embajada.

Varela estaba perfectamente al día de todos los pasos de los falangistas, gracias a su amigo el coronel Galarza, ministro del Interior, que incluso le detalló las deliberaciones en el seno de la Junta Política de Falange, conocidas gracias a sus agentes de información, añadiendo a los datos por ellos recogidos alguna apreciación personal, como que los falangistas posiblemente estaban dispuestos a reclutar un 10 por ciento de los efectivos entre «antiguos rojos». Causó espanto en otros mandos militares antifalangistas, como el general Orgaz, alto comisario en Marruecos, que en la citada circular enviada a las jefaturas de Falange se abriera la recluta en esos banderines de enganche a oficiales y suboficiales del Ejército, porque en definitiva esto suponía subordinar personal militar a Falange (Caballero, 2016-b).

Si había algo que algunos militares odiaban de Falange era que quisiera contar con su propio brazo armado, una milicia, que disputara el monopolio que sobre la organización de unidades armadas tenía el Ejército. Durante la Guerra Civil, las «banderas de Falange» (unidades militares con entidad de batallón), habían llegado a encuadrar decenas de miles de voluntarios falangistas en las líneas de combate, y aunque siembre estuvieron bajo mando de oficiales del Ejército, apenas acabó el conflicto fueron desmovilizadas (Casas, 1974). En julio de 1940 se creó la llamada Milicia Nacional, pero con funciones muy limitadas (instrucción premilitar y posmilitar), unos minúsculos efectivos permanentes, y siempre bajo control de oficiales del Ejército. Era imposible crear a partir de esa milicia una unidad de combate con entidad de división y que pretendiera tener un mínimo de eficacia.

Varela movió sus peones con rapidez y también el mismo día 26 telegrafió a todos los mandos territoriales (capitanías generales, gobiernos militares), para que estos hicieran llegar a las unidades militares las órdenes pidiendo listados de voluntarios de todos los grados, desde generales hasta soldados (expresando que estos debían tener las «debidas garantías políticas y sociales»), de todas las armas, cuerpos y servicios. Aunque a los ojos de la opinión pública lo que llamó la atención fueron las largas colas que se formaron ante las jefaturas de Milicias el día 27 y los siguientes, la verdad es que el Ejército enseguida cogió ventaja, pues los voluntarios que deseaba reclutar se hallaban ya agrupados en los cuarteles, y por ello el día 28 ya le llovían al ministerio los listados de mandos y soldados voluntarios enrolados. Eso sí, como en la primera convocatoria se había hablado de alistamiento «por la duración de la campaña», se habían multiplicado los telegramas con la pregunta sobre si esa campaña se extendía también al Frente Occidental contra los Aliados. Cuando se informó que no, que se trataba solo de la campaña contra el comunismo, la cifra de alistados se disparó.

La burocracia castrense era, evidentemente, mucho más competente en todo lo que tuviera que ver con la organización de unidades militares. Entre las decisiones tomadas estuvo la de asignar cuotas a todas las regiones militares, de manera que se evitara que Falange, que era muy fuerte en algunas zonas del país pero débil en otras, se hiciera con una mayoría de plazas por el método de reclutar preferentemente en determinados territorios.

Falange, en la calle, con sus periódicos, con sus manifestaciones, era la que galvanizaba a la opinión pública, pero era el Estado Mayor del Ejército el que el día 28 se hacía con el control efectivo del proceso, al emitir un conjunto de instrucciones bajo el título de «Unidades que se forman para luchar contra el comunismo». En ellas se fijaba que los cuadros (jefes, oficiales, suboficiales) serían profesionales. La Milicia fue ninguneada, pese a que como acabo de señalar sus cuadros eran militares, pues solo un 33 por ciento de los sargentos y los alféreces de la unidad a constituir podrían proceder de ella (no era una cuota fija que se le asignara, sino un tope). Para la tropa se especificaba que toda la que se necesitara con alguna «especialidad determinada» sería aportada por el Ejército. La medida era lógica, pues no se forma a un radiotelegrafista o un apuntador de artillería en pocos días, pero Varela se aseguraba con ello que un buen número de soldados sentara plaza de manera preferente, negando esos lugares a los reclutados por Falange.

Las órdenes emitidas desde Madrid eran ambiguas en lo tocante a los soldados «especialistas», así que les tocó a las capitanías generales de las regiones militares que debían organizar las unidades el concretarlas. La de la VIII Región Militar (Galicia), por poner un ejemplo, lo hizo con fecha de 2 de julio en un largo escrito remitido a todas sus unidades. En él se

describía cuál sería el proceso: había que tratar de reclutar voluntariamente esos «especialistas» en el Ejército y también aprovechar los que pudiera reclutar Falange. La circular decía:

Caso de ser insuficiente este número se designarán forzosos del Ejército hasta lograr el completo empezando por los individuos más jóvenes. Con este fin se han concentrado en esta Plaza un número de especialistas superior al necesario para cubrir las plantillas (...). Si no obstante ello aún fuese insuficiente el número de especialistas, estos deberán ser proporcionados por los Regimientos (...) cuyos respectivos Jefes deberán dar las máximas facilidades y ayudas a los mandos de las Unidades que se organizan, para que estos puedan llevar a cabo su cometido en el brevísimo plazo de tiempo que se les señala. A fin de evitar que se designen forzosos, se ha de procurar por los mandos reducir al mínimo las especialidades estrictamente indispensables (...). Todo el personal que se designe deberá tener una suficiente solvencia político-social.

Como vemos, solo para casos extremos de necesidad, en aras de la urgencia extrema que se imprimió al proceso de organización, y minimizando el número al máximo, se admitió la posibilidad de destinar a algún soldado de manera forzosa.

Por testimonios que he tenido ocasión de recoger personalmente, cuando se tuvo que recurrir a esta solución extrema se procuró que el soldado en cuestión fuera alguien predispuesto a tomar parte en la campaña rusa. Un ejemplo es el de Pablo Castelo, operador de radio. Y lo cito porque dejó escritas sus memorias, que el lector puede consultar, donde recordaba: «Salimos con destino a la División Azul seis personas, entre cabos y tropa, todos especialistas de radio» (Castelo Villaoz, 1984). Castelo podía haber escrito que se le forzó a hacerlo, pero usa una expresión más vaga («salir con destino»), porque en realidad no le molestó en absoluto ser elegido. Era un ferviente anticomunista, veterano de la Guerra Civil en el bando nacional y uno de sus hermanos (José Luis) serviría también en la DA. Quien lea sus memorias no va a encontrar la más mínima crítica a la DA, sino todo lo contrario. Los mandos que lo habían seleccionado, habían hecho esa designación a conciencia. Hubo casos en los que los destinados forzosos no estuvieron tan conformes, pero la documentación sugiere que de hecho no se incorporaron a la DA. Por ejemplo, en varios de los diarios de operaciones de unidades divisionarias que he podido consultar se informa de que, en el proceso de organización aún en suelo español, hubo soldados que manifestaron ante los mandos de las unidades que estaban constituyéndose que ellos en realidad no eran voluntarios, sino que se les había designado para la misión; y los mismos diarios señalan que fueron devueltos a sus unidades. Creo por ello, en definitiva, que los incluidos en esta casuística deben ser poquísimos y que los que fueron «destinados», como decía Castelo, aceptaron con agrado ese nombramiento.

El Ejército Español de entonces no tenía más que dos niveles de suboficial: brigadas y sargentos; y además no eran muy numerosos, así que el mando directo de las tropas quedaba en manos de los cabos, muchos de los cuales habían buscado alcanzar esa graduación porque eran soldados que deseaban seguir en la vida militar y ascender a suboficial. Así que las numerosísimas plazas de cabo (hay uno por cada tres o cuatro soldados) también quedaron vetadas en la práctica para los falangistas alistados en Milicias. Como decía el citado documento del Ministerio del Ejército: «El resto del efectivo para completar la tropa será facilitado por las Jefaturas Regionales de Milicias». De tener un papel protagonista, en el proceso de organización la Falange pasaba a tener un papel secundario, ya que sus militantes solo podrían acceder a las plazas de soldado no especialista.

En esa auténtica obsesión por evitar que Falange se hiciera con el control de la unidad, algún capitán general furiosamente antifalangista, como el ya citado Kindelán, a la cabeza de la IV Región Militar (Cataluña), no se recató de declarar a los periódicos (que lo recogieron a toda plana) que todas las unidades a su mando se habían ofrecido en bloque como voluntarios. Nadie en su sano juicio podría creer algo así. La gesticulación de este general monárquico era grotesca, pero sirvió para dar pie a quienes después afirmarían que se habían producido alistamientos a la fuerza en los cuarteles.

Varela, como ha puesto de manifiesto su biógrafo, es el hombre que en ese momento «impide que a pesar del nombre popularizado de División Azul, que sea una unidad exclusivamente falangista» (Martínez Roda, 2012). Algún autor ha llegado a sugerir que la «prueba» de que Falange no logró reclutar muchos voluntarios es el elevado número de miembros de la DA que fueron reclutados en los cuarteles, cuando la realidad es que esto se debió a las maniobras de Varela para impedir que la Falange acaparara la recluta. De hecho, mientras estuvo al frente del Ministerio del Ejército, Varela hizo tanto cuanto estuvo en su mano para «desfalangistizar» a la unidad de voluntarios. Lo que no pudo evitar, pese a que puso todo el empeño en ello, es que el nombre con que se la conociera fuera el de División Azul, que desde el día 28 es ya el que se usa con regularidad en la prensa, aunque Varela la bautizó como División Española de Voluntarios, DEV, y exigía hasta el aburrimiento que solo se usara tal denominación. Al paso, señalo aquí que siempre uso la denominación «División Azul» por la sencilla razón de que todos los militares profesionales que han escrito libros donde narran su servicio en ella emplean exactamente esa denominación, y no otra, en los títulos de sus obras.

Resulta chocante el énfasis de algunos autores en diferenciar entre la recluta en el Ejército y la recluta a través de las jefaturas de Milicias, como si se tratara de realidades contrapuestas, como si los soldados que hacían «la mili» habitaran en un planeta distinto. Afortunadamente disponemos a día de hoy de multitud de testimonios de divisionarios, y también de datos exactos sobre las biografías de otros muchos de ellos, y sabemos que un gran número de falangistas de la DA se alistaron en los cuarteles, por estar realizando su servicio militar. Se daba la circunstancia de que muchos jóvenes falangistas que habían servido como voluntarios en las «banderas de Falange» durante la Guerra Civil, estaban ahora en los cuarteles porque sus quintas eran las movilizadas, como ya se ha señalado. Y muchísimos falangistas que pertenecían a quintas ya licenciadas, pero que no habían servido en el Ejército Nacional porque la Guerra Civil les había sorprendido en «zona roja» (habiendo estado presos o siendo obligados a servir en el Ejército Popular), estaban cumpliendo igualmente el servicio militar, algo de lo que no les eximía su biografía.

Por otra parte, la abundante documentación que existe sobre la recluta en los cuarteles de España (mejor conservada que la relativa a la recluta en las Milicias de Falange, dada la mayor profesionalidad de la burocracia militar) es muy elocuente, al demostrar que cuando había soldados voluntarios que no ofrecían fiabilidad política plena se les borraba de las listas. En los documentos conservados vemos, en efecto, nombres tachados, con algún comentario respecto a su pasado político. Nada sorprendente, ya que en las instrucciones remitidas a los cuarteles se había insistido en que «todo el personal que se designe, deberá tener una suficiente solvencia político-social, ya que una sola deserción habría de ser del peor efecto. No puede olvidarse el fondo político de la medida tomada».

En vez de repetir tópicos, habría que abordar un gran trabajo de investigación sobre el reclutamiento, sobre una base estrictamente documental. Ese trabajo, que tiene dificultades para su realización, es sin embargo una necesidad real. En el caso de las Milicias de FET, cuando esa institución fue disuelta, remitió sus archivos provinciales al entonces denominado Servicio Histórico Militar, y ahora está depositada en el Archivo General Militar de Ávila. Con respecto al reclutamiento de la DA, estos fondos están desigualmente estructurados; algunas provincias expurgaron sus archivos de los expedientes de quienes se habían alistado, pero finalmente no habían tomado parte en la campaña; pero otras remitieron los expedientes de todos los alistados, marcharan a Rusia o no. Esos expedientes quedaron archivados en «cajas» con una media de 100 expedientes en cada una. De un cierto número de provincias (12 de ellas) no existen cajas que contengan los expedientes referidos a la DA. En otros casos, los expedientes de los divisionarios se conservan en «legajos» que agrupan sin discriminar los servicios en la Milicia, por lo que aparecen mezclados los divisionarios con los que sirvieron en Milicias durante la Guerra Civil (Maciá, 2018). Analizando con detenimiento las listas de algunas provincias cuyos fondos están mejor organizados y son más exhaustivos, vemos que en 1941 apenas entre un 15 y un 25 por ciento de los alistados en junio-julio (varía según las provincias) llegó a marchar a Rusia ese verano. Sobraba tantísima gente que la mayoría de los alistados quedaron «en lista de espera». El caso es que si extrapolamos los datos de las provincias en las que sabemos tanto el número de los alistados, como el de los efectivamente enrolados en 1941, al conjunto nacional, el dato que obtenemos como estimación a la baja para los alistados en Milicias en toda España es de unos 40.000 voluntarios. Es una estimación, lo repito, pero basada en una hipótesis razonable.

En el caso de los alistados en los cuarteles, la dificultad para estudiar la recluta radica en que la documentación de las distintas unidades militares se conserva en los llamados archivos militares intermedios, y por tanto está dispersa por toda España. Los lectores normales no van a lanzarse a bucear en el archivo militar intermedio de su región, pero pueden analizar un libro que ha publicado la documentación de la DA depositada en uno de ellos, el de Baleares (Negreira, 2011). Y lo que el lector encontrará en esa obra es la documentación que nos refleja el gran eco que tuvo la llamada a obtener voluntarios en los cuarteles. Los oficiales se ofrecieron en masa, y también un elevado número de suboficiales. Uno de los documentos reproducidos nos da una idea de lo masivo que fue el alistamiento de oficiales, ya que recoge nominalmente a los que se ofrecieron en esas islas: 8 coroneles, 12 tenientes coroneles, 17 comandantes, 22 capitanes, 65 tenientes y 94 alféreces. Ese alistamiento masivo era lo que cabía esperar. Lo contrario hubiera sido lo inexplicable, ya que un militar profesional que no se presenta voluntario cuando hay ocasión de combatir está dando una pésima imagen de sí mismo. Se ha dicho hasta la saciedad que se trataba de profesionales que deseaban ascender en unos escalafones saturados tras la Guerra Civil. Numerosos ejemplos sugieren que se trataba de motivaciones muy distintas.

Tomaré el ejemplo del capitán Juan Camacho Collazo, debido a que se conserva su diario de la campaña rusa. Voluntario falangista al inicio de la Guerra Civil, durante esta ascendió hasta capitán y era de la primera promoción de «capitanes provisionales» que fueron convertidos —tras los oportunos cursos de transformación— en capitanes profesionales. Por ello, puesto que las academias militares no habían generado promociones de oficiales profesionales desde antes de la Guerra Civil ni durante esta, dado que ya ostentaba el empleo de capitán, sus posibilidades de ascender en la carrera eran más que satisfactorias. ¿Cómo vivió él aquellos momentos?

28 de junio de 1941. A las 13.25 horas, formados para comer en la galería de la Academia piden voluntarios para marchar a combatir el comunismo. Toda la 4.<sup>a</sup> Compañía se ofrece para ello.

29 de junio. A las 10.00 de la mañana, en hora de estudio, recibo aviso para ver al Sr. General Director. ¿Habré sido designado para ir a Rusia?, pienso. Y efectivamente, es así. Siento una emoción inmensa cuando pasamos al despacho del Teniente Coronel los 19 capitanes elegidos.

30 de junio. A las 18.00 horas de ayer nos despiden los profesores con un vino de honor en el salón de actos de la Academia. Estamos encantados y cada momento más contentos de nuestra suerte. Es formidable haber sido elegido oficial legionario del Cuerpo Expedicionario a Rusia (Camacho, 2018).

Pese a que no necesitaba incorporarse a la DA para asegurar su futuro profesional, lo hizo lleno de emoción. Y sin duda muy consciente de lo que podía ocurrirle: caer en combate, o regresar mutilado. Los cuatro capitanes del batallón en el que se integró Camacho habían terminado los cursos de transformación y tenían múltiples destinos para elegir en España. Pero optaron por la campaña rusa. Uno de ellos cayó en la lucha, dos fueron heridos en combate (Camacho lo fue dos veces y se le repatrió dada la gravedad de sus heridas) y solo uno regresó indemne. La frase «se fueron para hacer carrera» es de una terrible simpleza. Se fueron «porque era su carrera», porque eran militares de cuerpo y de alma, y sabiendo que era muy posible que no volvieran, o que regresaran en condiciones que les impidieran seguir en el Ejército.

Obviamente el eco del llamamiento para ser voluntario en la campaña rusa fue menor entre la tropa, pero aun así las cifras impresionan. Para que el lector se haga una idea, en el citado libro de Negreira podemos ver que solo en la guarnición de la pequeña isla de Menorca hubo 354 voluntarios entre cabos y soldados. Los documentos son absolutamente fiables, ya que si en 1941 reflejan alistamientos de oficiales, suboficiales y soldados en grandes cantidades, las cifras que recogen para 1942 son muchísimo menores; y en 1943 hay muchas unidades, que —cuando les preguntan por voluntarios— responden pura y simplemente que no hay. Nadie falsificaba ese tipo de papeles. Si había voluntarios se hacían constar sus nombres. Y si no, se hacía constar que no había voluntarios.

Como los documentos nos hablan en el caso de los oficiales y suboficiales de su situación profesional, consta que en muchos casos eran «provisionales». Esto ha dado pie a muchos para afirmar que se alistaban en masa con vistas a tener más opciones a quedarse permanentemente en el Ejército, es decir, por puro egoísmo profesional. En realidad, en torno a la figura del «alférez provisional» se había fraguado una auténtica aureola de heroísmo («alférez provisional, cadáver efectivo», se decía) y muchos de ellos se sentían muy próximos al SEU falangista (para ser alférez provisional había que ser estudiante). Por ser un caso muy extendido (en la DA sirvieron centenares de oficiales «provisionales»), creo oportuno ceder la palabra a uno de ellos para que nos transmita su visión del momento histórico, copiando un largo fragmento del diario de un alférez provisional catalán:

7 de julio de 1941. Lérida. Me he incorporado a División Azul. Que Dios me proteja en esta campaña como lo hizo en la pasada, y si decide que abandone esta vida, que me coja con el alma en estado de gracia. Durante los últimos días del pasado mes, salió en los periódicos la autorización permitiendo el enrolamiento en las Jefaturas de FET de voluntarios para ir a combatir contra el comunismo. Tan pronto como me enteré de ello, me presenté en la Jefatura, donde me dijeron que no estaban informados todavía de si podíamos inscribirnos o no los oficiales, y que volviese al día siguiente. Cosa que no hubo necesidad de hacer, porque (...) se presentó Miralles, con una relación para que se apuntasen los oficiales que voluntariamente deseaban combatir contra el comunismo; me cupo el honor de ser el primero en inscribirme. Todos los días que precedieron al

de la incorporación, fueron de gran nerviosismo, porque no sabíamos quiénes iban a ser designados, no pudiendo serlo todos porque éramos muchos. En mi Regimiento lo hicimos todos los oficiales provisionales, y el teniente coronel Baldrich. De los demás, tanto de los «chusqueros» como de los profesionales, pocos o ninguno. El teniente coronel y el comandante de mi Batallón no lo hicieron. En parte lo sentí, por el poco espíritu que demostraban estos individuos, que además de ser su deber como españoles, debían haberlo hecho forzados a ello por el uniforme que llevaban. Por otra parte tuve la gran satisfacción de la respuesta de los «provisionales». Se nos tiene postergados, se nos ha dicho mil veces que no servimos como militares. Pero somos los únicos —como en la pasada Guerra de Liberación— que hemos ofrecido nuestros pechos, los que lucharemos desinteresadamente para que todos estos que tienen la desfachatez de llamarse militares puedan comer (...). El militar se demuestra en la guerra. Y no en la paz, donde el mejor militar parece ser como la mejor ama de casa, el que tiene a los soldaditos más limpios, con todos sus botones, con el gorro recto, y va a darles el caldo a la hora de la comida y la cena (...). Algunos de los que no se han alistado, nos critican diciendo que no somos militares, que lo único que tenemos es espíritu de aventura, y que demostraríamos mejor nuestro espíritu militar quedándonos en España, instruyendo a nuestros soldados. ¡Como si los soldados que van a salir con nosotros fueran chinos o polacos! A esta gente se le puede responder que España, cuando más grande ha sido, fue cuando todos sus hombres eran aventureros, como Hernán Cortés y los demás grandes capitanes españoles que desfilaron por el mundo. Nos han tachado de irreflexivos e inexpertos, pero todos, algunos más otros menos, hemos vivido ya una guerra y sabemos lo que son los tiros, el frío, la lluvia, la sed y el agotamiento. Y, a pesar de todo, España y Franco nos tienen a su lado (Montagut, 2014).

El sentimiento de orgullo, más que el cálculo sobre el futuro profesional, fue lo que impulsó a centenares de «provisionales» a servir en la DA. El autor de este texto, por otra parte, y como muchos otros, no siguió la carrera militar y finalmente dejó el Ejército y volvió a la vida civil. Sin embargo, en su esquelita solo quiso que se hiciera constar un título: «Alférez provisional».

Pero volvamos a la casuística más general y a julio de 1941. Si el lector extrapola los datos de los regimientos con acantonamiento en Baleares que puede obtener en el libro citado de Negreira, al conjunto de España, lo que va a encontrarse es que en el seno del Ejército hubo tantas o más decenas de miles de voluntarios que los que se presentaron en las jefaturas de Milicias. Para ello basta con hacer una media de los hombres alistados en cada unidad de las Baleares y multiplicarla por el número de unidades del mismo tipo existentes en el resto de España y el Protectorado de Marruecos.

Cada capitanía general elaboró y archivó la documentación según su criterio. La de Baleares solo archivó los escritos dirigidos desde Capitanía General a las unidades y sus respuestas, así que el lector debe estudiarlos con detalle y hacer las oportunas sumas. Una que además de archivar la correspondencia con sus unidades, elaboró informes globales, por ejemplo, fue la Capitanía General de Canarias, cuyos datos fueron sintetizados y se encuentran en el correspondiente archivo militar intermedio. Gracias a ellos, con consultar un único documento, sabemos que en la provincia de Tenerife ese verano de 1941 se ofrecieron voluntarios 117 oficiales, 222 suboficiales y 1.201 hombres de tropa, mientras que en la de Las Palmas el cómputo arrojó 288 oficiales, 284 suboficiales y 833 de tropa. Como en Baleares, observamos una cifra muy elevada de oficiales y suboficiales. Pero hubo más de 2.000 soldados que se ofrecieron voluntarios en Canarias. Ninguno llegó a ir a Rusia en esa fecha, ya que en atención a la singular situación estratégica de las Canarias se vetó esa posibilidad —también ocurrió en las Baleares— y se optó por no sacar efectivos de esos archipiélagos.

Otro tanto ocurre en la VIII Región Militar, Galicia, que también realizó un balance final de los militares que se habían alistado ese verano: tres generales, 619 oficiales de todos los grados (desde alféreces a coroneles), 404 suboficiales y 931 de tropa. Obsérvese que la cifra de la tropa

es llamativamente inferior a la de Canarias. Otra prueba más de que nadie falseaba ese tipo de documentos. Está fuera de mi alcance el ofrecer datos sobre la totalidad de las regiones militares.

Los historiadores, que a diferencia de los lectores, sí que tienen la obligación de acudir a los archivos, bien harían en hacerlo, y en vez de repetir tópicos podrían verificar que no existe ni un solo documento que induzca a pensar que en los cuarteles hubo alistamientos forzados. Se ha hablado mucho, por ejemplo, de que en algunas unidades se hizo un sorteo para ver qué gente iba a Rusia. Y es cierto que los hubo, pero no por las razones que se han sostenido caprichosamente (para sacar a los que había que reclutar de entre todos los soldados), sino porque fueron tantísimos los oficiales, suboficiales y soldados que se alistaron, que en muchos casos, para decidir no quedó otra opción que sortear las plazas que a cada unidad le habían sido asignadas entre los inscritos en ellas.

Un tópico también muy repetido es el de que los alistamientos de soldados se debían a simples razones económicas. Pero de nuevo los documentos niegan esas afirmaciones. Ya he señalado que la documentación que ordenaron archivar las capitánías generales es diferente en cada una de ellas. Las que utilizaron criterios más amplios (como Canarias) archivaron correspondencia mantenida con familiares de soldados voluntarios. Y lo que nos encontramos — por ejemplo— son escritos de padres y madres que, desesperados, piden a los mandos militares que su hijo, que se ha ofrecido voluntario, sea borrado de las listas, ya que era el único, o al menos uno muy importante, sostén económico de la familia en cuestión. Lo necesitaban en España, trabajando, no en Rusia.

Hablando de militares y por graduaciones, para los tenientes y alféreces era una misión poco menos que imposible hacerse un hueco en la DA (y por ello fueron bastantes los que optaron por sentar plaza como simples soldados, a la espera de que, una vez en campaña, pudieran acceder a una plaza de su graduación por baja de algún titular). Quienes tenían más posibilidades de encontrar plaza eran los cabos. Dado que para algunas regiones militares conocemos con mucho detalle la composición de las unidades allí organizadas (Caballero, 2016-c), vemos que en el caso de la infantería por cada hombre de tropa procedente del Ejército hubo cuatro que procedían de Milicias; un esquema clásico: el cabo era militar y los cuatro soldados a sus órdenes eran falangistas. En el caso de unidades donde era necesario más personal especializado, la proporción entre voluntarios procedentes del Ejército y los alistados en Milicias es de uno a tres. Me refiero a unidades de intendencia, o sanidad, donde Falange podía encontrar a través de su reclutamiento personal civil competente en esas materias. En cambio la proporción entre reclutados en el Ejército y en Milicias ya era de uno a dos en las unidades de zapadores, ya que el tipo de soldado especializado en misiones de ese arma no tiene equivalencias fáciles en trabajos de la vida civil. Aún más elocuentes son las proporciones que encontramos en las unidades de artillería donde, por cada voluntario alistado en Milicias, había 1,6 alistados en el Ejército: el numeroso personal cualificado que sirve las baterías de cañones no tiene equivalencias en la vida civil.

La obligación de cubrir las plazas especializadas con reclutados en el Ejército fue la gran baza para disminuir el número de falangistas. Aunque hay que repetir que esa decisión fue en realidad altamente beneficiosa. Aprender el código morse empleado en las transmisiones, por poner un ejemplo, habría obligado a un dilatado proceso de instrucción. Y de lo que se trataba era de llegar al frente antes de que acabara la guerra.

Pero volvamos al proceso de la recluta y la necesidad de un estudio serio, que se base en documentos, y no en ideas preconcebidas.

La tercera dificultad al respecto es que el proceso de puesta en pie de la DA fue asombrosamente rápido y la documentación que se generó a veces es confusa, por no estar unificados los procedimientos para recoger y gestionar los datos, e incluso no aparece debidamente fechada. En un mismo archivo se pueden encontrar documentos que dan datos relativamente distintos. En uno del Archivo General Militar de Ávila (AGMAV), fechado el 11 de julio de 1941 y que expresaba los datos referidos al origen del personal que se estaba encuadrando en las unidades organizadas en cada región militar, aparecen 9.284 hombres alistados en Milicias (como simples soldados en su mayoría: 8.741). Mientras que en otro posterior, donde se describe la evolución del alistamiento a través de Milicias en los años 1941 y 1942, el total de los que ingresaron en las filas de la DA ese verano de 1941 se cifra en 9.629. No son estas cifras que chirrían por su diferencia, pero sí que evidencian la complejidad de obtener datos exactos.

Un documento fundamental a este propósito es la «Revista de Comisario» que se pasó a la DA en agosto de 1941, ya en Alemania. En este tipo de documentos administrativos, realizados con el fin de realizar los oportunos pagos al personal, aparecen expresados todos los datos que necesitaríamos conocer para hacer una radiografía exacta de la composición original de la DA (graduación, estado civil, origen de su reclutamiento —en el Ejército o en Milicias— y residencia). El documento existe, pero su mal estado de conservación impide su digitalización y por tanto su consulta.

Ese documento permitiría establecer exactamente quiénes componían el contingente inicial, pero no nos diría cuántos se mostraron dispuestos a marchar a Rusia y no pudieron hacerlo. Es viable el calcularlo, extrapolando a partir de datos parciales de archivos. No creo que fijar las cifras de 50.000 para los voluntarios —de todas las graduaciones, pero con una presencia masiva de oficiales y suboficiales— que se alistaron en los cuarteles y de 40.000 para los que lo hicieron en las jefaturas de Milicias sean exageraciones, sino por el contrario, cálculos a la baja. Ojalá llegue el día en que en vez de repetir generalizaciones y tópicos haya más autores que se lancen a un estudio a gran escala de los archivos. Que la cifra de los que se presentaron voluntarios en los cuarteles pueda alcanzar o superar a la de los que lo hicieron a través de Milicias no solo no era nada extraño, sino que de hecho era lo lógico y normal, dado que son los varones en «edad militar» y se encuentran en los cuarteles los que tienen el perfil preciso que se necesita para crear una unidad de combate.

Hay que volver a insistir en que los perfiles del soldado que se alistó en el Ejército y del civil que se alistó en Milicias no eran necesariamente distintos, ni mucho menos. Hay una forma de demostrarlo. En las provincias donde Milicias conservó todos los expedientes que abrieron a voluntarios en junio de 1941 vemos que un porcentaje significativo de ellos (hasta uno de cada cuatro) lo hizo declarando que en ese momento era soldado, antes de que el Ejército abriera sus propias listas y vetara expresamente a los mandos y soldados el que se alistaran a través de Milicias.

En cuanto al alistamiento a través de estas, el análisis detallado de los listados conservados íntegros revela datos elocuentes. Uno muy importante es que nos permite distinguir entre quienes se alistaron en 1941 y marcharon ese año, y quienes habiéndose alistado en la misma fecha,

tuvieron que esperar a salir con destino a Rusia al año 1942 o incluso al 1943. Y lo que vemos es que en 1941 fue mayoritaria la gente que se había alistado en las capitales provinciales, mientras que en 1942 el peso ya recae en los distintos pueblos de cada provincia. ¿Por qué? La explicación es sencilla: en 1941 hubo que recurrir literalmente a «enchufes» para encontrar plaza y esto le era más fácil a quienes residían en las capitales que a los de los pueblos. Solo en 1942 se empezó a llamar a gran escala desde Milicias a los que residían en pueblos para que se presentaran. No menos importante es otro dato que descubrimos al estudiar detenidamente esos listados: muchos de los que se alistaron en 1942 —incluso en 1943— en el Ejército eran jóvenes falangistas que se habían presentado voluntarios en Milicias en 1941, pero no habían encontrado plaza, y que un año o dos después, encontrándose ya en el Ejército, pudieron ver satisfecho finalmente su deseo.

Lo sabemos porque muchos de los nombres de los listados de Milicias de 1941 aparecen en las revistas de comisario que se pasaron a cada uno de los batallones que en 1942 y 1943 condujeron a Rusia relevos y refuerzos, y aunque en ellos consta que proceden del Ejército, citándose la unidad en concreto donde han formalizado su alistamiento, sin embargo por los archivos falangistas sabemos que ya lo habían intentado antes por esa otra vía. Establecer el número total de estos casos es extremadamente complejo, porque no se conservan las listas de alistados en Milicias para todas las provincias, y tampoco se conservan las revistas de comisario de todos esos batallones. Pero hay tantísimos casos en que se puede documentar esa casuística que la cifra debe de ser alta. Lo cual conviene remarcar, porque hay quienes creen que el alistamiento de falangistas se concentró en 1941, y después hubo que recurrir a soldados sin ideas políticas.

A sabiendas de que son incompletos, querría ofrecer al lector algunos datos sobre estos alistamientos en las jefaturas de Milicias, en la Tabla 1. Bajo la columna (A) reproduzco datos de voluntarios alistados en Milicias por provincias, aunque aquí los he agrupado en regiones militares; se basa en un documento del Archivo de Ávila, sin fecha, pero verosímelmente redactado hacia mitad del proceso de alistamiento. Durante este, las jefaturas de Milicias enviaban a diario un parte sobre los datos de reclutamiento. En la columna (B) se exponen datos sobre los alistados en las jefaturas de Milicias en 1941 que llegaron a ser encuadrados efectivamente en la DA, según quedaron registrados en un documento de marzo de 1943, que recogía los efectivos aportados hasta esa fecha por Milicias. En la columna (C), datos extraídos de otro documento, este bien datado, el ya citado del 11 de julio de 1941, sobre el personal ya encuadrado en las distintas unidades que estaban organizándose en las distintas regiones militares, y del que se han extraído los datos referidos a Milicias.

<b>Tabla 1</b>			
<b>PERSONAL PROCEDENTE DE MILICIAS DE FET</b>			
	<b>A</b>	<b>B</b>	<b>C</b>
I Región Militar. Madrid: 3.699; Cáceres: 1.500; Badajoz: 826; Ciudad Real: 718; Toledo: 360; Cuenca: 301; Ávila: 74; Segovia: 37	7.515	3.067	1.993
II Región Militar. Cádiz: 1.340; Sevilla: 939; Córdoba: 601; Almería: 507; Jaén: 404; Málaga: 348; Granada: 222; Huelva: 218	4.579	1.045	984
III Región Militar. Albacete: 1.411; Alicante: 714; Valencia: 450; Murcia: 378; Castellón: 144	3.097	1.092	853
IV Región Militar. Barcelona: 425; Gerona: 125; Tarragona: 125; Lérida: 125	1.125	746	1.086
V Región Militar. Zaragoza: 228; Guadalajara: 174; Huesca: 115; Teruel: 26; Soria: 13	556	464	1.118

VI Región Militar. Vizcaya: 601; Guipúzcoa: 205; Santander: 182; Palencia: 156; Álava: 96; Navarra: 80; Logroño: 78; Burgos: 21	1.419	1.161	1.057
VII Región Militar. Asturias: 673; Valladolid: 239; León: 188; Zamora: 152; Salamanca: 107	1.359	1.133	1.200
VIII Región Militar. La Coruña: 438; Pontevedra: 361; Orense: 114; Lugo: 93	1.006	786	741
Baleares Mallorca: 160	160	8	
Canarias Tenerife: 261; Las Palmas: 0	261	-	-
Protectorado de Marruecos. Ceuta: 50	50	127	122
<b>Totales</b>	<b>20.677</b>	<b>9.629</b>	<b>9.284</b>

La cifra de 20.677 alistados en Milicias en el verano de 1941, que algunos han querido ver como totales, está evidentemente incompleta. Autores que han realizado estudios regionales han aportado datos que corrigen los reflejados en esa columna. Un estudio sobre Canarias ha concluido que la cifra real en Tenerife es algo menor que la que aparece aquí, y en cambio, la provincia de Las Palmas más que dobló los efectivos alistados en Tenerife. Cuando se recopiló esa lista, en fecha no determinada, sencillamente no habían llegado los datos de Las Palmas. En un estudio sobre Huelva se ha afirmado que la cifra para esa fecha era mucho mayor que 200 y se acerca a los 800 inscritos. En el realizado sobre Murcia se habla de unos 2.000 hombres que acudieron a enrolarse en ese verano de 1941, muchos más que los aproximadamente 400 recogidos en esa lista. Que los datos de esa lista son provisionales salta a la vista solo con ver la absoluta identidad de los referidos a Cataluña, con Gerona, Tarragona y Lérida ofreciendo siempre la misma cifra: 125. Pero esos datos son inexactos y un estudio detallado demostró que en el verano de 1941 los alistados en Barcelona fueron 977 (en las restantes provincias los datos reales para ese periodo fueron: Tarragona 118, Gerona 101 y Lérida 90) (Moreno, 2011).

Aunque los datos provinciales no están completos, ni mucho menos, en el listado de la columna (A) sí que hay conclusiones que se pueden sacar, aun con las debidas precauciones. Es evidente que la densidad demográfica de las provincias se ve reflejada perfectamente. Pero hay otros factores que pueden contribuir a explicar datos provinciales. Por ejemplo, provincias que hasta muy avanzada la Guerra Civil no fueron ocupadas por los «nacionales» parecen aportar un número especialmente elevado de voluntarios (por ejemplo, Albacete, Alicante o Ciudad Real). Eran territorios donde mucha gente que lo habría deseado no había podido luchar en el Ejército Nacional y ahora tenía ocasión de hacerlo. Pero esa característica no se da en Cádiz, sino todo lo contrario, y allí también hubo un alistamiento masivo. Me inclino por ello a pensar que las razones de las altas cifras que se alcanzan en algunas provincias deben ser variadas, pero entre ellas debe estar la medida en que el liderazgo falangista territorial se implicara en captar voluntarios. La Falange gaditana estaba muy influida por Mora-Figueroa, que junto a Serrano y Ridruejo estuvo en la reunión donde se aprobó la idea de crear una unidad de voluntarios falangistas.

¿Qué otros factores pueden explicar las cifras? En las provincias vascas se observa nítidamente que las cifras más bajas de alistados coinciden con las de mayor hegemonía carlista, y esto fue expresión del rechazo al carácter «azul» de la DA. Y en las catalanas sabemos que los falangistas —en competencia con los carlistas para asumir cuotas de poder local y regional— vetaron tanto como pudieron el alistamiento de carlistas, pero como a la vez tenían que si muchos de sus propios militantes partían hacia Rusia en definitiva quedarán demasiados huecos entre el personal que ocupaba cargos políticos, que serían cubiertos por elementos de las demás corrientes

políticas que confluían en el régimen, a la vez desincentivaron el alistamiento de falangistas catalanes. Ni en Vascongadas, ni en Navarra ni en Cataluña faltaban elementos marcadamente anticomunistas, pero circunstancias locales causaron que en definitiva el alistamiento fuera inferior a lo que se habría podido alcanzar. Queda un amplio campo para investigar. Lo que está muy claro al comparar las columnas B y C es que en el momento de ponerse en pie las unidades hubo transferencia del personal reclutado en Milicias desde ciertas regiones que eran «excedentarias» (por ejemplo las regiones militares I y III) a las «deficitarias» (las regiones militares IV y V).

Si las cifras de alistados todavía están por establecer definitivamente (aunque no nos debe caber ninguna duda de que de haber sido aceptados todos habría dado para constituir no una, sino muy posiblemente dos o tres divisiones), el tema de las razones para ese alistamiento aún es objeto de mayor polémica. Se ha querido fomentar la idea de que había «un poco de todo», y se ha llegado a afirmar que si hubo en total unos 45.000 hombres que sirvieron en la DA entre 1941 y 1944, hubo 45.000 razones distintas. Nada más lejano de la realidad.

Las razones fundamentales fueron siempre muy uniformes y comunes a todo el voluntariado. El motivo básico era un radical anticomunismo asumido por un elevadísimo porcentaje de la población española. Debo volver a repetir que no podemos olvidar que ya en febrero de 1936 más del 50 por ciento de la población había votado en contra del Frente Popular (al que se identificaba sin más con el comunismo, aunque ya anoté que era una generalización abusiva), y que la Guerra Civil había radicalizado a millones de españoles contra el comunismo. Quienes antes de la guerra solo lo temían, ahora lo odiaban. La victoria del bando anticomunista en la Guerra Civil había ampliado su base sociológica, y no solo porque siempre hay mucha gente que tiende a identificarse con el vencedor. El Frente Popular no había sido derrotado por la superior fuerza de sus enemigos, sino por sus propios errores internos. Sus políticas socioeconómicas habían llevado al caos, al hundimiento económico de la zona bajo su control, al hambre, en resumen. El prestigio político del Frente Popular se hundió cuando se vio que era incapaz de constituir un gobierno efectivo, y en vez de eso surgían auténticos reinos de taifas en el territorio que decía controlar; y las fuerzas políticas que lo componían eran capaces de liarse a tiros entre ellas. Y todo ello por no hablar de algo tan triste como los asesinatos, los expolios, los sacrilegios, etc. Gracias a que conocemos con detalle las biografías de cientos de divisionarios podemos detectar el elevadísimo número de ellos que tenían algún familiar o conocido que había sido víctima del terror frentepopulista, o lo habían sufrido directamente en sus carnes. La insistencia en la diversidad de motivos para alistarse, y aún más, las pertinaces sugerencias de alistamientos por hambre, por lavar el pasado, forzados, etc., son tan solo cortinas de humo que tratan de ocultar el profundo odio que desencadenó el Frente Popular en una parte importantísima de la población española.

Había experiencias terribles que muchos iban a llevar siempre en su corazón y en su memoria. Un ejemplo entre miles es el de Eduardo Díez: su padre, un militar, fue encarcelado al empezar la guerra, fusilado en una «saca» (los asaltos realizados a cárceles para asesinar a los «fascistas» allí presos); uno de sus hermanos fue también fusilado al descubrirse que tenía contactos con la «Quinta Columna» en Madrid; y otro fusilado en el frente, cuando se descubrió que trataba de pasarse a los nacionales. Esos eran los *Recuerdos tatuados* (título que dio a sus memorias) que le impulsaron a marchar a Rusia sin dudarlo, y también a dejar por escrito su

experiencia. Lo significativo de su caso, porque se trata de algo muy habitual, es que partió hacia Rusia sin ser especialmente falangista, pero volvió convertido para siempre a esa ideología:

Volvía a España, algo que me parecía increíble. Y me sentía muy orgulloso de mi estancia y paso por la División Azul. Había ido allí para hacer honor a la memoria de mi padre y hermanos. No sé si lo conseguiría. Pero pienso que tal vez ellos, desde el Cielo, habrán levantado el pulgar de la mano derecha cerrada, mientras guiñaban el ojo, sonriendo. Volvía impregnado de falangismo; me sentía «mitad monje, mitad soldado». Había estado «al aire libre, bajo la noche clara y, en lo alto, las estrellas». Aquello había sido una auténtica cátedra para la formación de un hombre, de muchos hombres. No hay nada en esta vida, nada comparable, a ser un soldado en una guerra, para la construcción de un espíritu y la confirmación de un ideal (Díez Infante, 2004).

¿Un caso aislado? Desde luego que no. Se podían citar miles de casos análogos. Algunos sorprenden. Al lector no le será difícil encontrar en Internet la biografía de Enrique Ruiz García (en realidad Enrique Restituto), un pensador de izquierdas español, que finalmente se exilió en México, donde tuvo una larga vida política e intelectual. Si la biografía que encuentra el lector es lo suficientemente detallada, verá sin embargo que en su juventud sirvió en la DA. ¿Qué le llevó hasta ella? Desde luego no fue el lavar su pasado, ni el de su familia, sino el terrible hecho de que los frentepopulistas habían asesinado a su padre (un activista falangista) en la puerta de su casa, ante sus ojos. Después cambiaría mucho de opinión política, pero en 1941 fue ese asesinato lo que le impulsó a alistarse para la DA en Santander (por cierto, no pudo incorporarse hasta 1942).

En otros muchos casos no es posible averiguar con tanta exactitud la causa, pero algo podemos sospechar. En 1941, Juan de Zavala Lafora era ya un arquitecto de mucho prestigio (y con bastante edad). Dionisio Ridruejo, y también otro destacado falangista divisionario, Enrique Errando, lo citan en sus memorias como su camarada en Rusia. Algún historiador se ha atrevido a sostener que debía de haber un error, y que posiblemente se refirieran ambos a algún hijo suyo. Pero otro destacado falangista, Manuel Valdés Larrañaga (por cierto, uno de los pocos que no apoyó activamente la creación de la DA), que era arquitecto de profesión, recordaba al respecto:

Otro caso fue el del arquitecto, compañero mío de profesión, Juan de Zavala, hermano del ministro de Hacienda de la República, del partido de Alcalá Zamora, hombre fuera de la edad militar, que se alistaría en justa reacción a los vejámenes que le había infringido el Partido Comunista (Valdés Larrañaga, 1994).

Y es que el Partido Comunista —y otras fuerzas que le apoyaban— había llegado a causar daño directo a centenares de miles de españoles. Algunos casos son realmente sorprendentes. Ramón Robles Pazos pertenecía a una familia de tradición militar que sufrió en sus carnes de muchas y variadas maneras la persecución frentepopulista. Pero lo más terrible fue el asesinato de su hermano. José Robles Pazos era profesor de literatura en una universidad norteamericana, traductor de Dos Passos al español y también sabía ruso. Completamente identificado con la causa del Frente Popular, al estallar la Guerra Civil se unió al Ejército Popular, donde dado su dominio del ruso fue traductor de uno de los más importantes oficiales soviéticos con mando en él. Por razones que nunca se esclarecieron (pero verosíblemente por sospecharse de él como espía) fue asesinado por agentes soviéticos. Por esas fechas, centenares de miles de soviéticos estaban siendo asesinados bajo acusaciones falsas: fueron las grandes purgas. En ese contexto acabar con la vida de un español potencialmente sospechoso era muy poca cosa. Una tragedia más de las muchas de la Guerra Civil, que habría quedado en el más completo olvido de no ser porque

provocó el alejamiento de Dos Passos —un escritor muy comprometido con las causas de la izquierda— del Frente Popular español. Pero desde luego para la familia fue una terrible tragedia que explica que su hermano no lo dudara a la hora de marchar a Rusia a combatir al comunismo.

Finalmente, recordemos que si algo unía a todo el bloque «nacional» era el anticomunismo militante, y en un momento como el que se vivió aquel verano, cuando parecían crecer las tensiones entre las corrientes políticas del bando vencedor en la Guerra Civil, enfatizar en ese factor fue una receta de éxito.

El segundo elemento ideológico común a todos los voluntarios era el componente nacional-religioso. Una de las características de lo que podemos definir como «nacionalismo español» es la identificación entre «lo español» y «lo católico». Hubo siempre falangistas que fueron anticlericales, pero en modo alguno habrían llevado sus críticas a la esfera de lo estrictamente religioso. A muchos quizás les sorprenda el intenso espíritu religioso de los divisionarios, pero en realidad no tiene nada de extraño, ya que en los años 1940, y como respuesta a la brutal persecución religiosa del Frente Popular, el fervor religioso se acrecentó. En algunos casos, los voluntarios marcharon a Rusia movidos por un espíritu que bien puede ser definido como de misticismo religioso. Un buen ejemplo lo encontramos en el *Diario de guerra* que escribió un joven voluntario de Úbeda, Pablo Arredondo, donde evoca de manera constante a «mi Dama (...) mi Virgen del Alcázar, ante la que solía postrarme. Ella, desde su Iglesia Baezana, sonreirá al oír mi oración» (Arredondo, 2004-2005). Aquel joven andaluz marchó a Rusia con la misma fe mística con la que los cruzados marcharon en otros siglos hacia Tierra Santa. Pero no podemos olvidar otros datos de la biografía de este joven voluntario que moriría en Rusia: su admirado padrino (al que siempre soñó con imitar) era un héroe caído en las campañas de Marruecos; su padre —militar profesional— había sido asesinado por activistas del Frente Popular; y él era militante de la organización juvenil falangista.

Aunque, en definitiva, los extremos de intensa religiosidad que se pueden ejemplificar en Arredondo no fueron la tónica dominante, la defensa del catolicismo frente a una ideología atea tuvo gran importancia como elemento impulsor del compromiso que se adquiriría al marchar a Rusia. Con extraordinaria sencillez lo explicó otro veterano de la DA en un texto donde narró su experiencia. Se titula *Treinta y tres cruces de hierro sobre el Ilmen* y fue escrito por Alberto Coscolla. El autor recoge un diálogo entre dos divisionarios. Ante el odio al comunismo que manifiesta uno de ellos, otro le interroga sobre si él o su familia padecieron en sus carnes el terror frentepopulista, y el personaje responde: «A mí no me hicieron nada, pero sí que le hicieron, y mucho, a la Virgen de mi pueblo» (Coscolla, 2007-2008). Y es que los sacrilegios y profanaciones fueron vividos por muchos creyentes como ofensas personales. Es de resaltar que muchos voluntarios eran a la vez militantes de Acción Católica y de FET o alguna de sus organizaciones, algo que se veía como perfectamente compatible.

No cabe la menor duda de que Falange fue la que lanzó la idea de la creación de la DA y su principal impulsora, pero si a la sazón la muy poderosa Iglesia católica española se hubiera opuesto a la idea, el resultado del empeño habría sido otro. Pero la Iglesia española la apoyó con entusiasmo. En otro de sus libros, Alfonso Lazo ha escrito:

Por su parte, la clerecía española no perdió un instante para unirse al coro que cantaba el próximo final del bolchevismo y abrió de par en par las páginas de sus publicaciones a tan glorioso evento. Durante meses, las revistas de Acción Católica llenaron

sus páginas de editorial, crónicas y reportajes sobre la invasión de Rusia y la colaboración española de la División Azul (...). Para las publicaciones católicas, el choque armado con el comunismo y su previsible destrucción es un acontecimiento de tal envergadura, resulta tan extraordinaria la existencia de un mundo donde ya no exista el gran enemigo, que todas las demás posibles interpretaciones de la guerra pasan a un segundo plano. El conflicto bélico ya no debe ser considerado, por tanto, como una lucha de finalidades territoriales, sociales o políticas, sino como una guerra de civilizaciones: de la civilización cristiana contra el materialismo como sistema (Lazo, 1995).

Son numerosos los ejemplos de apoyos explícitos de la Iglesia española a la aventura de la DA. La revista *Signo*, de los Jóvenes de Acción Católica, que en los años anteriores había condenado por igual el materialismo comunista y el paganismo nazi, afirmaba el 28 de junio de 1941: «O Europa Cristiana o la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: quien no está con Europa, está con el comunismo». Y señalaba el papel clave de Alemania: «Una nación poderosa [Alemania] ha sido elegida por Dios para destruir la fortaleza comunista». *Ecclesia*, órgano oficioso de los obispos, escribía el 1 de julio de 1941: «Como católicos hemos de alegrarnos y pedir a Dios la derrota de las hordas [rojas]» y mantuvo a lo largo de todo 1941 una sección fija bajo el rótulo «La cruzada europea contra el comunismo». Incluso *Razón y Fe*, el órgano de los jesuitas, que desde siempre había sido la publicación más distante del fascismo, también aplaudió el inicio del ataque a Rusia y la vio como una nueva «cruzada», continuación de la española (aunque después volvió a posiciones más críticas).

El mínimo común denominador de los divisionarios consiste por tanto en esta triple señal de identidad: anticomunista, patriota y católico (aunque no necesariamente clerical, ni mucho menos). El siguiente rasgo definitorio ya no es común al cien por cien de los divisionarios. Me refiero al falangismo.

Que los falangistas fueran el grupo político más ampliamente representado en la DA, y con diferencia, y que ellos fueran los que impusieran su sello es algo fuera de toda duda. Pero en el «bloque histórico» que formaba la España nacional había otras fuerzas. Una perfectamente identificable eran los tradicionalistas carlistas. Habían sido pieza clave en la movilización de apoyos para el alzamiento militar de julio de 1936 en algunas regiones, habían combatido duramente en la Guerra Civil con sus «tercios de requetés»; y su organización había sido fundida por Franco con los falangistas para dar vida a Falange Española Tradicionalista. Pero muchos carlistas nunca se habían integrado de corazón en ella, o la habían abandonado de manera ostensible. El falangismo era para ellos una ideología casi pagana. Los roces entre falangistas y carlistas eran frecuentes. Y acabada la Guerra Civil los carlistas habían optado por retirarse otra vez a sus «cuarteles de invierno». Como todos los católicos españoles, los carlistas sintieron una profunda emoción al ver que Alemania atacaba a la URSS (pese a sus recelos ideológicos frente al Tercer Reich). De hecho hubieran acudido en masa a esta campaña contra el comunismo, de no ser por el papel absolutamente protagonista que Falange se atribuyó en el proyecto y que descorazonó a muchos carlistas. (Sagarra, 2014; Sagarra, Andrés, 2014). Hubiera bastado con que se permitiera que dentro de la fuerza expedicionaria se crearan unidades específicamente carlistas para que estos se hubieran unido en gran número. En la Guerra Civil, las divisiones del Ejército Nacional se formaban agregando batallones del Ejército, «tercios» requetés y «banderas» falangistas, «tabores» de soldados marroquíes y «banderas» de la Legión, manteniendo cada una de esas fuerzas su propia «personalidad», pero no fue ese el modelo que se siguió en la DA.

Pese a que los líderes carlistas acabaron desaconsejando el alistamiento en la DA, sabemos que fueron bastantes —más de lo que se ha creído durante mucho tiempo— los carlistas que sirvieron en ella. En *Requetés*, una gran obra de recopilación de biografías carlistas (Larraz, Sierra, 2010), aparecen buenos ejemplos. Pero es evidente que la actitud de los dirigentes carlistas afectó seriamente al reclutamiento en algunas regiones, como en Cataluña. En Barcelona desde el día 18 de julio al 31 de diciembre de 1936, fueron asesinados 1.059 carlistas, 340 militantes de la CEDA, 271 de la Lliga de Cambó, 112 miembros de los sindicatos católicos y 137 seguidores de Falange. Eran los carlistas catalanes que tenían más motivos para unirse a una fuerza expedicionaria contra el comunismo, pero muchos no estaban dispuestos a hacerlo al dictado de Falange. De las Vascongadas, la provincia donde el carlismo mantenía más poder, Álava fue la que menos voluntarios aportó (aunque también debe tenerse en cuenta que era la menos poblada).

Otra tendencia monárquica, la de los alfonsinos, también estuvo representada en la DA, aunque más entre los mandos que entre la tropa. El líder de los alfonsinos, José Calvo Sotelo, había sido asesinado el 13 de julio, fecha que como veremos coincidió exactamente con la salida desde España de los contingentes de voluntarios. El hecho no le pasó desapercibido al voluntario Coscolla, antes citado, que en sus memorias —donde jamás cita a José Antonio— escribió:

España recordaba el V Aniversario del asesinato de aquel patriota y hombre de bien que fue Don José Calvo Sotelo, cuando era el líder de la oposición al Gobierno republicano español. Los asesinos no sospecharon que con su crimen de Estado, con su atroz atentado a la Democracia, acababan de firmar su propia sentencia de muerte y la de la Segunda República, ese 13 de julio de 1936. Días después estallaba la Revolución que salpicaría de sangre a todos los españoles, durante los 32 largos meses de guerra feroz entre hermanos. Y el 13 de julio de 1941, desde todas las regiones de España, 18.000 voluntarios de todas las clases sociales salían en tren hacia Alemania, para luchar contra el Comunismo, culpable de la Guerra Civil española.

Pero en 1941 Falange monopolizó la recluta civil para la DA, que solo se podía realizar a través de sus jefaturas de Milicias y para la que se exigía que el voluntario perteneciera al «partido», o a alguna de sus organizaciones, como el Frente de Juventudes, el Sindicato Español Universitario, la Delegación Nacional de Excombatientes, la Delegación Nacional de Excautivos, etc. Desde el final de la Guerra Civil, la afiliación a FET no había dejado de crecer. Para 1939 la cifra de militantes registrados fue de 650.000, subiendo a 725.000 en 1940, y 890.000 en 1941 (aún ascendería más, hasta 925.000 en 1943). Las organizaciones juveniles encuadraban a otros centenares de miles de individuos, y el SEU a decenas de miles más. Para las fuerzas sociales y políticas más conservadoras de la España nacional, ese tamaño hacía que Falange fuera peligrosa.

Esta percepción se había empezado a gestar durante la Guerra Civil. Con su habitual agudeza, Alfonso Lazo lo ha evocado así:

Fue precisamente este crecimiento asombroso, recién iniciada la Guerra Civil, lo que provocó la alarma de sus aliados contra la República; puesto que la Falange no era únicamente un partido enorme, sino también un partido armado y organizado en milicias. Los motivos del recelo hacia los falangistas eran distintos según se tratase del Ejército, de la Iglesia, de los carlistas o de la derecha autoritaria alfonsina, pero todos coincidían en inquietarse por el tipo de personas que estaba entrando en Falange y por el discurso que la misma Falange había adoptado (...). Si entre todos los partidos de derechas y milicias únicamente creció FE de manera espectacular, fue porque solo FE estaba utilizando el clásico discurso «integrador» fascista (Lazo, 2008).

Lazo ha señalado cómo para combatir a esa Falange que se sentía como amenaza, la derecha conservadora elaboró durante la Guerra Civil el mito de que la Falange no combatía en los frentes, y llegaron a escribir una versión alternativa de la letra del «Cara al sol» en que se burlaban de la presunta cobardía de los falangistas, «una parodia —recuerda Lazo— que respondía a un extendido sentimiento de buena parte de la España de Franco: los falangistas emboscados en la retaguardia; la Falange como lugar seguro para no tener que combatir en las trincheras». Pero como dice Lazo, esa imagen era completamente falsa, precisando que:

Hoy, cuando el historiador investiga en los archivos, descubre que proporcionalmente, los falangistas durante la Guerra Civil tuvieron bastantes más bajas que los carlistas, e incluso que el propio Ejército. Cuando se organice la División Azul, la mayoría de los voluntarios también serán falangistas; y también aquí las bajas fueron enormes. Estamos, pues, ante una especie de leyenda negra, elaborada por los aliados reaccionarios de Falange para desprestigiar a esta. Leyenda que tuvo tal éxito que no se limitó a la España nacionalista, sino que cruzó los frentes y fue hecha suya por la España republicana: la imagen del falangista emboscado se hizo universal; y todavía hoy algunos historiadores siguen manteniéndola, solo por no haberse preocupado de contar los muertos que tuvieron cada uno de los grupos que luchaban juntos en el bando nacional.

Cualquiera que haya tenido un familiar en la DA puede pedir su expediente al Archivo General Militar de Ávila. Si su familiar procedía de la recluta civil, ese expediente incluirá normalmente una ficha muy significativa, encabezada por el título de «Falange Española Tradicionalista y de las JONS. División Azul». En ella se hacían constar tanto los datos personales, como la vinculación del voluntario con FET. Rarísimamente va a recoger que era afiliado antes de julio de 1936, porque Falange apenas tenía entonces unos 30.000 militantes. En muchísimos casos lo que nos refleja es afiliación al Frente de Juventudes, haber sido combatiente en el Ejército Nacional durante la Guerra Civil, haber colaborado con el «Socorro Blanco» en la zona frentepopulista, o con la «Quinta Columna», etc. En algunos casos aparece la frase «en trámite» o «no pertenece» (este último caso es más frecuente a partir de 1942). Pero para esos y otros casos FET disponía de la categoría de «adheridos», distinta a la de militantes, de manera que a quien se le catalogaba como tal se le clasificaba entre lo que hoy llamaríamos «simpatizantes». El perfil que obtenemos de esas fichas en muchos casos es de personas que antes de la Guerra Civil no militaban en nada, o lo hacían en organizaciones moderadas (como agrupaciones católicas). Eran «falangistas» pero solo en un sentido muy genérico. La idea de realizar una Revolución Nacional Sindicalista no era fundamental para ellos, pero sí la de erradicar toda posibilidad de que regresara el Frente Popular. Pero en todo caso estaban encuadrados en una organización política cuyas consignas seguían y a cuya disciplina se debían.

El falangismo más dogmático era el que se daba entre los militantes que pertenecían a la Vieja Guardia falangista y al Sindicato Español Universitario (SEU), la organización de masas de Falange en la universidad. Alistados a través de Milicias, pero también en bastantes casos desde el Ejército donde se encontraban prestando servicio militar, estos falangistas «puros» imprimieron su sello a la DA de forma indeleble. Estaban poseídos en ese instante de un afán casi místico, convencidos de que con ellos España iba a empezar una nueva era en su historia, y tal como escribía el joven falangista valenciano García-Berlanga en el párrafo citado al principio de este capítulo, para ellos la campaña de Rusia era el principio de algo que iba ser mucho más «grande».

En realidad, los líderes del SEU —y también las de la Sección Femenina— estuvieron convencidos durante algún tiempo de que la creación de la DA no era sino el primer paso para la

entrada de España en la Segunda Guerra Mundial, que ellos deseaban, por entender que solo la victoria del Eje haría viable el triunfo del falangismo en España. La «Nueva España», sería la «España Imperial» que se forjaría en aquella guerra. Esta idea de que solo la ambición de estar presente en las luchas del mundo podía redimir a España de la espiral de enfrentamientos intestinos registrados en el XIX y el XX era una vieja idea de las JONS. «El dilema es claro: Anarquía o Imperio» había escrito Juan Aparicio en el número 2 de la revista *JONS*, ya en 1933: «O encontramos las épocas llenas, henchidas de responsabilidades, cohesión y alegría, o nos entristece el espectáculo de las ansias menudas, de los desvaríos personales, del señoritismo burocrático, y de la “Star” del pistolero». Ocho años después, al comentar los alistamientos en masa de falangistas en la DA en julio de 1941 el mismo Juan Aparicio escribía un artículo que insertó la Prensa del Movimiento, en el que subrayaba que más que para acabar con el comunismo en la URSS, el envío de la unidad debía ser interpretado en clave interna española:

Esta es la recreación de la Falange en este mes de julio de 1941, donde es otra vez la juventud universitaria ingrediente audaz y generoso. Un camarada me confesaba que su enrolamiento para ir contra los Soviets se debía a razones nacionales más que a fascinaciones extranjeras. De otro modo no se explicaría esa aportación desbordante del SEU —la mejor cosecha del verano de 1941— hacia los banderines de enganche para una lucha territorialmente ajena. Salvar a Europa de la amenaza perentoria del comunismo. Pero salvar a España de la inercia anterior, de las desilusiones y del despotismo, recreando una nueva Falange optimista, interventora y combatiente. La Falange continúa su trágico destino de 1931, de 1933, y del 18 de julio, con los ojos abiertos. Muy abiertos, porque es la inteligencia pasional, la luz de un raciocinio español, la que le atrae y guía como una estrella titilando en el cielo.

Era una opinión extendida entre todos los falangistas de la Vieja Guardia: la DA sería la que finalmente hiciera inevitable la victoria final de Falange. Arturo Cuartero, que había sido fundador de la Falange Exterior (la rama en el extranjero de la organización joseantoniana) lo expresó en un pequeño folleto que editó por su cuenta: *Los que se marchan. La División Azul*, donde podemos leer claras amenazas para los sectores sociales reaccionarios (identificados como «capitalistas, industriales y comerciantes sin escrúpulos») cuyo sino quedaría sellado con el regreso de la DA:

Mañana, cuando vuelvas, División Azul, con los ángulos de combatiente que vertió su sangre por España prendidos en las mangas de tu camisa azul, será preciso que previa una labor que ya nos cuidaremos de preparar en tu ausencia, los barras del ambiente nacional, para reducirlos al montón despreciable de la escoria, lugar que les corresponde y que merecen (Cuartero, 1941).

En medio de este entusiasmo enfervorizado que recorrió la Falange, hubo jefes provinciales que exigieron a los militantes de la Vieja Guardia de su circunscripción que se alistaran en masa. En Zaragoza, por ejemplo, la Jefatura Provincial les pidió a través del diario *Amanecer*, de la Prensa del Movimiento, que se alistaran «sin excusa alguna» y remarcó que ese alistamiento iba a ser «condición indispensable para tener el honor de figurar en la Vieja Guardia». Pero también se dio el caso de algunos «camisas viejas» falangistas, que tras ver cómo muchos neo-falangistas que se habían unido recientemente a sus filas habían escalado posiciones en la jerarquía, lo que hicieron fue exigir a estos últimos que demostraran la pureza de esos sentimientos que proclamaban alistándose en la DA. En los estudios de ámbito territorial de que disponemos podemos observar que el alistamiento de miembros de la Vieja Guardia fue masivo en las

provincias que habían permanecido toda la guerra o la mayor parte de ella bajo control del Frente Popular, pero mucho más moderado en aquellas otras donde los miembros de esa Vieja Guardia ya habían tenido ocasión de participar en la Guerra Civil.

Falange, hay que recordarlo, no había logrado elaborar un programa político completo y bien diseñado, pero sí se había dotado de una retórica muy efectiva. A los pueblos, había escrito su fundador, José Antonio Primo de Rivera, «solo los mueven los poetas». Es más que posible que de haber recibido todo el poder en España, a los falangistas les hubiera sido difícil organizarla y dirigirla, por carecer de un proyecto debidamente articulado. Pero desde luego los falangistas sí que estaban muy capacitados, gracias a su arsenal propagandístico, para generar un fuerte movimiento emocional que arrastrara a muchos jóvenes a la aventura de una guerra en un país remoto. José Antonio les había pedido a sus seguidores que fueran «mitad monjes, mitad soldados», y la mística falangista insistía en que sus militantes debían estar dispuestos a vivir «arma al hombro, y en lo alto las estrellas». La «Nueva España» que soñaban no sería el resultado de un proceso electoral, o de maniobras políticas, solo nacería tras una catarsis. Por eso, aunque los falangistas en sentido estricto y puro, que veían la DA no solo como una guerra contra el comunismo, sino también como un paso más en su marcha hacia la implantación del nacionalsindicalismo, muy posiblemente no fueran más que un tercio de los efectivos (unos 6.000 hombres), desde luego tuvieron fuerza más que suficiente para imponer al menos su peculiar ética, que iba a impregnar a la DA durante toda su existencia.

De ellos, el grupo más compacto sin duda fue el de los activistas del SEU. No es casualidad, sino todo lo contrario, que la historia del SEU haya sido escrita por un antiguo divisionario: *La rebelión de los estudiantes* (Jato, 1967), una obra imprescindible para entender lo que fue la DA, pues aunque solo se le dedique a ella un capítulo, permite establecer la biografía —antes y después de la campaña rusa— de muchos de sus protagonistas y sobre todo captará su «ambiente» moral e intelectual. No todos los divisionarios fueron falangistas, pero la DA fue una creación de Falange y fue un capítulo decisivo en la historia de esta organización, como ha subrayado uno de los estudios más recientes sobre el falangismo (Sagarra, González, 2016).

Otro conjunto humano muy bien representado entre los divisionarios era el de los que podemos llamar «soldados vocacionales». No me refiero a quienes siguen la carrera militar como oficiales, un grupo perfectamente identificable. Hablo de los numerosos jóvenes que —en cualquier momento y país— sienten la llamada de la vida militar. Incluso en nuestra época, tan empapada de antimilitarismo, sigue existiendo un sector de la juventud que desea ser soldado. En la España de aquellos años, ese porcentaje era muy superior al que se da en la actualidad. Existía entonces un auténtico culto a los llamados «valores viriles», entre los cuales, el servir como soldado ocupaba un lugar central. El modelo típico de este joven con inclinación castrense era el de una persona socialmente humilde y habitante de zonas rurales. Y esa circunstancia ha dado pie a que se hable de «alistados por hambre», que en realidad lo que evidencia es el típico desprecio de los habitantes de las ciudades por la gente del campo. Desde un bastante burdo mecanicismo sociológico basado en los análisis de clase, se afirma que esas personas no podían compartir un proyecto como el de la DA, a la que presentan como una cosa «de señoritos fascistas» y por tanto, si acabaron en sus filas fue porque se les forzó. En realidad —y el mismo Marx llamó la atención sobre ello— muchísimos miembros del pequeño y mediano campesinado han sido y son de ideas muy conservadoras (por eso Marx hablaba con desprecio del «cretinismo rural»), y en el caso de

España eso significaba que eran patriotas y católicos, y desde luego enemigos de la colectivización de la tierra. Un político y teórico izquierdista español, Álvarez del Vayo, había escrito que «la pequeña propiedad agraria es el germen del fascismo» (y por ello había que destruirla), para subrayar el carácter extremadamente conservador de ese grupo social. En realidad, muy pocos de los campesinos de familias de pequeños propietarios tenían noción de lo que podía ser el falangismo, pero desde luego tenían muy claro que eran anticomunistas, porque toda idea de colectivización de las tierras les horrorizaba. Muchos de ellos sostenían una idea tradicional, la de que solo había dos oficios nobles, el de campesino que trabajaba la tierra; y el de soldado, que la defendía. Por ello, ese grupo sociológico era un caladero habitual en la recluta militar (y no solo en España), y miles de ellos intentaban seguir en el Ejército, hasta los grados de cabo o incluso suboficial (al que en aquella época se accedía por años de servicio). Esa atracción por «lo militar» había crecido con la Guerra Civil. Otros muchos, tras su servicio militar, intentaban ingresar en alguna de las fuerzas de seguridad, desde la Guardia Civil a las policías locales. La mayoría simplemente querían regresar a sus pueblos, aureolados con el prestigio de haber sido soldados.

Y este es un perfil muy típico entre el voluntario que se alistó para servir en la DA mientras prestaba su servicio militar entre 1941 y 1943. La campaña en Rusia tenía para estos soldados vocacionales mucho más atractivo que una «mili» normal. Así, frente al voluntario militante del SEU, procedente del mundo urbano, evidentemente con estudios y una base ideológica muy desarrollada, encontramos la figura de este soldado de origen campesino, de cultura limitada e ideas sociales y políticas esquemáticas. Pero es un error grave presentarlo como un «mercenario», porque también ellos iban a combatir por sus ideas y sus valores, que no eran menos anticomunistas que los de los falangistas.

Se ha escrito hasta la saciedad que se vieron empujados a ello por las pésimas condiciones imperantes en los cuarteles españoles de la época. Desde luego no eran pocos los que presentaban malas condiciones de habitabilidad, etc. Pero el peor cuartel en España era preferible a la mejor trinchera en Rusia, si de lo que se trataba era de buscar confort, higiene y alimentación. Es algo tan evidente que parece increíble que haya que recordarlo. Había a quien le desagradaba mucho la vida cuartelera, claro, pero era precisamente a quienes veían en la vida militar el marco para realizar hazañas, para alcanzar la gloria, y no soportaban por tanto las rutinas de la vida de guarnición. Por puro malestar cuartelero nadie se iba a una remota campaña, donde en modo alguno mejoraría sus condiciones de vida, y en cambio iba a sufrir todo tipo de penalidades.

También se ha insistido en que en la DA se produjo un gran número de alistamientos de antiguos izquierdistas, bien porque se les forzaba a ello dada la supuesta falta de voluntarios; bien porque ellos mismos decidían «lavar su pasado», o el de sus familiares; para sacar a familiares de las cárceles o evitarles la ejecución; o incluso con el afán de desertar. Desde luego es cierto que un elevadísimo número de integrantes de la DA habían servido en la Guerra Civil en el Ejército Popular. Miles de enemigos del Frente Popular se habían visto en esa circunstancia por haber sido obligados a ello, y exactamente por eso deseaban ahora incorporarse a la DA: no habían podido luchar con el bando nacional en aquella guerra y deseaban hacer «su» campaña contra el comunismo ahora que podían.

Hay bastantes casos de divisionarios de los que sabemos que su familia fue represaliada en la España nacional, incluso con el fusilamiento de hermanos o padres. De ello se ha querido

deducir automáticamente que a la DA solo podían ir por alguna causa distinta de la voluntariedad y la ideología. Sorprende la banalidad del argumento. Las guerras civiles no solo parten al conjunto de cada país que las sufre, sino a las mismas familias. Todo el mundo sabe que hubo dos hermanos Machado, ambos poetas, uno que apoyó al Frente Popular y otro a la España nacional. Fue habitual, por desgracia; los hermanos se enfrentaban entre sí por ideología, o se enfrentaban a sus padres. Tener un hermano o un padre que hubiera sido activista del Frente Popular no implicaba, en absoluto, que no se pudiera ser falangista. Aunque ya he señalado que muchos divisionarios lo fueron por tener en su familia casos de personas muertas a manos de izquierdistas, debemos tener presente que ni siquiera la ejecución de un familiar implicaba una adscripción automática de sus familiares al bando del ejecutado. El bien conocido dramaturgo español Antonio Buero Vallejo militó en el Partido Comunista durante y después de la Guerra Civil, y sin embargo su padre había sido ejecutado por los frentepopulistas. De la misma manera, se podía ser un ardoroso falangista divisionario pese a tener un padre, hermano, tío o primo ejecutado por los nacionales y hay bastantes ejemplos de ello.

Debo realizar tan larga explicación porque de manera casi inevitable, cuando se habla de alistamientos «forzados por las circunstancias» en la DA (en libros, en artículos, en documentales) se cita a dos personajes muy populares: el director de cine García-Berlanga y el actor Luis Ciges. Los padres de ambos habían ocupado cargos políticos en el Frente Popular. El primero se encontraba en la cárcel cuando se formó la DA y el segundo había sido ejecutado, así que sus casos parecen representar al «voluntario» que lo hace por salvar a su padre y al que debe «lavar el pasado» de la familia. Sin embargo, la verdad es que la biografía real de García-Berlanga no se corresponde con la versión más difundida. Su padre, exponente del partido más moderado del Frente Popular (la Unión Republicana) había tenido que exiliarse ya durante la guerra, huyendo de los revolucionarios anarquistas empeñados en expropiarle sus grandes fincas y solo había caído en manos franquistas tras acabar el conflicto. Como tantos jóvenes de esos años, García-Berlanga hijo se había radicalizado y era un activo militante falangista. El tener un padre «de izquierdas» no tenía nada de singular. Ya que hablo del valenciano García-Berlanga pondré este ejemplo: el principal líder de la Falange valenciana en aquellas fechas, Adolfo Rincón de Arellano, tenía a su padre en prisión por ser un destacado izquierdista, y solo salió de la cárcel cuando fue inminente su muerte. ¿Debemos suponer que Adolfo Rincón de Arellano se hizo alcalde de Valencia para ayudar a su padre? No, evidentemente. De la misma manera, García-Berlanga se hizo falangista y fue divisionario por ser esa su convicción política en aquel momento. Que, a la vez, tratara de mejorar la situación de su padre, y en ese sentido hiciera constar que servía en la DA, es exactamente lo mínimo que cabe esperar de un hijo. Pero nada le obligaba a escribir las líneas que siguen, que fueron premiadas por sus camaradas del SEU valenciano, y publicadas por el semanario de la DA en Rusia, la *Hoja de Campaña* en su número 61:

¡Qué día más terrible aquel en que ninguna mano extendida nos señale el mejor camino hacia la muerte! Si en la constelación falangista no se esperasen refuerzos, ¿cómo íbamos a justificar nuestra presencia en este campamento terrestre? Se nos quiere llevar a la molición ofreciéndonos como cebo y consuelo el fácil recuerdo de lo pasado. Y no: no se hacen revoluciones fundando un museo de añoranzas, sino buscando con el punto de mira el cuerpo enemigo. Las consignas no deben perderse entre las páginas tibias de revistas que nadie lee. Las consignas han de clavarse a gritos en las paredes enemigas.

Cuesta creer que el García-Berlanga que todos recordamos en su madurez —irreverente y hedonista— escribiera esas líneas, pero salieron de su pluma, eso sí, muchos años antes. Lo triste es que después se construyera toda una leyenda (en realidad, más por parte de sus admiradores que por él mismo) para ocultar su falangismo divisionario juvenil (Caballero, 2010-2011).

En el caso de Ciges, su historia también es distinta a la que normalmente se cree. Para empezar, porque ya antes de la DA, durante la Guerra Civil, había formado parte del Ejército Nacional, luego no tenía necesidad alguna de «lavar su pasado». Y la necesidad de mantener a su madre en medio de la escasez, que también alegaba, casa mal con el hecho de que a la DA no se fuera solo él, sino también otros dos hermanos. En realidad, si a partir de una cierta fecha, Ciges empezó a hablar en cualquier foro de su paso aparentemente traumático por la DA, son bastantes los que recuerdan que años antes alardeaba de su pasado divisionario para hacerse un hueco en el mundo del cine, en los momentos en que este estaba bajo completo control del Sindicato del Espectáculo (la rama de la Organización Sindical franquista que englobaba a los actores), que estaba a la sazón en manos de falangistas que habían servido en la DA (como el antes citado Jato). En cualquier caso, el que una vez y otra sean los casos de García-Berlanga y Ciges los que se citan para hablar de quienes debían «lavar su pasado» ya debería haber llamado la atención de cualquiera: ¿dónde están los restantes y al parecer abundantes casos?

En no pocas ocasiones, cuando se indaga en biografías, se detecta que un voluntario de la DA ha militado en partidos o sindicatos de izquierda. Si esa militancia se ha producido durante la Guerra Civil, es muy posible que no tenga ningún significado, ya que era normal que la gente ingresara en esas formaciones para obtener algún tipo de protección. Pero sí, efectivamente hay casos de gente con una clara militancia de izquierdas antes de la Guerra Civil que se alistó en la DA. ¿Cómo interpretar ese hecho? No tiene nada de sorprendente. Los falangistas señalaron desde muy pronto que en el 18 de julio habían confluído dos mentalidades, la de los excluyentes, reaccionarios, «restauradores» de una «España eterna», gentes defensores de la idea de la «España sin problemas»; y la de los «regeneracionistas nacionales», personas que deseaban la integración de todos los grupos sociales en un gran proyecto nacional, que creían que España tenía pendiente una revolución que la convirtiera en un país más justo y moderno. Durante la Guerra Civil, Falange, o para ser más exactos algunos líderes falangistas, habían hecho esfuerzos constantes por atraerse a militantes de izquierda, convencidos de que sus afanes de justicia podrían reconducirse hacia Falange. Lo mismo volvió a ocurrir en el caso de la DA. En un momento en que Falange, frustrada en sus expectativas políticas tras la pasada «crisis de mayo», pensó que podía usar la DA para su proyecto político revolucionario, era conveniente ampliar la base social «por la izquierda», atrayéndose a voluntarios de este origen. Es un caso que se puede documentar para algunas provincias, ya que no en todas ellas los líderes falangistas tenían los mismos planteamientos.

En el caso de Ciudad Real, por ejemplo, se ha descrito con detalle lo ocurrido en una de sus poblaciones más industriales, Valdepeñas, con buena parte de sus habitantes catalogados como de izquierdas. Allí se celebró una manifestación para pedir el envío de voluntarios el día 30 de junio. Lo llamativo fue que el principal orador falangista se dirigió a los asistentes en estos términos:

Manifestándoles que la Falange les abría los brazos a todos los que a ella vinieran, y se les entregaría carnet de afiliados, siendo esta la ocasión de lavar sus culpas, manifestándoles, igualmente, que cuando regresaran de la guerra, tenían que hacer la

limpieza del pueblo, llamando cobardes y otros insultos a los que no se presentaran voluntarios (...). Tanta excitación condujo a que se organizara una manifestación espontánea por las calles del pueblo profiriendo gritos de «abajo los capitalistas» y «mueran los cobardes». Al parecer todo ello tuvo como resultado que las «personas de orden» estuvieron atemorizados durante algunos días, viendo cómo subía la moral de los «antiguos marxistas» (González Madrid, 2004).

Vale la pena conocer algún ejemplo de estos izquierdistas a los que Falange atrajo en este preciso contexto: «Joe Sheridan», o «Nick Ramdain» o —si olvidamos los alias— Nicolás Miranda Marín. He citado en primer lugar los dos alias, porque con ellos firmó centenares de aquellas «novelas del indios y vaqueros», literatura de evasión de precios asequibles, que publicaban Bruguera y otras editoriales. Gaditano y de ideas republicanas, Miranda hizo la Guerra Civil con el Ejército Popular. Tras ella se encontró, al volver a su pueblo, con que muchos —incluso familiares directos— le volvían la espalda. Solo un amigo falangista le ayudó. Así que cuando este se alistó en la DA decidió seguir su ejemplo. Y se incorporó a ella con tanto entusiasmo como para convertirse en un auténtico héroe. Sus hazañas son perfectamente accesibles para quien desee conocerlas, ya que prestó con entusiasmo su testimonio a su camarada divisionario Fernando Vadillo, cuando este escribía el primer volumen de su gran crónica divisionaria, *Orillas del Vóljov* (Vadillo, 1967), libro donde los recuerdos de este antiguo republicano convertido en divisionario aparecen en decenas de ocasiones, y siempre retratándolo como un ardoroso falangista. Regresó de Rusia gravemente mutilado, pero tan imbuido de falangismo que el resto de su vida laboral «formal» la hizo trabajando en la Secretaria General del Movimiento (la «informal» ya la he citado, son los casi 700 textos que escribió). Podría citar —con nombres y apellidos, como aquí— muchos más casos parecidos, de antiguos izquierdistas que se unieron a la DA, pero no por ser forzados a ello, sino por haber llegado a la conclusión de que su futuro y el de España pasaban por la Falange y la DA.

Y es que desde siempre los falangistas habían intentado atraer a la gente de izquierdas a sus filas, por creer que tenían más «nervio revolucionario» que quienes procedían de las derechas. Y en el nuevo capítulo de su historia que era la DA, los falangistas también lo hicieron. En 1942, con la DA ya operando en Rusia, el influyente semanario *El Español* publicó en 11 entregas el texto *Un vocal español en la Komintern*. Lo escribía Óscar Pérez Solís, un personaje singular, ya que tras una amplia trayectoria política en las izquierdas más extremas, acabó uniéndose a los falangistas. Fue fundador del Partido Comunista de España, había tomado parte en el V Congreso de la Internacional Comunista como delegado español y había llegado a conocer personalmente a Stalin, Trotsky y Bujárin. Pero su experiencia directa de la URSS le convenció de la falsedad de la doctrina comunista. En el citado texto narraba sus viajes a Rusia, en los que atravesó el río Vóljov (la primera zona de despliegue de la DA en Rusia), y señalaba que allí era donde «hoy se oye con acento de gloria el castellano» (Pérez Solís, 2018). Si todo un fundador del PCE y una persona que había formado parte de las élites dirigentes de la Internacional Comunista, a la altura de 1941 aplaudía a la DA y su lucha, ¿por qué no iba a ser posible atraerse hacia las filas de Falange a otros muchos como él? El que se abrieran las puertas de la DA a antiguos izquierdistas se enmarcaba en este proyecto. No por casualidad, cuando se creó la DA, todo el mundo pensó espontáneamente en que debía mandarla Yagüe, el general falangista, aunque en realidad era imposible, ya que en ese preciso momento se encontraba sancionado por Franco. Su biógrafo ha subrayado de muchas maneras cómo Yagüe trató una y otra vez de atraer a los antiguos izquierdistas hacia Falange (Togores, 2010).

Fue más fácil obtener plaza en la DA habiendo sido abiertamente un simpatizante de la izquierda que con un pasado masón. Pondré un ejemplo. El médico alicantino Alfonso Martín de Santaolalla Esquerdo había sido masón y entre octubre de 1934 —tras el aplastamiento de la «Revolución de Octubre»— y enero de 1936 había sido presidente de la comisión gestora que se hizo cargo del Ayuntamiento de Alicante como destacado exponente que era del Partido Republicano Radical de Lerroux (en coalición con la CEDA católica, a la sazón). La verdad era que a la altura de 1939 había abandonado la masonería, e incluso prestaba voluntariamente sus servicios médicos a congregaciones religiosas y al obispado alicantino. Y desde luego, en cuanto triunfó el Frente Popular fue objeto de persecución. Logró huir de Alicante al estallar la Guerra Civil, protegido por el cónsul alemán. Y en cuanto alcanzó la España nacional se unió al Ejército, siendo asimilado en este como oficial médico. Como teniente médico intentó obtener plaza en la DA, pero no solo no lo logró, sino que al descubrirse aquel pasado masón fue procesado, tuvo que abandonar el Ejército y fue condenado a una inhabilitación para cargos públicos. Este caso, narrado en un libro reciente sobre la masonería alicantina (Sampedro, 2017), nos retrata muy bien el caso de quienes deseaban «lavar su pasado». Eran gente que hacía tiempo que había abandonado las filas de la izquierda o liberales, que ya compartía las ideas de la «España nacional», pero que sabía que en un pasado más o menos lejano de su biografía había algún capítulo que era condenable a ojos de las nuevas autoridades, y por ello deseaba acumular algún mérito adicional en su haber.

No menos citada como causa para los presuntos alistamientos involuntarios en la DA ha sido la mala situación económica de España en aquellas fechas, con las lacras del paro y el hambre. Una y otra vez se evocan para el alistamiento unas cláusulas económicas que, según se dice, eran altamente tentadoras, aunque las cifras de las pagas recibidas están muy lejos de compensar la terrible dureza de aquella campaña. Sin embargo, si una explicación es poco satisfactoria, es esta. Porque había fórmulas mucho menos arriesgadas de obtener trabajo bien remunerado, y buena asistencia social, y también en Alemania.

Esta es una historia mucho menos conocida que la de la DA. Que en la España franquista se veía con especial simpatía al Tercer Reich no lo ignora nadie, y que Falange era el sector más germanófilo, tampoco. Por otra parte, ya desde antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, la economía alemana padecía de falta de mano de obra y procuraba atraer trabajadores extranjeros. Esa situación se agudizó tremendamente con el estallido de la guerra. Y los sindicatos falangistas españoles, dirigidos por Gerardo Salvador Merino, un falangista radical, negociaron con la organización sindical nazi, el Deutsche Arbeitsfront dirigido por Robert Ley, un acuerdo en virtud del cual hasta 100.000 españoles podrían encontrar trabajo en el Tercer Reich. El 1 de junio de 1941 —aún no había empezado la Campaña de Rusia— el diario *Arriba* dio esa noticia, que reprodujo la restante prensa falangista. El Convenio Hispano-Alemania que dio forma concreta a ese acuerdo fue ya de finales de agosto, pero desde antes quien pudiera estar interesado en encontrar sueldo y trabajo sabía que iba a ser posible emigrar a Alemania.

Fueran a ser las que fueran las condiciones económicas de esos trabajadores, para quien solo estuviera interesado en salir de estrecheces, sin duda serían mejores que un alistamiento militar, pues aunque como soldado se pudiera llegar a cobrar más, a nadie se le escapan las penurias y los riesgos de la vida militar. No se trata ya de la muerte o la mutilación, simplemente debemos recordar dónde come, vive y duerme un soldado: en las trincheras. El trabajador de la industria y

del campo, por duro que llegara a ser su trabajo, sabía que pernoctaría bajo techo, seco, y tras haber comido, y nadie le despertaría cada dos horas para ocupar un puesto de centinela en una noche gélida, a muchísimos grados bajo cero. Hay que subrayar que mientras que en el caso de la DA los alemanes nunca pidieron su envío, en el caso de los trabajadores sí que mostraron un vivo interés por recibirlos, demandándolos con insistencia. Y mientras que la organización y partida hacia Alemania de la DA se hizo en poquísimas jornadas, en cambio el traslado de trabajadores se organizó lenta y meticulosamente, y de hecho la primera expedición no salió hasta noviembre de 1941. En total, desde esa fecha y hasta julio de 1943, partieron desde España para trabajar en Alemania 10.569 españoles, una cifra que supone la cuarta parte de los que sirvieron en la DA. Y como muchos regresaron antes de lo previsto, la realidad es que nunca hubo en Alemania más de 8.000 trabajadores llegados desde España. Y sin embargo, hay quienes pretenden que debemos creer que los parados y los hambrientos de España preferían arriesgarse a congelaciones, a mutilaciones, a la muerte, por no hablar de la estricta disciplina de la vida militar, en las filas de la DA en vez de trabajar en una empresa alemana. Es tan absurdo que afirmar algo así roza lo grotesco.

Curiosamente, quienes insisten en razones económicas para los alistamientos no ven el reverso de esa moneda. Y es que sabemos que en la DA se alistaron muchísimos universitarios, bastantes de los cuales estaban a punto de acabar la carrera o la habían terminado ya. Médicos, ingenieros, abogados, que dejaron atrás una prometedor vida profesional. No solo se arriesgaban a perder la vida, es que —y esto sin la menor duda— cada día que estuvieran en Rusia estaban perdiendo dinero, el que hubieran ganado cómodamente con el desempeño de sus profesiones. Pero, en definitiva, la mejor y más decisiva prueba de lo poco que influyeron las cláusulas económicas en el alistamiento las encontramos en las fechas. Cuando se conocieron con detalle las condiciones económicas de que disfrutarían los voluntarios, ya se habían cerrado los banderines de enganche. Nadie esperó a analizar los sueldos, las primas, etc., para alistarse.

Puesto que el papel lo aguanta todo, hay quien ha llegado a afirmar que se sacaba a gente de las cárceles para alistarlos a la fuerza en la DA. Los ingleses, que se irritaron profundamente con la creación de la DA, fueron los que más insistieron en su propaganda en que se había reclutado a su personal en las prisiones. Cuando interpretaron cómo se creaba de la noche a la mañana una división de voluntarios, aunque pensada para participar en la campaña rusa, los británicos la interpretaron como una amenaza para su dominio de Gibraltar. Así que, sin temor a usar este calificativo, la reacción de la propaganda británica cabe definirla como histérica y no dudaron en asegurar que aquella unidad era una división compuesta de criminales sacados de las cárceles. No menos cierto es que tales falsedades fueron desmentidas una vez acabada la guerra. En sus memorias, el embajador británico en Madrid, Samuel Hoare reconoce explícitamente que «los rumores que circulaban, de los que se hizo eco la prensa aliada, de que la División [Azul] estaría compuesta en su mayor parte por criminales de derecho común sacados en esa oportunidad de las prisiones carecen de fundamento» (Hoare, 1977).

Y sin embargo hay historiadores españoles que insisten en la idea. ¿Pruebas de ello? Literalmente, ninguna. Solo rumores que dicen haber recogido oralmente y a los que dan pábulo. No hay constancia documental en que apoyarse. No, por lo menos, que yo conozca. En la bibliografía solo he visto a un autor que transcribe la instancia de un individuo preso en una cárcel militar dirigida al jefe de Falange en Cádiz, solicitando que se le libere para unirse a la DA, sin

que esa fuente cite la respuesta (López Villatoro, 2012). En cuanto a documentación que yo haya podido consultar, he llegado a encontrar un escrito firmado por un puñado de oficiales y suboficiales que, expulsados del Ejército, cumplían la pena que les había sido impuesta en una prisión militar de Canarias. Se dirigían al capitán general del archipiélago rogándole que se les permitiera alistarse, para «redimirse en combate». Para dar más fuerza a sus argumentos exponían que en ningún caso estaban presos por delitos contra el «honor militar». La solicitud fue desechada, tal como demuestra la respuesta conservada en el Archivo Militar Intermedio de Canarias. Y no es de extrañar: para encontrar plaza en la DA hubo que recurrir a enchufes y recomendaciones, y los ingresados en prisiones militares no tuvieron opción alguna.

La idea de que se procedió a reclutar a presos que lo estaban por causas políticas aún es más absurda. Al parecer, debemos creer que se iba a armar a individuos a los que se consideraba tan peligrosos como para tenerlos encerrados en cárceles. Podrían amotinarse, protagonizar deserciones en masa, asesinar a mandos, espiar, sabotear, etc. En la historia de la DA no hay ningún episodio de ese tipo. Sí que se conocen en el caso de algunas unidades de otras nacionalidades integradas en la Wehrmacht, y habrían ocurrido en el caso español de haber existido reclutas con esas características. Y sin embargo, pese a que esta idea no tiene ninguna base lógica, ni tampoco ningún refrendo documental, se sigue repitiendo. Y se llega a extremos que rayan el esperpento. Hablando de los exiliados frentepopulistas que los alemanes habían internado en Mauthausen, Secundino Serrano escribe: «Incluso un oficial de la División Azul, José María Queralt, estuvo haciendo propaganda de su unidad en Mauthausen» (Serrano, 2005). La realidad es por completo distinta. José María Queralt Castell no era oficial, sino un sencillo soldado, y no formó parte del contingente original de la DA (llegó con uno de los «batallones en marcha», ya avanzado 1942). Un exiliado internado que le acompañó durante su visita a Mauthausen, pues hacía de intérprete con los alemanes, Juan de Diego, ha narrado el suceso con claridad: «Es una mentira afirmar que visitó el campo para alistar voluntarios españoles para la División Azul. El motivo de su visita era conocer el destino de un amigo de su familia». Ese último testimonio ha sido reproducido por un historiador norteamericano (Pike, 2008) bien conocido por sus simpatías hacia el Frente Popular. Pero al antes citado autor español no se le ocurrió verificar el absurdo rumor que reproducía: simplemente lo usó porque venía a «ratificar» las ideas que él tenía de antemano. Por cierto, el autor citado —y otros muchos— sin duda se habrían echado las manos a la cabeza si alguien afirmara que para llenar las filas de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil se sacaba de las cárceles frentepopulistas a falangistas encarcelados. Es algo absurdo sencillamente, y lo mismo cabe decir de la idea de vaciar las cárceles de izquierdistas para mandarlos a la DA.

El informe que sobre la recluta de la DA envió a Londres la embajada británica en Madrid decía:

La respuesta a la llamada fue tan decepcionante que finalmente tuvieron que despachar una División regular del Ejército Español para satisfacer la urgente insistencia de los alemanes. Aparte de esto solo se enviaron 1.200 moros, legionarios extranjeros y algunos regulares del Marruecos español, que fueron reclutados con métodos coercitivos.

Y en España hay suficiente papanatismo para suponer que un documento oficial británico debe ser aceptado sin más como fuente histórica. En realidad, no hay ni tan solo una afirmación

cierta en tal informe. Nunca hubo demanda urgente de Alemania para que se enviaran tropas españolas, desde luego no se despachó una división del Ejército Español, no hubo recluta coercitiva y no se enviaron moros. Este último es un hecho digno de ser remarcado. El Ejército Español contaba con un buen número de unidades de tropas marroquíes, y alguna de ellas estaba acuartelada incluso en territorio español (aunque la mayor parte se encontraba en el Protectorado). Pues bien, en los archivos militares intermedios que conservan documentos de las regiones españolas donde había unidades marroquíes encontramos documentos significativos: hay tabores cuyos soldados marroquíes se ofrecieron casi en su totalidad. Por la misma documentación, sabemos que esas solicitudes fueron rechazadas tan en bloque como se produjeron.

En los listados de personal divisionario que se conservan aparece, rarísimamente, algún voluntario cuyo nombre árabe sugiere que se trate de un marroquí, pero son casos excepcionales. Cabe también la posibilidad de que hubiera algunos con nombres supuestos. Por ejemplo, en la documentación conservada en el Archivo Militar de Canarias aparece una instancia de Mohammed Uld Hussein Uld Budebus, solicitando el pago de una pensión. La partícula «Uld» es típica de los nombres de las antiguas posesiones españolas de Ifni y el Sahara Occidental. En la instancia se hace constar que se alistó con nombre supuesto, como José Antonio Ojeda Amador (nombre que, en efecto, aparece en la relación de personal de un batallón español y del que consta que se alistó en Canarias). Pero en cualquier caso, aunque podamos quizás descubrir un cierto número de casos como este, lo que sí sabemos es que a los magrebíes que por decenas se ofrecían en los tabores de regulares, no se les admitió. ¿Por qué no se les dejó unirse a la DA, donde —si hemos de creer a algunos autores— se estaba forzando a integrarse a tantos españoles que no lo deseaban? ¿Se temía el rechazo de esos elementos marroquíes por parte de los racistas alemanes? La realidad es que los alemanes toleraron que la Legión de Voluntarios Francesa —el equivalente a la DA en el país vecino— reclutara soldados coloniales de su imperio (magrebíes y hasta algún negro) y les vistieran con uniforme alemán. De hecho los alemanes incluso intentaron que los franceses les cedieran esos soldados magrebíes para incluirlos en la Legión Árabe que ellos estaban organizando. No, no había problema por parte de los alemanes para que marcharan a Rusia tropas reclutadas entre naturales de Marruecos, pero dado que en España literalmente había que pedir «enchufe» para encontrar plazas en la DA, la idea de enrolar a marroquíes se desechó sin tan siquiera plantearse.

Y no exagero en lo de los «enchufes». Mientras que no existe documento alguno que nos hable de eventuales reclutamientos involuntarios (excepción hecha de los ya citados, relativos a algunas categorías de soldados especialistas), en cambio los archivos rebosan de solicitudes dirigidas al mismo Franco, al general Varela, a otras autoridades e incluso a la embajada alemana, implorando —literalmente— que se le permita al remitente alistarse en la DA. Por citar un ejemplo que encontramos en los archivos de la embajada alemana: el 16 de julio —la DA estaba saliendo de España— el director de Sanidad del Puerto de San Sebastián-Pasajes, un muy respetado profesional que había prestado servicios sanitarios muy destacados durante la dictadura del general Primo de Rivera, escribía en estos términos a uno de los agregados de la embajada alemana, con el que tenía amistad personal:

Mi querido amigo, con esta fecha escribo al Excmo. Sr. Embajador, dándole cuenta de mi ferviente deseo de trasladarme a Alemania con la División voluntaria que se está formando. Ya me he puesto a disposición de los Srs. Ministros de la Gobernación y Secretario del Partido, así como del Director General de Sanidad, para ser enviado allí, si creen necesarios mis modestos servicios como médico higienista. Como tengo gran interés en ser designado para tan honrosa misión, que encaja de lleno en mis altos ideales, he escrito al Sr. Embajador para que me recomiende a dichos Sres. Si Usted fuera tan amable que le hiciese al Sr. Embajador alguna indicación en ese sentido y le diese algunos informes sobre mí si lo solicita, le quedaría muy agradecido.

El citado médico pedía, por tanto, que su amigo alemán le «enchufara» ante el embajador, para que el embajador le «enchufara» ante algún ministro español y así lograr plaza. Ni siquiera recurriendo a tan altas autoridades logró un puesto el demandante.

Todas las leyendas sobre los alistamientos forzosos tienen orígenes perfectamente reconocibles; los comunistas habían empezado sus campañas contra la DA desde el mismo momento de su nacimiento, insistiendo en los alistamientos forzosos en cuarteles y hasta en cárceles (Lledó, 2016); y ciertos sectores de la derecha conservadora española les acompañaban con otra campaña de intento de desprestigio, sugiriendo por sus propios intereses que, en efecto, Falange estaba reclutando «rojos» e «indeseables». Y es que, no podemos olvidarlo, la DA provocó un momento de pánico entre esos sectores de derecha, que tenían fuertes vínculos con la jerarquía militar. Para el sector más «pretoriano» del Ejército Español, la DA era una unidad cuya potencial peligrosidad política había que desactivar. Lazo ha escrito al respecto:

[La] realidad histórica documentada poco tiene que ver con la leyenda de una División Azul compuesta por reclutas enviados a la fuerza para morir en las heladas llanuras de la Unión Soviética (...). Desde los periódicos del Movimiento, a las publicaciones de las Iglesias; desde los discursos altisonantes de los jefes políticos, a las pláticas de los sacerdotes en los templos; desde las palabras de los dirigentes de Falange, a las palabras de los dirigentes de Acción Católica, el entusiasmo fue indescriptible: por fin, por un milagro histórico, el comunismo desaparecería de la faz de la tierra. Fue entonces, en medio de ese ambiente exaltado, cuando hizo su aparición, como iniciativa falangista, la División Azul. Era sin duda la gran oportunidad de la Falange. Un instante en el que Serrano y sus colaboradores creyeron que la anomalía que representaba un partido único fascista sin milicias iba a terminar. La División Azul era concebida por ellos, precisamente, como esa fuerza armada que iba a permitirles hacer la revolución. Solo fue el sueño de un día. Otra vez el Ejército iba a impedirlo (...). Jamás la Falange se había sentido tan poderosa: la División Azul sería la milicia del Partido que, concluida la guerra con la victoria de Hitler, y vuelta a la Patria, establecería la revolución nacionalsindicalista y el Estado totalitario. Vana ilusión (...). El Ejército reaccionó con una fulminante rapidez (...) logró controlar el reclutamiento, la uniformidad de las tropas —nada de un uniforme propio de los falangistas como quisieron estos al principio, sino el uniforme caqui del soldado, aunque se permitiese asomar por el cuello la guerrera de la camisa azul— y dejarlas encuadradas por mandos y oficiales que no eran de Falange (...) la División Azul que Serrano Suñer había querido como milicia política nunca llegó a existir. El Ejército había metido otro gol a la Falange (Lazo, 2008).

Para que no haya equívocos, volveré a subrayar que Lazo no se identifica ni con Falange ni con Franco; es un historiador de izquierdas, políticamente comprometido con causas antifascistas. Pero no es un ciego doctrinario incapaz de ver la realidad.

No fue este el único ejemplo de cómo Falange seguía estando sometida a un estricto control por parte de las fuerzas más conservadoras. De manera casi simultánea a la creación de la DA, se produjo la defenestración de Gerardo Salvador Merino, el radical líder falangista que había tratado de convertir al aparato sindical de Falange en elemento clave de la economía del país, movilizándolo a los trabajadores en organizaciones activistas. En su caso se empleó como excusa un

fugaz paso por la masonería, pero la razón real era la peligrosidad de sus ideas para las élites tradicionales.

Pero no nos separemos del tema de la DA. Ya hemos visto motivos que impulsaban a los aproximadamente 18.000 hombres que se estaban reuniendo aceleradamente para salir de España. Evidentemente, entre 18.000 personas siempre hay casos aislados, individuales, que responden a otros planteamientos. Alguno que huía de la justicia, otro despedido en sus amores, más los inevitables oportunistas, aventureros, etc. Es inevitable en todo grupo humano numeroso que aparezcan elementos así, y justamente por eso, no vale la pena dedicarles más espacio en el análisis. Pero a la hora de explicar por qué algunos veteranos han dado versiones de su alistamiento donde niegan un compromiso ideológico o la voluntariedad, no podemos olvidar que la guerra acabó de manera completamente distinta a como se imaginaron cuando se alistaron en la DA. Y que además, al acabar, salieron a la luz los crímenes perpetrados por instituciones y organizaciones del Tercer Reich. La condena universal y el mayor descrédito cayeron sobre la Alemania nazi. A nivel estrictamente español, se encontraron con que en 1941 se les ensalzó como héroes, pero desde 1944 parecieron condenados al olvido. Por todo ello, muchos de quienes se habían alistado en la DA optaron por no hablar de aquella experiencia, o acabaron elaborando una versión sobre las razones de su alistamiento que era muy distinta a lo que habrían afirmado en 1941 si les hubieran preguntado al respecto (o si la guerra hubiera acabado con la victoria del Eje). Por eso aceptar, como hacen algunos autores, las versiones de algún veterano (en realidad poquísimos) y sobre todo, de los familiares de veteranos que hablan de alistamientos forzados, por hambre, por la paga, etc., exige o una buena dosis de ingenuidad, o un profundo deseo de desacreditar a cualquier precio a la DA.

De los que sí vale la pena hablar es de algunos pequeños pero significativos segmentos de voluntarios que tenían un perfil muy especial. Uno muy llamativo es el de los rusos blancos, los exiliados anticomunistas. En España, la colonia de rusos blancos había sido muy pequeña, diminuta en comparación con las de otras naciones europeas. Pero la Guerra Civil española había atraído a nuestro país a un cierto número de esos exiliados, para combatir al Frente Popular, y algunos habían acabado echando raíces. Casi todos ellos se ofrecieron para servir en la DA. Incluso alguno de estos veteranos rusos de la Guerra Civil española, pero que ya no residían en España, solicitaron unirse a ella (tramitando sus peticiones a través de los consulados españoles, como ocurrió en Bucarest y Fez). Pero para sorpresa de los españoles, los alemanes habían vetado el alistamiento de esos rusos blancos en la Wehrmacht, de manera que solo una pequeña cantidad de ellos pudo unirse finalmente a la DA, arguyendo los españoles ante los alemanes para lograr su permiso que les eran por completo necesarios como intérpretes (Mesa, 2000). Para ellos la experiencia de la campaña fue muy intensa. Unos, llevados por un odio acérrimo al comunismo, sirvieron en las filas españolas en Rusia desde 1941 a 1944, sin descanso. Para otros, contemplar la política de ocupación que aplicaban los alemanes en Rusia fue una terrible frustración (Beyda, 2014).

Otro grupo llamativo era el de los hispano-alemanes. Me refiero a miembros de familias mixtas (alemanes casados con españolas, hijos de matrimonios mixtos) que tenían ciudadanía española. Porque los de la misma tipología pero con ciudadanía alemana y en edad militar habían sido llamados ya —o lo serían pronto— para realizar su servicio militar en la Wehrmacht. Por las

convicciones anticomunistas de muchos de ellos y por sus evidentes motivos para la germanofilia, un buen número de estos hispano-alemanes sirvió en la DA, mayoritariamente como traductores.

En cambio no tenían un perfil definido los relativamente numerosos españoles que, habiendo nacido en Hispanoamérica o habiendo residido en ella durante mucho tiempo, sirvieron también en la DA. Uno de los coroneles de la DA, Rodrigo, era nacido en Puerto Rico. El primer oficial que protagonizó un hecho tan heroico como para merecer la Laureada, el teniente Galiana, nació en México. Es posible que más de un divisionario se sintiera —por ejemplo— tan mejicano como español, pero no podemos apreciar que estos divisionarios «hispanoamericanos» intentaran coordinarse de ninguna manera. El 8 de julio de 1941, mientras la DA se aprestaba para salir de España, el Ministerio de Exteriores entregó una nota a las embajadas de Argentina, Chile, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Panamá, Perú, República Dominicana, El Salvador, y también Brasil, en la que se leía:

Al plantearse el conflicto armado entre la civilización europea y la Rusia soviética estalló en toda España el sentimiento anticomunista del pueblo que sufrió tres años de terror rojo. Recogiendo el sentimiento popular, Falange organizó una División de Voluntarios que marchará junto a los ejércitos alemán, finlandés, húngaro, italiano, rumano y eslovaco, y junto a las juventudes voluntarias de Francia, Bélgica, Noruega, Dinamarca, Portugal, Suecia, Croacia y otras a luchar con carácter de cruzada contra el enemigo de la civilización occidental. La generosa aportación de la juventud española identificada con su gobierno desmiente las calumniosas imputaciones que se hacen a Falange de ambiciones imperialistas de sentido material. La ambición de esta juventud española es salvar los principios de humanidad y cultura, y representar, en lucha a muerte con el comunismo, el espíritu de la Hispanidad. En tierras de Rusia quedarán los nombres comunes de España y América y sonarán en nuestro idioma únicos cantos de victoria. El Gobierno español se honra en comunicar todo esto a ese Gobierno para su conocimiento.

El objetivo de esta nota era contrarrestar las afirmaciones de la propaganda anglo-norteamericana que presentaban a la España de Franco como una potencia imperialista que, de la mano de Alemania, se aprestaba a reconquistar el Imperio español en América.

El caso de los portugueses que sirvieron en la DA también ha dado lugar a no pocas especulaciones, y se ha llegado al punto de afirmar que existió —en el seno de la DA— una «Legión Verde» compuesta por portugueses. Por supuesto, no es verdad, por mucho que una vez y otra la leyenda se repita, por ejemplo a través de Internet. En el vecino país existía una dictadura conservadora apoyada por los militares —y personificada en Salazar— cuando estalló la Guerra Civil española, un hecho que provocó una tremenda emoción en Portugal. Como en otras partes de Europa, una parte de la juventud portuguesa se sentía tentada por el fascismo, y se había organizado un movimiento llamado Nacional Sindicalismo dirigido por Rolao Preto, que supuso una amenaza para el «salazarismo», mucho más moderado. En 1936, muy poco después de que estallara la Guerra Civil en nuestro país, Salazar ordenó crear una milicia que iba a adoptar el nombre de Legião Portuguesa y que tenía como objetivo declarado luchar contra el comunismo y el anarquismo. También servía al propósito de alejar a la juventud de las filas de Rolao Preto. La Legião, que llegó a encuadrar a 50.000 portugueses, usaba camisas verdes como prendas de uniformidad. Durante la Guerra Civil hizo, claro está, propaganda a favor de la España nacional y fruto de esta un cierto número de portugueses sirvieron como voluntarios en el Ejército Nacional. Sin embargo, la cifra que se ha llegado a citar de 20.000 voluntarios portugueses es exageradísima. Al iniciarse la campaña contra Rusia también hubo en Portugal un cierto sector de la opinión que la vio con simpatía, especialmente en las filas de la Legião. Sin embargo el

siempre extremadamente cauto Salazar supo dar largas a los elementos más radicales de la Legião. Un informe de la embajada italiana en Madrid a su gobierno, fechado el 3 de octubre de 1941 reflejaba esa táctica de Salazar; se leía en él:

Numerosos miembros de la Legião Portuguesa habrían presentado la dimisión recientemente para protestar contra la política seguida por los dirigentes de la misma Legião. Esta fue formada con el único objetivo de combatir al comunismo, pero mientras que se autorizó el envío de voluntarios a España, actualmente se dificulta la constitución de un cuerpo de voluntarios para combatir a la Rusia comunista. En algunos ambientes de la Legião Portuguesa se dice sin embargo que el Gobierno no habría rechazado definitivamente la propuesta de enviar voluntarios a combatir contra el comunismo ruso, pero habría hecho todo lo posible para aplazar todo lo posible una toma de posición más clara. Salazar habría pedido una relación de los cuadros del cuerpo de voluntarios que se constituiría. Muchos oficiales de complemento y también numerosos efectivos se abrían apuntado en esa lista que se iba a someter al Presidente del Consejo.

Pero la Legião Portuguesa era un instrumento absolutamente controlado por el gobierno. De hecho dependía, no de ninguna organización política, sino de los ministerios del Interior y Defensa. Dando largas al asunto, Salazar consiguió evitar la formación de una unidad de voluntarios portugueses, algo que los alemanes llegaron a sugerirle que permitiera, aunque en honor a la verdad para los alemanes se trataba más de introducir una cuña en la profunda tradición anglófila del país que de conseguir soldados para el frente ruso. Nunca hubo un equivalente, siquiera minúsculo, a la División Azul, como la supuesta «Legião Verde» —ya se ha señalado que ese era el color del uniforme de la Legião Portuguesa— y el centenar y medio de portugueses que combatieron en Rusia lo hicieron en las filas españolas, sin formar en ningún momento algún tipo de subunidad propia. De hecho, sus biografías son bien conocidas (Silva, 2013 a y b) y muchos de ellos ya residían en España cuando se creó la DA, por haber echado raíces en nuestro país.

Entre los elementos «extranjeros» de la DA había algunas biografías «chocantes», como la de un mestizo filipino, de acusados rasgos asiáticos, hijo de un español que tras casarse con una mujer filipina regresó con su familia a España. O la de un estonio que había sentado plaza en la Legião Española años atrás y que ahora iba a combatir muy cerca de su tierra natal. O la de un soldado de lo que se da en llamar «raza negra», cuya existencia conocemos por las fotos en que aparece con sus camaradas del Grupo de Transportes de la DA, sin que de momento se haya aclarado su origen. Pero ningún caso es tan llamativo como el de un teniente llamado Erich Rose. Se trataba de un joven oficial alemán, profundamente patriota y visceralmente anticomunista, que tras la llegada al poder de los nazis fue expulsado del Ejército Alemán por tener antepasados judíos. Vino a España durante la Guerra Civil para luchar contra el comunismo y acabó formando parte de la DA: esa sería la única manera en la que pudo cumplir el que siempre había sido su sueño: vestir el uniforme alemán y ganar la Cruz de Hierro (Caballero, 2004-d).

Las masivas manifestaciones que se habían producido en España pidiendo el envío de voluntarios tuvieron un eco casi inmediato en Europa, y de hecho la iniciativa española iba a dar lugar a que fraguara lo que llamamos «movimiento de voluntarios europeos contra el comunismo», ya que en otros países se siguió el ejemplo español y se decidió tomar parte en la campaña anticomunista (Caballero, 1991-b y 2017-b). Los alemanes, a los que la petición española de contribuir con voluntarios les había sorprendido, y a la que habían respondido afirmativamente, se encontraron poco después con otras peticiones análogas procedentes de Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Francia y Croacia. Habiéndose autorizado ya el contingente español, el 29 de

junio se autorizó por Berlín la formación de otras legiones nacionales. Y el 30, en una reunión interministerial al mayor nivel, se decidió en Berlín cómo encuadrarlas.

Llegados a este punto hay que dejar establecida cierta terminología. El conjunto de las Fuerzas Armadas Alemanas es conocido como la Wehrmacht, aunque a menudo este nombre se usa indebidamente para referirse al Ejército de Tierra alemán, cuya denominación oficial era Heer. Como en todas partes, existía también una fuerza aérea, la Luftwaffe; y una marina de guerra, la Kriegsmarine. Pero la Wehrmacht tenía la singularidad de contar con una cuarta rama (diminuta a las alturas del verano de 1941), ya que la Milicia SS del Partido Nazi había creado una fuerza específicamente militar, la Waffen SS. Desde 1940, la Waffen SS había aprovechado las victorias alemanas y la ocupación de buena parte de Europa para tratar de reclutar personal en los países germánicos, con casi nulo éxito. Pero ahora, en junio de 1941, en la arriba citada reunión, logró que se le reservara la organización de las Legiones Nacionales que se reclutarían en Noruega, Dinamarca, Holanda y el Flandes belga (por ser países germánicos) y también absorbió una unidad de voluntarios finlandeses que —pese a que su país ya era aliado del Tercer Reich— serviría en las filas germanas. Esta Waffen SS (que no debemos confundir en modo alguno con los guardianes de los campos de concentración) iba a convertirse en una tropa con fama de élite guerrera y registraría un acelerado crecimiento (Caballero, 1993-a y 2014-c), aunque aquellas cinco reducidas Legiones SS solo supusieron un pequeño refuerzo. En español existen publicados estudios sobre varias de estas formaciones: sobre los voluntarios noruegos (Norling, 2000), daneses (Landwehr, 1993), belgas flamencos (Caballero, 1989-b) y finlandeses (Caballero, 1993-b), aunque no sobre los holandeses.

En la misma reunión se decidió que el Heer sería el encargado de encuadrar a los voluntarios de España, Francia, Croacia y la Valonia belga. La Luftwaffe se haría cargo de los dos contingentes aéreos de voluntarios que fueron autorizados: el español y el croata. La Kriegsmarine formó una única unidad extranjera, con voluntarios croatas. Por cierto, sabemos que ya el 26 de junio Von Stohrer había informado a Berlín que también la Armada española estaba interesada en ofrecer voluntarios, pero la presencia de marinos españoles en la Kriegsmarine se demoró muchos meses y no tuvo carácter de fuerza expedicionaria. Aunque han sido los voluntarios que acabaron en la Waffen SS los que han atraído más la atención del público, los contingentes encuadrados en las ramas «normales» de la Wehrmacht fueron mucho más numerosos (Caballero, 1983). En español existen estudios sobre los voluntarios croatas (Caballero, 1991-a), franceses (Caballero, 2000-b) y belgas valones (Sagarra, González, Molina, 2017).

Para los organizadores alemanes quedaban muchos detalles para fijar. ¿Cómo vestirían aquellos voluntarios? Se imponía el uso del uniforme alemán, porque emplear prendas de otros distintos solo podía dar lugar a confusiones y causar bajas por «fuego amigo», al no reconocerse los uniformes de otro origen. Pero a la vez se acordó que estos combatientes deberían usar escudos que identificaran la nacionalidad del voluntario. Los siempre meticulosos burócratas militares alemanes registraron la fecha del primer escudo de nacionalidad diseñado y autorizado para su uso sobre uniformes alemanes, el español, aprobado el 9 de julio.

Entusiasmados con el éxito —para ellos inesperado— de la idea de una cruzada europea contra el comunismo, los alemanes intentaron ahora añadir nuevos países a la lista de los que ya habían ofrecido voluntarios. Suecia había mandado tantos voluntarios a luchar contra los soviéticos en ayuda de Finlandia en el invierno de 1940 que cabía esperar que también ahora

aportara voluntarios, aunque en la campaña que empezaba solo se iba a implicar un puñado de suecos (Norling, 2002-a). Turquía era sin duda el país más rusóphobo del mundo, porque ningún Estado había padecido más el expansionismo de los zares que el Imperio otomano. De hecho, en Turquía también hubo manifestaciones públicas en las calles para expresar la satisfacción de parte del pueblo turco ante el ataque alemán a su enemigo histórico. Pero el gobierno de Ankara vetó toda idea de alistamiento de voluntarios. Bulgaria, como Estado, no iba a declarar la guerra a la URSS, por ser el país más rusófilo del mundo, pero siendo parte del Eje se contaba con que se ofrecerían algunos voluntarios, sin que llegara a darse el caso. Tampoco llegó a existir nunca una fuerza de voluntarios griegos empleada en el Frente del Este. Pero el caso es que los germanos siguieron convencidos durante algunas semanas de que al final más países se unirían a la campaña, y por ello se estudió con detenimiento el uso de escudos nacionales en los uniformes. Partiendo del ejemplo establecido para España el 9 de julio, el 13 de agosto se aprobaron oficialmente los escudos que deberían llevar los voluntarios belgas, búlgaros, croatas, franceses, griegos, portugueses, suizos y turcos. Cálculo muy optimista, porque en realidad no hubo unidades de voluntarios búlgaros, griegos, portugueses, suizos o turcos.

Por cierto, y al paso, aunque la URSS despertaba el aplauso entusiasta de millones de seres en todo el mundo, y si Stalin los hubiese convocado, muchos de ellos se habrían unido quizás a unas nuevas «Brigadas Internacionales» para la defensa de la «patria del proletariado», jamás hubo presencia de voluntarios extranjeros en el Ejército Rojo. Sí se formaron, llegado el momento, unidades polacas o rumanas con prisioneros de guerra capturados por el Ejército Rojo, pero tan solo hubo una unidad extranjera llegada a Rusia para combatir al lado de los soviéticos, y esto por razones muy concretas, la unidad de aviación francesa Normandie (Caballero, 1980). No es aventurado suponer que el contemplar la realidad del «paraíso soviético» hubiese sido terriblemente frustrante para unos eventuales voluntarios extranjeros, así que era mejor no convocarlos.

En Madrid y con fecha de 1 de julio, se emitía la «Orden General n.º 1» por la que se creaba oficialmente la «División Española de Voluntarios», constituyéndose ya su Estado Mayor, encabezado por un prestigioso especialista, el coronel Troncoso. Inmediatamente, el 2, empezó la organización de las unidades en las ciudades designadas al efecto: La Coruña, Valladolid, Burgos, Vitoria, Zaragoza, Valencia, Gerona, Lérida, Barcelona, Madrid, Sevilla, Algeciras, Ceuta y Melilla, a donde debían confluír los voluntarios procedentes de la recluta en los distintos cuarteles y en las jefaturas de Milicias. Ese mismo día acababa el plazo oficial para los alistamientos de voluntarios. Para entonces ya se había producido una selección de entre los muchos inscritos. Promediando con los datos de las provincias donde existen estudios detallados, sacamos la conclusión de que solo uno de cada cuatro alistados en Milicias logró plaza. Fueron convocados para el día 3 en cada capital de provincia, desde donde los contingentes integrados por los seleccionados de entre la masa de voluntarios (que se consideraban afortunadísimos) se dirigirían a las ciudades ya citadas, donde debían formarse las unidades.

En cada capital, esa salida de los voluntarios hacia los puntos de concentración dio lugar a una nueva oleada de manifestaciones, de las que encontramos múltiples ejemplos en la prensa local de la época. Misas en las catedrales, discursos de las autoridades políticas y los líderes falangistas, desfiles camino de las estaciones de tren y despedidas apoteósicas en ellas fueron la secuencia habitual. Como hechos de la misma tónica iban a producirse cuando, desde las ciudades

que acogieron el proceso de formación de las unidades, partieran estas con destino a Alemania, hay una conclusión que se impone: los hombres de la DA han sido los soldados más aclamados de la historia de España al partir hacia una campaña militar. Dirigiéndose a los trabajadores valencianos en una concentración organizada por Falange, el día 21 de julio, su secretario general —Arrese— dio cuenta de lo singular del hecho:

Aquí tenéis a esa juventud espléndida que ha buscado hasta la recomendación para conseguir un puesto entre los voluntarios de la División Azul. En Rusia, materialmente mirado, egoístamente mirado, no se nos ha perdido nada que atraiga nuestro apetito y, sin embargo, la juventud marcha con la alegría del que se sabe protagonista de una empresa imperial. ¿Cómo hubiera reaccionado la juventud de hace veinte años? Ya lo visteis, al ir a empresas tan claras y tan luminosas como la de Marruecos: lejos de marchar voluntariamente, se sublevaba en Málaga para no embarcarse.

Ese mismo día 3 y en grupos mucho más pequeños, un puñado de españolas empezaba un viaje hasta Madrid. Un cierto número de mujeres se habían ofrecido voluntarias para servir en la DA. Solo se aceptó a una cantidad minúscula, que tenía formación o práctica como enfermeras. Para ellas el punto de concentración era Madrid, ya que debían seguir un cursillo para refrescar conocimientos.

En cada una de las ciudades donde se iban a poner en pie las unidades, y en el Ministerio del Ejército, se impuso una actividad frenética. En solo diez días iban a empezar a salir de España las unidades. Estamos hablando de agrupar, encuadrar, equipar e iniciar la instrucción de miles de hombres, que en su inmensa mayoría no eran profesionales de las armas y en muchos casos ni siquiera tenían experiencia militar. Actualmente nuestras Fuerzas Armadas prestan servicio en numerosas misiones en todo el mundo. Pero se trata de contingentes mucho más pequeños y de tropas enteramente profesionales. Y sin embargo todos los contingentes expedicionarios han exigido, antes de partir en misión, plazos mucho más dilatados de tiempo para ser puestos en pie. Si en esta ocasión se logró organizar un contingente comparativamente tan grande en una fracción de tiempo tan breve solo cabe explicárselo por el entusiasmo reinante.

Pero no puede ignorarse que en ese mismo instante surgió una fuerte tensión. Como la DA había aparecido de manera inesperada, no existía espacio disponible para alojar contingentes tan numerosos como los de los voluntarios en los ya saturados cuarteles de las ciudades españolas encargadas de realizar el proceso de organización, así que en muchísimos casos esos hombres fueron alojados en instalaciones precarias y hasta insalubres. Y empezaron de manera casi automática los roces y las discusiones entre los voluntarios procedentes de Falange, que se habían alistado con el convencimiento de que aquella unidad iba a ser una empresa por completo falangista, donde imperaría la camaradería de una formación política, y el personal militar destinado a su encuadramiento. Los falangistas tendrían una relación especialmente mala con cabos y suboficiales, a los que acusaban de «chusqueros», pero también con muchos oficiales subalternos e incluso capitanes, en general con aquellos de ideas más conservadoras. Los motivos para estos brotes de tensión eran siempre los mismos: la obsesión de los voluntarios falangistas por entonar sus himnos en vez de las canciones militares, el uso de emblemas de Falange en los uniformes, etc. Uno de los voluntarios falangistas, Sixto Botella, describió con claridad el problema al evocar

[Los] serios tropezones con los llamados mandos medios (sargentos), que pretendían tratarnos como vulgares reclutas y estaban totalmente equivocados. Muchos de los inscritos, aparte de tener más años que el clásico soldado, teníamos ya cierta responsabilidad, muchos casados y hasta con hijos, otros con sus carreras terminadas, muchos funcionarios del Estado y sobre todo, muchos situados ya en la vida y en fin, no éramos el clásico quinto. ¡Ni mucho menos! (Botella, 2017-2018).

Como en ese momento la mayoría de las unidades tenía una base «regional», los capitanes tuvieron que esforzarse por sintonizar con el falangista más destacado de cada compañía para conseguir entre ambos limitar el alcance de esas tensiones, ya que eran esos líderes falangistas quienes estaban en condiciones de templar los ánimos de sus camaradas y paisanos. Pero ese tipo de problemas se iba a mantener durante bastantes meses y los numerosos testimonios escritos de divisionarios que conocemos insisten en esa problemática.

Mientras en los cuarteles se manifestaban estos problemas, en Madrid el Estado Mayor de la DA trabajaba sin descansar un minuto. El día 5 salía con destino a Berlín una comisión negociadora de oficiales españoles. Debía negociar con el llamado Ersatzheer (Ejército de Remplazo), la rama del Ejército Alemán encargada de todo lo relacionado con la organización, instrucción y equipamiento de nuevas unidades. Había que discutir todo lo relativo al transporte de los españoles y los detalles de cómo se realizaría su integración en el seno del Heer. Durante los meses anteriores, el Ersatzheer había estado inmerso en un gigantesco esfuerzo para organizar un gran número de unidades, que debían participar en la campaña de Rusia o ser destinadas a otros lugares de Europa para relevar a las que iban a partir hacia el Este, y en ese proceso había agotado sus reservas de equipos. Para sorpresa de los españoles, los alemanes les dijeron que si deseaban contar con camiones, debían traérselos desde España. De hecho, las dos últimas «tandas» (Welle) de formaciones organizadas por el Ersatzheer antes de que hubiera que equipar al contingente español habían estado compuestas por unidades muy débiles. Las divisiones de la 15.<sup>a</sup> Welle (organizadas en mayo de 1941) contaban con dos regimientos de infantería (en vez de lo habitual: tres) de tres batallones cada uno, y solo contaban con tres baterías de artillería en vez de las 12 habituales; las unidades de la 16.<sup>a</sup> Welle (brigadas, no divisiones, organizadas ya en junio) contaban con tres regimientos, pero cada uno tenía solo dos batallones y no disponían ni de una pieza de artillería. En ambos casos, los regimientos no contaban ni con las compañías de cañones de acompañamiento ni con antitanque, y en los batallones no había compañías de ametralladoras pesadas. Estas debilísimas unidades solo debían actuar como tropas de ocupación.

No estaba previsto, por tanto, crear ni una sola división de combate más, y la aparición de la DA fue un quebradero de cabeza para el Ersatzheer. Aunque a los españoles les pareció inaudito que les sugiriesen que se trajeran los camiones de España, aún más les habría sorprendido saber que para completar la capacidad de transporte de las divisiones de infantería alemanas de cara a la campaña rusa, lo que habían hecho los germanos fue ¡alquilar 15.000 carros de campesinos polacos, con sus correspondientes conductores! Fueron distribuidos a razón de 200 por cada una de las divisiones de infantería que fueron «beneficiarias» de este sistema. Los españoles tenían en sus retinas las imágenes de los noticiarios cinematográficos, donde todo el Heer parecía una masa motorizada. En realidad solo existía una minoría de divisiones acorazadas (Panzer) y motorizadas y las divisiones de infantería eran hipomóviles, es decir, movían sus armas pesadas, su munición y sus bagajes con carros arrastrados por caballos. Y los hombres marchaban a pie con su equipo personal a cuestas. Resulta difícil creerlo para un país famoso por sus fábricas de vehículos

motorizados como es Alemania, pero en la Segunda Guerra Mundial sus tropas se desplazaban básicamente a pie y con carros. Tan sorprendente realidad tiene más que ver con la imposibilidad de conseguir los vastos recursos petrolíferos necesarios para suministrar a un ejército totalmente motorizado, que con la capacidad de los alemanes para producir los suficientes vehículos, aunque tampoco en esto fueran muy sobrados. Por eso, una de las características de los pocos vehículos a motor de la mayoría de las divisiones de infantería alemanas era la de ser materiales obtenidos mediante requisita a civiles, o bien de botín de guerra de los ejércitos ya derrotados. Los españoles no podían imaginarse hasta qué punto los alemanes habían atacado a la URSS con medios de lo más precario (Caballero, 2000-a). En cualquier caso, las complejas negociaciones hispano-germanas se extendieron del 6 al 10 y exigieron un contacto constante con Madrid. Una vez acabadas, la citada comisión partió, el 11, con destino a Grafenwöhr, un gigantesco polígono de instrucción alemán, donde la DA debía ser instruida y equipada.

Desde el día 7, el Estado Mayor de la DA empezó a remitir a las unidades una serie de instrucciones generales, donde se desarrollaban aspectos de la doctrina operacional alemana (muy distinta a la española), organización de las unidades, táctica, etc. En la Instrucción General (I. G.) n.º 2, del día 7, se abordaban aspectos relativos a la instrucción de las tropas y se subrayaban aspectos de lo que se llama «instrucción moral» de estas. La orden era la de desarrollar en las clases teóricas que se impartían «especialmente la misión que en esta Cruzada corresponde a España». Porque para los mandos de la DA el objetivo de la unidad estaba claro, y así se expresa en la Orden General (O. G.) n.º 2, esta del día 8, firmada ya por el general Muñoz Grandes, flamante comandante en jefe de la unidad:

Ya en Rusia, nuestra labor está clara: millones de seres sumidos en la más espantosa de las miserias morales desde hace 25 años esperan la redención de sus hermanos de Europa; el valiente Ejército Alemán, en la lucha más dura que registra la historia, está derrochando heroísmo por salvar la civilización.

Y es que era a una «lucha de liberación» a la que creían firmemente que iban a incorporarse. Que hoy sepamos muy bien que Hitler pensaba en términos de conquista y colonización de Rusia, y no de liberación, no debe conducirnos a error: los voluntarios españoles, y los de toda Europa, iban a participar en aquel empeño con un propósito muy distinto al que albergaba el Führer y es que los planes de este desde luego tampoco eran los que se expresaban en la propaganda que partía desde Berlín.

La elección de un comandante para la DA fue un tema delicado. Los falangistas llegaron a pensar que debería ponerse a su frente a algún destacado líder propio con una buena hoja de servicios militar (Girón era un candidato), y en cualquier caso si se trataba de un militar, debía ser uno con inconfundibles simpatías por Falange, como Yagüe (Togores, 2010). Pero precisamente por lo radical de sus criterios, este brillante general había sido destituido del Ministerio del Aire que ocupaba y condenado temporalmente al ostracismo por Franco, así que era impensable que ahora recibiera ese mando. Varela hubiera preferido un militar absolutamente fiel a su propia línea, pero eso hubiera generado tremendas tensiones con la masa falangista de la DA. Así que el elegido fue el general Agustín Muñoz Grandes, un oficial que unía a una espectacular hoja de servicios, propia de un «africanista» clásico, el hecho de tener una arraigada inclinación hacia las políticas de justicia social, que se evidenció al estar dispuesto incluso a colaborar para ello con

la izquierda (había llegado a ocupar puestos de responsabilidad en las fuerzas de seguridad durante el primer gobierno de la izquierda en la Segunda República), pero también el haber padecido en carne propia la persecución frentepopulista (solo por milagro escapó al asesinato al empezar la Guerra Civil) y un amplio conocimiento de Falange, ya que había sido su secretario general durante algunos meses. Pero a la vez sus relaciones con Serrano Suñer eran tormentosas. Eran muchos los que imaginaban que tras la propuesta de Serrano de enviar a Rusia a la DA había algún interés personal, propio, para utilizarla como baza en sus ambiciones políticas. Para evitar que Serrano pudiera tratar de dirigir la DA nada mejor que nombrar a Muñoz Grandes como su comandante.

En el momento de su designación para hacerse cargo de la DA, Muñoz Grandes estaba mandando la División de Infantería n. 22, acantonada en el Campo de Gibraltar, la unidad más potente del Ejército Español en esa fecha, y no por casualidad, sino porque estaba concebida precisamente para atacar el Peñón de Gibraltar si finalmente se daba la orden para ello. La elección de este carismático oficial, de apasionante biografía (Togores, 2007) fue sin duda una de las decisiones más acertadas de las que se tomaron aquellos días. Aunque su nombramiento como comandante en jefe de la unidad no se hizo público hasta el día 11, llevaba ya varios días ejerciendo, y por ello había podido elegir a sus principales colaboradores, un magnífico plantel de coroneles de infantería «africanistas», con hojas de servicio no menos espectaculares que la suya: Rodrigo, Pimentel, Vierna y Martínez Esparza. De sus credenciales como combatientes no cabía la menor duda, pero que estos endurecidos veteranos, que habían hecho sus carreras mandando legionarios, unidades de «regulares» y *harkas* compuestas por marroquíes, entendieran la psicología de los voluntarios falangistas, esa era otra cuestión.

En Madrid seguían redactándose a un ritmo frenético las instrucciones generales. La n.º 6, del día 10, reflejaba la preocupación de Muñoz Grandes por atajar el problema de las malas relaciones que en bastantes casos se habían establecido entre mandos y tropa:

El cumplimiento de la misión que en la Cruzada contra el comunismo nos ha sido encomendada, nos aleja de nuestra Patria (...) obliga aún más al mando al cuidado y al afecto hacia los soldados que nos han sido confiados. Por ello, es indispensable que todos los mandos sin excepción, mantengan continuamente un estrecho contacto con la tropa (...). Todos los Jefes, Oficiales y Suboficiales a mis órdenes deben llevar hasta la exageración el cuidado para con sus subordinados.

Las unidades en proceso de organización designaron a sus representantes para la llamada «comisión aposentadora», que debía viajar hacia Alemania para preparar la llegada de sus hombres. Partieron desde Madrid el 9, y el 11 entraban en el antes citado Polígono de Grafenwöhr. El movimiento a gran escala de las unidades propiamente dichas se inició el 13 de julio. El conjunto de la fuerza fue agrupado en 19 expediciones, que deberían ir escalonando sus salidas, y todas ellas debían pasar por Hendaya, ya que esa población daba acceso a la llamada Francia ocupada, que sería la que atravesarían los españoles hasta el territorio del Reich (el resto del territorio galo, bajo autoridad del gobierno del mariscal Pétain, formaba la llamada «Francia no ocupada»). Aunque hubo alguna pequeña expedición más (con mandos, o con personal que se había retrasado en la incorporación), este gran movimiento logístico se resume en la Tabla 2.

<b>Tabla 2</b>				
<b>MOVIMIENTO DE LA DA HACIA ALEMANIA, JULIO DE 1941</b>				
<b>Número de la expedición</b>	<b>Ciudad de partida</b>	<b>Día de partida</b>	<b>Día de cruce de frontera francesa</b>	<b>Día de Llegada a Grafenwöhr</b>
1	Madrid	13	15	18
2	Madrid	13	15	18
11	Burgos	13	14	17
12	Valladolid	13	14	17
13	Valladolid	13	14	17
3	Madrid	14	15	18
5	Sevilla	15	18	21
6	Valencia	15	17	20
8	Zaragoza	15	16	19
10	Barcelona	15	17	20
16	Sevilla	15	19	22
18	Vitoria	15	16	19
4	Sevilla	16	19	22
7	Valencia-Zaragoza	16	17	20
9	Barcelona	16	18	21
14	Coruña	16	18	21
17	Sevilla	16	19	22
19	Vitoria	16	16	19
15	Madrid	18	20	23

El general Muñoz Grandes y el jefe del Estado Mayor, coronel Troncoso, viajaron a Berlín en avión el día 14, y tras una serie de contactos al mayor nivel en la capital alemana, siguieron viaje hasta Grafenwöhr, donde llegaron el 19.

Lo más llamativo de este gran movimiento de tropas fueron las despedidas, marcadas por un entusiasmo masivo. Numerosas imágenes conservadas, y los archivos hemerográficos dan muestras de ello. En Madrid, el día 13 salieron dos expediciones. A despedir la primera acudieron Serrano (ministro de Exteriores y presidente de la Junta Política de FET), Arrese (secretario general de FET), los dos hermanos de José Antonio que ocupaban cargos relevantes (Miguel y Pilar Primo de Rivera), el general Varela (ministro del Ejército), el general Muñoz Grandes y otros numerosos y destacados generales (Millán Astray, Moscardó y seis más), más una legión de cargos políticos y militares de segundo orden. Horas después, para despedir la segunda expedición de la jornada, muchos volvieron a repetir su presencia. En esa ocasión Radio Nacional destacó a su más prestigioso locutor (Fernando Fernández de Córdoba) para que transmitiera en directo el evento, y la ocasión fue aprovechada por Serrano para lanzar un inflamado discurso, que no solo se transmitió por radio a todo el país, sino que también reprodujo una buena parte de la prensa española:

¡Comaradas! ¡Soldados! (...) Vais a contribuir a la fundación de la unidad de Europa (...) además, vais a combatir junto con las mejores tropas del mundo. Pero estamos seguros de que conquistareis para Europa la gloria de igualarlas en espíritu y en valor. El heroísmo de esta División Azul hará florecer en los campos torturados de Rusia las cinco rosas de nuestra anunciada y esperada primavera.

También el general Varela dio a conocer una alocución de despedida a los voluntarios, en la que ni tan solo de pasada citaba a Falange o a José Antonio, texto cuyo recuerdo se ha perdido por completo y que solo conocemos por los archivos. Dicho de otra manera, aunque en el capítulo de la organización, el mando y el personal, etc., eran Varela y el Ejército quienes ejercían el control, en el aspecto político y propagandístico Falange parecía seguir siendo la que asumía la dirección de la empresa.

En las sucesivas despedidas que se realizaron en Madrid y las demás ciudades siempre hubo masas inmensas de gente, empezando claro está por los familiares. Falange dominó con sus rituales, sus canciones y sus himnos, y hubo auténticos bosques de brazos en alto. En alguna, sin embargo, hubo ausencias significativas: en Barcelona, el capitán general, Kindelán, feroz antifalangista, no acudió a la despedida. Ya vimos que días antes afirmó de manera necia que todas las tropas de la región militar bajo su mando eran voluntarias, una demostración más de un viejo pretorianismo que imaginaba que los soldados de su circunscripción eran algo así como de su propiedad. Pero cuando no logró impedir que Falange participara en el proyecto, pasó a dar la espalda a la unidad expedicionaria.

El mismo Franco pareció contagiarse de un ambiente electrizante y en su discurso conmemorativo del 18 de julio (pronunciado el 17), celebró el ataque a la URSS, dio por derrotadas a las democracias occidentales, afirmó que no creía posible la intervención norteamericana en la guerra, y resaltó el significado histórico de la División Azul:

En estos momentos en que las armas alemanas dirigen la batalla que Europa y el Cristianismo desde hace tantos años anhela, y en la que la sangre de nuestra juventud va a unirse a la de nuestros camaradas del Eje, como expresión viva de solidaridad, renovemos nuestra fe en los destinos de nuestra Patria.

El discurso originó agrias críticas en Londres y Washington (y sorpresa en Berlín y Roma, donde se sabía que a la vez España se resistía no solo a entrar en la guerra, sino incluso a firmar su adhesión al Pacto Tripartito). Se ha especulado mucho sobre el tono extremista del discurso, que en realidad no es sino un reflejo de la profunda tensión emocional que se vivía en España en aquellas fechas con motivo del inicio de la campaña contra el comunismo.

La noticia de la creación de la DA causó revuelo en toda Europa. Y tuvo ecos inesperados. El 9 de julio y desde Bucarest, el embajador español escribió a Madrid transmitiendo la solicitud que le había llegado de que la unidad de voluntarios españoles, cuya creación y reclutamiento se estaba siguiendo en la prensa de Rumanía, una vez organizada, fuera enviada al frente donde servían las tropas rumanas. Entre los argumentos citados estaba tanto la referencia remota a que el emperador romano de origen hispano, Trajano, había sido en definitiva el creador de la nación rumana por su conquista de la Dacia, y por ello había creado lazos entre ambos países, hasta al hecho mucho más reciente y ya visto en estas páginas de que algunos rumanos (Ion Motza y Vasile Marín, líderes del movimiento Guardia de Hierro) habían caído como voluntarios en la Guerra de España. Esa inserción de los voluntarios españoles entre las unidades rumanas debía servir como

base, en fin, para establecer sólidos lazos entre las dos naciones latinas. La petición tenía todo de irreal, pero su mera formulación refleja las emociones de aquellos momentos. En cambio, la noticia de que los españoles iban a integrarse en las fuerzas alemanas, y no entre las tropas italianas que iban a partir hacia el frente ruso cayó como un jarro de agua fría en Roma. Italia había contribuido a la victoria del bando nacional enviando divisiones enteras de su ejército (todo un cuerpo de ejército), había mandado personal para formar unidades mixtas italo-españolas (mandos italianos y tropa española), etc., luego es comprensible ese disgusto. Sin embargo, los resultados tan pobres obtenidos por el Ejército Italiano desde que en junio de 1940 había entrado en guerra disuadían a cualquiera de marchar al combate integrado en sus fuerzas. El conde Ciano, ministro de Exteriores italiano, guardó para sí su resquemor, que acabó aflorando en un burlesco comentario que aparece en su diario, ya en noviembre. Según este, los voluntarios españoles eran bastante indisciplinados y más preocupados por el sexo que por otras cosas, así que para protestar ante los alemanes porque no tenían ocasión de satisfacer esos deseos, 10.000 de ellos habrían desfilado por Varsovia con preservativos hinchados colocados sobre la boca de sus fusiles. Naturalmente, en España ha habido quien ha dado por cierta esa nota del diario, y en base a ella han afirmado que los miembros de la DA se dedicaron a poco más que a desfilarse por la retaguardia, aunque la verdad es que la DA jamás pasó por Varsovia y en noviembre de 1941 donde se encontraba era pegando tiros en el frente ruso.

Mientras los españoles embarcaban con rumbo a Alemania, en Berlín se preguntaban por qué destino asignarles, ya que sin duda iban a llegar con la campaña acabada. El Alto Mando del Ejército alemán (Oberkommando des Heeres, OKH) emitió el 15 de julio un optimista documento con el título de «Fuerzas necesarias para la ocupación y seguridad del espacio ruso y sobre la reorganización del Ejército».

Una vez derrotado el Ejército Rojo, algo que se suponía inminente, se establecerían cuatro grandes áreas de ocupación: el Báltico, Rusia, Ucrania y el Cáucaso. Y el documento precisaba qué fuerzas alemanas iban a desplegarse en cada una de ellas, así como las fuerzas extranjeras que les acompañarían en la tarea: finlandeses, rumanos, húngaros, eslovacos, italianos, y también españoles. A estos, a los que vagamente se describía como un Spanische Korps (Cuerpo de Ejército Español; es evidente que aún no se sabía con certidumbre qué efectivos iban a aportar los españoles) se les asignaba al Cáucaso, debemos imaginar que por aquello de que era una zona meridional, de clima más parecido al de España que otras regiones de la URSS.

Ajenos a estas especulaciones, los voluntarios españoles cumplieron su viaje experimentando sensaciones contrapuestas. En España las despedidas fueron apoteósicas, y en cada estación donde se detenían eran objeto de agasajos. En Francia la población les dirigió insultos y amenazas (ante la indiferencia de las tropas de ocupación alemana). Y en cuanto se cruzó la frontera del Tercer Reich la población civil de las poblaciones en cuyas estaciones hicieron parada les brindó homenajes que nada tenían que envidiar a los vividos en España. En resumen, para quienes partieron con aquella primera expedición de la DA, la experiencia de las despedidas y el viaje fue algo que nunca olvidarían (para la inmensa mayoría era su primer viaje al extranjero). Un joven voluntario falangista de Cuenca, Salvador Zanón, que era demasiado joven para haber tomado parte en la Guerra Civil y acababa de empezar sus estudios de Derecho en Madrid, la evocaría así en el diario que empezó a escribir a mitad del mes de julio:

Salí de Cuenca el día 4, en el mismo tren-correo que justamente ocho meses antes me llevó a Madrid a iniciar mis estudios universitarios. (En este momento todavía no sé el resultado final del curso). El viaje ha sido diferente. Entonces, con 19 años y con una amplísima perspectiva abierta ante mis ojos, el mundo me parecía pequeño; pero un sin fin de preocupaciones y de congojas inexplicables lo nublaban todo. Efectivamente, el curso lo pasé mal; no encontraba satisfacción en mi trabajo, no estaba contento. Mi temperamento tenía la culpa, sin duda; pero lo cierto es que fue así. Continuamente inquieto, acaso los dos últimos meses fueran los mejores, con la única preocupación absorbente de los exámenes finales. Ahora, con la misma amplia perspectiva, sin nubes, es bien distinto. Me parece que ya lo tengo todo hecho; que aunque no sea más que por poco tiempo — el que dure la guerra— he encontrado un objetivo que merece la pena. No hay en mí al salir más que un solo pensamiento: esta vida no vale nada si no se vive por algo superior a ella misma, y no hay nada más elevado que ofrecerla a Dios y a la Patria. Estoy francamente contento. La despedida en Cuenca fue emocionante. A pesar de la hora temprana, en la estación había muchísima gente, toda entusiasmada, llena de amor por los voluntarios. Despedían a sus hijos, a sus hermanos, a sus novios, a sus amigos, con los ojos preñados de lágrimas y con una sonrisa muy española, de dolor y de orgullo. Todo el viaje hasta aquí ha sido igual; ilusión, entusiasmo, canciones y alegría; pero el de Cuenca-Madrid, con solo la Centuria provincial fue, indudablemente, el mejor. En Madrid apenas estuvimos unas horas. El mismo día 4, por la tarde, salimos para Zaragoza (...) Con uniforme caqui visité, emocionado, el Pilar, e hice confesión general allí. Después fuimos «oficialmente» a despedirnos; y el desfile, en columna de honor, tuvo lugar en medio de un entusiasmo grande (Zanón Mercado, 2011-2012).

La llegada al Polígono de Instrucción de Tropas de Grafenwöhr supuso el fin de un periodo irrepetible. Atrás quedaron las arengas y los desfiles ante un público multitudinario, las despedidas masivas y las largas horas de cánticos guerreros entonados por jóvenes entusiasmados que atronaban el aire a bordo de trenes que recorrían Europa. Empezaba la mucho más prosaica vida del soldado.

Hasta ahora se ha empleado mucho la palabra «división», pero no ha sido preciso definirla con exactitud. Ha llegado el momento de hacerlo, porque es muy posible que muchos lectores no tengan una noción clara de su significado. En parte porque al no prestarse ya el servicio militar obligatorio, los conocimientos de organización militar han perdido arraigo en la sociedad; y en parte porque es un tipo de unidades que virtualmente ya no existe. ¿En qué consiste una «división»? Para empezar, señalaré que en la época de las guerras mundiales era la unidad militar típica: la fuerza armada de un país se medía por el número de divisiones que podía organizar. Cuando se habló de enviar voluntarios contra el comunismo, en un principio no se precisó la entidad del contingente, pero en cuanto se vio la acogida tan entusiasta que tenía el proyecto, se empezó a hablar de una «división», porque —repito— era la unidad militar más habitual.

Aunque este tipo de unidad existía antes de la Revolución Francesa, fueron las Guerras de la Revolución y del Imperio napoleónico las que la consagraron. Los ejércitos habían adquirido tales dimensiones que era imposible una gestión unificada de los inmensos contingentes, así que hubo que dividirlos. Y cada una de esas fracciones adoptó precisamente el nombre de división. En realidad, eran ejércitos en miniatura, ya que cada una de ellas debía contar con infantería, el elemento fundamental, pero también con caballería —para realizar misiones de exploración y flanqueo— y artillería.

Las divisiones se agrupaban en cuerpos de ejército (con dos o más de ellas), estos en ejércitos (integrando varios cuerpos), y finalmente el escalón máximo eran los grupos de ejércitos. Las divisiones también se podían subdividir en brigadas. Pero todos estos niveles superiores a la división —que pertenecían al rango de las llamadas «grandes unidades», que empezaba en el nivel de brigada— eran esencialmente estructuras de mando, de composición variable, mientras que las divisiones eran organizaciones estables, con plantillas determinadas y regularizadas. Naturalmente, con el paso del tiempo, esas plantillas se modificaron. Disminuyó la presencia de la

caballería, hasta desaparecer; aumentó la importancia de la artillería y se redujo el número de batallones de infantería que encuadraba, etc. En cualquier caso, una división era siempre una formación interarmas. Y con las novedades que iban apareciendo en el campo de batalla, encuadraba elementos de creciente diversidad: unidades de zapadores, de cañones antitanque, de transmisiones, de sanidad, etc. En el periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial, la inmensa mayoría de las divisiones que alineaban los distintos países eran de infantería, y virtualmente todos los ejércitos seguían un modelo análogo, el de la división «ternaria», ya que su infantería se encuadraba en tres regimientos, cada uno con tres batallones.

Dicho esto, la verdad es que existían después muchas variaciones en detalles específicos. La plantilla de una división de infantería alemana no era la misma que la de una española. Y —esto lo descubrieron los españoles apenas llegados a Grafenwöhr— las plantillas alemanas que habían estado usando como guía en España para organizar el contingente expedicionario eran las de preguerra, y ya no eran válidas, pues durante la guerra los alemanes las habían modificado. El cambio más significativo fue la desaparición de las unidades que conocemos como «depósitos»: aquellas que instruían a los nuevos reclutas, encuadraban al personal durante la recuperación de convalecientes, etc. Los alemanes, antes de la Segunda Guerra Mundial, habían previsto que cada división mantendría en la patria un «depósito fijo» y, en las inmediaciones del frente, un «depósito móvil». Este atendería con urgencia las bajas que se produjeran en combate, mientras que desde el interior de Alemania se cubrirían los huecos con menos urgencia pero a mayor escala, y —sobre todo— se realizaría la instrucción de los nuevos reclutas. Si, a modo de ejemplo, hablamos de infantería, en el depósito fijo en Alemania permanecería todo un regimiento (con tres batallones), mientras que en el depósito móvil se contaría con los efectivos de un batallón. Al llegar los españoles, la idea de los grandes depósitos fijos divisionarios había sido abandonada por completo, así que se planteó inmediatamente el problema de que había que disolver uno de los cuatro regimientos de infantería con que se había partido desde España, donde se habían organizado cuatro de ellos, tres para que fueran fuerzas combatientes y otro previsto para ejercer la tarea de depósito. Este y otras importantes modificaciones obligaron a reestructurar el contingente salido desde España sobre suelo alemán (Ibáñez Hernández, 1991).

De paso, y para que el lector contextualice, señalaré que en ese momento el Ejército Español contaba con 19 divisiones de infantería en la península y cinco en Marruecos (las guarniciones insulares y las de Ifni y Sahara no formaban divisiones), pero las divisiones españolas tenían unos efectivos menores (8.500 hombres en cifras redondas), aproximadamente un 50 por ciento menos que una alemana (con 17.000 efectivos). Esto nos da idea del gran desafío que supuso organizar, en un corto tiempo, una fuerza como la DA, que por volumen de efectivos equivalía a dos divisiones españolas.

El corto tiempo que la DA pasó en Grafenwöhr no sería dedicado tan solo a instruir a las tropas, sino también a reorganizarlas. Iba a pasar a ser oficialmente la División de Infantería 250.<sup>a</sup> del Heer (esa fue la cifra asignada cuando el 20 de julio los alemanes dieron fecha de nacimiento oficial a la unidad española) y eso obligaba a numerosos ajustes orgánicos. Un pequeño inciso para señalar que esa numeración no significa que fuera exactamente la división que hacía el número 250 de las alemanas, ya que esos numerales se atribuían de manera aleatoria. Jamás existió la División 249.<sup>a</sup> (ni la 248 o 247) y la División 251.<sup>a</sup> (y otras que seguían esa serie), que sí existieron, habían sido creadas mucho antes de que la DA apareciera en escena. Volvamos ahora

al hilo, para hablar de los cambios introducidos en Grafenwöhr, ya que es esa estructura, y no con la que había salido de España, la que vale la pena conocer con cierto detalle. Y para explicarla, lo mejor es exponer los distintos componentes de la unidad de acuerdo con la tradicional catalogación española de las unidades militares según las «armas», «cuerpos» y «servicios».

La componente del Arma de Infantería quedó finalmente estructurada en tres regimientos de combate (los efectivos del previsto para depósito se distribuyeron entre ellos). Estos fueron denominados oficialmente —también desde el 20 de julio— de acuerdo con su numeración en la serie de regimientos del Heer alemán: 262.º (el regimiento del coronel Pimentel), 263.º (el regimiento del coronel Vierna) y 269.º (el regimiento del coronel Martínez Esparza). Cada regimiento contaba con los consabidos tres batallones (de a cuatro compañías), pero también con tres compañías autónomas. La suma total eran 15 compañías, que se numeraban consecutivamente: de la 1.ª a la 4.ª formaban el I batallón; de la 5.ª a la 8.ª el II; y de la 9.ª a la 12.ª el III. La 13.ª correspondía a la Compañía Regimental de Cañones Antitanque, la 14.ª era una Compañía Regimental de Cañones de Infantería, y la 15.ª, llamada Compañía Regimental de Plana Mayor o Mixta, incluía sendas secciones de exploración, de asalto y de transmisiones. En realidad, más que regimientos, eran lo que en el Ejército Español hubieran sido calificados como brigadas. Con sus efectivos al completo, un regimiento de infantería de la DA alineaba 3.171 hombres.

Los batallones seguían el modelo habitual: tres compañías de fusileros, y una compañía pesada —la última del batallón— con ametralladoras pesadas y morteros. Aunque por su estructura era muy similar a un batallón español, incluso en este caso se notaba la diferencia: un batallón contaba con 522 hombres en una división española y en el modelo alemán adoptado por la DA eran 854. Pero la potencia de esos batallones no se debía solo al número de hombres, sino que en realidad tenía por fundamento su equipamiento. Cada uno de los pelotones de las compañías de fusileros (cuatro en cada una de sus tres secciones) estaba dotado con un arma prodigiosa, la ametralladora MG-34. De hecho cada pelotón lo formaban una escuadra dotada con esa eficacísima arma y otra escuadra de fusileros que le daban protección, porque entre las cualidades de la MG-34 estaba su ligereza, que permitía usarla en vanguardia del ataque. La potencia de fuego de las compañías se veía reforzada por morteros ligeros integrados en cada una de sus secciones y un pelotón dotado de unas armas que se revelaron bastante ineficaces: los fusiles antitanque. Puesto que estas compañías de fusileros eran la base de la DA, el tipo de unidad donde sirvieron la mayor parte de sus hombres, convendría echarle una ojeada con cierto detalle.

El mando lo ejercía un capitán, auxiliado por una «plana mayor» (se llama así al componente que permite al mando de una unidad ejercer su mando sobre ella), que contaba con un brigada, dos sargentos, y diez soldados (la mayor parte de ellos, enlaces). Bajo su autoridad directa estaba también el pelotón dotado con dos fusiles antitanque (un sargento y seis de tropa).

El «tren de combate» de la compañía lo componían dos sargentos, un «maestro armero» (suboficial especialista en armamento) y 14 de tropa: el sanitario, los camilleros, el escribiente, los carreros, los caballistas y los rancheros. El «tren de víveres» lo componían el furriel y otro de tropa. Y el «tren de bagajes», mandado por un sargento, lo componían cuatro soldados más: el sastre, el zapatero y dos carteros.

Cada una de las secciones era mandada por un teniente o alférez, que era auxiliado por una diminuta plana mayor mandada por un sargento y compuesta por cuatro soldados (enlaces,

carreros). Ya se ha señalado que cada sección contaba con cuatro pelotones, y en cada uno de ellos encontrábamos un sargento, dos cabos y siete soldados. La escuadra de morteros de la sección la mandaba un sargento y la componían tres de tropa.

Las compañías pesadas o de armas de apoyo usaban las mismas ametralladoras MG-34, pero sobre trípodes dotados de sofisticados elementos de puntería, por lo que tenían mayor alcance efectivo, y sus morteros eran de mayor calibre. Las unidades de este tipo no desplegaban en bloque, sino repartiendo sus ametralladoras y morteros entre las demás de su batallón.

Pero lo que encantó a los coroneles españoles que mandaban los regimientos fue contar con tres compañías adicionales, las ya citadas de cañones de infantería, antitanque, y mixta, que le daban el control directo de armas pesadas. Las compañías de cañones disponían de ocho piezas: seis de 75 mm y dos de 150 mm.

Otra fuerza de infantería fue el «batallón de depósito móvil», o de «reserva móvil». Porque aunque en su origen debía servir como depósito avanzado, enseguida se empezó a hacer uso de él en los combates y fue reestructurado como un batallón de infantería más. De hecho, fue considerado una especie de «unidad de choque». Era el único batallón de infantería que se denominaba con números árabes, como Batallón 250.º, mientras que los demás combinaban una cifra en números romanos con el numeral asignado al regimiento al que pertenecían. Sin embargo, también es cierto que durante mucho tiempo se usaron las denominaciones «coloquiales»: el II/262.º era «el Segundo de Pimentel»; al I/263.º se le conocía como «Primero de Vierna»; al III/269.º como «Tercero de Esparza», por poner ejemplos.

Otra unidad perteneciente al Arma de Infantería era el grupo de cañones antitanque. Este tipo de armas era muy reciente en la historia. En otros países, los carros de combate y sus oponentes, los antitanque, formaban parte de una única Arma Acorazada, que en España nunca se ha llegado a organizar, pues ha sido la infantería la que se ha hecho cargo de esos sistemas de armas. Esta unidad era conocida como Grupo de Antitanque Divisionarios 250.º, con 574 hombres encuadrados en tres compañías, que no deben ser confundidas con las otras tres que estaban integradas en los regimientos de infantería como su 14.ª Compañía Antitanque. Usaban el mismo armamento, pero en los regimientos las piezas se movían con tracción hipomóvil y en el Grupo Antitanque Divisionario lo hacían con vehículos motorizados. De hecho el grupo era una unidad considerada de élite, ya que debía estar siempre en alerta para evitar los temidos ataques de carros, acudiendo con velocidad donde fuera necesario. En España las divisiones no contaban con este tipo de grupos. En Alemania estas unidades de antitanque se consideraban como parte de la Panzerwaffe (Arma Acorazada) y junto a los grupos de exploración debían actuar como punta de lanza de sus divisiones de infantería o —si había unidades de Panzer operando a vanguardia— debían servir de enlace entre las mucho más lentas unidades de infantería y las acorazadas.

Como el coronel Rodrigo había visto disolverse su regimiento, pasó a ocupar el puesto de «segundo jefe» de la DA y a la vez era el «jefe de la Infantería». Con diez batallones —los nueve regimentales y el Batallón 250.º— y un grupo antitanque divisionario en sus filas, la DA disponía de una infantería realmente potente: un total de 30 compañías de fusileros, diez de ametralladoras, seis de antitanques, y tres de cañones de infantería.

El Arma de Caballería, segunda en antigüedad, en cambio tuvo una pequeña representación. La Primera Guerra Mundial había acabado virtualmente con el uso en combate de caballos, y aunque seguían existiendo unidades de caballería dotadas con equinos, estaban condenadas a su

extinción. Se mantenía, sin embargo, el Arma de Caballería porque sus unidades —dotadas con otros medios, como vehículos motorizados— seguían combatiendo de acuerdo con sus fines típicos: la exploración a vanguardia, la explotación en profundidad del éxito, o las misiones de protección de flanco. La situación de transición en que se encontraba la caballería en Alemania se evidenciaba en que en las plantillas de las divisiones alemanas de que se disponía en España no existía grupo de caballería (la caballería no usa la denominación «batallón», sino la de «grupo»), por lo que de España no salió una unidad de ese tipo. Pero durante el proceso de organización en España se supo que los alemanes sí que contaban con una unidad de exploración en sus divisiones, por lo que se mandó a un contingente de oficiales de caballería para poner en marcha un grupo una vez se ajustara la plantilla en suelo alemán. La unidad fue conocida con diversos nombres: grupo de caballería, grupo de exploración, grupo de exploración y explotación, o grupo ciclista (aquí se usará siempre el de grupo de exploración), porque finalmente el factor velocidad que caracterizaba a estas unidades debía obtenerse dotando a la tropa de bicicletas. Para conseguir esa rapidez que debía caracterizarle, en realidad lo que se hizo fue dotarlo como una unidad de infantería ligera, con solo dos compañías (aquí llamadas escuadrones) —más tarde se amplió con una tercera— y dado que debía estar preparado para actuar a distancia del grueso de la DA, contaba con sus propias secciones de antitanque y transmisiones (los efectivos originales eran de 531 hombres).

Los divisionarios del Arma de Artillería fueron organizados en un único regimiento, que recibió el número 250, pero a diferencia de los existentes en España, contaba con cuatro grupos en vez de tres (en el Arma de Artillería también se usa el término «grupo» para designar a los «batallones»). Ese cuarto grupo era pesado y estaba dotado además con obuses de un calibre del que no gozaba la artillería divisionaria en España: los de 150 mm. Los grupos ligeros contaban con piezas de 105 mm, mientras que en España usaban normalmente cañones de menor calibre. Cada grupo contaba con su propia batería «de plana mayor», y otra análoga existía en el regimiento, por lo que la plantilla total incluía cinco baterías de plana mayor y 12 baterías de piezas, con un total de 2.732 hombres sirviendo en él. Contaba con 48 bocas de fuego, que podía usar con gran libertad táctica, ya que del apoyo directo a la infantería debían encargarse las ya citadas compañías de cañones regimentales, que sumaban otras 24 bocas de fuego.

El Arma de Ingenieros englobaba en España tanto a los zapadores como a las transmisiones, dos cuerpos netamente diferenciados en otros países, y entre ellos Alemania. Tanto el Batallón de Zapadores 250.º (con un efectivo de 717 hombres) como el Grupo de Transmisiones 250.º (que encuadraba 511 efectivos) estaban mejor dotados en hombres y materiales que sus equivalentes en una división española. Pero a los mandos de zapadores lo que más les gustó fue el papel esencialmente ofensivo, de vanguardia, que les atribuía la táctica alemana. Mientras que en España se les reservaba en buena medida para trabajos de fortificación, establecimiento de campos minados, construcción de caminos, etc., en las divisiones del Heer estaban organizados como «zapadores de asalto».

Junto a las armas, el Ejército Español se ha estructurado tradicionalmente en los llamados «cuerpos», como el de intendencia, o sanidad militar. El primero tomó forma en el Grupo de Intendencia 250.º, que encuadraba 257 hombres. Como hemos visto para las unidades de las armas, también en este caso se trataba de una fuerza más importante que la presente en las divisiones españolas, donde solo se contaba con una compañía mixta en cada una de ellas. Pero

esta diferencia era aún más notable en el caso del Grupo de Sanidad 250.º, una unidad que para los parámetros españoles era un auténtico lujo por sus efectivos, pero sobre todo por sus medios. Mientras que en España se contaba con una única compañía de sanidad divisionaria, en la DA el grupo contaba con dos compañías de sanidad (cada una de las cuales podía montar un «hospitalillo» avanzado) y también con una compañía de hospital de campaña, además de formaciones de ambulancias automóviles, totalizando 518 efectivos. Por otra parte, aunque sus componentes salieron de España más tarde que el grueso de la DA, puesto que era evidente que algunas bajas españolas tendrían que ser evacuadas más a retaguardia, se preparó el personal para atender un hospital «de evacuación» y un hospital «de convalecientes». Como los hospitales de retaguardia se estructuran normalmente en los llamados «grupos de hospitales», esto suponía que la DA dispondría de hecho de dos formaciones sanitarias propias, una en vanguardia y otra en retaguardia. Entre el personal de esta última figuraban las enfermeras españolas.

Aún más sorprendente era la abultada representación del Cuerpo de Veterinaria. Como se expone algo más abajo, la DA recibió un número de caballos increíblemente elevado para los parámetros españoles. Dado que en ese momento España era un país mucho más rural que Alemania, uno puede imaginar que en nuestro país el uso de caballos en las unidades militares estaría mucho más extendido, y no era así. Para empezar, el Ejército Español usaba fundamentalmente mulos, mientras que el alemán solo empleaba caballos. Las plantillas aprobadas en 1940 para nuestro Ejército son muy elocuentes. Para toda la infantería desplegada en la península (19 divisiones) las plazas previstas eran de 3.412 caballos y 6.951 mulos. Por tanto, las unidades veterinarias que debían atender a estos equinos eran muy pequeñas. La DA, con su dotación de aproximadamente 6.000 caballos, exigiría la organización de una muy potente unidad veterinaria (la Compañía Veterinaria 250.<sup>a</sup> encuadraba 237 efectivos), así como distribuir entre las diversas subunidades de la DA un elevado número de oficiales veterinarios y maestros herradores.

El Cuerpo de Justicia Militar no exigiría tantos medios, pero tuvo una importancia excepcional, y la decisión más importante relativa a él se tomó mientras la DA estaba en Grafenwöhr. El 19 de agosto, en una reunión hispano-alemana en Berlín, se concretaron todos los aspectos relativos a la justicia militar: nuestros voluntarios solo podrían ser juzgados de acuerdo con las leyes españolas, por tribunales españoles e incluso si alguno era detenido en algún delito flagrante por fuerzas alemanas, debía ser entregado inmediatamente a los mandos de la DA. Las penas se cumplirían en España. Por otra parte, todos los prisioneros de guerra que capturase la DA serían entregados a los alemanes, ya que España no estaba en guerra con la URSS.

Para hacer efectivo todo ello la DA estuvo dotada de un eficazísimo componente del Servicio de Policía Militar, desempeñado por miembros de la Guardia Civil, cuerpo de seguridad que, como es bien sabido, tiene estructura y funcionamiento militar, y que en tiempo de guerra desempeña la tarea de policía militar en nuestras Fuerzas Armadas. Con él inicio la descripción de los servicios. Otro de la mayor importancia fue el Servicio Postal. Siguiendo las pautas alemanas, se constituyó la Sección de Estafeta de Campaña 250.<sup>a</sup>, encargada de la gestión del correo. Todas las unidades recibían un código postal de las autoridades del correo militar alemán: cinco cifras árabes, complementadas, casi siempre, con una letra al final, que identificaban las distintas unidades hasta el nivel compañía. El sistema era de una eficiencia extraordinaria.

El Servicio de Automovilismo debía hacerse cargo del parque de vehículos motorizados, nada abultado, en lo relativo a su mantenimiento y asignación de combustible. Quedó integrado en el Grupo de Transporte 250.º. Los alemanes habían decidido al empezar la guerra que las por ellos llamadas «columnas», las unidades que transportaban la munición y los equipos de cada regimiento de infantería y cada grupo de artillería, serían agrupadas en un único grupo de transporte, para mejorar la eficiencia en su gestión. Solo las unidades de zapadores y transmisiones mantuvieron el control sobre sus «columnas» propias. Las demás, en total tres «columnas» hipomóviles ligeras, tres «columnas» hipomóviles pesadas y tres «columnas» motorizadas, se integraron en el Grupo de Transporte 250.º junto a la «columna de combustibles», la sección de taller mecánico y una compañía encargada de la prosaica tarea de cargar y descargar esos medios de transporte: 1.024 hombres en total.

Como hasta la fecha todas las campañas alemanas habían estado caracterizadas por la velocidad, los españoles daban por hecho que gozarían de un importante nivel de motorización, y en el contingente reclutado en España se incluyó un elevado número de voluntarios capacitados para conducir vehículos. La sorpresa —ya se ha visto— fue cuando descubrieron que en realidad las divisiones de infantería alemanas eran hipomóviles. Todavía hoy hay algún historiador que persiste en la pueril idea de que equipar a los españoles como una unidad hipomóvil fue una prueba del desprecio de los alemanes hacia los españoles, cuando toda la infantería alemana realizaba las campañas con sus municiones, equipos y bagajes transportados en carros tirados por caballos (a los españoles se les entregaron 423, de distintos modelos y tamaños), animales que también arrastraban las armas pesadas. El alemán —pese a su fama de ejército ultramoderno— era en realidad una fuerza que usaba los caballos con tal extensión que no puede sino desconcertarnos. Su desempeño en la Segunda Guerra Mundial es imposible de entender sin tener presente este hecho constantemente (Dinardo, 1991).

Dado que en la DA literalmente había hecho falta «enchufe» para alistarse, resultó que una grandísima parte del contingente era de origen urbano, y no tenía ni la más mínima experiencia en el trato con caballos, ignorando completamente la importancia de atalajarlos correctamente, darles los cuidados que exigen, etc. Para agudizar el problema, y puesto que los primeros sorprendidos por la aparición de la DA fueron los alemanes, no existía tampoco una cantidad suficiente de caballos entrenados para su uso militar en los depósitos de remonta alemanes, de manera que el lote entregado a los españoles, procedente de una reciente requisita en Serbia, solo había sido domado de manera superficial con respecto a los usos militares. Y el cortísimo periodo de instrucción en Grafenwöhr no iba a dar ocasión a corregir las deficiencias que se daban en los equinos y en el personal que debía conducirlo.

También se ha ironizado sobre la gran cantidad de bicicletas que se entregó a los españoles. En efecto, el Grupo de Exploración 250.º, las secciones de exploración de la 15.ª Compañía de cada regimiento, una compañía de infantería de cada regimiento (siempre la que usaba el número 11.ª), y una compañía de zapadores (la 3.ª) recibieron bicicletas como equipo para sus soldados. Hoy suena casi cómico, pero en aquel momento en España pareció casi un lujo, pues en nuestro país los batallones ciclistas se contaban con los dedos de una mano y eran considerados tropas de élite. En el capítulo de vehículos a motor, los más habituales eran las motocicletas, un ingenio usado a gran escala por los alemanes, que incluso tenían unidades combatientes de fusileros motociclistas. Las entregadas a la DA estaban asignadas casi siempre a enlaces. Los coches y

camiones entregados lo fueron en corto número y una parte importante de ellos iba a ser de casi nula utilidad. Se trataba de vehículos civiles requisados, que no aguantaron la rudeza de la campaña. Pero no hay que sorprenderse: había numerosísimas divisiones alemanas equipadas enteramente con vehículos de idéntico origen. La Tabla 3 desglosa los medios de transporte asignados a las unidades de la DA en Grafenwöhr.

<b>Tabla 3</b>				
	<b>Motos</b>	<b>Coches</b>	<b>Camionetas y Camiones</b>	<b>Caballos</b>
Cuartel General	51	21	5	-
Los tres Regimientos de Infantería (1)	147	6	21	2.361
Grupo Antitanque 250	64	30	111	-
Grupo de Exploración 250	44	32	15	-
Regimiento de Artillería 250	33	6	3	2.393
Batallón de Zapadores 250	71	10	51	161
Grupo de Transmisiones 250	33	3	23	57
Grupo de Sanidad 250	8	2	3 (2)	134
Compañía de Veterinaria 250	3	1	9	188
Grupo de Intendencia 250	4	4	17	69
Grupo de Transportes 250	33	11	49	564
<b>Totales</b>	<b>491</b>	<b>126</b>	<b>307</b>	<b>5.572</b>

(1) El Batallón de Reserva Móvil, que en principio iba a ser una unidad de depósito, no recibió inicialmente medios de transporte.

(2) Sin contar las ambulancias.

Los españoles también tenían que recibir en Grafenwöhr las armas necesarias. En total se hizo entrega a la DA en este primer momento de 14.954 fusiles modelo Máuser 98 k; 2.293 pistolas P 38; 996 subfusiles MP 40; 557 ametralladoras MG-34; 87 morteros ligeros de 30 mm; 54 morteros medios de 50 mm; y 96 fusiles antitanque; con todos los complementos necesarios (repuestos, accesorios, etc.). Como armas pesadas se recibieron 75 antitanque de 37 mm; 18 cañones ligeros de infantería de 75 mm; seis cañones pesados de infantería de 150 mm; 36 obuses ligeros de 105 mm; y 12 obuses pesados de 150 mm. Como cada división debía hacerse cargo de un cierto volumen de munición, el que debía usar de manera inmediata, también se entregaron casi tres millones de proyectiles de los modelos usados por los fusiles y las ametralladoras MG; unos 60.000 de la munición empleada por las pistolas y subfusiles; 22.000 granadas para los morteros; 16.500 para los cañones antitanque; 4.100 para los cañones de infantería; 11.600 para los obuses de artillería; más 3.700 minas de varios tipos. Un montón de toneladas de munición, que la DA debería llevar con ella camino del frente.

La entrega de esta masa de vehículos, equipos, armas y municiones fue realizada por una Plana Mayor de Organización (Aufstellungstab) alemana encargada de ello, dirigida por el teniente coronel Distler, mientras que el instruir a los españoles corrió a cargo de una Plana Mayor de Instrucción (Ausbildungstab) mandada por el teniente coronel Först. El equipo y armamento era sin duda mucho mejor que el disponible en España. El capitán Camacho, al mando de una compañía de ametralladoras, anotaba con optimismo en su diario el 29 de julio: «Estoy

encantado con el material, es magnífico. Si en España hicimos tanto con tan pocos elementos, aquí lograremos un gran triunfo».

Sin embargo, aún hoy existe quien considera que la DA fue maltratada en esta asignación de material, ya que no recibió ni Panzers, ni cañones antiaéreos, lo que vendría a ser una prueba del desprecio germano hacia nuestros hombres. Ya he señalado que los Panzers solo estaban encuadrados en un puñado exiguo de unidades, todas ellas alemanas (Caballero, 2012-a). Menos sabido es lo que ocurría con la artillería antiaérea. A diferencia de las fuerzas armadas de otras naciones, en Alemania la artillería antiaérea (la Flak, en la denominación usada en ese país) era una rama de la aviación, y no del ejército de tierra (Caballero, 2012-b), así que si la DA hubiera dispuesto de su propio grupo de artillería antiaérea hubiera sido la unidad más sorprendente de toda la infantería del Heer.

También hay que señalar que los alemanes no se limitaron a entregar armas, equipos, etc. Eran muy conscientes de la necesidad de que los soldados españoles tuvieran información lo más detallada posible sobre la URSS y su Ejército Rojo, así que el mando de la XIII Región Militar (donde se encontraba Grafenwöhr) hizo un notable esfuerzo para editar en español (aunque la traducción en algunos casos es muy mala) un ejemplar de su propio boletín interno, con un conjunto de textos que le fue entregado a los voluntarios de la DA. En efecto, en julio veía la luz este ejemplar de *Informaciones para la tropa del mando de la Región Militar XIII. Número especial dedicado a la División Azul*, que empezaba citando las frases del discurso pronunciado por Franco el 17 de ese mes. El primer artículo se titulaba: «La Escuela Mortal. El horror en la ciudadela de Zlosow», y describía el horror que el autor había sentido al descubrir una escuela usada por los comunistas como cárcel en Ucrania, donde habían realizado una terrible masacre. El autor apostillaba: «Y ahora comprendí por qué se presentan tantos voluntarios en España para acompañarnos en esta lucha: porque ellos han visto en su país estas cuevas de cadáveres». Otros artículos describían lo que era la URSS, con datos geográficos, demográficos, económicos, etc.; trazaban una especie de biografía de Stalin, pintado con los negrísimos tonos que cabe imaginar; describían el Ejército Soviético; o hacían un análisis histórico sobre la campaña rusa que empezaba, subrayando que ahora era posible vencer al espacio ruso y no iba a ser como la campaña de Napoleón. En ninguna de las páginas se hablaba de los eslavos como infrahombres, ni de propósitos alemanes de anexiones. La visión que a los españoles les llegaba de la campaña en Rusia tal y como la contaban los alemanes era la de un combate por la defensa de la civilización europea (*Informaciones*, 1941).

Sin embargo, lo que más recuerdan los veteranos de la DA en sus memorias eran otras cosas: su agradable sorpresa ante las magníficas instalaciones del Polígono de Instrucción de Grafenwöhr, que les chocaron por su comodidad. El que la tropa estuviera alojada por pelotones en camaretas, en vez de por compañías enteras en las gigantescas naves de los cuarteles españoles les reveló por vez primera que en la Wehrmacht los soldados eran tratados con el mayor respeto, algo por desgracia no muy habitual entonces en España.

Ese trato respetuoso para con los soldados se evidenciaba también en la calidad de los uniformes alemanes, que no les sorprendió menos, y en lo amplio y variado del equipo personal que recibía cada hombre. Las entregas de prendas se iniciaron el 22. A muchos les dolió desprenderse de los uniformes españoles, pero era evidente que resultaba necesario. Consolaba el saber que iban a recibir escudos para coser sobre ellos que identificarían su origen. Sin embargo,

cuando estos se entregaron hubo un momento de mucha tensión. El escudo entregado por los alemanes solo usaba los colores de la bandera española, sin referencia alguna a Falange. No aparecían los colores de Falange (rojo y negro) ni el yugo con las flechas. Los falangistas más radicales estaban convencidos de que era otra maniobra más del general Varela para «desfalangistizar» la DA, aunque en realidad la elección y manufactura del modelo había sido una decisión completamente alemana. Muñoz Grandes encontró la forma de descargar esa inesperada tensión y sobre el escudo colocó un emblema metálico del yugo y las flechas, algo que inmediatamente imitaron miles de sus hombres (para desconcierto de los ordenancistas alemanes, que no concebían el uso de emblemas no regulados sobre los uniformes). Había otras singularidades que los españoles aplicaron sobre sus uniformes, que incluso los oficiales españoles trataban de corregir. Una de ellas era el uso de los «detente-balas»: pequeños pedazos de tela con motivos religiosos, que se esperaba que fueran eficaces contra el fuego enemigo. Sobre los uniformes alemanes resultaban extraordinariamente llamativos. Al ya citado voluntario Pablo Arredondo un oficial español le hizo quitarse el que usaba; le dolió extraordinariamente, ya que lo había confeccionado con tela de la camisa que llevaba su padre cuando fue asesinado por los frentepopulistas. Pero las fotografías evidencian que los españoles colocaron bastante a menudo todo tipo de emblemas falangistas en sus prendas alemanas, siendo uno de los más usados el cisne que servía de símbolo al SEU.

Por cierto, incluso aprender las singularidades del uniforme alemán costó muchos esfuerzos. Los germanos lucían toda la información sobre su grado, el arma o cuerpo al que pertenecían, etc., en las hombreras, algo por completo ajeno a los usos españoles. Las quejas germanas sobre la propensión de los españoles a omitir el saludo a sus oficiales y suboficiales ignoraban por completo que los voluntarios de la DA normalmente no sabían descifrar la graduación de estos alemanes, sobre todo de los suboficiales. También este era un aspecto que diferenciaba netamente a ambos ejércitos: en el español solo había dos grados de suboficial (sargento y brigada) como se indicó, mientras que en el alemán había cinco grados, y su presencia en las plantillas era tan numerosa que uno de los grandes problemas que tuvo siempre la DA fue conseguir disponer de tantos suboficiales como existían en los organigramas alemanes.

El proceso de instrucción de la DA fue muy breve, porque se temía que de alargarlo la guerra acabara antes. Y eso que era algo objetivamente muy complejo, porque para los oficiales y suboficiales españoles las armas y equipos que recibían de los alemanes les eran tan desconocidos como al más simple de los soldados. Pero como en sus filas confluía lo más granado de la oficialidad del Ejército Español, junto a voluntarios entre los que había una altísima proporción de hombres con un elevado nivel formativo, el manejo de las armas y equipos alemanes se aprendió con rapidez.

Mucho más complejo era que los españoles asumieran lo que se ha llamado «el modo alemán de hacer la guerra», un conjunto de doctrinas tácticas y sistemas de mando que caracterizaron al ejército prusiano primero y al alemán después, y que eran muy distintas de las vigentes en España que —en ese sentido— se inspiraba sobre todo en los modos de operar del Ejército Francés. Para comprender en profundidad la historia de la DA, es conveniente estar familiarizado con los rasgos básicos de las fuerzas armadas alemanas, y afortunadamente existen los libros que le permiten hacerlo a cualquier lector español interesado en ello (González, Sagarra, 2017).

Parte de las suspicacias que con el tiempo surgieron entre españoles y alemanes tiene que ver con las tradiciones militares tan diferentes en que habían sido moldeados, y por ello conocer ese «modo alemán» es oportuno para quien desee juzgar a fondo el valor militar de la DA y el papel que podía jugar en aquella campaña (Citino, 2018). El que un pequeño destacamento de oficiales españoles partiera hacia el frente de Ucrania el día 30 para agregarse durante unos días a una unidad alemana, y así poder observar sobre el terreno los métodos alemanes, no iba a bastar para superar la distancia que existía entre los ejércitos alemán y español. Formaba parte de él un oficial del Estado Mayor de la DA, Zanón. La unidad alemana a la que fueron agregados tomó parte en la batalla del cerco de Uman. En un informe oficial entregado tras su regreso a España narraba así sus impresiones del momento:

Al preguntarme el General Lanz cuál era mi opinión sobre el resultado de la operación, hube de hacerle presente mis temores sobre aquel cerco y, es más, señalé como punto indicado para intentar atacar los rusos el de la División de nuestra izquierda, la 4.ª de Montaña, que por guarnecer un frente más amplio y tener en su sector grandes manchas de bosque no aseguraba una vigilancia completa. Se me dijo que esto no podía ocurrir, pues sería la primera vez en la campaña. Yo apoyé mi argumento asegurándoles que si en lugar de ser rusos fueran españoles los que quedaban cercados, aquella noche saldrían. Queda así el asunto y después de la comida me fui al Campamento en donde yo me alojaba, a algunos km a retaguardia. A las 5 de la mañana del día siguiente fue atacado este pueblo, en el que tuvimos que intervenir todos los que allí estábamos (...). Duró 11 horas el combate y se demostró lo acertado de mi opinión en la noche anterior. 7.000 hombres de los rusos cercados habían roto por la 4.ª División de Montaña y avanzaban hacia el pueblo que nos servía de alojamiento (...). Hubo entre los 100 hombres que componían nuestro pequeño destacamento 7 muertos y 30 heridos (Zanón Aldalur, 2013-2014).

Lo llamativo del caso es que Zanón estaba en lo cierto. Lo que ha demostrado el antes citado estudio de Citino es que el «modo alemán de hacer la guerra» entró en su definitiva crisis precisamente con la campaña alemana en Rusia en 1941. Por cierto, no solo Zanón, sino también los demás de esa comisión de oficiales españoles enviados a Ucrania tuvieron que batirse en primera línea, y de hecho uno de ellos, el teniente Acosta Laynez, fue el primer español condecorado con la Cruz de Hierro, cuando sus compañeros de la DA ni siquiera habían salido de Grafenwöhr.

Los problemas a solventar para integrar a la unidad española en el Heer eran de todo tipo y no era el menor el de la gastronomía: la cocina alemana resultaba atroz para el paladar español, y por ello ya el día 27 hubo que solicitar a Madrid que se enviaran alimentos españoles, de manera que fuera posible de vez en cuando dar a nuestros soldados platos de su gusto.

También hubo un importante retraso en la recepción de correo, pues no solo había que regular los temas de franquicia postal para las cartas de los voluntarios, sino también establecer los mecanismos por los que ese correo sería debidamente censurado: una necesidad ineludible en tiempo de guerra. Aunque la organización de los servicios postales divisionarios empezó con una Instrucción General de 7 de julio, en realidad la puesta en pie del servicio no pudo hacerse hasta haber alcanzado Alemania. Hubo que dar a conocer a la población española la forma correcta de remitir el correo (usando el código numérico asignado a cada unidad, y ningún otro sistema) y eso se demoró hasta finales de septiembre y principios de octubre, que fueron las fechas en las que la prensa española informó detenidamente y con ejemplos de las formas correctas (y las incorrectas) de redactar las direcciones. Para esa fecha, auténticas montañas de cartas dirigidas a los voluntarios españoles se amontonaban en los almacenes postales alemanes. Aunque la DA intentó que se le permitiera establecer su propia oficina de censura postal, lo que agilizaría ese trámite,

los alemanes no cedieron en este punto y el 9 de septiembre comunicaron que se reservaban ese derecho. La Oficina de Censura de Frankfurt del Meno fue la encargada de censurar la correspondencia relacionada con la DA (en marzo de 1942 transfirió la responsabilidad a la Oficina de Censura de Berlín).

A falta de comunicación postal, les tocó a las estaciones de radio transmitir los mensajes de y para los divisionarios. Desde el día 24 de julio, Radio Berlín (en onda corta) y las estaciones de radio bajo control alemán de París (en onda media) y Burdeos (en onda larga) empezaron a emitir boletines en español centrados en ofrecer noticias sobre la DA, que en muchos casos eran mensajes de los divisionarios a sus familias. Una de las primeras emisiones —la del 29 de julio— fue una retransmisión desde el mismo campamento de Grafenwöhr.

Era evidente que había que establecer mecanismos de enlace entre los voluntarios y sus familias. El día 18 de julio la prensa española insertó la noticia de que con esa finalidad FET de las JONS iba a crear un «servicio de información» para las familias de los voluntarios y que los sindicatos falangistas iban a crear una «Obra Sindical de ayuda a las familias de los productores voluntarios en la División Azul». En realidad, se hizo poco al respecto. En Madrid, la Jefatura de Propaganda de FET editó un *Boletín Informativo de la División Azul* desde el 1 de agosto. Pero no se conocen ejemplares posteriores al día 20 de ese mes. En cualquier caso el citado boletín no era sino una —o unas pocas— páginas penosamente impresas a multicopista. Los sindicatos, que efectivamente desarrollaban su labor social a través de las llamadas Obras Sindicales (por ejemplo, la Obra Sindical «18 de Julio» englobaba su red de hospitales) nunca llegaron a desarrollar aquella obra sindical que iba a ser consagrada a los divisionarios. Tal falta de eficiencia no debe sorprendernos, porque en realidad los recursos y el aparato burocrático de Falange eran sorprendentemente endebles para una organización que teóricamente era «partido único».

El Ejército fue mucho más eficaz, y Varela decretó que todas las relaciones entre la unidad expedicionaria y España se realizarían a través de una «Representación de la División Española de Voluntarios» (único nombre que Varela aceptaba), dependiente de la Subsecretaría del Ministerio del Ejército, activada el 26 de julio y que inmediatamente estableció una red territorial. Para ello fueron designados oficiales encargados de prestar ese servicio en cada capitánía general regional, en cada gobierno militar provincial y en cada comandancia militar de las ciudades con guarnición. Desde estos puntos, la información y las instrucciones relativas a la DA debían llegar a los ayuntamientos, a las estaciones de radio y a los periódicos. Cada representación territorial debía organizar un servicio de recogida de donativos y de paquetes, otro servicio encargado de facilitar la información a los familiares y —finalmente— otro para atender los problemas que pudiera generar la correspondencia. La burocracia militar le había ganado otra batalla a la endeble burocracia falangista.

Normalmente los alemanes, cuando creaban una división propia, la instruían durante tres meses antes de enviarla al frente. Pero los españoles pensaron que si se seguía esa práctica en su caso, la guerra habría acabado antes de que pudieran pegar un tiro. Había que abreviar el programa de instrucción, haciéndolo más intenso. Aspectos de esa instrucción en los que los alemanes insistían habitualmente (las maniobras con fuego real, las largas marchas) tuvieron que ser reducidos a unas pocas prácticas. Hasta la instrucción en las armas fue un proceso difícil: si

había un cierto número de instructores alemanes disponibles, lo que faltaban eran traductores. Normalmente solo se disponía de uno por cada cuatro instructores.

Como en la recluta finalmente no se habían respetado las proporciones previstas de excombatientes y en realidad muchos hombres vestían por vez primera el uniforme, incluso fue difícil el darles la necesaria instrucción en orden cerrado para los actos colectivos. La fecha de la jura de bandera se fijó para el 31 de julio. Hubo que establecer una fórmula de juramento de fidelidad específica para los españoles, que limitaba su validez solo a la lucha contra el comunismo, de manera que quedase claro que las fuerzas españolas no podrían ser empleadas contra ningún otro enemigo del Tercer Reich. El acto de la jura de bandera finalmente revistió gran brillantez, pronunciando sendos discursos los generales Fromm (comandante en jefe del Ejército de Remplazo alemán, máximo responsable de la organización y equipamiento de las unidades que se iban poniendo en pie), Von Cochenhausen (comandante del Polígono Militar de Grafenwöhr) y Muñoz Grandes.

Lo realmente importante de aquellas jornadas raramente trasciende. Una de las decisiones fundamentales que se adoptaron en esas fechas fue la redacción de la Instrucción General 3.005 (que como denota su numeración en la serie 3.000 se debió a la 3.<sup>a</sup> Sección —la de Operaciones— del Estado Mayor), con un título muy claro: *Objeto: aplicación de Normas jurídicas internas y de Derecho Internacional* y que se remitió a las unidades el día 4 de agosto. Veamos su contenido:

En los territorios ocupados se guardará respeto a sus habitantes, castigándose con todo rigor los atentados contra la propiedad o los perjuicios causados en esta intencionadamente; solo los víveres, medicamentos, vestuario, pastos y medios de transporte para las fuerzas podrán ser objeto de requisita, haciéndose siempre mediante indemnización o contra recibo.

Las instalaciones de las que pueda aprovecharse la economía militar (...) serán cuidadas y vigiladas a fin de que no sufran deterioro alguno (...) no se deteriorarán los monumentos históricos, se guardará respeto a los edificios dedicados al culto religioso, y se tratarán con cuidado los dedicados a asuntos de arte, ciencia y beneficencia (...).

Tomar parte en la lucha armada por la Patria constituye el mayor honor que puede alcanzar el ciudadano, y como tal honor, ha de desarrollarse con la hidalguía que es proverbial en el soldado caballeroso, pensando siempre que para mayor gloria de la victoria es necesario que se combata con honor. Para que la tropa nunca pueda alegar ignorancia de los deberes que se mencionan, serán instruidos todos los soldados, haciéndoles saber al mismo tiempo que la no observancia de lo dispuesto sobre esta materia será considerada como falta grave de desobediencia en actos del servicio frente al enemigo.

En la extensa Instrucción General había apartados específicos sobre el «Trato para con prisioneros, espías y francotiradores». Seguimos leyendo:

Todo individuo que perteneciendo al Ejército enemigo se rinda o sea aprehendido, será considerado como prisionero, a los que no solo se les respetará sus vidas, sino que tampoco serán objeto de insultos ni mal trato. Se prohíbe terminantemente desposeerlos de los objetos personales que lleven consigo, contándose entre estos el casco y la máscara antigás. En el momento de la aprehensión o presentación serán desarmados y registrados para recogerles todos los documentos que lleven, a excepción del de identidad; las armas y la documentación serán entregadas al mismo tiempo que los prisioneros.

La Cruz Roja es inviolable. A los enemigos heridos se les tratará dando siempre prueba de humanidad, que es una de las virtudes del vencedor, y serán atendidos facultativamente por el personal de Sanidad, prestándoles asistencia espiritual por los mismos sacerdotes del ejército a que pertenezca, si por la religión que profesaran no hubiera de estos en el Ejército propio.

Se considerará como fuerza del Ejército en acción de guerra a la población civil de un distrito no ocupado, siempre que estos hayan tenido la necesidad de atender a la defensa sin haber tenido tiempo de organizarse militarmente y a condición de que lleven las armas visiblemente y usen las leyes y costumbres de aquel en tiempo de guerra (...).

Se considerarán francotiradores a los individuos que, sin pertenecer al Ejército, toman las armas para la defensa del territorio donde se desarrollan acciones de guerra. La vida de estos ha de respetarse al igual que la de los prisioneros y, como

aquellos, hay que detenerlos, siendo solo lícito darles muerte en lucha motivada por el combate.

Los Cuerpos de Voluntarios y Milicias no serán considerados como francotiradores y sí como fuerzas del Ejército, siempre y cuando lleven distintivo que puedan percibirse a gran distancia, las armas visibles, observen las leyes y costumbres de tiempo de guerra y estén mandados por Jefes que se hagan responsables de las acciones de sus subordinados (...).

Los rehenes solo pueden ordenar constituirlos los Jefes de Regimiento o Batallón independiente u otro Jefe de la misma graduación. A pesar de que los rehenes han de estar vigilados, se les dará el trato adecuado puesto que no son en ningún caso reclusos. De la suerte de los rehenes solo pueden disponer los Jefes de División y las jerarquías superiores a este. (...)

Los actos de represalias solo podrán llevarse a cabo en virtud de orden dictada por el General jefe de la División.

He citado con bastante extensión este texto por una razón poderosa. Antes del inicio de la Operación Barbarroja, se circularon a las tropas alemanas las que se conocen ahora como «Órdenes Criminales», que establecían, por ejemplo, que los comisarios políticos del Ejército Rojo debían ser ejecutados en cuanto se les capturara (*Kommissarbefehl*), una clara violación de las normas del derecho internacional relativas a los conflictos. Hay autores españoles, como Núñez, que han llegado a escribir que aunque «no existe constancia empírica de que la orden de los comisarios fuese notificada a los oficiales españoles (...) es plausible que los divisionarios simplemente ejecutasen la orden recibida, es decir, apartasen a los comisarios políticos y los fusilasen» (Núñez, 2016).

Resulta increíble que alguien que alardea de historiador pueda escribir algo así. Se afirma lo que no se puede demostrar y como «argumento» se recurre a la pura insidia. Los alemanes no transmitieron a los españoles la infausta *Kommissarbefehl*, porque se emitió el 6 de junio de 1941, cuando la DA no existía (aunque los oficiales del Estado Mayor español acabaron sabiendo de su existencia) y la realidad es que las instrucciones que se dieron a los soldados españoles sobre trato a población civil, a prisioneros, etc., son las que el lector ha podido ver. Pero el citado autor desde luego no habla para nada en su obra de la aquí comentada Instrucción General 3.005. En realidad, ante los ojos de los españoles los alemanes trataron de dar una imagen lo más amable posible de su trato a los soldados soviéticos, y algunos oficiales españoles visitaron incluso un campamento de prisioneros de guerra ucranianos invitados por los alemanes para que vieran que se les aplicaba un trato conforme a las convenciones internacionales (Martínez Esparza, 1943).

Los días pasaban rápidamente y los voluntarios españoles escuchaban, una tras otra, las noticias sobre los aplastantes éxitos alemanes en el Frente del Este, que al acabar el mes avanzaban imparable hacia Leningrado, habían alcanzado Smolensko y se aproximaban a Kiev. Los finlandeses y los rumanos también protagonizaban importantes avances. Mientras, ellos seguían en Baviera.

Para la inmensa mayoría de los voluntarios, aquella era la primera vez que visitaban un país extranjero. Uno, además, que presentaba notables diferencias en las características culturales con respecto a las propias. No tiene nada de extraño, casi diríamos que es inevitable, que en una masa de 18.000 hombres jóvenes, un puñado de ellos acabara protagonizando algunos incidentes desagradables con algunas mujeres, hechos que desde una óptica xenófoba o abiertamente racista provocaron respuestas airadas de algunos elementos germanos. El número de incidentes de ese tipo fue minúsculo, pero ocasionaron un considerable revuelo. Hechos como estos provocan mucho morbo, pero en realidad son de nula importancia. Con todo, algunos españoles empezaron a pensar que los alemanes no parecían tenerlos en mucha consideración, o incluso los despreciaban. Aunque a otros muchos había cosas que les fascinaron de Alemania, y especialmente se valoró el

comportamiento abiertamente «democrático» de los oficiales germanos, que no disponían de asistentes y atendían por sí mismos sus necesidades de limpieza, que hacían cola junto a los soldados para el reparto de comidas, que no golpeaban jamás a la tropa, etc. Todo ello contrastaba con los modales despóticos de algunos oficiales españoles. No es de extrañar que otra instrucción, esta de 6 de agosto, tratara de corregir esos aspectos casi «feudales» y al hablar de los asistentes de los oficiales señalase, expresamente, que «hay que hacer desaparecer ese concepto de criado servil que siempre tuvieron en nuestro ejército», añadiendo que en el trato con la tropa había que atenerse a una orden clara: «Maltrato de obra y palabra: Prohibidos rigurosamente. Es falta muy grave». «Prohibidos rigurosamente» aparecía subrayado en el original. En realidad este tipo de comportamientos no fue erradicado del todo, por desgracia.

El transporte hacia el Este iba a realizarse por vía férrea y las prácticas para el embarque de las unidades en los trenes empezaron el 8 de agosto. Tan solo para mover una batería ligera de artillería hacían falta 21 vagones para embarcar el ganado, nueve plataformas para el material — piezas, avantrenes, carros de munición y de otro tipo, y cocina de campaña— y tres vagones adicionales para el personal.

Pero ¿cuál era el destino? Dada la visita de la comisión de oficiales españoles al frente de Ucrania, cabía sospechar que esa fuera la zona donde se desplegaría, y de hecho la agencia oficial de prensa alemana, la Deutsche Nachrichten Buro (DNB) difundió un despacho el día 16 donde anunciaba la próxima llegada de la DA al frente ucraniano, donde combatiría —se decía expresamente— junto a los rumanos, los húngaros, los eslovacos y los italianos, que estaban empezando a llegar también a ese frente. A decir verdad, en esas fechas, los grandes movimientos de las tropas del Eje se estaban registrando en los sectores norte y sur, mientras que el Grupo de Ejércitos Centro permanecía relativamente parado, después de la durísima batalla que había debido librar por Smolensko y que en realidad lo había dejado bastante maltrecho (Glantz, 2010). Pero como el gran objetivo final era Moscú, era ese Grupo Centro al que había que reforzar, así que en aquel momento se decidió que ese sería el destino de la DA. El día 17 de agosto, oficiales españoles viajaron hasta Königsberg, capital de la Prusia Oriental, para preparar la recepción de la DA que se trasladaría hasta allí desde Baviera.

El día 20 se iniciaron las operaciones de embarque, para un viaje que iba a llevar a los voluntarios a través de Alemania y las regiones de Polonia anexionadas por ella, un movimiento logístico muchísimo más complejo que el realizado entre España y Alemania, porque ahora se viajaba con todos los medios de combate. Zanón Aldalur lo resumió así:

La División empleó 72 trenes para su transporte; en ellos iba todo el personal, ganado, armamento y material de la Gran Unidad. De seis a ocho trenes diarios partieron de las distintas estaciones próximas a nuestro Campamento y en 10 días la División fue transportada. Cuatro días de viaje nos trasladaron a la zona de Suwalki y el día 2 de septiembre se inició la marcha por jornadas a través de Polonia y de Rusia.

Zanón ocupaba ahora el puesto de jefe del Estado Mayor, ya que Varela había ordenado el regreso a España de quien había sido el primero de sus responsables, el coronel Troncoso. A su vuelta, escribió el primer gran artículo consagrado a la DA (Troncoso, 1942). No fue el único que regresó: unos 350 hombres, que padecían enfermedades o carecían de las condiciones físicas que exigía la campaña, fueron devueltos a España a partir del 22. En sentido inverso, el 23 cruzaban la frontera hispano-francesa los médicos y enfermeras destinados a los hospitales que había que

establecer en retaguardia. También debía viajar hacia Alemania un nuevo grupo de casi tres centenares de hombres, que debían cubrir los huecos de los repatriados. Cuando se convocó a los que no habían obtenido plaza en el primer contingente, el llamamiento se limitó a Madrid y aun así las plazas se cubrieron en tan solo una hora.

Como inevitablemente iba a producirse un trasiego de hombres entre España y la DA, el 30 de julio se constituyó una denominada Ersatzdienststelle Spanische Division (Delegación para Remplazos de la División Española; normalmente nos referimos a ella como Mando de Depósito o Batallón de Depósito), que se acantonó en la pequeña ciudad de Hof, para que coordinara el movimiento de personal que hubiera entre España y el frente, amén de almacenar hasta su regreso los efectos personales de los soldados españoles (incluyendo sus uniformes). También se estableció en Berlín una pequeña oficina encargada de realizar las gestiones que fueran necesarias en la capital del Reich (Representación). Por su parte, los alemanes activaron una Plana Mayor de Enlace (Verbindungstab der Spanischen Division) que debía acompañar a la DA y asegurar su engarce con los escalones de mando superiores alemanes. Había sido creada oficialmente el día 13 de agosto. Un cierto número de sus integrantes tenía cierta familiaridad en el trato con los españoles (por ejemplo, había veteranos de la Legión Cóndor), pero para otros la mentalidad española era por completo desconocida. El primer jefe de esta Verbindungstab, el comandante Von Oertzen, iba a destacar enseguida por su nula simpatía para con los españoles. Una buena parte de sus componentes (20 oficiales, y también algunos suboficiales y tropa) había formado parte ya de la Ausbildungstab que había instruido a los españoles.

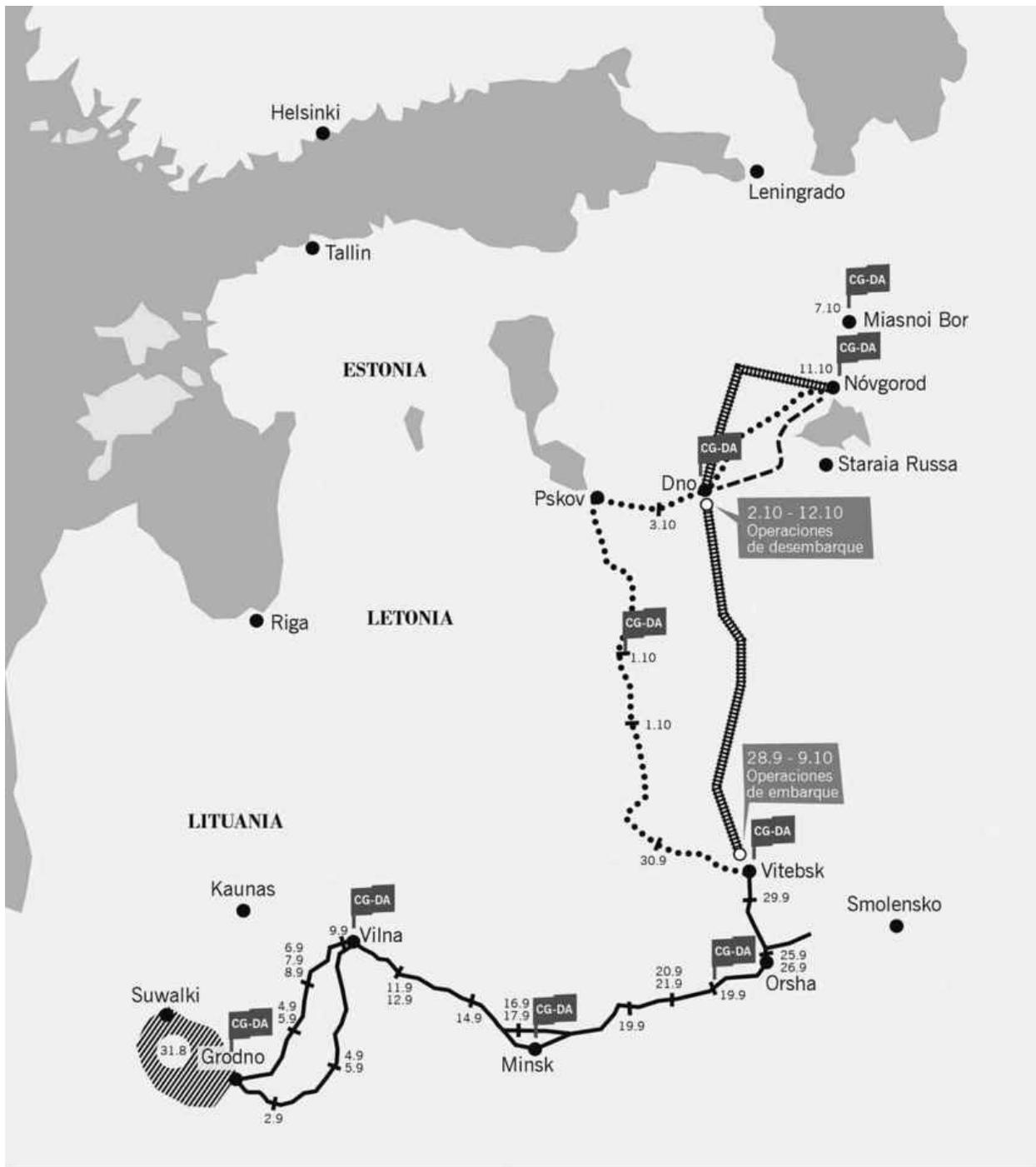
Casi la mitad de los convoyes ferroviarios que descargaron a los españoles lo hicieron en Suwalki (en la Polonia anexionada por el Reich), y la mitad restante se dividió entre Treuburg (Prusia Oriental, actualmente la ciudad polaca de Olecko), Reuss, y Grodno (hasta entonces polaca, hoy ciudad de Bielorrusia), con solo una minoría de expediciones arribando a Raczkki (Polonia). Las fechas de arribada se extendieron desde el 22 al 28. Y fue desde aquellas estaciones desde donde, para sorpresa de los soldados (no desde luego de los mandos superiores) se iniciaría una larga marcha a pie hacia el frente. Con ella nacería otra de las grandes «leyendas urbanas» que acompañan a la historia de la DA. Los españoles sencillamente no se podían creer que tuvieran que andar varios cientos de kilómetros hasta el frente, arrastrando sus equipos, armas y municiones. Para muchos era una prueba de desprecio de los germanos. Otros sospechaban que de esta manera se daba ocasión a alargar el que había sido breve proceso de instrucción. El caso es que a día de hoy sigue habiendo autores que repiten estas especulaciones. La realidad es muy distinta.

Sencillamente, era imposible disponer de transporte ferroviario, porque todo el disponible hacia el Grupo de Ejércitos Centro estaba empleado en suministrar a este municiones y pertrechos. La red ferroviaria soviética era infinitamente menos densa que la europea (incluso que la polaca) y además de un ancho distinto, por lo que los alemanes la estaban transformando al ancho europeo, ya que su logística reposaba íntegramente en los ferrocarriles. El Grupo de Ejércitos Centro, detenido al este de Smolensko, estaba acopiando los vastos recursos que le harían falta antes de lanzarse al asalto de Moscú. Los más de 70 convoyes ferroviarios que hubieran hecho falta para llevar a los españoles hasta Smolensko, hubieran supuesto para ser exactos que durante toda una semana el Grupo de Ejércitos se hubiera quedado sin recibir combustibles, repuestos, municiones. Algo absolutamente impensable.

Pero lo que para los españoles era una extravagancia (andar centenares de kilómetros) era parte fundamental de lo que llamamos «el modo alemán de hacer la guerra». Los prusianos ya habían practicado lo que llamaban la *Bewegungskrieg* (Guerra de Movimientos) mucho antes de que se dispusiera de trenes o camiones. Los alemanes desde siempre instruían metódicamente a sus soldados en la marcha, en las largas marchas para ser exactos, transportando ellos mismos todo su equipo. Así había librado hasta entonces todas las campañas de la Segunda Guerra Mundial la infantería alemana. Y ese método, lejos de ser un «castigo» pensado para los españoles, era el procedimiento habitual.

Otra división alemana acababa de llegar a Grodno, la 183.<sup>a</sup> División de Infantería. Había tomado parte en la campaña de los Balcanes y tras reequiparse, fue enviada a Polonia y partía hacia el Frente del Este. Dado que en territorio soviético había también escasez de carreteras, la unidad alemana deseaba iniciar su marcha hacia el frente cuanto antes. Pero los españoles presionaron para que se les cediera paso a ellos, debiendo la 183.<sup>a</sup> División conformarse con iniciar su marcha después, y por supuesto también a pie.

Los autores que siguen viendo en esta marcha a pie una forma de expresar desprecio a los españoles bien podrían averiguar lo que ocurrió con las siguientes divisiones creadas por los alemanes a continuación de la DA, las cuatro divisiones de la llamada 17.<sup>a</sup> Welle. Todas fueron creadas después del inicio de la contraofensiva soviética en diciembre de 1941, esto es, por trámite de urgencia. Debían reforzar al agobiadísimo Grupo de Ejércitos Centro, a punto de colapsarse. Pues bien, todas ellas fueron transportadas hasta Polonia en tren, y desde allí iniciaron una larga marcha a pie de 800 kilómetros hacia el frente, realizada además en medio de un gélido invierno. Y lo mismo había ocurrido meses antes, justamente cuando la DA llegó a Grodno. Aquel mes de agosto, ante las ya agobiantes pérdidas de las divisiones alemanas en el frente, el Ersatzheer envió desde Alemania hacia el frente un total de 100 batallones de soldados de refuerzo, organizados como «batallones en marcha», para incorporarse a las unidades combatientes. Pese a que eran fuerzas que debían unirse a las divisiones que avanzaban hacia el Este, y que necesitaban urgentemente de esos refuerzos, ¡hicieron la marcha hasta el frente a pie! No había nada de discriminatorio en la orden recibida por los españoles, sino que se seguía el procedimiento normal.



LA MARCHA HACIA EL FRENTE (SEPTIEMBRE - OCTUBRE DE 1941)

- Marcha por carretera del conjunto de la División
- ..... Marcha por carretera de los elementos motorizados
- ▨ Zona de concentración
- - - - - Marcha a pie
- CG-DA Cuartel General de la División Azul
- ▨ Zona de concentración

## Mapa 1

Terminado el desembarco en las estaciones de destino, dado que distaban entre sí un centenar de kilómetros, las unidades de la DA empezaron la marcha a pie hacia Grodno, donde se reagruparían. Aunque se habían producido algunas bajas en el proceso de instrucción en Grafenwöhr, era justamente ahora cuando la guerra empezaba para los españoles. El diario de un voluntario del Batallón I/263.º, Avelino de la Uz, registra así lo que les ocurrió el día 28 de agosto:

Sale el batallón para Skidel, a 30 Km de Grodno. En el Km 16, caminando por la autopista que va a Minsk, nos salimos de la carretera para la hora del rancho y se forma en fila de tres para recoger la comida. No es que fuera menos comilón, pero aprendí que a los últimos les daban más y pensando en esto me quedé para los últimos. Eso me salvó, al estallar, cuando el primero de la derecha pisó una mina de tanques, que segó más de 10 filas de a tres. Aquello era horrible, al ver a los hombres en el suelo con gritos y destrozados más de la mitad. Hubo 41 bajas (...). Yo me agaché por si había más minas, pero enseguida nos pusimos a auxiliar a los heridos y todos nos quedamos blancos de ver tanta calamidad (U, 1997-1998).

Aquellos cuatro muertos y 34 heridos graves fueron realmente las primeras víctimas españolas de la campaña. ¿Quién había colocado la mina? No sabemos si fueron guerrilleros de filiación comunista, o bien resistentes polacos, pero es más posible que se tratara de los primeros, ya que la resistencia polaca observó atónita el comportamiento de los españoles. El primer autor polaco que escribió sobre la DA, Muszynski, ha recogido el informe que los resistentes polacos de Grodno enviaron a sus superiores:

A Grodno ha llegado una brigada de voluntarios españoles (...) mantienen relaciones totalmente amistosas con los polacos, y muestran también su simpatía por los judíos, demostrando que no aceptan los principios básicos hitlerianos. Un clarísimo ejemplo de las diferencias ideológicas entre alemanes y españoles fueron algunos sucesos en Grodno. Una unidad española en marcha se cruzó con una columna empujada por alemanes de presos soviéticos, cuyos integrantes rogaban que se les diera algo de comer. Cuando una mujer les lanzó un paquete, uno de los centinelas alemanes disparó a la mujer y otro golpeó a los prisioneros que querían recoger el paquete. Los españoles rompieron filas y sacando sus bayonetas se lanzaron a ayudar a los bolcheviques (...). También en Grodno, en la Calle del Ferrocarril, los españoles vieron cómo los alemanes golpeaban a un prisionero bolchevique que había recogido un paquete de cigarrillos que le habían lanzado ellos. Esta vez no sacaron sus bayonetas, pero dirigieron a los alemanes sonoros insultos en español. Puesto que parecen desconocer los métodos de construcción del nuevo orden europeo que promueven los alemanes, estos han propuesto que no vuelvan a salir de sus acuartelamientos. Parece que esta unidad española será obligada a volver a Alemania, para realizar tareas de vigilancia (Muszynski, 2002).

El 1 de septiembre, el general Muñoz Grandes fue recibido por Hitler en su cuartel general, situado en Rastenburg, Prusia Oriental. No era lo normal, desde luego, que el Führer recibiera a cada jefe de división, y el encuentro se explica porque la DA era la primera unidad de voluntarios extranjeros que se incorporaba a la campaña contra el comunismo (también era, y con muchísimas diferencias, la más poderosa) así que la deferencia del Führer para con su jefe es comprensible. Pero exactamente ese mismo día el Diario de Operaciones de la Plana Mayor de Enlace registraba otro hecho: un oficial del Alto Mando del Ejército (OKH) había visitado la Verbindungstab para informarse del comportamiento de los españoles. El citado diario reproduce exactamente el informe que le dio Von Oertzen. En primer lugar, citaba el *Raub von Geflügel auf dem Marsch* (robo de aves de corral durante la marcha), por lo visto un delito terrible. Meses antes, esos caminos habían sido recorridos por las unidades de choque de la policía alemana aterrorizando a

los habitantes polacos y judíos de la zona (estos últimos, numerosísimos en esa parte del país), sin que nadie emitiera informes condenatorios, pero parece que el robo de algunas gallinas sí que era un problema. El segundo hecho denunciado por Von Oertzen era aún más significativo: *Umgang mit Personen jüdischer Rasse* (relaciones con personas de raza judía), algo que le parecía totalmente intolerable. Muy pronto resultó evidente que los españoles iban a hacer la campaña junto con los alemanes, pero desde luego no exactamente por los mismos motivos que los alemanes. Desde esa fecha y hasta su cese, el 13 de octubre, Von Oertzen no cesó de emitir informes negativos sobre los españoles, dirigidos al Grupo de Ejércitos Centro, y también a sus dos unidades subordinadas donde por momentos se pensó en encuadrar a los españoles (4.º y 9.º ejércitos).

Había empezado también la guerra de la propaganda. La Unión Soviética hizo todo lo que pudo para hundir la moral de la DA y desacreditarla. La DA fue informada el día 3 sobre la entrada en servicio de una emisora de radio en español (bautizada «Emisora Pirenaica», aunque emitiese desde Moscú) que hacía una intensa campaña contra la presencia de nuestros voluntarios en Rusia. Sin embargo, la verdad es que la más temible era la propaganda inglesa, ya que si los soviéticos no gozaban de mucha credibilidad en España en ese momento, los británicos contaban con la simpatía de los grupos sociales más conservadores. La embajada alemana en Madrid no dudaba en avisar al gobierno español sobre los manejos de los ingleses para desacreditar a la DA. En uno de esos informes, remitido el 23 de septiembre, se podía leer:

De buena fuente se ha sabido que el agregado militar inglés ha dado a su gobierno la siguiente información: «La confianza en la victoria de Inglaterra va creciendo rápidamente. El movimiento contra el ministro de Exteriores [Serrano] entra ahora en una fase seria. El envío a Alemania de la División de voluntarios es considerado una farsa. Varios centenares de voluntarios ya han vuelto a España. La alimentación de la División es insuficiente, de manera que han tenido que pedir el suministro de víveres a España».

En otro informe, todavía más extenso, del día 30 del mismo mes, se leía:

Después de haber llegado a España algunos miembros de la División Azul, que tuvieron que volver a causa de enfermedades, etc., el «Intelligence Service» inglés se ha acercado enseguida a estos soldados para emplearlos para su propaganda antialemana, según se sabe de noticias llegadas de San Sebastián, de Barcelona y de Sevilla. Por orden de los propagandistas ingleses, estas personas cuentan entre otras cosas que en Alemania no hay nada para comer, que falta el tabaco, y que toda la población está descontenta. Otro método empleado por el servicio inglés consiste en hacer circular, después de las misas celebradas por los soldados de la División Azul, entre las personas asistentes y en otras ocasiones, rumores como los siguientes: que soldados de la División Azul hayan sido detenidos y fusilados por espionaje; que la División Azul se encuentra en combate delante de San Petersburgo en un sitio peligrosísimo y que tuvo ya inmensas pérdidas; que en el frente de Kiev hayan muerto 600 hombres de la División, etc., etc., y otros rumores capaces de intranquilizar a los familiares de los soldados de la División Azul. Huelga decir que todos estos rumores carecen en absoluto de verdad y son puras invenciones de la propaganda inglesa.

Que eran invenciones de la propaganda inglesa era por completo cierto, ya que los ingleses tenían un nivel de información sorprendentemente bueno sobre la DA. Pero desde luego no debido a sus agentes en España, que los atiborraban de rumores que recogían, a cual más absurdo (a la vez que difundían otras consignas propagandísticas aún más absurdas). La fuente fiable de que disponían los británicos era la interceptación del tráfico radiado desde Berlín y desde el Cuartel General de la DA a Berlín, dando novedades sobre ella de manera casi diaria. Para ese tráfico se

usaban máquinas codificadoras Enigma, que los alemanes —y con ellos los españoles— consideraban absolutamente seguras, cuando en realidad eran decodificadas todos los días y a todas horas. La información así obtenida por los ingleses era tan exacta y precisa que bajo ningún concepto podía ser usada en las campañas propagandísticas, pues habría revelado que se estaban leyendo los mensajes supuestamente secretos.

Ni que decir tiene que todos los hechos citados pasaron desapercibidos para los voluntarios españoles, que tenían ante sí la perspectiva de marchas como nunca se habían realizado por soldados españoles desde que los Tercios de Flandes dejaron de recorrer el Camino Español entre sus bases en Italia y los campos de batalla holandeses. Había que mover 18.000 hombres y 6.000 caballos y un inmenso bagaje de armas, municiones y pertrechos durante casi 1.000 kilómetros, y en orden de combate, por lo que cada soldado llevaría a sus espaldas 30 kilos de peso.

Para que el lector pueda hacerse una idea del esfuerzo, vamos a usar el diario del ya citado capitán Camacho, que en cada jornada hacía constar los kilómetros recorridos a pie por sus hombres y la climatología reinante. El lector puede, con los datos que siguen, tratar de ponerse en la piel de uno de los soldados de esa compañía, que por cierto, eran relativamente afortunados, ya que para cada una de las armas de la compañía (ametralladoras pesadas y morteros) existía un carrillo de transporte que cargaba las armas, los repuestos y la munición. Para los fusileros normales no existían tales lujos.

El 29 de agosto, primer día de la marcha, el capitán anotó el recorrido: 36 km. El 30 fueron 40 km y el 31, otros 24 km. Se inició el mes de septiembre con otros 20 km recorridos el día 1, y los días 2 y 3 fueron de descanso. Hubo que volver a la ruta el día 4 (42 km), el 5 (35 km) y el 6 (38 km), para poder gozar el día 7 de otra jornada de bien merecido descanso. La caminata se reanudó el 8 (39 km), continuó el 9 (26 km), el 10 (34) y el 11 (36). El cada vez más deseado descanso no llegó hasta el día 12. Pero no era sino el prólogo a otras jornadas agotadoras, pues el 13 de septiembre se recorrieron 37 km, seguidos de 25 km (el día 14) y otros 26 (el 15). El día 16 también fue de marcha, pero Camacho no pudo anotar la cifra, ya que esa jornada no dispuso de mapa. Cuando llegó el descanso el día 17, lo que anotó el capitán no era menos relevante: hacía mucho frío. Esta característica, unida a la lluvia constante, se mantuvo al reanudar la marcha el día 18 de septiembre (38 km) y continuó el 19 (38 km) y el 20 (28 km). Así que cuando el día de descanso (el 21) se produjo una mejoría del tiempo, fue una gran alegría. Pero la climatología ya sería desde entonces un factor tan agobiante como las distancias: el 22 de septiembre se recorrieron 35 km; el 23 otros 34 km, con una lluvia intensa; y el 24 la misma cifra, pero ahora con mucho frío; el día 25 se caminó algo más (35 km) pero con mejor tiempo. Otra jornada de descanso (el 26) fue seguida de los 34 km recorridos el día 27 (con mucho frío) y de otros 34 el día 28. La unidad se detuvo el día 29 de septiembre. Si el lector es un atleta consumado, los datos hasta aquí expuestos quizá no le hayan asustado. A los mortales comunes solo pensar en ellos nos produce agotamiento. Inevitablemente hubo numerosas bajas entre los hombres, que se solventaban con un poco de descanso, pero para los caballos, deficientemente entrenados para su función de arrastre, y aún más deficientemente atendidos por personal que no tenía apenas idea de cómo hacerlo, fue más duro y fueron bastantes los que causaron baja definitiva. El teniente coronel Zanón, del Estado Mayor, resumió así la problemática a la que se tuvo que hacer frente:

¿Fue la falta de preparación de nuestras clases de tropa y de nuestros suboficiales, principalmente, a lo que se deben las bajas que en el ganado hubo? La Plana Mayor de Enlace [alemana] nos señalaba a diario faltas encontradas durante la jornada; hoy era un carro cocina que marchaba al trote; otro decía haber encontrado durante el descanso caballos atados a la rueda de un carro. Eran 6.000 cabezas de ganado las que llevábamos y tales detalles tenían que ocurrir; pero es lo cierto que las bajas en el ganado las tuvimos, principalmente, entre aquellos de procedencia yugoslava, que no respondían a tal esfuerzo. Las unidades alemanas, yo vi algunas, en las marchas cuidaban más al ganado, es cierto, y lo cuidaban con detalles que a la larga había de beneficiar, pero en ningún modo es achacable a la desidia y ni siquiera a la falta de preparación los resultados obtenidos; el ganado era malo, repito, y tenía que sufrir la consecuencia del esfuerzo exigido. Esto no quiere decir que en nuestra División tuviéramos personal idóneo en cantidad suficiente; es lo cierto que en nuestros Regimientos de Infantería no están acostumbrados a llevar 800 caballos, y por tanto veterinarios y herradores lo son en número pequeño. Nuestro Suboficial en Infantería tampoco está preparado para tal atención.

La marcha hacia el Este fue menos dolorosa para los escasos elementos motorizados de la DA, aunque dado que el parque de vehículos suministrados estaba compuesto en gran medida por vehículos civiles totalmente inadecuados, y las carreteras y caminos eran infernales, tampoco se trató de una experiencia agradable. Los numerosos efectivos ciclistas contemplaron con el lógico estupor que las muy pesadas máquinas que les habían entregado resultaban por completo inadecuadas para la geografía y la red viaria rusa, y más que ayudarles en su desplazamiento se convertían en un problema adicional.

Tras salir de Grodno se había avanzado hacia el nordeste en dirección a Vilna, donde no se llegó, porque antes se torció hacia Minsk, la capital de Bielorrusia, continuándose hacia el este, a través de Smogornie y Molododeczno. Fue el día 15 cuando los hombres de la DA entraron oficialmente en la URSS, según sus fronteras de septiembre de 1939. Se penetraba en lo que la propaganda comunista había descrito durante años como el «paraíso soviético» y la «patria del proletariado». En realidad, lo que los españoles pudieron ver con sus ojos nada tenía de paradisiaco, sino todo lo contrario, algo que reforzaría su anticomunismo. Minsk, la capital bielorrusa, fue la primera gran ciudad soviética que los españoles pudieron contemplar.

El general Varela, obsesionado con los peligros políticos que para él suponía la DA, hacía que le remitieran toda la información que sobre sus hombres se pudiera recopilar. A un repatriado durante las marchas se le interceptaron dos cartas que un divisionario remitía a España a través suya (por tanto, sin temor a la censura).

Después de recorrer cinco naciones hemos al fin llegado a Rusia (...). Mi reacción primera ha sido de asombro. El comunismo se halla tan distante de aquello que en su propia propaganda nos contaban, como de los téticos cuadros que de él nos pintaban las derechas. Hay en él una auténtica preocupación por la educación popular. He visto montones de bibliotecas de este tipo e intención. En ellas muy pocas novelas, muchísimos libros de vulgarización y nada que pueda suponer pornografía.

¿Se trataba de uno de los «rojos» presuntamente infiltrados en la División? Sin duda eso fue lo que imaginó Varela. Nada más lejos de la realidad. El mismo autor mandaba a sus familiares recuerdos de su piadosa visita al Santuario de la Virgen en Vilna, alababa a su jefe directo —un oficial que era falangista de la Vieja Guardia y persona de gran cultura, el médico valenciano Enrique Errando—, y afirmaba que —pese a su disgusto con muchos mandos militares de la DA y con los alemanes— «nuestro espíritu es magnífico [y] volveríamos cuantas veces hiciera falta». El autor —al que los agentes de información parecían desconocer por completo— era Carlos Juan Ruiz de la Fuente, que hasta el final de su vida militó en el falangismo más radical y revolucionario, y era capaz de apreciar en el régimen soviético lo que tuviera de justiciero.

Otros elementos políticamente más conservadores solo veían los aspectos más negativos. Era el caso del comandante Homar, un oficial del Estado Mayor, que recorría las columnas en marcha acompañado de Ali Gurki Mahometov, un tártaro de Crimea, antiguo coronel en el Ejército del zar, que había luchado en la Guerra Civil española como sargento y ahora lo hacía en la DA como intérprete. En la entrada de su diario correspondiente al 28 de septiembre (se había superado Minsk, y por Borisov se marchaba en dirección a Orsha y Smolensko) encontramos estos comentarios:

Con el alférez Ali Gurki (ruso) interrogo a varios rusos obreros. Dicen que bajo el régimen comunista viven muy mal y que odian a Stalin. Son obreros textiles y cobran 6 rublos diarios, mejor dicho cobraban porque ahora todo está parado, con lo cual no tenían ni para comer (equivalencia: 60 marcos). Dicen que solo viven bien los comisarios políticos y Ejército. Un oficial cobra unos 600 rublos. Si algún obrero ahorra algo, cuando tiene más de 200 rublos, se los quita el Estado (Homar, 2012).

En aquel inacabable caminar los españoles fueron rebasados por una división Panzer, que seguía la misma ruta. El hecho de que los alemanes tuvieran que enviar toda una división acorazada desde Polonia hasta el frente evidenciaba la absoluta penuria de medios de transporte ferroviario de los germanos, ya que tan largo trayecto dañaría y mucho a los vehículos de esa unidad, especialmente a los de cadenas, muchos de los cuales necesitarían largas reparaciones antes de ser operativos de nuevo. Pero lo único en que pensaron los españoles ante aquel espectáculo fue que los alemanes iban cómodamente a bordo de vehículos motorizados, mientras ellos se dejaban la piel andando.

La convivencia entre soldados españoles y alemanes apenas llevaba unas semanas de vida, y ya se detectaba el fenómeno típico cuando distintos ejércitos forman una coalición: los recelos mutuos, que pueden alcanzar proporciones alarmantes. Von Oertzen seguía mandando informe tras informe en los que presentaba a los españoles como una «caravana de gitanos», y desde luego las unidades españolas no marchaban con la proverbial «disciplina de marcha» de las tropas alemanas. Algunos hombres se deshacían de partes de su equipo, confiando en que una vez en el frente se les repondría. Mediante compra, trueque o incluso, mucho más raramente, mediante arbitraria requisa, conseguían alimentos para saciar su voraz apetito, que las escuálidas raciones alemanas no lograban calmar. Pero a los ojos de los españoles nada de esto tenía categoría superior a la de anécdota o chiquillada, mientras que los germanos se irritaban incluso por la falta de pulcritud con que los españoles llevaban los uniformes durante aquellas agotadoras jornadas a pie. Con todo, el general Muñoz Grandes no dudó en firmar un bando —que tenía fuerza de ley de obligado cumplimiento— avisando de que cualquier comportamiento inadecuado para con los civiles sería severísimamente castigado. Eran hechos que ocurrían, es evidente, pero no menos evidente es que se intentaba cortarlos de raíz. Lo que está fuera de duda es que esos comportamientos de los españoles no iban a tener ningún efecto sobre el curso de la guerra. Y en cambio, algunos espectáculos que contemplaron los españoles sí que podían resultar de la mayor trascendencia a la hora de decidir la suerte del conflicto. El voluntario español Alberto Coscolla contempló horrorizado el trato que los alemanes daban a las inmensas columnas de prisioneros rusos que eran encaminados hacia el oeste:

Un soldado alemán irrumpió feroz en el grupo de prisioneros de guerra y, de un puntapié, lanzo por los aires la lata donde se cocían patatas con piel. El grupo de rusos, con expresión de reprobación y dolorida sorpresa, extinguió un ademán de protesta,

ante los gritos del alemán que, secundado por otros guardianes, levantó su arma hacia ellos, en actitud ofensiva. Voces de mando imperiosas, con sonido a metal, pusieron en movimiento, a lo lejos, la cabeza de la larga columna de prisioneros, que lentamente se incorporaban a la caravana, que se arrastraba por el asfalto pesadamente, como una gigantesca boa estirada. El oficial alemán no castigó al desalmado soldado. Si los cautivos hubieran sido belgas, franceses o ingleses, quizás, el oficial hubiera corregido al soldado con un buen puñetazo.

¿Estaba perdiendo Alemania la guerra recién iniciada por culpa de este soldado y quienes obraban como él? Desde el bien cortado cuero de sus botas, pasando por el excelente cinto que ceñía su talle, el fino paño de su uniforme «feldgrau», su reloj de pulsera, su estilográfica y su máquina de retratar, todo mostraba que ese soldado era más rico que el alcalde de una ciudad soviética. Y él, ante aquellos paupérrimos pueblos y aldeas, con sus míseros, humildes y atrasados campesinos, ante ese Ejército cautivo o en retirada, mordió el anzuelo que los mismos rusos le tendieron, cegado por su soberbia. Una soberbia que le impedía ver más allá del miserable paisaje de casas y seres. Una soberbia que no le dejaba escuchar los corazones que pudieran latir bajo aquella costra de miseria (Coscolla, 2007-2008).

Los españoles ya habían visto muchas cosas desagradables, como el trato discriminatorio a los polacos, un pueblo con el que establecieron inmediatamente relaciones de simpatía en virtud de las comunes creencias católicas. Con los judíos de las zonas que atravesaron habían establecido relaciones tan amigables como para provocar las iras de la Plana Mayor de Enlace alemana. Les provocó una profunda repugnancia la práctica alemana de ahorcar a partisanos y colgarlos en plazas públicas, que los españoles pudieron contemplar en alguna localidad, aunque el recuerdo del brutal atentado sufrido por el Batallón I/263.º al inicio de las marchas hizo que muchos pensasen que la amenaza partisana quizás exigiese medidas como aquellas.

Pero el brutal trato infringido a los totalmente indefensos prisioneros de guerra les resultó especialmente doloroso. Y lo que afirmaba Coscolla de que con detalles como este se estaba perdiendo la guerra, no era ningún despropósito. En el verano de 1941 la Wehrmacht literalmente trituró al Ejército Rojo, pero el Tercer Reich fue incapaz de ofrecer a los rusos y a las demás naciones de la URSS una perspectiva de liberación, un mínimo de garantías sobre su futuro, y por el contrario empezó a tratar a las poblaciones conquistadas y a los prisioneros de manera brutal. Muchos años después que Coscolla, el coronel norteamericano Trevor N. Dupuy, uno de los grandes analistas de la historia militar escribió estas palabras en una obra colectiva:

Cuando Alemania invadió Rusia en 1941, una gran proporción de los casi 200 millones de habitantes de la URSS detestaba al cruel régimen comunista de Stalin (...). Si Hitler hubiera pretendido explotar estos sentimientos, los alemanes habrían sido recibidos como liberadores y habrían ganado el apoyo activo de gran parte de la población de las regiones que conquistaron y habrían obtenido la desertión de miles de soldados del Ejército Rojo (...). Es difícil evaluar hasta qué punto una política alemana más esclarecida, que ofreciera la «liberación», habría tenido éxito. Pero es creíble, con todo, que esto mismo hubiera bastado por sí solo para asegurarle a los alemanes una victoria total en 1941 o 1942 (Dupuy, 1978).

Y, desde luego, Dupuy no es el único que ha sostenido algo similar. Los españoles no llegaron a contemplar ningún episodio de asesinatos en masa de civiles por parte de efectivos alemanes, ni nadie les habló de ellos. Puede sorprender, porque en las cercanías de las rutas que atravesaron se habían cometido algunos. Pero no es menos cierto que al cruzar Minsk tampoco les había hablado nadie de las atroces carnicerías perpetradas años atrás por los comunistas en las inmediaciones de esa ciudad, exactamente en el bosque de Kurapaty. Aquel fue el escenario, entre 1937 y 1941, de espantosas matanzas en masa, como quizás no haya habido iguales en el mundo, ya que se habla de hasta 250.000 asesinados. Pues bien, ni los españoles que pasaron por las inmediaciones, ni tampoco los alemanes, que estuvieron en la ciudad hasta 1944, supieron de

ellas. Que los españoles pasaran a cierta distancia de escenarios de crímenes y los desconocieran por completo no tiene nada de extraño.

En cualquier caso, el que los españoles robaran al pasar algunas gallinas no iba a tener mayores consecuencias. En cambio, la brutalidad con la que se trataba a los civiles y prisioneros soviéticos pasaría factura. Hay autores españoles que sugieren que palabras como las de Coscolla solo se escribieron después de la guerra, y a modo de artimaña exculpatoria. Es un craso error. De la misma manera que tras la instrucción en Grafenwöhr se envió de vuelta a España a quienes no reunían las cualidades físicas necesarias, las durísimas marchas ocasionaron la repatriación de otros numerosos divisionarios. Al llegar a la frontera hispano-francesa, agentes de policía del Servicio de Información de la Dirección General de Seguridad les sometían a discretos interrogatorios (haciéndose pasar simplemente por curiosos) para que contaran todo lo que habían visto. Esos informes acababan en las mesas de algunos líderes españoles, y entre ellos en la del general Varela. Gracias a la accesibilidad de su archivo, sabemos muy bien que —desde el primer momento— los divisionarios repatriados al llegar a España expresaron siempre su sorpresa e indignación por la brutal política de ocupación alemana (Caballero, 2016-b).

Pero, superando el disgusto que les producía la contemplación de esos comportamientos alemanes, cuyo alcance no comprendían, los soldados españoles seguían su caminata hacia el Este. Todos los soldados del mundo cantan. Especialmente cuando marchan. Y los de la DA no eran una excepción, desde luego. Las polémicas entre militares y falangistas en el seno de la unidad se traslucían también en este tema. Los oficiales deseaban que se cantaran las canciones tradicionales de la infantería española, y aún más las de la Legión. Pero los falangistas se empeñaban en cantar a todas horas sus himnos, especialmente, claro está, el «Cara al sol». Era necesario encontrar alguna canción asumible para todos. Aunque a los divisionarios de a pie la expansión territorial les era bastante indiferente (con la salvedad de la recuperación de Gibraltar), no ocurría así con algunos de los militares presentes en la unidad, empezando por el general Muñoz Grandes, que estaba convencido de que España debía aprovechar la ocasión de la guerra para ampliar su territorio. Por eso aparecieron canciones como esta, que los oficiales intentaron que cantaran sus hombres:

En las estepas de Rusia/ España lucha con ardor/ unida con Alemania/ por una Europa mejor.  
Y cuando a España volvamos/ de nuevo queremos luchar/ y al inglés echaremos/ del Peñón de Gibraltar.  
Nuestro grito de victoria/ en el mundo entero lo oirán/ cuando recuperemos/ todo Marruecos y Orán.  
Solo esperamos la orden/ que nos de nuestro General/ para borrar la frontera/ de España con Portugal.  
Y cuando eso consigamos/ alegres podremos estar/ porque habremos logrado/ hacer la España Imperial.

No parece haber sido muy apreciada, la verdad sea dicha. La que sí consta que los divisionarios cantaban con regocijo es otra, que solo resulta comprensible si tenemos en cuenta su clave burlesca, ya que hacía mofa de tanta grandilocuencia. Omitiendo las estrofas cuya letra servía tan solo para dar ritmo, el irónico texto era el siguiente.

Ahora que Franco ha ganado la guerra/ volveremos a empezar/ tomaremos Gibraltar/ y si nos faltara tierra/ tomaremos Inglaterra.  
Si nos da por la elegancia/ tomaremos toda Francia/ Montados en una barca/ tomaremos Dinamarca/ Tomaremos porque sí/ el imperio marroquí.

Entraremos en la estepa/ gritando Viva la Pepa/ Cuando entremos en Moscú/ tomaremos un vermú/ al entrar en Leningrado, tomaremos un helado.

Rusia es cuestión de un día/ para nuestra infantería./ pero acabaremos antes/ gracias a los Antitanques.

Y al volver de nuevo a España/ tomaremos una caña/ tomaremos un tranvía/ porque ya viene mi tía./ fumaremos un pitillo/ que nos regala el Caudillo.

Los españoles estaban ya muy cerca de Smolensko, la última gran ciudad rusa antes de Moscú. De hecho un puñado de españoles —y españolas— llegó hasta allí: los médicos y las enfermeras destinadas a organizar el hospital de evacuación español, que acogería a las bajas que se produjeran en la DA en el momento del asalto a la capital rusa. El día 24 de septiembre el general Strauss, comandante del 9.º Ejército Alemán, recibió en su cuartel general a Muñoz Grandes, ya que la DA finalmente había sido puesta bajo su mando, para el momento en que empezara el asalto a Moscú.

Pero la historia iba a ser muy distinta. Si los alemanes se imaginaron en un primer momento a los españoles operando en Ucrania y alcanzando el Cáucaso, y después los destinaron a Moscú, finalmente los azares típicos de la guerra los iban a ubicar muy lejos de aquellos escenarios: en la Rusia septentrional. El ya citado periodista catalán Garriga, que alardeaba de su profundo conocimiento de las relaciones hispano-alemanas escribió que «todavía nadie ha sabido explicarme por qué se destinó a la División Azul al sector más frío de toda Rusia», una pregunta retórica que equivale a decir que los alemanes ubicaron deliberadamente a los españoles en un sector que era el climatológicamente menos adecuado para ellos, lo que sería otra prueba más de desprecio. De hecho, la propaganda soviética que se dirigiría contra las líneas divisionarias insistía machaconamente en esa misma idea.

Explicar ese destino final exige conocer mínimamente los planes de guerra alemanes en ese momento. De los tres grupos de ejércitos alemanes lanzados al asalto de la URSS, el Norte era el más débil (18.º y 16.º Ejércitos y 4.º Grupo Panzer) y debía dirigirse a Leningrado. El día 8 de septiembre el Grupo Norte había obtenido una gran victoria al ocupar Schlüsselburg, en la ribera meridional del Ladoga, dejando cercada la antigua San Petersburgo, capital de los zares y cuna de la revolución bolchevique. Los soviéticos no estaban dispuestos a tolerar su caída en manos alemanas, y el mariscal Zhúkov fue encargado de su defensa. Al sur del Ladoga amasó todas las tropas soviéticas disponibles en el sector para romper el cerco, cortando el estrecho pasillo por el que los alemanes habían alcanzado el lago. Si lo lograban, causarían una grave derrota a los alemanes que, por ser junto a Leningrado, tendría gran eco. Simultáneamente, Hitler exigió al Grupo de Ejércitos Norte que cediera a su 4.º Grupo Panzer, para que participara en el asalto a Moscú. Ante las protestas del mariscal Von Leeb, jefe del Grupo Norte, que veía cómo se debilitaban sus efectivos en un momento de grave crisis para sus tropas, Hitler le prometió enviarle tres divisiones de infantería. Desde Alemania, y por vía aérea, se enviaría un regimiento paracaidista, mientras que dos divisiones de guarnición en Francia, la 227.<sup>a</sup> y la 212.<sup>a</sup> aprovecharían que buena parte del tendido ferroviario de los Países Bálticos era del ancho europeo y por tanto no había tenido que ser levantado y reconstruido, para viajar rápidamente hasta las proximidades de Leningrado. La tercera división iba a ser la DA, y se la eligió porque en esos momentos se encontraba en las cercanías de Orsha, y por tanto de Vitebsk, ciudad por donde pasada un eje ferroviario que conducía desde Rusia Central a Leningrado. Ese eje no estaba siendo reestructurado en su ancho, pues, corriendo en dirección norte-sur y no oeste-este, no era

vital para la logística alemana. En cuanto al hueco que así iba a dejar la DA, podía ser cubierto por la 183.<sup>a</sup> División. Como vimos, los españoles lograron que se les cediera a ellos el derecho a partir primero en la marcha hacia el frente, de manera que la 183.<sup>a</sup> marchaba tras la DA. Dado que el Grupo de Ejércitos Norte estaba muy debilitado, se le había ordenado dirigirse hacia él, y en esas fechas se encontraba algo más al este de los confines entre Letonia y Rusia. Como los españoles estaban en mejor situación para alcanzar la zona de despliegue del Grupo de Ejércitos Norte, a ellos se les ordenó virar hacia el norte y viajar en tren, mientras que a la 183.<sup>a</sup> se le ordenó virar al sureste y —siguiendo la marcha a pie— incorporarse al Grupo de Ejércitos Centro.

Por esos azares del destino, la fecha en la que Muñoz Grandes había acudido a conferenciar con el jefe del 9.º Ejército, el día 24, fue exactamente la misma en que Hitler le prometió refuerzos a Von Leeb, y la DA era parte de ellos. Luego la sorpresa del cambio de rumbo no pudo ser más grande para los españoles, desde su general al último soldado. Cuando el día 26, y habiendo sobrepasado casi toda ella la ciudad de Orsha, la DA disfrutaba de un día de descanso, llegó la noticia: la unidad debía invertir el rumbo, y torcer hacia el norte en dirección a Vitebsk, donde sería embarcada en tren con destino al Grupo de Ejércitos Norte. Los cada vez más irritados españoles no salían de su asombro: les pareció una burla que tras andar centenares de kilómetros hacia la capital rusa ahora debieran partir hacia el norte, privándoles así de participar en la que suponían inminente y victoriosa batalla de Moscú. Como las razones estratégicas se les escapaban a los soldados, y aun a la mayor parte de los oficiales, que desde luego ignoraban qué le estaba ocurriendo al mariscal Von Leeb, estos desarrollaron explicaciones, en realidad pueriles, centradas en la mala fe de los alemanes, para explicarse a sí mismos el hecho. La guerra parecía a punto de acabar. El 19 los alemanes habían obtenido una de sus más sonoras victorias, entrando en Kiev. Mientras se sucedían los combates que parecían decisivos, la sensación que tenían muchos españoles de que vagaban por Rusia sin dirección aparente encendió los ánimos de muchos, con las consecuencias que comentaré aquí abajo.

Tras invertir el sentido de la marcha y girar después hacia Vitebsk, las unidades fueron acampando en sus inmediaciones a la espera de que se organizara el oportuno transporte ferroviario. Las operaciones de embarque de las tropas españolas rumbo al norte se iniciaron el día 28 y duraron hasta el 9 de octubre. El punto de destino era Dno, a donde llegó el primer convoy español el día 2 y el último el 12. A la vez los escasos medios motorizados formaron una columna que viajó por carretera, también hasta Dno. Aunque en ferrocarril en principio era un viaje relativamente corto, la saturación de la vía y los incipientes ataques partisanos hicieron del viaje una experiencia larga y penosa. Algunas unidades tuvieron que pasar mucho tiempo detenidas en Novo-Sokolniki, y la rabia contenida de muchos españoles, más un frío que ya era tremendo, y la falta de suministros, condujo a que algunas tropas buscaran por su cuenta medios para calentarse y comida. A los ojos de algunos policías militares alemanes, aquello parecía casi un motín. La continuación de la marcha en tren acabó con este brote de indisciplina.

Las unidades desembarcadas en Dno empezaron a avanzar de nuevo en marcha a pie, a través de Stoltzy y Schimsk, hacia Nóvgorod, partiendo de Dno las primeras unidades el día 2 de octubre y llegando a la zona de Nóvgorod las últimas el día 19. Unas pocas unidades afortunadas realizaron ese trayecto por vía férrea, mediante una vía transversal, desembarcando en Podberesja. Desde el 7 ya había elementos avanzados de la DA en la zona de despliegue, al norte

de Nóvgorod. Era la única división que iba a reforzar al 16.º Ejército, cuyas tropas desplegaban al norte y el sur del lago Ilmen. Las otras dos divisiones enviadas a Von Leeb fueron encuadradas en el 18.º Ejército, que asediaba Leningrado (las últimas unidades en llegar de la 227.ª División lo hicieron el 8 de octubre; por su parte, las primeras unidades de la 212.ª División arribaron el 12).

Quienes estaban muy al día de todos esos movimientos eran los británicos, gracias a la interceptación de los mensajes mediante Enigma. Por ejemplo, en el resumen de información obtenida por ese medio del 29 de septiembre leemos:

El día 26 de septiembre el agregado militar [español] en Berlín informó [a Madrid] que la División Azul había embarcado en tren en Orsha y era dirigida hacia el norte. Opinaba que la División sería encuadrada en el 16.º o el 18.º Ejército y que sería usada en luchas defensivas al sur del Ladoga, donde según él, los rusos están ejerciendo gran presión y contraatacando con 15 divisiones. La comunicación con la División no será posible hasta que no desembarque. El agregado militar enfatizaba en la necesidad de mantener secreta esta información.

Pese a todos los pesares de la larga marcha a pie, la sensación de que finalmente llegaban al frente elevó la moral de los voluntarios, que sentían que había llegado «la hora de la verdad». Salvador Zanón reflejó en su diario el ambiente reinante en su unidad, el Batallón III/263.º:

13 de octubre. Esta mañana hemos avanzado unos cuantos kilómetros y ya estamos otra vez parados. Menos mal que ayer tarde se celebró en grande la Fiesta de la Raza, gracias, precisamente, a que habíamos estado quietecitos. Es decir, que algo hay que agradecer a esta lentitud. Y en verdad que nunca fue para mí más emocionante, ni creo que lo volverá a ser jamás, la conmemoración del Descubrimiento.

Vamos en este tren medio Batallón: la 9.ª y la 12.ª Compañías; y no sé de dónde llegaron hasta nosotros el coronel Vierna, la Plana Mayor y un Grupo de Artillería casi en pleno. Lo cierto es que después de comer nos reunimos en un gran círculo presididos por el propio jefe del regimiento, organizándose una auténtica fiesta folclórica. Todos éramos actores y espectadores a un tiempo; cada uno salía a lucir sus habilidades y principalmente a cantar. Como donde hay españoles no pueden faltar las guitarras, estas y las palmas eran el acompañamiento. Rasgó valiente el aire de Rusia una jota aragonesa; luego surgieron Navarra, Castilla, las Vascongadas, Andalucía... ¡Toda España! El gesto noble, austero y sereno del coronel era su personificación. No recuerdo haberlo visto antes, o si lo vi, no me impresionó en absoluto; en cambio ahora no sé qué había en su aspecto, tan digno y señor, que simbolizaba para mí a la raza que cuatro siglos y medio antes descubría un Nuevo Mundo. Y así, para que el momento resultara pleno de contenido, no faltaron los hispanoamericanos a la cita, lanzando al aire las canciones de su tierra para que se confundieran con las de los que les dieron origen.

Fue verdaderamente emocionante; nos sentíamos más españoles cantando desde aquí a la Virgen del Pilar, a la Patria, a la novia, a la guerra. Ayer el cielo estuvo despejado y mirábamos el sol que nos veía a nosotros y a España, para que llevara a ella más de prisa nuestros pensamientos; para ella vivimos y por ella moriremos; son soldados hispanos los que llenan con sus voces calientes los aires fríos de Rusia; «mitad monjes, mitad soldados», cantamos a España cuando vamos a luchar contra el Anticristo. Con el correo llegó la hora de revelar las guardias. Después de entregarme dos cartas, el cabo me indicó que era mi hora. Mientras iba hacia el puesto las leí y se me humedecieron los ojos; luego, «con el arma al brazo», bajo la impresión de su lectura, oía cómo continuaba la fiesta, sencilla y simbólica, y vi cómo el sol se inclinaba hacia Occidente para llevar a España, a América, el saludo de unos hombres de su raza, fuerte y aventurera, que a muchos miles de kilómetros las sentían tan cerca, tan cerca. Como si las hubiese visto reflejadas en los mismos ojos de un coronel hispano (Zanón Mercado, 2011-2012).

El relevo de los efectivos alemanes se realizó escalonadamente, conforme iban llegando las unidades españolas. El día 7, la artillería española empezó a relevar a elementos del regimiento artillero de la 126.ª División alemana. Al día siguiente los españoles tenían sus primeros heridos por fuego artillero soviético. El 9 el Cuartel General español tomaba asiento en la aldea de Grigorovo, al oeste de Nóvgorod. Pero fue el día 12 cuando se inició el relevo a gran escala de

unidades de infantería: dos batallones del Regimiento 262.º fueron los primeros en ocupar las posiciones hasta entonces guarnecidas por alemanes del 30.º Regimiento (de la 18.ª División Motorizada). El resto de los batallones y grupos españoles fueron entrando en posición conforme iban llegando al frente. El 12, día de la Virgen del Pilar, o Fiesta de la Raza como se decía entonces, que conmemoraba el Descubrimiento de América, tenía tan fuerte simbolismo para los españoles que no faltaron los que vieron en ese hecho una señal de la Providencia, y no es de extrañar que ese día fuera el que se decidiera escoger como fecha oficial del inicio del ciclo operativo de la DA.

Atrás quedaba una marcha iniciada el 27 de agosto y en la que, por redondear, los voluntarios habían recorrido 1.000 kilómetros a pie. Un divisionario «de a pie» había invertido 53 días en llegar hasta el frente: viajando nueve días en tren hasta los confines de Prusia y Polonia, 31 días andando a pie —alguno descansando— por Polonia, Lituania, Bielorrusia y Rusia; y otros 13 días en tren y andando hacia el norte. Aparte de la dureza intrínseca de la marcha a pie, o del viaje en los vagones de carga, los voluntarios habían sufrido una climatología para ellos insospechada, con muchos días de lluvia intensa y un frío creciente, hasta tal punto de que antes de llegar a Nóvgorod ya hubo que evacuar a voluntarios por principios de congelación, que tuvieron que ser instalados en hospitales alemanes, porque hasta el día 14 no llegó a Porjov —donde iba a ubicarse— el personal que debía atender el hospital de evacuación español que iba a crearse en la inmediata retaguardia de la zona de despliegue de la DA.

Los hombres que estaban entrando en línea no pudieron enterarse, pero el día 9 de octubre Hitler había emitido un largo mensaje dirigido a sus soldados en el Frente del Este, que se publicó en prensa (la española lo reprodujo en sus ediciones del día 10). Vale la pena citar varios párrafos porque nos recuerdan qué tipo de interpretación de los hechos era la que difundía la propaganda alemana (y llegaba a oídos españoles):

¡Soldados del Frente del Este! Lleno de preocupaciones por la existencia de nuestro pueblo decidí el 22 de junio (...) prevenir a última hora el amenazador ataque del enemigo, proyectado por los potentados del Kremlin, que como hoy sabemos, hubiera podido aniquilar no solamente a Alemania, sino a Europa entera. ¡Camaradas!, desde entonces habéis podido comprobar dos cosas. Primero, que este enemigo se había preparado para tal ataque de una manera formidable que nuestros cálculos más extremados se vieron superados; y segundo, lo que hubiera sido de nuestro mundo civilizado si este enemigo bárbaro hubiera podido poner en movimiento sus 10.000 carros blindados (...) ¡Camaradas!, habéis podido ver con vuestros ojos el «paraíso de obreros y campesinos» (...) [donde] reina una miseria que apenas podemos concebir (...). Habéis hecho más de 2.400.000 prisioneros y aniquilado o capturado más de 17.500 carros y más de 21.600 cañones (...). El mundo jamás había visto algo parecido.

Hitler citó a sus aliados, finlandeses, rumanos, italianos, húngaros y eslovacos, y por vez primera aludió a las tres legiones voluntarias nacionales que en esa fecha estaban a punto de incorporarse a la batalla:

Las unidades española, croata y belga se unieron ya a nuestras fuerzas y otras vendrán todavía. Porque esta lucha es considerada, por primera vez quizás, como una acción colectiva para salvar al continente civilizador por excelencia.

Aunque había párrafos de la proclama cuyo contenido tendría las consecuencias terribles que ahora todos conocemos (alusiones al carácter «bestial» de los soldados enemigos, y caracterización como judíos de los dirigentes soviéticos), en conjunto la proclama hablaba de una

lucha defensiva y paneuropea, que además estaba a punto de concluir en victoria. En España, la alusión a nuestros voluntarios provocó entusiasmo. También citaba expresamente el discurso que con la derrota, ya inevitable, del Ejército Rojo y de la URSS, Gran Bretaña se quedaba sola y sin esperanza. Para quienes en España pensaban que el camino para recuperar Gibraltar pasaba por las estepas rusas, era una esperanzadora perspectiva.

El electrizante ambiente que había presidido la creación y la despedida de la DA no se había evaporado. El mucho más pequeño contingente de aviadores españoles que iban a participar en la campaña finalmente abandonó Madrid el 24 de julio y fue clamorosamente recibido en Berlín el día 27, donde su desfile por las calles de la ciudad provocó entusiastas aplausos de sus habitantes. Aunque el personal de vuelo había sido elegido exactamente en base a su experiencia con los aviones Messerschmitt 109 (se habían empleado ya en España y eran los aviones que dotaban las unidades de caza alemanas) los mandos de la Luftwaffe sometieron a los españoles a un largo periodo de instrucción, que irritó extraordinariamente a nuestros pilotos que deseaban partir inmediatamente al combate, y que solo acabó el 19 de septiembre, cuando sus efectivos aéreos recibieron orden de volar hacia el este. Oficialmente quedaron encuadrados como 15.<sup>a</sup> Escuadrilla (española) de la 27.<sup>a</sup> Ala de Cazas: la 15. (Spanische)/ Jagdgeschwader 27.

El 2 de octubre tuvieron los pilotos españoles su primera baja, al estrellarse uno de ellos al aterrizar. Como se trataba de Luis Alcocer, hijo del alcalde de Madrid, la noticia tuvo un gran impacto cuando se conoció en España, ya el día 6. Todo el mundo sabía que la muerte en combate forma parte de la guerra, pero en esta los preparativos para atender a las bajas parecían estar sorprendentemente bien organizados, y así el día 7 la noticia que reproducía la prensa española era la de la inauguración, en una zona privilegiada de Berlín, de un excelente hospital de convalecientes para las bajas españolas. Parecía un perfecto ejemplo de previsión, porque de hecho el primer Parte Oficial de Guerra alemán que citó la participación en combate de la DA fue el del día 17: «En el sector norte del Frente del Este las formaciones de la División Española participan con éxito en los combates», se leía en él.

El punto exacto era la zona de Nóvgorod. Para la práctica totalidad de los miembros de la DA solo era un lugar más. Ignoraban que el destino les había llevado hasta una ciudad que los rusos consideraban la «cuna» de su nacionalidad. Por ello habían situado allí una impresionante obra artística, un gigantesco grupo escultórico que conmemoraba el Milenario de Rusia, situada en la Fortaleza (el Kremlin) de la ciudad. Pero bastante antes de tener ocasión de ver esa soberbia obra de arte, los españoles ya pudieron constatar que los rusos estaban dispuestos a pelear con uñas y dientes antes que apartarse ni tan siquiera unos kilómetros más al este de aquel lugar central en su historia, cuyo simbolismo era aún más grande porque desde allí habían partido el duque de Nóvgorod y Vladimir, Alejandro Nevski, para derrotar aplastantemente a los Caballeros Teutónicos en 1242, en la batalla del lago Peipus. Ningún ruso desconocía la historia de este hombre, que después sería rey y al que la Iglesia ortodoxa elevaría a la categoría de santo, porque con aquella victoria (y otra anterior sobre los suecos) «había salvado a Rusia», como se había repetido durante siglos. Aunque para los marxistas clásicos aquel hombre era una bestia feudal, elevada a los altares por la oscurantista Iglesia ortodoxa, su figura había sido «redescubierta», y si alguien había exaltado a Alejandro Nevski, ese era Stalin. En efecto, él había dado la orden de producir una espectacular película en honor de este rey y santo, una obra maestra dirigida por Eisenstein, estrenada en 1938, y que formaba parte de los «preparativos psicológicos» para ir

adoctrinando a la población para una guerra que Stalin sabía inevitable: la que le enfrentaría con los alemanes.

### III

## «¡NADA NOS IMPORTA EL FRÍO, TENIENDO LA SANGRE ARDIENTE!». GUERRA AL ESTE DEL RÍO VÓLJOV. OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1941

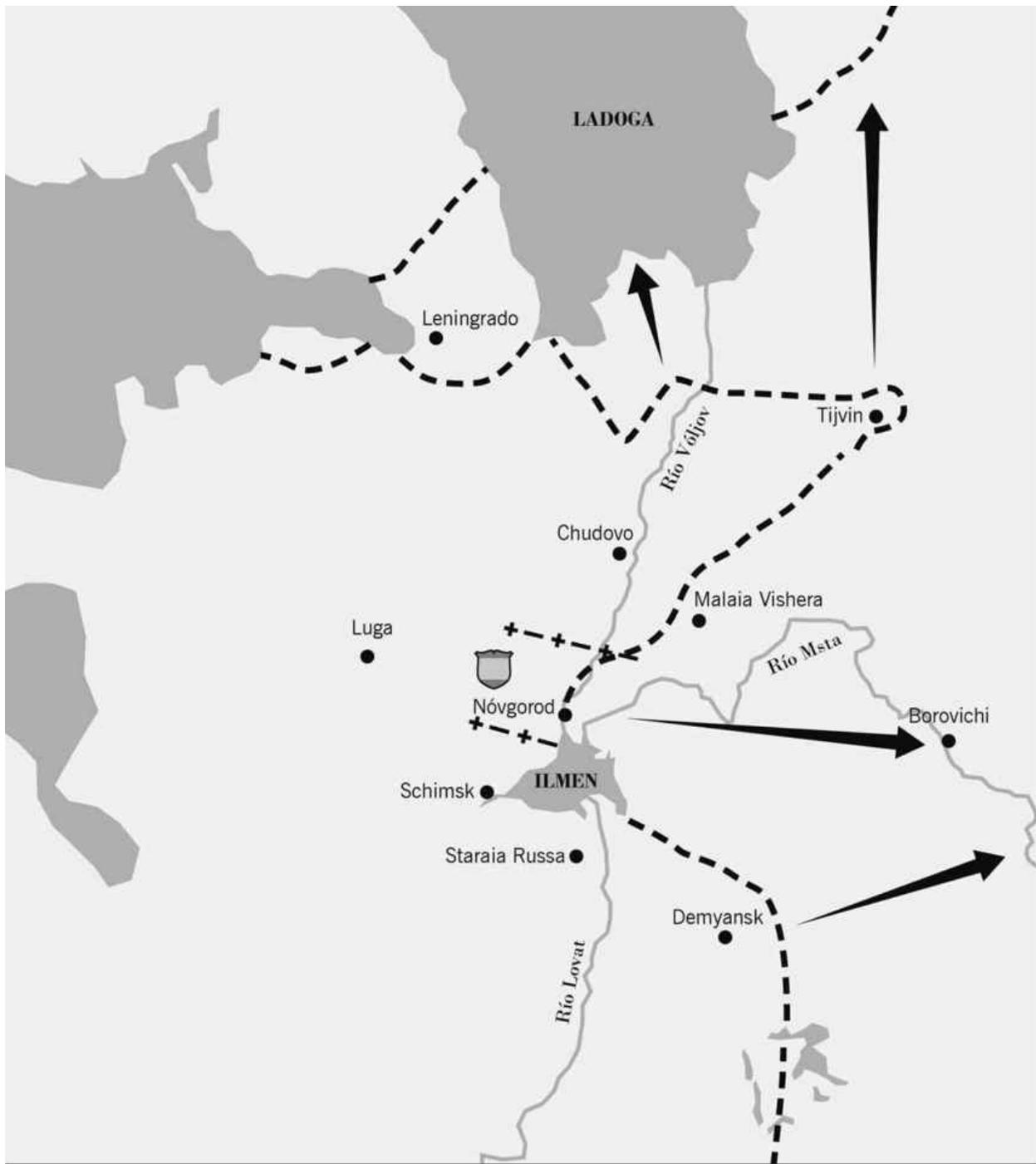
Esta empresa bélica diezmó a la mejor juventud falangista de la vieja Falange de José Antonio. Los García-Noblejas, los Matamoros y muchos más camaradas, quedaron enterrados en las tierras heladas soviéticas, lo que facilitaría el que la Falange pudiera ser encauzada por derroteros menos exigentes en relación con el estricto pensamiento de José Antonio.

MANUEL VALDÉS LARRAÑAGA, *De la Falange al Movimiento*

Me temo que incluso hoy en día, cuando afortunadamente disponemos de libros muy documentados sobre la gigantesca batalla librada en el Frente del Este entre la Wehrmacht y el Ejército Rojo, el sector del frente donde habían llegado los españoles, el del río Vóljov, sigue siendo poco conocido, aunque algún libro de reciente aparición puede corregir esa situación (Glantz, 2018). Entender cómo se desarrolló la contienda en el sector de la Rusia septentrional ayuda a comprender el papel militar de la División Azul, porque durante demasiado tiempo muchos han creído que se la destinó a un sector del frente de ningún interés, donde se la «aparcó», dado que los alemanes no tenían fe en ella. En realidad, en esa zona las batallas no fueron ni menos duras, ni menos trascendentes que en otros sectores del frente, aunque sean menos conocidas. Cuando llegaron los españoles, el río Vóljov marcaba el extremo del avance alemán en el sector nordeste de Rusia. Este curso de agua evacúa el agua del lago Ilmen hasta el lago Ladoga. Como casi toda la Rusia septentrional, era una región boscosa y lacustre.

Ya se vieron las razones por las que la DA abandonó el camino de Moscú y se la encaminó hacia el norte. Para solventar la grave amenaza que se cernía sobre sus tropas al sur del Ladoga, amenazadas por grandes efectivos soviéticos, el mariscal Von Leeb deseaba dar una batalla frontal que los liquidase. Pero Hitler impuso otra solución: lanzar un ataque desde las riberas del Vóljov en dirección a Tijvin, desde donde se continuaría en dirección al río Svir, que une el Onega con el Ladoga, para enlazar con los finlandeses, lo que completaría el cerco a Leningrado (la gran urbe ya estaba siendo suministrada por el Ladoga), y supondría embolsar a las tropas soviéticas que trataban de liberarla. Este eje ofensivo se complementaría con otro avance, este desde Nóvgorod hacia Borovichi, al este del Ilmen, que permitiría enlazar con las tropas alemanes que habían progresado al sur de ese lago, y así «taponar» el hueco que de hecho existía entre los grupos de ejércitos Norte y Centro, con el objetivo adicional de impedir que las tropas soviéticas que trataban de liberar Leningrado fueran retiradas hacia el sur, para participar en la defensa de Moscú. La instrucción remitida al Grupo de Ejércitos Norte ordenaba iniciar esa ofensiva el 16 de octubre. Hoy en día nos sorprende vivamente que se pensara que un plan tan audaz como este

podiera tener éxito, dado que las fuerzas alemanas habían alcanzado unos niveles alarmantes de agotamiento tanto en hombres como en recursos. La campaña de Rusia, planificada para que sus combates terminaran en seis semanas, duraba ya cuatro meses. En octubre hacía ya mucho tiempo que las unidades germanas no recibían ni refuerzos ni repuestos. Pero como el Ejército Rojo había perdido millones de hombres entre prisioneros, muertos y heridos, además de decenas de miles de tanques, cañones y aviones, los alemanes imaginaban que los soviéticos estarían aún peor que ellos, al borde de la agonía.



OFENSIVA ALEMANA AL ESTE DEL VÓLJOV (OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1941)

-  Fases previstas de la ofensiva que no se ejecutaron
-  Línea máxima alcanzada en la ofensiva
-  División Azul

La ofensiva se inició cuando la unidad que era la vecina septentrional de la DA, la 126.<sup>a</sup> División de Infantería, cruzó el Vóljov el día 16 de octubre, estableciendo una cabeza de puente desde la que empezaron a operar fuerzas motorizadas y Panzer, pero el progreso del contingente alemán hacia el nordeste fue muy lento, y Tijvin no cayó hasta el 8 de noviembre (no era una velocidad de *Blitzkrieg*). Y para ello los alemanes tuvieron que emplear todos sus recursos militares —terrestres y aéreos— disponibles en la zona del Vóljov (por lo que el avance hacia Borovichi ni se intentó), y en cualquier caso no lograron progresar desde Tijvin hacia el río Svir. Por el contrario, los soviéticos empezaron a lanzar grandes contraataques sobre el flanco meridional de la penetración sobre Tijvin (desde el 12 de noviembre) y sobre la ciudad en sí misma (desde el 19), de tal envergadura que desde el día 3 de diciembre el mariscal Von Leeb evaluó la posibilidad de regresar hasta las orillas del Vóljov y, en efecto, el día 7 ordenaba evacuar Tijvin. ¡Era la primera vez desde que empezó la campaña de Rusia que el Heer emprendía una retirada de tales proporciones! No, el sector donde se había enviado a los españoles no era un intrascendente e inmóvil sector del Frente del Este. Es sobre el trasfondo de esta ofensiva germana donde debemos estudiar el papel de la DA. Pero volvamos ahora al principio de esta última ofensiva alemana en Rusia septentrional.

Los mandos alemanes evaluaron dónde usar la unidad española dentro de aquel plan. Aunque tenía sus efectivos humanos completos, no ocurría lo mismo con su parque equino, y por ello difícilmente podría mover la artillería. Siendo además una unidad bisoña y existiendo la barrera idiomática, situarla en el eje central del avance sobre Tijvin sería temerario, y tras alguna duda, se la designó para participar en el ataque desde Nóvgorod en dirección a Borovichi. El «punto de esfuerzo principal» (el *Schwerpunkt* en la terminología militar alemana) debía ser el avance sobre Tijvin, y los medios y plazos de tiempo asignados al avance hacia Borovichi siempre dependieron de cómo evolucionara el avance sobre Tijvin.

El sector del Vóljov al norte de Nóvgorod era responsabilidad del I Cuerpo de Ejército alemán (parte a su vez del 16.º Ejército), la primera unidad de este tipo donde quedaron encuadrados los españoles. Pero de cara a la nueva ofensiva, el área de responsabilidad del I Cuerpo se trasladó hacia el norte, pues en el Vóljov meridional la actividad ofensiva sería ejecutada por el XXXIX Cuerpo Panzer —que protagonizaría el avance sobre Tijvin— y una entidad de funciones análogas a un cuerpo de ejército, pero con menor nivel de fuerzas, la llamada Agrupación Von Roques (por el nombre de su comandante). Cuando el día 10 de octubre el I Cuerpo emitió las órdenes para transferir la responsabilidad del sector a las unidades que le iban a relevar no podía ser más optimista sobre el futuro:

Debido al desarrollo rápido y favorable de la situación en el Grupo de Ejércitos Centro, el 16.º Ejército calcula que se producirán modificaciones en la actuación del enemigo en el Vóljov (...). Es seguro que el enemigo se verá forzado a retirar fuerzas considerables del frente del 16.º Ejército. También es posible una retirada enemiga a lo largo de todo el frente que ocupa nuestro 16.º Ejército hacia el este, en dirección al espacio profundo del territorio ruso.

La Agrupación Von Roques se creó el día 11 de octubre e inicialmente englobaba a la 250.<sup>a</sup> División, la DA, que estaba llegando al frente, y la 18.<sup>a</sup> División Motorizada, a la que iba a relevar, y que pronto iba a cambiar de encuadramiento. Junto con el XXXIX Cuerpo, esta

agrupación formaba el ala norte del 16.º Ejército, unidad que desplegaba al sur del Ilmen el grueso de sus tropas. La Orden nº. 1 de la Agrupación se emitió el día 13, y no era menos optimista que la anterior:

El enemigo enfrente del Grupo de Ejércitos Centro está derrotado y en gran parte aniquilado. Como consecuencia de este éxito, tuvo que replegarse también enfrente del ala sur del 16.º Ejército. Es posible que también se retire delante de otros sectores del frente del 16.º Ejército.

Dicho de otra manera, aunque los comandantes alemanes no ignoraban que sus tropas estaban exhaustas, confiaban en que no serían necesarios grandes combates. Con un poco de suerte, el enemigo abandonaría el campo de batalla sin pelear. La Agrupación iba a encuadrar finalmente a la DA y dos tercios de la 126.ª División alemana (el otro tercio estaba tomando parte en los combates en la ribera meridional del Ladoga). Los ataques hacia el este empezarán al norte de Nóvgorod, a cargo de la 126.ª División, como ya se ha indicado. La razón para ello es que se sabía que el enemigo estaba firmemente atrincherado al este de Nóvgorod, una especie de ciudad santa para los rusos, por la que habían peleado durísimamente los meses anteriores y de la que posiblemente no deseaban alejarse. Y justamente era allí donde se iban a desplegar los españoles. Se sabía también que los recién llegados españoles habían perdido parte de sus caballos, y con ellos sus carros. Por ello habían tenido que dejar en manos alemanas a lo largo de la ruta parte de sus módulos de munición. Así que la primera orden de la Agrupación para los españoles fue: «La 250.ª División española completará sus municiones y toda clase de medios de combate y procurará aumentar la capacidad de sus servicios de transporte al máximo posible».

Y así se hizo; de hecho hasta se desmontaron los equipos de radio de los vehículos del Grupo de Transmisiones 250.º para enviarlos a cargar a los parques de municiones alemanes. Por otra parte, la realidad era que la DA aún estaría llegando cuando el 16 se iniciara la ofensiva. El plan original alemán era que la 126.ª División cruzase el Vóljov y que parte de sus tropas girasen hacia el sur, avanzando por la estrecha carretera que pasaba por la aldea de Possad, en la ribera del Vishera, para alcanzar el cauce del Msta en Plaschkino (tanto el Vishera como el Msta eran pequeños ríos que vertían al Ilmen por su lado nororiental). En ese momento los soviéticos serían conscientes de que iban a quedar cercados en Nóvgorod, y además los españoles habrían terminado de desplegarse y se lanzarían al ataque.

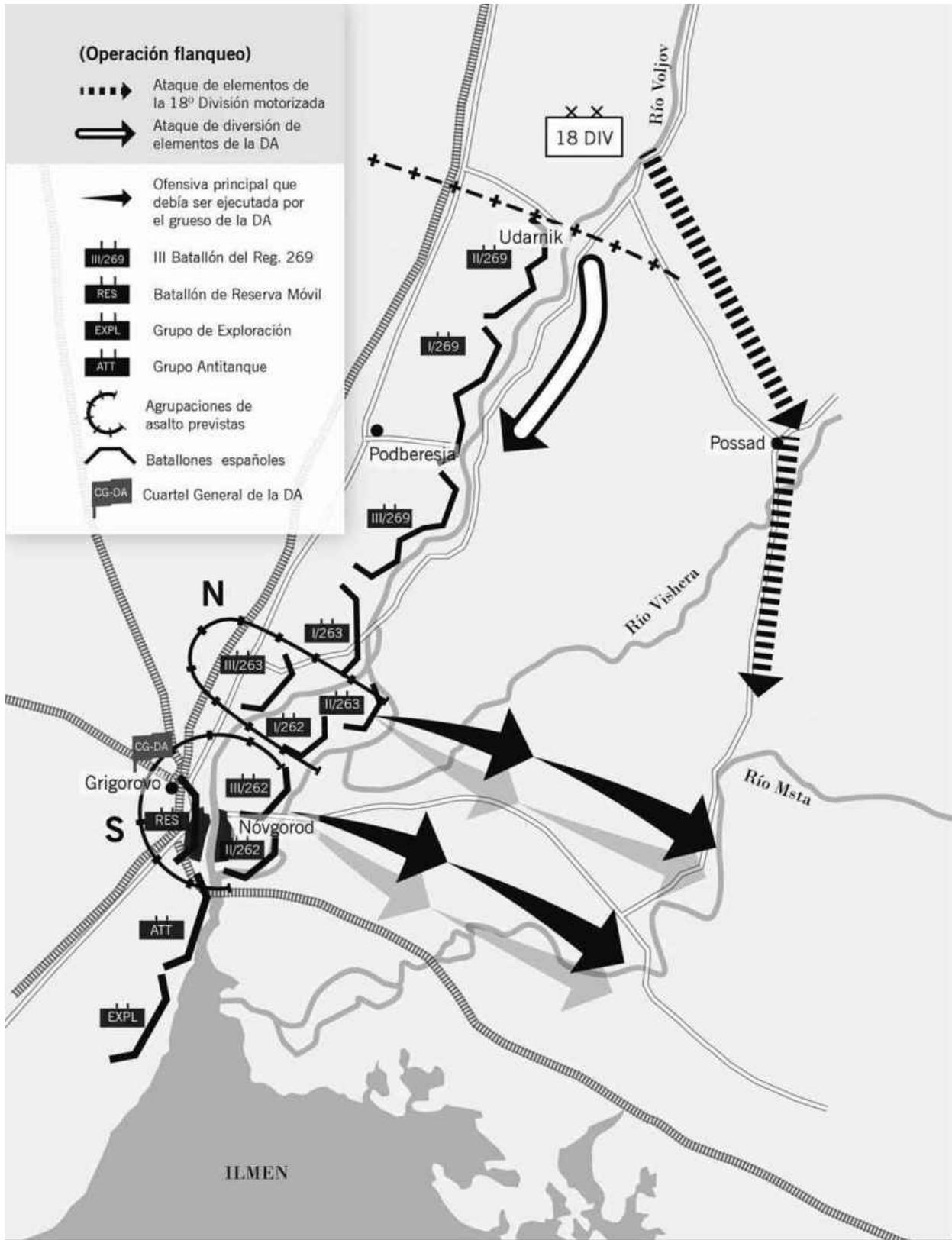
Nóvgorod se extiende en su mayor parte en la ribera occidental del Vóljov, pero también por la llamada Isla del Vóljov. Esta se forma porque, en su arranque desde el Ilmen, el Vóljov tiene dos brazos, el principal, que corre junto a la ciudad, y el llamado Pequeño Vóljov, más al este. La isla es llana y extremadamente pantanosa. Estaba ya ocupada por los alemanes cuando llegaron los españoles, y de hecho se la había conocido hasta entonces como «cabeza de puente» del Vóljov (una denominación que perdió su sentido en los días siguientes, cuando los alemanes y españoles cruzaron en masa ese río más al norte). Los españoles se asentaron en esa isla y también hacia el norte, durante bastantes kilómetros, en la ribera occidental del Vóljov. El despliegue adoptado por el mando español (que describiré siempre de norte a sur) se iniciaba en ese segmento del Vóljov, con el Regimiento 269.º del coronel Martínez Esparza (de norte a sur, ocuparon posiciones sus batallones II, I y III) y con el Batallón de Reserva 250.º disponible a su retaguardia. El Regimiento 263.º (coronel Vierna) era su vecino meridional. El Batallón I/263.º aún se desplegaba en la orilla

occidental del Vóljov, pero los batallones II y III ya estaban desplegados en la isla del Vóljov. A su retaguardia se acantonó el Grupo Antitanque 250.º La parte meridional de la isla estaba ocupada por los Batallones III y II del Regimiento 262.º con el Batallón I/262.º como reserva del sector. Al sur de Nóvgorod, para cubrir la ribera del lago Ilmen, se desplegó el Grupo de Exploración 250.º

**(Operación flanqueo)**

- ⋯➔ Ataque de elementos de la 18ª División motorizada
- ➔➔➔ Ataque de diversión de elementos de la DA

- ➔ Ofensiva principal que debía ser ejecutada por el grueso de la DA
- III/269 III Batallón del Reg. 269
- RES Batallón de Reserva Móvil
- EXPL Grupo de Exploración
- ATT Grupo Antitanque
- ⊙ Agrupaciones de asalto previstas
- ⋯ Batallones españoles
- CG-DA Cuartel General de la DA



**DESPLIEGUE INICIAL Y OFENSIVA PLANEADA HACIA BOROVICHI**

A espaldas de la primera línea española, junto a su artillería, sus zapadores y sus unidades logísticas, había unidades alemanas que debían apoyarles, concentradas a espaldas de los regimientos 262.º y 263.º. Además de todo un grupo de artillería ligera, eran tropas de zapadores que cumplirían misiones que estaban fuera de su alcance para el Batallón de Zapadores 250.º, por carecer este de los medios y efectivos necesarios para ejecutarlas: limpiar extensos campos de minas enemigos, construir puentes de gran capacidad y mejorar la viabilidad de algunas carreteras, tareas de las que se encargarían sendos batallones alemanes.

Pero de momento eran los alemanes de la 126.<sup>a</sup> los que debían operar. En efecto, el día 16 cruzaban el Vóljov y establecían una cabeza de puente en su ribera oriental. Para distraer efectivos enemigos, ese mismo día los españoles realizaron golpes de mano sobre las posiciones enemigas desde los sectores de los regimientos 262.º y 269.º, que se repitieron al día siguiente. Sirvieron para comprobar que la idea de maniobra alemana había pecado de optimismo, ya que como reconocía en su Orden nº. 2 la Agrupación Von Roques al acabar la jornada del 16, «los golpes de mano han dado a conocer que el enemigo sigue ocupando la margen este del río Vóljov con los mismos efectivos que hasta ahora».

Pese a esto, se pidió a los españoles que se prepararan para el ataque, y el día 18 el Estado Mayor de la DA remitía a sus unidades un muy detallado plan de operaciones. Acomodada al plan de la Agrupación, la idea de maniobra española incluía una operación de diversión, que ejecutaría el Regimiento 269.º, con su II Batallón, cruzando el Vóljov en su subsector más septentrional, para atraer fuerzas enemigas, pero el centro de gravedad estaría en el sector sur, donde —desde la isla situada entre el Gran y el Pequeño Vóljov— se lanzarían dos ataques para cruzar este último. El que se realizaría desde la parte norte de la isla sería encabezado por el Batallón I/262.º (hasta entonces en reserva) y el II/263.º, con el III/263.º en segundo escalón, mientras que desde la parte meridional de la isla atacarían los Batallones II/262.º y III/262.º, con el Batallón de Reserva 250.º en segundo escalón. Los restantes batallones (I y III del 269.º y I/263.º) permanecerían en sus posiciones. Cuando las tropas alemanas que debían llegar a retaguardia de Nóvgorod desde el norte, a través de Possad, se acercaran al río Msta, los españoles ya habrían roto las primeras líneas enemigas, y realizada la ruptura, los Grupos de Exploración y Antitanque 250.º ocuparían la vanguardia, seguidos de cerca por los regimientos 262.º y 263.º. Este conjunto avanzaría en dirección a la ciudad de Msta (que obviamente está en el río del mismo nombre), siguiendo la carretera que hasta allí conducía, lugar donde debían confluir con los elementos alemanes que llegarían desde Possad. Para entonces, el Regimiento 269.º ya habría aprovechado el hundimiento del frente enemigo para desplazarse hacia el sur y se colocaría en la retaguardia de la DA lanzada al ataque. Dándose por hecho que el enemigo carecía de reservas de importancia en la zona, el avance debía continuar al mayor ritmo posible en dirección a Borovichi.

La puesta en marcha de las distintas fases de este plan elaborado por el Estado Mayor de la DA debía esperar las instrucciones del Cuartel General de la Agrupación Von Roques, que ordenó establecer una cabeza de puente permanente española para el 19. En efecto, ese día, y tras varias jornadas realizando golpes de mano en la orilla oriental, el II/269.º cruzaba el Vóljov por Udarnik y establecía una pequeña cabeza de puente en torno a una loma, bautizada «Capitán Navarro» (en honor al primer oficial muerto en combate), rechazando intentos enemigos de desalojarlos. Tras

este éxito, la Agrupación ordenó a la 250.<sup>a</sup> División española que ampliara y consolidara esa cabeza de puente el día 20, y así se hizo.

Para que la cabeza de puente española se extendiera hacia el norte y enlazara con las que ya tenía establecida la 126.<sup>a</sup> División, Muñoz Grandes ordenó enviar allí el Batallón III/263.<sup>o</sup>, que en principio estaba reservado para el segundo escalón de ruptura de la ofensiva principal. Una de sus compañías, partiendo desde la cabeza de puente española, logró establecer contacto con los alemanes en Chevelevo. El general Von Roques ordenó a su vez ampliar cuanto antes la cabeza de puente española hacia el sur, avanzando a lo largo de la carretera que discurría pegada al Vóljov, ya que los avances alemanes previstos en el eje de Possad (más al este, alejados de la ribera del río), no estaban teniendo éxito. La tarea no era nada fácil, pues se estaba en plena *rasputitza*, la época del año en que el suelo se transforma en tal lodazal que es casi imposible avanzar. Además, el enemigo, al que de manera tan optimista se había supuesto dispuesto a abandonar la lucha, presentaba en realidad una defensa muy tenaz. Los españoles, que se movían hacia el sur pegados a la orilla, habían avanzado con sus dos batallones presentes (el II/269.<sup>o</sup>, compuesto por andaluces, y el III/263.<sup>o</sup>, integrado por aragoneses y catalanes) desde la Posición Capitán Navarro hacia las aldeas de Smeisko (día 20), Russa (21) y Sitno (22), pero en esta última los combates habían sido de gran dureza, y además la aldea de Tigoda, situada al este de esa población, no había podido ser tomada. Hacían falta más efectivos. Para reforzar las fuerzas propias, Muñoz Grandes envió otra unidad preparada para el segundo escalón de asalto en el ataque a lanzar desde Nóvgorod, el Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup> y zapadores, pero Von Roques le ordenó que dejara de debilitar las fuerzas previstas para ejecutar la ofensiva principal, que él ansiaba lanzar cuanto antes. Que el enemigo no se daba por vencido se vio con motivo de los durísimos contraataques que los Batallones III/263.<sup>o</sup> y II/269.<sup>o</sup> tuvieron que contener los días 22 y 23.

En aquel mes de octubre, la DA fue objeto de atención preferente en España. La revista *Ejército*, órgano oficial de esta institución, le dedicaba su portada, en la que aparecía un divisionario portando un banderín del SEU. La prensa diaria española recogió en primerísima plana los anuncios oficiales llegados desde Berlín, que hablaban de estos combates, aunque ya podemos imaginar que el secreto militar obligaba a una gran vaguedad en los detalles. Por ejemplo, esto es lo que se podía leer el día 24, en el *ABC*:

Berlín, día 23. La División Española de Voluntarios ha logrado nuevas victorias en las operaciones que se han desarrollado estos días en el sector septentrional del Frente Este. Según una información militar, los soldados españoles forzaron el paso de un río, después de fuertes combates, y establecieron y ampliaron una cabeza de puente a pesar de la tenaz resistencia opuesta por los rojos.

El día 25 la noticia era esta:

Berlín, día 24. El Comunicado Oficial alemán dice: «La División Azul española, al rechazar un gran contraataque soviético en el sector septentrional del frente oriental, ha ocasionado grandes pérdidas al enemigo y ha capturado varios cientos de prisioneros bolcheviques».

Así que el mismo diario, a toda plana y en primera página, insertaba este titular el día 26:

LOS VOLUNTARIOS ESPAÑOLES, SOLDADOS DE LA CIVILIZACIÓN, COMBATIENTES DEL NUEVO ORDEN EUROPEO, SE CUBREN DE GLORIA DERROTANDO A LAS FUERZAS SOVIÉTICAS.

Y, ya sin mayúsculas, aparecían varios subtítulos:

Una crónica de guerra de la prensa oficiosa alemana relata el heroísmo de los voluntarios españoles; Radio Berlín dedica encendidos elogios a nuestros voluntarios; El heroico falangista Javier García Noblejas, caído frente al comunismo.

Esta última noticia causó consternación, porque aparte del padre, eran ya varios los hijos de la familia García-Noblejas que habían muerto en España, víctimas de la persecución política o en combate, y los dos únicos supervivientes de entre los varones de la familia se habían unido a la DA, donde ahora uno de ellos encontraba la muerte. El día 29, también en primera plana, el *ABC* volvía a servirse del Comunicado Oficial alemán para hablar de hazañas protagonizadas por la División Azul, pero también por la Escuadrilla Azul. Parecía que cosas decisivas estaban a punto de ocurrir.

La realidad era más prosaica. Puesto que la 126.<sup>a</sup> División no había podido avanzar hacia Possad, finalmente se le encargó la misión a un coronel de la 18.<sup>a</sup> División Motorizada, Von Ermansdorff. Este formó un *Kampfgruppe* (grupo de combate) con su regimiento (el 30.<sup>o</sup> Motorizado) el grueso de un batallón de fusileros motociclistas, dos compañías de zapadores, una de antitanques y los oportunos elementos logísticos. Tras tomar finalmente Possad, debía seguir avanzando hacia el sur, para amenazar Nóvgorod desde el norte como ya sabemos. Buscando enlazar con estos alemanes que estaban progresando más al este, la Compañía 11.<sup>a</sup>/269.<sup>o</sup> (destacada por el Batallón III/269.<sup>o</sup>), atravesó los densos bosques partiendo desde la cabeza de puente española, hasta encontrar a los alemanes en el monasterio de Otenski, regresando después a Smeisko.

Ambos bandos recuperaban fuerzas para el próximo envite. Los españoles sabían que necesitaban ensanchar la cabeza de puente para hacerla viable, lo que exigía avanzar también hacia el este, alejándose de la ribera. Y los soviéticos estaban decididos a aniquilarla. El coronel Martínez Esparza hizo pasar de la ribera occidental a la oriental a su Batallón I/269.<sup>o</sup>, mientras Muñoz Grandes enviaba la 2.<sup>a</sup> Compañía de Zapadores española. En su Orden n.º. 7, emitida el 27, Von Roques establecía que «se utilizará la superioridad de la 250.<sup>a</sup> División sobre el enemigo, comprobada en los combates anteriores, para hostigarlo continuamente».

Ese día, Sitno volvió a sufrir duros ataques soviéticos, pero —tras ser rechazados— los españoles continuaron su avance hacia el sur (ahora encabezado por los batallones I/269.<sup>o</sup> y Reserva 250.<sup>o</sup>), en dirección a Dubrovka, y también hacia el este, ocupando el Batallón III/263.<sup>o</sup> la aldea de Tigoda.

Con cuatro batallones de infantería españoles operando ya en su cabeza de puente, hizo falta dividirla en dos sectores, el llamado «oriental» (con los batallones II/269.<sup>o</sup> y III/263.<sup>o</sup>) mandado por el teniente coronel Canillas, y el «occidental» (con los Batallones I/269.<sup>o</sup> y Reserva 250.<sup>o</sup>), bajo la autoridad directa del coronel Martínez Esparza. El 29, Canillas logró ocupar Nikitkino — otra de las aldeas ya alejadas de la ribera— con el III/263.<sup>o</sup>, pero el avance del I/269.<sup>o</sup> y el Batallón de Reserva 250 chocó en Muraveskaia con una posición infranqueable: Los Cuarteles. Era una solidísima y amplia construcción de ladrillo, un viejo cuartel zarista, que ofrecía inmejorables condiciones defensivas por su solidez, y dado que la franja de terreno despejado entre la orilla y los grandes bosques era muy estrecha y no permitía flanquearlo, no quedaba otra

opción que asaltarlo. En ello se empeñó, sin éxito y con aterradoras bajas, el Batallón de Reserva 250.º

Los españoles ya no lograrían progresar más hacia el sur. En los días anteriores, entre el 20 y el 28, se habían computado las siguientes bajas soviéticas: 310 muertos, 795 prisioneros y 75 desertores. Pero ahora los españoles estaban encajando también bajas inesperadamente altas. Algunas de falangistas muy famosos, como el teniente Julio García-Matamoros (caído el 21), eran recogidas inmediatamente por la prensa española. Era uno de los grandes líderes del SEU, y en un reciente congreso de esta organización estudiantil falangista, cuando un orador citó al régimen franquista como «nuestro Estado nacional-sindicalista», él alzó su voz para bramar: «Este Estado ni es nuestro, ni es nacional-sindicalista». Ya nunca volvería a intervenir en la política española.

Otras muertes eran de voluntarios menos famosos. Los diarios que llevaban muchos combatientes levantaron acta del momento. El vallisoletano Jesús Zaera había militado ya en la «prehistoria» del falangismo, en las JONS, desde 1931. Pero la Guerra Civil le sorprendió en Madrid, por lo que tuvo que servir en el Ejército Popular durante la mayor parte de ella (otra parte la pasó encarcelado cuando se descubrió su identidad). No había podido participar en los decisivos hechos de armas que protagonizaron los falangistas vallisoletanos al inicio del conflicto (la ocupación del Alto del León, en la sierra de Guadarrama) así que sin dudarlo se alistó en la DA. El 18 de octubre, en un sector donde aún no había habido combates de envergadura —el ocupado por el II/262.º en la isla del Vóljov— moría su camarada, el alférez Astruga. Así lo recogió en su diario:

Astruga, que se encontraba gravemente herido, ha muerto y le enterrarán hoy (...) ¿Por qué ha muerto él, que era uno de nuestros mejores camaradas, a quien sin duda le igualarían pocos en la División? Su muerte (...) nos recuerda los primeros desastres de la Guerra en España (...). Aquí en la fría estepa rusa como en los montes del Guadarrama, riegan con su sangre nuestros mejores camaradas, la semilla de nuestra revolución. Su muerte, une el comienzo de la lucha en España contra el comunismo con la etapa final de la misma, aquí en Rusia. Astruga, que durante toda la guerra en España, se comporta valientemente, y participa en numerosas operaciones, muere en esta segunda etapa, la final. Era uno de los treinta que ocuparon los primeros días de Agosto del 36 la «Casilla de la Muerte» en el «Alto [del León]». Era el amigo entrañable, el hombre de gran corazón, noble como la sangre castellana que corría por sus venas y seco como nuestra paramera. El tipo de un recio mozo de Castilla, con un corazón inmenso. ¡Qué enamorado estaba de Lourdes, su novia, y qué pena me da cada vez que me acuerdo de ella! (...) ¡Qué duro es este trance! ¿Por qué ha de morir él, a quien la vida le sonríe, que no tiene ya más preocupaciones que acabar la campaña para casarse y vivir tranquilamente en su hogar? (Zaera, 2014-2015).

El general Von Roques, que desde un observatorio pudo contemplar el épico y trágico intento de asalto de los españoles sobre Los Cuarteles comprendió que el asalto sería imposible sin apoyo aéreo, pero la Luftwaffe estaba concentrada en el avance sobre Tijn. Por tanto, permitió que el Batallón de Reserva 250.º se detuviera en aquel punto, a la espera de conseguir algún apoyo. Al este de esa posición, en la aldea de Nikitino, los españoles del Batallón III/263.º empezaron a padecer un constante asedio ruso desde el 31. Más al sur, en la isla del Vóljov, los restantes batallones del 263.º y el Regimiento 262.º al completo, seguían a la espera de la orden de ataque, en medio de un creciente duelo artillero. El enemigo se estaba fortificando, como se podía observar casi a simple vista, luego era evidente que la lucha por romper sus líneas iba a ser dura. Incluso más al sur de Nóvgorod, ya en la ribera noroccidental del Ilmen, el enemigo usaba la noche y lanchas para cruzarlo, y efectuar golpes de mano sobre las líneas españolas. La idea de que iba a retirarse sin combatir había sido un espejismo.

El 1 de noviembre Von Roques creyó que ya había llegado el momento de lanzarse al ataque, y en la Orden n. 8 de su Agrupación formuló un plan de operaciones, para «aniquilar las divisiones enemigas desplegadas entre los ríos Vóljov y Msta», para lo cual Von Ermannsdorff descendería desde Possad hacia el sur y, alcanzado cierto punto en este avance, la DA saltaría desde sus posiciones y pasaría a «arrollar las defensas enemigas en la ribera oriental del río Vóljov». Consciente de que a los españoles les faltaba potencia de fuego, ordenó que se entregaran al Regimiento de Artillería 250.º español dos baterías de obuses franceses de 155 mm (procedentes del botín de guerra), con las que los españoles crearon las baterías 13.ª y 14.ª de su regimiento, así como que la 18.ª División Motorizada destacara junto a los españoles una batería pesada, y también dispuso que una sección de antiaéreos pesados alemanes (los míticos cañones de 88 mm) fuera desplegada en las líneas de la DA. Era todo lo que él podía hacer.

Pero la orden de ataque nunca se implementó. El día 6 le llegaba a Von Roques desde el escalón superior la orden de pasar a la defensiva, e iniciar a toda prisa trabajos de fortificación en las posiciones que ocupaban sus tropas. Los elementos de la 18.ª División Motorizada hasta entonces a sus órdenes —que no habían logrado hacer retroceder al enemigo más que un par de kilómetros al sur de Possad— debían abandonar el sector y acudir raudos a reforzar el avance sobre Tijvin.

En principio y según la Orden nº. 9 de la Agrupación Von Roques, la 126.ª División (que estaba ocupando Malaia Vishera, más al noroeste) debería relevar a la 18.ª Motorizada en Possad, pero ya se le indicaba a la 250.ª española que «habrá que prever la posible contingencia de cubrir el sector del Vishera en los alrededores de Possad con un batallón español».

Finalmente, la 126.ª afirmó que carecía de fuerzas para extender sus posiciones hasta Possad. Ocuparía, sí, las dos pequeñas aldeas existentes entre Possad y Malaia Vishera, pero Possad debía ser entregado a los españoles, tal como registró la Orden nº. 10 de la Agrupación, de 7 de noviembre. El enlace entre Possad y Malaia Vishera lo aseguraría la 126.ª División con medio batallón de su infantería ocupando el citado par de aldeas.

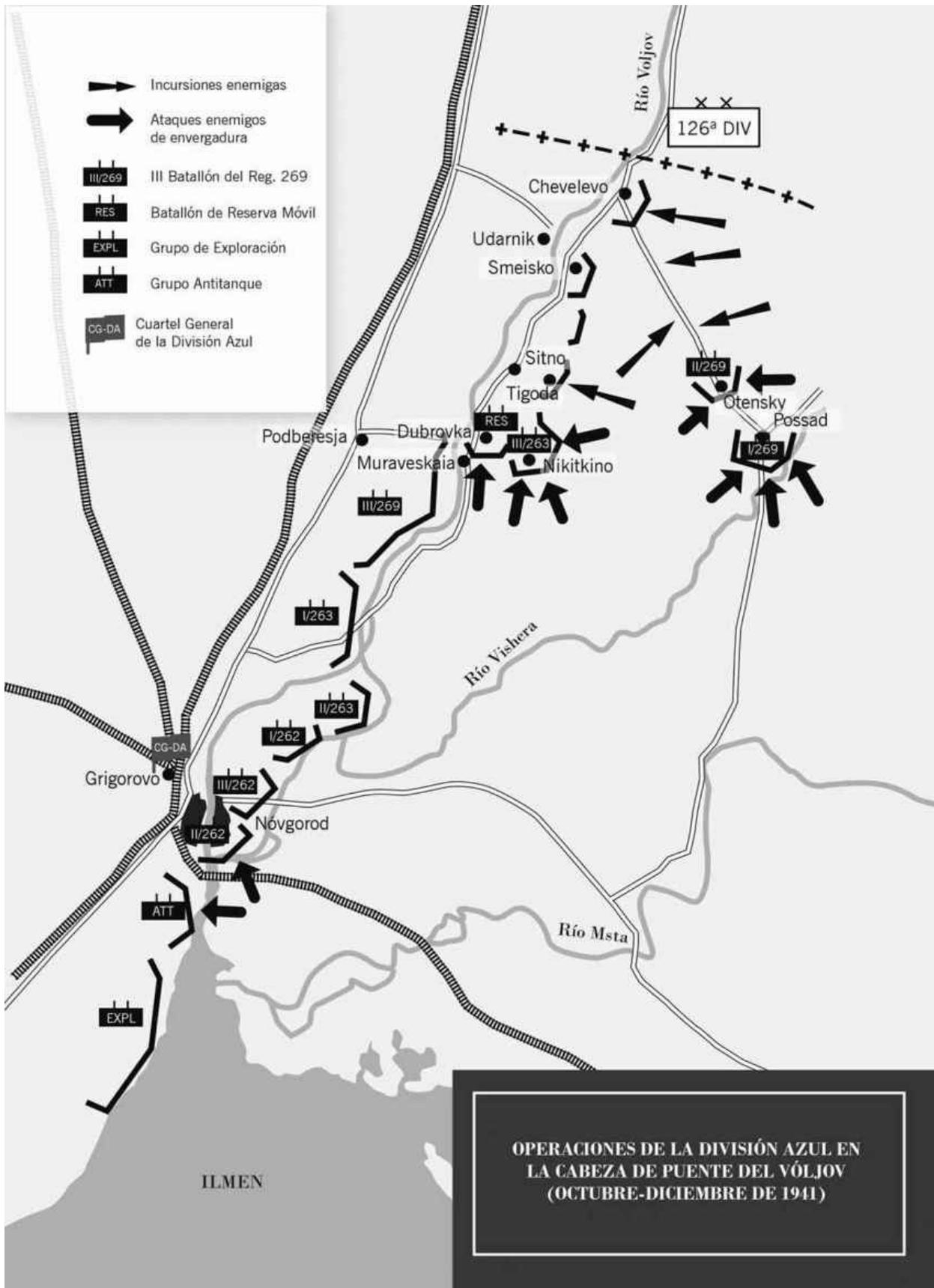
Possad no era más que otra pequeña aldea más, rodeada de densísimos bosques, perdida en las inmensidades de la Rusia septentrional, así que a muchos les sorprendió —y a otros muchos aún les sorprende— la dureza de los combates que allí se iban a desarrollar. En realidad, en un entorno absolutamente boscoso y pantanoso como aquel, la modesta carretera que la atravesaba tenía el mayor valor. Por eso los alemanes habían llegado hasta allí con elementos de la 18.ª Motorizada, ya que era la única manera de «desbordar» desde el nordeste las defensas de Nóvgorod. Ahora su importancia no era menor, ya que el enemigo la quería utilizar en sentido opuesto, para flanquear las defensas de Malaia Vishera por el suroeste. Era Malaia Vishera donde los alemanes cortaban el ferrocarril Moscú-Leningrado, y cada palmo que se avanzase sobre esa ruta era vital para los soviéticos. Además, esa posición defendía el extremo meridional de la penetración que, en forma de triángulo, había dibujado la punta de lanza alemana lanzada hacia Tijvin (con esta ciudad como vértice) y si se lograba ocupar Malaia Vishera cabía soñar con cercar a las tropas alemanas que habían cruzado el Vóljov.

Los españoles habían mejorado los recursos de su propia cabeza de puente, y disponían ya al este del Vóljov de depósitos de víveres y munición, un puesto de socorro con equipo quirúrgico, etc. Con cuatro batallones de infantería y otras unidades menores de zapadores y antitanque, estaba bien guarnecida. Pero la orden de relevar a los alemanes en Possad creó una situación muy

distinta, pues este enclave se encontraba muy alejado de las demás posiciones españolas, y fuera del alcance de su artillería. Enlazar con Possad era muy difícil, pues solo existía un estrecho camino que cruzaba densos bosques, que partía de Chevelevo, aldea junto al Vóljov enclavada en la zona de responsabilidad alemana, y con un único punto intermedio que pudieran guarnecer, el abandonado monasterio de Otenski, situado junto a una inmensa zona pantanosa. El área a defender se multiplicaba en extensión, sin disponer de más tropas y cuando ya era evidente que el enemigo iba a redoblar sus ataques, en especial contra las muy expuestas tropas del Batallón III/263.º en Nikitkino.

La situación táctica por tanto iba a cambiar radicalmente. De la ofensiva se pasó a la defensiva, y en noviembre hubo que establecerse en «posiciones erizo», para defenderse de ataques recibidos desde todas direcciones. El relevo de los alemanes en Possad se produjo el día 9. La unidad encargada de ocupar el enclave fue el Batallón I/269.º, caracterizado porque en él había un gran número de falangistas, de la llamada vieja guardia madrileña. A sus espaldas, en el monasterio de Otenski, se acantonó el ya muy castigado Batallón II/269.º, para asegurar el enlace con Chevelevo. Una de las baterías de 105 mm fue trasladada a muy duras penas hasta el monasterio, pero ese sería todo el apoyo con el que se podría contar en Possad, situado fuera del alcance del resto de la artillería española. Un grave problema, ya que los furiosos ataques enemigos empezaron casi inmediatamente, la noche del 11 al 12 de noviembre, y durarían todo el día. La guarnición quedó cercada, e hizo falta un contraataque del Batallón II/269.º desde Otenski para aliviar el asedio. Desde entonces la posición de Possad fue como una «sartén», rodeada por el enemigo por todas partes, salvo el «mango», el camino que conducía a Otenski.

Otros ataques enemigos se produjeron contra Tigoda (el 12) y ante Los Cuarteles de Muraveskaia (el 13). Desde luego, no era casualidad, y es que el día 12 los soviéticos habían pasado a la ofensiva contra todo el expuesto flanco meridional del muy expuesto saliente alemán en dirección a Tijvin. De hecho los soviéticos estaban especialmente interesados en Malaia Vishera, a unos 50 kilómetros al nordeste de Possad, contra la que lanzaron un ataque tan poderoso el día 12 que, cinco días después, los alemanes abandonaban el lugar y se retiraban a Bolshoi Vishera. El peligro era de suficiente entidad como para que el Alto Mando alemán ordenara traer inmediatamente toda una división desde Francia, la 215.<sup>a</sup> de Infantería, ya que si los soviéticos rompían las líneas en el Vishera y se acercaban al Vóljov todas las tropas entre este río y Tijvin podrían resultar cercadas. Naturalmente esto no era cuestión de un día y la citada división no empezaría a llegar hasta diciembre. Por cierto, digo «líneas» y el lector quizás se forma una idea falsa, ya que en todo ese sector no había en modo alguno un frente continuo, sino enclaves guarnecidos de manera más o menos eficaz. Possad era el más al sur de esos enclaves en el lado meridional de la penetración hacia Tijvin.



-  Incursiones enemigas
-  Ataques enemigos de envergadura
-  III Batallón del Reg. 269
-  Batallón de Reserva Móvil
-  Grupo de Exploración
-  Grupo Antitanque
-  Cuartel General de la División Azul

**OPERACIONES DE LA DIVISIÓN AZUL EN LA CABEZA DE PUENTE DEL VÓLJOV (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1941)**

Los ataques sufridos por los españoles en Possad, Tigoda y Muraveskaia formaban parte del mismo plan ofensivo soviético. Pero los españoles no iban a ceder ni un palmo, pese a que durante las semanas siguientes el enemigo atacaría con auténtica furia en aquellas aldeas, buscando una y otra vez quebrar la resistencia de los divisionarios. Aunque se envió a Otenski la Compañía 11.<sup>a</sup>/269.<sup>o</sup> (única del Batallón III/269 en la ribera oriental) no bastaba para equilibrar las fuerzas. La noche del 12 al 13 el ataque sobre Possad fue tan masivo que los españoles tuvieron que abandonar Posselok, un pequeño arrabal algo más al sur. La noche del 15 al 16 el enemigo volvió a lanzar un ataque a gran escala y las bajas del Batallón I/269.<sup>o</sup> eran ya tan elevadas que la unidad había perdido su capacidad de resistir. Pero no había forma de mandar otro batallón a relevarlo, así que para sustituir a la casi aniquilada guarnición de Possad hubo que recurrir a compañías sacadas de diversas unidades: la 2.<sup>a</sup>/263.<sup>a</sup> y la 7.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup> de infantería, la 3.<sup>a</sup> de Zapadores 250.<sup>o</sup> y la 2.<sup>a</sup> del Grupo de Antitanques 250.<sup>o</sup>, que sin duda era la unidad con más densidad de falangistas destacados de toda la DA, pues servían en ella Dionisio Ridruejo, Manuel Aznar, Enrique Sotomayor, los hermanos Ruiz-Vernacci, etc. Incluso hubo que crear una «compañía de alarma» compuesta por escribientes, centinelas, etc., del Cuartel General, que fue enviada a Chevelevo, para reforzar la guarnición alemana de esta población, de la que partía la ruta hacia Otenski y Possad, que era objeto de constantes incursiones de patrullas enemigas (infiltradas al amparo de los densos bosques), para colocar minas, cortar los cables telefónicos e incluso realizar golpes de mano contra elementos españoles aislados en tránsito.

El 17 de noviembre, la casi aniquilada y exhausta guarnición de Possad (los restos de las cuatro compañías del Batallón I/269.<sup>o</sup> y de dos del II/269.<sup>o</sup>) era relevada por las compañías de infantería antes citadas —que estaban al completo— y elementos de la 2.<sup>a</sup>/Antitanques 250.<sup>o</sup> y la 3.<sup>a</sup>/Zapadores 250.<sup>o</sup>, mientras que el resto de los elementos de estas dos compañías guarnecían pequeños puntos de apoyo establecidos entre Possad y Otenski, y entre este monasterio y Chevelevo. Al frente de la nueva guarnición de Possad se designó a uno de los más competentes oficiales españoles, el comandante catalán García Rebull, quien preparó a sus hombres para lo que iba a ser un largo asedio.

No se trataba solo del ataque casi constante de la infantería enemiga, eficazmente apoyada por su artillería. La aviación soviética era la dueña indiscutible del cielo. Durante el día modernos y eficaces bombarderos bimotores enemigos ejecutaban ataques en grupo, mientras que por la noche se hicieron cotidianos los ataques de pequeños biplanos aislados, aviones ya obsoletos para operaciones diurnas, pero que al amparo de la oscuridad realizaban constantes incursiones. Los españoles los apodaban «La Parrala». No menos peligrosos eran los ataques de «partisanos». No se trataba de golpes de mano o acciones de patrullas, que eran frecuentes en torno a las posiciones españolas en la cabeza de puente, especialmente en los alrededores Nikitkino y Possad, y a lo largo de la ruta Chevelevo-Possad, sino de acciones realizadas muy detrás de las líneas españolas, en la ribera occidental del Vóljov. Los objetivos eran los clásicos de este tipo de acciones: soldados aislados que viajaban de una parte a otra, vehículos de transporte, equipos de tendidos telefónicos, etc. Los «partisanos» que actuaban aquí no eran civiles rebeldes, sino soldados enemigos que se habían infiltrado en profundidad, al amparo de

los impenetrables bosques y que cruzaban al oeste del río, aprovechando que el Vóljov ya se había helado y la escasa densidad de las líneas españolas hacía fáciles esas incursiones.

En los sectores correspondientes a los Regimientos 262.º y 263.º los días trascurrían de manera aparentemente más apacible. Pero los golpes de mano, propios y del enemigo, causaban la muerte de muchos hombres. Un veterano que luchó en esa zona, el catalán Octavio Carrera, del Batallón II/263.º, desplegado en el extremo septentrional de la isla del Vóljov, nos ha dejado un vívido relato de uno de esos golpes de mano:

Durante toda la mañana nuestra Artillería ha preparado el terreno y esperamos de un momento a otro la orden de avance. Quien más, quien menos, estamos nerviosos. El momento es emocionante. Las bayonetas brillan al sol. Suena un disparo de pistola. Por fin salimos de las trincheras. Andamos unos cien pasos sin ser molestados. El enemigo no nos ha visto todavía. Miro a Alfonso; va mascullando, seguramente algo referente a comida. En realidad, es la primera «visita a la muerte»; así llamamos a los ataques en las trincheras que hacemos juntos, y una fuerte curiosidad me induce a observar los efectos que, en Alfonso, en Manolo, en Pepe, produce la situación. Ya empieza a tabletear una ametralladora enemiga; se oye todavía lejos y sus balas intermitentes mueren unos metros delante de nosotros, hundidas en la nieve. Esto me da una tonta sensación de seguridad. En el cielo, los aparatos alemanes de vuelo picado bombardean intensamente las líneas enemigas. Veo levantarse enormes montañas de tierra y nieve, que se disuelven en humo... No obstante, la ametralladora enemiga no calla y nosotros nos acercamos a su terrible campo de acción. La Artillería rusa inicia su réplica. Ahora silban los obuses, y aquellas columnas de tierra y humo se acercan cada vez más. El enemigo sale también de sus trincheras. Como nosotros, van encapuchados y con uniforme blanco. Estamos tan cerca que se oyen claramente sus gritos de «¡hurra!».

Ante nosotros se levanta una pequeña ermita. El Sargento nos dice señalándola:

—¡Ánimo muchachos! ¡Aquel es nuestro objetivo! ¡A por él...!

Llegamos todo el pelotón en tropel. Intentamos derribar la puerta a culatazos, sin conseguirlo. Retrocedemos para tomar empuje. Como un rayo, un ruso asoma por la parte opuesta del templo y nos lanza una bomba. El estallido revienta a Luis y nos atonta a todos. Permanecemos tumbados en espera de que asome de nuevo el bolchevique. Parece que transcurren años. Solo se oyen los débiles quejidos del pobre Luis, que agoniza mirándonos. Llorando de rabia, grito con voz que yo mismo desconozco.

El ruso asoma por fin con otra bomba en la mano, pero el sargento, que esperaba aquel instante, le parte la cabeza con una ráfaga de ametralladora. Sale, cubriéndose la cara. Se tambalea y todavía nos da tiempo a que disparemos sobre él. El último en hacerlo es Alfonso, mientras grita:

—¡¡A la m...!!

Sin movernos del suelo, lanzamos una bomba contra la puerta de la ermita, que vuela hecha pedazos. Entramos todos arrastrando el cadáver de Luis. Rápidamente emplazamos el fusil ametrallador en un boquete que hallamos en la parte baja del templo. En manos de Alfonso, nuestra máquina vengadora y justiciera barre al enemigo, que se retira hacia sus posiciones. La música de sus ráfagas nos devuelve a todos la tranquilidad. Mientras Alfonso, borracho de pólvora, se encorajina en su tarea, los demás, brazo en alto, cantamos ante el cadáver de Luis un «Cara al sol» con tartamudeos de rabia y de dolor... (Carrera, 2006).

Más al sur, en el extremo meridional de la isla del Vóljov, el enemigo amenazaba una posición a la que los mismos alemanes ya habían bautizado como «El Alcázar», justamente por eso: por ser objeto de constante asedio. Era un antiguo y pequeño monasterio elevado sobre esa zona pantanosa de la isla, y desde ella se tenía un observatorio privilegiado sobre toda ella y se podía amenazar el mismo Nóvgorod. También eran tan frecuentes los golpes de mano sobre las riberas del Ilmen, al sur de Nóvgorod, que enseguida se intuyó la razón: se estaban tanteando las líneas españolas porque el enemigo estaba evaluando la capacidad de resistencia de estas, para aprovechar la inminente congelación del lago —que permitiría mover hombres e incluso vehículos por su superficie— para atacar Nóvgorod por el sur, desbordando las defensas españolas en la isla del Vóljov.

Que se hiele un río de ancho caudal como el Vóljov, o un lago tan extenso como el Ilmen, ya

nos da idea de las temperaturas extremadamente bajas que se estaban viviendo. La batalla era muy dura, pero las condiciones climatológicas hacían que el simple hecho de aguantar en las trincheras se convirtiera en una proeza. Enrique Sotomayor era un falangista singular: jovencísimo y radical, de una solidísima formación académica, veterano de la Guerra Civil, dirigía el periódico de Falange en una ciudad tan importante como Sevilla. Junto a otros dos jóvenes líderes falangistas, se había plantado ante el mismo Franco para proponerle la creación de una vasta organización juvenil, que debería llamarse Frente de Juventudes, de afiliación obligatoria, donde los hijos de los vencedores y los vencidos de la Guerra Civil deberían encuadrarse codo con codo para regenerar España. La idea fue aplaudida... y desactivada, sin llegar a cuajar en los parámetros que él propuso, y ahora Sotomayor —y los otros que le acompañaron en aquella visita a Franco— servían como soldados en Rusia, con la confianza de que al regresar victoriosos a España nadie podría oponerse a esos planes. Sotomayor, ya se ha señalado, servía en la 2.<sup>a</sup> de Antitanques. Desde el principio de la campaña había estado enviando cartas a su familia, que esta conservó primorosamente, gracias a lo cual hoy las podemos leer (Sotomayor, 2003). Ya se puede uno imaginar que, como cualquier hijo, trataba en ellas de disimular las penalidades que estaba pasando ante la madre para ahorrarle sufrimiento. El entusiasmo con el que los falangistas tomaban parte en la campaña se hace evidente en esas misivas. Durante la aproximación al frente, en una carta sin fecha, escribía:

Todo marcha admirablemente. El espíritu de la División es excelente y no cabe la menor duda sobre el éxito que se ha de obtener. La gente ha demostrado ya un alto sentido, nuevo y falangista de la guerra (...). Yo estoy cada vez más esperanzado en la definitiva salvación de España. Creo más firmemente que nunca que de un modo o de otro, no moriremos sin ver una Patria diferente y mejor.

El día 18 de octubre, recién llegados a la línea de combate, estas eran sus palabras:

Rusia es un infierno, desolado, hambriento, helado, habitada por hombres embrutecidos por el frío y el hambre y semidesnutridos por la guerra. La División se está portando admirablemente. No hay duda de que también en Rusia quedará en alto la Bandera de España. ¡Lo que hace falta es que después sirva para algo!

Así se expresaba el 30 del mismo mes:

La vida comienza a ser dura de verdad y apenas tengo ocasión de escribiros unas letras en estos días que aquí son ya de nieve y de hielo. No podéis haceros una idea de lo que me acuerdo de vosotros y de cómo la materia es dominada por el espíritu, hasta el punto de hacerme vivir los días más felices de mi vida en esta Rusia cuya desolación y miseria, cuanto os diga es poco (...) la División está quedando maravillosamente bien, pues en los primeros combates ha sabido mostrar lo que aún queda del viejo ánimo guerrero español.

La dureza de la campaña, aunque muy disimulada, se hacía presente cada vez más, y en la carta de 1 de noviembre se lee:

Estoy espléndidamente, hace un frío que pela, pero con un poco de espíritu puede soportarse. La vida es proporcionalmente a la Guerra de España, muy dura. Aquella era una alegre bohemia guerrera en que cada uno vestía y obraba a su gusto. Había alcohol, madrinas de guerra, alegres permisos y espléndidos paquetes de casa. Aquí todo está perfectamente organizado, nada falta, pero nada sobra tampoco. La vida es mucho más seria y dura. Pero la gente tiene tan buen o mejor espíritu que en la

Guerra de España. Lo que dudo es que ahí viváis tan contentos, tan profundamente contentos, como yo en esta tierra desolada en la que nada hay más que nieve y rusos famélicos.

La sensación de que tales penurias permitirían que Falange pudiera hacer su revolución en España parecía justificar a sus ojos cualquier sacrificio, como muestra la carta del 7 de noviembre:

Creo que ya hemos conseguido lo que se pretendía. Aún queda mucho por hacer y suceder, pero queda logrado el primer objetivo. Queda demostrado que los españoles somos gente seria e importante cuando llegan las ocasiones, aunque usualmente andemos desquiciados y a la greña. El espíritu de la División, a pesar de los padecimientos, que son muchos, y del peligro, que es suficiente, es magnífico. Mis camaradas como todos sabíamos son mejor que buenos. Los alemanes están admirados de cómo funciona nuestra División (...). Comulgo con frecuencia, soy bastante bueno, me acuerdo de vosotros y soy feliz. Lo sería más aún si tuviera la certeza de que algo del esfuerzo de aquí había de ser útil el día de mañana y, ¡qué demonio, yo creo que esta vez sí lo será!

Mantener la moral de lucha de los combatientes españoles fue la razón que justificó la aparición de *Hoja de Campaña*, un órgano de prensa editado por la DA. El primer número lleva fecha de 4 de noviembre, y no era más que una humilde hoja impresa en una multicopista. De periodicidad aleatoria durante su primer mes de vida (sacó seis números ese mes), desde diciembre pasó a tener gran regularidad, apareciendo una vez por semana. Y en febrero pasó a lanzarse a imprenta (usando una de Riga, la capital letona). Al principio el contenido se limitaba a unas pocas noticias y breves comentarios, pero muy pronto se iba a convertir en un periódico de sorprendente calidad técnica y de contenidos. Poca gente sabe que Camilo José Cela, futuro premio Nobel, llegó a enviar un relato breve que etiquetó como «exclusivo para la Hoja de Campaña», y que apareció en su número de 25 de julio de 1943, titulado «La Tierra de Promisión». Con *Hoja de Campaña*, la DA iba disponer de una herramienta de primera calidad para mantener alto el espíritu de sus hombres.

El primer número ya hacía constar quién había ayudado a confeccionar esta publicación, aunque identificando a la unidad por su número de código del correo militar. Se trataba de la 501.<sup>a</sup> Compañía de Propaganda alemana, la unidad de este tipo adscrita al 16.º Ejército. Como este Ejército estaba bajo el mando del general Busch, también era conocida como Propagandakompanie der Armeekorps Busch. Este tipo de unidades no existía en el Ejército Español y fue uno de los grandes descubrimientos de los españoles durante la campaña de Rusia. Dotadas de medios técnicos muy sofisticados, encuadraban periodistas, fotógrafos, dibujantes, técnicos en radiofonía, y disponían de equipos de megafonía de gran potencia, proyectores de cine, imprentas, etc. En los meses siguientes, la misma 501.<sup>a</sup> Compañía prestaría importantes servicios a los españoles, imprimiendo —por ejemplo— colecciones de postales con fotos dedicadas a la DA, debidamente presentadas en una carterita que las contenía, que los divisionarios podían comprar a un precio simbólico, y usarlas para escribir a casa, lo que servía de propaganda de la unidad, Y también editando un libro soberbiamente ilustrado, donde se ensalzaba la camaradería de armas hispano-alemana y la contribución española a la lucha contra el comunismo. El libro, bilingüe, tuvo amplia circulación en España, y también en Alemania (Lahne, 1942). Su autor colaboraba asiduamente en la *Hoja de Campaña*. Como también publicaba crónicas sobre la DA en la prensa alemana, muy pronto estas empezaron a ser traducidas y publicadas en la española.

La colaboración de las tropas de propaganda del Heer con la DA fue estrechísima y de hecho

una sección de este servicio estuvo permanentemente asignada a la DA, integrada en la Plana Mayor de Enlace alemana, siendo la autora de los documentales cinematográficos y las colecciones fotográficas realizadas sobre la DA, y también de numerosa información escrita que era reproducida en la prensa alemana y española. La DA, no lo olvidemos, también era una baza en la propaganda alemana.

Los soviéticos también iban a jugar sus cartas en esa partida de la guerra de propaganda. El día 8 de noviembre habían empezado a dirigirse a los españoles que estaban en las trincheras usando su idioma y mediante altavoces. Los locutores eran exiliados comunistas españoles. Sin embargo, puesto que estaba pésimamente concebida, en términos ideológicos, los resultados de esa propaganda serían nulos. Los propagandistas rusos muy pronto cambiaron de táctica, como nos demuestran las hojas volantes impresas que empezaron a ser lanzadas sobre las líneas españolas desde diciembre. Se han conservado bastantes de ellas y por las publicadas (González Pinilla, S. f. - 1) podemos apreciar que en lo que se incide es en el hambre, los malos tratos, los privilegios de los oficiales, etc., asegurando a los españoles que si desertaban disfrutarían de calor, comida, etc.

Otra cosa era la propaganda dirigida al conjunto de la opinión pública rusa, e incluso a la mundial. El diario *Izvestia*, órgano del gobierno soviético, publicó un artículo sobre la DA el 24 de noviembre. Su autor, un comandante ruso llamado Dubrovitsky utilizó el testimonio de dos desertores de la DA, que se habían pasado al enemigo el día 16. Dada la extraordinaria rapidez con que se había creado la DA, fue imposible filtrar debidamente a todo el personal y ocurrieron casos como estos, que eran absolutamente irrelevantes (hasta febrero de 1942 la cifra de desertores fue de siete hombres, el 0,03 por ciento del contingente). Pero con sus testimonios Dubrovitsky pudo presentar a la DA como una fuerza mercenaria, cuyos miembros «saquean sin piedad a la población de la franja de la línea de frente, se comportan como matones, ladrones y violadores», y actuaban cobardemente en el combate. Los oficiales —se decía— trataban con brutalidad a unos soldados que solo pensaban en desertar. Los alemanes agregados a la DA vivían a cuerpo de rey, mientras que los soldados españoles se morían de hambre. La situación en España era descrita con tintes tan macabros (hambre, expolio de la riqueza por parte alemana) que esa era la única explicación al alistamiento. En realidad no hay nada sorprendente en esta propaganda, que responde a los parámetros que cabe esperar en plena guerra (Campello, 2018). Lo sorprendente es que en España haya gente que siga escribiendo hoy sobre la DA como lo hacía el *Izvestia* en noviembre de 1941.

No podemos ser tan ingenuos como para imaginar que el trato de los españoles a los prisioneros de guerra y a la población civil estuviera siempre caracterizado por comportamientos de exquisita educación, pues la brutalización es inherente a la guerra. Pero como carecían totalmente de prejuicios hacia la población rusa, y se veían a sí mismos como parte de un ejército liberador (lo que no quiere decir que la Wehrmacht estuviera actuando de hecho de esa manera) el trato a prisioneros y civiles estuvo siempre dentro de los límites de lo correcto y en muchísimas ocasiones se caracterizó incluso por dosis de cordialidad y hasta afecto. No es de extrañar por tanto que Pío Moa haya llegado a preguntar si la DA no merece el título de haber sido la unidad que tuvo un comportamiento más humanitario en toda la Segunda Guerra Mundial (Moa, 2015). En cualquier caso, al margen de casos aislados e individuales, las instrucciones que recibieron los

divisionarios de sus mandos estuvieron siempre muy claras. El 14 de octubre, cuando se estaba entrando en línea, se publicaron las normas para el trato e interrogatorio de prisioneros:

No se emplearán jamás amenazas ni malos tratos con los prisioneros rusos, que pudieran influir en ellos de manera desfavorable para las diligencias posteriores.

Si se les trataba mal no facilitarían información, que era lo que interesaba, por lo que se pedía enviarlos cuanto antes al escalón superior. No menos interesante era el contenido de la Instrucción General 2.009 (como indica su número, se debía a la Segunda Sección, la de Información, del Estado Mayor), emitida el 19 de octubre, que establecía el trato que debía darse a los civiles:

Deben tener en cuenta todos que gran parte de la población civil de la Rusia ocupada es enemiga del régimen comunista y ve con agrado la presencia de las tropas que luchan contra el bolchevismo. Independientemente de que nuestro trato con aquella siempre debe ser comedido, prudente y correcto, en las actuales circunstancias es muy conveniente acentuarlo en beneficio del mejor servicio, especialmente en lo que afecta a la labor informativa sobre el enemigo, pues si por el contrario se les menosprecia o da mal trato, lesionando sus intereses, es humano que aquel deseo de ayudarnos en nuestra lucha contra los comunistas se trueque en dificultades de toda índole.

La Instrucción General 2.010, de 28 de octubre, daba traslado a las tropas de instrucciones recibidas de los alemanes sobre el trato a la población judía. Indiscutiblemente eran unas instrucciones vergonzosas en su fondo, pero no establecían ninguna pauta de comportamiento criminal. Como provenía del escalón de mando superior, no había otra opción que la de traducirla y darla a conocer. En esta instrucción titulada *Sobre los judíos en las zonas ocupadas*, se lee:

La lucha contra el bolchevismo exige que se proceda enérgicamente y sin consideración contra los judíos que son sus principales sostenedores. Por consiguiente, el Alto Mando del Ejército ha dispuesto que cese toda colaboración del mismo con la población civil judía que, abierta o encubiertamente, es enemiga de nuestra causa, así como todo empleo de judíos para servicios auxiliares del Ejército. Los pases que acrediten que estos son empleados para fines militares no pueden extenderse en ningún caso por autoridades subordinadas. Se exceptúan el empleo de los judíos en columnas especiales de trabajadores, pero habrán de serlo precisamente bajo la inspección alemana.

En realidad, para la DA esta Instrucción General 2.010 fue un documento absolutamente irrelevante, y eso por la sencilla razón de que no había judíos en las aldeas que los españoles ocupaban en el Vóljov. Durante algunas decenas de kilómetros, en las marchas, al pasar por los confines polaco-lituanos, los españoles habían convivido con judíos, en términos tan amables que provocaron las iras alemanas. Desde entonces, habían desaparecido del mundo de sus experiencias. Donde tan duramente estaban luchando, junto al Vóljov, no había judíos, y una orden que decía que no había que contratarlos tampoco debió resultar motivo de escándalo para quien la leyera. Era discriminatoria, pero nada más. No hablaba ni de deportaciones, ni de detenciones, ni de confinamiento en áreas restringidas.

Había preocupaciones mucho más acuciantes. Una de ellas era el peligro que suponía uno de los más inquietantes descubrimientos de la campaña: la eficacia de la artillería soviética, cuyas piezas no solo eran numerosas, sino sorprendentemente eficaces. En cambio, el armamento alemán, que en Grafenwöhr les había parecido maravilloso a los españoles, estaba empezando a

mostrar sus limitaciones. La dureza de la campaña reveló que, en muchos casos, era demasiado frágil, exigiendo un mantenimiento que en Rusia era imposible concederle.

El frío era ahora un gran enemigo, incluso a nivel táctico. El Vóljov se había congelado y el Ilmen estaba a punto de hacerlo, por lo que el agua dejaba de ser una barrera. Como el Grupo de Exploración 250.º, encargado de custodiar la ribera del Ilmen, ya no bastaba para esa tarea, fue reforzado por el grueso del Grupo Antitanque 250.º. Para adecuarse a la nueva realidad, el día 22 se daba la orden de crear la Compañía de Esquiadores 250.º, con voluntarios procedentes de todas las unidades españolas. Su misión original sería patrullar de manera constante la ribera del Ilmen, mientras las dos unidades citadas establecían posiciones fortificadas cada cierto trecho.

Pero si había algo desconcertante era la paralización de la ofensiva. Ni los soldados ni los oficiales tenían la más mínima idea de la situación global (algo que solo conocían Muñoz Grandes y su Estado Mayor), así que empezaron a preguntarse por el sentido que podía tener haber cruzado el Vóljov para ocupar unas diminutas aldeas y detenerse a continuación. La Agrupación Von Roques fue disuelta cuando se canceló el ataque que debía haber protagonizado, y el día 14 los españoles pasaron a depender del XXXVIII Cuerpo de Ejército, mandado por el general Von Chappuis, un jefe que desde el primer momento demostró poco aprecio por ellos.

Pese a que hasta ese momento los españoles no habían cedido ni un palmo, ni lo cederían en las semanas siguientes, algo que no se puede decir de la vecina 126.ª División —también a las órdenes de Von Chappuis— que acabó abandonado Malaia Vishera, Von Chappuis multiplicó sus informes negativos sobre los españoles, exigiendo repetidamente que se le enviara una unidad alemana y se retirara a los españoles de la línea. Su cuartel general estaba en Grigorovo, la misma aldea donde estaba el Cuartel General de la DA, y el ordenancista prusiano que era no podía soportar el comportamiento de los españoles con respecto al uso de los uniformes, su poco entusiasmo por saludar marcialmente, etc. La historia pone a veces a cada uno en su sitio, y en este caso se encargaría de dar cuenta de lo absurdo de esos informes: ni entonces ni en los meses siguientes los soviéticos llegarían a romper las líneas españolas mientras que, como pronto se verá, el frente alemán se desmoronó tanto al norte como al sur de ellas. Pero mientras llegaba la división alemana que había pedido para relevar a los españoles, ya pensó dónde usarlos una vez el relevo se realizara: hacerles guarnecer las orillas noroccidental y meridional del Ilmen, con la ciudad de Schimsk como centro de su despliegue.

Ajenos a las angustias de Von Chappuis, los españoles se preocupaban por la saturación de bajas que debía soportar su Hospital de Campaña 250.º en Grigorovo. El hospital de evacuación español se había establecido finalmente en Porjov, no muy lejos, pero los alemanes no habían estado en condiciones de facilitar los medios e instrumental para equiparlo, por lo que el personal español a él destinado poco podía hacer para atender a las bajas que les llegaban. Los heridos, enfermos y congelados españoles, estos últimos cada vez más habituales, echaban pestes de los hospitales de Grigorovo o Porjov, aunque la verdad es que sus médicos hacían cuanto estaba en sus manos. Como otras bajas españolas eran derivadas hacia hospitales germanos (la autoridad y la organización sobre la evacuación de bajas hacia retaguardia estaba totalmente en manos de alemanes) muchos divisionarios acabaron en hospitales alemanes, donde la barrera idiomática era difícilísima de superar. Hubo que mandar médicos españoles allá donde fueran muy numerosos y por esa razón, a finales de noviembre, fueron destinados a Riga por vez primera médicos españoles.

En España, mientras tanto, la opinión pública esperaba angustiada las noticias que llegaban de Rusia, porque ya no hablaban de avances, pero sí —y constantemente— de caídos. Era muy raro que un diario no incluyera, en cada una de sus ediciones, una o varias noticias sobre divisionarios caídos en combate. Si las familias de los caídos podían permitírselo, también insertaban esquelas, que otras veces eran sufragadas por instituciones (por ejemplo, la unidad militar en que el caído había servido en España). También aparecían las noticias sobre los funerales que se decían por sus almas. En aquellas fechas, en cada provincia, la noticia de la muerte del primer caído de esa zona dio lugar a multitudinarias misas en su honor, y no fueron pocas las provincias donde desde estas fechas se acordó decir al menos una misa cada mes en honor de quienes morían en Rusia. Pero algunos días el listado de necrológicas llegaba a ser aterrador. Por poner un ejemplo, la edición del 18 de noviembre del diario *ABC* publicaba necrológicas de 12 caídos. Varios pertenecían al Batallón I/269.º, donde había un alto porcentaje de falangistas madrileños, como el soldado Tomás Pérez Cuesta (alistado en Milicias; su padre había sido asesinado por izquierdistas, era veterano de la Guerra Civil y militaba muy activamente en Falange); los cabos Diego Delgado Carretero y Ángel Castañeda Gómez (ambos alistados en sus cuarteles; eran veteranos de la Guerra Civil); y el sargento Amador Elvira Elvira (igualmente alistado en su cuartel y también veterano de la Guerra Civil). Sin embargo, como las noticias tardaban en llegar, buena parte de los caídos que eran citados en esa fecha pertenecían a las unidades que tan duramente habían peleado a mediados y finales de octubre anterior. El Batallón II/269.º estaba presente con el capitán Antonio Benítez Espejo y tres soldados que se habían alistado en sus cuarteles, Antonio Murillo Sánchez, Rafael Villegas Vélez y Ángel Gutiérrez Rodríguez (solo el primero había servido en la Guerra Civil, siendo los otros demasiado jóvenes para haber tomado parte en ella). Del Batallón de Reserva 250.º aparecían las necrológicas de uno de sus capitanes, Laureano Echevarría Jiménez, y uno de sus tenientes, Bernardo Tejada Rosan. También de infantería, aparecía la necrológica del cabo Esteban Marín Fernández, miembro del Batallón II/262.º que, como muchos de los de su graduación, se había alistado en su unidad militar y era veterano de la Guerra Civil. Finalmente, aparecía la necrológica de un sargento de zapadores, Andrés Rey Blanco, veterano de la Guerra Civil.

Era evidente, por tanto, que se estaba pagando un elevado precio. Y lo terrible es que no se veía muy claramente para qué. Porque las noticias que hablaban de duros combates siempre eran muy vagas. Nunca citaban, por ejemplo, localidades que se pudieran localizar en un atlas. Si hubieran venido acompañadas de comentarios sobre que se había ocupado tal o cual ciudad de cierta importancia, o se citaran lugares de manera que sobre un mapa se pudiera apreciar un avance en las líneas, esas muertes hubieran quedado más justificadas a los ojos de la opinión pública, que en realidad solo leía necrológicas y esquelas, y no noticias de conquistas. El 10 de noviembre, Serrano, en su calidad de ministro de Exteriores, había escrito en los siguientes términos al embajador alemán en Madrid, Von Stohrer:

Mi querido Embajador:

No necesito insistir en el interés e impaciencia con que España entera, y especialmente los familiares de los heroicos voluntarios de la División Azul esperan las noticias que vienen del frente ruso y que dan cuenta de las actividades de nuestros combatientes. Cualquier retraso en la llegada del Parte es enseguida motivo de zozobras y preocupaciones que aprovechan ávidamente los insidiosos propagandistas enemigos del Reich.

Por este motivo me permito escribirle ahora rogándole ponga en conocimiento de las autoridades competentes en Alemania la importancia que el Gobierno español atribuye a la rápida publicación de un parte diario que dé cuenta de las actividades de la División Azul. Comprendo perfectamente que, por motivos militares, puede ser conveniente no poner en conocimiento general con excesiva rapidez las nuevas victorias alcanzadas, pero estoy seguro que la comprensión y simpatía que ha demostrado Usted siempre en estos asuntos ayudará para conseguir la solución apetecida.

Poco pudo hacer el embajador alemán al respecto, sin embargo, porque a esas alturas la realidad es que la Wehrmacht ya no estaba alcanzando nuevas victorias que pudieran ser transmitidas a España. Pero a falta de noticias del frente, en España había otras noticias sobre la DA, y muy presentes. A mitad de noviembre ya era casi obsesiva la presencia en la prensa española de la campaña de recogida de donativos para ofrecer un aguinaldo debidamente generoso a los hombres de la DA, aunque las primeras noticias que aparecen sobre esa campaña son de finales de octubre. Instituciones, empresas, particulares, rivalizaron en sus ofrecimientos. Algunos casos fueron difundidos a bombo y platillo, como el protagonizado por el Ayuntamiento de Barcelona, que se molestó en recopilar los datos de los varios cientos de voluntarios barceloneses que servían en la DA para hacerles llegar un aguinaldo personalizado. En otros casos, simplemente se hacían aportaciones monetarias o en productos al fondo común, para que se repartieran entre todos los divisionarios por igual. Para recaudar fondos para ese aguinaldo se convocaron festivales musicales, y otros muchos espectáculos. Las noticias de prensa recogían todo tipo de casos, desde quien donaba un jersey, o un gramófono hasta las empresas que aportaban grandes cantidades de dinero, o firmas que ofrecían sus productos, si eran adecuados para la fecha (dulces y licores ocupaban un lugar destacado). La red territorial de la Representación de la División Azul del Ministerio del Ejército y las organizaciones locales de la Sección Femenina fueron las grandes receptoras de los donativos.

Una de las organizaciones dependientes de los sindicatos, la Obra Sindical Educación y Descanso, fue la encargada de organizar el día 3 de octubre el acto público en el que se estrenó el himno oficial de la División Azul con música de Juan Tellería, quien había compuesto la del «Cara al sol», y letra de dos destacados escritores falangistas, José María Alfaro y Agustín de Foxá. Su letra era la siguiente:

Con mi canción/ la gloria va/ por los caminos del adiós/ que en Rusia están/ los camaradas de mi División/ Cielo azul/ a la estepa desde España llevaré/ se fundirá la nieve al avanzar mi Capitán.

Vuelvan por mí/ el martillo al taller/ la hoz al trigal/ brillen al sol/ las flechas en el haz/ para ti/ que mi vuelta alborozada has de esperar/ entre el clamor del clarín inmortal.

En la distancia queda/ gozo del hogar/ con aire de campanas/ vuelo de la paz/ resuenan los tambores/ Europa rompe albores/ aligerando nubes/ con nuestro caminar.

Con humo de combate/ yo retornaré/ con cantos y paisajes/ que de allí traeré.

Avanzando voy/ para un mundo sombrío/ llevamos el sol/ avanzando voy/ para un cielo vacío/ llevamos a Dios.

Aunque la música era pegadiza, como se dio a conocer en España cuando la DA ya llevaba meses combatiendo, los miembros de su primer contingente no lo conocieron en su momento, y la verdad que no lo cantaron nunca. En España se hizo muy popular, porque los programas de radio dedicados a la DA se iniciaban con él, pero en Rusia prácticamente no se usaba.

Dotar a la unidad de un himno no era un tema baladí en ese momento, eso desde luego, dada la sensación que existía de que la DA inauguraba un periodo nuevo de la historia de España. Por

eso el mismo Dionisio Ridruejo había preparado una letra de cara a ese necesario himno de la DA, que finalmente no fue la adoptada. Por ser un texto poco conocido —y muy relevante— vale la pena reproducirlo:

Dame otra vez las flechas de la guerra/ que no quiero la paz sin alegría/ mi esperanza es más ancha que mi tierra/ la Patria es un combate cada día.

Mi camisa guerrera/ ya conoce las balas/ y tiene mi bandera/ victoriosas las alas/ Ayer mi libertad he defendido/ y hoy Europa recorre mi victoria/ prosigamos en suelo conocido/ que vive más quien vive por la gloria.

Pero me duele el duelo/ por nuestro Capitán/ a vengar su desvelo/ mis camaradas van/ Poca España es la triste y heredada/ grande la que se sueña y se merece/ hay lugar para hacerla camarada/ en el tiempo que lucha y amanece.

Marchemos sobre Oriente/ redoblemos la hazaña/ y sobre escombros calientes/ alzaremos España/ Los hombres, los altares, las banderas/ levantaremos frente al sol cegado/ y triunfarán las armas justicieras/ por el nombre del mundo libertado.

Por José Antonio/ nuestras vidas valdrán/ Vengaremos el duelo/ de nuestro Capitán/ Y volveré, aunque caiga con los míos/ claras las filas y de honor pobladas/ a levantar de nuevo en nuestros bríos/ la fe de los antiguos camaradas.

Como se ve, en la propuesta de Ridruejo primaba el mensaje de José Antonio (el *Capitán*) de *alzar* una España *grande*, que acabara con la *triste y heredada*, poniendo fin al trauma de la Guerra Civil, que tal como la veía el poeta falangista, hasta ese momento solo había traído *la paz sin alegría*, por lo que era necesario continuar la lucha por los ideales falangistas, como iba a hacer la DA en Rusia. Pero imponer «desde fuera» canciones a los soldados es siempre empeño vano, ya que los combatientes acaban entonando las que reflejan su estado de ánimo. Y desde luego ideas menos abstractas que las contenidas en el himno de la DA o en la propuesta de Ridruejo. Las canciones forman parte muy importante de la vida de un soldado y es llamativo a este respecto que, cuando sus veteranos empezaran a organizarse en España en hermandades, inmediatamente editaran cuadernillos con las que entonaron en Rusia. El cancionero más famoso es el que se editó en Valencia (*Cancionero*, 1956) pero hubo otras hermandades que hicieron algo análogo. La que sigue fue una canción muy popular entre los divisionarios, y nacida en sus filas, que mezclaba —con expresiones claras y sencillas— la muy sentida reivindicación de Gibraltar, que habría que conquistar inmediatamente tras la victoria en Rusia, los afanes políticos de Falange, que haría su revolución cuando la DA regresara, y algo que compartían falangistas y militares: el culto al recuerdo de los caídos.

Por España, Una, Grande, Libre/ todos juntos vamos a luchar/ la bandera erguida llevaremos/ a tomar el Peñón de Gibraltar/ La Revolución, empezando está/ la Justicia, el Pan, la Patria/ surgirá del Imperio/ que hemos de implantar.

Los caídos por Dios y por España/ día y noche nos dicen sin cesar/ que el pendón rojo y negro de Falange/ consigamos clavar en Gibraltar/ Y si alguno cae/ firme el ademán / un lucero más/ azul brillará/ por España, por España/ morir o triunfar.

Pero hacía falta algo más, que expresará el fiero orgullo de los combatientes, y también el exagerado optimismo con el que veían el futuro, así que con una música entonces muy popular, la italiana del «Giovinezza», apareció esta marcha:

Voluntario que en la estepa/ sangre ibera verterás/ en homenaje a tu muerte/ blanco sudario tendrás/ Falangista, en el combate/ acrecienta tu ideal/ la bandera roja y negra/ y la gualda nacional.

Voluntario, voluntario/ que en empresa de destino universal/ en tu puesto de servicio/ a España engrandecerás/ Nada nos importa el frío/ teniendo la sangre ardiente/ si se nos hiela el fusil/ el machete es suficiente.

No hace falta la trinchera/ al que lucha en la batalla/ con el pecho descubierto/ y gritando ¡Arriba España!/ Cuando vamos al combate/ lo hacemos con celo y brío/ forjando a golpes de sangre/ nuestra fama de bravíos.

Para que el mundo se entere/ de que el infante español/ sabe morir en la nieve/ lo mismo que cara al sol/ A la muerte, a la muerte/ con la División Azul te lanzarás/ portando sobre tu pecho/ cinco flechas en haz.

Tanto optimismo sobre el futuro de la campaña iba a ser cruelmente desmentido por la realidad de los hechos. Un conocimiento mínimo de la Segunda Guerra Mundial basta para saber que a principios del mes de diciembre, concretamente el día 5, el Ejército Rojo se lanzó a una ofensiva general, un gigantesco terremoto que tuvo como epicentro el sector de Moscú, contra el Grupo de Ejércitos Centro, y que ocasionaría a la Wehrmacht su primera derrota digna de tal nombre. En medio de unas temperaturas terriblemente bajas, difíciles de imaginar, las tropas alemanas tuvieron que retroceder a veces hasta centenares de kilómetros y a menudo quedaron virtualmente cercadas. La crisis se extendió desde la línea de contacto en el frente ruso hasta el mismísimo Cuartel General alemán, donde el día 19 Hitler cesaba en su cargo al comandante en jefe del Heer, mariscal Von Brauchitsch, ocupando ese cargo él en persona.

Se habla mucho menos de los ataques contra el Grupo de Ejércitos Norte que, de hecho, empezaron antes, el 24 de noviembre, contra el saliente de Tijvin. Las órdenes recibidas de Moscú eran destruir a la masa operativa alemana concentrada en esa ciudad, y atacar sus flancos para cercarlos. En el ala meridional del saliente, se deberían romper las débiles posiciones alemanas para alcanzar la ribera del Vóljov, cortando la retirada de las tropas que con tanto optimismo lo habían cruzado en octubre.

En relación con los españoles, esto significaba que se iba a redoblar la presión sobre ellos en la cabeza de puente, pero en realidad el principal peligro estribaba en un eventual asalto enemigo —más o menos frontal— sobre la ciudad de Nóvgorod. No se trataba solo de su importancia simbólica, su posición como nudo de comunicaciones hacía de la vieja ciudad un objetivo fundamental. Los españoles eran los encargados de defenderla, pero Von Chappuis, ya se ha señalado, no tenía ninguna fe en la DA.

A partir del día 2 de diciembre la presión soviética sobre Possad, Otenski, Chevelevo, Nikitkino, Tigoda y Muraveskaia se multiplicó cada día. La artillería y la aviación soviéticas machacaban las líneas españolas. Sobre Possad y Nikitkino se lanzaban olas de infantería soviética y en el caso de la primera, también se empleaban tanques. Ambas posiciones tenían algo en común: eran «sartenes» rodeadas por todas partes de enemigos, con un único y estrecho «mango» que les comunicaba con las líneas propias. Grupos nutridísimos de enemigos se infiltraban por los bosques para atacar Otenski e incluso Chevelevo, por lo que la comunicación con Possad era casi imposible. Otras posiciones españolas en la ribera oriental podían ser apoyadas por las baterías españolas de la orilla occidental, pero Possad no, por lo que el combate era terriblemente desigual.

Las peticiones españolas de apoyo aéreo o el envío de refuerzos alemanes no podían ser satisfechas por la sencilla razón de que los alemanes no disponían de nada. Bastante tenían con tratar de evitar el cerco en Tijvin.

La situación era de máximo peligro, y con personal del cuartel general se volvió a formar una compañía de alarma enviada urgentemente otra vez a Chevelevo. La artillería recibió orden de agrupar en secciones de infantería a parte de sus hombres, para emplearlos en primera línea si fuera preciso. Unidades que se había batido ya en la cabeza de puente, pero se encontraban descansando en la ribera occidental o en Chevelevo (como el Batallón I/269.º y la Compañía

11.<sup>a</sup>/269) fueron enviadas de nuevo hacia las zonas en peligro, pero de las fuerzas que protegían Nóvgorod solo fue posible extraer sendas secciones de infantería de los regimientos 262.<sup>o</sup> y 263.<sup>o</sup> para enviarlas a la cabeza de puente. La DA se hallaba al límite de su capacidad.

Ni siquiera la llegada de los primeros elementos de la 215.<sup>a</sup> División alemana al sector alemán al norte de la DA permitió reforzar su defensa. Atravesando los bosques para ello, el día 5 de diciembre, los soviéticos habían ocupado una pequeña aldea que defendía por el sureste las posiciones alemanas en Bolshoi Vishera. Con ello, el mantenerse en Possad acababa de perder su significado militar, que no era otro que proteger el flanco de la vecina septentrional, la citada 126.<sup>a</sup> División. No cabía abandonar el enclave sin las órdenes oportunas del escalón superior, eso es obvio. Pero sí realizar los preparativos para ejecutar una orden de retirada en cuanto esta se recibiese. Porque si una operación militar es difícil y compleja, es una retirada ante un enemigo lanzado en ese momento al ataque, ya que puede transformarse en una absoluta y completa derrota. Por ello Muñoz Grandes había dado la orden de realizar los oportunos preparativos, y no faltaba más que la orden oportuna para activarlos. El comandante Homar, del Estado Mayor de la DA, reflejó así ese momento en su diario.

Día 7 Diciembre de 1941. Salimos a las 7 de la mañana el teniente coronel Romero y yo en un coche y el capitán Jorreto en otro; nos pasamos el día andando sobre la nieve con un frío intensísimo. A Romero se le congelan los dedos de las manos. Recorremos el Sector desde Sapolje hasta Borisovo. En la Casa del Señor nos bombardea la aviación roja. Regresamos a las 18 horas. A la llegada nos encontramos un [mensaje de] radio de Otsenski diciendo que el enemigo bombardea con aviación en forma continua. En el último bombardeo, a las 17 horas, han tenido 30 muertos y 20 heridos. Siguen atacando Otsenski y Possad. La situación es dramática, por lo grave, pues las guarniciones están agotadísimas. En un mensaje el Cuerpo de Ejército da orden de retirada, precipitando los acontecimientos, para la misma noche. Se empiezan a circular las órdenes oportunas. La retirada es difícilísima porque el enemigo ataca continuamente y las fuerzas propias están agotadas ¡Puede convertirse fácilmente en un gran desastre! ¡El nombre de España está en nuestras manos! Empieza a las 21 horas. Estamos pendientes, continuamente, del teléfono y radio. El enemigo no se da cuenta, realizándose el repliegue sin bajas. A las 2.45 llegan las últimas fuerzas a Chevelevo (Homar, 2012).

Aunque en aras de la rapidez (necesaria para obtener la sorpresa) las guarniciones de Possad y Otsenski abandonaron parte de los equipos y el material más pesado, el repliegue fue un completo éxito, al realizarse sin que los soviéticos llegaran a darse cuenta de su ejecución. Otro tanto ocurrió en el otro sector de la cabeza de puente. Las guarniciones españolas de Nikitkino, Muraveskaia y Tigoda se replegaron sin problemas a lo largo del 8 de diciembre, otra fecha cargada de simbolismo, porque en ella se conmemora la Virgen Inmaculada, la patrona de la infantería española. En aquella misma fecha, varios siglos antes, la aparición en Empel de un retablo con la imagen de la Virgen coincidió con una «milagrosa» victoria de los españoles sobre los holandeses. Aquel 8 de diciembre en Rusia muchos consideraron también que era un milagro el haber podido abandonar Possad y Nikitkino. Pequeños destacamentos españoles quedaron en Chevelevo, Russa y en la llamada Posición Capitán Navarro, pero estas diminutas cabezas de puente, carentes de todo valor militar, se abandonaron poco después. Los que los divisionarios llamaron batalla de la Cabeza de Puente había acabado.

Atrás solo quedaban las tumbas, lo que a los veteranos les provocó una terrible angustia. Muy irritados por lo que parecía haber sido un terrible sacrificio enteramente estéril, los miembros de los cuatro batallones de infantería y demás unidades menores implicadas no pudieron evitar el querer encontrar culpables. Muchos señalaron al coronel Martínez Esparza,

principal responsable de aquellas operaciones. Además, sus rudos modales (característicos de un militar forjado en la Legión) y las mofas que alguno le había escuchado respecto a los «señoritos falangistas», le convirtieron en el auténtico chivo expiatorio al que responsabilizar del fracaso de la operación, sin que en modo alguno lo mereciera. Otros apuntaron más arriba y llegaron a acusar a Muñoz Grandes de aventurero, de haber cruzado el Vóljov por decisión propia, sin órdenes alemanas, en su afán de conseguir gloria, lo que es una muestra evidente de lo disparatadas que podían llegar a ser estas explicaciones. Los hubo que culparon a la oficialidad en general, y no faltaron reproches hacia los alemanes. Las «explicaciones» que recogieron los diarios y las que aportaron los veteranos en sus memorias suelen estar, sin embargo, completamente desenfocadas. La operación había fracasado, es cierto, pero porque desde los escalones más elevados no se había sabido ver que la Wehrmacht estaba ya absolutamente agotada y se la lanzaba a la batalla en medio de un atroz invierno, mientras que al Ejército Rojo (al que muy erróneamente imaginaron abandonando el campo de batalla) le quedaban vastos recursos, y estaba mucho mejor equipado para aguantar aquel clima endiablado. Por desgracia para ellos, los españoles habían llegado al Frente del Este justo cuando cambiaban las tornas. No habían tenido ocasión de tomar parte en las grandes victorias de meses atrás. Y ahora había que seguir luchando, pero solo para evitar una catástrofe.

Entre los caídos en Possad estuvo Enrique Sotomayor, el joven y brillante líder falangista, cuyas cartas a casa leímos. Luchó con tanto valor como para merecer —a título póstumo— un premio muy especial, la prestigiosa Medalla Militar Individual. Su muerte revela mejor que ningún otro hecho la que iba a ser la consecuencia más importante de aquellos combates, ya que junto a él cayeron innumerables falangistas. En otro párrafo del libro citado para abrir este capítulo, Valdés Larrañaga escribió:

Se haría interminable la enumeración de magníficos camaradas de la Falange de José Antonio que murieron en Rusia en los primeros meses de la División Azul en aquellas esteparias tierras. La División Azul fue la sangría de los mejores camaradas de la vieja Falange, la mayoría de ellos universitarios, fundadores del SEU, «flor y levadura de la vieja Falange» que hubieran podido integrar los mejores cuadros de una Falange ajustada al pensamiento ortodoxo de José Antonio. Con su muerte, desapareció la Falange de José Antonio (Valdés, 1994).

Llovía sobre mojado, ya que la vieja guardia había sufrido gravísimas pérdidas debido a la persecución frentepopulista y tomando parte en los combates de la Guerra Civil, pero no cabe la menor duda de que su participación en la DA le supuso una cantidad tremenda de bajas. Tantas que —dada la propensión humana a las teorías conspiratorias— algunos han pensado que Franco autorizó la DA precisamente para eso, para librarse de los falangistas radicales, como si de alguna manera el Caudillo hubiera previsto escenarios como el de Possad. Desconcierta el que un mito así siga tan vivo aún hoy y se pueda leer en libros escritos en el siglo XXI. La Falange se desangró en Rusia, pero desde luego no por culpa de un maquiavélico plan de Franco.

La DA se lamía sus heridas, pero la guerra seguía. Los alemanes ordenaron a los españoles que extendieran la zona que era de su responsabilidad en la ribera noroccidental del Ilmen hasta la desembocadura del Veriasha, ya que había una intensa actividad enemiga sobre esa orilla, ahora que el lago estaba helado. No menos intensa era la presión (con golpes de mano y ataques artilleros) sobre los tres batallones del Regimiento 262.º y los dos del 263.º que estaban desplegados en torno a Nóvgorod, una presión que todo el mundo presumía que era el prólogo de

un intento de asalto ruso a aquella ciudad. Y se inició la reorganización de los baqueteados batallones que habían combatido en la cabeza de puente. Ninguno de los cuatro contaba con más de 250 hombres en sus filas, y entre esos abundaban los efectivos de las planas mayores de los batallones y las compañías (carreros, rancheros, etc.) y escaseaban los fusileros. Pero conforme cruzaban el Vóljov, tuvieron que ocupar posiciones en su ribera occidental y de norte a sur desplegaron, a partir de Plotschino, los Batallones II/269.º, III/263.º y Reserva 250.º, unidad que enlazaba con el III/269.º, más sólido, ya que solo una de sus compañías (la 11.ª/269.º) había operado en la cabeza de puente. A su espalda quedó como fuerza de reserva el Batallón I/269.º.

Incluso en las zonas cubiertas por batallones que no se habían movido de sus posiciones originales la defensa era ahora más difícil. El Vóljov helado ya no era una barrera. Las larguísimas noches favorecían las infiltraciones enemigas en unas líneas que nunca habían sido continuas. El Batallón I/263 guarnecía la orilla del río, justamente en el lugar donde el Pequeño y Gran Vóljov se unen en un único curso. Una de sus compañías (la 2.ª/263.º) había estado destacada en Possad, pero por lo demás el batallón no había sufrido graves pérdidas. Y, sin embargo, resultaba imposible cubrir el frente asignado, demasiado extenso. Así lo registraba en su diario uno de sus miembros el 15 de diciembre:

Nos atacan los «hijos de la noche», que son partisanos [sic] camuflados de blanco. Es muy difícil porque se toca a 10 metros por cada soldado y prácticamente no hay líneas, sino blocaos independientes, que por entre ellos se cuelan con mucha habilidad los rusos [camuflados] de blanco, que apenas se ven; hay alambradas, pero las cortan y se cuelan. Acompañé al comandante [jefe del batallón] a una compañía y casi nos perdemos los dos. El camino está casi borrado con la nieve. Así se dará cuenta de los riesgos que corremos los enlaces, al ir un hombre solo (Uz, 1997-1998).

Dada la longitud de la línea ocupada por los españoles y lo menguado de sus efectivos, y ante la fundada posibilidad de un ataque enemigo, solo cabía dar una orden, la que dictó Muñoz Grandes: las unidades de la DA debían «clavarse al terreno», defendiendo cada palmo como si fuera suelo de España.

En España no existía una conciencia clara de la situación, ni mucho menos. Los alemanes no estaban informados del tremendo castigo que estaban recibiendo en todo el Frente del Este (aunque sí lo hacía la BBC, muy seguida en España). Sin duda la entrada en guerra de Estados Unidos, a raíz del ataque japonés a Pearl Harbour del día 7, debió preocupar a más de uno, pero era pronto para haber calculado las consecuencias de aquel suceso. España seguía inmersa en la campaña para recolectar donativos para el aguinaldo de la DA, y uno de los actos más llamativos fue la celebración el día 13 de un gran festival organizado por la Vicesecretaría de Educación Popular (el «Ministerio de Propaganda» de Falange) en el teatro Español de Madrid, al que asistieron las más importantes jerarquías falangistas, empezando por el presidente de su Junta Política, el ministro Serrano, y siguiendo por el secretario general, Arrese, y otros muchos más; pero también importantes mandos militares e integrantes de las embajadas alemana e italiana.

La campaña a favor del aguinaldo había sido intensa, y entre quienes colaboraron se encontraba un autor de la talla de José Martínez Ruiz, Azorín, uno de los clásicos de la Generación del 98 (Corbí, 2013). Lo recaudado fue mucho, porque Falange movilizó todos sus recursos, y desde luego los propagandísticos. La extensa cadena de periódicos de Falange no solo daba cuenta exacta de todos los donativos, incentivando la emulación, sino que publicaba artículos y editoriales a propósito del tema, de manera reiterada. *Patria* era el diario falangista de

Granada y puede servirnos de ejemplo. El 9 de noviembre había insertado un artículo al respecto de un destacado escritor falangista, Alfredo Marqueríe (titulado «La División Azul: espuma y flor de España»). El 11 aparecía una editorial titulada «Merecedores de nuestro recuerdo», donde se leía: «La patria se apresta a expresarles hoy su emocionada gratitud en la forma de un aguinaldo que (...) les lleve el sabor de la tierra que les vio nacer».

El 12 eran una columna de opinión firmada por Ignacio Valverde y titulada «Aguinaldos», y una columna editorial («A la División Azul»), las que volvían a enfatizar la importancia de lo que se estaba recaudando para la DA. El 13, el editorial, «El aguinaldo, deber español y católico», remachaba que «como católicos y como españoles debemos sentir como nuestra la injuria bolchevique y tributar a los voluntarios falangistas la gratitud y el homenaje que merecen».

El 14, el editorial tenía por título «El aguinaldo, ocasión para juzgar», y acusaba de ser malos españoles a quienes no colaborasen con el recogido para la DA. El 15 el tema reaparecía en una columna firmada por D. Fernández Barreira y titulada «Presencia de España en el Aguinaldo de la División Azul». El 21 le correspondía abordar el tema a Santos Alcocer (importante periodista de la cadena de Falange), quien en su artículo de opinión repetía casi el título anterior («El aguinaldo de España para la División Azul») pero en este caso ensalzaba el éxito de la recaudación. El 22 se usaba el formato reportaje y uno firmado por Carlos Carpintier se titulaba «Toda España acude con sus aportaciones y donativos al aguinaldo para la División Azul». Esta era la tónica dominante en toda España, y en cada provincia se repitió este mensaje con la misma intensidad que hemos visto para Granada. Finalmente, aunque el realmente generoso aguinaldo reunido salió puntualmente de España, tardó en llegar a sus destinatarios. Su envío hacia el frente se vio obstaculizado por el caos logístico que imperaba en la retaguardia del Frente del Este debido a la gigantesca ofensiva rusa de invierno en curso, y no llegó en la fecha oportuna. Con todo, el éxito en la recolecta del aguinaldo demostró el gran nivel de apoyo popular que seguía despertando la DA.

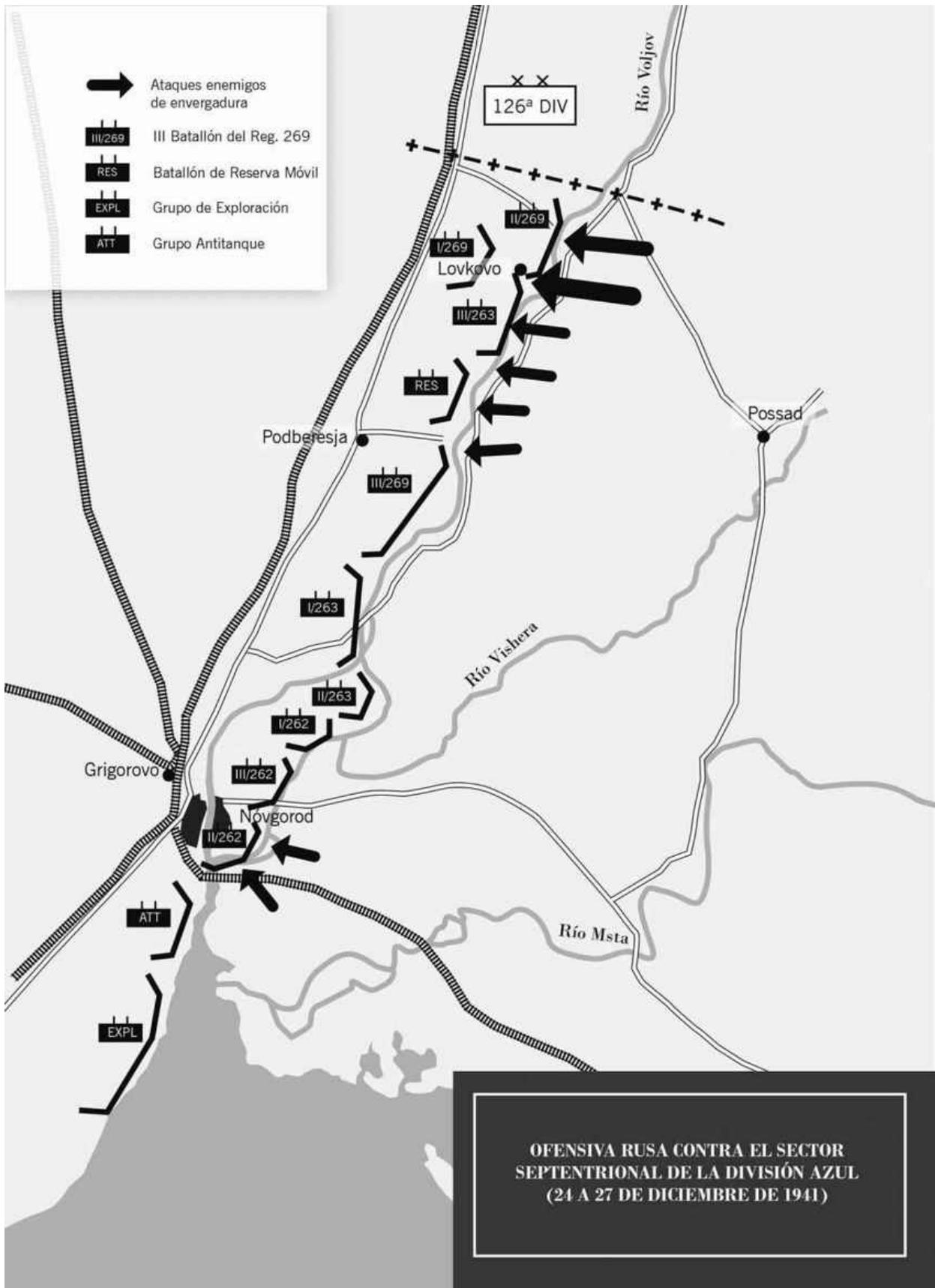
Los propósitos soviéticos para esas fechas no tenían relación alguna con el espíritu navideño. Los planes soviéticos no intentaban solo el contener a los alemanes, sino que con un optimismo que hoy vemos como no menos sorprendente que el de los alemanes semanas atrás, aspiraban a expulsar a la Wehrmacht de la URSS en pocos meses. Pretendían reeditar la hazaña que en su día habían protagonizado los soldados del zar contra las tropas de Napoleón, que en una única campaña habían forzado a las tropas del Gran Corso a regresar a sus bases de partida. Y por eso, a mediados de diciembre las tropas soviéticas que habían alcanzado el Vóljov recibían nuevas directivas. Desde el río, avanzando hacia el noroeste, debían lanzar potentes ataques hasta aproximarse a Leningrado, copando así a las tropas alemanas que asediaban la ciudad. Y en dirección suroeste, liberarían Nóvgorod y avanzarían hasta el extremo occidental del Ilmen, cubriendo de esta manera el flanco de las fuerzas que progresaban sobre Leningrado.

En el caso del ataque sobre Nóvgorod, el tratar de perforar las líneas españolas parecía una buena opción. Los golpes de mano que, como reconocimiento, ejecutaron los soviéticos los días 15 y 19 sobre el sector del Batallón III/269.º mostraron que la resistencia sería enérgica por allí. Pero por los prisioneros capturados en las batallas de la cabeza de puente, los soviéticos sabían que los cuatro batallones que allí habían operado y que estaban al norte del recién citado batallón tenían efectivos mínimos. Así que, en la madrugada del 24 de diciembre, las tropas soviéticas realizaron lo que se conoce como un «reconocimiento en fuerza» y cruzaron el río de forma casi

simultánea y atacaron las posiciones de los Batallones II/269.º, III/263.º y Reserva 250.º, siendo rechazados por los españoles, aunque con dificultad en algunos casos. El día siguiente, el ataque se limitó a las posiciones del Batallón II/269.º.

Cuando parecía que el peligro había pasado, el Ejército Rojo montó la más ambiciosa de esas operaciones, que —para lograr el mayor éxito— se organizó como un ataque nocturno. El sector elegido fue el del II/269.º. Ya habían detectado dónde se localizaban los pequeños y aislados enclaves que conformaban la línea española, que si de día enlazaban visualmente entre sí, de noche solo se comunicaban con pequeñas patrullas que hacían arriesgadas rondas. Por ello se propusieron realizar un ataque nocturno a gran escala, con importantes efectivos, y que penetrara profundamente en el despliegue español, a ejecutar en la noche del 26 al 27. El primer paso era neutralizar dos de los puntos de apoyo del II/269.º, conocidos como la Posición Intermedia y La Ermita, ocupadas por sendas secciones de infantería. La guarnición de la primera descubrió la maniobra de penetración nocturna y dio aviso al jefe del batallón, el comandante andaluz Román, un oficial que ya había alcanzado una fama mítica entre sus hombres —y de hecho en toda la DA— durante las recientes operaciones en la cabeza de puente. Lejos de dejarse arrastrar por el pánico, Román organizó rápidamente sus defensas y avisó al coronel Martínez Esparza. Y este mando, que pese al desprestigio que cayó injustamente sobre él era un jefe muy capacitado, organizó inmediatamente un contraataque con los restos del Batallón I/269.º y elementos de otras unidades.

A las 10.00 horas del día 27 los españoles recuperaban La Intermedia. Fue una escena dantesca: los abundantes cadáveres de soldados enemigos daban idea de lo durísima que había sido la lucha. Pero en el interior de la posición, los cadáveres de los defensores españoles habían sido brutalmente tratados, clavándoles picos en sus pechos. Los españoles asumieron que así se había rematado a sus camaradas heridos, quizás a simples prisioneros, un acto de barbarie que encendió los ánimos de los españoles, que redoblaron su moral de combate, enardecidos por el afán de vengarse, persiguiendo al enemigo en retirada hacia el río, acción a la que se unió la artillería española.



Pero como el ataque nocturno soviético formaba parte de un plan más ambicioso, su responsable tuvo la nada feliz idea de ejecutar la segunda fase a plena luz del día, y lanzó a sus tropas a cruzar el río, ahora a la altura de la posición de La Ermita. Aunque los soviéticos llegaron a ocuparla, los aún muy enardecidos combatientes del Regimiento 269.º y los artilleros españoles acabaron con la fuerza atacante de manera muy contundente. La victoria había sido — literalmente— total. La noticia corrió como la pólvora en las filas de la DA, que estaba sumida en una crisis de desmoralización tras la retirada de la cabeza de puente. El precio pagado por el Ejército Rojo fue elevadísimo: los españoles contaron los cadáveres de casi 1.100 muertos enemigos esparcidos por los diferentes escenarios de los combates de la jornada. Para una fuerza atacante evaluada en tres batallones, aquel porcentaje de bajas era aterrador. La noticia llegó a Berlín, y desde allí a Madrid, por un mensaje del agregado militar (que sin duda los británicos leyeron):

Comunica División fecha día 27 que después tres días de actividad patrullas enemigas ha rechazado enemigo realizado por tres Regimientos a sector Norte División. Después de fuertes combates fue rechazado enemigo persiguiéndose en contraataque al enemigo hasta dejarlo completamente desorganizado. Enemigo ha dejado en nuestro poder más de 1.000 muertos siendo nuestras pérdidas 79 entre muertos y heridos. La tropa se ha portado en forma verdaderamente heroica.

Consciente de la importancia del hecho para elevar la moral de sus hombres, el día 28 Muñoz Grandes dictó una Orden del Día para que fuera leída en todas sus unidades:

Soldados: los combates iniciados el 24 por el enemigo en el río Vóljov —cuyo paso trató de forzar— han culminado ayer 27 con un esfuerzo máximo (...). La sencilla heroicidad de nuestros soldados y la habilidad y resolución de todos los mandos, sin excepción, han permitido infligirle una tremenda derrota de la que legítimamente podéis estar orgullosos. Yo estoy plenamente orgulloso de vosotros y, al participároslo quiero ofrendar máximo tributo a aquellos valientes de la Posición Intermedia que, rindiendo culto al honor militar, cumplieron la orden recibida: «No es posible retroceder; tenéis que estar ahí como clavados». Y, efectivamente, cuando nuestras tropas, en brío contraataque, recuperaron la posición tan valientemente defendida por unos héroes, todos están allí muertos; ni uno solo retrocedió, y para rubricar tan gloriosa hazaña, la barbarie rusa, el poco tiempo que dominó la posición, lo empleó en clavar con picos nuestros cadáveres en el suelo. La orden había sido totalmente cumplida: allí estaban los nuestros, clavados. (...) ¡Qué orgullo ser español!

No había sido un sacrificio en vano, pues desde ese mismo día los soviéticos dejaron de tratar de perforar las líneas españolas. Pero el general Von Chappuis seguía obsesionado con la idea de que la 250.ª División española debilitaba la solidez de sus fuerzas. Al replegarse a la orilla occidental se había encontrado con que la 215.ª División, recién llegada de Francia, tenía efectivos muy completos, pero no así la ya muy baqueteada 126.ª División. Su decisión fue que la 215.ª ocupara las que habían sido líneas de partida de la 126.ª, desplazando a esta hacia el sur, para que ocupara parte de las posiciones españolas, las de los batallones II/269.º, III/263.º, y Reserva 250.ª, incluso parte de las del Batallón III/269.º, estas últimas entre Teremez y Kotovitsi. Los relevos concluyeron antes de que acabara el mes de diciembre. Los cuatro batallones veteranos de la cabeza de puente pasaron a retaguardia, y de hecho fueron usados para formar una especie de «segunda línea», con dos de ellos situados al norte de Nóvgorod (II/269.º en Chechulino y I/269.º en Witka), otro al oeste de la ciudad (el III/263.º) y otro al sur, ya en la zona del lago Ilmen (el Batallón de Reserva 250.º).

De haberse cumplido los sueños de Von Chappuis, no solo estos cuatro fogueados batallones, sino toda la DA habría salido de la línea de combate. Ya había logrado que el mando del 16.º Ejército ordenara al grupo antitanque de la 18.ª División Motorizada alemana, que una vez repasado el Vóljov hacia el oeste, se acantonara al oeste de Nóvgorod. Más aún, el grueso de toda una división alemana, la 81.ª de Infantería (dos de sus regimientos), procedente de Francia, estaba ya al suroeste del Ilmen y en cuanto llegara —como se movía a pie, como era habitual, tardaría aún algunos días en llegar—, Von Chappuis pensaba utilizarla para relevar a los españoles.

La preocupación por la DA también se registraba en Madrid. Las colecciones de documentos conservados por Franco en su archivo personal muestran que fue en estos meses cuando el Caudillo siguió con más interés su devenir. Es muy interesante comparar los documentos que guardaron Franco y Varela en sus respectivos archivos personales. Al ministro del Ejército solo parecía interesarle la DA como problema político, por si fortalecía a la Falange y debilitaba al Ejército. Franco, en cambio, conservó en su archivo informes puramente operativos, lo propio en un militar en definitiva. Otros documentos conservados sugieren su interés por el bienestar de la tropa. Por ejemplo, entre los documentos de finales de noviembre que conservó está uno a primera vista irrelevante, donde se explicaban las razones por las que los alemanes no estaban distribuyendo con la rapidez y eficacia deseables el correo (el colapso logístico). También archivó información sobre las raciones de los divisionarios, etc. Los listados de bajas, fechados a finales de noviembre, que constan igualmente entre esos papeles, debieron sorprenderle. Cualquier militar español con experiencia de las campañas de Marruecos y de la Guerra Civil se preguntaría cómo era posible que unidades con tan alto nivel de bajas no hubieran sido relevadas.

El tema de las tensiones entre mandos militares y falangistas es evidente que le preocupó. La muy maliciosa e injusta frase de que los falangistas del Batallón I/269.º habían sido enviados a morir «por Dios y por Esparza» había llegado desde el frente a España. Y cuando Martínez Esparza tuvo que ser repatriado a España corrieron los rumores más disparatados: iba a ser juzgado, lo iban a fusilar, decían algunos falangistas; había sido destituido por presiones de los falangistas, decían por su parte muchos militares. La realidad es que el coronel era diabético y era imposible que aguantara más la extremada dureza de aquella campaña. Algunos militares, por su parte, echaban pestes de algunos jefes falangistas que servían en la DA, acusándoles incluso de cobardía. Cuatro jefes provinciales de Falange habían sido repatriados a principios de diciembre. Es interesante leer el informe (sin fecha, pero evidentemente de mediados de diciembre de 1941) que Franco tuvo sobre su mesa:

El [Consejero Nacional de Falange] Conde de Montarco tiene enemistad con el General Muñoz Grandes desde cuando este era Secretario General [de FET] (...) Su carácter inquieto y nervioso, su poca afición a la guerra, el convencimiento de que en la División no podía desempeñar cargo similar a Consejero Nacional, le hicieron sentirse molesto (...). Intentó Montarco intervenir cerca del General y quizá de algún otro Jefe, pero sin duda el tono y los conceptos no debieron ser comedidos, y el Mando no le escuchó porque creyó ver una intervención semejante a la del Comisario Político (...). La situación de Montarco es muy delicada, pues ni aún entre los Consejeros Nacionales y Falange tiene simpatía (...) es la opinión de los más destacados falangistas que se baten en la División: lejos de darle la razón a Montarco, hablan despectivamente de él (...).

Informan muy desfavorablemente respecto a la conducta de los Jefes Provinciales de Cuenca y de Albacete, que han sido bajas en la División y califican su comportamiento de cobarde, falto de espíritu, desmoralizadores, y se cree que han sido ellos los que han gestionado su regreso, ya que ha sido pedido por el Ministro de Exteriores [Serrano]. Por el contrario, son generales los elogios para los Jefes Provinciales de Toledo y Teruel, por su comportamiento en todos los órdenes. Asimismo, el Delegado Nacional del SEU, camarada Guitarte, se ha distinguido notablemente en una Sección de Asalto (...). Este camarada

se distingue también por su exactitud, su espíritu, su conducta ejemplar en todos los actos de servicio. También ensalzan el comportamiento del camarada Aznar y de Ridruejo (...).

Los rozamientos y alguna estridencia que hubo en los primeros meses, fueron debidos a actitudes de dureza de los mandos, disculpables, pues la gente reclutada en gran parte estaba sin instruir (...) los mandos subalternos, en gran parte Oficiales provisionales, sin gran formación militar, carecían del suficiente tacto (...) algún desplante antifalangista y alguna provocación falangista produjeron malestar y una situación muy incómoda, especialmente para aquellas jerarquías que fueron con toda su buena fe y entusiasmo a prestar un servicio patrio. El buen sentido y la cultura de la mayor parte de ellos, la comprensión y el tacto de casi todos nuestros mandos, la vida en comunidad, las fatigas de la marcha y el peligro han hecho desaparecer todo rozamiento (Documentos Inéditos, 1992-1993).

Conviene aclarar la referencia al conde de Montarco. Este consejero nacional de FET y un puñado de sus adláteres se habían atrevido a criticar a Muñoz Grandes y otros mandos, afirmando que la DA debía preservar el «capital político» que suponían los dirigentes falangistas en ella enrolados, y no «dilapidarlos», en episodios como Possad, que habían supuesto la muerte para tantos miembros de la vieja guardia. Ni Muñoz Grandes toleró ese comentario, ni los falangistas compartían ese argumento del conde de Montarco. Empezando por los varios consejeros nacionales de Falange que servían también en la DA (Mora-Figueroa, Aznar, etc.) Habían ido allí a luchar y eso era lo que querían hacer. En el diario de uno de esos líderes falangistas, José María Gutiérrez del Castillo, secretario nacional del SEU, en la entrada del 30 de noviembre, leemos: «Hablé y dormí donde está Pinilla; lo pasé bien; vimos la necesidad de ir a Infantería con todo lo que esto supone ahora. La Falange me lo exige» (Gutiérrez, 2017). Gutiérrez servía en ambulancias y Pinilla (que en España era jefe provincial), lo hacía en la compañía de teléfonos, pero ante las maniobras de Montarco los dos trataron, sin éxito, de ser trasladados a la infantería, a primera línea.

Otro hecho nos muestra elocuentemente que los falangistas entendían que su misión en Rusia era combatir, no hacer política. Como ya se vio, en noviembre apareció la *Hoja de Campaña* de la DA. La dirigía un divisionario con experiencia en la prensa de Falange, Ramón Sedó. Pero entre los periodistas falangistas era un personaje de segunda o tercera fila. En la DA se encontraban sirviendo muchos de los mejores periodistas de Falange, como Enrique Sotomayor, Federico Izquierdo, José Luis Gómez Tello, Carlos Alonso del Real, Trinidad Nieto, Alberto Crespo, etc., por no hablar de Ridruejo. Cualquiera de ellos hubiera podido pedir la plaza de director de la *Hoja de Campaña*, pero ninguno lo hizo. Alguno ni siquiera llegó a enviar unas líneas a esa publicación (otros sí enviaron algún artículo). ¿La razón? Ninguno quería abandonar la unidad en la que servía y pasar a un servicio «de despacho». A alguno, como Sotomayor, que en España dirigía el diario falangista de Sevilla cuando se enroló en la DA, aquella decisión le costó la vida, pues cayó en combate. Y, ya se ha indicado, no fue el único.

El *Boletín del SEU de Madrid*, de aparición mensual, daría cuenta de la muerte de la élite del falangismo juvenil y universitario con mucho retraso, aunque con bastante lujo de detalles sobre sus vidas truncadas. La noticia de la muerte de Sotomayor no apareció hasta el número 8, de enero de 1942, y junto a la biografía de Sotomayor se insertaban las de otros 14 líderes de organizaciones juveniles falangistas y del SEU caídos en Rusia. En el número 9, de febrero, las extensas necrológicas que se publicaron fueron 13. La cifra de biografías de muertos en la campaña que aparecían a modo de notas necrológicas disminuyó en los números siguientes, pero el citado *Boletín* siempre tenía como primera sección de su contenido la de «Caídos en Rusia». La

razón por la que los mandos falangistas competían entre sí a la hora de afrontar peligros la detectó Ridruejo y la hizo constar en su diario:

La peculiar composición de la División hará siempre inevitable ese toque de amor propio, de emulación deportiva, de hambre de honor. Somos gentes que nos conocemos los unos a los otros, que nos observamos y que tenemos algo como una conciencia de ser ejemplos o símbolos. Masa más o menos literalmente, compuesta toda ella de capitanes (Ridruejo, 1978).

Aunque era cierto que las agudas tensiones entre activistas falangistas y mandos militares estaban limándose, el eco de alguna de aquellas escaramuzas ha llegado hasta hoy mismo. Una de las escasísimas «victorias políticas» que Falange había obtenido, o creía haber obtenido, era la de que la Sección Femenina, por una ley ya aprobada sobre la Enfermería, se haría cargo del encuadramiento de todas las enfermeras de España. Pero cuando se creó la DA el Ejército logró que su propio cuerpo de Damas Auxiliares de Sanidad Militar compartiera el reclutamiento de este personal femenino junto a la Sección Femenina. Las relaciones entre ambos colectivos fueron muy malas y los mandos sanitarios militares tendían a dar la razón a las integradas en las Damas Auxiliares. Desairada, la jefa de las enfermeras falangistas criticó agriamente a los mandos sanitarios de la DA. Como ya se ha descrito la pésima situación que se padecía, por razones totalmente ajenas a los españoles, en su hospital de campaña y su hospital de evacuación, aquellas críticas podían parecer fundadas, cuando no lo eran en absoluto. Pues bien, aún hoy hay autores que dan por buenas aquellas afirmaciones sesgadas, y hablan del desamparo de los divisionarios a manos de sus médicos.

La verdad sea dicha, los médicos tenían una relación especialmente mala con los falangistas. Entre los proyectos del programa falangista estaba el de crear un sistema de asistencia médica generalizado, para toda la población española, y muchos médicos vieron en ello un proyecto que ponía en peligro las numerosas sociedades privadas de seguros en las que trabajaban (o de las que incluso eran socios capitalistas). Por eso no es extraño lo que el jefe de la Sanidad Divisionaria —que había decidido establecerse en Berlín, por aquello de dirigir nuestros hospitales en retaguardia— le contó a un grupo de médicos españoles de paso por Berlín. Según el informe que elevaron a las autoridades sanitarias españolas y que acabó también en la mesa de Franco: «Dos soldados nuestros hospitalizados en Berlín se pusieron en contacto con los judíos comunistas y trataban de pasarse a los franceses libres: fueron sorprendidos y fusilados».

La sandez es de un tamaño colosal; pensar que dos soldados españoles podían contactar con una organización judía y comunista en Berlín, para alistarse en las Fuerzas Francesas Libres de De Gaulle es tal disparate que solo podemos entender que se lo creyera al conocer la profunda fobia del citado oficial médico para con los falangistas.

Dejando de lado todas estas especulaciones, la verdad es que para diciembre de 1941 ya podemos ofrecer algunas conclusiones sobre la experiencia de los voluntarios. Como casi milagroso cabe señalar el hecho de que en su día se les hubiera apartado del camino de Moscú y se les enviara hacia el norte, ya que en el Sector Centro el colapso alemán con motivo de la gran ofensiva de invierno había sido casi completo. La unidad que había acabado ocupando el sector donde se iban a desplegar los españoles en el Grupo de Ejércitos Centro, la 183.<sup>a</sup> División, tuvo unas pérdidas tremendas.

Pero no hace falta recurrir a ejemplos alemanes, porque en la ofensiva sobre Moscú tomó parte una unidad española: la Escuadrilla Azul, o para ser exactos, la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul. Porque mientras que los alemanes creyeron firmemente que en unas semanas acabarían con la URSS, los españoles parecían pensar desde un primer momento en plazos más largos. Por eso se decidió que el contingente aéreo se organizaría como escuadrillas que se relevarían sucesivamente, y la que iba a actuar ahora era la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla. Aparte de tomar parte en la «Cruzada contra el comunismo», se trataba de aprender al máximo de una fuerza aérea, la Luftwaffe, que había cosechado hasta la fecha apabullantes victorias y que parecía un modelo muy inspirador. Las Escuadrillas Azules serían, en ese sentido, unidades de experimentación, que traerían a España las últimas lecciones de la guerra aérea. Cada una debía estar compuesta por un escalón de vuelo (pilotos) y un escalón terrestre (mecánicos, armeros, conductores, etc.). Mandaría cada escuadrilla un comandante inspector (el de la 1.<sup>a</sup> EA era un mito de la aviación española, Ángel Salas) y bajo su autoridad estaría el jefe de escuadrilla y las tres patrullas de vuelo, con 15 pilotos y unos 100 hombres del escalón terrestre.

Aunque los españoles creyeron que se les usaría en funciones típicas de caza (las más apreciadas por un piloto), la unidad a la que pertenecían, el Ala 27.<sup>a</sup> de Cazas, había abandonado Rusia camino del frente mediterráneo, de manera que la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul fue agregada a un Grupo de Ataque al Suelo, para realizar misiones de escolta a este tipo de aparatos (lentos y vulnerables), y ser empleados ellos mismos como cazabombarderos. El sueño de cosechar gran número de derribos se evaporó.

Por otra parte, según la doctrina alemana, para cumplir sus misiones los aviones de ataque al suelo debían actuar en primerísima línea, y por eso desde el 2 de octubre de 1941 en que empezaron a operar los españoles, cambiaron de aeródromo a un ritmo frenético, actuando desde pistas que tan solo eran terrenos medio lisos, donde no serían raros los accidentes —alguno mortal—. Los españoles actuaron en apoyo de la «pinza» norte del intento de asalto alemán a Moscú y un día llegaron a volar fugazmente sobre la capital rusa. Pero la verdad es que lo más significativo de su experiencia fue algo distinto: más de una vez los pilotos y miembros del escalón terrestre se vieron obligados a luchar en trincheras para defender el perímetro de sus aeródromos. La terrible climatología soviética y las pistas de fortuna dañaban irremediamente a los aviones, y en el momento decisivo ocurrió en el aire lo mismo que en tierra: la Aviación Soviética hizo entrar en liza un número creciente de aviones, justamente cuando la Luftwaffe llegaba al borde mismo de su agotamiento. Mientras que resultaba imposible poner en funcionamiento los aviones alemanes, porque sus motores no reaccionaban ante las temperaturas de varias decenas de grados bajo cero, los aviones soviéticos, que obviamente habían sido concebidos para ese clima, se adueñaban del aire. Así que en definitiva, la participación de los españoles en la batalla aérea por Moscú fue modesta.

En Moscú sí que hubo españoles, pero de la ideología opuesta. El papel de los que entre ellos empuñaron las armas en la feroz lucha en el Frente del Este no es el tema de este libro, y me limitaré a reseñar que existen libros sobre ellos (Serna, 1981; Arasa, 1993). Sí que debo decir que los presentes en aquel momento en Moscú no formaban parte del Ejército Rojo, sino de una unidad de tropas del NKVD, el Comisariado del Interior (la OMSBON o Brigada Motorizada Independiente para Servicios Especiales), esto es, se trataba de una fuerza de choque policial, no de una unidad de élite militar. Una singularidad del régimen soviético era esa: su Ministerio del

Interior disponía de una fuerza paramilitar de gigantescas proporciones, pues las tropas del NKVD asumían múltiples misiones, desde la vigilancia de fronteras a la custodia del siniestro Gulag, pasando por la represión de motines. Pero lo que hacía más llamativas a estas fuerzas armadas del NKVD es que dispusieran de tanques, cañones y aviones, ya que para aplastar las grandes rebeliones que se habían registrado contra el poder soviético no habían dudado en usar medios de tal calibre.

Pero, repito, no son ellos el tema de este libro, salvo en su relación con la DA. Su presencia en las fuerzas soviéticas nos demuestra que en definitiva los españoles estaban continuando sobre suelo ruso el enfrentamiento que tuvieron en España. Una comparación inevitable entre los dos contingentes es la numérica, ya que los integrados en fuerzas soviéticas apenas fueron unos centenares, cuya historia es compleja, y difícil de seguir, por la sencilla razón de que anduvieron encuadrados en muy diversas unidades soviéticas y lugares muy dispares. Hubo varios intentos por parte de los soviéticos de usarlos contra la DA, en acciones «partisanas», pero todos ellos se saldaron con ominosos fracasos. El muy pequeño contingente de españoles que sirvieron en esas fuerzas sufrió un porcentaje de bajas muy elevado. Tagüeña, uno de los exiliados comunistas más clarividentes, y posiblemente el que tenía conocimientos militares más sólidos, hizo en sus memorias un balance de aquellas acciones. Lo acertado o no de esa opinión le compete valorarlo a los historiadores que estén especializados en este tema.

Nuestros compatriotas no rehuían esa arriesgada participación en la guerra, al contrario la aceptaban con todo entusiasmo; sin embargo era evidente que los mandos soviéticos usaban esos magníficos combatientes como carne de cañón. Lo peor fue la desorganización y la impericia manifiesta de muchas de las misiones de combate (Tagüeña, 1978).

Volvamos al tema de los aviadores españoles de la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul. La ofensiva soviética, que se inició como ya se citó el 5 de diciembre, hizo retroceder muchos kilómetros atrás a toda la Wehrmacht desde los arrabales de Moscú hacia el oeste. Y la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul tuvo que tomar parte en aquella dantesca retirada, en el curso de la cual se quedó sin aviones. El día 7 de enero se encontraban en Vitebsk, la misma ciudad en la que los españoles habían sido desviados del camino hacia Moscú y enviados al norte. Dada la catastrófica situación en que se encontraba la Luftwaffe en el sector del Grupo de Ejércitos Centro (¡y en otros!) no podían ser reequipados, y el 6 de febrero se recibió la orden de repatriación a España. La 1.<sup>a</sup> Escuadrilla había sufrido cinco bajas de pilotos (uno muerto en accidente y cuatro dados por desaparecidos ya que cayeron sobre territorio ocupado por el enemigo y su suerte final se ignoró). En el haber de la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul solo se computó una cifra modesta de aviones enemigos: 10 derribados y cinco destruidos en tierra. Solo pudo realizar 422 misiones.

A la hora de evaluar el papel desempeñado por la DA, quizás la comparación más adecuada sea la que se puede establecer con otra unidad de voluntarios europeos, la Legión de Voluntarios Francesa, que con dos batallones de infantería, había llegado al frente en el sector de Moscú a fines de noviembre, quedando encuadrada en la 7.<sup>a</sup> División alemana. El 8 de diciembre de 1941, tras haber tomado parte en los combates ante la capital soviética durante tan solo una semana, fue sacada de la línea de fuego y enviada a la profunda retaguardia, para ser reorganizada, porque su actuación había sido penosa. La Legión de Voluntarios Francesa, oficialmente el 638.º Regimiento de Infantería del Heer, seguiría existiendo hasta 1944, pero los alemanes jamás la volvieron a

emplear en el frente, por considerarla militarmente ineficaz, incluso un peligro para sus propias líneas, dado su escasa combatividad, y por ello solo la usaron para misiones contra los partisanos (Caballero, 2000-b). Si los españoles hubieran dado un rendimiento militar análogo, habrían sido retirados del frente, así de claro y sencillo. Pero, como vamos a ver enseguida, los españoles de la DA no solo superaron la grave crisis que supuso la retirada del 7 y 8 de diciembre, y los feroces ataques que sufrieron entre el 24 y el 27 del mismo mes. En breve, iban a dar muestras excepcionales de arrojo, que acabarían admirando a los mismos alemanes.

Y una buena parte de España seguía vibrando de emoción con las noticias de la DA, aunque tan a menudo fueran solo notas necrológicas. El domingo 28 de diciembre Radio Nacional dedicó un impactante programa a la DA, con las características técnicas adecuadas para que pudiera ser escuchado con los pocos receptores de radio disponibles en las posiciones españolas en Rusia. El programa no solo incluyó numerosos números musicales, sino algo especialmente emotivo: varias madres se dirigieron desde los micrófonos a sus hijos voluntarios en Rusia. El 2 de enero, el diario falangista de Madrid, *Arriba*, reprodujo un discurso que desde Rusia el general Muñoz Grandes dirigió a los españoles (el resto de la prensa lo reprodujo en días sucesivos, por lo que tuvo una audiencia extensísima):

Españoles, en estos tiempos tan críticos y difíciles, en que con la suerte del mundo se ventila el porvenir de nuestra Patria, yo me dirijo a vosotros para (...) enviaros el saludo de mis soldados, esos soldados buenos, sufridos y valientes, que solo por ofrecer un día de orgullo están dispuestos a dar su vida con alegría. Duro es el enemigo, y muy duro es también el invierno ruso, pero no importa. Más dura es mi raza.

Muñoz Grandes no pensaba ni remotamente en abandonar la primera línea (Von Chappuis así se lo había sugerido), pero desde España, Franco ordenó a nuestros diplomáticos en Berlín que trataran con los alemanes la posibilidad de retirar la DA de primera línea para que descansara y se recompusiera, lo que hicieron el 10 de enero de 1942, mientras que Serrano hacía ya algún tiempo que maniobraba para repatriar a aquellos líderes falangistas que consideraba necesarios para mantener operativos los mecanismos políticos que controlaba. Pero los alemanes no habrían podido renunciar a los españoles ni siquiera si ese hubiera sido su deseo.

«MORIR EN LA NIEVE, COMO CARA AL SOL».  
FRENANDO AL EJÉRCITO ROJO AL OESTE DEL VÓLJOV.  
ENERO-AGOSTO DE 1942

La historia y la sangre nos señalan un lugar eminente en este Orden Nuevo. Si durante dos siglos hemos vivido en servidumbre, este mundo ahora caduco fue quien puso su pie en nuestro cuello (...). Nuestro deber de españoles está sin duda, en los cuadros de ese proclamado y nonnato Orden Nuevo (...). Pero no necesitamos acudir a la Historia, ni siquiera al levantado ejemplo de nuestra guerra; nos basta pensar en la proeza pura y sustantiva, casi inaccesible a la adjetivación, de nuestra División Azul.

PEDRO LAÍN ENTRALGO, en la revista *Escorial*, n.º 15; enero de 1942

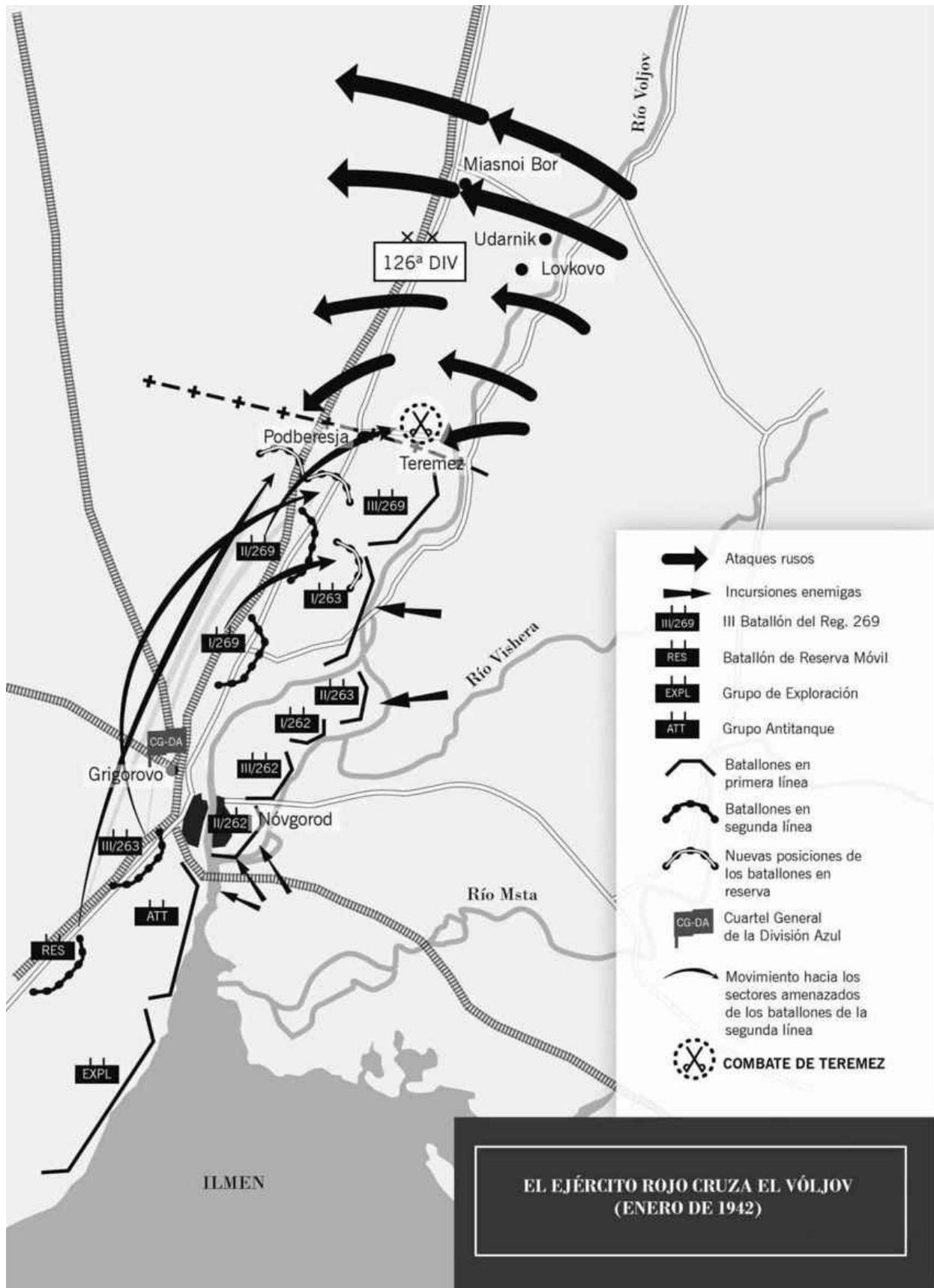
A partir del 4 de enero, el Ejército Rojo volvió a atacar con fuerza sobre todo el arco del frente que iba a lo largo del Vóljov y hasta la orilla meridional del Ladoga, siendo sus efectivos rechazados una y otra vez, hasta que finalmente el día 13 abrieron brecha en el sector de la vecina septentrional de la División Azul: la 126.<sup>a</sup> alemana que, como se señaló en el capítulo anterior, ocupaba el sector que antes había defendido el Regimiento 269.<sup>o</sup> español. El flanco septentrional de la DA quedaba así gravemente amenazado. Algo menos preocupante para el mando español fue el que el día 7 los soviéticos hubieran roto también las líneas alemanas en el otro extremo del lago Ilmen, el suroriental, junto a la desembocadura del Lovat. Lo habían hecho precisamente cruzando la superficie helada del lago.

Los españoles, por su parte, estaban en plena reorganización de sus fuerzas. Para completar los batallones I y II del Regimiento 269.<sup>o</sup> se echó mano de parte del personal de las columnas hipomóviles del Grupo de Transporte. Y como la ribera noroccidental del Ilmen era en gran parte zona responsabilidad de los españoles, se reforzó a las fuerzas españolas ya desplegadas allí (Grupo Antitanque 250.<sup>o</sup>, Grupo de Exploración 250.<sup>o</sup>, Compañía de Esquiadores) con nuevos elementos. A la zona fue destinada la 13.<sup>a</sup> Batería, que devolvió el material artillero con que había sido dotada a los alemanes y se convirtió en una «batería de pie a tierra» (así se llama a las de artilleros que se emplean como infantes), algunas de las Columnas Hipomóviles —también empleadas como fuerza de infantería— y los batallones III/263.<sup>o</sup> y Reserva 250.<sup>o</sup>, mantenidos estos en segunda línea para actuar como reserva con capacidad de respuesta sobre la costa del Ilmen.

El despliegue español, en resumen era el siguiente. En el Sector Norte (la zona del río aún guarnecida por españoles y la parte septentrional de la isla del Vóljov), y citando las unidades como siempre de norte a sur, estaban desplegados los batallones III/269.<sup>o</sup>, I/263.<sup>o</sup> y II/263.<sup>o</sup> en primera línea, con los Batallones II/269.<sup>o</sup> y I/269.<sup>o</sup>, en fase de reorganización, formando una segunda línea. En el Sector Sur (que ocupaba el resto de la isla del Vóljov y la ribera del Ilmen en las inmediaciones de Nóvgorod) se desplegaban de norte a sur los batallones I/262.<sup>o</sup>, III/262.<sup>o</sup> y

II/262.º Y en el Sector del Ilmen, las unidades que acabo de señalar. A una de ellas le iba a tocar ejecutar una difícil misión, que ha dejado huella imborrable en la historia.

El primer punto donde el frente del Grupo de Ejércitos Norte alemán se colapsó fue al sur del Ilmen, donde los soviéticos cruzaron el ángulo suroriental desbordando el flanco occidental de la 290.<sup>a</sup> División alemana, y avanzando hacia Staraia Russa. Las fuerzas alemanas al sur del Ilmen habían llegado en su día mucho más al este que las situadas al norte del lago, y de hecho habían alcanzado las Colinas Valdai. Pero era aquella una región tan intransitable que las tropas del 16.º Ejército de hecho no tenían contacto con sus vecinos meridionales del Grupo de Ejércitos Centro. Por ello, todo aquel despliegue al sur y al este del Ilmen dependía de la conexión ferroviaria con Staraia Russa.

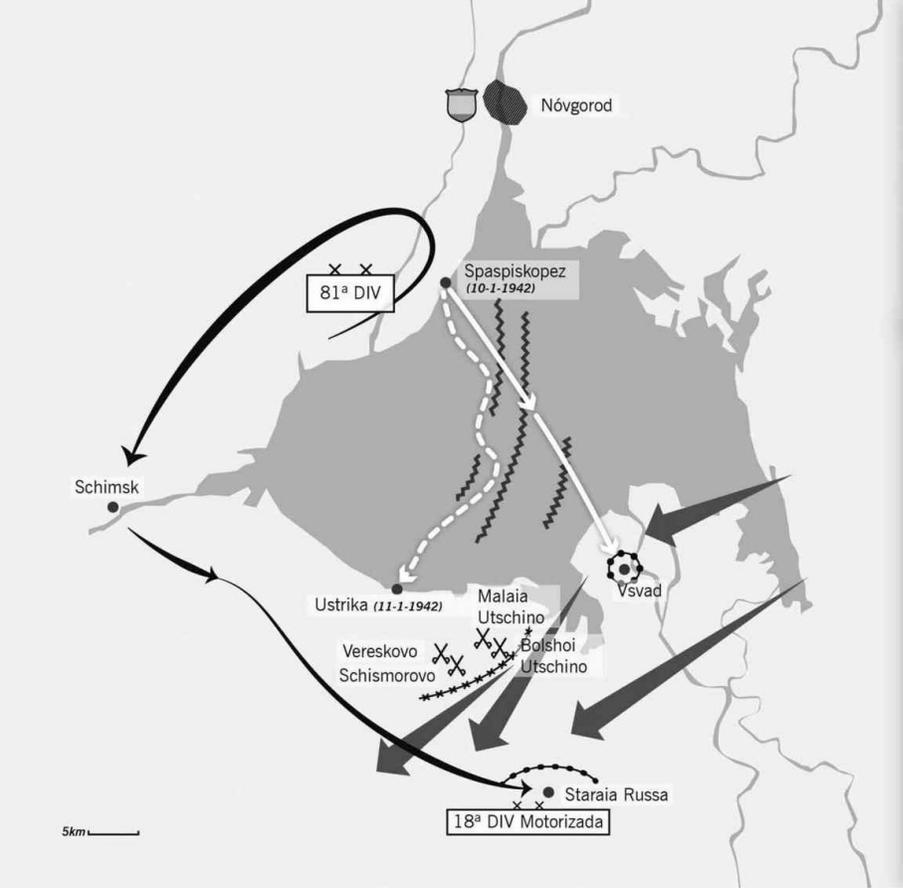


- Ataques rusos
- Incursiones enemigas
- III Batallón del Reg. 269
- Batallón de Reserva Móvil
- Grupo de Exploración
- Grupo Antitanque
- Batallones en primera línea
- Batallones en segunda línea
- Nuevas posiciones de los batallones en reserva
- Cuartel General de la División Azul
- Movimiento hacia los sectores amenazados de los batallones de la segunda línea
- COMBATE DE TEREMEZ

Las unidades soviéticas que habían iniciado la ofensiva en esa región, tropas de esquiadores, fueron incapaces de aniquilar la principal guarnición alemana de la ribera meridional del Ilmen, Vsvad (unos 550 hombres), que quedó cercada. Solo la DA estaba en condiciones de mandar refuerzos a Vsvad, y el 16.º Ejército alemán solicitó el envío de la Compañía de Esquiadores 250.<sup>a</sup> El 9 la unidad fue alertada, y el 10 se ponía en marcha, reforzada por elementos de otras unidades divisionarias, y bajo el mando del capitán Ordás. El efectivo total era de 207 hombres y partió desde Spaspiskopez, en la orilla noroccidental. Sobre el papel, una travesía en línea recta del lago duraría pocas horas. Pero la realidad fue distinta y la travesía se convirtió en algo terrible. Las fases de contracción y dilatación de la capa de hielo del lago habían provocado la aparición de profundas grietas, que no podían ser cruzadas, sino que obligaban a grandes rodeos, y por ello el cruce del lago se alargó durante 22 horas de constante caminar, sin descanso, sobre una superficie que no ofrecía resguardo alguno. Las temperaturas (de más de 50 grados bajo cero) causaron una espantosa cifra de bajas por congelación: 21 soldados tuvieron que regresar durante la marcha a la base de partida y otros 102 hombres tuvieron que ser evacuados una vez alcanzada la ribera meridional.

Además, las brechas citadas, y el hecho de que las brújulas se hubieran averiado, condujeron a los españoles no a Vsvad, sino a Ustrika, bastante más al oeste. Y sin embargo, la aparición de los españoles resultó una bendición para el mando de la 81.<sup>a</sup> División, la unidad con la que Von Chappuis pretendía relevar a los españoles y cuyos efectivos —a punto de alcanzar Nóvgorod— fueron dirigidos ahora hacia la ribera meridional del Ilmen. Pero solo el cuartel general de la división alemana, con medios motorizados, había alcanzado la zona de Staraia Russa, mientras que su infantería, que ahora descendía desde Nóvgorod al sur y debía seguir bordeando el Ilmen, todo ello a pie, tardaría días en llegar. Así que el mando de la 81.<sup>a</sup> División asumió el mando de las únicas fuerzas presentes en realidad en la zona, la Compañía de Esquiadores española, y elementos de un Batallón de Seguridad de voluntarios letones (Caballero, 1989-a), que los alemanes habían utilizado precisamente para proteger las vías férreas hacia Staraia Russa. Españoles y letones iban a luchar codo con codo, algo inédito en la historia.

Los españoles pidieron permiso para avanzar desde Ustrika, siguiendo la ribera del Ilmen hacia Vsvad, para rematar su misión. Pero el mando de la 81.<sup>a</sup> División tenía preocupaciones más urgentes, ya que las patrullas de esquiadores soviéticas se estaban infiltrando al oeste de Staraia Russa y si cortaban la carretera y el ferrocarril que a ella conducían sería imposible mantener esa ciudad, así que en vez de dirigirlos hacia el este, se ordenó a los españoles que avanzaran hacia el sur, hacia Vereskovo y Schismorovo, lo que sería absolutamente decisivo para cortar eficazmente las penetraciones hacia el oeste de los soviéticos, y manteniéndose allí a los españoles hasta el 14, en que fueron relevados por alemanes.



**ACCIÓN DE LOS  
ESQUIADORES ESPAÑOLES  
EN EL LAGO ILMEN  
(ENERO DE 1942)**

- Unidades de esquiadores soviéticos
- Grietas en el lago
- Ruta prevista
- Ruta real
- Ruta de la 81ª DIV

**POSICIONES DEFENSIVAS**

- 18ª DIV Motorizada
- Grupo de combate integrado por españoles, letones y alemanes
- Guarnición cercada
- Lugares donde entraron en combate los esquiadores españoles

Para entonces, las bajas habían dejado reducido el contingente español a unos 60 hombres, apenas dos secciones. Inmediatamente pidieron volver a su misión original, el socorro de Vsvad, lo que les prometió el mando alemán, pero para cuando llegara el momento oportuno, ya que no tenía demasiado sentido acudir a liberar Vsvad cuando era Staraiia Russa —infinitamente más importante desde el punto de vista estratégico— la que estaba en peligro de ser rodeada. Los españoles volvieron hacia el norte y el 16, reforzados por 40 letones, se lanzaban de nuevo al ataque contra tropas que asediaban Staraiia Russa por el norte, ocupando sucesivamente las aldeas de Malaia Utschino, Bolshoi Utschino y Shiloj Tschernez. Los soviéticos, asustados porque sus fuerzas podían verse cercadas a su vez, reaccionaron, y contraatacaron en Shiloj Tschernez y Bolshoi Utschino con carros de combate y esquiadores el día 17. De los 36 españoles que guarnecían la primera población, 16 murieron y 13 resultaron heridos. Otra sección española (23 hombres), reforzada por 19 alemanes, se atrincheró en Malaia Utschino, donde el enemigo los cercó el día 19. En esta ocasión, tras un durísimo combate, solo cinco españoles lograron replegarse hacia líneas propias.

Ese mismo día 19 los alemanes cercados en Vsvad habían decidido romper el cerco, retirándose hacia el oeste, marchando sobre la superficie del helado Ilmen. Los alemanes concedieron al ya raquítico contingente español el honor de salir en su búsqueda, y al amanecer el día 21 los fugitivos alemanes se daban de bruces con un pequeño pelotón formado por siete soldados españoles, encargados de recogerlos en mitad del hielo del lago. La misión original se había cumplido. Pero los combates no habían acabado. Lo que quedaba del contingente español era solo una sección, pero el día 24 se unió a una compañía alemana que con el apoyo de carros de combate fue lanzada a la reconquista de Malaia Utschino y Bolshoi Utschino. Tras los combates, el efectivo combatiente español quedó reducido a 12 hombres.

Finalmente, el día 25, la 81.<sup>a</sup> División ordenaba retirar del frente a los 12 miembros de la Compañía de Esquiadores 250.<sup>a</sup> que aún eran aptos para el combate. Quince días antes habían sido 207 hombres los que habían partido a la misión. El resto eran bajas: congelados, heridos, enfermos, muertos y desaparecidos. Los alemanes comprendieron que la imagen que muchos de ellos tenían sobre los españoles, la de oportunistas que se habían alistado con la idea de unirse al carro del vencedor, era falsa. La noticia de esta auténtica gesta de los españoles corrió como la pólvora entre las filas alemanas. No solo se habían sacrificado para salvar a soldados alemanes, además, la providencial aparición de los españoles había servido para erradicar el peligro de cerco sobre Staraiia Russa. Días más tarde los soviéticos acabaron rompiendo las líneas alemanas, pero al este de esa ciudad, y cercaron gracias a ello al II Cuerpo de Ejército alemán, en Demyansk. Los alemanes tomaron nota de que allá donde habían estado los españoles, los soviéticos no habían logrado una penetración parecida.

Curiosamente, entre los soldados de la DA, en aquel preciso momento, las sensaciones que generó este singular combate fueron ambiguas. Hubo desde luego mucho orgullo cuando se supo de la hazaña. Pero la Compañía de Esquiadores también tenía una amplia presencia de significados activistas falangistas, pues muchos que no habían podido encontrar plaza en infantería en el contingente inicial, y que con tal de partir hacia Rusia se enrolaron en sanidad, o en unidades de tipo logístico, aprovecharon la creación de la citada compañía para pasar a servir con armas

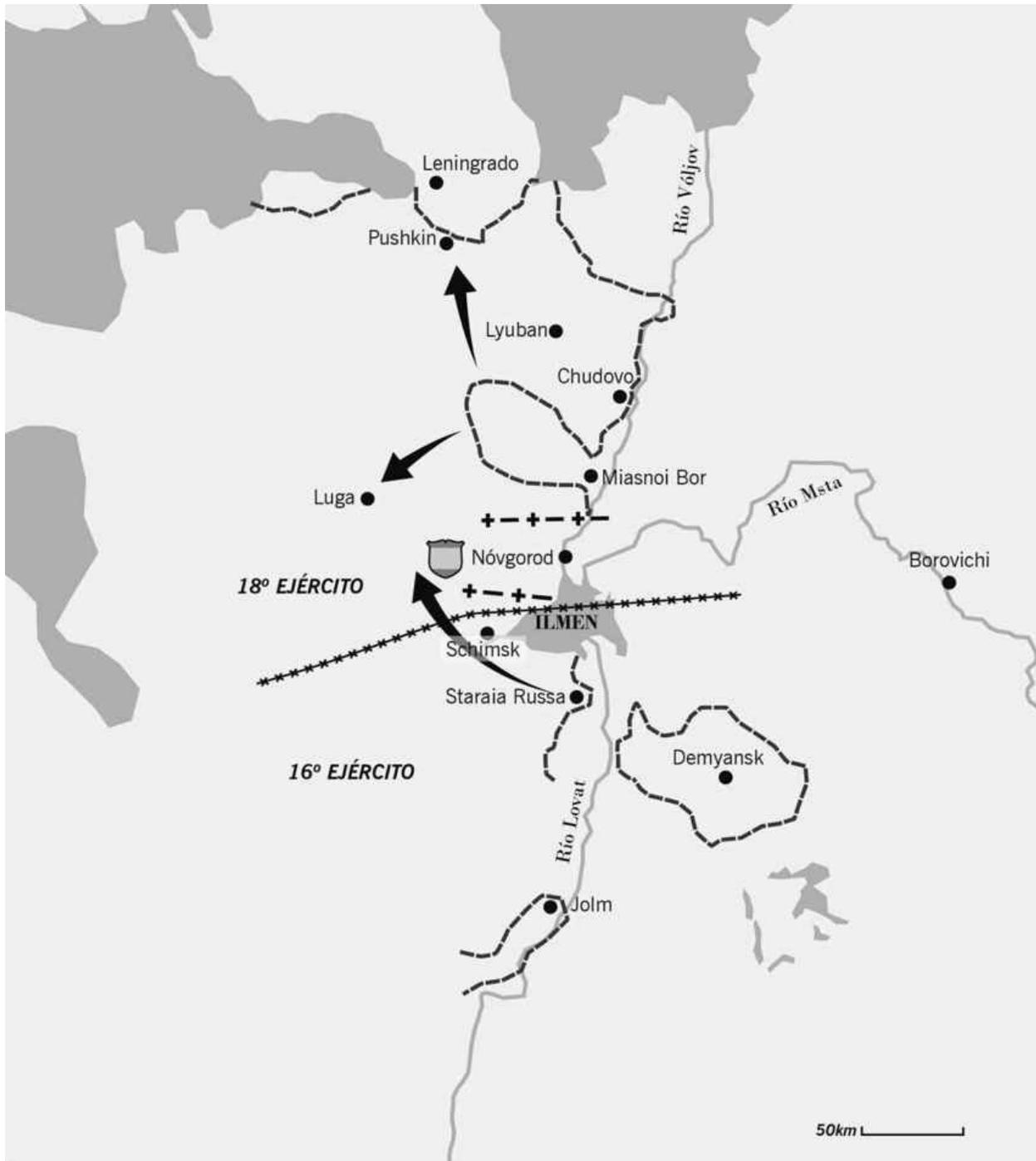
en la mano. No faltó quien comentara que los militares profesionales habían vuelto a encomendar otra «misión suicida» a los falangistas. Ocurre también que estos combates, que tuvieron tanto impacto emocional, fueron objeto de controversia entre los veteranos durante años. ¿Tenía sentido sacrificar a casi 200 hombres para ayudar a unos alemanes cercados que, a la postre, se salvaron por sí solos? Se sugirió incluso que el general Muñoz Grandes había ordenado ejecutar esa misión, a la que se presentaba como auténticamente suicida, para disuadir a los alemanes de sus eventuales planes de invasión de España. Son otros tantos ejemplos de mitos. Si algún español sabía que en ese momento los alemanes no podían pensar ni remotamente en invadir España, ese era Muñoz Grandes, que conocía bastante bien el profundo problema que estaban tratando de solventar los alemanes en Rusia y su carencia de reservas.

Por otra parte, Muñoz Grandes era un militar audaz, pero no un loco disparatado que da órdenes suicidas. Cuando se heló el lago había ordenado muy concienzudamente que patrullas españolas lo cruzaran hasta Vsvad para verificar si era transitable. Dos de ellas habían realizado ya el viaje entre las posiciones españolas y Vsvad cuando se le dio la orden de atravesarlo a la Compañía de Esquiadores. Lo que pasó es que con posterioridad aparecieron las brechas que indiqué. Y si el mando alemán concedía tanta importancia a Vsvad, sus razones debía de tener (una de ellas era que albergaba uno de los ejemplares más modernos de radares de dirección de la aviación de caza alemana, que bajo ningún concepto debía caer en manos enemigas). Además, como militar disciplinado que era, Muñoz Grandes acató la orden superior que se le dio, procurando asignar todos los medios necesarios (de ahí que la Compañía de Esquiadores fuera reforzada para la ocasión).

De hecho el general Muñoz Grandes estuvo preocupadísimo durante toda la operación y atento a cada paso de sus esquiadores. Hasta tal punto que cuando se quiso editar un texto que narrara la operación, lo que se hizo fue publicar la transcripción de las conversaciones entre el general Muñoz Grandes y el capitán Ordás (*Fraternidad*, 1942). Sin embargo, lo que nadie en España pareció comprender en ese momento, ni tampoco hasta muchos años después, fue que la inesperada aparición de los españoles en Ustrika había sido decisiva para evitar la caída de Staraiá Russa, al amenazar por el norte a las fuerzas soviéticas que pretendían cercarla, obligándolas a frenar su avance y permitir, al fin, que llegara la tantas veces citada 81.<sup>a</sup> División. Ironías de la historia, la división que venía a relevar a los españoles y que si al final pudo desplegarse para cumplir su nueva misión (defender Staraiá Russa) fue en gran medida gracias al valor de un puñado de españoles. La importancia simbólica de la acción de la Compañía de Esquiadores fue tremenda, pero hoy sabemos también que su trascendencia estratégica fue mucho mayor de lo imaginable.

Aunque menos conocida que la de la Compañía de Esquiadores en el Ilmen, el Batallón II/269.<sup>o</sup> protagonizó otra hazaña en las mismas fechas. Ya señalé que el día 13 de enero, el enemigo había perforado finalmente las posiciones de la 126.<sup>a</sup> División alemana. El mismo día el XXXVIII Cuerpo de Ejército ordenó a la DA que enviara un batallón en su ayuda, y por ser el situado más al norte de los que estaban en reserva, el Batallón II/269.<sup>o</sup> fue el seleccionado. Se trataba de reconquistar Teremez, lugar que había estado guarnecido por españoles hasta hacía pocos días, y que acababa de caer en manos rusas. Podría parecer una pobre aldea más junto al Vóljov, pero tenía el mayor interés en ese momento. Por tener un pequeño embarcadero, era uno de los pocos pueblos de la ribera que tenía una carretera que penetraba hacia el oeste, para

enlazar con la carretera Nóvgorod-Chudovo, el eje viario que corría paralelo al Vóljov y era vital para la logística y los movimientos de tropas, con la que enlazaba precisamente en la población de Podberesja. Dicho de otra manera, Teremez era el punto perfecto desde el que lanzar un ataque para cortar la citada carretera. Así que el mismo día 14 y también a lo largo del 15, el II/269.º — junto a otras unidades alemanas— se vio enzarzado en durísimos combates que acabaron en tablas.



— EL GRUPO DE EJÉRCITOS NORTE, AL BORDE DEL COLAPSO (ENERO-FEBRERO DE 1942) —

- x — x — x — x — x — x — Línea de separación entre los ejércitos 16º y 18º
- Ofensivas soviéticas previstas pero que no pudieron ejecutar
- - - Línea de contacto
- + - + - + - + - División Azul

Mapa 8



— LA CRISIS DEL 13º EJÉRCITO EN EL INVIERNO Y PRIMAVERA DE 1942 —

- Línea de contacto. Alcance máximo de la penetración Soviética
- ..... Fase final de la Bolsa del Vóljov
- - - - - División Azul

- + - + - + - Ampliación hacia el Norte de las Líneas españolas para contener la Cabeza de Puente del Vóljov
- × × × × × × Zona del perímetro de la Bolsa del Vóljov donde activaron batallones españoles integrados en unidades alemanas.

No se pudo expulsar a los soviéticos de Teremez, pero quedaron embotellados en una estrecha franja de la ribera. Pero el II/269.º, en reconstrucción después de las batallas de la cabeza de puente, quedó de nuevo casi aniquilado. Cuando la noticia llegó a Madrid, causó pavor que todo un batallón pudiera desaparecer en solo dos días. ¿Qué estaba pasando en Rusia?, ¿cómo interpretar las masacres padecidas por la Compañía de Esquiadores y el II/269.º?, ¿estaban usando los alemanes a la DA como carne de cañón?, ¿o es que estaban tan absolutamente faltos de reservas que era preciso tamaño sacrificio de los españoles? Cualquiera de estas dos últimas posibilidades era extremadamente turbadora. En realidad el nuevo holocausto a que se sometió el Batallón II/269.º, que ya el 17 tuvo que ser retirado de línea, fue fundamental para el futuro de la DA, pues evitó que los soviéticos alcanzaran Podberesja, lo que habría supuesto una grave y directa amenaza para el conjunto de la DA.

El bocazas del general Von Chappuis, que tanto había criticado a los españoles, pudo volver a ver que allí donde estaban los españoles, las líneas no se rompían. En cambio, algunos kilómetros al norte de Podberesja, los soviéticos que avanzaban desde la orilla del Vóljov alcanzaban la carretera Nóvgorod-Chudovo en Kopzy (el 19) y en Miasnoi Bor (el 21), perforando líneas alemanas. Antes de que acabara el mes, los soviéticos le habían arrancado al XXXVIII Cuerpo de Von Chappuis espacio suficiente para constituir una cabeza de puente al oeste del Vóljov de 30 kilómetros de anchura por otros tantos de profundidad: ni un palmo de esa superficie había sido arrebatado a los españoles, que en cambio a lo largo de ese mes de enero habían rechazado hasta nueve acciones ofensivas enemigas sobre sus posiciones. La DA era, simplemente, una división impenetrable, y cada ataque contra la isla del Vóljov y la zona de Nóvgorod, zonas guarnecidas por los españoles, acababa en fracaso soviético. El Ejército Rojo era muy consciente de esa impenetrabilidad, aunque en su propaganda afirmara lo contrario.

El 26 de diciembre y de nuevo en *Izvestia*, Dubrovitsky publicó otro artículo sobre la DA:

Cerca de Nóvgorod, el Ejército Rojo venció firmemente a la «División Azul» española, reclutas de Franco y de la Falange, espías y criminales. Ante nosotros tenemos tres diarios de soldados españoles encontrados en el campo de batalla. Como en un espejo, toda la «División Azul» se refleja en ellos (...). Los tres autores de los diarios murieron. El mismo destino aguarda a todos los demás invasores que vinieron a nuestro país. Serán exterminados hasta el final.

En efecto, en esta ocasión, este propagandista soviético se basó en diarios encontrados en los cuerpos de caídos para describir a la DA como una auténtica banda de incompetentes, cobardes, desmoralizados, etc. Con la manipulación de los diarios, dado que aparecían datos reales, que el autor interpretaba sesgadamente, se obtenía un relato que tenía visos de credibilidad. No era una técnica nueva. De hecho, en Possad los soviéticos se habían incautado ya de parte del diario del mismo Ridruejo, y anunciaron a los cuatro vientos que el notorio intelectual y político falangista había muerto allí.

Una y otra vez los soviéticos dieron por aniquilada a la DA. Y sus afirmaciones encontraban eco a nivel internacional. El 3 de enero, por poner un ejemplo, la agencia Associated Press transmitió a sus abonados en todo el mundo una comunicación oficial del Ejército Rojo, según la cual este *had wiped out 8.000 of the Spanish Legion*. El día 5, un «peso pesado» de la intelectualidad soviética, Ilya Ehrenburg, también se ocupó de la DA. Este escritor comunista

había sido un activo propagandista a nivel internacional del bando frentepopulista en la Guerra Civil y tenía una vinculación especial con España. Aprovechando la captura del diario de un oficial español muerto durante los combates del 27 de diciembre (alférez García-Mercadal), y manipulándolo, extrajo de él ciertos párrafos que le permitieron construir un famoso artículo, que tituló «Desilusión de un mercenario». Que se pintara en ese texto con los colores más negros a la DA, eso ya lo supone cualquiera. Lo llamativo es que afirmara que los españoles estaban a punto de amotinarse contra los alemanes:

Nosotros sabemos que no todos los españoles son tan brutos como este Jorge. Jamás consideraremos a los oficiales de la División Azul como representantes del noble pueblo español. Los alemanes trajeron aquí la hez de España. Pero incluso esta escoria se levanta contra sus amos. Incluso la División Azul, sueña con ajustar cuentas a la horda alemana. Mientras los alemanes triunfaban, los soldados de la División Azul los odiaban y temían. Ahora les siguen odiando pero ya no les temen. Acaso mañana echarán sus cuentas y encontrarán el mejor modo de aprovechar las cintas de sus ametralladoras.

El 17 de enero de 1942, *Pravda*, órgano oficial del Partido Comunista soviético le dedicó un artículo a la DA, con un título muy explícito: «La División Azul se está desangrando». Se comentaban en él los combates del mes anterior:

En las afueras de la aldea de Possad, dentro de refugios y trincheras, se encuentran los cadáveres de soldados que llevan capotes verdes. Unos están en el suelo, retorcidos y helados por el frío; otros permanecen de pie, apoyados en las paredes de las trincheras, como un horroroso museo de figuras de cera (...). Los muertos —vestidos con uniformes hitlerianos— no son alemanes. En las mangas de los capotes agujereados por las balas se ven escudos con los colores de la bandera de España. Pero no es esta la España que conocemos y amamos —el país de Cervantes y Lope de Vega, de Murillo y Goya, de José Díaz y Dolores Ibarruri—. No, esta es la España de Franco y de Hitler. Unos tres meses atrás la División Azul llegó al Frente del Este. La formaban unos 18 o 19.000 hombres. Según las últimas noticias la división ha perdido como muertos, heridos y helados más de 10.000 hombres entre soldados y oficiales. En algunas compañías de 150 hombres solo han quedado 30.

Resultaba evidente que junto a las tropas soviéticas que se habían batido contra la DA había exiliados comunistas españoles, capaces de calcular inmediatamente el interés propagandístico de los documentos capturados, que eran remitidos a distintos autores según su importancia en el escalafón de los propagandistas. Los de los sencillos soldados fueron a parar a Dubrovitsky, los del oficial a Ehrenburg. Pero también se capturaron los de algún activista falangista, y estos fueron a parar a los dirigentes comunistas en el exilio que inmediatamente los usaron para que La Pasionaria radiara en Moscú un discurso contra la DA a finales del mismo mes. Lo singular de este texto (Lledó, 2016) es que pretendía «desvelar» la «criminal maniobra» de los falangistas al organizar la DA. En base a uno de los diarios capturados, donde un falangista criticaba a Muñoz Grandes por exponer a los falangistas a tantos peligros, La Pasionaria argumentaba que los líderes falangistas no habían ido a Rusia a combatir, sino que eran unos «emboscados», mientras que los que combatían eran soldados reclutados a la fuerza. Que entre los «emboscados» citara a un Sotomayor —muerto en combate— o a un Ridruejo —que estaba tan en primera línea como para que su diario cayera en manos soviéticas— da idea de la falsedad del análisis. Era pura propaganda, sencillamente.

El mismo mensaje se repetía de cara a los exiliados españoles. Uno de ellos era el escritor César M. Arconada, que en algún momento llegó a tener amistad con Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma Ramos, los creadores estético e ideológico del fascismo español, pero que

acabó militando en el comunismo más devotamente estalinista. Había elegido exiliarse en Moscú, y en estas fechas dio a conocer entre sus camaradas su cuento «Barro azul». En esa pequeña obra, se retrata a un Serrano Suñer que no es que haga reverencias ante el embajador alemán cuando se encuentra en presencia de este, es que incluso las hace ante el mayordomo del embajador. Y que está absolutamente enfadado a todas horas porque hasta entre las sábanas de su cama o sobre su mesa de despacho aparecen panfletos con el texto «¡Muera el fascismo alemán!, ¡Viva España Libre!». Por supuesto, en el cuento de Arconada es el embajador alemán el que le exige a Serrano la creación de la DA, quien le traslada el encargo a Muñoz Grandes: «El general no era tonto. Sabía muy bien que reclutar voluntariamente a jóvenes españoles para luchar contra la Unión Soviética era difícil. Fuera de unos falangistas ingenuos nadie querría ir».

Así que el cuento continúa con Muñoz Grandes contactando con un personaje al que llama «Chato del Peñón», retratado como delincuente habitual, pistolero al servicio de Falange antes de la Guerra Civil, capitán del Ejército en esta, al que Muñoz Grandes debe liberar de la cárcel para poder encargarle la misión de reclutar voluntarios para la División Azul. Este es el retrato de los voluntarios que imaginaba Arconada:

El Chato era un criminal de talento. Vio su porvenir otra vez en auge y se encomendó con resolución a la obra encomendada. Lo primero que hizo fue buscar en los bajos fondos de Madrid (...). Allí estaba el Perrazo, hombre con cara de perro de presa, que conocía todos los presidios de España (...). El Seba y su cuadrilla, que eran asaltadores de bancos y tiendas (...). El Tigre rubio, un antiguo bandido de los Montes de Toledo (...) el Maldonado y su querida, dueños de una casa de prostitución (...).

Huelga decir que según el cuento de manera voluntaria solo reclutaron a algunos aventureros y el resto fue forzado («entre cien reclutas forzosos de los cuarteles, cinco voluntarios»). Arconada traza incluso el «retrato» de alguno de los voluntarios, como «el falangista Madrigal», a quien pinta como un «mariquita» («su atiplada voz de señorita y sonrosado rostro») al que sus compañeros llaman burlescamente «Cielito Lindo» (hoy no se hubiera atrevido a algo tan poco correcto políticamente); o un tal «Cristino, mendigo epiléptico al que habían reclutado ofreciéndole casarle en Rusia con una princesa». En cuanto entró en combate, la División se hundió. Así lo imaginaba Arconada: «Muchos se rendían sin gana alguna de luchar contra el Ejército Rojo. La mayor parte luchaba y moría por obligación, por exigencia de la disciplina alemana». Y los desmoralizados restos «se dedicaban, como es natural, a sus oficios de siempre, a robar, a matar, a violar muchachas, a comer lo mejor que podían y a eludir los combates contra los soldados rojos». Finalmente, en una aldea, cuando pretendían robar gansos, una sencilla campesina les plantaba cara, alzaba a los demás paisanos contra ellos, y entre todos los exterminaban. La moraleja del cuento era la humillante bronca que el embajador alemán le echaba a Serrano por el fracaso de la División. Ciertamente, en plena guerra, era casi inevitable para un escritor comunista escribir un texto así, pero la verdad es que resulta triste que alguien pretenda hacer pasar esto por literatura. En todo caso, «Barro azul» resume perfectamente la idea que los comunistas españoles querían que se difundiera sobre los divisionarios azules.

El 26 de febrero, los agentes del PCE que actuaban en las líneas soviéticas frente a la DA, remitieron un informe sobre ella a la dirección del partido, catalogado como «Secreto» (*Informe*, 1942). Pese a que la criticaban con toda la dosis de odio que cabe imaginar, hay párrafos de ese informe muy reveladores (las mayúsculas y el subrayado aparecen en el original):

El hecho de que hayan existido casos de reclutamiento forzoso no es, sin embargo, motivo suficiente para debilitar el hecho de que LA MAYORÍA DE LOS RECLUTADOS SON EFECTIVAMENTE VOLUNTARIOS Y QUE ENTRE ELLOS EL NÚCLEO FUNDAMENTAL ES DE FALANGISTAS MILITANTES (...). A pesar de todo lo expuesto, no es posible afirmar que la División no combate. Al contrario, los soldados luchan con coraje y en algunos casos desesperadamente, no se rinden fácilmente y son muy contados los que se pasan a las filas del Ejército Rojo (...) la mayoría de los pasados hasta ahora (seis) no pensaron en hacerlo hasta que las dificultades del frente no se hicieron sentir y empezaron a sufrir los efectos del frío y los golpes del Ejército Rojo.

El informe contradecía tanto la propaganda del PCE como la de la URSS contra la División, que hablaban de reclutamiento forzoso, amplio sentimiento antifascista entre los alistados a la fuerza, etc. Esta rara «objetividad» tiene, sin embargo, su explicación: el objeto del informe era contribuir a diseñar una eficaz política de propaganda contra la DA, y desde ese momento se dejaron de lado en ella los temas políticos, para centrarla en hablar del horroroso clima que deberían padecer los voluntarios, de la deficiente alimentación que tenían, o de los malos tratos que según esa propaganda recibían por parte de oficiales y suboficiales. Por supuesto, lo que no decía el informe es que mientras que en el mismo periodo de tiempo —desde la llegada al frente hasta la redacción de ese texto— en que el Ejército Rojo le había capturado a la DA 26 prisioneros y 7 desertores, en manos de la DA habían caído 145 desertores y 1.014 prisioneros soviéticos. Una comparación que hubiera sido desoladora para quienes redactaron el informe.

Los soviéticos —y la propaganda comunista en España— se hartaron de anunciar que la DA había sido aniquilada. Desde luego las bajas eran terribles y muchísimo más elevadas de lo que nadie se hubiera imaginado en España. Muchas bajas eran recuperables, pero otras eran definitivas, luego hacía falta cubrirlas. A lo largo del mes de febrero alcanzaron las líneas de la DA dos expediciones para cubrir bajas, sumando unos 750 hombres. Eran voluntarios que en julio de 1941 habían quedado en «lista de espera», y en enero se les había ordenado concentrarse en San Sebastián, desde donde viajaron al frente tras una parada en Hof, sede del Depósito de la DA, para recibir el equipo alemán. Otra expedición saldría a fines de febrero con 750 efectivos más. En sentido inverso, pequeñas expediciones de heridos, enfermos y mutilados que se consideraban no recuperables para la campaña llegaban de tanto en tanto a España, y como la prensa las comentaba siempre, desde luego ya no quedaba nadie en nuestro país que ignorase lo extremadamente dura que estaba siendo la campaña de Rusia. Por supuesto, la propaganda radiada por la BBC británica insistía en ello hasta la saciedad, calculando acertadamente que provocaría un descenso en el entusiasmo por alistarse. El que no se hubiera producido el colapso de la Unión Soviética y la entrada de Estados Unidos en la guerra estaba contribuyendo también a generar un ambiente cada vez más diferente del que se vivió en julio de 1941. A ello contribuía en realidad la misma prensa española, que no se recataba de mostrar imágenes que por fuerza debían influir en los potenciales nuevos reclutas y en sus familias. En su número 98, de 6 de enero de 1942, por ejemplo, la revista ilustrada *Semana*, de amplia difusión, mostraba a toda plana la imagen de «Los tres primeros caballeros mutilados de la División Azul, en la lucha contra Rusia, llegados a Madrid». Imágenes como esta, o las frecuentes necrológicas que aparecían en la prensa, actuaban en realidad como una auténtica contrapropaganda.

Como en el verano de 1941 predominó un ambiente de euforia, y en la urgencia por partir hacia el frente quedaron muchos detalles sin perfilar, hasta el 6 de diciembre de 1941 no apareció el Decreto del Ministerio del Ejército por el que se declaraban «como acciones de guerra a todos

los efectos los hechos en que intervengan fuerzas enviadas a luchar contra el comunismo», gracias a lo que se les aplicaría a los divisionarios la legislación sobre pensiones, derechos y recompensas del Ejército Español para tiempo de guerra, y se establecían los derechos que tendrían las familias de los caídos, prisioneros y desaparecidos. La normativa definitiva del Ejército sobre los devengos es más tardía aún, del 27 de diciembre. Otro tanto ocurrió con la norma que establecía los derechos como excombatientes de los divisionarios. Como ha escrito Alcalde:

Oficialmente, fue en febrero de 1942 (...) cuando Arrese dictaminó ampliar la categoría de excombatiente a aquellos de la División Azul que hubiesen estado tres meses en el frente (contando a partir de la salida de territorio alemán) o hubiesen sido heridos. Aparte de la regulación de becas y otras ventajas para estudiantes encuadrados, el decreto de 7 de mayo de 1942 concedió a los voluntarios «determinadas ventajas en oposiciones y concursos», pues aquellos que llevasen «cuatro meses de servicio en el frente o que encontrándose en este resultasen heridos» tendrían el concepto de excombatiente a todos los efectos de la ley de 25 de agosto de 1939 (Alcalde, 2014).

Uno de los hombres que combatían en Rusia ha narrado cómo se enteraron, ya en la primavera de 1942, después de muchos meses de luchar y sufrir, y no antes, de estas novedades:

Ahora, nos llegan noticias de España de las que deducimos la posible colocación de divisionarios en Organismos del Estado, anunciándonos facilidades de ingreso, en los mismos, y todos pensamos que a nuestro regreso, nos podemos situar mejor en la vida. Un motivo más de comentarios, pasando así un día más en el paraíso ruso (Botella, 2017-2018).

El Boletín Oficial del Estado dispone de una estupenda hemeroteca accesible *on line*, así que conocemos a la perfección las «ventajas» ofrecidas a los voluntarios de la DA. El 15 de noviembre había aparecido una orden por «la que se declaran vigentes y con plenos efectos las matrículas formalizadas en los Centros de enseñanza por alumnos encuadrados en la División Azul». En efecto, muchos de ellos habían partido hacia Rusia habiendo formalizado ya sus matrículas académicas, y ahora se les reconocía que no perderían validez mientras pegaban tiros en el frente. Otra orden, esta del 2 de diciembre, regulaba «la percepción de becas concedidas a los alumnos que se hallen encuadrados en la División Azul». Y finalmente, el 21 de febrero de 1942, se dictaban «las normas para la exención de toda clase de derechos académicos a los combatientes de la División Azul». En algunos casos, muy concretos, ciertas convocatorias habían establecido una reserva de plazas para veteranos de la DA: la oposición al cuerpo de Facultativos de Montes (BOE de 14 de diciembre de 1941); a Médicos de Atención Pública Domiciliaria (BOE de 22 de marzo de 1942); a plazas de las Inspecciones Municipales Veterinarias (BOE de 21 de junio); y en la Carrera Diplomática (BOE de 10 de noviembre de 1942). ¿Cuánta gente podía beneficiarse de este tipo de convocatorias? Solo un puñado de ellos, es evidente.

Más valor cabe atribuir a normas que afectaban al conjunto de los divisionarios. Hubo que esperar hasta el 12 de mayo para que la representación de la División en Madrid remitiera a los gobiernos militares unas Instrucciones Generales que se dictaban en relación con los mutilados de la DA. Nadie se había tomado muy en serio lo de ofrecer prebendas de ningún tipo a los voluntarios cuando se alistaron en 1941. Se insiste hasta el aburrimiento en que los divisionarios se alistaban por la paga o el estatus de excombatiente, y sin embargo y como vemos, la verdad es que la regulación de esos aspectos se demoró muchos meses.

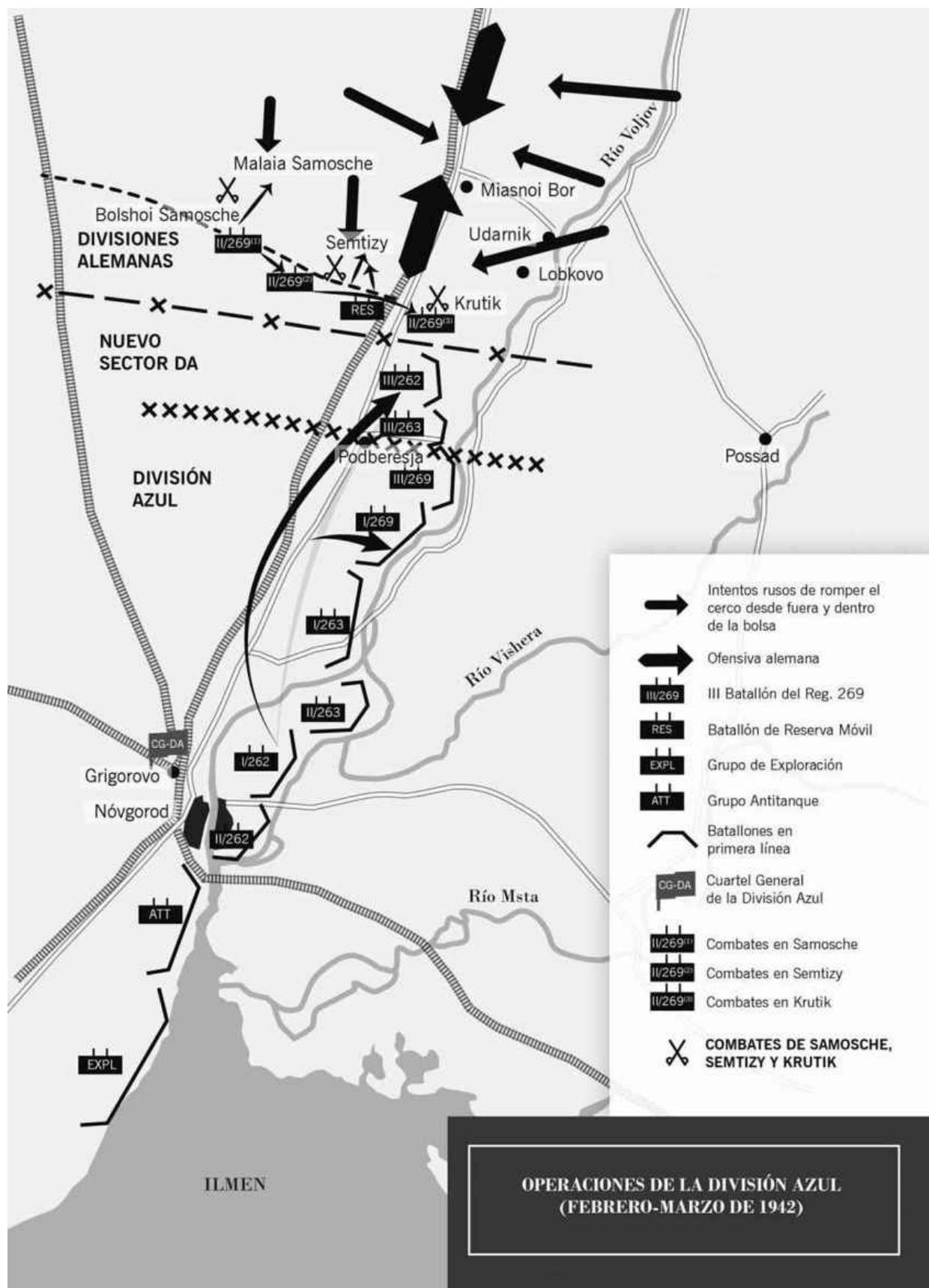
La existencia de la DA planteaba un buen número de cuestiones inéditas. Por ejemplo, ¿qué

hacer con los soldados que se habían alistado y estaban en Rusia si se licenciaba su quinta?, ¿y qué hacer con los que se alistaron y no llegaron a marchar? Si el soldado seguía en Rusia, sus unidades no debían desmovilizarlo a efectos legales y económicos, hasta su repatriación. Los que no encontraron plaza sí serían desmovilizados, y si al serlo hacían constar que seguían interesados, entonces se les comunicaría que deberían hacerlo a través de Milicias. Ocurría también a la inversa, muchos que se habían alistado en Milicias ingresaban en el Ejército con su quinta. En ese caso, si deseaban partir hacia Rusia, debían volver a presentarse voluntarios, ahora a través de sus unidades. Otros se encontraron con que al regresar de Rusia su encuadramiento ya no era el de la Jefatura de Milicias de su provincia, ya que entre tanto habían pasado formalmente a ser soldados de tal o cual unidad militar, y ya no se les computaba como «falangista» sino como «soldado» en los listados. El caso más llamativo era sin duda el de hombres a los que les tocaba entrar en filas, y no aparecían en las Cajas de Recluta cuando les tocaba hacerlo. No fueron pocos los casos de hombres que se habían alistado para la DA y, mientras combatían en Rusia, se encontraban con que la justicia militar les abría procedimiento por «deserción» y los puestos de la Guardia Civil recibían órdenes de busca y captura contra ellos.

En el mes de febrero la situación de las fuerzas alemanas al norte y al sur de la División Azul rozó la catástrofe total, aunque para la DA propiamente dicha fuera un periodo relativamente tranquilo, mucho menos tenso que los meses anteriores. La situación se hizo especialmente dramática al sur del Ilmen, donde, si bien los soviéticos no llegarían a conquistar Staraja Russa, sí que acabaron rompiendo las líneas alemanas al este de esa ciudad, lo que les iba a permitir cercar a todo un cuerpo de Ejército Alemán en la llamada Bolsa de Demyansk. Pero como Staraja Russa resistió y los soviéticos no pudieron avanzar hacia el oeste conforme era su propósito, el flanco meridional español no tuvo peligro. A efectos de la DA, lo único en que les afectó la situación fue en el cambio de encuadramiento, pues pasó a depender del 18.º Ejército. El 16.º Ejército del que había dependido hasta entonces debía concentrar su atención en la problemática al sur del Ilmen, la más compleja y difícil de todas las que en esas fechas tenían que afrontar los alemanes.

La situación fue mucho más peligrosa para los españoles en su flanco septentrional, dado que tras romper las líneas de la 126.ª División, el Ejército Rojo se lanzó en tromba hacia el oeste o, más exactamente, buscando progresar hacia el noroeste, hacia Leningrado. Como este rumbo le iba a acabar absorbiendo, el plan previsto para desviar también algunos efectivos hacia el suroeste, para rodear Nóvgorod, jamás se pudo ejecutar, lo que le evitó a la DA infinidad de problemas.

No se puede hablar propiamente de líneas de combate, debido a que esa región es tan boscosa como pantanosa, pero la penetración soviética trazó un profundo bucle en la ribera occidental del Vóljov, mucho más extenso en sentido este-oeste que en sentido norte-sur. La 126.ª División, con las fuerzas que se le iban agregando, trataba desesperadamente de mantener algunos puntos de apoyo a lo largo del perímetro meridional de ese bucle. Sus menguados efectivos ya no podían mantener el único tramo que conservaban de la ribera del Vóljov, que volvió a ser ocupado por los españoles el 4 de febrero, en concreto por el ya reorganizado Batallón I/269.º. A partir de ese momento, las líneas españolas iban a extenderse cada vez más hacia el norte, relevando sucesivamente a tropas alemanas. Eran casi las mismas latitudes donde habían estado desplegados en otoño, pero ya no lo harían frente al caudaloso Vóljov, sino ante la ancha y bien guarnecida cabeza de puente enemiga al oeste de dicho río.



-  Intentos rusos de romper el cerco desde fuera y dentro de la bolsa
-  Ofensiva alemana
-  III Batallón del Reg. 269
-  Batallón de Reserva Móvil
-  Grupo de Exploración
-  Grupo Antitanque
-  Batallones en primera línea
-  Cuartel General de la División Azul
-  Combates en Samosche
-  Combates en Semtizy
-  Combates en Krutik
-  COMBATES DE SAMOSCHE, SEMTIZY Y KRUTIK

Además de ir relevando a los alemanes en ciertos sectores y ampliando así la zona de responsabilidad española, en los meses siguientes serían muchos los momentos en que tropas españolas se agregarían a fuerzas alemanas para realizar operaciones puntuales en situaciones de crisis a lo ancho del antes citado perímetro meridional de la penetración rusa, en varios casos para salvar a guarniciones alemanas cercadas. El primero de ellos se produjo el día 10 de febrero. El muy fogueado Batallón II/269.º no había podido cubrir sus bajas desde el combate de Teremez, así que se le agregó una compañía de otro batallón no menos fogueado, el III/263.º (la 9.ª Compañía, para ser exactos), que iba a operar integrada en él durante los próximos meses. A esta fuerza —y en la fecha señalada— le tocó acudir, junto a un batallón alemán, a liberar a la guarnición alemana cercada en Malaia Samosche, misión realizada con un éxito completo gracias al efecto sorpresa. Los rescatados y rescatadores se replegaron a Bolshoi Samosche, quedando el Batallón II/269.º en esa pequeña población, sobre la que los irritadísimos soviéticos lanzaron feroces ataques hasta el día 18.

También el resto del veterano Batallón III/263.º fue agregado a la 126.ª División desde el día 17, aunque en este caso se le empleó para contener la cabeza de puente rusa en las proximidades de Sapolje, al norte de Teremez. Téngase en cuenta que desde esa cabeza de puente los soviéticos lanzaban constantes ataques hacia el este, pues la antes citada penetración tenía un grave problema: solo se accedía a ella a través de un estrecho cuello de botella. De ahí la necesidad para los soviéticos de lanzar esos constantes ataques desde la cabeza de puente hacia el oeste: para tratar de ampliar ese delgadísimo cuello a través del que enlazaban con sus tropas que habían penetrado profundamente hacia el noroeste.

El no menos veterano Batallón de Reserva 250.º también abandonó su zona asignada en el Ilmen, para ubicarse, como reserva y en este caso bajo dependencia española, en el extremo norte del sector de la DA. Si a esas alturas el enemigo no había realizado todavía ninguna gran operación sobre el Ilmen, ya no cabía pensar en que la hiciera en los meses siguientes, y por ello ni el III/263.º ni el Reserva 250.º eran necesarios allí y sí en el norte, para ayudar a los alemanes. A lo largo de febrero, los soviéticos ejecutaron menos presión sobre los sectores guarnecidos por la DA: tres golpes de mano de envergadura. Los españoles respondieron exactamente con el mismo número de acciones propias. Pero no por ello podemos imaginar que los batallones de los Regimientos 262.º y 263.º amasados en torno a Nóvgorod, vivían momentos plácidos. Sixto Botella, del Regimiento 262.º, recordaba así aquellas fechas:

El día doce de febrero recibe nuestro capitán, orden de relevar la compañía que está destacada en el «Alcázar», posición denominada así por los alemanes, en memoria de la odisea del Alcázar de Toledo (...). Realmente la posición es de considerable peligro. Está situada delante del río Vóljov, que es la divisoria del frente, y además cabeza de puente de toda la División Azul rodeada por el enemigo, a excepción del camino por el que accedemos a ella. Lo que vulgarmente llamamos en términos bélicos «el mango de la sartén». Los restos de tres barracones completamente deshechos, constituyen esta posición tan peligrosa. En los sótanos de ellos, nos albergamos después de dos horas de camino, tremendamente cargados, con todo el material de la compañía y gran cantidad de munición. Este recorrido lo hemos realizado con toda clase de precauciones, protegiéndonos por la derecha de la marcha, la sección de asalto del regimiento y por la izquierda, dos pelotones de nuestra propia compañía. Hemos subido a la posición, solamente dos secciones de la compañía, con un total de ciento diez hombres. Lo hacemos con el equipo de asalto. Sin mantas. Los relevados nos dejan las suyas. ¡Naturalmente andaban solas propulsadas por grandes contingentes de piojos! (...) Una vez en la posición, que ocupamos en medio de toda clase de sigilo, vemos salir a los relevados de ella. ¡Dan verdadera pena verlos de escualidos que estaban todos! No podía reunir peores condiciones. La

mayoría de las chabolas no dan la altura de un hombre y hay que estar dentro de rodillas, sentados o agachados siempre. Tienen estufa, pero carecen de salida de humos, que nos empezamos a tragar a todas horas dentro de las mismas. Pronto organizamos el servicio, que es brutalmente duro. Muchas horas de parapeto y tremendos puestos de escucha, alrededor de toda la posición y junto a la alambrada que la rodea. Por todas partes teníamos al enemigo y muy cerca de nosotros, dándonos pronto buena cuenta de su proximidad. Ante ello, caminamos con toda cautela por la trinchera, pues empezamos a tener considerable número de bajas, solamente de balas perdidas. El enemigo, que ha intentado atacar la posición, ha fracasado ante las alambradas de la misma, dejándose buena cantidad de cadáveres, que podemos ver a la luz del día con toda perfección. Dentro de la posición y a la entrada de las viviendas subterráneas de la misma hay muchos restos humanos, que demuestran los combates que han tenido nuestros antecesores. Igualmente hay un pequeño cementerio, dentro de la misma, con tumbas alemanas con la consabida cruz y el casco de guerra. Poco a poco nos vamos dando cuenta de lo peligrosa que resulta y por algo la llamaron los alemanes «El Alcázar» (Botella, 2017-2018).

Los informes llegados a España sobre las elevadas bajas de la División Azul habían llevado a Franco a pedir a los alemanes —a principios de enero— su retirada temporal del frente, pensando incluso en una repatriación para ser reorganizada en España. De manera que el general Varela vio llegado el momento de hacerse con el control del contingente español en Rusia por un expeditivo método: sustituir la DA original por otra división enviada desde España, cuya organización quedaría, ahora sí, completamente bajo su control, ninguneando a Falange. Porque lo que parecía fuera de lugar era retirar a los españoles de la campaña. El 14 de febrero, en uno de los discursos más comentados de cuantos pronunció en su vida, Franco declaró enfáticamente ante los mandos de la guarnición de Sevilla que Alemania era el muro que contenía el bolchevismo, comentario muy importante en unas fechas en las que el Frente del Este seguía tambaleándose. Volvió a presentar la Campaña de Rusia como continuación de la «cruzada contra el comunismo» que para él había sido la Guerra Civil.

Sin aquella Cruzada nuestra no habría sido posible que un puñado de españoles voluntarios hubieran ido hasta las estepas de Rusia a defender los mismos principios que aquí se defendieron. Se abrió una era con nuestra Cruzada, pero esa era no ha terminado (...). En estos momentos de lucha entre los pueblos del mundo, presenciamos cómo se pretende destruir el baluarte y se ofrece a Europa como posible presa al comunismo. No tememos su realización; tenemos la absoluta seguridad de que no será así; pero si hubiera un momento de peligro, si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles la que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían.

El historiador polaco Kaczorowski sostiene que esta «sobreactuación» de Franco en el discurso de Sevilla no tenía otro propósito que el de conseguir de los germanos el permiso para que la DA fuera retirada del frente (Kaczorowski, 2018). Pero los alemanes, con pérdidas iguales o superiores a las de la DA en todas sus unidades, no tenían con qué sustituirla, así que en modo alguno podían permitir la retirada del contingente español. En cualquier caso, el discurso tuvo eco en todo el mundo, por subrayar que España no iba a abandonar a Alemania en ese momento de grave crisis para los alemanes en el Frente del Este. En Moscú, el diario del Ejército Rojo, *Estrella Roja*, le dedicó un comentario en forma de viñeta. En ella se veía a un oficial español con uniforme completamente destrozado y con una bandera convertida en harapos con la leyenda «Golubaya Diviziya» (División Azul, en ruso) en actitud de dar novedades a Franco, que las escuchaba esperando impaciente junto a un teléfono situado bajo un cartel donde se leía «Línea Berlín-Madrid». El título de la viñeta era: «A la espera de felicitaciones». Y el comentario que la acompañaba era muy explícito: «Mientras las fuerzas del Noreste están aplastando a la División

Azul, la agencia de información alemana describe las hazañas imaginarias de los “salvadores de Europa”».

Desde luego, las bajas eran elevadas, aunque no para dar por finiquitada a la DA. Según los registros de la 1.ª Sección (la de personal) del Estado Mayor de la unidad española, las bajas del otoño y el invierno, entre octubre de 1941 y marzo de 1942 fueron las que abajo se reseñan. A destacar la elevadísima cifra de bajas debidas al frío, que aparte de las congelaciones causaba graves enfermedades pulmonares.

<b>Tabla 4</b>						
<b>Periodo</b>	<b>Muertos</b>	<b>Desaparecidos</b>	<b>Heridos</b>	<b>Congelados</b>	<b>Enfermos</b>	<b>Total</b>
Octubre 1941	150	7	411	79	161	808
Noviembre	329	22	786	298	446	1.881
Diciembre	278	11	574	338	490	1.690
Enero 1942	109	10	162	258	499	1.038
Febrero	85	6	128	113	347	679
Marzo	127	7	313	148	446	1.034
<b>Totales</b>	1.078	56	2.376	1.234	2.309	7.130

Pese a tal número de bajas, no cabía ni hablar, por el momento, de abandonar la lucha en el Frente del Este. Pero como señalé, en la mente de Varela surgió la idea de crear una «segunda división», lo más ajena posible a la Falange. No fue casualidad que los voluntarios procedentes de Milicias de Falange que fueron convocados para formar los tres contingentes de refuerzos reunidos en enero y febrero de 1942 se encontraran con lo que percibieron como un trato discriminatorio hacia ellos de los mandos militares en San Sebastián, lo que dio lugar a agrias quejas. Las tensiones entre voluntarios falangistas y militares antifalangistas habían existido ya en la fase de organización de la DA, pero ahora se hicieron más agudas, no porque los falangistas notaran perfectamente el interés de Varela por «desfalangistizar» la unidad, sino porque ahora estaba en mejores condiciones para lograrlo. Toda España era un hervidero de rumores sobre el futuro de la División Azul.

Como la DA se había integrado formalmente en el Heer, las decisiones relativas a ella debían ser negociadas con los alemanes, y para ello el 10 de marzo salió de España con destino a Berlín el general Carlos Asensio, jefe del Estado Mayor del Ejército Español, que se entrevistó con las principales autoridades militares alemanas para organizar los detalles del relevo de efectivos de la DA que deseaban realizar los españoles. Tras esas negociaciones, se decidió finalmente que debía realizarse en manera escalonada, por no existir medios para mover a tantas fuerzas (una división que debía regresar a España y otra que debía partir desde ella) de una sola vez. A continuación, el día 22, Asensio se entrevistó en Königsberg con Muñoz Grandes, para exponerle los planteamientos de ese relevo, que le afectaban a él, ya que debería regresar a España. Pero Muñoz Grandes se negó en redondo a admitir los planes de Varela. Según él, la DA había llegado demasiado tarde al frente en 1941, y por ello no pudo tener un papel tan destacado como hubiera sido de desear, pero debía intervenir, ahora como fuerza fogueada, en la gran ofensiva de la primavera-verano de 1942 que, según esperaba, sería la de la victoria definitiva. No menos reacio

se mostró Muñoz Grandes a dar curso a las ideas de Serrano, que manifestaba que se debía repatriar a los cuadros falangistas que servían en la unidad, ya que según él, la presencia de miles de falangistas en Rusia había dejado el campo libre a sus competidores políticos para ocupar resortes en la maquinaria del poder. Contradiciendo tanto a Varela como a Serrano, Muñoz Grandes no iba a aceptar sustituir la «primera División», por una «segunda División», ni permitiría la repatriación sin más y en bloque de los líderes falangistas. Lo que se acordó fue repatriar a ciertas categorías específicas de voluntarios, por razones como la de ser mayores o menores de edad, tener hermanos ya caídos en el frente, etc. Muñoz Grandes también le hizo constar a Asensio que no estaba dispuesto a ceder el mando de la unidad, lo que creaba una situación difícil, sobre todo para el hombre en quien Varela ya se había fijado para sustituirle, el general Emilio Esteban-Infantes, un oficial ferozmente anticomunista, que ya había intentado formar parte del contingente inicial de la DA, pero también de profundas convicciones monárquicas; era un militar de gran profesionalidad, pero que no tenía el acusado perfil político de Muñoz Grandes por lo que, en definitiva, llegado el caso no se atrevería a desafiar su autoridad.

Aunque tras los durísimos combates de aquel otoño e invierno, ya podemos imaginar que los veteranos soñaban con un relevo temporal, o incluso con una repatriación, la verdad es que la situación de la DA mejoró de manera ostensible a lo largo de marzo. Al norte de sus líneas, aunque la penetración soviética había profundizado hasta 70 kilómetros al oeste de la carretera Nóvgorod-Chudovo, sobre esta importantísima ruta el cuello de botella de esa penetración no tenía más que 10 kilómetros de ancho y la inminente llegada de la primavera iba a convertir la zona de penetración enemiga en un inmenso lodazal. Además, aquella penetración muy pronto se convirtió en una gigantesca bolsa, pues tras cinco días de lucha (del 15 al 20) enmarcados en la «Operación Predador», los alemanes cerraron el cuello de botella de la carretera, avanzando sobre ella tanto desde el norte como desde el sur para confluir en Miasnoi Bor. Los soviéticos intentaron acudir en socorro de los cercados, pero de manera muy reveladora no lo hicieron mediante un empuje a través de la impenetrable DA, para avanzar hacia los embolsados desde el sureste, sino montando una operación mucho más al norte, tratando de progresar hacia el suroeste para abrir una nueva vía de contacto y cercar de paso a contingentes alemanes. Avanzaron bastante sobre ese eje, y finalmente dibujaron otra gran penetración sobre las líneas alemanas, pero no lograron su objetivo.

El general Von Chappuis mostró a las claras durante esas fechas que su capacidad de liderazgo era insuficiente. Después de pasar meses despellejando a los españoles, para vergüenza suya el general Muñoz Grandes fue premiado con la Cruz de Caballero, que le fue concedida el 13 de marzo, y le sería impuesta por el general Lindemann, comandante en jefe del 18.º Ejército. Inmediatamente Muñoz Grandes comunicó a sus hombres que si era a él a quien se le otorgaba la condecoración, los méritos en realidad eran los de los soldados a sus órdenes. El retrato del general español con su Cruz de Caballero al cuello acabó apareciendo en la importante revista alemana *Signal*, que se distribuía en numerosos idiomas por toda Europa. Lo pintó Rudolf Hanzl, un artista austriaco que, como otros pintores, servía en las Compañías de Propaganda del Heer. Estuvo destinado en la unidad alemana de propaganda agregada a la DA y —además del célebre retrato de Muñoz Grandes— pintó algunos excelentes cuadros que tenían a los divisionarios como protagonistas, que en España han pasado desapercibidos. Poco después de terminar su servicio

junto a los españoles, en junio, dada su gran calidad, Hanzl acabó integrado en la prestigiosísima Staffel der bildenen Kunstler (Sección de Pintores), una unidad que encuadraba a la élite de los pintores de la Wehrmacht (Caballero, 2000-c). Mientras que al general Muñoz Grandes le esperaba la fama y la gloria, el destino del general Von Chappuis fue muy distinto, siendo destituido del mando del XXXVIII Cuerpo de Ejército el día 29. Nunca más recibió un mando en campaña: comprendió lo que eso significaba y se suicidó en agosto.

Volvamos al campo de batalla. A principios de marzo otra población situada en el perímetro meridional de la penetración soviética, Semtizy, defendida por la 126.<sup>a</sup> División, quedó cercada. A liberarla acudieron los españoles de los Batallones II/269.<sup>o</sup> y Reserva 250.<sup>o</sup>, ambos puestos bajo mando de la citada división alemana. La novedad fue que junto a ellos tomó parte la Legión SS Flamenca. Al igual que ocurriera en enero en los combates de los esquidores en el Ilmen, que lucharon codo con codo junto a letones, estos combates donde se luchaba junto a tropas no alemanas, le demostraban a los españoles que, en efecto, estaban participando en una «cruzada europea». Tras duros combates, se liberó a la guarnición de Semtizy. Después, el Batallón II/269.<sup>o</sup> fue agregado a la 58.<sup>a</sup> División alemana, que acababa de llegar para tomar parte en la Operación Predador, y que debía protagonizar el avance sobre Miasnoi Bor desde el sur, mientras que el Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup> regresó a la DA, para entrar en línea entre los Batallones III/263.<sup>o</sup> y I/269.<sup>o</sup>, es decir, haciendo frente a la cabeza de puente soviética.

El Batallón II/269.<sup>o</sup> tomó parte brillantemente en la primera fase de la Operación Predador, en los combates del día 15, y a continuación pasó a ocupar posiciones en el sector recién reconquistado. Como ya adelanté, Predador supuso que la penetración soviética al oeste del Vóljov se convirtiera en una gigantesca bolsa. Desde ese instante los soviéticos multiplicaron sus intentos para auxiliar a sus camaradas cercados, intentando abrir alguna brecha que comunicara con ellos. Por eso, el sector de líneas frente a la cabeza de puente pasó a ser el más importante de entre los que guarnecía la DA, y para reforzarlo, el III/262.<sup>o</sup> abandonó la isla del Vóljov y se emplazó en la zona de Teremez-Sapolje. El extremo septentrional de la División Azul, que cubría la parte meridional de la cabeza de puente soviética en el Vóljov, era ahora el sector más densamente defendido por los españoles (de norte a sur estaban desplegados los batallones II/269.<sup>o</sup>, III/262.<sup>o</sup>, III/263.<sup>o</sup> y Reserva 250.<sup>o</sup>), mientras que dos batallones se desplegaban en la orilla del río (I/269.<sup>o</sup> y III/269.<sup>o</sup>) y la guarnición de la isla del Vóljov se había reducido (batallones I/263.<sup>o</sup>, II/263.<sup>o</sup>, I/262.<sup>o</sup> y II/262.<sup>o</sup>). Por otra parte, y significativamente, ahora los españoles realizaban más acciones ofensivas sobre las líneas enemigas que a la inversa. Operaciones que, inevitablemente, producían un rosario de bajas. Uno de los caídos fue un famoso falangista barcelonés, Carlos Bonacasa (muerto en uno de los tres golpes de mano que ejecutó la DA el 21 de marzo). Su paisano Octavio Carrera evocó aquella muerte en un texto que harían suyo los miles de soldados que han visto caer ante ellos a un amigo:

En el golpe de mano contra Radionov ha muerto Carlos y a mí me hirió una esquirla de metralla en la cabeza. Llegamos a las trincheras rusas y no había nadie. El enemigo se había retirado a segunda línea a través de caminos cubiertos. Después, cuando regresábamos a nuestras posiciones, abrieron contra nosotros un intenso fuego de morteros y máquinas. Una ráfaga partió el cráneo a Carlos. Poco después una pequeña esquirla me hería a mí en la cabeza. Recuerdo que mi sangre goteaba sobre su cuerpo, ya sin vida, mientras centuplicaba mis fuerzas para arrastrarle hacia nuestras posiciones. Las púas de la alambrada me arrancaron la mitad de mi capote y me desgarraron una mano. Allí caí sobre la nieve, sin fuerzas ya, agotado,

rabioso, herido y helado, abrazado al cadáver de Carlos, para robarle (¡Dios me perdone!) el último calor que le quedaba (Carrera, 2006).

En España, mientras tanto, el general Esteban-Infantes se había puesto manos a la obra a ejecutar la orden de crear una nueva división. Seleccionó personalmente a los jefes de los nuevos regimientos, batallones y grupos, y les puso a trabajar intensamente. Había que crear en España, por cada una de las unidades desplegadas en Rusia, una análoga que la relevara: batallones de infantería, grupos de artillería, etc. En una primera tanda se organizarían dos batallones de infantería, un grupo artillero, los grupos de antitanques y exploración y sendas compañías de zapadores y telefonía. Se les asignaron acuartelamientos para organizarse en San Sebastián, Logroño, Guadalajara, Valladolid, Calatayud y Zaragoza. Al empezar marzo de 1942 se pidió a las unidades militares que presentaran relaciones de voluntarios para esta proyectada «nueva» división, ya que las listas que se habían confeccionado en el verano anterior ya no tenían valor, por las bajas producidas en ellas por licenciamientos, traslados, etc., pidiendo expresamente que para la tropa fuera «el mayor contingente posible». Dicho más claramente: se podía haber recurrido a los listados de junio de 1941, y tachar a los que por la razón que fuera ya no estaban en las unidades, pero en vez de eso lo que se hizo fue confeccionar nuevos listados, volviendo a consultar de nuevo a los potenciales interesados. Las mismas unidades que en 1941 habían respondido con extensos listados, ahora presentaron unos mucho más pequeños. Las cifras de oficiales que se presentaban voluntarios reflejaban solo una ligera bajada, pero el descenso ya era notable en el número de suboficiales y aún más notable el que se registraba en el número de soldados. Esto nos vuelve a demostrar la fiabilidad total de esos documentos que, cuando hubo alistamientos masivos, dejaron constancia de ello, y ahora que disminuían, volvían a hacer lo mismo: reflejar la realidad.

Como cabe imaginar, a cada circunscripción militar se le indicó una cifra de los voluntarios que debería aportar. Algunos documentos de los que encontramos en los archivos intermedios son explícitos; por ejemplo, escritos de autoridades militares que se disculpan por no haber alcanzado la cifra que se les había sugerido «por no aparecer más personal voluntario de este Arma en las unidades dependientes de mi mando». Si se hubiera impuesto un alistamiento obligatorio, el gobernador militar de esa provincia, y el de cualquier otra, hubiera enviado el número que se le solicitaba y punto final. De nuevo volvemos a ver que los archivos no ofrecen documento alguno que sugiera prácticas compulsivas para reclutar. Es más, pese a que según ciertos autores en 1942 se admitía ya a cualquiera, en los archivos seguimos encontrando documentos sobre gente rechazada por ser de dudosa fiabilidad política. Otros documentos nos hablan de exclusiones por razones médicas, o de voluntarios que eran rechazados por estar sujetos a algún tipo de procedimiento por la justicia militar (que pueden ser de muy diverso sesgo). En algunas regiones, el número de militares que se ofrecieron voluntarios en marzo de 1942 no era muy distinto de los que lo habían hecho en el verano de 1941. En la Capitanía General de Canarias, por ejemplo, entre ambas convocatorias (la del verano de 1941 y esta de la primavera de 1942) el número de oficiales descendió de 405 a 379, el de suboficiales de 506 a 330 y el de tropa de 2.034 a 1.887, pero la razón para un cambio tan poco llamativo es que en el verano de 1941 ninguno de los voluntarios de Canarias pudo abandonar las islas por los motivos que indiqué. En otras regiones donde hubo muchos que pudieron ver cumplido su deseo de marchar a Rusia en 1941, el descenso

en los que se ofrecieron voluntarios fue mucho más llamativo, porque un porcentaje de los interesados ya había logrado su objetivo de servir en la DA.

Pero aunque hubo descenso en las cifras, por lo fiable de esos documentos es por lo que sabemos que aun así el número de voluntarios excedía las necesidades de plazas a cubrir por el Ejército. Lo más llamativo es lo que ocurrió con las jefaturas de Milicias. En 1941 todas las plazas de tropa «no especialista» se entendía que iban a ser cubiertas por falangistas. Ahora, se planificó con antelación cuántas plazas se cubrirían con soldados y cuántas con reclutados en Milicias, y se les solicitó a las jefaturas provinciales de esta la cantidad que les correspondiera a cada una. Como ya había ocurrido en el verano de 1941, se calculó una cuota que podría aportar cada provincia, pero mientras que en aquella fecha a una «provincia media» en cuanto a número de habitantes se le asignó un cupo que aproximadamente era de 150 hombres, ahora —en marzo de 1942— ese cupo se redujo a unos 50 hombres (aunque era lo lógico, ya que el número de unidades a constituir en esa fecha fue menor). Las jefaturas de Milicias convocaron a quienes no habían obtenido plaza en el contingente inicial. Aunque ahora muchos excusaron con diversos motivos el no poder enrolarse, la respuesta fue más satisfactoria que en los cuarteles, y aunque disciplinadamente cada provincia envió el número de efectivos que se le había pedido, bastantes hicieron constar que seguían teniendo muchos voluntarios que se quedaban sin plaza (por las que conocemos, aproximadamente dos de cada tres de quienes respondieron a esta convocatoria de las jefaturas de Milicias de marzo de 1942 se quedaron en tierra). Pero lo que estaba claro era que, por mucho que le pesara a Varela, también en el futuro habría que recurrir a muchos voluntarios falangistas. De hecho, una buena parte de los alistados en los cuarteles eran jóvenes que en 1941 no habían encontrado plaza a través de las jefaturas de Milicias.

La «prueba de fuego» debía producirse en junio. Los lectores de más edad y que hayan prestado su servicio militar, recordarán que las incorporaciones a filas de los reclutas se producían por sucesivos «llamamientos» a lo largo de todo el año. En los años 1940 no era así, y las quintas se incorporaban y licenciaban en bloque (la continuidad en las unidades se lograba porque siempre había dos quintas movilizadas). En junio de 1942 saldrían de los cuarteles decenas de miles de hombres e ingresarían otros tantos.

De cara a completar el previsto relevo de la DA, era sobre estos últimos sobre quienes se debía incidir para encontrar nuevos reclutas, así que ya desde mayo el Ministerio del Ejército hizo llegar a las unidades instrucciones al respecto. Por de pronto, se les debía prometer a los reclutas potenciales que quien regresase de Rusia con seis meses de servicio sería licenciado, y que quien no alcanzase esa cifra de meses, los que hubieran estado en campaña se le computarían como dobles. Un tipo de promesas que no se hizo jamás a los que formaron el primer contingente, y que sin embargo se ofrecieron en cantidades mucho más grandes que lo que iba a suceder ahora.

La llamativa contracción que se iba a producir en el número de alistados no tiene nada de sorprendente. En junio-julio de 1941 se había generado un ambiente de exaltación colectiva que hubiera sido irrepetible en cualquier caso. Pero es que además habían ocurrido demasiadas cosas: la URSS no se había desmoronado, Estados Unidos había entrado en la guerra, los diarios habían publicado ya centenares de necrológicas. Las familias, que en 1941 no habían tenido forma de impedir que sus hijos se alistaran, ahora tenían más fuerza moral para hacerlo, ya que no existía esa tremenda «presión ambiental» que se dio en el verano de 1941. Los padres, las novias, los amigos, incluso en muchísimos casos, los mismos oficiales de las unidades militares,

desaconsejaban el alistamiento. Muchos jóvenes, al escribir a casa para comunicar que se iban a Rusia con la DA recurrieron a pequeños «trucos» como afirmar que en el cuartel les habían forzado a ello, o que las condiciones económicas eran tan buenas que eran irresistiblemente tentadoras. Los archivos privados de muchos divisionarios conservan ejemplos de estas sorprendentes cartas remitidas a sus padres. Les ocurría hasta a muchos oficiales, que se encontraban con que sus padres o esposas se oponían vehementemente a que se unieran a la DA, pues no en vano se habían hartado de leer notas necrológicas, y les recordaban que ellos ya se habían jugado el tipo en la Guerra Civil. Muchos optaron por eludir esa presión por un método infalible: afirmar que no es que ellos quisieran partir, es que «les habían destinado a Rusia».

Una de las razones que inhibieron los alistamientos fueron las noticias sobre el frío increíblemente duro que se había pasado en el invierno. La verdad es que había sido una experiencia inédita para los españoles, que jamás habían combatido una campaña en condiciones árticas, y tampoco habían tenido que hacer frente a periodos de *rasputitza*, cuando literalmente todo el suelo se transforma en un inmenso lodazal, por efecto de las lluvias o por el deshielo. La DA había hecho frente a tan excepcional climatología (que afectaba a todo: desde los motores a los componentes químicos de los productos farmacéuticos, desde el movimiento de tropas, hasta el comportamiento de las armas, pasando por las enfermedades que producían en hombres y caballos) y resumió la experiencia en un interesantísimo documento (*Memoria*, 1942). Una muestra elocuente de lo bien que trabajaba el Estado Mayor de la DA, algo que raramente se señala. Con este tipo de estudios sobre el combate en invierno, realizados por todas las unidades desplegadas en el Frente del Este, el Heer redactó un amplio manual de lucha invernal de cara al siguiente invierno, del cual ya existía edición en español a mediados del verano de 1942 (*Libro de bolsillo*, 1942): nadie quería que se repitieran las dantescas vivencias del primer invierno de la campaña de Rusia. Fue una experiencia tan dura que los alemanes instituyeron una medalla específica para quienes habían servido en Rusia aquel invierno. Por supuesto los voluntarios de la DA tenían derecho a recibirla, y de hecho estaba entre las condecoraciones más apreciadas por los veteranos españoles.

El frío extremo afectó a todas las actividades de los voluntarios, e incidió tremendamente en el número de bajas. Pero si hubo algo que todos ellos experimentaron, sin excepción, incluso los que salieron indemnes de aquellos meses, fue el hambre, un hambre voraz, permanente. Cuesta trabajo entender que haya gente que insista en que hubo quien marchó a Rusia por hambre, cuando el hambre era precisamente la experiencia más cotidiana del combatiente en Rusia:

Hay un apetito devorador, a todas horas del día y es debido a la temperatura tan baja en las tierras de Rusia, y también al enorme servicio y al trabajo que se llega a hacer muy duro, pues hay que estar todo el día quitando nieve de la trinchera. Precisamente por ese exceso de trabajo cada vez que se llega a la chabola, bien de trabajar o de hacer guardia, hay que tomarse un par de rebanadas, tostadas y con sendas capas de mantequilla y chocolate, que se ingieren con un apetito desmedido. Con dicho apetito, que ya podemos llamar sin ninguna clase de paliativos, hambre descarada, no hay más remedio que buscar alguna cosilla más para comer (Botella, 2017-2018).

El frío, el hambre, el agotamiento, eran los compañeros permanentes de cualquier voluntario español que estuviera en esta durísima campaña. Una vez y otra, los diarios de los combatientes nos reflejan esta terrible situación. Por ejemplo, el del teniente Silvosa incluye entradas como

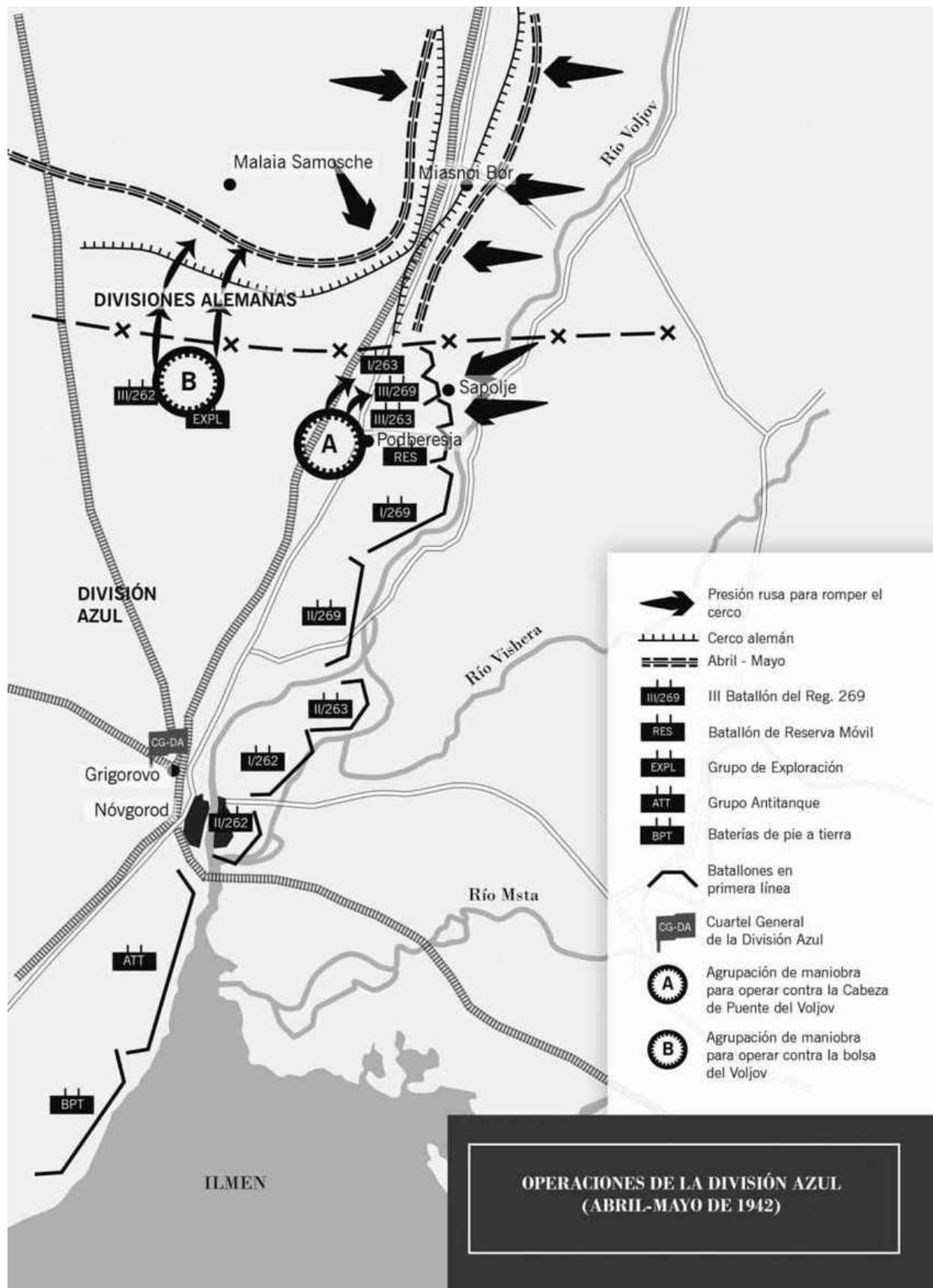
estas que siguen correspondientes a diversos días de enero, que podemos extrapolar a todo aquel largo invierno:

Día 7. Se presenta un día fatal de ventisca, norte, y por consiguiente, frío. Las trincheras que iban ya casi limpias de nieve vuelven a llenarse por completo. La gente está agotadísima, el trabajo es mucho, el descanso poco y la comida escasísima. No creo que si seguimos en este plan tengamos hombres para mucho tiempo. Vuelve la aviación, como siempre de noche.

Día 8. Sigue el agotamiento de la gente, más que nada por el hambre que se pasa. Hay nuevos mareados y rebajados. Sigue el frío tan tonto como siempre, casi se pasó el día nevando (...) uno de estos días pasados estuvimos a  $-46^{\circ}$  (...).

Día 13. Se presenta un día frío y con niebla espesa. La aviación rusa actúa sin que la nuestra dé señales de vida. La gente continúa agotándose más y más y por si fuera poco empiezan las congelaciones y se dan algunos casos de muertos por el frío (Silvosa, 2019).

Como la llegada de la primavera y su deshielo haría absolutamente insostenible la situación de las tropas cercadas en la Bolsa del Vóljov, el mando soviético multiplicó los ataques sobre las unidades del Heer que estaban desplegadas para contener al Ejército Rojo en su cabeza de puente al oeste, para tratar de perforar sus líneas y abrir nuevas vías de comunicación hacia la bolsa. Intentando alcanzar por varios puntos el eje de la carretera Nóvgorod-Chudovo, los soviéticos lanzaron potentes ataques el 2 de abril sobre los batallones españoles situados más al norte (II/269.º, en Kopzy; III/262.º y III/263.º en Sapolje). El padecido por el tantas veces machacado II/269.º fue el más grave, pues se empleó contra ellos una importante fuerza de carros de combate. Todos los ataques fueron rechazados.



- Presión rusa para romper el cerco
- Cerco alemán
- Abril - Mayo
- III Batallón del Reg. 269
- Batallón de Reserva Móvil
- Grupo de Exploración
- Grupo Antitanque
- Baterías de pie a tierra
- Batallones en primera línea
- Cuartel General de la División Azul
- Agrupación de maniobra para operar contra la Cabeza de Puente del Voljov
- Agrupación de maniobra para operar contra la bolsa del Voljov

**OPERACIONES DE LA DIVISIÓN AZUL  
(ABRIL-MAYO DE 1942)**

Fue otro ejemplo de cómo un sacrificio heroico salvaba la vida de muchos camaradas. Porque el plan soviético para ese día era machacar a la 58.<sup>a</sup> División alemana y a continuación avanzar hacia el sur por la carretera, con dos divisiones soviéticas recién llegadas, que no solo iban a ampliar el tantas veces citado estrecho cuello de botella, sino que debían progresar posteriormente hasta el mismo Nóvgorod, cogiendo por la espalda a los españoles. El Batallón II/269 —y, obviamente, otras fuerzas alemanas— abortaron el audaz plan. Pero, definitivamente el II/269.<sup>o</sup> había sufrido ya demasiado desde que inició las operaciones en la cabeza de puente española al este del Vóljov, en octubre anterior. Pese a haber sido reforzado en varias ocasiones con personal de otras unidades, en aquel momento sus efectivos de combate sumaban apenas 100 hombres, así que Muñoz Grandes pidió y consiguió, por fin, que ese batallón regresara a la zona de la DA, para disfrutar de un merecidísimo descanso.

A otras unidades españolas, en cambio, se les impuso en cambio un ritmo crecientemente ofensivo, y el día 6 ejecutaron golpes de mano a lo largo de todo el sector del río Vóljov que custodiaban con efectivos de sus batallones III/269.<sup>o</sup>, I/263.<sup>o</sup>, II/263.<sup>o</sup> y I/262.<sup>o</sup> Sin embargo, la posibilidad de ataques a mayor escala se veía frustrada por el hecho cada vez más evidente de que los soviéticos disponían de más artillería y más aviación de la que pudieran desplegar los alemanes y los españoles. En cualquier caso, lo que está fuera de toda duda era que el bajón de moral que habían padecido los divisionarios tras la retirada del mes de diciembre anterior era ya cosa del pasado. Durante meses habían albergado cierto complejo de inferioridad con respecto a los alemanes, que parecían tan eficientes en combate. Los mismos miembros de la DA ironizaban sobre el hecho de que era evidente que su propio aspecto era poco marcial, sus chabolas y búnkeres eran un desastre en comparación con los habitados por alemanes, y parecían desgreñados y hasta faltos de higiene. Pero estaban convencidos de que a valor no les ganaba nadie, y de ello tenían una prueba irrefutable: nadie les había vuelto a obligar a ceder un palmo de terreno desde diciembre, y en cambio habían sacado a los alemanes de más de un apuro. De ese momento nace otra de tantas leyendas de las que rodean a la DA, y que asegura que el general Jürgens (algunos precisan hasta su cargo: jefe del XXXVIII Cuerpo) había dicho a sus hombres que si veían a un soldado con el uniforme desabrochado, las manos en los bolsillos, etc., se cuadraran ante él, ya que «es un español, es un héroe». Aunque realmente bastan unos clics en el ratón de un ordenador conectado a Internet para verificar que nunca hubo un general Jürgens al frente del XXXVIII Cuerpo (con algo más de empeño se descubre que jamás hubo, en toda la Segunda Guerra Mundial, un general del Heer que llevara ese apellido), increíblemente hay historiadores que así lo afirman en los libros que publican, mientras que la frase circula sin descanso en Internet, en las más diversas páginas.

La realidad es que si los españoles habían tenido cualquier tipo de complejo ante los alemanes, lo habían perdido. A no pocos les sorprendía, por ejemplo, el escaso o nulo interés que los alemanes mostraban por los aspectos políticos de la campaña. El falangista vallisoletano Zaera escribía, tras convivir con personal de transmisiones alemán:

Mientras estos camaradas viven relativamente bien y su servicio no es incómodo, pues se limitan a cumplir, con la rigidez en ellos tan habitual, el horario militar que tienen formado, diana, revista, rancho, formaciones etc. y reparar las averías causadas por la artillería enemiga en las líneas telefónicas, que es su especialidad, viven esta actividad mecánicamente, sin gran

preocupación, a mi parecer, por el desarrollo del movimiento histórico de que forman parte. Únicamente les ves escuchar con atención los comunicados radiados del Cuartel General del Führer sin aparentar ninguna preocupación. Además no se recatan en manifestar su cansancio por la duración de la campaña y sus grandes deseos de que la guerra acabe pronto para reanudar sus ocupaciones habituales. En cambio en la División, en cualquier unidad de las que la componen, y dentro de cada corrillo tertuliano, en las hogueras, en el pajar, en la casa o en el campo, están los españoles discutiendo de lo divino y de lo humano, especialmente de la marcha de la guerra de la que apenas se tienen noticias, y las hay que son de «Radio Macuto», que como es sabido miente más que habla. Es de ver con qué calor se abordan los temas y cómo se generalizan las discusiones. Se nota una voluntad común, al servicio entusiasta de una causa. Son verdaderos protagonistas. Esta diferencia, ¿será solamente un síntoma temperamental de raza?, o ¿es también una diferencia de contenido espiritual en los móviles que nos impulsan a luchar a este puñado de falangistas al lado del poderoso ejército alemán? (Zaera, 2014-2015).

Por otra parte, los españoles eran muy conscientes de que ellos no habían cedido terreno, mientras que sus camaradas de armas alemanes lo habían hecho a menudo. El mito de la presunta invencibilidad germana se había hecho añicos, y los aires de superioridad que aún se daban algunos teutones resultaban insoportables para los españoles. Así lo expresó el oficial veterinario de un grupo de artillería, Miguel Martín, en su diario:

Martes 3 de marzo de 1942 (...). Acuerdo con el Comandante cuál es el material de Veterinaria más necesario con vista a una reorganización del Grupo (...) me invita el Jefe a comer allí arriba y comenzamos un ratito de cotilleo. Lo más curioso que de todo él salió, fue ver lo «bien» que nuestros «heroicos camaradas» los alemanes habían sabido defender la línea de invierno. Ante un plano impreso del Cuartel General del Ejército Alemán, que daba la situación del frente a 15 de enero, comprobamos el vergonzoso retroceso que había habido por algunos puntos. La cosa era alarmante especialmente a la altura de Vitebsk, donde el frente perdía su continuidad para verse atravesado dolorosamente por flechas que indicaban, bien a las claras que aún seguían las cosas moviéndose en aquellos momentos. Y en efecto, malas lenguas dicen que Vitebsk está hoy en manos del «Tovarich» Stalin y otras que se encuentra cercado por sus huestes. A nivel de la línea Kalinin-Smolensko, la cosa es igualmente seria y, para qué queremos seguir hablando. ¿Es que no nos va a bastar con la «heroica» resistencia que han sabido ofrecer a los ataques rusos al norte de nuestra División? ¿No han hecho allí los rusos lo que les ha dado la gana? Pena da pensar que los que presumen de tanto no hayan sido capaces de aguantar gallardamente, siquiera por no quedar en ridículo, pues, ¡con cuántos medios menos y con cuánto menos personal fue capaz nuestro regimiento Esparza [el 269.º] de sostenerse en su puesto e infligir duro castigo al enemigo! Y así han dejado que los rusos hicieran dos cabezas de puente sobre el Vóljov y que poco después las ensanchasen y que luego cortasen la carretera Schimsk-Chudovo-San Petersburgo y que luego profundizaran 30 Km y... en fin que hoy no sepamos exactamente por dónde andan. Desde luego hay algo que está ya comprobado: los alemanes son inigualables en tirar «p'alante» y en retirarse: su velocidad no hay quien la alcance en ninguno de los dos casos. Solo que de lo primero le daríamos nosotros también ciento y raya si dispusiéramos de los mismos medios y ¡quién sabe! Aun así es posible que aún tengamos ocasión de demostrarles que al igual que somos inimitables e insuperables en la defensa, somos mejores también que ellos en el ataque, porque miedo está demostrado que tenemos mucho menos, igual que material, al fin y a la postre (Martín Ortiz, 2013-2014).

No era un caso único. Otro oficial español, de los que estaban desplegados en la isla del Vóljov, y que veían cómo las líneas españolas en este sector estaban quedando debilitadas porque cada vez eran más las unidades españolas que estaban siendo enviadas para operar contra la penetración soviética al norte del sector español, escribía en su diario, para poner fin a las anotaciones de marzo:

Días del 25 al 31. Nada hay nuevo. Volvió a paralizarse el deshielo y hiela de nuevo con intensidad. Los rojos volvieron a romper el cerco al norte y la «bolsa» se vació. Tiene que intervenir de nuevo la División y envía allí casi un Regimiento con lo cual nuestras líneas quedan más desguarnecidas. Las cobardías de la 126.ª [División alemana] tenemos que pagarlas ahora muy caras. También el 16.º Ejército está cercado cerca de Vitebsk. El 3.º Batallón [III/262.º] sale para el sitio de operaciones. Nos quitan dos máquinas [ametralladoras] de las que guarnecían la Compañía. Pasan la 6.ª y la 14.ª [6.ª/262.º y 14.ª/262.º] a ocupar lo que guarnecía el 3.º [III/262.º] (Silvosa, 2019).

Los comentarios de estos oficiales quizás no fueran muy justos, ni muy exactos, pero desde luego reflejaban el sentir de los españoles. Y este alto nivel de moral de los españoles se reflejó en la orden de 15 de abril para constituir una «agrupación de maniobra», una masa de batallones de infantería que estaría dispuesta para realizar acciones ofensivas en cuanto se le ordenara. El Batallón II/269.º, que bien se merecía un descanso, ocuparía los sectores antes guarnecidos por los batallones III/269.º y I/263.º en las orillas del Vóljov; y el III/262.º dejaría solo en Sapolje al III/263.º. Los tres batallones que quedarían así «liberados» se agruparían al norte de Podberesja para ejecutar las tareas de ataque que se les asignaran por el mando del cuerpo de ejército. Se confiaba en tomar parte en alguna operación ofensiva de envergadura, para liquidar la cabeza de puente enemiga al oeste del Vóljov. Pero los alemanes carecían de fuerza para realizar ninguna, así que entre el 22 y el 24, por orden alemana, se insertó a los tres batallones citados en las líneas de contención de la cabeza de puente enemiga, quedando —de norte a sur, entre Kopzy y Tiutitzy— desplegados así: I/263.º, III/269.º y III/262.º.

Más importante fue, sin embargo, que a finales de ese mes llegaron dos contingentes de nuevos soldados, integrados en lo que en terminología militar se llama «batallones en marcha». El del día 26 era el 4.º Batallón en Marcha, que era el último de los que se habían enviado desde España a partir de enero, para cubrir bajas. El llegado el 28 —el 5.º Batallón en Marcha— era el primero de los batallones organizados por el general Esteban-Infantes que se enviaban como consecuencia del plan para relevar a la DA. En cualquier caso, Muñoz Grandes ya había decidido no relevar batallones en bloque, para no deshacerse de unidades veteranas, y fuera cual fuera el origen y la función prevista para las unidades que llegaban, se había decidido repartir sus hombres entre las ya existentes.

Entre los meses de abril y agosto salieron de España, casi en cascada, los batallones en marcha numerados entre el 5.º y el 15.º, movimiento de tal intensidad que era imposible procesarlos a través del Mando de Depósito español en Hof, por lo que la tarea de equiparlos y uniformarlos se hizo en el campamento de Auerbach. Por cierto, la infatigable «propaganda negra» inglesa seguía insistiendo en el alistamiento forzoso para la DA. Agentes españoles en Portugal informaron el 20 de mayo, por ejemplo, sobre los rumores que se difundían en el vecino país, donde los propagandistas británicos campaban a sus anchas y trataban de actuar sobre la colonia española allí residente:

Se dice que todo individuo que vaya a España a cumplir sus deberes militares es rápidamente enviado a Rusia, puesto que antes solamente estaba en aquel frente la División Española de Voluntarios, pero en la actualidad, como esta desapareció, es necesario enviar fuerzas para el mencionado frente, por haberlo exigido el Gobierno alemán.

En abril el movimiento en sentido inverso seguía siendo solo el de bajas evacuadas a España. Normalmente llegaban a España en contingentes poco numerosos, por lo que se les podía atender debidamente en San Sebastián, en cuyos hospitales y acuartelamientos los repatriados esperaban la dislocación hacia sus puntos de origen. Pero el 15 de abril llegó inesperadamente un contingente de casi 400 heridos, enfermos y mutilados, un grupo tan numeroso que sorprendió al Gobierno Militar de San Sebastián sin medios adecuados para hacerse cargo de ellos, lo que provocó sus protestas. Aunque el hecho fue casual, los voluntarios falangistas repatriados atribuyeron a la fijación de Varela contra la Falange el haber recibido un trato tan desconsiderado.

El 30 de marzo de 1942, Varela envió una carta de un único folio a Muñoz Grandes, en respuesta a temas diversos. Ambos generales intercambiaban con frecuencia misivas en las que trataban sobre distintos aspectos del relevo de los divisionarios, y otros de política general. Pero en esta ocasión Varela adjuntó un muy largo informe de un agente del Servicio de Información de la Dirección General de Seguridad, que se extendía por cuatro folios y medio, y que estaba fechado a 19 de marzo, centrado en la figura de un tal Bartolomé Peláez, agente del Servicio de Información e Investigación de FET-JONS. Este había presentado a sus superiores un análisis muy negativo sobre el trato que dispensaban los militares a los divisionarios. Lo que preocupaba a Varela era que el tal Peláez parecía que se iba a incorporar en breve a la DA, y una vez en ella ostentaría grado de capitán. Varela le atribuía propósitos muy peligrosos. En definitiva, temía que fuera poco menos que a amotinar a los divisionarios falangistas. La realidad es que no hubo nunca ningún «capitán Peláez» entre los mandos de la DA. Y de su supuesta misión no ha quedado ni el más mínimo recuerdo, ni en la memorialística divisionaria, ni en la historiografía sobre el tema. El gusto por las teorías conspirativas que aqueja a tantos «agentes secretos» parece haberles jugado una mala pasada a quienes redactaron los informes sobre el «capitán Peláez» que, sin embargo, Varela debe haber creído a pies juntillas, ya que les concedió una notable importancia. Sus obsesiones con respecto a la DA podían haber quedado en este pueril tema, pero pronto veremos que tuvieron consecuencias insospechadas.

Porque ante Varela se presentaba un problema. Deseaba acabar con la DA «falangista», relevándola con una «segunda división», pero eso significaba también que miles de divisionarios falangistas regresarían a España, lo que para él era potencialmente peligroso. Puesto que habían empezado a llegar los batallones destinados a relevar efectivos, había que organizar batallones de repatriación. Los que iban a encuadrarse en el 1.<sup>er</sup> Batallón de Repatriación (mayores o menores de edad, familiares de caídos, etc.), empezaron a concentrarse el 4 de mayo, y el 11 iniciaban la marcha hacia la patria. Muñoz Grandes acudió a despedirles, y en una vibrante arenga les recordó la reivindicación de Gibraltar. Los agentes de policía que vigilaban el paso de los divisionarios por la frontera descubrieron que ese discurso se introdujo —impreso en miles de copias— con el bagaje de los repatriados. Este tema, ya se señaló, era la única reivindicación territorial que causaba emoción entre los voluntarios de la DA, de manera que uno de ellos, el vasco Agustín Payno Mendicoague, había escrito una canción que coreaban sus camaradas y que estaba destinada a hacer furor en los medios falangistas:

¡Gibraltar!, ¡Gibraltar!/ avanzada de nuestra nación/  
¡Gibraltar!, ¡Gibraltar!/ punta amada de todo español/  
A mi Patria le robaron/ tierra hispana del Peñón/  
y sus rocas hoy hollaron/ con el asta de un extraño pabellón.

Pero suenan los clarines/ y se escucha ya el redoble del tambor/  
y por todos los confines/ se oye el grito de que seas español/  
¡Adelante, por España!/ que si en Rusia ya triunfó mi División/  
no es bastante nuestra hazaña/ si es inglesa la bandera del Peñón.

¡A la lid!, ¡con valor!/ ¡Empuñemos de nuevo el fusil!/  
¡A luchar, con valor!/ que en tus rocas sabremos morir/  
Las escuadras falangistas/ de mi heroica División/  
lucharán porque tú existas/ al amparo de mi santo pabellón.

Si en trincheras comunistas/ la bandera roja y negra yo planté/  
aunque muera en tu conquista/ en tus rocas mi estandarte clavaré.

El convoy del 1.<sup>er</sup> Batallón de Repatriación fue objeto de apoteósicos recibimientos en Irún y San Sebastián, pero al llegar a Madrid el día 24 se rozó el delirio. Una inmensa masa aclamó a

sus integrantes a lo largo de la Gran Vía, en un acto perfectamente orquestado por Falange, y se celebró un solemne *tedeum* en el Retiro antes de que el batallón se disolviera. Aquellos divisionarios habían salido de España arropados por multitudes y un año más tarde regresaban también entre aclamaciones. La popularidad de la que seguía gozando la DA se refleja en aquellas apoteósicas recepciones que se organizarían para los batallones de repatriación. Las ciudades se disputaban lo que parecía todo un privilegio; que un batallón llegara a su estación y fuera agasajado en público tras el inevitable desfile en la principal arteria urbana. Los voluntarios de julio de 1941, que habían sido despedidos con entusiasmo, regresaron a lo largo de 1942 a una patria que les recibía con enfervorizadas muestras de cariño, y ahí están los archivos fotográficos que lo demuestran.

Un segundo batallón de repatriados partió de Rusia el 29, llegando a España el 16 de junio. En este caso, el batallón se dislocó en Vitoria el día 17, y también esta ciudad tributó a los recién llegados un caluroso recibimiento. A partir de entonces, cada uno de los batallones de repatriación terminaría su viaje en una ciudad española diferente (eso sí, todas de la mitad septentrional: San Sebastián, Valladolid, Burgos, Zaragoza...), y en cada una de ellas la recepción fue memorable. El alicantino Avelino de la Uz concluyó su participación en la campaña con la llegada de su batallón de repatriación a Segovia, ya en septiembre, hecho que reflejó así en su diario:

Día 9 de septiembre. Medina del Campo. Seguimos hasta Segovia. Gran recibimiento, y nos alojan en un Cuartel de Artillería. Un gran almuerzo servido por la Sección Femenina.

Día 10. Dice la Misa de [Acción de] Gracias el Obispo, y también por los Caídos. Gran desfile y comida extraordinaria con visitas de Jefes y Oficiales, Autoridades Civiles y demás. Vemos la Academia de Artillería. La población, muy bien: se rifan a los voluntarios para llevárselos a sus casas para comer y dormir. Voy con tres más a una «casa palacio», de gente «gorda», muy cariñosa. Nos alojan en dos habitaciones con camas anchas y muy mullidas. No podemos dormir. Entonces, yo y otro de la otra habitación nos ponemos a dormir en el suelo, y entonces dormimos la mar de bien. Eran muchos meses durmiendo en el suelo y en trenes de mercancías (Uz, 1997-1998).

La verdad es que la experiencia de las despedidas y recepciones de acogida iba a ser algo que diferenciara netamente a los voluntarios del primer contingente respecto a los que formaron parte de los batallones en marcha. Los que integraban estos últimos habían salido de sus ciudades de origen en pequeños grupos hacia los puntos de concentración, y cuando los batallones se pusieron en marcha hacia Alemania desde ellos, fue rara la asistencia de familiares y amigos, que a menudo residían demasiado lejos. Faltaron, por tanto, las despedidas apoteósicas del primer contingente. Y desde luego, cuando regresaran a España en 1943 y 1944 tampoco iban a encontrar una acogida tan calurosa como las tributadas en 1942.

Pero —volviendo a la primavera y el verano de 1942— lo cierto es que el entusiasmo con el que regresaban los divisionarios repatriados asustó a los medios más conservadores, los que habían visto en la División Azul una baza política de Falange de cara a que esta consiguiera mayores cotas de poder en España. La tensión entre los falangistas y Varela escaló muchos grados. Y tuvo otras llamativas consecuencias. Se dio algún caso de dirigente falangista que, habiendo regresado a España con permiso, no se reintegró a la DA al terminarlo. Fue el caso de Carlos Pinilla, a quien se encomendó un importante cargo político al llegar a España. La justicia militar hizo todo lo posible por causarle problemas por esa conducta. El hecho no tendría nada de

criticable, pero lo tiene si se compara con otros casos: el de los oficiales «provisionales» encuadrados en la DA que debían regresar a España porque les correspondía ingresar en un curso de transformación. Fueron centenares de casos. Los primeros registrados, apenas llegada la DA al frente, se dieron en octubre de 1941. Era evidente que repatriar a tantos oficiales subalternos, incluso en momentos en que las bajas de mandos eran muy elevadas, era un factor altamente distorsionador. Muñoz Grandes propuso una solución muy razonable: que se les reservara la plaza de acceso a las academias a la que habían obtenido el derecho, y que hicieran el curso cuando la DA volviera a España. Varela se negó; seguir el procedimiento rutinario para que los aspirantes a convertirse en oficiales profesionales hicieran el curso le parecía algo ineludible y necesario, aunque afectara a centenares de mandos y repercutiera en la eficacia militar de las unidades. Pero que Carlos Pinilla —que no era más que un simple soldado en una compañía de transmisiones— volviera a España para ocupar una responsabilidad política le parecía casi una desertión y la justicia militar le acosó durante bastante tiempo.

Y es que no podemos olvidar que a lo largo de 1942 había crecido la tensión entre la camarilla de militares conservadores y los falangistas, y los primeros criticaban duramente lo que denominaban «ineptitud» y «corrupción» de la «burocracia falangista». Reseñar aquí con detalle las diversas «conspiraciones» que ello provocó no vale la pena, por haber sido narrado en otros libros. Porque maniobras políticas y conspirativas las había para todos los gustos, y lo llamativo es que muchas tenían que ver con la DA. Los intentos del pretendiente a la corona de España, don Juan de Borbón, de establecer contacto con el mismo general Muñoz Grandes figuran entre las más sorprendentes (Togores, 2007).

La DA también tenía un papel en el escenario de la política europea. Por mucho que hoy sepamos muy bien que en esencia el Tercer Reich veía a Europa como un espacio para ejercer una completa hegemonía, no podemos ignorar que su propaganda insistía machaconamente en la idea de que aquella era una lucha «por una Nueva Europa». García Pérez sintetiza así la génesis de este «europeísmo»:

(...) el desarrollo de una peculiar idea de Europa desde el nacional-socialismo fue consecuencia de la ocupación real del continente, desde los Pirineos al Volga, y desde el Cabo Norte al Peloponeso. El control de este enorme territorio hizo concebir a muchos economistas alemanes el proyecto de organizar una auténtica «comunidad económica europea». La guerra contra la URSS dio origen a un reclutamiento continental de voluntarios en la lucha antibolchevique. En el campo de batalla común podía surgir un sentimiento de solidaridad supranacional, un movimiento ideológico que diera consistencia a la idea de esa «Nueva Europa» (García Pérez, 1990).

Por ello, al mes del inicio de la Campaña de Rusia, el 25 de agosto, Alemania e Italia habían emitido un comunicado conjunto afirmando que

El Nuevo Orden Europeo que resultará de la victoria debe alejar todo lo posible las causas que en el pasado han producido las guerras europeas. El aniquilamiento de la amenaza bolchevique y de la explotación plutocrática permitirá la colaboración de todos los pueblos del continente europeo en un trabajo pacífico, armónico y fructífero, tanto en el aspecto político como en el económico y cultural.

Cuando en noviembre de 1941 se firmó en Berlín la renovación del Pacto Antikomintern, hay que subrayar que estuvieron presentes diez naciones europeas (Alemania, Italia, Rumanía, Hungría, Finlandia, Croacia, Eslovaquia, Dinamarca, Bulgaria y España). Y las publicaciones

alemanas que los españoles (incluyendo los de la DA) podían leer, por tener ediciones en nuestro idioma, ciertamente exaltaban a Alemania, pero tenían un inconfundible tono europeísta. *Signal* y *Aspa* (el título de esta última resulta de convertir en siglas las palabras «Actualidades Sociales y Políticas de Alemania») fueron poderosos mecanismos propagandísticos. La primera fue posiblemente la mejor revista de propaganda editada por los contendientes en la Segunda Guerra Mundial. De unas cualidades técnicas más que sobresalientes, su gran formato, excelentes fotos a todo color, etc., la hacían muy atractiva. Concebida para el público de toda Europa (el único lugar donde no se distribuía era... ¡Alemania!) tuvo una difusión tan masiva que el lector que lo desee aún puede conseguir hoy en día sin dificultad números de ella, si en su ciudad se celebra alguna feria del libro antiguo. Mientras que *Signal* era una publicación para todo el continente, *Aspa* estaba concebida solo para España. Mucho más modesta, sin embargo resultaba también muy eficaz. Como en el caso de *Signal*, en vano se buscará en sus páginas expresiones de un antisemitismo o un racismo obsesivos, de hecho son temas ausentes. Los cinco mil ejemplares de *Signal* y los dos mil de *Aspa* y otros tantos de *La Joven Europa* —de la que se habla abajo— difundían entre los divisionarios una imagen de Alemania y de su proyecto europeo diametralmente opuesta a la que hoy es generalmente aceptada.

El Tercer Reich intentó promocionar varios proyectos paneuropeos, que incluyeron una confederación de movimientos juveniles, una liga de escritores y periodistas, etc. En octubre de 1941 había empezado a publicarse en Alemania la revista *Junges Europa*, que lanzó originalmente ediciones en cuatro idiomas, a los que muy pronto (enero de 1942) se añadió la edición en español: *La Joven Europa*. Llevaba por subtítulo el de «Hojas de los combatientes de la Juventud Estudiantil Europea», porque en efecto, aspiraba a representar a los estudiantes universitarios que, como miembros de sus ejércitos nacionales, o de las formaciones de voluntarios anticomunistas, tomaban parte en la campaña de Rusia. Esta sugestiva publicación acabó imprimiéndose en 12 idiomas y publicó muchos artículos escritos por españoles, la mayor parte de ellos divisionarios (Caballero, 2010-b).

La publicación era editada por la Liga de Estudiantes Universitarios alemana, organización que también convocó un Congreso Internacional de Estudiantes Combatientes en el Frente del Este, celebrado en Dresde entre el 15 y el 20 de abril. Dado el gran peso específico que el componente de universitarios del SEU tenía en el seno de la DA, la convocatoria tuvo un eco muy alto entre los españoles. Al encuentro asistieron el jefe nacional del SEU (Guitarte) y el secretario nacional (Gutiérrez del Castillo), que servían como simples soldados en la DA, y algunos otros destacados militantes, entre ellos un joven profesor universitario, Juan Manuel Castro-Rial Canosa, catedrático de Derecho Internacional, que servía en la DA como traductor de español-alemán con el rango de teniente, y que por ello, y por sus solventes conocimientos, debía ser quien en definitiva llevara la voz cantante en aquel congreso, exponiendo el punto de vista español ante los problemas de la construcción europea que parecía estar en marcha. El secretario nacional del SEU anotó escuetamente sus impresiones sobre el Congreso Estudiantil en su diario:

18-20 de abril de 1942 (estancia en Dresde). Nos vamos al Congreso de Estudiantes europeos. De la División vienen también Moro, Laiglesia (...). El Congreso está muy bien organizado. Nos ha recibido el Ministro de Educación a varios centenares de estudiantes. Guitarte está también con nosotros y ha hablado con mucha propiedad (...). La conferencia de Castro Rial estupenda. Fui a misa a la catedral de Dresde. Gran iglesia. Luego asisto a varias conferencias sobre Educación y Economía (...). En la clausura oficial del Congreso interviene Guitarte y todos los demás delegados de las 16 naciones que han

participado. El tinglado funciona, pero no del todo bien; hay camaradería pero se concretan pocas cosas para la Joven Europa (Gutiérrez, 2017).

Efectivamente, el movimiento paneuropeo estudiantil que se pretendió generar no resultó muy eficiente, y ello por la sencilla razón de que el proyecto carecía de concreción, como captó Gutiérrez del Castillo. Ofrecerla hubiera supuesto ofrecer plenas garantías a todas las naciones europeas, lo que chocaba con los afanes hegemónicos que en definitiva primaban entre las élites dirigentes del Tercer Reich.

La conferencia de Castro-Rial apareció en *Aspa* y también en *La Joven Europa* y vale la pena analizarla. García Pérez, en el artículo antes citado, ha subrayado que ante el planteamiento de un cierto programa «europeísta» por parte del Tercer Reich, este no fue aceptado sin más por los españoles. A través de la *Revista de Estudios Políticos*, se elaboró una alternativa española a los planes alemanes en la que se decía que:

Europa necesitaba crear una conciencia común que justificase una política solidaria, y esa conciencia solo podía ser fruto de la tradición cultural compartida, de esa unidad cultural que suponía el cristianismo. La construcción de Europa dependía de recuperar aquella comunidad cultural perdida. Desde esta perspectiva, la contribución española a la idea de Europa debía de hacerse desde su propia tradición cultural y política, genuina del pensamiento conservador: el universalismo cristiano del antiguo Imperio español.

Este fue exactamente el planteamiento que había hecho Castro-Rial en el Congreso de Dresde que, por completo ajeno a dogmas racistas, y escapando a los planteamientos puramente económicos, afirmó que a Europa solo se la podría construir desde los valores culturales forjados por la España del Siglo de Oro. Nada de acatamiento a las consignas alemanas, sino reivindicación del papel histórico de España. Unos puntos de vista cercanos a la *Universitas Christiana* de Carlos V, y alejados de los planteamientos biologicistas del Tercer Reich, eso era en definitiva lo que expuso Castro-Rial, con el aplauso de sus camaradas divisionarios:

En estos instantes de conmoción y grandeza internacionales, en que combatimos alegremente por el Nuevo Orden de Europa, no nos es lícito desde el frente más que esculpir, con la sangre y la actitud operante de la milicia, el magnífico gesto de la nueva juventud española. España brinda, de nuevo, su presencia a Europa (...). Todos los pueblos de Europa se encuentran hermanados en un pasado y necesitan entrelazarse para el porvenir en una comunidad graduada jerárquicamente hacia un fin distributivo y justo (...) Esta idea de «comunitas perfecta», entrevista sagazmente por las geniales concepciones de los fundadores del Derecho Internacional, Francisco de Vitoria y Francisco Suárez, mentes claras y penetrantes, que vivieron en días en que estuvo a punto de cuajar prácticamente la orgánica jerarquización de Europa, intuyó sutilmente la ineludible necesidad de supeditar las desordenadas apetencias nacionales al mayor ideal de una comunidad equitativa (...). España no solo ha ofrecido y aportado a la Cultura europea unas perennes construcciones científicas, sino que en la larga proyección de su Historia continental ha sacrificado a la idea política de la comunidad europea muchas de sus energías e intereses nacionales. No solo defendimos a Europa cuando las irrupciones orientales amenazaban a Viena, o procedentes de África nos invadían la Península Ibérica, o cuando fue asolada la quietud apacible del Mediterráneo, sino que también ofrendamos nuestros intereses concretos a la unidad continental cuando Carlos V aspiraba a ella por una Comunidad de Príncipes europeos en la que las ambiciones nacionales no pusieran en peligro la armonía de los Pueblos (...). La idea de una Europa en marcha expresa la realización de una misión específica de cada entidad nacional que vive en su seno. La juventud española que combate en Rusia representa el anhelo de toda una generación que en nuestra Patria exige para España una tarea concreta en el Mundo.

Tan elaborados argumentos, seamos sinceros, tuvieron mucho menos eco en los oídos de los combatientes de la DA que un discurso pronunciado por Hitler ante el Reichstag, el 26 de abril,

donde dio por superada la dura batalla invernal en Rusia. Cubrió de gloria a sus soldados, pero también habló de los de otras naciones que combatían en el Frente del Este. No olvidó citar expresamente a la División Azul, de la que dijo palabras llenas de alabanza, subrayando su lealtad para con sus camaradas alemanes en los combates al sur del Ilmen (una referencia muy clara a los combates de los esquadores en el lago). Ni que decir tiene que en España en su conjunto y entre los divisionarios en especial, esas palabras encontraron una calurosa acogida. Más allá del inevitable aspecto protocolario, sabemos que Hitler —que tenía unas ideas sumamente simplistas sobre la historia de España— sin embargo apreciaba muy sinceramente el valor de los soldados españoles, aunque compartía con la mayor parte de sus paisanos los prejuicios sobre la falta de disciplina, etc., que caracterizan la visión de los españoles por parte alemana.

Tras un otoño y un invierno terribles, la primavera acabó siendo un periodo apacible para la DA. Hubo incluso algunos momentos relajados y así se pudo proyectar en distintos lugares del frente la «superproducción» española del momento, una película con guion del mismísimo Franco: *Raza*. El varias veces citado líder falangista Gutiérrez del Castillo, destinado en ambulancias, escribía en su diario:

14 de mayo 1942 jueves: Día de la Ascensión. Confesé y comulgué; me hice fotos con el comandante en la ambulancia. Cruzo unas fuertes palabras con un teniente de veterinaria sobre los falangistas de la División. A la tarde se pone la película *Raza* en el hospital de campaña. Espléndida, se ve con emoción y al final se canta el «Cara al sob» de manera espontánea. Sin embargo no aparece el papel que ha tenido la Falange en nuestra guerra. A las 9 de la noche salgo destinado para la «Bolsa». Llegamos de madrugada. La artillería zumba. Duermo en la ambulancia.

Incluso los hombres que servían en la primera línea pudieron ver la misma película y Sixto Botella recordaba así aquellos sorprendentes instantes:

Se nos comunica por los oficiales de la compañía, que hagamos turnos para poder ver la película llamada *Raza* que han traído de España y la están proyectando, en un local que han habilitado en el puesto de mando del regimiento, y todos lo consideramos como una verdadera diversión y a decir verdad, la única que vamos a disfrutar, sobre todo la mayoría, desde que salimos de Alemania. Con ello, nos olvidamos, por un momento de dónde estamos, y hasta hay camaradas que se limpian las botas, ya que vamos a ver algo a lo que realmente no estamos acostumbrados. Llegados ya al punto de concentración, vemos muchos camaradas, de otras unidades, compañeros de Madrid, y a los que no habíamos visto desde que salimos de Alemania, con los que pasamos un rato agradable haciendo comentarios, aunque también y desgraciadamente, lo pasamos muy desagradable, al enterarnos de la muerte de otros conocidos. Se nos da orden de ir entrando en el local habilitado, para la proyección de la película, cuyo argumento nos recuerda al temperamento español, ya que está muy bien hecha, y más que nada por verla en el lugar que la vemos. A la salida nos despedimos, de los que hace tanto tiempo no veíamos, deseándonos unos y otros mucha suerte.

Al norte del sector español, la 58.<sup>a</sup> División tuvo que seguir batallando duramente para evitar que el 2.º Ejército de Choque escapara hacia el este. Era evidente que mientras existiera la extensa cabeza de puente enemiga al este del Vóljov, los embolsados intentarían escapar hacia ella, por estar distante apenas unos pocos kilómetros. Pero aunque alemanes y españoles estudiaron planes conjuntos para acabar de una vez con la citada cabeza de puente, y los españoles estaban dispuestos a aportar los cinco batallones desplegados más al norte, los alemanes fueron conscientes de que no tenían fuerzas suficientes para acometer esa ofensiva local, y abortaron los proyectos.

Los cercados en la Bolsa del Vóljov, por su parte, cada vez más conscientes del fin que les esperaba, procuraban escapar en pequeños grupos por el perímetro de la bolsa, para tratar de alcanzar el Vóljov y volver a su zona, o bien optaban por intentar unirse a las fuerzas partisanas, apenas desarrolladas hasta entonces en aquella región. Ese tipo de escapadas casi individuales evidenciaban que la moral y la disciplina del enemigo estaban desmoronándose, así que el mando alemán decidió que ya había llegado el momento de pasar a la fase de aniquilar esa bolsa.

La DA debía aportar unidades para la misión de acabar de una vez por todas con ella. La primera seleccionada fue el Grupo de Exploración 250.º, que llevaba meses guarneciendo la ribera del Ilmen. Ahora que el lago estaba deshelado, la posibilidad de incursiones enemigas no era preocupante y el 19 de mayo Exploración 250.º abandonaba el Ilmen y se dirigía al norte, a Dolgovo, donde quedó a disposición del XXXVIII Cuerpo. El 31 otra fuerza española era puesta a disposición del cuerpo; se trataba de una unidad mixta compuesta por una compañía de zapadores (la 2.<sup>a</sup>), otra del Grupo Antitanque (la 3.<sup>a</sup>), dos piezas de 105 españolas, y elementos alemanes de Flak (artillería antiaérea): un cañón de 88 mm y tres de 30 mm. La misión de esta Agrupación Bellod (llamada así por el nombre de su comandante) o Agrupación Antitanque era formar una reserva para frenar eventuales ataques de carros de combate enemigos. Como los cañones antitanque de 37 mm eran casi inútiles contra ellos, se incluyeron en la Agrupación Bellod los citados cañones de 105 que, en tiro tenso y con munición perforante, eran más eficaces que las citadas piezas de Flak, los cañones antitanques; y los zapadores que, equipados con minas antitanque solían ser resolutivos. Finalmente, ese mismo día 31 se ordenaba al Batallón III/262.º —que desde su llegada al frente había estado en la isla del Vóljov, frente a Nóvgorod— que saliera de línea (siendo su sector repartido entre los batallones vecinos al norte y el sur) y se desplazase a Tiutitzy, para constituirse en reserva. La DA, en resumen, seguía potenciando su ala izquierda o flanco norte, donde radicaba ahora su centro de gravedad.

A lo largo del mes siguieron llegando a Rusia batallones en marcha, y aunque también se pusieron en movimiento en sentido inverso nuevos batallones de repatriación, la realidad es que con toda seguridad ninguna otra división del Grupo de Ejércitos Norte tenía el nivel de efectivos de que gozaba la DA. Y se puede asegurar porque en mayo de 1942 se ordenó a todas las divisiones alemanas de los grupos de ejército Norte y Centro que redujeran sus batallones de infantería de nueve a seis, para conseguir así efectivos humanos con los que reforzar las divisiones del Grupo de Ejércitos Sur, el único que de cara al verano de 1942 iba a realizar grandes operaciones ofensivas, y que mantuvo sus divisiones con nueve batallones. Pero ni siquiera así bastaban los efectivos alemanes para mantener viva la campaña. Mientras que en 1941 los alemanes no hicieron esfuerzo alguno por contar con tropas aliadas, en 1942 presionaron a rumanos, italianos y húngaros, para que incrementaran —y mucho— los efectivos de sus tropas en el Frente del Este y todas ellas también fueron destinadas al Grupo de Ejércitos Sur. Los italianos, por ejemplo, pasaron de tener en el este un cuerpo de ejército a desplegar todo un Ejército (el 8.º). No se pidió a los españoles que aumentaran la importancia de su contingente. Cuando en 1941 el contingente español llegó a Alemania, fue observado con curiosidad pero con escepticismo. Nadie creyó que pudiera intervenir en la recién iniciada campaña rusa, y se suponía que en realidad se limitarían a recibir instrucción militar y equipamiento alemán para —de regreso a su patria— asaltar Gibraltar. Ahora en cambio se valoraba y mucho contar con una

división tan potente como la española y —como se verá algo más adelante— se estaba dispuesto a asignar a la DA un papel relevante.

El 3 de junio salió de Madrid con destino a Alemania el general Emilio Esteban-Infantes Martín, seleccionado por Varela para relevar a Muñoz Grandes al frente de la DA. Aunque hubo casi 1.000 personas en la despedida, las jerarquías de Falange brillaron por su ausencia. Tampoco llegó con buen pie a Alemania. Como lo había elegido Varela, y este tenía fama de anglófilo, los alemanes suponían que podía tener la misma inclinación. Y como Muñoz Grandes no pensaba en ceder el mando —lo que les pareció muy bien a los germanos— retuvieron a Esteban-Infantes en Berlín mucho tiempo, hasta que Muñoz Grandes lo reclamó para ocupar el cargo de general 2.º jefe de la unidad.

En junio se cumplía un año de campaña rusa y aunque la DA se incorporó algo más tarde, también había sido una larga experiencia, que obligó a muchos reajustes. Los primeros habían sido en el ámbito sanitario. Las aterradoras bajas del invierno, y el caos logístico que se produjo en la retaguardia supusieron una gran dispersión de las bajas, y que los hospitales españoles en retaguardia no tuvieran capacidad de absorber esos flujos sanitarios. Sin embargo, y ciñéndonos ahora al contingente español, esa crisis sanitaria fue superada y de forma progresiva la División Azul acabaría dotándose de un completo sistema de hospitales de evacuación y para convalecientes (coordinados por una Inspección de Hospitales, que actuaba como el tipo de unidad que se conoce como grupo de hospitales). Por otra parte, una vez superada la grave crisis del invierno de 1941-1942, el sistema logístico alemán se regularizaría y no se volvería a repetir el caos que imperó entre noviembre de 1941 y marzo de 1942. Por todo ello los españoles acabaron disponiendo en retaguardia de sendos hospitales de evacuación en Riga y Vilna (mientras que se cerraba el de Porjov, que tan mal recuerdo dejó), y al pequeño hospital de convalecientes en Berlín se unió otro de similar tamaño en Hof —la ciudad que era la sede del depósito de la DA— y otro de gran tamaño en Königsberg. Estos cinco hospitales de retaguardia, con más de 2.000 camas en conjunto, fueron gestionados por la citada Inspección de Hospitales (responsable también de supervisar a los divisionarios que por la razón que fuera eran asistidos en hospitales alemanes). En Riga se acabó estableciendo una casa de reposo específica para los divisionarios, para permitirles disfrutar permisos. Y en Vilna una compañía de convalecientes, donde se agrupaban todos los procedentes de los hospitales antes de regresar al frente.

Como cualquier otra división, la DA disponía de su propia Sección de Policía Militar, que actuaba en su inmediata retaguardia, y que estaba integrada por miembros de la Guardia Civil. Pero la presencia de centenares de bajas en los hospitales españoles y —sobre todo— el movimiento de miles de hombres en un sentido y otro formando parte de los batallones en marcha y de repatriación, obligó a crear el llamado Servicio de Patrulla, compuesto también por guardias civiles, que se estructuraba en un rosario de pequeños destacamentos desde la misma frontera hispano-francesa hasta el frente, que debía vigilar que los soldados mantuvieran la debida compostura mientras estuviesen en tránsito por la retaguardia, además de ayudarles en todo lo que necesitaran al atravesar países de los que no conocían ni la lengua ni la cultura.

En las cinco ciudades con hospital español se crearon sendas representaciones de la División Azul, para atender las necesidades de sus hombres. Otras dependencias en retaguardia eran el Mando de Depósito (en Hof), la Pagaduría Central (en Berlín) y la redacción de la *Hoja de Campaña* —que se estableció en retaguardia para así poder contar con buenos medios de

impresión— y que estuvo primero en Riga y más tarde en Tallin (Estonia). Controlar tantos servicios en retaguardia exigió crear una Jefatura de Servicios de Retaguardia de la DA que, señal de su importancia, tendría a su frente a un coronel.

También hay que señalar que los españoles se dotaron de su propio avión de enlace y transporte, que semanalmente volaba desde Berlín a donde se encontrara el cuartel general de la División Azul y también al de la Escuadrilla Azul porque, no debemos olvidarlo, también había aviadores españoles en Rusia.

Por haberse quedado sin aparatos, la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul regresó a España en febrero de 1942, el mismo mes en que empezó en España la organización de la fuerza que la relevaría, la 2.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul, que tendría como comandante inspector a Julio Salvador. Al mes siguiente la unidad se desplazó a Alemania y empezó un periodo de instrucción que a los pilotos españoles les pareció absurdamente prolongado, y que no concluyó hasta que a primeros de junio recibieron orden de volar a la Rusia central, concretamente al aeródromo de Orel, donde se desplegarían, ahora como escuadrilla autónoma del Ala de Cazas n.º 51. Hasta allí llegaba el antes citado Ju-52 español, de manera que los dos contingentes españoles en el Frente del Este estarían desde entonces conectados entre sí de forma regular.

Es casi inevitable preguntarse por qué no estuvieron en el mismo sector los españoles del Heer y los de la Luftwaffe. Incluso hay gente que ha señalado que mantenerlos separados dejó a los de la DA sin una adecuada «sombrialla aérea», que tan bien les habría venido en más de una ocasión. Estuvieron en distintos sectores porque las necesidades específicas del Heer y de la Luftwaffe así lo impusieron en cada momento. Incluso si el azar hubiera hecho que la DA y las Escuadrillas Azules hubieran operado en una misma región, eso no significa que las segundas se hubieran podido dedicar a proteger desde el cielo a sus compatriotas. La realidad es que en la Segunda Guerra Mundial ninguna unidad tipo división —en ningún ejército— tuvo jamás asignada una escuadrilla de cazas propia y la DA no iba a ser la excepción.

En las divisiones alemanas se daba el caso también de que ninguna tenía un grupo antiaéreo (salvo las de la Waffen SS). Todas las unidades de artillería antiaérea estaban encuadradas en la Luftwaffe. Y era la 2.<sup>a</sup> División de Artillería Antiaérea la que cubría a todo el Grupo de Ejércitos Norte que —como sabemos— encuadraba dos ejércitos, el 16.º y el 18.º (que a su vez englobaban cada uno varios cuerpos de ejército y estos varias divisiones) más el Mando de la Zona de Retaguardia Norte. Al final del invierno, en marzo de 1942, todo el área en torno a Nóvgorod y el perímetro meridional de la Bolsa del Vóljov estaba cubierto por el Grupo Antiaéreo I/411.º, con tres baterías pesadas y cuatro baterías ligeras. Parte de sus efectivos se empleaba en combate terrestre, ya que los cañones antiaéreos, por su tiro tenso y elevada cadencia de fuego tenían una gran eficacia contra los carros de combate. Al principio del verano, en todo el sector cubierto por los españoles, desde el Ilmen a la cabeza de puente enemiga, prestaban servicio dos baterías pesadas y cuatro ligeras para lucha antiaérea y otra ligera en misiones de lucha terrestre. Cuando se analiza el despliegue de la 2.<sup>a</sup> División de Artillería Antiaérea lo que vemos es que el nivel de cobertura de la DA por la Flak alemana era el que correspondía a una unidad que tuviera su entidad y ocupara la extensión de frente que ella guarnecía, si acaso algo superior a la media, en virtud de la importancia de Nóvgorod.

En cuanto a la 2.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul, su periodo oficial de servicio en el frente se alargó desde el 21 de junio hasta el 1 de diciembre, y aunque realizó un intenso trabajo (1.312 servicios) solo

obtuvo 16 derribos homologados, perdiendo dos pilotos (uno en accidente). Las cifras se entienden mejor si tenemos presente que en aquel año todo el esfuerzo ofensivo alemán —también el de la Luftwaffe— se focalizó en el Grupo de Ejércitos Sur, en su avance hacia el Volga y el Cáucaso. Hubo por tanto pocas ocasiones para el combate aéreo en los cielos del Grupo de Ejércitos Centro, donde servía la 2.<sup>a</sup> Escuadrilla.

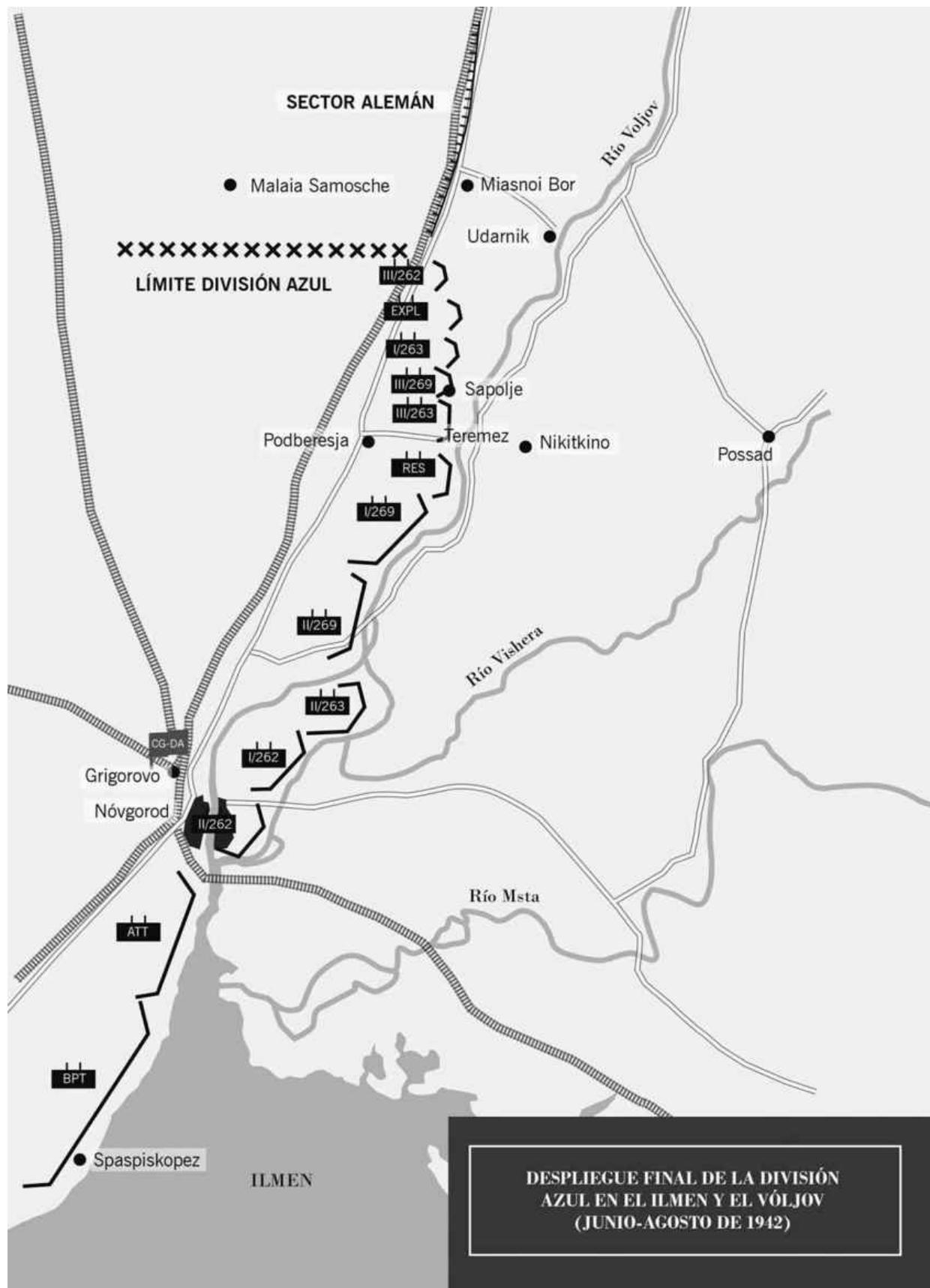
El sector de despliegue de la DA estuvo más «movido» porque en definitiva aún no se había liquidado la Bolsa del Vóljov. Los españoles notaron perfectamente que algo había cambiado en el Ejército Rojo, que hacía gala de más recursos artilleros y más medios aéreos. En efecto, la invasión alemana provocó en su momento un gigantesco desmantelamiento de las industrias militares soviéticas, que fueron trasferidas mucho más al este —lejos de cualquier amenaza— y vueltas a montar. El proceso duró meses, durante los que hubo que recurrir a los inmensos arsenales acumulados. Pero a aquellas alturas esas fábricas ya habían vuelto a producir, y lo hacían a una escala gigantesca. Y bien se notaba en los frentes de combate. Si al llegar al frente los españoles pensaron que los soviéticos solo disponían de unos vastos recursos humanos, que dilapidaban en ataques mal concebidos, ahora tuvieron que aprender a protegerse del fuego de los cañones y los aviones rusos.

Un nuevo enemigo hizo también su aparición: los mosquitos. Los soldados alemanes bautizaron a todo el sector del Vóljov con el expresivo nombre de «culo del mundo», y no sin razón, porque era una zona extraordinariamente pantanosa. Con la llegada de la primavera el aire se llenó de decenas de millones de mosquitos. Para operar contra la Bolsa del Vóljov había que moverse a través de ciénagas inacabables y bosques casi impenetrables, un auténtico «infierno verde», que hacía que los soldados incluso añoraran el recién pasado invierno. Pero era imperioso acabar con la bolsa, ya que guarnecer su extenso perímetro absorbía demasiadas fuerzas. Y desde principios de mes, el Batallón III/262.<sup>o</sup> y el Grupo de Exploración 250.<sup>o</sup>, más la Agrupación Bellod quedaron a disposición del mando alemán para operar contra la bolsa. Junto con un batallón alemán (de la 20.<sup>a</sup> División Motorizada) y la Legión SS Flamenca, las citadas unidades españolas formaron la llamada Agrupación Burk, que debía operar sobre la zona de Malaia Samosche, bajo control operativo de la 126.<sup>a</sup> División, que en otro sector vecino también empleaba en esos momentos a la Legión SS Holandesa. A los españoles no dejó de sorprenderles encontrarse con estos «vecinos». La historia ha sido como ha sido, y holandeses y españoles acumulaban mucho resentimiento histórico mutuo. Y ahora se encontraban luchando en el mismo frente, algo que —tal como lo vieron los miembros de la DA y los de la Legión Holandesa— solo adquiriría sentido si se tenía presente que aquella era una «cruzada europea».

Las operaciones del ataque final para liquidar la bolsa se iniciaron el 21 de junio y concluyeron victoriosamente el 25, pero evidenciaron serias dificultades de coordinación entre alemanes, españoles y flamencos, nada que pueda sorprendernos dadas las diferencias en idioma y en formas de operar; igual que no debe sorprendernos que en los informes sobre los combates redactados *a posteriori* cada nacionalidad culpaba de esos problemas de coordinación a las otras dos. En cualquier caso, durante semanas, los españoles tuvieron que operar en aquel «infierno verde» y aunque los combates del asalto final duraron poco, fueron muy duros y causaron varios centenares de bajas españolas. Los mandos de la 126.<sup>a</sup> División emitieron informes recomendando que, dado que los españoles actuaban con criterios y modos muy distintos a los de los germanos, y dados los muchos problemas de enlace debidos a las distintas lenguas, se evitaran en lo posible

operaciones conjuntas con los españoles. Era mejor que cada nacionalidad operara separadamente.

Pero durante los meses de la primavera y el verano, si hubo algún lugar que podía quitar el sueño a los soldados españoles era el enclave de Sapolje, donde los golpes de mano de ambos bandos se sucedían casi cotidianamente y los ataques artilleros mutuos eran constantes. Estaba situado algo al norte de Teremez, muy próximo a la ribera del Vóljov. Ya señalé la importancia de Teremez, y cómo en enero los soviéticos apenas habían logrado apartarse unos metros del cauce del Vóljov en ese lugar, de manera que desde allí era imposible montar un ataque para avanzar sobre Podberesja, en la carretera Nóvgorod-Chudovo, que era su objetivo. Más al norte, en Leljavino, la cabeza de puente era algo más ancha y permitía concentrar fuerzas. Por ello los alemanes se habían anclado en la vecina aldea de Sapolje. Desde el río, una amplia y despejada vaguada se abría en dirección a Podberesja, de manera que aquel punto también era adecuado para tratar de avanzar en esa dirección. La meseta al sur de la vaguada quedó en manos de los alemanes (y fue heredada por los españoles), mientras que la meseta al norte quedó bajo ocupación soviética. Las líneas españolas en Sapolje tenían dos salientes («La Nariz» y «El Dedo») penetrando en el despliegue soviético, y estos insistían en acabar con ellos y avanzar a continuación por la vaguada hasta Podberesja. Los combates en ese escenario, siempre con un esquema análogo, se repetían casi cada día. Era un asedio en toda regla, similar al que se había padecido durante meses en la posición de El Alcázar, en la isla del Vóljov.



El final de las operaciones de la Bolsa del Vóljov impuso novedades en el despliegue. En julio, los alemanes, que reubicaron a muchas de las tropas que habían luchado en ella en otros sectores alejados, asignaron a los españoles que habían participado en su liquidación otro segmento más de las líneas que hacían frente a la cabeza de puente enemiga al oeste del Vóljov: la DA seguía estirando sus líneas, de manera que entre su punto más meridional y el más septentrional distaban 70 kilómetros en línea recta, y 100 si seguíamos el trazado real de la zona de contacto.

Como consecuencia de los distintos movimientos tácticos desde octubre que he ido reseñando, el orden en que estaban desplegadas las unidades españolas no tenía nada que ver con el original y los batallones de distintos regimientos se encontraban mezclados. En julio, de norte a sur y cubriendo la cabeza de puente enemiga, se encontraban los batallones III/262.º, Exploración 250.º, I/263.º, III/269.º, III/263.º y Reserva 250.º. Apoyados sobre la ribera occidental del Vóljov, estaban los batallones I y II/269.º. Y —caso único, sin haberse movido virtualmente desde su llegada al frente— en la isla del Vóljov se desplegaban los Batallones II/263.º, I/262.º y II/262.º, mientras que en la ribera del Ilmen al sur de Nóvgorod seguía el Grupo Antitanque 250.º.

Como la historia de la DA se ha contado especialmente teniendo en cuenta las batallas que implicaban movimientos, es fácil caer en la tentación de creer que quienes estuvieron en la isla del Vóljov vivieron una existencia apacible. No es el caso. Un veterano del II/262.º recordaba así una experiencia tan terrible como habitual en aquel sector:

Sobre el veinte de junio tenemos que lamentar un hecho muy triste en la compañía. La sección que cubre la posición más expuesta denominada Norte, ha sido terriblemente bombardeada por la artillería rusa. Ello ocasionó el hundimiento de una de las chabolas, quedando enterrados en ella tres sargentos y cuatro soldados, de los veintiocho hombres que la defendían. Prontamente organizamos el auxilio, mediante la excavación, pero es totalmente imposible sacar a ninguno de ellos con vida. Esto, produce el relevo de la sección que la ocupaba, tocándonos a nosotros entrar en ella. Así lo hacemos y bien pronto podemos experimentar el estado tan lamentable en que ha quedado. Está toda agujereada por los impactos de la artillería rusa, y lo que es peor totalmente inundada de barro, por falta de manos para el trabajo, ya que se han sucedido varios días de lluvia sin parar un momento. En estas condiciones, nos hacemos cargo de la posición, con el oficial que manda la sección, teniéndonos que alojar en tiendas de campaña, que montamos con las individuales. Menos mal que ahora tenemos buena temperatura, aunque la humedad que impera por estos contornos, es algo imponente, a consecuencia de tantísima agua que ha caído, durante estos últimos días. Por ello nos toca trabajar de lo lindo, de día y de noche en todos los momentos, que estamos francos de servicio. Así es la vida en la célebre posición denominada Norte, situada en la carretera de Nóvgorod a Moscú. Al segundo día de llegar, sacamos el cadáver del último sargento, lo que hacemos con las caretas antigás puestas, por la tremenda fetidez que despiden. ¡Qué impresión tuvimos los allí presentes! A unos metros a retaguardia hubo que enterrarlo, envueltos los trozos de su cuerpo con una manta. Todas estas operaciones, teníamos que realizarlas con el mayor sigilo y precaución, pues dábamos vista al enemigo, en esta posición y completamente localizados por el tiro de la artillería, y gracias a estas precauciones no se nos volvió a bombardear más. ¡Aquellos fueron verdaderos días de dolor para la compañía! Además resultaba horroroso moverse en las trincheras llenas de barro y cada paso que se pretendía dar, tenía que ser arrastrando tres kilogramos de peso en cada bota (Botella, 2017-2018).

Fue a principios de julio, el 3, cuando el 18.º Ejército emitió el parte oficial de victoria en la batalla de la Bolsa del Vóljov. En él se citaba a todas las tropas que habían intervenido en la batalla desde el 13 de enero en que empezó, incluyendo —claro está— a los españoles. El intento soviético de continuar su exitosa contraofensiva al este del Vóljov realizando una penetración en profundidad al oeste de ese río, para liberar Leningrado de su asedio, fue un empeño catastrófico

que les causó terribles bajas. Según los historiadores militares rusos, entre el 7 de enero y el 10 de julio, la batalla de la Bolsa del Vóljov les ocasionó 403.000 bajas de todo tipo (de ellas, 150.000 «no recuperables», es decir, muertos, prisioneros y heridos o mutilados que debían ser licenciados). Y la DA tuvo su papel en aquella notable victoria de la Wehrmacht.

Así se reconoció expresamente cuando el 5 de julio, el general Lindemann, jefe del 18.º Ejército, visitó oficialmente la División Azul, para imponer numerosas cruces de hierro de 2.ª y 1.ª clases, como forma de reconocimiento a la participación de los españoles en la recién terminada batalla. Es posible que el enemigo supiese de su presencia, ya que el sector español recibió ese día un castigo artillero especialmente fuerte: más de 1.000 proyectiles enemigos. Y es que el enemigo sabía de su derrota en la batalla de la Bolsa, pero desde luego seguía muy dispuesto a luchar. Quizás no fuera el mejor momento para lanzar una gran ofensiva terrestre, eso es cierto. Pero había otras formas de evidenciar su afán de lucha, como la acción artillera y la aérea. Para describir a esta última los españoles habían inventado una palabra. Como habían decidido bautizar como La Parrala a los aviones incursores enemigos, inevitablemente se acuñó el verbo «parralear» para describir sus operaciones. Hasta el final de la presencia en el frente del Vóljov, los españoles consideraron insoportable a la aviación enemiga y no dejaron de criticar agriamente a los alemanes por ser incapaces de acabar con esa amenaza. El diario de un oficial veterinario español recogía en términos muy elocuentes esa irritación:

Jueves 13 agosto 1942. La aviación enemiga «parralea» todas las noches que es un primor. Según me han dicho, el General nuestro dio una dura queja al del Cuerpo de Ejército, porque los sirvientes de la Flak ligera se dedican a contemplarla en lugar de hacer uso de sus armas y hay quien dice que le comunicaba que en caso de repetirse estos hechos procedería a fusilar a quien obrase así (Martín, 2013-2014).

Pero además el enemigo no iba a tardar demasiado en dar muestras de una renovada acometividad también en tierra. Dos grandes golpes de mano enemigos, uno exactamente a final de julio, contra el III/263.º en Sapolje, y otro a primeros de agosto, contra el III/262.º, en el extremo septentrional del frente español, y más precisamente contra la compañía que enlazaba con los alemanes, evidenciaron que incluso después de la sonada derrota que habían encajado, los hombres del Ejército Rojo estaban muy dispuestos a luchar.

Como los españoles normalmente tenían un trato muy cordial con los civiles, no habían tardado en comprender que la juventud soviética veía el régimen estalinista con ojos muy distintos a los suyos. En efecto, el estalinismo tenía a sus espaldas atroces crímenes y múltiples enemigos, pero tenía fascinada a la juventud soviética. No solo por el masivo adoctrinamiento mediante la escuela y la propaganda, sino porque esa generación estaba viviendo los tremendos cambios que experimentaba su país con ilusión y esperanza, creyendo que eran los inevitables dolores de parto que iban a alumbrar un mundo nuevo, que sería el que ellos disfrutarían. Los intentos de muchos miembros de la DA por convencer a los jóvenes rusos de lo contrario se estrellaban en ese muro. Y, no podemos olvidarlo, eran esos jóvenes los que combatían por millones en el Ejército Rojo. Luchando bajo una disciplina draconiana, desde luego, pero también y quizás más fundamentalmente por tener fe en el futuro de su país. Un sencillo veterano valenciano, Alberto Coscolla, reflejó así las ideas de los jóvenes rusos en sus memorias:

Valeri abrió un libro, una geografía de segundo grado. Enseñó el mapa de Europa, del que sobresalían colores y rayas, que al no poder descifrar el texto, nos decía poca cosa. Pero, volviendo la página, a toda plana y en color, aparecían: sobre el mapa de Alemania, el busto de un militar, tocado con una gran gorra de plato, en la que destacaba la cruz gamada, oprimiendo al pueblo alemán, que gemía bajo el despotismo militarista; sobre el mapa de Inglaterra se destacaba la figura del gordo «John Bull», rodeado de bolsas repletas de libras esterlinas, bolsas que se llenaban del humo negro de las grandes fábricas de Londres, trocado ya en los aires en billetes, que avaramente acaparaba para sí, mientras —en torno suyo— los obreros renegridos morían bajo el peso del trabajo; del mapa de los Estados Unidos sobresalía, realzada, la figura de un norteamericano blanco, con casco colonial, dos bandoleras sujetas al cinto, del que pendían sendas pistolas, y —en la mano— un látigo que restallaba contra las espaldas de los negros, que cosechaban el algodón. Francia, España, Yugoslavia, eran países donde el pueblo empezaba a despertar contra el yugo capitalista opresor. Y en estos términos estaban todas las ilustraciones de esta geografía que, editada en Leningrado en 1936, daba idea a un joven ruso de lo que era el mundo más allá de las fronteras soviéticas.

Como corolario a esta expansión ilustrativa, Valeri sacó una revista de esas que no faltan en las cabañas de las más apartadas aldeas rusas. Señaló una fotografía de una fábrica de Moscú, en la que aparecía el camarada Stalin rodeado de obreros radiantes de felicidad. Valeri, con los ojos brillantes, atrajo la atención hacia el detalle de Stalin estrechando la mano de un obrero. Para Valeri, Stalin era Dios. También lo es para esa nube de chiquillos que, desde otras aldeas, vienen andando a través de los caminos que conducen a la escuela y que, a la salida, gritan «¡hurra!» a Stalin, lanzando bolas de nieve sobre los uniformes alemanes (Coscolla, 2007-2008).

El movimiento a gran escala de efectivos entre España y el frente permitía el relevo de soldados, y también de mandos. Como muchísimos de estos regresaban a España, el 9 de junio el Ministerio del Ejército, a través de la 1.ª Sección (Personal) del Estado Mayor del Ejército ordenó que:

Cuantos jefes de Cuerpo o Agrupación regresen de la División Española deben presentar en este Estado Mayor una Memoria sobre los extremos más interesantes de la campaña de Rusia que hayan podido seleccionar y al propio tiempo cuanto juzguen conveniente relacionado con táctica, organización y armamento.

Uno de los primeros en entregar esa memoria de su periodo de servicio fue Zanón, jefe del Estado Mayor, repatriado a finales de mayo de 1942. Otros muchos oficiales divisionarios entregaron sus memorias, que en algunos casos sirvieron de base para sesudos artículos profesionales aparecidos en la prensa militar española (Bellod, 1944; Rodríguez Cano, 1943 y 1944), pero la realidad es que a la mayor parte de estos documentos se les ha perdido la pista. La memoria de Zanón es un documento de un interés excepcional. A día de hoy, en la historiografía consagrada a la campaña de Rusia es casi un lugar común el afirmar que esta habría acabado de manera muy distinta si los alemanes, dejando de lado sus criminales ideas racistas y sus —por otra parte absurdos— proyectos coloniales, hubieran ofrecido a los rusos y demás habitantes de la URSS un proyecto político respetuoso con sus intereses y que pudieran asumir, y unas condiciones de vida dignas. Pues bien, en su memoria Zanón redactó un capítulo específico sobre «El Racismo. Su influencia en la guerra», y en él se podía leer:

Al iniciarse el periodo de invierno en el frente ruso, y con motivo de la ofensiva del Ejército bolchevique, comenté con Oficiales del Estado Mayor alemán el porqué no se utilizaban por parte de Alemania unidades de tipo indígena, pues en Ucrania había voluntariado muy crecido. Oficiales rusos de la época del Zar que habían ingresado en nuestra Legión y que como tales Oficiales se habían incorporado a nuestra División, me aseguraban la existencia de una gran cantidad de compatriotas que deseaban formar parte de ese Ejército Voluntario, organización que hubiera provocado desercciones en masa en el Ejército ruso, porque las primeras de esa clase que se sucedieron sorprendió a sus componentes con ser internados en campos de concentración de prisioneros, como los que lo habían sido durante el combate.

Saqué la consecuencia de que Alemania pretendía valerse por sí sola para cuanto esfuerzo de orden militar fuera necesario realizar, y así me lo llegaron a afirmar. Las desercciones rusas disminuyeron en número y al final solo los prisioneros

que se hacían eran los únicos rusos que venían a nuestro campo. Este error, a mi juicio, del Alto Mando, obedecía exclusivamente a la doctrina racista que ha llevado al alemán al convencimiento de pertenecer a una raza elegida y constituir un ser privilegiado, considerando a todos los demás de una inferioridad manifiesta.

La conducta de Alemania con la población de los países conquistados también era hija de la misma doctrina y tenía como norma aquel sentir. De este modo se concibe y yo he visto en Polonia, tratar a la población civil no solamente con la dureza estricta que al fin y al cabo es admisible durante la guerra, sino como a unas clases inferiores.

Zanón no se equivocaba en lo referente a lo sencillo que hubiera sido reclutar voluntarios en suelo soviético. De hecho, y pese a que inicialmente el propósito fue no hacerlo, la Wehrmacht acabó alistando a cantidades ingentes de hombres en la URSS. Durante mucho tiempo se ha minusvalorado ese aspecto de la guerra, porque venía a poner en cuestión la imagen de un pueblo soviético unido en masa contra los invasores alemanes. Pero este hecho incuestionable se está aceptando de manera creciente, e incorporándolo al análisis del conflicto. Glantz, un autor marcadamente favorable al Ejército Rojo, en la última edición de su obra clásica sobre la campaña de Rusia, admite que «quizá hasta un millón de ciudadanos soviéticos sirvieron con el uniforme alemán» (Glantz, 2017). No fue un fenómeno uniforme, ya que entre esos voluntarios originarios de la URSS cabe distinguir varios segmentos: los voluntarios de los Países Bálticos (Caballero, Thomas, 2002), los de Ucrania (Caballero, 1992), los del Cáucaso y el Asia Central (Caballero, 2016-d), y finalmente, los rusos propiamente dichos (Caballero, 2010-a). Las cifras que Glantz rebaja a un millón, en otros autores se elevan hasta los tres millones. Una de las más recientes obras globales sobre el Frente del Este ofrece cifras intermedias, y da los siguientes números para los habitantes de la URSS que sirvieron en el bando alemán como soldados: 800.000 rusos, 280.000 caucásicos, 250.000 ucranianos, 100.000 letones, 60.000 estonios, 47.000 bielorrusos y 20.000 lituanos (Hartmann, 2018), con un total de 1.557.000. Y esa espectacular cifra se alcanzó pese a la política de ocupación alemana en la URSS, un cúmulo de horrores derivados del error básico de su racismo. Pese a ello se alcanzaron las cifras señaladas y eso fue posible por la sencilla razón de que el odio generado por Stalin y sus políticas era inmenso. Con otra política alemana, esas cifras de voluntarios se hubieran multiplicado increíblemente, y cada ciudadano soviético que hubiera servido con uniforme alemán habría sido uno menos en endosarse el uniforme soviético o en unirse a los partisanos. En la misma página que las cifras anteriores, Hartmann da las de los voluntarios anticomunistas de Europa Occidental: 47.000 españoles, 40.000 holandeses, 38.000 belgas, 10.000 franceses, 6.000 noruegos y 4.000 daneses, y lo hace precisamente para remarcar que lo que podía haber afectado realmente al curso de la guerra era el número de los combatientes reclutados en la URSS y no el de los voluntarios de Europa Occidental.

Las consecuencias de este tipo de políticas racistas habían sido tremendas para quienes las sufrían, pero en realidad también eran muy peligrosas para el futuro de Alemania, y según analizaba Zanón los perjuicios causados por estas prácticas racistas solo empezaban a tratar de ser corregidos por los alemanes cuando él regresó de Rusia:

Todo lo anteriormente expuesto, unido a que jamás se contaba con los naturales del país para su administración en altos cargos me daba la impresión de una indecisión grande por parte del Alto Mando respecto a la conducta que había de seguir en la post-guerra. Solo a ello yo lo achaqué, y creo que ha sido una falta enorme por parte de Alemania, que debiera estar preparada para invadir Europa con un plan de antemano estudiado y que parece ser que es ahora cuando en determinados países intentan llevar un plan de organización política, después de haber perdido un tiempo grande y con ello, la atracción de la población civil.

Por tal motivo, el Frente del Este tenía a su retaguardia países inmensos en cuyos habitantes solo un odio muy grande se advertía.

Con todo, pese a los errores políticos gravísimos que Zanón detectaba que habían cometido los alemanes en la URSS, al tratar tan brutalmente como lo hicieron a los civiles del territorio ocupado y a los prisioneros, y al no ser capaces de explicitar una alternativa política asumible para la población enemiga, el que fuera jefe del Estado Mayor de la DA también creía que —en definitiva— nadie aparte de Alemania tenía fuerza para levantar una barrera contra el comunismo y el peligro que este suponía:

Alemania, al iniciar su ofensiva el 21 de junio de 1941 estaba plenamente convencida de que en un periodo que no excedería de tres meses, dominaría al comunismo en su propio territorio. La equivocación fue mayúscula. El servicio de información alemán no estaba a la altura de las circunstancias. En cuanto al frente oriental, desconocía totalmente la potencialidad rusa y las posibilidades industriales de este país, pero para llegar a tal convicción tuvo necesidad de declarar la guerra, de batir después todo su Ejército de Tierra y Aire y comprender más tarde, ante la resistencia que le oponían unidades reclutadas recientemente, dotadas de material moderno, y con el mando instruido en escuelas que se organizaban a retaguardia del país, que Rusia se había preparado para la guerra mucho más que para llevar la doctrina comunista al corazón de su propio pueblo. Si esta Nación presentó en primera línea y dispuesta a invadir Europa un Ejército técnicamente preparado al máximo, disponía a retaguardia de material y armamento producto de 20 años de trabajo nacional, capaz de completar todas las grandes unidades precisas para el dominio total de Europa. Vuelvo de nuevo a llamar la atención sobre la deuda que Europa entera tiene contraída con Alemania a este respecto (...). El ruso no quiere la guerra y es un trabajador incansable; es además, romántico y del comunismo sabe menos que nosotros, pero hay algo que ha hecho de Rusia un elemento de guerra y esto es el comunismo. Ha privado a su pueblo de lo más indispensable para vivir, pero ha logrado al cabo de 20 años disponer en la inmensidad de Rusia de fábricas y depósitos que la convirtieron en un solo arsenal. Solo así se concibe que después de batido el Ejército ruso, mantuvieran a retaguardia cantidades inconmensurables de armamento, el más completo, para continuar la guerra por espacio de algunos años. Solo se precisaban —y también lo lograron— escuelas de oficialidad provisional para encuadrar las Unidades que aquella inmensidad de material humano les permitía organizar (Zanón, 2013-2014).

Fernando María Castiella era otro de los singulares soldados de la DA, a la que se había alistado siendo ya catedrático de Derecho Internacional. Era famoso porque, junto a Areilza, había escrito un ensayo titulado *Reivindicaciones de España*, donde desgranaba las aspiraciones coloniales de nuestro país. Ya he señalado que este tema no era algo que interesara a los divisionarios «de a pie». Pero el caso es que, en el diario *ABC* de 18 de julio de 1942, Castiella publicó el artículo «Con la División Azul. Proyección internacional del 18 de julio», donde volvía a reivindicar la trascendencia que la DA iba a tener en la historia de España, y que nos revela que en aquel verano aún eran muchos los que creían posible que el Eje fuera el bando vencedor y deseable que España estuviera con él:

¡Otra vez banderas católicas de España han vuelto a flamear altivas a los aires de Europa! ¡Qué orgullo el nuestro el escoltarlas durante meses y meses, sintiendo plenamente la convicción del triunfo! Hace ya casi un siglo que nuestras bayonetas no paseaban su afán de presencia allende el Pirineo.

Como el catedrático que era, narraba con detalle cómo España se había inhibido de participar —por ejemplo— en la Guerra de Crimea, condenándose así al papel de segundona. Pero la cosa era distinta tras el 18 de julio:

Sin el 18 de julio no se explicaría la presencia de nuestra División en las lejanas orillas del Ilmen. Esta presencia tiene todo el valor de un símbolo: los voluntarios españoles fuimos a Rusia no solo para saldar viejas cuentas con la URSS, sino porque

queríamos una España mayor en una Europa más justa. Queríamos luchar en aquellos fríos meridianos por estos cálidos paralelos que ciñen el mapa de nuestras apremiantes reivindicaciones. Fuimos allí porque Rusia era, de momento, el único sitio donde nos permitían «hacer algo». Algo que no es precisamente lo que más hubiéramos ambicionado; pero, al fin y al cabo, «algo»: demostrar con hechos una voluntad indomable de lograr que a España se la haga justicia cuando llegue la hora de la paz y del reajuste del mundo.

Falange seguía siendo la promotora ideológica de la DA, en la que veía encarnado lo que llamaba su «estilo». Serrano, el ministro de Exteriores y presidente de la Junta Política de Falange, perdió muy pronto su interés en ella. Desde principios de 1942 empezó a maniobrar para conseguir que regresaran de la DA muchas jerarquías falangistas. No dudó en escribir en ese sentido a algunos de los que servían en Rusia, como muestra esta carta dirigida a Ridruejo y remitida en abril, donde se reafirma en su deseo de que regresen, que ya había sido respondido en forma negativa por el poeta falangista y los demás líderes falangistas que formaban parte de la DA:

Está muy bien en vosotros seguir diciendo, no obstante, que queréis permanecer en él hasta el último momento, y que las jerarquías deben seguir ahí mientras quede un simple camarada. Eso es digno de vosotros. Pero en el mando es obligado traeros por encima de vuestro deseo de quedar (Gracia, 2005).

Pero el resto de los falangistas no pensaba como Serrano. La presencia de la Falange en Rusia a través de la FDA era vista como algo consustancial con la ética y el estilo falangistas. El secretario general de FET, Arrese, lo expresaba así ante cuadros de la organización el 21 de junio de 1942:

Nosotros preferimos el estilo revolucionario a la resignación y el conformismo. A la fría discusión del que defiende por compromiso las cosas más sagradas, preferimos la reacción viril del que las ama apasionadamente; a la seriedad insípida de aquellas generaciones que se agostaron en la melancolía de una Patria sin atracción, preferimos la alegría de nuestros camaradas de la División Azul, que saben morir cantando sobre los campos de la Rusia comunista (Arrese, 1966).

Al nivel que se le permitía actuar, que era el de la propaganda, Falange seguía volcada en la División Azul. Su «Ministerio de Propaganda», la Vicesecretaría de Educación Popular, editó un folleto que para la época era de gran lujo tipográfico titulado *División Azul: Primer Cuaderno* como herramienta propagandística (*División*, 1942). Cuando el 18 de julio de 1942 *Arriba* publicó un artículo para glosar los logros de la citada vicesecretaría y sus distintas secciones, la DA era un tema recurrente en la argumentación. Por ejemplo, al hablar de Radio Nacional se decía:

Mención especial merecen las emisiones dedicadas a la División Azul, que se inauguraron en diciembre del pasado año [1941]. Desde dicha fecha han sido cursados aproximadamente 82.476 mensajes y el servicio de escuchas ha captado 106.748 mensajes en el mismo periodo de tiempo.

En efecto, Radio Nacional usaba sus emisoras de más alcance para transmitir noticias de los familiares de los divisionarios hasta el frente, mientras que los mensajes de los divisionarios a sus deudos que captaban sus servicios se remitían a la prensa falangista para que los publicara. Y al hablar de la sección de Ediciones y Publicaciones de la Vicesecretaría, señalaba explícitamente como tarea de gran calado los envíos de libros para la Biblioteca de la DA, ya que la unidad

expedicionaria, en efecto, se había dotado de ese servicio para atender a sus hombres. Otras bibliotecas bien provistas se establecieron en los hospitales españoles. La DA seguía siendo el tema que la FET atendía con más recursos y medios.

A principios de abril, cuando se llegó a la conclusión de que la ofensiva de invierno soviética había sido derrotada, Hitler emitió la Directiva Estratégica nº. 41, en la que se diseñaba la ofensiva del próximo verano. Aunque se limitaría al sector meridional del Frente del Este y tendría como objetivo principal alcanzar los pozos petrolíferos del Cáucaso, también preveía asaltar Leningrado, misión que se asignó al mariscal Von Manstein una vez este terminó la conquista de la fortaleza soviética de Sebastopol. Entre las fuerzas que debían ser puestas a las órdenes de Von Manstein, Hitler eligió a la División Azul, motivo por el cual el mariscal alemán recibió al general Muñoz Grandes en su cuartel general el 11 de julio. La importancia de la DA y de su general no había dejado de crecer a ojos de los alemanes, y hacerla tomar parte en una operación que sin duda sería famosa (se trataba de conquistar la «cuna del bolchevismo») redundaría en gloria y laureles para los españoles y su comandante. La Directiva Estratégica nº. 45, del 23 de julio, especificaba que Leningrado debía ser conquistado a principios de septiembre. Para asegurar el éxito, Von Manstein contaría con un total de nueve divisiones, entre ellas varias veteranas del asalto a Sebastopol, y también unidades especializadas de zapadores de asalto y el «tren de asedio» de la artillería alemana: piezas de gigantescos calibres, a menudo sobre montaje ferroviario.

La noticia de que iba a participar en el asalto a Leningrado llegó en un buen momento para la DA. Los batallones en marcha estaban aportando una gran cantidad de nuevos efectivos, lo que permitía cubrir todas las bajas, y enviar a España definitivamente relevados a voluntarios de poca salud, demasiada edad, etc. Ciertamente, en muchos casos los que regresaban a casa eran veteranos fogueados, pero iban a quedar suficientes de estos como para encuadrar a los que estaban llegando. Porque lo que Muñoz Grandes tuvo muy claro era que no iba a permitir el relevo de unidades enteras, que era lo previsto, sino que cada batallón que llegaba era disuelto y su personal distribuido en función de las necesidades de la DA. Para el general Esteban-Infantes que en España había organizado las nuevas unidades con el criterio de que cada una relevara en bloque a una de las unidades ya desplegadas en Rusia, debió de ser frustrante, pero hoy no puede cabernos duda de que el criterio de Muñoz Grandes fue el correcto. Por cierto, fue el mismo Muñoz Grandes quien indicó a los alemanes que sería bueno que Esteban-Infantes siguiera por fin camino hasta el frente, donde llegó finalmente el 19 de agosto.

Para esa fecha la DA ya había empezado una nueva fase de su historia, pues había recibido la orden de abandonar sus posiciones en el frente del río Vóljov para desplazarse hacia el norte, a los arrabales de Leningrado. Las distintas unidades españolas fueron abandonando sus posiciones entre el 10 y el 20 de agosto, siendo estas ocupadas por las divisiones alemanas 212.<sup>a</sup> de Infantería y 20.<sup>a</sup> Motorizada. Como esta andaba corta de efectivos, se le agregó un batallón español, el ya mítico II/269.<sup>o</sup>, que siguió a sus camaradas de la DA algo más tarde, en septiembre. Conforme salían de la línea, las unidades iban siendo embarcadas en convoyes ferroviarios, aunque dada la carencia de medios este proceso se alargó desde el 11 al 28; convoyes que condujeron a los españoles hasta la zona de Novo-Lisino y Vyritsa, donde los alemanes estaban amasando los medios humanos y materiales que se iban a emplear en el asalto a Leningrado. La contemplación de tan poderosos recursos fascinó a oficiales y soldados españoles, que

comprendieron inmediatamente que por fin iban a participar en «algo gordo». A la espera de entrar en las «posiciones de ataque», estas jornadas fueron las únicas de la historia de la DA en que no estuvo en el frente, pero no por ello fueron apacibles. Había que reequipar las unidades, mejorar la instrucción de los recién llegados, y practicar —también con los veteranos— las tácticas de asalto. Bastantes preocupaciones, en suma, como para prestar atención a lo que estuviera sucediendo en ese momento en España.

En estos meses, las bajas españolas —a sumar a las de la Tabla 4— fueron las siguientes:

Tabla 5						
Periodo (1942)	Muertos	Desaparecidos	Heridos	Congelados	Enfermos	Total
Abril	100	3	232	7	419	761
Mayo	90	1	305	-	307	703
Junio	133	1	518	-	322	974
Julio	110	-	424	-	371	905
Agosto	65	-	318	-	345	728
<b>Totales</b>	498	5	1.797	7	1.764	4.071

Con estas cifras, las bajas que la Sección de Personal del Estado Mayor de la DA registró para todo el periodo de permanencia en el frente del Vóljov ascendieron a 1.576 muertos, 61 desaparecidos, 4.173 heridos, 1.241 congelados y 4.073 enfermos. Aunque, gracias a Dios, muchos de los heridos, congelados y enfermos pudieron recuperarse razonablemente bien, las cifras de bajas eran altísimas, signo muy elocuente de la terrible dureza que caracterizaba a la campaña de Rusia.

Mientras en Rusia la DA cambiaba de frente, en España había ocurrido un suceso muy importante, aunque la férrea censura evitó que la noticia trascendiera. El 16 de agosto, en la explanada de la Basílica de la Virgen de Begoña (Bilbao) se produjo un confuso incidente en el transcurso del cual se lanzó una bomba de mano sobre una masa de carlistas, al acabar una misa a la que había asistido el ministro del Ejército, Varela. Sobre este «incidente de Begoña» han corrido ríos de tinta. Los protagonistas fueron unos divisionarios que regresaban de Rusia y uno de sus camaradas falangistas, pero no divisionario (Juan José Domínguez), que había acudido a recogerlos a la frontera. Todos ellos eran miembros del ala más radical de Falange, muy enfrentada con los carlistas por la defensa que estos hacían de la monarquía. Desde el primer momento se quiso ver en los hechos el fruto de una «conspiración falangista» y —a la vez— una actuación promovida por los servicios secretos alemanes. El más reciente de los estudios sobre el tema, desmonta tanto uno como otro mito (Thomas, 2015). Los hechos tuvieron mucho de casualidad, pero sí que revelan algo: la profunda obsesión que tenía Varela con los falangistas en general y los divisionarios en particular.

Páginas arriba evoqué el ridículo episodio de un tal capitán Peláez, que llegó a obsesionar a Varela, porque parecía que fuera a sublevar a la DA. Su archivo está lleno de informes secretos sobre las actividades —reales o imaginarias— de los divisionarios a su regreso a España (Caballero, 2016-b). Estaba profunda e íntimamente convencido de que Falange iba a actuar

contra el Ejército, y desde luego contra él. Y así interpretó los sucesos de Begoña, insistiendo ante Franco para que diera por válida su versión de los hechos hasta el punto de insolentarse.

Los sucesos fueron juzgados por procedimiento sumarísimo y el 24 se dictaba sentencia, con condena de muerte para Domínguez, que fue ejecutada el día 1 de septiembre. Los divisionarios implicados salvaron la vida, gracias precisamente a su condición de héroes que regresaban de una dura campaña. Pero tan solo dos días después de la sentencia, Franco cesó al ministro del Ejército, Varela, y también a su amigo el ministro del Interior, el también militar Galarza. Para que no pareciera que Falange se había impuesto al Ejército, Franco cesó igualmente a Serrano Suñer en sus cargos de ministro de Exteriores y presidente de la Junta Política de FET. Para relevarlos, se nombró al frente del Ministerio del Ejército al general Carlos Asensio, y para el Ministerio de Exteriores a otro general: Francisco Gómez-Jordana. Se daba así una curiosa inversión de papeles: el neutralista Varela era sustituido por el germanófilo Asensio, mientras que el intervencionista Serrano era sucedido por el neutralista Gómez-Jordana. Arrese, secretario general de Falange, bien conocido por su activo apoyo a la División Azul (de la que Serrano hacía tiempo que se había desentendido), consolidó su poder sobre la organización, sin tener que competir con Serrano. La DA iniciaba así su segundo periodo de existencia en un marco político distinto al que había existido en su génesis.

Para los falangistas, a aquellas alturas la esperanza en que la DA sirviera para conseguir mayores cuotas de poder en España, desde las que implementar su programa revolucionario, se habían evaporado en gran medida. El líder del SEU, José María Gutiérrez del Castillo, repatriado a España, cerró así su diario de la campaña:

8 de julio de 1942 miércoles. Este diario lo comencé en julio de 1941 y termina en el mismo mes de 1942. He pasado un año. Rusia... Fuera de España... Al cerrarlo, el mejor recuerdo es para los que salieron conmigo y no volvieron. Para los que todavía están allí. Esto no me gusta, sigue igual; no peor, pero me duele porque es España. Allí viví un peligro con fe y hasta feliz. Aquí solo Carmina [su novia y futura esposa] conseguirá que lo sea. Los demás... Tendré que vivir con ellos. Vengo mejor que fui. Entero. He aprendido a obedecer y a no mandar; ¿mandaré ahora mejor? ¡¡¡Arriba España!!!

Dada su edad, más elevada que la habitual en un soldado, había optado por aceptar la repatriación. Otros veteranos del primer contingente la rechazaron cuando se les ofreció: deseaban continuar hasta acabar con el comunismo. El jovencísimo y devoto Pablo Arredondo escribió el mismo día en que casi todos los pueblos de España honran a la Virgen en cada una de sus advocaciones:

Sábado 15 de agosto 1942. Día de la Virgen. Durante la instrucción me llama el comandante de la compañía para preguntarme si me voy a marchar ahora que parece que se va ya una expedición de repatriados. Yo le respondo que no, que me quedaré hasta que terminen las operaciones de Leningrado. Me dice que quería saber esto y que se alegraba de tenerme en su compañía. Que formará un pelotón de asalto y que piensa en hacerme cabo o sargento si es posible, para que yo lo mande. Me parece francote, y eso del pelotón me gusta. A las 12 oigo misa y comulgo: ¡es el Día de mi Dama! (Arredondo, 2004-2005).

Los soviéticos, por su parte, planearon infligirle un gran golpe a la DA ese verano. A aquellas alturas del conflicto, un puñado de exiliados comunistas españoles había estado realizando misiones en la retaguardia, con los partisanos, en Ucrania. A finales de agosto, el más caracterizado de ellos, Francisco Gullón, fue convocado a Moscú para encomendársele una misión muy especial. Junto a un grupo muy selecto de rusos y españoles sería lanzado en

paracaídas en la región de Luga, al oeste de Nóvgorod y el sur de Leningrado, para realizar la que se suponía que iba a ser una importante misión contra la DA. La fuerza guerrillera hispano-rusa fue lanzada en paracaídas el 29 de septiembre. Tras un completo fracaso, se ordenó a Gullón que regresara a las líneas propias y fue gravísimamente herido al cruzar las líneas ya en marzo de 1943. Se hizo llegar a la que se suponía retaguardia de la DA a otros tres grupos de partisanos hispano-rusos. Sus resultados fueron nulos en todos los casos, y sus miembros virtualmente exterminados.

La guerra continuaba...

«CUANDO VUELVA A ESPAÑA CON MI DIVISIÓN».  
 ASEDIANDO LENINGRADO: GLORIA Y TRAGEDIA EN KRASNY  
 BOR.  
 SEPTIEMBRE DE 1942-MARZO DE 1943

Se equivocan los que creen que la victoria comunista no traería consigo la derrota de Europa (...). Y en esta verdad tremenda, nos tenemos que situar de una manera absoluta (...) hasta grabar en la mente de cada uno de nosotros que todos nuestros actos tienen que ver con el sabor heroico de lo decisivo; que la División Azul, por ejemplo, no es un gesto de galantería hacia una nación amiga, ni menos aún el pago (que no se paga) de una sangre que se derramó en nuestros campos de batalla, sino una decisión rotunda de luchar hasta el final contra el peligro comunista.

JOSÉ LUIS DE ARRESE, discurso en Sevilla, 10 de febrero de 1943

La campaña de Rusia ya duraba un año —algo que casi nadie hubiera imaginado en 1941— y puesto que se había decidido relevar al contingente original de la División Azul, era inevitable buscar nuevos voluntarios. El 30 de junio fue la fecha límite para que, en respuesta a una orden enviada a fines del mes anterior, las unidades militares remitieran al Estado Mayor listados con los reclutas de la quinta de 1942 —recién incorporada— que se ofrecieran voluntarios para marchar a Rusia con los batallones en marcha. En aquella orden se especificaba que debía hacerse una campaña de propaganda intensa, y exponer a los que se mostraran interesados la principal ventaja que se derivaría de su alistamiento: la de ser licenciado a su regreso si habían prestado más de seis meses de servicio en el frente. A diferencia de lo que había ocurrido en los cuarteles en junio-julio de 1941, donde la petición de voluntarios encontró una respuesta masiva, e incluso de lo ocurrido en marzo de 1942, cuando se pidió que se actualizaran los listados de voluntarios realizados el año anterior, ahora el eco fue muy modesto, como revela la comparación de la documentación militar disponible de ambos meses de junio (el de 1941 y el de 1942). Y eso que en 1941 no se había ofrecido a los soldados voluntarios el derecho a licenciarse tras seis meses de servicio en el frente. La idea de sustituir a los falangistas por reclutas iba a encontrarse siempre con ese gran escollo: las ventajas puramente materiales no parecían atraer demasiado a los soldados.

Para tratar de incentivar los alistamientos, el nuevo ministro del Ejército, general Asensio, ordenó con fecha 12 de septiembre que se transmitieran a las unidades instrucciones muy detalladas sobre cómo organizar la propaganda. En estas «Normas sobre propaganda en los cuarteles y dependencias militares para intensificar la recluta de voluntarios para la División Española» se podía leer:

La propaganda militar se organizará sobre las bases siguientes:

Desarrollo de una campaña anticomunista con gran persistencia (...) utilizando los periódicos murales de las Unidades, fijando en ellos: 1.º Noticias de descrédito del régimen comunista; 2.º Fotos de devastaciones y crímenes cometidos por los comunistas en y fuera de España (...) 3.º Noticias referentes a las distinciones de que ha sido objeto nuestra División de Voluntarios. 4.º Ventajas de todos los órdenes que obtendrán los alistados en la misma y sus familiares (...) 5.º Exposición de fotografías de aquellos individuos, cualquiera que sea su graduación, y especialmente si se trata de clases y soldados que, de la Unidad o de la localidad donde esta se encuentra, hayan sido condecorados o merecido alguna distinción (...).

Sobre estos mismos temas preparadas de antemano, de aquellas noticias que sirvan para exaltar los hechos de la División (suprimiendo de las mismas detalles depresivos o poco agradables). Con el pretexto de estas lecturas que insistirán sobre el peligro del comunismo (...). Las Unidades mantendrán ostensible y periódicamente relación con aquellos individuos que de las mismas estén en la División Española de Voluntarios, haciendo ver, por este procedimiento, que el recuerdo de los que se fueron a cumplir con este deber, perdura entre ellos y se atiende y no se abandona nunca a los mismos.



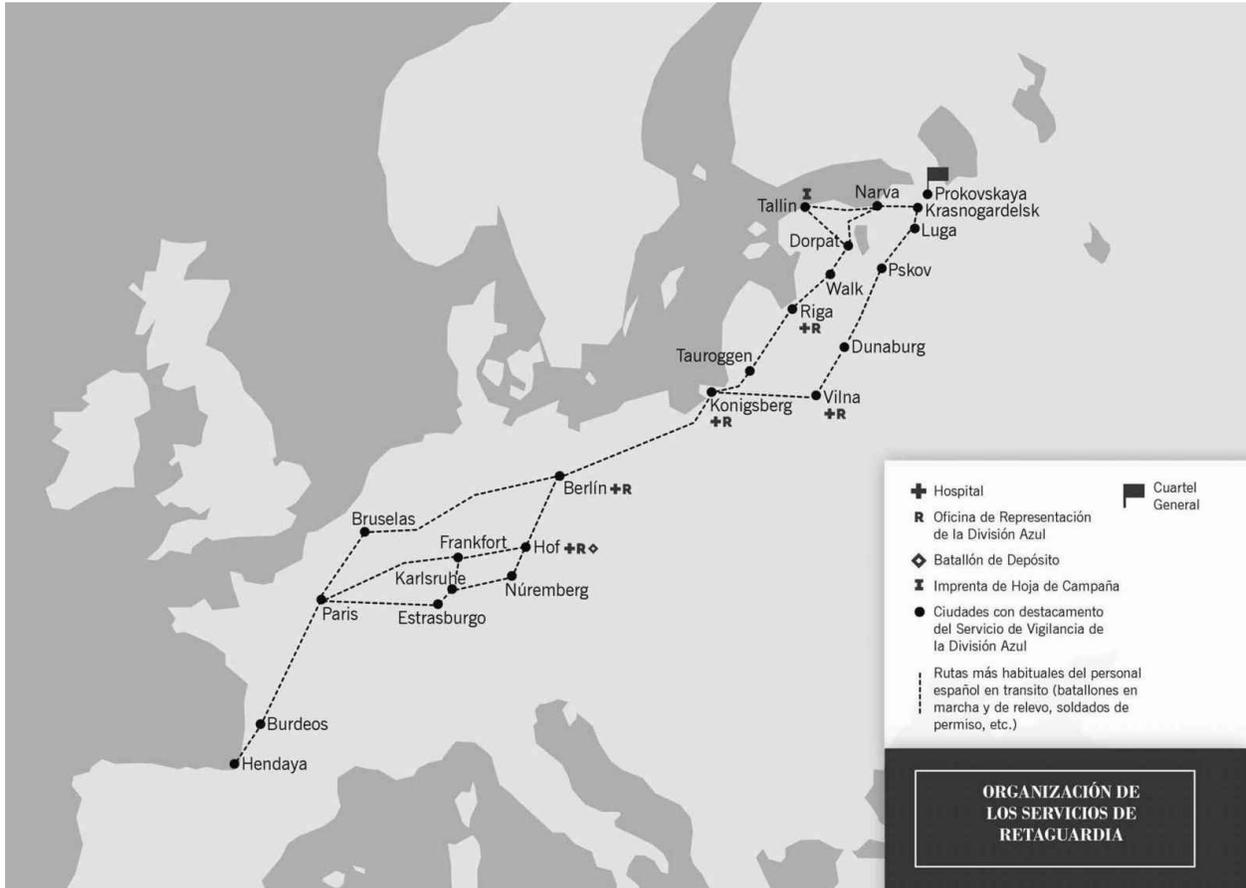
Muy poco después, el 22, el mismo ministerio remitía un texto donde se fijaban de manera clara las «Ventajas que obtendrá el personal de tropa que solicite el pase a la División Española de Voluntarios». Estas se resumían en una reducción del tiempo de servicio en filas y en asegurarles una situación de preferencia a la hora de encontrar empleo tras su licenciamiento. Finalmente, el 30, llegaban a las unidades unas detalladísimas instrucciones que respondían a «diferentes consultas sobre las situaciones, devengos, deberes y derechos del personal que procedente de la División Española regresa a España», por las distintas causas (baja, relevo, etc.). Cubrían toda la casuística conocida: proceder del Ejército o de Milicias, pertenecer a reemplazos ya licenciados o no, tener trabajo o no tenerlo, tipología de los motivos de baja (mutilados útiles, inútiles, etc.), situación de los que habían contraído enfermedades por motivo de la campaña, etc.; y también especificaban el trato que se aplicaría a los que regresasen por ser declarados inútiles para el servicio antes de entrar en combate, los condenados por la justicia militar en la DA, o los repatriados como «indeseables» (donde estaban incluidos individuos de diversas categorías: desde los que no eran capaces de someterse a la disciplina militar hasta los que tenían comportamientos sexuales entonces considerados inaceptables, pasando por aquellos sobre los que existían sospechas sobre su ideología política). Obsérvese la fecha tan tardía en que se estaba procediendo a regular tales aspectos, esencialmente económicos, que evidentemente no le habían importado a quienes se habían alistado en el verano de 1941, ya fuera en las jefaturas de Milicias, ya en los cuarteles. Si en 1941 todos estos aspectos «materiales» no habían sido ni tan siquiera evocados, y se había producido una avalancha de voluntarios, y en 1942 y 1943, por mucho que se insistiera en ellos ya no se produjo, solo hay una conclusión que podamos alcanzar: esos factores nunca fueron los decisivos.

Otro detalle importante aparece por estas fechas en la documentación militar: cada vez que un batallón de repatriados llegase a España, se avisaría a las capitanías generales (y estas a los gobiernos militares provinciales), para que los regresados de cada circunscripción fueran recibidos de manera oficial y calurosa. Estas recepciones a escala local, que hasta entonces se habían organizado de manera más o menos espontánea, y casi siempre por parte de FET, eran ahora una pieza más en la propaganda militar para obtener voluntarios. Y tenían toda la razón: premios como haber alcanzado la «gloria militar», ser «reconocidos como héroes», etc., tenían posiblemente más atractivo que las ventajas económicas.

Desde octubre, las distintas capitanías generales militares tuvieron que informar con periodicidad quincenal sobre el número de voluntarios que se habían alistado en su circunscripción, lo que nos permite seguir muy de cerca la evolución del alistamiento de voluntarios, siempre y cuando se hayan conservado estos documentos, porque no todas las administraciones militares archivaron los mismos papeles. Algunas capitanías generales elaboraron rigurosos estadillos, y eso nos permite comprobar que, aun habiendo un gran descenso en el número de voluntarios, estos seguían presentándose, pero no en avalancha, como había ocurrido en 1941, sino como un goteo, no intenso, pero sí constante.

No tenemos información tan detallada de lo que estaba ocurriendo en los alistamientos a través de las jefaturas de Milicias, ya que su burocracia era muy endeble. Y las Milicias como tales estaban en un marcado ocaso. Para los militares, siempre serían sospechosas por

«falangistas». Pero como estaban férreamente bajo control militar, los falangistas se sentían cada vez menos atraídos por ellas. En julio, Varela se había dirigido al general Moscardó, que era el «jefe directo de la Milicia», a propósito del alistamiento de voluntarios. El 20 llegó la respuesta, y en ella Moscardó se quejaba de que no disponía de presupuesto para propaganda del alistamiento en la DA, y —algo significativo— afirmaba que había pedido a la Secretaría General de FET que se le proveyera de fondos con ese fin, y esta, ¡ni tan siquiera había contestado!



De hecho era el Frente de Juventudes la organización falangista que más había hecho suya, y de forma fervorosa, la causa de la DA. Fueron muchos los jóvenes falangistas que marcharon con el primer contingente. Y no pocos cayeron en Rusia. De manera casi automática, cuando una noticia de este tipo llegaba a su localidad natal, una centuria del Frente de Juventudes adoptaba el nombre del muerto en Rusia. Ese culto a los caídos llegó al extremo de que en algún caso sus camaradas repatriados trajeron tierra de su tumba, la cual fue guardada en una arqueta y depositada en los «cuarteles» del Frente (así llamaban a sus sedes). En los campamentos juveniles, la actividad más destacada de las que organizaba el Frente, la DA era evocada cada día, como mínimo en las plegarias, pues se rogaba por el feliz regreso de los que combatían en Rusia. Otra actividad muy importante para la organización era la celebración del Día de la Madre, pero desde que la DA marchó a Rusia, ese día se ponía especial cuidado en que no hubiera ninguna madre de combatiente (y menos de caído) que no recibiera la visita de los militantes del Frente. En algunas ciudades los «cuarteles», que tenían nombres propios para identificarse, fueron bautizados como «Cuartel División Azul», y ocurrió lo mismo con alguno de los albergues de que disponía la organización en zonas de montaña. Los veteranos de la DA visitaban los «cuarteles» y los campamentos, donde eran escuchados con devoción absoluta por miles de jóvenes que los admiraban. No menos constante era la presencia de la DA en la prensa del Frente. Su órgano central de expresión, *Mástil*, estaba lleno de crónicas divisionarias, pero ocurría igual con las publicaciones de las provincias. La revista quincenal *Ímpetu*, del Frente de Juventudes de Barcelona, destacaba por su entusiasmo por la DA. En resumen, era a través del Frente de Juventudes como se vehiculaba la propaganda directa sobre la DA, y muchísimos jóvenes esperaban ansiosos el momento de tener la edad necesaria para correr a alistarse. En septiembre de 1942 el Frente de Juventudes encuadraba a más de medio millón de afiliados, y de ellos eran «cadetes» —mayores de quince años— un total de 150.464: un amplio grupo humano sobre el que reclutar (aunque esta cifra, oficial, puede que esté hinchada).

También el SEU procuraba que aquellos de sus afiliados que optaran por el alistamiento obtuvieran alguna compensación. El 15 de diciembre de 1942 el Boletín Oficial del Estado publicó la orden por la que se abría matrícula para verificar pruebas del Examen de Estado (la difícilísima reválida que ponía fin al bachillerato) exclusivas para los voluntarios de la División Azul, mientras que el 6 de enero de 1943 se ordenaba que se realizaran durante ese mes exámenes extraordinarios a los alumnos universitarios veteranos de la DA que no hubieran podido realizarlos en la fecha de convocatoria por estar aún en el frente. Ese mes de enero se anunció la única oposición convocada específicamente para veteranos de la DA, concretamente para los que desearan trabajar como maestros de enseñanza primaria. La oposición propiamente dicha se celebró en agosto, pero hubo que esperar a 1944 a que se resolviera definitivamente la oposición y los aprobados tomaran posesión de sus plazas. En cuanto a otras oposiciones de estas fechas, hubo reserva de plazas para divisionarios en el Cuerpo de Carteros y en el Cuerpo General de Policía.

Aunque Falange no tenía tanto peso político en el gobierno como cabía imaginar, eran muchas las localidades donde sí tenía fuerza en los ayuntamientos, y por ello decenas de caídos de la DA fueron honrados en pueblos y ciudades con calles dedicadas a su memoria (a día de hoy

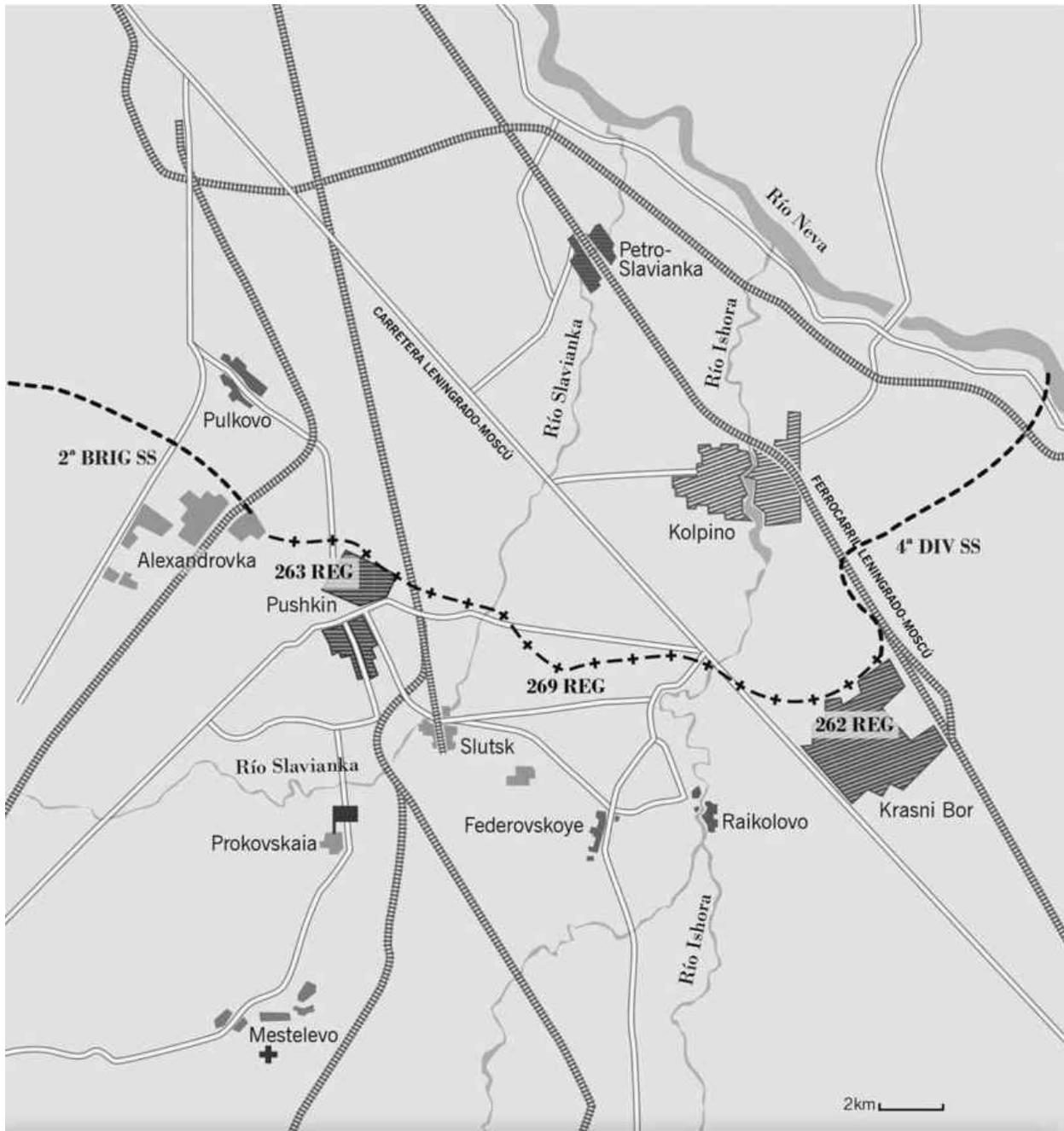
prácticamente todas han desaparecido). Y no era menor el papel que en relación a la DA desempeñaba la Sección Femenina (SF) de FET. Casi desde el mismo momento de su creación, la SF se había erigido en «madrina» de la DA. Aún corría el verano de 1941 y la SF ya estaba dando instrucciones a sus afiliadas para que confeccionaran prendas de abrigo para los voluntarios, que tan útiles iban a resultar en el invierno. De la misma manera, se las incentivaba para que actuaran como «madrinas de guerra», carteándose con uno o más de los voluntarios, una ayuda psicológica fundamental para muchos de ellos. También se atendía a necesidades más espirituales y es significativo que una pequeña publicación que se entregaba a cada combatiente, un devocionario con oraciones, fuera editado precisamente por la SF (*Rezos*, 1941). Las publicaciones de la SF, y en especial su revista *Y* (así llamada por la reina Ysabel la Católica) dedicaban una atención preferente a ensalzar a la DA, cabe imaginar que con la esperanza de que madres y novias no se opusieran a los deseos de hijos y novios de alistarse.

Las autoridades políticas tardaron más que las militares en regular los parcos beneficios que estaban obteniendo los voluntarios civiles de la DA. Tras un acuerdo entre la Delegación Nacional de Excombatientes y el Instituto Nacional de Previsión, el 14 de diciembre de 1942 se dictaron por parte del Ministerio de Trabajo las normas por las que se organizaría la asistencia a los veteranos de la DA que no eran militares y que regresaban a España con heridas, enfermedades o mutilaciones causadas por la campaña, así como los derechos que corresponderían eventualmente a los familiares de los desaparecidos. Otro dato muy importante de esa regulación era que establecía que, a partir de entonces, los devengos que debían abonar las empresas a los familiares de los divisionarios que estaban en campaña serían abonados por el Instituto Nacional de Previsión que, a tal efecto, efectuaría la oportuna derrama entre todas las empresas españolas.

En 1941, y sin duda pensando en una rápida campaña, se había establecido la norma de que los empresarios o las instituciones que tuvieran trabajadores alistados como voluntarios deberían seguir abonando sus sueldos a las familias. No era una medida muy justa, ya que hacía recaer sobre las empresas afectadas ese gravamen económico. Por ello, los empresarios e incluso las instituciones públicas, hacían todo lo posible por zafarse de esa obligación, y lo conseguían no pocas veces. Obviamente, esta realidad disuadía a muchos potenciales voluntarios. En cualquier caso, la misma orden citada establecía que todo lo que en ella se expresaba empezaría a aplicarse ¡en mayo de 1943! Se ha repetido hasta la saciedad que muchos se alistaron en la DA buscando asegurarse el futuro, pero las normas que fijaban esas garantías son de una fecha que ya estaba muy próxima al punto final de la historia divisionaria. Pero la verdad es que en el verano de 1942, a la DA no le faltaban efectivos humanos, sino todo lo contrario: cualquier comandante de una división alemana vecina hubiera dado saltos de alegría de contar con tantos hombres en la suya. En este sentido, la unidad estaba perfectamente preparada para el asalto a Leningrado, que todo el mundo daba por inminente.

Sin embargo, y como suele ocurrir, los planes militares muy raramente se desarrollan conforme a lo previsto y los de los alemanes con respecto a Leningrado no iban a ser la excepción. Los soviéticos eran conscientes de que el enemigo iba a intentar el asalto a esa ciudad, y habían formulado sus propios planes. Para empezar, a finales de julio lanzaron potentes ataques contra las fuerzas que participaban en el cerco: el 20 de julio contra la 215.<sup>a</sup> División alemana en

Uritsk (extremo occidental del cerco) y el 23 de julio contra la 4.<sup>a</sup> División SS, en Krasny Bor. Los dos ataques fueron repelidos, pero a duras penas, y con grandes bajas alemanas.



 Cuartel General  
 Hospital de Campaña español

 Líneas alemanas  
 Líneas españolas

**269 REG, 263 REG, 262 REG**  
 Regimientos de Infantería españoles

ZONA DE OPERACIONES DE LA DIVISIÓN AZUL AL SUR DE LENINGRADO

Manstein llegó a la zona el 27 de agosto, y con su llegada el 11.<sup>er</sup> Ejército —el Cuartel General que dependía de Manstein— pasó a hacerse responsable del cerco a Leningrado, liberando de esa responsabilidad al 18.<sup>o</sup> Ejército, que de momento atendería solo al sector del Vóljov. Según las órdenes que tenía, debía lanzar su ofensiva el 14 de septiembre, para concluirlo antes de acabar el mes. Pero lo primero que hizo Manstein fue modificar los planes de ataque. Tal como los había redactado el 18.<sup>o</sup> Ejército, la operación consistiría en un asalto frontal desde la zona de Pushkin en dirección al sur de Leningrado, y en ellos la DA estaba ubicada en el centro del dispositivo de ataque, para aprovechar al máximo la fuerza de su abundante infantería. Manstein, con la experiencia de lo costoso del asalto a Sebastopol, modificó el plan. El avance se iniciaría algo más al oeste, sobre las colinas de Pulkovo, donde los soviéticos tenían los observatorios que dirigían el fuego de su artillería pesada, pero no habría asalto frontal a la urbe, sino que después de romper el frente enemigo la masa atacante se dirigiría hacia el nordeste, hacia el sector de Kolpino, y el objetivo final no sería Leningrado, sino la ribera occidental del Ladoga. Con toda ella en manos de los alemanes no habría ya posibilidad alguna de suministrar a la ciudad (que era abastecida de comida, armas y municiones a través del lago) con lo que en breve plazo caería en manos alemanas como fruta madura. En el plan de Manstein, la DA pasaba al extremo oriental de la cuña de ataque (por lo que desde su zona de acantonamiento original debería ser reubicada hacia el nordeste, cerca de Mga), lo que minimizaría los problemas de coordinación con las tropas alemanas, ya que solo debería enlazar con una unidad alemana, la que quedara a su izquierda. Y es que Manstein, que había empleado contingentes rumanos en el asedio a Sebastopol, sabía de los problemas que surgían cuando debían operar conjuntamente tropas alemanas y de otras nacionalidades.

Los soviéticos sabían lo suficiente de la Operación Nordlicht («Luz del norte»), que así se denominaba al proyectado asalto a Leningrado, para tratar de impedirla. Para ello planificaron un ataque concéntrico sobre el estrecho corredor por el que los alemanes habían alcanzado el Ladoga (el «Corredor de la Muerte» según los infantes alemanes). Las tropas de Leningrado cruzarían el río Neva en dirección este, pero sobre todo sería el frente del Vóljov (los soviéticos denominaban «Frente» a las unidades equivalentes a los «Ejércitos» alemanes) el que se lanzaría en tromba para avanzar hacia el oeste, hacia Leningrado. El ataque soviético se inició el 27 de agosto y profundizó con tanta rapidez como para que ya el 28 los alemanes tuvieran que enviar para contenerlo a elementos de las divisiones que se concentraban para el asalto a Leningrado. Los soviéticos se hicieron con el control de los llamados Altos de Sinyavino, que dominaban el Corredor de la Muerte y se acercaron a solo cinco kilómetros del Neva. Por momentos pareció que el establecimiento de un corredor terrestre que conectara con Leningrado iba a ser posible. Hasta el día 2 de septiembre los alemanes no detuvieron la ofensiva, y necesitaron hasta primeros de octubre para hacer volver al enemigo a sus líneas de partida. Las bajas soviéticas volvieron a ser terribles, y a nivel táctico fue un gran éxito alemán. Pero a nivel estratégico fue una indudable victoria soviética: las unidades alemanas que habían contenido la ofensiva quedaron tan debilitadas que era impensable lanzarlas al asalto de Leningrado sin antes reforzarlas a fondo. «Luz del Norte» quedaba en entredicho.

El Estado Mayor de la División Azul estaba analizando con detalle el papel que le tocaría en la ofensiva sobre Leningrado (Carralero, 2013). Pero el día 1 de septiembre, de manera inesperada, la DA recibió orden de abandonar sus zonas de acantonamiento, donde continuaba instruyéndose para el proyectado asalto, y dirigirse hacia el norte, a la línea de cerco en torno a Leningrado. Los Regimientos 263.º y 262.º se pusieron en marcha ese mismo día, y el 269.º, al día siguiente. Iban a ocupar las posiciones de los regimientos de la 121.ª División, en la zona que iba desde Pushkin hasta el río Ishora (uno de los afluentes del Neva). Entre el 5 y el 7, los regimientos de infantería españoles ocuparon las líneas de otros tantos regimientos alemanes. De oeste a este, el relevo fue así: el Regimiento 263.º español ocupó las posiciones del 407.º alemán; el 269.º, las del 408.º; y el 262.º, las del 405.º.

La urgencia en el relevo se debía a que los alemanes tenían que mandar a toda prisa a la 121.ª División al Corredor de la Muerte, para que contribuyera a repeler a los soviéticos. Dado el tamaño del sector a ocupar (17 kilómetros) cada regimiento español se podría desplegar con dos batallones en línea y uno en reserva, manteniendo además a disposición directa del mando divisionario el Batallón de Reserva 250.º y el Grupo de Exploración 250.º: un despliegue «ortodoxo», con seis batallones en línea, y una buena parte de las fuerzas mantenidas en retaguardia para atender situaciones de crisis: tres batallones en el segundo escalón de los regimientos y dos más en el escalón divisionario.

Pero —sobre la marcha— el mando alemán decidió que los españoles relevaran también a las tropas alemanas situadas entre el río Ishora y el ferrocarril Leningrado-Moscú, en Krasny Bor, lo que suponía siete kilómetros adicionales de frente, que se ocuparon el mismo día 7. Se trataba de sustituir a efectivos de la 4.ª División SS, que había estado padeciendo serios ataques (desde el 23 de julio hasta el 7 de agosto en la zona de Krasny Bor; entre el 16 de agosto y el 4 de septiembre en la zona de la desembocadura del Tosna, otro de los afluentes del Neva). La inesperada extensión hacia el este acabó con la posibilidad de un despliegue «ortodoxo», ya que guarnecer esta ampliación absorbió las reservas del Regimiento 262.º y las divisionarias. El día 8 la DA se hacía cargo oficialmente de todo su nuevo sector. Los españoles ocupaban ahora una zona donde existían varias poblaciones que contenían palacios de la época zarista, y que habían recibido nuevos topónimos. En Pushkin (antes Tsarkoie Selo) se encontraba el palacio de la zarina Catalina II. En Slutsk (antes Pavlovsk), el del zar Pablo I (en adelante se usará solo el nombre soviético entonces en uso).

Para la ubicación de cuarteles generales, la artillería y las unidades de servicios se señaló a los españoles que ocuparan los lugares donde se habían desplegado los equivalentes de la 121.ª División, como en efecto se hizo. Esto causó problemas, ya que el nuevo sector añadido, el de Krasny Bor, quedaba en situación excéntrica respecto a esas ubicaciones. La comunicación directa entre los sectores de Pushkin y Slutsk y la zona de Krasny Bor existía, pero era por una carretera situada a espaldas de las líneas enemigas. En la zona propia, en cambio, las comunicaciones con el sector de Krasny Bor eran deficientes y obligaban a un amplio rodeo si se usaban carreteras convencionales, o un «camino de rollizos» (realizado con troncos de árbol) si se quería usar uno más directo. Los cuatro sectores constituidos pasarían a ser bautizados con el nombre de la principal población de la zona, o bien con el del comandante del sector. Todos ellos eran los nuevos coroneles llegados desde España con los batallones en marcha.

El sector más occidental, el de Pushkin, estaba bajo el mando del coronel Villalba, que mandaba el 263.º Regimiento, con dos de sus batallones en línea y otro en reserva en retaguardia. En su flanco derecho, el sector de Slutsk era guarnecido por el 269.º Regimiento del coronel Rubio, que igualmente tenía dos de sus batallones en posición y otro a retaguardia. El sector más oriental era el que se había tenido que subdividir en dos, el de Federovskoye y el de Krasny Bor. El de Federovskoye estaba bajo mando del coronel Sagrado, que lo guarnecía con dos de los batallones de su 262.º Regimiento, mientras que en el extremo oriental, la zona que los españoles habían recibido de manera inesperada, se desplegó al Batallón de Reserva 250.º y el batallón restante del 262.º. A su frente, el teniente coronel Robles, segundo jefe del Regimiento 262.º. Ambos sectores compartían una única fuerza de reserva, el Grupo de Exploración 250.º, reforzado por la Compañía de Esquiadores.

La guerra en los arrabales de Leningrado iba a resultar muy distinta a la librada en las orillas del Vóljov. En el nuevo sector los duelos de artillería eran la forma principal de lucha, y la amenaza de acciones enemigas a gran escala con medios acorazados era una posibilidad muy real. La artillería española ocupó inicialmente las mismas posiciones que la División 121.<sup>a</sup>, lo que dejó poco protegido el sector más oriental, el de Krasny Bor, hasta que se encontraron nuevas ubicaciones. Por otra parte, y a diferencia de lo que ocurría en el frente del Vóljov, aquí había una densa concentración de unidades artilleras alemanas desplegadas a lo largo de todo el frente, que podían cubrir a los españoles con su fuego.

Para empezar, al entrar en posición, cada uno de los grupos de artillería españoles recibió entre una y dos piezas adicionales, de 220 mm, con las que formaron sendas secciones de este calibre. Se trataba de piezas ubicadas en asentamientos estáticos, que se agregaban a las divisiones que guarnecían los sectores. También se entregó a los españoles el material de una batería estática (llamada por los alemanes «Batería Hessen»), con piezas de 155 mm, que pasaron a tener como sirvientes a artilleros españoles. Finalmente, un grupo de artillería alemán (Grupo Werner, con dos baterías de piezas de 220) fue puesto bajo el mando directo del regimiento artillero español que, de esta manera, pasaba a contar de hecho con cinco grupos. Las 36 piezas artilleras de 105 mm y 12 de 150 que ya formaban parte del arsenal de la DA, de fabricación alemana, se vieron así incrementadas con un total de dos piezas de 155 y 13 de 222, todas de origen francés (botín de guerra del tomado en 1940). Hubo por tanto un incremento en número de bocas de fuego, que además eran de mayor calibre. Y no era la única artillería con la que podía contarse. Como es natural, la DA quedó encuadrada en un Cuerpo de Ejército, y en cada uno de ellos se contaba siempre con un jefe de Artillería que tenía a su directa disposición distintas unidades, en general con entidad de grupo o batería, que desplegaba a lo largo de su frente.

Cuando la DA llegó a su sector frente a Leningrado, el jefe de Artillería de su cuerpo tenía desplegado en la que ahora era la retaguardia española los efectivos de dos grupos de artillería (los Grupos 143.º y 289.º), con seis baterías en total, más una batería de otro grupo (la 2.<sup>a</sup>/856.º), y una independiente (la 514.<sup>a</sup>), todas las cuales podían hacer fuego inmediatamente en apoyo de los españoles. En resumidas cuentas, en vez de las 12 baterías de piezas que eran las normales de un regimiento, en la recién ocupada zona de despliegue de la DA actuaban 23, el equivalente a dos regimientos, 15 bajo control operativo del Regimiento de Artillería 250.º, y ocho dependientes del Cuerpo de Ejército (por nacionalidades, 13 eran servidas por españoles y 10 por alemanes). Cuando se escribe —como se ha hecho— que los alemanes iban a tratar a los españoles como

carne de cañón, y por eso no reforzaron su artillería en el sector de Leningrado, donde esto era vital, se está cometiendo un grave error.

En cuanto a la defensa antitanque, en este nuevo frente tendría una importancia mucho mayor, ya que los soviéticos disponían en Leningrado de importantes medios acorazados (la sitiada ciudad incluso los producía). La defensa antitanque, que hasta entonces reposaba únicamente en los cañones de 37 mm, de tan escasa potencia, se fortaleció con la cesión por la unidad que había ocupado sus mismas líneas con anterioridad de piezas de botín de guerra francés y ruso: seis cañones antitanque franceses de 75 mm, siete cañones rusos de 76,2 y cuatro de 45 mm. Mientras los primeros se repartieron equitativamente entre las tres compañías antitanque regimentales, las de 45 mm fueron a parar todas a la 14.<sup>a</sup>/263.<sup>o</sup>, que se convirtió en la compañía antitanque más potente de la DA. La razón: el sector del Regimiento 263.<sup>o</sup> parecía ser el más amenazado.

Durante los primeros días, el mando español anduvo algo desconcertado con los cambios de encuadramiento de su unidad. De manera muy rápida pasaron de depender del LIV Cuerpo de Ejército al L Cuerpo y de este de nuevo al LIV (general Hansen), que sería finalmente en el que quedarán encuadrados. Mientras que el L Cuerpo cubría el segmento occidental del cerco a Leningrado, el LIV era el responsable del oriental; al estar la DA desplegada en el centro de esas líneas de cerco, podía quedar integrada en uno u otro. A un nivel superior, se pasó de depender del 18.<sup>o</sup> Ejército al 11.<sup>er</sup> Ejército de Manstein. Las trincheras heredadas por los españoles les sorprendieron por razones contrapuestas: los búnkeres de alojamiento eran sorprendentemente cómodos, bien contruidos, y en muchos casos contaban hasta con luz eléctrica; en cambio las obras defensivas propiamente dichas no eran de gran solidez. El Ejército Alemán tradicionalmente detestaba la táctica defensiva y no ponía gran empeño en la fortificación: para detener eventuales ataques enemigos confiaba más en la defensa elástica y la maniobra que en la construcción de obras fijas.

La forma de lucha en el nuevo frente tenía poco que ver con lo experimentado en el Vóljov. Ahora era una guerra de trincheras típica. Las posiciones propias y enemigas formaban una línea continua y además estaban a poca distancia entre sí. El intercambio de fuego mediante fusiles, pero especialmente ametralladoras y morteros, y también cañones antitanque que disparaban contra posiciones fortificadas, era diario. Aquí los españoles se encontraron con el problema de que mientras que los soviéticos disponían a nivel regimental de eficacísimos y abundantes morteros, ellos debían contar con los obsoletos cañones de infantería alemanes de 75 y 150 mm. Significativamente, entre las primeras instrucciones que recibió la DA del Cuerpo de Ejército estuvo la de que se tratara de economizar con la munición de los morteros de 80 mm (encuadrados en las compañías pesadas de los batallones) y los cañones de 75 y 150 mm (encuadrados en las compañías regimentales), de las que se hacía gran consumo. Los cercados soviéticos parecían disponer de más munición que los alemanes... Es evidente que para la población civil de Leningrado el cerco fue una durísima experiencia, y sus habitantes sufrieron lo indecible. Pero lo que veían quienes la cercaban, entre ellos los soldados españoles, era una fortaleza que disponía de más medios militares (armas y municiones) que los que podían desplegar quienes esperaban asaltarla.

Casi cada noche, patrullas propias y enemigas (con entidad de pelotón) salían a recorrer la vanguardia de sus posiciones, para comprobar que el enemigo no hubiera cortado las alambradas,

ni hubiera levantado las minas propias e instalando las suyas. No era raro que estas patrullas chocaran accidentalmente con las enemigas, y a veces ese choque era deliberado, tendiendo emboscadas al adversario. De noche, pero también de día, con frecuencia se realizaban «reconocimientos ofensivos», generalmente empleando fuerzas de nivel sección, atacando posiciones enemigas para provocar que usara de manera masiva sus armas, que quedaban así localizadas y pasaban a ser batidas a continuación por la artillería. Más de tarde en tarde, se organizaban golpes de mano propiamente dichos. Unidades con entidad compañía o superior, apoyadas por artillería, cañones antitanque, etc., generalmente de día, atacaban con gran virulencia puntos sensibles del despliegue enemigo, para dañarlo tanto como fuera posible.

La primera acción enemiga contra los españoles se produjo el día 7 de septiembre, contra el Batallón III/263.º, que apenas llevaba unas horas en sus posiciones. El 13 el enemigo hizo una fuerte preparación con artillería de campaña en toda la línea española (427 disparos), repetida el 14 (415) y que alcanzó su apogeo el 15 (914 disparos), actividad artillera que coincidió con fuertes golpes de mano contra los batallones I/262.º y III/262.º (el 14) y —de nuevo— el III/263.º (el 15). La situación más peligrosa se dio el 14 en el Batallón III/262.º (era el batallón más al este de todo el despliegue español), cuando el enemigo llegó a entrar en las trincheras españolas antes de ser repelido. Además, el golpe se repitió dos días después. Esta misma estructura de ataque se realizó contra el I/263.º a finales de mes, con dos golpes de mano casi consecutivos.

Con estos nueve reconocimientos ofensivos y seis golpes de mano lanzados por los soviéticos sobre los españoles en el mes de septiembre el enemigo intentaba, por una parte, conocer a los nuevos «inquilinos» españoles de las líneas, pero también fijar sus fuerzas, porque el gran objetivo soviético en ese momento era que no se reforzara a las unidades que operaban en el Corredor de la Muerte y, al contrario, si era posible, que se detrajera fuerzas desde él para acudir a otros segmentos del frente.

Para los miembros del Estado Mayor español las conclusiones a sacar eran evidentes: los soviéticos estaban muy interesados en los sectores extremos de su zona, Pushkin al oeste y Krasny Bor al este. Al primero los soviéticos lo tenían catalogado como inevitable base de partida alemana para cualquier ataque a gran escala contra Leningrado. En Krasny Bor, por el contrario, para los soviéticos se trataba de ir arrancando a la Wehrmacht aunque fuera tan solo unos metros de la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú, ya que esas eran en definitiva las vías por las que un Leningrado liberado de su cerco comunicaría con el resto de Rusia.

Los españoles, a la espera de recibir la orden de ataque general, reservaron sus fuerzas y, salvo algunos pequeños reconocimientos ofensivos, no realizaron ataques propios. Finalmente, los mandos alemanes dieron a entender a los españoles que mientras no solucionaran su problema en el corredor del Ladoga, no cabía esperar el inicio de la ofensiva propia. Que la situación estaba cambiando resultó evidente cuando el día 22 los alemanes ordenaron a los españoles que se dispusieran a organizar golpes de mano contra el enemigo (que suponían un desgaste de efectivos, algo contradictorio con el lanzamiento de una ofensiva a gran escala), y aún más el 29, cuando la orden recibida fue la de organizar en el sector español una segunda línea, una instrucción inequívocamente defensiva.

Lo más peligroso parecía ser el fuego artillero. El último día del mes un impacto enemigo acabó con la vida del jefe del IV Grupo Artillero español, comandante Maroto, y dos de los oficiales de su Plana Mayor. La precisión del fuego enemigo era envidiable, a lo que contribuía el

que frente a los españoles se encontrase Kolpino, un gran arrabal industrial de Leningrado cuyas numerosas chimeneas eran envidiables observatorios, así como la información que agentes camuflados entre la numerosa población civil rusa de la zona hacían llegar al mando soviético por diversos medios. Para controlar a esta población en el sector español, los alemanes tenían desplegado un batallón de policía, el 305.º, con cuartel en Pushkin.

Un dato que interesó mucho a los españoles fue el número de desertores que se pasaban a sus líneas. En el sector del Vóljov, a partir de enero de 1942, esa cifra se había estabilizado entre 10 y 15 al mes. Ahora, en cambio, el número creció muy llamativamente. Por citar algunos ejemplos, cinco soldados enemigos se pasaron el día 23 de septiembre, otros cinco el 25, cuatro el 26, cuatro el 27, tres el 28... En la medida en que el enemigo estuviera desmoralizado, y eso era lo que ponían de manifiesto tantas deserciones, eran mayores las posibilidades de éxito de un ataque propio.

El Cuartel General y las unidades de servicios se acabaron estableciendo a lo largo de la carretera secundaria que desde Slutsk se dirigía a enlazar con la carretera principal entre Pushkin y la principal base logística del sector: Krasnogardeisk (aunque los españoles encontraron para esta última población una denominación más asequible, «Carlos Gardel»). También se la conocía con su nombre del periodo zarista: Gatschina. El Puesto de Mando divisionario se ubicó en Prokovskaia, los depósitos de municiones, armas y equipos en Antropschino, y las unidades de intendencia, el hospital de campaña, la compañía veterinaria y las unidades de transporte motorizadas en Mestelevo. Las columnas hipomóviles, virtualmente desactivadas una vez quedó claro que la división pasaba a un despliegue puramente estático, se acantonaron en Annolovo. Por lo demás, la DA continuó renovándose. A lo largo del mes de septiembre llegaron dos nuevos batallones en marcha (14.º y 15.º), y partió hacia la patria el 7.º Batallón de Repatriación. El personal al que se ordenaba formar parte de estos batallones se congregaba en Vyarlevo, aldea a la que muy pronto se le encontró un nombre castellanizado y mucho más apropiado: «Villa Relevo».

La DA quedó flanqueada por dos unidades de la Waffen SS. Durante mucho tiempo se ha querido identificar a los miembros de la Waffen SS con los guardianes de los campos de concentración, o los de los aún más temibles Einsatzgruppen dedicados a tareas represivas en la retaguardia del frente, ejecutadas con extraordinaria crueldad. En realidad la Waffen SS era un cuerpo militar de élite, y que además tenía la peculiaridad de encuadrar a gran número de formaciones de voluntarios extranjeros (Caballero, 2014-c). A la derecha de los españoles desplegaba la 4.ª División SS-Policía, que tenía este nombre porque sus miembros habían sido reclutados entre los distintos cuerpos de la policía alemana. A diferencia de las demás unidades de la Waffen SS existentes por esta época, motorizadas, era una unidad hipomóvil, análoga en todo a las divisiones de infantería del Heer, salvo alguna peculiaridad organizativa, como la de contar con su propio grupo de cañones antiaéreos. Con todo, estaba poseída del «espíritu de cuerpo» típico de la Waffen SS y era una unidad muy combativa.

A su izquierda, una unidad aún más llamativa: la 2.ª Brigada SS de Infantería. Incluía en su seno a las legiones nacionales de voluntarios anticomunistas del Flandes belga, de Noruega y de Holanda, así como a batallones letones y estonios. Los letones y estonios habían sido reclutados como batallones de policía para lucha contra los partisanos, pero dada su combatividad se les había enviado al frente.

Para los españoles resultaba muy satisfactorio tener a su lado a los voluntarios europeos de distintas naciones, ya que así veían ratificada su idea de estar tomando parte en una cruzada anticomunista europea. Aunque la unidad más importante de la 2.<sup>a</sup> Brigada SS era la Legión Holandesa, por el hecho de que con quienes más habían intimado en el Vóljov era con los flamencos, los españoles se referían sistemáticamente a la unidad vecina como «la brigada flamenca» (aun siendo los flamencos tan solo uno de sus batallones). Los largos meses de convivencia entre holandeses y flamencos con los españoles (hubo menos trato con noruegos, letones y estonios) dieron pie a que estos hicieran confidencias a los españoles: les envidiaban, ya que su unidad era puramente nacional, mientras que en la Legión Flamenca y en la Holandesa había oficiales y suboficiales alemanes, que no sabían tratar adecuadamente a los voluntarios de ambos países, y parecían empeñados en convertirlos en prusianos.

Ya llamé la atención sobre el hecho de que pese a las grandes simpatías que despertaba la URSS a nivel mundial, por su régimen comunista, y más aún ahora, por ser el país que estaba protagonizando, y con diferencia, la lucha contra el nazismo, sin embargo los soviéticos jamás pidieron voluntarios extranjeros para servir en su frente, nunca intentaron crear unas «Brigadas Internacionales» en el seno de su Ejército Rojo, sin duda por temor a que a los potenciales integrantes no les gustaría lo que iban a ver. En cambio, los soviéticos dedicaban los calificativos más duros a las tropas de los aliados de Alemania, y a las formaciones voluntarias anticomunistas europeas, cuya sola existencia era un alegato contra el estalinismo. Por ello, y de manera sistemática, eran presentadas unas y otras —las formaciones militares aliadas y las de voluntarios— como la auténtica hez de Europa. En esta tarea destacaba Ehrenburg, ya que tenía un gran prestigio internacional. La prensa comunista en todo el mundo reproducía sus artículos aparecidos en la URSS y —por citar un ejemplo— en el remoto Chile, el órgano del PC local, la revista *Principios*, insertaba en su número de octubre de 1942 el artículo titulado «Los Mercenarios»:

Hitler está adquiriendo carne de cañón al por mayor y al por menor. El suministro al por mayor se realiza mediante diversos contratos, y los soldados, comprados de esta manera, son llamados «aliados» (...). De modo que en la horda de diversas tribus que Hitler lanzó sobre nuestros campos hay de todas las especies, desde el soldado especulador de divisas hasta el soldado que ejerce la mendicidad. Los rumanos, italianos, fineses son comprados al por mayor. Pero Hitler alquila también al por menor, a delincuentes o vagos muertos de hambre. En todas partes tiene Hitler sus reclutadores. En Noruega, es Quisling quien alquila; en Bélgica, el fascista local, el «rexista» Degrelle; en Holanda, los agentes del «Partido Nacional Socialista»; en Croacia, el primer ministro, el delincuente Pavelic. Hitler habla, naturalmente, de la «santa cruzada», pero sus representantes añaden apresuradamente: tantos francos, pesetas, coronas.

Dada la vinculación emocional de Ehrenburg con España, en el artículo trataba con especial énfasis el caso de la DA, y en este texto vemos resumidas de nuevo todas las tesis de la propaganda comunista sobre la DA:

En España fue el hambre quien hizo de reclutador para Hitler. El cuñadísimo del general Franco, el «ministro» Serrano Suñer ensalzó ante los desgraciados el «espíritu de la nueva Europa». Sin embargo, los candidatos se interesaron preferentemente por el cebo. Los «voluntarios» obtuvieron la promesa: 1.000 pesetas de una sola vez, un subsidio generoso a los familiares del inscrito y un buen sueldo; al soldado soltero 60 marcos, al casado, 90. Hitler logró reclutar así cerca de 15 mil cabezas. Hay dos profesiones que son las que con mayor frecuencia abundan entre los soldados de la «División Azul»: estudiantes de leyes y limpiabotas. Los primeros pertenecen a los «señoritos» («la juventud dorada»), son los ociosos que han pasado toda la vida en las terrazas de los cafés. En cuanto a los limpiabotas, no son gentes soberbias, pero la falta de betún asestó un golpe sensible a esta corporación, en otros tiempos floreciente en España (...). A mediados de octubre llegaron, por fin, los mercenarios al

frente. Caía ya una nieve húmeda. El mando alemán agració a los frioleros andaluces con la región del lago Ilmen. En los primeros dos meses, la «División Azul» tuvo 7.000 bajas. Unos murieron por el fuego de artillería, otros por los contraataques soviéticos. Algunos murieron de frío (...). No es sorprendente que la «División Azul» haya sido fuertemente golpeada desde los primeros combates (...). Desde España trajeron nuevos mercenarios. Gastaron unos millones de pesetas más. Ahora la «División Azul» está de nuevo en el frente. Es poco probable que los recién llegados resulten ser mejores soldados.

Aunque como análisis histórico sea grotesco, no cabe duda de la eficacia propagandística del artículo de Ehrenburg. Lo malo para los soviéticos es que en algunos casos iban a creerse su propia propaganda, con resultados que serían desastrosos para ellos mismos, como veremos más adelante.

El 2 de octubre, el mariscal Manstein, en una orden del día para su 11.<sup>er</sup> Ejército, comunicó oficialmente que la ofensiva soviética al sur del Ladoga podía darse por derrotada. Lo que no se decía en ella, sin embargo, era que las bajas alemanas habían sido tan elevadas como para dejar demasiado debilitadas a las fuerzas que debían realizar el asalto a Leningrado. La posibilidad de ejecutarlo, sin embargo, se mantenía y por ello el 13, este célebre general alemán visitó el cuartel general español para conferenciar con los mandos de la DA. La impresión que estos sacaron de esa entrevista fue que el ataque se lanzaría, incluso si el invierno hubiera comenzado, en cuanto hubiese un momento psicológico favorable, como, por ejemplo, cuando se pudiera comunicar oficialmente la conquista total de Stalingrado. En todo caso las órdenes que recibió el mando español eran esperanzadoras: se le pidió que mejorara la red de caminos en su sector, para permitir el rápido movimiento de tropas y de ciertos equipos pesados, como los espectaculares carros de combate Panzer VI Tiger, el arma terrestre más sofisticada del arsenal alemán, ya que se iban a emplear en la batalla. Aún más, dentro de su sector los españoles tuvieron que preparar asentamientos para que 36 baterías de campaña (la dotación artillera de tres divisiones al completo) pudieran entrar rápidamente en posición. El 27, por citar otro ejemplo, oficiales españoles y del resto del Cuerpo de Ejército, fueron invitados a contemplar un ejercicio táctico de una unidad de Nebelwerfer, los lanzacohetes alemanes, unos ingenios menos famosos que los equivalentes «Órganos de Stalin» soviéticos, aunque en realidad fueran más eficaces. Este tipo de armas eran fundamentales a la hora de romper las líneas enemigas.

La llegada del invierno se retrasó con respecto al año anterior y solo a finales de mes empezaron a caer ligeras nevadas, sin que las temperaturas descendieran en picado. Pero a diferencia de lo ocurrido el 1941-1942, ahora todo parecía estar previsto. Ya en agosto los españoles habían recibido un manual titulado *Libro de bolsillo para la campaña de invierno*, que era la versión en español de un texto alemán. En él se habían recopilado todas las experiencias del invierno anterior, ofreciendo soluciones para superar todos los problemas, e incluso para explotar las posibilidades que ofrece el combate invernal. El que los alemanes se hubieran molestado en hacer una edición específica para los españoles era una muestra más del respeto que se había ganado la DA.

Una sorpresa aún más agradable fue la recepción, el día 11 de octubre, de 26 vagones de tren completamente cargados con los nuevos uniformes de invierno diseñados por la Wehrmacht. Muy cálidos, confortables, realizados en tejido mimetizado reversible (blanco por un lado, gris por el otro), eran un auténtico lujo, y superaban en calidad y prestaciones a los equipos invernales soviéticos, que los españoles y los alemanes habían mirado con tanta envidia el invierno anterior.

Otra precaución que se pudo tomar con la debida antelación fue la de acondicionar buenas cuadras para los caballos de las distintas unidades, ubicadas relativamente a retaguardia y acondicionadas para el invierno, excelente precaución, ya que el invierno anterior las bajas de equinos habían sido terribles.

También fue una novedad la organización de una cuarta compañía en el Batallón de Zapadores 250.º, la de Zapadores-Esquiadores. Puesto que los zapadores eran los que disponían en su arsenal de potentes minas antitanque, y esos medios eran los más efectivos de entre los que contaba la DA para repeler un ataque de blindados, ya que los cañones de 37 mm eran de escasa por no decir nula eficacia con ese fin, la función prevista para la compañía era la de acudir con velocidad a un sector en peligro para disponer en él campos de minas antitanque. Algunos antitanque de 37 mm, además, fueron preparados para ser montados sobre trineos apropiados para su rápido traslado. Y en las quince compañías de cada Regimiento, elementos de las secciones de zapadores de asalto y de exploración fueron reconvertidas de cara al invierno en pequeñas unidades de esquiadores, para asegurar su movilidad.

La relativa inactividad en que vivió este mes de octubre la División Azul fue aprovechada para organizar en todas sus unidades cursos para mejorar el nivel de conocimientos de los suboficiales españoles. A diferencia de lo que ocurría en la Wehrmacht, donde los suboficiales constituían la columna vertebral de las unidades, en el Ejército Español su figura estaba infravalorada y su nivel profesional era comparativamente bajo. Durante toda su existencia, y siguiendo una práctica habitual en todas las formaciones militares, la DA mantuvo una constante actividad «académica», para mejorar el rendimiento de sus hombres. Ya en el frente del Vóljov, se había creado una Escuela de Radio, organizada por la Jefatura de Transmisiones divisionaria, para formar a los operadores de estos equipos destinados en las distintas unidades (no solo en el Grupo de Transmisiones), en especial en el uso del código Morse. Mientras la unidad estuvo en el Vóljov la escuela se ubicó en Staraia Rakoma. En el frente de Leningrado lo hizo en Kobrino, sorprendentemente lejos del resto de la DA. ¿La razón? Evitar que los comandantes locales se sintieran tentados de usar a sus alumnos para otras tareas, y por ello no pudieran concentrarse en el aprendizaje.

La atención al ganado por parte de los oficiales veterinarios españoles era considerada del mejor nivel, no así el trato que le dispensaba la tropa. Para corregir su defectuosa formación al respecto, se impartieron varios cursos para los suboficiales encargados de la tarea. Otros muchos cursos se organizaban en función de las necesidades que aparecían en cada momento. Por ejemplo, al entrar en línea en Leningrado se hizo evidente la importancia de mejorar la fortificación, y se impartió un curso con ese fin en agosto de 1942. Al mes siguiente, el personal del Batallón de Zapadores 250.º realizó un curso para personal de todos los batallones de infantería explicándoles las técnicas de asalto a fortificaciones usadas por los zapadores de asalto. En enero de 1943, se organizó un curso para instruir a oficiales y suboficiales en la defensa contra un ataque mediante gases, una posibilidad que se temió mucho. Después de que la batalla de Krasny Bor —de la que se hablará más adelante— evidenciara lo demoledor que podía llegar a ser un ataque enemigo apoyado de forma masiva con carros de combate, en marzo de 1943 se impartió un curso específico para difundir las diversas tácticas para luchar contra los carros sin los medios antitanque habituales. Estos son solo algunos ejemplos de cómo la DA realizaba un constante esfuerzo por mantener al máximo nivel su operatividad.

El principal motivo de satisfacción para los españoles era ver que sus plantillas estaban bien cubiertas. A lo largo de octubre llegaron a Rusia los batallones en marcha 16.º (había salido de España a finales de septiembre) y 17.º (que cruzó la frontera a principios de octubre). El 16.º fue motivo de un gran susto, ya que el convoy que lo transportaba sufrió un muy efectivo ataque aéreo enemigo; por fortuna para los españoles, los vagones alcanzados transportaban efectivos alemanes, y los españoles sufrieron solo unas poquísimas bajas. En cambio, la organización de un nuevo batallón de repatriación se demoró, a fin de que si se lanzaba la ofensiva la DA se encontrara al máximo de su fuerza.

Aunque se suelen usar los términos «Primera División» y «Segunda División», para hablar de la DA, se trata de conceptos engañosos en buena medida. En realidad, el personal que se reclutó para la Segunda División acabó integrándose progresivamente con los de la Primera División, muchos de cuyos componentes no fueron relevados hasta la primavera de 1943. Sin embargo, sí que es cierto que los veteranos de la Primera División tenían una acusada conciencia de grupo. Y no es extraño: su perfil sociológico e ideológico era notablemente homogéneo, y también el origen geográfico del personal de las distintas unidades. Por ejemplo, en el Regimiento 263.º todo el mundo tenía muy claro que el I Batallón era el de los valencianos y murcianos, el II el de los catalanes y el III el de los aragoneses, aunque en realidad hubiera una cierta mezcla por orígenes geográficos en cada uno de ellos. Si en el Regimiento 263.º se preguntaba por la compañía «de los alicantinos», todo el mundo sabía que era la 4.ª/263.º, y si se indagaba por «la de los murcianos», cualquiera señalaba a la 2.ª/263.º. Esos grupos, ya muy cohesionados en su origen, pasaron además por experiencias comunes que les unieron aún más: las apoteósicas despedidas en España, la vida campamental en Grafenwöhr, las largas marchas hacia el frente. Por todo ello, la cohesión de lo que llamamos «grupos primarios» era muy fuerte, algo que daba mucha fuerza y capacidad de resistencia a la DA.

No ocurría lo mismo con las unidades de la que se quiso crear como Segunda División, ninguna de las cuales se había organizado con una base «regional». Dejaron de existir las compañías «de los murcianos», «de los alicantinos», etc. Mientras que en la Primera División, dado que hizo falta «enchufe» para conseguir ser alistado, predominaban los voluntarios de las capitales de las provincias, que se conocían entre sí, ahora encontraron plaza muchos de quienes se habían alistado en 1941 pero sin hacerse un hueco, que eran originarios de las pequeñas ciudades y los diversos pueblos de las distintas provincias, por lo que encontrar conocidos entre los miembros de tu misma unidad se convirtió en una rareza. Las experiencias eran menos comunes: cada batallón salía de España en solitario y llegaba al frente en solitario. Y los vínculos que se hubieran podido establecer durante el proceso de formación en España, o en el periodo de traslado hasta el frente se rompían, ya que los batallones eran disueltos y su personal distribuido entre las distintas fuerzas de la DA.

A primera vista, esto debería haber ocasionado que la DA perdiera cohesión y con ello capacidad de resistencia. En la práctica veremos que no fue así, y eso por dos razones. En primer lugar porque dada la urgencia del proceso en 1941, en aquella fecha se admitió a muchos hombres que en realidad no reunían las condiciones adecuadas para una campaña como la de Rusia, que no se sabía que fuera a ser tan extremadamente dura. Ahora, en cambio, los reconocimientos médicos eran mucho más serios, y a los que se realizaban en España —que ya eran más exigentes que los que se pasaron en 1941— se unían otros, aún más duros, realizados en suelo alemán, motivo por

el cual en cada batallón en marcha muchos hombres acababan allí su aventura, siendo devueltos a nuestro país. Quienes realizaban esos reconocimientos en Alemania eran médicos de la plantilla de la DA, que ya habían tenido experiencia en el Frente del Este y sabían muy bien que ciertas enfermedades o defectos que en España no llamaban la atención, en Rusia podían ser fatales. Por razones análogas, voluntarios de ciertas edades —muy avanzadas o demasiado jóvenes— que en 1941 habían logrado hacerse hueco, ahora ya no podían hacerlo.

El contingente humano era, por tanto, físicamente más adecuado. Pero también psicológicamente. En 1941 muchos se alistaron soñando con una aventura épica, un periodo glorioso, pero también breve. Quienes se alistaban en 1942 ya sabían a qué atenerse, y nadie ignoraba que aquella era una campaña muy dura, y cuyo punto final no parecía inminente. En 1941 la división fue intensamente «azul», con voluntarios que soñaban con una pronta instauración en España del nationalsindicalismo, pero ahora estaba virando a «caqui», porque el general Varela se estaba empeñando con éxito en ahuyentar a los falangistas de sus filas, pero también porque ahora la preocupación de los voluntarios —y no otra de cariz político— era ganar aquella guerra. Seguía habiendo una mayoría de voluntarios falangistas, pero ya no eran «camisas viejas» altamente ideologizados, sino militantes del Frente de Juventudes, que en esa organización se habían empapado de valores puramente marciales, los que absorbían en sus desfiles, sus campamentos, etc., y que se les grababan tanto o más que las consignas políticas que recibían.

De hecho los mismos veteranos del contingente inicial se expresaban ahora con ironía con respecto a las pomposas declaraciones políticas que se formularon en los primeros momentos de la historia de la DA. Una canción que empezó a hacer furor entre los voluntarios decía lo siguiente:

Cuando Falange/ con rumbo a Rusia partió/ una chavala/ triste y llorosa quedó/ Esa chavala/ que llorando está por mí/ son los primeros amores/ que en España yo conocí.

España, Patria mía/ tierra donde yo nací/ España, Patria mía/ tierra de donde partí/ si sé que va a pasar esto/ a mí no me ven por aquí/ Rusia es culpable/ decían todos allí/ Al comunismo/ destruiré con mi fusil/ y cuando dieron/ la orden «de frente, mar»/ esos bravos camaradas/ se quedaron con sus mamás.

Cuando regrese/ sé que me voy a encontrar/ que mi chavala/ no lo ha pasado tan mal/ pues se ha buscado/ un Delegado Provincial/ que como buen camarada/ se ha quedado en mi lugar.

Otra con mucho éxito incorporaba el lenguaje propio que se estaba gestando entre los divisionarios, con expresiones como «rancho de hierro» (las raciones que todos los soldados recibían para casos de emergencia y que los españoles consumían cuando les apetecía, para estupor de los alemanes); la palabra «pañenka» (tomada del polaco, para referirse a las chicas, y que daba origen a verbos tan singulares como «pañenkear», es decir, tratar de «ligar»); la palabra «kartoska» (patata en ruso, en alusión a lo que era la base de su dieta); o las distintas expresiones, en alemán, polaco o ruso, con las que las chicas les decían a los soldados españoles que no les entendían cuando trataban de zafarse de ellos. Esta era su letra:

Soy un voluntario alegre/ de la División Azul/ que recorrí toda Europa/ como si fuera un baúl/ Al iniciarse las marchas/ muy pronto me acostumbré/ y recorrí, por lo menos/ mil kilómetros a pie.

Voluntario alegre/ que a Rusia te vas/ con rancho de hierro/ para camina/ «Nicht verstein» en Alemania/ «Niema» en Polonia al pasar/ «ni panimayo»/ en todas partes igual/ Si a una «pañenka» le dices/ ven conmigo a pasear/ «ni panimayo» contesta / y te tienes que largar.

Voluntario alegre/ que a Rusia te vas/ llevando contigo/ un gran ideal/ Cuando volvamos a Rusia/ todo el mundo nos dirá/  
¡Cómo has engordado en Rusia/ de comer tanto foie-gras!/ Una lata es para cuatro/ y para tres es un pan/ pero tenemos  
«kartoskas» para podernos hinchar.

Voluntario alegre/ que a Rusia te vas/ marchar has marchado / ¿cuándo volverás?

Finalmente, los soldados de la DA acabaron cantando a lo mismo que han cantado siempre los soldados: a las chicas jóvenes en general, y a sus novias en particular. Como la DA actuaba en el seno del Heer pero en Rusia, incorporaron canciones de origen alemán y ruso. De las primeras, la más extendida era sin duda la versión española de la mítica canción «Lili Marlén»:

Al salir de España, sola se quedó/ llorando mi marcha, la niña de mi amor/ Cuando partía el tren de allí/ le dijo así mi corazón/  
«Me voy pensando en ti, adiós Lili Marlén».

Aunque la distancia vive entre los dos/ yo siempre me acuerdo de tu claro sol/ Cuando tu carta llega a mí/ se alegra así mi  
corazón/ pues solo pienso en ti, soñando con tu amor.

Cuando vuelva a España con mi División/ llenará de flores mi niña su balcón/ y yo seré entonces tan feliz/ que no sabré  
más que decir/ «Mi amor, Lili Marlén, mi amor es para ti!».

Algo más sorprendente, pero revelador, es que los españoles también hicieron suya la canción popular que hacía furor entre los soldados soviéticos: «Katiusha». Hay que señalar que la versión de «Katiusha» que hoy se puede encontrar en Internet y que se atribuye a los divisionarios (y que empieza con «Primavera lejos de mi Patria»), no es en realidad la que cantaban los voluntarios en Rusia, y cuyo texto respondía mucho más al contenido nostálgico de la canción original rusa. También en ella encontramos la evidencia del lenguaje propio de los divisionarios, capaz de mezclar en una expresión dos lenguas tan distintas como el alemán y el ruso, sin ningún tipo de atención a la gramática por otra parte, como sería la expresión «spanski soldaten jarasó» para decir «eres bueno, soldado español». Esta era esa letra:

Adiós, hermosa Katiusha/ ya se marcha el soldado español/ la guerra un día te lo trajo /pero el clarín de marcha ya sonó/  
Katiusha, ¡cómo ha terminado/ nuestra breve historia de amor!/ Sé muy cierto que tú me has querido/ lo mismo que te he  
querido yo.

Cuando nieve sobre tu cabeza/ acuérdate de tu español/ que en la vieja plaza de su pueblo/ tomará apaciblemente el sol/  
Yo me acordaré de tu sonrisa/ y del dulce nombre de tu voz/ cuando me cantabas la «Katiusha»/ vibrando de la guitarra el son.

Recordaré nuestro primer beso/ y el último que nos damos hoy/ y cuando me decías, muy bajito/ «spanski soldaten  
jarasó»/ Dame ahora el último abrazo/ nuestro idilio ya se terminó/ a vencer o morir, sigo adelante / Katiusha, para siempre,  
¡adiós!

Aunque muchos de los veteranos esperaban ansiosos la llegada de quienes iban a relevarlos, a la vez los recibieron con cierto desdén y escepticismo. Esto no les sorprenderá a los lectores de cierta edad, si es que prestaron servicio militar en su juventud y recuerdan su «mili», ya que es un fenómeno típico de la sociología militar. Los «veteranos» de cualquier unidad militar siempre piensan que ellos son mejores que los bisoños recién llegados a ella. En la Primera División, muchos oficiales de ideología conservadora habían usado para referirse a sus hombres la palabra «guripas», que tiene connotaciones despectivas. Pero esos veteranos habían acabado aceptando ese nombre, convirtiéndolo en expresión de orgullo, de tal manera que querían reservarlo para ellos solos, y a los recién llegados se les etiquetaba como «mortadelas». Pero, más allá de los celos y suspicacias de los «guripas» con respecto a los «mortadelas» («no eran como nosotros»,

han repetido hasta la saciedad veteranos de la «Primera División») la verdad es que la fusión de ambos contingentes permitió que los primeros transmitieran a los bisoños un amplio bagaje de experiencias.

De lo que no caben dudas es de que ambos contingentes poseían el mismo afán combativo. Hay historiadores que consideran superfluo narrar combates, hechos de armas, actos heroicos. Y sin embargo es en ellos donde una unidad militar pone en evidencia su cohesión interna, su moral, en suma. Una división que hubiera estado compuesta por proscritos, por alistados por hambre, por gente que deseaba «lavar su pasado», etc., sencillamente no habría aguantado las terribles experiencias que vivió la DA en el Vóljov. Pues bien, hay muchos autores que insisten en que en la llamada Segunda División el porcentaje de «no voluntarios» era muy elevado. Y sin embargo, con los voluntarios que habían llegado en los batallones en marcha, la DA iba a hacer frente a experiencias aún más duras que las vividas en el Vóljov. Experiencias que, de no haberse tratado de voluntarios dispuestos a combatir, habrían dado lugar a episodios masivos de desertión, a motines que jamás ocurrieron en las filas de la DA.

<b>Tabla 6</b>			
<b>EFFECTIVOS DE LA DIVISIÓN AZUL EN EL FRENTE,</b>			
<b>A 28 DE OCTUBRE DE 1942</b>			
Cuartel General	402	Regimiento 262.º	2.356
Regimiento 263.º	2.620	Regimiento 269.º	2.491
Regimiento de Artillería 250.º	2.451	Batallón de Reserva 250.º	575
Grupo de Exploración 250.º	376	Compañía de Esquiadores 250. <sup>a</sup>	142
Batallón de Zapadores 250.º	695	Grupo Antitanque 250.º	574
Grupo de Transmisiones 250.º	487	Grupo de Sanidad 250.º	425
Grupo de Intendencia 250.º	389	Compañía Veterinaria 250. <sup>a</sup>	196
Grupo de Transportes 250.º (elementos hipomóviles)	138	Grupo de Transportes 250.º (elementos motorizados)	238
Compañía de Depósito	60	Destacamento de Farmacia	11
Batallones en Marcha cuyos efectivos aún no habían sido distribuidos entre las unidades de combate			
16.º Batallón en Marcha	843	17.º Batallón en Marcha	874
Resumen de los efectivos presentes en el sector de despliegue			
Total de efectivos integrados en unidades orgánicas			14.626
Efectivos pendientes de distribución entre las unidades			1.717
Efectivos previstos para formar parte del siguiente Batallón de Repatriación, en fase de organización			1.139

Ninguna división alemana del Grupo de Ejércitos Norte tenía un nivel de efectivos comparable al de la DA. Al número de hombres presentes en el campo de batalla en Rusia había que añadir los que se encontraban en la retaguardia hospitalizados, y los que prestaban servicio en las distintas dependencias de la Jefatura de Servicios de Retaguardia. Una ojeada a la composición de estos batallones en marcha es mucho más útil que las vanas especulaciones sobre si había más o menos personal forzado. Por ejemplo, es falsa por completo la idea de que en ellos predominaba el personal reclutado en las filas del Ejército. Si descontamos oficiales y suboficiales, que inevitablemente eran militares profesionales y atendemos al personal de tropa,

encontramos datos elocuentes. Incluso si computamos como tropa a los cabos, lo que técnicamente es exacto pero es bastante engañoso, porque bastantes eran profesionales o aspiraban a serlo, los datos que encontramos para los batallones de marcha que llegaron a Rusia en el momento del que estamos hablando son estos:

	<b>Reclutados en cuarteles</b>	<b>Reclutados vía Milicias</b>
16.º Batallón en Marcha	377	353
17.º Batallón en Marcha	273	596
18.º Batallón en Marcha	244	671
19.º Batallón en Marcha	392	315
20.º Batallón en Marcha	383	496

Un documento del Archivo Militar de Ávila que registra los alistados en Milicias que en 1942 se incorporaron a la DA refleja también la importancia de la recluta a través de esa organización, ya que es una cifra casi idéntica a la de los que se alistaron y encontraron plaza en el verano de 1941. Sugiero al lector que compare los datos con los de las columnas A y B de la Tabla 1, para establecer continuidades. El documento expresa estos datos:

<b>Región Militar</b>	<b>Feb.</b>	<b>Mrz.</b>	<b>Abr.</b>	<b>May.</b>	<b>Jul.</b>	<b>Ago.</b>	<b>Set.</b>	<b>Oct.</b>	<b>Total</b>
I RM (Madrid)	191	681	315	314	300	200	200	121	2.322
II RM (Sevilla)	-	722	168	334	200	150	150	155	1.879
III RM (Valencia)	-	339	50	37	150	48	-	-	624
IV RM (Barcelona)	-	50	40	97	200	94	-	-	481
V RM (Zaragoza)	-	31	60	55	124	-	-	-	270
VI RM (Burgos)	107	239	239	171	150	150	150	153	1.359
VII RM (Valladolid)	39	243	241	75	150	150	150	111	1.159
VIII RM (Coruña)	-	143	66	100	150	100	100	50	709
Baleares	-	-	10	46	43	-	-	-	99
<b>Total</b>	327	2.448	1.189	1.229	1.467	892	750	590	8.902

Los datos globales sobre el origen del personal de tropa demuestran que siguió dominando el alistado a través de las jefaturas de Milicias. En 1941 se alistó a 9.600 de los hombres que se

habían presentado voluntarios en esas jefaturas y a 4.700 de los que se ofrecieron en unidades militares. En 1942 la cifra del personal de tropa reclutado a través de las jefaturas fue 8.900 y la del captado en los cuarteles fue de 4.900.

De la misma manera que no cabe atribuir a cada alistado en Milicias una comunión plena con los ideales falangistas, no podemos ignorar algo de lo que tenemos infinidad de evidencias: muchos de los que —según las revistas de comisario que se pasaban a los batallones en marcha— aparecen como alistados en cuarteles militares son los mismos que nos aparecen como inscritos en las listas de voluntarios redactadas por las Milicias en 1941; eran jóvenes que entonces no encontraron plaza y ahora lo hacían desde los cuarteles donde se habían incorporado para hacer «la mili». Otro dato importantísimo: las revistas de comisario pasadas a los batallones en marcha establecen claramente la unidad de procedencia de cada voluntario, si es que se había enrolado en el Ejército. El estudio de esos orígenes demuestra que en cada batallón los hombres procedían de numerosísimas unidades, cada una de las cuales aportaba uno o unos pocos voluntarios. Por supuesto, al cotejar esos orígenes detectamos que de otras muchísimas unidades no hay voluntarios. Dicho de manera más clara, podemos encontrar en un mismo batallón gente que procede de hasta 50 regimientos de infantería distintos, pero gracias a ello sabemos que había otros tantos regimientos de los que no procedía ninguno.

El caso del 16.º Batallón en Marcha puede ser ilustrativo. Salió de España compuesto por personal que debía relevar al del Grupo de Transporte 250.º. Pues bien, los componentes de las unidades destinadas a relevar al de las columnas de camiones (64 hombres) procedían de hasta 47 unidades distintas, y los que debía relevar al de las columnas hipomóviles (169 hombres), tenían su origen en 65 unidades distintas. En el mismo batallón en marcha se integraban otras unidades, como una batería de plana mayor, que debía relevar a otra análoga en Rusia, y los 49 soldados que a ella pertenecían procedían de 24 unidades artilleras distintas, incluyendo personal de regimientos artilleros (de 13 distintos, cuando existían 53 de ellos), pero también de centros de enseñanza, maestranzas, etc. ¿Qué credibilidad tienen, con estos datos en la mano, los absurdos relatos de coroneles extrayendo de sus unidades a uno de cada cinco, o uno de cada diez, de sus hombres para mandarlos a Rusia? De haber ocurrido esto, cada regimiento habría aportado muchos más reclutas, y los habrían aportado todos los regimientos. Puesto que un regimiento de infantería español contaba con 1.800 hombres, si se hubieran producido esas escenas de sacar de las filas a uno de cada 10 para enrolosarlos a la fuerza, se habrían reclutado 180 hombres en cada uno. Y hay autores que en su desparpajo hablan de que se sacaba a uno de cada cinco, con lo cual cada regimiento habría podido alistar forzosamente a 360 hombres.

Las revistas de comisario también identifican las diferentes jefaturas de Milicias donde se alistaron los voluntarios. Haría falta mucha más investigación al respecto, porque procesar los datos de varias decenas de miles de hombres es un trabajo extremadamente farragoso, pero en el caso que he tenido ocasión de analizar con cierto detalle, el 16.º Batallón en Marcha (Caballero, 2015), hay predominio del personal procedente de Castilla y León, Andalucía, Galicia, Madrid, Castilla-La Mancha y Extremadura, y menor presencia de catalanes, aragoneses, valencianos, baleares, murcianos, navarros, vascos y canarios. No me atrevo a generalizar que el resultado sea extrapolable, y de hecho lo que creo es que este tema debería ser estudiado mucho más a fondo. Pero sí que es cierto que sabemos que esas mismas regiones son las que tradicionalmente han nutrido —y nutren— de soldados voluntarios al Ejército Español.

Un último detalle al respecto; existen las memorias de uno de los veteranos de ese 16.º Batallón en Marcha, un falangista valenciano (Georgacopulos, 2015) y en ellas encontramos dos afirmaciones reveladoras. Según él, en su batallón había gran número de legionarios. Y sin embargo, por la documentación del batallón sabemos que no es cierto: no los había en absoluto. Cabe imaginar que muchos soldados procedentes de unidades de Marruecos, para dárselas de tipos duros, afirmaran que procedían de la Legión, cuando no era así. La otra, la de que los cabos de su batallón eran «chusqueros» que en su inmensa mayoría procedían de inclusas. Como la revista de comisario pasada al batallón indica la persona a la que había que abonar los derechos económicos en España, vemos que prácticamente todos los cabos ponen nombres que son los de sus padres o madres, según deducimos del apellido. De alguna manera, este mismo voluntario falangista estaba repitiendo, supongo que sin ser consciente de ello, los tópicos que aseguraban que a la DA iban soldados de fortuna o muchos pobres desgraciados. Este tipo de visión de los hechos era aceptado en muchos casos por los falangistas, que creían que el Ejército, con tal de «desfalangistizar» la DA enviaba a este tipo de personas a ella. Por cierto, y para mostrar una vez más lo complejo que es analizar estos datos, el autor de esas afirmaciones, el falangista valenciano Constantino Georgacopulos, se alistó para formar parte de aquel batallón mientras hacia su servicio militar, no a través de las Milicias de Falange, y para quien no conozca ese dato, sería fácil caer en la tentación de clasificarlo entre los casos de soldados a los que supuestamente se forzaba a alistarse en los cuarteles.

En cualquier caso, y como vengo repitiendo, en la DA no había problema alguno de efectivos en estas fechas. Por eso, los españoles empleaban muchos menos ciudadanos soviéticos a su servicio que las unidades alemanas. Pese a las órdenes tajantes que se dieron a principios de la campaña de no reclutar voluntarios sobre suelo soviético, la verdad es que, apenas comenzó la Campaña de Rusia, las fuerzas alemanas empezaron a reclutar a los llamados *Hiwis* (*Hilfswillige*: auxiliares voluntarios), con los que las unidades cubrían puestos orgánicos de las unidades (carreros, cocineros, camilleros, sastres, zapateros, etc.), o a los que se asignaban ciertas tareas (leñadores, carpinteros, asistentes en lavanderías, etc.) Los españoles también acabaron aceptando a cierto número de soviéticos para estas funciones, pero en mucha menor cantidad que las tropas alemanas, por la sencilla razón de que tenían personal español de sobra. No era rara la división alemana que cubría hasta un 10 por ciento de su plantilla con personal *Hiwi*. La DA los empleó en muchísima menor medida.

Por otra parte, a finales del año 1941 los alemanes habían empezado a organizar unidades de voluntarios con miembros de las nacionalidades no rusas de la URSS, en especial las asiáticas y caucásicas, que acabaron dando nacimiento a varias legiones nacionales. El mes de octubre de 1942, la DA —en realidad todas las unidades de la Wehrmacht que operaban en el Frente del Este— recibió una orden del Alto Mando del Ejército para que los prisioneros de guerra originarios del Cáucaso y Asia Central que pudieran estar sirviendo como *Hiwis* en sus filas fueran puestos a su disposición, ya que se pretendía reforzar el número de batallones ya existentes de estas llamadas «legiones orientales». Como la disposición se incorporó a la Orden General de la DA del 22 de octubre, llegó a todas las subunidades españolas, que de esta manera se enteraron de que existían las llamadas Legión Turkestaniana, Legión Azerbaijiana, Legión Armenia, Legión Georgiana, Legión de Caucásicos del Norte y Legión de Tártaros del Volga. El carácter de

cruzada europea contra el comunismo parecía extenderse, puesto que según esa orden alemana se estaban organizando incluso unidades «asiáticas».

La mayor parte de estos auxiliares voluntarios se habían presentado como desertores en las líneas propias. Los españoles, que en estas deserciones de soldados enemigos veían otra confirmación de la justicia de su causa anticomunista, trataban con afecto a estos hombres, hasta tal punto que la Segunda Sección (la de Información) del Estado Mayor tuvo que emitir una Instrucción General específica sobre ellos, el 11 de octubre. En ella se hacía constar que cabía sospechar que en realidad parte de esos desertores fueran agentes infiltrados por el enemigo, que pretendían quedarse en las líneas propias para desde ellas realizar distintas tareas: enlazar con los grupos de partisanos, vigilar a la población civil para informar de sus comportamientos colaboracionistas, facilitar información sobre el despliegue propio, etc. Para evitar que la simpatía con la que eran recibidos anulara la capacidad de enjuiciamiento objetivo, la Instrucción General citada exigía que los desertores enemigos fueran entregados al Cuartel General del Cuerpo de Ejército, donde personal especializado estaba en condiciones de interrogarlos debidamente para descubrir, en base a sus declaraciones, cuáles eran desertores genuinos y cuáles falsos. En la práctica, las unidades españolas de primera línea siguieron con la costumbre de quedarse con los prisioneros y desertores que les resultaban más simpáticos, para usarlos en tareas auxiliares.

La actividad bélica del mes de octubre fue más moderada que la de septiembre. Ese mes los soviéticos habían presionado sobre las líneas españolas con el objetivo de que la Wehrmacht no retirara más efectivos con destino al Corredor de la Muerte. Virtualmente acabada esa batalla, ya no era necesario que realizaran tanta presión, y no solo no lanzaron tantos ataques de infantería, sino que sus acciones de bombardeo artillero sobre el sector español disminuyeron. En cambio, los españoles multiplicaron sus acciones sobre las líneas enemigas, generalmente en forma de reconocimientos ofensivos. A menudo eran realizados por los batallones desplegados en primera línea, pero varios de ellos fueron realizados por unidades «especializadas»: las secciones de zapadores de asalto integradas en la 15.<sup>a</sup> Compañía de cada regimiento de infantería.

La actividad ofensiva propia y enemiga fue especialmente intensa en el sector cubierto por el 263.<sup>o</sup> Regimiento, más concretamente en su segmento oriental, en el punto denominado «Vías del Ferrocarril», por donde la línea férrea Leningrado-Nóvgorod entraba en zona soviética; esta misma intensa actividad, propia y enemiga, se extendió al sector del vecino III/269.<sup>o</sup> También fue elevada la actividad en el segmento occidental del mismo sector de Pushkin, en el lugar bautizado como El Alcázar, un peligroso entrante de las líneas españolas en el dispositivo enemigo, contra el que los soviéticos lanzaron un potente golpe de mano el día 20. Como ya había ocurrido con el enclave bautizado El Alcázar en la isla del Vóljov, este nuevo «Alcázar» iba a convertirse durante meses en una pesadilla para los españoles.

Pero la gran acción armada de este mes se produjo en el extremo opuesto de la línea española, contra el Batallón III/262.<sup>o</sup>. Tras operaciones de tanteo los días 7 y 11, el 12 de octubre se lanzó un fuerte golpe de mano enemigo contra una de sus compañías, la 10.<sup>a</sup>. El enemigo llegó a poner pie en las trincheras españolas, pero la compañía, brillantemente dirigida por su capitán, Portolés, primero los frenó y después los persiguió mientras se retiraban. La colaboración de fuerzas vecinas, del mismo batallón, pero también del Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup> y de la 2.<sup>a</sup> Compañía del Grupo Antitanque 250.<sup>o</sup>, restableció la situación y el enemigo dejó más de 100

bajas sobre el terreno. El 14, el III/262.º remató la operación con un reconocimiento ofensivo propio, donde se recogió el armamento enemigo, se retiraron bajas, etc. Portolés, que ya estaba en posesión de una Medalla Militar Individual por sus méritos en la Guerra Civil, se hizo acreedor de una segunda. En la acción encontró la muerte el joven enlace del capitán, Pablo Arredondo, cuyo diario se ha usado aquí en alguna ocasión.

Antes de que acabara el mes, se procedió al primer relevo de unidades en primera línea. En el comparativamente muy tranquilo sector de Federovskoye, se hizo entrar en las posiciones de combate al Grupo de Exploración 250.º. Puesto que esta era una unidad «ligera», «de caballería», fue reforzada con armas pesadas por las unidades de infantería vecinas. Subrayo este hecho para mostrar como la DA, dada la extensión del frente asignado, había tenido que hacer entrar en línea a unidades que en principio debían formar parte de sus reservas.

Cuando el día 6 de noviembre el Cuartel General español conoció la noticia de que pasaba a depender de nuevo del 18.º Ejército de Lindemann, abandonando la vinculación que había tenido con respecto al 11.º Ejército de Manstein, todos los mandos españoles comprendieron el significado de aquel hecho: el asalto a Leningrado había sido cancelado. En efecto, a finales de octubre el Alto Mando del Ejército Alemán había dado instrucciones al 11.º Ejército de ponerse a las órdenes del Grupo de Ejércitos Centro y, a lo largo de octubre y noviembre de 1942, nueve de las divisiones del 18.º Ejército fueron transferidas a otros sectores, lo que dejó a esa unidad — que era en la que se encuadraba nuestra DA— sin reservas de ningún tipo y virtualmente con todas sus fuerzas desplegadas en primera línea. Como único consuelo, la poderosa artillería de asedio que había traído consigo Manstein desde Crimea, permaneció en el sector de Leningrado.

Sin embargo, la noticia de la cancelación de la ofensiva resultó poco importante en comparación con otros sucesos que se produjeron el mismo mes. El día 8 de noviembre fuerzas norteamericanas y británicas desembarcaban en Marruecos en la llamada Operación Antorcha. La noticia se supo inmediatamente en las líneas de la DA, pues la Sección de Información del Estado Mayor escuchaba las principales emisoras extranjeras. El impacto de la noticia fue tremendo, porque tras una debilísima defensa francesa, Marruecos caía en manos norteamericanas y con ello el Protectorado Español en el norte de ese país magrebí quedaba directamente sometido a la amenaza militar norteamericana. Por las mismas fuentes se supo que Rommel había empezado a retroceder desde El Alamein. ¿Qué iba a suceder ahora? Los más pesimistas dieron por hecho que los Aliados invadirían España. Muchos divisionarios se preguntaron si no era hora de regresar a la patria, que sentían amenazada. Un oficial divisionario anotó con ironía en su diario que sus soldados le preguntaban angustiados si la nueva situación significaba que «íbamos a entrar en la guerra», a lo que él respondió con lo obvio: «Ellos ya estaban en la guerra».

El 11, y como respuesta a la acción de los Aliados en el Magreb, la Wehrmacht invadió la Francia no ocupada, con lo que ahora todos los Pirineos estaban bajo ocupación militar alemana. El Eje y los Aliados podían, llegado el caso —y este parecía creíble— librar su próxima batalla sobre suelo español. El gobierno español decretó una amplia movilización de reservistas. Algunos veteranos de la DA repatriados, que habían cumplido ya sus obligaciones militares, vieron con sorpresa que eran movilizados de nuevo. Los militares profesionales que habían compartido los prejuicios de Varela contra la DA dispusieron ahora de un nuevo argumento para negarse a proporcionar voluntarios para la unidad expedicionaria española: no querían

desprenderse de ningún soldado, y desde luego no de los más válidos. Contrariamente a la absurda leyenda de que en los cuarteles se forzaba a la gente a alistarse para servir en la DA, lo que iba a ocurrir en realidad era distinto: eran muchos los mandos que trataban de disuadir a la tropa de alistarse para la campaña rusa. Por su parte, el general Gómez-Jordana, flamante ministro de Asuntos Exteriores, encontró en la nueva situación más argumentos para fomentar su política de estricta neutralidad española, una política que de una manera u otra pasaba por repatriar la División Azul y la Escuadrilla Azul. En cualquier caso nadie dudaba de que lo ocurrido en África iba a afectar de alguna manera a la presencia española en la campaña rusa. El 26 de noviembre, la Dirección General de Política Exterior del Ministerio español se dirigió al embajador español en Londres en estos términos:

Se tiene conocimiento de que el representante de Gran Bretaña en Egipto ha dicho que tan pronto como queden derrotados y expulsados del Norte de África los Ejércitos del Eje, el embajador inglés en Madrid exigirá a nuestro Gobierno (...) la retirada inmediata de la División Española de Voluntarios, añadiendo que una respuesta negativa sería considerada por los aliados como un acto hostil y daría lugar a que las fuerzas anglo-americanas ocuparan la zona española del Protectorado de Marruecos.

Se le pedía al embajador español que averiguara la verosimilitud de esa información y que llegado el caso, expusiera ante sus interlocutores ingleses que el caso de España era singular pero no único, y así se daba la circunstancia de que la URSS no estaba en guerra contra Japón, pese a que este país estaba en guerra contra Inglaterra y Estados Unidos; o que estos dos países no estaban en guerra contra Finlandia, país que sin embargo sí que estaba en guerra contra la URSS. El embajador debía subrayar que...

España no combate contra Rusia en cuanto aliada de los países anglosajones, no toma parte en absoluto en la guerra actual, ni tiene el menor propósito de intervenir en ella; pero que, haciendo la distinción debida entre la nación rusa y el partido comunista, somos y seremos contrarios y enemigos irreconciliables de este último porque sabemos, por dolorosa experiencia, y mucho mejor que otros países, que ven esta cuestión solo desde el punto de vista teórico, lo que es realmente el comunismo (...). Luchar contra el comunismo en todos los terrenos, contribuir a su desaparición si fuera posible de toda la superficie del planeta, es para España una cuestión tan fundamental (...) de una importancia tan superior a cualquiera de los otros que actualmente se debaten en el mundo, que no podríamos admitir ninguna intervención extraña en asunto (...) cuya solución es vital para la existencia del país.

La nueva situación política internacional creada con la invasión por los Aliados del Norte de África dio ocasión a intensas maniobras políticas en España y conmovió las bases de las relaciones hispano-alemanas. No puedo dedicar mucho espacio aquí a este aspecto, que pertenece al ámbito de la historia diplomática y no de la militar, y que ha sido meticulosamente analizado en *Entre la antorcha y la esvástica* (Sáenz-Francés, 2009).

El Cuartel General de la DA, elemento clave en las relaciones hispano-germanas, se vio afectado por los hechos. Desde España llegaron dos veteranos de la DA, a la sazón destacados falangistas: Fernando María Castiella (delegado nacional de Falange Exterior, abiertamente enfrentado al nuevo ministro de Exteriores), acompañado por Álvaro de Laiglesia (quien más tarde se convertiría en periodista y escritor humorístico de gran éxito), para presionar a Muñoz Grandes para que regresara a España. También visitó la DA el almirante Canaris, jefe de los servicios militares de inteligencia alemanes y elemento clave en las relaciones hispano-germanas. Dada la nueva situación internacional, se consideraba que la presencia del fanáticamente

anticomunista, marcadamente anglófono, y a la vez muy carismático general Muñoz Grandes sería decisiva a la hora de evitar un deslizamiento de España hacia el campo Aliado. Sus indudables cualidades como líder militar eran ahora más necesarias en España que en Rusia.

Desde meses atrás, un grupo de agentes alemanes de segundo rango, y en todo caso no representantes de las instituciones diplomáticas alemanas, estaban tratando de urdir cambios políticos en España, planes que pasaban por debilitar a Franco y potenciar a Muñoz Grandes. Sus fantasiosos planes de organizar un triunvirato de militares germanófilos (Muñoz Grandes, Asensio y Yagüe) apoyado por el secretario general de Falange (Arrese) como nuevo motor del poder en España eran vistos con el mayor escepticismo por el mismo Hitler. Muñoz Grandes, por su parte, era cada vez más consciente de que quizás debiera abandonar por fin el mando de la DA para regresar a España, una idea que por su temperamento de soldado siempre había desechado, por creer que debía cumplir hasta el final la misión que le había sido encomendada.

En esta compleja situación, había cosas que seguían el rumbo trazado de antemano, como si nada hubiera ocurrido. La Kriegsmarine alemana había sido siempre, de las tres ramas de la Wehrmacht, la más interesada en España, por la privilegiada situación estratégica de nuestra península y nuestros archipiélagos. Y aunque en la Armada Española la influencia británica había sido la dominante desde hacía muchos años, en aquellos instantes se había abierto hueco la idea de apoyarse en los germanos para renovar nuestra Marina de Guerra, en varios aspectos, entre ellos adquiriendo material naval alemán, o fabricándolo bajo licencia. En este contexto, se pensó en la oportunidad de que marinos de guerra españoles se formaran junto a los alemanes, embarcando en sus naves de guerra. El Consejo de Ministros español aprobó esta última idea en septiembre de 1942, y a lo largo del mes siguiente el Ministerio de Marina hizo una cuidadosa selección del pequeño número de oficiales y suboficiales, 11 en total, que pasarían a prestar servicio temporal en la Kriegsmarine. Se la bautizó como «Comisión Fernández Martín», por el nombre del mando más caracterizado de entre sus componentes, y salió de Madrid justamente el 9 de noviembre de 1942. Se iniciaba así la historia de la presencia de marinos españoles en el Frente del Este, que en su aspecto numérico es absolutamente irrelevante, aunque no así en su significado histórico, ya que revela que también la Armada Española, y no solo el Ejército y la Aviación, se sentían en aquel momento irrefrenablemente atraídos por el modelo que encarnaban las fuerzas armadas del Tercer Reich. Como los hombres de la División Azul y la Escuadrilla Azul, estos marinos recibieron uniformes alemanes, en este caso de la Kriegsmarine claro está, sobre los que colocaron el escudo con los colores nacionales. Muy pocos días después de su partida de España, los marinos embarcaban por parejas en diversas flotillas alemanas de buques ligeros que operaban en aguas del golfo de Finlandia en misiones de dragaminas y lucha antisubmarinos. Dos de ellos sirvieron también brevemente en un crucero ligero, el *Emdem*, siempre en aguas del Báltico. Completado su ciclo formativo, los miembros de la «Comisión Fernández Martín» regresaban a España a primeros de marzo de 1943.

Poco antes que los marinos de esta comisión, concretamente el 21 de octubre de 1942, habían salido de España parte de los efectivos de la que iba a ser 3.ª Escuadrilla Azul. El relevo entre la 1.ª y la 2.ª había evidenciado un problema: los pilotos recién llegados no tenían compañeros españoles a los que recurrir para que les ayudaran en un periodo de «aclimatación», así que —con excelente criterio— se decidió que en lo sucesivo cada vez que hubiera que realizar un relevo, se incorporarían en una primera tanda dos tercios de los efectivos de la escuadrilla entrante, mientras

que permanecían junto a ellos un tercio de la saliente; pasado algún tiempo, se incorporaría el último tercio de la entrante y regresaría a España el último de la saliente. Pero como en España hay muchos obsesionados con demostrar que no había voluntarios para luchar contra el comunismo, en el hecho de que se incorporasen ahora solo dos tercios de los pilotos ven la «prueba» de que a aquellas alturas ya nadie quería ir a Rusia (Rodríguez Jiménez, 2007-a). La realidad es que el principal problema en cuanto a personal que tuvieron los oficiales al frente de estas unidades, los «comandantes inspectores», siempre fue el de seleccionar el personal que se integrase en ellas de entre la gran cantidad de aspirantes. Otra novedad fue que —después de entrenarse muy a conciencia en España desde agosto— una vez incorporada a la Luftwaffe esta 3.<sup>a</sup> Escuadrilla no sería instruida en Berlín, como las anteriores, sino en una base aérea alemana en el sur de Francia. Y la instrucción fue más breve, ya que el 1 de diciembre de 1942 la 3.<sup>a</sup> Escuadrilla relevaba oficialmente a la 2.<sup>a</sup> EA en el aeródromo de la ciudad rusa de Orel. El día 27, los pilotos españoles, a cuyo frente estaba el comandante Carlos Ferrándiz, obtenían sus primeras victorias, que finalmente superarían, y mucho, las alcanzadas por sus predecesoras, pues se obtuvieron 63 de ellas.

Hasta el 30 de julio de 1942 los soviéticos no habían hablado en su propaganda de la existencia de esta unidad aérea de voluntarios españoles. Ese día, el periodista S. Dangulov les dedicó un artículo en *Estrella Roja*, el órgano de prensa del Ejército Rojo:

En diciembre del año pasado, en las cercanías de Istra, fue derribado un avión de combate enemigo. El piloto se arrojó con un paracaídas y fue capturado. Resultó ser un falangista español. A partir de un nuevo interrogatorio quedó claro que desde algún momento en el frente soviético-alemán había una «legión extranjera de aviación», que incluía italianos, españoles y croatas. En su aspecto profesional, la Legión también era heterogénea: tenía varios escuadrones de bombarderos, dos o tres escuadrones de caza, un grupo especial de reconocimiento (...). En las batallas aéreas cerca de Klin, el destacamento español fue derrotado. Seis aviones fueron quemados por aviones soviéticos en el suelo y cuatro derribados, con dos pilotos, incluido Sabio, hechos prisioneros.

El artículo contenía innumerables afirmaciones falsas, que es absurdo desmentir ya que no era más que una pieza de propaganda de guerra, pero también un dato importante: citaba que dos pilotos españoles habían caído prisioneros. En la catalogación oficial de las bajas de la 1.<sup>a</sup> EA, aparecía un piloto muerto (en accidente) y cuatro desaparecidos, ya que se ignoraba si habían muerto al estrellarse sus aviones o caído prisioneros. El artículo señalaba a dos como prisioneros (uno de ellos, el citado como Sabio en el artículo, en realidad era Alfonso Ruibal Sabio). Pues bien, ninguno de los dos regresó jamás a España, ni fue visto por ninguno de los españoles en los campos de prisioneros en que estuvieron encerrados durante largos años, ni tampoco se incorporó acabada la guerra a la colonia de españoles residentes en la URSS, como ocurrió con algún desertor de la DA. Suponer que los soviéticos acabaron con sus vidas no parece demasiado atrevimiento.

Si en el tema de los marinos y los aviadores españoles que partían hacia Rusia, los hechos sencillamente seguían su curso, otros procesos se gestaron al calor de lo sucedido en el Magreb en los primeros días de noviembre. La «amenaza» para el régimen franquista era tan evidente que hubo en su seno quien consideró inevitable la guerra, es decir, que pensaba que España debía intervenir oficialmente en la Segunda Guerra Mundial si se quería salvaguardar el sistema político vigente. A la inversa, en los círculos dirigentes Aliados hubo quien estimó que el siguiente paso

militar a dar no podía ser otro que invadir España. El gobierno español, pasado el primer momento de desconcierto, optó por tratar de incrementar su capacidad defensiva, adquiriendo armas y equipos militares en el Tercer Reich. Se inició por tanto la negociación del programa de suministros conocido como «Bär» (Molina, 2016) que en cierto modo estaba vinculado con la existencia de la DA.

Mucho menos impacto causó por esas fechas la noticia de que el día 18 de noviembre los soviéticos se habían lanzado al asalto en el Volga y el Don, y la de que pocos días después cercaban al 6.º Ejército alemán en Stalingrado. Los veteranos voluntarios de la DA recordaban las grandes ofensivas rusas del invierno anterior, que habían puesto en crisis a la Wehrmacht, pero que desde luego no la habían derrotado. Recordaban que muy cerca de ellos, al norte, el Ejército Rojo había realizado una gran penetración al oeste del Vóljov, pero acabó siendo aniquilada como hemos visto. Y al sur del Ilmen, los soviéticos habían cercado a un gran contingente alemán, en la Bolsa de Demyansk, pero los germanos habían roto ese cerco pasado algún tiempo. Se confiaba en que también ahora, frente a esta nueva ofensiva soviética de invierno, la Wehrmacht volviera a hacer alarde de su bien probada pericia.

El invierno, que estaba entrando de forma suave y gradual, y para el que ahora los combatientes de la Wehrmacht estaban muy bien equipados, no sería una prueba tan difícil como el año anterior. Y la DA estaba ahora mejor fortificada que nunca. En efecto, por temperamento, Muñoz Grandes era un mando poco dado a la lucha defensiva, y no prestaba nunca demasiado interés a la fortificación. En cambio, el general segundo jefe, Esteban-Infantes, estaba muy interesado en ella. De forma constante y minuciosa recorrió todas las posiciones de primera línea, obligando a sus mandos a perfeccionar sus trincheras, sus búnkeres, etc. Este trabajo le hizo popular entre los soldados. Hasta entonces habían contrapuesto, de manera muy simplista, a un Muñoz Grandes, considerado un oficial campechano que aparecía en cualquier momento en las trincheras, con Esteban-Infantes, al que imaginaban como un burócrata, un oficial de Estado Mayor, que no salía de su gabinete. Darse de bruces con él mientras revisaba con ojo crítico cada metro de las líneas, hizo subir mucho la estima que se le tenía.

A lo largo del mes de noviembre, el enemigo recuperó la iniciativa en el sector español, lanzando múltiples reconocimientos ofensivos. En el sector de Pushkin, se mantuvo la presión enemiga sobre su segmento occidental, donde se encontraba El Alcázar. Hubo poca actividad en el sector de Slutsk. Pero en los sectores de Federovskoye y Krasny Bor, y más concretamente sobre las unidades que se encontraban cerca de la carretera Leningrado-Moscú, se registró gran presión enemiga. El Batallón I/262.º parecía el objetivo prioritario, pues de los 21 reconocimientos ofensivos lanzados ese mes por el enemigo, él encajó nueve. Tanto el Estado Mayor español como el del Cuerpo de Ejército analizaron esa presión sobre el I/262.º. En los combates del verano anteriores a la llegada de los españoles, los soviéticos se habían adueñado de Yam Ishora, en la carretera Leningrado-Moscú, pero no habían expulsado a los alemanes de las pequeñas alturas al noroeste de la localidad, donde estos se habían atrincherado de manera especialmente eficaz, en unas posiciones que ahora ocupaban los españoles del citado batallón, y que de hecho vetaban a los rusos el uso de esa vía de comunicación. El asedio a que fue sometido el sector durante este mes sugería que el enemigo estaba especialmente empeñado en alejar a los españoles de la carretera, porque deseaba usar esa vía para operaciones posteriores.

El Cuerpo de Ejército sugirió a los españoles realizar una acción ofensiva que expulsara a los soviéticos de Yam Ishora. Tras analizar detenidamente la operación, el mando español la desechó. Dos meses antes no hubiera sido difícil. Pero ahora el enemigo se había fortificado a conciencia y, lo que era peor, dadas las temperaturas invernales ya imperantes, resultaría tarea casi imposible construir nuevas defensas españolas con rapidez antes del inevitable contraataque enemigo. Dada la potencia de la artillería soviética, que castigaría inmediatamente la zona, el coste en vidas sería excesivo en relación a la minúscula ventaja táctica obtenida.

Si en los sectores del Batallón I/262.º y su vecino oriental, el Batallón de Reserva 250.º, las líneas españolas y soviéticas estaban especialmente próximas (otro factor que aconsejaba prescindir del ataque, ya que era imposible la sorpresa en la concentración de las fuerzas propias), ocurría justamente lo contrario en el segmento vecino al este, el que correspondía al espacio que separaba la carretera del ferrocarril Leningrado-Moscú, donde se ubicaba exactamente Krasny Bor, ahora guarnecido por el Batallón II/262.º, pues allí las líneas enemigas estaban muy separadas de las españolas. La razón era que la zona intermedia era pantanosa, por lo que en primavera y verano era muy mala para guarnecer. Con la llegada del invierno, y el endurecimiento del suelo, el enemigo pretendía acercar sus líneas a las españolas. Esa intención provocó dos reconocimientos ofensivos, pero sobre todo una intensa actividad de patrullas enemigas. En un episodio clásico de la lucha de emboscadas entre patrullas nocturnas, el día 10 los españoles colocaron sus propias patrullas en zona enemiga y esperaron a que los soviéticos se acercaran a reconocer sus posiciones. En ese momento se desencadenó un contundente fuego desde las líneas españolas, y cuando los soviéticos se retiraban hacia sus propias líneas cayeron bajo el fuego cruzado de los españoles situados a su retaguardia, por lo que fueron aniquilados.

La artillería de campaña se implicaba a veces también en estos combates de trincheras, tratando de conseguir con su fuego lo que normalmente exigía realizar reconocimientos y golpes de mano, y así evitar bajas propias entre la infantería. Como el enemigo persistía en su afán de acercar sus posiciones a las españolas en Krasny Bor, el día 18 un meticulosamente preparado ataque artillero español cayó sobre las posiciones avanzadas que estaban realizando con ese propósito, destruyendo los búnkeres y trincheras aún en construcción.

En el otro extremo del frente, al día siguiente, las artillerías española y soviética se enzarzaron en un tenaz duelo en torno a El Alcázar. Los soviéticos pretendieron destruir las defensas de ese punto fuerte español, para facilitar futuras acciones ofensivas. A la inversa, los españoles machacaron con su fuego las líneas de asedio enemigas, para alejar el peligro que se cernía sobre el enclave. Estas eran las rutinas de la guerra de trincheras.

Los duelos artilleros eran ahora una realidad mucho más cotidiana que lo que se vivió en el Vóljov. En noviembre de 1942, el LIV Cuerpo del que dependían los españoles en ese momento incluía también las divisiones 4.ª SS, 5.ª de Cazadores y 170.ª de Infantería, y se extendía desde Pushkin hasta la ribera meridional del Ladoga. Para reforzar los distintos sectores divisionarios, el LIV Cuerpo tenía desplegados: seis grupos pesados y tres baterías pesadas independientes, más dos baterías superpesadas sobre montaje ferroviario. Para controlar la acción de la artillería enemiga desplegaba tres grupos de observación y localización. Además, en estos momentos, el jefe de Artillería del Cuerpo de Ejército (Artilleriekommandeur 138 o Arko 138) tenía también bajo su control directo dos agrupaciones artilleras que habían sido creadas con vistas a la fase de ruptura en la ofensiva contra Leningrado. Una de ellas estaba prevista para batir a la artillería

enemiga en el sector de penetración, y contaba con tres grupos y una batería independiente pesadas. La otra agrupación, creada para batir a la infantería enemiga en el momento del ataque, contaba con seis grupos de artillería de campaña de diversos calibres y varias baterías de lanzacohetes.

En medio de aquellos espectaculares duelos artilleros entre alemanes y soviéticos, la artillería de campaña divisionaria española se encontraba en una posición poco envidiable. Para batir sus líneas y su retaguardia, el enemigo no usaba la artillería de campaña de las unidades enemigas desplegadas frente a ella, para no revelar sus posiciones. Quien hacía fuego era la artillería pesada soviética desplegada a tal distancia del frente que no era posible batirla con fuego de contrabatería. La respuesta debía proceder de la artillería pesada alemana. Al principio los españoles se entusiasmaban cada vez que disparaban las piezas alemanas de grandes calibres, algunas de ellas espectaculares ingenios sobre montaje ferroviario. En más de una ocasión, oficiales españoles pidieron permiso para acercarse a los emplazamientos de estos colosos, sobre los que corrían los inevitables rumores. Uno de los más pertinaces afirmaba que las más grandes de esas piezas eran mandadas directamente por coroneles, así que cuando los españoles escuchaban el inconfundible tronar de esas máquinas, hablaban del «cañón del coronel». Pronto disminuyó ese entusiasmo: cada vez que las grandes piezas hacían fuego, el enemigo respondía con un masivo fuego de contrabatería sobre todo el sector, con el ánimo de alcanzar a aquellas grandes piezas alemanas, fuego que —en definitiva— a quien causaba grandes daños era a las tropas desplegadas en primera línea. Pero, al margen de aquellos duelos, evidentemente los soviéticos eran conscientes de que el peligro de una ofensiva de la Wehrmacht sobre Leningrado ya había pasado. El Estado Mayor español llevaba un exhaustivo control de la actividad de la artillería enemiga, como método para deducir los posibles planes enemigos: cuanto mayor era el fuego enemigo sobre un sector, mayor era su interés en atacar a través de esa zona.

La precisión y potencia de fuego de la artillería soviética era tal que la mayor parte de los emplazamientos propios en la zona de Leningrado estaban semienterrados, e incluso algunas de las piezas tenían que quedar completamente a cubierto, bajo techo, para evitar su localización y que recibieran daños. Especialmente llamativa era la eficacia con la que los soviéticos detectaban los asentamientos españoles y alemanes. Con el afán de despistarlos se usaron tácticas como la de iniciar el fuego de manera estrictamente simultánea con piezas de distintas baterías, lo que anulaba los sistemas de detección por sonido. Otra práctica habitual era usar una pieza en cada batería como «nómada». Mientras el resto permanecía a cubierto, la «nómada» estaba en constante movimiento y hacía fuego desde muy diversos emplazamientos.

Al igual que la actividad artillera, las «acciones locales» (reconocimientos ofensivos y golpes de mano) enemigas eran registradas minuciosamente. El Estado Mayor anotó el gran incremento producido de octubre a noviembre. El objetivo prioritario del enemigo parecía ser capturar prisioneros, a fin de obtener información sobre el despliegue. El que la actividad artillera enemiga estuviera centrada en un sector (el situado en torno a las vías del ferrocarril Leningrado-Nóvgorod) y la de golpes de mano en el otro extremo, afectando especialmente a la zona del Ishora, no era una contradicción. En esa área, las líneas que a la sazón ocupaban los Batallones I/262.º y Reserva 250.º estaban tan pegadas a las líneas rusas, que un intento de machacar a los españoles con fuego artillero generaría, inevitablemente, grandes bajas propias en las filas soviéticas. Del análisis de los fuegos artilleros y la acción de golpes de mano enemigos

se sacaba la conclusión de que los dos puntos calientes del despliegue de la DA eran justamente los dos extremos, lo que dificultaba la manera de establecer reservas para un eventual contraataque.

Los españoles también obtenían información sobre los propósitos enemigos mediante prisioneros y desertores. Desde su llegada al frente de Leningrado, durante septiembre y en octubre, la cifra de desertores enemigos que se entregaban a los españoles había subido, y se daba una proporción de cuatro desertores que cruzaban a las líneas propias por cada prisionero capturado. Sin embargo, en noviembre se registró un significativo descenso. Los 53 desertores y prisioneros de octubre se convirtieron en solo 26 en noviembre. La percepción de que la ofensiva alemana sobre Leningrado no se iba a concretar, así como las noticias sobre los éxitos del Ejército Rojo en el Don y el Volga estaban en la raíz de esa evolución.

Desde noviembre los mandos superiores de la DA empezaron a dar por descontado que Muñoz Grandes regresaría pronto a España. A muchos, sin embargo, les costaba aceptar la idea. El carismático general había unido su nombre al de la DA hasta tal punto que parecía su encarnación. Por eso, cuando el día 13 de diciembre Muñoz Grandes partió hacia Alemania, el Diario de Operaciones de la División se expresó en estos términos: «Habiéndose ausentado el General D. Agustín Muñoz Grandes, se hace cargo del Mando de esta División el General D. Emilio Esteban-Infantes».

Parecía una situación provisional, reversible. Ese mismo día 13, Hitler recibió a Muñoz Grandes en su cuartel general en Rastenburg y en esta su tercera entrevista, le condecoró con las Hojas de Roble para su Cruz de Caballero. El que durante toda la guerra esta condecoración solo fuera otorgada en tres ocasiones a un voluntario extranjero que servía en las filas de las Fuerzas Armadas Alemanas da idea de lo elevado de la distinción. Sobre el significado político de esta entrevista se ha especulado mucho, pero es Sáenz-Francés quien describe en términos más realistas lo ocurrido en aquella entrevista:

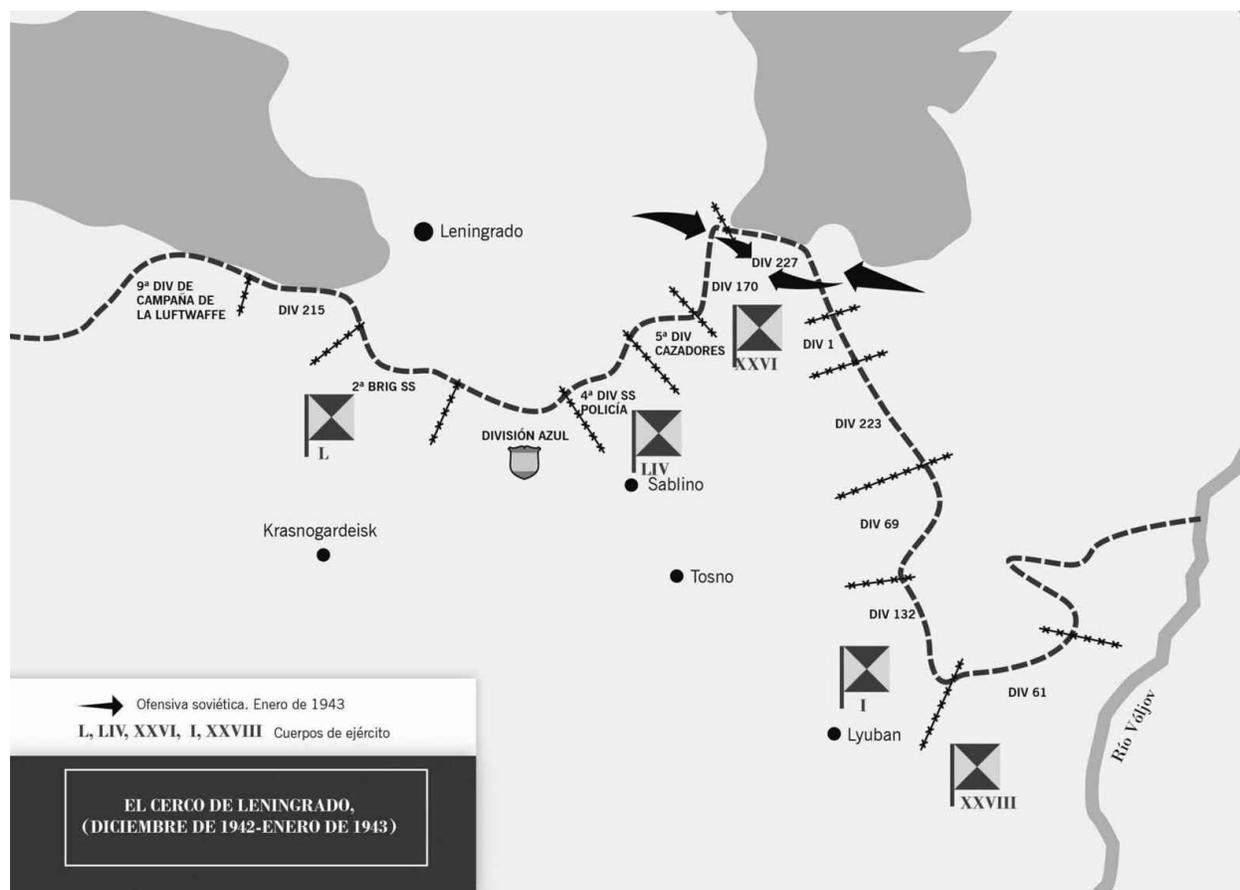
La conversación giró en torno al desembarco aliado en África, manifestando el Führer que, ante este nuevo escenario, prefería que volviese a España, ya que era allí donde podía prestar mejores servicios al Reich. Sus esperanzas (...) [eran] que su vuelta permitiese revitalizar las relaciones entre el Reich y España, transmitiendo a Franco un mensaje claro y firme: Alemania no estaba dispuesta a abandonar el Norte de África. Lo que el Führer deseaba era que Franco le confirmase su disposición de hacer frente a cualquier tentativa aliada en la península. Que en aquel momento Hitler no esperaba que el régimen de Franco se involucrase en el conflicto quedó claro cuando afirmó que la neutralidad española tenía su valor para Alemania.

Días antes, el 2, se había producido otro importante relevo, esta vez en Berlín: el falangista y germanófilo conde de Mayalde fue sustituido como embajador por Ginés Vidal, un hombre totalmente afín a las ideas del ministro Gómez-Jordana sobre la necesidad de que España volviera a la neutralidad. La primera petición de Vidal a Hitler cuando presentó sus credenciales fue, precisamente, que relevara del mando de la DA a Muñoz Grandes, a lo que este accedió de manera inmediata, y no para que el general intentara ningún *putsch* contra Franco, sino porque el Führer confiaba en que la vuelta a España de Muñoz Grandes fortaleciera la voluntad del gobierno del Caudillo de resistir a un eventual ataque por parte de los Aliados.

La llegada a Madrid de Muñoz Grandes se produjo el día 17 de diciembre y en la estación le esperaba, además de un sinfín de autoridades políticas y militares, una masa enfervorizada, en la que destacaban muchos veteranos de la DA. La prensa dio una amplia cobertura al evento. Pero no

dijo ni una palabra sobre el hecho de que ahora la DA quedaba al mando de Esteban-Infantes. Como toda la prensa estaba controlada, directa o indirectamente, por Falange, el hecho no debe sorprendernos.

Ante el nuevo comandante en jefe español se abría una perspectiva nada halagüeña. Mandaba una fuerza expedicionaria española en el extranjero, a miles de kilómetros de la Patria, algo que siempre le había ilusionado; no en vano había estudiado con detenimiento y pasión todas las campañas españolas en el exterior durante la Edad Contemporánea. La suerte de la guerra en curso ya no parecía tan clara: el hecho de que en el curso de este mes fracasaran los intentos alemanes para acercarse a Stalingrado y liberar a su cercada guarnición alemana era un mal augurio. Pero Esteban-Infantes afrontó lleno de entusiasmo el desafío que suponía mandar la DA en un momento tan difícil. Otro cambio importante en la estructura de mando fue el relevo del comandante Collatz al frente de la Plana Mayor de Enlace alemana. Su sustituto sería un oficial de mucho más rango y competencia, el coronel Knüppel, un excelente oficial de Estado Mayor.



Мапа 16

La guerra, mientras tanto, continuaba sus rutinas. El día 4 se habían registrado fuertes ataques sobre la vecina 4.<sup>a</sup> División SS-Policía, que esta pudo repeler. En el sector español la presión enemiga fue menor, y se pudo proceder al ya habitual relevo de unidades: tres batallones entraron en línea a mediados de mes, y otros tantos pasaron a retaguardia. Como venía siendo habitual, el sector de Pushkin fue el que más actividad enemiga registró. Igualmente la presión enemiga en torno a la carretera Leningrado-Moscú se mantuvo muy elevada. Dando muestra de la excelente coordinación existente entre la primera línea y la artillería española, el día 6 esta aplastó antes de que se lanzara un fuerte golpe de mano enemigo en el sector de Yam Ishora, ocupado entonces por el Batallón I. /262.<sup>o</sup>. Días más tarde pasó a guarnecer la zona el Batallón III/262.<sup>o</sup>, dentro del proceso habitual de relevos en la primera línea. Y a poco de hacerlo, el 20, resultó gravemente herido el capitán Portolés, jefe de la 10.<sup>a</sup> Compañía, uno de los oficiales más carismáticos de la DA, que moriría poco después: la guerra de posiciones se cobraba su tributo. A día de hoy, hay capitanes de la DA que han alcanzado una fama mítica, como Palacios, pero mientras existió la unidad, en quien se personificó la figura del capitán divisionario fue en Portolés.

Desde que asumió el mando, Esteban-Infantes decidió que había que evitar la desmoralización que la rutina de las trincheras produce en los soldados, y para ello ordenó multiplicar las patrullas y los reconocimientos ofensivos, mientras que con meticulosidad preparaba un golpe de mano de gran estilo. El objetivo fijado fueron las obras mediante las cuales el enemigo intentaba con tenacidad acercar sus posiciones a Krasny Bor. Durante todo el mes esas obras fueron objeto de atención preferente para la artillería española. Pero Esteban-Infantes decidió acabar con la amenaza de manera más efectiva.

El día 29, tras una breve pero contundente preparación artillera en la que intervinieron baterías de tres grupos españoles (I, III y IV) y del grupo alemán adscrito al regimiento español (el Grupo Werner), los cañones de 150 mm de la Compañía 13.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup>, y los cañones de la 1.<sup>a</sup> Compañía del Grupo Antitanque 250.<sup>o</sup>, y una fuerza de asalto mixta compuesta por elementos de la Compañía 6.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup> y del Batallón de Zapadores se lanzó a las 13.30 sobre las posiciones enemigas, que el enemigo trataba de consolidar frente a la citada compañía de infantería. Pese a la instantánea respuesta enemiga en forma de fuego artillero, de morteros y cañones antitanque (que inutilizó a los españoles dos morteros, y un cañón de la 13.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup>), la fuerza atacante asaltó las posiciones soviéticas, aniquiló a sus defensores (casi cincuenta hombres), destruyó completamente tres nidos de armas y doce búnkeres, y se retiró en perfecto orden, volviendo a sus posiciones apenas media hora después (a las 14.05). El resto de las unidades españolas vecinas (las demás compañías del Batallón II/262.<sup>o</sup>, el Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup> y los antitanques de la 14.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup>) hicieron entrar en acción todas sus armas para fijar al enemigo y evitar cualquier posible reacción. De la intensidad de la acción da idea que se consumieran por parte española 55.000 proyectiles de fusil y ametralladora, casi 800 granadas de mortero de 50 mm y casi 300 de mortero de 80 mm, así como más de 400 proyectiles de los cañones antitanque de 37 mm.

En el transcurso del combate murieron cinco españoles y 21 más resultaron heridos. Uno de los heridos era el teniente Muro, de zapadores, que ya tenía a sus espaldas muchos notables hechos de armas en Rusia, y que moriría poco después. El heroico oficial sería premiado a título póstumo con la Medalla Militar Individual. Se reconocía así el papel especialísimo que en la acción habían tenido los zapadores. De hecho, los zapadores estaban especialmente satisfechos

con el papel que la doctrina alemana otorgaba a este cuerpo, cuyas unidades constituían la fuerza de choque por excelencia de sus divisiones de infantería. Algo muy distinto al papel más conservador y tradicional que les otorgaba la doctrina española de la época. Como consecuencia, el Batallón de Zapadores 250.º había desarrollado un fuerte espíritu de cuerpo y una especial agresividad.

Otros aspectos de la vida divisionaria siguieron su rutina: el 5.º Batallón de Repatriación partió rumbo a España el 5, mientras que el 25 llegaba al frente el 18.º Batallón en Marcha. Mucho más importante fue el que el 24, muy puntualmente esta vez, ya que en el año 1941 dado el caos logístico imperante en la retaguardia alemana se había retrasado, llegara el aguinaldo navideño remitido desde España. Como en 1941, su preparación había sido objeto de una masiva y entusiasta campaña por todo el país, animada fundamentalmente por la Sección Femenina de Falange. Entre quienes lo acompañaban destacaba el antiguo sargento divisionario y famoso falangista Luis Nieto, una figura mítica entre los divisionarios. Como la DA se desplegaba ahora en un sector mucho más estrecho y mejor comunicado, los lotes de aguinaldo llegaron inmediatamente a los voluntarios españoles de las posiciones más en vanguardia, contribuyendo a hacer menor la inevitable nostalgia que provocaba la fecha. El día 31 se produciría otra importante novedad: aprovechando la disponibilidad de electricidad, muchos de los búnkeres de primera línea empezaron a ser dotados con altavoces, que permitían a los ocupantes escuchar música, transmisiones de las radios españolas captadas por el Grupo de Transmisiones, etc. Constituían una eficaz respuesta a la propaganda soviética, que de manera constante actuaba frente a las líneas españolas lanzando con altavoces a toda potencia mensajes en español. Ahora que los Aliados estaban en el Marruecos francés esa propaganda les recordaba a los españoles de la DA que en cualquier momento ellos podían quedar aislados de su patria.

Los diarios de operaciones que deben llevar las unidades son inevitablemente lacónicos, austeros, unos textos de lectura muy árida. Pero en los de unidades de primera línea aún hay algún destello épico. Lo que es absolutamente aburrido es el diario de una unidad logística, como pueda ser la de una tropa de intendencia: tal día han llegado vagones de heno, tal otro cargamentos de leña, se ha distribuido tantas y tantas raciones, hay problemas en el suministro de pan, etc. Esas son las cosas que podemos encontrar. Pero a veces aparecen en ellos datos conmovedores. En el Diario de Operaciones de la Jefatura de Intendencia de la DA, en la entrada correspondiente al 24 de diciembre de 1942, podemos leer:

Como donativo, y de los víveres españoles, se reparte por orden de Su Excelencia el General Jefe una ración extraordinaria a los prisioneros y población civil del territorio que ocupa la División.

Había llegado el aguinaldo de España y se quería compartir esa alegría con los rusos. ¿Un hecho excepcional y único? En absoluto. Al llegar al sector de Leningrado, los españoles se sorprendieron ante la gran cantidad de civiles que seguían viviendo en las poblaciones de la zona, víctimas inocentes de los intercambios de fuego artillero y otras acciones bélicas. Cuando tomó el mando del sector de Krasny Bor, el teniente coronel Robles se reunió con el *starosta* (alcalde) ruso de esta pequeña ciudad, quien le narró lo sucedido el invierno anterior, cuando centenares de sus convecinos habían muerto por hambre y las enfermedades de ella derivadas. Profundamente conmovido, Robles pidió al *starosta* un listado de los ancianos, niños y mujeres de la población y

ordenó que las cocinas de campañas de las unidades que le estaban subordinadas (los dos batallones en línea, más el batallón que permanecía en reserva en segunda línea y las compañías independientes, totalizando unas quince cocinas de campaña) asumieran cada una el alimentar a una parte de estos civiles. El ejemplo se extendió inmediatamente y, en mayor o menor medida, todas las unidades de la DA hicieron suya esta práctica. De ahí que, como acabamos de ver, Esteban-Infantes pudiera ordenar dar una ración «extraordinaria» a la población civil: sabía que muchos eran los civiles que ya recibían su ración «ordinaria». En poblaciones de mayor tamaño, como Pushkin o Slutsk, los efectos de esta distribución no eran tan visibles como en Krasny Bor, ya que incluso si las cocinas españolas alimentaban a más rusos que en Krasny Bor, el porcentaje sobre el total de población era menor. Esta realidad, que muchos parecen querer ignorar, revela a la perfección que los voluntarios españoles distinguían muy bien entre un régimen, el comunista, al que deseaban destruir, y un pueblo, el ruso, contra el que no tenían ninguna animosidad.

El mes de diciembre de 1942 había sido, para la División Azul mucho menos dramático que el de 1941. El invierno era más suave, y el equipo para hacerle frente, mucho mejor, al igual que ocurría con los alojamientos. Había motivos para mirar al invierno con cierto optimismo. La situación en el sector sur del Frente del Este era muy peligrosa, pero eso quedaba muy lejos de las líneas españolas. La vida da muchas vueltas y cuando se les envió hacia el norte a muchos españoles les pareció que aquello era un castigo. Los soviéticos —por su parte— evitaban citar argumentos ideológicos frente a los divisionarios, pero machacaban sus oídos con la idea de que Hitler de manera deliberada les había mandado a la gélida Rusia septentrional. Y sin embargo, ahora vemos que había motivos más que sobrados para alegrarse de aquella decisión. En 1941 la Legión Croata, que era la segunda en importancia por sus efectivos de las unidades de voluntarios europeos (un regimiento de infantería y un grupo de artillería ligera) pareció más afortunada, ya que marchó hacia Ucrania. En 1942 avanzó hacia el Volga y entró en Stalingrado. Aquella iba a ser su tumba, pues el 369.º Regimiento Croata fue una de las unidades cercadas y aniquiladas. Esa misma y terrible suerte le habría tocado a la División Azul si en 1941 hubiera marchado en dirección a Ucrania y no hacia Leningrado. Lo que algunos creyeron que sería un privilegio (operar más al sur) se convirtió en una tragedia.

En cuanto al otro escenario que preocupaba a los españoles, el del Norte de África, pasado el primer mes de profundo agobio, al llegar enero de 1943 los Aliados parecían tener bastante con que preocuparse luchando contra los italo-germanos en Túnez, lo que alejaba el peligro de que el Marruecos español y la misma España fueran objeto del ataque de los Aliados. En todo caso, era necesario que los miembros de la DA sintieran que en España en modo alguno se les olvidaba. El día 5 de enero de 1943 había llegado hasta las líneas de la División Azul en visita oficial un grupo de destacados falangistas, encabezado por Carlos Juan Ruiz de la Fuente, veterano de la DA, y es que Falange seguía decidida a apoyar con todas sus fuerzas al contingente de voluntarios españoles. También intentó acercarse a visitar a los voluntarios el mismísimo secretario general de FET, Arrese, que el día 17 de enero inició una visita al Tercer Reich, vivamente desaconsejada por el neutralista ministro de Exteriores, Gómez-Jordana. Pero Arrese, que llegó a ser recibido por el Führer, no logró llegar al frente, y tuvo que conformarse con visitar el hospital de convalecientes de la DA en Berlín. ¿Cuál era el significado real de esa visita? Evidentemente el tema preocupó en Londres, que buscó informarse a través de su densa red de espías en España.

La profesión de espía tiene buen cartel literario y cinematográfico. A los periodistas que se meten a historiadores, los espías les fascinan, porque los informes que descubren de estos en archivos les permiten elaborar textos donde presentan lo que ellos consideran grandes descubrimientos. Una obra que responde exactamente a esta tipología es *La guerra ignorada. Los espías españoles que combatieron a los nazis* (Martín de Pozuelo, Ellakuría, 2008). Sin embargo, la realidad es que los espías suelen ser puros mitómanos, o individuos sin escrúpulos que facilitan informaciones banales, rumores, cuando no resúmenes de lo que leen en los periódicos, a sus patrocinadores, cobrándolas a un precio desorbitado. En un altísimo porcentaje de casos la importancia real de la información que facilitan los espías tiene un valor completamente nulo. Menos mal que ya hay historiadores que están demostrando las innumerables mistificaciones que han generado los espías con sus palabrerías, como ha hecho Max Hastings a propósito de la Segunda Guerra Mundial con su imprescindible *La guerra secreta. Espías, códigos y guerrillas*.

En esta época, los británicos tenían en España una muy cara red de espías, para tratar de averiguar todo lo posible sobre la orientación de la política exterior del gobierno de Madrid. Uno de ellos, conocido por los británicos como «Agente T», y que estaba conceptualizado como uno de sus mejores espías, alegaba ser un importante cargo de Falange, y tras la visita de Arrese antes citada mandó un informe, que Martín de Pozuelo y Ellakuría citaron tan extensa como admirativamente:

Durante su visita a Alemania, Arrese intentó organizar el envío de 300.000 hombres para la División Azul, o si esto no fuera posible, señaló su voluntad de que los hombres fueran enviados al frente [este párrafo solo resulta comprensible si aquí añadimos la palabra «forzosamente», N. d. A.]. Finalmente tuvieron que quedarse con la segunda opción ya que pronto quedó patente la imposibilidad de reunir un gran contingente. Después (...), la Falange inició una campaña para convencer a los jóvenes de España para que se alistasen de forma voluntaria y acudiesen a combatir al frente ruso. Dado que casi no hay voluntarios, la campaña de Falange va transformándose en amenazas, al señalar que quien tiene un cargo deberá alistarse si no quiere perder los beneficios que ahora disfruta. Esta estrategia tampoco está dando resultados; nadie se ha alistado... bueno, excepto Luis Nieto, inspector nacional de excombatientes; Agustín Aznar, delegado de salud, y cuatro más. Ante esta situación, Alemania ha insinuado que las personas de aquí no tendrían que ir a Rusia, sino que actuarían como policías en la Francia ocupada. Algo que permitiría a los alemanes, actualmente en Francia, trasladarse a Rusia (...). Por lo tanto, todas las personas que tienen cargos en el partido y todos los miembros de la vieja guardia fueron requeridos individualmente a que se presentaran voluntarios. Ni uno de ellos aceptó. Para completar el contingente enviado recientemente a la Blue División soldados del ejército fueron llamados a servir sin su libre consentimiento, es decir, fueron enviados a la fuerza (...). Alemania insiste en que Arrese tiene que cumplir su compromiso y esto se ha visto reflejado en que la Falange ha intensificado la propaganda para el alistamiento.

El supuestamente bien situado espía mezclaba de manera confusa y pobremente expresada una serie de rumores (el alistamiento forzoso de soldados); a sabiendas o no facilitaba datos falsos (Nieto y Aznar, veteranos de la DA, no se habían vuelto a alistarse); desconocía por completo el significado de los hechos (por ejemplo, la propuesta alemana para que militares españoles pasaran a Francia, sobre la que hablaré inmediatamente); se inventaba todo lo que le daba la gana (como el propósito que atribuía a la visita de Arrese), y tenía tan corto sentido común como para hablar de enviar un contingente de 300.000 hombres, virtualmente todo el Ejército Español de la época. Solo cabe imaginar que mediante tan alarmista informe pretendiera aumentar la tarifa de sus servicios. Según Martín de Pozuelo y Ellakuría este hombre ya había prestado «grandes servicios» a los británicos en relación con la DA, y citan por ejemplo el informe que sobre el «Agente T» había redactado el oficial de inteligencia británico encargado de dirigir a este espía

español, supuestamente tan bien infiltrado en Falange. Según tal informe, en junio de 1941, desde la «Jefatura de Falange»...

... ordenaron a «T» eliminar las fichas de los líderes de Falange que se habían alistado voluntariamente, pero «T» solo quitó unas pocas y así consiguió que los nombres de nuestros enemigos constaran en las listas (...). Utilizando una táctica para ridiculizar a sus víctimas, (...) prácticamente forzó a algunos de nuestros enemigos a alistarse en la División Azul. Entre ellos destacan (...) los hermanos García Noblejas. Como resultado de sus maniobras y de la propaganda difundida entre los círculos de alto nivel falangista, Dionisio Ridruejo, el Conde de Montarco, Agustín Aznar y Guitarte, no pudieron dar marcha atrás y tuvieron que alistarse.

Que el «Agente T» mintiera a mansalva tiene su lógica: él cobraba por suministrar a los británicos informes alarmistas, y cuanto más lo fueran, mejor para él. Que un oficial de inteligencia británico fuera tan necio como para creerse sus patrañas, demuestra lo que Hastings denuncia en su libro citado: cómo estos personajes alimentan la mitomanía de los espías a sus órdenes, a fin de que parezca que están haciendo algo útil (y así ellos se libren de ir al frente o tengan que desempeñar otro trabajo menos agradable). Pero que dos autores españoles se crean a pies juntillas que fue la antes citada la causa de que Ridruejo o Aznar marcharan a engrosar las filas de la DA es algo incalificable. Pero desde luego no es extraño, ya que hay gente capaz de aceptar cualquier dato siempre que proceda de un «archivo de espías».

En otra parte del libro se cita otro informe enviado a los ingleses sobre militares españoles que hubieran podido colaborar con los Aliados en caso de que estos tuvieran que actuar militarmente en España, y los autores citados reproducen textualmente la «ficha» correspondiente a un oficial, José Díaz de Villegas, del que se da hasta la dirección de su domicilio y datos familiares y al que se etiqueta como «amigo íntimo del general Aranda. Se le conoce como persona muy intelectual. Muy militar y posible pro-Aliado». Quien fuera que informase así a los ingleses estaba ganando sus buenas libras, y si lograba vender esos datos, mejor para él; pero lo que es desconcertante es que los autores españoles que citan tan admirativamente esa pieza de información ignoren que José Díaz de Villegas Bustamante (ese era su nombre completo) ¡era en esas fechas el jefe del Estado Mayor de la División Azul! Todo esto viene a cuento de que hay historiadores (y no me refiero ahora a periodistas metidos a tal) que siguen teniendo una fe ciega en las fuentes de la inteligencia británica, y a la hora de hablar de aspectos de la historia de la DA (como el reclutamiento) no dudan en admitir como verídicos los informes que realizaban los agentes británicos sobre el reclutamiento «forzoso» de voluntarios, agentes cuya catadura acabamos de ver. Escribir libros basándose como fuente en los informes de los agentes del Intelligence Service británico, o de la aún menos profesional y más sectaria OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) norteamericana raya con lo cómico.

Volvamos ahora al texto del primero de estos fantasiosos informes. ¿Cuál había sido en realidad el propósito de la visita de Arrese? Desde luego no el de que España se comprometiera más que nunca con el Eje, enviando ¡a 300.000 hombres! a Rusia, ahora que los norteamericanos tenían en Marruecos a todo el 5.º Ejército del general Clark dispuesto a actuar contra el Protectorado español y, si hacía falta, también contra España. En realidad el objeto de la visita de Arrese, que Sáenz-Francés ha descrito meticulosamente, era averiguar qué planes tenían los alemanes para España, es decir, saber si pensaban invadirla preventivamente antes de que lo

hicieran los Aliados. Y hacerles constar a los alemanes que el gobierno y el pueblo español se opondrían a cualquier tipo de invasión alemana.

¿Y qué había detrás de esos datos sobre el intento de enviar —al menos a Francia— a tantos soldados españoles? La presencia de los Aliados en Marruecos obligó a las Fuerzas Armadas Españolas a tratar de mejorar su arsenal. Obtenerlo del Tercer Reich parecía la mejor opción, por razones de afinidad política, pero también porque la balanza de pagos con Alemania era en ese momento netamente favorable a España. Las negociaciones hispano-alemanas respecto a la compra de armamento han sido descritas con exhaustividad por Lucas Molina en su obra ya citada, donde narra cómo el agregado aéreo en la embajada alemana en Madrid, general Krahmer, en el curso de esas negociaciones propuso a los españoles un complejo plan. Los españoles estaban interesados en modernos aviones de caza y bombarderos, y también en artillería antiaérea (algo que en Alemania era competencia de la Luftwaffe, pero que en España asumía el Ejército). Por eso Krahmer se dirigió tanto a nuestra Aviación como a nuestro Ejército para exponer este plan: en un primer momento, los alemanes facilitarían a España un reducido parque de aviones y cañones de los que les interesaban a los españoles, para que los conocieran; pero a la vez, grupos de aviadores y artilleros españoles pasarían al sur de Francia para instruirse en el manejo de ese mismo tipo de armas junto a unidades alemanas allí desplegadas que usaran esos equipos. Asimilados los conocimientos, esos pilotos y artilleros realizarían unas «prácticas operativas» desplazándose hasta el frente ruso, para ejercitarse en combate, y a continuación regresarían a España. Y para entonces la industria alemana ya habría tenido tiempo de fabricar y entregar a nuestro país los aviones y cañones que España necesitaba. La forma de «camuflar» este trasiego de personal, según Krahmer, era hacerlos pasar por efectivos de la División Azul y la Escuadrilla Azul. Como acabamos de ver, la 3.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul ya se había entrenado en suelo del sur de Francia antes de partir hacia el Frente del Este, así que ampliar este procedimiento no debió de parecer a los alemanes nada extravagante. Para hacerlo más tentador, Krahmer llegó a asegurar que si había suficientes voluntarios para ello, los alemanes estaban dispuestos a equipar —por ejemplo— no ya a una escuadrilla de bombarderos, sino a todo un grupo (tres escuadrillas), cuyo personal —repito—adquiriría el adecuado nivel operacional luchando en Rusia como parte de la Escuadrilla Azul (que, obviamente, dejaría de ser una simple escuadrilla).

No se trataba de una idea «genial» del general Krahmer, sino que la vemos reflejada en el mismísimo Diario de Operaciones del Alto Mando de las Fuerzas Armadas alemanas, donde entre el 12 y el 16 de enero de 1943 encontramos las referencias a este proyecto de atender las peticiones de armas de los españoles creando *Ausbildungsschulen für Spanische Freiwilligen* en el sur de Francia, habiéndose evacuado consultas al respecto con el comandante en jefe alemán para el Oeste, para que fuera seleccionando personal instructor alemán de entre las fuerzas a sus órdenes, y también eligiendo los emplazamientos de las zonas de instrucción donde debían ser acantonados los españoles. Lo importante de esa fuente (el *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*) (Diario de Operaciones del Alto Mando de la Wehrmacht) es que identifica a quien formuló esta idea con respecto a los españoles: el mismísimo Hitler. Y sin embargo, la realidad es que los españoles fueron muy claros y contundentes, y rechazaron este complejo plan que les había formulado el general Krahmer (ignorando por completo la paternidad de la idea). Este plan es la «base» de la «información» transmitida por el «Agente T» a los británicos, lo que

nos muestra que el personaje solo oía rumores que después, de manera confusa y exagerada transmitía a sus patrocinadores ingleses.

Tras rechazar el plan propuesto por Kraemer, los españoles pidieron que se les entregara en España el material que se negociara, y que —si acaso— un puñado de técnicos alemanes viniera a España y otro de españoles fuera a Alemania, para aprender algunos aspectos muy concretos de ciertos equipos. La postura española no podía ser otra, ya que con la situación estratégica en que se vivía era un disparate hacer salir de España a un buen número de militares para seguir la sugerencia alemana. De hecho, lo más normal hubiera sido que se hubiera solicitado la repatriación de la DA, un contingente fogueado, que hubiera reforzado la capacidad militar española. Si no se hizo fue por algo que Arrese también expresó netamente ante los alemanes: España, incluso en la nueva y peligrosa situación en que estaba, seguía considerando ineludible tomar parte en la campaña contra el comunismo, porque también se era consciente en nuestro país de que en el Frente del Este la situación era cada vez más peligrosa; cuando Arrese se entrevistó con Hitler faltaban apenas unos días para que el 6.º Ejército capitulara en Stalingrado.

Dejaré aquí este tema de las negociaciones hispano-alemanas sobre armamento, limitándome a señalar que se alargaron meses y que, curiosamente, entre los lotes de armas finalmente entregadas por los germanos el más grande fue el de 144 piezas artilleras soviéticas de 122 mm capturadas como botín de guerra. Un tipo de armamento que los españoles de la DA habían tenido ocasión de valorar a costa de su terrible eficacia.

Los ojos del mundo contemplaban fascinados la inmensa batalla en la que los alemanes y sus aliados —de un lado— y los soviéticos —de otro— se estaban batiendo entre las riberas del Volga y el Don y las cumbres del Cáucaso. Un conocimiento básico de la Segunda Guerra Mundial basta para recordar que además de cercar y aniquilar al 6.º Ejército alemán en Stalingrado, los soviéticos vapulearon a varios ejércitos de los aliados de Alemania (3.º y 4.º Ejércitos italianos, 8.º Ejército italiano, 2.º Ejército húngaro) y solo milagrosamente consiguieron los alemanes evacuar del Cáucaso a su 1.º Ejército Panzer y al 17.º Ejército de Infantería. Que entre noviembre de 1942 y febrero de 1943 la guerra había dado un vuelco, era algo que nadie podía ignorar ya.

Por comparación, el sector donde se desplegaba la División Azul, el del Grupo de Ejércitos Norte, puede parecernos que estaba apaciblemente quieto, pero es un grave error. Ya señalé que para 1941-1942 los soviéticos creyeron que con su ofensiva de invierno devolverían a la Wehrmacht a suelo alemán, y aquello no ocurrió en absoluto. También en la ofensiva de invierno de 1942-1943 planificaron objetivos absolutamente ambiciosos para todos los sectores del frente. La diferencia entre los grupos de ejércitos Norte y Centro, de un lado, y las tropas alemanas desplegadas en el sector meridional del Frente del Este (ahora encuadradas como grupos de ejércitos «A» y «B»), de otro lado, es que los dos primeros lograron resistir el embate soviético con éxito, y los otros dos no.

La realidad fue que desde que empezó el mes de enero de 1943, en el área cubierta por el 18.º Ejército, al que pertenecía la DA, se multiplicaron los indicios de un inminente peligro. El día 1 de ese mes la DA fue alertada de la posibilidad de un ataque enemigo a gran escala contra sus posiciones, por lo que Esteban-Infantes dio orden de que se tomaran medidas, incluso para organizar la defensa de la zona de retaguardia donde estaban acantonadas las unidades de

servicios (Prokovskaia, Antropschino y Mestelevo). El Cuartel General del 18.º Ejército era consciente de que el enemigo lanzaría pronto un ataque a gran escala, y los datos sobre el volumen de fuerzas que estaba dispuesto a poner en liza eran tan impresionantes que los mandos españoles a los que se les comunicaron los ponían en duda: no podían creer que el enemigo tuviera tantas tropas.

Como el 18.º Ejército se había quedado sin reservas, por tener que enviar a otros sectores a varias de sus divisiones, su comandante en jefe, el general Lindemann, recorrió sus unidades para localizar los mejores batallones de cada una de ellas. Con este fin apareció en las líneas españolas el 4 de enero, pidiendo revistar al Batallón II/269.º que en ese momento estaba en primera línea. Se trataba del mítico Batallón Román, que se había cubierto de gloria en el frente del Vóljov, y por el que los alemanes tenían especial predilección. Ya no lo mandaba Román, y bastantes de sus veteranos habían sido repatriados, pero el batallón seguía siendo uno de los mejores, así que al jefe del 18.º Ejército le quedó claro que ese era el batallón con que deseaba contar llegado el caso.

Otra importante visita se produjo el día 5, la del general Hansen, jefe del Cuerpo de Ejército, que visitó el sector de Krasny Bor para el acto de imposición de las condecoraciones concedidas por el brillante golpe de mano del 29 de diciembre. Una ceremonia a la que concurrió la Compañía de Propaganda del 18.º Ejército, elaborando un reportaje sobre el acto que tendría mucho eco: los soldados españoles entonces fotografiados serían —meses después— portada de *Signal*, la célebre revista de propaganda que editaba la Wehrmacht y se distribuían en numerosas lenguas a lo largo y ancho de Europa.

Tal como temían los mandos del 18.º Ejército, el día 12 de enero los soviéticos lanzaron una nueva ofensiva, de nuevo contra el estrecho pasillo ocupado por los alemanes hasta la ribera meridional del Ladoga, el varias veces citado Corredor de la Muerte. Fue bautizada como Operación «Iskra», por el nombre del periódico de los bolcheviques de San Petersburgo cuando asaltaron el poder. Como en ocasiones anteriores, se organizó como un ataque doble: desde Leningrado hacia el este, y desde fuera del cerco hacia el oeste. Lo nuevo fue la escala. Para empezar, el ataque fue precedido por una preparación artillera nunca vista. Y cuando fueron la infantería y los carros de combate los que pasaron al asalto, lo hicieron en cantidades nunca antes alcanzadas. Como a estas alturas del año el río Neva estaba helado, las fuerzas atacantes procedentes del cercado Leningrado tuvieron en esta ocasión un papel decisivo (a diferencia de los combates anteriores en el mismo sector en el verano-otoño, cuando fueron batidas al intentar cruzarlo). En aquella desangelada zona, boscosa y pantanosa, solo existían una serie de pequeños pueblos de colonización, bautizados todos ellos como Posselok, seguidos de un número. Dominaban la zona unas modestas colinas, de apenas 50 metros, los llamados Altos de Sinyavino, por situarse en ellos esa localidad. Previsoramente, los alemanes habían fortificado los distintos Posselok y Sinyavino.

El mariscal Zhúkov llegó desde Moscú para supervisar la ofensiva, y los combates se desarrollaron con increíble crudeza. Los alemanes empezaron a enviar hacia el sector batallones sacados de todas las divisiones del 18.º Ejército, para así reforzar los efectivos locales sin desgarnecer otros sectores, pero el enemigo logró su primer gran éxito cuando el día 18 una de las divisiones que habían partido desde el cercado Leningrado, mandada por el general Simoniak, se encontró con sus camaradas que avanzaban desde el este en Posselok-5. Al norte, las tropas

alemanas que habían guarnecido la ribera meridional del Ladoga quedaron momentáneamente cercadas, así que los alemanes tuvieron que contraatacar enérgicamente sobre Posselok-5 para abrir un estrecho pasillo de fuga por el que escabullirse, aunque la citada aldea fue pronto conquistada de nuevo por el enemigo.

De momento los españoles no se vieron afectados por la ofensiva. Entusiasmado por el éxito del golpe de mano del pasado 29 de diciembre, el mando de la DA había preparado dos más, a ejecutar por el Regimiento 269.º (el 14 de enero) y el 263.º (el 15). El hecho de que poco antes se registrara uno de los rarísimos casos de desertión de un soldado español, del 269.º, aconsejó abortar el del día 14. El del Regimiento 263.º se realizó, y con gran brillantez. El objetivo eran las posiciones enemigas junto al ferrocarril Leningrado-Nóvgorod, a partir de las que los soviéticos lanzaban constantes acciones ofensivas contra los españoles. Desde tiempo atrás, cada batallón español se había dotado de su propia sección de asalto, unidad de choque especializada en acciones contundentes. En la citada acción intervinieron la del batallón que acababa de entrar en línea en esa zona, y la del batallón que acababa de abandonarla, esto es las de los batallones II y I/263.º, junto a una sección del Batallón de Zapadores 250.º. El golpe se ejecutó en este caso al amanecer, a las 6.30, y tras una breve pero intensa preparación artillera. De manera fulminante se rebasaron las alambradas y campos de minas enemigos, y los españoles se precipitaron en tromba sobre un enemigo sorprendido, pero al que hubo que derrotar en combate cuerpo a cuerpo.

Este golpe de mano no pudo ser celebrado como el del 29 de diciembre, porque en ese momento a los mandos españoles se les plantearon graves preocupaciones. En efecto, el día 14 los españoles habían recibido dos órdenes importantes. El Batallón II/269.º, que había salido de línea relevado dos días antes, pasaba a estar bajo control directo del 18.º Ejército, para emplearlo donde estimara oportuno (lo que equivalía a decir que iba a ser enviado al Corredor de la Muerte), y también una batería española debería ser puesta en situación de ser asignada a la reserva del 18.º Ejército. Aún más importante fue otra orden: los españoles deberían relevar inmediatamente a su vecina oriental, la 4.ª División SS-Policía, a lo largo del ferrocarril Leningrado-Moscú, ya que esta división partía hacia la zona amenazada al sur del Ladoga (el resto del sector que guarnecía esa unidad se transfirió a la 5.ª División de Cazadores de Montaña). Para colmo, los alemanes alertaron a la DA de que era muy posible que el 16 recibieran un ataque a gran escala (lo que finalmente no ocurrió).

El efecto de las órdenes fue preocupante, ya que de golpe la DA se quedó virtualmente sin reservas. Habiendo sido repatriado el coronel Villalba, y estando a punto de serlo el teniente coronel Robles, los sectores defensivos fueron reorganizados. En el de Pushkin (Regimiento 263.º), que era el que el enemigo atacaba de forma más pertinaz desde la entrada en línea de los españoles, se mantuvo un batallón en reserva. El mucho más tranquilo sector de Slutsk (Regimiento 269.º) se quedó sin reservas, al tener que ceder su Batallón II/269.º, y además extendió su límite hacia el este, asumiendo el control operativo del Grupo de Exploración 250.º, que ya se vio que también estaba en línea. Pero era en Krasny Bor donde la situación se volvió más compleja, ya que el nuevo sector entregado a los españoles a lo largo del ferrocarril Leningrado-Moscú obligó a hacer entrar en línea a las fuerzas de reserva disponibles de manera conjunta para los sectores de Federovskoye y Krasny Bor: el Batallón I/262.º y la Compañía de Esquiadores.

Puesto que el citado ferrocarril discurría sobre un elevado talud sobre el paisaje circundante, los alemanes lo habían considerado una buena defensa por sí mismo, pero los españoles consideraron que carecía de obras defensivas propiamente dichas, y enviaron rápidamente a sus zapadores para mejorar la posición, especialmente excavando posiciones para las ametralladoras en la base del talud, para mejorar el efecto de rasancia de estas máquinas.

El nuevo despliegue de la infantería obligó a reubicar la artillería española. El II Grupo quedó a caballo de los regimientos 263.º y 269.º, el III sobre la línea de contacto del 269.º y el 262.º, y el I, en el sector de Krasny Bor, entre la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú. El IV Grupo, el de obuses pesados, cubría el sector divisionario en su conjunto. Otra importante novedad se produjo en la cadena de mando, cuando el 13 el general Hansen, que tenía excelente sintonía con los españoles, fue destinado a otro puesto. El 23, la DA pasaba a depender del L Cuerpo de Ejército (ya señalé que ambos cuerpos eran unidades vecinas), puesto que el cuartel general del LIV Cuerpo había sido destinado para hacerse cargo de la nueva línea que los alemanes trataban de consolidar en los Altos de Sinyavino. Mandaba el L Cuerpo el general Kleffel, con una actitud más distante hacia los españoles.

Como acabo de señalar, para contener a los soviéticos en los Altos de Sinyavino los alemanes habían sacado de las líneas de cerco a Leningrado a la vecina oriental de la DA, la 4.<sup>a</sup> División SS, y en efecto esta unidad logró estabilizar las líneas en ese punto. Los soviéticos optaron entonces, a partir del día 20, por tratar de flanquear los Altos, por el este, lanzándose al ataque entre otra de aquellas pequeñas aldeas de colonización, exactamente la bautizada como Posselok-7, y el bosque de Kruglaya, y logrando allí una penetración local que amenazaba hundir todo el sector de Sinyavino. Para contenerla, se ordenó enviar a toda prisa batallones de hasta tres divisiones distintas. Uno de ellos era el Batallón II/269.º español. El 16 de enero, apenas salido de la línea de fuego donde había permanecido dos meses, el II/269.º abandonó sus acantonamientos en Slutsk y se ubicó en Sablino, al sur de Krasny Bor, sobre la línea ferroviaria que conducía a Mga. En la noche del 21 al 22, los 550 hombres de los efectivos de combate del batallón (es decir, sin los trenes de bagajes, planas mayores, etc.) fueron embarcados en camiones y enviados con urgencia al punto de máximo peligro en esta nueva penetración soviética, donde el coronel alemán que los recibió informó a sus mandos que el batallón alemán que guarnecía el sector había sido laminado y había que sustituirlo inmediatamente. Así, en plena noche, a 40 grados bajo cero, sin planos, bajo constante machaqueo de la artillería soviética (que causó las primeras bajas), el Batallón II/269.º entró en línea apresuradamente, con un precario contacto con las unidades alemanas vecinas.

En cuanto despuntó el día 22 el batallón español empezó a recibir un fuego artillero masivo y a hacer frente a ingentes oleadas de infantería enemiga. A lo largo de todo el día se asistió a un ejemplo clásico de lo que se ha dado en llamar «furia española»: el Batallón II/269.º rechazó uno tras otro los ataques, causando enormes pérdidas al enemigo al derrochar actos de valor, pero encajando pérdidas propias aterradoras, y no pudiendo evitar el tener que retroceder unos 300 metros. El mando alemán del sector ordenó que al día siguiente se recuperaran los pocos centenares de metros perdidos, y en efecto, el 23 los españoles pasaban al contraataque junto a otras fuerzas alemanas. De nuevo se multiplicaron los más increíbles episodios de heroísmo. Al final de la jornada solo quedaban en condiciones de combatir 60 hombres del Batallón II/269.º y el mando alemán ordenó su relevo por una unidad alemana. Sería un brevísimo reposo, ya que el

25 los 60 supervivientes españoles citados volvieron a entrar en línea de fuego, y se mantendrían en ella, alternando en turnos de 24 horas con unidades alemanas, hasta el día 30. El mismo día en que Zhúkov daba orden de cesar los inútiles ataques en ese punto.

Gracias al sacrificio del Batallón II/269.º y los batallones alemanes que habían sido lanzados a contener la penetración al sureste de Posselok-7, el éxito de la Operación Iskra fue limitado. Ciertamente, al confluir en Posselok-5, las fuerzas del Frente del Vóljov y las del Frente de Leningrado, se había abierto por primera vez un pasillo terrestre hasta Leningrado. Pero ese estrecho pasillo en manos soviéticas quedaba bajo el fuego de la artillería alemana dirigida desde observatorios en los Altos de Sinyavino, por lo que era de escasa por no decir nula utilidad. El asalto frontal (en sentido norte-sur) a Sinyavino de las fuerzas que habían confluído en Posselok-5 fracasó cruelmente. Y el intento de flanquearlo fue otro fracaso. Este ciclo de combates (que los soviéticos llamaron tercera ofensiva de Sinyavino y los alemanes segunda batalla del Ladoga) causó al Ejército Rojo 115.000 bajas, incluyendo 34.000 muertos, por 12.000 muertos y numerosísimos heridos en el bando alemán.

El pesadísimo tributo pagado por el II/269.º, de 124 muertos, 211 heridos, 66 congelados y 17 enfermos en apenas unas horas de combates, fue uno más de los ejemplos de la crudeza de la lucha que caracterizaba al Frente del Este. Si dejamos de lado a los efectivos de segundo escalón de las unidades del batallón (cocineros, encargados de la impedimenta, etc.) solo regresaron indemnes 30 hombres y un oficial. El mando de la DA tuvo noticias del tremendo sacrificio del batallón a partir del 23. Las noticias eran tan terribles que en el cuartel general español se llegó a imaginar que los alemanes estaban sacrificando inútil y cruelmente a los españoles, y esta sospecha se mantuvo hasta que los supervivientes testificaron que el suyo no fue un caso aislado, y que todas las unidades alemanas vecinas sufrieron pérdidas en el mismo grado.

Cuando los increíbles hechos de armas del Batallón II/269.º fueron conocidos en detalle por los españoles, por estos combates se concedieron dos Medallas Militares Individuales y una Cruz Laureada de San Fernando (esta, a título póstumo, al catalán capitán Masip). El II/269.º había vuelto a hacer honor a su fama. Sin embargo, habiéndose librado aquellos combates muy lejos del sector español, los mismos mandos divisionarios nunca supieron bien cuál había sido su trascendencia. Para empezar, hablaron de la «batalla de Posselok-5», aunque los españoles no combatieron en ese punto, sino cerca de Posselok-7. Y nunca captaron la significación del combate, que había supuesto el que, en definitiva, se consolidara la posesión de los Altos de Sinyavino, y la ofensiva soviética se convirtiera en un fracaso estratégico. Al lector no especializado el nombre de Sinyavino le dejará totalmente indiferente. Pero el que conozca muy bien el Frente del Este sabe que por los Altos de Sinyavino se libraron entre 1941 y 1944 seis batallas distintas, dejándose en esa zona la vida decenas de miles de soldados soviéticos y alemanes y, como acabamos de ver, también algunos españoles.

Por fortuna para la DA, ese mes había llegado el 19.º Batallón en Marcha, por lo que con sus efectivos se pudo empezar a reconstituir el virtualmente aniquilado II/269.º. A la vez, se estaba procediendo a agrupar a los efectivos del que sería 9.º Batallón de Repatriación, que se esperaba partiera hacia España en febrero.

Pero los mandos alemanes no estaban tranquilos. Analizando los movimientos del enemigo, habían llegado a la conclusión de que el Ejército Rojo iba a seguir lanzando ataques a gran escala en nuevos sectores del frente de Leningrado. Uno de los más expuestos era precisamente el de

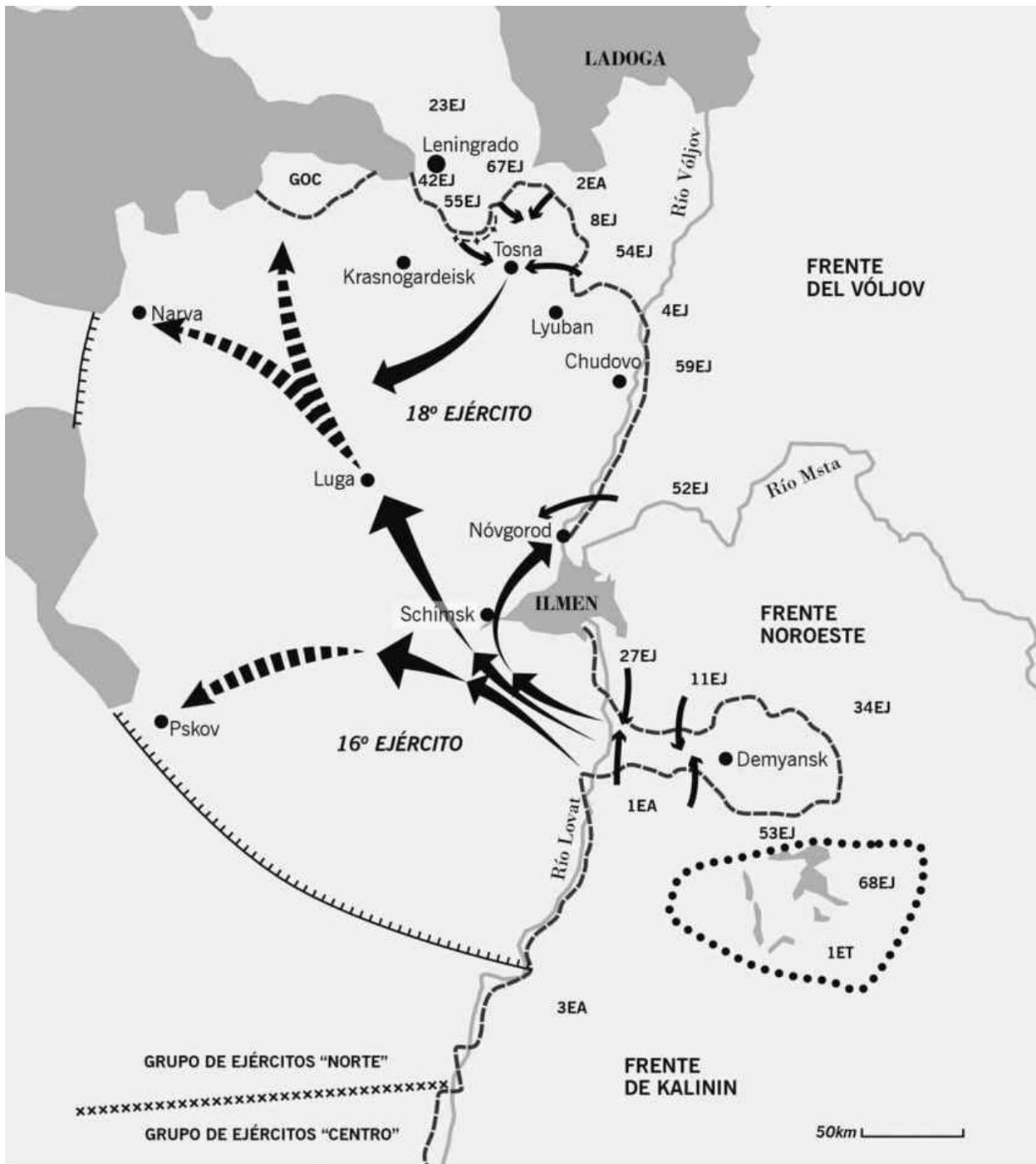
Krasny Bor, hacia donde el día 30 movieron a dos de los grupos de artillería dependientes del L Cuerpo, que entraron en posición en torno a Federovskoye. Los mandos españoles estaban de acuerdo con el análisis de la situación que realizaban los alemanes. A lo largo del mes se había mantenido la presión, ya habitual, en el sector de Pushkin. Pero había sido más fuerte aún en la zona de Krasny Bor, donde los soviéticos estaban atacando repetidamente las posiciones españolas que dominaban la carretera Leningrado-Moscú al norte de Yam Ishora (ahora ocupadas por el Batallón III/262.º), llegando a lanzar en un mismo día (el 29) dos ataques sobre él; y lo mismo ocurría en las líneas a lo largo del ferrocarril, las posiciones que acababa de ocupar el Batallón I/262.º. El enemigo parecía decidido a atacar entre esas dos vías de comunicación, nada sorprendente porque era un espacio por el que siempre había luchado y por ello, ya lo señalé, en él las líneas trazaban un profundo entrante soviético con forma de U en las posiciones alemanas. Puesto que la batalla de Krasny Bor fue, en definitiva, la acción de guerra más importante de las protagonizadas por la DA en Rusia, creo que debemos detenernos en este punto y poner especial énfasis en describir este combate.

Los temores de alemanes y españoles no eran infundados. El mariscal Zhúkov había tomado nota rápidamente de la difícil situación en que se encontraba el Grupo de Ejércitos Norte alemán. El 18.º Ejército, que cercaba Leningrado y se mantenía en el Vóljov, había tenido que amasar todas sus reservas al sur del Ladoga, en torno a Mga, en un arco que tenía como borde superior los Altos de Sinyavino, y esas tropas podrían ser fácilmente embolsadas mediante una primera oleada de ataques convergentes en pinza desde Leningrado (a cargo del 55.º Ejército soviético) y el Vóljov (realizados por el 54.º Ejército), a los que seguiría una segunda gran pinza algo más al norte, con el 67.º Ejército atacando también desde Leningrado y el 2.º Ejército de Choque desde el Vóljov, con lo que se provocaría una crisis general en el 18.º Ejército alemán. El 16.º Ejército teutón, que desde el Lago Ilmen extendía sus líneas que llegaban hasta el Grupo de Ejércitos Centro, tenía otro punto débil. En efecto, al sur del Ilmen existía un profundo saliente de las líneas alemanas que se adentraba en territorio soviético, formando una especie de península con un muy estrecho istmo. Tan extravagante saliente tenía su origen en la llamada Bolsa de Demyansk, de la que se habló. Los alemanes habían logrado conectar esa bolsa con el resto de su despliegue, pero se habían negado a abandonar aquella zona. Si se cortaba ese «istmo» con ataques convergentes desde el norte (a cargo del 27.º y 11.º ejércitos) y el sur (por parte del 53.º Ejército) y se embolsaba a las tropas del llamado saliente de Demyansk, el 16.º Ejército alemán entraría en una crisis tanto o más aguda que la del 18.º Ejército. Para evitar que los alemanes sacaran tropas del sector meridional del Vóljov para atender los sectores asediados, el 52.º Ejército soviético lanzaría además una ofensiva local al norte de Nóvgorod, mientras que otros dos ejércitos (el 4.º y el 59.º) mantendrían fijos en sus posiciones a los alemanes en el llamado saliente de Kirischi, el único punto donde los germanos mantenían una exigua cabeza de puente al este del Vóljov.

Y en ese momento de crisis general en los ejércitos alemanes 18.º y 16.º, una gran masa de maniobra reunida al sur de Demyansk y mandada por el general Joxin, compuesta por el 1.º Ejército de Tanques, el 1.º Ejército de Choque y el 68.º Ejército se lanzaría en tromba en dirección noroeste, hasta alcanzar Narva (pasando por Luga), y Pskov (pasando por Dno). El Ejército Rojo debía avanzar como mínimo hasta la frontera de los Países Bálticos. El plan era audaz, pero factible. El Grupo de Ejércitos Norte parecía estar tan sentenciado como el Grupo de

Ejércitos B, que había sido casi aniquilado en las riberas del Volga y el Don apenas unas semanas antes. Las tropas soviéticas amasadas con este fin eran suficientes, aunque para el lector menos versado en historia militar hay que precisar que un ejército soviético no tenía la misma entidad que un ejército alemán, ni mucho menos, sino que equivalía a lo que los alemanes bautizaban como Cuerpo de Ejército. A esta ambiciosa operación se la conoce como «Estrella Polar», aunque desde luego los historiadores soviéticos jamás hablaron sobre ella.

No es extraño. La historiografía soviética se empeñó en hacernos creer que desde Stalingrado, la marcha sobre Alemania del Ejército Rojo había sido dura, pero siempre victoriosa. Y no fue así. Aquel invierno, el Ejército Rojo sufrió alguna catástrofe fenomenal, como ocurrió con la llamada Operación Marte, un intento de liquidar al Grupo de Ejércitos Centro alemán, en el que se pusieron en juego medios análogos a los empleados entre el Volga y el Don, y que se saldó con una completa derrota. Pero la propaganda soviética habló hasta la saciedad de la gesta de Stalingrado y condenó al más absoluto silencio la derrota sufrida en la Operación Marte. Tan espeso fue ese silencio que los libros rusos de historia militar no hablaron nunca de la importancia de esa operación, tratando de presentarla como un encadenamiento de ataques locales sin finalidad estratégica de calado. Si su trascendencia nos es conocida ahora es solo gracias a la tenacidad investigadora de Glantz (Caballero, 2004-e).



**— LA OPERACIÓN «ESTRELLA POLAR»: EL GRAN FRACASO —**

- |  |  |                                  |
|--|--|----------------------------------|
|  Objetivo final       |  Grupo Joxin                                  | <b>EA</b> Ejércitos de asalto    |
|  Operación de ruptura |  Primera fase de explotación                  | <b>EJ</b> Ejércitos              |
|  Línea de frente      |  Segunda fase de explotación                  | <b>ET</b> Ejércitos de tanques   |
|  Sector División Azul |  Divisoria entre grupos de ejércitos alemanes | <b>GOC</b> Grupo Operativo Costa |

Con Estrella Polar ocurre lo mismo, o aún más grave, pues se niega hasta su existencia. Como se saldó con un rotundo fracaso, Estrella Polar, que, como Marte, hubiera podido cambiar significativamente el curso de la guerra, fue borrada de los anales y los ataques lanzados en aquellas fechas por los frentes de Leningrado y del Vóljov y contra el Saliente de Demyansk fueron catalogados como simples ofensivas locales, de alcance limitado.

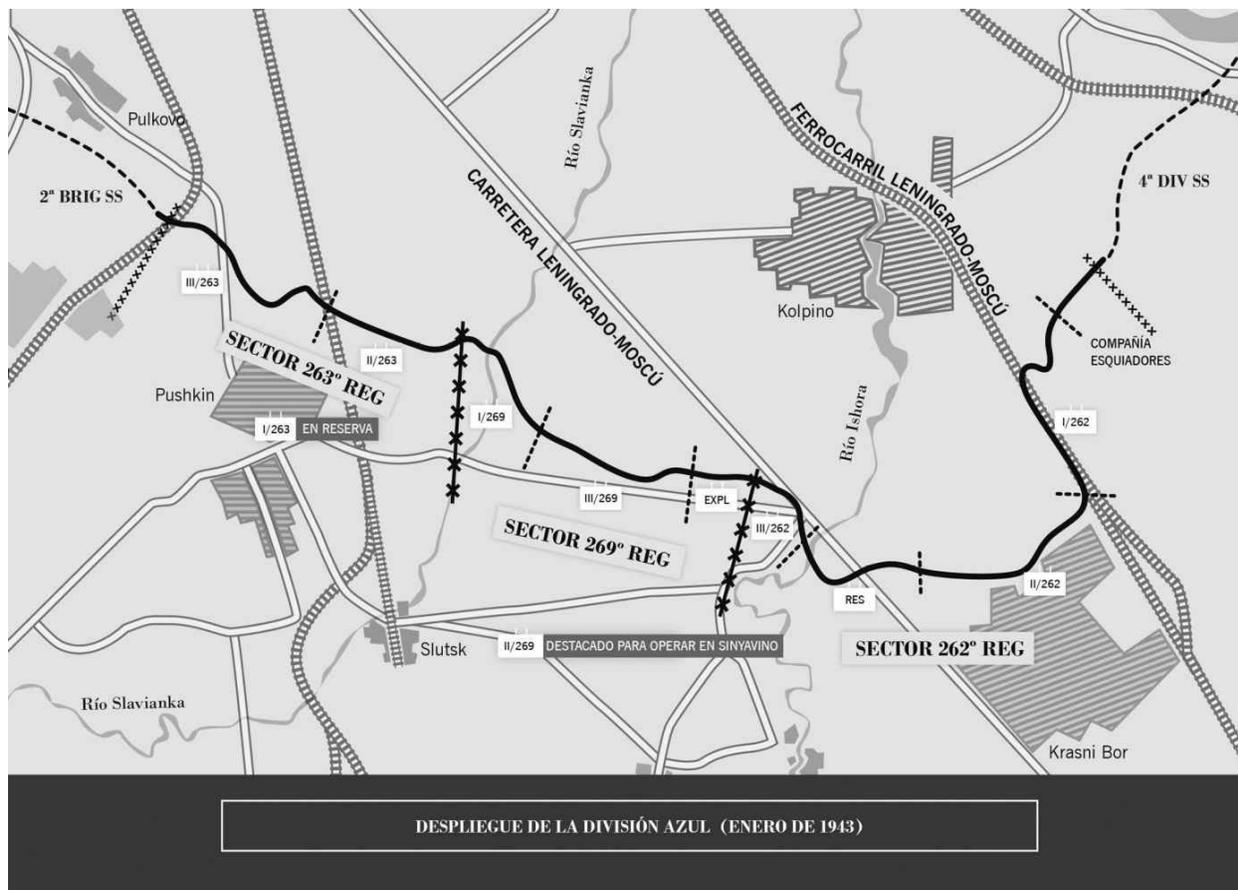
El ataque lanzado el 10 de febrero desde Leningrado por el 55.º Ejército soviético se estrelló contra las líneas de la DA en Krasny Bor, y otro tanto ocurrió con la ofensiva lanzada por el 54.º Ejército ese mismo día por el Frente del Vóljov. El 18.º Ejército alemán, en definitiva, controló la situación. El ataque contra el Saliente de Demyansk, iniciado el día 15 de febrero, no consiguió cercar a la guarnición de aquel saliente, que al contrario, logró retirarse, sin provocar la esperada crisis en el 16.º Ejército. Y el día 20 de febrero el mariscal Manstein lanzó un contraataque alemán contra Jarkov en Ucrania, de donde acabó expulsando a los soviéticos, frenando por fin la sucesión de victorias que los soviéticos obtenían en el sector sur del Frente del Este desde noviembre. La crisis les pareció tan aguda a los soviéticos como para desplazar con urgencia hacia el sur a la masa de tropas de Joxin preparada para la proyectada ofensiva hacia los Países Bálticos, y que ahora parecían más precisas para contener a Manstein. El fracaso de la Operación Estrella Polar, como vemos, fue total. Pero la historia pudo haberse escrito de otra manera si, por ejemplo, el día 10 de febrero la DA se hubiera colapsado en Krasny Bor, lo que habría abierto una ancha brecha en el dispositivo alemán. Taponarla hubiera exigido traer tropas desde el Vóljov, lo que a su vez hubiera dado posibilidades de éxito a la también estancada ofensiva soviética en ese sector. Hubiera bastado con que los soviéticos alcanzaran la estación de Sablino, apenas a 10 kilómetros al sur de Krasny Bor, situada en la vía que conducía a Mga, para que todas las tropas germanas que trataban de mantenerse al sur del Ladoga se hubieran quedado sin la línea férrea por la que recibían suministros y refuerzos. La crisis en el 18.º Ejército hubiera sido aguda y habría sido necesario retirar todas las tropas desplegadas al norte de Mga. El cerco de Leningrado, que se mantuvo hasta enero de 1944, habría terminado un año antes. Y aunque el 16.º Ejército alemán hubiera capeado bien la parte del temporal que le correspondía, el Alto Mando soviético quizás no hubiera suspendido el ataque masivo hacia los Países Bálticos, ya que mantener esa ofensiva proyectada era también una forma de detener la contraofensiva alemana en el Donets, puesto que la perspectiva de tener a los soviéticos en el Báltico era sin duda más turbadora para los alemanes que la de tenerlos en el Donets, o incluso en el Dnieper. En vez de desplazarse Joxin hacia el sur, Manstein habría tenido que hacerlo hacia el norte. Es muy posible que, de todas maneras, los soviéticos no hubieran logrado al cien por cien los objetivos planteados para la Operación Estrella Polar, pero sin duda el precario enlace existente entre los grupos de ejércitos Norte y Centro hubiera sido sucedido por un profundo hueco en el dispositivo alemán. Y también es cierto que en este escenario los alemanes se hubieran visto privados del placer de vengar Stalingrado con el fenomenal varapalo que asestaron a los soviéticos en la batalla de Jarkov, y habrían tenido que aguantarse con un profundo avance enemigo por Ucrania. No se está haciendo aquí «historia ficción», sino analizando posibilidades muy plausibles de la evolución de los combates, teniendo en cuenta la situación global del Frente del Este y las fuerzas en presencia.

Pero, en definitiva, nada de esto ocurrió. Y si así fue, en parte se debe al extraordinario valor que los soldados de la DA supieron mostrar el día 10 de febrero de 1943 en la pequeña población del sur de Leningrado llamada Krasny Bor: el Bosque Rojo. En modo alguno pretendo atribuir a los españoles todo el mérito de detener la ambiciosa Operación Estrella Polar, mérito que corresponde en su mayor parte a las formaciones alemanas que en distintos lugares frustraron las diversas fases del plan, aunque —hay que reconocerlo— el sector de Krasny Bor tenía una importancia especial. Los españoles de la DA, simplemente cumplieron con la parte que les tocaba en la detención de aquella ofensiva. Eso sí, dadas las características de la guerra en Rusia, para hacerlo tuvieron que pagar un precio en sangre que causa estupor. Y al hacerlo demostraron dos cosas importantes. En primer lugar le demostraron algo a los alemanes. Poco antes de que acabara el mes de enero de 1943, el sector de frente situado entre la carretera Leningrado-Moscú y el Ferrocarril de Octubre fue incluido en las giras de inspección realizadas por el jefe del Grupo de Ejércitos, mariscal Von Küchler, y las del jefe del 18.º Ejército, Lindemann: ¿serían capaces de resistir los españoles en aquel punto?, se preguntaron sin duda los mandos alemanes. Ahora que la suerte de la guerra parecía inclinarse en contra suya, los alemanes buscaban explicaciones a sus derrotas atribuyéndolas a los italianos (en África del Norte) y a las tropas rumanas, húngaras e italianas en el sector sur del Frente del Este. ¿Iban a ser los españoles el talón de Aquiles del 18.º Ejército? La experiencia de Krasny Bor demostró que no.

Y en segundo lugar desmintieron con hechos los rumores, tan insistentes, que hay quien llega a darlos por verdades. Me refiero de nuevo al presunto reclutamiento a la fuerza de los miembros de la DA, a los pretendidos alistamientos por hambre, o por «lavar el pasado», o por cualquiera de las demás extravagantes afirmaciones que se hacen. Una división compuesta por este tipo de hombres, en un ataque como el de Krasny Bor, se habría desmoronado, así de sencillo. Sus hombres hubieran huido en estampida; y si alguno de sus oficiales hubiera pretendido detenerlos, habrían disparado contra ellos. Y nada de eso ocurrió. No se trata solo de que en toda la historia de la DA no hubiera ni un solo episodio de motín, o de deserción en masa, es que ni siquiera lo hubo de momentos de pánico que condujeran a un abandono masivo del campo de batalla. Y a la altura de febrero de 1943 la realidad es que la mayor parte de los componentes de la DA procedían ya de los batallones en marcha. Cuando los soviéticos decidieron atacar en Krasny Bor, sin duda lo hicieron tomando en consideración razones puramente tácticas, y porque desde 1941 estaban atacando insistentemente en aquel punto. Pero también lo hicieron convencidos por su propia propaganda de que la DA iba a desmoronarse ante su ofensiva.

La agonía del 6.º Ejército alemán en Stalingrado se alargó hasta el 31 de enero, fecha en que capituló su comandante, el general Paulus. El nerviosismo en el bando alemán y la euforia en el bando soviético eran evidentes a lo largo y ancho de todo el Frente del Este. El día 6 de febrero, después de evaluar toda la información disponible, los mandos alemanes del Grupo de Ejércitos Norte llegaron a la conclusión de la inminencia de un ataque sobre Krasny Bor. La noticia fue comunicada a los españoles, que llevaron a cabo una última reorganización de sus efectivos. El único regimiento español que contaba con una reserva propia, el 263.º puso al batallón que estaba en esa situación bajo control directo del mando de la DA. Al Regimiento 269.º, que había iniciado la reconstitución del casi aniquilado II/269.º, se le dio orden de acelerar ese proceso. El Grupo de Exploración 250.º y la Compañía de Esquiadores fueron sacados de los segmentos que ocupaban en la línea de contacto y situados en la zona del Regimiento 262.º para formar una masa

de maniobra para contraataques. Todo el Batallón de Zapadores 250.º y todo el Grupo Antitanque 250.º fueron asignados al sector del Regimiento 262.º. Los hombres del Grupo de Exploración 250.º empezaron a llegar a Krasny Bor el día 8 de febrero, y el Batallón de Zapadores 250.º, lo hizo el día 9.



También hubo reorganización en la artillería. Las tres baterías ligeras del Grupo I/250.º, ubicado al este del Ishora, quedaron integradas junto a otra batería ligera y una pesada desplazadas a la zona en la llamada Agrupación Ascarza (por el nombre de su jefe) asignada al sector de Krasny Bor. En la orilla occidental del Ishora, el Grupo III/250.º, organizado para la ocasión en dos baterías ligeras y una pesada, quedó dispuesto también para apoyar con su fuego el sector que se presumía sería atacado, que era el de la carretera Leningrado-Moscú, que corría muy cerca de ese río. A esas ocho baterías españolas había que añadir una de las baterías superpesadas del Grupo Werner alemán, agregado al Regimiento de Artillería 250.º, desplegada también junto al Ishora, e incluso la 13.ª Compañía de Cañones del Regimiento 262.º.

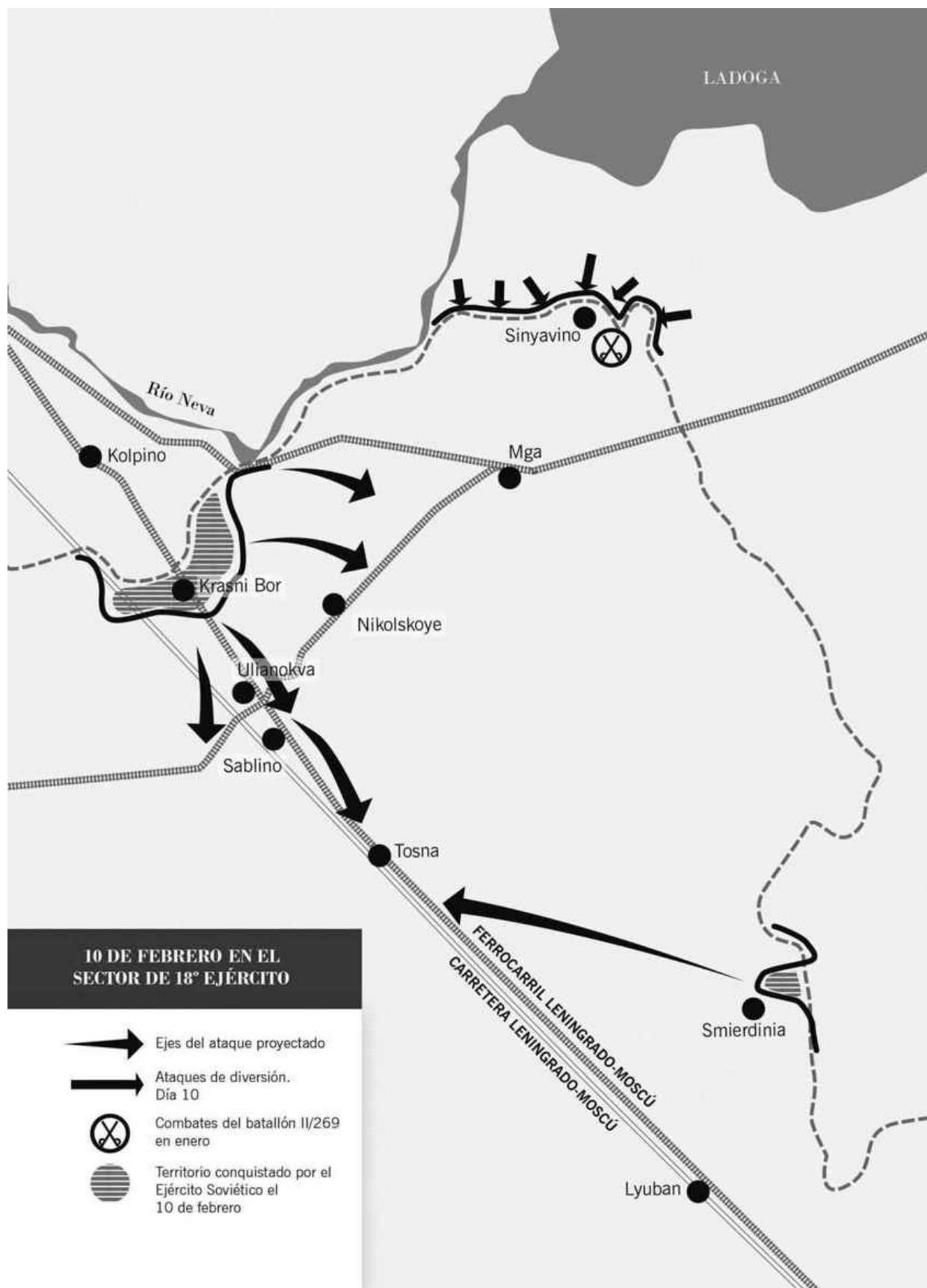
Y, por supuesto, había mucha más artillería alemana. El día 6 eran tres los grupos pesados alemanes situados a espaldas de la DA, y dos de ellos estaban desplegados específicamente para cubrir el sector de Krasny Bor, el 928.º y el 768.º. El 7, al L Cuerpo se le asignó otro jefe de Artillería, el que antes había prestado servicio con el LIV Cuerpo. Como cada unidad de ese tipo, ya disponía del suyo (el Artilleriekommandeur 18, o Arko 18), al que ahora se le limitó su responsabilidad a la mitad occidental de la DA y las demás divisiones del L Cuerpo situadas más al oeste. El recién reasignado Arko 138 asumió la dirección del fuego en la mitad oriental de la DA, y con ello el control del Grupo III/250,0.º la Agrupación Ascarza, la citada batería pesada del Grupo Werner, los dos grupos alemanes recién citados, y también de las siguientes formaciones: el Grupo Pesado 910.º, sendas baterías de los grupos pesados I y II/814.º, la Batería Pesada 744.ª, y la Batería Pesada Ferroviaria 695.ª. El conjunto de unidades alemanas que acabo de citar suponía un espectacular refuerzo para las seis baterías ligeras de 105 y dos pesadas de 150 y una pesada de 222 mm (esta última, la Werner con personal alemán), que habían preparado los españoles, pues sumaban 14 baterías adicionales (tres ligeras, cinco pesadas, seis superpesadas, estas últimas con piezas de calibres que iban de 210 a 370 mm). El resto de la artillería española que no pasó a depender de Arko 138, y otras fuerzas artilleras alemanas, quedaron bajo mando de Arko 18. Los dos mandos artilleros, Arko 18 y Arko 138, recibieron el día 7 la misma orden: hacer un intenso fuego sobre cualquier concentración enemiga que pudiera ser interpretada como signo de un ataque sobre el sector del L Cuerpo, y especialmente en la zona de Krasny Bor. Aunque a los españoles de la DA no les gustó nada que las baterías de su Regimiento 250.º pasaran a depender de estos dos Arko, no cabe duda de lo oportuno de la decisión.

La Luftwaffe, por su parte, se comprometió a enviar hacia Krasny Bor a tres de las unidades llamadas Flakkampftruppen (Secciones de Combate de Artillería Antiaérea), cada una de ellas con dos cañones de 88 mm y dos de 20 mm, muy eficaces en la lucha contracarros. El mando del L Cuerpo de Ejército, ordenó a la 2.ª Brigada SS que enviara a servir junto a los españoles a una sección de cañones antitanque de 75 mm que formaba parte de la Legión Noruega adscrita a esa brigada.

Por su parte, el mando del 18.º Ejército ordenó que se detuviera en Sablino una fuerza de la 215.ª División que se encontraba en tránsito hacia la zona de Mga para reforzar ese expuesto frente. Se trataba del 390.º Regimiento, que el día 9 quedó en esa estación como reserva para actuar en Krasny Bor llegado el caso. Pero tal nombre es engañoso, porque el citado regimiento

contaba exactamente en esa fecha con unos efectivos totales de 465 hombres (menos que un batallón). Otras unidades alemanas fueron puestas en situación de prealerta, preparadas para dirigirse hacia Krasny Bor, pero no acantonadas en ese lugar específico, ya que existía la posibilidad de que los soviéticos atacaran con igual o más fuerza en otro u otros sectores. Una de ellas era el 502.º Batallón de Carros Pesados, que pese a tan pomposo nombre solo contaba con cuatro carros Tigre y tres Panzer III. Otra, el 226.º Grupo de Cañones de Asalto (carros de combate sin torre giratoria), que tan solo contaba con seis cañones de asalto. ¡Ese era todo el parque de vehículos acorazados de combate del Grupo de Ejércitos Norte! Finalmente, hay que señalar que —después de haber contribuido decisivamente a estabilizar el sector de los Altos de Sinyavino— la muy fogueada 4.ª División SS recibió orden de volver a su sector «original», es decir, al este de la DA, aunque tras su desgaste ya no estaba en condiciones de hacerse cargo del talud del ferrocarril Leningrado-Moscú, que siguió bajo responsabilidad española. El nuevo traslado de esta 4.ª División SS se debía justamente a que el mando alemán intuía que ese era ahora el sector más amenazado. Por desgracia, el día del ataque soviético la unidad estaba justamente entrando en posición y la práctica totalidad de su artillería no había llegado a la zona.

En cualquier caso, pese a todos estos refuerzos previstos o ya enviados, la responsabilidad del sector de Krasny Bor recaía en los españoles. ¿Cómo organizaron su despliegue? Ya he señalado que el sector de Krasny Bor formaba un entrante en forma de U en el despliegue de la Wehrmacht al sur de Leningrado. En el lado noroccidental de esa U se encontraba desplegado, sobre posiciones muy bien fortificadas, el Batallón III/262.º. El ángulo suroccidental de esa U lo guarnecía el Batallón Reserva 250.º, en un segmento muy corto, que era el que cruzaba el que se suponía objetivo principal del ataque, la carretera Leningrado-Moscú. A las espaldas de ambos estaba el río Ishora. En el lado meridional de la U, entre la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú, se desplegaba el Batallón II/262.º, y en el lado oriental de la misma U, sobre el talud del ferrocarril, el Batallón I/262.º. Todo el Batallón de Zapadores 250.º fue enviado al sector, ya se señaló, y parte de sus efectivos estaba dividida en pequeñas subunidades en tareas de fortificación, pero las compañías 1.ª y 3.ª constituyeron sendos núcleos de resistencia, a modo de una segunda línea; la 1.ª/Zapadores en la zona de enlace de los batallones I y II/262.º y la 3.ª/Zapadores a la altura de donde confluían las líneas de los batallones II/262.º y Reserva 250.º. Por desgracia, y dada la premura del despliegue, el arma más eficaz de los zapadores en este tipo de acción, las minas antitanque, no se pudieron usar de la manera debida, porque no se disponía de los fulminantes precisos para su activación. En un tercer escalón, y como fuerza de reserva para realizar contraataques se situaban los tres escuadrones del Grupo de Exploración y la Compañía de Esquiadores. Un escuadrón se situó a espaldas del Batallón de Reserva 250.º, dos detrás del II/262.º y los esquiadores lo hicieron tras el Batallón I/262.º. Las compañías del Grupo Antitanque 250.º y la Compañía Antitanque 14.ª/262.º, más los antitanquistas noruegos enviados en ayuda de los españoles distribuyeron sus cañones a lo largo y ancho del sector, aunque sus mejores efectivos se encontraban a ambos lados de la carretera Leningrado-Moscú.



**10 DE FEBRERO EN EL SECTOR DE 18º EJÉRCITO**

-  Ejes del ataque proyectado
-  Ataques de diversión. Día 10
-  Combates del batallón 11/269 en enero
-  Territorio conquistado por el Ejército Soviético el 10 de febrero

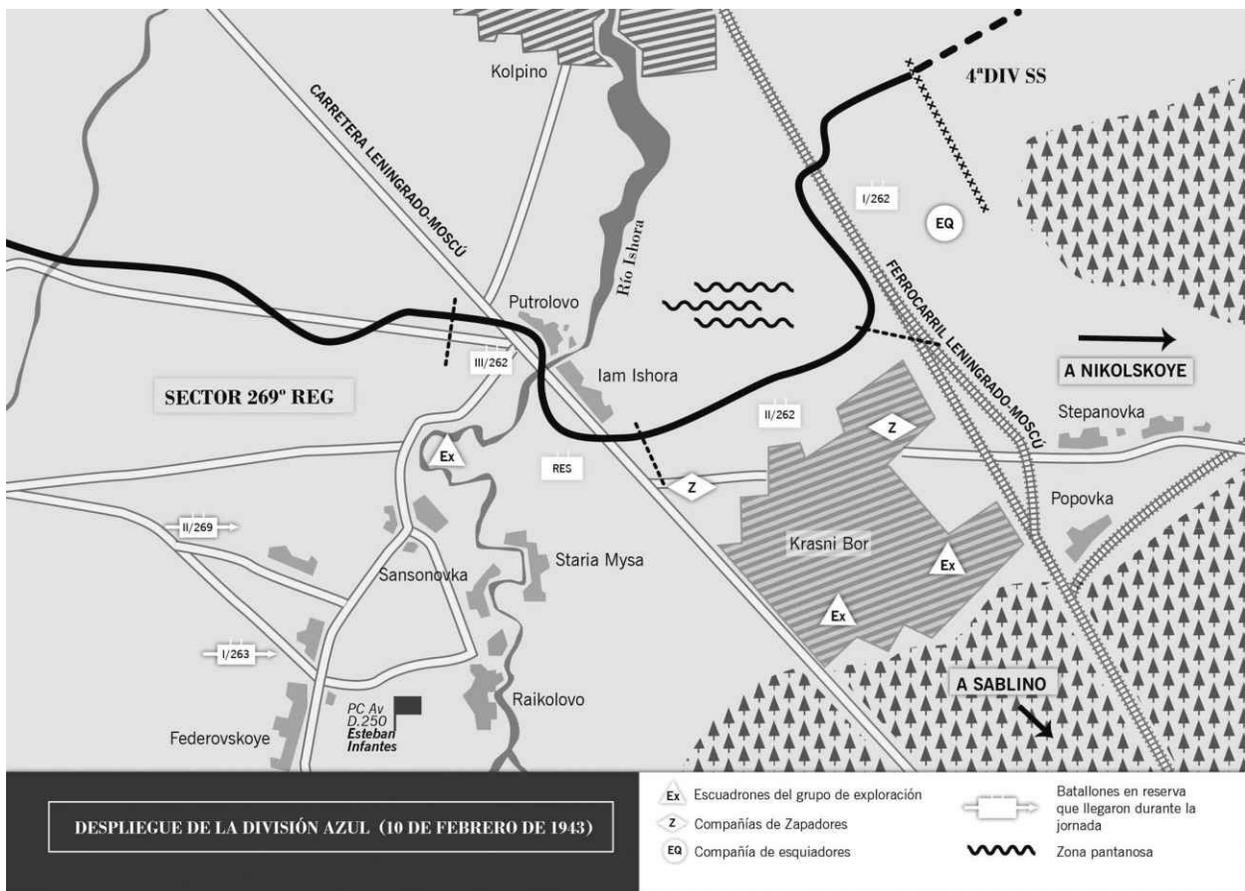
El despliegue de estos medios, y el de la artillería, evidenciaba que se suponía que los soviéticos repetirían el esquema de su anterior ataque en Krasny Bor, cuando pusieron su principal empeño en avanzar a lo largo de la carretera. Por esa razón, de toda la artillería española desplegada en la zona solo una batería ligera y una batería pesada estaban situadas de manera adecuada para apoyar al Batallón I/262.º. Al único batallón que estaba en situación de reserva en todo el sector de la DA, el I/263.º, se le ordenó que dos de sus compañías fueran inmediatamente enviadas hacia Krasny Bor, y por la razón que vengo exponiendo, también se situaron en las inmediaciones de esa carretera, en Federovskoye, muy cerca de donde se ubicó un puesto de mando avanzado (Raikolovo) preparado para que el mando divisionario dirigiera el combate. Como los españoles temían que tras su avance sobre esa carretera los soviéticos giraran hacia el oeste para atacar la retaguardia española, las unidades logísticas desplegadas a lo largo de la ruta Prokovskaia-Antropschino-Mestelevo-Vyarlevo organizaron efectivos de combate para autoprotgerse. Y el batallón de repatriación que debía haber partido hacia España vio su salida retrasada por si hacía falta echar mano de sus hombres.

Según imaginaban los alemanes, el objetivo final del ataque en Krasny Bor sería alcanzar la localidad de Tosna, al sureste, donde confluirían con las fuerzas que atacaran desde el Frente del Vóljov, si es que el plan enemigo tenía éxito. En realidad, los soviéticos habían introducido alguna novedad en su plan de ataque. El gran arrabal industrial de Kolpino, al sureste de Leningrado, proporcionaría la base de partida para la ofensiva. En la fase de ruptura se lanzaría al ataque sobre Krasny Bor la 63.ª División de la Guardia (mandada por el mejor comandante de división del sector de Leningrado, el general Simoniak), reforzada con carros de combate pesados, que atacaría entre la carretera y el ferrocarril las posiciones del Batallón de Reserva 250.º y del II/262.º. Sus flancos serían cubiertos por la 72.ª División de Fusileros al Oeste (atacando al III/262.º), y la 43.ª División de Fusileros al Este (atacando al I/262.º). Ambas fijarían además a los efectivos del ala occidental de la DA y a la 4.ª División SS mediante ataques locales, para que no se extrajeran fuerzas con las que reforzar Krasny Bor.

Sería la división de Simoniak, una unidad de élite, la que asaltara Krasny Bor, y esa primera fase del ataque no se daría por concluida hasta alcanzar la estación de Sablino. Inmediatamente después de producirse la ruptura en Krasny Bor, entraría en acción la 45.ª División de la Guardia del general Krasnov, que en realidad encuadraba en esta ocasión solo a uno de sus regimientos de fusileros, ya que iba a dirigir también a unidades de carros de combate, de infantería motorizada y de esquiadores. Esta fuerza, eminentemente móvil, era la que debía realizar la primera explotación de la ruptura. Pero Krasnov no debía avanzar detrás de los hombres de Simoniak en la misma dirección, ya que entre al sur de Krasny Bor y hasta la estación de Sablino el terreno estaba cubierto por un denso bosque, poco apropiado para el avance de los carros de combate. Su objetivo no era el que temían los españoles (girar hacia el oeste y aniquilar a la DA), sino, al contrario, virar hacia el este y avanzar a gran velocidad, para aprovechar un corredor de terreno libre de árboles y pantanos, por el que podría llegar a Nikolskoye, alcanzando también allí el ferrocarril Sablino-Mga, vital para los alemanes. Además, la 4.ª División SS —que desplegaba desde el ferrocarril de Leningrado-Moscú a la desembocadura del Tosna— habría quedado en difícilísima posición, con un poderoso enemigo en su retaguardia. Todos estos objetivos debían

alcanzarse el día 10. El día 11 intervendrían en la acción nuevas fuerzas de refresco: tres divisiones de fusileros, una brigada acorazada y otra de esquiadores, con las que se debía alcanzar Tosna y enlazar con el Frente del Vóljov. El día 12, antes de que los alemanes hubieran podido recuperarse, el 67.º Ejército del Frente de Leningrado lanzaría un nuevo ataque, más al norte, en dirección a Mga, combinándose con otro a cargo del Frente del Vóljov.

Si no nos dejamos engañar por las denominaciones, y analizamos los efectivos reales de las unidades desplegadas, lo que nos encontramos es que los españoles tenían sobre el campo de batalla de Krasny Bor unos 5.000 hombres, puestos bajo el mando del coronel Sagrado, que como jefe del Regimiento 262.º tenía la responsabilidad del sector oriental de la DA. Y que los que se lanzaron sobre ellos el día 10 fueron unos 30.000 soldados soviéticos, que iban a ser apoyados por un centenar y medio de carros, entre los que figuraban los T-26 ligeros, los T-34, carros medios y los KV-1, carros pesados. Frente a estos últimos los españoles no disponían, ya lo sabemos, de ningún carro de combate y la mayor parte de sus cañones antitanque eran de nula utilidad. Afortunadamente para alemanes y españoles, los fusileros y los tanquistas soviéticos del Frente de Leningrado no habían tenido muchas ocasiones de actuar conjuntamente en grandes operaciones móviles, por lo que el empleo táctico de los tanques era extremadamente pobre y la siempre difícil cooperación entre infantes y carristas apenas se lograba.



En realidad lo que era especialmente temible era la artillería soviética. Los combates en el cerco de Leningrado eran en gran medida enfrentamientos entre las artillerías opuestas. Durante muchos años en la visión del combate de Krasny Bor que teníamos en España se enfatizaba en la absoluta desproporción entre la artillería de campaña soviética (que habría intervenido en la batalla con 150 baterías) y la española (que solo habría desplegado cinco). Sin embargo, como esta batalla se sigue estudiando y cada vez sabemos más detalles, a día de hoy lo que se puede afirmar es que en el combate del día 10 los soviéticos emplearon 77 baterías de campaña, enfrentadas a 23 hispano-germanas (ocho españolas y 15 alemanas) (Caballero, 2014-d). No se trató por tanto de una desproporción de 30 a 1, sino de 3,3 a 1, que ya era bastante. De hecho, las dos artillerías —la soviética y la hispano-germana— empezaron la batalla los días 8 y 9, intercambiando fuego en grandes proporciones (unos 1.000 disparos entre ambos días en cada caso). Pero lo que se vivió el día 10 fue inenarrable: el campo de batalla fue barrido por más de 40.000 disparos de la artillería de campaña soviética (a los que se añadieron los de otras armas pesadas: morteros y cañones antitanque). Ningún español había vivido jamás una experiencia similar. Los ataques artilleros más duros de la Guerra Civil, librados durante la batalla del Ebro, nunca habían superado la cifra de 10.000 disparos.

Para el bando soviético, se trataba de asegurar que la ruptura de la primera línea enemiga fuera completa, sometiéndola a tal diluvio de fuego que acabara con toda posibilidad de resistencia. El ataque, en suma, se planteó siguiendo las directrices contenidas en el último *Manual de doctrina* elaborado por el mando soviético, en el otoño de 1942. Este prescribía que una división lanzada al ataque debía actuar sobre un frente que tuviera aproximadamente cuatro kilómetros de anchura, siendo apoyada por unas 150 bocas de fuego (cañones de campaña y antitanque, lanzacohetes y morteros) por cada kilómetro de frente y reforzada por unos 30 tanques, también en cada kilómetro. Sobre el sector atacado en Krasny Bor los soviéticos actuaron con 1.000 bocas de fuego: 270 piezas de artillería de campaña, 30 lanzacohetes, 100 cañones antitanque, y 600 morteros

El primer «salto» de una división atacante —según el citado *Manual de doctrina*— le debía permitir avanzar unos cuatro kilómetros, que era la profundidad normal de las defensas enemigas en posiciones bien guarnecidas (es decir, entre el «borde anterior de la zona de resistencia» y el «borde posterior» de la misma), y como tras esa distancia la defensa enemiga ya no debía existir, esa misma división atacante podía avanzar hasta penetrar unos 20 kilómetros en el territorio enemigo. Este último cálculo era demasiado optimista, como sabían los oficiales de primera línea, pues los soldados acababan agotados tras realizar la ruptura de la línea enemiga.

Casi todos estos parámetros se cumplían, por ejemplo, en el sector de ataque de la 63.<sup>a</sup> División de la Guardia del general Simoniak: la distancia entre la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú era de cuatro kilómetros; sobre ese sector se volcó una potencia de fuego capaz de borrar íntegramente a las fuerzas defensivas, y el primer objetivo a alcanzar, el borde meridional de Krasny Bor, se hallaba a unos cuatro kilómetros de la línea de partida, mientras que la estación de Sablino se hallaba tan solo 10 kilómetros al sur. Lo único que fallaba era el volumen de tanques atacantes, ya que los que iban a acompañar a los hombres de Simoniak estaban bastante por debajo de los 120 carros que le habrían correspondido de acuerdo con el

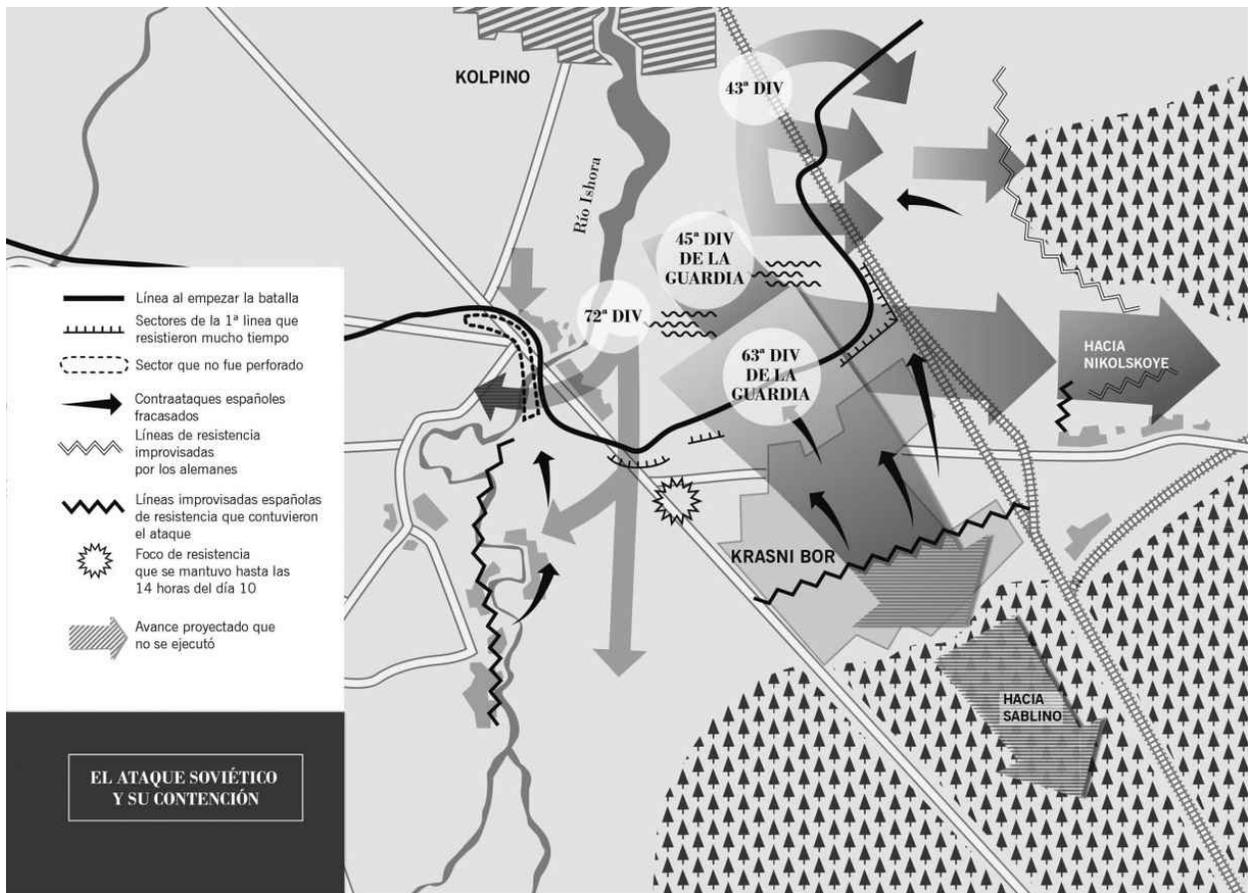
citado manual de doctrina para realizar el asalto a la primera línea española. Sin embargo, puesto que los españoles carecían completamente de tanques, y desde luego no había posibilidad de que los alemanes hicieran llegar ningún carro de combate o ingenio análogo antes de 24 horas, este «déficit» no era decisivo.

Durante la jornada del día 9 hubo intercambios de fuego artillero en todo el sector. Los soviéticos realizaron disparos para tratar de ajustar el tiro de sus piezas sobre los objetivos que debían batir al día siguiente. Los españoles, que contemplaban desde sus observatorios los incesantes preparativos rusos para la inminente ofensiva (llegada de convoyes de camiones a Kolpino, desmontaje de alambradas y campos de minas frente a las líneas rusas, etc.) intentaron entorpecer la concentración enemiga con sus disparos, aunque en cantidad menor de la que hubieran deseado, porque era evidente que había que economizar munición (y eso que las baterías habían sido municionadas al máximo, hasta 1.500 disparos, tres veces más del módulo normalmente asignado a cada una).

Los casi descarados preparativos enemigos, y la llegada a las líneas españolas de desertores y prisioneros sirvieron para que el mando de la DA tuviera una idea clara de la inminencia del ataque sobre Krasny Bor, que era el objetivo. A partir de las 21 horas del día 9 el casco urbano de Krasny Bor fue objeto de un bombardeo de la aviación enemiga. Y a las 11 de la noche, el Cuerpo de Ejército informó a los españoles de que, sin duda, el ataque se iniciaría al amanecer del día 10. Los últimos preparativos españoles fueron ordenar a las dos únicas compañías de reserva que mantenía el Regimiento 263.º que estuvieran dispuestas a moverse también ellas hacia Krasny Bor, mientras que al Regimiento 269.º se le indicó que tuviera disponibles las fuerzas del aún esquelético II/269.º.

En aquellas latitudes y fechas, las horas de luz son escasas. Y buena parte del combate se iba a librar de noche. Al amparo de esta, los carros de combate rusos abandonaron sus puntos de estacionamiento en Kolpino y se dirigieron hacia las posiciones de asalto. Los ingenios acorazados eran muy ruidosos y por tanto fueron detectados, por lo que la artillería hispano-germana bombardeó los puntos por donde parecían estar avanzando y desplegándose. Parece que algunos de ellos, de entre los que se disponían a atacar al Batallón de Reserva 250.º, fueron alcanzados e inutilizados por ese fuego.

De pronto, a las 6.45 del día 10, el cielo enrojeció, y una gigantesca tormenta de acero se desencadenó sobre las líneas españolas. Cañones de campaña de diversos calibres, cañones antitanque que realizaban un eficaz tiro tenso contra todos los emplazamientos conocidos de las armas españolas, morteros pesados de infantería y lanzacohetes múltiples Katyushas abrieron un fuego infernal, concentrándose en la primera línea española. Ninguno de los españoles allí presentes había vivido una experiencia análoga antes, y eso que no faltaban veteranos de las más duras batallas de la Guerra Civil. Aquella concentración de fuego era, sencillamente, algo que ni siquiera imaginaban que se pudiera alcanzar. Estaban asistiendo a lo que los soviéticos bautizaron como una «operación artillera de ruptura», un concepto táctico que desarrollarían hasta conseguir, ya en los años 1944 y 1945, unas concentraciones de piezas artilleras tan densas que, literalmente, los cañones y obuses se rozaban entre sí.



Los alemanes sí que estaban empezando a acostumbrarse a esos masivos despliegues de fuego, y buscaban el antídoto: desalojar completamente las posiciones de primera línea antes de que empezara el bombardeo, salvaguardando especialmente las ametralladoras, para volver a la carrera a primera línea cuando el bombardeo acababa, o incluso mediante un contraataque. Kleffel envió instrucciones en ese sentido a los españoles a las 23.30 del día 9, demasiado tarde para que pudieran llegar hasta las unidades de primera línea y, por tanto, fueran de alguna utilidad. Naturalmente la artillería hispano-germana replicó inmediatamente, con fuego de contrabatería y batiendo las posiciones de partida enemigas. Pero enseguida vieron que era imposible mantener la cadencia del fuego enemigo, pues existía el peligro de quedarse completamente sin municiones para el momento en que empezara el ataque de la infantería y los tanques soviéticos, saliendo los infantes de sus trincheras, y ese era precisamente el momento en que el fuego propio sería de mayor utilidad. La artillería pesada y superpesada alemana que disponía de gigantescas piezas, algunas sobre montajes ferroviarios, fue alertada y empezó a prepararse para hacer fuego. Pero aunque cada una de sus no menos gigantescas granadas podía ser demoledora, dado su largo proceso de emplazamiento y lenta cadencia de tiro, aún tardarían mucho tiempo antes de ser eficaces.

Hacia las ocho de la mañana, el tiro de los soviéticos empezó a alargarse, hacia la retaguardia, señal inequívoca de que la hora del asalto de los tanques y la infantería se avecinaba. Pero antes de que, hacia las 8.30, acabara el castigo de la primera línea, aún hubo ocasión para un alarde final, el disparo de los lanzacohetes múltiples, los «Órganos de Stalin», un arma por el que los soviéticos tenían predilección. Demasiado imprecisos para el gusto de un buen artillero, sin embargo los Órganos de Stalin eran el terror de la infantería, que veía llegar con total impotencia las masas aullantes de cohetes que barrían completamente la zona de impacto. Y ya antes de que acabara la artillería, la Aviación soviética (unos cien aparatos) había hecho aparición, bombardeando y ametrallando.

El resultado fue el que cabía esperar. Entre el 50 y el 80 por ciento de los efectivos de las compañías desplegadas en primera línea causó baja antes de que empezara el asalto de los rusos. Muchos, muertos y heridos. Entre ellos, muchos oficiales y suboficiales. Otros hombres, aun no habiendo sido alcanzados, se habían retirado de la primera línea: no podían soportar aquel diluvio de granadas, aquel estruendo de estampidos, la metralla que llenaba el aire de rugidos y el olor a pólvora que saturaba el olfato. Entre las causas de la desmoralización de algunos hombres estaba el que las bajas entre los oficiales y suboficiales eran tan elevadas que muchos de ellos se habían quedado, además, sin mandos y por ello, estaban desorganizados, y buscaron una salvación individual. Significativamente, el parte de guerra redactado por la DA después de la batalla daba por enteramente aniquiladas algunas de las compañías de las que sin embargo, ahora sabemos que quedó una cierta estructura y que iban a tener un papel decisivo, como sería el caso de 5.<sup>a</sup>/262.<sup>o</sup>: un tercio de ella sobrevivió al bombardeo y bajo el mando de su capitán, Palacios, y algunos otros extraordinarios mandos, la compañía iba a pelear, y de qué manera, aquella jornada.

No menos importante fue el efecto causado sobre el «sistema nervioso» de la DA: sus transmisiones. Como todas las divisiones, la DA basaba su red de comunicación en los teléfonos de campaña y solo de manera secundaria en la radio. La red telefónica virtualmente se volatilizó:

los cables estaban cortados por mil sitios, y muchas centralitas habían sido alcanzadas directamente. Lo mismo ocurría con buena parte de las estaciones de radio, pero las que se salvaron aún pudieron hacer algo de su labor. Por culpa de esta situación, los capitanes perdieron enlace con las compañías vecinas, y los puestos de mando de sus batallones, y estos últimos con el del Regimiento 262.º, que a su vez casi no logró comunicar con el Puesto de Mando Avanzado de Esteban-Infantes más que de manera ocasional. Las baterías de artillería y las compañías de antitanque, cuyo fuego debía ser dirigido desde los observatorios de esas unidades, tampoco pudieron comunicarse debidamente con las posiciones de sus piezas, ni informar ni recibir órdenes de escalones superiores. Casi aniquiladas las redes de transmisiones, desapareció el funcionamiento normal de la cadena de mando. En otras ocasiones, esa desaparición de la cadena de mando se debió expresamente a la acción artillera, y así, a poco de empezar la batalla, la Agrupación de Artillería española perdió a su jefe, el teniente coronel Ascarza, cuando su puesto de mando fue alcanzado por el fuego enemigo y murieron él y los oficiales de su plana mayor. El inicio de la jornada no podía ser más dramático.

Había que confiar en que los jefes de batallón y grupo, de compañía y batería, supieran dar lo mejor de sí mismos, porque lo que se avecinaba se intuía terrible. Kleffel, el jefe del L CE, captó enseguida la virulencia del ataque, así que a las 7.20 ordenó añadir al debilísimo Regimiento 390.º alemán, estacionado en Sablino como reserva, una nueva unidad, el Batallón de Alumnos de la Escuela de Zapadores de Asalto del 18.º Ejército, con 330 hombres más, porque el peligro de que el enemigo lograra una ruptura total en Krasny Bor era muy alto.

A partir de las 7.45 la infantería enemiga pasó a ocupar sus posiciones de asalto. Afortunadamente para los españoles, dada la escasa flexibilidad táctica del enemigo, la infantería rusa no empezaba el ataque hasta que su artillería había alargado sus tiros hacia la retaguardia de manera bien visible, en vez de avanzar bajo la protección directa de una pantalla de fuego. Así que el asalto de la infantería rusa era siempre un asalto «puro y duro»: miles de hombres salían de sus trincheras y formando largas hileras avanzaban casi mecánicamente, aparentemente insensibles al fuego que se les pudiera hacer. Extenderse sobre las razones de este casi increíble proceder obliga a exponer sus variadas causas, que van desde el bajo nivel técnico militar de la mayoría de los oficiales subalternos hasta el absoluto desprecio por la vida de sus propios soldados de que hacían gala los oficiales de rangos superiores y los generales, acostumbrados a sacrificarlos en grandes cantidades. Aunque algunos crean que es un tópico, a los soldados soviéticos se les proporcionaban grandes dosis de vodka antes de lanzarlos al ataque. Infundía en ellos un falso valor, y en cambio anulaba su capacidad de reacción. Ese «asalto de infantería» era el momento débil de toda ofensiva soviética: si sus enemigos habían conservado un mínimo de capacidad de reacción, podían causarles unas bajas atroces.

Y eso fue exactamente lo que iba a ocurrir, ya que en la primera línea de la DA todavía quedaban vivos hombres adornados con una férrea voluntad de combatir. Téngase en cuenta que la DA estaba dotada, como todo el Ejército Alemán, con un arma portentosa, la ametralladora MG-34. Una sola de estas «máquinas», así es como se las llamaba, en manos de una escuadra de buenos soldados, podía segar la vida de centenares y centenares de los soviéticos que avanzaban hacia ellos como autómatas. Para evitar esa posibilidad los soviéticos contaban, ya lo hemos señalado, con que su bombardeo artillero hubiera aniquilado a los combatientes de las líneas enemigas. Y también con los carros de combate. El total de carros de combate asignados a esta

primera fase de la ofensiva contra Krasny Bor era de unos 125, aunque la mayoría (unos 70) se reservaban para la veloz penetración que Krasnov debía ejecutar una vez lograda la ruptura. Los más de cincuenta restantes podían ser empleados en la ruptura de las líneas. Su despliegue desconcertó a los españoles (y aún más a los alemanes). En efecto, la mayor parte de ellos se concentró contra el vértice de las líneas del Batallón I/262.º.

No era lo esperado, teniendo en cuenta las últimas experiencias de ataques sobre el sector, cuando el centro de gravedad soviético había estado más al oeste, avanzando con fuerza hacia el sur por ambas orillas del Ishora y hacia Krasny Bor, por la carretera. Esos eran los sectores que los españoles habían cubierto con especial interés. Y, sin embargo, ahora la principal masa de carros enemigos se lanzaba contra el Batallón I/262.º, en el ferrocarril Leningrado-Moscú, y en vez de dirigirse hacia Krasny Bor con todos sus efectivos, una parte importante de los soviéticos pugnaba por avanzar hacia el este. Esa sorpresa táctica lograda por los soviéticos se vio amplificadas en sus efectos porque el citado batallón español era el que tenía las líneas más extensas (aunque es cierto que se apoyaba en el talud del ferrocarril, una importante ventaja), pero el que tenía menos apoyo artillero español y menos fuerzas de reserva a sus espaldas. Para la DA esto quizás no fuera demasiado preocupante, pero los alemanes captaron enseguida el peligro para su 4.ª División SS, cuya infantería estaba tan debilitada que apenas suponía una tercera parte de los efectivos de infantería de la DA. Si el I/262.º se colapsaba, sobre ella se cernía la amenaza de un cerco.

El resto de los carros fue empleado, a partes iguales, contra el centro del Batallón II/262.º y contra el Batallón de Reserva 250.º. El efecto combinado del durísimo bombardeo, el empleo de carros y la masa de infantería lanzada al ataque fue el que cabe imaginar. Describir pormenorizadamente los combates en la primera línea española para contener aquella avalancha, donde se sucedieron las escenas del más puro heroísmo, exige mucho más espacio del que aquí se le puede dedicar, pero ya existen muchas obras sobre esta batalla que el lector puede consultar si se queda insatisfecho con lo que aquí se desarrollará.

En el sector del Batallón I/262.º, dos de sus compañías fueron desalojadas de sus posiciones por el enemigo en relativamente poco tiempo, y las reservas situadas a sus espaldas no pudieron contraatacar eficazmente por ser víctimas de un ataque aéreo. Pero, en cambio, la Compañía 3.ª/262.º protagonizó una resistencia totalmente insospechada para los soviéticos. Su carismático capitán Huidobro (había ganado la Medalla Militar Individual —MMI— en la Guerra de España) sacó el máximo partido a sus comparativamente buenas posiciones y sus hombres protagonizaron una defensa numantina, incluso después de la muerte de su capitán. La Compañía 3.ª/262.º era justamente la que enlazaba con la antes citada 5.ª/262.º (esta ya del Batallón II/262.º) del que sería mítico capitán Palacios. De manera por completo inesperada para los soviéticos, los restos de esas dos compañías iban a formar un tenaz núcleo de resistencia, que frenaría durante horas decisivas la entrada en acción de los hombres del general Krasnov.

El resto del Batallón II/262.º sufrió también un terrible castigo, y aunque el jefe del mismo, el comandante Payeras, MMI en la Guerra de España, se lanzó al contraataque con su plana mayor para taponar la brecha en sus líneas, siendo fatalmente herido, finalmente no pudo lograrlo. De hecho el enemigo arrasó también a parte de la «segunda línea» constituida por zapadores a la espalda de su batallón, y por ello el coronel Sagrado ordenó intervenir a sus reservas, un escuadrón (es decir, una compañía) del Grupo de Exploración 250.º corrió a taponar la brecha en

el centro del II/262.º y otro intentó soldar los sectores del II y el I/262.º. Pese a su sacrificio, ninguno de los escuadrones logró el objetivo. Sin embargo, también es cierto que el ala occidental del Batallón II/262.º resistió, y se replegó hacia las posiciones ocupadas en segunda línea por una de las compañías de zapadores, la 3.ª, mandada por el capitán Aramburu. Esa posición bloqueaba exactamente la carretera Leningrado-Moscú. Al formarse ese núcleo de resistencia español se produjo otro grave e inesperado contratiempo para los planes soviéticos.

Más al oeste, el enemigo logró romper las líneas de Batallón de Reserva 250.º y el contraataque de su jefe, el capitán Miranda, otro bravo oficial que ya poseía la MMI desde la Guerra Civil, no logró taponar la brecha. Aunque una de las muy vapuleadas compañías del batallón, la 2.ª/Reserva 250.º, mandada por el capitán Oroquieta, logró la increíble proeza de mantenerse en sus posiciones, el enemigo se infiltró hacia el Ishora. En un llamativo meandro de ese río a espaldas del batallón, otro de los escuadrones del Grupo de Exploración 250.º contuvo finalmente al enemigo, evitando que el Batallón III/262.º se viera desbordado por su flanco meridional. Más al sur, en el curso del mismo Ishora, el enemigo alcanzó la aldea de Staraia Mysa, pero no pudo pasar a la vecina Sansonovka, situada ya en la ribera occidental del río, gracias a la acción de la Compañía 15.ª/262.º y otros elementos del Batallón de Zapadores, que lograron rechazarlos con graves pérdidas. En Raykolovo, Esteban-Infantes, que veía su PC directamente amenazado, hizo avanzar hasta el Ishora a las dos compañías del Regimiento 263.º que habían llegado para ser usadas como reservas, para constituir con ellas una cabeza de puente en su orilla oriental. En cambio, el asalto contra el Batallón III/262.º fue un completo fracaso, gracias a sus sólidas posiciones, y también al apoyo de los cañones de 88 y 20 mm alemanes de la única Flakkampftruppe que había llegado al sector antes del inicio del ataque, y que estaba a su espalda.

El enemigo había logrado penetraciones en los sectores de tres de los cuatro batallones españoles desplegados en primera línea, pero los españoles ofrecían una inesperada resistencia al Ejército Rojo en puntos clave para los planes enemigos. La carretera Leningrado-Moscú seguía completamente cortada, por las posiciones dominantes sobre ella del III/262.º, que se mantuvo incólume, pero también por la resistencia de Oroquieta y su 2.ª/Reserva 250.º y, algo más al sur, por la bolsa de resistencia formada por restos de compañías del II/262.º y los zapadores de Aramburu. En el trazado del ferrocarril los núcleos formados por los elementos de la 3.ª y la 5.ª del 262.º (las compañías de Huidobro y Palacios) impedían ejecutar una parte decisiva del plan: el giro hacia el este de los hombres de la 45.ª División de la Guardia de Krasnov.

Parecía, eso sí, que Simoniak y su 63.ª División de la Guardia habían logrado su objetivo, y algunos de sus tanques y soldados llegaron a alcanzar el borde meridional de Krasny Bor, pero pese a todo no lograron consolidar su dominio de la población. Y es que, cuando menos lo esperaban, recibían contraataques desde cualquier dirección, protagonizados por grupos de españoles que se negaban a rendirse, y aparecían en cualquier punto. Uno de ellos fue protagonizado por el mismo coronel Sagrado con su plana mayor regimental. Ese débil control del terreno por los hombres de Simoniak permitió que se formara, entre la carretera y el ferrocarril, una nueva e improvisada línea de resistencia española. Se articuló de manera espontánea, en torno a los observatorios de las baterías (donde estaban apostados sus capitanes), en torno a las líneas de piezas de esas mismas baterías, y también gracias a la presencia en el casco urbano de Krasny Bor de los puestos de mando de las diversas unidades desplegadas: los del I Grupo de Artillería

(comandante Reinlein), Antitanque 250.º (comandante De la Cruz), Exploración 250.º (capitán García Ciudad) y Zapadores 250.º (comandante Bellod). Todos aquellos oficiales supieron reagrupar en torno a ellos y sus planas mayores a los elementos dispersos de la primera línea que se estaban retirando después de perder a sus mandos (entre los oficiales de las unidades de primera línea las bajas fueron aterradoras). Cuando los nervios del coronel Sagrado finalmente se quebraron y, convencido de la ruptura total del frente, se retiró hacia Sablino para pedir que avanzaran las reservas alemanas que él sabía que estaban allí, dos jefes españoles, Reinlein y Bellod, se convirtieron en los líderes de esta improvisada defensa que cruzaba la parte meridional de Krasny Bor de oeste a este, el primero como responsable de la defensa del sector occidental y el segundo al frente del oriental. Es muy injusto no señalar que a la consolidación de esa segunda línea improvisada contribuyó decisivamente la llegada de las dos Flakkampftruppen restantes de las tres que los alemanes habían prometido a los españoles.

Nada de esto hubiera sido posible sin el sacrificio de las tropas situadas en primera línea. Ciñéndonos estrictamente a ella, de los tres jefes de los batallones que fueron más duramente atacados (I y II/262.º y Reserva 250.º) dos murieron; y de los ocho jefes de compañía de fusileros que ocupaban el «borde anterior de la zona de resistencia» en los sectores de esos tres batallones, cuatro murieron y dos cayeron prisioneros. Los datos permiten imaginar el castigo sufrido por sus compañías. Nadie podía dudar de que aquellos hombres se habían ofrecido en holocausto para cumplir con su deber. La historia, se dice, la escriben los vencedores, y quizás sea cierto. Pero lo que está fuera de duda es que la escriben los vivos, y por ello hay que recordar aquí a todos los que cayeron en aquellas trincheras, los responsables máximos de frustrar el ataque soviético, y a los que la muerte condenó al silencio. Finalmente, pese a su casi increíble heroísmo, y como podemos imaginar, los últimos núcleos de resistencia de esa primera línea, los de las compañías de Huidrobro, Palacios y Oroquieta, acabaron siendo laminados.

Agotadas en el tremendo esfuerzo de acabar con la primera línea española, las tropas soviéticas atacantes no lograron en todo el día quebrar la excepcional resistencia protagonizada por el núcleo apostado en la carretera (con elementos del II/262.º y zapadores), ni impedir la improvisación de una nueva línea, mérito que cabe atribuir especialmente a Reinlein y Bellod. Porque, entre otras cosas, todos ellos lo hicieron sin tener órdenes del Puesto de Mando Avanzado divisionario, con el que solo existió un contacto episódico. Y no por falta de entrega de los hombres del Grupo de Transmisiones 250.º. El capitán de su Compañía de Telefonía, García Segura, se lanzó a la suicida aventura de tratar de restablecer las líneas que enlazaban con Krasny Bor, en la que encontró la muerte.

Como el Puesto de Mando Avanzado solo tenía una información parcial y fragmentaria de lo que estaba ocurriendo en Krasny Bor, y el mando de la artillería le había sido transferido al Arko 138, el general Esteban-Infantes solo pudo concentrarse en constituir y mantener una línea a lo largo del Ishora, mientras imploraba, sin éxito, que interviniera la Luftwaffe o pedía que desde Sablino a Krasny Bor las tropas del Regimiento 390.º avanzaran para ayudar a los españoles. A las 16 horas, el mando del L Cuerpo transfirió al cuartel general de una división alemana, la 212.<sup>a</sup> de Infantería, la responsabilidad del frente entre la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú. Esto exige alguna explicación, ya que algún autor ha llegado a afirmar que los alemanes habían mantenido pasiva a esa 212.<sup>a</sup> División en Sablino, mientras se masacraba a los españoles. Hay que remarcar que se trataba exclusivamente de un cuartel general divisionario. Puesto que los

combates en torno a Mga habían sido terriblemente devastadores para las unidades alemanas, y puesto que allí se desplegaba un auténtico puzle de unidades aportadas por todo el Grupo de Ejércitos (batallones y baterías sacadas de las más diversas divisiones), ese cuartel general de la 212.<sup>a</sup> División debía actuar como mando de una fuerza táctica con entidad divisionaria, y el L Cuerpo sabía que tenía previsto transitar por Sablino el día 10, pero las órdenes eran que siguiera hacia Mga. Quien tenía competencia para darle órdenes era el 18.<sup>o</sup> Ejército y hubo que esperar a que este lo ordenara. A ese cuartel general de la 212.<sup>a</sup> División se le debían subordinar el varias veces citado 390.<sup>o</sup> Regimiento (que era parte de la 215.<sup>a</sup> División), ya presente en Sablino, y otras unidades también en tránsito hacia Mga para reforzar el frente de Sinyavino: los regimientos 316.<sup>o</sup> (de la 212.<sup>a</sup> División) y 374.<sup>o</sup> (de la 207.<sup>a</sup> División); o bien se retiraban desde Mga hacia retaguardia para ser reorganizados, como el Regimiento 366.<sup>o</sup> (de la 227.<sup>a</sup> División). Que el lector no se llame a engaño: en el mejor de los casos la fuerza real que tenían cada uno de esos regimientos era la de un batallón de infantería.

Pese a que Esteban-Infantes ya sabía que la DA había sido relevada de la tarea de guarnecer las líneas entre la carretera y el ferrocarril, deseaba recuperar tanto terreno como fuera posible al este del Ishora. Todo el Batallón I/263.<sup>o</sup> había sido reunido ya en su orilla occidental, y a las dos compañías que habían llegado antes del inicio del combate se unió el resto durante la jornada. Y también estaban presentes las dos únicas compañías del Batallón II/269.<sup>o</sup> que habían alcanzado cierto nivel de operatividad. Esteban-Infantes ordenó un ataque en abanico desde Podolovo, en el Ishora, avanzando en dirección nordeste hasta alcanzar las líneas que había ocupado el Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup>. Debían ejecutarlo tres de las compañías del 263.<sup>o</sup> y una del 269.<sup>o</sup>. El ataque empezó a las 18 horas (ya era noche cerrada en aquellas latitudes) y la verdad es que, debido a la urgencia, estuvo mal planificado. Parte de los efectivos tuvieron que replegarse hacia Sansonovka, atacados de flanco; y los que lograron alcanzar las posiciones del Batallón de Reserva 250.<sup>o</sup> acabaron siendo igualmente rechazados, retirándose en su caso también hacia el este, hacia el meandro del Ishora exactamente. Pese a que como maniobra militar fue un fracaso, el ataque revelaba lo alto que los españoles mantenían su espíritu de lucha.

Lo mismo ocurría en otros sectores. Hasta casi la medianoche los hombres del Batallón II/262.<sup>o</sup> y los de la Compañía 3.<sup>a</sup>/Zapadores que se habían atrincherado tan eficazmente en la carretera Leningrado-Moscú no abandonaron sus posiciones. Al no recibir órdenes de ningún tipo desde hacía horas, y no observar ya combates en sus inmediaciones, sus oficiales optaron por retirarse al amparo de la oscuridad hacia Sablino. Lo mismo hicieron los dispersos grupos de la improvisada segunda línea establecida al sur del perímetro de Krasny Bor, que fueron abandonándola conforme llegaban los efectivos de los «regimientos» que estaba haciendo avanzar en dirección al borde meridional de Krasny Bor la 212.<sup>a</sup> División. Un grupo de los artilleros del I Grupo en marcha de repliegue hacia Sablino recibió la petición de una de las baterías alemanas situadas al suroeste de Krasny Bor de que les ayudaran a proteger sus piezas, y así lo hicieron alargando su presencia en aquel campo de batalla bastantes horas más. En cuanto a la 9.<sup>a</sup> Batería española, la emplazada más al este, ya tras las líneas de la 4.<sup>a</sup> División SS, y que se encontraba sobre el eje de avance de los hombres de Krasnov, defendió con uñas y dientes sus piezas y posiciones durante tres días más, y no abandonó su posición hasta recibir la orden de retirarse hacia el sector de la DA.

Al final de aquel terrible día 10, los soviéticos se encontraban frenados en el Ishora, que habían tratado de cruzar hacia el oeste, para asegurar la circulación por la carretera Leningrado-Moscú. Como el río tenía unas riberas muy inclinadas, era un obstáculo antitanque natural al que los españoles debían aferrarse. Por eso combatieron enérgicamente desde el gran meandro del río, al norte, donde una fábrica de papel se convirtió en objeto de disputa entre ambos bandos, y hasta Podolovo, al sur. El lugar de más duros combates fue el de las aldeas gemelas de Sansonovka y Staraiia Mysa, ya que era el único lugar por el que el río era fácil de franquear, y donde se combatió con especial crudeza. El teniente coronel Rodríguez-Cano se hizo cargo del mando del sector, que incluía también el tramo terrestre entre el Ishora y la carretera Leningrado-Moscú al sur de Podolovo. Para defender ese segmento se contó con el inesperado refuerzo de un batallón de voluntarios estonios, que el mando alemán había mandado con urgencia ya que justamente al sur de esa línea entre el Ishora y la carretera, en torno a la aldea de Chernaya Rietschka, era donde desplegaba gran parte de la artillería pesada alemana que venía actuando durante todo el día, y a la que me referiré a continuación. A sus espaldas estaba como reserva la Legión Flamenca — aunque no llegó a entrar en línea— una vieja conocida de los españoles, que sin embargo era la primera vez que operaban junto a estonios.

Inevitablemente, hacia el final de la jornada, tanto los españoles como los alemanes estaban tratando de juzgar lo sucedido aquel día. A los españoles les escandalizó lo que interpretaron como falta de apoyo alemán. ¿Dónde había estado la Luftwaffe?, se preguntaban desde Esteban-Infantes al último divisionario, que habían sufrido la acción de casi cien aparatos enemigos. La verdad es que la Fuerza Aérea alemana era una sombra de lo que había sido y a lo largo de todo el mes de febrero de 1943 y para todo el sector del 18.º Ejército solo realizó 967 despegues con sus cazas y 1.581 con sus bombarderos, convencionales y en picado. En ese mismo mes y para el sector de Krasny Bor las misiones de vuelo realizadas por los bombarderos alemanes fueron 217 en total, buena parte de ellas en el día 10. Pero no fue hasta las 15 horas, cuando los alemanes ya eran plenamente conscientes de que el simultáneo ataque soviético en el Vóljov estaba perfectamente contenido, y que ahora el peligro era que los soviéticos lanzaran al combate en Krasny Bor sus reservas amasadas en Kolpino, cuando atacaron esta población con bombarderos y Stukas, desbaratando la posibilidad de que entraran en combate esa noche o al día siguiente. Lo que sí había estado haciendo toda la jornada la Luftwaffe con sus aviones de reconocimiento era operar constantemente sobre el escenario de los combates, y de lo que informaron era de que los soviéticos estaban paralizados en Krasny Bor y realizaban una presión limitada en el Ishora, pero seguían empeñados a toda costa en avanzar con sus efectivos acorazados hacia Nikolskoye, en la retaguardia de la 4.ª División SS, por lo que ese sector se convirtió en el de más urgencia para el L Cuerpo y el 18.º Ejército. La inesperadamente tenaz resistencia de las compañías 3.ª y 5.ª del Regimiento 262.º, la acerada resistencia de la 9.ª Batería española y —claro está— la de los hombres de la 4.ª División SS, especialmente de sus artilleros, que ya habían llegado a la zona el día 10, pero estaban a la espera de sus cañones, había frenado el avance de los hombres de Krasnov que, además, debido al masivo fuego artillero de soviéticos, alemanes y españoles durante aquella jornada en el sector de Krasny Bor, en vez de progresar sobre nieve y hielo avanzaban en medio de un mar de fango. En consecuencia, después de haber rebasado la línea del ferrocarril Leningrado-Moscú solo habían alcanzado Mishkino, y estaban bastante lejos aún de Nikolskoye. Esa era la precisa y preciosa información que los pilotos de reconocimiento

ofrecieron al mando del Cuerpo y del Ejército, aunque no fuera transmitida al mando de la DA, que estaba en la más completa ignorancia de lo que estaba ocurriendo más allá de su sector. Los españoles hubieran preferido gozar ellos de ese apoyo de la Luftwaffe, pero la forma en que se asignaron por los alemanes sus escasos recursos aéreos responde perfectamente a la lógica militar.

Y es que el mando del 18.º Ejército tuvo bastantes cosas que atender ese día 10. A la vez que en Krasny Bor lo hacía el Frente de Leningrado, el Frente del Vóljov había atacado al XXIII Cuerpo alemán en Smierdina. Cuando se comprobó que el ataque era apoyado por solo 20 baterías se concluyó que desde luego aquel no era el foco principal. También a las mismas horas del día 10, hubo ataques de envergadura sobre todas las tropas desplegadas al norte de Mga, en el sector de Sinyavino, hasta en cuatro lugares distintos y había que evaluar su potencial peligrosidad antes de tomar decisiones globales. Cuando se vio que solo eran ataques locales, entonces sí que pudieron tomarse decisiones importantes, como la de hacer confluir en Sablino los minúsculos medios acorazados del Grupo de Ejércitos, ya señalados, y otras fuerzas (cañones antitanque autopropulsados, baterías de lanzacohetes y más unidades de artillería).

Los soviéticos padecieron en sus carnes la llegada del puñado de carros Tigre en la misma madrugada del día 11, cuando aquellos pocos colosos aplastaron sin misericordia a sus vanguardias acorazadas que habían llegado hasta Mishkino, provocando una auténtica hecatombe entre ellos, y anulando así el intento de alcanzar la línea ferroviaria de Mga en Nikolskoye. Seguro que a los españoles les hubiera encantado ver a aquellas máquinas operando junto a ellos, pero lo objetivo es que el feroz ataque de Simoniak entre la carretera y el ferrocarril solo había hecho retroceder las líneas unos tres kilómetros al sur de su emplazamiento inicial, mientras que Krasnov, una vez superada la línea de ferrocarril había avanzado seis kilómetros hacia el este: era mucho más posible que el ferrocarril de Mga fuera cortado en Nikolskoye que en Sablino, y por tanto el punto exacto donde hacer actuar a los Tigre era en Mishkino, y no junto a los españoles en el Ishora.

Es muy raro que los relatos españoles sobre la batalla citen una ayuda recibida y que fue fundamental: el intenso fuego que con todo tipo de piezas —incluyendo los gigantescos cañones sobre plataformas ferroviarias— realizó la artillería alemana. No es extraño, ya que los impactos de esa artillería caían sobre la retaguardia enemiga, pero es obvio que contribuyeron a la suerte final del combate.

La batalla fue juzgada por cada uno de los participantes de acuerdo con sus propios criterios. Quien esté familiarizado con la literatura militar conoce alguna de sus pautas: los relatos siempre enfatizan la superioridad «moral» (como combatientes) de los soldados propios y afirman que el enemigo tenía superioridad material (en número de hombres y abundancia de armas y equipos); y si una batalla se libra con militares de varias nacionalidades tomando parte en un bando, los problemas que en ella hayan podido surgir son siempre culpa de los aliados, que no han respondido como se esperaba de ellos. Krasny Bor no es una excepción, sino que se ajusta perfectamente a la norma. Los españoles han insistido siempre en la absoluta superioridad de los soviéticos y en el pobre apoyo alemán. También los alemanes estuvieron tentados de echar la culpa a los españoles, cosa nada extraña porque en esa época los teutones, desde Hitler para abajo, tendían a culpabilizar de todo a sus aliados. Los hombres de la 4.ª División SS, que vieron cómo los hombres de Krasnov se infiltraban a su retaguardia, acusaron a los españoles de haber

huido presas del pánico. El L Cuerpo y el 18.º Ejército realizaron una valoración mucho más objetiva: los españoles habían resistido bien, aunque se estimó que la defensa española había sido demasiado rígida y, por ello, habían tenido que sufrir una cifra de bajas desproporcionadamente alta. Esta valoración es comprensible, ya que el Heer, aunque a muchos les cueste aceptarlo dada la imagen de «cabezas cuadradas» de los teutones, era el más maniobrero y tácticamente flexible de la Segunda Guerra Mundial. De haber ocupado ellos Krasny Bor, muy posiblemente hubieran dejado a los rusos penetrar en profundidad, para atacarlos después en sus flancos. Pero en ese juicio de los alemanes también influía que el volumen de las bajas españolas fue evaluado inicialmente muy al alza: unas 4.000 bajas «no recuperables» (muertos o prisioneros). Cuando pasaron los días y se pudo hacer un cómputo más fiable se vio que las bajas, aunque atroces, eran menores.

Nunca sabremos con exactitud las bajas españolas en esa jornada. Fueron muchos los cadáveres que quedaron en campo enemigo y no se pudo certificar su muerte, dándoles por «desaparecidos». Otros dados por desaparecidos acabaron apareciendo, sin embargo, en hospitales españoles o alemanes, adonde se les evacuó con urgencia y sin tiempo para registrar debidamente sus datos. Aún hoy carecemos de una cifra exacta, y mucho más de una lista pormenorizada con nombres y apellidos, de las bajas. Pero, por dar cifras redondas que en definitiva son las más fáciles de recordar, debemos hablar de 1.100 muertos, 200 prisioneros y unos 1.500 heridos, parte de los cuales eran recuperables como combatientes. Eso sí, en un solo día. Esto supone que uno de cada cinco españoles caído en Rusia murió ese día, y que uno de cada dos de los que pasaron a ser prisioneros de guerra lo fue esa jornada. Al lector no puede extrañarle, por tanto, que estemos deteniéndonos tanto en el análisis de esta batalla.

El sacrificio de la oficialidad había guiado la indiscutible voluntad de lucha de los soldados. En Krasny Bor cayeron el 40 por ciento de los oficiales con rango de jefes (teniente coroneles y comandantes), el 47 de los capitanes y el 25 de los tenientes y alféreces españoles muertos en Rusia. Al constatar esta acerada voluntad de resistencia, los alemanes comprendieron que no podían meter en el mismo saco a los españoles con los rumanos, italianos y húngaros, a quienes atribuían su catástrofe en el Volga y el Don. Pero no caigamos en chauvinismos: el pobre comportamiento de aquellos soldados de otras nacionalidades no se explica por cualidades excepcionales del pueblo español o de sus soldados, sino porque, a diferencia de la DA, en la campaña de Rusia no intervenían con unas unidades de voluntarios animados por un fuerte espíritu anticomunista, sino que se trataba de tropas de recluta obligatoria que no entendían por qué sus gobernantes los empleaban como «carne de cañón» al servicio de intereses alemanes. La mejor y casi diría que la única explicación de la voluntad de lucha que acreditó la DA está en las palabras que Arrese estaba pronunciando aquel mismo día 10 de febrero muy lejos, en Sevilla, con las que se ha abierto este capítulo. Lo sencillo, y lo que el instinto más fuerte y básico, el de supervivencia, le pedía a aquellos españoles, era abandonar el campo de batalla. Pero miles de hombres prefirieron la muerte o las heridas antes que dejar que el comunismo avanzara.

Otro apunte nos permite evaluar la importancia de aquel combate: comparar las cifras de bajas con las de otros periodos. Ya hemos visto las registradas mientras la DA estuvo en el Vóljov (Tablas 4 y 5). Las que la Sección de Personal del Estado Mayor divisionario venía registrando desde la llegada al frente de Leningrado eran estas:

Tabla 9						
Periodo	Muertos	Desaparecidos	Heridos	Congelados	Enfermos	Total
Septiembre 1942	71	-	255	-	242	568
Octubre	217	1	426	-	305	949
Noviembre	167	1	305	4	349	826
Diciembre	82	-	335	56	326	799
Enero 1943	157	27	480	117	376	1.157
Febrero	531	662	1.280	86	311	2.870

La tabla refleja la catalogación que en esas fechas tenían las bajas. Un alto porcentaje de los recogidos como desaparecidos y bastantes de los heridos acabaron englobando la categoría de muertos.

En cuanto a las bajas rusas, tampoco las sabemos con exactitud, pero todas las fuentes las estiman en torno o por encima de las 10.000. La cifra no tiene nada de sorprendente. En sus libros, Glantz repite una y otra vez una afirmación que ha oído de muchos veteranos rusos: en el Ejército Rojo todo el mundo daba por supuesto, incluso al final de la guerra, que las unidades de asalto registrarían un promedio del 50 por ciento de bajas propias. Krasny Bor no fue una excepción.

A los rusos la derrota en Krasny Bor les dolió extraordinariamente. Como diría el refrán, «en el pecado llevaron la penitencia». Porque fueron víctimas de su propia propaganda. El oficial ruso a cargo de la propaganda en el 55.º Ejército soviético, la unidad atacante, Yuri Bastistov, publicó muchos años después un artículo donde describía cómo había organizado la propaganda contra los españoles, y cómo se imaginaba la composición de la DA. Según él, sus efectivos se completaron con

... criminales especialmente liberados de las cárceles (...) [muchos de sus] miembros tenían opiniones antifascistas y algunos de ellos lucharon en la guerra civil en el bando republicano. Había algunos que planeaban pasarse al Ejército Rojo.

Así que Basistov concluía que atacar a los españoles era la mejor decisión que podía adoptar el mando soviético:

Toda la División Azul conocía la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado. La ruptura del cerco de Leningrado (en enero de 1943) causó gran impresión entre la tropa, aunque la propaganda fascista intentó quitarle importancia (...). Los mandos soviéticos del Frente de Leningrado comprendieron bien que la División española era el punto débil de las líneas enemigas, que los españoles se daban cuenta cada vez con más claridad de que aquella no era su guerra. Era importante fortalecer tal impresión, demostrar que el Ejército Rojo trataba de manera diferente a los españoles, darles la posibilidad de salir de la guerra (Basistov, 1990).

Que esa división española le hubiera parado los pies al Ejército Rojo, en una operación planificada por el mismo Zhúkov, y ejecutada por un general del prestigio de Simoniak dejaba indiferente a Basistov, que después de todo debía insistir en la importancia de su trabajo propagandístico, porque de lo contrario podía haber sido destinado al mucho más peligroso trabajo de mandar una unidad de combate. Por otra parte, ya se sabe, en caso de derrota lo que hay que enfatizar es la superioridad de medios del enemigo, y los autores soviéticos han acabado atribuyendo su derrota en Krasny Bor (que supuso ni más ni menos que la ciudad de Leningrado

tuviera que aguantar otros once meses de asedio, hasta enero de 1944) a que los alemanes utilizaron mucha más artillería de la esperada. Es curioso: los españoles no hablan de la artillería alemana en sus relatos de la batalla de Krasny Bor y los soviéticos la hacen responsable de la derrota de sus tropas.

Eludiendo las cifras exageradas, ya he expuesto aquí la proporción exacta de piezas hispano-alemanas frente a las soviéticas, y debo añadir ahora que desde el día 10 en adelante la artillería alemana aumentó aún más su presencia en ese sector. Pero ¿qué es lo que permitió a la artillería alemana entrar en acción de manera tan eficaz? Ya he señalado más arriba cómo al retirarse del campo de batalla, algunos artilleros españoles del Grupo I/250.º decidieron quedarse a proteger baterías alemanas amenazadas directamente por el avance soviético, o cómo el primer refuerzo recibido por los españoles eran estonios que venían a proteger baterías alemanas. En efecto, el grueso de la artillería alemana desplegada en la zona estaba situado entre Chernaya Rietschka y Sablino. De no haber resistido la infantería española de una manera tan increíblemente tenaz y heroica en aquella terrible mañana del día 10, esa artillería no habría podido actuar, es más, habría caído en buena medida en manos de los atacantes soviéticos.

Hoy, con la gran perspectiva histórica que tenemos sobre los hechos, estamos en condiciones de evaluar muy bien el significado de aquel combate, que un cualificado historiador y analista militar, el general Salvador Fontenla, cataloga como victoria defensiva. Lo fue, porque aunque se perdiera la primera línea, el enemigo no logró superar lo que se llama «borde posterior de la zona de resistencia» y desde luego no logró lo que era su objetivo mínimo: alcanzar el ferrocarril de Mga. La carretera y el ferrocarril de Leningrado-Moscú siguieron tan bloqueados como lo estaban al principio de la jornada, aunque los soviéticos tuvieran en su poder un puñado de metros más de su trazado.

Es curioso el comprobar cómo los mismos mandos españoles se equivocaron al juzgar y narrar aquella batalla. Como siempre creyeron que era un ataque específicamente dirigido contra la DA, a la que supuestamente se quería aniquilar rompiendo su línea en Krasny Bor y atravesando después el Ishora hacia el oeste, la vieron como una victoria propia, ya que la DA había escapado a ese destino. En realidad, lo vengo exponiendo, la trascendencia del combate había sido mucho mayor, ya que si los ambiciosos objetivos de la Operación Estrella Polar se fueron a pique buena parte de la «culpa» la habían tenido los españoles que defendieron en Krasny Bor.

Y si la juzgamos dentro del marco de la historia militar española, la batalla de Krasny Bor tiene aún más trascendencia. Nuestro país no tomó parte como tal ni en la Primera ni en la Segunda Guerra Mundial, así que nuestros enfrentamientos con ejércitos extranjeros en lo que iba de siglo XX se limitaban a las campañas norteafricanas contra los rebeldes marroquíes del Rif. Por desgracia, en ellos se habían producido catástrofes como la de la batalla de Annual, en julio de 1921. Pese a los actos heroicos de bastantes soldados españoles durante ella, la realidad es que una fuerza de irregulares marroquíes, mucho peor pertrechada que los españoles, puso en fuga y casi aniquiló a nuestras numerosas tropas. Un muy pobre liderazgo, y la evidente falta de voluntad de combatir de muchos de los soldados, precipitaron aquella catástrofe. Y todo ello, repito, ante una fuerza de irregulares enemigos, sin armamento pesado digno de tal nombre, y poniendo en grave riesgo a la ciudad española de Melilla. Veinte años después, soldados españoles que perfectamente podían ser los hijos de quienes lucharon en Annual (de hecho, había alguno que cumplía esa condición), se enfrentaron a la poderosísima máquina militar que era el Ejército Rojo

(el único que, en definitiva, fue capaz de vencer a la Wehrmacht) en una remota localidad rusa a miles de kilómetros de España. Y le vencieron. ¿Qué había cambiado? Pues evidentemente, que los soldados españoles presentes en Krasny Bor eran muy diferentes a los que estuvieron en Annual: voluntarios y no de recluta obligatoria (desde luego, tampoco sacados de cárceles, enrolados con afán de desertar, etc.), profundamente convencidos de las razones por las que luchaban y mandados por excelentes oficiales y suboficiales.

El militar español al que los historiadores han elegido por aclamación como protagonista de aquella batalla fue un sencillo cabo de zapadores, cuya historia merece ser contada. Los soviéticos gozaron durante toda la batalla del 10 de febrero de una absoluta superioridad en carros de combate, a la que no sacaron el debido partido. Los tanquistas rusos no se decidían a atacar sin que su infantería les protegiera, precediéndolos a ser posible. Y la infantería no lo hacía, y al contrario, prefería que los carros de combate limpiaran el terreno delante de ellos. Así que los tanques avanzaban muy precavidamente y a la menor duda, daban marcha atrás. En este contexto, los españoles fueron capaces de anular la ventaja que para sus enemigos suponían los tanques. Algunos, hundidos en el lodazal en que había transformado el suelo la inmensa cantidad de proyectiles que se habían lanzado sobre el campo de batalla, quedaban inmovilizados y fueron batidos incluso con los antitanque de 37 mm, acercándolos hasta distancias de apenas 20 metros. Otros carros de combate soviéticos fueron víctimas de las minas antitanque sembradas por los españoles, o de impactos directos de la artillería de campaña. Pero lo que causó mayor admiración fueron los casos en que estos ingenios, incluyendo algún monstruoso carro pesado KV-1, fueron destruidos por combatientes individuales. Y ese fue el caso del cabo de zapadores gallego Antonio Ponte Anido, que se lanzó contra un KV-1 que iba a arrasarse un puesto de evacuación español, colocando minas en sus orugas. Logró detenerlo, pero encontró la muerte en el empeño y mereció, con plena justicia, una Cruz Laureada de San Fernando, el máximo galardón militar español. Fue el ejemplo más espectacular, pero no el único, de estos desiguales combates entre hombres y máquinas.

Ponte había servido en la Guerra Civil como voluntario en una bandera de Falange. En julio de 1941 se había enrolado para la DA mientras hacía el servicio militar con su quinta, pues ser veterano de la Guerra Civil no le eximía de ello. Es posible que quisiera seguir en la vida militar a su regreso a España, ya que su padre había sido sargento (por cierto, de ideas republicanas). Había combatido con distinción durante toda la campaña rusa en la 3.<sup>a</sup> Compañía de Zapadores, y sabía que en breve plazo, algunas semanas todo lo más, sería relevado y repatriado. No recibió la orden de nadie, porque cuando ocurrieron los hechos que le hicieron famoso, él se encontraba cumpliendo una misión de enlace, muy lejos de sus mandos. Pero captó la inminencia del peligro para sus camaradas heridos, y cogió minas antitanque de las que no había habido ocasión de desplegar, amontonadas junto al puesto de evacuación, y actuó de manera resuelta. Si el caso de Antonio Ponte Anido hubiera sido único y excepcional, sin la menor duda la DA se hubiera desmoronado esa jornada. En realidad, aunque no todos alcanzaran aquel grado de sublime heroísmo, es evidente que la mayor parte de sus camaradas soldados, y sus oficiales y suboficiales compartían su ética y por ello multiplicaron los actos heroicos.

Tras las terribles batallas entre el Don y el Volga, cuando el mando alemán evaluó el comportamiento de las unidades de sus aliados, tomó importantes decisiones. Pese a las gravísimas carencias de personal de las Fuerzas Armadas Alemanas, todo el 8.º Ejército italiano

fue repatriado, y el 2.º Ejército húngaro sacado de las líneas y convertido en unidades para servicios de policía en retaguardia, para luchar contra los partisanos. Incluso los rumanos, tenidos por más combativos, dejaron de prestar servicio en primera línea por algún tiempo. En cambio, para la División Azul, Krasny Bor no fue en modo alguno un punto final. Por mucho que algunos alemanes la criticaran, desde luego a nadie se le ocurrió ni remotamente pedir que la mandaran a segunda línea. Había vuelto a demostrar su capacidad de lucha y siguió en primerísima línea de combate.

Tras ese combate se podía considerar que había perdido por completo los batallones I y II/262.º y Reserva 250.º, el III/263.º quedó terriblemente maltrecho y el II/269.º debía volver a iniciar su reorganización, es decir: no estaban operativos cinco de los diez batallones de infantería. Otras unidades que habría que recrear casi enteramente eran el Batallón de Zapadores 250.º, y los grupos de Exploración 250.º y Antitanque 250.º, y cinco de las doce baterías españolas habían perdido todas sus piezas. La propaganda soviética, que ya había tomado la costumbre de dar por aniquilada a la DA, volvió a repetir la noticia, que sin duda ahora era más creíble. La británica BBC repitió la noticia soviética en sus emisiones para España con gran entusiasmo.

Los alemanes tuvieron que «contraprogramar», e hicieron un gran esfuerzo para demostrar lo bien que se batía la DA, y —desde luego— que seguía existiendo. La prensa española, que normalmente solo decía vaguedades, noticias genéricas, sin precisar nunca lugares, nombres, fechas, por aquello del secreto militar, ofreció durante algunos días una información sorprendentemente minuciosa del combate (Campello, 2005) con el objetivo de convencer a sus lectores de que las afirmaciones de la BBC eran falsas. La realidad estadística era que la DA iba a seguir siendo una pieza clave en el asedio a Leningrado. Los alemanes medían la fuerza de combate de una unidad computando entre otras cosas su «fuerza de bayonetas», el número de hombres en condiciones de participar en un combate como infantes. Con fecha del 20 de febrero de 1943, el L Cuerpo disponía de la «fuerza de bayonetas» que se expresa en la tabla siguiente. La DA española, que según los soviéticos y británicos había sido «aniquilada», seguía siendo la unidad más potente de su sector:

<b>Tabla 10</b>						
<b>FUERZA DE BAYONETAS DE LAS UNIDADES</b>						
<b>DEL L CUERPO DE EJÉRCITO, 20 FEBRERO 1943</b>						
	<b>215.ª División</b>	<b>2.ª Brigada SS</b>	<b>División Azul</b>	<b>212.ª División</b>	<b>24.ª División</b>	<b>4.ª División SS</b>
En primera línea	2.092	1.610	3.049	1.508	1.574	1.987
Como reservas divisionarias	97	456	800	57	45	120
Como reservas del Cuerpo	-	-	251		319	

La División Azul acababa de escribir la página quizás más gloriosa de su historia, pero no era su última página. Sin embargo, es muy posible que un lector que busque en la bibliografía sobre la Segunda Guerra Mundial no encuentre ni la más mínima referencia a ella. No es extraño: la historia de ese conflicto tal como la conocemos en España pone muchísimo énfasis en los teatros de operaciones del oeste y de África, y muy poco en el Frente del Este. Al hablar de este se focaliza en unas pocas grandes batallas (Moscú, Stalingrado, Kursk) y se dejan en el olvido

centenares de otros combates de la mayor crudeza y también de tremendas dimensiones. La batalla del 10 de febrero en Krasny Bor iba a ser una de las que Glantz ha bautizado como las *forgotten battles*, las «batallas olvidadas», tan frecuentes en el teatro de operaciones oriental. Para que el lector se haga una idea, en esa única jornada en Krasny Bor la DA española tuvo más bajas que todo el Cuerpo de Ejército Polaco que tomó al asalto —en un combate que duró semanas— la famosa abadía de Montecassino, un episodio mucho más fácil de encontrar en cualquier libro de historia de la Segunda Guerra Mundial. Como el libro que ahora tiene el lector entre sus manos pretende contribuir a que la historia de la DA sea más fielmente conocida, Krasny Bor debe ocupar en él un lugar preferente.

La acerada voluntad de lucha de la DA se acreditó también por la rapidez con la que se recuperó de la grave prueba que supuso Krasny Bor. A ello contribuyó, claro, el constante flujo de nuevos voluntarios que llegaba desde España. Ahora estos eran organizados de uno en uno, y no en grandes tandas como se había hecho cuando Esteban-Infantes organizaba la que iba a ser la Segunda División, y con ese fin existían dos unidades en territorio español: el Batallón de Depósito de la DA, acuartelado en el Regimiento de Infantería n.º 86 de Logroño, y la Batería de Depósito, que radicaba en Calatayud y estaba adscrita al Regimiento de Artillería n.º 45.

El 22 de febrero llegaba al frente el 20.º Batallón en Marcha; el 23 de marzo, lo hizo el 21.º Batallón; el 9 de abril, arribó el 22.º Batallón; y el 20 de mayo, el 23.º Batallón. La llegada de nuevos contingentes se hizo esperar, y hasta el 22 de julio no llegó el 24.º Batallón, haciéndolo el 25.º Batallón el 28 de agosto, y el 26.º Batallón el 20 de septiembre. El último y definitivo 27.º Batallón alcanzó el frente en octubre. En el 20.º Batallón el personal de tropa procedente de unidades militares alcanzaba la cifra de 374, y el del alistado a través de Milicias la de 476. La cifra a veces se desequilibraba aún más a favor del personal reclutado por Milicias, y así en el 24.º Batallón 679 hombres de tropa tenían ese origen, frente a 162 alistados en unidades militares. Sin embargo, en el 27.º Batallón las proporciones eran al revés, y en él hubo 494 hombres procedentes del Ejército frente a 222 alistados a través de Milicias.

De hecho, para la DA fue más difícil que los alemanes repusieran todo el material que se había perdido en la batalla (recordemos por ejemplo que cinco de las 12 baterías españolas perdieron todas sus piezas) que cubrir las bajas del personal que había muerto, resultado herido o cayó preso: los alemanes tardaron meses en poder hacerlo.

El campo de batalla de Krasny Bor quedó lleno de cadáveres españoles, y muchos cientos de hombres fueron evacuados hacia hospitales, pero —al sur del campo de batalla— en la estación de Sablino se concentraron aproximadamente 1.100 españoles que habían quedado más o menos indemnes, y que el mismo día 11 empezaron a ser trasladados hacia el sector que ocupaba la DA (puesto que Sablino dependía ahora de la 212.ª División). No eran los únicos supervivientes, ya que una parte importante de los españoles se había replegado hacia el oeste, en dirección al río Ishora. Con ellos, de manera inmediata, y al sur del casi indemne Batallón III/262.º, se organizaron dos fuerzas con entidad de batallón, mandadas por el comandante Ortega (de Exploración 250.º) y el capitán Merry (del Batallón II/269.º). Ambas agrupaciones incluían hombres de diversas unidades, y desde luego no estaban en condiciones de desprenderse de ellos, pero el día 12 el mando divisionario dio la orden de empezar la urgente reconstitución del Batallón de Zapadores 250.º, los Grupos de Exploración 250.º y Antitanque 250.º, y el Batallón

I/262.º, y los supervivientes de esas unidades tenían que ser concentrados con ese fin en cuanto fuera posible.

Ese mismo día los alemanes hicieron entrar en línea, entre la 212.ª División y la 4.ª División SS, a la 24.ª División (aunque, como se acaba de ver en la tabla anterior, tenía una fuerza muy limitada), así que de inmediato se planteó la posibilidad de un contraataque, a realizar en cuanto fuera posible, con intervención de la DA, y las divisiones 212.ª y 24.ª. Esteban-Infantes estaba ansioso por participar en él, pero el mando alemán comprendió que era poco rentable sacrificar los escasos y preciosos efectivos para recuperar los pocos kilómetros de donde se había retirado la DA, ya que esa estrecha franja no valía tanto, siendo así que el enemigo no se había acercado demasiado a Sablino. Solo la 24.ª realizó una pequeña «rectificación a vanguardia» para mejorar sus líneas. Y la realidad es que la DA no estaba aún en condiciones de realizar operaciones de cierta envergadura. De hecho, su sector de frente en el Ishora, sobre el que el enemigo ejercía mucha presión, era un auténtico puzzle de restos de unidades. La DA se había quedado sin tan solo un batallón de reserva, así que una situación de crisis podía desembocar en un auténtico peligro. Por fortuna, las dos acciones enemigas más importantes de finales de febrero, el día 20 sobre El Alcázar, en el sector del Regimiento 263.º, y el 21 en el Ishora, pudieron ser repelidas.

En parte porque por un cierto periodo de tiempo los alemanes tuvieron dudas sobre si los españoles podrían aguantar otro golpe parecido al de Krasny Bor, y en parte porque desde Krasny Bor el enemigo seguía atacando en dirección a Sablino, y había que tener fuerzas de reserva en las proximidades, el caso es que durante las semanas siguientes casi siempre hubo a espaldas de la DA elementos de alguna división alemana (aunque bastantes de las que citaré tenían efectivos muy reducidos). El 21 de febrero se acantonó en la retaguardia española la 170.ª División, que el 20 de marzo se desplazó hacia el este, hacia Krasny Bor, siendo relevada a espaldas de los españoles por la 254.ª y esta, apenas dos días después, por la 58.ª División. Este «baile» de unidades, que desconcertó a los españoles, se explica por los nuevos intentos de avance ruso en dirección a Sablino, que tuvieron que contenerse entre estas tres divisiones, y también a que debían relevar a la 212.ª, división que debía seguir su desplazamiento proyectado hacía semanas hacia Mga e interrumpido por los combates del 10 de febrero. A mediados de abril la 58.ª marchó a su vez hacia Krasny Bor, y entonces los españoles tuvieron otra vez como vecinos en su retaguardia a la 170.ª, algo que desconcertó a los españoles, pero que se explica porque esa división finalmente había sido seleccionada para relevar a los vecinos occidentales de los españoles, la 2.ª Brigada SS.

Esta convivencia a gran escala de soldados españoles y alemanes no fue precisamente una experiencia positiva. En cada ciudad y población ocupada por el Heer, se nombraba un comandante militar de la localidad. Y en el que hasta ahora había sido sector únicamente español se acantonaban ahora de manera más o menos fugaz fuerzas alemanas, y los jefes españoles veían con el natural disgusto que los jefes de las unidades alemanas quisieran arrogarse el cargo de comandante local. Y no era una simple cuestión protocolaria. Los alemanes y españoles no tenían la misma actitud hacia la población civil, y además los soldados españoles y alemanes se disputaban las atenciones de las jóvenes rusas. La consecuencia fue una multiplicación de incidentes entre españoles y alemanes, tanto entre mandos como entre soldados.

Una vez la 170.ª División realizó el movimiento hacia el oeste para ocupar sus nuevas posiciones, ya no volvió a haber tropas de combate alemanas desplegadas a espaldas de los

españoles. La crisis de confianza que el mando alemán había padecido con respecto a los españoles ya estaba superada. Porque una cosa era que los soldados de ambas nacionalidades se liasen en peleas, y otra cosa que se pusiese en duda el valor como combatientes de los españoles. De hecho a primeros de marzo los alemanes ya comunicaron a los españoles que, para hechos de armas relacionados con la batalla del 10 de febrero, iban a conceder a los españoles 30 cruces de Hierro de 1.<sup>a</sup>, 300 cruces de Hierro de 2.<sup>a</sup> y 400 cruces al Mérito Militar con Espadas, con lo que reconocían las grandes dosis de valor que se derrocharon en aquella jornada.

El punto crítico del despliegue español era el Ishora. Para el 3 de marzo se detectó un intento de asalto a las posiciones del único batallón del 262.<sup>o</sup> Regimiento que había aguantado impertérrito, el III/262.<sup>o</sup>. Para prevenirlo, la artillería española y alemana y también la Luftwaffe machacaron a lo largo de la jornada las posibles bases de partida, abortándolo. El mismo día, el Batallón I/262.<sup>o</sup> ya se daba por reorganizado y se hizo cargo de las posiciones en el Ishora al sur del batallón antes citado. También se puso en marcha la reconstitución de los batallones II/262.<sup>o</sup>, I/263.<sup>o</sup> y II/269.<sup>o</sup>, que hubiera sido más rápida de haber repuesto los alemanes el equipo necesario. El 9, y por vez primera, el general Lindemann, jefe del 18.<sup>o</sup> Ejército, aseguró a los españoles que les relevaría a lo largo del Ishora en cuanto esto fuera viable. Pero de momento no iba a ser posible, ya que todo el mundo daba por hecho la reedición del asalto a gran escala en Krasny Bor en dirección a Sablino, que finalmente se produjo el 19 de marzo. Los soviéticos habían necesitado algo más de un mes después del vapuleo del 10 de febrero para lanzar otro ataque a gran escala, pero desde luego no habían olvidado su objetivo.

Como el 10 de febrero, la jornada del 19 se inició con un aterrador bombardeo de tres horas de duración. Se hizo fuego sobre todo el sector de la DA, pero los españoles comprendieron pronto que la zona más duramente atacada era, de nuevo, el espacio entre el ferrocarril y la carretera Leningrado-Moscú. En este caso, el eje previsto para el avance enemigo era otra vez la carretera. Y esto puso en grave peligro al III/262.<sup>o</sup>, el batallón español que más peligrosamente se acercaba a ella, y que en esa jornada iba a ser la unidad española que más bajas sufriera. Para fijar efectivos, se lanzó otro ataque local en el sector del Regimiento 263.<sup>o</sup>. Comparada con el 10 de febrero, la jornada fue dura, pero no dramática, pues hubo un total de 225 bajas. El ataque soviético fue de nuevo contenido, pero hubo suficiente progresión enemiga sobre la carretera (se obtuvo una penetración de un kilómetro y medio de ancho por tres de profundidad) para que los alemanes optaran por trasladar a toda la artillería pesada que tenían desplegada en torno a Chernaya Rietschka. El 21, estimando que los soviéticos estarían muy debilitados, fueron los alemanes los que se lanzaron al contraataque. Emplearon para ello elementos de dos divisiones alemanas y a la Legión Flamenca (con efectivos de batallón), apoyados por carros Tiger. De la crudeza del combate da buena fe el que la Legión Flamenca, que empezó el ciclo de combates el día 21 con 500 hombres los acabara con 45 el día 24. Los alemanes, ayunos de éxito, cancelaron su contraofensiva. La rudeza con la que los soviéticos combatían para atacar o defenderse y los grandes medios que desplegaban en el sector acabó por convencer a los alemanes de que los españoles, después de todo, habían sido objeto de un ataque especialmente fuerte, que habían contenido de la mejor manera posible.

El agotamiento producido por los combates de febrero y marzo se dejó sentir perfectamente en abril, ya que solo hubo un gran golpe de mano enemigo (sobre el Regimiento 263.<sup>o</sup>, el día 2) y otro propio (ejecutado por el 269.<sup>o</sup>, el día 6). Esteban-Infantes vio la situación tan tranquila que

autorizó la visita al frente de la inspectora de las Damas Auxiliares de Sanidad Militar, Mercedes Milá, y la locutora de los programas de radio que las emisoras alemanas emitían a beneficio de la DA, la falangista Celia Jiménez. El propósito de la Sección Femenina de FET de monopolizar el encuadramiento de las enfermeras había fracasado por completo, y la realidad era que la SF solo lograba actuar eficazmente en el ámbito de lo propagandístico. Otro dato significativo de cómo se había impuesto de nuevo la tranquilidad era que se empezó a organizar la repatriación de los hombres del 1.º Batallón en Marcha, el de enero de 1942. Virtualmente ya no quedaban veteranos del contingente inicial (salvo aquellos que no deseaban el relevo) y empezaba el turno de los que habían formado eso que confusamente se llama la Segunda División.

Con nuestra óptica actual —la que da el conocer el resultado final de la guerra— sorprende esa aparente tranquilidad. Desde la victoria de Stalingrado y el desembarco de los Aliados en África septentrional, la propaganda de los Aliados estaba eufórica y daba ya por descontada la victoria final. Alardeaban de su inevitabilidad y —en el caso de España y la DA— amenazaban con todo tipo de males y desgracias. Como la prensa española seguía informando con regularidad de la salida desde España de los batallones en marcha, la BBC y la propaganda comunista ponían el grito en el cielo. Se exageraba la importancia de estas unidades —siempre se hablaba de regimientos, no de batallones— que, como cabe imaginar, eran descritos como compuestos por reclutas forzosos (en esto no había novedad, ya que se afirmaba desde 1941). Esa propaganda hacía un amplio uso de la famosa frase de Franco en Sevilla en febrero de 1942 cuando aseguró que si el camino de Berlín estuviese amenazado «un millón de bayonetas» marcharía a defenderlo. Se aseguraba en la propaganda aliada que Franco con su política iba a arrastrar a España a la guerra, inevitablemente, así que el pueblo español haría lo correcto si se deshacía de él.

La creencia en lo insoslayable de la derrota final de Alemania no era sin embargo algo que todo el mundo compartiera. Y desde luego no lo creían los que combatían en Rusia. ¿Por qué? Muy posiblemente porque sabían que ellos estaban a las puertas de Leningrado, y no en ningún otro lugar. Y que desde allí a Berlín había un largo trecho. Si para recorrerlo los soviéticos debían pagar un precio proporcional al tremendo impuesto en vidas que habían abonado el Ejército Rojo para hacer avanzar sus líneas un puñado de kilómetros en Krasny Bor, entonces era imposible que vencieran. Ni siquiera Rusia tenía recursos humanos tan infinitos. En realidad, este era un punto de vista ampliamente extendido entre la oficialidad española, y desde luego entre los veteranos de Rusia. La posibilidad de una aplastante derrota del Eje ni se contemplaba, aunque ya hubiera pasado el tiempo del triunfalismo. El varias veces citado Zanón, jefe del Estado Mayor de la DA, en la memoria que rindió tras su periodo de servicio en el Frente del Este, escribió:

Hay algo que se perfila hoy con caracteres inconfundibles y es, en relación con la guerra en la que el mundo entero se debate, lo que en una partida de ajedrez se llama «quedar en tablas». Yo afirmo, por haberlo vivido, que Alemania es muy fuerte y proporcionalmente mucho más fuerte que al empezar la guerra. Su industria militar está mejorada con la aportación real de los territorios ocupados. Su economía, en lo que más puede influir, que es el sustento de la población, está asegurada como no lo estuvo jamás con la anexión provisional de Ucrania, país de riqueza incalculable que hoy atiende a las necesidades de Europa entera a base de una organización alemana que orienta su producción admirablemente (Zanón Aldalur, 2013-2014).

Durante 1942 y 1943 la presencia de la DA en los más variados ámbitos era una constante de la vida española y se reflejaba en múltiples detalles que hoy han sido olvidados por completo, de los que aquí ofrezco un pequeño catálogo. En marzo de 1942, por ejemplo, se registraba a efectos

de proteger la propiedad intelectual la sinopsis del argumento cinematográfico de una película que debía titularse *Maribel, Cruz de Hierro* (de Carlos Ballester), en la que una enfermera de la DA era condecorada con la Cruz de Hierro por su heroísmo. Sí que llegó a producirse durante 1942 el documental *La División Azul*, de algo más de media hora de duración, de Víctor de la Serna y Joaquín Reig, que sin embargo no llegó a las salas españolas hasta 1943.

A lo largo de la primera mitad de 1943, en el semanario infantil *Flechas y Pelayos* que patrocinaba el Frente de Juventudes apareció por entregas la «novela infantil» titulada *El cuarto mandamiento*, con un sorprendente argumento: se trataba de un jovencísimo voluntario que se enrolaba en la DA para así llegar hasta Rusia, país al que había marchado su padre a cargo de una expedición de los «niños de la guerra», y del que no había vuelto. Tras mil peripecias, el joven voluntario lograba rescatar a su padre y traerlo de vuelta a España.

La idea de exaltar a la DA mediante la literatura surgió casi tan pronto como nació esta. Con motivo de la Inmaculada, la patrona de la infantería española, el Regimiento de Infantería n. 50, de la guarnición de Barcelona, convocó en diciembre de 1941, como era su tradición, un concurso literario entre sus hombres, que ganó el *Romance a la División Azul*, que había escrito uno de los soldados del citado regimiento (Carles, 1941). Concursos literarios donde se premiaban composiciones en prosa o verso dedicadas a la DA se dieron en toda España entre 1941 y 1943. Por poner solo un puñado de ejemplos citaré los premios a este tipo de textos de exaltación de la DA otorgados por la Jefatura de Propaganda de la Falange de Cádiz (en mayo de 1942), por la Asociación de la Prensa de Santander (en julio de 1942), por la Comisión de Festejos del Ayuntamiento de Hellín (en septiembre de 1942), o el concedido por la Asociación de la Prensa de Barcelona (en julio de 1943). En este último caso la poesía premiada («Por qué yo no pude ir») era de una mujer, Silvia Aramburu, y era «un canto a la epopeya de la División Azul». La lista de esos premios a obras de temática «divisionaria» podría alargarse muchos párrafos más, pero creo que con los casos citados bastan para dar idea de lo diverso de los convocantes. Los premios podían ser tan atractivos como para justificar que se enviaran composiciones desde lejos. Así que en los Juegos Florales de Elche, celebrados en agosto de 1943, y bajo los auspicios de la Junta Restauradora del Misterio de Elche y de sus Templos (estos habían sido objeto de una destrucción masiva bajo el Frente Popular), el premio para el tema «División Azul» —que era uno más entre los diversos sugeridos por los organizadores— fue ganado por una poesía exactamente del mismo nombre, que había llegado desde Jaén, desde Úbeda para ser exactos.

En el teatro hubo intentos de plasmar las vivencias de los divisionarios, en formatos muy serios, como por ejemplo un auto sacramental debido a un escritor de cierta relevancia en el mundo del falangismo: *La vida ganada* (Fernández Flórez, 1942) que no parece que llegara a ser representado. También apareció en el teatro de aficionados y —por poner un ejemplo— en Jaén la obra premiada en 1942 por la organización juvenil falangista en el concurso para fomentar el arte dramático entre sus afiliados llevaba un elocuente título: *Duro es el invierno, pero más duros son mis hombres*, una frase famosa del general Muñoz Grandes. Con más pretensiones, ese mismo año 1942 un autor murciano había dado a la imprenta su obra *Voluntarios contra Rusia. Comedia en tres actos y cuatro cuadros* (Medina Mercado, 1942).

Además de estas en definitiva modestas convocatorias de alcance local o provincial, hubo otras de más alcance. En 1943, con motivo de la conmemoración del Milenario de Castilla se convocaron premios literarios para diversos temas. Al que tenía como tema «Castilla Milenaria»,

en prosa, se presentaron 147 trabajos. Otros premios eran poéticos. Para «Castilla en la Cruzada» se presentaron 81 poesías; al de «Castilla y el Mar» fueron 44 composiciones, mientras que al de «Castilla y la División Azul» optaron 30 autores, lo que tampoco estaba nada mal.

Y no se trataba solo de literatura en castellano. También en catalán se ensalzó a la DA y el valenciano Josep Maria Bayarri ganó un importante certamen poético en su tierra con una composición dedicada a la DA que acababa con estos versos:

La «Divisió Blava» és la Patria/ i va la Patria on ella va/ recòrts, afanys, vida, esperances,/ pares, fogars, eternitat!

La «Divisió Blava» regresa,/ l'Infern capbusa estertorant;/ la Patria es salva victoriosa / i el Mon respira a Deu llançat

Oh! «Divisió Blava»... i heroica/ tu eres la Patria! Mes enllà/ ja no hi ha mes que Deu mateixa/ en creu els braços paternals!!

La historia de la literatura puede prescindir, mucho me temo, de toda esta producción literaria dedicada a glorificar a la DA, pero no estaría de más una recopilación de parte de ella, para transmitirnos la imagen del extraordinario apoyo popular que tuvo la unidad expedicionaria en Rusia en la España de aquellos años. Los músicos no permanecieron al margen de este ensalzamiento de la DA. Entre 1941 y 1943 se registraron y difundieron varias composiciones dedicadas a ella. Desde luego la más famosa fue el «Himno de la División Azul», ya comentado. Pero hubo algunas más, que tuvieron diferentes grados de éxito, como las composiciones «La madrina de guerra de un voluntario de la División Azul»; «Nueva Luz. Marcha militar dedicada a la Heroica División Azul Española»; y «Siempre Avanzando: Marcha de la División Azul» (Liñán-Palao, 2006).

La popularidad y el apoyo a la DA se daba en lugares donde ahora nos sorprendería. Cuando el Ejército Nacional entró en Barcelona en el curso de la Guerra Civil fue objeto de una acogida bastante más calurosa que la que recibió en Madrid cuando finalmente penetró en la capital de España. En recuerdo de aquel momento, cada año la ciudad de Barcelona celebraba un desfile militar; en el de 1943 participó toda una centuria de excombatientes de la DA que, aunque no muy uniformemente ataviados, sí desfilaron en impecable formación entre el aplauso popular, como la prensa de la época recogió en imágenes. Siempre en la misma ciudad, una institución de prestigio y calado como el Gran Teatro del Liceo celebró el 15 de febrero de 1943 un «Festival Sinfónico-Vocal» a beneficio de los «heroicos caídos de Barcelona de la gloriosa División Azul». Dado el objetivo del acto, y según informó cumplidamente el Liceo, no solo es que la recaudación fuera dedicada a tal fin, sino que se recogieron en la ocasión otros donativos económicos, y renunciaron a sus sueldos por esa jornada la orquesta, porteros, la imprenta que había realizado los carteles y los programas; incluso la Sociedad General de Autores había renunciado al cobro de sus derechos, y en cualquier caso los demás gastos que generó el evento habían sido cubiertos por el empresario del Liceo.

Había muchas formas de homenajear a los combatientes en Rusia. La Diputación Provincial de Ciudad Real acordó en agosto de 1942 crear una Medalla de los Voluntarios de la División Azul de esa provincia, y se convocó inmediatamente el concurso para su diseño, que ganó un destacado artista local, el pintor López-Villaseñor. En octubre se hicieron públicas las normas para la concesión de la condecoración, y en noviembre se hizo el acto público de imposición de las primeras medallas, en Valdepeñas: aquel día se entregaron 300. Este tipo de homenajes siguieron realizándose en la primera parte de 1943 y el 25 de marzo el Ayuntamiento de Gerona

acordó conceder la Medalla de la Ciudad a los voluntarios de la División Azul naturales o residentes en ella. Pero en otros casos la evolución del conflicto acabó anulando este tipo de homenajes. También Murcia había decidido crear una medalla provincial para sus voluntarios de la DA por acuerdo de la diputación de 6 de febrero de 1942, pero se tuvo la ocurrencia de someter su proyecto a la aprobación del Ministerio del Ejército. Las cosas de palacio van despacio y —cuando llegó el momento de la decisión— el citado ministerio consideró que ya existían las oportunas medallas alemanas y españolas para premiar a los divisionarios y denegó su autorización para la creación de esta. Tampoco tuvo suerte un proyectado Monumento a los Caídos de la División Azul, diseñado por Víctor de los Ríos, cuya maqueta se exhibió en Madrid en mayo de 1943, y que jamás se concretó.

Mientras que pasado marzo, la DA vivió una época de relativa tranquilidad, no podía decirse lo mismo de sus camaradas de la 3.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul. Ya adelanté que los hombres del comandante Ferrándiz obtuvieron durante su periodo de servicio 63 victorias, aunque por ello pagaron un duro tributo, pues causaron baja definitiva cuatro pilotos por muerte (dos de ellos por accidente), otro cayó prisionero y otro resultó herido grave. La unidad fue equipada durante su existencia con un nuevo y formidable caza alemán, el Focke Wulf FW-190 y estableció otro hito: fue la primera vez que nuestros pilotos de cazas fueron dirigidos en sus operaciones por radares de vigilancia aérea, que detectaban a los aparatos enemigos y dirigían a los cazas contra ellos.

La Luftwaffe catalogaba como *Experten* (ases) a los pilotos que obtenían más de cinco victorias. Entre la 1.<sup>a</sup> y la 2.<sup>a</sup> escuadrillas, solo uno (el comandante Salas) había ingresado en esa categoría. En cambio, fueron varios los pilotos de la 3.<sup>a</sup> EA que fueron catalogados como *Experten*: Hevia, Gavilán, Aldecoa, Azqueta, Meneses y Alos. En cierta ocasión, los españoles llegaron a derribar 10 aviones enemigos en una jornada. La razón para tantos éxitos era muy sencilla: la creciente presencia de la aviación soviética. Mientras que la 2.<sup>a</sup> EA apenas había logrado entablar combate en 1.312 misiones de vuelo, la 3.<sup>a</sup> EA, con tan solo 1.176 misiones ejecutadas, logró los resultados señalados. Pero es que desde que el frente alemán se había hundido entre el Volga y el Don, el sector sobre el que operaron la 2.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup> EA (la base aérea de Seschinskaya) iba quedando cada vez más cerca del epicentro de los combates. La 3.<sup>a</sup> EA continuó sus operaciones hasta ser oficialmente relevada el 5 de julio de 1943.

Por su parte, un segundo grupo de marinos destinados a instruirse en la Armada alemana salió de España el 1 de abril de 1943: la Comisión Fernández de la Puente (un jefe, seis oficiales, cuatro suboficiales). Como la anterior, estos hombres embarcaron en naves ligeras dedicadas a la guerra de minas en el Báltico, aunque dos de sus miembros lo hicieron en el crucero *Emdem* y en el acorazado de bolsillo *Admiral Scheer*. A finales de mayo, dos de los oficiales de esta comisión fueron destinados a otra comisión formada por personal que debía adiestrarse en el manejo de lanchas rápidas torpederas, que la Kriegsmarine iba a vender a España en el marco del programa de suministros de armas. Esta era la Comisión Urzaiz, e inicialmente la formaban 40 hombres, sobre todo suboficiales y marineros, el personal para dos dotaciones. Apenas llegada a suelo alemán, el 4 de junio, ya empezó su instrucción práctica a bordo de los buques en la base naval de Svinemunde, en el Báltico.

Pero como finalmente Alemania vendió seis lanchas torpederas, hubo que enviar personal para cuatro dotaciones más, que salió de España en dos tandas, una a finales de junio, y otra a principios de julio. Algún otro de los oficiales de la Comisión Fernández de la Puente fue

derivado hacia esas dotaciones de lanchas torpederas. Todo este personal, una vez instruido, se trasladó hasta Burdeos, donde la Kriegsmarine hizo entrega a la Armada española de las seis lanchas a finales de julio y a lo largo de agosto. Contando con el personal de marinería enviado para la dotación de las lanchas, estas tres comisiones de la Armada encuadraron en total a 18 oficiales, 18 suboficiales y un centenar de marineros. En términos numéricos, la cifra es irrelevante, incluso comparándola con las cinco escuadrillas azules, por las que pasaron en total casi 600 hombres. Y, ya se ha visto, salvo algún incidente en las misiones de limpieza de minas en el Báltico, que en todo caso no ocasionaron bajas, no participaron en combates. Así visto, esta muy modesta participación en la vida de la Kriegsmarine parece una operación puramente «profesional». Y sin embargo, la verdad es que en la Armada española también había voluntad de lucha contra el comunismo. Uno de los integrantes de la segunda de las comisiones citadas, el alférez de navío José García de Quesada, le contó lo siguiente al historiador que descubrió para el público la historia de estos hombres, muchos años después de acabada la guerra:

La verdad es que yo no me había ofrecido voluntario para ir a esta comisión exactamente, sino para ir a la División Azul en Marina. Hay que tener en cuenta que por aquel entonces prácticamente todos nosotros, o sea del orden del noventa y cinco o noventa y nueve por ciento de nosotros, nos habíamos ofrecido voluntarios para ir a Rusia (Escuadra, 2013).

Si se hubiera planteado la creación de flotillas españolas dentro de la Kriegsmarine para tomar parte en la lucha contra el comunismo como unidades de combate, desde luego no hubieran faltado voluntarios. Pero la Armada alemana fue —de las diversas ramas de la Wehrmacht— la que menos esfuerzo hizo para incorporar voluntarios extranjeros. De hecho, para la campaña contra la URSS solo se reclutó a voluntarios croatas para formar una pequeña flotilla que operó en el Mar Negro. Cuando en marzo de 1944 la Kriegsmarine quiso empezar a reclutar a gran escala marineros voluntarios en los países de Europa Occidental ya era demasiado tarde.

El mes de mayo empezó con una notable visita, la del general español Carlos Martínez de Campos y el almirante alemán Canaris, realizada el 5 y 6 de mayo. El primero se encontraba de visita en Alemania negociando los términos de los acuerdos con Alemania para la compra de armamento y quiso hacerse una idea de la realidad del Frente del Este y del papel de la DA. Considerado uno de los más brillantes generales españoles de la época, de un gran nivel intelectual y una vasta cultura, la visita tenía el mayor calado. Antes de él, solo el célebre general Moscardó había logrado visitar las posiciones de la DA (cuando esta iniciaba sus operaciones al este del río Vóljov).

Generales españoles que habían visitado Alemania en otras fechas (como el célebre general médico Gómez Ulla, que lo hizo precisamente para organizar los servicios médicos de retaguardia de la DA), o Asensio (el entonces ministro del Ejército, que había acudido a Alemania antes de ocupar ese cargo, para negociar con el Heer las modalidades del relevo del contingente inicial de la DA), no habían sido autorizados a acercarse al frente. Canaris, jefe de los servicios alemanes de inteligencia militar y reputado como una autoridad en temas españoles por las autoridades del Tercer Reich, ya había visitado antes el Cuartel General de la DA. Dada la situación en el Mediterráneo, los alemanes veían con inevitable preocupación la evolución de la política española.

No puedo evitar el subrayar una coincidencia. El mismo día 10 de febrero en que los hombres de la DA se batieron tan brillantemente en Krasny Bor, a muchos kilómetros, en Madrid, el ministro de Exteriores español y el embajador alemán firmaban un documento por el que España se comprometía, a cambio de recibir armamento germano...

... a resistir toda acción de las fuerzas armadas angloamericanas para penetrar en la Península Ibérica o en cualquier otro territorio español fuera de la península, esto es, por lo tanto, en el Mediterráneo, en el Atlántico, en África y también por el Protectorado español en Marruecos, y defenderse contra tal acción con todos los recursos de que disponga.

Era una exigencia de Berlín para aceptar la venta de un material bélico del que la misma Alemania estaba muy necesitada. Es evidente que en este acuerdo hispano-alemán el combate de Krasny Bor no pudo influir de modo alguno, dada la coincidencia de fechas. Pero es evidente que si los soldados españoles se batían en el territorio nacional como lo estaban haciendo en Rusia, la verdad es que todo ataque contra España implicaría grandes costes para quien lo acometiera. Lo que los combatientes de la DA estaban demostrando en el Frente del Este era una voluntad de lucha de la que los soldados de otros países parecían carecer.

«ADIÓS, HERMOSA KATIUSHA».  
A LA DEFENSIVA FRENTE A LENINGRADO. ABRIL-OCTUBRE DE  
1943

Señor Santiago: (...) Esta juventud ha entendido la vida como tú la predicaste, y desde los primeros escuadristas que dejaron sus ilusiones por las esquinas asfaltadas, hasta los que hoy derriten sus vidas de fuego sobre las nieves de Rusia, han sabido que lo militar y lo religioso son la manera auténtica de entender a España, y con la oración en los labios han luchado hasta la muerte contra los enemigos de Dios y de la Patria.

JOSÉ LUIS DE ARRESE, discurso ofrenda a Santiago Apóstol,  
patrón de España.  
22 de agosto de 1943

Las grandes batallas que se habían librado en el Frente del Este desde noviembre de 1942 y hasta mayo de 1943 no habían afectado de manera decisiva a la percepción española de la guerra. Sí lo hizo, en cambio, la rendición de las tropas italo-alemanas en Túnez, ocurrida el 12 de mayo, y que sorprendió a los españoles, que esperaban —como mínimo— una resistencia más duradera. Con esa rendición, el 3.<sup>er</sup> Ejército Norteamericano de Patton y el 8.<sup>o</sup> Ejército Británico de Montgomery quedaban libres para futuras misiones. ¿Cuál sería el siguiente objetivo de los Aliados? La posibilidad de que ahora fuera el 5.<sup>o</sup> Ejército Norteamericano del general Clark el que, desde Marruecos, atacara España era más que creíble. A partir de esas fechas, sería la evolución de la guerra en el Mediterráneo, y no la suerte de las armas en el Frente del Este, lo que guiaría la evolución política española, y con ello decidiría el destino de la División Azul.

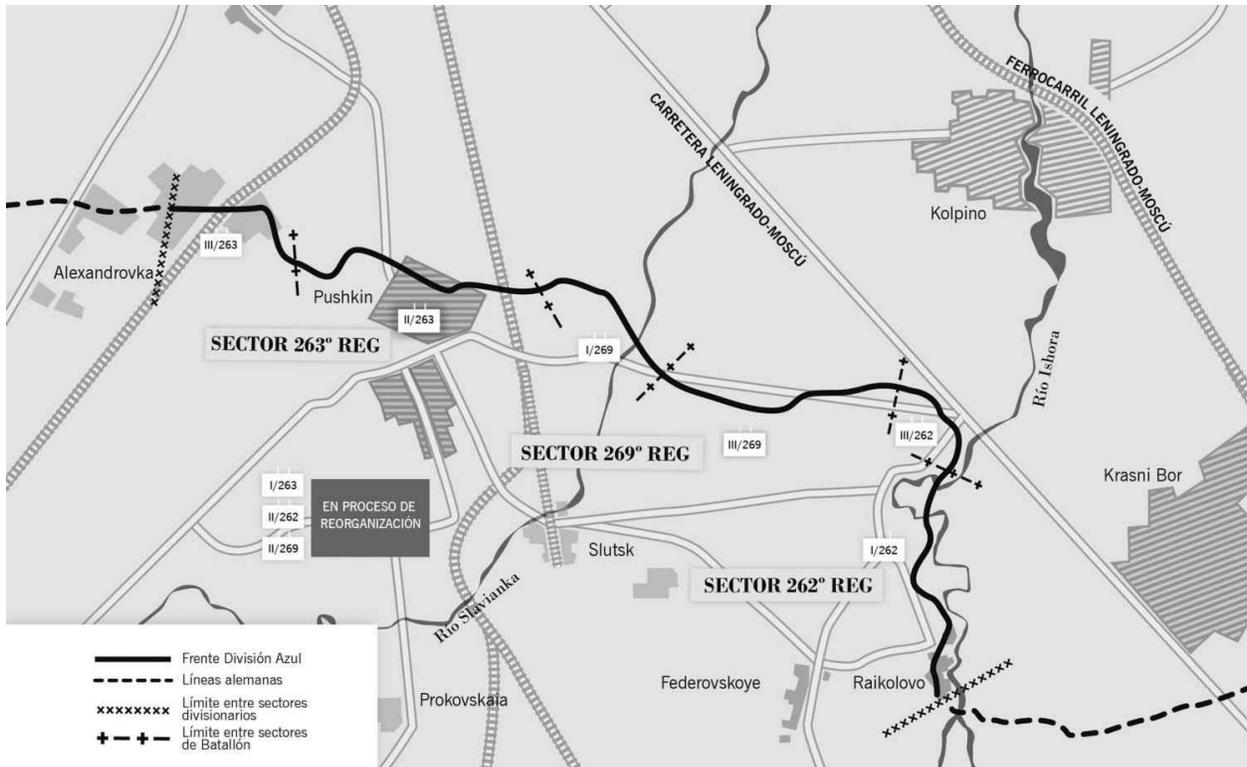
El mismo día de la capitulación italo-alemana de Túnez, el mando de la DA recibió una noticia muy esperada: los españoles iban a ser relevados en el sector del Ishora. De hecho, aquel mismo 12 de mayo antes citado la responsabilidad del sector fue transferida oficialmente a la 254.<sup>a</sup> División, y desde ese instante los españoles que habían estado agazapados en posiciones improvisadas y precarias, que no habían tenido forma de mejorar por la presión enemiga, empezaron a abandonarlas en manos de nuevos inquilinos. El relevo se alargó hasta el 24, por la dificultad en realizarlo. La misma fecha en que el mando de la DA dio por concluida la reposición por parte de los alemanes del equipo perdido en Krasny Bor. Las consecuencias de aquella batalla parecían ya superadas.

Desde mucho antes de que se realizase ese abandono de las posiciones a lo largo del Ishora los mandos españoles ya sabían que no les iba a resultar gratis. El sector vecino al oeste, antes ocupado por la 2.<sup>a</sup> Brigada SS y ahora por la 170.<sup>a</sup> División, tenía un segmento extremadamente conflictivo, el de la zona de contacto entre esa unidad y la DA, donde las posiciones alemanas trazaban una estrecha y profunda penetración en las líneas soviéticas, a caballo de una vía férrea (la de Leningrado a Krasnogardeisk). Le iba a tocar a los españoles el hacerse cargo de ese sector

que, no por casualidad, recibiría el nombre de El Dedo, y que se iba a convertir en una nueva pesadilla. El día 25 de mayo el mando de la DA ya tenía perfilado su plan de despliegue para el Regimiento 262.º. Uno de sus batallones guarnecería la zona de El Dedo, pero los otros dos batallones se mantendrían como reservas.

En breve plazo, el formato del despliegue evolucionó hacia un modelo que se mantuvo hasta la repatriación de la DA. Aunque existían tres sectores divisionarios, el del Regimiento 262.º, que ahora ocupaba el extremo occidental del despliegue, sería muy estrecho, pues tendría un único batallón en primera línea y otro como reserva en retaguardia. El Regimiento 263.º, que ahora ocupaba el centro del despliegue, tendría en primera línea a dos de sus batallones, y en retaguardia a otro de sus batallones, y también uno de los batallones del Regimiento 262.º. El Regimiento 269.º, que antes había ocupado el centro del despliegue, ahora se encontraba con que era el ala oriental. También tendría dos batallones en línea, y uno en reserva, al que habría que añadir otro. Ya no se podía usar con ese fin al Batallón de Reserva 250.º, y no porque hubiese dejado de existir, sino porque se le devolvió a su función correcta: la de unidad de depósito avanzado. La experiencia de Krasny Bor había demostrado la necesidad de contar cerca de la primera línea con una unidad de depósito de soldados, y el Batallón de Reserva 250.º debía asumir además la función de instruir a los soldados recién llegados con los batallones en marcha hasta que se les asignara a sus unidades. Por tanto, la solución que se encontró fue asignar de manera casi permanente al Regimiento 269.º el Grupo de Exploración. Se constituyó así a lo largo del frente de la DA una doble línea, con cinco batallones en vanguardia y otros cinco en retaguardia. Las áreas ocupadas por los batallones de vanguardia y retaguardia fueron organizadas como sendos «centros de resistencia», cada uno con su nombre propio.

Así por ejemplo, en el área del Regimiento 269.º el segmento oriental de su vanguardia era el Centro de Resistencia Pushkinski (por la ciudad de Pushkin) y el segmento occidental el Centro de Resistencia Slavianka (por el afluente del Neva que lo cruzaba), mientras que en su retaguardia se establecían respectivamente los Centros de Resistencia Barcelona y Madrid. En vanguardia, cada centro de resistencia estaba estructurado en tres puntos de apoyo, guarnecidos por las tres compañías de fusileros de cada batallón, mientras que la compañía de ametralladoras y morteros de este, repartía sus efectivos entre aquellas. En cambio, en retaguardia cada centro de resistencia solo contaba con dos puntos de apoyo, para sendas compañías. El sistema preveía que cada batallón pasaría un mes en primera línea y otro en retaguardia, y durante este mes, una mitad del batallón ocuparía las posiciones de la segunda línea, pero otra mitad marcharía algo más a retaguardia para realizar maniobras, instruirse en ciertas tácticas, etc. Se puso un énfasis especial en la instrucción en la lucha contra carros de combate. En cualquier caso, los soldados deberían dedicar mucho tiempo a trabajar, con pico y pala, ya que había que construir posiciones muy bien fortificadas, con emplazamientos principales y alternativos para cada arma, y comunicar cada uno de los puntos de apoyo y los centros de resistencia entre sí con «trincheras cubiertas», es decir, que permitieran el movimiento humano completamente a cubierto de las vistas y fuegos del enemigo. Como las posiciones eran ocupadas por unidades según turnos rotatorios, se asignó un nombre propio para identificar cada punto de apoyo, cada emplazamiento de armas, cada trinchera, etc., que era permanente y no se modificaba en función del «usuario».



REORGANIZACIÓN DE LA DIVISIÓN (MARZO - MAYO DE 1943)

Si recordamos lo que se expuso al llegar los españoles a los arrabales de Leningrado, entonces la idea del mando español había sido la de desplegar en cada sector regimental a dos batallones en línea y otro como reserva en retaguardia. Ahora el despliegue era aún más sólido, y como acabo de exponer, a cada batallón en primera línea le correspondía otro en su retaguardia, que además ocuparía posiciones debidamente fortificadas y dotadas de armamento. Tanto para la primera como para la segunda línea, para cada tipo de arma (ametralladoras, morteros, cañones) se calcularon meticulosamente los campos de tiro más eficaces, que —también ellos— recibían nombres propios para que a los sencillos soldados les fuera fácil identificar los objetivos que tendrían que batir. Los campos de minas se hicieron más densos, y las alambradas se perfeccionaron.

La artillería, española y alemana, era todo lo abundante que se pudo lograr. En agosto de 1943 el Regimiento de Artillería 250.º español estaba pertrechado con las ya sabidas nueve baterías de 105 mm; las de 150 solo eran dos, pero existía otra dotada con piezas de botín de 155 mm, totalizando las 12 baterías reglamentarias para un regimiento divisionario. Pero junto a los españoles, en el sector de frente que ellos ocupaban, se desplegaban hasta 14 baterías alemanas con piezas que iban desde el calibre 105 —las más numerosas, seis de ellas— hasta el calibre 240 mm. En ese momento la DA cubría 15 kilómetros y medio, y por ello podemos calcular que había una batería —alemana o española— por cada 600 metros de frente, una densidad de la que nunca antes habían gozado los españoles. Como cada batallón de infantería de primera línea guarnecía unos 3.000 metros, podemos calcular que podía ser apoyado en su sector por cinco baterías desplegadas en su retaguardia. Dado que las piezas artilleras tienen más alcance que las armas de infantería, y las baterías que cubrían un sector podían hacer fuego sobre sectores vecinos, en la práctica esto significa que un batallón que fuera atacado y sufriera una crisis local podía ser apoyado por unas 10 baterías. Siempre cabía la posibilidad de que el enemigo lograra una ruptura, porque también los soviéticos habían incrementado sus medios artilleros y de otro tipo, pero desde luego les iba a costar mucho atravesar las líneas.

La densidad y profundidad del despliegue de la DA no era un capricho de sus mandos, sino que obedecía a una bien planificada decisión del Grupo de Ejércitos Norte, que no solo impuso una estrategia de fortificación en la primera línea, sino que diseñó y puso en marcha la construcción de líneas defensivas a las que retirarse en caso de que fuera imposible resistir en vanguardia. La más alejada del frente era la llamada Línea de Luga (Luga Stellung) que desde el norte de la ciudad de Nóvgorod se extendía hacia el nordeste, hasta la frontera ruso-estonia, pasando precisamente por Luga. Entre esta línea retrasada y la primera línea existían otras intermedias, y todas las ciudades que eran nudos de comunicaciones (empezando por Krasnogardeisk, el mencionado Carlos Gardel de los españoles) y también otras mucho más a retaguardia, como eran el caso de Luga y Narva, estaban rodeadas de anillos de posiciones defensivas preparadas de antemano. A un puñado de kilómetros de la primera línea, los sectores más expuestos fueron dotados de una línea retrasada de posiciones preparadas para su ocupación, por si las tropas debían retirarse en el curso de algún ataque enemigo. Desde la costa del golfo de Finlandia y hasta la zona del Ishora se trazó la Bogen Stellung o Línea Arco; y desde ese lugar y hasta el Neva a la altura de Mga discurría la Alexander Stellung. Todas estas líneas se construían

bajo la dirección del Grupo de Ejércitos, usando tropas alemanas, pero sobre todo civiles y prisioneros de guerra rusos. Desde luego no eran grandes fortificaciones, pero sí posiciones sobre las cuales poder replegarse y encontrando en ellas, de manera casi inmediata, trincheras, posiciones de tiro para la artillería, fosos antitanque, etc. El Grupo de Ejércitos deseaba dar fin a tan vastos proyectos para enero de 1944.

Por otra parte, y regresando de nuevo a las líneas de la DA, se ordenó que, de manera sistemática, oficiales, suboficiales y soldados asistieran regularmente a cursos de perfeccionamiento en algún aspecto concreto de la actividad castrense. Se impuso una rutina de vida de trincheras que captó, con lacónico estilo, uno de los sargentos de la DA, en concreto del Regimiento 269.º: Miguel Osorio. Una vida muy distinta a como se nos presenta la guerra en la literatura y el cine, en la que el pico y la pala eran tanto o más usados que el fusil o la granada, en la que había más acción armada y más trabajo manual de noche que de día. Vale la pena citar con extensión un fragmento de este testimonio tan realista:

MAYO. Día 1: Por la mañana descanso, por la noche al trabajo, a la posición del III Batallón. 2: Por la mañana misa, por la noche trabajo. 3: A las pruebas de las caretas en la cámara de gases y por la noche trabajo. 4: Por la noche relevamos de la posición a la 10.<sup>a</sup> Compañía de nuestro regimiento. 5: En posición. 6: A las doce y media de la noche vino una patrulla roja cogiendo un centinela con una lona y golpeándole la cabeza con porra, pero como se puso a gritar, entonces lo soltaron y se dieron a la fuga, en la retirada se mató uno por mi fusil ametrallador. Después empezaron con los morteros y antitanque a tirar a nuestra posición, tuvimos un soldado herido. 7: A las doce y media de la mañana empezaron los rojos a tirar con los morteros sobre nuestra posición, cayendo dos morteros encima de mi chabola, resultando heridos el cabo y un soldado de mi pelotón, resultando yo ileso por milagro porque estaba junto con ellos dentro de la chabola. 8 y 9: En posición. 10: En posición, por la mañana mataron a un soldado de mi sección. 11: En posición, casi todos los días llueve algo, las trincheras están llenas de agua y barro. 12: En posición, en estos últimos días han tirado mucho con el «organillo» [lanzacohetes]. 13: A las dos de la madrugada hirieron a un soldado de mi sección. 14: A la una y media de la madrugada una patrulla roja rompió nuestras alambradas y ya que estaba cerca de los puestos de centinelas fue vista; enseguida rompieron el fuego nuestros fusiles ametralladores, poniéndolos en fuga, haciéndoles un muerto y un prisionero. A las nueve y media de la noche salimos una patrulla cogiendo dos naranjeros y el muerto que dejaron abandonado. 15 a 17: En posición. 18: Por la noche mataron a un cabo de mi sección. 19 y 20: En posición. 21: Por la noche los rojos volaron varios metros de alambrada en el sector que ocupa la 2.<sup>a</sup> Sección de nuestra compañía, dejaron un muerto. 22 a 26: En posición. 27: En estos días casi no llega a oscurecer, son noches muy cortas, tenemos muchos mosquitos. 28 y 29: En posición. 30: Por la noche hirieron a un soldado de mi sección. 31: En posición.

JUNIO. Día 1: En posición. 2: Por la mañana hirieron a un cabo de mi sección. 3 al 10: En posición. 11: En posición. A la una de la madrugada tuvimos misa en una chabola. 12: En posición. 13: A las doce de la noche mataron a un soldado de mi pelotón. 14 y 15: En posición. Estos últimos días ha llovido mucho. 16 a 19: En posición. 20: En posición. Hace unos días que la artillería roja tira mucho sobre nuestra posición. 21 a 23: En posición. 24: A la una de la madrugada hemos tenido misa en una chabola. 25 a 27: En posición. 28: Están haciendo unos días que parece que estamos en invierno por el frío que hace. 29 y 30: En posición.

JULIO. Día 1 a 3: En posición. 4: Hace varios días que está lloviendo sin parar un momento. 5: A las doce de la noche nos relevó de la posición una compañía de nuestro regimiento. 6: A las cuatro de la madrugada llegamos al pueblo de Slutsk, donde vamos a descansar. 7 y 8: Descansando. 9: Instrucción y trabajo. 10 a 15: Instrucción y guardia. 16: A las diez de la noche subimos a la segunda línea y relevamos a la segunda compañía de nuestro batallón. 17: Trabajo por la noche, en la segunda línea. 18: Me mandaron a [la Compañía de] Veterinaria para hacer un curso de ganado. 19 y 20: En el curso. 21: Por la tarde terminamos el curso. 22: Por la mañana me incorporo a mi compañía, que está en la segunda línea. 23 y 24: Por la noche trabajo. 25: A las once de la noche nos releva la tercera compañía de nuestro batallón y nosotros relevamos a la segunda compañía de nuestro batallón en la «Posición Sevilla» [del Centro de Resistencia Pushkinski, en la primera línea]. 26, 27, 28 y 29: Por la noche trabajo. 30: Por la mañana fui al pueblo de Slutsk a ducharme y mudarme de ropa. 31: Trabajo (Osorio, 2016).

Esta vida, a la vez rutinaria y de continuo trabajo, desgastaba mucho a los soldados, que por otra parte, y dada la distancia hasta España, era casi imposible que disfrutaran de un permiso. En realidad, la mayor parte de los hombres con lo que soñaban era con disfrutar de los encantos de Riga, la hermosa capital letona, donde los españoles disponían de un excelente hospital, y de la que hablaban maravillas los que regresaban al frente tras recibir el alta. Por ello fue allí donde se inauguró este mes de mayo un Hogar de Reposo para los voluntarios españoles, que el general Esteban-Infantes inspeccionó en persona, en visita a esa capital entre el 27 y el 29 de mayo. Ya no haría falta que le hirieran a uno para «visitar» Riga, y se tendría derecho a un cierto periodo de descanso simplemente por tiempo de servicio.

El mismo general daba muestras de agotamiento. Había abandonado España a principios de junio de 1942 y estaba al mando desde diciembre, habiendo pasado por situaciones tan críticas como Krasny Bor. Cuando en España organizó la que iba a ser la Segunda División, él había elegido en persona y con detenimiento a 24 jefes (coroneles, tenientes coroneles y comandantes) de su entera confianza, para mandar regimientos, batallones y grupos. A aquellas alturas alguno de ellos ya había regresado a España, por razones familiares (el coronel Villalba, del Regimiento 263.º) o por no juzgarse adecuado su rendimiento en el frente (el caso del coronel Sagrado, del Regimiento 262.º), y como casi todos habían cumplido ya un año de servicio en campaña, pronto regresarían en gran número. Los que llegaban para relevar a los mandos repatriados (coronel Muñoz Valcárcel, para el Regimiento 262.º; coronel Amado Lóriga, para el Regimiento 263.º; coronel García Navarro, para la Jefatura del Estado Mayor; etc.) no habían sido seleccionados por Esteban-Infantes, a quien ni siquiera se le consultaban los nombramientos. No estaba previsto, en cambio, el relevo del general. Y este no tardó en detectar un cambio de mentalidad en estos mandos.

En 1941 con los jefes y oficiales que se alistaron voluntarios se habrían podido formar los cuadros de mando de varias divisiones: tal era el número de generales, coroneles, etc., que se ofrecieron. Se había tomado nota de cada uno de ellos, claro está. Y de entre ellos se seleccionaba ahora a los que parecían tener mejor perfil profesional. Pero en la primavera de 1943 el ambiente que se respiraba en España ya no era el de 1941, ni siquiera era el de 1942. Con los Aliados a un tiro de piedra en Marruecos, eran muchos los militares profesionales que —conscientes de la evolución estratégica del conflicto— ya no consideraban ni oportuna ni deseable la presencia de la DA en Rusia, de esa misma división a la que se hubieran ido de cabeza en 1941. Y un profesional de larga experiencia como era Esteban-Infantes no dejó de captar ese nuevo estado de ánimo entre los mandos a sus órdenes, aunque de manera más especial entre los que llegaban desde España.

Cuando en 1942 el general Muñoz Grandes había empezado a recibir al personal de los batallones en marcha, no se recató de criticarlos en sus escritos a las autoridades militares en Madrid, alegando que tenían deficiente instrucción y falta de espíritu. En cambio, el general Esteban-Infantes, que había sido el que organizó esos batallones en marcha, consideraba que se componían de una excelente masa humana y siempre lamentó que sus «creaciones» fueran disueltas al llegar a Rusia, y mandos y personal repartido entre las unidades ya existentes. Ahora, en 1943, era Esteban-Infantes el que mandaba escritos a Madrid criticando la valía del personal que le llegaba con los batallones en marcha, repitiendo así el comportamiento de Muñoz Grandes. Nada de esto les sorprenderá a los familiarizados con la sociología militar, ya que cualquier

mando militar está siempre íntimamente convencido de que sus subordinados son los mejores si son los que él mismo ha seleccionado e instruido; y tenderá a minusvalorar a los militares — mandos y soldados— que no hayan sido elegidos por él, ni troquelados bajo su disciplina y con sus criterios. En este sentido, no hay que tomarse demasiado en serio ni las afirmaciones de Muñoz Grandes en 1942, ni las de Esteban-Infantes en 1943.

Otro fenómeno a destacar es que quienes estaban en Rusia llegaron a albergar con respecto a los que permanecían en España una sensación de desconfianza análoga a la que en su día habían sentido los «africanistas» hacia los que servían en el territorio metropolitano español, que no llegó a más por la sencilla razón de que el episodio de la DA fue breve. Pero les escandalizaba el que en España sus compañeros de armas estuvieran más atentos a aspectos puramente formales de la vida militar (desde las pagas a la calidad de los acuartelamientos) que a estudiar las modernas tácticas y armas que se estaban poniendo en juego en el Frente del Este. O que no se atendieran con rapidez las peticiones que se hacían a Madrid. Desde que se disponía de un avión Ju-52 que enlazaba semanalmente la DA, y la Escuadrilla Azul con Berlín, el tráfico de noticias y mandos enviados en comisiones de servicio era muy fluido, ya que desde Berlín se usaba el enlace aéreo de Lufthansa con Madrid. Y las peticiones que se hacían desde Prokovskaia, que parecían de extrema urgencia en algunas ocasiones, se encontraban con una lenta y burocrática respuesta del Ministerio del Ejército, que se demoraba aún más si —por ejemplo— coincidía con algún periodo vacacional; estos hechos eran imperdonables para quienes estaban en la trinchera. A los mandos de la DA les irritaba profundamente, y de manera especial, lo que algunos veían como actitud negligente ante el reclutamiento de nuevos efectivos en España.

Lo que sí es cierto es que una de las singularidades de la DA era la de «reservarse el derecho de admisión». Sus integrantes —o aspirantes a serlo— que no eran considerados fiables o dignos eran devueltos a España, etiquetados como «indeseables». Un tema obsesionaba a quienes estaban en Rusia: el evitar desertiones, que producían un pésimo efecto ante los alemanes y suponían un grave peligro para la seguridad de la DA. Por ello, todo el personal en el que se detectaban indicios sospechosos (como por ejemplo, saberse que había tenido familiares que eran izquierdistas más o menos destacados, o bien que tenían familiares exiliados, o que ellos mismos habían servido en el Ejército del Frente Popular) era sometido a escrutinio, y se iniciaba un expediente sobre él, para indagar si se trataba de un «indeseable» político. Otra cuestión que obsesionaba era el prevenir que llegasen a las filas de la DA elementos refractarios a la disciplina militar. Entre las costumbres más arraigadas en el Ejército Español estaba la de enviar a ese tipo de personal a unidades «duras», como la Legión, «para que los disciplinasen». Ahora, algunos mandos militares españoles debieron pensar que la DA cumplía ese papel y se las ingeniaron para mandar a Rusia a algunos ejemplares de este tipo de individuos. Como sus expedientes militares indicaban que tenían «recargos de servicio» (se les había castigado alargando su servicio en filas), estos casos eran fáciles de detectar y etiquetados *a priori* como «indeseables». Finalmente, había comportamientos que en España no suponían más que un problema leve (soldados que cometían robos y que pasaban al calabozo del cuartel) pero que en Rusia eran un derroche de recursos; o comportamientos sexuales que entonces se consideraban intolerables, y que calificaban a quienes los practicaban en la categoría de «indeseables».

Dada la obsesión de los mandos de la DA por mantener la moral de sus tropas, a las mínimas de cambio se abría expediente y unos 2.000 hombres llegaron a ser investigados como presuntos

indeseables. ¿Cuántos fueron finalmente considerados como tales? Como estos «indeseables» (sea cual fuese la razón por las que se les etiquetase así, desde las de orden político a las vinculadas a la moral sexual imperante) eran devueltos a España con escolta de la policía militar de la DA (compuesta por guardias civiles, como se indicó) en expediciones segregadas de otras repatriaciones (las motivadas por relevo o baja médica) los datos están claros y las cifras se pueden establecer perfectamente (Torres, 2018). Entre el 20 de agosto de 1941 —cuando la DA se disponía a partir desde Alemania hacia el frente— y diciembre de 1942, cuando ya habían pasado por la unidad unos 34.000 hombres (entre el contingente inicial y el aportado por batallones en marcha) se devolvieron como «indeseables» a España un total de 249 hombres, esto es, un 0,7 por ciento de los efectivos. Los devueltos por el mismo motivo entre enero y octubre de 1943 fueron 232, lo que indica una leve alza, sin que en modo alguno podamos hablar de nada realmente importante. Para prevenir que alguien devuelto como «indeseable» intentara el reenganche, y dado que según los mandos de la DA en España se detectaba una actitud negligente al respecto, se estableció un filtro en Hof, por donde debían pasar todos los batallones en marcha. Allí los nombres de los integrantes de esas unidades eran cotejados con el listado de indeseables devueltos, y en caso de que se detectara alguno, eran repatriados. Por ejemplo, de los 127 reenganchados que llegaron a Hof con el 25.º Batallón en Marcha, ninguno aparecía en ese listado, y lo mismo ocurrió con los 60 reenganchados presentes en el 26.º Batallón. El problema, como vemos, no llegó a tener proporciones importantes.

Otro tanto ocurre con el tan traído y llevado tema de las desertiones de personal de la DA, algo que ha hecho correr ríos de tinta. Un autor tan extremadamente crítico con la DA como Núñez reconoce expresamente que en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil el índice de desertiones fue «al menos ocho veces superior» al que registró la DA (Núñez, 2016). Los datos que este autor reconoce para la DA los expresa en tantos por mil (un 2 por mil) y en cambio los que aporta para las Brigadas Internacionales los expresa en porcentaje (entre el 1,7 y el 1,9 por ciento, afirma). Ignoro la razón para ello. Pero si unificamos las magnitudes, la diferencia es más visible de lo que se capta en su libro, ya que el porcentaje en la DA es exactamente el 0,2 por ciento. Señalaré que con esos mismos datos que admite Núñez, la diferencia entre ambos cuerpos militares es en realidad algo superior, pues hablaríamos de entre 8,5 y 9,5 veces más desertiones en las Brigadas Internacionales que en la DA. Y si redondeamos esa cifra, pero no a la baja, sino lo que sería más lógico, al alza (es lo que haría el programa Excel), por ejemplo, entonces nos encontramos con que por cada desertión en la DA hubo 10 desertiones en las Brigadas Internacionales. Es evidente que la DA tuvo bastante más solidez interna que la que alcanzaron las célebres Brigadas.

En cualquier caso, dedicarle más de un 0,2 por ciento del tamaño de un libro sobre la DA a los desertores que en ella hubo es un despropósito, y aquí no pienso caer en ese error. En un manuscrito de 500 folios, por ejemplo, bastaría con dedicar un folio a este tema. Otra cosa es que esa exigua cantidad de soldados desencadenara un abundante papeleo (infinitamente más que el que generaban las decenas de miles de soldados que tenían comportamientos disciplinados) y sobre ese material algún autor dado a las insidias sea capaz de construir amplias especulaciones.

También los alemanes prestaron una atención desproporcionada al tema de las posibles desertiones de voluntarios españoles. Pero en realidad, si estaban satisfechos del valor y eficacia militar de algunos voluntarios anticomunistas de Europa, esos eran los españoles. En una visita de

Lindemann, jefe del 18.º Ejército, al Cuartel General de la DA, realizada el 2 de junio, este mando germano le comentó a Esteban-Infantes que también ese verano iba a intentar el Heer un asalto a Leningrado, a realizar en cuanto la ofensiva principal que se iba a lanzar (en ese año lo previsto era el asalto al saliente de Kursk) acabara en éxito. Revelarle ese objetivo tenía una explicación: Lindemann contaba con los españoles para tomar parte en el ataque, así que venía a ordenarle al general español que —en el intenso programa de entrenamiento de las unidades españolas durante sus periodos de retaguardia— se incluyeran temas de asalto a posiciones, y no solo tácticas defensivas, como la lucha contracarros. Tras las expectativas frustradas de 1942, es muy posible que estas noticias fueran recibidas con escepticismo por los españoles, aunque sí que es muy cierto que los alemanes creyeron firmemente en ese plan. Conquistar Leningrado era un objetivo viable después de todo, y en unos momentos en que el prestigio de la Wehrmacht se estaba evaporando, era una forma comparativamente fácil de obtener una victoria de gran impacto propagandístico.

La otra novedad de la visita de Lindemann fue informar a Esteban-Infantes de un singular decreto de Hitler, firmado por este en su Cuartel General, el recién pasado 28 de abril de 1943. En él se leía:

En conmemoración de la lucha común contra el enemigo bolchevique en el Frente del Este, establezco la Medalla Conmemorativa para los Voluntarios Españoles en la Lucha contra el Comunismo.

Artículo 1.º Esta medalla será concedida solamente a españoles después de su retiro de las formaciones de las fuerzas armadas alemanas.

Artículo 2.º Esta medalla conmemorativa se llevará en el pasador de condecoraciones o en el segundo ojal de la guerrera, detrás de la Cruz de Hierro y la Cruz del Mérito de Guerra. La cinta es de los colores negro-blanco-rojo con una lista longitudinal en su mitad de color amarillo [de esta manera esa cinta incorporaba los colores alemanes, negro/blanco/rojo, y los españoles, rojo/amarillo/rojo. [N. d. a.].

Artículo 3.º El interesado recibirá el diploma correspondiente.

Poco después se redactaba el reglamento para otorgar estas medallas, precisando quiénes podían recibirla (por ejemplo, también se otorgaría a los caídos, a título póstumo), qué instituciones estaban encargadas de formular las propuestas de concesión (los jefes de Ejército — como era el caso de Lindemann— o de las flotas aéreas, para el caso de las Escuadrillas Azules), plazos para formular la petición de los ejemplares de las medallas y las cintas correspondientes, etc. Esta era la documentación que Lindemann quería entregar en mano a Esteban-Infantes que, muy halagado sin duda, la hizo llegar a Madrid con fecha de 12 de ese mes.

Esta Erinnerungsmedaille für die Spanischen Freiwilligen im Kampf gegen den Bolschewismus —que tal era su nombre oficial en alemán— era una condecoración de las que se catalogan como «medallas». A diferencia de las definidas como «cruces», no premiaban hechos específicos de carácter individual (valor, eficacia en el desempeño de las misiones, etc.) sino que eran un honor concedido a todos los soldados de un colectivo por una circunstancia común a todos ellos. Los españoles ya habían podido recibir la llamada Medalla del Primer Invierno, si habían servido en Rusia en el durísimo invierno de 1941-1942. Pero este era un honor mucho más llamativo, porque se creó específicamente para los españoles de la DA y la EA.

Tras la catástrofe de Stalingrado, los italianos, rumanos, húngaros y eslovacos habían retirado sus tropas del Frente del Este. Algunos (italianos, húngaros) habían vuelto a su patria, y otros (rumanos, eslovacos) habían tenido que ser asignados a tareas de poco fuste, como la

defensa de costas. Si los alemanes admiraban a algún aliado, ese era Finlandia, que tan gallardamente había combatido contra el Ejército Rojo en la Guerra de Invierno de 1939-1940. Desde que empezó la campaña de 1941, los finlandeses habían dado nuevas muestras de su valor y eficacia. De manera simbólica, Finlandia había reclutado voluntarios para crear un batallón que se incorporó a las filas de las fuerzas armadas alemanas, y concretamente a las de la 5.<sup>a</sup> División SS Wiking. Sin embargo, tras la catástrofe de Stalingrado, los finlandeses empezaron a pensar que se habían equivocado aliándose con el Tercer Reich, y presionaron para que el citado batallón fuera repatriado, así que en la primavera abandonó la primera línea y en junio de 1943 regresó a casa. La estima de los alemanes por los finlandeses mermó mucho con ello y no se habló de concederle ningún signo de homenaje a ese batallón.

Pero es que tampoco se concedió por parte alemana nada análogo a la medalla creada para los españoles en el caso de los voluntarios de las otras legiones nacionales, de lo que conocemos como «Movimiento de Voluntarios Anticomunistas Europeos». Puesto que a esas alturas los alemanes reconocían como legiones nacionales a las unidades de voluntarios anticomunistas de Noruega, Dinamarca, Holanda, Flandes belga, Valonia belga, Francia, Croacia, Armenia, Georgia, Azerbaiján, Cáucaso del Norte, Turquestán y la de los Tártaros del Vólga y el Ural, el hecho es llamativo.

Conocer con algún detalle la historia de esas legiones nos ayudará a comprender el gesto alemán. En el caso de las cuatro legiones nacionales de países o regiones germánicas que la Waffen SS había incorporado en su seno y de las que se habló, por su reducido tamaño eran poco operativas, aunque varias de ellas —también se ha visto— fueran agrupadas en la 2.<sup>a</sup> Brigada SS, vecina de los españoles en el Vóljov y Leningrado. En marzo de 1943 esas pequeñas legiones fueron retiradas del frente de combate, para ser reorganizadas. Las de voluntarios escandinavos fueron agrupadas en la División SS Nordland (Norling, 1997) y las de voluntarios neerlandófonos en sendas brigadas holandesa y flamenca, unidades que regresaron al frente en enero de 1944. Pero no podemos engañarnos: esas tres unidades eran fuerzas mixtas y estaban mayoritariamente compuestas por alemanes y «alemanes étnicos» (miembros de las comunidades germanófonas de los Balcanes), siendo los escandinavos, holandeses y flamencos minoría en las unidades que, sin embargo, se catalogaron como de su nacionalidad. La Legión Francesa del Heer seguía sin ser considerada apta para prestar servicio en primera línea y de hecho la Waffen SS optó por «empezar de nuevo» con el alistamiento de franceses, creando su propia unidad de esa nacionalidad (Caballero, 2001 y 2003). En cuanto a la Legión Valona, por las mismas fechas también ella fue retirada del frente, para ser reconvertida de tropa del Heer en unidad de la Waffen SS. La última de las legiones que se habían creado en el primer impulso del verano de 1941, la Legión Croata, el 369.<sup>o</sup> Regimiento, había sido exterminada en Stalingrado. El 369.<sup>o</sup> Regimiento fue recreado, y como división, pero nunca volvió al Frente del Este, y fue empleado contra las guerrillas comunistas de Tito en Yugoslavia.

En este contexto, la DA española, que jamás había abandonado la primera línea del Frente del Este, excepto para trasladarse de sector, que siempre había mantenido sus líneas, y que ocupaba todo un segmento de frente (pequeño, porque no era más que el de una división, pero un segmento del frente al fin y al cabo) era perfectamente merecedora del galardón. Entre febrero y mayo de 1943 pareció que absolutamente todas las nacionalidades que habían tomado parte en la que se bautizó como cruzada europea contra el comunismo iban a dejar solos a los soldados

alemanes. Los únicos que seguían enviando con regularidad sus nuevos combatientes hacia el Frente del Este eran los españoles. Sobraban, por tanto, las razones para reconocer su compromiso anticomunista.

Pero la única manera de que formaciones de voluntarios pudieran afectar a la suerte global de la guerra era movilizándolo de una vez por todas a los pueblos de la URSS para que lucharan contra el Ejército Rojo. En el antes citado proyecto de la Waffen SS para potenciar sus unidades «germánicas» no hubo nada de novedad. Donde sí la hubo fue en la creación por este cuerpo de sendas formaciones para encuadrar voluntarios de Estonia, Letonia y Ucrania, aunque en este caso limitándose a la región de Galitzia, la Ucrania Occidental, que solo había estado en manos comunistas desde la invasión de Polonia por la URSS en 1939. Eran tres regiones que guardaban un recuerdo horrible de la dominación comunista que habían padecido entre 1939 o 1940 y 1941. Así que en Tallin, en Riga y en Lviv, y otras ciudades y pueblos de Estonia, Letonia y Galitzia, se asistió exactamente al mismo espectáculo que habían contemplado las ciudades y pueblos de España en junio y julio de 1941: grandes manifestaciones populares apoyando la creación de estas unidades nacionales anticomunistas, y es por esa razón por lo que se las evoca aquí. El caso de Galitzia debió de pasar desapercibido para los españoles, pero no así el de Estonia y aún más el de Letonia, ya que eran numerosos los españoles que pasaban por el hospital o el hogar de reposo de la DA en Riga.

Sin embargo, el efecto que podía tener la movilización de estas unidades reclutadas en nacionalidades «periféricas» tenía que ser por fuerza de alcance limitado, pues solo se trataba de alzar a la periferia no-rusa. La única opción real de revertir el curso de la guerra era subvirtiendo el régimen político comunista en la URSS, de la misma manera que en la Primera Guerra Mundial la Alemania del kaiser había acabado venciendo a la Rusia de los zares subvirtiendo su régimen político mediante el temerario apoyo que prestó a los bolcheviques de Lenin. En aquel momento ya se podía contar con un prestigioso general del Ejército Rojo que, tras ser hecho prisionero, se mostró dispuesto a encabezar un «Ejército Ruso de Liberación» que luchara junto a los alemanes, el general Vlasov. Había caído prisionero precisamente en las operaciones de la Bolsa del Vóljov, donde habían intervenido batallones de la DA. Y una de las numerosas leyendas que rodean a la DA asegura que quienes le habían hecho prisionero habían sido los españoles.

Los alemanes hicieron un uso propagandístico de la figura de Vlasov. Y aunque esa propaganda empezó a usar el nombre del «Ejército Ruso de Liberación» (conocido por sus siglas en ruso, ROA), y pese a que —junto a aquellos Hiwis o auxiliares voluntarios empleados en tareas que no eran de combate de los que se habló en otro capítulo— existían numerosas compañías y batallones de soldados rusos que servían junto a las tropas alemanas en acciones de lucha, tal Ejército Ruso de Liberación solo existía en nombre, y no como una cadena de mando y una estructura organizada.

Los mandos de la DA fueron conscientes de que el ROA no acababa de cuajar, porque los principales líderes alemanes no habían abdicado en definitiva de su absurda idea de someter a Rusia a un régimen colonial. Y si fueron conscientes de esto, no fue por una agudeza especial, sino porque esa fue la idea que les transmitieron dos oficiales del ROA que visitaron el Cuartel General de la DA. Ambos estaban encuadrados en uno de los más activos Batallones de Tropas del Este (Ostbataillon) creados por los alemanes, que estaba acantonado en Pskov. Lo singular del caso de esos dos oficiales que visitaron a los españoles, el coronel Igor Sajarov y del capitán Gregory

von Lambsdorf era que ambos habían luchado en el bando nacional durante la Guerra Civil española, hablaban perfectamente nuestro idioma, lucían sobre sus uniformes medallas ganadas en España e incluso conocían personalmente a varios mandos de la DA. Ambos procedían de los círculos de exiliados anticomunistas rusos, y los apellidos del segundo evidenciaban que formaba parte de la nobleza de los territorios bálticos del Imperio zarista, cuyo origen remoto eran los Caballeros Teutónicos. Sajarov y Lambsdorf visitaron a los españoles con propósitos muy concretos. Querían equipar a su batallón con prendas de uniforme ruso (de las que se retirarían debidamente los símbolos comunistas) y también con armas de ese origen, para subrayar exactamente su propósito: que eran un ejército ruso. Y esperaban que la DA pudiera facilitarles de ambas cosas gracias al botín capturado al enemigo. Pero también aprovecharon la ocasión para manifestarles a los españoles su desesperación ante la falta de visión del liderazgo alemán, que seguía sin entender que lo que hacía falta en realidad para ganar aquella guerra a Stalin era ofrecer al pueblo ruso un futuro digno y libre. Por desgracia, no eran los mandos de la DA los que dirigían la política de ocupación, ni tenían sobre ella la más mínima influencia.

Lo único que podían hacer los españoles era tratar con decencia y respeto a la población rusa. Sabemos perfectamente que entre los soldados alemanes, los que mejor trataban a la población civil —y con una grandísima diferencia— eran las tropas de primera línea, y los que peor lo hacían eran las autoridades políticas y las fuerzas policiales de control de la retaguardia, como se nos ha recordado recientemente (Hartmann, 2018). La DA fue siempre una unidad de primera línea, y desde luego jamás practicó ningún tipo de política opresiva para con los civiles «enemigos», aunque es obvio que debió de haber casos individuales de abusos por parte de soldados españoles con respecto a civiles. Pero lo que podríamos llamar «la norma» era muy distinta. Un sargento de la Compañía 5.<sup>a</sup>/263.<sup>o</sup> escribió este párrafo en sus memorias, donde narraba la actitud de los mandos y soldados de su unidad:

La aldea se llamaba Vyarlewo. Como era lugar de concentración para los que habían de ser repatriados, los guripas la llamaban «Villarelevo», conjugando así la similitud del nombre con la función que desempeñaba. Era una aldea bonita, con sus isbas a lo largo de un pequeño riachuelo, bordeado de chopos altos y delgados. Ya conocía a los hombres del sur, pues antes que nosotros habían llegado allí otros españoles. Y se notaba en todo, pero fundamentalmente en que no se veía miedo en sus gentes, como solía ocurrir cuando se llegaba por primera vez a un lugar.

Como estaba cerca del frente, era uno de los muchos pueblos elegidos para que las unidades que llevaban varios meses en primera línea tuvieran una semana de descanso, y al mismo tiempo, se reorganizaran, repusieran su material, si era posible sus bajas, etc., etc. (...) Al llegar, Vyarlewo nos recibió con alegría, cosa que en principios nos sorprendió, y que comprendimos más tarde. La gente nos sonreía, y los niños nos daban la mano, acompañándonos hasta que se mandó «Alto». La cocina, que había llegado tres horas antes, tenía preparada la comida, y tras designarse los alojamientos, un breve romper filas para dejar en ellos la impedimenta de combate, a formar de nuevo, ya con las marmitas individuales para recibir la comida.

—¡Atención!, ¡Firmes... ar! ¡A sus órdenes mi teniente, sin novedad en la Compañía! ¡Forman 114 hombres!

El sargento de semana, que ya se había apercibido, le dijo al teniente en voz baja que echara un vistazo a su alrededor, cosa que este hizo con disimulo. Allí estaba casi todo el pueblo. Ciertamente no era muy grande, pero desde luego, entre niños, mujeres y ancianos, había más de cien personas... todas ellas con un recipiente en la mano, elocuente forma de expresar sus deseos. El teniente, en un momento de inspiración, acaso obedeciendo un impulso irresistible, se dirigió a la Compañía formada:

—¡Firmes... ar! ¡Media vuelta... ar! ¡De frente... ar!. Y tras dar la tropa quince o veinte pasos: ¡Alto... ar! ¡Media vuelta... ar!

Aquella tropa sucia, desesperada y hambrienta, quedó un buen trecho separada de la cocina móvil, y estando en la misma posición de firmes, el teniente les dijo:

—Si alguno de vosotros tiene mucha hambre, puede salir de la formación e ir a recoger la comida.

Ni uno solo se movió. Todos adivinamos la intención del teniente, y estoy seguro de que, al igual que yo, cada uno de nosotros, en su fuero interno, le estaba dedicando una ovación.

Comprobada la inapetencia de su gente, se dirigió a las personas que, portando los más heterogéneos recipientes, esperaban las sobras de la comida; las puso en fila, y ordenó repartir a los cocineros. Eran habichuelas, hermosas habichuelas españolas, que seguramente habían llegado con algún donativo de los que se enviaban desde España. Cuando todos los presentes hubieron recibido su ración.

—¡Firmes... ar!, ¡De frente... ar!, ¡Alto... ar! ¡Descanso... ar!

Aquel día no hubo «reenganche». Tampoco el cazo estaba demasiado lleno. Sin embargo, ¡qué habichuelas, madre! ¡Jamás las comí mejores! Desde aquel día, hasta que nos fuimos, el pueblo fue nuestro invitado (Renedo, 2012).

Si los civiles rusos de aquella aldea esperaban confiados en comer gracias a los españoles, no es porque conocieran la especial generosidad de los integrantes de la 5.<sup>a</sup> Compañía del Regimiento 263.<sup>o</sup>, sino porque todas las unidades que pasaban por el lugar hacían lo mismo.

Conocemos el testimonio de dos rusos que convivieron íntimamente con los españoles y después pudieron marchar al exilio. Uno es el de Lidia Osipova, que era ferozmente anticomunista, y se alegró muchísimo cuando los alemanes llegaron hasta donde vivía. Aunque después quedó muy decepcionada con ellos, a la luz de sus políticas de ocupación, fue una activa colaboracionista. Gestionaba una lavandería y una «sauna» donde unidades alemanas y españolas lavaban sus ropas y sus cuerpos. Acabada la guerra, consiguió asilo en Estados Unidos, donde su diario se archivó en una universidad; este texto no apareció en Rusia hasta 2002. En España su testimonio fue dado a conocer por un veterano de la DA que hablaba ruso a la perfección (por haber estado prisionero en Rusia durante una década) y lo tradujo. Vale la pena recogerlo con cierta extensión:

5 de septiembre de 1941. El idilio con los alemanes se acabó, comienza la tragedia de la guerra. Ayer, frente a la farmacia, los alemanes ahorcaron a dos hombres y una mujer; los ejecutaron por merodeadores. Los encontraron en territorio neutro entre las trincheras alemanas y las rusas, y pese a que esto es la guerra y nos encontramos en la línea del frente, una oscura nube flotaba sobre la ciudad. La moral de la gente se tornó lúgubre (...).

25 de junio de 1942. Circulan rumores de que pronto tendremos aquí a los españoles de la célebre División Azul.

25 de agosto de 1942. (...) Los españoles eran gente de buen corazón, generosa y humana, pero frustraron nuestras expectativas respecto a su aspecto físico. En nuestra imaginación les representábamos como un pueblo bello y apuesto, pero realmente eran de pequeña estatura, inquietos como monos, desaliñados y pícaros como gitanos, pero generosos y simpáticos. Todas las chicas guapas de la ciudad que convivían con alemanes se pasaron a los españoles, y los españoles se mostraron tiernos y corteses con las mujeres. Alemanes y españoles se odiaban cordialmente, principalmente a causa de su rivalidad por las mujeres. Los españoles recibían dos raciones de suministro, una del Ejército alemán y otra de España, y lo que les sobraba lo repartían entre la población. La población civil valoró de inmediato el benevolente talante de los españoles y rápidamente se establecieron por doquier lazos de afecto, no solo con las jóvenes, sino especialmente con los niños. Tales relaciones eran impensables con los alemanes. Cuando los alemanes se movían con sus carros jamás consentían que nadie, bajo ningún pretexto, subiese a bordo. Cuando lo hacían los españoles, los carros se inundaban de niños que iban de un lado a otro con los carreros. Los Josés y los Manueles andaban por las calles rodeados de niños colgados de brazos y espaldas (...).

17 de septiembre de 1942. Ocurrió un suceso que conmovió a la población. Un huérfano de guerra que andaba vagabundeando robó un pan, por lo que estuvo a punto de ser fusilado por los alemanes, a no ser por la enérgica intervención de un capitán español. Sin embargo, en lo referente al trabajo, era mucho mejor trabajar con los alemanes. Con ellos siempre sabías lo que querían y cómo complacerles; sin embargo, estos volubles personajes españoles siempre te dejan colgada con sus órdenes y contraórdenes (...).

1 de octubre de 1942. Una joven que trabajaba en el baño y desinfección con los españoles fue muerta por la metralla de un obús. El féretro fue llevado a hombros por los españoles, que la enterraron con todos los honores y con gran duelo. Yo colaboraba con los españoles en la organización del baño y desinfección de soldados, pero mis españoles me tenían agotada y considero interesante establecer un paralelismo entre españoles y alemanes, tal cual nosotros los vemos.

- Alemanes: silenciosos y tranquilos. Españoles: ruidosos e inquietos.
- Los alemanes obedecen las órdenes a rajatabla por absurdas que sean. Los españoles interpretan las órdenes como cada cual las entiende.
- Los sábados por la noche los españoles reciben su ración de vino o cognac y cuando se emborrachaban salían por el pueblo a buscar camorra con los alemanes. Los alemanes se defendían, a veces a pleno día, y sin que mediara la bebida se entablaban peleas entre los soldados.
- Los alemanes son extremadamente cuidadosos con su equipo y ahorrativos con sus productos alimenticios, no pierden ni una miga gratuitamente. Cuando los españoles recibían sus mudas nuevas, cogían las tijeras y cortaban las perneras, convirtiendo los calzones largos en cortos; los restos los aprovechaba yo para mi lavandería.
- Los alemanes son valientes si así lo manda el Führer. Los españoles que yo conocí carecían de instinto de conservación; en un ataque podían perder el 50 por ciento de los soldados, mientras que el otro 50 por ciento seguían combatiendo y cantando; esto lo he visto yo con mis propios ojos y hasta los alemanes estaban asombrados con su valor y resistencia.
- Los alemanes, pese a su famosa sentimentalidad, podían ser muy groseros con las mujeres. En general les gustaba organizar en lo posible una existencia cómoda con su pareja y al tiempo se comportaban egoísta y desvergonzadamente despectivos y groseros con ellas. En los trabajos las obligaban a limpiar las letrinas de sus estancias y cuarteles y liberar de nieve las vías de tren y las carreteras hasta la extenuación, y si se terciaba no tenían reparo en golpearlas. Los españoles eran impetuosos y apasionados, pero respetaban sinceramente a las mujeres; por celos podían apuñalar a sus compañeras, pero en ningún caso abusar de ellas o menospreciarlas. Como ya he dicho, los alemanes y los españoles solo tenían en común su recíproco desprecio (...).

8 de enero de 1943. Algaradas entre los españoles y los alemanes. Estos habían golpeado a unas mujeres; los españoles salieron a la calle y comenzaron a agredir a todo alemán que se encontraba en el camino; las peleas fueron auténticas. Como siempre en nuestro loco mundo, las acciones caballerescas no procedían del mando, sino de los simples soldados. (López Pérez-Eizaguirre, 2005).

Otro testimonio es el de Vladimir Rudinskiy. Joven estudiante de filología, colaboró con los alemanes en virtud de su anticomunismo, pese a no simpatizar con ellos. Como sabía español, consiguió que los alemanes lo transfiriesen a la DA mientras esta estuvo en Rusia. Acabó radicándose en Argentina, y publicó su testimonio en una revista bonaerense de exiliados rusos. También merece ser citado con extensión:

Al borde del camino que atravesaba un pueblo, me encontré por primera vez con algunos soldados de la División Azul. Unas semanas antes de su llegada, los alemanes extendieron entre la población macabros rumores, describiendo a los españoles como una banda de bandidos crueles e indisciplinados, de los que los pacíficos habitantes podían esperar cualquier tipo de desgracias, diciendo para consolarlos, que el mando alemán se esforzaría por mantenerlos controlados y por no permitir abusos excesivos (...). Cuando me acerqué a los cinco o seis españoles que estaban parados en el camino, los ojos de aquel muchacho me siguieron con cautela y curiosidad. Yo llevaba un uniforme militar como los suyos, ya que poco antes yo había empezado a ejercer como intérprete en una unidad alemana. La única diferencia entre nuestros uniformes era que los de ellos llevaban en la manga izquierda cosidos los colores de la bandera española, rojo, guakda, rojo, de arriba abajo, con la inscripción «España».

—¿Son ustedes españoles? —recuerdo que les pregunté yo; y esta sencilla frase me abrió las puertas de un nuevo mundo.

—¿Cómo es que hablas español?, ¿cómo has acabado aquí?, ¿no quieres dejar a los alemanes y venirte con nosotros? (...)

¡Cómo no iba a querer! A los pocos días acepté aquella invitación, aunque tuve que superar las trabas por parte de los alemanes. Estos últimos ya no me necesitaban, pero debido a la relación tan «amistosa» que tenían con los españoles, no les gustó nada mi petición. La unidad alemana en la que servía se trasladaba, y finalmente el coronel me envió con un sargento a preguntar a los españoles si me querían consigo (...).

Algunas veces, los españoles no podían creer que yo fuera ruso. En una ocasión, uno de ellos me dijo que tenía una cara típicamente española. Hasta esos momentos yo conocía España y a los españoles únicamente por los libros, a través del prisma de la notable literatura española, tan poco conocida en el resto del mundo. A mí ya me encantaba y no me decepcionó, pues el espíritu, la valentía, la caballerosidad, el romanticismo y, sobre todo, la ardiente sed de vida y aventura de los españoles lograron

hechizarme y conquistarme muy pronto. Por extraño que parezca, me convencí de que el carácter español es muy parecido al ruso, de lo que también se percataron los mismos españoles. ¿Puede que sea porque tanto España, cuanto Rusia se encontraron históricamente en el extremo de Europa y se vieron expuestas a una fuerte influencia oriental? De una forma o de otra en los españoles se encuentra presente la misma naturaleza rebosante y esplendorosa que existe en los rusos. Les resulta extraño por completo el mezquino egoísmo barato, ese sentimentalismo, tan propio de franceses y alemanes, por ejemplo (...).

Al cabo de unos días, el propio sargento español me trajo un emblema con el escudo español, y mis amigos, soldados españoles, rebuscando entre sus cosas, sacaron divisas y un águila que tenían de más, de las que se llevaban en la pechera del uniforme alemán. Cuando serví con los alemanes, como yo era ruso, aunque llevaba el uniforme, no llevaba divisas ni emblemas. Esto reforzó externamente mi vínculo con la División Azul; pero yo ya estaba íntimamente ligado a ella por otro motivo: la bondad y la camaradería que encontré en sus soldados (...).

Estuve con la División Azul después de pasar una semana en una unidad alemana que había soportado una larga hambruna, y que no se había recuperado de la misma ni con mucho. Poco después de estar con la División Azul, aún sin poder creérmelo, me recuperé, pues me encontraba entre abundancia. Los primeros días comía hasta tener ganas de vomitar, pues me zampaba unos cuantos kilos de pan y unas cuantas latas de conserva al día. Después, conseguí sentirme bien de nuevo y empecé a alimentarme como el resto. En estos primeros momentos, los españoles tuvieron conmigo muchísimo tacto y continuamente me decían que no tuviera vergüenza, y siempre intentaban ofrecerme lo mejor que tenían (...).

Los españoles, a diferencia de los pragmáticos alemanes, vivían con el corazón y dejaban de lado la razón. El amor ocupaba el primer lugar en sus vidas (...). Todos ellos se enamoraban con extrema rapidez y sentían sus pasiones muy profundamente. Para ellos esto no era un asunto de compra-venta, sino una cuestión de vida o muerte. Recuerdo, por cierto, una escena que observé cuando empecé a convivir con los españoles. Una joven campesina trabajaba en su pequeño huerto y se le acercó un español que se aventuró a conversar con ella. Un minuto más tarde, la pala pasaba a manos de él, que empezó a trabajar con todo su empeño y fuerzas. Poco después se acercaron unos cuantos españoles más; uno cogió un cubo y empezó a regar el arriate; otro se asignó otra tarea de este tipo y a la dueña solo le restaba darles indicaciones. Aquel era el tipo de cortejo al que nunca hubieran recurrido los alemanes (...).

Hay que decir, que al contrario de lo que yo esperaba, los españoles aprendían ruso con extraordinaria facilidad, mientras que los alemanes, aun llevando en Rusia varios años, no eran capaces de recordar ni una sola palabra. Puede que aquí jugara su papel la sociabilidad de los españoles y la relación humana que tenían con la población que les rodeaba, que les impulsaba a no conformarse con el muro de la incompreensión del idioma, que se alzaba entre unos y otros. El hecho indiscutible es que casi todos podían explicarse más o menos, en una mezcla de palabras rusas, españolas y alemanas, mezcla que llegaron incluso a utilizar los habitantes locales, en los lugares donde se encontraban unidades de la División Azul (...).

Una de las cosas que más me sorprendieron, cuanto más me integraba en la vida de la División Azul, era la acérrima enemistad entre españoles y alemanes. Nunca me habría podido imaginar una antipatía más grande que la que había entre los soldados de la División Azul y los alemanes. Sin embargo, dicha antipatía estaba encubierta y por fuera parecía que todo era camaradería y amabilidad. Los españoles lo explicaban así: «Somos aliados en la lucha contra los bolcheviques y, por eso, los alemanes son nuestros aliados. Pero, como personas, para nosotros son muy extraños. Los rusos sois mucho más simpáticos: vosotros tenéis corazón y los alemanes son unas auténticas máquinas vivientes» (...).

En lo que se refiere a los españoles, hay que decir que luchaban de un modo peculiar, se trataba más de un asunto de coraje que de sistema. Recuerdo un caso en el que un capitán estaba tan apenado por la muerte de su amigo, al cual le había dado una bala perdida, que por su cuenta y riesgo ordenó un ataque al que se sumarían después otras unidades, de modo que se logró una penetración en las líneas enemigas (...).

En aquel momento yo ya servía con los españoles y me dirigía a mi localidad natal, con unos cuantos días de permiso. Mi ciudad se encontraba en zona ocupada por españoles. Recuerdo cómo me envolvió una sensación de alegría y emoción cuando atravesé sus líneas de despliegue y escuché de nuevo ese rápido hablar con los típicos sonidos españoles de la gutural «j» y la sonora «r» y cuando empezaron a aparecer sus caras morenas y llenas de vida. En las horas de la mañana de un otoño dorado, en el camino entre dos pueblos, un fornido alférez lideraba la instrucción de su compañía, a la cabeza de la cual llevaban la bandera española que ondeaba al viento. Mi corazón se llenó de cariño como si se tratase de la bandera de mi patria. Hice el saludo y durante un largo rato me quedé mirando aquella tela roja-amarilla-roja (Rudinskiy, 2015).

Al recuperar los territorios perdidos a manos de los alemanes, las autoridades soviéticas enviaron personal que debía recoger información sobre crímenes de guerra. Se conservan los redactados sobre las zonas de presencia de la DA, y en ellos se encuentran una serie de denuncias, sobre hurtos de alimentos y ropas, y también sobre malos tratos a civiles, etc., pero algunas

denuncias son por cosas tan banales realmente como que en una casa robaron el gato familiar y se lo comieron. Ni por asomo aparece una palabra de agradecimiento a los españoles, aunque existen infinidad de pruebas de que médicos militares españoles habían atendido a civiles rusos, se había socorrido a la población con alimentos, etc. Desde luego, quien hubiera podido contar cosas como esas se guardó muy mucho de hacerlo ante las autoridades soviéticas, que aquí y en todas las regiones que volvían a tener bajo su autoridad escrutaban meticulosamente a los civiles que habían permanecido en ellas, como potenciales colaboracionistas con los alemanes. Nadie se hubiera atrevido a decir ni tan solo una palabra de reconocimiento hacia los españoles. En esa documentación oficial soviética solo se cita expresamente un caso de un oficial que habría ordenado ejecuciones de civiles. Pero la credibilidad de ese informe es nula, y por una razón muy sencilla: el citado oficial no existió jamás; no se ha encontrado el más mínimo rastro del nombre con que se le cita en esos documentos (ni siquiera usando nombres análogos, por si hubiera existido alguna deformación) en los muy bien provistos archivos españoles que conservan la documentación de la DA.

También existen documentos incriminatorios sobre el comportamiento de los soldados de la DA con respecto a la población civil, y precisamente están entre los papeles correspondientes a autoridades militares alemanas de ocupación en retaguardia, esas mismas que —como señalaba Rudinsky— habían tratado de predisponer a los habitantes contra los españoles incluso antes de su llegada. Cabe preguntarse por la fiabilidad de esos documentos, que detallan escrupulosamente el caso de un español que roba una gallina a un ruso, y no dicen ni una palabra condenatoria sobre ejecuciones de civiles y prisioneros realizadas por tropas alemanas, a veces a gran escala. La razón de la animadversión hacia los españoles de las autoridades de ocupación alemanas no es difícil de comprender. En primer lugar, porque los hurtos u otros delitos que cometieran los españoles eran hechos individuales, ajenos a las órdenes superiores, actos de indisciplina en suma. Porque los burócratas militares veían como algo terrible que se denunciara el robo de un cerdo a una familia, pero no veían problema alguno en aplicarle a toda una comarca la confiscación de la cosecha, si era por orden de algún mando superior. Y en segundo lugar, porque no era raro —sino todo lo contrario— que los soldados españoles le plantaran cara a los alemanes cuando veían casos de maltrato a la población rusa, algo sobre lo que los testimonios de Osipova y Rudinskiy nos han ilustrado perfectamente.

Sin caer en el absurdo de imaginar una convivencia idílica y por completo armoniosa entre españoles y rusos, porque en definitiva se trataba de tropas ocupantes y civiles ocupados, desde luego se puede afirmar que en ningún momento hubo casos sistemáticos o a gran escala, de malos tratos a la población rusa, sino que más bien se estableció una convivencia todo lo humanitaria que permitía la situación de guerra, y no por una intrínseca bondad de los miembros de la DA, sino por la simple y sencilla razón de que los españoles históricamente no han tenido prejuicios contra los rusos, y porque no se encontraban en Rusia con afán alguno de conquista de territorios. Toda acusación contra los soldados de la DA en este aspecto debe ser puesta en su justa perspectiva, que no es otra que la de compararla con el comportamiento de otros ejércitos. Y no me refiero solo al alemán. Para el caso de la Segunda Guerra Mundial se ha hablado hasta la saciedad de la ingente cantidad de asesinatos y violaciones cometidos por el Ejército Rojo al avanzar sobre Alemania. En realidad, hoy sabemos que el avance de los norteamericanos por Europa Occidental también provocó episodios de gran brutalidad para con los civiles, incluyendo

a los franceses. Y en las guerras posteriores a la Segunda Guerra Mundial no han faltado por desgracia los episodios más atroces. Por ello, si alguien desea juzgar el comportamiento individual de algunos soldados de la DA no puede dejar de considerar estos hechos, que son los que permiten asegurar que, en definitiva, los voluntarios españoles en Rusia tuvieron en conjunto un comportamiento respetuoso y humanitario.

Los problemas de la DA con fuerzas partisanas fueron mínimos, por mucho que el tema preocupara a los mandos. Existen en los archivos de la DA numerosos documentos sobre cómo prevenirla, pero en los diarios de operaciones de las unidades no se constatan apenas incidentes de ese tipo. Un caso excepcional, precisamente por su rareza, había ocurrido el 17 de enero de 1942, cuando un grupo de partisanos capturó, mató y mutiló a un pequeño grupo de artilleros españoles que se habían alejado de las posiciones de la DA buscando forraje para los caballos de su batería. Hubo que montar una operación de cierta envergadura, dirigida por un capitán de la Guardia Civil que servía en la DA, contra el caserío de Osnia, donde los partisanos resistieron tenazmente el ataque español, por lo que el combate fue de gran crudeza. En otras ocasiones hubo que realizar batidas, especialmente cuando en la fase final de las operaciones contra la Bolsa del Vóljov se trató de evitar que soldados soviéticos aislados trataran de unirse a los partisanos, pero en ellas no se produjeron incidentes de la crudeza registrada en Osnia.

La lucha contra las guerrillas se suele caracterizar —en esta campaña y en todas— por la extrema brutalidad con la que se libra. Y esto hay que subrayarlo: por ambos bandos. Los primeros en no respetar ninguna de las leyes internacionales sobre la guerra son los partisanos, que —al contrario— lo que buscan con sus acciones es provocar reacciones brutales de las tropas de ocupación contra los civiles, para conseguir que estos apoyen a las guerrillas. Pero, repito, este tipo de acciones antipartisanas son prácticamente inexistentes en la historia de la DA.

Si en los diarios de operaciones, tanto el de la DA como en los de sus subunidades prácticamente no se registran enfrentamientos contra partisanos, esto es algo por otra parte comprensible, ya que las unidades guerrilleras muy raramente plantan cara a tropas de combate en primera línea (como lo fue siempre la DA), dado el poder de fuego que pueden desplegar, concentrando sus esfuerzos en atacar a las mucho más débiles y aisladas tropas de servicios que actúan en zonas de la retaguardia. Hubo varios intentos de emplear a comunistas españoles de los exiliados en la URSS en acciones en la retaguardia de la DA, pero todos se saldaron con completos fracasos. Y los partisanos rusos propiamente dichos no parecían demasiado interesados en atacar a los españoles. ¿Se debió al comportamiento de los españoles para con los civiles? Realmente es algo sobre lo que solo cabe especular, pero no es una hipótesis descabellada el imaginar que los partisanos rusos no tuviesen especial interés en atacar a los españoles por carecer de afán de venganza para con ellos. Algunos divisionarios han sugerido esta interpretación en sus libros de memorias, o en entrevistas.

El 11 de mayo de 1943, el Grupo de Ejércitos Norte emitió una orden para todas las divisiones que le estaban subordinadas, para que se responsabilizaran de la lucha contra los partisanos en la demarcación que tenían asignada. Para ello debían emplear las Compañías del Tropas del Este (Ostkompanien) compuestas por voluntarios anticomunistas rusos reclutados localmente, que normalmente había organizado cada división. Una copia de ese documento se encuentra en los archivos de la DA, y no ha faltado quien ha visto en ese papel la «prueba» de que sí que hubo actividad partisana contra los españoles. La realidad es que se trataba de una orden

circular a todas las fuerzas del Grupo de Ejércitos, que cada división archivó entre las que recibía, pero que en el caso de la DA no tuvo trascendencia alguna, porque la DA nunca contó con ninguna Ostkompanie que le fuera asignada por el mando alemán, ni jamás creó una propia (algo que hacían muchas unidades alemanas) para luchar contra unos partisanos que en realidad apenas la molestaron. La política de los españoles era otra y tenemos un buen ejemplo en otra orden, que —esta sí— fue dictada por el mando DA. Por orden del 15 de junio se estableció que la población civil rusa no podría asistir a las proyecciones de cine que se organizaban en una sala del Cuartel General divisionario, por razones de seguridad bastante obvias. Esa misma orden establecía, a la vez, que se organizarían sesiones de cine específicamente para los civiles rusos, para que no se privaran de una de las rarísimas ocasiones que tenían de distraerse. Había que tratar de establecer ciertas medidas de seguridad, pero no se trataba de dañar a los civiles.

El mes de junio de 1943 fue tranquilo en el sector español. Hubo un gran ataque el día 18, sobre El Alcázar, en el sector del Regimiento 263.º, y simultáneamente otro aún más fuerte, contra El Dedo, en el sector del Regimiento 262.º. Pese a los importantes indicios que auguraban otro ataque sobre este punto el día 26, que dieron pie a importantes preparativos españoles, al final no ocurrió nada. Y es que a ojos vista, la preparación defensiva del sector español no dejaba de progresar, y el enemigo no podía ignorarlo.

Para los españoles, siempre había sido uno de los déficits que tenían en esta campaña la carencia de «sombriilla», el hecho de que la DA, como las demás divisiones alemanas, careciera de un grupo antiaéreo propio, dado el gran poder aéreo del enemigo. Ya he señalado que normalmente siempre hubo alguna unidad de este tipo desplegada más o menos por la zona donde estuvieron los españoles; pero el día 23 de ese mes de junio se dio un paso más, y en el Cuartel General de la DA se recibió la visita del jefe de un grupo de artillería antiaérea alemana, una unidad mixta de cañones de 88 y 20 mm, que tenía órdenes de ponerse directamente a disposición de los españoles. Se hizo de manera tan oficial, que la banda del grupo antiaéreo alemán incluso ofreció un pequeño concierto a los mandos españoles. Por su parte, estos pidieron que los cañones de 88 fueran desplegados de manera que pudieran contribuir a la defensa antitanque de la primera línea (sus tiros tensos eran temibles en ese ámbito), mientras que los cañones de 20 mm debían ser desplegados en torno a Mestelevo, donde la DA concentraba sus servicios logísticos, incluyendo su hospital de campaña. Otra mejora en el entramado defensivo fue la llegada este mes a las líneas españolas del único armamento de origen español que allí se usaría, los morteros de 120 mm tipo «Franco». Resultó un experimento ambivalente, ya que si sus granadas tenían efectos demoledores donde caían, en cambio la precisión de su tiro dejaba que desear.

Los mandos de la DA, y en especial su comandante, tomaban parte en las intensas actividades organizadas por el Cuerpo de Ejército, el Ejército y el Grupo de Ejércitos para establecer pautas comunes entre todas las unidades. Un día era la contemplación de ejercicios de fortificación de urgencia, otro la exposición de las armas más modernas que iban a recibirse, etc. Eran muy habituales las sesiones de entrenamiento sobre planos de mandos, un método de instrucción al que los germanos eran extraordinariamente adeptos. Cada una de las eventualidades de ataque enemigo eran analizadas con detalle, y tras cada ejercicio se redactaban las instrucciones sobre cómo responder en cada caso. Por supuesto, esto es algo que se hacía y se hace en todos los ejércitos, pero lo singular del alemán era la precisión y frecuencia con que se realizaban esas prácticas, algo que los mandos de la DA asumieron perfectamente.

La impresión que recibían los españoles era que los alemanes estaban más que dispuestos a seguir guerreando, y preparados para ello. Ya se ha señalado que los soldados españoles tenían en general relaciones muy malas con los alemanes. Sin embargo, a la vez, les profesaban una completa admiración por la eficacia de su máquina militar. Napoleón, considerado un genio militar, no había aguantado a los rusos más que una campaña, y a los pocos meses de haber entrado en la Rusia de los zares regresó a Polonia aplastantemente derrotado. La Wehrmacht, en cambio, ya llevaba dos años completos sobre suelo ruso y había aguantado dos fenomenales ofensivas invernales del enemigo, retrocediendo, era cierto, pero sin ser derrotada irrevocablemente. Esa eficacia alcanzaba detalles insospechados a niveles organizativos, y Esteban-Infantes se sorprendió cuando recibió la visita de uno de los pintores del Ejército Alemán que llegaba con el encargo de hacerle dos retratos: uno que se conservaría en Alemania, que quería tener retratos de todos los generales de su Wehrmacht, y otro que podría mantener en su poder y llevarse a su casa.

No solo los generales eran objeto de atención. Regularmente, las unidades alemanas editaban libros que recogían sus hechos de armas y se entregaban a los soldados. Ya cité el titulado *Spaniens Freiwillige an der Ostfront: ein Bildbuch von der Blauen Division, Los voluntarios españoles en el frente: un libro ilustrado de la División Azul* (Lahne, 1942), editado cuando la DA estaba en Nóvgorod, pero su autor era un alemán. Pero los españoles asimilaron la idea y la novedad con el texto titulado *Balance de heroísmo* que describía en términos oportunamente épicos los combates del invierno de 1942-1943 en que fue redactado por españoles. Desconocemos el nombre de autor o autores de los textos, aunque existe una altísima probabilidad de que se debieran a un comandante del Estado Mayor español, Alemany Vich. En él se narraban las acciones del Batallón II/269.º en los Altos de Sinyavino y, claro está, los combates de Krasny Bor. Los alemanes solo censuraron las cifras de bajas, que consideraron impropio publicar. Para acelerar su edición, Esteban-Infantes visitó la capital estonia, Tallin (conocida por los alemanes como Reval), a finales de agosto, ya que era en las imprentas del diario en alemán editado en esa ciudad, el *Revaler Zeitung*, donde se iba a editar la obra (*Balance*, 1943). El folleto llegó a manos de los españoles justamente en octubre, cuando empezó su repatriación, pero los ejemplares fueron trasladados a España y se distribuyeron entre los veteranos. También era en la imprenta del *Revaler Zeitung*, donde se imprimía para entonces la *Hoja de Campaña* de la DA, después de una temporada de hacerlo en Riga. Se tiraban más ejemplares que número de divisionarios había, pues de hecho muchos ejemplares se enviaban a España como método de propaganda. Los combatientes también las enviaban a sus familias después de leerlas, mediante el correo de campaña al que tenían derecho. Era una fórmula cómoda de decir «sigo vivo», cuando no se tenía tiempo ni inspiración para escribir.

El caso es que los alemanes estaban decididos a potenciar ese órgano de prensa, y sorprendieron a los españoles con su disposición a pagar un buen sueldo a alguno de los periodistas españoles destinados como corresponsales en Berlín, si aceptaba hacerse cargo de la dirección de la *Hoja de Campaña* (que hasta entonces había estado en manos de oficiales y soldados de la DA, más o menos adecuados para la tarea), porque eran conscientes de su eficacia como método de propaganda. El que más cerca estuvo de lograrlo fue Luis López Ballesteros, que —curiosamente— no era el corresponsal de la Prensa del Movimiento, sino del diario católico *Ya*. La presencia de la DA en Rusia acabó antes de que este proyecto pudiera concretarse.

Por cierto, y aunque parezca un detalle por completo irrelevante, en el viaje de regreso de Esteban-Infantes desde Tallin al Cuartel General de la DA, no demasiado largo después de todo, el coche del general español sufrió un total de nueve pinchazos. Y no se trataba de que las carreteras fueran excepcionalmente malas, sino que los recursos alemanes en infinidad de artículos, incluyendo los neumáticos, estaban al borde mismo del agotamiento. No había forma de conseguir buenos neumáticos —o cualquier otro tipo de repuestos— para el coche de un general, y ya podemos imaginar que tampoco se conseguían fácilmente para los de los vehículos que transportaban suministros o municiones, y esto, en una situación de combate, podía dar lugar al colapso total de la logística de las unidades de combate. Una carencia entre otras muchas...

Entre las fórmulas que los alemanes pensaron para mantener la moral de los miembros de la DA estaba la organización de viajes por Alemania. El primer grupo de oficiales que la visitó lo hizo en septiembre de 1943; y también hubo viajes para suboficiales y tropa. De hecho, los primeros invitados a estos *tours* fueron los hombres que habían defendido El Dedo durante el ataque del 18 de junio, que viajaron por Alemania durante el mes de julio. Las visitas incluían inevitablemente monumentos históricos y ciudades de interés cultural, pero también se llevaba a estos «turistas uniformados» a conocer fábricas y a granjas modelo, en las que Alemania mostraba como en un escaparate lo mejor que podía enseñar de sí misma. El abrupto punto final que tuvo la existencia de la DA, del que se habla más abajo, puso fin a lo que a los españoles que participaron en estas actividades les pareció casi increíble: que se organizaran giras turísticas para soldados. La propaganda alemana dedicó el máximo interés a obtener fotos de los participantes en estos viajes, que veían como un excelente medio de propaganda.

La propaganda alemana, lo sabemos muy bien, trataba de sacar el máximo partido a la existencia de la DA. Muchos de sus miembros y también otros españoles, pudieron usar aquel año el «Calendario División Azul 1943», que permitía hacer anotaciones a modo de agenda, y cuyas páginas estaban adornadas con fotografías que habían sido meticulosamente seleccionadas. Por toda España circulaban folletos como el titulado *Cómo las democracias ayudan al bolchevismo ruso y cómo combaten y mueren los heroicos combatientes de la División Azul española*, de ocho páginas, donde se mostraban con detalle las rutas por las que los Aliados occidentales suministraban armas y equipos al Ejército Rojo. Y, tras esa exposición, se recordaba la presencia en Rusia de los hombres de la DA. Por su parte, la embajada alemana en Madrid distribuía un *Boletín de Información*, en el que —en un recuadro— se decía expresamente: «Exclusivo para autoridades. No destinado a la prensa ni a particulares», cuando en realidad se distribuía masivamente, a cualquier simpatizante de la causa alemana, o persona de sentimientos anticomunistas. Como los alemanes sabían del prestigio que rodeaba a la DA, la usaban con frecuencia en el contenido de ese boletín. A modo de ejemplo, el boletín nº. 392, fechado a 27 de agosto de 1943, contenía el artículo «La gloriosa participación de España en la lucha contra el bolchevismo», la traducción de un artículo aparecida en el órgano oficial del Partido Nazi, el *Völkischer Beobachter* para ensalzar a la DA y subrayar su camaradería de armas con los alemanes:

Están para cumplirse dos años desde que la División Española de Voluntarios apareció en el Frente del Este (...). Precisamente por representar ella sola a todo un país de tal bravura y tradición guerrera, se agrupó en ella realmente la flor y nata de la juventud española (...). Si hay una División de hombres valientes, capaz de ganar inmarcesible fama, es la División Española de Voluntarios (...). En los furiosos torbellinos del fragor de la batalla ha dado pruebas de tal arrojo y temeridad que

ha hecho honor a la heroica tradición española y a las esperanzas que la patria ha puesto en ella (...). Estos voluntarios españoles son casos extraordinarios de camaradería (...) sin vacilar reparten con el camarada alemán el último trozo de pan y antes se dejarán hacer pedazos que dejar abandonado en medio del fuego a un herido alemán (...). España sabe que esta División de sus voluntarios encarna la flor de su marcial juventud, su orgullo y sus esperanzas.

No era una paradoja, aunque pudiera parecerlo, que ahora que la DA enfilaba la recta final en su historia, la propaganda alemana le dedicase más atención que nunca. Si hay un órgano propagandístico alemán que alcanzó fama en la Segunda Guerra Mundial ese fue la revista *Signal*. De aparición quincenal, se editó en numerosas lenguas, y en las diferentes ediciones nacionales había partes que eran comunes a todas, y otras que se adecuaban al público de cada país. En su edición española, *Signal* dedicó varios reportajes a la DA y también a la Escuadrilla Azul, si bien esta era tratada más especialmente en la revista alemana *Der Adler*, el órgano de prensa de la Luftwaffe, que también tenía una edición española.

En 1941, *Signal* dedicó un único y pequeño reportaje a la DA, aparecido en el número de la segunda quincena de agosto. En 1942 fueron seis las veces en que apareció la DA, bien como tema único, bien encuadrada en otros temas (por ejemplo, en un reportaje sobre las distintas legiones nacionales anticomunistas que combatían en Rusia). Pero en 1943 esas apariciones fueron catorce, repartidas desde enero a octubre. Entre esas apariciones destacó el retrato del general Muñoz Grandes que le había pintado Rudolf Hanzl hacía ya muchos meses, reproducido a todo color (en el n.º 12 de 1943, segundo del mes de junio); o también una espectacular foto a todo color y a toda plana que mostraba a un batallón en marcha saliendo de España (en el n.º 5, primero de marzo). La DA fue ese año tema de dos portadas de *Signal*, las de los números 5 y 19. La primera de ellas apareció en todas las ediciones de *Signal*, salvo la rusa. Se veía en ella a un grupo de divisionarios recién condecorados con la Cruz de Hierro. En cuanto al número 19 de 1943, aparecían en su portada tres veteranos de la DA en España, luciendo sobre sus camisas azules emblemas de la Wehrmacht y las condecoraciones ganadas en Rusia. Los excelentes reportajes fotográficos de *Signal* enfatizaban detalles como la buena alimentación de los soldados, el excelente cuidado médico que recibían los voluntarios, etc. (Díez Fernández, 2008). Dado que la prensa española hablaba cada vez menos de la DA, los alemanes trataron de compensar por sus propios medios la muy débil propaganda que se hacía en España a favor de los alistamientos.

El caso más llamativo quizás sea el de unos carteles dedicados a ella, que aquí comento. Las campañas de propaganda para incentivar el reclutamiento para la DA nunca fueron intensas, la verdad sea dicha. Y en el ámbito de la cartelería, pueden calificarse como inexistentes. Cuando se creó la DA en el verano de 1941, en Cataluña se editaron unos carteles de muy simple diseño, con el yugo y las flechas, la leyenda «Alistaos para luchar contra el comunismo. ¡Rusia es culpable!», y las direcciones barcelonesas donde hacerlo. En 1942, Falange editó otro cartel, donde sobre la imagen de unas tumbas de caídos en Rusia y flanqueada por la bandera de Falange, aparecía la leyenda «La sangre de los caídos no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición». Aunque en la peculiar ética falangista el culto a los caídos ocupaba un lugar central, cabe preguntarse si un cartel como este era el más adecuado para incentivar los alistamientos, pues en conjunto resultaba de lo más lúgubre. Si comparamos con el intensísimo esfuerzo en diseño y tirada de ejemplares que realizó el Frente Popular para incentivar el alistamiento en sus milicias primero y en su ejército después, cuya fuerte expresividad sigue sorprendiéndonos, solo puede extrañarnos el nulo empeño que en este sentido se hizo en el caso de la DA. En el resto de Europa Occidental, el

alistamiento en las legiones de voluntarios anticomunistas también fue incentivado mediante grandes campañas de cartelería, con diseños muy logrados en bastantes casos y en cualquier caso siempre con lujo de medios (las campañas las financiaban las autoridades de ocupación germanas).

Pero en 1943 apareció otro cartel, de mayor tamaño que los dos anteriores, de formato apaisado, y fondo amarillo y bordeado con la bandera española, donde campaba la leyenda «¡Muerte al bolchevismo! ¡Arriba España!». Combinaba imágenes (nueve fotos) y textos, a modo de un gran *collage*, y era de concepción moderna y eficaz. Lo que a primera vista puede sorprender es que existan versiones de ese mismo cartel con los textos en francés y en neerlandés. Pero la razón es sencilla: fueron editados por la Sección de Propaganda adscrita al Alto Mando de la Wehrmacht para el Oeste, y se distribuyeron desde Holanda hasta la frontera franco-española. Se situaron en los lugares públicos más concurridos, por órdenes de las autoridades de ocupación alemanas. Existían otros análogos sobre los voluntarios franceses, valones, y también referidos a las distintas nacionalidades de la URSS. Se trataba de convencer a los habitantes de Europa Occidental sobre la necesidad de apoyar a Alemania en la lucha contra el comunismo. Entonces, ¿por qué fueron editados en español? Aparte de la existencia de una fuerte colonia española en Francia, consta que la propaganda militar alemana se tomó la molestia de enviar ejemplares a un buen número de direcciones en España (se han encontrado ejemplares, por ejemplo, en archivos municipales), aunque en realidad no parece que llegaran a ser colocados en lugares públicos, ya que no existe —al menos que yo conozca— ni una sola prueba de ello. Luego el mejor cartel dedicado a la DA, aunque se remitieron a España muchos ejemplares, casi no se expuso.

Como habrá captado el lector, una vez pasado el ciclo de combates que se inició el 10 de febrero y acabó el 19 de marzo, la situación de los españoles de la DA no había vuelto a tener momentos de intenso dramatismo, más allá del que se producía con motivo de golpes de mano puntuales. No se podía decir lo mismo de sus camaradas de las escuadrillas azules. La 3.<sup>a</sup> EA ya había tenido que combatir enérgicamente, y la 4.<sup>a</sup> EA viviría situaciones aún más dramáticas. Había sido el 1 de abril de 1943 cuando los pilotos que iban a componerla se agruparon en Alcalá para iniciar su instrucción sobre suelo español, que continuó más tarde en la Francia meridional (durante mayo y junio), ya formalmente integrados en la Luftwaffe. Como en el caso del relevo de la 2.<sup>a</sup> por la 3.<sup>a</sup> EA, también este fue escalonado. Al frente de su unidad, el comandante Cuadra Medina, un piloto excepcional, hizo el relevo oficial el 5 de julio, aunque los primeros de sus hombres ya se encontraban en su base rusa desde el 15 del mes anterior.

La hoja de servicios de la 4.<sup>a</sup> EA fue brillante. Realizó más servicios y obtuvo más victorias que ninguna de las que le precedieron (2.090 y 74 respectivamente), y fue la que tuvo más pilotos calificados como Experten (Cuadra, Arango, Sánchez-Arjona, Sánchez Tabernero, Valiente y Lucas). También fue la que tuvo más bajas irre recuperables: de sus 20 pilotos, causaron baja 10. Cinco fueron catalogados como «desaparecidos», porque es típico del destino de los pilotos que sus aparatos caigan en lugares no determinados y no se pueda certificar su muerte; dos sí que se clasificaron como muertos, y hubo tres heridos graves. Tres causaron baja por accidente, pero cinco fueron bajas en combate y de dos más no se logró averiguar la causa. Si estos pilotos tuvieron una vida tan agitada es porque llegaron al sector central del Frente del Este en un momento crítico. Ya he expuesto las cifras desnudas. Pero merece la pena reflexionar sobre ellas.

Ahora que la guerra estaba dando un vuelco evidente, y no a favor de Alemania, los pilotos de la EA no solo no perdieron su voluntad de combatir al comunismo, sino que —los números cantan— combatieron con un denuedo especial. Quien hubiera pensado en 1941 que la Aviación militar española se unió a la lucha en el Frente del Este solo para disfrutar de las mieles de la victoria ya tenía evidencias para ver lo equivocado que estaba.

Exactamente el mismo día en que se producía ese relevo oficial citado, el 5 de junio, la Wehrmacht había desencadenado Zitadelle, su última ofensiva en el Este, contra el saliente de Kursk. Como fue derrotada y los soviéticos pasaron a la ofensiva general en el sector, la 4.<sup>a</sup> EA debió librar grandes combates defensivos, acompañando en su retirada hacia el oeste a sus camaradas alemanes, y desde la base inicial de despliegue en Seschinskaya se pasó a Smolensko, desde allí a Orsha y finalmente se recaló en Bobruisk, ya en Bielorrusia. Dos años antes, sus camaradas de la DA habían pasado camino del frente por alguna de esas poblaciones. Avanzaban hacia el este, hacia una victoria que parecía inminente. Ahora los pilotos de la EA se retiraban hacia el oeste librando combates desesperados.

Ya he señalado que un avión Ju-52 enlazaba Berlín y la DA semanalmente, volando previamente hasta la base de la EA. Este vuelo triangular permitía contactos directos entre ambos contingentes españoles. El avión que llegó el 25 julio sirvió para que los españoles de la DA supiesen de primera mano ciertas noticias sobre la gran batalla de Kursk. Aunque los aviadores españoles parecían fascinados por el gigantesco esfuerzo que estaba haciendo la aviación de transporte alemana, que literalmente tenía establecido un puente aéreo entre Alemania y las bases de vanguardia, para hacer llegar suministros urgentes, a sus camaradas de la DA lo que les impresionó fueron las noticias que les transmitieron sobre los inmensos medios de combate puestos en acción por los soviéticos. Pese a que los aviadores afirmaron que el Ejército Rojo estaba teniendo muchísimas bajas, los mandos de la DA se preguntaron consternados cómo era posible que el Ejército Rojo hubiese lanzado al combate 6.000 carros, que fue la cifra que los pilotos les transmitieron. ¿Es qué los recursos del Ejército Rojo eran inagotables? ¿Cómo iba a contenerse a aquella fuerza, cuyos recursos humanos y materiales parecían no tener fin?

Aún más preocupantes eran las noticias que llegaban desde Italia. El 10 de julio los Aliados habían desembarcado en Sicilia. Lejos de ser rechazados, su avance por la isla provocó la caída de Mussolini, no muchos días después, una noticia que llegó al Cuartel General de la DA con gran rapidez, el día 25. Que esto afectaba, y de manera irreversible, a la situación política española, saltaba a la vista. Para mantener completamente informados a los mandos españoles en Rusia de la evolución del conflicto, desde julio la Sección de Información del Estado Mayor de la DA había empezado a editar una *Hoja informativa de la División Azul Española*, que se publicaba cada dos días y se hacía llegar a todos los oficiales. Era la señal evidente de una creciente ansiedad con respecto al futuro, aunque ya podemos imaginar que la selección de noticias que aparecía en tal *Hoja informativa* lo que intentaba justamente era minimizar los éxitos de los Aliados.

Pese a las alarmantes noticias desde Italia, las inercias hicieron que durante algunos días pareciera que nada había cambiado. La DA había decidido conmemorar el Alzamiento del 18 de julio con una gran recepción, a la que se invitó a una parte importante de los generales alemanes que prestaban sus servicios en aquel frente. El jefe de Estado Mayor del Grupo de Ejércitos, los jefes del 18.º Ejército y del Cuerpo de Ejército en el que integraba la DA, acompañados por sus

respectivos jefes de Estado Mayor, los generales al mando de varias unidades vecinas, todos ellos coincidieron en los salones del Cuartel General español en Prokovskaya. Y cuando estaban todos reunidos, de improviso, a las 14 horas, se produjo un auténtico diluvio de fuego: 600 proyectiles en tan solo 10 minutos. Hubo muchas bajas (33, de ellas ocho muertos) pero milagrosamente ni tan solo uno de los mandos alemanes resultó herido. El ataque, aunque de forma menos virulenta, se repitió a las 17 y las 20 horas. Lo sorprendente del caso es que los españoles no llegaron a atribuirlo a la acción de agentes enemigos, tal era la confianza que depositaban en la población civil de la zona, y pensaron que los soviéticos, concedores del simbolismo del día, decidieron ese ataque simplemente mirando el calendario. Años después los rusos detallaron cómo había sido la muy precisa información que les habían proporcionado a sus mandos agentes infiltrados entre los civiles rusos que trabajaban en el Cuartel General español, lo que les había llevado a organizar tan enérgico ataque que, a decir verdad, no pretendía tanto el dañar a la DA como descabezar al 18.º Ejército.

Pese a que la recepción a los generales alemanes se interrumpió de la manera tan brusca que acabo de señalar, los españoles tuvieron tiempo de escuchar de sus invitados la noticia de que se consideraba inminente una nueva ofensiva a gran escala contra el 18.º Ejército. En efecto, esta empezó el 22 de julio, pero muy lejos del sector español. En el gran arco que formaban las posiciones alemanas en torno a Mga, los soviéticos atacaron los segmentos oriental y septentrional. Y lo hicieron con saña y constancia, hasta finales de septiembre, sin conseguir pese a su empeño avances mínimamente apreciables. El Grupo de Ejércitos Norte volvió a acreditar su pericia defensiva. Los alemanes bautizaron a este ciclo de combates como «tercera batalla del sur del Ladoga». La primera había sido la librada en el verano-otoño de 1942, cuando se trató más que de liberar Leningrado, de agotar a las fuerzas alemanas que se disponían a asaltar la ciudad. La segunda fue la que se libró a lo largo de todo el invierno de 1943, y que aunque tuvo algún éxito para los rusos (que finalmente abrieron un pasillo hacia Leningrado), se saldó con los fracasos cosechados en febrero y marzo por el Ejército Rojo. Fue en esta «segunda batalla del Ladoga» donde los españoles protagonizaron los combates de Posselok-7 —en enero— y Krasny Bor —en febrero— con tan terribles bajas. Ahora la «tercera batalla del Ladoga» iba a librarse sin que los españoles tuvieran que intervenir. Lo que sí que pudieron ver es que el Grupo de Ejércitos Norte mantenía una evidente capacidad de lucha.

El Ejército Rojo estuvo tan volcado en aquella operación, que los españoles pudieron vivir una época de singular tranquilidad. El 28 de julio la DA recibió orden de su Cuerpo de Ejército de simular en sus líneas que iba a empezar un ataque propio, con la esperanza de que los soviéticos sacaran parte de las tropas que tenían empeñadas en su nueva ofensiva. El truco no engañó al enemigo, aunque para darle más verosimilitud el 25 de agosto el 263.º Regimiento realizó un ambicioso golpe de mano contra el enemigo. La única forma en que le afectó a la DA aquella nueva secuencia de combates al sur del Ladoga se produjo el 18 de agosto, cuando la vecina oriental de la DA, la 254.ª División, abandonó sus líneas para acudir a los sectores amenazados, siendo ocupado su sector por otra formación alemana, la 11.ª División. Hasta que no terminaron los combates de esta «tercera batalla del Ladoga» los españoles no sintieron graves preocupaciones, que en cambio se agudizaron cuando acabó esta. Puesto que los soviéticos habían fracasado en aquel sector tan distante de las líneas españolas, y de manera estrepitosa, lo que cabía temer es que decidieran atacar ahora en un sector completamente distinto, como el que

ocupaban los españoles. Pero esto eran especulaciones, porque lo que realmente preocupaba eran las noticias del frente del Mediterráneo, y en especial lo ocurrido el 9 de septiembre, cuando Italia se rindió ante los Aliados y estos desembarcaron al sur de Nápoles, poniendo pie por vez primera en el continente europeo.

Que en Madrid se estaba produciendo un auténtico terremoto político, a una escala hasta entonces inimaginable, era algo que no podían ignorar ni en las lejanas trincheras españolas en Rusia. El pueblo español no tuvo conocimiento oficial de las maniobras diplomáticas de ingleses y norteamericanos para conseguir que España retirase la DA, pero bastaba con echarle una ojeada a la prensa para detectar un giro político. En junio de 1943 se produjo un cambio muy significativo, y de una prensa que hasta entonces había sido intensamente progermana se pasó a una que pretendía lograr un adecuado nivel de «neutralidad». Como consecuencia, las noticias sobre la DA pasaron a ser cada vez más escasas. Hacía meses, desde la llegada de Gómez-Jordana al Ministerio de Exteriores, que la aparición de artículos en la prensa que pudieran suponer propaganda para el alistamiento en la DA se habían vetado en buena medida. Pero ahora se trataba de un paso más, de conseguir una especie de «apagón» informativo en relación a la DA.

Quizás el ejemplo más notable de lo que estaba ocurriendo se diera en el famoso NO-DO (abreviatura de Noticiarios y Documentales Cinematográficos). Para la puesta en marcha de este noticiario cinematográfico nacional, las autoridades españolas habían contado con la colaboración alemana. El noticiario cinematográfico alemán *Deutsche Wochenschau* debía ser una de las principales fuentes de material filmado. De hecho, antes de la existencia del NO-DO, eran los noticiarios alemanes los que se exhibían preferentemente en las salas españolas. La decisión de crear el NO-DO es de diciembre de 1942, por lo que hasta enero de 1943 no empezó su andadura. Y la impulsora de la idea fue la Vicesecretaría de Educación Popular, el organismo de FET que ejercía las funciones de un Ministerio de Propaganda del régimen. En una época en la que el cine era la más importante distracción de masas, la trascendencia del contenido del NO-DO está fuera de toda duda.

La División Azul apareció de manera preferente en el Noticiario n.º 1, y el tema reapareció en los números 3, 5 y 7. Pero la cadencia de estas apariciones se frenó y la DA no volvió a ser tema hasta el Noticiario 19, reapareciendo en los Noticiarios 24-A y 28-A, y teniendo una última aparición en el Noticiario 31-A, de 2 de agosto de 1943. A partir de entonces, el NO-DO mantuvo el silencio más absoluto sobre la DA. Y no porque los alemanes no mandaran reportajes hechos sobre ella, pues siguieron haciéndolos y enviándolos. De hecho, la DA apareció mucho más en el noticiario cinematográfico alemán, el citado *Deutsche Wochenschau*, que en el NO-DO. La fecha de esa desaparición lo dice todo: la caída del régimen fascista de Mussolini tras la invasión anglo-norteamericana de Italia, que era el peor de los augurios. Pero en realidad no se trataba solo de ese hecho. Para aquellas fechas, Alemania era totalmente incapaz de suministrar a España las cintas de película vírgenes necesarias para el NO-DO y el resto de la industria cinematográfica nacional. Solo Estados Unidos y Gran Bretaña podían hacerlo, y lo hicieron, pero exigiendo a cambio un giro completo en la política cinematográfica española, que debía comprometerse a dejar de distribuir material filmado alemán.

Alardear de la presencia de la DA en Rusia había dejado de ser conveniente. Eso sí, el NO-DO había decidido editar un noticiario especial para enviar a los combatientes de la DA en Rusia, para ayudarles a mantener la moral, y mantuvo su compromiso. De ese Noticiario Especial para la

DA (que solo se proyectaba en el frente y en los hospitales españoles de retaguardia) se hicieron trece ediciones, entre febrero y diciembre de 1943. Pero para el público de las salas de cine españolas, la DA dejó de existir en el verano de 1943 (Lledó, 2018).

Otro proyecto de la Vicesecretaría de Educación Popular relacionado con la DA quedó en nada. Ya se habló en estas páginas de una publicación editada por ella para fomentar los alistamientos en la DA. A principios de 1943, apareció el segundo folleto de este tipo, una publicación relativamente «lujosa» para lo normal en la imprenta española de aquella época (*División Azul. Segundo Cuaderno*, 1943). Sin embargo, el proyecto de la misma vicesecretaría de editar un volumen con cartas de los combatientes de la DA a sus familiares y camaradas, para cuya recopilación se pidió ayuda a través de la prensa, fue archivado.

La industria editorial registró el mismo fenómeno. En 1942 se había publicado un libro con biografías de caídos en Rusia: *Héroes de España en campos de Rusia, 1941-1942* (García Pérez, 1942) y una obra en poesía, *La Nueva Cruzada. División Española de Voluntarios* (Martínez Cruces, 1942). Al año siguiente aparecieron varios libros escritos por divisionarios: *Con la División Azul en Rusia* (Martínez Esparza, 1943); *Campaña de Invierno. División Azul* (Errando, 1943); *De España a Rusia. 5.000 km con la División Azul* (Jiménez Malo, 1943); y también folletos *Apuntes de la División Azul y Campaña de Rusia, 1941-1942. El relevo del Alcázar* (Fernández Velasco, 1943-a y 1943-b). Los textos de autores divisionarios aparecidos en 1944 omitían la referencia explícita a la campaña rusa: *Leyendas del Ilmen* (Bendala, 1944) y *¡Guerra! Historia de la vida de Luis Pablos* (Royo, 1944); con la excepción del volumen con las poesías de Ridruejo: *Poesía en armas. Cuadernos de la Campaña de Rusia* (Ridruejo, 1944). Antes de que acabara la Segunda Guerra Mundial aún aparecerían dos volúmenes más, pero solo en uno la DA era nombrada de manera abierta: *De las memorias de un combatiente sentimental* (Crespo Villoldo, 1945) y *Canción de invierno en el este. Crónicas de la División Azul* (Gómez Tello, 1945).

Importantes fuerzas políticas de la España de Franco (los monárquicos alfonsinos, los carlistas, los católicos) apostaban por el giro a la neutralidad y —aunque latía en todas ellas un virulento anticomunismo— empezaron a ver en la DA un auténtico lastre. No ocurrió lo mismo con la Falange, que con toda razón consideraba a la DA como una criatura propia. Y por eso, en esas mismas fechas en las que el ministro de Exteriores buscaba abiertamente congraciarse con los embajadores de Gran Bretaña y Estados Unidos, y Franco recibía en su residencia a dichos diplomáticos, José Luis de Arrese, secretario general de FET y único líder destacado de la organización tras la caída en desgracia de Serrano Suñer, multiplicaba las referencias a ella en sus discursos de todo el año 1943, eso sí, enfatizando su carácter puramente anticomunista y dejando de lado progresivamente las referencias a un «Nuevo Orden Europeo» capitaneado por Alemania. El 19 de junio y conmemorando la entrada en Bilbao de las tropas del Ejército Nacional, dijo:

La poesía mueve a los pueblos; y así habéis visto cómo al grito de ¡Franco! se nos entrega ardorosa una juventud que quizá hace unos años hubiera pertenecido sin ilusión ni coraje a los Boys Scouts, y marchan hoy a la División Azul con la alegría de los escogidos, a diferencia de aquellos que antes daban dinero para no ir a África.

En una ocasión más solemne, y a la vez una fecha más tardía, en el discurso pronunciado con motivo del Milenario de Castilla (en Burgos, el 8 de septiembre de 1943) sus palabras fueron:

Por esa unidad de destino en lo universal ha luchado España a lo largo de su historia y hay medio millón de mártires en nuestros campos y una División Azul en tierras de Rusia. Porque la presencia de la División Azul, camaradas, no tiene otro alcance político que este. Alguien ha creído que era la ayuda a una nación amiga, o una deuda de gratitud que nosotros teníamos la poca elegancia de pagar en carne humana. La presencia de la División Azul es la continuidad histórica de nuestro pueblo; si en esta guerra no se ventilara la derrota o la victoria del comunismo, habría espacio para pensar en el gesto romántico; pero nos aterra demasiado la idea de que el comunismo pueda salir reforzado de la contienda para que este temor, sin duda compartido por muchos pueblos, no nos embargue por completo y nos obligue a mirar como secundarios los demás problemas que en ella se ventilan.

La unidad de voluntarios, que había sido tan intensamente «azul» en sus primeros pasos, pero que en definitiva había contado con la simpatía de otras tendencias políticas, que no deseaban que Falange la monopolizara, iba a quedarse pronto huérfana de otros apoyos, pero desde luego no del de Falange. Este no era, sin embargo, un factor lo suficientemente fuerte como para bloquear el creciente ambiente a favor de la repatriación de la DA, incentivado por las presiones de las potencias anglosajonas.

Los embajadores de Gran Bretaña y Estados Unidos en aquellos años han detallado en sus memorias la forma en que presionaron a Franco para que retirara a la DA del Frente del Este. En julio, el prepotente embajador británico, Hoare, que tenía que hacerse perdonar su pasado de «apaciguador» frente a Hitler antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, por lo que ahora era especialmente virulento en sus planteamientos políticos, y en cuyas memorias se refleja el supremacismo de tantos anglosajones frente a los españoles, hizo llegar a las autoridades españolas un exhaustivo memorándum donde recogía todo tipo de agravios que los británicos sentían que les habían causado los españoles. Justamente en último lugar, como punto XX de ese documento, se citaba a la DA:

Durante este tiempo, la División Azul permanece en Rusia, y todo hace pensar, a menos que sea tomada una rápida decisión, que será la última fuerza no alemana combatiendo por Alemania. En realidad, los hechos se desarrollan muy velozmente y España corre el riesgo de ser sobrepasada por ellos (Hoare, 1977).

Mucho menos prepotente, el embajador norteamericano (un gran historiador), Hayes también expuso la necesidad de la retirada de la DA en otra conversación con Franco, el 29 de julio, que él narró así en sus memorias:

Tres aspectos hay —añadí— que en interés propio de España deben ser modificados rápidamente en su política exterior (...) En tercer lugar, el Gobierno debe retirar la «División Azul» del Ejército alemán que luchaba contra los rusos. Comprendía muy bien —le dije— la repugnancia de España hacia el comunismo y hacia cualquier intervención rusa en los asuntos de la Península, pero no por eso veía la razón de que España interviniese por la fuerza en los asuntos rusos que era, a mi juicio, lo que estaba haciendo aquella División (...). Si el Caudillo se oponía a una intervención rusa en España, ¿cómo podía justificar una intervención española en Rusia? El asunto urgía. La potencia alemana decrecía y aumentaba la rusa. ¿Qué pasaría si Rusia le declaraba la guerra a España? Se trataba de un aliado de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, quienes tenían que convivir con él, tanto entonces como en el futuro (Hayes, 1946).

Era la primera vez, hay que subrayarlo, en que el embajador de Estados Unidos planteaba ante Franco este tema de la DA y, como vemos, lo hizo con cierta delicadeza, procurando no herir la susceptibilidad anticomunista de Franco. El tono empleado por Hayes en el desempeño de su misión diplomática fue siempre muy moderado. Eso le valió críticas feroces en su país, donde —

por ejemplo— en esas mismas fechas veía la luz uno de esos truculentos textos propagandísticos que con tanta asiduidad aparecen en periodos de guerra. Me refiero al libro de Allan Chase, *Falange, the Axis Secret Army in the Americas*. En esa disparatada obra, que por entonces muchos creyeron a pies juntillas, el feroz antifranquista que era Chase aseguraba enfáticamente que en aquellos momentos España albergaba sobre su suelo 16 divisiones alemanas (ni más ni menos), y que las *Nazi Army's Spanish Blue Divisions*, así, en plural, encuadraban a 100.000 hombres. Esa obra refleja el ambiente que —en buena medida— se respiraba en los países anglosajones, donde parte de la opinión pública equiparaba sin más a Franco con Mussolini y Hitler.

Hoare mantuvo también su propia entrevista con Franco, ya en agosto, e insistió igualmente ante él en la necesidad de retirar la DA (junto a las demás reivindicaciones ya expuestas en julio). Y a continuación viajó a su país, donde no se recató de afirmar en público ante los medios periodísticos que los Aliados habían exigido a España la retirada de la DA. Según Hayes, el efecto fue negativo:

Lo mismo el General Franco que [el ministro de Exteriores] [Gómez-]Jordana se molestaron, como es natural, por toda esta publicidad y noticias deformadas. El 26 de agosto me habló el ministro de Asuntos Exteriores de ello. El resultado había sido, me dijo, una enérgica protesta del embajador alemán, lo que no contribuía a facilitar la salida de la DA de las trincheras y su regreso a través del territorio germano. Además, el gesto de retirar la División tenía pocas ventajas para España si no aparecía como espontáneo, y el embajador británico, tal vez inconscientemente, hacía todo lo posible por presentarlo como forzado.

Efectivamente, desde la llegada de Gómez-Jordana al ministerio, el eje de su política había sido la vuelta a una plena neutralidad y por tanto la retirada de la DA, aunque este era un tema a tratar muy delicadamente, no ya por las susceptibilidades alemanas, sino por no provocar las iras de Falange e incluso de muchos mandos militares. Sáenz-Francés recoge en su libro sobre la situación diplomática española en estas fechas un significativo episodio, la visita en Suiza al pretendiente a la corona, don Juan de Borbón, de uno de los más destacados exponentes de la alta oficialidad monárquica española, el infante Alfonso de Orleans. Entre otros temas, este oficial, ardiente partidario de la restauración monárquica, le preguntó al pretendiente sobre qué creía que debería hacerse con la DA. Absolutamente imbuido de las ideas de los británicos al respecto, el pretendiente —que no muchos meses antes buscaba cómo acercarse a Muñoz Grandes— le dijo que habría que retirarla para evitarle complicaciones a España, y el infante le manifestó abiertamente su preocupación:

¿Cuál sería el efecto sobre el Ejército Español si uno de los primeros actos del Rey fuera retirar la División Azul ante el enemigo bolchevique? (...) Aunque aceptó mi opinión, el infante no pudo librarse del temor a que el Ejército se sintiera contrariado por la retirada de la División (Sáenz-Francés, 2009).

Ciertamente la entrevista citada ocurrió en mayo, y desde entonces y hasta las fechas que estamos viendo, habían pasado muchas cosas. Y ninguna favorable al mantenimiento de la DA; pero no es menos cierto que en un mundo como el castrense, tan impregnado de ideas sobre el honor, un gran número de oficiales, que habían servido en Rusia con la DA, no podían por menos que sentirse ofendidos con la idea de abandonar aquella lucha contra el comunismo. Una idea tradicionalmente muy arraigada en el Ejército Español, y me imagino que en realidad en todos los

ejércitos, es la de que «la espada no se desenvaina sin necesidad, ni se envaina sin honor». Y la eventualidad de retirarse del Frente del Este de manera deshonrosa, por las exigencias hechas públicas en Londres por un embajador inglés enfermo de soberbia, no podían sino irritar la sensibilidad de muchos.

Las trincheras en torno a Leningrado quedaban lejos de aquellos rifirrafes y manejos diplomáticos, pero su eco llegaba hasta ellas, y el 22 de agosto viajó hasta el Cuartel General de la DA el agregado militar español en Berlín, para informar a Esteban-Infantes de cómo afectaba a la DA la nueva situación internacional. Sin embargo, dentro del microcosmos que era la DA en sí misma, eran otros los temas que marcaban el día a día. A mediados de septiembre resultaba que en Rusia ya solo quedaban prestando servicio dos de los 24 jefes que había reclutado Esteban-Infantes para que le acompañaran en la aventura de la Segunda División. E iba a procederse a la repatriación por relevo de los voluntarios que habían llegado con el 5.º Batallón en Marcha, que fue el primero de los enviados específicamente para relevar a los divisionarios (del 1.º al 4.º habían sido enviados para cubrir bajas). A principios de octubre se supo del inminente ascenso del coronel Amado; como no había completado el año de servicio en Rusia, era evidente que Amado relevaría en el mando a Esteban-Infantes, más pronto que tarde. Así que el día 4, Esteban-Infantes recibió a un oficial de ingenieros alemán para abordar con él un tema que le obsesionaba. Miles de cuerpos de caídos de la DA yacían bajo suelo ruso, y él deseaba como último servicio de su periodo de mando, dejar organizado un único y gran cementerio militar español, donde se reagruparan tantos restos como se pudiera de aquellos caídos. Había encontrado un lugar adecuado, en Estonia. El hecho es revelador, no solo porque muestra el interés que se tomaba el general por sus soldados, sino porque no se veía la evolución de la guerra de manera catastrófica. Ya nadie podía creer en la victoria final alemana, pero sí que parecía creíble que la guerra acabara en tablas, y que en la Europa de posguerra resurgiera una Estonia independiente. A quien encuentre sorprendente tal optimismo habría que recordarle que, incluso en esas fechas, desde las líneas de la DA se veía Leningrado.

Algo más importante ocurrió el día 5 de octubre, cuando Lindemann, comandante en jefe del 18.º Ejército, se plantó en el cuartel general español. Iba a imponer a Esteban-Infantes la Cruz de Caballero, un preciado galardón militar. A diferencia de Muñoz Grandes, que no daba importancia a este tipo de hechos, Esteban-Infantes era muy sensible a ellos. Pero hubo otra novedad, mucho más impactante: Lindemann comunicó al general español la orden para que la DA abandonara el frente, para pasar a la retaguardia, a la zona de Krasnogardeisk (si se prefiere usar su nombre zarista, Gatschina). Como la DA permanecía en línea desde su llegada al frente —con la excepción del breve intervalo dedicado al cambio de frente— parecía tratarse de un bien merecido descanso.

Dos días después llegaron órdenes más detalladas, la zona de acantonamiento estaría más al suroeste, en torno a Volosovo, la población por la que pasaba la ruta hacia Narva, en la frontera ruso-estonia. De un extremo a otro de esa zona donde iban a «descansar» los españoles, que dibujaba una especie de gran elipse, mediaban 70 kilómetros, y por otra parte, en el lado septentrional de esa elipse, cinco de los batallones de infantería españoles y alguna de sus baterías deberían estar en situación de alerta, pues se encontraban muy cerca de las posiciones alemanas en la llamada Bolsa de Oranienbaum. Este era uno de los fenómenos más chocantes de los que ocurrían en el Grupo de Ejércitos Norte. Cuando en 1941 los alemanes avanzaron sobre el

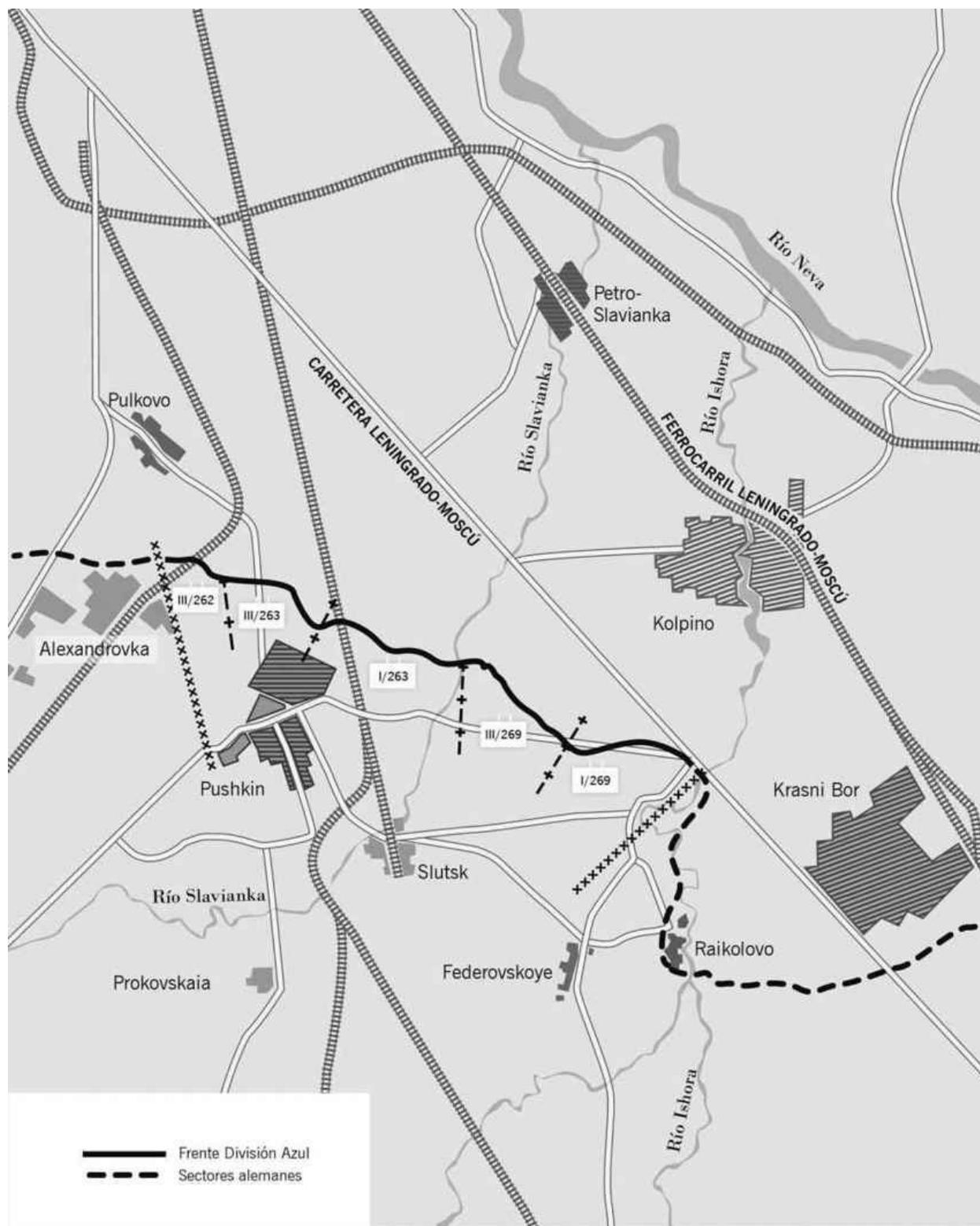
golfo de Finlandia, un importante grupo de tropas soviéticas quedó cercada algo al oeste de Leningrado, con el mar a sus espaldas. Y desde entonces los alemanes habían sido incapaces de acabar con aquella especie de gran cabeza de playa, que era un apéndice de la cercada Leningrado y que por término medio exigía, para mantenerla bajo control, el empleo de tres divisiones alemanas. Como en ese momento solo había desplegadas allí dos unidades de ese nivel, era oportuno que los españoles formaran una especie de segunda línea para una de ellas.

Abandonar la tediosa —y peligrosa— vida de trincheras era algo estimulante, así que mandos y soldados españoles se prepararon con entusiasmo para ejecutar la orden de salir de la primera línea. Con ese relevo ya en marcha, el día 10 de octubre, llegó a visitar el Cuartel General de la DA el comandante en jefe de la 81.<sup>a</sup> División, la unidad encargada de sustituirla en buena parte de su zona de despliegue. El lector quizá recuerde que esa misma división debía haber relevado a la DA en el Vóljov a la altura de enero de 1942, algo que al final no ocurrió debido a la ofensiva soviética al sur del Ilmen. Lo subrayo porque, a aquellas alturas de la guerra, la DA ya había establecido relaciones de «camaradería de armas» con un cierto número de unidades del Grupo de Ejércitos Norte, y la 81.<sup>a</sup> era una de ellas.

Al día siguiente, el enemigo lanzaba otro ataque contra El Dedo (que en ese momento estaba guarnecido por el Batallón II/262.<sup>o</sup>), ocasionando con ello la última acción de armas de cierta envergadura que libró la DA. Y horas después (ya el 12) el sector era oficialmente transferido a la 81.<sup>a</sup> División. Hacía justamente dos años que los españoles habían empezado a desplegarse en posiciones de combate en el Frente del Este, con sus miembros soñando con un rápido derrumbe del régimen soviético. ¡Qué lejano parecía todo ahora! El 14, y mientras seguía llevándose a cabo el relevo, Lindemann comunicó a Esteban-Infantes que en realidad la DA iba a ser repatriada y en su lugar quedaría una unidad menor, una Legión Española de Voluntarios, a la que inevitablemente se la iba a conocer como Legión Azul (LA).

Ya en julio, y siguiendo la orientación de su política, Gómez-Jordana había maniobrado activamente en pro de la retirada de la DA y, al empezar agosto, ordenó al embajador español en Berlín que fuera preparando el ambiente en los círculos alemanes, pidiendo a estos una retirada temporal de la DA a segunda línea, para que el contingente español descansara. Había que convencer también al general Asensio, el ministro del Ejército, que en principio no era partidario de que los españoles dejaran el Frente del Este. Significativamente el principal apoyo de Asensio en este tema eran los jóvenes oficiales del Ejército, muchos de los cuales hacía años que esperaban la ocasión de servir en Rusia. Pero los mandos de rangos más elevados veían las cosas de otro modo. Las presiones de los embajadores anglosajones, fueron entendidas como lo que eran: amenazas apenas veladas. En 1941, cuando se creó la DA, los anglosajones también habían montado en cólera y sancionado a España con las restricciones en suministros de petróleo. Pero con una Alemania en el apogeo de su poder, tomar medidas enérgicas contra España podía ser hasta contraproducente, pues podía echarla en brazos del Tercer Reich. Ahora, en 1943, Alemania no estaba en condiciones de contrapesar en modo alguno las amenazas de Londres y Washington. Había otro factor a tener en cuenta: con España aún situada en el punto de mira de los planificadores militares aliados, era un absurdo militar mantener un fuerte contingente español en Rusia. El ejemplo de Italia, donde el régimen de Mussolini parecía haberse desmoronado sin que nadie se echase a las calles a defenderlo era otra razón, ya que hombres como los que combatían en Rusia serían mucho más útiles en España ante cualquier intento de subversión.

Apenas unos días después de que Italia anunciase oficialmente su rendición, el 18 de septiembre, Franco se reunía con la Junta de Defensa Nacional (compuesta por los ministros de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, el jefe del Alto Estado Mayor, y el ministro de Exteriores), para debatir el tema de la retirada de la DA. Y dos días después nuestro embajador en Berlín planteaba por vez primera de manera abierta y oficial ante los germanos la solicitud de que la DA fuera enviada a descansar a retaguardia. El argumento oficial era que en aquellas fechas todas las unidades no alemanas —tropas de las fuerzas aliadas de Alemania o formaciones legionarias anticomunistas— habían abandonado el frente, al menos para descansar y reorganizarse. También se empleó otro argumento, la falta de nuevos voluntarios, y se llegó a afirmar que de hecho ya se estaban enviado reclutas forzosos (volveré sobre este tema). El 24 de septiembre, el Consejo de Ministros español decidió que era necesario pedir a los alemanes la repatriación de la DA. Tras tanto tiempo de hacer propaganda de su papel anticomunista, retirar sin más la DA no parecía honorable, así que se trató de endulzar un trago que para muchos era muy amargo, decidiéndose que España continuaría con la lucha en el este mediante una unidad de menor tamaño, una presencia simbólica. Gómez-Jordana no era partidario de esta Legión Azul alternativa a la DA, pero los militares germanófilos y los falangistas la consideraban indispensable.



— Frente División Azul  
 - - - Sectores alemanes

ÚLTIMOS MESES EN EL FRENTE. DESPLIEGUE A 1 DE OCTUBRE DE 1943

Gracias a la incontinencia verbal de Hoare, los alemanes ya sabían que los Aliados exigían la retirada de la DA, así que entendieron pronto y bien el sentido de la petición de que la unidad española «pasara a retaguardia a descansar». Cuando se dio el paso siguiente, y la petición de nuestro embajador el día 1 de octubre a las autoridades alemanas fue la de repatriar a nuestros efectivos, no causó demasiada sorpresa: era lo que esperaban. La petición fue transmitida *ipso facto* al Cuartel General de Hitler, quien dio su autorización para esa repatriación, mientras exigía a sus colaboradores militares que el contingente español fuera tratado en todo caso con la mayor de las deferencias, evitando todo lo que pudiera resultar humillante para los voluntarios de la DA que tan honrosamente habían luchado en los campos de batalla. El día 2, el embajador alemán en Madrid comunicaba al gobierno español que Alemania aceptaba la petición española y estaba dispuesta a negociar los aspectos relativos a la nueva Legión Azul.

A la hora de concluir este capítulo se impone una pregunta, ¿realmente era cierto que ante la carencia de voluntarios se estaba enviando personal forzoso, como se había llegado a afirmar a la hora de argumentar la necesidad de repatriar la DA? De la misma manera que se había usado una argucia, la de pedir primero la retirada para descansar y después se había planteado la demanda real, la de repatriación, esta afirmación sobre los presuntos reclutas forzosos tenía bastante de jugada dialéctica. Es obvio que con el nuevo contexto internacional, el generado por las noticias de Italia, el ambiente había dado un vuelco. La idea de marchar a miles de kilómetros de España cuando en esta acechaban tantos peligros debía parecerles muy poco acertada a muchos. Si se acercaban momentos de riesgo para España, lo mejor era permanecer en la Patria, junto a las familias y los camaradas.

El 20 de marzo de 1943, el Estado Mayor Central había ordenado a las capitánías generales que se elaboraran estadillos actualizados donde se reflejase el número de voluntarios para la DA en cada circunscripción, y que la cifra de los que ya estuviesen disponibles se actualizara con los que se alistasen cada mes, porque había que tener preparados los efectivos para realizar lo que se denominaba el 2.º Relevo, es decir, relevar a los hombres que en 1942-1943 habían partido para relevar al contingente inicial. Esos estadillos debían remitirse mensualmente al citado Estado Mayor. De alguna circunscripción, como la de Canarias, se han conservado esos estadillos, extremadamente detallados en cuanto a graduaciones, armas y cuerpos, unidades de procedencia, etc. Resumiendo la información que ofrecen, obtenemos estos datos.

<b>Tabla 11</b>				
<b>VOLUNTARIOS PARA LA DA, CANARIAS, ABRIL-OCTUBRE 1943</b>				
	<b>Jefes</b>	<b>Oficiales</b>	<b>Suboficiales</b>	<b>Tropa</b>
Voluntarios registrados en abril	13	130	10	120
Altas de voluntarios en mayo	2	11	1	37
Altas de voluntarios en junio	1	20	1	16
Altas de voluntarios en julio	-	1	65	33
Altas de voluntarios en agosto	1	29	42	15
Altas de voluntarios en septiembre	1	1	12	44
Altas de voluntarios en octubre	-	2	-	-

Los efectos de la situación en Italia son bastante evidentes. Los muy completos estadillos indican también cuántos de los militares allí reflejados dejaban de estar disponibles para marchar a Rusia, por la razón que fuera (traslado, licenciamiento, etc.) y también detraían del total disponible los que cada mes partían con destino a la DA. De Canarias, entre mayo y julio solo salieron hacia Rusia un oficial, un suboficial y dos soldados. Y en agosto partieron con ese fin 10 oficiales y cinco suboficiales. En septiembre fueron siete oficiales y 19 suboficiales, y, lo que es más revelador, muchos soldados. El día 3 de ese mes, y en base a las disponibilidades de personal que se reflejaban en los estadillos mensuales, el Estado Mayor Central ordenó a Canarias que se despacharan con urgencia al batallón de depósito de Logroño 17 cabos y 114 soldados de infantería, y para la batería de depósito en Calatayud, tres cabos y 28 artilleros. Muchos de los hombres que iban a tener que partir se habían alistado meses atrás, cuando no se habían producido ni la invasión de Italia ni la caída de Mussolini. Si en ese momento, en septiembre, se les hubiera ofrecido la posibilidad de darse de baja en los listados de voluntarios, es de imaginar que la mayoría hubieran elegido esa opción. Pero no se les dio tal opción. Esta posibilidad sí que existía para los que se enrolaban en Milicias, y figuraban en los listados que esta elaboraba de potenciales voluntarios. Cuando se les convocaba para formalizar su compromiso, puesto que aún eran civiles, podían no presentarse. Los alistados en los cuarteles, al estar sujetos a la disciplina castrense, no tenían tal opción. Solo en ese sentido se puede hablar de soldados enrolados «a la fuerza», Pero no porque se hubieran ofrecido voluntarios bajo coacción, sino porque ahora que hubieran preferido no partir, no tuvieron posibilidad de anular su compromiso.

Según reflejaban los estadillos, en septiembre se encontraban en Canarias alistados como voluntarios dispuestos a marchar a Rusia 16 cabos y 122 de tropa de infantería. Y acabo de citar el contingente que se solicitó. Pero en realidad los que embarcaron hacia la península el día 13 de septiembre fueron cinco cabos y 98 soldados de infantería. El resto no partió por diversos motivos, desde no presentarse en el barco en el momento de la partida, a no pasar el reconocimiento médico. El 27.º Batallón en Marcha en que la mayor parte de estos hombres cruzó la frontera hispano-francesa lo hizo el 23 de septiembre. Con esos datos en la mano, las reservas de personal en Canarias dispuesto a partir hacia Rusia se redujeron a 10 jefes, 96 oficiales, 81 suboficiales y solo 51 soldados (muchos mandos habían desaparecido de esa reserva por traslado a otros destinos, distintos del servicio en la DA). Analizando estos documentos de Canarias de 1943 nos encontramos con que proporcionalmente, y como ocurría desde junio de 1941, sigue habiendo mucha más voluntad de alistamiento entre oficiales que entre tropa; sigue tratándose en buena medida de oficiales provisionales. Hay, claro, un muy notable descenso respecto a fechas anteriores, pero sigue habiendo superávit de mandos y por ello nos encontramos incluso con instancias de oficiales que deseaban marchar a Rusia y eran rechazados (por ejemplo, si tenían abierto un expediente).

Sin embargo también es cierto que incluso entre los oficiales se registraba un evidente descenso en el número de los dispuestos a partir hacia el Frente del Este. Por ello, en junio de 1943 se había informado a las jefaturas de Milicias que aquellos hombres que habían sido oficiales y suboficiales «provisionales» en Milicias, y que tras la Guerra Civil habían abandonado el servicio, ahora podrían recuperar su antiguo grado si lo deseaban, pero solo si se

trataba de servir en la DA. Aunque tampoco era una oferta muy tentadora, ya que la misma circular especificaba que cuando dejaran la DA ni conservarían ese rango ni tendrían más derechos si trataban de reingresar en el Ejército. Se detectaba que iba a producirse un bajón en la cifra de voluntarios entre los oficiales subalternos, pero no tan significativo como para abrir mucho la mano.

La documentación sobre suboficiales que encontramos en el archivo de Canarias que es el que se está utilizando en el presente libro es también muy reveladora. Ya se señaló que para el Ejército Español, cubrir las abundantes plazas de suboficial de la DA era un problema. Esto había provocado que mientras que oficiales y soldados normalmente eran relevados al cumplir un año de servicio, en cambio el periodo de servicio en Rusia de los suboficiales fuera casi siempre mucho más largo. Era cada vez más difícil conseguir suboficiales para la DA, y en este caso sí que está documentado que a bastantes se les impuso el servir en Rusia. Por ejemplo, a sargentos que acababan de superar los cursos de transformación, para pasar de provisionales a profesionales. Por eso, y como hemos visto en la tabla anterior, en julio-agosto puede aparecer una cantidad anormalmente alta de suboficiales alistados. Y la documentación registra que algunos se negaban a ir, e incluso algún caso en que el suboficial afectado optó por desertar de su destino (en Ifni, pasando al Marruecos francés) antes que partir hacia Rusia.

En cuanto a la documentación sobre tropa, nada evidencia, ni siquiera sugiere, que se la sometiera a algún tipo de coacción para presentarse como voluntario. Las cifras de soldados alistados en cada unidad del archipiélago son minúsculas, y en bastantes casos la documentación nos muestra que en alguna unidad no hay ningún voluntario. De haberse impuesto «cuotas» forzosas de soldados a las unidades, se reflejaría en la documentación. Alistar soldados a la fuerza era un peligro potencial, un auténtico absurdo dada la evolución de la campaña. No solo se trataba de un contrasentido, es que además no hay prueba documental alguna de que así se hiciera.

Esa documentación revela, sin embargo, que era obvio que ya no iba a haber voluntarios para un 2.º Relevo de la DA, y además, vistas las decisiones políticas que se habían tomado, no valía la pena ni intentarlo, así que el 14 de octubre desde el Estado Mayor Central se ordenó a todas las capitanías generales:

Por el momento cesará la incorporación de personal de todas las clases y categorías a las unidades en organización en España para la División Española de Voluntarios. El personal voluntario para marchar a Rusia seguirá figurando en relaciones mensuales que se enviarán como hasta ahora. Todas las órdenes en curso sobre incorporación de personal quedan sin efecto.

Aunque hubo que esperar al 25 de noviembre para que se ordenase a las capitanías generales que dejaran de recopilar los estadillos que recogían la evolución del alistamiento de voluntarios, desde antes (desde el 30 de octubre para ser exactos) y a lo largo de todo noviembre y parte de diciembre, el batallón de depósito de Logroño estuvo pasaportando a sus unidades de procedencia al personal que había llegado hasta él con posterioridad a la salida del 27.º Batallón en Marcha. Porque el 28.º Batallón en Marcha había empezado a organizarse inmediatamente después de que el 27.º partiera. Pero se congeló su organización y a continuación se devolvió a sus integrantes a sus orígenes. Y ya que estamos con el ejemplo de Canarias, hay que señalar que a esas islas regresaron dos capitanes, cinco tenientes, cinco alféreces, dos sargentos, seis cabos y 13 soldados. La orden oficial de disolver completamente el Batallón de Depósito de Logroño y la

Batería de Depósito de Calatayud no se dio hasta el 3 de diciembre. Pero antes de que el personal de esas dos unidades regresara a sus cuarteles de origen, o a las jefaturas de Milicias respectivas, se ordenó que se les preguntara si deseaban pertenecer a la Legión que se estaba organizando:

Una vez recopilados los datos, por Regiones Militares, serán cursados a este Estado Mayor para ser tenidos en cuenta los comprendidos en aquellas a fin de ser destinados a la expresada Unidad en el momento oportuno y en su caso.

Nadie tenía una idea muy clara de cómo iba a funcionar la Legión Azul, y tampoco si harían falta o no relevos para ella. Si por el ministro de Exteriores Gómez-Jordana hubiera sido, la LA se habría limitado a un único batallón. Pero en el Ministerio del Ejército pensaban en una unidad mayor, sobre la base de que siguieran en Rusia los que tenían menos de seis meses de servicio en el frente y todos los demás que quisieran. Con esas indicaciones, Esteban-Infantes redactó un primer boceto de plantilla, en el que la LA conservaba dos regimientos de infantería completos, aunque del resto de especialidades militares (artillería, zapadores) se reducía drásticamente su presencia, concentrándolas en un «batallón pesado».

Con el propósito de aclarar todos estos aspectos, y para despedirse del alto mando alemán (en el Cuartel General de Hitler) y así negociar al más alto nivel su proyecto de reunir todas las tumbas de los españoles en un único cementerio militar en suelo de Estonia, Esteban-Infantes emprendió viaje a retaguardia, visitando los hospitales españoles en Vilna y Berlín (que no había inspeccionado antes) los días 20 y 22 de octubre respectivamente. Y el 26 fue recibido por Hitler, en la única entrevista que mantuvieron. Se trató de una reunión puramente protocolaria, en la que el Führer le expresó su agradecimiento hacia la DA por el papel que había representado en la lucha contra el comunismo. Al jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, el mariscal Keitel, le expuso el general español sus deseos con respecto al cementerio militar español. Y —de vuelta a Berlín— trató de obtener aclaraciones vía telefónica desde Madrid sobre el futuro del contingente español. Fue así como se enteró de que Gómez-Jordana deseaba reducirlo al tamaño más minúsculo posible, un batallón. Así que para obtener instrucciones precisas, ordenó al jefe del Estado Mayor divisionario, Díaz de Villegas, que viajara en persona a Madrid para aclarar la confusa situación. Él regresó a la DA, porque fue informado de que también allí se había instalado la confusión y la ansiedad sobre el futuro. En ese viaje de regreso, inspeccionó el hospital de Königsberg, que tampoco había visitado nunca. Y el día 8 de noviembre estaba de vuelta en el Cuartel General de la DA.

Sus oficiales se dedicaban a la sazón a organizar la repatriación del contingente, a razón de dos expediciones semanales (cada una con unos 800 hombres), pero también trataban de organizar la nueva LA. Y se hizo evidente que no solo en Madrid, sino también en Rusia, había mandos que deseaban reducirla al máximo, empezando por Amado, que ya lucía su uniforme de general, por haber ascendido recientemente, y que había ocupado el puesto de comandante en jefe en ausencia de Esteban-Infantes. Si la LA contaba con dos regimientos, él debería permanecer al frente y a esas alturas del conflicto eran bastantes los mandos que aún permanecían en las filas de la DA — Amado entre ellos— que consideraban que lo mejor era regresar a España. Como cabe imaginar, esos mandos no solo no hacían propaganda a favor de la LA entre sus hombres, sino lo contrario. Tampoco era muy bueno el ambiente reinante entre los suboficiales, pues ya he señalado que en esa categoría es en la única en que se detectan documentalmente casos de alistamientos forzados

para la DA. Bastantes soldados que en principio habían manifestado su deseo de permanecer, al ver partir en grandes cantidades a sus compañeros en los batallones de repatriación que salían cada semana, cambiaron de opinión.

En cualquier caso, la primera idea de Esteban-Infantes de una potente LA con dos regimientos de infantería ya había sido desechada, y se perfiló la idea de una fuerza compuesta por dos batallones de infantería y otro batallón mixto, que incluiría las demás armas y cuerpos. Las unidades tipo batallón, en las que se quería insuflar el mismo espíritu de cuerpo que en la Legión Española, fueron bautizadas como «banderas» y las dos de infantería recibieron los números I y II, mientras que la Bandera Mixta fue la III. La Legión Azul nació oficialmente el 14 de noviembre. Para evitar el efecto desmoralizador de la partida de los compatriotas de la DA, se la acuarteló algo más al oeste, en la población que los alemanes denominaban Jamburg y los rusos Kingisepp, muy cerca de la frontera con Estonia. El mando de la unidad le fue confiado al coronel García Navarro.

Una vez encarrilado el tema, Esteban-Infantes volvió a Alemania el 19 de noviembre, ya que había que reajustar también los que en su momento habían sido amplios servicios de retaguardia de la DA. Riga sería la ciudad que centralizaría toda la atención hospitalaria en retaguardia, en el hospital español allí establecido, mientras que todo el escalón administrativo de la unidad (la «representación» de la unidad en retaguardia, y el almacén de víveres españoles) quedaría en Königsberg. Como era muy probable que personal de la Legión tuviera que pasar por Berlín, se decidió mantener una mínima estructura en esa capital, pero en el emplazamiento donde había estado el hospital español, muy alejado del centro, y por tanto a salvo de los cada vez más aterradores bombardeos aéreos de los Aliados. De hecho, mientras el general estaba en Berlín, la capital alemana fue objeto de un devastador ataque aéreo que empezó el 22 y se alargó hasta el 24. Realmente, a aquellas alturas de la guerra, había momentos en que era más peligroso estar en una ciudad alemana que en el mismísimo frente. Finalmente, Esteban-Infantes regresó a España el 17 de diciembre. Que se habían evaporado las sospechas que los falangistas habían tenido en su día con respecto a su figura se demuestra porque, ya en San Sebastián, Falange tomó parte de manera especialmente destacada en el acto oficial de recepción el día citado. Al siguiente, cuando llegó a Madrid, a recibirlo acudió Muñoz Grandes, pero también Arrese, el secretario general de FET. Y cuando días más tarde regresó a su residencia familiar en Barcelona, desde donde había partido, fue la Falange catalana la que lo recibió con especial entusiasmo. La prensa apenas dio realce a la noticia, que ocupó muchísimo menos espacio que el que había merecido la vuelta de Muñoz Grandes, un año antes.

Se puede decir que el general había regresado con el último de sus soldados. Antes de que llegara la orden de disolver y hacer regresar a la DA, ya habían partido con destino a España un total de 13 batallones, escalonados entre el 1.<sup>er</sup> Batallón de Repatriación, que llegó a España en mayo de 1942, y el 13.<sup>o</sup>, que cruzó la frontera de Irún a finales de septiembre de 1943. Pero con llegada de la citada orden de disolución de la unidad, el proceso se organizó a gran escala. En octubre solo alcanzó suelo español un batallón de repatriación, pero en noviembre fueron nueve (del 15.<sup>o</sup> al 23.<sup>o</sup>). Y siete más lo harían en diciembre, escalonados entre el 24.<sup>o</sup> Batallón de Repatriación, que cruzó la frontera el día 3, y el 30.<sup>o</sup>, que lo hizo el 24.

Mientras este amplio movimiento de tropas se realizaba en dirección oeste, uno mucho más discreto y pequeño se había realizado hacia el este. El 26 de octubre, cuando ya se había dado orden de disolver y repatriar la DA, se habían concentrado en Alcalá de Henares los pilotos que iban a formar la 5.<sup>a</sup> EA, bajo el mando del comandante Murcia. Tras una primera fase de instrucción, el personal de vuelo empezó a dirigirse hacia el sur de Francia, para completar su instrucción en una base de la Luftwaffe, donde un primer escalón de pilotos llegó el 27 de diciembre. Superada esa fase, empezó el traslado, igualmente escalonado, hacia Rusia, donde los primeros pilotos de la 5.<sup>a</sup> EA llegaron el día 9 de enero, y donde el relevo oficial de la 4.<sup>a</sup> por la 5.<sup>a</sup> Escuadrilla se produjo el día 23 de febrero de 1944.

Con la retirada de la DA terminaba la parte sustantiva de la participación española en la Campaña de Rusia, en la que se interpretó como una «cruzada contra el bolchevismo», que fue desnaturalizada por desgracia por el afán colonialista alemán. Para muchos fue un derroche de vidas sin ningún sentido, aunque no sea esa la opinión mayoritaria entre los veteranos de la unidad, que ven su sacrificio como dotado de una alta significación.

Las bajas registradas en aquellas fechas por la Sección de Personal del Estado Mayor de la DA para este último ciclo operativo que vengo narrando son las que siguen (haciendo constar de nuevo que, por desgracia, algunos de los registrados como heridos acabaron muriendo después como consecuencia de esas heridas):

<b>Periodo</b>	<b>Muertos</b>	<b>Desaparecidos</b>	<b>Heridos</b>	<b>Congelados</b>	<b>Enfermos</b>	<b>Total</b>
Marzo 1943	152	-	527	76	279	1.034
Abril	110	-	392	-	378	880
Mayo	80	-	338	-	333	751
Junio	38	-	214	-	340	592
Julio	31	-	170	-	255	456
Agosto	61	-	246	-	250	557
Septiembre	45	-	188	-	303	536
Octubre	21	-	162	-	198	381
<b>Total</b>	<b>538</b>	<b>-</b>	<b>2.237</b>	<b>76</b>	<b>2.336</b>	<b>5.190</b>

En relación con las bajas españolas en la Campaña de Rusia, se ha repetido a menudo la idea de que los alemanes usaron la DA como carne de cañón. Ahora les toca a los historiadores evaluar si esta percepción se corresponde con la realidad de los hechos. La siguiente tabla con las bajas de las unidades integradas en el Grupo de Ejércitos Norte (18.<sup>o</sup> y 16.<sup>o</sup> ejércitos) registradas desde el inicio de la campaña hasta el 28 de febrero de 1943 (incluyendo muertos, heridos no recuperables y prisioneros) es, creo, sumamente ilustrativa. Por fortuna para los españoles, sus bajas después de la batalla de Krasny Bor fueron bastante moderadas, como se acaba de ver, luego no afectan a la comparación que aquí pretendo establecer.

	<b>Unidad, con expresión de la fecha desde la que estaban en campaña con el Grupo de Ejércitos Norte</b>	<b>Bajas totales (y ratio mensual)</b>
1	1.ª División de Infantería (junio de 1941)	23.287 - (1.165)
2	170.ª División de Infantería (agosto de 1942)	21.941 - (3.134)
3	28.ª División de Infantería (septiembre de 1942)	21.346 - (3.557)
4	132.ª División de Infantería (octubre de 1942)	21.638 - (2.404)
5	290.ª División de Infantería (julio de 1941)	20.322 - (1.070)
6	58.ª División de Infantería (junio de 1941)	19.958 - (998)
7	21.ª División de Infantería (junio de 1941)	19.632 - (982)
8	4.ª División SS-Policía (junio de 1941)	19.446 - (972)
9	121.ª División de Infantería (junio de 1941)	19.337 - (967)
10	8.ª División de Infantería (marzo de 1942)	19.295 - (1.608)
11	24.ª División de Infantería (octubre de 1942)	18.852 - (3.770)
12	254.ª División de Infantería (junio de 1941)	17.082 - (854)
13	61.ª División de Infantería (junio de 1941)	16.937 - (847)
14	126.ª División de Infantería (junio de 1941)	16.886 - (843)
15	5.ª División de Infantería (febrero de 1942)	16.882 - (1.299)
16	30.ª División de Infantería (junio de 1941)	16.157 - (808)
17	11.ª División de Infantería (junio de 1941)	15.611 - (781)
18	32.ª División de Infantería (junio de 1941)	15.311 - (766)
19	123.ª División de Infantería (junio de 1941)	14.908 - (745)
20	122.ª División de Infantería (junio de 1941)	13.889 - (695)
21	12.ª División de Infantería (diciembre de 1941)	13.125 - (875)
22	18.ª División de Infantería motorizada (noviembre de 1941)	13.100 - (818)
23	96.ª División de Infantería (agosto de 1941)	12.701 - (706)
24	227.ª División de Infantería (octubre de 1941)	12.196 - (717)
25	93.ª División de Infantería (agosto de 1941)	10.688 - (594)
26	223.ª División de Infantería (noviembre de 1941)	10.038 - (627)
27	5.ª División de Cazadores de Montaña (abril de 1942)	9.820 - (893)
28	250.ª División de Infantería (División Azul) (octubre de 1941)	9.735 - (573)
29	215.ª División de Infantería (diciembre de 1941)	8.966 - (598)
30	217.ª División de Infantería (junio de 1941)	8.955 - (447)
31	225.ª División de Infantería (febrero de 1942)	8.342 - (641)
32	81.ª División de Infantería (enero de 1942)	7.383 - (527)
33	212.ª División de Infantería (noviembre de 1941)	6.851 - (428)
34	329.ª División de Infantería (marzo de 1942)	4.974 - (415)
35	218.ª División de Infantería (febrero de 1942)	4.832 - (372)
36	21.ª División de Campaña de la Luftwaffe (diciembre de 1942)	3.469 - (1.156)
37	69.ª División de Infantería (noviembre de 1942)	1.044 - (261)
38	23.ª División de Infantería (febrero de 1943)	347

Fuente para las bajas totales por división: Oberkommando Heeresgruppe Nord, Abt. II a; Nr. 380/43 geh. (H.Qu. den 9.3.43). *Zahlenmäßige gesamtverluste bis 31.2.43 der 16 und 18 Armee und Befehlshaber im Heeresgebiet Nord.*

¿Qué nos muestran estos datos? Las bajas de la DA no fueron muy elevadas por comparación con las demás divisiones del Grupo de Ejércitos Norte, tanto en cifras absolutas, como calculando el promedio mensual. De hecho las cifras se sitúan en la parte baja de la lista. Si hacemos el cálculo en base a la ratio mensual, nos encontramos con que solo siete divisiones alemanas habían tenido una ratio inferior, mientras que eran treinta las que registraban ratios mensuales superiores. Nada sugiere por tanto que se usara a los españoles como carne de cañón.

De hecho habrá quien diga ahora que las cifras eran bajas porque los españoles fueron «aparcados» en sectores tranquilos, por no tenérseles en gran estima como combatientes. La razón, desde luego, no es esa. Si las unidades alemanas tenían más bajas esto se explica por la manera de responder a las situaciones de crisis por parte de los mandos alemanes. Cuando un sector recibía un ataque que desbordaba a la fuerza que la guarnecía, el mando del Grupo de Ejércitos designaba a regimientos, batallones o grupos de muy diversas unidades bajo su mando que debían acudir al lugar en peligro. Y esta práctica se repetía constantemente. Así que incluso divisiones que estaban en zonas relativamente tranquilas podían tener bajas elevadas, las padecidas por estas unidades que eran destacadas a los lugares críticos. En general, no se siguió este tipo de práctica con los españoles, y esto es lo que evitó a la DA tener bajas tan elevadas. Hacer actuar a unidades que emplean distintos idiomas en una misma operación es siempre muy arriesgado. En el fragor del combate, basta con oír voces que no se entienden para hacer fuego contra ellas. Es lo que se llama «fuego amigo». Por eso, en la medida de lo posible los alemanes evitaban mezclar contingentes españoles y alemanes para impedir que surgieran situaciones de ese tipo. Y por ello la DA se evitó el tener que estar constantemente destacando a partes de sus fuerzas, no ya a los sectores cercanos, sino a cualquier rincón de las líneas del Grupo de Ejércitos Norte. Hubo bastantes ocasiones en que los españoles actuaron junto a tropas alemanas, pero casi siempre fue en sectores que eran vecinos. Solo hubo un caso, el del Batallón II/269.º en los Altos de Sinyavino, en que una unidad española fuera empleada muy alejada del despliegue de su división, algo que en el caso de las tropas alemanas era muy usual. En cualquier caso, esta tabla demuestra más allá de toda duda de que los españoles jamás fueron usados como carne de cañón.

El momento de la llegada a España dejó un sabor amargo en muchos voluntarios. Dada la marcha de la guerra, y dada la singular posición geoestratégica en que se encontraba nuestro país, sin duda la mayoría de los voluntarios se alegraron de regresar. Pero la vuelta no fue como ellos soñaron. No solo porque no volvían con la victoria, sino porque cada vez eran menos numerosas las personas que los recibían. Había algunas razones coyunturales, que señalo a continuación, pero había también un problema «de fondo» y era que una gran parte de la opinión pública había modificado su opinión sobre la presencia española en la campaña.

Como lo lógico era que los batallones se dislocaran en algún punto del norte de España, hubo algunas ciudades que acogieron las recepciones de varios batallones (Vitoria, Valladolid, Segovia...) y el público —que ya había asistido antes a un episodio como este— perdía interés por las nuevas acogidas. Cuando en noviembre y diciembre los batallones de repatriación llegaban en cascada, era imposible organizar cada vez una gran recepción. Aún hubo alguna que fue muy llamativa, como la que se organizó para el 28.º Batallón de Repatriación, que cruzó la frontera el 17 de diciembre —el mismo día que lo hacía Esteban-Infantes— y se dislocó en Valladolid. La razón era que acompañaban a este batallón elementos de la Plana Mayor de Enlace alemana, y también el agregado militar germano en Madrid. La unidad fue recibida por una

comitiva en la que figuraban tres generales, además de todas las autoridades políticas locales. Hubo misa solemne y gran comida de despedida, pero el acto más emotivo fue la imposición de las Cruces de Hierro y Cruces del Mérito Militar con Espadas alemanas que los citados oficiales germanos colocaron sobre pechos de nueve divisionarios. En sus discursos los teutones ensalzaron la «camaradería de armas» entre españoles y alemanes.

Cuando la prensa dio la noticia de la llegada del que era el 30.º Batallón, que se dislocó en Vitoria, se subrayó que era el último batallón de repatriados, y curiosamente se señaló hasta la composición numérica de la unidad: un comandante, tres capitanes, cinco tenientes, siete alféreces, cinco brigadas, 46 sargentos, 33 maestros armeros y 464 cabos y soldados. Parecía un final muy prosaico para una unidad que se había despedido de España en 1941 en medio de enfervorizadas masas que los aclamaban sin cesar.

No por casualidad, fueron los alemanes los que pusieron más interés en que la moral de los veteranos de la DA no se desmoronara. No eran las convicciones anticomunistas de estos hombres las que habían entrado en crisis, en absoluto, sino que era la marcha de la guerra la que imponía su repatriación. Por ello los alemanes vieron en estos veteranos al colectivo que iba a mostrarse mejor predispuesto hacia Alemania en el futuro inminente, y quisieron reforzar sus lazos con ellos. Con sorprendente rapidez, ya en octubre de 1943, la Sección de Propaganda del Alto Mando de la Wehrmacht editó un folleto de gran formato (*Commemoración Heroica*, 1943), que era una encendida alabanza a los españoles de la DA, y que se entregó a los veteranos que se repatriaban.

En enero de 1944, se pasó a una firma alemana el pedido para fabricar las 10.000 primeras copias de la Medalla Conmemorativa creada por los alemanes para la DA el año anterior; con dos pedidos adicionales se alcanzó la cifra de 60.000 ejemplares. En su inmensa mayoría se enviaron a España, donde el agregado militar de la embajada realizaría un gran esfuerzo para hacerla llegar a todos los divisionarios repatriados, logrando de esta manera hacerse con un censo muy numeroso de ellos. Y no mucho después veía la luz otro texto, un volumen que —para la época— era un alarde editorial. *Dos años de lucha. Estampas divisionarias. División Española de Voluntarios*, con 130 páginas (frente a las 40 del folleto anterior) e incluyendo fotografías a todo color supuso un auténtico esfuerzo, y se editó con una tirada mucho más modesta, destinada solo a un público más selecto (*Dos años de lucha*, 1944).

Estas atenciones que multiplicaban los germanos ahora que la DA había regresado contrastaban con la política de nuestras autoridades. Como mandaba la tradición, y también las ordenanzas, ahora que el capítulo de la Campaña de Rusia se había cerrado, había que crear una Medalla Conmemorativa de ella, y así se hizo. El proceso para seleccionar las propuestas sobre su formato se remontaba a octubre de 1942, cuando la DA cumplía su primer año de servicio en Rusia, y en febrero de 1943 Muñoz Grandes ya había presionado para que se resolviera, porque creía que podía ser un elemento propagandístico interesante para incentivar los alistamientos. El resultado final fue un diseño muy logrado, que incorporaba el águila de San Juan del Ejército Español, el yugo y las flechas de Falange, la cruz de hierro alemana y las cúpulas de la catedral de Santa Sofía en Nóvgorod. Pero el decreto por el que se creaba oficialmente se retrasó hasta noviembre de 1943, y —lo que es más significativo— no fue publicado en el Diario Oficial del Ejército, como hubiera sido lo normal en otras circunstancias, sino que la información se transmitió a las unidades mediante sendos oficios.

Para los veteranos de la unidad, se trató de una disposición humillante, porque ellos seguían orgullosísimos de su paso por la DA. De hecho se había producido un fenómeno curioso con los repatriados: sobre sus uniformes españoles colocaron, en el pecho el «águila del Heer», o el «águila de la Luftwaffe», según el caso, los emblemas heráldicos de las fuerzas alemanas en las que habían estado integrados. El Ejército y la Aviación española tuvieron que hacer uso de la disciplina para que estos emblemas, evidentemente contrarios a la uniformidad española, desaparecieran. Falange ni siquiera lo intentó, y sobre las camisas azules de sus militantes estos emblemas siguieron luciendo siempre. Y tanto en los uniformes de las Fuerzas Armadas como en los falangistas, los veteranos usaron siempre en el brazo un escudo nacional de diseño idéntico al usado por la DA (a veces, se trataba del mismo escudo que habían llevado en Rusia). Este escudo se convirtió finalmente en lo que se suele designar como «distintivo de permanencia», aunque en España este tipo de distintivos —que indican el paso por cuerpos especiales, como la Legión, Regulares, etc. — son de un formato muy distinto y aparecen en el bolsillo del uniforme. La historia de la DA acabó de manera completamente distinta a como hubieran deseado los que en ella sirvieron, pero sus veteranos siempre sintieron orgullo por haber formado parte de ella.

«¡ADIÓS, LILÍ MARLÉN!».  
DE LENINGRADO A BERLÍN, PASANDO POR LOS PIRINEOS Y  
LOS BALCANES.  
NOVIEMBRE DE 1943-MAYO DE 1945

Moscú. 8 de mayo. La radio de Moscú ha recogido la información emitida por la BBC según la cual formaciones de la «División Azul» española, que no ha cesado de combatir en el frente ruso y que Franco afirmaba haber repatriado enteramente, han sido descubiertas en la región del Danubio por los americanos. Los franquistas combatían junto a las SS. Es justo que la derrota del fascismo hitleriano, que ha concluido hoy, implique también la del fascismo español. En numerosas ocasiones, Franco ha proclamado su neutralidad. Sus soldados han practicado esta «neutralidad» combatiendo contra los americanos al lado de las SS.

(Noticia aparecida en diversos diarios franceses, el 9 de mayo de 1945)

La retirada de la División Azul no iba a poner punto final a la presencia de españoles en el Frente del Este que, de hecho, se mantuvo hasta la misma conclusión del conflicto, como evocaba la noticia aparecida en diarios franceses del 9 de mayo que acabo de citar. Este epílogo a la historia de la DA tuvo dos capítulos, el de la Legión Azul (LA), y el de las unidades clandestinas compuestas por españoles que siguieron combatiendo con uniforme alemán hasta el final de la guerra. A algún lector le sorprenderá la clasificación de «clandestinas», que se explica porque estas pequeñas unidades organizadas por la Wehrmacht se pusieron en pie contra la voluntad expresa de las autoridades españolas, y por ello siempre estuvieron rodeadas de secreto.

Mientras que la historia de la LA guarda pocos misterios (Campello, 1981; Moreno, 1999 y 2014; Pérez y Prieto, 2014; Ruiz Molina, 1974; Vadillo, 1984), la de las unidades clandestinas está, por el contrario, inmersa en ellos. Esto ha dado pie a no pocas especulaciones, a veces llenas de fantasía. Afortunadamente, también existen textos fiables (Bowen, 2001; Caballero, 1987 y 1999; Ferrer-Dalmau, 2002; González Pinilla, 1999, 2015-a y b; Norling, 2002; Vadillo, 1993). Realmente esas unidades clandestinas tienen un interés histórico minúsculo, por los cortos efectivos que en ellas sirvieron, y por lo intrascendente de sus acciones, pero la proliferación de narraciones sobre ellas, que a veces rozan lo delirante, obliga a que en el presente texto se aborden con una cierta extensión, para tratar de esclarecer lo que la fantasía de algunos ha logrado enmarañar.

Tras recibirse la orden de repatriar la DA, en los despachos de Madrid y Berlín, y también en el Cuartel General de la unidad española, se discutió acaloradamente sobre qué estructura debía tener su sucesora, la Legión Azul. La plantilla definitiva fue fijada por su jefe, el coronel García Navarro, tomándose bastantes libertades con respecto a las órdenes de Madrid, que establecían como efectivos totales dos banderas de infantería (sumando 1.000 hombres); una bandera mixta, con 500 hombres; y una unidad de depósito, con 300 hombres más. Pronto se tuvo

claro que la LA no recibiría relevos desde España, y estaba condenada a ver cómo sus efectivos mermaban sin poder reponerlos. De ahí el interés de sus mandos directos por contar con el mayor volumen inicial de tropas. En aquel momento eran muchos los regimientos alemanes que contaban con solo dos batallones de infantería, y por tanto la LA puede ser catalogada como uno de ellos, aunque ninguno tenía unas unidades de apoyo tan amplias como las de la LA.

Las banderas I y II de Infantería recibieron respectivamente los nombres de Capitán Masip y Capitán Huidobro, para honrar a dos de los grandes héroes de los combates de enero y febrero de 1943. Tenían la estructura típica de un batallón de infantería, con una plantilla de 650 hombres. La III Bandera se constituyó como unidad mixta, con elementos de todos los cuerpos. Como cualquier otro regimiento de infantería, la LA contaba con una compañía de cañones de infantería y otra de antitanques, ambas integradas en esta unidad mixta. En cambio, la representación de otros cuerpos no existía en un regimiento alemán, y su presencia en la LA se debía a su carácter de fuerza expedicionaria española, que debía ser capaz de operar con la máxima autonomía sin el apoyo de fuerzas alemanas. Por ello la III Bandera contó con sendas compañías de zapadores, transmisiones, exploración y sanidad, una sección de intendencia y otra de mantenimiento de vehículos, hasta totalizar 805 efectivos. Completaba la plantilla una amplia plana mayor, con 174 efectivos. Y de ahí la suma total de efectivos de la LA: 2.279 hombres, casi 500 más de los que hubiesen deseado en Madrid.

Sobre el papel, se trataba de un regimiento muy potente. Pero su nivel de cohesión no fue tan alto como el alcanzado por la DA. El coronel García Navarro se esforzó en inculcar en sus hombres un espíritu de fanática determinación, inspirado en el de la Legión Española. Si no caben dudas sobre la voluntad de lucha del coronel, sin embargo no parece que le acompañara la adecuada capacidad de liderazgo, pues no logró elevar la moral de sus hombres. Señalé las causas de ese malestar en el capítulo anterior, y ahora solo quiero subrayar que estos problemas afectaban especialmente a un elemento clave en una unidad militar: los suboficiales. Cuando el 28 de noviembre de 1943 el coronel García Navarro se dirigió a los hombres de la LA en los cuarteles de Kingisepp/Jamburg, a los que acababan de completar su traslado, tuvo que hacer referencia al problema:

¡Legionarios! ¿Sabéis lo que se pide de vosotros? ¿Se os pide morir! ¿Sabéis lo que se espera de vosotros? Que olvidéis todos los apetitos mundanos para pensar en uno solo con todo ardor. El amor a la muerte. Así comenzó hace muchos años (...) el organizador de la Legión, hoy general Millán Astray, en una famosa arenga cuando por el desastre de Melilla, acudió con la primera Bandera en su socorro (...). Lo que se os pide aquí es tener fe en el porvenir de España (...). Y lo que se os promete es esto: ¡Gloria para España! (...) El llamarse «legionarios» en Rusia es hoy el más alto título de un militar y de un español. Pensad lo que fue la División, cuya gloria heredamos. Recordad lo que fue la Legión, cuyo nombre ostentamos. Fundid las hazañas de una y otra y tenéis bien claro el camino a seguir (...) ¡Seamos dignos de tan preclaro abolengo! (...)

He de preveniros contra el derrotismo que la escasez de sargentos voluntarios por haber preferido repatriarse muchos, pueda afectaros. Eran los que por llevar muchos meses en Rusia sentían la añoranza de sus familias (...). Pero si ellos han dejado hueco en nuestra plantilla con su marcha, han dejado abierta las puertas del ascenso para los mejores de vosotros.

Este tema de la insatisfacción de muchos de los suboficiales de la LA tendría eco en la misma España, y el 3 de febrero de 1944 la Segunda Sección (la de Información) del Estado Mayor Central se veía en la obligación de notificar a las capitánías generales los rumores que corrían, para que actuaran para contrarrestarlos:

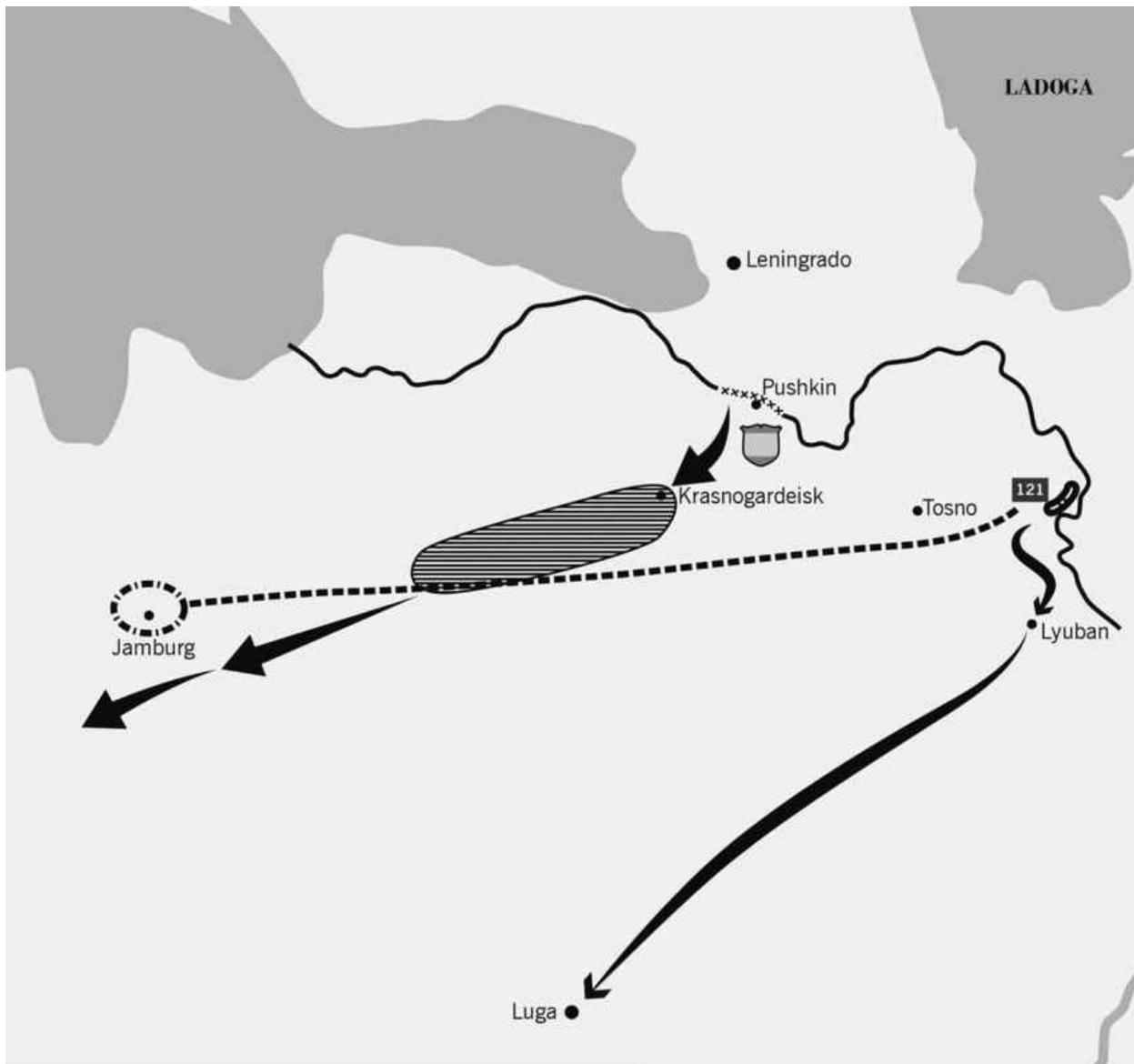
Según han manifestado varios suboficiales del Ejército regresados recientemente de la División Española de Voluntarios, que han permanecido en Zaragoza de paso para sus destinos, han quedado en el frente ruso buen número de los de su clase como voluntarios de las nuevas unidades (...) pero que para ello han sido obligados e incluso amenazados por la oficialidad (...). Estos comentarios han trascendido a la población civil y con tal motivo se hacen duros comentarios y censuras, especialmente entre los elementos extremistas, los que dicen no hay derecho a llevar al matadero a padres de familia como lo estaban haciendo, pues si los jefes y oficiales quieren ganar laureles, deben hacerlo sin obligar a los que no sienten la causa de los alemanes.

La realidad es que en la LA iban a coincidir diversos tipos de voluntarios. Unos eran los absolutamente fanáticos, dispuestos a seguir la lucha, bien por su ideario falangista, bien por sus convicciones sobre el honor militar. Una idea extendida es la de que en la LA casi no había voluntarios reclutados por Milicias de FET, cuando en realidad suponían un 42 por ciento de los efectivos. No era casualidad que al frente de la *Hoja de Campaña*, que se siguió editando aunque la LA tuviese tan pocos efectivos, se encontrase ahora el teniente López de la Torre. Este destacado falangista (que iba a tener una larga vida profesional en el periodismo) ya había servido con la DA y había llegado a estar propuesto para la Medalla Militar Individual. Fue repatriado, pero había vuelto a la DA y seguía en la LA. Otros miembros de la DA sencillamente eran hombres a los que la guerra había moldeado: se sentían a sus anchas en la vida de camaradería, en la aventura del combate, y por el contrario se encontraban desplazados en el mundo civil. Pero había otros que sentían que en realidad el momento histórico de la presencia española en Rusia ya había pasado. Una proporción abrumadora de los miembros de la LA (hasta el 90 por ciento) había llegado a Rusia después de abril de 1943, es decir, desde el momento en que la derrota del Eje en el Norte de África se hizo por completo evidente, a lo que siguió la caída de Italia, etc., y con ello el escenario estratégico donde se desenvolvía España quedó totalmente alterado. Las palabras de Millán Astray podían sonar muy bien a ciertos oídos, pero se habían pronunciado a un puñado de kilómetros de una ciudad española, y en cambio ellos se encontraban a miles de una España a la que muchos sentían en peligro (y eso implicaba también a sus familias) y a la que deseaban volver.

Se les repetía que la LA era una unidad que no tendría relevo, «a extinguir en el frente», y eso sonaba inevitablemente como una invitación al suicidio colectivo. La perspectiva de que nunca podrían volver a España resultaba profundamente desmoralizadora para muchos. Debemos recordar siempre que en la LA junto a un 75 por ciento de efectivos que habían manifestado abiertamente su deseo de permanecer en la campaña, existía otro 25 por ciento a los que se les dijo que era necesario que continuaran en ella, independientemente de su voluntad. Finalmente, hay que señalar que en la LA se dio un número de casos de desertión comparativamente más alto que en la DA, así como de otros problemas que exigieron la intervención de la justicia militar. Ya se ha señalado que para formar los últimos batallones en marcha fue más difícil encontrar voluntarios, y eso afectó al filtrado de candidatos, por lo que se había aceptado a elementos que en otras fechas posiblemente hubieran sido rechazados. Este tipo de reclutas, ajenos a los valores que habían impulsado a los voluntarios de la DA hasta entonces, aun siendo solo una pequeña fracción del efectivo total, iban a ser la fuente de muchos de los problemas que tuvo la LA.

Entre el 3 y el 6 de diciembre, dos de las compañías de la I Bandera tomaron parte en la Operación Partisanschina, una batida contra los partisanos comunistas realizada al sureste de Jamburg, que implicó el traslado forzoso de civiles de las aldeas a asentamientos controlados. Es

la única operación de este tipo realizada por soldados españoles en Rusia. La política de ocupación seguida por los germanos en Rusia había logrado que incluso en estas regiones, que habían acogido favorablemente a la Wehrmacht en 1941, hubiese acabado existiendo un movimiento partisano, generado por las políticas de los ocupantes alemanes. Y quiero subrayar este hecho porque justamente las mayores críticas vertidas contra los soldados españoles que tomaron parte en esta campaña fueron las formuladas por los mandos de tropas de ocupación en retaguardia. De manera sistemática, en sus informes estos mandos acusaban a los soldados españoles de comportamientos intolerables para con la población civil. De creerles —y por desgracia eso es lo que hacen algunos autores españoles— tales hechos provocaban una profunda irritación entre los civiles, y les predisponían contra los alemanes. Sin embargo, y como sabemos muy bien, la presencia de tropas españolas en retaguardia fue minúscula, pues siempre estuvieron en primera línea, y desde luego no se puede atribuir a los españoles, ni con la más completa fantasía, que a esas alturas de la guerra la Wehrmacht hubiera perdido casi todo apoyo entre los civiles rusos, mientras que el movimiento partisano lo había ganado.



### LA BREVE HISTORIA DE LA LEGIÓN AZUL

- Línea del frente en octubre de 1943
- · · · · Último sector de despliegue de la División Azul
- Repatriación a España
- ▨ Área donde se realizó el proceso de disolución
- · · · · Zona de formación de la Legión Azul
- — — — — Traslado al frente
- ▭ Zona de despliegue de la Legión
- 121 121 División (encuadró a la Legión Azul)
- Retirada durante la ofensiva soviética



El 13 de diciembre se dio por terminada la instrucción y empezó el traslado a primera línea. La LA iba a encuadrarse en la 121.<sup>a</sup> División alemana (la misma a la que la DA había relevado al llegar al frente de Leningrado), que estaba desplegada en una zona pantanosa, al sur de Mga. A los españoles se les asignó el sector comprendido entre Shapki (al norte) y Kostovo (al sur), guarneciendo unos 12 kilómetros, demasiados para una fuerza de nivel regimental. Aunque en aquella época estaban helados los pantanos, la naturaleza del suelo y los densos bosques hacían intransitable esa zona para grandes unidades acorazadas enemigas, por lo que cabía catalogarla como tranquila.

El 25 diciembre llegó el aguinaldo desde España, que resultó muy abundante, dado que ahora los efectivos eran mucho menores que los de la DA. Tanto Falange como el Ejército habían elegido a quienes acompañaran aquel aguinaldo, para transmitir a los legionarios la idea de que en España se les seguía apoyando con entusiasmo. Falange delegó en Alfredo Jiménez-Millas, destacado «camisa vieja» y veterano de la DA. El Ejército eligió al capitán Muñoz (alias «Dinamita»), que había sido un auténtico mito en las filas de la DA. Pero en realidad la situación en España distaba mucho de ser favorable para la LA. El 28 de diciembre Arrese había enviado a los jefes provinciales de FET una circular en la que se les pedía que siguieran captando voluntarios, ya que habría que relevar a los que formaban la LA al cumplir diez meses de servicio:

Circunstancias que no son del caso examinar han aconsejado al Gobierno (...) la retirada de la División Azul, quedando allí (...) la «Legión Española» (...). Esto no implica que la Falange renuncie a su postura de lucha contra el comunismo (...). Por lo tanto, en vistas de esta determinación gubernamental, en el futuro el reclutamiento en las Jefaturas habrá de ser sin carácter militar alguno y por ello, ajeno a las Jefaturas Provinciales de Milicias. El relevo se hará cada diez meses y el número de hombres que quedará será el de 1.500 a 2.000.

Los espías británicos proporcionaron una copia de la circular a su embajada en Madrid y el 31, un airado Hoare formuló una enérgica protesta ante el Ministerio de Exteriores español, que obligó a que Gómez-Jordana le respondiera que no se hacía ya, ni se haría en el futuro, recluta alguna para la LA. Hoare volvió a plantear el mismo tema cuando tiempo después, ya el 27 de enero de 1944, fue recibido en audiencia por Franco. El memorándum de esa entrevista fue publicado por Hoare en sus memorias:

En cuanto a la retirada de la División Azul, el ministro de Asuntos Exteriores me hizo saber (...) que se tenía la intención de dejar en Alemania solo un número muy limitado de auténticos voluntarios, quienes dejarían de pertenecer al Ejército Español (...) y serían organizados por las fuerzas militares alemanas para constituir una especie de legión extranjera (...) advertí contra el peligro que la presión de la propaganda oficial podía ejercer sobre los ciudadanos españoles con vistas a inducirlos a contraer el compromiso de alistamiento en la legión (...). Falange está procediendo, en el momento actual, al reclutamiento de un efectivo de 2.000 hombres (...). Mi Gobierno me ha encargado de transmitir que, si se siguen autorizando los alistamientos para formar la legión española y si la unidad aérea permanece en el Frente del Este, quedaría borrado el efecto de distensión producido por la retirada de la División Azul y la política de neutralidad.

La extraordinaria sintonía existente entre británicos, norteamericanos y soviéticos, escenificada en la Conferencia de Teherán (28 de noviembre-1 de diciembre de 1943) donde por vez primera se reunieron conjuntamente Churchill, Roosevelt y Stalin, indicaba que los

occidentales se tomarían cada vez más a pecho la defensa de los intereses soviéticos, algo que el gobierno español debía tener en cuenta. Y quienes iban a encabezar el coro de voces que proclamaban que los españoles seguían combatiendo en Rusia fueron los soviéticos, que lo hicieron el día 11 de enero, y con pruebas contundentes: habían entrado en combate contra ellos.

El 14 de enero el Ejército Rojo se lanzó a la ofensiva general contra el Grupo de Ejércitos Norte y logró —por fin— lo que desde el otoño de 1941 intentaba en vano: colapsar esa formación alemana y liberar a Leningrado de su cerco. Como siempre, se había tratado de una combinación de ataques, simultaneando los lanzados desde los arrabales de Leningrado y los desencadenados desde el Vóljov. En el primer sector, la novedad fue que el ataque principal se inició desde la llamada Bolsa de Oranienbaum, que se citó en el capítulo anterior, y en cuyas proximidades estuvo desplegada la DA durante su fase de disolución. No está de más señalar que mandaba la fuerza atacante que logró la ruptura de las líneas germanas el mismo general Simoniak que en febrero de 1943 había fracasado ante los españoles en Krasny Bor. Este era el punto más débil del despliegue alemán y desde allí se avanzó en dirección este, hacia la ciudad cercada, mientras que desde esta se atacaban las líneas de cerco, que finalmente se rompieron también, justamente por el sector que en su día había guarnecido la DA.

El tremendo boquete abierto en las líneas alemanas permitió un rápido avance posterior hacia el sur y el suroeste de grandes formaciones soviéticas. En el Vóljov, los soviéticos aprovecharon el Ilmen helado para mover, sobre su superficie, una poderosa formación que iba a romper las líneas por otro sector que también habían guarnecido los españoles: las riberas occidentales de ese lago. Nóvgorod fue desbordado por el sur y en este caso las vanguardias soviéticas avanzaron hacia el noroeste, para confluír con las que habían roto el cerco desde Leningrado. Todas las tropas de la Wehrmacht desplegadas entre Nóvgorod y Leningrado, y en especial las situadas en el llamado «saliente de Mga», como la LA, corrían grave peligro de cerco. Por ello, el día 19 la LA y todas las fuerzas de su sector recibieron orden de replegarse hacia Lyuban, ciudad a caballo de la carretera y el ferrocarril Leningrado-Moscú, donde los germanos intentaron articular una defensa, y en cuyas inmediaciones los efectivos de la LA participaron en combates entre el 22 y 26. Pero la situación era insostenible y las fuerzas de la Wehrmacht —con la LA incluida— debieron replegarse hacia la Luga Stellung (la Línea Luga) confiando en que las fortificaciones construidas de antemano en torno a esa ciudad resultarían útiles. El 27 los españoles iniciaron ese movimiento, que resultaría dramático. La LA se desplazaba a pie —como otras muchas unidades— y sufría constantes ataques de partisanos y de las fuerzas soviéticas más de vanguardia, librando combates que fueron particularmente intensos en torno a Orodezh.

El día 30 de enero se alcanzó finalmente Luga. Para entonces el colapso del Grupo de Ejércitos Norte era casi total, y Hitler tomó la medida que solía en estos casos: cambiar al comandante del sector. Von Kűchler fue relevado por «el bombero del Fűhrer», el general Model, quien, en efecto, iba a lograr conformar una nueva línea defensiva que, a grandes rasgos, seguía la antigua frontera entre Rusia y los Países Bálticos. Las pérdidas alemanas habían sido graves y la LA estaba maltrecha, es cierto. Mientras se retiraba, la propaganda soviética había vuelto a asegurar —otra vez— que el contingente de voluntarios españoles había sido virtualmente aniquilado, asegurando que los españoles habían tenido unas 1.000 bajas, lo que —como siempre— distaba mucho de ser cierto. En realidad, el número de bajas mortales de la LA en esos

combates no alcanzaba los 50 hombres. Por cierto, si líneas arriba subrayé que la LA no logró el nivel de cohesión interna de la LA, el comportamiento de la unidad durante esta terrible retirada también nos permite sacar conclusiones. De haber estado compuesta —como muchos afirman— por una mezcla de desertores potenciales, gentes alistadas coercitivamente, etc., en aquella caótica retirada sus miembros se habrían rendido en masa o habrían desertado en proporciones muy elevadas. No fue el caso, y aunque desmoralizados y fragmentados en numerosos pequeños grupos, los combatientes de la LA se replegaron hacia las posiciones germanas, sin tratar de cambiar de bando, ni dejarse atrapar en grandes cantidades para poner así fin a su presencia en la campaña.

Aunque el Grupo de Ejércitos Norte había sufrido una grave derrota, ni siquiera entonces sufrió un varapalo similar al que sufrieron los otros grupos de ejércitos alemanes en aquel año 1944, tan aciago para la Wehrmacht en el Frente del Este. En los meses siguientes continuaría peleando por cada palmo del territorio de los Países Bálticos, y al acabar la Segunda Guerra Mundial, este Grupo de Ejércitos era el único contingente alemán que se mantenía sobre suelo de la URSS, si bien aislado en la península de Curlandia (Letonia).

Dado el «apagón» informativo que regía sobre la LA, en España no se tenía una noción clara de por dónde andaba. Sí que llegó la noticia de que Nóvgorod había caído en manos soviéticas, y en la prensa española apareció un nostálgico artículo de Dionisio Ridruejo, que reflejaba muy bien los sentimientos de los miles de voluntarios de la DA que habían conocido aquellos parajes:

Hace dos o tres días la prensa ha dado la noticia de la ocupación de Nóvgorod por las tropas soviéticas, previa evacuación por parte de las alemanas (...). Solamente para unos pocos de millares de españoles la peripecia adquiere proporciones dolorosas y emocionantes. Porque lo cierto es que en algún modo, Nóvgorod era una ciudad española, la ciudad española que hay en Rusia, si bien sea esta al mismo tiempo la más intrínsecamente rusa de todas. En el otoño de 1941 llegamos allí los españoles y allí estuvimos —allí y en 80 kilómetros más— hasta el verano de 1942. Día tras día la fuimos haciendo nuestra. Cuando la primavera desataba en el Wolhof una delicada cinta líquida, corriendo entre témpanos azulados como verdes o rosadas diligencias, todas aquellas escombreras blancas holladas por el fuego, todas aquellas cúpulas tenidas por milagro en el aire bajo los incesantes cañonazos, (...) todo era ya un mucho nuestra patria: algo familiar, rociado de nuestra sangre, poseído por nuestra costumbre (...). En los fosos, en las plazas, en cualquier sitio, crecían pequeñas arboledas de cruces con nombres nuestros entre los brazos y custodiando carnes nacidas en las cincuenta y una provincias españolas, y ya para siempre convertidas en substancia de aquella tierra —de aquel hielo— ya para siempre injertando allí un territorio español. Nóvgorod era una ciudad muy bella. Por eso se iba haciendo más y más nuestra. Cuando llegamos, su montón de ruinas apenas nos dejó verla. Nos parecía destruida y lo estaba. Pero luego conocimos —sin duda dolorosamente— cuanto le quedaba por destruir a la artillería enemiga, que nunca le dio paz ni tregua por más de doce horas. Hoy se quemaba un edificio. Mañana quedaba mordida una de las bellas torres de la muralla, tan parecidas a aquellas del mudéjar aragonés. Otro día se desdorbaba o se caía una gran cúpula. Más tarde una bomba llegaba a herir el iconostasio de la catedral, desde donde había sonado tantos siglos el «Kristos» de la Pascua. Algún día la pólvora revolvió la biblioteca imperial. Alguien salvó de la quema un precioso ejemplar lleno de láminas, con grabados heráldicos, de la vieja Rusia (...) Allí está aún —palabra y polvo mortal— nuestra huella (...). Quizá con nosotros —con estos pocos millares de seres— muera el secreto de una Nóvgorod española, refundada por los españoles, como castillo en el aire. Pero con muertos en los cimientos.

Quienes se encontraban en Rusia en esos momentos tenían menos ocasión para la evocación lírica. Los alemanes iban a tratar de defender Luga, y se evaluó la posibilidad de usar a la LA en esa defensa. Afortunadamente al frente de la Plana Mayor de Enlace alemana se encontraba ahora un oficial dotado de una sensibilidad y unos conocimientos especiales. Ninguno de los que la habían mandado antes tenía una experiencia directa de España, lo que no ocurría con este oficial, el capitán Haxel, que de hecho era un auténtico madrileño, pues antes de la guerra (y también

después de ella) fue profesor del Colegio Alemán de la capital. Haxel hizo constar que de tomar parte en esa batalla era muy posible que la LA, que en definitiva era una pequeña unidad, fuera completamente aniquilada, y señaló que ello tendría efectos muy negativos en España, y consiguientemente en las relaciones hispano-alemanas. Convenció a los mandos alemanes y por tanto se decidió mandar la unidad hacia el norte, hacia Estonia, donde la LA reagruparía sus efectivos, se reequiparía y trataría de mejorar su capacidad de combate, debilitada por los problemas que ya expuse, y que la retirada no había hecho sino que se agudizaran.

El traslado hasta la zona de Estonia en torno a Taps y Jäneda se realizó entre el 3 y el 9 febrero y los mandos de las tropas de ocupación en retaguardia del Grupo de Ejércitos alertaron el día 5 a sus representantes en ese país báltico:

Si el comportamiento de los españoles en suelo ruso ha sido suficientemente malo por su efecto perjudicial sobre la población rusa, con calamitosos efectos para nosotros, el efecto esperable de su indisciplina sobre los estonios es inaceptable (...). Es absolutamente necesario proteger a la población estonia de las transgresiones cometidas por los españoles.

Para estos alemanes parecía como si la población rusa se hubiera alzado en armas de manera masiva contra ellos por culpa de los españoles, a pesar de que solo habían estado presentes en un sector muy concreto y limitado, y siempre en primera línea como vengo repitiendo, y no por culpa de los atropellos y explotación a que los rusos habían sido sometidos de manera masiva y sistemática por los alemanes. No cabe sorprenderse, sin embargo, pues este texto de febrero de 1944 no tiene nada de nuevo: desde que atravesaron Grodno en el verano de 1941, estos mandos de retaguardia alemanes no dejaban de lanzar anatemas contra los «gitanos» españoles. En realidad lo único que revelan estos informes son los prejuicios existentes en buena parte de los alemanes contra los españoles. Siglos de difundir el odio a «lo español», como encarnación de «lo católico», habían creado una extensa y viva leyenda negra antiespañola en la mente de infinidad de alemanes, que no había desaparecido, y al contrario se había incrementado con la difusión de las teorías racistas típicas del mundo moderno. Pero lo que sorprende es que hay una parte de los historiadores españoles que reciben con alborozo estos «documentos». Son todos aquellos que no tienen otro objetivo que desacreditar a la DA, y encuentran mucho más creíbles estos informes alemanes —pese a ser manifiestamente absurdos— que los testimonios sobre sus relaciones con la población civil publicados por centenares de divisionarios españoles en artículos, entrevistas y libros, a los que tachan de falsificados o deformados.

En realidad, los testimonios del buen trato de los españoles a los civiles y prisioneros rusos se ven refrendados por fuentes sorprendentes. En febrero de 1944 un avión soviético lanzó en paracaídas en las inmediaciones de Vilna a un grupo de exiliados comunistas españoles que iban a actuar en esa ciudad, para realizar una operación larga y meticulosamente organizada (su planificación empezó el verano de 1943) en la que debían hacerse pasar por miembros de la DA. El objetivo era acabar con el gobernador alemán de Lituania, y la razón de usar españoles era que la existencia de un hospital español en aquella ciudad justificaba su presencia, y les protegía de despertar la atención de las autoridades alemanas. Para que resultara todo más perfecto, los integrantes del grupo trataron de familiarizarse con los únicos divisionarios que tenían a mano, prisioneros de guerra. Y esto es lo que narraban estos fanáticamente comunistas exiliados españoles:

Con el fin de preparar bien la operación (...) nos desplazamos en varias ocasiones al campo de concentración de Cherepoviets, para entrevistar a prisioneros de la División Azul (...). Allí nos enteramos de los lugares en que habían estado los divisionarios, la vida en la unidad, nombres de oficiales (...). Comprobamos por las reiteradas informaciones, tanto de los prisioneros como de los que se habían pasado a los rusos, que los miembros de la División Azul trataban bien a los prisioneros y a la población civil, que no había en ellos el menor asomo de racismo, ni consentían que los nazis maltrataran a la población civil (Arasa, 1993).

Cuando en el verano de 1943 se planificó esta misión, se asignó al grupo como objetivo alternativo ni más ni menos que la tarea de secuestrar a Esteban-Infantes, y llevarlo hasta la retaguardia soviética, en lo que se suponía podría ser un gran golpe propagandístico (en su día también se habían formulado planes, no menos disparatados, para secuestrar a Muñoz Grandes). Al final tan grandiosos planes quedaron en nada, y para cuando ese grupo de comunistas españoles estuvieron en condiciones de intentar el golpe de mano previsto contra el gobernador de Lituania, lo que no ocurrió hasta meses después del lanzamiento en paracaídas, el Ejército Rojo ya estaba en las puertas de la ciudad y aquel había huido (y Esteban-Infantes llevaba meses en España).

Los Aliados seguían teniendo una gran baza para presionar a España: su absoluta dependencia de los suministros de petróleo, que llegaban a nuestros puertos solo de contar con la aquiescencia de Gran Bretaña y Estados Unidos. Puesto que ambos países presionaban enérgicamente para que se retirara la LA y la escuadrilla española, el punto final a su existencia era inevitable. Con respecto a esta última, fue el 23 de febrero cuando se produjo el relevo oficial de la 4.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul por la 5.<sup>a</sup>, pero la historia de esta iba a ser muy breve, ya que el 22 de marzo el gobierno español le ordenó que se retirara del frente, y cuatro días después sus integrantes empezaron el repliegue hacia España. La suya había sido una vida corta: solo realizó 86 servicios, y tomó parte en seis combates, no logró ningún derribo y tuvo que encajar la baja mortal de un piloto. Un triste final para unas escuadrillas que habían escrito una de las páginas más brillantes en la historia de la aviación de caza española.

En los contactos diplomáticos mantenidos en Madrid y Berlín entre españoles y alemanes a partir del día 11 de febrero se hizo constar el deseo español de repatriar la LA (y también, como hemos visto, la EA), y el día 20 Hitler en persona ordenó que ambos contingentes españoles fueran repatriados. Quería adelantarse a una petición formal de los españoles en ese sentido, y evitar que pareciera que Alemania capitulaba ante presiones. Los hechos se sucedieron con rapidez: el 21 el embajador alemán en Madrid comunicaba al gobierno español que Hitler autorizaba la retirada de la Legión, y el 3 de marzo la orden de retirada llegaba al puesto de mando de la LA. El 6, un compungido coronel García Navarro, ante la unidad formada, arengaba así a sus tropas:

La noticia es triste e impresionante. España, de acuerdo con el gobierno alemán, pasa por el trance doloroso, pudiera asegurar que trágico, de acceder a nuestra repatriación.

No fue el único que sintió aquello como una humillación. Días antes, en León, el jefe provincial de FET había hecho circular entre los militantes la circular de Arrese del pasado 28 de diciembre, ya citada, a la que había añadido un entristecido texto. El autor de las líneas que siguen era Antonio Martínez Cattaneo, que había servido en Rusia en la DA como oficial artillero y que

había dejado enterrado allí a uno de sus hermanos. En esa apostilla valoraba lo ocurrido con la repatriación de la DA y señalaba que lo ocurrido debía servir...

Para que una vez más se grave en nuestra carne la necesidad de la fortaleza para la libertad y la grandeza de España, frente a quienes ven escurridizamente la solución en una sabia política económica y en una austeridad administrativa (...). El aguilucho de nuestro imperio es todavía muy tierno. Quiso volar fuera de nuestra frontera en defensa de Dios, de España y de la Justicia, y ha sido obligado a replegarse, acosado por buitres, cuervos y búhos.

El 14 de marzo, el tantas veces aquí citado general Lindemann, comandante del 18.º Ejército, acudió a los actos de despedida de la unidad española, y el 29 llegaba a San Sebastián la III Bandera. La entrega del equipo alemán y la recuperación de los uniformes españoles se estaban realizando en el Campamento de Stablack-Sur, cerca de Königsberg, donde el Heer alemán realizó los actos de despedida oficiales para los voluntarios españoles el día 31. Los alemanes se esforzaron mucho en transmitir a los españoles muestras de respeto y afecto, para mantener vivos los lazos de amistad y camaradería.

El 11 de abril llegaba a España la II Bandera, última unidad de la LA en hacerlo, aunque a lo largo del mes lo hicieron también y en pequeños contingentes los hombres — y en este caso, también mujeres, las enfermeras— de los servicios de retaguardia. La prensa recogió la noticia de esos regresos, pero nunca de manera destacada. El 30 de ese mes el gobierno español anunció la extinción oficial de la LA, y declaró explícitamente que «todas las personas que presten servicio militar a gobiernos beligerantes, están sujetos a la pérdida de la nacionalidad española». Ahora sí que parecía que la presencia de españoles en la lucha contra el comunismo había tenido su punto final. Pero no fue así, ya que hubo quienes de la manera y por las razones que a continuación veremos, continuaron en aquella lucha, en las que calificamos como «las unidades clandestinas». Lo que sí que era absolutamente cierto era que con la disolución de la Legión Azul acababa la presencia de España como Estado en aquel combate. Las autoridades soviéticas nunca lo entendieron así y no se quisieron dar nunca por enteradas de la disolución de la LA. De manera poco sorprendente, incluso hoy en día los autores españoles más próximos a las tesis comunistas siguen hablando de «elementos de la Legión Azul» para referirse a estas unidades clandestinas, persistiendo con ello en el empeño de la URSS de vincular a la España de Franco con el Tercer Reich hasta el mismo final de la Segunda Guerra Mundial.

En enero de 1944, y haciendo alarde de ingenuidad, un grupo de veteranos de la DA se dirigió al ministro de Exteriores, solicitando su autorización para regresar a Alemania y alistarse en la Wehrmacht y continuar la lucha contra el comunismo. La negativa del ministro fue tajante, pero esos hombres se dirigieron a la embajada alemana, que recogió su demanda, e hizo llegar a Berlín el 18 de enero de 1944 una lista de 130 españoles que se mostraban dispuestos a volver a servir con el Heer alemán, e incluso con la Waffen SS. Este último cuerpo tenían un triple atractivo, que la propaganda alemana no dejaba de subrayar: por un lado sus integrantes eran «soldados políticos» y a la vez tropas de élite, y por otro acogían en su seno a unidades extranjeras. Si inicialmente solo habían admitido en sus filas a «voluntarios germánicos», a la altura de enero de 1944 la Waffen SS ya contaba con unidades de bosniacos, letones, estonios, ucranianos de Galitzia, belgas valones y franceses. La noticia del deseo de este puñado de españoles de seguir en la lucha llegó a oídos del mismo Hitler que lanzó una idea al respecto: la

posibilidad de que el Ejército Alemán se dotara de algo similar a la Legión Extranjera del Ejército Francés, un cuerpo en el que pudiera alistarse personal extranjero.

En la campaña de Rusia la Wehrmacht había encuadrado a distintas legiones nacionales, pero ahora se trataba de algo distinto, de crear un cuerpo similar al modelo francés como acabo de señalar. Esa Legión Extranjera podía ser el lugar donde encuadrar a los voluntarios españoles que desearan seguir combatiendo cuando hubiera que repatriar a la LA, ya que así no se comprometía a España.

La idea debía estar «flotando en el ambiente», porque el 31 de enero, Gómez-Jordana escribió al embajador español en Berlín, Ginés Vidal, con el que tenía una relación privilegiada ya que compartían el deseo de retirar cuanto antes la Legión Azul, que el objetivo a alcanzar era la «disolución de la Legión de Voluntarios, quedando ahí solo los que no quieran volver y encuadrándolos en el Ejército Alemán». Es decir: que se quedara el que lo deseara, pero no formando una unidad española.

En cualquier caso, se ordenó al Alto Mando alemán en el oeste que se ocupara del tema, y este transfirió el encargo a la Comandancia de la Administración Militar de Ocupación en Francia, que a su vez dio orden a los destacamentos militares de los puestos fronterizos en los confines hispano-franceses para que acogieran a cualquier español que manifestara su deseo de alistarse en la Wehrmacht y a su vez responsabilizó del tema de cómo tratarlos a los elementos de la Inteligencia Militar, el Abwehr, desplegados en la zona.

El Abwehr había creado al empezar la guerra una unidad de operaciones especiales, lo que normalmente se llama «comandos» en el lenguaje coloquial, conocida como Unidad Brandenburgo. Sus efectivos no habían dejado de crecer a lo largo del conflicto, y en 1943 ya se contaba con varios regimientos de estas tropas. El primer contingente de los llamados brandenburgueses había llegado al sur de Francia en enero de 1943, para tomar parte si hacía falta en la Operación Gisela, una ocupación militar de la España septentrional, pensada para prevenir o contrarrestar una invasión aliada de la península. Se trataba del II Batallón del 3.<sup>er</sup> Regimiento Brandenburgo. Tiempo después, con la caída de Mussolini, el grueso del batallón se envió a Italia, pero no así una de sus compañías, la 8.<sup>a</sup>, mandada por el capitán Taegert (citado en algunas fuentes como Träger). Como finalmente no se lanzó ninguna operación sobre España, y no era cuestión de permanecer ociosos, la Compañía 8.<sup>a</sup>/3.<sup>o</sup> Brandenburgo empezó a reclutar elementos franceses anticomunistas (y también aventureros), para emplearlos en la lucha contra la Resistencia. De hecho, la compañía se convirtió pronto en una unidad compuesta mayoritariamente por franceses.

Ahora Taegert asumió también esta nueva tarea de supervisar a los españoles que se presentaran en los puestos fronterizos, aunque inicialmente se limitó a despacharlos hacia París. Allí funcionaba una dependencia bautizada como Deutsche Sonderstab beim LVF, la Plana Mayor Especial alemana de la Legión de Voluntarios Franceses (LVF), que combatía en Rusia contra el comunismo, y que era la encargada de acantonar, equipar e instruir a los franceses que se presentaban para servir en la LVF hasta que llegaba el momento de mandarlos a Rusia. Disponía para ello de un acuartelamiento en Versalles, y hacia allí se empezó a dirigir a los españoles que se presentaban, actuando esta dependencia como lo que los germanos bautizaban en su lenguaje castrense como un Sammelstelle (un punto de concentración de efectivos). Los españoles eran despachados a continuación al antes citado Campamento de Stablack-Sur, donde se estaba

enviando también a los españoles que —presentes en Alemania por una razón u otra— también se mostraban dispuestos a continuar la lucha. De hecho, estos voluntarios clandestinos españoles ya eran un reducido grupo cuando la LA llegó a Stablack-Sur para ser disuelta. La razón para elegir ese lugar era que allí estaba radicado el único grupo de alemanes acostumbrado a tratar con los españoles, el personal del Ersatzkommando der Spanische Legion (Mando de Depósito de la Legión Española) que antes había estado ubicado en Hof, dependencia entonces a las órdenes del capitán Graefe (que había residido en Argentina y por ello hablaba español).

Durante varios días, los dos contingentes españoles, el que regresaba a España y los alistados clandestinamente estuvieron unos cerca de otros, aunque el campamento era lo suficientemente grande como para mantener aislados a los nuevos reclutas de sus compatriotas de vuelta a España. Por cierto, unos 20 legionarios desertaron durante el regreso a España porque deseaban unirse a las fuerzas alemanas.

En los Pirineos, la misión asignada a Taegert de procesar a los nuevos voluntarios españoles no pudo desarrollarse con eficacia hasta que la disolución de la Legión Azul liberó de sus obligaciones a los miembros de la Plana Mayor de Enlace alemana. Estos elementos fueron trasladados urgentemente a los Pirineos y encuadrados ahora en la Sonderstab F (Plana Mayor Especial F), que era la denominación asignada al pequeño grupo de alemanes que debía apoyar a los españoles que cruzaban la frontera, y que con estos refuerzos llegó a contar con 52 efectivos. Estos alemanes fueron distribuidos en pequeños contingentes a lo largo de toda la frontera franco-española, en los distintos puestos fronterizos. Solo ellos tenían la suficiente experiencia en el trato con miembros de la DA para filtrar a quienes llegaban desde España alegando que deseaban servir en las filas alemanas. En cuanto al que fuera jefe de la antigua Plana Mayor de Enlace, el «madrileño» capitán Haxel, regresó a Madrid, como ayudante del agregado militar alemán. Se esperaba de él que contactara con oficiales y soldados veteranos de la DA para crear una red que favoreciera los alistamientos clandestinos. De hecho se había iniciado una acción propagandística en tal sentido dentro de España, basada en el sistema de «boca a boca». La distribución de la Medalla Conmemorativa creada por los alemanes para la DA fue una buena ocasión para contactar con los veteranos. Sin embargo, la realidad es que tanto la embajada alemana en Madrid como el mismo capitán Haxel eran reacios a realizar esa política de captación clandestina de voluntarios, que —acertadamente— creían que no aportaría gran número de voluntarios, y sin embargo podría dañar las relaciones hispano-germanas.

La situación era sin embargo muy confusa. Llamaba la atención que fueran los militantes juveniles falangistas del Frente de Juventudes los que más entusiasmo mostraran por el proyecto de enviar nuevos voluntarios, y en especial los de Cataluña y el País Vasco. Estas regiones albergaban las comunidades alemanas más importantes de España, y allí al falangismo cabía añadir una cierta dosis de germanofilia, sentimiento casi inexistente en el resto de España. En marzo, cuando las unidades de la LA aún estaban viajando de regreso a España, emprendió viaje hacia Alemania un singular miembro de la Jefatura del Frente de Juventudes de Vizcaya, Alfonso van Horembeke, un belga que se había nacionalizado español tras combatir como voluntario anticomunista en la Guerra Civil española. En aquella jefatura sabían que los españoles que estaban cruzando la frontera para alistarse —y también los que se enrolaban mientras se encontraban residiendo por un motivo u otro en Alemania— estaban desconcertados sin saber qué iba a ser de ellos. Van Horembeke creía que sería una buena idea que se les destinara a la unidad

flamenca de la Waffen SS, a la sazón organizada como 6.<sup>a</sup> Brigada SS, ya que españoles y flamencos habían combatido codo con codo en el Vóljov y en Leningrado. Así que se marchó a Alemania, dispuesto a exponer su plan a los flamencos.

Carecemos de cifras exactas sobre el número de españoles que estaban cruzando la frontera, y solo puntualmente aparecen cifras de españoles que se encontraban en Versalles (siendo posible que falten datos de otras fechas) e iban a ser enviados a Stablack: ocho el 21 de marzo; un oficial y 40 soldados el 14 de abril; 11 soldados el 24 de mayo. Pero es muy posible que la cantidad total fuera superior a lo que estas cifras sugieren, ya que el 11 de mayo el cónsul español en Berlín informaba al embajador en estos términos:

Se me ha informado que actualmente están pasando clandestinamente la frontera de los Pirineos muchos de los excombatientes de la División Azul. Lo hacen con la seguridad de que serán bien acogidos por las autoridades alemanas (...). Se me ha asegurado que varios de dichos excombatientes al llegar a Alemania se han apresurado a alistarse en la Legión Flamenca de las SS para volver a luchar al lado de Alemania en el frente ruso.

El escrito citaba expresamente a Van Horembeke. Otro escrito posterior, ya del 19, dirigido a Madrid por la embajada española en Berlín, identificaba la ciudad de Königsberg como el lugar hacia donde se dirigía a los españoles (Stablack estaba al sur de ella). Y al día siguiente era el Ministerio del Ejército el que se dirigía al de Exteriores para informarle de que:

Según informes (...) por la frontera de Irún pasan a diario clandestinamente a Francia españoles que van a enrolarse como voluntarios en las fuerzas armadas del Reich (...) si alguno de los españoles en cuestión cayera prisionero de los rusos (...) encontrarían estos un motivo de propaganda contra nuestra nación.

La confusión sobre cómo encuadrar a los españoles seguía. El 14 de abril de 1944 una unidad SS de terrible reputación anotaba en sus listados de personal que había recibido a seis españoles. Se trataba del llamado Sonderkommando Dirlwanger, una fuerza con entidad de batallón donde servían alemanes sacados de campos de concentración (en muchos casos notorios antifascistas), oficiales y soldados de la Waffen SS degradados y enviados a esta unidad como castigo, y también voluntarios extranjeros (en aquel momento servían en esa fuerza letones y rusos). La unidad se empleaba a la sazón en la lucha antipartisan en Bielorrusia, y era tristemente célebre por la brutalidad de sus métodos. A los alemanes les debió parecer que esta unidad era lo más parecido a la Legión Extranjera francesa, y quizás por ello mandaron allí a aquellos seis españoles. El autor que más detenidamente ha estudiado tan repelente unidad sugiere que esos seis hombres debían proceder de la recién disuelta LA. Por desgracia, los apellidos extremadamente corrientes de cuatro de ellos no permiten identificarlos. Hay dos sin embargo que ha sido posible identificar fuera de toda duda, y ambos eran veteranos de la DA. Uno había sido repatriado en enero de 1942, y figuraba en la lista de voluntarios que desde Madrid había enviado el embajador alemán a Berlín en enero de 1944, luego debía haber llegado desde España. El otro había causado baja en la DA en junio de 1942 pero parece que se había quedado en Alemania. Su paso por el Sonderkommando Dirlwanger iba a ser breve.

Por su parte, en los Pirineos el capitán Taegert había recibido instrucciones en virtud de las cuales la Sonderstab F podía también actuar como Ausbildungstab F, y con ello se le autorizaba a organizar él mismo unidades españolas. Con gran rapidez, ese mismo mes de mayo, decidió usar

esa potestad y en vez de enviarlos a Stablack vía Versalles, transfirió a 20 de los voluntarios españoles, los que consideró más adecuados, a su compañía, la 8.<sup>a</sup>/3.<sup>er</sup> Regimiento Brandenburgo. No es extraño que lo hiciera ya que —en la zona de operaciones de su unidad— una parte de las fuerzas de la Resistencia que se oponía a los alemanes estaba compuesta por españoles. Si su unidad ya empleaba a franceses contra franceses, ahora se disponía a usar también a españoles contra españoles. Tras recibir una formación básica en lucha contra guerrillas, este pequeño contingente español empezó a tomar parte en operaciones en junio. Esta era una completa novedad. Hasta ese momento los españoles solo habían combatido contra el Ejército Rojo y la URSS. Aunque buena parte de la Resistencia francesa fuera comunista, y desde luego los españoles que en ella participaban lo eran de manera abrumadora, el hecho de tomar parte en el conflicto que se estaba librando en el país vecino podía tener consecuencias inesperadas. Pero como estos voluntarios españoles ya no estaban bajo mando de oficiales españoles, ni obedecían instrucciones del gobierno español, los alemanes se consideraban con la capacidad de usarlos a su antojo.

Y la verdad es que no eran, en modo alguno, los primeros españoles que estaban al servicio de los alemanes sobre suelo francés. El horroroso episodio que supuso la muerte de varios miles de españoles frentepopulistas exiliados, en el campo de concentración de Mauthausen, ha impuesto una cierta imagen —la de víctimas— sobre el trato que dio el Tercer Reich a los que los alemanes llamaban *Rotspanier* (rojos españoles), cuando en realidad se trató de una relación mucho más compleja.

Francia ya albergaba una abultada emigración económica española cuando la Guerra Civil lanzó sobre ese país una oleada de varios cientos de miles de exiliados, aunque la mayoría de estos regresó a España en los meses siguientes y en el momento del ataque alemán a Francia la cifra de estos exiliados era de 140.000. Un puñado de ellos habían acabado sentando plaza en el Ejército Francés, que buscaba incrementar sus efectivos, pero la mayoría había sido reclutada a la fuerza en las llamadas Compañías de Trabajadores Extranjeros (CTE), donde sirvieron varias decenas de miles. La presencia de españoles en las fuerzas armadas de los países Aliados no es el tema de este libro, así que no voy a profundizar en el asunto, salvo en un aspecto. Se repite mucho actualmente que si bien en la Wehrmacht llegaron a combatir unos 45.000 españoles, en los ejércitos aliados lo hicieron 100.000. Esta última cifra es por completo falsa, y en todo caso se basa en el hecho de que los encuadrados en las CTE fueron unos 70.000. Pero este fue un reclutamiento forzoso, para una fuerza laboral militarizada, y el personal encuadrado en ellas era tratado en muchos casos como si fueran reclusos. Si los aceptamos como «combatientes en el Ejército Francés», entonces debemos computar como combatientes españoles en la Wehrmacht a los miles de españoles exiliados en Francia que —vamos a analizarlos a continuación— se encuadraron en las agencias paramilitares de construcción alemanas. Pero no seré yo desde luego el que caiga en tamaño error. Y lo que sugiero es que no vuelva a usarse la cifra de los españoles enrolados forzosos en las CTE para computarlos como «combatientes en el bando aliado».

Casi desde el mismo inicio de la guerra los alemanes se encontraron necesitados de mano de obra para su industria, y también para acometer las construcciones de interés militar en los países por ellos ocupados. Para satisfacer esas necesidades utilizaron diversas fuerzas auxiliares, siendo la más destacada la llamada Organización Todt (Caballero, Thomas, 1992), una

macroorganización que en junio de 1943 englobaba más del millón de hombres (336.000 alemanes y 759.000 extranjeros) y que realizaba trabajos de utilidad para la Wehrmacht en los cuatro rincones de Europa, desde construir fortificaciones, caminos y puentes, a explotar yacimientos minerales. Esa masa humana se componía de alemanes y extranjeros y existían muchos tipos de vinculación entre la fuerza laboral que empleaba y la Organización Todt (OT). Entre 1942 y 1944 la OT enroló en sus unidades desplegadas en Francia a más de 25.000 españoles, alistados voluntariamente, que en su inmensa mayoría eran exiliados frentepopulistas, aunque no todos los de esa cifra prestaron sus servicios simultáneamente. El caso más llamativo era, sin duda, el de un gran campamento de la OT en la zona de Burdeos, que agrupaba a 3.000 españoles de la OT (Campamento Weddingen). En junio de 1944 los españoles que servían como trabajadores voluntarios en las unidades de la OT en Francia eran 15.000. Otra cifra, no precisada, lo hacía en la categoría de *Zwangsarbeiter* (trabajadores forzosos). Estas cifras deben ser puesta en relación con los efectivos de la OT empleados en Francia en esa fecha: 291.000 hombres, de los que solo 15.000 eran alemanes.

¿Qué había llevado a estos españoles a trabajar para los alemanes? No caben dudas: la necesidad. Pero también es cierto que muchos de ellos albergaban mucho resentimiento hacia los franceses por la forma en que les habían tratado al exiliarse, encerrándolos en campos de concentración en condiciones humillantes; o por cómo les habían reclutado a la fuerza en las CTE. Naturalmente, una vez iniciada la Campaña de Rusia (desde luego, no antes de esas fecha), el Partido Comunista de España (PCE) había llamado a los exiliados a alzarse en armas contra los alemanes, pero si muchos seguían sus consignas, otros muchos exiliados odiaban a muerte a los comunistas: una secuela de la forma en que había acabado la Guerra Civil en el bando frentepopulista, cuando los comunistas y las demás fuerzas de aquella agonizante alianza (socialistas y anarquistas) habían acabado divididas en dos bandos y a tiros entre sí. El caso es que si fue la necesidad lo que arrastró a estos exiliados a trabajar para la OT (que pagaba sueldos mucho mejores que los que abonaban los franceses), una vez en ella muchos llegaron a sorprenderse ante la política social del nacionalsocialismo alemán que, para los niveles de la época, era un auténtico lujo.

Durante años habían escuchado que el comunismo era el progreso y el bienestar de la clase obrera, y el fascismo su explotación brutal. Lo que ellos esperaban de una organización nazi eran condiciones sociales aberrantes, y se encontraron todo lo contrario, una protección social muy avanzada de los intereses de los obreros. La explicación de este hecho es muy sencilla en realidad, y no se debe en las bondades intrínsecas de una u otra ideología. Bajo Stalin, en la URSS los obreros, y aún más los campesinos, estaban siendo objeto de una explotación aterradora porque ese inmenso país debía crear casi de la nada una inmensa industria, plantas de energía, redes de transporte, etc. Los sueldos eran bajísimos, las jornadas laborales interminables, etc., y a la mínima protesta se acababa en un campo de concentración. Todo el capital que se generara en la URSS debía dedicarse a la industrialización (y esta, a la fabricación de armamento). La realidad económica alemana cuando se creó el Tercer Reich era radicalmente distinta: muchas décadas antes de Hitler, Alemania ya era un país altamente industrializado, con una densa red de transporte, etc. Lo que hizo Hitler y su régimen fue reactivar la industria alemana, no debía crearla desde la nada. Podía permitirse el lujo de una política social muy avanzada para la población

alemana. Y para los trabajadores de otros países que colaboraran voluntariamente con el Tercer Reich.

Para quien resultó espantosamente mortífero el nazismo fue para las poblaciones conquistadas del este eslavo, que debían ser privadas de alimentos y materias primas, precisamente para cubrir las necesidades de la población alemana, que hasta casi el final del conflicto disfrutó de un nivel de vida sorprendentemente elevado. El caso es que bastantes de los españoles que colaboraron con la OT forzados por las circunstancias, acabaron encontrando dignas de admiración las políticas sociales nazis. Y los alemanes de la OT pronto desarrollaron a la vez una abierta simpatía para con estos *Rotspanier*. El fundador y primer jefe de la OT, Fritz Todt, y quien le sucedió tras su muerte, Albert Speer, no dejaron de transmitirle a Hitler este sentimiento. Y como Hitler acabó sintiendo por Franco una mezcla explosiva de odio y desprecio, llegó a hacer especulaciones que inevitablemente sorprenden. Algunas de ellas fueron las que manifestó en una de sus «charlas de sobremesa» con sus colaboradores, durante la cena del 7 de julio de 1942:

La situación española se está desarrollando de una manera deplorable. Franco, obviamente, no tiene el carácter para enfrentarse con los problemas políticos del país (...) hay que tener cuidado para no poner al régimen de Franco al mismo nivel que el nacionalsocialismo o el fascismo. Todt, que emplea a muchos de los denominados «españoles rojos» en sus talleres, me dice repetidamente que esos rojos no son rojos en nuestro sentido de la palabra. Se ven a sí mismos como revolucionarios a su estilo y se han distinguido enormemente como trabajadores industrioses y hábiles. Lo mejor que podemos hacer es conseguir todos los que podamos, comenzando con los cuarenta mil que ya tenemos en nuestros campos, y conservarlos como reserva para el caso de que estalle una segunda guerra civil. Junto con los supervivientes de la vieja Falange, constituirán la fuerza más digna de confianza a nuestra disposición (...) la disciplina de los rojos y de los falangistas que trabajan en la organización Todt es muy buena, y cuanto más podamos reclutar de ellos, mejor.

Cabe imaginar que más de uno de los comensales se mostrara sorprendido por la idea de Hitler de usar conjuntamente en el futuro a la DA y a los *Rotspanier* de la OT para derribar a Franco. No todos los españoles que trabajaban para la OT lo hacían en Francia ni todos eran exiliados. También había veteranos de la DA que tras servir en el frente, decidían quedarse a trabajar en Alemania, y bastantes de ellos más concretamente en la OT. Por otra parte, en no pocos casos, españoles al servicio de la OT se encontraron trabajando en la retaguardia del Frente del Este. Consta, por ejemplo, el caso de algunos españoles que llegaron a estar sirviendo con la OT en Rusia un total de 16 meses. Por eso, entre los documentos de la DA podemos encontrar algunos tan sorprendentes como esta carta enviada al general Esteban-Infantes:

Rusia 30.9.43. ¡ARRIBA ESPAÑA! Excmo. Sr.: Con el mayor respeto nos dirigimos a su S[u]. E[xc]elencia], para aclarar un asunto que atañe por igual a todos los españoles: siendo voluntarios en la Organización Todt por el periodo de seis meses y habiendo uno de nosotros cumplido su contrato con dicha organización, al ir con los debidos respetos a reclamar el permiso, se ha visto sorprendido por la grosera forma que el Obertruppführer ha tratado a todos los españoles, y a la persona de nuestro glorioso Caudillo; también ha faltado a nuestra gloriosa División Azul a la que uno de nosotros ha tenido el honor de pertenecer. Y no estando dispuestos ni un minuto más a consentir palabra alguna que pueda herir nuestros sentimientos patrios es por lo que hemos tenido a bien el dirigimos a S.E. por si considera oportuno abrir una información con el fin de hacerle rectificar las injuriosas palabras que hoy ha dirigido a nuestra Patria, a nuestra gloriosa División y a nuestro glorioso Caudillo. Quedamos a las órdenes de S. E. y cerramos esta protesta con un fuerte ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Seguían seis firmas, aunque no se identificaba cuál de ellas era la del veterano de la DA, y el remitente identificaba la unidad en la que servía, una sección de la OT que sabemos que estaba actuando en Estonia en ese momento. Lo interesante del documento no es mostrarnos que aparte de los miembros de la DA hubo otros españoles en Rusia, sino lo extendido que estaba en la OT la fobia a Franco, algo que seguramente se explica porque el citado Obertruppführer (rango equivalente a teniente) hubiera tenido relación con los *Rotspanier* que servían con la OT en Francia.

La realidad es que las publicaciones de propaganda de la OT ensalzaban a los trabajadores españoles, que en su mayoría eran *Rotspanier*. En sus páginas encontramos fotos sorprendentes de entierros de algunos de ellos, fallecidos durante un ataque aéreo aliado, enterrados con todos los honores y una amplia parafernalia de banderas nazis. También podemos encontrar las tumbas de algunos de estos españoles en los cementerios militares alemanes en Francia, ya que en definitiva los miembros de la OT tenían consideración de «miembros de la Wehrmacht», y se enterraban junto a los soldados alemanes. Muchos hombres de la OT usaban uniformes, y algunos hasta armas ligeras para su autoprotección. En este caso estamos hablando de las pequeñas unidades llamadas OT-Schutzkommando, dedicadas a proteger de ataques las obras que la OT estaba realizando. Los españoles incluidos en estas formaciones solían ser veteranos de la DA, por las razones que explica García Pérez:

Los soldados licenciados de la División Azul, dada su condición de veteranos de guerra y su sintonía ideológica (...) eran especialmente apreciados por la Organización Todt (...) para desempeñar diversas funciones, en general, en tareas de control y vigilancia (...). Durante su viaje de regreso a España, tras ser licenciados, se les ofrecían contratos bien remunerados que, en la mayoría de las ocasiones, eran aceptados por simpatía ideológica. Referencias aisladas nos indican que no fueron pocos de los enrolamientos producidos por esta vía, aunque sea imposible fijar con precisión la cantidad de estas incorporaciones (García Pérez, 1994).

Los diplomáticos españoles en Berlín detectaron este interés especial de los alemanes por reclutar exdivisionarios para la OT ya en agosto de 1943. Siendo imposible fijar la cifra, sin embargo estos hombres no debieron de ser más que unos pocos cientos, calculando al alza, mientras que para las cifras de *Rotspanier* empleados como trabajadores debemos hablar de miles. Durante la campaña subsiguiente al desembarco de Normandía, los ingleses y norteamericanos capturaron a más de 200 españoles de la OT, a los que recluyeron en un campo de prisioneros de guerra, porque los etiquetaron inicialmente como «miembros de la División Azul», algo a lo que ellos se opusieron vivamente, argumentado —como podemos suponer— que se les había forzado a servir en la OT. No debían tenerlo tan claro las autoridades británicas, que hasta noviembre de 1945 —año y medio después del desembarco en Normandía— los mantuvieron en un campo de prisioneros en Chorley.

Dejaré aquí el tema, sin duda interesante, y que espera una investigación meticulosa, de los españoles de la OT, que mucho me temo tardará en realizarse, porque desafía uno de los mitos más poderosos de la historiografía española de izquierdas: el de la unanimidad de los exiliados frentepopulistas contra el Tercer Reich. Y si es difícil que alguien se atreva a abordar esta investigación, mucho más peliagudo es que se aborde otro tema: el de la colaboración de exiliados españoles con las fuerzas de seguridad alemanas destacadas en Francia para la lucha contra la Resistencia.

Si la Segunda Guerra Mundial ha visto cómo se consolida un mito, independientemente de la realidad de los hechos, ese es el de que Francia resistió unida y enérgicamente a los ocupantes alemanes. El único debate que se tolera al respecto es establecer si esa Resistencia fue liderada por De Gaulle o por los comunistas. Pero ya hace tiempo que los historiadores han señalado que en realidad la tan celebrada Resistencia fue minúscula e irrelevante hasta casi las mismas vísperas de la liberación. A los alemanes les costó poco esfuerzo combatir a una Resistencia muy débil y enfrentada en diversas facciones. Y entre las razones de este éxito germano estuvo el amplio número de franceses que, por una razón u otra, colaboró con las fuerzas de seguridad alemanas.

La lucha activa contra la Resistencia era competencia fundamentalmente de la organización llamada *Sicherheitspolizei-Sicherheitsdienst* (abreviadamente, *Sipo-SD*). La *Sicherheitspolizei* (Policía de Seguridad) era el nombre global para las fuerzas de policía «secreta» (no uniformadas) y englobaba a la Gestapo. El nombre *Sicherheitsdienst* identifica a una rama de las multifacéticas SS alemanas, su Servicio de Seguridad, encargado de supervisar y controlar la actividad de las policías alemanas y también de tareas «de inteligencia». No debemos identificarlo con la *Waffen SS*. En realidad, la SD y la *Waffen SS* eran mundos muy distintos, uno de policías y otro de soldados, pero tanto entonces como ahora existe mucha confusión al respecto.

El caso es que sabemos que en Francia hubo tan solo unos 2.500 miembros de la *Sipo-SD* en el momento de mayor presencia suya, que si pudieron controlar tan eficazmente el país fue por contar con unos 30.000 franceses que les prestaban su colaboración. Casi siempre se trataba de simples informadores, pero también los hubo encuadrados en pequeños grupos operativos, uniformados y armados. En este último caso, y dado que los uniformes del SD y los de la *Waffen SS* guardaban muchas similitudes, estas formaciones eran presentadas por los alemanes —o tomadas por los resistentes— como si fueran realmente fuerzas de la *Waffen SS*.

Su historia es casi imposible de reconstruir porque los documentos que generan este tipo de actividades eran destruidos, y además porque ese reclutamiento de franceses estaba organizado con una casi completa autonomía por cada delegación territorial de la *Sipo-SD*. Podemos tener la completa seguridad de que hubo un cierto número de españoles que colaboraron con la *Sipo-SD* en Francia, y ello por dos motivos: por las numerosas ocasiones en que los alemanes detuvieron a resistentes españoles, cuyas redes fueron permeables a la entrada de agentes al servicio de los alemanes; y por las bárbaras represalias que ejecutaron las bandas comunistas sobre otros miembros de la colonia española, que incluyeron bochornosos asesinatos (hasta una cifra que ronda los doscientos), que debemos entender como represalias por casos de colaboración —o sospechas de colaboración— con la *Sipo-SD*. Pero, repito, es muy difícil saber cuántos españoles colaboraron con la *Sipo-SD*, cuál fue su exacto grado de implicación, etc.

En cualquier caso, cuando el capitán Taegert decidió alistar españoles en su compañía de brandenburgueses, sin la menor duda estaba limitándose a copiar lo que era una práctica relativamente habitual en las formaciones de seguridad alemanas desplegadas en Francia. Aunque, en definitiva, el número de españoles que encuadró en su unidad, la 8.<sup>a</sup> Compañía del 3.<sup>er</sup> Regimiento Brandenburgo fue muy pequeño, tres decenas (Pigoreau, 2013).

Era en Stablack donde se estaba reuniendo a la mayoría de los españoles que seguían dispuestos a vestir el uniforme *feldgrau*, tanto si eran de los que cruzaban la frontera, como de los que se encontraban en Alemania por otros motivos (haber desertado de la LA, encontrarse en Alemania como convalecientes en hospitales, estudiantes becados, trabajadores españoles que no se habían repatriado, etc.). A finales de marzo de 1944 ya podía considerarse que formaban un embrión de unidad, a la que a falta de una denominación mejor se empezó a conocer como *Freiwilligen Einheit Stablack* (Unidad de Voluntarios de Stablack), denominación anodina que excluía el gentilicio de «española». Es difícil dar cifras exactas del número de los allí presentes, porque la pérdida de documentación que se explicará más adelante lo impide, pero hay estimaciones de que pudieron ser hasta 400 los que finalmente se reunieron allí. El propósito alemán era ir agrupando al personal en sucesivas compañías, hasta formar como mínimo un batallón. Aunque la embajada alemana en Madrid no ponía ningún empeño en fomentar la recluta, existía un flujo de voluntarios que llegaban desde España y que ha dejado algún resto documental. En cambio apenas tenemos datos sobre los que se incorporaban desde la misma Alemania, que posiblemente fueran tan numerosos como los anteriores.

Las noticias que sobre este tema llegaban a España desde Berlín eran alarmantes. El 5 de junio, el consulado español en la capital alemana informaba de la presencia en sus oficinas de dos españoles que decían haber estado en una unidad de la *Waffen SS*. Como el documento cita correctamente sus nombres, sabemos quiénes eran: los dos que están debidamente identificados de entre los seis que vimos aparecer en el *Sonderkommando Dirlewanger*. Contaban cosas truculentas, como que ellos eran los únicos supervivientes de un grupo de 150 españoles que había estado luchando por Rusia y los Balcanes en una unidad de choque de la *Waffen SS*. Y aseguraron que en París había otros 300 españoles integrados también en la *Waffen SS*. Todo ello era falso. Es muy posible, en efecto, que los otros cuatro españoles de los que no sabemos nada más hubieran causado baja, dado el ritmo de combates del *Sonderkommando*, pero nunca hubo integrados 150 españoles en esa fuerza, esa unidad nunca combatió en los Balcanes, ni tampoco había en aquellas fechas 300 españoles en París en ninguna unidad *Waffen SS*. El propósito de ambos al presentarse en el consulado era que se les repatriara.

Algunos días después, el 19, el Servicio de Información de la Dirección General de Seguridad informaba a las autoridades españolas de que sus agentes en Berlín venían detectando la presencia de numerosos españoles, generalmente excombatientes, que habían salido de España de forma clandestina y que aseguraban que sus gastos hasta la frontera les habían sido abonados por alemanes que actuaban en la capital de España. Las noticias eran más inquietantes de lo normal porque desde el día 6 de junio, tras haber desembarcado en Normandía, los Aliados estaban ya sobre suelo francés, y la guerra daba otra vuelta de tuerca al cerco contra Alemania, generando también peligros potenciales en España.

Justamente el día siguiente de aquel desembarco, el 7 de junio de 1944, nacía oficialmente la *Freiwilligen Einheit Stablack* (que seguía sin denotar su carácter de unidad española), a la vez que se disolvía el *Ersatzkommando der Spanische Legion* (que era la dependencia que hasta entonces se había hecho cargo hasta entonces de encuadrar a estos españoles). La orden oficial de constitución definía su plantilla, que era la que correspondía a un batallón de depósito e instrucción (*Ersatz und Ausbildungs Bataillon*) alemán. Estaría bajo la autoridad del mismo capitán Graefe que hasta entonces había estado al frente del *Ersatzkommando*. De hecho, la nueva

unidad heredó del disuelto Ersatzkommando hasta su número de estafeta militar de campaña. Auxiliaban al capitán Graefe otros germanos que también había servido en la Plana Mayor de Enlace alemana. La Freiwilligen Einheit Stablack quedó estructurada con una compañía de plana mayor, dos compañías de infantería ya constituidas y una tercera en fase de formación. Casi inmediatamente, la unidad abandonó la prusiana localidad de Stablack, para dirigirse al otro extremo del Tercer Reich, a la ciudad tirolesa de Solbad Hall Tirol, así que su nombre cambió enseguida al de Freiwilligen Einheit Solbad Hall Tirol. Esta es, en definitiva, la unidad a la que se va a conocer con el significativo nombre de «Batallón Fantasma», porque su misma existencia pareció dudosa, y porque daba la impresión de que aparecía y desaparecía.

Toda la historia de los combatientes españoles del periodo 1944-1945 gira en torno a este «Batallón Fantasma» que —como vamos a describir— vería cómo sus menguados efectivos eran parasitados por otras formaciones. El hecho es que la historia más o menos fugaz de estas diversas formaciones se entremezcla con la del Batallón Fantasma, generando confusión. La documentación oficial de este batallón (y también toda la del Ersatzkommando der Spanische Legion) se perdió en los últimos días de la guerra, el 18 de abril de 1945, cuando los elementos del personal de encuadramiento alemán de la unidad intentaban llegar a Baviera desde suelo austriaco. Otra fuente que hubiera sido preciosa, las anotaciones en su diario de campaña de uno de los alemanes que mandó estas tropas españolas, tampoco están accesibles porque los soviéticos se incautaron de ese documento. Por ello, para tener certidumbres solo podemos usar documentos oficiales, de distintos orígenes, que hablan puntualmente del Batallón Fantasma.

También podemos tratar de esclarecer los hechos en base a las narraciones de veteranos, pero estas pueden llegar a confundir más que a arrojar luz, ya que en este —como en todos los casos— el soldado de a pie apenas se entera de lo que sucede más allá de sus inmediaciones. Y dado que servir en estas unidades estaba oficialmente prohibido, muchos sencillamente prefirieron callar o deformaron la realidad hasta hacerla irreconocible. Durante mucho tiempo el único relato realista de que dispusieron las autoridades españolas sobre esta unidad lo redactó el agregado policial en la embajada española en Italia, en septiembre de 1945, que estaba en buenas condiciones para ello debido a que, al acabar la guerra, muchos de los veteranos de estas unidades huyeron hacia Italia, y pidieron ayuda a nuestros representantes consulares para regresar a España. El citado agregado pudo, por tanto, redactar un informe bastante fidedigno.

Antes de que el Batallón Fantasma abandonara Stablack un cierto número de españoles habían abandonado sus filas. Algunos hombres parecían más interesados en trabajar en Francia con la Organización Todt. Pero el problema serio era el de algunos veteranos de la DA, que alegaban ser oficiales y querían ostentar ese rango. Era un tema sumamente delicado. La nacionalidad de una unidad se establece en buena medida por sus mandos; si se la dotaba de mandos españoles, en vez de alemanes, aquel sería un batallón español y no un batallón de «legionarios extranjeros» al servicio de Alemania, que era el concepto con el que se estaba organizando la unidad. Así que muy prudentemente se decidió no reconocer esos rangos. En el citado informe del agregado policial en Roma leemos:

Durante la discusión para la creación de esta Unidad se hizo hincapié por parte de una mayoría de los componentes (españoles) ante la autoridad militar alemana de que bajo ningún pretexto debían tener mandos españoles, ya que esto podía servir para que las naciones enemigas de España tuviesen pretexto para asegurar que en Alemania quedaban fuerzas regulares españolas y no voluntarios como en realidad eran.

Hay tres oficiales españoles que en distintos momentos mandaron alguna de las unidades segregadas del Batallón Fantasma y debemos echarle una ojeada a sus biografías para hacer comprensible la descripción de los hechos que siguen.

Luis García Valdajos había servido en la Guerra Civil como oficial provisional; cuando quiso marchar a Rusia con la DA no encontró plaza de oficial, y se unió a ella en 1942 y como soldado, pasando después a la LA. En el viaje de repatriación a España, desertó y se unió a los alemanes.

Miguel Ezquerro Sánchez, el personaje más famoso de este capítulo, era un notorio mitómano, cuyos relatos —plagados de mentiras y medias verdades— (Ezquerro, 1947 y 1975) han contribuido a que durante décadas haya habido muchísima confusión sobre este tema, también había sido oficial provisional en la Guerra Civil. Al acabar esta, abandonó el Ejército. No se incorporó a la DA hasta septiembre de 1943, pero resultó herido antes de que acabara el mes y fue evacuado a un hospital de retaguardia, no regresando a la DA por haberse mientras tanto disuelto la unidad. Durante su fugacísima presencia en el frente (apenas un mes) estuvo con la categoría de teniente provisional, gracias a que como ya vimos, en junio de 1943 se decidió que los antiguos provisionales de la Guerra Civil que habían abandonado el servicio podrían recuperar ese rango de manera temporal mientras servían en Rusia.

En cuanto a José Ortiz Fernández, igualmente un oficial provisional en la Guerra Civil que dejó el Ejército Español al acabar esta, se enroló en la DA como soldado y había sido repatriado en 1942.

García Valdajos y Ezquerro estuvieron en Stablack, pero ante los problemas que planteaba su situación, fueron enviados a Francia. El primero se incorporó a los efectivos de la Sipo-SD, muy interesada en contar con españoles para infiltrarlos en los grupos de resistentes formados por exiliados comunistas. A Ezquerro en cambio se le destinó a la Sonderstab F, para colaborar en la recepción de los españoles que cruzaran la frontera, pero el capitán Taegert (recordemos que además de responsable de la Sonderstab F, era oficial del Abwehr y jefe de la Compañía 8.<sup>a</sup>/3.<sup>o</sup> Brandenburg) consideró que sería mucho más útil como miembro del Abwehr, en calidad de agente secreto, por lo que empezó a recibir formación con este fin. Ortiz, por su parte, fue de los que apenas cruzaron la frontera hispano-francesa fue captado por la Sipo-SD.

Entre junio y julio, la Sonderstab F acogió a unos 150 españoles, que fueron enviados hacia Solbad Hall Tirol, pero otros 80 hombres que cruzaron la frontera se quedaron al servicio de los alemanes en Francia, en distintas capacidades: en la Organización Todt, de manera preferente, pero también al servicio del Abwehr, o con la Sipo-SD. Los alemanes pensaban que un español más o menos en el Frente del Este no significaba nada, pero en Francia, donde podían actuar eficazmente contra los españoles de la Resistencia, se obtendría mucho más rendimiento de ellos. Durante esas semanas estos hombres se implicaron de manera creciente en la lucha contra aquella, porque después del desembarco de Normandía la Resistencia finalmente se había materializado en algo operativo.

De hecho, el Grupo de Ejércitos alemán G (la unidad alemana encargada de guarnecer la Francia meridional) había ordenado el 5 de julio que se intentara poner en pie toda una Spanische Legionär-Kompanie (Compañía Legionaria Española). En las unidades de brandenburgueses se llamaba «compañías legionarias» a las mayoritariamente compuestas por personal extranjero. La

8.<sup>a</sup> Compañía del 3.<sup>er</sup> Regimiento Brandenburgo era, a todos los efectos, una compañía legionaria francesa, y el mando del Grupo de Ejércitos G pensaba que ahora sería posible organizar una española, que debía tener asiento en Pamiers, capital del departamento de Ariège, en los Pirineos, una región donde los españoles eran especialmente activos en la Resistencia. Como también había allí muchos exiliados que eran anticomunistas, se pensó en la posibilidad de reclutarlos. Era un cálculo muy optimista, porque con los Aliados ya sobre suelo francés, la vocación entre estos exiliados para alistarse en las tropas alemanas era nula. El proyecto se abandonó casi inmediatamente.

Algo más realista era el planteamiento del mando de la División Brandenburgo, que controlaba todas las tropas de operaciones especiales que tenían ese nombre, dispersas por toda Europa. La eventualidad de que hubiera que abandonar Francia era muy plausible, tal y como iba la marcha de la guerra. Así que las fuerzas brandenburguesas presentes en Francia debían prepararse para actuar como «unidades de incursión», tras las líneas enemigas, entre otras cosas, para colaborar con los movimientos de resistencia que los alemanes esperaban que surgirían en Francia en contra de las tropas aliadas. Por ello, el 14 de julio se dio la orden para que los efectivos de brandenburgueses en territorio galo se organizaran como tres «cuerpos incursores» (Streifkorps). En la Francia septentrional debería actuar el Streifkorps Frankreich-Nord. Y en la meridional actuarían el Streifkorps Frankreich-Süd (en la parte suroccidental) y el Streifkorps Biscaya (en la parte suroccidental). La Compañía 8.<sup>a</sup>/3.<sup>o</sup> Brandenburgo de Taegert proporcionaría efectivos para estos dos últimos Streifkorps.

Lo llamativo de la orden era que segregaba al contingente español de los franceses, ya que dentro del Streifkorps Biscaya, los españoles serían encuadrados en una unidad propia, el Einsatzgruppe Pyrenäen, que mandaría un oficial, el alférez Helmut Demetrio, un alemán con familiares en Chile, donde había vivido, por lo que dominaba perfectamente el español. De hecho había sido el verdadero comandante de la Compañía 8.<sup>a</sup>/3.<sup>o</sup> Brandenburgo, porque ya hemos visto que Taegert tenía otras tareas además de la de mandar esa unidad y delegaba para ello en Demetrio.

Al otro lado de los Pirineos, se seguía tratando de dotar de algún contenido político a este alistamiento de españoles. El 2 de julio, dos españoles se entrevistaron con este fin en San Sebastián con alemanes que habían cruzado la frontera. Uno era un intelectual y político sorprendente, Santiago Montero Díaz. Procedente del comunismo, se había unido a las JONS de Ramiro Ledesma y después había pasado a Falange, partido que abandonó cuando se produjo la ruptura entre Ledesma y José Antonio Primo de Rivera. Regresó a la disciplina falangista con la Guerra Civil, y ahora que era evidente que el régimen franquista estaba cediendo ante los Aliados, se dedicaba a pronunciar discursos de un gran radicalismo ante sus camaradas de la vieja guardia. Uno de ellos, en julio de 1943, había acabado con estas palabras, en las que expresaba su fe en los jóvenes falangistas:

Esa juventud, camaradas, presiente que Europa ganará esta guerra (...). Esa juventud presiente la victoria de Europa contra demócratas y comunistas. Pero en todo caso, sea cual fuere el porvenir, yo sé que esa juventud familiarizada con la muerte se alzaría contra una España bolchevizada. Y se alzaría también contra una paz cobarde, la paz de una monarquía colonial a la británica, con gasolina, sin Gibraltar y sin honor.

En los meses siguientes, Montero aún se radicalizaría más, profundamente irritado ante el nuevo rumbo político que se estaba marcando en España. El otro interlocutor español era el teniente Ramón Fernández Palacios (que había servido en la DA durante los últimos meses de su existencia y se quedó en la LA). Ambos estaban interesados en los aspectos políticos de esta nueva fase de la presencia de españoles en la lucha contra el comunismo, y esperaban que lo que se creara fuera una nueva Legión Española, con mando español. De momento los alemanes seguían pensando más bien en encuadrar a españoles en una «legión extranjera» y no deseaban desafiar a Madrid. De hecho, las protestas de la embajada alemana en Madrid por los intentos de la Sonderstab F para actuar en territorio español eran constantes, y pedían que esta se limitara a acoger a los españoles que cruzasen la frontera. En Berlín, el Ministerio de Exteriores alemán era de la misma opinión, así que finalmente se ordenaría por parte del Alto Mando a la Sonderstab F que no actuase al sur de los Pirineos. Fernández Palacios, que pasó él mismo a Alemania para insistir en su idea, no iba a conseguir nunca materializar su propósito.

Quien, también en Alemania, persistía en su empeño de encuadrar a los españoles en una unidad de la Waffen SS era Van Horembeke. No había logrado interesar a los flamencos de la 6.<sup>a</sup> Brigada SS Langemarck, ya que decían que los españoles, que ni hablaban alemán, ni mucho menos flamenco, serían difíciles de integrar en sus filas. Pero le sugirieron que lo intentase con la unidad de voluntarios valones, en ese momento organizada como 5.<sup>a</sup> Brigada SS Wallonie, porque el francés y el español eran idiomas más similares. Para llegar hasta su comandante, el carismático Léon Degrelle, Van Horembeke, no dudó en alistarse en la 5.<sup>a</sup> Brigada SS, ya que Degrelle se encontraba con sus hombres combatiendo en Estonia. Aunque en julio no existía ninguna fuerza española en la Waffen SS, el día 6 de julio la embajada española en Berlín informó que se había visto a españoles con uniforme SS que lucían sobre ellos el escudo de España que había usado la DA sobre los suyos, algo que encontraba muy preocupante.

En Francia, la primera mitad de agosto estuvo marcada por el colapso del frente alemán. El día 8, después de dos meses de batallar, los Aliados rompían por fin las líneas alemanas en Normandía y se desbordaban por la Francia septentrional (por cierto, en la primera ciudad importante que ocuparon tras perforar el dispositivo alemán, Le Mans, capturaron de golpe a 50 españoles que servían en la Organización Todt); y el día 15 desembarcaban —prácticamente sin oposición— en las costas mediterráneas del país. Como podemos imaginar, no eran noticias lo que faltaban en esas fechas para llenar los periódicos, pero la prensa internacional encontró hueco para recoger los rumores que circulaban sobre la actividad de elementos españoles al servicio de los alemanes en Francia, a los que sin más se identificaba como parte de la División Azul. Al gobierno español le preocupaba el impacto que esto pudiera tener en el gobierno de Estados Unidos, pero también en el Comité de Liberación Nacional francés establecido en Argel por De Gaulle como gobierno en el exilio, y a quien todo el mundo veía ya como futuro gobierno en París. Por ello, el 2 agosto, el Ministerio de Asuntos Exteriores ordenó al embajador en Washington y al cónsul general en Argel:

... desmentir de la manera más absoluta (...) la especie relacionada con la existencia de la División Azul, siendo totalmente inexacto que exista tal unidad, ni se haga recluta de ningún tipo en España para nutirla, ni que se emplee como se ha dicho en alguna ocasión en el Frente del Oeste, o como se dice otras veces, en labor de policía a las órdenes de la Gestapo (...). Si hay algunos españoles residentes fuera del territorio nacional que se hayan alistado voluntariamente en el Ejército alemán, [le]

consta al gobierno español, aunque ello parezca inverosímil, que se trata en gran parte de rojos expatriados que por espíritu aventurero y necesidades económicas se han alistado como voluntarios, tratándose de enemigos del gobierno.

Que el gobierno español no ignorase que muchos de los españoles que actuaban junto a las fuerzas de seguridad alemanas en la lucha contra la Resistencia eran exiliados resulta fácil de explicar: la red consular española en Francia era especialmente densa, más que en ningún otro país europeo, y a través de esos cónsules el gobierno español tenía una buena imagen de lo que estaba sucediendo en el país vecino. Pero los Franceses Libres de De Gaulle no se quedaron satisfechos con las explicaciones españolas, y el día 5 su representante en Madrid protestó ante el gobierno español, porque según la información que ellos poseían 400 falangistas se disponían a pasar a Francia para unirse a las fuerzas alemanas. Dos días después era la embajada inglesa la que presentaba una nota formal de protesta. Según decía esta, numerosos españoles estaban cruzando la frontera para luchar contra la Resistencia, y decían que les constaba que habían sido animados a ello por autoridades españolas o —al menos— que se les ha permitido cruzar. Como dato concreto citaban que un mes antes, el 8 de julio, unos 20 o 30 veteranos de la DA se habían unido a la Gestapo en San Juan de Luz.

Un agobiado Gómez-Jordana se dirigió el día 8 de agosto a Arrese para preguntarle si era cierto que unos 400 españoles, jóvenes falangistas, iban a pasar a Francia para unirse a los alemanes, a lo que este respondió negativamente. Pero las protestas de los Aliados se intensificaron, y el día 11 era la embajada norteamericana la que protestaba ya que, según ella, la embajada alemana en Madrid, y los consulados en Barcelona y San Sebastián, con el apoyo de Falange, estaban reclutando voluntarios para luchar contra la Resistencia en Francia. Pero lo que hasta ahora eran notas diplomáticas, discretas en definitiva, dio paso el día 17 a una noticia de la Agencia Reuter, que recogió toda la prensa mundial: según el Comité de Liberación Nacional francés de Argel, había ya 400 españoles, descritos como veteranos de la División Azul, encuadrados en la Waffen SS y luchando contra la Resistencia en el sur de Francia. En Madrid no debió faltar quien considerase que aquello era pura propaganda, así que el informe que envió desde Berlín nuestro embajador el siguiente día 18 causó estupor, ya que en él se leía que los alemanes estaban usando una poderosa formación de españoles para la lucha contra la Resistencia...

... constituida por un regimiento (...) estaría encuadrada en la S. D. (policía de las SS) En este regimiento, para el que ya parece que hay reclutados unos 1.500 hombres, el personal proviene de productores españoles y del núcleo de emigrados rojos que se han puesto en Francia al servicio de las autoridades alemanas. Este personal, vestido de paisano y provisto de pasaporte y documentación alemana tendría por misión el combatir a los partisanos, tanto en Francia como en Italia.

Estos textos nos revelan lo confuso de la situación. Es indiscutible que había muchos exiliados españoles que colaboraban con las fuerzas de la Sipo-SD, pero calificarlos como integrantes de un regimiento, con lo que esto sugiere de estructura centralizada, etc., es excesivo. Catalogarlos como tropas de la Waffen SS como sugería el texto de Reuter era un despropósito aún mayor. Pero se trataba de un informe enviado por nuestro embajador en Berlín, así que es muy posible que este diplomático hubiera recibido de alguna fuente alemana el dato de que los españoles que trabajaban para la Sipo-SD era unos 1.500.

Los textos aquí citados nos explican la existencia de otros rumores, no menos fantásticos, como que en el frente de Normandía había actuado una compañía española. Lo mismo ocurre con las noticias de que en España había centenares de falangistas dispuestos a cruzar la frontera. Es cierto que entre los jóvenes radicales falangistas seguía existiendo una viva simpatía por el Tercer Reich, y sin duda más de uno llegaría a afirmar que había que continuar la lucha a su lado. Esto era especialmente cierto en Cataluña.

Para tratar de enfriar sus ánimos, irritados ante las evidentes consignas a la prensa para acercarse a los Aliados, se envió a Barcelona a un destacado intelectual falangista y veterano de la DA, Carlos Alonso del Real, quien debía hablar ante los jóvenes falangistas catalanes el 10 de septiembre. Según cuenta una historia del Frente de Juventudes barcelonés la argumentación de Alonso del Real...

... provocó rechazo de los oyentes, alguno de los cuales abandonó el lugar ostensiblemente (...). El acto acabó en abucheo, sobre las 12 de la noche (Millán, 1997).

Pero ahí acabó todo. El descontento no pasó a más. Desde luego no se produjo ese cruce masivo de la frontera por parte de nuevos voluntarios que algunas fuentes afirmaban como inminente, y de hecho en julio los cruces de la frontera de nuevos voluntarios desde España a Francia disminuyeron tan sensiblemente que a principios de agosto la Sonderstab F ya había reducido su plantilla de personal alemán a 29 efectivos. Y muy pronto iba a desaparecer por completo, porque el avance de los anglonorteamericanos por la Francia septentrional y su desembarco en Provenza forzaron a un rapidísimo repliegue de todos los efectivos alemanes en el sur de Francia, tratando de huir de lo que ya era una ratonera. Aquí y allá, los efectivos de la Resistencia trataron de bloquear la retirada de esas columnas y en algunos de esos combates intervinieron elementos españoles del *maquis*.

Los españoles que habían colaborado con los alemanes también trataron de huir, y en algunos casos fueron interceptados por compatriotas de los que luchaban con la Resistencia. Las obras consagradas a recoger los testimonios de estos españoles de la Resistencia describen combates en los que se habría capturado a varios «exoficiales y soldados de la disuelta División Azul, encuadrados en la Waffen SS» (Pons, 2003) tanto en el departamento pirenaico de Ariège, como bastante más al norte, en el departamento de Dordogne, a finales de agosto. Estas obras no han querido sin embargo precisar cifras, y mucho menos cuál fue el destino de esos prisioneros españoles. Suponer que se les diera muerte no parece muy aventurado. Autores abiertamente simpatizantes de los exiliados republicanos han tenido que reconocer que por esas fechas los comunistas realizaron en el sur de Francia terribles purgas de todo tipo de adversarios políticos, asesinando a un gran número de trotskistas, anarquistas, socialistas, con episodios tan aberrantes como el exterminio de familias enteras (incluidos los niños pequeños) (Serrano, 2005). No parece creíble que los capturados vistiendo uniforme alemán pudieran esperar más clemencia. Los más afortunados de estos españoles que habían vestido uniforme alemán fueron los capturados por unidades francesas de la Resistencia, pues en este caso nos consta que fueron internados en campos o prisiones. El último de ellos en obtener la libertad la logró en fecha tan tardía como 1954.

En cualquier caso, el Einsatzgruppe Pyrenäen del alférez Demetrio, de tan fugaz existencia, puede darse por finiquitado en esas fechas, y el mismo alférez cayó en manos francesas. La presencia de españoles en las filas de las unidades brandenburguesas había concluido. Algunos españoles que habían colaborado con los alemanes en la lucha contra los resistentes en Francia lograron, sin embargo, retirarse con los alemanes hasta sus fronteras, y entre ellos estaban García Valdajos, Ezquerria y Ortiz, los tres oficiales que cité. Sin embargo, durante bastante tiempo siguió vivo el rumor de la infiltración masiva de falangistas españoles en el sur de Francia. En noviembre de 1944, la Gendarmería francesa informó a su gobierno desde los Pirineos Orientales que tenía constancia de que en Gerona existía una escuela de formación de agentes secretos donde se preparaba a 500 hombres para entrar en suelo francés, y aseguraba que de hecho 300 de esos falangistas ya habían penetrado en el país vecino en septiembre. Visto con nuestra perspectiva actual, sorprende que un disparate de tal tamaño resultara lo suficientemente creíble como para ser objeto de un informe oficial.

Por unas semanas, en julio-agosto, una fantasmagórica División Azul pareció haber tomado cuerpo en los Pirineos, y hasta la prensa habló de ella. En cambio otra enigmática reaparición de lo que algunos se empeñaban en calificar como «División Azul», o «Legión Azul», que iba a producirse en los Balcanes, pasó casi enteramente desapercibida. De hecho, las autoridades de inteligencia de los Aliados se quedaron bastante sorprendidas con un informe que les llegó en octubre desde Eslovenia. Lo había remitido un agente norteamericano de la OSS, la predecesora de la actual CIA, que estaba destacado junto a los partisanos comunistas que actuaban en esa región. Su misión principal era detectar el orden de batalla alemán en la zona, ya que siempre estuvo sobre el tapete la eventualidad de lanzar un ataque anfibio a través del Adriático sobre Eslovenia, como forma de acceder a Europa Central, y convenía saber si había fuerzas alemanas de envergadura desplegadas en la zona (Viena estaba a un tiro de piedra). En el citado informe se aseguraba que un batallón de la División Azul estaba acantonado muy cerca de Celje, en el centro de Eslovenia. Como el agente no ignoraba que la DA había tomado parte en la Campaña de Rusia, sorprendido, señalaba: «Qué hace ese batallón en esta región no está claro».

Solo muy recientemente se ha publicado por parte eslovena información sobre la presencia de estos españoles en su territorio, usando los archivos de los partisanos que acaudillaba Tito (Kocjancič, 2016). A partir de mediados de agosto de 1944 esas fuentes empiezan a recoger la llegada y los movimientos de soldados españoles. Lo que sorprende es la cifra tan elevada que dan de ellos, ya que los documentos hablan de hasta 1.000 hombres, que habrían llegado entre agosto y septiembre. Un informe del VII Cuerpo de Ejército Partisano titista del 28 de septiembre enumera los contingentes de esta «Legión Española» ubicando a 500 españoles en Trbovlje, alrededor de 100 en Hrastnik y a los 400 restantes en Zagorje. Las cifras desde luego son exageradas, pero esto es habitual en los informes realizados «sobre el terreno». Estas mismas fuentes aseguran que los españoles abandonaron estas zonas de despliegue entre mediados de octubre y principios de noviembre.

En el citado informe del agregado policial español en Roma se señalaba que dos compañías españolas procedentes de Solbad Hall Tirol habían sido desplegadas en Eslovenia en agosto. Pero en base a los siempre confusos y escasos testimonios de veteranos de estas unidades, durante mucho tiempo se ha asegurado que fue solo una compañía la empleada aquel verano en Eslovenia. Parece seguro que hay que corregir al alza esa creencia, y aunque sin la menor duda hay mucha

exageración en las cifras que daban los partisanos (1.000 hombres) o el agente del OSS (un batallón entero), se puede asegurar que se trató de dos compañías. Lo único que no plantea duda es que se trataba de efectivos procedentes de la *Freiwilligen Einheit Solbad Hall Tirol*, nombre por entonces usado por lo que llamamos Batallón Fantasma.

El encuadramiento operativo de estas dos compañías españolas también es un misterio. Sobre el papel, aquella era la zona de despliegue de la 438.<sup>a</sup> División alemana, una unidad puramente estática, que encuadraba batallones de reservistas de edad muy avanzada, empleados en misiones de guarnición para proteger ciertos puntos y comarcas de las acciones de los partisanos. Sin embargo, y a tenor de las misiones que les atribuyen las fuentes partisanas, que subrayan que se les empleaba en patrullar las vías férreas, parece más creíble que dependieran de un mando bautizado como *Eisenbahn Sicherungs-Abschnitts-Stab 5* (Mando del 5.º Distrito de Seguridad de Ferrocarriles). Estos mandos territoriales para protección de las vías férreas habían sido creados en suelo de Yugoslavia para protegerlas de ataques partisanos (llegó a haber seis de ellos). Tras la caída de Belgrado en manos de los partisanos de Tito y del Ejército Rojo soviético, en octubre de 1944, estos organismos empezaron a ser disueltos, por innecesarios, ya que las tropas alemanas estaban abandonando el país. Esto explicaría por qué estas unidades permanecieron tan poco tiempo en esta actividad. Los pocos testimonios de veteranos españoles de esta experiencia señalaron que nunca fue de su agrado patrullar zonas de retaguardia para luchar contra partisanos. Prácticamente no tuvieron enfrentamientos armados en los dos meses en que estuvieron desplegadas y las dos compañías parecen haber sufrido muy pocas bajas. La orden de retirada les señaló un nuevo lugar de acantonamiento: Stockerau, al norte de Viena.

No puede decirse lo mismo de una compañía que había abandonado Solbad Hall Tirol por las mismas fechas que las enviadas a Eslovenia, pero con otro destino: el frente de los Cárpatos, concretamente la región de Bucovina, para ser integrada en la 3.<sup>a</sup> División de Cazadores de Montaña. Esta era una de las divisiones de montaña reclutadas en Austria, y en la ciudad de Solbad Hall Tirol tenían asiento precisamente unidades de depósito e instrucción de tropas de montaña, así que no era extraño que los españoles hubieran seguido instrucción en esta especialidad militar. Esta compañía, que partió de Solbad Hall Tirol el 16 de agosto, iba a tener una suerte mucho más aciaga que las otras dos. Para empezar, en su ruta hacia el este, el convoy que la transportaba fue objeto de un ataque aéreo. Y cuando llegó al sector donde debía encuadrarse en la división asignada, este se hallaba en pleno colapso. El 20 de agosto, el Ejército Rojo se había lanzado al asalto contra las posiciones del Grupo de Ejércitos Ucrania Sur —en el que se encuadraba la 3.<sup>a</sup> de Cazadores— cuyos efectivos, alemanes y sobre todo rumanos, defendían la frontera de Rumanía. Pero el 23 de agosto el rey Mihail había depuesto al jefe del Gobierno filogermánico de Bucarest, el mariscal Antonescu, y el país había firmado un armisticio con la URSS, y vuelto sus armas contra los alemanes. Todo el Grupo de Ejércitos Ucrania Sur se hundió, así que los españoles llegaron en mitad de la más completa hecatombe.

En este caso, tenemos claro su encuadramiento: los españoles debían haber conformado la 17.<sup>a</sup> Compañía del 138.º Regimiento de Cazadores de Montaña, uno de los dos regimientos de esta división. Como los regimientos de infantería convencionales solo tenían 15 compañías, a algún lector puede sorprenderles la denominación de esta unidad. Se explica porque los regimientos de cazadores contaban con tres batallones de cinco compañías cada uno (numeradas 1 a 15), más una compañía de antitanques (la 16.<sup>a</sup>) y otra de transporte de munición (la 17.<sup>a</sup>). Estas compañías

autónomas nunca se despliegan en bloque, sino asignando sus fuerzas como fracciones en los batallones regimentales. Lo subrayo porque, aparte de llegar en medio de un caos monumental, los españoles se vieron distribuidos en pequeños contingentes en medio de los alemanes de la 3.<sup>a</sup> de Cazadores. Nunca actuaron en bloque, como habría sido el caso de una compañía de infantería normal. Por ello, su presencia no ha dejado huella alguna en los diarios de operaciones de esta unidad.

A pesar de lo dramático del escenario, buena parte de la 3.<sup>a</sup> División de Cazadores logró esquivar el cerco a que se vieron abocadas otras unidades alemanas vecinas y retirarse hacia el oeste, hacia Hungría y Eslovaquia. La 17.<sup>a</sup>/138.<sup>o</sup> Regimiento de Cazadores prácticamente se desintegró al llegar al frente, y sus elementos siguieron la suerte de la división donde habían quedado encuadrados: una parte fue capturada por el Ejército Rojo, y otros elementos se retiraron hacia Hungría. Uno de los testimonios de un veterano del Batallón Fantasma aseguraba que le habían contado que una compañía española operó en Hungría y, más sorprendente aún, un autor húngaro ha narrado que hubo soldados españoles luchando codo con codo con la guarnición germano-magiar de Budapest, cuando esta ciudad quedó cercada a principios de diciembre de 1944. La única explicación plausible es que se tratara de elementos desgajados de la Compañía 17.<sup>a</sup>/138.<sup>o</sup> de Cazadores que no tuvieron ocasión de cumplir la orden que se dio a la unidad tras la traumática experiencia en Bucovina: retirarse también hacia Stockerau, en Austria, para ser reconstituida. La suerte de las tres compañías españolas que habían salido de Solbad Hall Tirol había sido diversa, pero en modo alguno habían tenido un papel digno de pasar a las páginas de los libros de historia. Y, la verdad, no es extraño.

En el plazo de muy pocos meses la guerra había dado un giro tan abiertamente contrario a Alemania que era imposible no vislumbrar la derrota final del Tercer Reich. Durante aquel verano de 1944, en el oeste, los Aliados habían ocupado Francia y hasta en Italia habían logrado, ¡por fin!, entrar en Roma. Pero en el Frente del Este había sido mucho peor, una catástrofe completa: el Grupo de Ejércitos Centro había sido aniquilado; el Grupo de Ejércitos Norte, arrinconado en Curlandia; y los grupos Ucrania Norte y Ucrania Sur fueron casi laminados. No es extraño que la moral de lucha de los españoles de las distintas compañías del Batallón Fantasma se viera afectada por estos hechos. También sus mandos alemanes acusaban ese hundimiento de la voluntad de luchar, y hacían todo lo posible por eludir el marchar al frente. La tarea de instruir en retaguardía a soldados extranjeros como eran los españoles era muchísimo menos peligrosa que la eventualidad de ser destinado a una unidad de combate alemana, así que estos cuadros hacían todo lo que estaba en su mano por mantener a los españoles alejados de sectores en donde se librarán grandes combates. Que esta primera intervención del Batallón Fantasma en los combates del este fuera tan poco épica no es de extrañar, en resumen.

Hacía falta una notable dosis de fanatismo para seguir confiando en la victoria final. Pero no faltaban personas con esa fe. Y eso es lo que ocurría con alguien del que ya hemos hablado, Van Horembeke. Para lograr contactar con Degrelle y exponerle su idea de alistar a voluntarios españoles había tenido que alistarse en la 5.<sup>a</sup> Brigada SS Wallonie y plantarse en Estonia, donde el único batallón operativo de esa unidad participaba en duros combates. En cuanto Degrelle escuchó a Van Horembeke hablar de que se podía alistar a todo un regimiento de voluntarios españoles y así reforzar su unidad, que padecía una debilidad crónica de efectivos humanos, estuvo interesado en el tema. Y lo estuvo aún más cuando, en medio de aquel ambiente de derrota,

y buscando aumentar los efectivos humanos disponibles, el mando de la Waffen SS dio órdenes de ampliar al nivel de divisiones la 6.<sup>a</sup> Brigada SS flamenca (lo que ocurrió el mes de septiembre) y la 5.<sup>a</sup> Brigada SS valona (ya en octubre). Sobre el papel, cada una de estas dos nuevas divisiones, numeradas 27.<sup>a</sup> —la flamenca— y 28.<sup>a</sup> —la valona— respectivamente, debía tener tres regimientos. A la 28.<sup>a</sup> División SS Wallonie le correspondería organizar los regimientos 69.º, 70.º y 71.º. Como Degrelle no había logrado hasta entonces poner en pie fuerzas valonas superiores a las de un regimiento, la perspectiva de disponer de todo un regimiento español para su proyecto tenía la mayor importancia. Para intentar lograrlo Degrelle se iba a apoyar en el citado Van Horembeke; en otro belga valón también veterano de la Guerra Civil española en el bando nacional, Paul Kehren; y en uno de los oficiales españoles de los que se habló, García Valdajos.

Sin embargo, Degrelle no iba a ser el único interesado en contar con españoles. Tras descubrirse su vinculación con los militares golpistas que habían intentado atentar contra la vida de Hitler, el 20 de julio, la estrella del almirante Canaris se había apagado definitivamente, y la organización que había dirigido, el Abwehr, el servicio de Inteligencia Militar alemán, se había convertido en sospechoso y sería disuelto. En septiembre, se ordenó que su fuerza de choque, la División Brandenburgo, fuera reorganizada como una unidad militar convencional. Pero convertir en simples infantes al personal que estaba mejor preparado para operaciones en la retaguardia enemiga era un derroche, así que la Waffen SS se hizo cargo de ellos, y los Streifkorps de los brandenburgueses se convirtieron de manera casi automática en las Jagdverbände (Unidades de Caza) de la Waffen SS (Biddiscombe, 2006).

Al frente de estas unidades de operaciones especiales de la Waffen SS estaba un oficial de fama ya mítica, Otto Skorzeny. Su papel en la liberación de Mussolini — ensalzado hasta el delirio por la propaganda alemana de la época— lo había convertido en personaje popular, y esa fama servía para atraer hacia las unidades que iba a mandar a muchos hombres, fascinados por las posibles aventuras. El objetivo de las Jagdverbände era el mismo que el de los Streifkorps: actuar en la retaguardia del enemigo, generando o apoyando movimientos de resistencia contra cualquiera de los aliados, tanto los occidentales como los soviéticos.

La SS Jagdverband Südwest debía desplegarse en el teatro de operaciones de Italia y la Francia meridional, y empezó a actuar desde el mismo mes de septiembre. Englobaba a los efectivos que habían pertenecido a los Streifkorps que se intentaron organizar para la Francia meridional, y combinaba personal alemán (unos 300 hombres), y otros 300 entre italianos, franceses y un puñado de españoles. La mandaba el capitán Gerlach, un veterano brandenburgués que tenía casi completa libertad de acción para planificar sus misiones. Sobre el papel, la SS Jagdverband Südwest debía incluir a los veteranos del Einsatzgruppe Pyrenaen del alférez Demetrio, pero es dudosísimo que llegara a haber alguno de ellos, ya que la citada unidad había desaparecido prácticamente. Se trataba, por tanto, de nuevos reclutas recién incorporados al mundo de las unidades «de operaciones especiales». De los 25 españoles que llegó a encuadrar la SS Jagdverband Südwest solo nueve eran veteranos de la DA. El resto formaban parte de la colonia de españoles que entonces residían en Alemania, y llamaba la atención que varios de ellos fueran en realidad hispano-alemanes, hijos de matrimonios mixtos. El grupo fue bautizado como «Roland», muy apropiado para una fuerza que se pensaba utilizar exactamente en los Pirineos.

Gerlach estaba lo suficientemente informado del estado de ánimo de los comunistas españoles en el sur de Francia como para trazar un plan bastante maquiavélico. Ensoberbecidos

por lo que creían que había sido una hazaña militar, su participación en los combates del Sur de Francia aquel verano (que no pasaban de simples refriegas contra un enemigo en retirada), y convencidos de que Franco nadaba en un mar de sangre y lágrimas de frentepopulistas sometidos al terror, que iban a alzarse en masa en cuanto pudieran, los comunistas españoles habían pensado invadir España con «sus tropas», en una operación bautizada de manera bastante pomposa: «Reconquista de España».

Lo maquiavélico del plan de Gerlach era que pensaba mandar a los españoles del Grupo Roland para incentivar a los comunistas españoles a lanzarse al ataque contra España. Si este se producía le crearía algún tipo de dificultades a Francia, que debería enviar tropas propias a los Pirineos, retirándolas del frente occidental donde luchaban contra la debilitada Wehrmacht. Y si los comunistas españoles tenían éxito y avanzaban triunfales hacia el interior de España, eso supondría una complicación para británicos y norteamericanos, que no podían ver con simpatía la idea de un régimen comunista en la Península Ibérica, y como mínimo deberían mandar algunas tropas propias para tomar parte en estas operaciones en España, de manera que esta no cayera en manos comunistas. Pero a Gerlach no le hizo falta lanzar a los hombres del Grupo Roland en los Pirineos para que actuaran; el Partido Comunista se bastó a sí mismo para desencadenar la Operación Reconquista de España, cuyo primer paso (la ocupación del valle de Arán) ya se saldó con el más ominoso de los fracasos. Sin grandes problemas, el Ejército Español aplastó la intentona comunista y nadie en España se alzó para recibir con los brazos abiertos a los comunistas. El Grupo Roland quedó a la espera de una nueva misión.

El 25 de octubre de 1944 el Batallón Fantasma del capitán Graefe pasaba a tener una nueva denominación. A la vez que regresaban las dos compañías que habían operado en Eslovenia y los elementos que lo lograron de la que estuvo en Bucovina, nacían oficialmente dos «batallones»: el *Freiwilligen Ausbildungs Bataillon (spanische)* (Batallón de Instrucción de Voluntarios españoles), acuartelado en Stockerau y *Freiwilligen Ersatz Bataillon (spanische)* (Batallón de Depósito de Voluntarios españoles) en Hollabrunn, dos pequeñas localidades cerca de Viena. En ellos se integró también el contingente que había seguido afluyendo hacia Solbad Hall Tirol entre agosto y octubre, compuesto ya en su práctica totalidad por trabajadores españoles en Alemania.

A la vez que el gobierno español había empezado a pergeñar el plan para retirar la DA, se había empezado a tratar el problema de repatriar a la colonia de trabajadores españoles en el Tercer Reich. La Delegación de la CIPETA (Comisión Interministerial Para el Envío de Trabajadores a Alemania) en el Tercer Reich logró que la cifra de estos bajara de los 6.000 hombres en octubre de 1943 a los 3.000 en marzo de 1944 y para octubre siguiente quedaban solo unos 1.000 de los llegados oficialmente. Y subrayo oficialmente, porque también había trabajadores que cruzaban clandestinamente la frontera para ir a trabajar a Alemania. Una vez que los alemanes tuvieron claro que CIPETA estaba «saboteando» el envío de trabajadores españoles, decidieron usar los servicios del sindicato oficial alemán (el DAF), que tenía delegaciones en España. El ya citado García Pérez, que aventura la cifra de algunos trabajadores, ha subrayado que entre estos trabajadores de última hora, que también debían cruzar la frontera clandestinamente, había bastantes divisionarios. Que estos hombres decidieran en bastantes casos volver a ser soldados no puede sorprendernos.

En estos meses de otoño de 1944, la Delegación Especial de CIPETA que atendía desde Berlín la problemática de los trabajadores españoles emitió (y recibió) muchos informes sobre

estos trabajadores que pasaban a la categoría de soldados. Por comunicación de alguno de ellos se supo, por ejemplo, que en el caso de los dos «batallones» citados como acantonados cerca de Viena se usaba el escudo español en el uniforme alemán (incluso por parte del personal de encuadramiento alemán), y que era frecuente también el uso del emblema del yugo y las flechas. De esos informes se deducía que en muchos casos los trabajadores que se alistaban eran los más jóvenes de edad. También se pudo constatar que los que se alistaban no eran siempre los que trabajaban en empresas arrasadas por la aviación aliada, pues en varias ocasiones eran las empresas alemanas las que se dirigían a la delegación en Alemania de CIPETA para «denunciar» que sus trabajadores españoles habían desaparecido, precisamente camino de Viena... A esas alturas, la delegación de CIPETA hacía todos los esfuerzos posibles para evitar esos alistamientos de trabajadores españoles en las fuerzas armadas alemanas, pero desde que se bloqueó la posibilidad de devolverlos a España, por la presencia de los Ejércitos Aliados en Francia, su tarea era muy complicada.

Para su encuadramiento, el Batallón de Instrucción y el Batallón de Depósito españoles quedaron bajo la autoridad de la Brigada de Depósito e Instrucción de Voluntarios Croatas. Esta unidad atendía las necesidades de remplazos para las tres divisiones de voluntarios croatas con las que contaba a la sazón el Heer alemán (las divisiones 369.<sup>a</sup>, 373.<sup>a</sup> y 392.<sup>a</sup>). Lo llamativo del caso de estas unidades era que ahora se usaba abiertamente para ellas el gentilicio «español». Ya no existía relación alguna entre el Tercer Reich y España, pues desde la ocupación por los Aliados del territorio francés era imposible para Alemania obtener de España los minerales estratégicos u otros productos que antes habían llegado. Herir la susceptibilidad del gobierno español, o incluso crearle complicaciones internacionales a España, ya era algo irrelevante para los alemanes.

Ninguna de las dos unidades citadas tenía en realidad el nivel de fuerza de un batallón. Desdoblar lo que antes había sido una única unidad permitía, sin embargo, aumentar el personal alemán a ellos adscritos, y por tanto «emboscar» a más gente para eludir el marchar al frente. Además, aunque pueda parecer sorprendente, seguían afluyendo nuevos reclutas. Pero ahora el perfil dominante era muy distinto al originalmente previsto. Además de los trabajadores españoles en Alemania, de los que he hablado más arriba, también aparecían ahora por Stockerau y Hollabrunn españoles de los que habían colaborado con las fuerzas de seguridad alemanas en Francia, y que huyeron hacia Alemania, y una vez allí se encontraban sin trabajo y, por tanto, sin sueldo ni cobijo. Y había otros trabajadores españoles de origen más sorprendente.

Cuando Alemania exigió a Francia que enviara mano de obra a trabajar al Tercer Reich (mediante el llamado Servicio de Trabajo Obligatorio), las autoridades galas decidieron que mandarían tantos exiliados españoles como pudieran, ahorrándoles así ese trago a otros tantos obreros franceses. La cantidad de españoles que llegó de esta manera al Tercer Reich no es segura, y la cifra oscila según las fuentes, que a veces la elevan hasta los 30.000 o 40.000, y otras la cuantifican entre 3.000 y 4.000. En cualquier caso, eran muchos los que entre ellos se encontraban con un grave problema: la ya omnipresente aviación anglo-norteamericana había destruido sus centros de trabajo y/o sus viviendas, dejándolos sin sueldo y sin residencia. Y algunos vieron en las unidades españolas acantonadas en Stockerau y Hollabrunn una posibilidad de supervivencia. No faltaba entre ellos el que había descubierto que el nacionalsocialismo tenía una política de protección al obrero que le parecía digna de ser admirada y defendida, pero desde

luego lo razonable es pensar que, en la mayoría de los casos, estos alistamientos de última hora tenían más que ver con escapar a una agobiante situación personal que con cualquier otra causa. Para este tipo de reclutas, de lo que se trataba era de disponer de techo y comida a la espera de que acabara la guerra. Una situación que forzosamente debía incomodar a los que se habían alistado por razones más políticas, más próximos al falangismo, que por ello iban a ser muy receptivos a otras propuestas de alistamiento más audaces.

Recién regresado de Estonia, el 8 de octubre, Degrelle se entrevistó con García Valdajos en Berlín. Tras la entrevista, empezó de verdad la tarea de reclutar españoles para la 28.<sup>a</sup> División SS (Bruyne, Rikmenspoel, 2004). En realidad si Degrelle deseaba crear su división debía reclutar a la vez también a muchos más valones, para cubrir las graves bajas de su unidad, y también esperaba atraer a franceses, por lo que sus reclutadores se dedicaron a recorrer Alemania en busca de cualquier recluta potencial belga valón, francés o español. Una tarea que iba a consumir bastantes semanas de esfuerzo. Del tema de los españoles se encargaron García Valdajos, Van Horembeke y Kehren. Dentro de esa búsqueda de nuevos reclutas, las unidades españolas de Stockerau y Hollabrunn se convirtieron en un objetivo prioritario. Armados de los pertinentes «pases especiales» que señalaban su función de reclutadores, empezaron a actuar en las proximidades de Stockerau y Hollabrunn, y atraieron hacia sus filas a los mejores elementos de aquellos «batallones», los que eran antiguos divisionarios (que ocupaban en ellos los puestos de mando en los pelotones, dado que ahora los nuevos reclutas eran casi todos antiguos trabajadores). Había razones que explicaban la atracción que ejercía la «Wallonie»: Degrelle era un personaje habitual en la prensa y los noticiarios cinematográficos. Estaba condecorado con la Cruz de Caballero. Sabía galvanizar a sus hombres. El anodino capitán Graefe no podía competir con una figura de ese calibre. Así que a partir de noviembre las unidades del Batallón Fantasma sufrieron una auténtica hemorragia de personal con destino a la División SS Wallonie.

El comandante de la Brigada de Depósito Croata —un coronel alemán, dicho sea de paso— estaba escandalizado por lo que le parecía un grave caso de indisciplina, así que a finales de diciembre se dirigió al Alto Mando para informar de la situación. Citaba lo ocurrido las fechas anteriores a su escrito y aseguraba que el día 12 de diciembre se habían producido 15 desertiones; 12 el día 13; y seis el día 17. Le constaba que en la División SS Wallonie a los españoles se les reconocían las graduaciones que hubieran tenido, en España o en la DA, lo que no ocurría en los batallones de Stockerau y Hollabrunn, y esa circunstancia aumentaba la tendencia a desertar hacia las filas valonas.

Y sin embargo, la cifra de voluntarios españoles que llegaban a la Wallonie estaba muy lejos de la esperada por Degrelle. En el proceso de reorganización de la unidad, se pudo poner en pie el primer regimiento de la división, el 69.<sup>o</sup>. Pero del segundo regimiento no fue posible organizar más que su Primer Batallón. Y dentro de ese batallón, se formó la unidad española, que sería la Compañía 3.<sup>a</sup>/70.<sup>o</sup> Regimiento SS. A su frente se puso a un oficial valón que hablaba español por haber residido en Argentina, pero los tres jefes de sección y los jefes de pelotón eran veteranos de la DA, en la que habían servido como oficiales o suboficiales. Al acabar el año la compañía seguía sin haber completado sus efectivos, por lo que García Valdajos seguía tratando de captar nuevos reclutas por toda Alemania.

No era la única unidad de la Waffen SS a la que le costaba completar sus filas. En julio de 1944 se había dado orden de poner en pie una división SS de cazadores (infantería ligera), que

debería actuar en misiones de lucha antipartisana en la zona de las montañas del Karst, en los confines entre Eslovenia e Italia. Se le asignó nombre y número (24 Karstjäger Division der SS), se fijó su plantilla (dos regimientos de infantería y unidades de artillería, etc.) y se le dio gran libertad para su reclutamiento, de manera que aunque incluyó a alemanes y alemanes étnicos, también estaba autorizada para reclutar a italianos, a eslovenos, etc. Fue imposible, sin embargo, mantenerle el estatus de división, porque le faltaban muchos efectivos para ello, y en diciembre fue «degradada» al nivel de brigada. Pero incluso así le costó encontrar el personal suficiente.

Y aquí es donde aparece la figura del otro oficial español citado, Ortiz. También él había logrado huir de Francia en septiembre de 1944, y durante algún tiempo estuvo adscrito a la unidad española destinada en Solbad Hall Tirol, hasta donde llegó mientras las compañías del Batallón Fantasma actuaban en Eslovenia y los Cárpatos. Este hombre, que siempre se definió a sí mismo como un aventurero (Mier, 1951), acabó siendo captado por los reclutadores de la Waffen SS, que le sugirieron que ayudara a poner en pie un contingente español para la Brigada SS Karstjäger, dándole para ello libertad de acción. Dada la proximidad de Viena con la zona de operaciones de la Karstjäger, Ortiz no se privó de intentar reclutar entre el personal de los batallones de Stockerau y Hollabrunn, pero tampoco dudó a la hora de pedir a los alemanes que le permitieran reclutar a españoles que tenían problemas con la justicia alemana. Habida cuenta de las graves dificultades a las que se enfrentaban entonces muchos españoles, eran bastantes los que habían acabado delinquiendo. Con estos métodos poco ortodoxos, Ortiz acabó formando una compañía, que tras pasar un periodo formativo en un batallón de instrucción, en febrero de 1945 adoptaría su denominación definitiva: la Compañía 5.<sup>a</sup> del 59.<sup>o</sup> Regimiento SS. Esa denominación nos evidencia que era la primera del Batallón II de este regimiento, único que llegó a estar organizado —y a medias como vemos—, de la Karstjäger, ya que pese a todos los esfuerzos de sus mandos, esta unidad no conseguía «despegar» (Corbatti, Nava, 2009).

Había otros grupos más pequeños de españoles, en otros rincones. En septiembre de 1944 la Waffen SS había dado orden de convertir una fuerza colaboracionista de policía italiana en una nueva brigada SS, y poco después se la elevaba al rango de división, con la denominación de 29.<sup>a</sup> División SS. Algunos de los jóvenes trabajadores belgas que Degrelle estaba reclutando en Alemania eran de ascendencia italiana, así que en enero de 1945 solicitaron ser trasladados a la nueva división. Un total de 12 de los españoles reclutados para la Wallonie alegaron que en realidad el italiano les era mucho más comprensible que el francés, así que lograron y obtuvieron el traslado de la 28.<sup>a</sup> División SS, la valona, a la 29.<sup>a</sup> División SS, la italiana.

Otra institución alemana trató de reclutar también en el contingente español de Stockerau-Hollabrunn. Tras la desaparición del Abwehr, el Sicherheitdienst o SD, asumió íntegramente las funciones de inteligencia militar. Necesitaba urgentemente reclutar espías potenciales a los que enviar después por el método que fuera posible a España y también a Francia (la Luftwaffe había creado una unidad de operaciones especiales aéreas para realizar vuelos destinados a infiltrar agentes). Se esperaba contar con un grupo de 50 españoles, que en gran parte fueron reclutados a expensas del Batallón Fantasma, y a la medida que iban siendo captados eran enviados desde Viena a Potsdam, en las cercanías de Berlín. Una vez allí, recibían instrucción en las técnicas que debía conocer todo buen espía sobre cifrado de mensajes, sabotaje, etc.

El 7 de noviembre de 1944 diversos diarios españoles recogieron las declaraciones de Franco a un periodista norteamericano de la United Press, en las que afirmaba que España

siempre había sido neutral, y añadía:

La presencia de los voluntarios españoles en la División Azul no implicó ninguna idea de conquista, ni pasión contra ningún país, sino un propósito únicamente anticomunista, en la tradición de las legiones extranjeras. Cuando el Gobierno español conoció que la presencia de estos voluntarios podía afectar a sus relaciones con aquellos países Aliados con quienes sostenía relaciones amistosas, tomó las medidas precisas para obligar a aquellos voluntarios a reintegrarse a la Patria.

Y sin embargo, un puñado de españoles seguía en la lucha, de manera voluntaria, aunque a veces simplemente porque les habían forzado las circunstancias. La Compañía 3.<sup>a</sup>/70.<sup>o</sup> Regimiento SS estaba tomando forma en la División SS Wallonie, y la Compañía 5.<sup>a</sup> del 59.<sup>o</sup> Regimiento SS lo iba a hacer en breve en la Brigada SS Karstjäger, mientras que en Stockerau y Hollabrunn existían sendas compañías etiquetadas como «batallones», por no citar la presencia anecdótica de españoles en la SS Jagdverband Südwest, en la División SS italiana o el pequeño grupo de agentes secretos que trataba de instruir el SD.

Por cierto, la respuesta a la misiva del coronel que mandaba la brigada croata de remplazo sobre qué se debía hacer con esas dos compañías españolas, conservada en los archivos alemanes, debe ser subrayada: el Alto Mando contestaba que ya no tenía sentido mantener su existencia como unidades de instrucción y depósito, y lo mejor que se podía hacer era convertirlas en unidades de combate, y adscribirlas a la Waffen SS que a esas alturas estaba absorbiendo todas las unidades extranjeras del Heer alemán (incluyendo la exótica Legión India Libre y el Cuerpo de Ejército de Caballería Cosaca). Lo primero nos consta que se hizo, no así lo segundo.

En realidad, ambos «batallones» españoles, el de instrucción de Stockerau y el de depósito de Hollabrunn, y todas las unidades que por cualquier razón se encontraban en retaguardia, estaban siendo organizadas en grupos de combate dentro de cada región militar, para ser enviados a los frentes, cada vez más cercanos al corazón de Alemania. Y la XVII Región Militar (la de Viena), en la que se encontraban Stockerau y Hollabrunn hizo lo propio, creando en diciembre de 1944 entre otros el Kampfgruppe 16.<sup>o</sup>/XVII, donde quedaron integrados los españoles para su movilización operativa, a la espera de recibir la orden de ser enviados al frente.

Pero aquel mes, donde se concentró la atención fue en la ofensiva alemana en las Ardenas, lanzada el 16 de diciembre, que logró una completa sorpresa y por algunos días permitió a las tropas germanas un sorprendente avance. Entre las claves del éxito inicial alemán estuvo su uso de unidades de operaciones especiales de la Waffen SS mandadas por Skorzeny, que se infiltraron en la retaguardia enemiga, un hecho que logró eco internacional. Antes de que acabara el año esta ofensiva había sido detenida, sin embargo. Pero el día 1 de enero, y para añadir presión sobre los ejércitos de los Aliados, los alemanes atacaron también en Alsacia, y por unos días hicieron retroceder allí moderadamente al 7.<sup>o</sup> Ejército norteamericano.

Uno de los mitos sobre la presencia de españoles en esta fase final de la guerra habla de la presencia de compatriotas en las unidades de operaciones especiales alemanas que actuaron en la ofensiva de las Ardenas. La realidad es más humilde. El 5 de enero de 1945, y en el marco de esta pequeña ofensiva alemana en Alsacia, el grupo de 22 españoles integrado en la SS Jagdverband Südwest realizó un golpe de mano en la retaguardia norteamericana, cortando líneas de teléfono y haciendo cuatro prisioneros. Pero dos de los españoles fueron capturados por americanos y, como usaban ropas civiles, ejecutados de manera inmediata (la misma suerte que corrieron los mucho más numerosos hombres de Skorzeny capturados en las Ardenas). Por otra parte, la ofensiva

alemana en Alsacia, mucho más modesta que la lanzada sobre las Ardenas, no tardó en ser contenida también. El frente volvió a estabilizarse y el contingente español de la *SS Jagdverband Südwest* acabó siendo agregado a la 256.<sup>a</sup> División de Infantería alemana en el sector de frente del Rin meridional, y se les aseguró que cuando la Wehrmacht relanzara sus grandes ofensivas, esa unidad sería la que encabezaría el avance en dirección a los Pirineos y a España, de la que ellos serían la vanguardia.

En el Frente del Este la marcha de la guerra no podía ser peor para el Tercer Reich. En su sector meridional, el 25 de diciembre la ciudad de Budapest quedaba finalmente cercada por el Ejército Rojo (y en el cerco es probable que quedara un puñado de los españoles que habían sido enviados a Bucovina y no habían podido regresar a Austria). Había que reforzar aquel sector suroriental del frente, donde los alemanes iban a intentar de hecho la que fue su última gran ofensiva de la guerra, redesplegando allí las unidades que habían intervenido en las Ardenas.

Los españoles iban a tener una modesta participación en este capítulo. El plan de ataque que estaban fraguando los alemanes consistía en una ofensiva sobre la llanura húngara para liberar a Budapest de su cerco y recuperar los pequeños campos petrolíferos de la zona. Pero había que reforzar los flancos de esa fuerza atacante, y el flanco izquierdo se extendía por Eslovaquia. Allí operaba la 357.<sup>a</sup> División de Infantería alemana que, como otras muchas unidades germanas, estaba corta de efectivos. Para reforzarla la XVII Región Militar recibió orden de enviarle los Kampfgruppen 14.º/XVII y 16.º/XVII, siendo este último al que habían sido adscritos los españoles del Batallón Fantasma. Ya no era posible mantener la ficción de que se trataba de dos batallones, así que el 26 de enero se ordenó la disolución oficial del Freiwilligen Ausbildungs Bataillon (spanische) de Stockerau y el Freiwilligen Ersatz Bataillon (spanische) de Hollabrunn, cuyos efectivos fueron volcados en las Freiwilligen Kompanie (spanische) (Compañías de Voluntarios españoles) 101.<sup>a</sup> y 102.<sup>a</sup>. Se les asignó un número de estafeta postal (el 08273) que ya no era el heredado del Ersatzkommando, y que venía siendo el empleado por las unidades del Batallón Fantasma.

Los dos «batallones» de Stockerau y Hollabrunn fueron formalmente disueltos y en su lugar se creó una modesta Abwicklungs und Betreueungstab (spanische), esto es una comisión liquidadora y asistencial que se haría cargo de atender las prestaciones (pensiones, asistencia médica, etc.), a que tuvieran derecho estos voluntarios españoles. Como tal comisión liquidadora, se hizo cargo del abultado archivo de lo que había sido el Ersatzkommando y también del más modesto de lo que llamamos Batallón Fantasma, conjunto de documentos que ya he señalado que se perdió en el caos del final de la guerra.

- ❶ Eslovenia. Agosto de 1944
- ❷ Cárpatos de Rumanía. Agosto de 1944
- ❸ Pirineos. Verano de 1944
- ❹ Pomerania (con la División SS «Wallonie»). Febrero de 1945
- ❺ Eslovaquia (con la 375ªDIV.) Enero-abril de 1945
- ❻ Frontera Italo-Eslovaca (con la Brigada SS «Karstjäger»). Marzo-abril de 1945
- ❼ Alsacia (con la SS Jagdverband Sudwest)
- ❽ Berlín (Unidad Izquierda). Abril de 1945
- A Campamento de Stablack (al Sur de Königsberg, Prusia Oriental)
- B Campamento de Solbad Hall Tirol (Tirol austriaco)
- C Campamento de Stockerau y Hollabrun (al Norte de Viena)
- SS «F» Sonderstab F. A lo largo de los Pirineos



EL «BATALLÓN  
FANTASMA»  
(1944-1945)

Las dos compañías españolas se desplazaron hacia el este, pasando por Bratislava, la capital de Eslovaquia, para finalmente unirse a la 357.<sup>a</sup> División antes de que acabara enero de 1945 en la zona de Sared. Su sector estaba tranquilo en esos momentos, y donde se libraban los combates de importancia era en el marco de las operaciones para tratar de liberar Budapest, más al sur. Sin embargo, los soviéticos detectaron su presencia en las líneas, y frente a ellas no tardó en aparecer un grupo de propagandistas soviéticos, capaces de expresarse en español, con la misión de desmoralizarlas.

Este mes de enero reapareció en escena otro de los oficiales de los que hablé, Miguel Ezquerro, que como García Valdajos y Ortiz se había retirado a Alemania tras la expulsión de los germanos de Francia. Finalmente había recalado en la órbita del general Faupel, el director del Instituto Ibero-Americano, institución cultural alemana consagrada a establecer lazos culturales entre Alemania y el mundo hispanófono. Este militar y político alemán, con experiencia en países hispanoamericanos, fue el primer embajador del Tercer Reich ante la España nacional en la Guerra Civil, pero tuvo que ser cesado por sus intromisiones a favor de Manuel Hedilla y Falange, que molestaron profundamente a Franco. Durante la Segunda Guerra Mundial siempre había prestado una atención especial a los temas de la División Azul. Y en aquellos últimos momentos de la guerra, quiso tener un mayor protagonismo.

En primer lugar, se hizo con la cabecera de *Enlace*. Esta publicación quincenal se había subtítuloado «Periódico de los obreros españoles en Alemania» porque, en efecto, había estado orientada hacia este colectivo y era editada por la delegación española de CIPETA, encargada de atender sus intereses en el Tercer Reich. Como cabe imaginar en sus páginas había sido frecuente el tema de la DA. Desapareció en julio de 1944, para reaparecer en septiembre, ya sin el citado subtítulo, y editada por el Instituto Ibero-Americano. Lo sorprendente era la figura del redactor jefe, cuyo nombre aparecía bajo la cabecera: Martín de Arrizubieta. Se trataba de un sacerdote y militante del nacionalismo vasco al que los azares de la guerra habían llevado hasta Berlín. Y Faupel confió en él para tratar de dar vida a una especie de nazismo a la española, con fortísimos ribetes racistas, que jamás se habían dado en el falangismo, que en definitiva pretendía ser una alternativa al franquismo y al falangismo, con los que los alemanes como Faupel se sentían muy defraudados. Reaparecía así una antigua relación entre el racismo (ideología bautizada en alemán como *volksische*) y el nacionalismo vasco, que había llevado a Víctor Pradera a afirmar que los separatistas del PNV no eran otra cosa que *volksisches con txapela*. Con artículos como *La Voz de la Raza* (en el número de 12 de septiembre de 1944), *Raza y Revolución* (en el número 15, en octubre de 1944) Arrizubieta intentó —en vano— dotar de un perfil ideológico propio a los españoles que seguían encuadrados en las tropas alemanas. Otros artículos de *Enlace* enfatizaban sobre las políticas sociales del Tercer Reich, y no faltaban las páginas de tipo cultural, y las de atención a correspondencia, pues siendo esta entonces la única publicación en español accesible en Alemania, los alemanes interesados en la lengua española también hacían uso de ella.

A través de *Enlace*, Faupel quiso promocionar el alistamiento de españoles en las Fuerzas Armadas Alemanas y, para empezar, en el número 14 (de octubre de 1944) se publicó un artículo que recordaba los desvelos que el Instituto Ibero-Americano había tenido para con los divisionarios:

Desde que la División Azul regresó a España, no se han interrumpido las relaciones de amistad entre los antiguos combatientes y el Instituto Ibero-Americano. Ahora, como antes, los antiguos soldados de la División visitan el Instituto (...). Los unos quieren continuar sus estudios en una Universidad alemana (...) otros necesitan una cura para sus heridas sufridas en el Este, y otros buscan trabajo en Alemania. Todos los deseos se satisfacen.

En el número 16 (también de octubre), un español que se presentaba como voluntario en el Ejército Alemán señalaba que el recientemente realizado intento de invasión comunista de España desde suelo francés evidenciaba que era imposible la neutralidad española con respecto a las potencias occidentales (calificaba como cómplices de la invasión al gobierno de De Gaulle y a las autoridades militares norteamericanas), anotaba que España había tenido que movilizar a sus tropas para repelerla, y por ello señalaba que lo correcto en ese momento era seguir combatiendo en las filas alemanas:

Nosotros, hoy encuadrados en las filas del Ejército alemán (...) podemos tener el orgullo de habernos adelantado a esa movilización a la que se ve hoy obligada España (...). Yo, humilde soldado alemán hoy, pero con todo mi orgullo de español hasta la muerte, pongo en vuestra consideración estos hechos.

En el mismo número, aparecía otro texto firmado por un «excombatiente de la División Azul», que evocaba el triste destino de Letonia, sometida de nuevo al yugo soviético, muy doloroso para él porque «Letonia para nosotros excombatientes de la División Azul guarda cariñosos y simpáticos recuerdos», en alusión al hospital y el hogar de reposo de la DA en Riga, y también porque los primeros soldados europeos no alemanes junto a los que combatieron los españoles en la campaña fueron los letones, que desplegaron junto a la Compañía de Esquiadores en enero de 1942. Y también aparecían breves notas dando noticias de otros «voluntarios españoles».

En el número 17, de noviembre, se publicaba toda una declaración de principios, «Nuestra posición», firmada por varios «excombatientes de la División Azul», en la que expresaban las razones por las que era necesario seguir luchando junto al Tercer Reich. Citaban las numerosas naciones de Europa Oriental que había quedado bajo ocupación soviética y señalaban que aunque no estuviesen presentes tropas soviéticas, en realidad la URSS también mandaba en Francia e Italia a través de sus respectivos Partidos Comunistas. Proclamaban orgullosos:

Nosotros los que un día por tierras de Baviera juramos fidelidad a la bandera alemana y a su Caudillo, no nos volvemos atrás de nuestra promesa. Aquí estamos como entonces, menos en número pero más fuertes (...). Nuestros ánimos están templados no solo con las glorias pasadas de Numancia, de Sagunto y del Alcázar, sino también con el recuerdo de Possad, de la Intermedia, el Ilmen y el Vóljov.

La completa ruptura con respecto a las posiciones del gobierno español se expresó en el número 18 (también de noviembre), donde se contraponían, mediante sendas columnas, las recientes declaraciones de Franco a un periodista de United Press (antes citadas) con otras suyas de fechas anteriores, donde había ensalzado los vínculos de España con el Tercer Reich. En la página siguiente a esta, bajo el título a toda plana de «Nunca traicionaremos a nuestros caídos», aparecía un extenso artículo firmado por «un exdivisionario» titulado «Política y guerra», que trataba de explicar el sentido histórico de la Segunda Guerra Mundial. Mucho más explosivo era

otro artículo en ese mismo número, titulado «Horas decisivas», donde se pedía, ni más ni menos, que España entrara en guerra para socorrer a Alemania:

Como a los falangistas del viejo estilo no les arredran las amenazas encubiertas ni las coacciones, existe hoy la presencia en las filas del Ejército alemán de ellos, de esos falangistas, cada vez en mayor cantidad, pues si bien ya no se puede cruzar la frontera, todos los españoles residentes en el Reich (...) afluyen, con las armas en la mano para combatir no ya solamente a la fiera comunista sino también a las plutocracias, a Inglaterra y a los Estados Unidos (...). Y los españoles que aquí arma al brazo nos encontramos, no pedimos ya, sino que exigimos (...) que los camaradas que en nuestra Patria están encargados por la seguridad, por la independencia (...) no ya que impidan que nuevamente los doblemente esbirros de Stalin, Churchill y Roosevelt irrumpen en nuestras fronteras, sino que desde esa misma frontera partan los falangistas, los españoles, a buscar al enemigo común, y lo hagan retroceder hasta que nos demos la mano.

También aparecieron otros textos específicamente dirigidos a los exiliados frentepopulistas que pudieran encontrarse en Alemania y a los que les llegara *Enlace*, para recordarles el trato humillante a que les habían sometidos los franceses y subrayándoles lo avanzado de la política social del Tercer Reich.

Buscando pasar de la palabra a los hechos, Faupel quiso aportar su grano de arena a la defensa final del Tercer Reich interviniendo en la gestión de las unidades compuestas por españoles que existían en esos momentos. Si para su proyecto de crear un «nazismo a la española» Faupel se había fijado en alguien como Arrizubieta, no puede extrañarnos que para crear un nuevo contingente español eligiera a Ezquerria: parecía tener fijación con los aventureros. Faupel informó a Ezquerria de que las fuerzas españolas que había llegado a organizar el capitán Graefe, solo habían cosechado fracasos y estaban en proceso de disolución. Esperaba que él mejorara la situación, así que en enero de 1945 entró en acción con tal finalidad el que a la postre iba a ser el personaje que más fama iba a alcanzar en este capítulo de la participación española en la Segunda Guerra Mundial.

Pero en realidad las pequeñas unidades españolas ya existentes escapaban por completo a su control. La Compañía 3.<sup>a</sup>/70.<sup>o</sup> Regimiento SS compuesta por españoles e integrada en la división de Degrelle fue transportada a finales de enero de 1945 al nordeste de Alemania. Poco antes, el 31 de enero, el Ejército Rojo había alcanzado el río Oder, a pocos kilómetros de Berlín, después de una gran ofensiva desde el Vístula. En ese avance había dejado un extenso flanco a lo largo de Pomerania, situación que los alemanes pretendieron explotar mediante un contraataque. El muy ambicioso objetivo de la ofensiva era generar tal peligro para las tropas soviéticas que tuvieran que abandonar el Oder, para acabar así con la amenaza que se cernía sobre Berlín. Por las vueltas que estaba dando la guerra, resultó que una parte importante de las fuerzas que iban a intentar esta operación no eran alemanas. Todas ellas estaban integradas en el III Cuerpo de Ejército SS, que ostentaba el título de Germánico, por haber sido concebido para encuadrar este tipo de unidades. Estaban presentes la 11.<sup>a</sup> División SS Nordland (con voluntarios daneses y noruegos), la 23.<sup>a</sup> División SS Nederland (con voluntarios holandeses), y las ya citadas 27.<sup>a</sup> División SS Langemarck y 28.<sup>a</sup> División SS Wallonie, con voluntarios belgas flamencos y valones respectivamente. Esta última encuadraba la citada compañía española, muy débil aún en efectivos cuando llegó a Pomerania el 2 de febrero. Durante los días 3 y 4 se incorporaron nuevos voluntarios españoles, que debían de haber sido reclutados muy recientemente, porque se mostraban poco instruidos militarmente, y algunos llegaron incluso sin su armamento. Sobre este

capítulo solo disponemos de testimonios de oficiales valones, que hablan de dos grupos de hombres llegados uno desde Berlín y otro desde Viena. García Valdajos, que no se hallaba en el teatro de operaciones, seguía en su función de reclutador. Esas mismas fuentes valonas hablan de que el efectivo total de españoles alcanzó la cifra de 240 hombres, y que además de la ya existente compañía española fue posible organizar una sección adicional. Había entre ellos veteranos de la DA y la LA, y seguramente más de uno de ellos pensó que hacía tan solo un año se estaban batiendo en las proximidades de Leningrado, mientras que ahora iban a lanzarse al combate para proteger Berlín de la amenaza soviética. ¡Cómo había cambiado la guerra en un año!

Los combates de esta nueva ofensiva, que se iniciaron el 12 de febrero, se caracterizaron por su extremada dureza y las grandes bajas, y sin embargo los avances de las tropas atacantes fueron mínimos. De hecho los hombres de la Wallonie se vieron muy pronto forzados a la defensiva, y quedaron virtualmente cercados en Stargard. Siempre según las fuentes valonas, las únicas disponibles, cuando la Wallonie logró escapar de ese cerco, el 4 de marzo, ya solo permanecían en sus filas 60 españoles. Cabe suponer que bastantes resultaron muertos y heridos, dada la crudeza del combate, pero también que muchos de los españoles de la Wallonie, especialmente entre los muy recientemente incorporados, convencidos de lo inútil de aquel empeño, optaron por escapar hacia retaguardia, tratando de obtener ropas civiles para hacerse pasar por trabajadores desplazados. Era algo relativamente fácil en medio del caos que imperaba en la retaguardia, dado que inmensas caravanas con decenas de miles de civiles alemanes estaban moviéndose hacia el oeste, huyendo del Ejército Rojo. A mediados de marzo de 1945 el mando de la Wallonie recibió orden de transferir a los ya muy pocos españoles que seguían en sus filas a la autoridad del III Cuerpo de Ejército SS Germánico.

Escabullirse entre las masas de civiles que huían hacia el oeste no era difícil. Se habla mucho y con razón de los proyectos alemanes para aprovechar la Campaña de Rusia para desplazar a millones de eslavos hacia el este, de manera que dejaran hueco para futuros colonos alemanes. En realidad, tales planes jamás se pudieron poner en práctica. En cambio, apenas se habla de que el Ejército Rojo (y también sus aliados polacos y checos) expulsaron de sus territorios a muchos de los millones de habitantes de las regiones más orientales de Alemania.

Ese mismo mes de febrero, muy lejos del Báltico, en las proximidades del Adriático, iba a hacer su aparición la otra compañía española existente a la sazón en la Waffen SS, la 5.ª del 59.º Regimiento SS, encuadrada en la Kartsjäger y mandada por Ortiz. La carencia de documentación impide tener certidumbres, pero se considera que podría encuadrar unos 150 hombres. El teatro de operaciones donde se le envió se caracterizaba por lo confuso de los bandos en lucha. Eran los confines de Italia y Eslovenia, y tiempo atrás esos territorios habían pertenecido al Imperio austriaco, por lo que existía también un porcentaje de población germanófona. Al enfrentamiento entre «antifascismo» y «anticomunismo» se le solapaba aquí una lucha a tres bandas entre eslavos, latinos y germanos, con la pretensión de cada uno de los contendientes de realizar una «limpieza étnica» contra las otras nacionalidades. Además era una típica guerra de guerrillas, que siempre se caracteriza por el recurso a métodos de gran brutalidad, y los alemanes empleaban en la zona a fuerzas muy variopintas, que incluían a efectivos alemanes e italianos, pero también de diversos orígenes, desde milicianos eslovenos a tropas cosacas y otras reclutadas entre las nacionalidades asiáticas de la URSS. Un coctel explosivo. Un italiano, Teodoro Francesconi, veterano de los combates en aquella zona, fue de los primeros en citar en un libro la presencia de españoles en

esa región. En el primero de sus libros llegó a hablar de «algunos batallones de voluntarios españoles de la División Azul», mientras que en el segundo rebaja la importancia numérica del contingente y cita a los españoles como Batallón Hall, una denominación que se deriva del hecho de que Solbad Hall Tirol había sido el lugar donde habían estado acantonados los españoles durante varios meses. En cualquier caso, sobrevalora la importancia numérica del contingente (Francesconi, 1967, 1990).

La Compañía 5.<sup>a</sup>/59.<sup>o</sup> Regimiento SS de Ortiz empezó a realizar operaciones de combate en marzo, y pronto se iba a ganar una doble fama: la de su agresividad en combate y la de su brutalidad en los métodos. A diferencia de las unidades españolas que operaron en Eslovenia en el verano de 1944, que habían tenido un papel pasivo, defensivo, la Compañía 5.<sup>a</sup>/59.<sup>o</sup> Regimiento SS protagonizó operaciones de ataque. Algunas fuentes italianas de la época se refieren a ella como si se hubiera tratado de todo un batallón, dada su eficacia en la acción militar. En cuanto a la brutalidad desplegada por la unidad, sin olvidar que ese era un escenario donde todos los actores la practicaban a gran escala, debe tener sus raíces en el tipo de personal reclutado, ya que Ortiz no tuvo inconveniente en alistar a elementos asociales, y a esas alturas los mandos alemanes no eran nada escrupulosos sobre la ética de los nuevos reclutas, simplemente necesitaban cuantos más mejor. Cuando el agregado policial español en Roma realizó su informe ya citado sobre estas unidades clandestinas, formuló una pésima valoración sobre esta compañía, muchos de cuyos miembros se encontraban por aquellas fechas sometidos a procesos por la justicia italiana. En su descargo, lo que declaraban ante los tribunales los miembros de esa unidad, y así lo recoge el agregado, es que habían sido forzados a alistarse por los alemanes. Por otra parte, y como cabe imaginar, dado que el final de la guerra era inminente, a mitad de abril la compañía de Ortiz prácticamente se disolvió, y sus elementos buscaron escabullirse haciéndose pasar por civiles. También en aquella parte de Europa, aunque a mucha menor escala que en las regiones orientales de Alemania, estaba en marcha una limpieza étnica, que en este caso afectaba a los habitantes italianos.

El más importante contingente de españoles que seguían en la lucha era el compuesto por las Compañías 101.<sup>a</sup> y 102.<sup>a</sup>, agregadas a la 357.<sup>a</sup> División de Infantería, en el frente de Eslovaquia. Mientras la batalla rugió en Budapest, su sector estuvo tranquilo, porque el Ejército Rojo estaba concentrado en ese objetivo, pero el día 13 de febrero la capital húngara capituló. Sin embargo, el 6 de marzo los alemanes lanzaron la que fue su última ofensiva de la guerra, tratando de reconquistar el espacio entre el lago Balatón y el Danubio. Aunque el Ejército Rojo logró contener esta ofensiva, para anularla totalmente a continuación, desde el día 16 empezó a lanzar ataques sobre lo que era el flanco septentrional de las fuerzas alemanas que operaban en las llanuras húngaras, esto es, las fuerzas desplegadas en Eslovaquia. La 357.<sup>a</sup> División se vio situada de improviso en el ojo del huracán. El 24 el frente germano-húngaro en Eslovaquia se derrumbó y el Ejército Rojo se precipitó hacia Bratislava y Viena.

Muy poco antes del inicio de la ofensiva soviética en Eslovaquia, 13 de marzo de 1945, el gobierno español se había visto obligado a emitir este comunicado:

Para salir al paso de noticias lanzadas por radio Moscú y amplificadas por radios extranjeras, afirmamos que es absolutamente falsa la noticia, de procedencia soviética, de que algunas unidades españolas luchan al lado de los alemanes en el Frente del Este. Si algún español pudiera encontrarse, como combatiente, en cualquiera de los ejércitos beligerantes, lo haría por su libre albedrío y bajo su completa responsabilidad, a espaldas y en contra de la voluntad neutral del gobierno de España.

En efecto, los soviéticos habían detectado la presencia de las dos compañías españolas en la 357.<sup>a</sup> División, y no dejaron pasar la ocasión de lanzar un nuevo ataque contra el régimen de Franco. No existían en España noticias muy exactas de dónde podían estar actuando las unidades clandestinas de españoles organizadas por los alemanes, pero la ubicación del Batallón Fantasma quedó esclarecida por un informe del encargado de negocios de la embajada española en Eslovaquia, remitido desde Suiza, país en el que había obtenido refugio, aproximadamente un mes después de los hechos, el 21 de abril. El informe detallaba que hubo dos compañías españolas operando en Eslovaquia y lo podía afirmar con total seguridad porque antes de escapar de Bratislava había tenido ocasión de atender a unos 30 de ellos, que habían abandonado sus unidades, y hartos de la guerra, le pidieron ayuda para alcanzar Suiza o Italia...

De estos voluntarios españoles, unos eran antiguos soldados de la División Azul, o de los sacados clandestinamente de España por la recluta clandestina que provocó en su tiempo una reclamación del gobierno español al del Reich. Otros eran obreros que trabajaban en Alemania y que habían creído que mejorarían de situación sentando plaza.

El informe aseguraba que las compañías habían sido muy maltratadas en los combates y que un general alemán había dado orden de desmovilizar a los españoles de la 357.<sup>a</sup> División. Los fugitivos pudieron informarle también sobre que había otros españoles en la que llamaron «Legión Belga» y otra compañía, a la que describieron como «una formación mixta de españoles e italianos mandado por un teniente Ortiz». Es decir, lo que cabe deducir es que los distintos grupos de españoles que a aquellas alturas de la guerra aún llevaban uniforme alemán mantenían algún tipo de contacto entre ellos, hay que suponer que por vía postal. Las compañías españolas, se aseguraba en el informe del diplomático, habían quedado «deshechas o muy maltratadas». No pudo informar sobre el hecho de que muchos de sus miembros habían caído prisioneros.

Antes de que el citado encargado de negocios pudiera emitir su informe, exactamente el día 13 de abril, Viena había caído en manos soviéticas. En Stockerau, muy pocos kilómetros al norte de Viena, el capitán Graefe, que seguía al frente de la Abwicklungs und Betreueungstab (spanische), la Comisión Liquidadora y Asistencial, decidió retirarse hacia suelo bávaro con la diminuta plana mayor alemana que le asistía y una cincuentena de soldados españoles de las Compañías 101.<sup>a</sup> y 102.<sup>a</sup> que se habían replegado hasta allí. El 18, Graefe procedió a desmovilizar a los españoles que seguían a sus órdenes. Se intentó conseguirles ropas y documentos civiles y dirigirlos hacia Suiza o Italia.

El último capítulo de esta historia iba a escribirse en Berlín. E iba a tener un protagonista, Miguel Ezquerro. Desde que había abandonado Francia ante el avance Aliado había estado ocioso. Según sus célebres memorias, tituladas *Berlín a vida o muerte*, habría protagonizado varios episodios más o menos heroicos. Hay gente que se las cree a pies juntillas, pero como contienen tantas falsedades también hay gente que duda hasta que Ezquerro estuviera en la batalla de Berlín. A diferencia del simple aficionado a la historia, que solo puede conocer esos hechos por libros como los que escribió este personaje, el historiador que trabaja con archivos tiene la suerte de poder acceder a las solicitudes que los veteranos españoles de la Wehrmacht presentaron a la embajada germana en Madrid a mediados de los años 1960 para pedir las pensiones que les pudieran corresponder de Alemania.

La de Miguel Ezquerra está fechada a 12 de agosto de 1965. Y en ella la desbordante fantasía que acreditó en sus libros, y en las entrevistas que concedió, desaparece por completo. Cita con precisión qué méritos podía alegar, y desde luego entre ellos no estaba haber dirigido compañías españolas operando en la retaguardia de los Aliados en Normandía, ni haber dirigido a comandos españoles en la batalla de las Ardenas, ni nada similar. Tan solo su muy fugaz paso por la DA, su adscripción a la Sonderstab F, su reclutamiento para el Abwehr, con el que hizo un curso de espía, y el encargo que finalmente recibiera de Faupel de agrupar a los contingentes españoles. Por cierto, en esa instancia dirigida a las autoridades alemanas omite cualquier referencia a su encuadramiento en las Waffen SS, algo de lo que alardeaba en sus libros. Y sin embargo podemos tener la absoluta seguridad de que no faltaba a la verdad cuando afirmaba que estuvo en la batalla de Berlín. En la versión de sus memorias que publicó en 1947 y en portugués, citaba un hecho: la presencia en esa batalla, junto a su unidad de españoles, de un batallón de letones, a cuyo comandante identificaba. Pues bien, en 1947 ambas cosas solo podían ser conocidas por alguien que, en efecto, hubiera estado en Berlín en abril-mayo de 1945. Hoy en día conocemos la batalla de Berlín —y otras muchas— con tal lujo de detalles que podríamos inventarnos un relato absolutamente fidedigno sobre ella. Pero en 1947 no existía la vasta producción historiográfica que actualmente tenemos al alcance, y —repito— detalles como este eran absolutamente imposibles de conocer para alguien que no hubiera estado allí. Entonces, ¿cuál fue el papel real de Ezquerra y de la unidad española que dice haber mandado?

Desde luego, nunca estuvo en condiciones de poner bajo sus órdenes a las compañías españolas 101.<sup>a</sup> y 102.<sup>a</sup> integradas en la 357.<sup>a</sup> División; tampoco a la 5.<sup>a</sup>/59.<sup>o</sup> Regimiento SS de la brigada Kartsjäger. Moviéndose por Berlín pudo encontrar a un puñado de españoles que se atrevieron a ponerse a su servicio en una fecha tan avanzada como marzo de 1945. Afirma en sus memorias que para eso tuvo que reclutar incluso en cárceles, lo que cabe temer que sea verdad. Y por suerte para él, a mitad de ese mes, como vimos, se le transfirieron los elementos restantes de la Compañía 3.<sup>a</sup>/70.<sup>o</sup> Regimiento SS que había estado integrada en la Wallonie. Buena parte de los supervivientes de esta se habían camuflado ya como trabajadores para buscar cómo escapar de la guerra, pero quedaba el «último reducto», el de los más fanáticos, los absolutamente devotos de la causa. Para ellos no fue un trago de gusto verse mezclados con los reclutados por Ezquerra que, en el mejor de los casos, eran trabajadores desesperados por la destrucción de sus fábricas y sus lugares de residencia, y en otros casos eran menos recomendables. Pero Ezquerra tenía un importante padrino, el general Faupel, y este gozaba de relaciones directas con la élite nazi, y entre otros contactos, con el general SS Berger, el responsable del reclutamiento para la Waffen SS. Así que era Ezquerra y no otro quien tenía el encargo de tratar de conformar un contingente español, y a esto tuvieron que atenerse los veteranos españoles de la Wallonie.

Lo que nunca ha quedado claro es la denominación o el encuadramiento que se le dio a la unidad a su mando. Ciertamente no era el mejor momento para liarse a rellenar papeles, así que hay que conformarse con la idea de que se la llamara Einsatzgruppe Ezquerra (Grupo táctico Ezquerra) o Einheit Ezquerra (Unidad Ezquerra). Lo que no resulta creíble es su afirmación de que mandara dos compañías. Pero insistió tanto en ella que más de un autor de los que se cree sus fantasías se ha atrevido a bautizarlas como las 101.<sup>a</sup> y 102.<sup>a</sup> SS Freiwilligen Kompanie (spanische), por el expeditivo sistema de usurpar la identidad de las dos compañías que estaban en Eslovaquia. Para Ezquerra era importante afirmar que mandaba efectivos importantes, para así

poder «ascender». Es posible, como él cuenta, que al ingresar en el Abwehr se le reconociera el grado de capitán, pero como en sus memorias se acabará presentando a sí mismo como todo un SS Standartenführer (coronel SS), era importante mantener que mandaba efectivos de cierta envergadura, y no solo infló la cifra de españoles a sus órdenes, sino que dice haber tenido mando también sobre efectivos franceses y letones (lo que las fuentes de una y otra nacionalidad niegan).

Una de las razones para suponer que nunca tuvo a su mando más que unos 100 españoles es que el ya muy debilitado aparato diplomático español en Berlín hizo todo lo que estuvo en su mano para abortar el nacimiento de esta unidad. El agregado de prensa español, Rodríguez del Castillo, último diplomático español de cierto rango en la capital alemana, movió cielo y tierra para ello, y privó a Ezquerra de bastantes hombres de los que por puro afán de supervivencia podrían haberse visto arrastrados a ello, consiguiendo para ellos medios de alejarse de la capital alemana. En definitiva, al igual que el intento de Faupel de crear un «nazismo a la española» a través de Arrizubieta acabó en nada, su idea de crear una fuerza española en la Waffen SS por mediación de Ezquerra se saldó con otro fracaso.

El 16 de abril los soviéticos se lanzaron a la carrera para conquistar Berlín. El 1.<sup>er</sup> Frente de Bielorrusia de Zhúkov y el 1.<sup>er</sup> Frente de Ucrania de Koniev, con dos millones de hombres, 6.000 tanques y 16.000 cañones, se pusieron en marcha. La apabullada Wehrmacht combatió con energía, no por tener fe en una absolutamente imposible victoria, sino tan solo para frenar todo lo que pudiera a los soviéticos, y permitir que los occidentales ocuparan tanta extensión de Alemania como fuera posible. El día 21, el mismo en que Zhúkov alcanzaba los suburbios de la capital alemana, se dio la orden a la Einheit Ezquerra para que se desplazara de Potsdam hacia Berlín, para tomar parte en la defensa. En la guarnición de la ciudad estaba la 11.<sup>a</sup> División SS Nordland, con un cierto número de noruegos, daneses y hasta algún sueco en sus filas. Para mandarla se nombró al general SS Krukenberg, que hasta entonces había mandado la 33.<sup>a</sup> División SS Charlemagne, francesa, o mejor dicho, sus restos. La unidad había sido virtualmente aniquilada en la batalla por Pomerania semanas atrás. Krukenberg se llevó como escolta a un cierto número de franceses, que de esta manera se iban a ver envueltos también en la batalla. Y finalmente hay que citar a los letones. La 15.<sup>a</sup> División SS (Letona n.º 1) estaba siendo reorganizada, y a uno de sus batallones —con efectivos muy reducidos—, el 15.º Batallón SS de Fusileros, el cerco de Berlín le sorprendió en pleno traslado, así que involuntariamente tuvo que participar en la batalla. Son los únicos no-alemanes con los que lucharon los españoles en Berlín, lo que no dejaba de tener cierta carga simbólica, ya que habían sido letones los primeros europeos no alemanes junto a quienes habían combatido los españoles, en el lago Ilmen.

Espanoles y letones fueron desplegados en el distrito central de Berlín, en la zona de los edificios gubernamentales, donde los combates empezaron el día 27 de abril. Apenas 24 horas después la diminuta Einheit Ezquerra ya había sufrido grandes bajas y empezaba a descomponerse. Cuando la batalla acabó, el 2 de mayo, hacía días que no quedaba nada de ella. Pero Ezquerra narró unas supuestas hazañas propias con tanta convicción que resultaba inevitable que se atreviera a afirmar que lo había recibido el Führer en persona, se le había ascendido hasta coronel SS y había recibido la prestigiosa Cruz de Caballero. Puestos a inventar mentiras, mejor que estas sean muy grandes, pues las personas normales no pueden imaginar que nadie tenga tal desparpajo.

La realidad es que el único mérito que le podemos reconocer a Ezquerra fue el no haberse escabullido inmediatamente que recibió la orden de marchar hacia Berlín. Otro diminuto grupo de españoles que también estaba en Potsdam, los que recibían formación como espías por parte del SD, se escapó de la capital alemana y el día 27 de abril ya estaba en el norte de Italia, en la zona de Bolzano. Allí sus hombres fueron interceptados, junto a personal de las más variopintas unidades, por una unidad alemana, el Regimiento de Policía Bozen, que les obligó a formar un pelotón español, a la espera de tomar parte en posibles combates que, gracias a Dios, no se libraron. Así que finalmente se pudieron unir a la pequeña oleada de españoles veteranos de las distintas unidades que hemos visto aquí que desde primeros de mayo de 1945 acudían a los consulados españoles en Milán y Génova en busca de protección y medios para proseguir viaje hacia España. Los que se quedaron en Berlín, caso de no encontrar la muerte, fueron capturados por los soviéticos, o se escabulleron hacia el oeste (caso de Ezquerra) y acabaron llegando a España.

Sorprende que con tan pobres mimbres se haya construido todo un mito en torno a Ezquerra y «los españoles que defendieron el bunker de Hitler». Aunque quizá no sea tan extraño. Porque leyendas sobre españoles en la Segunda Guerra Mundial hay varias. Otra muy famosa es la de «los españoles que liberaron París». Sí, es cierto, hubo españoles entre los primeros que entraron en París, pero de ahí a que lo liberaran hay un largo trecho (Caballero, 2004-c). También es cierto que hubo españoles en Berlín, pero su papel es absolutamente irrelevante. Me temo que, sin embargo, se va a seguir hablando de los «españoles que liberaron París» y de los «españoles que defendieron Berlín»: después de todo, cada uno cree lo que desea creer. Pero el historiador debe tener como meta conocer la realidad del pasado, y no reproducir mitos y leyendas, sean del cariz que sean. Y en el caso de la DA hay muchas leyendas, que van desde los presuntos alistamientos forzosos en los patios de los cuarteles a la supuesta épica defensa del Führerbunker. Va siendo hora de enterrarlas todas.

La historia de estos españoles de las unidades clandestinas no estaría completa sin citar el trágico fin de algunos de aquellos hombres. Sabemos que algunos de ellos, de la Jagdverband Südwest, que estaba basada en la zona de Alemania Suroccidental, fueron capturados por la 2.<sup>a</sup> División Blindada del general Leclerc, donde servía un pequeño número de españoles en una compañía a la que todo el mundo conocía como La Nueve. Actualmente en España esta es una unidad a la que se le rinden continuos homenajes, y a la que se le dedican calles (mientras se le quitan a la DA). Un cierto número de libros tratan de convencernos de sus innumerables méritos para ello, y a tal fin han recopilado testimonios de sus componentes. Esto es lo que declaró un veterano de La Nueve, a uno de los historiadores dedicados a cantar sus proezas:

(...) al norte de Múnich nos encontramos de frente con unas unidades que creíamos alemanas; en realidad eran españoles de la División Azul vestidos de alemanes. Cuando les cogimos presos, se les llamó de todo, un oficial les preguntó por qué combatían contra los aliados y respondieron que no combatían contra los aliados, que ellos habían ido de voluntarios para combatir contra los bolcheviques. Desgraciadamente, uno de los nuestros, que estaba muy furioso, se enzarzó en una discusión con uno y, a sangre fría, lo mató a quemarropa (Arévalo, 2004).

Si alguien piensa que este es otro ejemplo de un cainismo especialmente agudo entre los españoles se equivoca. La misma División Leclerc ejecutó a doce franceses que vestían uniforme alemán. El general Leclerc en persona acudió a interrogarlos cuando fueron capturados y les echó

en cara que vistieran uniformes alemanes. Uno de los veteranos franceses del Frente del Este le respondió que él vestía con uniforme norteamericano, y ante tal «insolencia», el general ordenó una ejecución inmediata de los doce hombres, realizada el 8 de mayo de 1945, sin que mediara un simulacro de juicio sumarísimo. Ni tan siquiera se enterró a los desgraciados, que acabaron en una cuneta, de donde se les exhumó en 1949 para enterrarlos en la debida forma en un cementerio militar alemán. Si Muñoz Grandes o Esteban-Infantes se hubieran atrevido en algún momento a hacer algo así, se nos contaría por activa y por pasiva. Pero por lo que se ve al general Leclerc había que perdonarle cualquier cosa.

En el sur de Alemania, en mayo de 1945, los españoles seguían dispuestos a matarse entre sí, como habían hecho con tanto empeño entre 1936 y 1939, aunque no tanto como parecían dispuestos a hacerlo los franceses. El desgraciado español que fue víctima de sus compatriotas de La Nueve no fue el único capturado por los Aliados en aquellas fechas, y el «recorte» de prensa fechado a 9 de mayo con que se iniciaba este artículo así nos lo recuerda.

La verdad es que los soviéticos podían haber argumentado citando los españoles que acababan de capturar en Berlín, o en Eslovaquia hacía un poco más de tiempo. Pero prefirieron citar el caso de algún español que hubiera caído en manos de los norteamericanos en estos primeros días de mayo de 1945, ya que de lo que se trataba era de presentar a Franco como un enemigo para todas las «Naciones Unidas» y no solo como un adversario de la URSS.

No era la primera vez que se asistía a una operación de este tipo. En marzo de 1944, el periódico *España Popular*, editado por el PCE en México, insertaba a toda plana una espectacular «noticia»: «Un nuevo crimen del franquismo. Contingentes militares franquistas combaten contra las Naciones Unidas en los frentes de Italia». En el texto podíamos leer:

La noticia es exacta, la hemos recibido directamente de Argel. Y los mejor enterados son las autoridades militares norteamericanas, pues ellas son las que han descubierto este nuevo e importante aspecto de la beligerancia de Franco junto a Hitler. Hace aproximadamente dos meses los soldados norteamericanos capturaron a cinco soldados franquistas en el frente de Cassino (...). Los cinco franquistas, formando parte de un contingente militar importante, habían salido de España para engrosar las filas de la Legión franquista en el Frente Oriental; mas antes de llegar al frente soviético fueron incorporados a la División Goering y enviados a Italia. Formando parte de esa división combatían cuando fueron hechos prisioneros (...). Este es el hecho monstruoso. Franco y Falange (...) no solo han enviado decenas de miles de hombres al Frente Oriental, sino que contingentes militares suyos combaten a los aliados en los caminos de Roma. Este descubrimiento demuestra la amplitud de la beligerancia franquista y la incondicionalidad de Franco y Falange junto a Hitler (...) La División Azul fue enviada al Frente Oriental por ser este el más importante, decisivo y en cierto modo único. Si la tormenta de la guerra hubiera hecho sonar sus truenos en otra parte de Europa, si hubiera sido en otro lugar donde Hitler se hubiera jugado la suerte de la guerra, allí habría corrido Franco con su ayuda. Ha bastado que en Italia Hitler tuviera que hacer frente a una amenaza para que inmediatamente aparecieran en Cassino contingentes militares franquistas (...). Es de esperar que por su parte los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos no podrán permitir que este crimen quede impune (Lledo, 2016).

Hoy forzosamente tiene que sonar esperpéntico un texto como este, ya que sabemos su completa falsedad. Pero la propaganda comunista supo imponer la idea de que la División Azul no debía interpretarse en clave anticomunista, sino como «prueba» del vasallaje de Franco para con Hitler. Era la mejor receta para conseguir el propósito de Stalin y los comunistas, echar del poder a Franco y revertir el resultado de la Guerra Civil haciendo que los Aliados actuaran contra España.

Estas diminutas unidades clandestinas cuyo devenir he tratado de narrar aquí sirvieron muy bien a ese propósito de los soviéticos y, en cambio, no añadieron ni un ápice de valor a la historia

de la DA. Nunca respondieron a un proyecto coherente, ni tuvieron un liderazgo digno de tal nombre. Se nutrieron de un puñado de idealistas, pero se compusieron mayoritariamente de soldados de fortuna y de hombres a los que la historia arrastraba de un lado para otro. Por eso, el comportamiento en combate de estas unidades (cosa distinta es el de alguno de sus componentes) nunca podrá parangonarse ni con el de las que lucharon en Possad o Nikitkino, ni con el de los hombres que se batieron en Krasny Bor.

Se ha querido contraponer el «idealismo» de estos hombres a la «traición» de Franco, que en definitiva había ordenado retirar los contingentes españoles de la lucha contra el comunismo. La realidad es que mucho antes de que Franco diera aquellas órdenes, quien había hecho fracasar la cruzada europea contra el comunismo había sido Hitler, al empeñarse en convertir la campaña de Rusia en una guerra de conquista colonial.

## VIII

# «¿A QUÉ FUIMOS A RUSIA?». LOS DIVISIONARIOS DESPUÉS DE 1945: PRISIONEROS, HERMANDADES Y TESTIMONIOS

Esta guerra, en la que desempeñé un papel tan irrelevante,  
me ha dejado sobre todo malos recuerdos y, sin embargo,  
no me hubiera gustado perdérmela.

GEORGE ORWELL, *Homenaje a Cataluña*

**D**urante muchos años, la pregunta «¿a qué fuimos a Rusia?» ha sido recurrente cada vez que se reunían veteranos de la División Azul. Y como se la plantearon durante décadas, la verdad es que dio tiempo a que las respuestas que se daban a sí mismos fueran evolucionando, según se modificaban sus perspectivas vitales, y también según cambiaba el mundo en que vivían. Hubo entre ellos, durante bastante tiempo, una sensación generalizada de que habían sido engañados, deliberadamente engañados, de que se había abusado de su buena fe, de que otros se habían beneficiado de lo que para ellos supuso tanto dolor y sufrimiento. Pero finalmente, en su inmensa mayoría, los divisionarios llegaron a un convencimiento: la Campaña de Rusia, su gran aventura de juventud, había sido la página más importante de sus vidas y estaban orgullosos de haber tomado parte en ella.

Por eso, aunque puede parecer una paradoja, las palabras del famoso escritor inglés George Orwell, que vino a España a luchar «contra el fascismo» en la Guerra Civil española, y que encabezaban este capítulo, podrían ser suscritas por cualquiera de los voluntarios de la DA como balance de su participación en la Campaña de Rusia. El análisis del movimiento asociativo divisionario, y el de sus testimonios publicados en forma de libro, son dos ejemplos de hasta qué punto mantuvieron vivo el orgullo de haber participado en la que para ellos fue una «cruzada anticomunista», pese a los muchos perjuicios y nulos beneficios que ello les reportó. Y entre los más perjudicados por aquella aventura estaban los que habían quedado prisioneros en Rusia, que libraron la que, con razón, ha sido definida como «la última batalla de la División Azul».

### LOS PRISIONEROS: LA ÚLTIMA BATALLA

Una de las más trágicas características de la guerra en el Frente del Este fue el aciago destino sufrido por quienes resultaron prisioneros durante su transcurso. Se ha hablado mucho, y con

razón, sobre las aterradoras cifras de muertes registradas entre los soldados soviéticos que cayeron en manos alemanas. Se habla menos sobre las cifras de muertes entre los prisioneros de guerra de las naciones del Eje en manos soviéticas, que —aunque inferiores— también son espeluznantes.

El espectáculo es más desolador cuando se le compara con lo ocurrido en otros frentes. En el verano de 1940 los alemanes capturaron virtualmente a todo el Ejército Francés, y la mortalidad entre esos cautivos no sobrepasó los límites naturales. Por el contrario, la cifra millonaria de los prisioneros soviéticos capturados en el verano de 1941 que murieron causa estupor. No fueron muertes casuales: se debieron a una política sistemática, materializada en una deficiente alimentación, la falta de asistencia sanitaria y alojamientos, los malos tratos, y las brutales medidas disciplinarias. En fechas posteriores esos porcentajes de muertos entre los prisioneros soviéticos cayeron en picado, pues los alemanes se dieron cuenta de lo errónea de su política, no por humanitarismo, sino porque se estaban privando de mano de obra. En aquel verano de 1941 el número de prisioneros alemanes capturado por los soviéticos fue infinitamente menor, y consta que en muchos casos fueron ejecutados apenas capturados. Con el Ejército Rojo en caótica retirada, no existía interés alguno en preservar esas vidas. Y como era el Ejército Alemán el que avanzaba y el soviético el que retrocedía, lo normal era que los teutones acabaran encontrando asesinados los cuerpos de sus camaradas prisioneros, reaccionando con brutalidad ante estos descubrimientos.

El número de españoles que cayeron en manos soviéticas no fue muy elevado hasta la batalla de Krasny Bor, en febrero de 1943. Esto le ahorró a los componentes de la DA una terrible experiencia ya que como ha escrito un historiador alemán:

(...) el Ejército Rojo combatió al principio con extrema dureza. De entre los 170.000 y 200.000 soldados alemanes que cayeron en sus manos desde junio de 1941 hasta febrero de 1943, el 95 por ciento no sobrevivió a su encarcelamiento y muchos ni siquiera llegaron a los campos de prisioneros. Esto solo cambió en 1943, después de la batalla de Stalingrado (...). Sin embargo los soldados alemanes siguieron temiendo, y con razón, caer prisioneros de los soviéticos (Hartmann, 2018).

Por otra parte, dado el carácter del conflicto de «guerra sin cuartel», ni los alemanes ni los soviéticos intercambiaban información sobre los prisioneros que capturaban. Si esto era así con los alemanes, fácilmente podemos imaginar que para la URSS el informar sobre prisioneros españoles al gobierno de Madrid, a través de países neutrales por ejemplo, era algo fuera de lugar.

Aunque fuera una situación trágica para cualquiera de los españoles que cayeron prisioneros —y para sus familias— el problema se mantuvo dentro de unos límites moderados, porque la cifra de divisionarios en esa circunstancia fue mínima, al menos hasta la batalla de Krasny Bor. Ese simple dato ya revela que todas las fantasías sobre una unidad compuesta por reclutas forzosos son ridículas. Una unidad así compuesta no hubiera tenido espíritu de lucha, y sus componentes se hubieran dejado coger prisioneros en vez de combatir. Fue, por citar un ejemplo, lo que le ocurrió a las tropas italianas en Rusia: carentes de espíritu de lucha, decenas de miles de sus soldados se rindieron. Por lo pequeño de las cifras de prisioneros es evidente que los españoles de la DA preferían combatir hasta la muerte antes que dejarse coger vivos. Mucho menos relevante que la de prisioneros fue la tasa de desertión hacia el enemigo, como ya se ha comentado. Y no porque los soviéticos no intentaran incitar a realizarla, o al menos a entregarse sin combatir, pues como

ya hemos visto también, sobre la DA se realizó una intensa campaña propagandística. Solo en el titánico combate de Krasny Bor pudieron los soviéticos hacerse, de golpe, con un número significativo de prisioneros españoles, hombres que por estar heridos, o haber agotado su munición, no pudieron evitar ese destino. Pero la verdad es que en aquellas fechas su suerte final quedó en la más completa oscuridad. ¿Habían muerto?, ¿estaban prisioneros?

Tras Krasny Bor, a muchos españoles se les registró como «desaparecidos», ya que sus cuerpos no se recuperaron, al quedar en territorio ocupado por los soviéticos. Pero esta situación administrativa era fatal para sus deudos, puesto que los familiares de caídos tienen derechos económicos, pero no así los de desaparecidos. Para aliviar la trágica situación de esas familias, y desde el convencimiento de que debían haber fallecido, por haber sido objeto de un aterrador bombardeo sus zonas de despliegue, muchos de los capturados en aquella batalla fueron declarados «muertos», cuando en realidad habían caído prisioneros.

Los rumores que corrían en España sobre la suerte de los prisioneros españoles —puestos en circulación por la propaganda inglesa— eran numerosos. Como los británicos descifraban las transmisiones de sus enemigos, pero también las de los países neutrales, sus archivos conservan curiosos documentos. A modo de ejemplo, uno de ellos es un informe del embajador turco en Lisboa para su gobierno, fechado a 26 de febrero de 1943, que existe en los archivos ingleses. En este texto, el diplomático turco comunica que, según le había contado a él el embajador belga, la noticia que circulaba en Madrid era que el gobierno soviético se había dirigido al gobierno español para amenazarle: si no retiraba a la DA, o declaraba oficialmente la guerra, «los 12.000 prisioneros españoles en manos rusas serían ejecutados. Este informe había causado gran agitación entre las autoridades españolas. Parece que el propósito de esta iniciativa es colocar al gobierno español en tan mala situación como sea posible, en el interior y en el exterior».

Trasmitiendo esa noticia a Londres, los servicios de inteligencia británicos calibraban el eco de sus campañas de «propaganda negra». En realidad, ni los soviéticos tenían 12.000 prisioneros españoles, ni hubieran declarado públicamente jamás su propósito de ejecutarlos, ni tenían ninguna relación por ningún cauce con las autoridades españolas. La «propaganda negra» británica, sin embargo, parecía funcionar ya que tal rumor, como vemos, viajó de Madrid a Lisboa y acabó en Ankara. De camino, seguro que llegó a oídos de muchos españoles, y en condiciones de guerra, con noticias fragmentarias y censuradas, los rumores tienen vía libre para su difusión. Miles de familias en España debieron sentir la angustia que trataba de generar la propaganda británica. Apenas unas semanas después de que circulara ese rumor, en abril, los alemanes descubrieron las tristemente célebres fosas de Katyn, donde yacían los restos de miles de oficiales polacos asesinados por los soviéticos. La propaganda alemana dio tanta difusión como pudo al caso. En España fue tema preferente en la prensa. Entre las familias españolas que pudieran sospechar tener a uno de sus miembros como prisionero en Rusia es fácil suponer el efecto psicológico que tuvo tan estremecedor descubrimiento, pues imaginaron que sus hijos o esposos seguirían ese mismo destino.

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, los vencedores decidieron mantener en cautiverio a los prisioneros de guerra alemanes. No fue únicamente el caso de la URSS, como muchos creen; Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Yugoslavia, etc., hicieron lo mismo. Hoy sabemos que en muchos casos los prisioneros que cayeron en manos de los aliados occidentales fueron objeto de un trato inhumano. El tema lo sacó a la luz un canadiense, James Bacque, a

finales de la década de 1980, y hubo una tremenda polémica con respecto al número de los que habían muerto en cautividad, estando en poder de norteamericanos y franceses. No se había querido hablar del tema, porque —en definitiva— Alemania fue cooptada en el bloque «occidental» en el marco de la Guerra Fría, y ese era un tema incómodo tanto para norteamericanos y franceses como para los alemanes. El acalorado debate que se suscitó no nos interesa aquí, pero hay que tomar nota del hecho, porque el final de la Segunda Guerra Mundial no supuso el final de los padecimientos para millones de veteranos de la guerra: los del bando perdedor. Y, para ser exactos, incluso para algunos de los del bando vencedor.

El caso más terrible es posiblemente el de los soldados del Ejército Rojo que habían caído en manos alemanas. Mientras duró el conflicto, las familias de aquellos que se sabía que estaban prisioneros fueron objeto de represalias por parte de las autoridades soviéticas, porque órdenes explícitas de Stalin habían vetado la posibilidad de rendirse. Y del 1.836.562 soviéticos prisioneros de guerra que habían sobrevivido en los campos nazis y fueron repatriados al final de la guerra, 339.000 se encontraron con que apenas salidos de esos campos nazis eran enviados —sin solución de continuidad— a campos de concentración en su propio país, pues las autoridades consideraban que sus comportamientos en cautividad habían sido «comprometedores». La cifra la aporta Glantz, alguien poco sospechoso de aversión al Ejército Rojo (Glantz, 2005). La suerte de los centenares de miles de ciudadanos soviéticos que habían empuñado las armas en el bando alemán fue aún más terrible: la muerte, las larguísimas condenas —si cayeron en manos soviéticas— o el exilio en masa fueron su sino. Increíblemente, y sabiendo que se les condenaba a una muerte casi segura, norteamericanos, británicos y franceses entregaron a la URSS a decenas de miles de los antiguos soldados soviéticos que habían luchado en el bando alemán y que se habían rendido ante norteamericanos, británicos o franceses. Se habían rendido principalmente ante estas tropas occidentales para escapar a la muerte, pero al final fueron entregados indefensos a las autoridades estalinistas.

El lector sabrá disculpar lo que parece un largo paseo apartándonos del tema de los divisionarios españoles prisioneros de guerra, pero —ya se ha indicado— es imprescindible recordar el contexto. La Europa posterior a la derrota del Tercer Reich en mayo de 1945 siguió siendo por muchos años un escenario dantesco. Y si para algún país las consecuencias de la guerra habían sido funestas, ese país era la URSS, que había pagado el más alto precio en vidas, y cuyo territorio fue devastado como ningún otro. Fue allí donde se desarrolló la tragedia de los prisioneros divisionarios.

Una última precisión. Como existe confusión al respecto, conviene distinguir entre el NKGB, que era el Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado, y el NKVD, que era el Comisariado del Pueblo para Asuntos Interiores. Mientras que el primero se encargaba de lo relativo a inteligencia y contrainteligencia, el NKVD, equivalente a un Ministerio del Interior, tenía entre sus funciones la gestión del sistema concentracionario soviético. Todo el mundo ha oído hablar del GULAG, la Administración General de Campos de Trabajo y Colonias Correccionales (establecida en 1930), dependiente del NKVD. En cambio las siglas GUPVI, correspondientes a la Administración General para los Asuntos de los Prisioneros de Guerra y los Internados (establecida en 1939, cuando la URSS invadió Polonia), son prácticamente desconocidas en España, aunque no en Europa Central y Oriental (Karner, 1995). También dependía del NKVD, situación atípica ya que lo habitual es que los temas relacionados con

prisioneros de guerra estén bajo la dirección de las autoridades militares del país captor, y no de autoridades policiales. Los prisioneros españoles no dependieron del GULAG, sino que estuvieron en los campos de la GUPVI. Pero no nos engañemos: eran solo dos caras del mismo fenómeno, y la diferencia entre el universo del GULAG y el de la GUPVI radica en que el primero se encargaba fundamentalmente de súbditos soviéticos, y el segundo de extranjeros. En ambos casos encontramos las mismas trágicas experiencias: malos tratos sistemáticos, alimentación y asistencia sanitarias muy deficientes, ausencia total de derechos, trabajo esclavo, etc. En Europa Oriental, donde tantos fueron sus víctimas, a día de hoy se utiliza de manera creciente la expresión «GULAG-GUPVI».

Como decía, nadie sabía muy bien si había españoles capturados como prisioneros de guerra. Como el gobierno de la URSS no dejaba a los prisioneros escribir a sus familias en España, existía una total carencia de noticias. Así que fue una sorpresa completa cuando desde Italia empezaron a llegar cartas a familias de presos españoles. Como el Partido Comunista Italiano quería quedar bien ante la opinión pública de su país, su líder, Togliatti, presionó a los soviéticos para que repatriaran cuanto antes a los prisioneros de esa nacionalidad. En realidad, el resultado de esa repatriación fue contraproducente, porque los italianos que regresaron contaron los horrores que habían padecido, difundiendo la realidad de la URSS, tan alejada de lo que decía la propaganda comunista. Italia tiene el triste honor de ser la nación que, proporcionalmente, tuvo más muertos en los campos de la GUPVI. Se verán las cifras más adelante. Pues bien, decenas de esos italianos habían convivido con prisioneros de guerra españoles, y como la barrera idiomática en este caso era más fácilmente franqueable, españoles e italianos mantuvieron una estrecha relación. Los que regresaron, y habían tenido amistad con españoles, escribieron a España apenas pisaron suelo italiano.

Pondré un ejemplo concreto. La familia del prisionero alférez José del Castillo, cuyo archivo se me abrió mientras realizaba este estudio, me mostró las cartas recibidas en 1946: de Gastone P. Brancaleoni y Mario Bosello (desde Roma, y Piacenza respectivamente, en julio); de Carlo Finocchiaro y Stelio Sanssone (desde Trieste y Roma, en septiembre); de Filippo Turola (desde Padua, en octubre); de Mario Pedroni (desde Milán). Cartas que siguieron llegando en 1947: Guido Martiello y Augusto Malaguti escribieron desde Roma en abril. Son cartas conmovedoras, porque en todas ellas se expresa la gran admiración de los italianos ante la gallardía que estaban demostrando los españoles en su cautiverio. La familia, que ya en 1943 había organizado misas de funeral por el alférez, se llenó de alegría, pero también quedó angustiada ante la futura suerte del hijo preso en Rusia.

Y no se trataba solo de las cartas enviadas a las familias. Dionisio Ridruejo era en 1949 corresponsal de la Prensa del Movimiento en Italia, y el 12 de agosto *Arriba* y otros periódicos de la misma cadena publicaban su artículo: «Dignidad y estilo de unos prisioneros falangistas en Rusia. Doce españoles desafían la ira de los carceleros soviéticos». Ridruejo se hacía eco de testimonios que habían transmitido prisioneros italianos repatriados sobre los españoles y que la prensa italiana había reproducido.

En 1948 empezó la lenta repatriación de quienes habían sido soldados de la Wehrmacht, inaugurada con los austriacos, y que continuó con los alemanes, repatriaciones que se alargaron hasta 1955. El archivo de la familia Del Castillo vuelve a recoger cartas, ahora remitidas por soldados de la Wehrmacht, que escriben para dar la buena noticia de que el hijo seguía vivo, y

mostrar su admiración por la conducta de los españoles. Son los emocionados textos del austriaco Fritz Hanausek (desde Viena, en diciembre de 1949); de Albert Einsiedler (desde Bonn, en enero de 1953); del austriaco Karl Tröscher (desde St. Veit, en octubre de 1953); del Doktor Freiherr von Locquenghien y de Alfred Schenider (el primero desde un sanatorio en la Selva Negra, el segundo desde Kassel, ambas de enero de 1954).

Decenas de familias españolas experimentaron esta solidaridad de los soldados italianos y alemanes, y es lógico que guardaran esas cartas con esmero: eran las únicas noticias que tenían. Porque una de las más refinadas formas de presión que los soviéticos ejercieron sobre los españoles fue prohibirles enviar y recibir correo, un derecho humano básico, que no implicaba ni coste apreciable ni problemas de seguridad; se esperaba que el negárselo tuviera un efecto desmoralizador decisivo. Así que citar aquí extensamente a algunos de los exprisioneros de guerra italianos y alemanes que tuvieron un comportamiento tan humanitario para con las familias españolas me ha parecido un reconocimiento necesario.

Otras muchas cartas de prisioneros alemanes se dirigieron no a familias en concreto, sino al puñado de consulados que las Potencias Ocupantes habían dejado abrir a España en Alemania (en ese momento Alemania no había recuperado aún su plena soberanía), para informar así a las autoridades de Madrid sobre lo que estaba ocurriendo con los españoles en Rusia. Cartas que pueden consultarse en archivos españoles y demuestran —de nuevo— la admiración de los alemanes por sus compañeros de cautiverio españoles (González López, *s/f*.) En total y a través de esas cartas dirigidas a los consulados, se identificó a 230 españoles presos en las redes de la GUPVI, en su mayoría veteranos de la DA, pero también de otras categorías.

Y es que he avanzado demasiado, ya que hay que constatar que en 1947 se había hecho otro sorprendente descubrimiento. Círculos de exiliados españoles no comunistas habían denunciado en París que la URSS mantenía en cautiverio a «republicanos» españoles. ¿Quiénes eran? Muchos eran alumnos de los cursos que para pilotos de la fuerza aérea frentepopulista se organizaron en suelo soviético, y a quienes el final de la Guerra Civil sorprendió en territorio de la URSS. Otros eran marinos de buques mercantes españoles surtos en puertos soviéticos en la misma fecha. Habían manifestado su deseo de abandonar la URSS, y eso había bastado para que dieran con sus huesos en los campos soviéticos. Otra tercera categoría era aún más sorprendente: eran «los berlineses». Muchos exiliados españoles en Francia habían acabado siendo deportados a Alemania. Y un grupo de los que residían en Berlín, «ocupó» la embajada española, desierta tras la evacuación a Suiza del personal diplomático español, para recibir alborozados al Ejército Rojo. La decepción no pudo ser mayor: fueron capturados por las tropas soviéticas y enviados a los campos de concentración sin atender a explicaciones. Estos eran los españoles que los exiliados españoles en París querían liberar. En la actualidad, incluso la historiografía española más a la izquierda ha tenido que reconocer la existencia de estos cautivos en los campos de prisioneros soviéticos (Serrano, 2011). Pero en su día la prensa comunista española y soviética cargó contra quienes habían denunciado esa situación, ya que para ellos en la URSS solo seguían presos «criminales de guerra fascistas».

Ya se sabía por qué había cautivos españoles, pero se ignoraba cuántos pertenecían a cada categoría. Como existía un amplio número de divisionarios que habían pertenecido a la categoría de «desaparecidos», y la verdad es que existía aún mucho desconocimiento sobre la historia de la DA, se llegó a estimar que quizás hubiera hasta 1.500 prisioneros de la DA. En algún caso, las

desesperadas familias consideraron que el gobierno español no estaba haciendo todo lo posible para rescatarlos, y formularon críticas que eran injustas, pero humanamente comprensibles. El gobierno, por su parte, tuvo que hacer llamadas a la discreción de los familiares, para que no entorpecieran las gestiones que se realizaban.

Repetir la narración de los padecimientos de estos prisioneros españoles no es algo que vaya a hacerse en estas páginas. Es una historia contada en muchos libros, y hasta en películas, y mis palabras no van a ser más elocuentes, ni más documentadas, que las ya escritas. La larga negociación para obtener su libertad también ha sido narrada en muchos otros textos, y fue tan compleja que es imposible exponerla con la brevedad que impone el espacio limitado de este libro. Entre los sorprendentes intentos de las familias estuvieron los contactos con los líderes comunistas Togliatti y Marty, y también el intento de implicar a la carismática Evita Perón, que visitó España en 1950. Las familias de los prisioneros también tenían contacto con el general Muñoz Grandes, desde 1947, y en 1949 se designó a un coronel, García del Castillo, para recopilar y sistematizar toda la información sobre los prisioneros. En 1950 el mismo Franco recibía a los familiares de los cautivos.

El diario falangista *Arriba* publicaba el 7 de marzo de 1950 un editorial con el título «No están olvidados», que todos los diarios de la cadena de prensa del Movimiento reprodujeron. Se leía en él:

Escribimos hoy de la División Azul con la serenidad que nos da el saber que su presencia en el paisaje ruso cumplía la combativa misión de España de sentirse convocada allí donde hay amenaza sobre la prodigiosa arquitectura de valores espirituales que forman la civilización a la que pertenecemos. Los voluntarios para la gran prueba de las armas formaban la vanguardia del anticomunismo, hoy tan puesto de moda por los mismos que adularon a Stalin (...). No sabemos si otros soldados de pueblos que actualmente reservan su hostilidad para España se verán obligados, en defensa propia, a averiguar lo que sucede tras el «telón de acero». De lo que sí estamos seguros es que en ese caso sus pisadas habrán de seguir, con el respeto de camaradas de armas, las mismas huellas que dejaron las botas militares españolas (...). Si la palabra «héroe» no estuviera tan desgastada por el uso, habría que reservarla para ese puñado de españoles que desde hace cinco años viven angustiadamente en el pensamiento de España: los prisioneros de la División Azul (...). Sépase que (...) se han hecho gestiones para conocer su destino, se ha acudido a donde se debía, y a favor de ellos ha de seguirse la labor de procurar su rescate.

El editorial hacía referencia a recientes palabras de Franco con respecto a la necesidad de continuar e incrementar los esfuerzos en pro de la liberación de esos españoles. Si la ausencia de relaciones diplomáticas entre España y la URSS era un obstáculo difícil de superar a la hora de conseguir esa ansiada liberación, también se daba la circunstancia de que el creciente ambiente anticomunista de la Guerra Fría favorecía a España, que estaba camino de dejar de ser una «nación paria». Muy poco después de ese artículo citado, el 25 de junio, empezaba la Guerra de Corea. Si todo el mundo sabe que los estadounidenses apoyaron con todo su poderío militar a Corea del Sur, es menos sabido que hubo presencia de otros contingentes nacionales en el bando anticomunista: Gran Bretaña y otros países de la Commonwealth (Canadá, Australia, Nueva Zelanda) pero también Francia, Bélgica, Holanda, y Turquía enviaron tropas. Y desde bastante antes, Francia estaba empeñada en una guerra por mantener su imperio en el Sureste Asiático, frente a lo que señalaba como una «guerrilla comunista». Corea del Norte y los rebeldes vietnamitas fueron apoyados por la URSS y la China, bajo gobierno comunista desde 1949. Como había intuido el antes citado editorial, países que durante la Segunda Guerra Mundial habían

combatido en el mismo bando que la URSS, ahora se batían contra ella y enviaban a sus soldados a lejanos escenarios bélicos para plantar cara al comunismo. Esto colocaba en una nueva perspectiva a la DA y a sus prisioneros.

Desde 1947 era perceptible que Estados Unidos ya no estaba por la política de mantener el aislamiento internacional al régimen español, y en noviembre de 1950 la ONU revocó su acuerdo anterior que pedía la retirada de embajadores de España. La eventualidad del establecimiento de relaciones entre Madrid y Moscú era algo remoto, dado el signo de los regímenes imperantes en ambos países, pero ante el sesgo anticomunista que estaba adoptando gran parte de la opinión pública internacional, el caso de los prisioneros de guerra españoles empezaba a verse con otros ojos allende nuestras fronteras.

Los prisioneros de las naciones que fueron aliadas de Alemania y ahora estaban englobadas en el bloque soviético se beneficiaron de la nueva alineación internacional de sus respectivos gobiernos (aunque esta no fuera una elección voluntaria). Para enero de 1949 ya habían sido repatriados 418.782 húngaros y 106.243 rumanos. También habían regresado a casa 21.098 italianos. Los contingentes de soldados que habían sido reclutados como «alemanes étnicos» (checos, pero también luxemburgueses y franceses, etc.) también habían visto reducida a gran escala su presencia en los campos de la GUPVI. Más sorprendente aún, incluso se había procedido a repatriar a muchos prisioneros que —como los españoles— habían llegado a la URSS formando parte de legiones de voluntarios anticomunistas. Para la citada fecha se había repatriado a 1.734 belgas, 4.201 holandeses, 377 daneses y 71 noruegos, cifras que, puestas en relación con el volumen total de prisioneros que había llegado a haber de esas nacionalidades en la GUPVI (y que el lector puede encontrar un poco más abajo) son muy elevadas. Los únicos que quedaban en cantidades gigantescas eran los alemanes. Y en una cifra muy pequeña, pero desproporcionadamente alta, los españoles. De hecho, para esa fecha, a los únicos españoles que los soviéticos habían liberado era a los conocidos como «los berlineses». Los soldados de la DA, pero también los marinos mercantes de los buques surtos en puertos soviéticos al acabar la Guerra Civil, y los alumnos de las escuelas de pilotaje seguían en su terrible cautiverio. Dado que en total los españoles apenas eran unas pocas centenas, no había razón alguna para mantenerlos cautivos: la economía soviética no se iba a resentir si se les liberaba. Y es que la única razón que explica que no se repatriara a los españoles era, precisamente, la de ser españoles, el encarnar a una nación cuyo régimen se presentaba como adalid del anticomunismo.

Aún hoy subsisten dudas sobre la cifra de españoles retenidos en los campos de la GUPVI. Aparte de las dificultades burocráticas que daban lugar a errores, existe el problema fundamental de establecer las identidades. Todos sabemos cómo formamos los españoles nuestro «nombre»: sumando al de pila, el primer apellido del padre y el primero de la madre. Nada de esto ocurre en ruso. Al nombre de pila se le añade a continuación el derivado del nombre del padre (Ilych: hijo de Ilya; por ejemplo) y después el apellido del padre. El derivado del nombre del padre es omitido a menudo en la documentación. Y por eso los rusos registraban erróneamente los nombres de los españoles, pues confundían el primer apellido (el más usado entre los españoles) con el derivado del nombre del padre, y saltaban del nombre de pila al segundo apellido. El prisionero Manuel Sánchez Lozano, por ejemplo, aparecerá como Manuel Lozano. Pero si el segundo apellido no es poco habitual, como el citado, sino muy normal, tipo García, Martínez o Fernández, el resultado es que acaba siendo muy difícil establecer identidades.

El caso es que subsiste un margen de duda con respecto al número de los españoles que cayeron prisioneros, por la razón expuesta, pero también por otras causas: porque algunos fueron asesinados casi en el mismo instante de ser capturados, porque murieron en cautiverio en los primeros años de este, cuando la situación era especialmente mala y el descontrol administrativo más extendido, porque estaban en campos donde no había otros españoles y nadie contempló su muerte y dio noticias de ella, etc. También es debatible en algunos casos si eran prisioneros, o en realidad debían ser considerados desertores.

Uno de los sarcasmos más significativos de esta historia es que los soviéticos mantuvieron en cautiverio a los desertores de la DA junto a los demás prisioneros españoles. Ese fue el premio que recibieron por haber cruzado toda Europa para pasarse al Ejército Rojo, poniendo en juego su vida en el siempre complicado instante de cruzar las líneas: once años en un campo de prisioneros. Algunos declararon en un primer momento, tras caer en manos soviéticas, ser desertores, creyendo ingenuamente que así mejoraría el trato que recibirían, sin serlo en realidad. En otros casos, desaparecieron de las filas españolas en condiciones poco claras, lo que hizo nacer sospechas, que en realidad eran infundadas. Finalmente, hay que señalar que aparte de los que cayeron prisioneros como miembros de la DA y de la LA, y de las Escuadrillas, los hay que lo fueron mientras servían en las pequeñas formaciones voluntarias que sirvieron en las fuerzas alemanas en 1944-1945, cuya trazabilidad es más compleja aún.

Puesto que las cifras exactas muy posiblemente no se vayan a saber nunca, quizás sea mejor dar cifras redondeadas. Y las que ofrece Torres en un detalladísimo estudio sobre los prisioneros de la DA (Torres, 2018) son de unos 580 españoles retenidos como prisioneros por la GUPVI, de los que habrían muerto en cautividad unos 150, cifras distintas de las oficiales soviéticas que se citan más tarde.

Durante el franquismo y por el influjo de obras que alcanzaron la categoría de *best-sellers*, como *Embajador en el infierno*, existió una imagen de que todos ellos habrían tenido durante todo el cautiverio un comportamiento ejemplar. Era una imagen simplificada. Durante los largos años de cautiverio, las fuerzas de muchos flaquearon. La evidencia de que los prisioneros de otras nacionalidades iban siendo repatriados, y a ellos no se les dejaba ni comunicarse con sus familias, tuvo los efectos imaginables sobre la moral de muchos. Por otra parte, el trabajo propagandístico que hacían los soviéticos sobre los españoles era de una increíble intensidad, y se vehiculaba a través de múltiples actividades «antifascistas». Muchos pensaron que era mejor aceptar lo inevitable y tratar de hacerse una nueva vida en la URSS.

Y sin embargo hay un hecho incuestionable: en definitiva el grupo de prisioneros de la DA supo mantener su resistencia, bajo la inspiración de varios de sus oficiales y de activistas falangistas. Los soviéticos trataron una y otra vez de romper esa resistencia, con todo tipo de medidas, entre ellas separando a los oficiales de los suboficiales y soldados. Pero pasados los momentos de debilidad, el grupo de «resistentes» llegó a atraer hacia sus filas no solo a los que en algún momento flaquearon y se declararon «antifa», sino incluso a bastantes de quienes habían llegado hasta la DA para desertar. Lejos de hundirse en la desesperación, se crecieron en la lucha y llegaron a protagonizar lo que sin duda son auténticas epopeyas. En un universo como el concentracionario, contar con el apoyo de grupos afines es fundamental, ya que permite establecer redes de resistencia y ayuda mutua. Pero los españoles formaban un grupo minúsculo en aquel

inmenso gentío. Apenas tenían un puñado de compatriotas en que apoyarse. Y sin embargo supieron resistir.

El comportamiento de estos divisionarios sorprendió a los demás «inquilinos» españoles de los campos de la GUPVI (los antiguos pilotos y antiguos marinos retenidos arbitrariamente en la URSS) cuando ambos colectivos entraron en contacto. Y quizás sea esto lo único positivo de aquella experiencia de los campos: que unió a españoles de los dos bandos que habían estado enfrentados desde la Guerra Civil, porque eran víctimas por igual de aquel sistema esencialmente opresor que fue el estalinismo.

Dejando de lado los arduos desvelos personales de quienes en España trabajaban por la liberación de nuestros compatriotas, hay que señalar que fue una ONG alemana, la Evangelisches Hilfswerk für Internierte und Kriegsgefangene, la que más empeño puso en mejorar la situación de aquellos cautivos, ya que —como vengo señalando— los soviéticos vetaban todo tipo de relación directa entre los prisioneros españoles y su patria. Más adelante, también empezó a implicarse la Cruz Roja Internacional.

El cuadro estadístico que sigue, del que están excluidos los 637.000 prisioneros de guerra japoneses capturados por los soviéticos, nos ofrece una visión global sobre el destino de quienes estuvieron bajo control de la GUPVI (se trata de datos oficiales de la GUPVI, del año 1954; hay otras estimaciones de autores alemanes, que elevan el número de sus compatriotas prisioneros hasta los 3,5 millones y calculan muchos más muertos, de manera que estiman una tasa de mortalidad de hasta el 30 por ciento).

<b>Tabla 14</b>				
<b>Nación</b>	<b>Total de internados</b>	<b>Repatriados</b>	<b>Fallecidos durante el internamiento</b>	<b>Porcentaje de fallecidos durante el internamiento</b>
Alemania	2.388.443	2.031.743	356.687	14,9
Hungría	513.766	459.011	54.753	10,7
Rumanía	187.367	132.755	54.602	29,1
Austria	156.681	145.790	54.602	7
Checoslovaquia	69.977	65.954	4.023	5,7
Polonia	60.272	57.149	3.127	5,2
Italia	48.957	21.274	27.683	56,5
Francia	23.136	21.281	1.325	5,7
Yugoslavia	21.830	20.354	1.468	6,2
Holanda	4.730	4.530	199	4,2
Finlandia	2.377	1.974	403	17
Bélgica	2.014	1.833	177	8,8
Luxemburgo	1.653	1.560	92	5,6
Dinamarca	456	421	35	7,7
España	452	382	70	15,5
Noruega	101	83	18	17,8
Otros	3.989	1.062	2.927	73,4
<b>Totales</b>	<b>3.486.206</b>	<b>2.967.686</b>	<b>518.480</b>	<b>14,9</b>

Los datos corresponden al momento en el que la GUPVI iba a ser desmantelada. En muchísimos casos no son exactos. Y sin embargo he considerado oportuno reproducirlos porque son elocuentes. La extraordinariamente alta tasa de mortandad entre italianos y rumanos se debe a que cayeron prisioneros en gigantescas cantidades en momentos tan terribles como el invierno de 1943. Otros países con alta mortalidad tienen para ello razones específicas. Pero en el caso de los españoles la mortalidad está muy por encima de la media y aquí la razón es tan sencilla como el deseo expreso de mantenerlos en cautiverio, a toda costa. Se dirá que después de todo, habían acudido a la guerra contra la URSS sin que nadie les llamara, pero eso mismo ocurría con voluntarios anticomunistas de otras nacionalidades, que sin embargo fueron liberados mucho antes. En cambio, la URSS, que tan a fondo se había implicado en la defensa del gobierno del Frente Popular durante la Guerra Civil, tomó como rehenes a los prisioneros de la DA, ejerciendo sobre ellos una última revancha.

Bastó con que muriera Stalin (el 5 de marzo de 1953) para que la situación empezara a evolucionar. Todo el mundo fue consciente de que algo iba a cambiar. En España, el muy influyente semanario *El Español*, en su número de 8 de noviembre, publicaba el artículo «Los que no volvieron. Prisioneros españoles en Rusia», que empezaba evocando «la casi olvidada campaña de Rusia», y narraba con todo el detalle que se podía saber (en base a lo transmitido por alemanes e italianos) el padecimiento de los españoles y también las muestras de su espíritu de resistencia. Apenas unos días después, el 12 del mismo mes, diversos diarios españoles dieron la noticia de que los delegados de países hispanoamericanos iban a presentar ante la ONU el caso de los prisioneros de la DA y de los llamados «niños de Rusia», un caso aún más aberrante. Durante la Guerra Civil el gobierno del Frente Popular había organizado el envío de niños a varios países para ponerlos a resguardo de los peligros que podían correr. Como es lógico, todos los países que habían acogido a esos niños los repatriaron a España una vez acabado el conflicto, menos la URSS, que no devolvió a los que había acogido, en un caso singular de secuestro masivo de niños con no muchos parangones en la historia, algo tan escandaloso que lógicamente debía conmover a la opinión pública internacional. El 2 de diciembre, en efecto, la prensa española informó de que, por vez primera, se había tratado en la ONU el problema de los españoles retenidos e internados en Rusia.

Con la Cruz Roja Internacional ya involucrada en la gestión de las repatriaciones, las noticias se precipitaron después de muchísimos años de total ausencia de ellas. A finales de marzo, las noticias aún eran confusas para el público, y en el diario *Arriba* de 28 de marzo se podía leer a toda plana: «286 españoles que se hallaban internados en Rusia llegaron anoche a Estambul. Se cree que pertenecen a la División Azul el mayor contingente de ellos». En efecto, una nave llamada *Semíramis* había partido desde Odessa cargada de españoles que abandonaban por fin la URSS. Ni que decir tiene que las autoridades tenían una información más exacta. En los días siguientes, el público recibió datos mucho más precisos, y no es extraño ya que a bordo de la nave *Semíramis* que fletada por la Cruz Roja conducía a estos españoles de vuelta a la patria, embarcó en Estambul la flor y nata del periodismo de la época: Adolfo Prego, de la Agencia Efe; Bartolomé Mostaza, de los diarios *Ya* y *La Vanguardia*; Salvador López de la Torre, de *Arriba*; José Luis Castillo Puche, de *El Español*; y Torcuato Luca de Tena, de *ABC*. Toda España iba a vibrar de emoción con sus crónicas.

Las noticias se sucedieron en cascada en los días siguientes: la llegada de los prisioneros sería a Barcelona, a primeros de abril. Centenares de familias temblaron de emoción, pues muchas que creían que sus hijos habían muerto vieron renacer ahora sus esperanzas. El 2 de abril, finalmente, arribaba el *Semíramis* con su legión de renacidos: 220 de ellos habían caído prisioneros como miembros de la DA y siete integrando la LA. Otros 21 habían formado parte de las unidades «clandestinas» del periodo 1944-1945. Les acompañaban 12 de los aviadores que el Frente Popular había enviado a Rusia y 19 de los marinos internados. También tres españoles que eran internados civiles y cuatro de los llamados «niños de la guerra»: 286 personas en total que, sin la menor duda, no podían imaginar lo que vieron: una ingente masa —definida como «oceánica»— había acudido a recibirles. De no ser porque se filmó abundante material y se tomaron miles de fotografías, muchos pondrían en duda la cantidad de gentío que acudió, y el inmenso calor humano de aquella bienvenida que Barcelona dio en nombre de toda España.

Se señaló en su momento que nunca jamás en la historia de España una unidad militar había sido despedida en medio de manifestaciones populares comparables en intensidad y emoción a las que provocó la partida de la DA. Y que en Europa, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, tampoco había existido ninguna unidad militar tan aclamadoramente apoyada por el pueblo. Ahora ocurría algo análogo. Nunca, en ningún país, la llegada de prisioneros repatriados tras la Segunda Guerra Mundial había dado pie a escenas análogas. La prensa internacional no dejó de levantar acta de lo singular del caso: toda España vibró con emoción ante la llegada de los prisioneros de la DA. Este es un hecho incuestionable: la DA empezó su historia aclamada por multitudes, y la concluyó de idéntica manera.

Pero no solo estaba el pueblo. El general Muñoz Grandes —primer comandante de la DA y a la sazón en la cúspide de su carrera político-militar— y el secretario general de FET, Fernández Cuesta, representaron a Franco y su gobierno en la acogida. Las Hermandades de la DA, entonces en fase de creación, se volcaron en la organización de la recepción. Muchos de los mejores periodistas españoles acudieron a Barcelona a cubrir los hechos, como fue el caso de Mercedes Formica, que lo narró para *Semana*, una importante revista ilustrada.

Tocaba regresar a casa. Por alguna razón, nunca explicada, se malogró una gran acogida a los que regresaban a Madrid. Según los adeptos a teorías conspirativas, porque Franco no quiso dar realce a una DA para él incómoda. Es absurdo, ya que de haber deseado ocultar los hechos, habría dado órdenes de no asistir a los actos de Barcelona a Muñoz Grandes y a Fernández Cuesta.

Si se repasa la prensa de finales de marzo y principios de abril se ve claramente que en ese momento el Régimen no estaba buscando dar un bajo perfil político. Franco había recibido a miles de jóvenes falangistas de las provincias que habían sido «liberadas» por el Ejército Nacional en los últimos compases de la Guerra Civil (Madrid, Valencia, Ciudad Real, Murcia, Albacete, Almería, Jaén, Cuenca y Guadalajara). En el plano internacional se informaba de que «los comunistas» vietnamitas estrechaban el cerco a los franceses en la terrible batalla de Dien Bien Fu; y de que la URSS se había hecho con la bomba de nitrógeno, y se opinaba que solo las amenazas de Eisenhower y Foster Dulles, que advertían a la URSS sobre fulminantes represalias atómicas, disminuían las posibilidades de una «agresión comunista». No, no era ese un momento en el que el gobierno español estuviera tratando de ocultar la experiencia de la DA. De hecho, el 4 de abril, el influyente semanario *El Español* había hecho un encendido elogio de los repatriados:

A fuerza de personalidad han resistido el cautiverio y no se han aniquilado dentro del gigantesco presidio de la URSS (...) una vez más la canción falangista de la primavera, la canción de la eterna amanecida que cantamos, ha vencido a los inviernos rusos, a las mazmorras de Rusia (...). Los hombres de la División Azul siguen dictando su ejemplo al mundo, el auténtico mensaje de España.

Si no hubo ningún gran acto en Madrid, más por problemas de organización que por cualquier otra causa «oculta», en cambio a cada uno de los repatriados le cupo una no menos clamorosa recepción en sus ciudades y pueblos. La prensa de la época está llena de ejemplos. Y después llegó la necesaria aclimatación a la nueva vida. A los que eran civiles, hubo que buscarles trabajo, y las Hermandades de la DA tuvieron en ello un papel fundamental. Por un pacto interno entre ellos, los excautivos «olvidaron» los momentos de flaqueza de algunos, que les habían llevado a unirse temporalmente a los grupos «antifa». Los que habían sido desertores tuvieron que pasar por un tribunal militar, que si bien tuvo que sancionar su conducta, dado lo mucho que habían padecido en Rusia recomendó el indulto inmediato (que les fue concedido). En relación con los repatriados de otro origen distinto del servicio en la DA, cuando en algún pueblo, o ciudad hubo quien trató de recordar su pasado izquierdista, los mismos divisionarios repatriados salieron en su defensa. En cuanto a los excautivos que eran militares, pudieron continuar con su carrera.

Un buen número de repatriados dio a conocer sus experiencias en forma de libros. Hay un rasgo común en todos ellos: no se detecta odio alguno al pueblo ruso, aunque sí y mucho al comunismo, y también al puñado de españoles que, absolutamente entregados a la causa del poder soviético, les hicieron muy amarga la existencia en los campos de prisioneros. En lo relativo a los civiles rusos, en realidad muchos de los prisioneros se dieron cuenta de que no vivían mejor que ellos mismos. Hubo buena relación entre los españoles y los civiles de las zonas donde estuvieron presos, como ya la había habido en las zonas de despliegue de la DA. También hay que señalar que algunos de los prisioneros optaron por no repatriarse, casi siempre temiendo represalias en España por su conducta, e intentaron rehacer su vida en la URSS.

Algún que otro divisionario fue repatriado en fecha posterior, siendo liberado sobre suelo alemán. Uno de ellos, Juan Pinar, había caído prisionero en Berlín y en cautividad se hizo pasar por capitán de la SS y comandante de los españoles que lucharon en esa batalla (con el nombre falso de Hauptsturmführer Roca). Por unos momentos logró atraer la atención sobre él, y hasta que la prensa publicara su relato. Pero para su desgracia, Izquierda se le había adelantado a la hora de falsificar aquel capítulo de la historia y muy pronto cayó en el más completo olvido. Por otra parte, después del *Semíramis* otros buques condujeron desde Rusia a España a otros españoles, «niños de la guerra» en su inmensa mayoría. Pero, hay que repetirlo, la llegada del *Semíramis* a Barcelona era el hecho que ponía fin a una historia que se había iniciado en las calles de Madrid y otras ciudades españolas, cuando decenas de miles de personas se echaron a la calle pidiendo el envío de voluntarios contra la URSS.

En principio, los veteranos que a partir de 1942 regresaban de Rusia debían haber quedado encuadrados en la Delegación Nacional de Excombatientes (DNE) de FET, creada en 1939, y cuyo primer jefe fue el carismático José Antonio Girón. Como Girón ocupaba también el puesto de ministro de Trabajo, la dirección efectiva de la DNE recayó en un subdelegado nacional. Cuando Luis Nieto, uno de los falangistas más notorios que habían servido en la DA, fue repatriado de Rusia, se creó en el seno de la DNE la figura del inspector nacional para la División Azul, que él ostentó.

Por otra parte, en algunas ciudades las familias de los voluntarios se asociaron de forma espontánea poco después de su partida, para celebrar misas implorando la protección divina para ellos. Por desgracia, pronto empezaron también las misas por los caídos. En febrero de 1941 el arzobispo de Madrid, Eijo Garay, había sancionado la realización de una «Cruzada de Oración por los Caídos en España», y en noviembre de 1941, mediante el oportuno folleto, se dio a conocer que «a las intenciones de la Cruzada hay que añadir ahora una intención más, la de rogar muy especial y fervorosamente por nuestros caídos en el frente ruso, y pedir la protección del Altísimo por intercesión de la Santísima Virgen del Pilar, para nuestra División Azul».

Poco después, la Junta Nacional de Peregrinaciones organizó una concentración en Zaragoza, a celebrar del 6 al 8 de diciembre, igualmente para pedir a la Virgen del Pilar que protegiera a los divisionarios. Los primeros brotes de lo que después sería el asociacionismo divisionario estuvieron teñidos de fuertes connotaciones religiosas. Al conmemorarse un año desde la partida de Madrid del primer contingente, en julio de 1942, se organizó un funeral por todos los caídos, al que asistieron divisionarios que ya habían regresado, y destacadas figuras falangistas. La misma misa de funeral se organizó en Madrid cada año hasta 1947, pero se suspendió entonces, pues desde 1944 las autoridades ponían cada año más dificultades para celebrarla, vetando finalmente el que se anunciara citando a la DA.

La DNE tenía una red territorial, que en teoría alcanzaba hasta el ámbito local, pero en ese nivel sus responsables no estaban remunerados y su funcionamiento era muy deficiente. No es extraño que la DNE fuera un organismo poco operativo y, en la que iba a ser en la práctica su única actividad, encontrar trabajo para los veteranos del Ejército Nacional y ahora de la División Azul, dejó muchísimo que desear, como se deduce de las constantes quejas de los excombatientes. Por otra parte, no proporcionaba ningún tipo de encuadramiento activista a los veteranos.

Un cierto número de divisionarios pertenecía a la llamada vieja guardia. Se llamaba así al conjunto de los activistas de Falange de antes de febrero de 1936, y para encuadrarlos existió una Inspección Nacional de la Vieja Guardia. En cada provincia existía una Junta de la Vieja Guardia, y en los casos en que conocemos los nombres de sus directivos, encontramos a bastantes divisionarios. Pero a esta autoproclamada élite política no podía pertenecer cualquiera, y por tanto no era apta para encuadrar a los divisionarios en su conjunto, pues solo una minoría de ellos podía ser catalogada como parte de esa vieja guardia.

La Milicia de FET-JONS fue el marco en el que entre 1942 y 1944 se agruparon algunos divisionarios tras su regreso, pero como el Ejército hizo todo lo posible para vaciarla de contenido, fue disuelta en 1944. En su lugar nació la llamada Guardia de Franco, a la que se unieron los divisionarios en tan gran número que se ha afirmado que fue creada para encuadrarlos, y Lazo ha escrito:

En realidad, la Guardia de Franco nació para dar cobijo político a los falangistas que regresaban de Rusia y se encontraban con que Falange no funcionaba en absoluto como un partido (Lazo, 2008).

El historiador sevillano tiene razón, y un hecho elocuente es que un elevado número de las «centurias» de la Guardia de Franco adoptaron como nombre el de algún caído de la DA en Rusia. De nuevo nos encontramos con una organización en la que militó un gran número de divisionarios, pero como también se unieron a ella muchos que no lo eran, no podía actuar como su entidad asociativa propia.

Aun perteneciendo a alguno de los dos colectivos citados (o a ambos), muchos divisionarios se reunían en tertulias propias, de veteranos de la Campaña de Rusia, más o menos estables, en sus poblaciones de residencia. Pero lo que parecía por completo fuera de lugar era organizar una asociación de veteranos de la DA, porque desde finales de 1943, y aún más tras el final de la guerra, las autoridades parecían interesadas en que se olvidara su existencia. Llegó a vetarse el que se hablara de ella en documentos. Un buen ejemplo es el escrito de 29 de marzo de 1946 dirigido por el Ministerio del Ejército al capitán general de Canarias. Dado que eran muchos los canarios que emigraban al Marruecos francés —y al español— se estaba produciendo allí una situación que se deseaba atajar. Leemos en el escrito:

Llega a conocimiento de este Ministerio, que algunos Jefes de Cuerpos (...) se dirigen oficial y directamente, unas veces al Alcalde de Rabat (Marruecos francés) y otras al Jefe de la Guardia Civil de nuestro Protectorado, sobre asuntos relacionados con personal que formó parte de la División Española de Voluntarios (...) incurriendo en la indiscreción de hablar abiertamente de la campaña de Rusia o de la División citada. En consecuencia, y para evitar dichas indiscreciones (...) dé las órdenes oportunas a todos los Jefes de Cuerpos (...) haciéndoles saber la prohibición absoluta de dirigirse con escritos en los anteriores términos a las autoridades mencionadas.

El hablar abiertamente de la DA y sus caídos ya no contaba con apoyo oficial, y una modesta capilla para honrar a esos muertos, que había existido desde 1942 en el Hogar de la División Azul de la madrileña calle Atocha, fue clausurada en 1946 por orden de la Jefatura de FET de Madrid, dueña del local. Para poder seguir organizando estos cultos, ese mismo año se organizó una Hermandad de Familiares de Caídos —en cuya denominación se omitió la referencia a la DA— que logró que se dijera misas diarias por quienes había muerto en Rusia, e instituyó el 8 de diciembre, Día de la Inmaculada, como jornada de homenaje a las madres de caídos, un acto que se iba a repetir muchos años. Ese día, miembros de la citada Hermandad y otros veteranos de la DA que les ayudaban, acudían a visitar a esas madres, para tratar de consolarlas. Por otra parte, entre 1946 y 1952, la Guardia de Franco accedió a ubicar la citada pequeña capilla en uno de sus locales madrileños, teniendo que trasladarse en la última fecha a una Jefatura de Distrito de FET en Madrid. Pero ya soplaban nuevos vientos y a la inauguración de esta renovada capilla en 1952 asistieron centenares de veteranos de la DA y familiares de caídos y presos, y rindieron honores centurias del Frente de Juventudes y de la Guardia de Franco.

Un elevadísimo número de voluntarios de la DA había pertenecido al SEU, y como la revista de esta organización, *Haz*, estaba dirigida por un falangista tan radical y purista como Rafael García Serrano, las páginas de esa publicación estaban a su disposición. En el n.º 4 de la V época de *Haz*, correspondiente al verano de 1952, por poner un ejemplo, prácticamente todos los que escribían habían sido miembros de la DA: Hernández Navarro, Castro Villacañas, Piernavieja,

Jato, el dibujante *Kin*, y López de la Torre. Varios de ellos habían cenado antes de partir hacia Rusia en el restaurante La Cruzada, y a él regresaron diez años después. López de la Torre mostró con su artículo «De “La Cruzada” a “La Cruzada” pasando por el Wolchow», aparecido en ese número, que los falangistas divisionarios, tras un periodo de atonía, estaban dispuestos a volver a escena. Y que sentían que debían hacerlo en memoria de sus camaradas caídos, para que «estén siempre a nuestro lado, con su inmensa fuerza de muertos; esa fuerza mayor que ninguna otra porque es la fuerza del alma», en palabras de López de la Torre.

El número de enero del citado 1952 de una prestigiosa revista de la época, *Mundo Hispánico*, insertó un extenso artículo, titulado «División Azul», de Serrano Suñer (y textos de otros divisionarios, incluidos Ridruejo y Castro Villacañas). Serrano, que en su famoso libro *Entre Hendaya y Gibraltar* había omitido completamente el hablar de la DA, escribía ahora que:

He mantenido siempre el convencimiento de que aquella heroica unidad, aparte de aumentar la gloria de España, libró al país de muchas fatigas y contrariedades. Acaso de la guerra misma (...). Creo firmemente que pese a hipocresías y convencionalismos, igualmente lo entendieron otros pueblos, al menos sus políticos más sagaces. Tras el desenlace de la Guerra Mundial (...) muchos se olvidaron de su heroísmo y su utilidad, y algunos hasta el nombre de la División Azul hubieran querido borrar. Los españoles inteligentes y con emoción nunca olvidaron ni su heroísmo ni sus servicios, y recordarán siempre con gratitud su sacrificio. Llegará un día en que el mundo civilizado, reconstituido en su unidad y en su honor, querrá ser también titular de su gloria.

Era evidente que un ciclo se estaba cerrando. Para esa fecha ya se había producido el episodio del bloqueo de Berlín Occidental (1948-1949) por los soviéticos, se había creado la OTAN como alianza militar contra la URSS, y desde 1950 ya rugía la Guerra de Corea, etc., y Serrano Suñer comprendió que todo ello se reflejaría en España. Entre otros efectos, haciendo que la DA dejara de ser un episodio a ocultar. No es casualidad el que en 1952 por vez primera se decidiera dar el nombre de División Azul a un Colegio de Enseñanza Primaria (hubo alguno más con ese nombre, aunque no muchos).

Aunque la Hermandad de Familiares de Caídos tenía un objetivo eminentemente religioso, también prestó ayuda económica a necesitados: huérfanos, viudas y excombatientes sin recursos. Fue posible porque ya eran bastantes los excombatientes que apoyaban económicamente a la Hermandad de Familiares de Caídos. Y se consiguieron pequeños triunfos simbólicos, como que en la placa que conmemoraba a los Caídos del SEU durante la Guerra Civil en la Facultad de Derecho de Madrid se añadieran los nombres de los que habían muerto en Rusia. Por otra parte, se establecieron lazos con las familias de los prisioneros, que tan activamente estaban luchando por su repatriación, y —ya en 1953 y siempre para el caso de Madrid— dio sus primeros pasos la ahora llamada Hermandad de Familiares de Caídos y Prisioneros y de Excombatientes de la División Azul. Una Junta Provisional en que estaban representadas las tres categorías actuó desde enero. Y lo hizo quedando deliberadamente al margen de la estructura orgánica de FET y su Delegación Nacional de Excombatientes. La Hermandad fue reconocida por el Ministerio de Gobernación (léase, del Interior) en febrero de 1954. El hecho puede parecer intrascendente, pero en España el asociacionismo entre veteranos de guerra nunca había tenido arraigo, y este hecho tenía mucho de novedad.

Como la España de Franco ya era consciente de que podría encontrar algún tipo de acomodo en la tensa Europa de la Guerra Fría, se consideró viable que Falange fuera reactivada. En 1951,

el puesto de ministro secretario general del Movimiento, vacante durante años, volvió a ser cubierto. En 1952 se celebró el I Congreso Nacional de Excombatientes. En la presidencia, formada por 14 destacados excombatientes franquistas, cinco habían combatido en la DA después de hacerlo en la Guerra Civil.

Y en 1953 se celebró el I Congreso Nacional de Falange. Fue una sorprendente demostración de fuerza, ya que al acto de cierre asistieron muchas decenas de miles de militantes, llenando por entero uno de los estadios de fútbol madrileños, con un alarde de camisetas azules y banderas rojinegras como nunca antes se había visto en España. Ni se vería después. En el congreso se aprobaron unas Bases de Acción Política que, en su punto III, hacían referencia explícita a la DA:

Una nueva misión necesaria, una nueva razón imperiosa, ensancha nuestros horizontes y acelera nuestro paso. Nuestra misión nacional, siempre en curso, se ve acrecentada y dilatada hacia una misión universal. España se asocia de una manera decisiva y contractual a la defensa de Europa, que, ante todo, para nosotros, es la defensa de la cristiandad de Occidente. La defendimos en el suelo patrio, como razón primera de nuestro ser falangista, y tendremos que defenderla en el mundo (...). Ahora los muertos de nuestra División Azul, tan hostilizada y contrariada por los aspavientos de medio mundo, forman en la vanguardia de la defensa de Europa.

La DA era presentada así como el precedente de los acuerdos militares que España acababa de firmar con Estados Unidos, en clave abiertamente antisoviética, y puesto que ese país había representado durante muchos años la encarnación del «materialismo» y el «capitalismo», se precisaba en el texto que en el caso de España, sin embargo, esa nueva alianza tenía como objetivo defender la civilización cristiana. Pero en definitiva, la DA era vindicada y reincorporada en cierta medida (el del espacio que aún lograba ocupar Falange) al ámbito oficial, en el que se la había ocultado, inevitable pero vergonzosamente, durante casi una década.

López de la Torre, veterano de la DA como sabemos, fue uno de los periodistas de *Arriba* que cubrió el I Congreso de Falange, y en ese diario escribió el artículo «Los soldados de la Falange», en el que ensalzaba a los falangistas en la Guerra Civil, pero sobre todo a los de la División Azul, presentándolos como la semilla que germinaba en las nuevas promociones de falangistas:

Anda disuelta en la más pura raíz de la Falange una firme esencia castrense (...) la Guardia de Franco desfilaba [en el Congreso] con las Cruces de Hierro de Possad, las Medallas de Invierno en el Este (...). A la entrada del estadio, mientras las filas aguardaban su turno, las viejas canciones de guerra resonaban con eco puro (...): «En la tierra en que yo muera/ se alzaré como una espiga —roja y negra— mi bandera» (...). Sucedió que mientras cantaba, yo veía hecha realidad física nuestra bandera, aquella «espiga roja y negra», con los nombres de nuestros muertos bordados en las insignias de cada centuria (...). Pasaba la centuria bajo el patrocinio de Julio García Matamoros, y resultaba inevitable recordarlo con su uniforme de teniente enfilando a la carrera la boca de Sítio, sobre el Wolchow. Su última carrera hasta la muerte. Y cómo rodó su cuerpo joven, crispado en la agonía, lleno de sangre... Si amigos, es horrible. Pero ayer por la mañana veíamos cómo se ha alzado una «espiga roja y negra» con su nombre. Y lo mismo era cuando el banderín avisaba el nombre de Javier García Noblejas, enterrado entre las ruinas de una trinchera con su eterna sonrisa por primera vez quebrada, allí en el desierto helado de Kotovice (...) todo ese coro solemne de los muertos eran ahora como espigas alzadas en esta gran festividad de la Falange. Y palabra de honor que resultaba más claro y luminoso que nunca su espantoso sacrificio, cuando allí convocados por la Falange se reunía la mejor guardia de España.

Como vemos, muchos veteranos de la DA auguraban al nacional sindicalismo un porvenir radiante, que lo sería en buena medida si los divisionarios regresaban al ámbito de la acción política, según imaginaban. Un año más tarde, Jesús Martínez Tessier (otro veterano de la DA que

trabajaba en *Arriba*), escribió en abril de 1954, al calor de la emoción que provocó la repatriación de los prisioneros españoles en el *Semíramis* un artículo donde subrayaba lo que él consideraba un motivo de especial orgullo. Ellos, decía, habían sido «anticomunistas sin dólares», movidos tan solo por su ideal.

El año 1954 se hacía cargo de la Delegación Nacional de Excombatientes un militar de profundas convicciones falangistas y veterano de la DA, el catalán Tomás García Rebull, que deseaba renovar la DNE y hacer de los excombatientes una masa políticamente activa. Simultáneamente, empezaba en toda España el movimiento de creación de Hermandades de la División Azul (HDA) pero, de manera significativa, siempre al margen de la DNE, y por tanto de la estructura del Movimiento Nacional (que ya era la denominación oficial de la FET), lo que en principio puede sorprender. El único estudio de interés sobre el tema de los excombatientes franquistas, el de Alcalde, pese a sus muchas limitaciones, ha subrayado la paradoja de que el asociacionismo propio de los divisionarios fuera el que, en definitiva, acabara vaciando de contenido a la DNE (Alcalde, 2014).

El proceso de creación de la HDA en Madrid es bien conocido (*Memoria*, 1955), pero no es posible describir aquí los fenómenos análogos para otras provincias. En casi todas, el singular conjunto humano que había formado la DA daba muestras de querer asociarse. Entre las primeras y más activas HDA estuvieron las de Álava y Barcelona, y es que los divisionarios vascos y catalanes no iban a la zaga de los madrileños. La de Barcelona, que igualmente fue legalizada en 1954, optó por el más activista título de «Hermandad de Combatientes de la División Azul».

La Hermandad de Madrid, y las que estaban en proceso de constitución, se implicaron a fondo en la recepción de los prisioneros repatriados en el *Semíramis*, tanto en Barcelona, como en las apoteósicas recepciones con que se acogió a cada uno de ellos en su pueblo o ciudad. Aquellos emotivos actos, que sacaron a la DA del cerco de silencio que se había construido en torno a ella durante años, incitaron a muchos veteranos a renovar el contacto con sus camaradas. En una España en la que un altísimo porcentaje de la población aún vivía en pueblos y ciudades pequeñas, los lazos nacidos de la común experiencia en Rusia nunca se habían perdido, y los veteranos se reunían de manera informal, pero había llegado el momento de dar a aquellos vínculos una expresión organizativa.

No solo los falangistas estaban volviendo a proclamar con orgullo su pasado divisionario. Ocurría lo mismo con los militares que habían servido en la DA. En 1954 el general Muñoz Grandes fue nombrado ministro del Ejército. Antes de que acabara el año visitó Estados Unidos, invitado por las autoridades militares de ese país. Era algo inimaginable hasta hacía poco tiempo. Durante la Segunda Guerra Mundial, los soviéticos habían etiquetado a Muñoz Grandes como «criminal de guerra». Y sus aliados occidentales en aquellos años aceptaban todo lo que desde Moscú se proclamaba (también se aceptó que la Matanza de Katyn había sido un crimen alemán). El antiguo «criminal» fue recibido ahora con todos los honores por los norteamericanos, e incluso se entrevistó con héroes del país en la Segunda Guerra Mundial, como MacArthur. Le fue concedida la Medalla de Honor, máxima distinción que Estados Unidos otorga a un extranjero. Como se porta colgada del cuello, la prensa publicó una foto en la que se veía a oficiales norteamericanos admirándola colgada del de Muñoz Grandes. Surgió inmediatamente la leyenda de que Muñoz Grandes había llevado colgada del cuello a los Estados Unidos la Cruz de

Caballero que le había concedido la Wehrmacht. No, desde luego que no lo hizo. Y no por nada, sino por la bien conocida alergia de Muñoz Grandes a lucir condecoraciones en su uniforme.

Quienes sí que lucieron sin complejos las condecoraciones ganadas en Rusia fueron los numerosos oficiales españoles que, a partir de entonces, empezaron a visitar centros académicos militares norteamericanos, bien en suelo estadounidense, bien en sus bases establecidas en Alemania. Alguno llegó a asistir a cursos impartidos ¡en el mismo Campamento de Grafenwöhr, convertido ahora en importante base militar norteamericana! Ni que decir tiene que esas condecoraciones alemanas sobre uniformes españoles provocaban la curiosidad de los militares norteamericanos. Más de uno hizo comentarios al respecto a sus colegas españoles, señalando que el Tercer Reich y Estados Unidos eran muy distintos. Y la respuesta de los españoles solía ser siempre la misma: cuando habían estado luchando como aliados de los alemanes, combatían contra los comunistas en los arrabales de Leningrado; ahora estaban aliados de los norteamericanos, pero el enemigo comunista estaba en el Elba.

Por otra parte, el año 1955 el Ministerio de Asuntos Exteriores inició el largo proceso que iba a ser necesario para que los veteranos que tuvieran derecho a ello (mutilados y enfermos crónicos) pudieran cobrar pensiones alemanas. Y el 1956 iban a cumplirse los quince años de la creación de la División Azul. Hubo, por tanto, razones de todo tipo que fomentaron el nacimiento de las HDA por toda España.

Es más, durante unos meses flotó en el ambiente la posibilidad de que existiera otra DA, una nueva formación combatiente anticomunista. Fue con motivo de la rebelión anticomunista húngara que se inició en octubre de 1956, y que fue ahogada en sangre al mes siguiente. Como Estados Unidos se había erigido en nación líder del «mundo libre», los españoles llegaron a manifestar a los norteamericanos su disposición a organizar una nueva División Azul para contribuir a otra «cruzada contra el comunismo», que lucharía por la libertad de Hungría. Se llegaron a confeccionar listas de voluntarios españoles, y se ofreció el territorio español para organizar unidades que se reclutarían entre exiliados anticomunistas de países de Europa Oriental (polacos, rumanos, croatas...). Aunque el tema ha trascendido poco al público español, ha sido documentado por algunos autores (Borhi, 1999; Ferrero, 2003). Fueron los norteamericanos los que tuvieron que enfriar los ánimos de los españoles, que finalmente comprendieron que no estaba en el ánimo de Estados Unidos lanzarse a una campaña militar en Europa Oriental.

En noviembre de 1955 apareció el boletín *Hermandad*, editado por la HDA barcelonesa, el primer órgano de expresión específicamente divisionario, y que fue durante muchos años el principal vínculo entre las distintas HDA. Tuvo una primera época (desde la fecha indicada a diciembre de 1956) y una segunda (entre enero de 1958 y diciembre de 1961). En esa segunda época se llegó a alcanzar el pico de difusión: 3.500 ejemplares, que se distribuían por toda España. Sus páginas registraban de manera fidedigna el crecimiento de las HDA por toda España. En algunos de los casos, en las fechas que citaré, se trataba de HDA «informales», dirigidas por gestoras, que a veces se demoraron años en regularizar su situación administrativa.

En el periodo 1955-1956, en las páginas de *Hermandad* se habló de muchas de ellas. Con sede en sus respectivas capitales de provincia, aparecen citadas las de Álava, Alicante, Almería, Asturias, Ávila, Baleares, Barcelona, Burgos, Cáceres, Castellón, Coruña, Guadalajara, Jaén, León, Lérica, Madrid, Málaga, Murcia, Navarra, Orense, Palencia, Salamanca, Santander, Segovia, Sevilla, Tenerife, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid y Zamora. E igualmente se habló

de otras, cuyas sedes estaban en ciudades, que no eran capitales: las de Vigo (Pontevedra), Algeciras (Cádiz) y Alcázar de San Juan (Ciudad Real).

En el periodo 1958-1961 encontramos noticias de otras nuevas: Albacete, Badajoz, Cádiz, Ciudad Real, Córdoba, Cuenca, Gerona, Granada, Guipúzcoa, Huelva, Huesca, Logroño, Tarragona, Vizcaya y Zaragoza, con sede en capitales provinciales, así como las de Ibiza (Baleares), Miranda de Ebro (Burgos), Ceuta, Melilla e Ifni-Sahara.

La HDA de Vigo pasó a ser «de Vigo-Pontevedra». La de Ibiza se integró en la de Baleares. En cambio la de Miranda de Ebro siempre mantuvo su autonomía respecto a Burgos. Y la de la provincia de Las Palmas de Gran Canaria, pese a no dejar huella en *Hermandad*, funcionó y sabemos de su existencia por los archivos militares. De hecho solo hay dos provincias de las que no he logrado encontrar referencia a la existencia en ellas de una HDA: Lugo y Soria. Intuyo que siendo poblaciones tan pequeñas, donde todo el mundo se conoce, los divisionarios no consideraron necesario crear una estructura organizativa.

El rápido crecimiento de las HDA, algo sin precedentes, dio lugar a tensiones. La HDA de Madrid propuso crear cuanto antes una entidad nacional para agrupar a todos los divisionarios, que se vincularía al Movimiento. Otras dos de las HDA precursoras, las de Barcelona y Álava, no querían saber nada de esa vinculación a la estructura oficialista, y temían que un exceso de centralización burocratizara a las nacientes HDA. La tensión entre ambos puntos de vista trató de solucionarla la HDA de Valencia, que con tal fin convocó, en junio de 1956, el I Congreso de la DA. En el congreso se impuso la línea «no oficialista», y por tanto se decidió que las HDA no se integrarían en modo alguno en la DNE. Y hubo muchas más propuestas, que iban desde las reivindicaciones políticas, pidiendo al gobierno más leyes de calado social, a las de funcionamiento interno, como la idea de crear colegios mayores para hijos de divisionarios en las ciudades universitarias.

Pero la tensión no se había resuelto, y para 1957 hubo una doble convocatoria: las ya constituidas deseaban realizar un II Congreso de las HDA en Zamora, mientras que la DNE pretendía convocar por su cuenta a los divisionarios a otro congreso. Finalmente se desconvocaron ambos y el más caracterizado exponente de las HDA, Carlos Pinilla, se reunió con la cabeza de la DNE, García Rebull, y responsables de otras HDA en Madrid. García Rebull aceptó finalmente que las HDA provinciales quedaran al margen de la disciplina de la Delegación Nacional de Excombatientes, debiendo registrar su existencia ante el Ministerio de Gobernación. Cuando en 1959 se creó la Hermandad Nacional de la DA —con sede en Madrid y de hecho funcionando simultáneamente como HDA provincial— tampoco se insertó en la estructura del Movimiento. El citado Pinilla se convirtió en presidente de la Hermandad Nacional de la DA (simultanearía el cargo con el de inspector de la Vieja Guardia, cargo este que sí pertenecía a la estructura del Movimiento).

El rechazo a esta adscripción se debía a que los divisionarios —como otros muchos falangistas— pensaban que el Movimiento hacía muy poco, o nada, en pro de la que calificaban como «revolución pendiente» (la que resultaría de la aplicación de los ideales nacionalsindicalistas). Contrariamente a lo que sugería su nombre, el papel del Movimiento parecía ser el de «desmovilizar» a quienes se sentían «joseantonianos», en vez de tratar de infundirles activismo. Sin embargo, no es menos cierto que cuando de tanto en tanto se publicaban en *Hermandad* listados de las HDA existentes, y las correspondientes direcciones de contacto, no

era raro que la dirección postal que se ofreciera fuera la de la Jefatura del Movimiento de esa provincia, que había cedido a la HDA algún despacho en sus sedes, que prácticamente estaban siempre vacías. Por otra parte, aunque registradas en los gobiernos civiles y no en las jefaturas del Movimiento, pasado ese trámite las HDA acababan siendo puestas bajo la supervisión de la llamada Delegación Nacional de Asociaciones (DNA), dependiente de la Secretaría General del Movimiento y que trataba de fomentar —y orientar— el conjunto de la vida asociativa en España. Algunas HDA se vincularon más activamente que otras a esta DNA, de la que se podían obtener ciertas subvenciones. (Las organizaciones más «militantes», como la Guardia de Franco, dependían de la llamada Delegación Nacional de Organizaciones).

Puesto que finalmente se había impuesto una línea muy «descentralizada» la reunión que el año 1958 convocó en Álava la HDA de esa provincia vasca fue bautizada como I Consejo de Presidentes de HDA. Ese mismo año, a través de un capellán militar alemán que había estado adscrito a la Plana Mayor de Enlace alemana en la DA, Conrad Simonsen, las HDA entraron en contacto con la Asociación de Camaradería de Veteranos de la Legión Cóndor (Kameradschaft Legion Condor), y fueron informados de la posibilidad de integrarse en la Federación de Asociaciones de Veteranos alemanes, la Verband Deutscher Soldaten, VDS (creada en 1951 y existente hasta 2016). Como esta tenía entre sus fines el obtener pensiones para los veteranos de la Segunda Guerra Mundial, a los españoles les pareció oportuno integrarse en la VDS.

En 1959 se realizó otra reunión de directivos de diversas HDA en Madrid, para estudiar cómo acelerar las gestiones para el cobro de pensiones alemanas. Realizaron visitas a personalidades importantes que habían sido divisionarios. Uno de ellos era Fernando María Castiella, a la sazón ministro de Exteriores, que era una pieza clave para las negociaciones sobre las pensiones con Alemania. También se cumplimentó al general Muñoz Grandes, entonces jefe del Alto Estado Mayor, y al general Esteban-Infantes, quienes mostraron su simpatía hacia las nacientes HDA. En otra reunión, esta vez con el conde de Mayalde, alcalde de la capital de España, que había sido embajador español en Berlín cuando se creó la DA y la había visitado en el Frente del Vóljov, se le arrancó la promesa de que Madrid levantaría un monumento a los caídos de la DA (promesa incumplida, sin embargo). Más discreta fue una reunión a la que asistieron divisionarios que ya habían publicado libros sobre la experiencia rusa, o estaban a punto de hacerlo (Salvador, Oroquieta, Royo, Hernández Navarro, Ydígoras y Vadillo) y un afamado periodista falangista, Emilio Romero, para estudiar la viabilidad de editar una publicación divisionaria de ámbito nacional (que no cuajaría). La presencia de este periodista no era casual. En 1957, Romero había ganado el Premio Planeta con su novela *La paz empieza nunca*, donde el personaje central era un falangista que había servido en la DA (algunos han creído por ello que Romero fue divisionario, lo que es erróneo).

A esta reunión madrileña le siguió, ese mismo año, un II Consejo de Presidentes de HDA, celebrado en Alicante, en un marco altamente simbólico: la llamada Prisión de José Antonio, el lugar donde había estado preso y fue ejecutado José Antonio Primo de Rivera. Se volvió a insistir allí en proyectos que ya se habían expuesto antes, como el de una mutualidad de previsión propia, y alumbraron otros nuevos (la propuesta de crear un Museo Nacional de la DA). Ese año visitaron España los veteranos de la Legión Cóndor, y los españoles fueron invitados a la asamblea de la Verband Deutscher Soldaten, acordándose que, desde el primer día del año 1960, la HDA sería miembro de pleno derecho de esa federación.

En efecto, ese año la HDA ya participó en la asamblea anual de la VDS; y en Madrid se reunió el III Consejo de Presidentes de HDA, que acordó, entre otras cosas, la creación de una Medalla para Familiares de Caídos de la DA. Pero la citada medalla no empezaría a ser impuesta hasta 1964, cuando, de nuevo en la Prisión de José Antonio de Alicante, se celebró el IV Consejo de Presidentes de HDA, que —por cierto— adoptó entonces el nombre de Asamblea de Hermandades para definirse. Desde ese momento en adelante, en distintos lugares y fechas, estas medallas fueron impuestas a viudas y huérfanos.

La justificación «oficial» de la existencia de la DA ya estaba muy elaborada a principios de la década y el ministro de Exteriores español, el exdivisionario Fernando María Castiella, la expuso en una conferencia que dictó en 1960 en la Universidad de Georgetown, con el título de «Política Exterior de España, 1898-1960». No solo no eludió el tema de la DA, sino que señaló expresamente que había tomado parte en ella, como soldado. El texto contrasta vivamente con lo que él mismo había escrito durante la guerra para justificar la existencia de la DA, y que ya vimos en el capítulo IV. Según su exposición, España había sido neutral en la Segunda Guerra Mundial, pero no podía serlo en el caso de la guerra contra la URSS:

Si España no hubiera tenido la firme voluntad de ser neutral, podría, gracias a su posición geográfica, haber asestado golpes mortales a Francia e Inglaterra. Pero ni desbordó los Pirineos desguarnecidos por los franceses, ni en África quiso aprovechar circunstancias favorables, ni intentó cerrar el Estrecho de Gibraltar, como pudo haberlo hecho. Por el contrario, los españoles fueron a luchar bien lejos de su territorio, en la frontera oriental de Europa, en la inhóspitas y heladas tierras en donde se encontraba su verdadero enemigo: la Rusia Soviética, máximo exponente de las tragedias que España sufrió en su propia carne durante los tres años de la Guerra Civil (...) esa Rusia que no nos permite ser neutrales porque en su continuada agresión nos fuerza siempre a colocarnos en estado de legítima defensa, como en el día de hoy las naciones libres de Occidente bien saben y España conoce desde 1936. La División Azul solo puede entenderse y enjuiciarse colocándola dentro de un pleito completamente aparte, dentro de una lucha ideológica y material entre España y el comunismo. Este, al cabo de los años, ha venido a transformarse en una amenaza para todo el Occidente. Y esta es la razón por la cual, en 1953, España hubo de firmar con los Estados Unidos un Tratado de Asistencia Militar.

La División Azul cumplió veinte años en 1961, y ese año estuvo cargado de novedades. El ambiente general seguía siendo propicio, y aquel año 50.000 excombatientes tomaron parte en abigarradas formaciones en el llamado Desfile de la Victoria, que conmemoraba la victoria de Franco en la Guerra Civil. Muchos de ellos habían servido en la DA. Continuó la intensa actividad en lo relativo a la tramitación de pensiones germanas, y se publicaron los primeros listados de presuntos beneficiarios (que aún debían esperar la ratificación de los acuerdos entre los gobiernos alemán y español).

Pero si hubo un acto importante ese año fue una magna concentración de divisionarios en Zaragoza, con motivo de ofrecer a la Virgen del Pilar un manto, sobre el que irían bordados los emblemas de la DA y en cuyo forro estarían cosidas cintas con los nombres de los caídos en Rusia. Para correr con los gastos se hizo una colecta entre los «guripas», y en total participaron afiliados de cuarenta y cuatro HDA distintas.

No era el primer gran acto divisionario que se realizaba. En 1959 y en otro lugar emblemático, el Santuario de Covadonga, se habían reunido 1.000 divisionarios procedentes de Valladolid, León, Zamora, Palencia, Santander y —claro está— Asturias, bajo la presidencia del general Esteban-Infantes. En 1960 las mismas HDA del noroeste de España se reunieron en Zamora, con casi idéntico número de asistentes; y otro importante acto interprovincial, celebrado

en Irún con asistencia de guipuzcoanos, vizcaínos y navarros, había reunido a casi 500 divisionarios. Pero el de Zaragoza supuso un esfuerzo especial.

Para asegurar su éxito se pidió a todas las HDA que se abstuvieran de realizar ninguna concentración propia a lo largo de 1961. El acto se celebró en octubre, y asistieron unos 3.700 divisionarios llegados de toda España y 600 más que eran aragoneses. Se contó con la presidencia del general Esteban-Infantes, y una escuadrilla de aviones de caza norteamericanos, llegados en vuelo desde una de las bases de Estados Unidos en Alemania, sobrevoló la masa congregada para honrar los actos que allí se celebraban, una muestra evidente para todos los que asistieron de que los estadounidenses asumían el pasado anticomunista de la DA.

Fuera de estos grandes eventos, la actividad de las HDA giraba en torno a medidas asistenciales hacia los divisionarios más necesitados, o sus viudas y huérfanos, y tuvo como gran motor la gestión del reconocimiento de las pensiones alemanas. Aún era necesario conseguir trabajo en muchos casos, porque pese a los años pasados desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, lo que estaba ocurriendo era que se estaban produciendo en España grandes movimientos migratorios y muchos veteranos llegaban a localidades nuevas para ellos, sin trabajo, ni casa, y en algunos casos malvivían en chabolas o cuevas. Unas veces había que conseguir medicamentos u hospitalización para los veteranos; en otras, libros para sus hijos; en no pocas ocasiones, pagar honras fúnebres, ya que la aventura rusa les pasó factura a muchos excombatientes en forma de enfermedades que les llevaron a una muerte prematura. En las Navidades se hacía un esfuerzo especial, porque había algunos divisionarios que no podían celebrar dignamente la cena de Nochebuena. Por eso, en bastantes provincias fueron muchos los municipios que acordaron dar subvenciones a las HDA, que actuaban como muchas de las actuales Organizaciones No Gubernamentales, es decir, en tareas asistenciales. La pertinaz leyenda de que los divisionarios, como excombatientes, tuvieron privilegios sociales, se evapora cuando se analiza lo mucho que tuvieron que luchar las HDA para sacar a algunos de sus camaradas de la miseria más extrema.

El caso es que el éxito que tuvieron las HDA al organizarse acabó vaciando de contenido a la Delegación Nacional de Excombatientes, que como tal, dejó de existir en 1959, aunque se creó en su lugar un denominado Servicio Nacional de Antiguos Combatientes, que se limitaba a una misión de supervisión. Su estructura se basaba en juntas provinciales, entre cuyos miembros encontramos de nuevo una mayoría de exdivisionarios azules, y no es extraño, ya que estos fueron siempre un grupo especialmente activo. En su informe anual de 1963, el ministro secretario general del Movimiento hacía constar:

Existen ya organizadas en todas y cada una de las provincias españolas las Juntas Provinciales de Excombatientes. En casi todas ellas, [existen] las Hermandades Provinciales de la División Azul y además las siguientes asociaciones (...). El total de Hermandades y Asociaciones legalmente constituidas se eleva a 93.

De esas 93 hermandades de veteranos franquistas ya constituidas en esa fecha, la mayor parte eran las HDA provinciales. El hecho tiene más valor sí recordamos que había más de un millón de excombatientes franquistas de la Guerra Civil, y apenas 40.000 en el caso de la DA.

Solo existen cifras parciales sobre la afiliación a estas HDA. Dado lo descentralizado de su estructura, nunca hubo un fichero nacional. Pero en base a los datos que se tienen de distintas

provincias, mediante extrapolaciones, y también a algunas declaraciones de quien fue el presidente de la Hermandad Nacional, Carlos Pinilla, el cálculo de entre 10.000 y 12.000 veteranos afiliados a ellas es muy realista. La cifra es realmente importante para un país como España, sin tradición de asociacionismo de veteranos, pero también significa que solo uno de cada cuatro veteranos estaba asociado. Muchos nunca se unieron a las HDA por la sencilla razón de estar demasiado ocupados con sus trabajos y sacando adelante a sus familias. Otros no lo hicieron por haber llegado a la conclusión de que se les había engañado: se les había prometido una «nueva España», una «revolución», un «imperio», y habían acabado siendo tratados como apestados —al menos así lo percibían ellos— por lo que abandonaron, al menos temporalmente, la vinculación con sus antiguos camaradas. Incluso los había que habían iniciado, o ya culminado, una completa evolución ideológica.

Con todo, es indudable que la experiencia de Rusia había marcado mucho más profundamente a quienes tomaron parte en ella, que lo que habían hecho las vivencias de la Guerra Civil. Pero la explicación fundamental para el hecho de la existencia entre ellos de este movimiento asociativo era que la DA había estado compuesta por voluntarios, y con una motivación ideológica muy marcada.

La organización interna de cada una de las HDA variaba mucho. Las hubo que dispusieron de sede social muy amplia, y de una estructura territorial. La de Asturias, con cerca de los 1.000 afiliados en su momento de mayor expansión, estableció sendas delegaciones territoriales en la capital, el Valle del Nalón, Mieres, Moreda, Figaredo, Gijón y Pola de Lena. En el mismo Oviedo, dispuso de un amplio local, que incluía bar-restaurante y un museo. Puestos a tener, los divisionarios asturianos tuvieron hasta un club de fútbol, el División Azul, en el que sus hijos y hasta sus nietos competían en ligas regionales.

Otras HDA tuvieron en cambio una existencia precaria y fugaz. Las que confiaron para organizarse en el apoyo directo o indirecto del Movimiento, o de alguna autoridad militar de su zona, pudieron gozar de esos beneficios durante algún tiempo, pero se vieron abocadas a la desaparición cuando este apoyo desapareció. En ciertas provincias, ideológicamente muy conservadoras, ocurrió que las HDA, organizaciones laicas después de todo, no pudieron hacerle competencia a Hermandades de Semana Santa creadas también por divisionarios, a menudo con anterioridad a las HDA, pues se establecieron apenas regresados de Rusia algunos combatientes. En Ciudad Real, por ejemplo, la Hermandad de la Virgen de las Angustias fue creada por divisionarios en 1943, y en cambio la HDA provincial no apareció hasta 1961 (y tendría una corta existencia).

En función de la capacidad de acción de cada HDA provincial, estas organizaciones lograron diversos niveles de influencia. Muchas de ellas consiguieron que en pueblos y ciudades de su ámbito territorial se dedicaran calles y plazas, bien a la misma DA, bien a algunos de sus miembros (normalmente caídos, pero también comandantes o condecorados); una —la de Albacete— logró incluso que se levantara un monumento en honor a sus caídos en una plaza de la ciudad.

Bastantes de ellas se sintieron tentadas de dotarse de un órgano de expresión propio, a veces como modestas hojas a multicopista, otras con publicaciones tiradas en imprenta. Pero pocas tuvieron una existencia duradera. La HDA de Valencia editó *Hoja de Campaña* y Toledo *Hoja Informativa*, pero en ambos casos solo durante 1956. En 1957 nacieron *Boletín Informativo* de la

HDA de Vizcaya (se editó hasta 1960); *Hermanidad*, de la HDA de Murcia y *El Guripa* de la segoviana (que desaparecieron en 1961). El año 1959 presenció la aparición de *Hoja de Campaña*, de Huelva (solo editó un número); *Hoja Informativa*, de Albacete (apareció hasta 1960) y *Hoja de Campaña*, de Huesca (hasta 1961). El longevo boletín *El Guripa*, de la HDA asturiana, se editó entre 1959 y 1975, aunque limitando su aparición a un número al año (y a veces no cumplió). Más constante, *Spanski Jarasho*, de la HDA de Coruña, apareció con notable regularidad entre 1960 y 1965. Por el contrario, la HDA de Salamanca editó muy irregularmente *El Guripa*, entre 1961 y 1966. Valladolid se sumó con *Tudá-Sudá*, que tuvo una primera fase, con aparición puntual, entre 1963 y 1966, y otra ya marcada por las discontinuidades, en 1990-1991. Y Álava, que había sido una de las HDA pioneras, dispuso de su boletín *División Azul* en los años 1964-1965. Otra HDA que había sido de las primeras, la de Palma de Mallorca, no contó con un boletín, *Tablón*, hasta 1989-1991. Cádiz fue una HDA que en sus mejores momentos tuvo varias delegaciones locales dotadas de una amplia autonomía, como Jerez y Algeciras. Entre 1994 y 2005 fue capaz de sacar un modesto boletín titulado *Hermanidad Provincial de la División Azul*. La última HDA en intentar dotarse de algún tipo de órgano de expresión fue la de Zaragoza, con un sencillísimo boletín que usaba como título el lema *Gott Mit Uns* (Dios con nosotros), la inscripción que llevaban los soldados de la Wehrmacht en la hebilla de sus cinturones, y que fue sin duda la expresión militar alemana que más agradó a los voluntarios españoles, pero solo apareció con muy modesto alcance en 2007-2008.

Y hay tres ejemplos de publicaciones divisionarias en los que es inevitable detenerse. La HDA de Barcelona fue un caso muy singular. Ya se han señalado la duración de las dos primeras épocas de *Hermanidad*, que en conjunto se extendieron desde 1955 hasta 1961. En esas épocas, *Hermanidad* logró las mayores cotas que haya alcanzado la prensa divisionaria en cuanto a calidad. Con el nombre de *Cuadernos de Hermanidad* la publicación barcelonesa reapareció entre 1970 y 1978, con números sueltos muy distantes entre sí. Tras otro eclipse, y ahora ya como un modesto boletín, *Hermanidad* reapareció en el periodo 1981-1982, y de nuevo, en 1994 y hasta la actualidad, con una aparición irregular pero constante. En el intervalo entre estas dos últimas fases, entre 1987 y 1991, se publicó en Barcelona el *Boletín del Centro de Estudios Capitán Masip*, así nombrado en honor de uno de los grandes divisionarios catalanes. En resumen, en Barcelona ha habido siempre algún órgano de expresión divisionario.

Todo lo contrario que ha ocurrido en Madrid, por mucho que sorprenda. Una modestísima *Hoja Informativa* de la HDA madrileña apareció brevemente en 1956-1957. Otro boletín titulado *División Azul* publicó un único número en 1967. Hubo que esperar al año 2000 para que *División Azul* de Madrid reapareciera y lograra perdurar hasta 2007.

Y el último caso es el boletín *Blau División*, de la HDA de Alicante, que empezó a publicarse en 1957 y sigue apareciendo hoy en día, además con perfecta regularidad. Tanta longevidad ha hecho de él una importante fuente de documentación para conocer la historia de la DA, y también la de las HDA.

Aunque a mediados de los años 1960 la mayor parte de los que iban a ser beneficiarios de pensiones alemanas ya habían empezado a cobrarlas, pues el acuerdo al respecto entró en vigor en 1965, siguió habiendo personas que se enteraban tarde y mal de esa posibilidad, y conseguir el reconocimiento de sus derechos siguió siendo uno de los caballos de batalla de las HDA. En cambio cada vez iba teniendo menos importancia la necesidad de buscar trabajo o casa a los

veteranos, pues el espectacular despegue económico de España ofrecía muchas más posibilidades de empleo. Así que en las HDA se impuso en adelante la actividad «conmemorativa», que en la práctica iba a concluir en que casi todas ellas se limitarían a reunir a sus miembros una vez al año, para alguna comida de hermandad. La salida de España hacia la campaña (el 13 de julio), la entrada en línea de fuego (el 12 de octubre) y la batalla de Krasny Bor (el 10 de febrero) fueron las fechas que se conmemoraban preferentemente, y cada HDA optó por una de esas fechas para reunir a sus afiliados.

El año 1966 la DA cumplía su 25.º Aniversario. La reunión de presidentes de las HDA se celebró en Barcelona, ahora ya con el nombre de Asamblea Nacional, y en esta ocasión se editó un importante texto (*V Asamblea Nacional y 25 Aniversario*, 1966), que recopilaba todos los acuerdos de reuniones anteriores: un documento fundamental para la historia de las HDA.

Por otra parte, y por directa inspiración de las HDA, empezaron a aparecer otras hermandades de combatientes franquistas: las de Combatientes de las Banderas de Falange, la de Marineros Voluntarios, las de veteranos de los Tercios de Requetés, la de Legionarios, la de Sargentos Provisionales, y la que alcanzó mayores cuotas de influencia: la de Alféreces Provisionales. Incluso en el momento de máxima expansión de este movimiento asociativo, con unas 150 entidades de ámbito provincial registradas, las HDA siguieron representando un gran porcentaje, un tercio del total. La doble pertenencia a asociaciones de este tipo no solo estaba permitida, sino que era muy normal.

Esta expansión coincidió con un momento en que —a primera vista— el peso de los antiguos divisionarios en el aparato del poder estatal era muy alto. El general Muñoz Grandes había sido elevado a ministro del Ejército en 1951 y cuando dejó el cargo fue porque con su ascenso a capitán general —una graduación que solo ostentaban Franco y él— se le puso al frente, en 1958, del Alto Estado Mayor (con autoridad sobre las tres ramas de las fuerzas armadas, cada una de las cuales en España dependía a la sazón de un ministerio distinto, pues existían los de Marina y Aviación). Desde 1962 y hasta 1967 ocupó el cargo de vicepresidente del Gobierno (Franco ostentaba la presidencia), lo que le convertía en la segunda autoridad política española. Por su parte, Fernando María Castiella, veterano de la DA, ejerció como ministro de Asuntos Exteriores entre 1957 y 1969. Sus críticos le motejaron «Ministro del Asunto Exterior», porque solo hubo un tema que le obsesionara durante el ejercicio de su cargo: la recuperación de Gibraltar. A ojos de los críticos del franquismo tal concentración de poder en manos de divisionarios no era sino otra muestra del «pasado nazi» del franquismo, que ahora parecía ser un peligro «mayor que nunca», ya que Muñoz Grandes era, en definitiva, el que parecía que sucedería a Franco. Tal «peligro» era denunciado, por ejemplo, en un folleto aparecido en Inglaterra, que mostraba a Muñoz Grandes en el momento de recibir la Cruz de Caballero (Edwards, Roa, 1963). Los autores consideraban que en España existía una auténtica conspiración que llevaría al poder a antiguos divisionarios. Para que no faltara nada en el tono alarmista, España era descrita como un país a punto de hacerse con el arma atómica, y casi como una especie de IV Reich. Aunque los autores alardeaban de sus convicciones democráticas para justificar su toma de posición, no costaba mucho captar un tono patrioterico. Si España entraba en la OTAN, ¿cuál sería el papel de Gibraltar? Y con Alemania Federal y España como «aliados» dentro de la OTAN, venían a afirmar los autores, parecían regresar los tiempos en que los soldados españoles y alemanes habían combatido codo con codo, dejando a Gran Bretaña como un simple socio más en la Alianza Atlántica.

Otra visión del futuro —y muy distinta— era la que tenían los veteranos de la DA. En 1968, en una de las más o menos regulares reuniones de presidentes de las HDA, se expresó la preocupación creciente por el futuro político español. Al terminar su asamblea, los divisionarios fueron recibidos en audiencia por el mismo Franco, a quien no dudaron en transmitir sus temores. ¿Qué razones tenían para preocuparse? A su entender, los movimientos de izquierda e independentistas daban señales de estar reapareciendo, y el Movimiento parecía haberse evaporado totalmente. La Ley Orgánica del Estado de 1966 supuso el fin de cualquier sueño falangista de tener poder real. El cese como vicepresidente del Gobierno de Muñoz Grandes (por grave enfermedad) se sintió como un terrible síntoma. Y era inminente que Juan Carlos fuera proclamado heredero (ocurrió en 1969), algo que desagradaba abiertamente a los falangistas en general, y por tanto a los divisionarios. Por eso, los presidentes de las HDA acordaron en aquella sesión lo siguiente:

En cuanto al futuro político español, la Hermandad, fiel a la filosofía joseantoniana que profesa y que le dio origen, acuerda tomar contacto con aquellas asociaciones que, con la misma inquietud, tratan esforzadamente, al igual que nosotros, de alcanzar las revolucionarias metas económicas, sociales y políticas que el país necesita.

¿Cuáles eran esas organizaciones? Cabían dos opciones. Una era la de los Círculos José Antonio, la única organización legal falangista al margen del Movimiento (estaba registrada como «círculos» culturales), que entonces estaba en el apogeo de su influencia. Y otra era el grupo surgido en torno a la revista *Fuerza Nueva*. Representaban respectivamente el ala izquierda y el ala derecha del falangismo (aunque en el caso de *Fuerza Nueva* concurrían otras corrientes políticas). Vale la pena señalar que tanto en una como en otra corriente, encontramos a antiguos divisionarios entre sus líderes.

Se decidió en aquella asamblea de presidentes intentar crear una «minoría divisionaria» en el Consejo Nacional del Movimiento y en las Cortes (los dos órganos «parlamentarios» del régimen franquista), y para ello se solicitó a las HDA provinciales que informasen si sabían de «camaradas divisionarios» que pertenecieran a una u otra institución. De momento ya tenían censados 11 consejeros nacionales que habían sido divisionarios (empezando por Muñoz Grandes) todos los cuales eran a la vez, como tales consejeros, procuradores en Cortes, y otros 11 que solo eran procuradores. No es creíble que encontraran muchos más, por la sencilla razón de que los falangistas tenían en realidad un escasísimo poder político en el régimen. En 1956, Arrese ya había sorprendido a sus camaradas falangistas con un informe donde demostraba que del total de ministros, subsecretarios, directores generales, gobernadores provinciales, presidentes y miembros de diputaciones provinciales, consejeros nacionales del Movimiento, procuradores en Cortes, alcaldes y concejales que en ese momento había en España, solo un 5 por ciento podían ser etiquetados como falangistas.

También es revelador que los pocos sectores «activistas» del Movimiento, como la Guardia de Franco, volvieran sus ojos hacia los divisionarios, buscando en ellos inspiración y ejemplo. En junio de 1969, por ejemplo, la revista *En Pie*, de la citada organización, se consagró monográficamente a la exaltación de la DA. Y la razón era muy evidente:

Nosotros continuamos y continuaremos siendo leales a todo lo que la División Azul significó y significa. Porque el espíritu de la División Azul no ha muerto y sigue alentando en nuestros pechos con la misma fuerza.

Entre los artículos de aquella publicación, uno llamaba la atención. Era el de Eduardo Comín Colomer, uno de los ideólogos e historiadores del Régimen, y desde luego uno de los más fervientemente anticomunistas, que titulaba su artículo «¿Cuándo se hace la historia de la División Azul?». En efecto, esa era una historia que estaba aún por escribir. Pero un cierto fatalismo ante el futuro parecía haberse instalado en muchos franquistas. Así se capta en la novela *La sombra de las banderas*, de Manuel Pombo Angulo, aparecida 1969. Como Emilio Romero en 1957, Pombo sitúa en el centro de la novela a un falangista divisionario. Pombo tampoco había sido divisionario (aunque sí corresponsal en Alemania durante la Segunda Guerra Mundial, y por ello había escrito mucho sobre la DA en la prensa de la época). Signo de los tiempos, mientras que Romero había ganado el Planeta, Pombo solo logró el Premio Ateneo de Sevilla (también financiado por la editorial Planeta, pero de menos lustre).

Las HDA sentían que hacía falta lanzarse al ruedo político. Y en realidad así lo hicieron muchos divisionarios, pero desde aquella fecha, y especialmente después de la muerte de Franco, todo fueron retrocesos en sus pretensiones políticas. Para empezar, porque era difícil definir una línea política única. La DA era hija de la Falange, y esta, como movimiento fascista que fue, tendía a ser una síntesis de ideas procedentes de derecha e izquierda, pero en las nuevas condiciones de los años 1960 en lugar de continuar la anterior fase de síntesis, se estaba produciendo un proceso de divergencia: Falange se descomponía, y su militancia se dispersaba. Falange parecía seguir siendo la ideología oficial (Franco continuaba siendo su jefe nacional), pero la praxis política cotidiana de su régimen se alejaba cada día más de los postulados «azules», reduciendo al falangismo a una retórica vacía.

A algunos les sorprenderá, pero hubo divisionarios implicados en las nacientes Comisiones Obreras —ya que las vieron como un sindicalismo de nuevo cuño, no como lo que finalmente fueron, el aparato sindical del PCE— y también los hubo que evolucionaron hacia la socialdemocracia, con el muy llamativo caso de Ridruejo, que no fue el único. Pero desde luego la mayor parte se mantuvieron en posiciones netamente anticomunistas, oscilando entre tendencias diríamos casi democristianas y «opusdeistas», también monárquicas, y el falangismo en un sentido muy amplio, que empezaba en los Círculos José Antonio y se extendía hasta Fuerza Nueva. Pero lo más significativo fue que a partir de los años 1960 un cierto número de divisionarios que antes habían sido vistos por sus antiguos camaradas como genuinos exponentes de sus ideas, empezaron a desmarcarse con claridad de su pasado falangista y divisionario. No solo el caso —bien conocido— de Ridruejo, sino otros que hicieron patente una evolución más o menos abiertamente «antifranquista» (Joaquín de Alba, alias *Kin*, Eduardo de Rojas —el conde de Montarco—, García-Berlanga, etc.) o bien dejaron caer una espesa capa de silencio sobre su pasado en Rusia (Álvaro de Laiglesia, Carlos Alonso del Real, José Manuel Castro-Rial, López de la Torre, José Luis Pinillos, etc.). Muchos de estos hombres se habían labrado un gran prestigio en sus vidas públicas, y para ellos el haber servido en la DA se convirtió ahora en un lastre. También es cierto que, habiendo militado en la ideología nacionalsindicalista, habían acabado «divorciándose» del «nacionalcatolicismo» del régimen a la vez que llegaban a la conclusión de que el falangismo solo había sido una ensoñación juvenil.

Los divisionarios nunca llegaron a formar en la posguerra un bloque político uniforme. Una gran mayoría, sin embargo, siempre se mantuvo en los márgenes políticos del franquismo. Fueron

bastantes los que ocuparon puestos políticos en los escalones intermedios del régimen franquista (gobernadores civiles, alcaldes, altos funcionarios sindicales, etc.), pero también hubo muchos que destacaron en el mundo de la economía y la cultura, por no decir que tuvieron un papel destacado en las Fuerzas Armadas. Queda aún por hacer muchísimo trabajo en el ámbito de las biografías de divisionarios. Lo que se puede intuir por lo que hasta ahora conocemos es que colaboraron especialmente en las políticas sociales del franquismo.

La praxis de este quedaba lejos de los sueños revolucionarios del nacionalsindicalismo, sin duda, pero ese régimen nunca sacó los tanques a la calle para reprimir a los obreros, como sí que hicieron los regímenes comunistas en Polonia, Alemania Oriental y Hungría, en la década de 1950; y en Checoslovaquia, en los 1960. Una década que se inició, por cierto, con el régimen comunista de Alemania Oriental elevando el vergonzoso Muro de Berlín: era necesario erigir terribles sistemas fronterizos para evitar que la población huyera en masa de países que eran «paraísos del proletariado». Por el contrario, sin ser el régimen falangista con el que muchos divisionarios soñaron, en el franquismo se pusieron en marcha ambiciosas políticas educativas, de vivienda social, de colonización agraria, de modernización urbana, de industrialización, etc., y en muchas de ellas hubo divisionarios implicados en papeles claves. Por poner un ejemplo, Carlos Pinilla, largo tiempo presidente nacional de las HDA fue el impulsor de unas instituciones de tan hondo calado social como las Universidades Laborales.

Había, es verdad, un cierto nivel de resentimiento con respecto al régimen. Después de todo, los falangistas divisionarios habían pagado un tributo en sangre especialmente elevado, y muchos sentían que su sacrificio había sido en vano. Aunque no era divisionario, un destacado falangista como Luis González Vicén, exponente de su ala más radical, cuando intervino en enero de 1964 ante el Consejo Nacional de la Sección Femenina, criticó a Franco en varios aspectos, y entre ellos porque «hubiera ordenado organizar la DA desde la Secretaría General de FET-JONS, y no desde el Ministerio del Ejército para que si las potencias del Eje perdían la guerra, fuera la Falange la sacrificada».

Es un ejemplo típico de lo que llamamos «teoría conspirativa», ya que en 1941 la Falange fue la más interesada en obtener el control total de la DA, en durísima competencia con el Ejército. No era cierto, desde luego, y González Vicén que era gobernador civil cuando se organizó la DA debía saberlo muy bien, pero eso no le impidió lanzar esta interpretación.

Si las HDA experimentaron divergencias políticas entre sus miembros, en cambio también fueron el escenario de algo infrecuente: la estrecha camaradería que se manifestó entre quienes en Rusia habían sido simples soldados y los que fueron sus oficiales. En un ejército como el español, que hasta hace pocas décadas se caracterizaba por una marcada separación entre mandos y tropa, las HDA fueron un escenario atípico, y quienes habían servido en Rusia como tenientes y capitanes, que en los años 1960 y 1970 ascendieron en gran número a coroneles y generales, seguían acudiendo a las reuniones de quienes habían sido sus soldados, tratándose entre sí con la más completa camaradería. La durísima experiencia de la campaña rusa había creado entre todos ellos lazos que siempre perduraron.

Pero desde finales de los años 1960 las HDA languidecieron, y en muchos casos desaparecieron. En 1971 se reunieron en Madrid los representantes de las distintas HDA, en la Asamblea Nacional, el órgano colegiado que coordinaba sus actividades. Se visitó de nuevo a Franco, y también al entonces príncipe Juan Carlos. A muchos falangistas no les agradó este

intento de aproximarse al futuro rey de España. La preocupación que provocaba la inevitable desaparición de Franco fue la tónica dominante en la asamblea. Con el franquismo abocado ya a su final, la última intentona de las HDA de tener peso político fue integrándose en la Confederación Nacional de Excombatientes, creada en 1974 por agregación de todas las hermandades de excombatientes franquistas de distinto tipo existentes y liderada —¡cómo no! — por Girón, pero esta Confederación solo era una vitola en común para convocar algunos actos.

A muchos les sorprenderá, pero entre 1955 y 1975, la HDA mejor organizada y más activa fue la de Barcelona. De manera reiterada organizó ciclos de conferencias, convocó premios periodísticos, protagonizó actos políticos, dispuso de un amplio local, y en ocasiones realizó hasta festivales infantiles para los hijos y nietos de los veteranos. Consiguió integrarse junto a las demás asociaciones de excombatientes franquistas en una federación provincial, y también celebrar un congreso al que asistieron las cuatro HDA catalanas. Varias poblaciones barcelonesas, como Tarrasa, dedicaron avenidas a la División Azul. Y durante muchos años todos los libros que se editaban sobre la DA lo eran por editoriales barcelonesas. Las razones por las que unas HDA fueron tan activas y otras tuvieron una existencia letárgica bien merecen un estudio en profundidad, que aquí no cabe hacer.

La muerte de Franco en 1975 marcó un momento de auténtico eclipse de las HDA, que parecían condenadas a un fin inevitable. No se trataba tan solo de lo ocurrido en España. En Grecia y Portugal otros dos regímenes marcadamente anticomunistas se habían hundido poco antes. Y aquel mismo 1975, tras una larguísima guerra, el Vietnam del Norte comunista se imponía al anticomunista Vietnam del Sur, pese a que este había gozado de una inmensa ayuda militar norteamericana. Tras la caída de Vietnam del Sur en manos comunistas, en virtud del «efecto dominó», lo mismo ocurrió con Laos y Camboya. Fueron esos los momentos de mayor implantación del comunismo a nivel mundial. La URSS lo había impuesto en toda Europa Oriental y balcánica, donde existían ocho estados que se proclamaban «repúblicas democráticas populares». En Asia, la URSS también había impuesto *manu militari* el comunismo en Mongolia y Corea del Norte y lo intentó en Afganistán. Por sus propios medios, había llegado al poder en la inmensa China, y ya se ha señalado su extensión al Sureste Asiático. Aunque en América el comunismo no había logrado implantarse más que en Cuba, numerosos movimientos guerrilleros inspirados en esa ideología actuaban, en Colombia, algún otro país de América del Sur y —sobre todo— en América Central (Caballero, 1990-c). Regímenes que más que como comunistas deberían ser descritos como prosoviéticos se implantaron en otros lugares (Somalia, Etiopía, Angola, Mozambique, Congo, Benín, Yemen del Sur). El anticomunismo, motor básico de los divisionarios, parecía estar condenado a una derrota planetaria.

Muchos veteranos, sencillamente estaban terriblemente desmoralizados con el final del régimen de Franco, al que habían unido sus destinos. Otros, sin embargo, seguían dispuestos a seguir luchando en primera línea contra «el peligro comunista». Y la más famosa de las pequeñas organizaciones de activistas de extrema derecha durante la Transición, que por su posición a favor del uso de la violencia tuvo el nombre de «Guerrilleros de Cristo Rey», tenía como líder e inspirador a un divisionario: Mariano Sánchez Covisa. En las elecciones de 1977, las HDA se integraron en la llamada Alianza Nacional 18 de julio, junto a un conjunto de formaciones franquistas, y que obtuvo unos desastrosos resultados.

No cabe, sin embargo, imaginar que los divisionarios formaran un bloque monolítico, ni mucho menos. A aquellas alturas, los únicos de entre ellos que tenían ciertas parcelas de poder eran los que habían llegado a ocupar puestos de general en el Ejército. Señal del alto nivel cualitativo de la oficialidad divisionaria es que más de 300 de los mandos divisionarios — ¡también algunos soldados!— alcanzaron el generalato (Grau, 2007). Pues bien, en la fecha clave del intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981 hubo generales «divisionarios» implicados en el golpe (Milans del Bosch, por ejemplo) y otros que contribuyeron decididamente a abortarlo (como Aramburu).

Pero en la década de 1980 hubo un sorprendente resurgir del mundo divisionario. En parte porque se hizo cargo de la presidencia de la HDA Nacional un divisionario falangista tan carismático y activo como Luis Nieto. Su predecesor, Carlos Pinilla, había decidido seguir en la vida política, pero uniéndose a Alianza Popular. Nieto, falangista incombustible, heredó los cargos de Pinilla al frente de la Hermandad de la División Azul, y también de la Vieja Guardia (reconvertida también en Hermandad tras la desaparición de la Secretaría General del Movimiento).

Otra explicación para este inesperado renacer es la circunstancia de que, para esas fechas, muchos divisionarios ya eran jubilados, pero mantenían una buena salud y disfrutaban de una buena posición social. Y seguían totalmente convencidos de la justicia de su causa. Por ello, durante varios años, se iban a celebrar los ahora llamados Capítulos Generales de la Hermandad, con regularidad, e itinerantes por muchas ciudades españolas, con asistencia no de algunos representantes seleccionados de cada HDA, como había ocurrido en épocas anteriores, sino de tantos veteranos como quisieran asistir, con lo cual en alguno de ellos se congregaron varios centenares, ya que había provincias que mandaban autobuses enteros a estos actos.

Tras una última reunión de representantes de las directivas de las HDA provinciales con el formato de Asamblea Nacional, celebrada en Madrid en 1981 (en la que se acordó potenciar la HDA Nacional, ante la desaparición de varias HDA provinciales), estos Capítulos Generales tuvieron lugar en Toledo (1982), Ibi —Alicante— (1983), Oviedo (1984), Albacete (1985), Santander (1986), Madrid (1987 y 1988), Cuenca (1989), Zamora (1990), Madrid (1991), Barcelona (1992), Valencia (1993) y Madrid (1994 y 1996). Las nuevas reuniones tenían un cierto aire de «viajes de jubilados», pero el hecho es que fueron más masivas que nunca, y decenas de divisionarios, que antes no habían participado en la vida de las HDA, por haberse consagrado a su vida laboral, se incorporaron ahora a ellas, restableciéndose en muchos casos relaciones personales que habían quedado en suspenso cincuenta años atrás, con motivo de la repatriación.

Aunque las HDA siguieron tratando de viejos temas, como el de las pensiones a mutilados, y en ese sentido lograron que en 1981 se constituyera un Tribunal Médico Especial para analizar el caso de algunos mutilados de la DA que seguían sin cobrar pensión, en esta nueva fase la principal preocupación ya fue la de cómo conseguir que perdurara la memoria de la DA. Por ley de vida, los divisionarios desaparecerían, y con ellos las HDA. Así que el futuro pasaba por constituir una Fundación, de la que ya se hablaba como objetivo clave a mediados de los años 1980. El tema se discutió hasta la saciedad y se formularon proyectos ambiciosos sobre los fines que debía perseguir esa Fundación División Azul (FDA): crear un Museo, una Biblioteca, y también Filmoteca y Fototeca, Archivo de Prensa y Archivo Oral; y fomentar la difusión de la historia de la DA mediante ediciones de libros, convocatorias de premios, creando un departamento de

prensa, etc. La renovada HDA también organizó viajes de los veteranos a Grafenwöhr (en 1990), el lugar en que muchos de ellos se habían instruido en 1941, y donde fueron objeto de una recepción oficial por las autoridades locales; y, en cuanto cayó el régimen comunista, se organizaron viajes a Rusia (1992, 1993, 1994 y 1999). En su visita a las remotas aldeas rusas donde habían pasado tantos meses durante su juventud, lo que más les emocionó a los divisionarios fue ver que la población les recordaba con afecto.

El año 1991 iba a resultar decisivo en la historia del mundo. Por fin estalló la burbuja comunista. La URSS se hundió, víctima de su propio sistema político, no de ninguna derrota militar ante una potencia extranjera. Meses antes, casi todos los regímenes comunistas de Europa Oriental habían pasado al «basurero de la historia» del que tanto habían hablado los bolcheviques rusos como destino inevitable para sus oponentes, y la caída final del comunismo soviético destruyó a la misma URSS, que se desmembró en 15 Estados distintos. El comunismo arrastró a Rusia en su hundimiento. Todo el mundo asistió boquiabierto al espectáculo, y quienes —como era el caso de los divisionarios— habían profesado siempre el anticomunismo más radical, sintieron la honda satisfacción de afirmar que ellos siempre habían tenido razón al enfrentarse a esa ideología. En el otoño de su existencia, muchos divisionarios se llenaron de renovado optimismo. Pero, mucho más realistas, se fijaban objetivos muy limitados. Como recogió un periodista que acudió a entrevistarles por esas fechas: «Hoy poco importa a estos hombres la discusión política, solo quieren que se cuente su historia con rigor» (Quadra-Salcedo, 1990).

El año 1991, además, por ser el del 50.º Aniversario de la creación de la DA, fue especialmente rico en eventos. A los lectores más jóvenes quizás haya que recordarles que a la sazón era el PSOE de Felipe González el que gobernaba en España. Y sin embargo pudieron celebrarse multitud de actos. Dos fueron especialmente llamativos: la concentración de veteranos de la DA realizada en el mismo Cuartel del Infante Don Juan de Madrid que sirvió en julio de 1941 para formar las primeras unidades de la DA. A día de hoy, un acto de este tipo en una instalación militar como aquella provocaría tal alud de protestas de los grupos de «memoria histórica» que ningún gobierno se atrevería a autorizar algo así. El otro fue la inauguración de Monumento a los Caídos de la DA en el madrileño cementerio de La Almudena, que había sido costeadado íntegramente por la HDA. Hubo otros actos que demuestran que existía una mente más abierta y tolerante que lo imaginable a día de hoy, y así en el Museo Postal de Madrid se pudo celebrar una Exposición Filatélica sobre la División Azul; y en el Museo Militar existente en el Castillo de Montjuic, en Barcelona (hoy desaparecido), estuvo abierta durante varias semanas una Exposición Fotográfica donde se narraba la historia de la DA.

Ya se ha señalado que la HDA Nacional era miembro de pleno derecho de la Verband Deutscher Soldaten, una confederación que agrupaba a las asociaciones de veteranos alemanes. Dentro de la VDS, la HDA estableció lazos fraternales con la Hermandad de la 126.ª División de Infantería, junto a la cual los españoles habían combatido en el Vóljov. Pero finalmente serían los veteranos de la 5.ª División de Cazadores de Montaña alemanes los que decidieran honrar a los españoles. La 5.ª de Cazadores de Montaña había combatido junto a los españoles, en el lago Ilmen y ante Leningrado. Como quiera que en los Alpes alemanes existía también un lago Ilmen (Ilmensee), la Hermandad de la citada unidad decidió en 1974 levantar allí un monumento en recuerdo de sus caídos: un escudo de la unidad esculpido en una roca. En 1991, los veteranos de la 5.ª de Montaña decidieron que junto a su monumento, otra piedra esculpida, de menor tamaño,

honraría a sus camaradas españoles de la DA. Y no fue el único homenaje. Los veteranos de guerra austríacos no quisieron ser menos que sus camaradas alemanes, así que —también en 1991— colocaron otra placa conmemorativa de la DA en un viejo monasterio de la «Montaña de Ulrich» (Ulrichsberg), ubicado en Klagenfurt, en la Carintia austriaca. Representantes de la HDA estuvieron presentes en la inauguración de ambos pequeños monumentos conmemorativos, y en distintos años han acudido ante ellos para colocar coronas de flores.

Casi todas estas actividades fueron viables gracias a que, a principios de año, el Protectorado de Fundaciones del Ministerio de Cultura había aprobado la creación oficial de la Fundación División Azul (FDA), impulsada desde las HDA. Fue esta nueva FDA la que convocó un premio periodístico 50.º Aniversario de la División Azul, que ganaría el famoso escritor Fernando Sánchez Dragó, por un artículo titulado «El último capítulo de Gárgoris y Habidis», aparecido en el número 358 de la revista *Época*. Sánchez Dragó, de bien conocida militancia comunista en su juventud, pero que a esas alturas de su biografía era un crítico feroz del izquierdismo, exaltaba en ese artículo a los divisionarios, como exponentes de una genuina y heroica españolidad. El título del artículo, que puede sorprender, se debía a que Sánchez Dragó había dado el título de *Gárgoris y Habidis* a su «historia mágica de España». Con la caída del comunismo muy presente, Sánchez Dragó (que como tantísimos españoles tuvo familiares que sirvieron en la DA y —en su caso— cayeron en Rusia) había escrito sobre los divisionarios que «eran la avanzadilla de la historia (...). Querían liberar el territorio de la Santa Rusia. Querían parar los pies malolientes y mojar la oreja sorda del comunismo. Con Franco o sin Franco, con nazis o sin nazis, la División Azul —quizás con otro nombre— habría estado ahí. No eran amigos de Hitler, sino enemigos de Stalin. Fue la última vez que España entró con decoro en Europa».

El principal efecto de la creación de la FDA fue el de permitir que personas que no eran divisionarios, ni tampoco familiares directos de ellos, pudieran integrarse en sus actividades. Para ellos se creó una nueva designación informal: eran los «divisionistas». Por otra parte, la Fundación, como entidad con finalidades de tipo cultural, podía actuar en lugares donde a una HDA quizás se la hubiese vetado. Y así por ejemplo, en marzo de 1993, y a modo de conmemoración de la batalla de Krasny Bor, fue posible realizar una jornada sobre ella en la Academia General Militar de Zaragoza: era una experiencia inédita hasta la fecha.

En 1994, se produjo la inauguración de los nuevos locales de la HDA/FDA en Madrid: muy amplios, permitían contar con despachos, capilla, un museo, etc. Otro gesto de la mayor carga simbólica fue la repatriación desde Rusia de los restos de un voluntario desconocido, que fueron enterrados en el Monumento a los Caídos de la DA en La Almudena. La operación de repatriación se realizó con apoyo oficial del Ministerio de Defensa, encarnado en un socialista, García Vargas.

Pero no debemos llamarnos a engaño. Las posturas oficiales del Estado no estaban en modo alguno a favor de la DA. El año 1995 se conmemoraban los cincuenta años del final de la Segunda Guerra Mundial y en abril el Congreso de los Diputados homenajeó a los españoles que combatieron «por la libertad en Europa», lo que quería decir: en los distintos Ejércitos Aliados. Y en mayo el mismo ministro García Vargas inauguraba un monumento dedicado a ellos (por cierto, ya en 1989 —conmemorando el final de la Guerra Civil, e igualmente con fondos públicos— se había levantado un monumento a los soviéticos caídos en España). Pese a que desde las asociaciones de personal retirado de las Fuerzas Armadas Españolas se le llamó la atención al ministro sobre la necesidad de que la HDA fuera invitada al acto, ya que —argumentaban—

también ellos habían luchado por la libertad de Europa, aunque en este caso por la de los países que fueron sometidos a las dictaduras comunistas, el ministro hizo oídos sordos y tal invitación jamás se produjo: aquel monumento nacía para honrar solo a una parte de los españoles que habían tomado parte en la Segunda Guerra Mundial. Casi a la vez, Felipe González, de visita en Moscú, se reunió con los españoles que eran veteranos del Ejército Rojo. Más revelador aún, en ese año, la única ciudad que había erigido un monumento a la DA, Albacete, ordenó su demolición.

El año 1996 se inauguró en el Cementerio Militar Alemán de Pankovska (Nóvgorod) el área dedicada a los caídos de la División Azul. La DA ya tenía «su cementerio». El tema de agrupar los restos de todos sus camaradas caídos en Rusia era una antigua obsesión de los divisionarios. En fecha tan lejana como 1959, la HDA ya había formulado al mismísimo Franco una petición por entonces totalmente irreal: lograr que la URSS posestalinista permitiera repatriar a España los restos de los caídos españoles. Muchos años después, en 1988, la HDA había iniciado la ardua tarea de realizar el censo de todos los caídos de la DA (algo que nunca había hecho el Ejército Español, como hubiera sido lo lógico) y, también organizar toda la cartografía de la época donde se hubiera hecho constar enterramientos de divisionarios. Y cuando en 1995 el Ministerio de Defensa llegó el acuerdo con la Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge del que se habló en el capítulo I, se le facilitó toda esta información a la VDK para que pudiera actuar en la búsqueda de los restos de esos caídos españoles. En 1996 ya habían localizado a los suficientes de ellos como para inaugurar la Sección Española del Cementerio Militar Alemán de Pankovska.

Pero no todo el mundo estuvo de acuerdo con aquella inauguración. Los sobrinos de un divisionario toledano caído, los hermanos Garrido Polonio, eran portavoces de los partidarios de repatriar los restos de los caídos, para enterrarlos aquí, y entraron en abierta polémica con la HDA/FDA, creando la Asociación de Desaparecidos en Rusia, integrada por miembros de las familias que desean que los huesos de sus familiares yazcan en España. La historia de ese empeño se dio a conocer en un libro (Garrido, 2002) y numerosos artículos en prensa diaria, y también revistas de historia (Cardenal, 2002). La HDA/FDA se mantuvo en su tesis de que los soldados caídos en combate deben reposar en la tierra donde murieron, por ser esa la costumbre más extendida. En efecto, cualquiera que haya visitado Europa Occidental con cierto detalle habrá podido ver los inmensos cementerios militares donde norteamericanos, británicos o alemanes han dejado reposar los restos de sus caídos en ambas guerras mundiales.

Por otra parte, las repatriaciones de los restos de algunos de esos caídos españoles provocaron agrias críticas de las asociaciones vinculadas a la «memoria histórica», que afirmaban que mientras se gastaba dinero en esas repatriaciones, no se hacía lo mismo con los españoles que murieron mientras servían en el Ejército Rojo (porque en su inmensa mayoría sus restos eran ilocalizables, todo sea dicho). Para que nadie acusara al Estado de despreciar a los que cayeron en el Ejército Rojo, el año 2003 se erigió un monumento en su honor en Moscú, inaugurado por el entonces príncipe Felipe. No dejaba de ser una ironía del destino que un monumento que tenía una cruz como símbolo predominante, y que fue inaugurado por un príncipe de la casa Borbón, sea el que honra a los españoles que habían encontrado la muerte combatiendo en el Ejército Rojo de la URSS, que desde luego nunca destacaron ni como monárquicos ni como católicos. En cambio, ni el príncipe, ni tampoco su padre, el rey Juan Carlos —cuando visitó la URSS en 1984— tuvieron el más mínimo gesto para con los caídos de la División Azul.

Los divisionarios tuvieron que conformarse con algún otro gesto, que de hecho evidenció hasta qué punto habían estado siempre postergados. Hubo que esperar hasta 1998 para que a un destacado veterano de la DA, Ángel Salamanca, se le impusiera por fin la Medalla Militar Individual. Se hizo acreedor de ella por su heroica participación en los combates de Krasny Bor, que un afamado periodista español, Vicente Talón, volvió a evocar (Talón, 1997). Salamanca había caído prisionero y fue repatriado en el *Semíramis* en 1954. Empezó entonces la tramitación de su propuesta de Medalla Militar Individual, que —dado lo minucioso del trámite de estas condecoraciones— no concluyó hasta 1969. Pero reglamentariamente una condecoración como esa exige un cierto ritual para ser impuesta. Y nadie pareció interesado en organizarlo, hasta que —como acabo de narrar— en 1997 se «destapó» su causa. Y nuestro Ejército realizó la oportuna ceremonia de imposición finalmente... ¡en 1998! Habida cuenta de que los hechos premiados se remontaban a 1943, no puede decirse que se hubieran dado prisa por honrar a quien, sin la menor duda, fue un héroe modélico. Como era un hombre muy vinculado a la HDA, esta asumió la imposición de aquella condecoración como un triunfo propio.

Entre las tareas previstas para la FDA estaba la edición de libros, y la convocatoria de premios de investigación. Pero la tarea editorial es difícil y cara, y al final la FDA solo ha logrado editar un puñado de títulos. Más significativo aún es lo que ocurrió con los Premios de Investigación Histórica que la FDA convocó en 1996. Aunque se concedieron el premio y un accésit, ninguno de los trabajos galardonados (Costa Ubalda, 1997; y Martínez Sainz, 1997), pese a su buen nivel, pudo llegar a ser editado: no hubo fondos para ello.

El futuro de la FDA estaba gravemente comprometido por un hecho inevitable: la desaparición física de los divisionarios, que al acabar el siglo tenían una media de ochenta años. Mientras muchos de ellos estuvieron activos, trabajando gratuitamente en las misiones que la FDA les encargaba, y en disposición de pagar cuotas y hacer donativos, la FDA pudo seguir funcionando. Pero esa base social disminuía a simple vista. Antes de que desaparecieran finalmente todos los divisionarios, la FDA instituyó una condecoración para galardonar a aquellos que a lo largo de toda su vida habían demostrado que mantenían los ideales que les llevaron a Rusia. Esta llamada Orden de la División Azul, se estableció en el año 2000, con el formato de medalla y en las categorías de oro y plata. El 2011 se añadió una nueva categoría, la de bronce. Como el objeto de esta última era conmemorar el 70.º Aniversario de la creación de la DA, también se la conoce como Medalla del LXX Aniversario. La imposición de las medallas que les correspondieron supuso para muchos veteranos el último acto de su vida como divisionario.

La muerte del carismático falangista Luis Nieto (en 1998) llevó a la presidencia de la FDA a dos divisionarios que eran militares profesionales. El primero de ellos, el general Juan Chicharro, que en la DA sirvió como soldado, junto a tres hermanos (uno de los cuales cayó); otro hermano murió en Rusia sirviendo en la Escuadrilla Azul. Le sucedió el también general Víctor Castro, que en Rusia sirvió como capitán y que falleció en 2004. Tras su muerte, la HDA/FDA dejó de estar encabezada por veteranos.

A partir del año 2000 hubo otra polémica interna, esta vez en relación con el conjunto de piezas que la HDA/FDA había llegado a atesorar en su muy interesante museo. Como el Museo del Ejército estaba en el proceso de trasladarse de Madrid a Toledo, se negoció la cesión de esos fondos del Museo de la FDA al Museo del Ejército. Mientras estuvo en Madrid, el citado museo contó con una modestísima Sala de la División Azul. Se creyó que en el nuevo Museo de Toledo, y

gracias a los fondos cedidos por la FDA, se podría contar con una presencia mucho más importante. Por ello el Museo de la FDA cerró sus puertas en 2004. Fue una cruel decepción, anunciada por quienes se habían opuesto a hacer esa transferencia de fondos, ya que en el nuevo Museo del Ejército en Toledo la DA literalmente desapareció de escena. Los ricos fondos que había recibido quedaron encerrados en los almacenes. Las poquísimas piezas que hacían referencia a la DA, eran mostradas de manera aislada e inconexa.

La izquierda, cada vez más huérfana de ideas a la hora de plantear alternativas al capitalismo, había decidido que era la «memoria histórica» el mejor campo para dar la batalla ideológica. El tema del «anticapitalismo» sonaba ridículo como propaganda para las masas, después de ver la miseria en la que el comunismo había hundido a Rusia y los demás países donde se implantó. Era la hora de reactivar a gran escala el «antifascismo». Y, claro está, la DA iba a convertirse en un objetivo predilecto. El año 2003 se discutió por vez primera en el parlamento español sobre la FDA, cuando Iniciativa per Catalunya presentó una proposición no de ley para que se retirara a la FDA la modestísima subvención que recibía, como tantísimas otras fundaciones legalmente constituidas. Como en ese momento gobernaba el PP, se presentó esa modesta subvención como una prueba de que este tenía vínculos «con una unidad nazi» (se olvidaba el recordar que la FDA había sido legalizada gobernando el PSOE y también había recibido subvenciones con gobiernos socialistas).

Pese a este progresivo boicot a que se la sometía, la Fundación División Azul aún pudo colaborar en actividades académicas durante cierto tiempo. Y así por ejemplo la FDA prestó su concurso a tres actividades organizadas por la Universidad de Sevilla. En el 2003 el ciclo de conferencias y proyecciones «La División Azul a través del Cine». En 2004, apoyó la actividad «Los últimos de la Segunda Guerra Mundial: el regreso del *Semíramis*» (se cumplía el 50.º Aniversario de aquel hecho). Y ya en 2006, concretamente en marzo, prestó su concurso al ciclo «Españoles en la Segunda Guerra Mundial» (en el que se dictaron ocho conferencias). El mismo año, pero ahora en Madrid, la FDA también fue decisiva para que en el Casino Militar —que pese a su nombre no es una institución oficial— se desarrollara el Ciclo «La División Azul», con otras ocho conferencias.

La FDA hubiese querido seguir moviéndose solo en ese ámbito, pero a su pesar se veía arrastrada hacia agrias polémicas. El año 2004, recién llegados de nuevo los socialistas al poder, el nuevo ministro de Defensa, José Bono, tuvo la idea de que en el acto de homenaje a los caídos con que se inaugura el desfile militar del Día de la Hispanidad intervinieran, de manera simultánea, veteranos de la DA y de la 9.<sup>a</sup> Compañía de la División Leclerc francesa, una compañía que había estado compuesta por españoles de manera mayoritaria. Todas las fuerzas a la izquierda del PSOE (y muchos elementos dentro del mismo PSOE) y desde luego los separatistas lanzaron agrias críticas contra la presencia de los divisionarios, calificándola como inaceptable, como «banalización del nazismo».

Ese mismo año, y el mismo ministro Bono, acudió a Rusia para devolver la llamada «Cruz de Nóvgorod». Se trataba de una cruz que coronaba la Catedral de Santa Sofía en esa ciudad, que había sido derribada por el fuego de la artillería soviética en 1942. Los zapadores españoles la habían recogido y, con afán de preservarla, la habían traído a España, colocándola en lugar prominente en la Academia de Ingenieros, donde era objeto de especial veneración. Ahora que el comunismo había caído en Rusia, y los templos se reabrían y reconstruían, debía volver a

Nóvgorod. Pero en vez de hablarse de la devoción y el cariño con el que los divisionarios habían preservado aquella cruz, se les llegó a presentar como saqueadores.

El año 2005, y por mediación de una de las publicaciones de la comunidad rusa en España, los divisionarios recibieron la invitación para participar en los actos que en San Petersburgo debían conmemorar el final de la Segunda Guerra Mundial. Los divisionarios estuvieron encantados de viajar a esa ciudad que ellos habían pretendido que dejara de llamarse Leningrado para que recuperara cuanto antes el nombre de San Petersburgo. Pero en Rusia la noticia provocó un escándalo. *Sovietskaya Rossia*, el órgano del Partido Comunista Ruso, que entonces ejercía una radical oposición contra Vladimir Putin, vio en la presencia de ese puñado de divisionarios españoles una «prueba» de la claudicación de este frente a Occidente (no hace mucho, era de eso de lo que se acusaba a Putin...) y cubrió de denuestos a la DA. Por el contrario, la prensa española que narró el hecho insistió en que los españoles habían acudido allí «a pedir perdón», aunque desde luego los divisionarios nunca hicieron algo así, porque ellos siempre han visto su presencia en Rusia como un proyecto de liberación.

Tratando de centrarse en sus fines, la FDA ha dedicado buena parte de su actividad en reconstituir su propio museo, una vez que se vio que el Museo del Ejército había decidido ocultar el legado de piezas que se le habían cedido. A día de hoy ese renacido Museo de la HDA/FDA ha logrado reunir una excelente colección. También presta el apoyo que le permiten sus modestos medios a cualquier iniciativa que suponga dar a conocer la DA. El año 2011, con motivo del 70.º Aniversario, figuró entre las entidades patrocinadoras de las V Jornadas del Foro Historia en Libertad, convocadas en junio bajo el título de «División Azul. 70.º Aniversario», durante las que se presentaron diez ponencias. Muchísima más envergadura tuvo otra actividad en la que la FDA tuvo participación ese mismo año 2011, en octubre. Me refiero al Congreso Internacional «La División Azul en el Frente del Este», realizado por la madrileña Universidad CEU-San Pablo (Campello, 2011). Durante tres maratónicas jornadas se dictaron tres conferencias, se leyeron ocho ponencias, y 56 comunicaciones, se celebraron dos mesas redondas, y se proyectaron dos cortometrajes y un documental de larga duración —producido por una estación de TV rusa, la de Nóvgorod—. Tomaron parte, además de españoles, historiadores norteamericanos y rusos, y de manera más simbólica exponentes de otras naciones (Portugal, Italia, Inglaterra). Nunca antes se había reunido a tal plantel de investigadores. De hecho, el tremendo desafío que supone editar las extensas actas del Congreso ha sido la causa de que aún no hayan aparecido. Y sin embargo, los medios de comunicación guardaron un silencio hermético sobre el evento. En cambio, no es extraño que ciertos medios monten grandes escándalos cuando la HDA/FDA convoca alguno de sus actos, privados, para rendir homenaje a sus camaradas fallecidos. Hay quien llega a exigir a las autoridades la prohibición de la Fundación División Azul.

La historia de las Hermandades de la División Azul, y de su sucesora, la actual Fundación División Azul, está esperando quien la escriba. Pero con un mínimo conocimiento de causa. Porque lo hasta ahora publicado raya en lo ridículo. El año 2013 se celebró un IV Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia y David Veiga Chousa, de la Universidad de Santiago de Compostela, aportó a él una comunicación titulada «La Hermandad Provincial de la División Azul de Alicante: un análisis a través de su boletín *Blau División*». Las actas del encuentro estuvieron «colgadas» en Internet bastante tiempo, quizás aún lo estén. Y el joven investigador había escrito cosas como esta:

Los altos cargos de la Hermandad Provincial y los más activos recibían remuneraciones, algo que existía con toda seguridad entre los colaboradores del boletín de la Hermandad, los cuales percibían nóminas considerablemente altas por su trabajo en la publicación mensual.

Como correspondía a tan «docto» trabajo universitario, el joven «investigador» indicaba la fuente de tal afirmación: era una «nota de la redacción» aparecida en el Boletín *Blau Divisió*n de enero de 1962. Nota que el joven «investigador», sin embargo, no reproducía, pero que aquí debo transcribir. Se leía en ella lo siguiente:

Aprovechando la pasada festividad del día 28 de diciembre, contestamos a varias preguntas formuladas acerca de quienes componen el Cuadro de Redacción de esta publicación.

Y a continuación se daban unas cifras elevadísimas sobre los presuntos sueldos que se cobraban. Solo con un poco de «culturrilla general» el joven «investigador» debía haber captado que el *Blau Divisió*n se estaba burlando de algunas habladurías, y la referencia al Día de los Santos Inocentes era tan obvia que ignorarla exigía una completa ceguera. O, para ser más exactos, la existencia de un prejuicio tan grande sobre el tema que el joven «investigador» se negaba a ver lo evidente. Nunca nadie ha cobrado por escribir en el boletín *Blau Divisió*n, por mucho que a Veiga le parezca.

El caso es que no mucho después, Veiga publicó el texto, con alguna modificación, en una denominada *Revista Universitaria de Historia Militar* (Veiga, 2013). Seguía obsesionado con la idea de que a través de las HDA se repartían succulentas prebendas económicas, aunque la realidad es que en las HDA —como en cualquier organización de este tipo— jamás se pagaron ni nóminas, ni dietas. Y aunque muy posiblemente alguien ya le hubiera llamado la atención sobre el hecho de que una inocentada no es precisamente un argumento de gran solvencia, por lo que omitía indicar el número de *Blau Divisió*n que le había servido de «argumento», seguía señalando que se recibían «nada desdeñables gratificaciones» por colaborar en ese boletín. Como el artículo estaba redactado totalmente en base a ideas preconcebidas seguían apareciendo afirmaciones que nos fuerzan a la risa, inevitablemente. Pondré un ejemplo: en Alicante se celebraron en dos ocasiones Consejos de Presidentes de HDA, como ya se ha visto. Pues bien, al hablar de los actos de 1959, según Veiga: «Para darnos cuenta de la fastuosidad de las jornadas, según los asistentes, ambas noches se presenciaron “castillos de fuegos artificiales y vistosas tracas de colores” en su honor». El joven «investigador» nos da las fechas de esas dos noches tan «fastuosas»: el 26 y el 27 de junio. Es una lástima que ese investigador no haya viajado algo más, porque si conociese un poco Alicante sabría que, pasadas sus fiestas locales, las Hogueras de San Juan, durante todas las jornadas que median hasta el día de San Pedro, se disparan en la alicantina Playa del Postiguet espectaculares castillos de fuegos artificiales, a los que concurre prácticamente toda la ciudad, seguidos de una no menos llamativa «traca corrida» en la que miles de jóvenes corren bajo el fuego de los petardos. Eso es lo que habían contemplado los asistentes al Consejo de Presidentes de HDA. No hubo nada de «fastuoso» en el Consejo y los anfitriones se limitaron a acompañar a los asistentes de fuera de la ciudad para que vieran unas fiestas tradicionales alicantinas.

Veiga Chousa procede de la Universidad de Santiago de Compostela, y es discípulo de Núñez Seixas, catedrático en ella, y autor de un libro sobre la DA (sobre él se habla en el

siguiente capítulo) en el que alardea de lo riguroso de su metodología, mientras descalifica a todos los que no piensan como él. Parece que no aplica tal rigor a los escritos de sus acólitos. En realidad el «investigador» se ha acercado al tema con una idea absolutamente preconcebida. Si, según algunos, a la DA se iba forzado, o por la paga, los motivos para integrarse en una HDA debían ser también económicos: cobrar sueldos, obtener ventajas laborales, etc. Así es como escriben la historia algunos de nuestros universitarios.

Si muchos de los análisis de la DA que se publican están llenos de ideas preconcebidas que se intentan mantener en base a lecturas sesgadas de algunos documentos o interpretaciones insidiosas, es muy de temer que el estudio de las HDA también estará lleno de prejuicios semejantes. Por de pronto, si se busca información en Wikipedia sobre las HDA la única que aparece está redactada tomando como base los textos de Veiga Chousa. Nuestros «jóvenes investigadores» pueden llegar a carecer de la más elemental «cultura general», pero se mueven como peces en el agua en el mundo de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, y gracias a ellas amplifican el eco de sus disparates. Y es una lástima, porque las HDA, al haber sido sin duda el más fuerte y original de los movimientos asociativos de excombatientes de la historia de España, bien merecían un estudio objetivo.

#### LOS TESTIMONIOS DE LOS DIVISIONARIOS

Los miembros de la División Azul nos han dejado una gran cantidad de testimonios sobre la campaña. En múltiples formatos: entrevistas, artículos y libros. Estudiarlos todos desborda los límites de este libro, y por ello he adoptado como criterio analizar los que se publicaron como libros y folletos, que son los más fáciles de localizar para un lector interesado en ellos. Pero incluso estos han de ser descritos aquí solo de forma breve. Bastantes siguen a la venta, tanto en librerías convencionales como de lance y *online*, y no son raras las ediciones en facsímil. Para exponerlos he adoptado un criterio: seguiré la secuencia cronológica de aparición de los textos, pero cuando un autor haya escrito más de un libro, los analizaré conjuntamente.

Se incluyen en este capítulo obras que son falsos testimonios, en los que el autor no es un divisionario, pero ha pretendido hacerse pasar por tal. Y textos de autores que, sin ser divisionarios, se han basado expresamente en el testimonio de uno de ellos, haciendo que este nos llegue, con mayor o menor fortuna. También se incluyen los textos de divisionarios que han hecho un relato novelado, ya que en mayor o menor medida contienen importantes elementos autobiográficos. Y libros escritos por divisionarios, que no son propiamente testimonios, sino que abordan algún capítulo de la historia de la DA. Conviene agruparlos por periodos.

#### PERIODO 1942-1945

Los primeros testimonios en forma de libro o folleto fueron escritos por divisionarios que, por herida, congelación o enfermedad, causaron baja muy pronto, lo que les dio tiempo a regresar, escribir el libro y que este se publicara antes del fin de la guerra. Ya en 1942 apareció una obra en verso, *La Nueva Cruzada* (Martínez Cruces, 1942). En 1943 aparecieron dos folletos escritos por un soldado: *Apuntes de la División Azul y Campaña de Rusia, 1941-1942. El relevo del Alcázar*

(Fernández Velasco, 1943-a y 1943-b); los libros de dos oficiales: *De España a Rusia. 5.000 Km con la División Azul* (Jiménez Malo, 1943) y *Campaña de Invierno. División Azul* (Errando Vilar, 1943), y el más notable, *Con la División Azul en Rusia*, del coronel José Martínez Esparza (1943), que ha sido la única obra que Ediciones Ejército ha dedicado al tema de la DA, por muy increíble que esto pueda parecer. Pese a haber tenido durante la campaña muy mala relación con sus soldados falangistas, el coronel exaltó en el libro «la más pura espiritualidad, el más ardiente patriotismo y el más encendido ardor falangista» de sus voluntarios.

Tres autores divisionarios publicaron sus libros en 1944. *Leyendas del Ilmen* (Bendala, 1944), es una recopilación de la literatura tradicional rusa donde resalta la empatía que sintieron los españoles por todo lo ruso. Con Rodrigo Royo, falangista radical y destacado periodista, ya asistimos al intento de transformar la experiencia de la campaña de Rusia en una novela: *¡Guerra! (Historia de Luis Pablos)* (Royo, 1944). El mismo autor siguió tomando a la DA como base para otras novelas, más tardías: *El sol y la nieve* (Royo, 1956) y *El sepulturero* (Royo, 1976). Aunque en esta última la valoración de la DA era pesimista («los hechos demostraron que el sacrificio de la División Azul fue inútil, pues no influyó lo más mínimo en el desarrollo de los hechos históricos») seguía estando orgulloso de haber participado en ella: «La gesta de la División Azul se inserta más en la soleada y lírica ladera de la poesía y el quijotismo que en el tablero de la estrategia y de la política».

Dionisio Ridruejo es un personaje central en la historia de la DA, pues sabemos que fue uno de sus inspiradores, y participó en ella como simple soldado (Crespo Villoldo, 1976). Su calidad poética se refleja en *Poesía en armas. Cuadernos de la Campaña de Rusia* (Ridruejo, 1944), obra que ha sido objeto de un análisis detallado (Micheo, 2014). Ridruejo falleció en 1975, ya convertido en un símbolo de la oposición al franquismo, y poco después aparecieron sus *Casi unas memorias*, donde explicó su implicación en la aventura de la DA (Ridruejo, 1976), que a diferencia de otros, ni ocultó ni deformó. Más tarde aún se publicó el diario que llevó en campaña: *Los cuadernos de Rusia. Diario* (Ridruejo, 1978) y el conocimiento de su paso por la DA se enriqueció con la publicación de otros textos en una antología de su obra (Gracia, 2005).

Un periodista falangista próximo a Ridruejo, el ya citado Crespo Villoldo, plasmó sus recuerdos de la campaña rusa, en una obra intimista: *De las memorias de un combatiente sentimental* (Crespo Villoldo, 1945). Con el mismo perfil (falangista y periodista) José Luis Gómez Tello publicó ese mismo año un libro muy distinto: *Canción de invierno en el este. Crónicas de la División Azul* (Gómez Tello, 1945). El libro tiene mucho de desafío. En 1945 era totalmente inadecuado hablar de la DA, dada la situación internacional que atravesaba el régimen de Franco, pero Gómez —falangista hasta su muerte— lo publicó gracias a otro falangista, el catalán Luis de Caralt, que lo lanzó días antes de que acabara la Segunda Guerra Mundial.

#### PERIODO 1946-1953

Tras la apabullante derrota del Tercer Reich en 1945, alguien pudo pensar que la literatura escrita por divisionarios estaba condenada a desaparecer, y sin embargo será en 1946 cuando aparezca el primer «clásico» de los escritos por divisionarios. Con más carácter de desafío aún que la obra de Gómez Tello, no es extraño que el libro de Antonio José Hernández fuera lanzado por el editor

antes citado, Luis de Caralt. *Ida y vuelta* (Hernández Navarro, 2004), pese a tan anodino título, fue un éxito y su importancia justificó una nueva edición a principios del XXI, para la que realicé un estudio introductorio, dada la influencia que ha tenido esta obra (Caballero, 2004-a). Fue la primera obra en gozar del aplauso universal entre los veteranos. Demetrio Castro Villacañas fue otro divisionario que publicó una obra en 1946, esta en poesía y de cortísima difusión: *Elegía a los muertos lejanos*. Consagré una biografía a este personaje, que apareció formando un único volumen con una reedición de su *Elegía* (Caballero, Castro, 2017) lo que finalmente la ha hecho accesible al público.

Cabe la posibilidad de que en estos años de práctica clandestinidad de la literatura divisionaria, se publicara algún pequeño libro o folleto cuyo recuerdo se haya perdido por completo, y que algún día recuperemos la noticia de su existencia. Un ejemplo: en julio de 1946, por nota insertada en *La Vanguardia* de Barcelona, la Jefatura Regional de Excombatientes comunicaba a los potenciales interesados que «habiéndose publicado un libro de la vida de un excombatiente caído de la División Azul», los interesados podrían adquirirlo en la citada Jefatura. Desconozco por completo cuál pueda ser ese libro que, existir, es evidente que existió. Hace relativamente poco tiempo se consiguió sacar del olvido un pequeño texto editado en 1947, y debido a un voluntario murciano, quien en sus primeras líneas ya expresaba que «la solución —inesperada— de la lucha no ha hecho sino reafirmar conceptos y sentimientos», y por eso, pese a todo, deseaba dar a conocer lo que sintió en Rusia. Ya que aquí vamos a hablar de lo mucho que han escrito los divisionarios, vale la pena dejar a este autor que nos explique la razón de ello, por lo acertadísimo de su descripción; el texto estaba redactado como un epistolario.

Mientras yo te escribo, amor, otros camaradas también escriben. No sé si cartas, diarios o versos. Aquí todos escribimos en demasía, a todos se nos ha despertado una tremenda vocación literaria (...). En el momento mismo que sale uno de guardia, al minuto justo de terminar de comer, un elevado número de divisionarios coge su papel y su pluma, o su lápiz (...). La guerra trae consigo esto. Como no todos tenemos vocación de héroes, y las condecoraciones no se prodigan, pero ha sido mucha la literatura que nos hemos tragado, dosificada en cintas de dos horas, nacidas espuriamente en Hollywood, o en libros de veinte pesetas en rústica, consideramos imperdonable el volver un día de la guerra sin una medalla o sin una novela que hable de la contienda, bien o mal. García Serrano o Remarque, es igual. El caso es volver con una novela en el macuto, que diga luego tras de publicarse, en la portada, con grandes letras azules y orgullosas, «Fulano de tal y Tal, ex combatiente de la División Azul» (Fernández-Delgado, 1947).

El final de la Segunda Guerra Mundial en Europa se produjo en medio de un excepcional caos, y múltiples aspectos —como el del final de Hitler y sus principales colaboradores— despertaban un interés diríamos que morboso. En 1947 un español publicó un libro donde se narraban estos últimos compases de la guerra, y en especial la batalla de Berlín: Miguel Ezquerra, del que se habló en el capítulo VII. Aunque su paso por la DA fue brevísimo, optó por regresar a la Europa ocupada por los alemanes en abril de 1944 y participó en la batalla de Berlín al frente de un pequeño contingente español. Dio a conocer la primera versión de su «historia» en Portugal en *Lutei até ao fim* (Ezquerra, 1947), un libro con tal conjunto de exageraciones y mentiras que para muchos se trataba de la obra de un falsario, e incluso se dudaba de que hubiera estado en Berlín. La versión en español, solo con un punto menos de fantasía aunque plagada todavía de mentiras, apareció en *Berlín, a vida o muerte* (Ezquerra, 1975). Pese a ser un texto más de ficción que otra cosa, ha tenido numerosas reimpressiones en español y ha sido publicado en italiano,

francés y portugués. Otra obra de divisionario aparecida aquel año fue *Agonía de Europa* (Álvarez Esteban, 1947).

En el año 1948 y en Argentina, aparecerá un libro intrigante. Se trata de *Legionarios españoles contra Rusia*, de Francisco José G. Alvarellos, posiblemente un pseudónimo, y que al pretender que se trata de las memorias de un divisionario, lo único que demuestra es que se trata de una falsificación (Alvarellos, 1948). En aquella fecha (cuando era tan poco lo que se sabía sobre la historia de la DA), y en Argentina, es posible que alguien creyera que se trataba de un testimonio real, pero hoy resulta ridículo para cualquiera que conozca la historia de la DA. Un carácter absolutamente distinto es el que tiene *4 infantes, 3 luceros* (Farré Albiñana, 1949), que es el trasunto de las experiencias personales de este autor catalán, pues se basa estrictamente en la biografía del autor, empezando por las primeras líneas donde narra el espantoso episodio del asesinato de su padre y la violación de su hermana por milicianos del Frente Popular, y la consecuencia de esos hechos: «Nos hicimos católicos fervientes y anticomunistas fanáticos».

El texto *Lo que vi en Rusia*, lo firmó uno de los más destacados oficiales de la DA, José Díaz de Villegas, un reputado periodista e historiador militar. En esta obra (Díaz de Villegas, 1950) no quiso exponer los aspectos militares de la campaña, sino su análisis de la sociedad soviética. El texto era la transcripción de una conferencia impartida dentro de un ciclo, cuyas actas se publicaron muy poco después. En ese ciclo los veteranos de la División habían tenido la voz cantante, dictando cinco de las diez conferencias (VV. AA., 1950). El régimen franquista podía estar tratando de hacer olvidar el episodio de la DA, pero desde luego sus veteranos seguían estando muy orgullosos de haber participado en aquella campaña. Años después, y ya como general, este autor publicaría uno de los mejores testimonios escritos por un oficial de la DA: *La División Azul en línea* (Díaz de Villegas, 1967).

La creciente tensión asociada a la Guerra Fría generó un cambio en el contexto internacional que afectó al régimen español, como vengo señalando. En 1953 España salió del ostracismo gracias a los acuerdos militares con Estados Unidos y al Concordato con la Santa Sede. Y el que la muerte de Stalin (también en 1953) permitiera la repatriación de los prisioneros de la División Azul (ya en 1954) devolvió a esta un inesperado protagonismo, y ocasionó una auténtica catarata de libros. Al ansia que tenían los veteranos de reivindicar su papel en la campaña ya no se le pusieron cortapisas. Y no solo lo profesaban los falangistas, también los militares profesionales que habían servido en ella, como se demostró con la aparición de un monográfico de la revista *Reconquista*, donde numerosos oficiales recordaron su paso por la DA (VV. AA., 1953). El pistoletazo de salida lo dio «Fernando Ramos», que en realidad era el falangista Guillermo Alonso del Real Ramos, con su obra, *División Azul* (Ramos, 1953), un pequeño folleto, pero que tuvo gran difusión, por pertenecer a una colección de la que se lanzaban grandes tiradas.

PERIODO 1954-1958

Toda España vibró en 1954 con la llegada de los prisioneros de la DA repatriados a bordo del *Semíramis*, que fueron objeto del espectacular recibimiento conjunto en Barcelona, y de no menos calurosas acogidas en sus respectivos pueblos. Para aquel entonces Falange ya era el Movimiento Nacional, pero quedaba suficiente rescoldo falangista para que Ediciones del Movimiento hiciera

lo que no había hecho nunca antes: editar dos libros sobre la DA: *La Rusia que conocí*, de un oficial veterano de la DA y muy interesado en la historia y el periodismo (Ruiz Ayúcar, 1954); y *Yo, muerto en Rusia. Memorias del alférez Ocañas de la División Azul*, en la que otro veterano recogía el testimonio de uno de los repatriados (Puente, 1954). El primer libro que trataba del cautiverio de prisioneros de guerra españoles en la URSS se tituló *Los años muertos* (López de la Torre, 1954) y fue la conversión a este formato de un largo reportaje (doce entregas) aparecido en el diario *Arriba*, escrito por este destacado falangista divisionario y periodista, que enseguida captó la importancia histórica de la resistencia que en el GULAG estalinista habían protagonizado los españoles:

Son ellos otra vez, los mismos de siempre; milagrosamente conservados sobre el tiempo, vencedores del tiempo con el idéntico espíritu que un día hizo partir a la División Azul para combatir bajo los colores de una bandera que el mundo entero empieza a comprender ahora.

Juan Eugenio Blanco obtuvo una gran difusión con su muy emotivo texto *Rusia no es cuestión de un día* (Blanco Rodríguez, 1954), al ser una obra editada por un sello con amplias tiradas. Pero el éxito de Blanco palideció ante la aparición de una de las obras clave de la literatura divisionaria: *División 250*, de Tomás Salvador. Salvador fue un gran escritor, periodista, crítico literario y editor, y ganó premios literarios como el Nacional de Literatura y el Planeta. Su *División 250* (Salvador, 1954), abandonó el tono autobiográfico que hasta entonces había dominado. Es un retrato global, sin un protagonista individual, sino con múltiples personajes. Era —además— la primera obra que narraba todo el ciclo histórico de la DA. Salvador fue uno de los más activos impulsores de la Hermandad de la División Azul de Barcelona y la dotó de una excelente revista, *Hermandad*. Y creó también una editorial, Marte, que será decisiva a la hora de publicar textos de divisionarios. Además de editar algún folleto con fragmentos de su *División 250*, como «10 de febrero en Krassnyj Bor» (Salvador, 1962), Salvador también publicó números artículos sobre la DA, en publicaciones divisionarias, y en revistas históricas (Salvador, 1971). Otra gran contribución de Salvador será una nueva novela, *Camaradas 74* (Salvador, 1975). En ella se aborda el desencanto que se había instalado para entonces en muchos divisionarios.

En una encuesta realizada entre sus miembros por el «Foro Memoria Histórica de la División Azul» en Internet, el 27 por ciento de ellos afirmaban que *División 250* de Salvador había sido el primer libro que habían leído sobre el tema, y el que les había atraído hacia él. La cifra solo era superada (con un 28 por ciento) por *Embajador en el infierno*, el gran libro divisionario del año 1955. Para explicar ese éxito hay que conocer tanto la personalidad de quien aportó su testimonio, el entonces capitán Teodoro Palacios Cueto, y de quien le dio forma literaria, un escritor de la talla de Torcuato Luca de Tena. En las primeras ediciones ambos nombres aparecían como coautores (y con Palacios en primer lugar) aunque tras pasar algún tiempo, en las muchísimas ediciones de la obra con distintas editoriales, finalmente quedará solo el nombre del escritor. En cualquier caso, para sus lectores, siempre será «el libro de Palacios».

*Embajador en el infierno* (Luca de Tena-Palacios, 1955) fue Premio Nacional de Literatura y Premio Ejército de Literatura en 1955, y ha sido traducido al francés, al italiano y al alemán. Del impacto internacional del libro tenemos una curiosa prueba, en la respuesta que provocó en Chile. En efecto, un chileno que había combatido a favor del Frente Popular en la Guerra Civil escribió

un texto —un humilde folleto— donde no negaba los padecimientos de Palacios en la URSS (el autor era ácrata), pero los contraponía a los que él mismo había padecido en España, donde quedó preso tras el final de la guerra en 1939 (Rawicz, 1956).

También sirvió como base para una película que tuvo gran impacto. Y sin embargo, el libro, y aún más, la versión cinematográfica, provocó malestar entre los divisionarios, ya que la ideología conservadora del autor literario había convertido a Palacios en una figura donde se enfatizaba solo su carácter de oficial del Ejército, y con una ideología puramente anticomunista, escamoteando el papel de los falangistas en la resistencia que los españoles habían demostrado en los campos de prisioneros.

Comparado con este tremendo éxito editorial, otras obras del mismo año apenas tuvieron eco, como *Alas españolas sobre Moscú* (González Martínez, 1955) sobre la Escuadrilla Azul, y *En el abismo rojo* (Eizaguirre, 1955) sobre el cautiverio. Tampoco tuvo eco otro libro sobre este tema, aparecido el año siguiente: *Enterrados en Rusia* (Calavia, Álvarez, 1956) repitiendo el esquema de un testigo presencial y un autor que recoge su relato.

Ese año se publicó otra obra decisiva, la primera historia de la DA, escrita por el segundo de sus comandantes en jefe: *La División Azul* (Esteban-Infantes, 1956). Hizo falta para ello que pasara más de una década desde el punto final de la historia de la DA, y sobre todo que en Europa se extendiera un nuevo ambiente de ferviente anticomunismo. La obra era el resumen de la extensa memoria que presentó al regresar de la campaña de Rusia, titulada *Actuación de la División Española de Voluntarios en el Frente de Rusia, Diciembre de 1942-Diciembre de 1943*, documento de gran valor, cuya recuperación debemos al general e historiador Salvador Fontenla, responsable de la edición íntegra de ella (Esteban-Infantes, Fontenla, 2015).

La oleada de títulos desencadenada en 1954 aún iba a dar otros textos excelentes durante dos años. Y también alguno de menos calidad, pero interesante. Me refiero a la obra del capellán militar Ildfonso Jiménez, *Recuerdos de mi campaña de Rusia* (Jiménez Andrades, 1957), que apenas tuvo impacto por comparación con las tres que siguen. Dos de ellas eran debidas a divisionarios que se habían convertido en escritores profesionales: Carlos María Ydígoras Revenga y Luis Romero Pérez. Al primero de ellos debemos *Algunos no hemos muerto* (Ydígoras, 1957). Dado el carácter autobiográfico que caracteriza a gran parte de la literatura divisionaria, lo primero que hay que señalar es que el personaje de la novela no es el trasunto del autor, sino un personaje por completo imaginario que se aleja —y bastante— de la realidad, con episodios que son completamente inventados. No es casualidad que Ydígoras fuerce la historia, sino una consecuencia directa del estilo literario por él elegido, el que ya por entonces era conocido como «tremendismo». Ydígoras gusta de dibujar situaciones límite, momentos de gran brutalidad. Y si no existen, se los inventa.

Un carácter muy distinto tiene la obra de Luis Romero Pérez. Las terribles vivencias que experimentó en Barcelona desde el principio de la Guerra Civil le arrastraron a él (persona de convicciones moderadas) a convertirse en muy beligerante contra el comunismo. *Tudá* (Romero, 1957), el título de su obra, es la palabra rusa para «allí» y —en efecto— Romero trata de captar —y lo consigue— los grandes rasgos de la experiencia divisionaria en aquel remoto entorno, que tanta impresión había causado entre los españoles. Es una obra de gran calidad, nada extraño ya que Romero, autor de otros muchos libros, ganaría importantes galardones literarios (Premios Nadal, Planeta, Espejo de España). También fue periodista y entre sus artículos estuvo alguno —

excelente— dedicado a la División Azul (Romero, 1982). De hecho, como hombre básicamente moderado (al que solo unas situaciones extremas habían llevado a radicalizarse), siempre estuvo abierto al diálogo, y como fruto de su interés por comprender cómo los españoles habían llegado a aquel cataclismo que fue la Guerra Civil, escribió sobre ella obras de las que historiadores de izquierdas, como Julio Rodríguez Puértolas (siempre extremadamente crítico con todos los autores exdivisionarios, como plasmó en su *Literatura fascista española*, de 1986) ha dicho que «son extraordinarios ejemplos de objetividad, con efectos dramáticos magníficamente conseguidos». Lo que no hizo nunca Romero fue abjurar de su paso por la División Azul. Ya en su madurez, escribía que le hubiera gustado no tener que haber participado en ella, pero era porque le habría gustado que España no se despeñara en la Guerra Civil, de la que la DA era un epílogo. Su honestidad y elegancia intelectual impidieron que Romero se inventara excusas patéticas para explicar su presencia en la campaña rusa como hicieron otros personajes públicos (García-Berlanga o Ciges, por ejemplo).

En 1958 solo un título nuevo vio la luz, centrado en el tema de los prisioneros. Lo escribió el capitán Gerardo Oroquieta con la colaboración literaria de César García. *De Leningrado a Odessa* (Oroquieta-García, 1958) nunca pudo competir con *Embajador en el infierno* en cuanto a éxito (pese a que en 1959 fue Premio Nacional de Literatura), y sin embargo es de las mejores fuentes para el estudio del cautiverio de los españoles en Rusia. Los divisionarios la valoraban más positivamente que la de Luca de Tena-Palacios.

#### PERIODO 1959-1980

Después del nivel de los libros firmados por Tomás Salvador, Esteban-Infantes, Carlos Ydígoras o Luis Romero, todos ellos con notable impacto entre el público, era difícil que siguieran apareciendo obras de tanta talla. Con todo, en 1959 aparecieron tres títulos nuevos: *Espanoles en la URSS* (Negro Castro, 1959), sobre la experiencia del cautiverio; *Las cartas del sargento Basilio* (García Luna, 1959); y *Un español tras el telón de acero* (Lavedán, 1959). Para el amante de la exactitud señalaré que el nombre real del último era Alberto Lázaro Parra y el del anterior, José García de Eulate Luna. Ambos veteranos divisionarios fueron periodistas falangistas durante toda su vida. Al año siguiente dos oficiales publicaron sus libros sobre la campaña: Juan Pablo D'Ors, el hijo del gran Eugenio D'Ors, cuya obra se tituló *Diario de un médico español en Rusia* (D'Ors, 1960); y la de Luis Riudavets, *Estampas de la vieja Rusia* (Riudavets, 1960).

La obra de Eleuterio Paniagua, aparecida ya en 1961, supone un gran contraste con lo publicado hasta la fecha. Este sargento publicó, *Los hombres se matan así*, donde se refleja su amargura por haber tenido que combatir junto a los nazis alemanes.

En el fondo nos sentíamos un poco avergonzados, como si hubiéramos ayudado en algo a todo aquello. Íbamos a combatir en Rusia. Sabíamos contra quién, pero sin duda no ocurría lo mismo cuando se trataba de saber al lado de quién (...♦) ¡Qué terribles dudas tenía! ¿Estaba defendiendo allí mi religión, la civilización cristiana? (Paniagua, 1961).

El mismo tema, el de la crítica a la durísima política de ocupación alemana, reaparecía en el único texto de tema divisionario publicado en 1962, el de Manuel Bars, *El pan en el fango* (Bars, 1962). Ambos expresaban en sus obras sus convicciones anticomunistas de manera firme y

abierta, pero también su rechazo a la política racista, en el este en general (contra polacos, rusos, etc., como Paniagua), o más concretamente contra los judíos (el caso de Bars).

Mientras que desde 1953 cada año había aparecido alguna novedad, a partir de 1962 dejaron de publicarse libros escritos por divisionarios, o bien apenas tuvieron eco. Un leonés del Bierzo cuyo nombre completo era Manuel Pedro Armengol Vega Díaz publicó dos años después que Bars la novela *Cuna negra* (Vega Díaz, 1964). Subrayaba con especial énfasis las más que cordiales relaciones con la población civil. Hombre querido y respetado en su comunidad, en el 2013 se proyectó realizar un pequeño homenaje a él y a otros tres divisionarios de El Bierzo aún vivos, y todos ellos con interesantes historias a sus espaldas. Bastó con que la noticia saliera en prensa para desatar una tormenta política y el Ayuntamiento de Villafranca del Bierzo vetó el uso de locales municipales para el acto. El rencor perseguía a los viejos divisionarios, incluso a los del perfil más humilde.

¿Cómo explicar este silencio editorial desde 1958? Tras el final de la Segunda Guerra Mundial se había producido un parón en la aparición de textos de veteranos, cuya causa es conocida: mientras que el régimen se batía frente a un completo cerco internacional no era el momento de evocar la División Azul. Pero ¿y ahora? Las razones son varias. Y de todo tipo. A nivel internacional, la muerte de Stalin y su sustitución por Krushev había disminuido la sensación de «peligro comunista». A la vez, el hecho de que Occidente no hubiera hecho nada por apoyar a los rebeldes anticomunistas húngaros en 1956 hizo comprender a muchos que la división de Europa en dos bloques estaba ahí para quedarse.

A nivel nacional los cambios no eran menos importantes. El último intento de Falange —en 1956— liderado por Arrese para consolidar un papel decisivo para esta fuerza política en el régimen franquista había fracasado. Quienes estaban asumiendo el poder en realidad eran los nuevos «tecnócratas», miembros del Opus Dei. Para muchos, seguir luchando por un falangismo que se difuminaba era un derroche de esfuerzos. Pero también el sector más «nacional-católico» que nacionalsindicalista de los divisionarios estaba desconcertado ideológicamente. El Concilio Vaticano II estaba dando sus primeros pasos, pero los sectores más tradicionales ya estaban desubicados ante el *aggiornamento* que se estaba produciendo.

El régimen cambiaba su orientación, y se esforzaba en preparar la celebración de los «XXV años de paz». Ya no era el momento de evocar la Guerra Civil ni su secuela, la División Azul, más que para darla por experiencia superada. Había que hablar de la paz, no de la guerra. Y la verdad era que España estaba cambiando a una velocidad de vértigo. Millones de españoles se movían de los pueblos a las ciudades, de unas provincias a otras, de nuestro país al extranjero. Se multiplicaba aceleradamente el crecimiento económico y el nivel de vida. Un divisionario «típico», que tuviera veinte años en 1942, estaba en la cuarentena en los años 1960, y tenía que atender a su trabajo y a sus hijos. Quedaba poco tiempo para la nostalgia, no era el momento de la épica. Así que desapareció casi toda manifestación de literatura divisionaria.

Pero un hombre estaba decidido a perseverar en ella: Fernando Vadillo. Profesionalmente fue periodista deportivo, sin embargo no hay la menor duda de que si alguna pasión movió su vida fue la División Azul, de la cual quiso hacer una gran crónica. Pensada inicialmente para extenderse en dos volúmenes, de publicación casi simultánea, el resultado final fue mucho más amplio, y apareció a lo largo de tres décadas. Fue la editorial creada por el divisionario y escritor Tomás Salvador, Ediciones Marte, la que publicó el primer volumen, *Orillas del Vóljov* (Vadillo, 1967).

Hubo que esperar cuatro años para el segundo, *Arrabales de Leningrado* (Vadillo, 1971). Y otros tantos para el tercero, *Y lucharon en Krasny Bor* (Vadillo, 1975). Fue la última obra que Ediciones Marte sacó a la calle. Vadillo decidió que también debía contar la historia de la Legión Azul: *Balada final de la División Azul: los legionarios* (Vadillo, 1984); la de los hombres que decidieron combatir con los alemanes tras la retirada de la Legión y hasta 1945: *Los irreductibles* (Vadillo, 1993); y la de los prisioneros, hasta su regreso en 1954: *Los prisioneros* (Vadillo, 1996), cerrando así la crónica de un episodio que había empezado en 1941 y concluido trece años después. A estos seis volúmenes añadió una biografía de Muñoz Grandes (Vadillo, 1999) y una obra muy generalista pensada para la difusión (Vadillo, 1991). Con seguridad, nadie ha escrito más sobre la División Azul que él. Solo los seis títulos de su «gran crónica» suman 3.000 páginas.

Bajo una apariencia de crónica, lo que se encuentra en estos títulos es un rigurosísimo trabajo de investigación. En esas obras aparecen —literalmente— centenares de personajes, cuyos testimonios Vadillo recopiló pacientemente. También conocía a fondo toda la bibliografía disponible, pero lo que da valor a sus textos es el acceso a fuentes directas. Para suerte de Vadillo, mientras él escribía los fondos documentales de la DA estaban depositados en el Servicio Histórico Militar, en Madrid —donde residía— y los pudo consultar a conciencia. Su ubicación actual, en Ávila, le habría hecho mucho más difícil la tarea. Por su profesión de periodista deportivo, viajaba por toda España y allá donde fuera, contactaba con veteranos de la DA, a los que les realizó innumerables entrevistas y de quienes recibió copia de un gran número de diarios y memorias. Como conocedor exacto de la historia de la DA, en esas entrevistas y en la lectura de esos textos no permitió que se colaran en sus libros datos y afirmaciones que no eran sino productos de la imaginación, o la exageración. No agobió al lector con infinitas notas a pie de página, que hubieran roto el ritmo narrativo. Pero sí que es una lástima que no incluyera, al final de cada volumen, un listado de las fuentes usadas, ya que exige bastante dominio del tema —aunque se puede hacer, por las formas que adquiere la redacción— saber cuándo Vadillo se está basando en un documento de archivo, cuándo en un testimonio oral por él recogido, o cuándo en un texto escrito de los que recopiló. Un buen índice onomástico hubiera sido más que útil para obras como estas, en las que aparecen centenares de personajes. Y la casi completa carencia de cartografía en esos títulos constituye un lastre fundamental. Hechas estas salvedades, que restan funcionalidad —que no valor— a las obras, hay que subrayar que durante dos décadas, la de los años 1960 y 1970, era lo único nuevo que se podía leer sobre la DA. Y que desde entonces una gran parte de lo aparecido firmado por divisionarios ha sido de tono muy menor y/o ha tenido una difusión mínima. La trascendencia de la obra de Vadillo fue subrayada en uno de los primeros análisis globales de la memorialística divisionaria:

La gran virtud de Vadillo fue devolver su autoestima a los excombatientes de la División Azul, al mostrarles que pese a que la Wehrmacht perdió la guerra y el Régimen de Franco había hecho «criba en el orbe de sus sueños» (como escribió un poeta falangista) la experiencia del Frente del Este era valiosa por sí misma: sin duda habían sido unos ingenuos Quijotes, pero el mundo siempre acaba respetando a los Quijotes (Trujillo, 1991).

A principios de los años 1970 casi no aparecía nada en el ámbito editorial. Un suboficial de la 3.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul, editó *3.<sup>a</sup> Escuadrilla Expedicionaria en Rusia. Diario de campaña* (Fernández Basanta, 1972) y Alfonso de Urquijo publicó las vicisitudes bélicas de su familia,

incluida la suya propia en la Campaña de Rusia, en *Cuando empuñamos las armas* (Urquijo, 1973).

Con la muerte de Franco, su régimen concluyó su ciclo histórico. A los efectos de lo que estoy analizando, hay que subrayar que jamás se hizo desde él ningún intento oficial digno de tal nombre por enaltecer a la DA (tampoco por denigrarla, claro está). Las editoriales institucionales como Ediciones Ejército, Editorial Aeronáutica o Ediciones del Movimiento tuvieron un papel muy marginal en la aparición de la «literatura divisionaria» y si alguna de las obras reseñadas fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura, se debió al indudable gran impacto que tuvo en el público.

A partir de 1975, los libros sobre el franquismo hicieron furor. La completa desaparición de todo tipo de censura incitaba a contar todo lo que supuestamente se había ocultado hasta entonces. Y por ello Fernando González, periodista especializado en escribir sobre lo que entonces se llamaba «el bunker», publicó la obra *Memorias de un fascista español* (González, 1976), que presentó como el texto verídico de un falangista que se había suicidado, incapaz de soportar el nuevo rumbo político. Si traigo aquí a colación la obra es porque aún hoy muchos creen que, en efecto, lo recogido en ese libro son las memorias de un personaje real. Y no es el caso.

El mismo año aparecía un libro análogo, pero contrapuesto. El jesuita Alejandro Rey Estollé, prolífico autor que firmaba como «Adro Xavier», dio a la imprenta *Fui soldado en cuatro guerras* (Xavier, 1976) basándose al pie de la letra en el testimonio del divisionario Joaquín Montero Zapico (su nombre aparecía alterado en la obra).

#### PERIODO 1981 A 1990

Frente a las ambigüedades de los textos anteriores, lo que caracteriza la obra del alicantino Joaquín Miralles es la escrupulosa exactitud de sus relatos. Publicó un texto destinado a dar a conocer a la DA entre los jóvenes: *Mensaje a la juventud* (Miralles Guill, 1987) y dos pequeños volúmenes con sus experiencias personales, *Tres días de guerra y otros relatos de la División Azul* —en 1981— y *Zapadores en Krasny Bor* —en 1989—, que el autor tuvo que autoeditarse, aunque finalmente han acabado siendo publicados en un volumen conjunto (Miralles, 2014).

Otros libros de los años 1980 tienen los mismos rasgos: veteranos que se muestran muy orgullosos de haber luchado contra el comunismo, pero que para dar a conocer sus obras deben editarlas por sí mismos: *Aguas frías del Wolchow* (Castelo, 1984), *¿Por qué? y ¿para qué?* (Cogollos Vicens, 1985), *Vivencias y recuerdos* (Pérez Caballero, 1986). La incidencia de estas obras fue minúscula, pues eran ediciones destinadas a amigos, familiares y camaradas de los autores, pero evidencian que en los años 1980, cuando la historia de la DA estaba siendo criticada en documentales, artículos, libros, etc., sus veteranos seguían orgullosísimos de haber servido en ella. El texto autobiográfico publicado por Manuel Iglesias-Sarría en 1987 tuvo penetración en el mercado, ya que su autor era un familiar del cantante Julio Iglesias (y por tanto tenía cierto «tirón», pues el autor aparecía con el cantante en la foto de la contraportada) y lo lanzó una editorial comercial, aunque minoritaria: *Mi suerte dijo sí* (Iglesias-Sarría, 1987).

Carlos Pinilla tuvo un modesto papel en la DA, como simple soldado, pero cuando se enroló ya era jefe provincial de Falange y tras su vuelta tuvo una dilatadísima vida política en el

franquismo, ostentando como hemos visto el puesto de presidente nacional de la Hermandad de la DA. Sin embargo, sus memorias, *Como el vuelo de un pájaro* (Pinilla, 1987) no aportaron mucho. Y la obra tuvo una difusión limitadísima. Lo mismo le ocurrió a otros dos libros aparecidos aquel año. Uno, de un veterano de la Compañía de Esquiadores: *Prólogo al tema amistad* (Urgoiti, 1987). Y el otro, de uno de los prisioneros que fue capturado en la batalla de Krasny Bor: *4045 días cautivo en Rusia, 1943-1954* (Poquet, 1987). Juan de Dios Salas fue el autor del único libro publicado en 1988, *Aquella Rusia* (Salas Íñigo, 1988). Aunque autobiográfico, el autor trató de darle una envoltura literaria.

En 1989 empezó a editar libros de temática divisionaria García Hispán Editor, firma que durante algún tiempo sería una de las impulsoras de este tema. Y lo hizo con las memorias de un veterano del Grupo de Exploración: *Feldpost Nummer 20796. Memorias de un guripa de Exploración en la Campaña de Rusia* (Díaz Cano, 1989). Mucho más valioso fue el siguiente texto de esta editorial, por ser la obra de un destacado falangista: *Cabeza de puente* (Sánchez Diana, 1989). El autor, historiador de gran prestigio, siempre fue un exponente del falangismo más ortodoxo. El libro, aparte de bien escrito, es de una tremenda fuerza narrativa. La misma editorial publicó el testimonio de un veterano de la DA, de muy humilde origen y cuya familia era netamente izquierdista, aunque él tuviera ideas totalmente contrarias: *Legionario en Rusia* (Castaño, 1990).

#### PERIODO 1991-2011

Tres divisionarios, conscientes de que al cumplirse los cincuenta años de su creación, la juventud española cada día sabía menos de la DA, redactaron sendos textos pensados para explicar aquel episodio a las nuevas generaciones, que también fueron editados por García Hispán: *Breves notas sobre la División Azul* (Vidal Gadea, 1991); *Las «batallitas» de mi abuelo* (Martínez-Mena, 1991) y *Generación Puente* (Álvarez de Sotomayor, 1991). García Hispán Editor era un modesto sello editorial, pero en definitiva sus libros ofrecían la posibilidad de ser adquiridos por cualquier público. No ocurría lo mismo con autoediciones como *Romancero de la División Azul* (Luna Guillen, 1991), aunque justamente por esa razón este pequeño texto tenía valor, ya que mostraba que cincuenta años después, los ideales del autor eran los mismos y estaba dispuesto a reivindicarlos a toda costa.

Pero no todo el mundo seguía pensando como hacía cinco décadas. José Manuel Castañón se unió con entusiasmo a la DA, y de ello dio testimonio en *Diario de una aventura (Con la División Azul en Rusia)* (Castañón, 1991). Su evolución ideológica le llevó a romper con el franquismo y a exiliarse. Pero en este libro no comete la indignidad de tratar de ocultar cuáles eran sus ideales de entonces. Publicarlo tal cual lo escribió, pero cincuenta años después, en un contexto muy distinto, y cuando sus ideas ya eran muy diferentes, revela su honestidad, que contrasta con quienes sobre aquel episodio de su vida guardaron un completo mutismo, o dieron a conocer patéticas versiones que lo «justificasen».

El 1991 no fue de gran valor simbólico tan solo por celebrarse el 50 aniversario de la creación de la División Azul, aunque este hecho incentivó a escribir a algunos veteranos, como hemos visto. De hecho, lo que tuvo de trascendental ese año fue el colapso final del comunismo en

la URSS. Un hecho que emocionó a los veteranos de la DA, porque confirmó que el régimen al que habían combatido no había sido otra cosa que una dictadura, que solo había sabido repartir miseria y enmascarar la realidad con sus mentiras. La publicación de obras de divisionarios se incrementó, aunque también por otras razones. Aunque en Europa se produjera el colapso del comunismo, en España el ambiente intelectual y político era cada vez más contrario a los ideales que encarnó la DA, lo que animaba a sus veteranos a defender su memoria. Y, todo hay que decirlo, también se daba el hecho de que muchos habían entrado por fin en la jubilación, y tenían tiempo para sacar del cajón aquel manuscrito que guardaron, aquel diario que hacía años que no releían. Bastantes decidieron publicarlos. También ocurrió que muchos de ellos empezaron a fallecer. Y que las familias, hijos, a veces nietos o sobrinos, como homenaje, quisieron que se editaran esas memorias o diarios.

Ejemplo de los libros publicados por veteranos con el fin explícito de reivindicar el papel de la DA fueron *Artillero 2.º en la gloriosa División Azul* (Espinosa Poveda, 1992) y *Crónicas de la División Azul* (Sánchez Carrilero, 1992). Por su parte, fue una hija la que impulsó la edición de un pequeño texto de su padre, un voluntario catalán ya fallecido: *Impresiones. Centinela junto al Ilmen* (Farré Palaus, 1992). Ediciones Barbarroja, sello creado por el hijo de un combatiente de la DA, iba a tener también una notable presencia en la publicación de textos de —o sobre— divisionarios. Lo empezó a demostrar con la publicación de la obra de Juan Ackermann, que pese a sus apellidos era español, y que sirvió como intérprete en el Cuartel General: *A las órdenes de vucencia* (Ackermann, 1993).

Dado el carácter autobiográfico de una gran parte de los textos de divisionarios, se tiende a asumir que siempre son obras de contenido histórico. Y sin embargo, en alguna la ficción tiene más importancia que la descripción de la realidad. Es el caso de *Encrucijada en la nieve* (García de Ledesma, 1996), que algunos han leído como unas memorias, cuando —como dice expresamente el autor— es una novela, de espías concretamente. La historia de este autor en la DA no tiene nada que ver con el espionaje, ni con el supuesto e inverosímil divisionario dibujado en la novela.

Son muchos los casos de familias que tuvieron dos o más miembros en la DA. Pedro y Ángel Bejarano García formaron en ella. El primero, dos veces, ya que tras regresar a España, firmó un nuevo alistamiento. Fallecido prematuramente, su hermano decidió homenajearlo editando privadamente su *Diario de un guripa. Junio 1942-julio 1942* (Bejarano, 1997). Por desgracia nadie ha decidido editar el diario de Bejarano correspondiente a su segundo periodo de servicio en la DA.

Los problemas para encontrar un editor no se limitaban a Bejarano, así que aquel mismo año 1997 la familia del voluntario José Linares, y en concreto su hijo Vicente, recurrió a la autoedición para dar a conocer el texto en que el hijo había reconstruido la experiencia en Rusia de su padre: *De la puerta de Fez al palacio de Catalina*. Corregido y aumentado volvió a aparecer con nuevo título: *Más que unas memorias. Hasta Leningrado con la División Azul* (Linares, 2000). Una singularidad de este testimonio: es el único donde el divisionario afirma que se le alistó en su unidad de origen sin pedirle su consentimiento, aunque igualmente recuerda que en fases posteriores tuvo toda la libertad para hacer constar su deseo de abandonar el proceso para marchar a Rusia, y no lo hizo, y afirma que no conoció casos de alistados «a la fuerza». Otro ejemplo de autoedición fueron las memorias de un divisionario, muy centradas en la campaña de

Rusia y en la vida asociativa de las Hermandades de la DA: *Vivencias de un observador crítico durante los últimos tres cuartos de siglo* (Zato, 1997).

Enrique de la Vega, oficial profesional y con una marcada inclinación literaria, dejó publicados dos sobre la DA entre otros libros. El primero, *Arde la nieve*, una novela en clave autobiográfica y un ensayo histórico titulado *Rusia no es culpable. Historia de la División Azul* (Vega Viguera, 1998 y 1999).

Fueron tantos los hombres que sirvieron en la DA que en algunas autobiografías, memorias o biografías debidas a historiadores aparecen referencias a la fuerza expedicionaria. Incluirlas todas sería un disparate, ya que esas referencias pueden ser minúsculas o irrelevantes. En otros casos, sin embargo, sí vale la pena, porque hablan extensamente sobre la DA, explican muy bien las causas del alistamiento, y las consecuencias para el autor del paso por ella. Es el caso del libro de memorias de José L. Escuin: *Pinceladas* (Escuin, 1999).

El siglo acabó con la aparición de dos textos debidos a divisionarios, pero que no narraban sus experiencias, sino que eran aportaciones a la historia de la DA. El catalán José Viladot era una institución en las Hermandades de la DA, de las cuales había sido un incasable dinamizador, no solo en Cataluña, sino en toda España. Sin embargo, apenas escribió sobre sí mismo, y en cambio dedicó sus energías a ensalzar a sus camaradas. En *El espíritu de la División Azul: Possad* (Viladot, 2000), aportó interesantísimos testimonios y documentos para estudiar la batalla de la Cabeza de Puente. Otro texto, con el que quiso destacar la presencia de héroes catalanes en la DA, dedicado al leridano capitán Masip, quedó inédito como libro, aunque fue publicado por partes en el boletín *Blau Divisió*n (Viladot, 2007-2008).

Otro veterano de la DA que consagró titánicos esfuerzos a documentar la historia de su unidad fue César Ibáñez Cagna. En el marco de la Hermandad y la Fundación División Azul, y haciendo uso de los archivos que contenían la documentación principal de la División Azul (entonces, el Servicio Histórico Militar, en Madrid), pero también otros archivos españoles, y alemanes, Ibáñez elaboró bases de datos que son herramientas básicas en cualquier investigación: listado de caídos, de oficiales y de condecorados con la Cruz de Hierro y con la Cruz del Mérito Militar con Espadas (dos condecoraciones alemanas). Tareas que deberían haber sido realizadas por equipos de historiadores encuadrados en el Instituto de Historia y Cultura Militar, fueron desarrolladas en realidad, casi en solitario, por este tenaz veterano. Aparte de esas bases de datos, de consulta imprescindible en cualquier investigación sobre la DA, Ibáñez publicó parte de sus descubrimientos en prensa. Donde más se prodigó fue en el boletín *Blau Divisió*n de la Hermandad de la DA alicantina: entre los números 300 y 600, publicó 120 textos (muchos de ellos eran artículos seriados), que en gran medida consistían en la transcripción comentada de documentación original. Los temas abordados fueron múltiples: los divisionarios premiados con la Cruz Laureada y la Medalla Militar (también aquellos a los que les fue denegada), partes de guerra sobre golpes de mano, las enfermeras, los «rusos blancos» que sirvieron en la DA, etc. Relacionarlos todos sería extensísimo, pero citaré como muestra el que dedicó a las enfermeras divisionarias (Ibáñez Cagna, 1991-c). Por desgracia, Ibáñez no se prodigó mucho en prensa especializada en temas militares pero accesibles al público, aunque hizo alguna aparición en *Defensa* (Ibáñez Cagna, 1991-a y b) y en *Serga* (Ibáñez Cagna, 2001). Y solo publicó un texto en formato libro: *Banderas españolas contra el comunismo. Las enseñas de los voluntarios en el Frente del Este (1941-1944)* (Ibáñez Cagna, 2000).

El cambio de siglo y de milenio no frenó la aparición de testimonios. Uno de los primeros, el del veterano que entonces ocupaba la presidencia de la HDA: *Diario de un antitanquista en la División Azul* (Chicharro, 2001). Más sorprendente, por lo atípica, fue la obra *Soldado de poca fortuna*. La componen dos partes, una escrita por el divisionario Martínez Tessier y la otra, debida a sus hijos, los escritores Jorge M. Reverte y Javier Reverte (así es como firman, eludiendo el plebeyo Martínez). *Soldado de poca fortuna* (Martínez Tessier, 2001), debe su título a que el autor principal, el divisionario, sirvió en la Guerra Civil en el Ejército del Frente Popular —contra su voluntad— y en la Segunda Guerra Mundial, con la DA, y en ambos casos el Ejército en que estuvo encuadrado perdió la guerra. Sus hijos se identifican abiertamente con la izquierda, y en especial Jorge, que fue militante del Partido Comunista. Por la «presión» de sus hijos, Martínez Tessier se puso a escribir la que debía ser la historia de las dos guerras en las que participó. En realidad, de la DA habla poco en este libro. La mayor parte está dedicada a la Guerra Civil, donde cuenta con detalle las barbaridades que vio perpetrar a los milicianos del Frente Popular, incluyendo el caso de una monja sobre cuyo cadáver pasaba repetidamente un tranvía. Cuando las narra, dado la génesis del texto, le dice textualmente a su hijo Jorge que tome nota de ellas, ya que por su militancia comunista se sentía próximo a quienes cometieron las atrocidades que describe. El prestigio como escritores y periodistas de los dos hermanos Reverte aseguró al libro antes citado el encontrar una excelente editorial, lo que no era lo normal para los libros escritos por divisionarios. Muchos veteranos no tenían otra opción que la autoedición. Por cierto, consta la existencia del diario de la campaña de Martínez Tessier que, por alguna razón, sus hijos no han editado, cuando bien fácil les habría resultado.

Para otros muchos voluntarios solo quedaba la autoedición. Fue el caso de Laurentino Fernández Blanco. Su pasión por la literatura ya se había puesto de manifiesto en Rusia. En la *Hoja de Campaña* de la DA de 16 de mayo de 1943 se dieron a conocer los ganadores de un concurso literario. En el apartado de artículos, el segundo clasificado fue el sargento Laurentino Fernández Blanco, del que estamos hablando, con el artículo «Nuestro Lenguaje». Pero también fue el segundo en la categoría de composiciones en verso, con una titulada «Tríptico Azul». No conozco ninguno de ambos textos, pero si a la redacción de *Hoja de Campaña* le valieron tan alta calificación, nos podemos imaginar su sesgo político. Pero en la historia del sargento Fernández había un hecho trágico: su madre había sido asesinada en septiembre de 1939 por elementos del bando «nacional». Según describía en una pequeña entrevista publicada en *El País* de 28 de agosto de 2009, el terrible asesinato se debió a envidias entre gente del mismo pueblo, camufladas como disputas ideológicas, en concreto las simpatías comunistas del que era su padrastro (que en cambio, no fue asesinado). Como su padre había sido un militar caído en la batalla de Annual, Laurentino Fernández se educó en un Colegio de Huérfanos, ingresó en el Ejército y sirvió con distinción en la DA, donde ganó la Cruz de Hierro. En cuanto a su padrastro, llamado a hacer el servicio militar, desertó, tocándole a Laurentino Fernández salvarle el pellejo. En el artículo citado de *El País* se leía textualmente «Yo me alisté en la División Azul e intercedí por él. La División Azul era un salvoconducto para el resto de la familia». Así narrado parece ser un caso «evidente» de los alistamientos en la DA para «lavar el pasado». Es absurdo: Laurentino Fernández ya había ingresado en el Ejército para hacer carrera militar, y en efecto la hizo, siendo su paso por la DA como sargento parte de esa carrera militar. Pero el episodio del asesinato de su madre le marcó. Y quizás esté en la base de su nada habitual relato: *Recuerdos de la División*

*Azul. Fui guerrillero (1941-1943)* (Fernández Blanco, 2001), que narra la historia —real, al decir del autor, aunque caben dudas al respecto— de un «niño de la guerra» español al que los soviéticos infiltran como guerrillero en las filas de la DA, pero que es incapaz de actuar contra sus compatriotas, y finalmente acaba regresando a España al adoptar la personalidad de un divisionario caído en combate.

Tres libros, desiguales entre sí, vieron la luz al año siguiente. El más importante, sin duda, fue el testimonio que sobre el cautiverio en Rusia había escrito el sargento Ángel Salamanca. La novedad de la obra fue que junto al testimonio de Salamanca, se publicó un estudio del historiador Francisco Torres que daba todos los elementos para contextualizarlo. Era una fórmula destinada a tener continuidad: publicar un testimonio inédito junto a un trabajo historiográfico que lo refrendaba, bien en forma de prólogo —o epílogo—, bien con ensayos biográficos, bien con una amplia serie de notas al texto. Con *Esclavos de Stalin. El combate final de la División Azul* (Salamanca, Torres, 2002) la literatura sobre el cautiverio de los españoles se enriqueció notablemente.

Eduardo Sánchez, autor especializado en su Sabiñánigo natal, dio a conocer el testimonio de un convecino, muy popular en la zona, Francisco Manero (conocido como «Framan»). El libro, *Framan. De Serrablo a Leningrado*, aparece como redactado en primer persona por Manero, pero con Sánchez firmándolo (Sánchez Salcedo, 2002). ¿Lo reelaboró? En todo caso, de Manero se quiere transmitir la imagen de que se alistó por afán de aventura y que era muy crítico con el comportamiento de los nazis alemanes en territorios ocupados. Pero a la vez en boca de Manero se pone una frase clave: «Nunca me he arrepentido de haber ido».

Y la otra incorporación a la producción literaria vinculada a la DA tuvo un carácter extraordinario, singular: se trataba de una completa falsificación. Manel Mesado i Mañé, cuando aún se hacía llamar Manuel, había obtenido plaza en la Policía Municipal de Castellón de la Plana gracias a su autoproclamada condición de veterano de la División Azul. Llegó la Transición y Mesado, para entonces colaborador habitual en la prensa local, debía convencer a sus paisanos de que en realidad siempre había sido un «luchador por la causa democrática y valencianista» (así se describía), por lo que el capítulo de su paso por la DA debía ser «reelaborado», aunque en su día había acudido incluso a audiencias con Franco en virtud de su presunta categoría de divisionario. Esta era la razón que explica la aparición de *Memories d'un temps gris. Un borrianenc en la División Azul* (Mesado, 2002). Con un llamativo énfasis, nada más abrir el libro nos encontramos una afirmación: «El autor de este libro quiere declarar que los sucesos aquí narrados se corresponden todos ellos estrictamente con hechos vividos en la realidad» [traducción mía]. En realidad el libro era un cúmulo de tópicos, completas mentiras, y plagios a gran escala —fácilmente detectables— porque el autor nunca había pertenecido a la DA. Pude demostrar fehacientemente que el libro era una completa falsedad (Caballero, 2008). Incluso ignorando todo sobre la DA, afirmaciones contenidas en el libro como que desde Riga se veía Leningrado ya debían haber hecho disparar las alarmas al editor. ¿Cómo era posible que semejante esperpento hubiera encontrado editor? Pues porque respondía a una imagen preconcebida sobre la DA, creída por muchos: la de que en ella habían tenido que enrolarse muy a su pesar muchos pobres chicos de izquierdas (así justificó Mesado su pretendido alistamiento). Ni que decir tiene que Mesado pintaba a la DA con los tonos más negros. Ningún veterano había escrito sobre la DA páginas tan negativas como las que escribió Mesado, así que hubo gente dispuesta a aplaudir el libro, porque

venía a «ratificar» lo que de ella deseaban leer, aunque lo único que uno puede sentir ante esas páginas es vergüenza ajena por lo burdo de las mentiras.

Mientras que un mentiroso como Mesado gozaba del apoyo institucional para publicar su texto, Antonio Pau Pedrón tuvo que recurrir a la autoedición para dar a conocer el testimonio de su padre, tras la muerte de este: *Memoria de dos guerras* (Pau, 2003). Otra muestra de honestidad fueron las memorias de Ángel Marchena. De familia humildísima, y muy de izquierdas, él sin embargo tenía vocación militar, y finalmente sentó plaza en la DA en 1942, teniendo la desgracia de ser capturado por los soviéticos y pasando once años de cautiverio en Rusia. Difícil será encontrar un candidato más apropiado para que dijera que se fue a la DA forzado, etc., pero la verdad es que en todo el libro no hay ni una sola palabra contra la DA. Prototipo de los «soldados vocacionales» que se alistaron en ella, esta autobiografía, *Memorias de un Luqueño* (Marchena, 2003) llega a conmover.

El 2004 editó sus memorias un suboficial divisionario con el algo extravagante título de *Bajo seis banderas, con la muerte en los talones* (Meliá, 2004). Y con poco tiempo entre ellas, aparecieron a continuación tres excelentes obras debidas a oficiales de la DA. *Soldado en tres guerras* (Bellod, 2004) fue publicado gracias al empeño de los hijos de este comandante, ya que él había fallecido. En cambio aún vivía su autor cuando aparecieron las memorias de un capitán divisionario: *Artillería en la División Azul. Krasny Bor* (Andrés, 2004). El libro del también capitán Serafín Pardo se diferencia del anterior en que en vez de un libro de memorias es la historia de su compañía mientras estuvo bajo su mando: *Un año en la División Azul* (Pardo, 2005) y vio la luz gracias al interés que en ello puso su hijo. Pese a lo dilatado de su carrera militar, Pardo no dudaba en afirmar que la mejor unidad que había tenido a sus órdenes fue la compañía que mandó en Rusia.

Más notable es aún el caso del libro del falangista vallisoletano Julio Rebollo Montes (le gustaba firmar como Julio R. Montes). Hombre de vocación literaria, no tuvo demasiada suerte con sus libros. Pero su excelente novela acabó siendo editada gracias a los desvelos de un sobrino-nieto. Como *El búnker* (Rebollo Montes, 2006) gozó de las ventajas de una edición comercial, tuvo cierto eco. No puede decirse lo mismo de otras obras aparecidas en 2007. Francisco Merino, hombre de múltiples inquietudes culturales, se autoeditó el libro con sus memorias de la campaña rusa: *Pacofunker. Un guripa en la estepa* (Merino, 2007) en una época en la que ya no era nada políticamente correcto el recordarla. Como ya había ocurrido con quienes al acabar la Segunda Guerra Mundial se atrevieron a publicar sus testimonios divisionarios, el hacerlo a la altura de la primera década del siglo XXI tenía también mucho de desafío, pues el ambiente intelectual era francamente opuesto a todo lo que la DA significó. Siempre en 2007, la familia de la enfermera divisionaria Montserrat Romeu (que contrajo matrimonio con un oficial divisionario que había quedado ciego) publicó en una pequeña editorial los recuerdos de la experiencia de esta mujer, único ejemplo femenino en la literatura de la campaña rusa: *Relato de un viaje* (Romeu, 2007).

Si es cierto que está muy bien que las familias quieran editar el testimonio de un antepasado divisionario, aunque no sea más que para el estricto círculo familiar, no es menos cierto que deberían procurar que ese texto fuera supervisado por un especialista. Porque de lo contrario se podía hacer el ridículo más espantoso, como es el caso del libro *¿Te apetece escuchar una historia?*, supuestas memorias de un voluntario manchego, un hombre que realmente existió, Juan

José Cano Sánchez, publicadas por su nieto con su propio nombre (Menéndez Cano, 2009). La obra pretende exaltar a la DA, pero ¿la escribió realmente el veterano? ¿O es el nieto quien la escribe en base a lo que recordaba que el abuelo le contó? ¿O se inventa el nieto todo lo que le da la gana? Da lo mismo: es como si se lo hubieran inventado todo, pues el relato es tan absurdo y lleno de mentiras y exageraciones que se desacredita por sí mismo.

Sin llegar a esos extremos de delirio, el mismo 2009 se detectó otro caso de manipulación del testimonio de un divisionario, Rafael Roquer Abal, que durante bastante tiempo fue miembro activo de la HDA asturiana, perpetrado por su hijo. Es verdad que tanto sus antepasados como sus descendientes han sido personas de izquierdas, y que las penalidades que se pasaban en su casa hacen creíble un alistamiento como «soldado de fortuna». Pero quizás no tanto, por lo menos es lo que cabe deducir cuando se ve cómo su hijo Rafael Roquer Crespo manipula la historia de su padre, en el libro *Mejor no haber nacido (... a pesar de todo quiero vivir)* (Roquer, 2009), como tratando de ocultar algo, porque comete tantos errores y deforma tantas cosas que uno duda de si en realidad está narrando lo que su padre le ha contado, o se lo inventa. Un ejemplo: dice que cierta noche, tras escuchar a La Pasionaria hablándoles por altavoces desde las líneas soviéticas fueron tantos los divisionarios que salieron desde las trincheras españolas para desertar y acudir en masa a donde estaba la dirigente comunista, que a la mañana siguiente las alambradas de esas trincheras aparecieron cuajadas de los cadáveres de los españoles que al tratar de huir hacia el enemigo se habían quedado enzarzados en ellas. La afirmación es tan burda que no merece más comentario. La realidad era completamente distinta y nos la describe muy bien el diario de un oficial de la compañía donde servía Roquer:

Día 30 de abril (...◆) Al anochecer, por medio de un altavoz hablaron los rojos en español y alemán. Según decía el que habló español decía: Que les trataban muy bien, que él era pasado del 17 de febrero, que era telefonista del 2.º Batallón del Regimiento. Vierna [II/263.º]. Que nos pasásemos a ellos que les respetaban la vida y que después de que terminase la guerra volverían a España, a disfrutar de la victoria del proletariado. Que la guerra la tenían bien ganada y otras sandeces por el estilo. La respuesta que todos los soldados de la línea le dieron fue una salva general de artillería, fusilería, mortero y demás armas y no dejaron tranquilo en un buen rato a toda su familia, lo que prueba el alto espíritu de toda la tropa (Silvosa, 2019).

Lo único cierto del libro es cuando describe hasta qué punto Roquer vivió la camaradería con los demás miembros de la DA y de su Hermandad heredera, y cómo —pese a ser conocido el sesgo izquierdista de su familia— no solo no se le marginó por ello, sino que fue especialmente atendido. Pero al final el texto resulta de nula utilidad, pues la mezcla de mentiras, tópicos, y exageraciones con hechos reales desvirtúa a estos.

Frente a libros tan absurdos, la aparición de las memorias del sargento Dionisio García-Izquierdo, un prodigio de exactitud y claridad, supuso una bocanada de aire fresco: *El último divisionario en Possad. Batallón de transmisiones en la División Azul* (García-Izquierdo, 2009), porque todo en el libro rezumaba autenticidad. No todos los divisionarios lograban dar a la imprenta sus obras, sin embargo. Alfredo González Díaz se tomó la molestia de recopilar todo tipo de canciones que oyó cantar a sus camaradas. Con ellas compuso un texto, bautizado como *Alegres soldados*, del cual algunos capítulos se publicaron en boletines divisionarios. Pero nadie consideró nunca oportuno editar este texto como libro convencional, así que sus descendientes acabaron creando hace unos años una página web —aún activa cuando se redacta este texto— donde «descargarlo» (González Díaz, 2009).

El año que cerraba la primera década del nuevo milenio vio aparecer tres libros del mayor interés: *Memorias de un soldado de la División Azul* (Blanch, 2010); *Alas de águila. La División Azul en Rusia* (Sanz Jarque, 2010); y *Semíramis, regresamos* (Jiménez Gómez, 2010). Pese a su pequeño tamaño, y a haber aparecido en una diminuta editorial, este último libro merece una atención especial. Se trataba de otro texto sobre el cautiverio en el GULAG, escrito por un prisionero de la División Azul. El feroz discurso anticomunista que encontramos en sus páginas, de hecho algo subido de tono, era el habitual en este tipo de libros. Pero la biografía del autor era singular: era un oficial del Ejército del Frente Popular que logró alistarse en la DA y, una vez en Rusia, desertó. Para encontrarse con que en el «paraíso del proletariado» era mantenido en cautiverio tantos años como los divisionarios falangistas que habían ido a destruir al comunismo. Absolutamente desencantado con lo que vio y vivió en la URSS, se volvió más anticomunista que los mismos falangistas, como nos revela este libro, el único publicado de un autor que fue desertor de la DA.

El 2011 la División Azul cumplía setenta años. Y los libros con memorias de veteranos seguían apareciendo con sorprendente regularidad. Uno, excelente, del mismo tipo que el del capitán Pardo, fue *Los zapadores de la División Azul* (Díaz del Río, 2011). Si más capitanes hubieran seguido los ejemplos de Pardo o Díaz del Río, la DA tendría hoy pocos secretos para el historiador. El otro se publicó debido al extraordinario empeño que en ello puso la hija del autor: *Yo fui legionario de Europa* (Muñoz César, 2011), que se presentó como un diario. En realidad al diario original se le había añadido un montón de páginas que eran pura creación literaria. La familia pecó de imprudencia al no someter el texto al escrutinio de un especialista, que verosíblemente hubiera aconsejado publicarlo, pero como lo que es, un relato inventado, como había sido en su día, por ejemplo, el celebrado *Algunos no hemos muerto* de Ydígoras.

#### PERIODO 2012 A LA ACTUALIDAD

Cuando se cumplían los setenta años de la creación de la División Azul parecía llegado el momento de que los estudios historiográficos sucedieran completamente a los libros de memorias. Pero no fue así, pues los diarios y las memorias siguieron apareciendo. Tras todo un año —el 2012— en que no se editó ninguna novedad en testimonios divisionarios, el 2013 fue pródigo en ellos. La familia de un oficial caído en Rusia, publicó su diario: *Diario de Guillermo en Rusia, 1942* (Hernanz, 2013). Como valiente cabe calificar la decisión de Montserrat Torrá de publicar, en una Cataluña abducida por el separatismo, las cartas que un antepasado suyo, un alférez catalán, había escrito a su hermano. Del libro apareció también una edición en español al año siguiente, que es la que cito por entender que será más accesible al conjunto del público: *Ideales y desengaños. Cartas desde Rusia a un hermano (1941-1942)* (Torrá, 2014). Tenía una gran cualidad: señalaba un amplio espacio que quedaba por explorar, el de las cartas enviadas desde Rusia por los divisionarios.

También Kilian Cuerda Ros debió pensar que el texto de su abuelo, el músico militar valenciano Joaquín Ros, necesitaba alguna explicación para hacerlo accesible. E, influenciado por las insidiosas teorías de Núñez sobre «la construcción del relato divisionario», se propuso hacerlo él mismo, para acompañar con un prólogo el texto del abuelo, publicado como *Diario de*

*la División Azul. Un músico en el Frente Ruso* (Ros, 2013), para «descifrarnos» su contenido. El resultado fue irrisorio. Cuando el abuelo Ros escribía que habían pedido voluntarios para la DA y nadie se había alistado, y poco después añadía que se habían pedido voluntarios para la banda de música de la DA y lo habían hecho muchos, lo que el nieto «deducía» era que en aquella segunda ocasión se les había obligado a alistarse, cuando lo sencillo de comprender es que a los músicos militares no les atrae servir como infantes (esa fue la primera convocatoria), pero en cambio se ofrecen como voluntarios si se trata de componer una banda en la DA que partía hacia Rusia (esa fue la segunda convocatoria). La banda de música de la DA se formó en España cuando el contingente inicial de voluntarios ya había partido hacia Rusia, y de hecho los músicos alcanzaron a sus camaradas cuando realizaban su marcha a pie por territorio de la URSS. Este —y otros muchos— son ejemplos de que el Ros nieto es incapaz de descifrar lo que escribe su abuelo, que en realidad lo que hace en su texto original son constantes alabanzas hacia la Alemania nazi.

También hubo casos en los que el trabajo del editor de un texto fue tan impecable y extenso, que en el resultado final del volumen, lo escrito por el editor superaba en tamaño las páginas escritas por el autor. Manuel Rodríguez sirvió en la 9.<sup>a</sup> Batería en Krasny Bor y su relato ha permitido modificar nuestra comprensión de esa batalla. Para dar valor a este texto, de modesto tamaño pero del mayor valor histórico, el general Fontenla lo sometió a un análisis riguroso y extenso en *Krasny Bor: el último reducto de la defensa. Las memorias de Manuel Rodríguez Campano (9.<sup>a</sup> Batería)* (Fontenla, 2013). El sargento José de la Iglesia Parras, como tantos otros divisionarios, llevó un diario durante la campaña. Y su hijo decidió transformarlo en base para *Y mañana saldrá el sol* (Iglesia Hernández, 2013) dándole una estructura «novelada», que sin embargo en nada se aparta de la historia. Un ejemplo más que logrado de cómo se puede hacer un texto literario sin echar mano de estrafalarios recursos forzados, sin cargar las tintas.

A otro año en blanco, el 2014, siguió un 2015 con interesantes novedades. Signo de los tiempos, el libro electrónico estaba apareciendo en el campo de los testimonios divisionarios. Y a través de Amazon se podía acceder a la versión electrónica de un libro de memorias de Antonio Palma, que finalmente también se pudo obtener en papel. Es una lástima que esta obra no encontrara un editor más convencional, que cuidara más la edición, porque *De Rusia a España, la odisea de un voluntario de la División Azul* (Palma, 2015) era un texto de mucho interés.

Con la mejor voluntad del mundo, es posible que un autor llegue a destrozar un testimonio. Es lo que ocurrió con la historia del voluntario Adolfo Estévez Pérez. Benito López tenía una completa admiración por el divisionario, de eso no cabe la menor duda. Pero ni Estévez tenía ya —dada su edad— una mente muy clara, ni López tenía apenas idea de la historia de la DA. Por eso el libro se convierte en algo caótico donde están mal las fechas, los lugares, los combates, etc. *Relatos históricos de un falangista divisionario* (López Andrada, 2015) solo puede catalogarse como una ocasión perdida. Ocurrió justamente lo contrario con la obra de Félix Alonso. Sus memorias del cautiverio (y también sus poesías sobre ese mismo episodio) aparecieron acompañadas por unos excepcionales anexos, obra de Ángel González Pinilla, con información detalladísima sobre los prisioneros de guerra de la DA. El conjunto así logrado tenía un interés más que notable: *Prisioneros en Rusia* (Alonso, González, 2015).

El año 2014 se había producido la reedición de las dos pequeñas obras que Joaquín Miralles escribió sobre la División Azul, a cargo de Vicente Sanjuán Editor. Animado por el éxito que acompañó a esa reedición, este editor decidió rebautizar su sello con el nombre de La Biblioteca

del Guripa, y un propósito explícito: editar textos de divisionarios que hubieran quedado inéditos, o reeditar aquellos que fueran ilocalizables. Pero con un formato exigente, ya ensayado en su reedición de los textos de Miralles. Se acompañaría el texto a editar con la biografía del autor, tantas notas aclaratorias como hicieran falta y eventualmente se le agregaría algún texto que desarrollara algún aspecto histórico vinculado con el contenido de la obra.

Este formato aparece ya plenamente en *Un artillero de trinchera. Memorias de un divisionario valenciano* (Georgacopulos, 2015) con biografía y notas al texto de Pablo Sagarra y un estudio sobre los batallones en marcha, ya que Georgacopulos llegó en uno de ellos (Caballero, 2015). Le siguió *Tiempos de milicia en Possad* (García Gallud, 2016) con biografía del autor y notas de Francisco Torres, y dos anexos, uno sobre la visión derechista de la DA, ejemplificada en la actitud del general Varela (Caballero, 2016-b); y otro sobre la visión izquierdista, tal como se plasmó en la propaganda comunista contra la DA (Lledó, 2016).

No todas las familias deseaban contar con el acompañamiento de historiadores a la hora de publicar la historia del veterano divisionario. Pero si este estaba aún vivo y gozaba de la oportuna claridad intelectual, el resultado podía ser estupendo, como se demostró en *La gran noche. Un mallorquín en la División Azul* (Fuster, 2016). Pero el resultado de prescindir del asesoramiento de historiadores podía llegar a ser esperpéntico. Otro ejemplo más de esto fue *Traición en el infierno* (Fernández Granados, 2016) que eran las supuestas memorias de un veterano, un hombre que existió realmente, y solo se editó en formatos digitales. Esas memorias no dicen ni una palabra en contra de la DA, todo lo contrario, pero el autor (sea quien sea, el que firma la obra o quizás sus herederos, que son los que la registraron) exagera hasta extremos grotescos los hechos de armas del autor, atribuyéndose dotes de superhéroe. Los divisionarios, con escasísimas excepciones, han sido muy realistas al describir su participación en la campaña. Era lógico: había miles de camaradas que podían ponerle en ridículo si exageraba sus méritos. Pero siempre hay alguna excepción, y en esta se alcanzan los niveles más fantásticos imaginables. Siempre se ha dicho que «el papel lo aguanta todo». Parece que los soportes digitales aún tienen mayor tolerancia al absurdo.

Otra familia que editó las memorias de un antepasado sin recurrir a consultar a historiadores especialistas fue la de Teodoro Recuero, pero lo hizo sin caer en ninguno de los patéticos excesos del texto anterior. *Hasta Nóvgorod. Crónica de un viaje* (Recuero, 2017), honesto testimonio de una persona sencilla, sorprende por su frescura. Que el libro viera la luz se debió a los desvelos de su nieto, un reputado periodista.

La Biblioteca del Guripa volvió a usar su bien probado modelo con dos nuevas obras en el 2017. Una de ellas englobaba dos textos, debidos a veteranos que habían pasado por el cautiverio en la URSS: Manuel Sánchez Lozano y Miguel Antonio Moreno. Este volumen, titulado *Españoles en el Gulag de Stalin* (Sánchez Lozano, Moreno, 2017), se editó a cargo de un historiador experto en este tema, Miguel García Díaz. El otro libro, *Diario de campaña de un médico de batallón* (Cáceres, 2017), contó, a la hora de trazar la biografía y anotar el texto, con la colaboración de quien redacta estas líneas y del doctor Juan Manuel Poyato, autor de una monografía sobre la sanidad militar en la División Azul.

Que el libro de memorias o diario debidamente contextualizado y anotado por historiadores especializados era ya el modelo a seguir se aprecia en otra obra aparecida ese año, pero con Galland Books: *Rusia marcó mi destino. Diario de campaña del teniente Usunariz, 1942-1943*

(Usunariz, 2017) donde el trabajo de edición de la obra estuvo a cargo de Alejandro Rebollo y Pablo Sagarra. Cuando se cierra este libro, la última aportación a la larga lista de textos de divisionarios es la obra *Grupo de Transmisiones 250*, que recoge los testimonios de dos voluntarios que sirvieron en esa unidad, aunque es el hecho de que ambos fueran activos falangistas (uno de ellos miembro destacado de la vieja guardia y profundamente disgustado con la forma en que el Ejército se empeñó en «desfalangistizar» a la DA) lo que da valor al libro (Aguilar, Orjales, 2018), que contó con el trabajo de un experto en historia militar como Miguel Parrilla.

¿Hasta cuándo estaremos viendo aparecer nuevos libros con testimonios de divisionarios? Es difícil saberlo. Porque textos inéditos en la forma de libros escritos por divisionarios existen no muchos, sino muchísimos. Algunos han sido publicados, fragmentaria o completamente, por publicaciones divisionarias (*Hermanidad*, de Barcelona; *Blau Divisió* de Alicante). Otros muchos están depositados en los archivos de algunos investigadores. Y una cantidad imposible de determinar duerme en los cajones de muchas casas españolas. Dicho de otra manera: podrían seguir apareciendo libros de memorias durante bastantes años, siempre que las familias estén interesadas en ello, porque la experiencia muestra que lectores y editores no faltarán. El temor de algunas familias a desafiar lo «políticamente correcto» es, sin embargo, un freno.

El acoso al que se ha sometido a algunos divisionarios en apariciones públicas explica muy bien ese temor. Cuando José Luis Pinillos, bilbaíno y miembro de la Real Academia iba a recibir un doctorado *honoris causa* en la Universidad del País Vasco —en 1989—, algo muy comprensible habida cuenta de que se le considera el creador de la moderna psicología española, se encontró con un feroz intento de los militantes de Herri Batasuna de reventar el acto, durante el trascurso del cual expresaron de manera muy clara sus deseos: «Pinillos al paredón». La «razón» aducida era su pasado como oficial de la DA. El hecho tuvo cierto eco, dada la fama de Pinillos. Pero otros hechos similares han pasado casi totalmente desapercibidos. Juan José Sanz Jarque, otro veterano de la DA, era un especialista de fama mundial en Derecho Agrario, y también escribió un libro donde recordaba su paso por la DA. Cuando el año 2015 se le invitó a un acto académico en la Universidad de Lérida (una entrega de orlas) los separatistas de ultraizquierda de la CUP protestaron enérgicamente por considerar intolerable la asistencia de un divisionario a un acto en una universidad catalana. Sucesos como este explican, como digo, el temor de muchas familias a que se publiquen las memorias o los diarios de sus antepasados divisionarios. Y es una lástima, porque me consta fehacientemente, por conocer varios de ellos, que algunos son del mayor interés histórico e incluso literario.

Con todo, intuyo que durante algún tiempo seguiremos asistiendo a la aparición de textos de autores que sirvieron en la DA. Esto no quiere decir en modo alguno que el tema vaya a convertirse en un objeto de atención masiva. De hecho, se pueden contar con los dedos de las manos los libros de autor divisionario que han tenido un impacto notable en el público. Nunca ha sido un tipo de literatura que gozara de ningún apoyo institucional. Ya se señaló que las editoriales vinculadas a las Fuerzas Armadas o al Movimiento apenas trataron el tema. Fueron editoriales cuyos propietarios tenían una vinculación ideológica o personal con la DA las que editaron las principales obras durante muchos años. Anotaré que originalmente eran todas editoriales catalanas: Luis de Caralt, AHR, Ediciones Acervo y Ediciones Marte. En los últimos años, se ha diversificado el número de editoriales que publican textos de autores divisionarios:

García Hispán Editor, Ediciones Barbarroja, Fundación División Azul, Actas Editorial, Galland Books, Fajardo el Bravo o La Biblioteca del Guripa. Por cierto, con ubicaciones muy dispares. Pero lo que llama la atención en realidad es la gran cantidad de casos de autoedición de estos textos. Dado el elevado nivel de ediciones financiadas personalmente, y el de obras impresas por pequeñas editoriales con una presencia marginal en el mercado, al gran público apenas le ha llegado una parte minúscula de la abultada lista de obras escritas por divisionarios.

No ha habido jamás una política de fomento de este tipo de libros. No se beneficiaron de ningún apoyo económico o institucional durante el franquismo, y desde luego tampoco reciben fondos de los destinados a la «memoria histórica» (que contrariamente a lo que muchos creen, no destina sus fondos apenas a exhumar cadáveres, sino a financiar muy generosamente ciertos estudios históricos, exposiciones, etc., realizados siempre en la órbita de partidos y sindicatos de izquierdas). Si siguen saliendo a la luz libros de autores divisionarios es solo por el empeño de los autores (ahora deberíamos decir de sus familiares), la acogida de algunos editores y el interés de un público no muy extenso, pero bastante fiel.

Algunos de esos textos se escribieron con una clara pretensión literaria. Sin embargo, autores como Juan Carlos Mainer, en su *Falange y literatura*, en su edición de 2013, apenas le dedican unas líneas. Rodríguez Puértolas, en su ya citado *Literatura fascista española*, les prestó algo más de atención, en el capítulo «La narrativa de la División Azul», aunque solo para criticarlos agriamente.

El análisis de los testimonios divisionarios también ha llamado la atención lejos de España, aunque en autores con raíces españolas y adscritos a la corriente historiográfica que persiste en afirmar que tras la muerte de Franco en realidad España vive la continuación de su régimen autoritario, bajo disfraces diversos, como es el caso del análisis realizado en Estados Unidos por Dionisio Viscarri de alguna de las obras de Vadillo (Viscarri, 2005). Afirmer que el franquismo pervive enquistado en el poder en España a principios del XXI, aunque no sea más que por las décadas de gobiernos socialistas en España, exige un sorprendente nivel de ceguera. Por su parte, Nil Santiañez-Tio, otro español docente en Estados Unidos en su análisis de la «literatura fascista» española, concede a la relacionada con la DA todo un capítulo de los seis de su obra (*Russia: Spectres and Paratopos*), una importancia que Mainer o Rodríguez-Puértolas no le daban (Santiañez-Tio, 2013).

Finalmente la misma universidad española parece querer entrar en el tema, como demuestra la tesis *Visiones de Rusia en la narrativa española: el caso de la División Azul* (Guzmán Mora, 2016-a), aunque el resultado dista de ser brillante. Para empezar, el autor ha mezclado tres cosas que nada tienen que ver: la visión de Rusia en la literatura española anterior al episodio de la DA; la narrativa generada (en un contexto absolutamente distinto) por los divisionarios; y lo que es absolutamente absurdo: los ejemplos de obras literarias que actualmente introducen personajes presuntamente divisionarios en sus tramas. Mezcla por tanto a los divisionarios reales que han escrito sus testimonios, con unos «divisionarios» ficticios, fruto de la creación literaria, y dibujados casi siempre en base a los prejuicios existentes contra la DA. El mismo autor ha dado a conocer otros trabajos menores, de alcance limitado (Guzmán Mora, 2016-b y 2018).

También existen trabajos empeñados en demostrar que los escritores divisionarios eran en realidad peligrosos nazis (Pfeifer, 2012). Solo la investigadora Valeria Possi (2017-a y b, 2018) está demostrando ecuanimidad en sus estudios sobre este tema. Pero también es revelador cómo

plantea ciertos temas. Por ejemplo, hablando de Farré Albiñana y su libro, la autora dice que «la Guerra Civil hizo de él un anticomunista». Es cierto, pero no deja de ser una significativa elipsis, ya que Farré había sido mucho más explícito sobre las razones: el asesinato de su padre y la violación de su hermana por milicianos frentepopulistas.

El interés literario es una cosa y el histórico es otra. A nivel de calidad literaria, en las obras que hemos visto hay de todo, claro está. Pero como en su inmensa mayoría se trata de libros escritos por personas que no eran literatos ni periodistas, tomarse los libros que hemos estado viendo como literatura es absurdo. Pero como fuente histórica suponen —con las excepciones señaladas— un conjunto de testimonios históricos de incalculable valor. Pueden y deben ser complementados con los testimonios recogidos en forma de artículos (hay infinidad de ellos), y también con muchos testimonios orales recogidos en soportes audiovisuales. Son la voz de los divisionarios, en definitiva. Una voz que habla alto y claro. Y que demuestra que ese divisionario imaginario (alistado contra su voluntad, etc.) tan del gusto de cierta historiografía, de cierto periodismo y de algunos literatos, es inexistente, o tan extremadamente marginal que carece de interés histórico. Los supuestamente forzados a alistarse, los reclutados en cárceles, los que iban por «lavar su pasado», etc., o bien eran por completo analfabetos, o bien no existieron, ya que sus testimonios no aparecen escritos por parte alguna. Resulta casi inconcebible que ante esa evidencia, sin embargo, se siga dando por buena la existencia de estos «divisionarios de ficción». Sí, por desgracia hay algún caso de veterano que deforma su historia, que no tiene la gallardía de reconocer su pasado, y lo presenta falsificado, como Ciges y García-Berlanga, pero son tan rarísimos que —precisamente por eso— cada vez que se quiere hablar de divisionarios «forzados a alistarse», se recurre como ejemplo ¡a Ciges y a García-Berlanga!, como si hubieran sido los únicos miembros de la DA.

Como el testimonio de los divisionarios no se ajusta en absoluto a lo que historiadores como Núñez deseaban encontrar, este ha elaborado la teoría conspirativa de la existencia de un «relato divisionario» (Núñez, 2016), que habría modificado a gran escala, y de forma más o menos coordinada sus experiencias reales para presentarlas de una manera más aceptable para el público. En qué basa esa insidia es algo que no explica, porque nunca hubo nadie que tuviera control sobre ese «relato divisionario». El régimen franquista, que era el único que pudo haberlo hecho, nunca lo hizo (el régimen soviético sí que impuso una visión muy concreta a la memoria de sus veteranos de guerra, pues todas las editoriales eran estatales y controladas por el aparato del Partido Comunista), y no lo hizo por la sencilla razón de que prefería el olvido a cualquier elaboración de una versión sobre este tema; y en segundo lugar por la misma endebles de sus casi inexistentes políticas culturales.

En su inmensa mayoría, los divisionarios escribieron sobre la DA sin haber leído a sus otros camaradas que dieron a la imprenta sus relatos, porque lo que se publicaba casi siempre eran obras editadas por ellos mismos o en pequeñas editoriales, con escasísima distribución. Como el régimen franquista mantuvo a la DA «en el armario», nadie dictaminó qué debía escribirse y qué no. La relativa uniformidad que se puede observar en los testimonios tiene una sencilla explicación: todos los autores coincidieron en un espacio y tiempo muy limitados, casi todos tenían biografías previas muy similares. Si casi todos cuentan lo mismo no es porque nadie haya impuesto un «relato divisionario» artificial, sino porque vieron y vivieron lo mismo. Pero dada la endogamia compulsiva que caracteriza a la universidad española, todo el que quiera prosperar en

ella sabe que debe aceptar las ideas de los catedráticos, si desea hacerse hueco en el ámbito académico, y en este caso la teoría de la existencia de un «relato divisionario» falsificado parece extenderse a nuevos «investigadores» cargados de prejuicios.

Es una lástima, porque en realidad los textos de los divisionarios, analizados con las debidas garantías de ecuanimidad y conocimiento del contexto histórico, conforman uno de los más completos conjuntos testimoniales que sobre un conflicto puedan reunirse. Y ello por dos razones: la más evidente es que el sorprendentemente elevado nivel medio intelectual de los divisionarios (con miles y miles de universitarios en sus filas) creó una masa de potenciales autores. Y en segundo lugar porque lo excepcional de su peripecia incitó a centenares, quizás a miles de ellos, a llevar diarios y escribir memorias, que para el historiador se han convertido en una mina de información, como ha argumentado Sagarra en *El paradigma de la División Azul* (2018).

Conviene en cualquier caso mantener siempre la necesaria distancia crítica. Ya he señalado que son raros los testimonios de divisionarios que exageran en exceso o mienten, por la razón de que había miles de camaradas que les podían poner en evidencia. Se han expuesto aquí casos de divisionarios que dejaron volar su fantasía, y vemos que son muy pocos. Pero hay otro aspecto: los de quienes con la mejor buena fe recogen como verdades ciertas lo que en definitiva no eran sino «macutazos», rumores de trinchera, maledicencias con respecto a alguien, en ciertos casos. Por citar ejemplos concretos: las críticas a ciertos mandos por las operaciones en la Cabeza de Puente del Vóljov, como ejemplo de sacrificios inútiles. O la idea de que en la batalla de Krasny Bor los alemanes dejaron abandonados a su suerte a los españoles. Aunque son planteamientos que no solo no tienen refrendo documental, sino que atentan contra el sentido común, los voluntarios los sintieron en muchos casos como realidades incuestionables y así lo han reflejado en sus testimonios. Hay que tener siempre presente que la memoria muy rara vez coincide con la historia (Caballero, 2014-b).

Cuando, a finales de los 1980 y junto a Rafael Ibáñez escribí *Escritores en las trincheras*, eran 45 los divisionarios que habían publicado libros sobre la Campaña de Rusia. Treinta años después, ya son más de cien los divisionarios que nos han dejado por escrito su testimonio en forma de libro (en forma de artículos habría que hablar de varios centenares más), textos que son un tesoro para el historiador. La aventura de la DA puede ser descrita dándoles la voz a sus veteranos. Con ese convencimiento, en el presente libro se han utilizado los testimonios (diarios y memorias) de diecisiete divisionarios que no han aparecido en forma de libros, y por tanto no están disponibles para el público en general. Han sido las voces de Pablo Arredondo, Sixto Botella, Juan Camacho, Octavio Carrera, Alberto Coscolla, Eduardo Díez, José María Gutiérrez del Castillo, Jaime Homar, Miguel Martín, Adolfo de Montagut, Miguel Osorio, Julio Renedo, Manuel Silvosa, Avelino de la Uz, Jesús Zaera, Luis Zanón y Salvador Zanón, las que —apareciendo en las páginas de este libro— han transmitido al lector la experiencia de la campaña para los voluntarios españoles, sin intermediarios. Entre ellos hay andaluces, catalanes, ceutíes, conquenses, gallegos, madrileños, mallorquines, valencianos y vallisoletanos: gente de todos los rincones de España. Los hay que fueron jefes (comandantes y tenientes coroneles), capitanes y oficiales subalternos, los hay suboficiales y soldados. He querido usar todos estos testimonios, con la esperanza de que esto sirva para llamar la atención sobre la existencia de este gran acervo documental.

## EL DEBATE HISTORIOGRÁFICO

Quien controla el presente, controla el pasado,  
y quien controla el pasado, controlará el futuro.

GEORGE ORWELL, 1984

¿Hasta qué punto al español del primer tercio del siglo XXI le interesa la División Azul como tema? Quizás a más de uno le sorprenda saber que, desde la muerte de Franco, y excluyendo del cómputo a los veteranos de la DA, aproximadamente son cien los autores españoles que se han ocupado de él. Desde múltiples perspectivas. Con enfoques y opiniones que pueden llegar a ser diametralmente opuestos. Y en variados formatos: artículos en revistas históricas o de temática militar, folletos, y también un montón de libros. No incluyo en esta cifra los artículos en prensa diaria, la difícilmente computable presencia en Internet, ni la aparición de la DA en obras literarias. Pero no solo son autores españoles los que se ocupan del tema, como se verá en las páginas siguientes. Si los editores de libros y revistas publican estos textos, es evidente que lo hacen porque saben del interés por el asunto en un segmento de público. Repasar el alcance y el valor de esta producción escrita es fundamental para poder valorar la trascendencia de la DA como capítulo de nuestra historia.

## EL GRAN SILENCIO

Entre 1941 y 1948, apareció una *Historia de la Segunda Guerra Mundial* en doce volúmenes (Ediciones Idea), firmados cada uno de ellos por destacados miembros de las Fuerzas Armadas Españolas. El tono de los primeros, publicados antes de 1943, era muy favorable al Eje. Pero una vez se intuyó la derrota alemana, la orientación cambió hacia la neutralidad. La guerra en el Frente del Este fue estudiada en dos volúmenes, aparecidos en 1947, y firmados por el general García Valiño. No se decía en ellos ni tan solo una palabra sobre la División Azul.

Esa misma tónica se mantuvo a nivel oficial en el Ejército Español durante muchos años. La revista *Ejército*, su órgano de expresión, publicó —con la Segunda Guerra Mundial en curso— algunos artículos sobre la DA, pocos, pero el tema desapareció al contemplarse la derrota alemana. Hubo que esperar a 1958 para que se reprodujeran como artículos dos fragmentos del libro de Oroquieta citado en el capítulo anterior. Y a que pasaran veinte años del final de la guerra para que apareciera en las páginas de esa publicación oficial militar la traducción de un artículo titulado «La División Azul española en la Segunda Guerra Mundial», del inglés O'Ballance, del

que se hablará más adelante. De hecho, la revista *Ejército* ha dedicado más artículos a la DA desde la Transición a la democracia que durante el franquismo, sin que tampoco hayan sido muchos los publicados a partir de 1975. En cuanto a la *Revista de Historia Militar*, otra publicación oficial del Ejército, solo ha publicado un artículo sobre la DA, y en fecha tan avanzada como 1994. Estuvo consagrado a uno de los mejores batallones de la DA, el II/269.º, mandado por el padre del autor de ese texto, pero esta publicación tiene una difusión muy limitada, y el contenido del artículo no trascendió a un público más general hasta que años después se reeditó como libro, pero por una editorial comercial (Román, 2011).

El Ejército Español y las instituciones encargadas de velar por su historia, han hecho bien poco —por no decir nada— por la DA. Algo que sorprende si, por ejemplo, se compara con el caso de Italia. Aunque la República Italiana es heredera del antifascismo italiano que luchó contra la Alemania nazi entre 1943 y 1945, el Ufficio Storico, del Estado Mayor del Ejército italiano publicó el año 1977, por ejemplo, un sobresaliente volumen titulado *Le Operazioni delle Unità Italiane al Fronte Russo (1941-1943)*, que bien podía haber servido de modelo al Instituto de Historia y Cultura Militar español para realizar algo análogo con respecto a la DA.

En 1983 apareció una obra publicada conjuntamente por Ediciones Palafox y editorial Planeta, escrita por un conjunto de autores, militares todos ellos, y estructurada en cinco grandes volúmenes: *Historia de las Fuerzas Armadas*. Tenía un evidente apoyo institucional. A la DA se le dedicó exactamente una página. En 1986, la editorial Alhambra, también con apoyo institucional —el prólogo era del ministro de Defensa socialista, Narcís Serra— publicó un extensísimo libro en ocho volúmenes, firmado por un equipo de autores: *Las Fuerzas Armadas Españolas. Historia institucional y social*. No había ni una línea dedicada a la DA, aunque en uno de los volúmenes, el dedicado al Ejército del Aire, se hablaba brevísimamente sobre las Escuadrillas Azules.

Casi se puede afirmar que si por el Ejército Español fuera —entendiéndolo como institución— la DA habría desaparecido de nuestra historia, por mucho que —como cabe imaginar— a muchos militares españoles la historia de la DA tuviera que interesarles, ya que ha sido la última vez en la historia que nuestras tropas se han batido en una gran guerra internacional. Pero ese interés parecía quedarse «de puertas adentro».

Un ejemplo revelador: en 1974 tres capitanes que realizaban el curso de Estado Mayor en la Escuela Superior del Ejército presentaron un documentado trabajo, titulado *La División Azul. La batalla de Krasny Bor*, en la asignatura de Historia del Arte Militar. Uno de ellos, Alfonso Pardo de Santayana Coloma, llegaría a ser el jefe del Estado Mayor del Ejército. Pues bien, hubo que esperar veinte años para que, gracias a una revista comercial, el público tuviera acceso parcial al contenido de ese trabajo (Meléndez Jiménez, 1993).

En el 2006, y para realzar la reapertura del Museo del Ejército en su nueva ubicación de Toledo, el Ministerio de Defensa lanzó otra extensa obra: *Aproximación a la historia militar de España*, en tres volúmenes. En el nuevo Museo se había tratado de ocultar por todos los medios la existencia de la DA, y si se hablaba de ella era contrastando su existencia con la de los españoles que habían servido en los Ejércitos Aliados. Con un desparpajo sorprendente, y faltando de manera escandalosa a la verdad, en las cartelas del Museo la cifra de estos últimos se elevaba hasta 100.000, lo que duplicaba la cifra de los que habrían pasado por la DA. Tan completo disparate se reproducía en el libro citado, donde el capítulo de «Españoles en la Segunda Guerra

Mundial» (Rodríguez Álvarez, 2006) pretendía igualar en importancia el episodio de la DA con la presencia de españoles en otros ejércitos contendientes, incluso en aquellos donde no había llegado ni al nivel de anécdota, como el norteamericano. La existencia de la DA quedaba así «disculpada» por el hecho de que hubiera habido españoles en todos los ejércitos de la Segunda Guerra Mundial.

Tal desenfoque histórico no sería corregido, para reconocer la importancia de la DA en su justa perspectiva, hasta una década después, cuando en otra ambiciosa obra institucional, *Historia militar de España*, dirigida por Hugo O'Donnell, y escrita por los más reputados especialistas, se encargó a un genuino y competente historiador militar, Salvador Fontenla, el tratamiento del tema de la DA (Fontenla, 2016). Quizás ya haya llegado el momento en que el Ejército Español vea a la DA como un episodio que no obliga a sus miembros a tomas de posición políticas, sino que — simplemente— forma parte de su historia, y que como tal debe ser estudiado, en busca de las enseñanzas oportunas que un militar del siglo XXI puede extraer de aquella experiencia, tal como sugieren —por ejemplo— los recientes artículos de De la Iglesia sobre la DA aparecidos en la publicación que se distribuye en las academias militares (Iglesia, 2017 y 2018).

Aunque algunos militares concretos, veteranos de Rusia, ya evocados en el capítulo anterior, como Martínez Esparza, Esteban-Infantes y Díaz de Villegas habían publicado libros decisivos para conocer la historia de la DA, no eran nada fáciles de encontrar ya en el último tercio del siglo XX. Y por ello se daba la paradoja de que si un lector deseaba conocer en un único volumen una historia global de la DA debía leer textos de autores extranjeros aparecidos en español: las obras de Proctor, «Saint Loup» y el equipo formado por Kleinfeld y Tambs, de todos los cuales se hablará más adelante, al analizar los estudios sobre la DA en el extranjero. Desde luego eran muchos los textos historiográficos donde se hablaba con cierta extensión de la DA: historias de Falange, estudios sobre el franquismo, monografías sobre la política exterior española en la Segunda Guerra Mundial, etc. Pero —lo repito— parecía como si los historiadores españoles no fueran capaces de escribir una historia de la DA.

Un licenciado en Historia de la Universidad de Barcelona, Alfredo Bosque, captó la necesidad de cubrir ese hueco y redactó una excelente tesis, *La División Azul. Un modelo para el estudio de la naturaleza del franquismo* (Bosque, 1989), que por desgracia quedó inédita, y de la que el público solo ha podido entrever aspectos por artículos aparecidos en revistas (Bosque, 1991 a 2005). Este autor hizo un intenso uso de testimonios orales. Pero los entrevistados fueron divisionarios (y no hijos o sobrinos, como harán después otros escritores) y en pleno uso de sus facultades, y el investigador conocía muy bien el tema, planteando por tanto las preguntas adecuadas, y sabiendo cómo usar los datos ofrecidos, así que conseguía resultados muy valiosos.

La investigación fue dirigida por Gabriel Cardona, militar antifranquista que cambió las salas de banderas por las aulas. Por desgracia Cardona no abandonó las pautas tradicionales de la historiografía académica española, que si se ocupan de temas militares es tan solo en los aspectos que tienen relación con el pretorianismo. Sus breves artículos sobre la DA no aportan ni tan solo un detalle de interés (Cardona, 1991 y 2004). Su epígono, José Antonio Losada, tampoco ha sabido escribir sobre la DA nada más que generalidades (Losada, 2006-a y b), y en su muy reciente libro *Historia de las guerras de España. De la conquista de Granada a la guerra de Irak* —publicado en 2015— evidencia que hace mucho que no lee nada sobre la DA, y sigue anclado en tópicos que las investigaciones sobre la DA han dejado obsoletos hace mucho tiempo.

Al menos Cardona se atrevió a patrocinar los trabajos académicos de Bosque y, más adelante, de Moreno.

Pero volvamos a 1989. Ese mismo año, Ramón Salas Larrazábal, un general que había servido en Rusia con la 1.<sup>a</sup> Escuadrilla Azul y se había convertido en historiador de prestigio, publicó un muy interesante ensayo sobre la DA en *Espacio, Tiempo y Forma*, la publicación de la UNED (Salas, 1989). Su excelente nivel explica que el mismo texto apareciese al año siguiente, ahora en francés, en *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*, órgano del Institut d'Histoire des Conflits Contemporains de la Fondation pour les Etudes de Défense Nationale.

Si Ramón Salas y Alfredo Bosque fueron precursores, en el año 1991, y con motivo del 50.<sup>o</sup> Aniversario, además de varios textos de veteranos, aparecieron obras que pudieron hacer llegar al público la historia de la DA de manera más accesible. El prolífico autor divisionario Vadillo escribió una obra de síntesis, citada en el capítulo anterior. La revista *Defensa*, que llegaba a todos los kioscos de España, le dedicó un ambicioso monográfico (*Los cincuenta años de la División Azul*). Y Francisco Torres publicó *La División Azul, 50 Años después* (Torres García, 1991-a) que, por comparación con otros trabajos posteriores de este autor, es un trabajo de síntesis, más que de investigación. Los trabajos historiográficos de autores españoles seguían siendo escasos, pero el tema de la DA empezó a estar presente en congresos, cursos de verano, etc. (Fernández Vargas, 1993; Torres García, 1993; Ibáñez Hernández, 1996 y 1997). También alguna publicación histórica académica dedicó espacio al tema, como hizo en 1998 *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, que le consagró un volumen cuasi-monográfico (Caballero, Escuadra, Ibáñez Hernández, Recio y Vidosa, 1998).

Uno de los autores que habían colaborado en ese número de *Aportes*, Recio, fue el editor de otro importante texto aparecido el año siguiente, que tenía la originalidad de abordar en un único volumen tanto la historia de la DA como la de quienes combatieron en el Ejército Rojo: *Espanoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este* (Recio editor, 1999), con trabajos del mismo Recio (sobre la DA en su conjunto), y otros especializados sobre la presencia de españoles en la Wehrmacht (Caballero, Escuadra, Esquiroz, González Pinilla y Moreno Juliá, 1999) y en el Ejército Rojo (Flores, 1999).

En los años que marcaron el cambio de siglo y de milenio estaban apareciendo con regularidad libros de testimonios de divisionarios, y también artículos y libros de autores especializados en un aspecto concreto, pero que el público estaba demandando a los historiadores españoles un estudio global sobre la DA lo demuestra el éxito que alcanzó *La División Azul*, de Xavier Moreno (2004-a), un libro que tuvo varias ediciones en un breve plazo, y que era la versión editorial de su tesis doctoral, de 2003. Puesto que el autor no era conocido por libros anteriores, cabe intuir que el éxito alcanzado tuvo que ver con el tema en sí mismo, que atrajo inicialmente al lector, junto a la buena urdimbre del libro, claro está, lo que explica el eco que tuvo. La obra da una visión global sobre los distintos aspectos de la historia de la DA (su papel en la política nacional e internacional, su organización, sus combates, temas económicos, etc.) y ha sido traducida al inglés y al polaco. Sin embargo, también es cierto que Moreno es mucho más solvente en temas de historia diplomática que en otros aspectos de la DA, como se demuestra por otros libros y artículos donde es esa la perspectiva que desarrolla (Moreno, 2003, 2004-b, 2006, 2007, 2012-b, 2016). Las tesis básicas por él sostenidas en su libro las ha repetido en artículos en revistas históricas y capítulos de obras colectivas (Moreno, 2010-a, b y c; 2012-a). Son menos

frecuentes sus aportaciones en aspectos concretos (Moreno, 2009 y 2012-c), y entre las más interesantes están las dedicadas al tema del arraigo de la DA en Cataluña (Moreno, 1994 y 2011) y otras que se verán más adelante.

Junto a estos artículos en español, ha publicado otros en inglés, polaco, alemán y ruso. Su aportación más reciente ha sido la de tratar el caso de España en una obra colectiva sobre los combatientes no alemanes que lucharon contra el Ejército Rojo (Moreno, 2018). Estamos, por tanto, ante un autor clave en cuanto a la imagen que de la DA puede obtener el público español, e incluso el internacional. Su afán de ecuanimidad y tono sosegado le hacen un autor aceptable para un amplio espectro de lectores. Pero también hay que subrayar algún déficit en su obra. El más notorio es su poco interés en la historia militar, en el sentido estricto de esta palabra (acciones militares, organización, armamento). Y ello le ha llevado a aceptar como verdades lo que le han transmitido algunas fuentes, incluyendo veteranos de la unidad, y que en realidad no eran más que rumores. Me refiero a afirmaciones que realiza como que la asistencia sanitaria a los voluntarios era muy deficiente, a que en momentos decisivos tuvo un apoyo artillero muy escaso, o a que los alemanes usaban a la DA como carne de cañón. Estudios especializados demuestran que todas esas ideas son por completo erróneas, aunque Moreno las haya recogido de buena fe, entre otras razones porque eran tópicos muy repetidos por los mismos divisionarios. Esas valoraciones equivocadas acaban ofreciendo una imagen negativa, si no de los divisionarios, sí de sus mandos y aún más de los políticos españoles de la época, que —según el análisis del autor— los condujeron a un sacrificio inútil. Moreno se une así a lo que parece ser la línea maestra de la historiografía de izquierdas en España: la que sostiene algo así como una culpabilidad universal de Franco: en este caso, culpable de haber enviado a Rusia a la DA, de no atender a sus hombres debidamente, ni en la campaña ni a su regreso, etc.

El libro de Moreno vino a confirmar lo que ya se vislumbraba: la DA se iba a convertir en un tema relativamente importante en el debate histórico en España, en el que durante décadas había estado ausente. Allende nuestras fronteras, una historiadora francesa levantó acta del hecho con un estudio presentado en la Sorbona: *La División Azul. ¿Por qué ha vuelto un objeto de investigación?* (Rouppert, 2006). Y militares españoles que realizaban cursos de Estado Mayor en instituciones extranjeras se sacudían complejos y exponían el tema de la DA ante colegas de otros países, algo inimaginable antes, como hizo Juan Carlos Escalonilla con su trabajo *The Spanish Blue Division* (Escalonilla, 2005). Y esto nos conduce hasta un aspecto muy concreto: cómo se ha analizado la DA fuera de España.

ESTUDIOS EN LENGUAS EXTRANJERAS. DEL INGLÉS AL RUSO, PASANDO POR EL POLACO.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la propaganda inglesa fue la que más empeño puso en desacreditar a la DA. Desde luego la propaganda soviética la pintó con colores aún más negros, pero esa propaganda no tenía apenas incidencia en España y en realidad tampoco en el conjunto de Occidente. Por eso fue una auténtica revelación cuando —en 1964— un influyente analista estratégico e historiador militar británico, Edgar O’Ballance publicó en una muy prestigiosa publicación militar de su país, *The Royal United Service Institution Journal*, el artículo «The

Spanish Blue Division in the Second World War». Era tan elogioso que al cabo de poco tiempo se tradujo al español y se le dio el máximo de difusión en nuestro país (O'Ballance, 1965).

La siguiente gran aportación en inglés fue de Proctor, un militar norteamericano destinado en las bases aéreas de su país en suelo español, cuyo estudio sobre la DA se enmarcó en el trasfondo de la difícil neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial. *Agonía de un neutral. Las relaciones hispanoalemanas durante la Segunda Guerra Mundial y la División Azul*, que así se llamó el libro (Proctor, 1972) tuvo dos singularidades: se editó antes en español que en inglés, y quien lo lanzó en España fue la Editora Nacional, dado que se consideró una obra muy favorable al régimen. Fue el único caso en que esta editora institucional tuvo a bien ocuparse de la DA. Proctor, cuyo destino en España se debía a la colaboración militar hispano-norteamericana contra la URSS, no podía sino sentir simpatía por los españoles que décadas antes ya se habían enfrentado al comunismo. De hecho, fue recibido en audiencia por Franco, a quien regaló su libro. Eso no lo descalifica en cuanto a la calidad de su contenido, desde luego, como demuestra su colaboración en prestigiosas publicaciones académicas históricas de fuera de España (Proctor, 1991).

El creciente interés del mundo anglófono en el tema se evidenció con los artículos de Krammer (1973) y sobre todo los de la pareja formada por el germanista Gerald R. Kleinfeld y el hispanista Lewis A. Tams, un estupendo tándem de historiadores de la Universidad de Arizona (Kleinfeld, Tams, 1973, 1977). Aunque a un nivel muy modesto, hay que citar también el libro de un cubano fanáticamente anticomunista y exiliado en Estados Unidos, que admiraba a los divisionarios españoles: *Spanish Soldiers in Russia* (Roig, 1976). Pero sería la aparición en 1979 de la obra de los ya citados profesores de Arizona, *Hitler's Spanish Legion*, la que marcó un antes y un después. Por desgracia en España la edición de una traducción de esta obra imprescindible se demoró mucho tiempo (Kleinfeld, Tams, 1983) y la lanzó un sello con poca difusión. Una de las grandes novedades de la obra fue que combinaba el uso de archivos españoles y alemanes, así como el haber accedido a material en ruso, y esas dos últimas fuentes estaban virtualmente inéditas en España. El libro es una obra ecuaníme y equilibrada, además de tener una absoluta solvencia académica. A escala internacional es, sin duda, la obra sobre la DA que ha tenido más aceptación. Es una obra que —además— ha mantenido su valor pese a los muchos años transcurridos desde su aparición.

Otro libro en lengua inglesa, lleno de admiración por la DA, fue el del inglés John Scurr: *Germany's Spanish Volunteers, 1941-1945. The Blue Division in Russia* (Scurr, 1980-a). Lo publicó en un famoso sello británico, Osprey Publishing, editor de centenares de pequeñas monografías que sirven de introducción a otros tantos temas de historia militar, y que tiene una distribución de alcance mundial. También le dedicó un artículo en prensa especializada (Scurr, 1980-b). Como del libro se han lanzado sucesivas reediciones, y se han hecho traducciones a otros idiomas (incluido el ruso), es muy posible que Scurr sea el autor que más libros haya vendido sobre este tema. Su admiración por la DA se debe a que él mismo tuvo que luchar contra el comunismo, en su caso contra las guerrillas malayas de esa ideología. Osprey también editó un texto sobre la DA de mi autoría (Caballero, 2009-a), centrado en describir el perfil típico de los combatientes divisionarios. En general los libros que en lengua inglesa tratan sobre la DA tienen sobre ella una perspectiva que la izquierda historiográfica española tacha de poco crítica.

Con su libro *The Patriotic Traitors*, de 1972, el británico Littlejohn inició la que iba a ser una nueva línea de investigaciones: los estudios comparativos sobre los voluntarios de distintas nacionalidades que sirvieron en el seno de la Wehrmacht alemana en la Segunda Guerra Mundial, un tema sobre el que durante mucho tiempo no se había querido hablar, ya que contradecía la consolidada imagen de que todos los pueblos de Europa habían sido unánimes en su oposición al Tercer Reich. No estudió la DA en esa obra, pero sí en su enciclopédico libro *Foreign Legions of the Third Reich* (Littlejohn, 1981), aunque tampoco en esta le dedicó muchas páginas. Mucha más atención se les prestó a los españoles en la obra del norteamericano Ready, *The Forgotten Axis* (Ready, 1987). El mismo marco temático internacional era el usado por Estes en su *A European Anabasis* (Estes, 2003). Por comparación con otros textos en inglés, este era muy crítico con la DA. Por eso, la izquierda historiográfica española lo aplaudió, sin importarle que el autor fuera un oficial de los marines norteamericanos reciclado en historiador. De todos estos estudios en inglés donde se habla de la DA en el marco del llamado «movimiento de voluntarios europeos», por desgracia el único vertido al español es el más pobre en calidad: *Mercenarios de Hitler* (Ailsby, 2006).

Han seguido apareciendo nuevos títulos, con amplias referencias a la DA, como los firmados por Wayne Bowen. Su libro *Spaniards and Nazi Germany* (Bowen, 2000), sin dedicarse monográficamente a la DA, la estudia en el contexto de la fascinación que en muchos españoles produjo la idea de estar colaborando en la creación de un Nuevo Orden en Europa, que debía haber sido más justo en lo social y también a la hora de asignar esferas de poder a las naciones. Bowen también es autor de otros textos donde, por ejemplo, ha analizado específicamente el papel de los voluntarios españoles de la DA (Bowen, 2007), ha subrayado su defensa de civiles judíos (Bowen, 1998), o ha estudiado la participación de combatientes españoles en las Fuerzas Armadas Alemanas tras la retirada de la Legión Azul (Bowen, 2001).

Más convencional en sus perspectivas es Lepeley, que en línea con la obra de Proctor, ve la DA en clave puramente anticomunista, en su tesis presentada en Estados Unidos titulada *The Spanish Blue Division* (Lepeley, 2006). Por el contrario, la tesis del irlandés Hall, *For a Better Spain and a Fairer Europe: a Re-Examination of the Spanish Blue Division in its social, Cultural and Political Context, 1941-2005* (Hall, 2005) es innovadora, e incorpora temas no tratados por la historiografía en lengua inglesa (el papel de la prensa divisionaria, las Hermandades de la DA, etc.). Pese a que el autor llevó sus indagaciones hasta las obras aparecidas en 2005, en algunos aspectos su tesis ha quedado superada, ante la gran cantidad de bibliografía aparecida en España desde entonces (por ejemplo, en su análisis sobre la sanidad militar en la DA).

En el mundo anglófono existen numerosas revistas dedicadas a la temática histórica militar. Sin ser un tema cotidiano, sí que podemos constatar que de manera recurrente aparecen en ellas artículos dedicados a la DA y con fines divulgativos, lo que sugiere que se mantiene el interés del público por este tema (por ejemplo: Fecurka, 1994; Tucker-Jones, 2005; Romero, 2010; Osborn, 2015).

Por comparación con lo escrito en inglés, en alemán lo que encontramos sobre la DA es poco valioso y nada abundante. Hay razones culturales que lo explican: el español no es una lengua muy cultivada en Alemania (ni tampoco al revés, y por ello de alguna de las obras que citaré daré su

versión en inglés o en español). La traducción al alemán de obras «clásicas» como las del general Esteban-Infantes y la de Luca de Tena-Palacios no compensó estas deficiencias.

Un oficial alemán que combatió en el Grupo de Ejércitos Norte y llegó a ver en acción a los españoles, y tras la guerra se convirtió en prolífico historiador militar, Haupt, dedicó a sus antiguos camaradas de armas españoles un pequeño libro donde narraba la famosa acción de los esquiadores en el lago Ilmen. Apareció en alemán en 1960 y fue traducido al español: *La División Azul. La epopeya del Ilmen* (Haupt, 1962). Y recogió la presencia de españoles en la agónica batalla de Berlín, en una obra que también se tradujo al español (Haupt, 1964). De hecho este autor estaba muy bien informado sobre la bibliografía española respecto a la DA (Haupt, 1960). En la obra que Haupt consagró al Grupo de Ejércitos Norte los españoles eran también evocados de manera muy positiva (Haupt, 1997). También, el principal libro dedicado al frente del Vóljov por un autor alemán centra su atención en los voluntarios españoles (Pohlmann, 1983).

Otro veterano del Ejército Alemán reconvertido en historiador, Carell, tuvo mucho más éxito con sus obras, traducidas a multitud de idiomas y entre ellos al español. En las dos que ha dedicado a la historia del Frente del Este en su conjunto (*Operación Barbarroja y Tierra calcinada*) cita a los españoles, no solo elogiosamente, sino también con bastante extensión, si recordamos que —después de todo— los españoles eran solo una división en un frente donde actuaban centenares de ellas (Carell, 1964 y 1970). Los textos de Haupt y Carell demuestran que la DA dejó un excelente recuerdo entre los soldados alemanes del Frente del Este. La historia oficial de la unidad con la que más tiempo convivieron los españoles, la 126.<sup>a</sup> División de Infantería, es igualmente muy afectuosa para con sus camaradas españoles (Braake, 1985). Las publicaciones que actuaban como portavoces de los veteranos alemanes también han dejado claro el respeto que les merece la DA (Strassner, 1971; Hildebrandt, 2000).

Es la misma impresión que se saca de una serie de textos de editoriales que se dedicaban a publicar pequeños folletos narrando hechos de armas protagonizados por las tropas alemanas, donde la DA fue el tema en varias ocasiones. Además del librito de Haupt sobre los esquiadores del Ilmen ya citado, aparecieron: otra obra sobre el mismo tema de distinto autor (Nemis, 1963); una sobre las escuadrillas azules (Nemis, s/f-a); biografías de Muñoz Grandes (Bergk, 1963) y Esteban-Infantes (Nemis, s/f-b); y otra obra sobre la Legión Azul (Nemis, s/f-c). Ninguno de estos textos tiene otro valor que el de demostrar la buena imagen que los soldados de la DA dejaron en Alemania.

Existen varias obras de autores alemanes sobre el «movimiento de voluntarios europeos contra el comunismo», y lo que sorprende es que en prácticamente todas ellas el espacio dedicado a la DA está muy por debajo de su importancia histórica objetiva. Me refiero a que hablan con más extensión de contingentes de voluntarios que en realidad eran mucho más pequeños que el de los españoles. La barrera lingüística entre el español y alemán ha generado esta extraña situación, que vemos reflejada en numerosos textos (Gosztony, 1980 y 1981; Förster, Ueberschar, 1998; Seidler, 2004; Müller, 2007). Es revelador que el texto que más manejan todos estos autores sea la obra de Klienfeld y Tambs, y en cambio no citen autores españoles. La honrosísima excepción es el trabajo de Hans Neulen, que se molestó en usar fuentes españolas, incluyendo cuestionarios a los veteranos españoles de Rusia, y ha tratado el tema con la debida extensión en dos de sus libros, centrándose en uno en la DA (Neulen, 1985) y en otro en las Escuadrillas Azules (Neulen, 1998).

El libro de autor alemán más citado en las obras globales sobre la DA es *Franco, Falange y el Tercer Reich* (Rühl, 1986), aunque su traducción al español sea pésima. La razón del interés que despertó fue su narración de las maniobras político-diplomáticas que se desarrollaron en torno a la DA por parte alemana. Dada la poca atención que —en definitiva— el tema de la DA merece entre los historiadores alemanes, no es extraño que la única monografía escrita en ese idioma sobre ella (*Botschafter in der Hölle. Idee und Schicksal der Blauen Division*) sea debida a un español nacionalizado austriaco (Redondo, 2008).

Visto el caso de Alemania, no sorprende que la DA haya recibido también poca atención en Italia y Francia. Aunque también es cierto que esta tiende a aumentar. En el primer país, Afiero, un autor especializado en la presencia de voluntarios extranjeros en las Fuerzas Armadas Alemanas, se ocupó de los españoles en sus obras *I Volontari stranieri di Hitler* (Afiero, 2001) y *La Crociata contro il Bolscevismo* (Afiero, 2004). Ya hay un autor italiano que ha consagrado un libro monográfico a los voluntarios españoles: *Division Azul, Volontari Spagnoli sul fronte dell'est* (Franzo, 2005); y también es significativo del nivel alcanzado por los autores italianos el que artículos de Afiero sobre la DA hayan sido traducidos al español (Afiero, 2016). De la amplia producción bibliográfica española sobre la DA se han traducido al italiano el libro de Luca de Tena-Palacios y el *División 250* de Tomás Salvador. Pero lo que aparece en revistas italianas de temática militar es mucho menos que lo que aparece en inglés o francés (por ejemplo, Aloia, 1995; Franzo, 2009).

Finalmente la única aportación italiana de relieve a la historia de los españoles que combatieron al comunismo en la Segunda Guerra Mundial ha sido una que afectaba directamente al país transalpino: un libro que describía los combates antipartisanos en los confines italo-eslovenos, donde hubo presencia de una compañía SS española: *Karstjäger* (Corbatti, Nava, 2009), arrojando luz sobre el capítulo menos conocido de la participación española en la Segunda Guerra Mundial. Que en Italia hay público interesado en el tema de la DA me consta personalmente, por haber tenido que atender peticiones de editores de ese país (Caballero, 2011-c).

En el caso francés, Duprat situó a la División Azul como uno de los capítulos españoles (el otro era la Guerra Civil española) en un libro de ambicioso propósito: *La Croisade Antibolchevique* (Duprat, 1974), donde pretendía ofrecer una síntesis de todas las batallas contra el comunismo, empezando por la Guerra Civil rusa. Un veterano de la Legión de Voluntarios Franceses contra el Comunismo, el equivalente francés de la DA, Augier, que tras la Segunda Guerra se consagró como escritor de relativo éxito con el pseudónimo que le hizo famoso, «Saint Loup», se ocupó también del tema. Además de sobre los voluntarios franceses en el Frente del Este, escribió sobre los de otras nacionalidades, y le dedicó a la DA un libro que fue traducido al español (Saint Loup, 1980), pero también al portugués, dato este relevante ya que no me consta que haya habido ninguna obra de autor español sobre la DA vertida al idioma del país vecino.

Francia es un país donde se publica muchísimo sobre la Segunda Guerra Mundial y quien siga con atención esta publicística puede observar que la DA es tratada cada vez con más extensión y calidad de contenidos. En la última obra dedicada en francés al estudio del «movimiento de voluntarios europeos», *Les Légions Maudites*, los españoles son de los que más espacio reciben (VV. AA, 2013). Un historiador militar francés tan reputado como Lannoy ha escrito sobre ella con admiración (Lannoy, 1996, 2001). Otro importante historiador militar

francés, Philippe Richardot, con una amplia obra publicada, en su libro *Hitler, ses généraux et ses armées*, relativamente reciente, ya que es de 2008, dedicó un capítulo a las formaciones de voluntarios extranjeros que combatieron junto a los alemanes. En él, la DA era la que ocupaba el segundo lugar por extensión del espacio que se le dedicaba (el mayor espacio era el dedicado a las formaciones de voluntarios franceses), lo que supuso una novedad, ya que en otros libros en que se había analizado este tema apenas se había hablado de ella. Los artículos sobre la DA que regularmente aparecen en francés en la prensa especializada en temática militar testimonian el interés existente en el país vecino (por ejemplo Laurent, 2007; Toupin, 2011; Bernal, 2013; Sanguedolce, 2016).

También merece reseñarse, en el capítulo de Bélgica, una obra dedicada a la Legión Valona de Léon Degrelle. Hacía tiempo que se sabía que en esa unidad estuvieron encuadrados voluntarios españoles. Dos autores de esa nacionalidad supieron esclarecer ese sorprendente capítulo (Bruyne, Rikmenspoel, 2004).

Por comparación con los casos de Alemania o Francia, sorprende a primera vista el interés que la DA despertó en Polonia. El libro de Moreno se tradujo al polaco en 2009 y también el de Agustí del que se hablará más adelante, y ha habido autores polacos que han escrito libros sobre el tema de la por ellos llamada *Blekitna Dywizja*: Muszyński (2002) y Zubiński, (2016). También han aparecido artículos sobre los voluntarios españoles en revistas históricas (Gawęda, 2005; Muszyński, 2012) y alguno es especialmente valioso, como el de un anciano polaco que recordaba con simpatía y agradecimiento el paso de los voluntarios españoles por Suwalki, a los que admiraba como combatientes contra el comunismo, artículo publicado hace poco en español (Dariusz, 2018). Sin la menor duda es ese factor, el anticomunismo militante de la DA, el que la hace simpática a ojos de los polacos, un pueblo que ha destacado por sus convicciones anticomunistas, y los que son más extremistas en este aspecto aplauden abiertamente a la DA (Busse, 2017). Historiadores polacos con un perfil más académico no dudan en señalar que el sesgo decisivo en la política exterior de Franco durante la Segunda Guerra Mundial siempre fue el anticomunismo (Kaczorowski, 2018). El carácter no menos militantemente católico de los españoles de la DA les hacía mucho más atractivos que otras formaciones de voluntarios extranjeros. Si hablo por mi experiencia, cuando se me pidió un artículo sobre la DA desde Polonia, se me preguntó explícitamente por si se podía establecer la relación entre la persecución comunista a los católicos españoles y el origen de la DA (Caballero, 2017-c).

Si el sorprendente nivel de interés de los polacos en el tema obliga a dar alguna explicación, en cambio que la DA despertara interés en Rusia es lógico, dado que la unidad española hizo la guerra contra ella. Pero en la URSS la publicación de las obras sobre la Segunda Guerra Mundial (incluyendo las de memorias de veteranos de la oficialmente conocida como Gran Guerra Patriótica) estaba sometida a un estricto control, así que en realidad las referencias a ella eran mínimas. Todas las editoriales eran propiedad del Estado, y el Partido Comunista controlaba estrechamente toda actividad de tipo cultural. No había margen para la sorpresa en cuanto a lo que dijeran los autores rusos.

Mientras la guerra estuvo en curso, el célebre propagandista comunista Ilya Ehrenburg, convertido en una de las estrellas del periódico oficial del Ejército Rojo, dedicó artículos a la DA, con el tono que fácilmente podemos imaginar y del que he ofrecido algunos ejemplos. Ehrenburg había sido un encendido apologista de la España republicana y frentepopulista (como

demuestran sus libros *España, república de trabajadores, ¡No pasarán!* y *Guadalajara, una derrota del fascismo*), luego la fobia que le producía la DA era absoluta. Sus artículos no tuvieron difusión alguna en España, claro está, pero sí se dieron a conocer en español, en Hispanoamérica. En Chile, por ejemplo, los editaba regularmente la prensa del Partido Comunista chileno. En México fueron recopilados en un grueso volumen en 1943, bajo el título *Muerte al invasor. Crónicas de guerra*, por una editorial comunista local. Pero desde luego era un autor amplísimamente difundido en ruso y la imagen que se dio a conocer en la URSS de la DA fue la creada por Ehrenburg. Acabada la guerra, aparecieron referencias a la DA en las obras de algunos altos oficiales que estuvieron al mando de sectores donde operaron los españoles (Fedyuninsky y Meretskov, por ejemplo), que estaban redactadas de acuerdo con los cánones condenatorios oficiales.

Una visión diametralmente opuesta sobre ella fue la que dio un ruso del exilio, Vladimir Rudinskiy. Dada su condición de lingüista conocedor del español, este ciudadano soviético que se mostró dispuesto a colaborar con los alemanes, fue destinado por estos a la DA como traductor. Con el avance del Ejército Rojo, escapó hacia Alemania y acabó en Argentina. Y allí, en una revista del exilio ruso, publicó en 1952 —en ruso— su texto *Con los españoles en el cerco de Leningrado*, lleno de admiración hacia los voluntarios españoles, a quienes comparaba muy positivamente con los alemanes en su relación con los rusos, ya que habían llegado a su país con ánimo de liberarlos del yugo comunista. Desde hace poco este texto es conocido en España (Rudinskiy, 2015).

El hispanismo académico ruso fue el primer ámbito desde donde se intentó hacer una aproximación historiográfica al tema de la presencia de los españoles en el Frente del Este, con los trabajos de la maestra indiscutible de ese hispanismo, Svetlana Petrovna Pozhárskaya, del Instituto de la Historia Universal de la Academia de Ciencias de la URSS. Fruto de su interés fue un artículo cuyo título traducido es *La División Azul en el frente soviético-germano (1941-1943)* (Pozhárskaya, 1969). Su trabajo se basó en archivos militares rusos, que incluían básicamente interrogatorios a prisioneros y desertores, y aunque llegó a la conclusión de que tales declaraciones eran una fuente de información poco fidedigna, en realidad formuló sobre ellas su versión de los hechos. Por desgracia, Pozhárskaya no tenía acceso a fuentes españolas, así que su texto —por otra parte interesante— contiene errores de bulto. Durante años, este artículo fue la única aportación rusa al tema de la DA, y de hecho fue reeditado en otro formato en 2005.

En 1990 la revista española *Defensa* publicaba otro texto de autor ruso, un militar que había estado en los servicios de propaganda con los que se trataba de minar la moral de los miembros de la DA. El director de esa revista, uno de nuestros mejores periodistas internacionales, Vicente Talón, consiguió en una visita a Rusia que Yuri Basistov le facilitara copia de su texto «El fracaso de la “Campaña del Este” de Franco». El artículo fue editado en español, con otro título (Basistov, 1990), pero que yo sepa, no apareció en ruso. El autor parece haberse creído los argumentos que usó en la guerra, y su texto en realidad solo sirve para comprender cómo trabajaban los propagandistas del Ejército Rojo. Otro texto ruso traducido al español fue un artículo donde se hacía referencia a «informes secretos» que «desvelaban la odisea» de la DA (Bordiugov, Ilinski, 1993). Como suele ocurrir en los artículos históricos en la prensa diaria, era efectista pero irrelevante. Curiosamente, entre sus fuentes usaba un diario capturado a un español

caído en combate, el del alférez García-Mercadal, que ya había empleado en sus artículos contra la DA el citado Ehrenburg.

Desde el final del comunismo se publicaron bastantes trabajos en Rusia sobre el tema de los prisioneros capturados por el Ejército Rojo y sus vivencias en los campos soviéticos. En varios de ellos aparecían referencias aisladas a los españoles. Pero serían dos autores los que harían aportaciones relevantes. Elpatievskij, un historiador-archivista, había estudiado a los españoles del exilio en la URSS (de hecho en España se publicó en el 2008 su texto *La emigración española en la URSS. Historiografía y fuentes. Intento de interpretación*, con alguna referencia marginal a la DA) y finalmente decidió dedicar también su atención a los divisionarios cautivos, con un artículo que, traducido, llevaba el título «Los españoles prisioneros de guerra e internados en la URSS», aparecido en una revista rusa de archivística en el 2002. Tras su muerte, el conjunto de textos de Elpatievskij sobre la DA y sus prisioneros en Rusia fue publicado por sus descendientes (Elpatievskij, 2015).

En 2002, apareció un volumen editado por N. A. Lomágin, cuyo título —traducido— era *El bloqueo desconocido*, con textos y documentos referidos al asedio de Leningrado. Uno de los más sorprendentes era el diario de Lidia T. Ósipova, una rusa colaboracionista, que había partido al exilio con la derrota alemana; el texto era desconocido en su país, y se había conservado en un archivo norteamericano. Ósipova había tenido ocasión de tratar con los voluntarios de la DA y aunque critica a los españoles por su carácter informal y contradictorio, a la vez y sin ningún género de dudas subrayaba su trato muy humanitario para con la población civil rusa, algo que les diferenciaba netamente de los germanos, y que llevaba a enfrentamientos directos y cotidianos entre soldados españoles y alemanes, que la autora describe muy vivamente. El texto está en varias páginas de Internet, en traducciones más o menos aceptables, y el lector lo puede consultar con solo teclear el nombre de la autora.

Finalmente el autor ruso que está estudiando con más profundidad el tema de los voluntarios españoles es Borís Kovalev, profesor de la Universidad de Nóvgorod, una ciudad que guarda memoria del paso de los españoles de la DA. En la publicación de su universidad empezó a publicar trabajos como (y traduzco los títulos) «Los soldados españoles en la tierra de Nóvgorod», en 2008; «Los prisioneros de guerra españoles en el campamento de Borovichí», en 2009; «Al servicio de Franco, Guerrilleros españoles en los campos de Rusia», «Las Actas de la Comisión Estatal Extraordinaria sobre crímenes de guerra de la División Azul», «Los españoles de la División Azul y la población judía en el noroeste de la URSS» —los cuatro, de 2013—; y finalmente recopiló estos ensayos y añadió otros en el libro cuyo título, traducido, es el de *Voluntarios en una guerra ajena. Ensayos sobre la historia de la División Azul* (Kovalev, 2014).

Pese a que Kovalev supera y con mucho las limitadas perspectivas con las que trabajaron Pozhárskaya y Elpatievskij, su manejo de fuentes españolas sigue siendo limitado. Pondré un ejemplo: en su artículo sobre las Actas de la Comisión Estatal Extraordinaria sobre Crímenes de Guerra, en el apartado que esta comisión dedicó a la División Azul, señala que en estas actas se acusó como criminal de guerra al general Muñoz Grandes (algo que ya podíamos suponer), pero también a un oficial cuyo nombre da. Si Kovalev hubiera investigado en archivos españoles hubiera verificado que el citado oficial sencillamente no existió. Fue un invento de la citada Comisión Estatal Extraordinaria. Aun con estas limitaciones, la obra de Kovalev tiene, sin

embargo, un mérito indudable: recordarnos la importancia de las fuentes rusas para lograr un cuadro completo de la historia de la DA.

En Rusia, como en otras partes de Europa, han aparecido libros donde se estudian las formaciones de voluntarios anticomunistas que lucharon en el Frente del Este (Drobyazko, Roman'ko, Semenov, 2011) y este último, Semenov se ha encargado en él —entre otros— del caso de España. Semenov también ha publicado artículos como (de nuevo traduzco el título) «La División Azul en el Frente del Este» en revistas rusas de historia militar (Semenov, 2005) y otros en los que estudia el papel de los exiliados «rusos blancos» en la Guerra Civil española, muchos de los cuales siguieron esa lucha en la DA.

Desde el artículo de Pozhárskaya a la actualidad, es evidente que el conocimiento que en Rusia se tiene sobre la DA ha ganado en profundidad. Pero no es menos cierto que subsisten dos problemas. Uno es de perspectiva histórica. Para Rusia, la «Gran Guerra Patriótica» es un mito, un icono, bastante más que un simple hecho histórico. En un torturado siglo XX que registra hechos tan ominosos para Rusia como la humillación ante Japón en 1905, la derrota en la Primera Guerra Mundial, las brutales dictaduras de Lenin y Stalin y la implosión final de la Unión Soviética, solo hay un episodio del cual sentirse orgullosos como nación: la derrota de la Alemania nazi, un triunfo indiscutible de Rusia (por mucho que el Hollywood norteamericano pretenda que el protagonista fue Estados Unidos). Por ello cualquier crítica a la versión oficial de la Gran Guerra Patriótica es incluso punible por una ley dictada al efecto. Y en esa visión institucionalizada, respecto a la DA, en tanto que parte de las fuerzas invasoras, solo cabe una valoración negativa. Sugerir que la DA llegó con un propósito liberador a día de hoy es algo que podría llevar a quien lo dijera ante los tribunales.

Otro problema para los autores rusos es la dificultad para captar las interioridades de la DA. Pondré un ejemplo. En su libro, el profesor Kovalev reproduce una viñeta extraída de la *Hoja de Campaña* de la DA, que muestra a un voluntario español que se dirige hacia un tren para ser repatriado, llevando una vaca del ronzal. Bajo la viñeta, la leyenda decía: «Recuerdo de Rusia». En su forma de interpretar la viñeta, Kovalev afirma que lo que está haciendo el español es saquear las propiedades del campesinado ruso. La realidad es muy distinta (para empezar, porque es difícil imaginar a cada español llevándose una vaca desde Rusia a España). Veamos el significado real de esa imagen. A los divisionarios se les conoció al principio como «guripas», a todos. Pero pronto se acuñó un término para los de más edad, a menudo casados o con novias, de los que se burlaban sus compañeros diciendo que sin duda sus parejas les estaban «poniendo los cuernos». Como los españoles habían aprendido la palabra «karova» (vaca), inevitablemente acuñaron la palabra «karovo» para sus compañeros «cornudos». Lo curioso es que la palabra perdió pronto su connotación despectiva, y pasó a significar «veterano» (mientras que se dedicaba a los bisoños la palabra «mortadela»). Y muchos «karovos» (veteranos) soñaban con regresar a España con sus novias rusas, a las que también de manera inevitable se denominó «karovas». Cualquier veterano de la DA, al tanto de sus códigos lingüísticos internos, interpretó que el dibujante se estaba burlando de sus camaradas, obsesionados con llevarse a España a aquellas jóvenes rusas que les habían roto el corazón; pero a un ruso lo que le sugiere es que se estaba tratando de expoliar al campesinado. Hacer comprensible a los rusos lo que fue la DA es algo que exigirá muchos esfuerzos. Pero a la vez es evidente que es de diversas fuentes rusas de donde cabe esperar más «novedades» en el tema de la DA ya que, en definitiva, otras fuentes como las

españolas o las alemanas ya están ampliamente exploradas. A la hora de valorar lo que ofrecen esas fuentes habrá que tener siempre presente lo arriba apuntado sobre el significado que la Gran Guerra Patriótica tiene para los rusos, que implica que —de manera casi automática— todo lo que tenga que ver con la invasión de su país por el Tercer Reich deba tener siempre una valoración negativa.

Algo análogo llega a ocurrir con los «rusos blancos» exiliados. Cuando el presente libro inicia su camino hacia las prensas, una editorial española anunció la aparición de un texto de uno de los «rusos blancos» que sirvieron en la DA como intérpretes. Victor Kovalevski. No habiendo podido leerlo, me abstendré de cualquier valoración, pero no es el único caso de «ruso blanco» que se incorporó a la campaña contra la URSS y se decepcionó terriblemente al ver las políticas de ocupación, vertiendo su amargura contra aquellos junto a los que había luchado (en este caso los españoles, en otros los alemanes). Un testimonio, por tanto, que sin duda puede ser interesante, pero que no es más que eso, un testimonio más, a poner en relación con otros —rusos, y también españoles— de testigos de la campaña.

En la Europa Oriental, hasta hace poco bajo un conjunto de férreas dictaduras comunistas, no había mucho margen para estudios sobre la DA, y además España no es un país que despierte un interés especial. Un caso singular es el de Rumanía, que proclama con orgullo su carácter latino. Leyendo las memorias —que por fin podían ser editadas— de un oficial rumano prisionero de los soviéticos, y viendo la admiración con la que ese oficial hablaba de los prisioneros de guerra españoles, un autor rumano se sintió atraído hacia esos otros latinos que habían padecido cautiverio en Rusia, los españoles, dedicándoles toda una serie de artículos consagrados a la Divizei Albastre —nombre de la unidad en rumano— que cabe imaginar que acaben siendo editados como un libro (Gabor, 2017-2018). En Eslovenia, el hecho de que en la fase final del conflicto hubiese españoles combatiendo en su suelo, ha atraído la atención de un autor local hacia el tema de los voluntarios españoles (Kocjančič, 2016).

Este repaso al interés que despierta la DA allende nuestras fronteras no puede acabar sin citar que lo aparecido sobre ella en el conjunto de Hispanoamérica es muy poco. Un cierto número de libros de autores divisionarios se han reimpresso en Argentina. En México, la primera revista comercial especializada en temas militares le consagró un artículo ya en su primer número (Benet, 2009). Intuyo que hay más interés de lo que estos datos sugieren, y que el lector hispanoamericano interesado en el tema compra textos aparecidos en España, sin necesidad de una producción propia.

A día de hoy existe, en resumen, una apreciable cantidad de bibliografía extranjera sobre la DA. Autores norteamericanos, ingleses, irlandeses, italianos, alemanes, franceses, polacos y rusos (también algún portugués, como se verá más adelante), han escrito sobre ella. Pero indiscutiblemente es la obra de Kleinfeld y Tambs la que ha ejercido una influencia más amplia y perdurable. Y la razón no es solo que al estar redactada en inglés haya tenido más posibilidad de ser conocida internacionalmente. La calidad intrínseca de la obra de estos historiadores norteamericanos es la explicación de su éxito.

Periódicamente, y de forma especial coincidiendo con aniversarios que son cifras redondas, publicaciones de diverso cariz presentan al público el tema de la División Azul. Con motivo del 40.º aniversario de la creación de la DA aparecieron artículos como «Historias de la División Azul. La delirante Cruzada en el país del frío», en el suplemento semanal de un importante diario madrileño (Fuente, 1981) y también el titulado «La División Azul», en *Defensa*, primera revista que aparecía en el mercado comercial como *magazine* especializado en temáticas militares, aspecto este que antes era coto cerrado para publicaciones del Ejército (Caballero, 1981-a). Y con motivo del 50.º aniversario, mientras que una historiadora de izquierdas pretendía contar la historia en base a documentos comunistas en su artículo «Fuentes oficiosas sobre la División Azul en el Frente Ruso» (Eiroa, 1991), un general español, con el artículo «División 250» le consagraba uno de los rarísimos textos de la revista *Ejército* dedicado a este tema (Uxó, 1991). En el 60.º aniversario, la DA era evocada tanto en una veterana revista histórica, como *Historia y Vida*, en el artículo «La División Azul. Los españoles de Franco en la Segunda Guerra Mundial» (Capilla, 2001) como en una entonces naciente publicación especializada en temas de «militaría», en el artículo «División Azul. Prólogo de una epopeya» (Torres, 2001).

Pero como los estudios sobre la DA no dejaban de progresar, junto a tantos textos generalistas aparecían de manera creciente artículos muy especializados. El número monográfico de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea* se tituló «La División Azul, nuevas perspectivas historiográficas». Aparecido en 2006, evidenció la existencia de numerosas líneas de investigación y análisis, publicando artículos de Jorge Álvarez, Alfonso Escuadra, Rafael Ibáñez, Federico Jiménez de Cisneros, Antonio Mena, Jesús Núñez, Juan Manuel Poyato, Gregorio Torres Gallego, Francisco Torres García, y de quien suscribe (todos ellos enumerados en la bibliografía del presente libro).

Había ocasión más que sobrada para convocar un gran congreso histórico sobre el tema, y así se hizo en 2011, con motivo del 70.º aniversario de la DA. Se habló ya de él en el capítulo anterior. Al congreso asistieron historiadores extranjeros de la talla de Kleinfeld y Kovalev, y también un elevado número de historiadores españoles, pero hubo significativas ausencias, de las que se hablará en breve.

Que el conocimiento de la historia de la DA parecía haber mejorado se pudo ver en un artículo en *La Aventura de la Historia* titulado «La División Azul. Recuerdos del frente ruso» (Olmeda, 2012), pero que a la vez había autores que seguían anclados en los prejuicios más ajados también se podía comprobar, por ejemplo en «División Azul. Los españoles que lucharon con Hitler» (Ródenas, 2013), texto aparecido también en una revista de historia como es *Clio*. El debate sobre el significado histórico de la DA se repetía año tras año. El último artículo recién citado habría hecho muy buen papel junto con el titulado «Cara y cruz de la División Azul» (Romaña, 1983), igualmente aparecido en una revista especializada (*Historia y Vida*) del que le separaban treinta años. En este último citado el autor era capaz, en su afán de «desmitificar» a la DA, de hacer compatibles en su argumentación a un general franquista que despreciaba a la Falange y a un nacionalista vasco que afirmaba que el mismísimo general Muñoz Grandes acudía en persona a reclutar a la fuerza soldados para la DA en campos de concentración, sugiriendo a la vez que dado que los alemanes eran un ejército por completo motorizado, el dejar a los españoles con transporte hipomóvil era toda una muestra de la baja estima que sentían por la DA. Los más absurdos y contradictorios «argumentos» se usaban si había que erosionar el prestigio de la DA.

En cualquier caso, lo que es evidente es que hay multitud de autores que se sienten atraídos por el tema. Ironizando sobre el hecho de que los españoles, tan poco apreciados por los exponentes del racismo germanicista, y que habían llegado a describir a la DA en su marcha hacia el frente como una «caravana de gitanos», demostraran en el Frente del Este sus cualidades guerreras, un autor ha escrito no hace mucho que «Los “gitanos” demostraron que podían batirse como el mejor y se ganaron el respeto de todos los bandos en conflicto» (García de Gabiola, 2016).

#### LA «MIRADA CRÍTICA»

El mismo año 2011 en que se celebró en la Universidad CEU-San Pablo un gran congreso internacional sobre la DA, la Universidad Rovira i Virgili, de Tarragona convocó otra actividad académica, una «Jornada», bajo el lema: «La División Azul: una mirada crítica», en la que intervinieron el ya citado Xavier Moreno, y otros tres autores: José Luis Rodríguez, Jorge Martínez Reverte y Xosé Manoel Núñez. Para lograr atraer algo de público se concedían créditos a los estudiantes asistentes. Xavier Moreno había asistido al Congreso de la CEU-San Pablo, y en un lugar preferente, como ponente que encabezó una de las sesiones. Como es lógico, a nadie se le había vetado asistir a aquel congreso. Pero mientras que Moreno asistió, Rodríguez, Martínez Reverte y Núñez prefirieron no acudir a defender sus tesis sobre la DA en aquel evento. Que eludieran una ocasión como aquella de contrastar opiniones con un público tan especializado como el que asistió al Congreso de la CEU-San Pablo, que contó además con la asistencia de especialistas internacionales de la talla del norteamericano Kleinfeld y el ruso Kovalev, tenía mucho de revelador.

José Luis Rodríguez había dado a la imprenta una historia de la DA que llevaba un provocativo título: *De héroes e indeseables. La División Azul* (Rodríguez Jiménez, 2007-a). Parecía ser una nueva historia de la DA. Pero los errores históricos que sobre ella aparecían eran de tal calibre —y tan fáciles de haberse evitado, con una simple consulta a algún libro generalista sobre la DA— que resultaba desconcertante. Cualquier libro o artículo dedicado a la DA detalla la ruta que desde España condujo a Grafenwöhr a los españoles, toda ella a través de la zona de Francia ocupada por la Wehrmacht, pero para Rodríguez ese viaje se hizo a través de la «llamada Francia Libre, el territorio parcialmente no ocupado». No sé si es más grave ignorar la ruta real, o confundir la Francia no ocupada (o Francia de Vichy), gobernada por Pétain, con la Francia Libre, que era la que lideraba De Gaulle en el exilio. Tampoco hay dificultad alguna para saber cuál fue la ruta que llevó a los españoles desde Grafenwöhr al punto de partida de su larga marcha hacia el frente, pero Rodríguez se inventa una larga parada intermedia, y afirma que los miembros del contingente original de 1941 tras salir «de Grafenwöhr parten al campamento de Hoff donde la tropa recibe material de campaña complementario, prosigue la fase de entrenamiento y asiste a charlas en la que se les informa de las características del territorio que va a atravesar», una completa invención, que confunde la ruta del contingente original de la DA en 1941 con las rutinas con las que se procesaban los batallones en marcha de los años 1942 y 1943. Ni que decir tiene que para este autor las marchas a pie hasta el frente son una fórmula discriminatoria elegida por los alemanes en su desprecio a los españoles, repitiendo así un tópico tan usado como obsoleto. Y desde luego no es el único.

Si comete tales errores en temas tan perfectamente claros, ya nos podemos imaginar también cómo analiza las acciones bélicas. La defensa de Possad, por ejemplo, no respondía a la imperiosa necesidad de proteger el flanco de la penetración hacia Tijvin, sino que se debía al deseo de Muñoz Grandes de conseguir laureles para sí mismo, ya que según el autor que analizamos «ninguna necesidad militar justifica la defensa de las posiciones en la orilla oriental del río». Otro episodio donde el general español sacrifica a sus hombres es la acción del lago Ilmen, que según Rodríguez era «completamente irrelevante», pese a que como ya se expuso fue decisiva para salvar Staraia Russa. Al enjuiciar así las decisiones militares de los mandos españoles se atiene a una rancia tradición del antimilitarismo español, según la cual nuestros generales son unos incompetentes ambiciosos, que solo saben sacrificar en vano a sus soldados.

Los errores garrafales se extienden a la historia de la Escuadrilla Azul, que según afirma este autor, actuó «en el sector de Stalingrado y el Cáucaso, territorio rodeado por los mares de Azov, Negro y Caspio», unos cielos que jamás surcaron los aviones españoles. Para que no falte de nada, es capaz incluso de afirmar que el inexistente general Jürgens publicó en una orden del día de su Cuerpo de Ejército esa famosa tontería de que «si en el frente os encontráis un soldado mal afeitado, sucio, con las botas rotas y el uniforme desabrochado, cuadraos ante él, es un héroe, es un español».

Es evidente que la historia de la DA no tiene para él ningún interés, ya que de lo contrario nunca habría cometido errores tan llamativos. Y es que la razón que le llevó a escribir el libro no es otra que «demostrar» que la DA «ni era Azul, ni era de voluntarios». De hecho, esto es lo que ha pretendido argumentar en artículos donde ha sintetizado lo esencial de su libro (Rodríguez Jiménez, 2007-b y 2009). La DA habría sido según él una especie de unidad de castigo, donde se forzaba a servir a soldados que no podían eludir ese destino, y hasta a enemigos políticos del régimen. Ni que decir tiene que no puede aportar en apoyo de ello ni tan solo un documento. Que esas modalidades de reclutamiento fueran ajenas a la más simple lógica político-militar no debe parecerle digno de ser considerado, ni tampoco le lleva a ninguna reflexión el hecho, que sin embargo reconoce, de que «no existe ningún relato salido de la pluma de alguno de los muchos que fueron presionados o forzados a alistarse en sus filas», o que la cifra de desertores de la DA —que reconoce inferior a 100— tampoco refleje la validez de sus hipótesis. Toda su argumentación se basa en recurrir a los expedientes de los divisionarios tachados como «indeseables», de donde extrae datos que saca de su contexto y convierte en insidias, una especialidad del autor.

Ya señalé una de ellas en un capítulo anterior: al hablar de que al relevo de la 2.<sup>a</sup> Escuadrilla llegaron solo dos tercios de los pilotos de la 3.<sup>a</sup>, sostenía que eso se debía a que faltaban voluntarios, en vez de a que se había tomado la decisión de proceder a relevos escalonados (y omitiendo, claro está, que el tercio restante llegó semanas después). Otro ejemplo elocuente: cuando se puso en marcha el Servicio de Vigilancia, para atender el movimiento de los contingentes de miles de voluntarios que iban a Rusia o regresaban a España (los batallones en marcha y los batallones de repatriación) él lo interpreta como el fruto de la necesidad de controlar a los izquierdistas existentes en las filas divisionarias, sin tan siquiera señalar que tal servicio se desplegaba en diminutos destacamentos escalonados entre el frente y la frontera hispano-francesa, siguiendo la ruta por la que transitaban los españoles.

Los demás artículos de este profesor universitario tienen un valor análogo (Rodríguez Jiménez, 2008 y 2012). También es autor de una biografía del mítico capitán Palacios, donde se empeña en afirmar que si marchó a la DA fue por haber sido destinado a ella de manera forzosa, y otra del único oficial divisionario de los que cayeron prisioneros que se puso al servicio de los carceleros soviéticos (Rodríguez Jiménez, 2016 a y b).

El caso de Jorge Martínez Reverte es diferente pero a la vez idéntico. Hijo de divisionario, activo militante del Partido Comunista en su día, y periodista de éxito, el tema de la DA le atraía inevitablemente, aunque su incursión en el tema se reduzca a un libro que publicó con motivo del 70 aniversario, y a la conferencia que dictó en Tarragona y apareció como artículo, y que es no es sino un resumen de su libro (Martínez Reverte, 2011 y 2012). Casi con absoluta seguridad, ningún libro sobre la DA ha sido objeto de una campaña de propaganda como este, algo a lo que no es ajeno el que el autor sea un periodista de fama, y que logró que el libro apareciera en cadenas de TV, emisoras de radio, periódicos, etc.

Fue presentado como un texto de gran calado. Pero desde luego no era el caso. Un solo detalle basta ya para calibrar su contenido. Su padre era miembro de la redacción de *Arriba*, pero en la Guerra Civil había tenido que formar parte del Ejército del Frente Popular. Afirmaba Martínez Reverte que en la redacción del diario falangista madrileño, que era la cabecera de la red de prensa de Falange, aunque muchos se habían «apuntado» para la DA, después apenas fueron tres de ellos, y que «curiosamente» los tres que habían ido finalmente a Rusia habían tenido que hacer la Guerra Civil en el bando perdedor, por lo que tenían que «lavar su pasado». El absurdo de que se pudiera estar en la redacción del periódico que era el órgano de expresión nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y a la vez se debiera «lavar el pasado», una aseveración que no puede sino desconcertar. No se trataba de «lavar el pasado», sino de combatir junto a quienes se desea por motivos ideológicos y a que en la Guerra Civil había tenido que formar parte de un Ejército al que detestaba. ¿Era *Arriba* una «cueva de rojos»? Pero, además, es que tal afirmación faltaba gravemente a la verdad. ¿Quiénes se alistaron y sirvieron en la División Azul de la redacción del diario *Arriba*?

Nuestro periódico, el periódico que fundara José Antonio, fue como toda entidad falangista, como toda España. En la redacción el alistamiento fue general, desde su director de entonces, camarada Echarri. Luego, la suerte y la salud determinaron quiénes iban a formar la representación en las filas azules (...). Fueron eliminados los que aún no estaban restablecidos de sus heridas o enfermedades de la Cruzada. Después, aquellos de mayor edad o con mayores compromisos familiares, hasta dejar el número que proporcionalmente y en justicia correspondía a la redacción.

Quien esto escribe es el padre de Martínez Reverte, el periodista falangista Martínez Tessier, en el artículo «Anticomunistas sin dólares», aparecido en el mismo diario *Arriba*, el 1 de abril de 1954. En ese artículo se daba cumplida información de quiénes fueron a Rusia, y qué le pasó a cada uno de ellos. De la redacción de *Arriba*, además de él mismo, marcharon a Rusia: Vicente Gaceo del Pino (colaborador estrecho de José Antonio, caído en Rusia como miembro del Batallón I/269.º); José Caballero Palacios (caído en Rusia como miembro del Batallón III/263.º); Francisco Javier Goñi Sánchez (caído en Rusia como miembro del Batallón I/263.º); Alfonso Gallego Cortés; Joaquín de Alba Santizo (más conocido por su apodo como caricaturista, *Kin*, un hombre que evolucionaría después hacia posiciones socialdemócratas); Demetrio Castro Villacañas; Salvador López de la Torre (ganó la Cruz de Hierro, estuvo propuesto para la Medalla

Militar Individual, sirvió en Rusia durante dos periodos y se convertiría en un periodista muy reputado); Manuel Escamilla Crespo; Cecilio Jorquera Masa; Santiago Hernández Medina; Carlos Polonio Sánchez; Bonifacio López Andrés; Raimundo Sanz Fernández (ganó la Cruz de Hierro); Aurelio Sanz Bartolomé; Arturo Sola; Francisco Alba Gutiérrez; Antonio Carmena Blanco; Manuel Hernández Pacheco y Juan de Rojas Mora, que es el único del que habla Martínez Reverte, para remachar que también le había tocado luchar con las tropas frentepopulistas y debía «lavar su pasado», obviando el hecho de que en el caso de este alicantino, toda su familia era ardorosamente falangista y en la DA sirvieron también su hermano pequeño ¡y su padre! De estos veinte hombres, los cuatro que encabezan la lista murieron como consecuencia de su alistamiento (tres cayeron en Rusia —Gaceo, Caballero y Goñi— mientras que Gallego murió ya en España a consecuencia de las graves heridas recibidas). Todos los citados, menos Goñi —que estaba en los talleres— procedían de la redacción. La cifra de bajas entre los voluntarios del diario *Arriba* alcanzó un estremecedor 20 por ciento. Y toda esta era la información que Martínez Reverte ocultaba, pese a haber sido escrito por su mismo padre. ¿Ignorancia? ¿Afan deliberado de ocultar? Las dos cosas juntas, cabe temerse. Los veinte voluntarios, ya vemos, quedan reducidos a tres, y Martínez Reverte no habla ni de los que murieron ni de los que fueron condecorados por su valor. «Así se escribe la historia», diría un castizo.

Este es el tono que encontramos en toda la obra. Puede aparentar ser muy erudita, pero es solo una colección de rumores. ¿Por qué no se retiraron los españoles de Possad, donde tenían tantas bajas? Pues porque los mandos «se habían olvidado» de ellos. Y ¿quién estaba al frente de la unidad que encuadraba a los españoles al llegar al frente del Vóljov? Pues según Martínez Reverte, un general alemán condenado como criminal de guerra al acabar el conflicto, el general Von Roques. Con alguien así al mando, no es de extrañar que se enviara a una muerte inútil a tantos españoles, debe pensar el lector del libro. Falla un pequeño detalle: había dos generales Von Roques, y quien fue condenado no era Franz, el que dirigía el empleo operacional de la DA en octubre de 1941, sino su hermano, que actuaba en Ucrania, bien lejos. Y es que verificar detalles no parecía ser el fuerte de Martínez Reverte. Pero a pesar de la libertad con que dejaba volar su imaginación, siempre conviene un barniz académico, así que las notas al texto remitían al lector a dos archivos: uno era el Servicio Histórico Militar (SHM) y otro el Archivo General Militar de Ávila (AGMA). En realidad, los fondos de la DA que en su día estuvieron depositados en el SHM, acabaron siendo ubicados en el AGMA. Una de dos, o Martínez Reverte inició su investigación hace tantísimos años que aún consultó los fondos en el SHM, y cuando la reinició debió seguir sus indagaciones en el AGMA o —lo que es mucho más creíble— se limita a parasitar el trabajo de otros autores, algunos de los cuales escribieron hace muchos años, y otros más recientes y por ello emplean distintas signaturas.

Si la obsesión por alistamientos forzosos compulsivos era la peculiaridad del libro de Rodríguez Jiménez, en el caso de Martínez Reverte el énfasis se ponía en los que se vieron impulsados al alistamiento para «lavar su pasado». En cualquier caso, ninguno de ellos gozaba del aprecio de Xosé M. Núñez, que publicó su libro sobre la DA (Núñez Seixas, 2016) bastante tiempo después de aquella pequeña jornada académica en Tarragona, ya que en él no se les citaba para nada: era evidente que no contaban con su aprobación y le convenía marcar distancias frente a obras tan endeables.

La tardanza en dar a conocer su obra sorprende, porque de hecho Núñez hacía ya mucho tiempo que había dado a conocer su propósito de escribir una «historia definitiva» de la DA. A partir de un primer artículo en 2005, Núñez volvía una y otra vez sobre el tema de la DA (Núñez, 2005 a 2015) sin que pareciera decidirse a rematar la faena. Y cuando apareció esa obra «definitiva», de título absolutamente desconcertante, *Camarada Invierno*, nos encontramos con que no era una historia como tal, sino una indagación sobre la «experiencia y la memoria de la División Azul». Resumía y recopilaba en la obra lo ya avanzado en sus artículos. Porque, como había evidenciado en aquellos artículos, a Núñez no le interesa en absoluto ni la estructura de la DA, ni sus combates, ni nada similar, es decir, lo que se suele entender como historia militar. De hecho, el estudio de lo que siempre se ha entendido como «historia militar» le parece algo por completo superfluo; le interesa «el relato».

Animado por un espíritu «desmitificador» hacia la División Azul, Núñez insiste en afirmar que los divisionarios han construido un relato muy uniforme sobre su experiencia, con un claro afán exculpatorio y justificativo. Si ese «relato divisionario» del que habla existe, lo que es discutible, de lo que no cabe duda es de que no ha sido una construcción artificial, deliberada o sistematizada.

Como hemos visto, la cantidad de textos escritos por divisionarios es sorprendente, pero no lo es menos su escasa penetración en el mercado. Lanzados en su casi totalidad por pequeñas editoriales, a veces testimoniales, e incluso autoeditados, los libros de autores divisionarios aparecían de manera esporádica, y tenían poca difusión. Lo mismo cabe decir de sus artículos. De hecho, la mayoría de los divisionarios han escrito sus libros y artículos con un conocimiento escaso, y a veces nulo, de lo publicado por otros camaradas suyos. La uniformidad que pueda haber entre ellos no es fruto de ninguna «construcción de relato», sino del sencillito hecho de que la experiencia de la que partían fue muy uniforme: fueron hombres que combatieron juntos, en el mismo sector del frente, que vieron lo mismo sobre el trato alemán a los civiles de las zonas ocupadas, y que experimentaron todo ello durante un periodo de tiempo en realidad muy breve, entre octubre de 1941 y octubre de 1943. La uniformidad de la experiencia es la que explica la uniformidad del relato, y no ningún afán de otro tipo, una «elaboración» deliberada. Como cualquier grupo humano, los divisionarios tienen una cierta «memoria colectiva», que en este caso es relativamente uniforme, nada más.

Núñez se sitúa en la estela de algunos historiadores alemanes (Wette, 2007; Neitzel, Welzer, 2012), israelitas (Bartov, 2017) y norteamericanos (Rutherford, 2017), todos los cuales tienen en común estar empeñados en demostrar que la Wehrmacht fue una atroz máquina asesina. Durante décadas —se nos dice— se quiso reducir toda la culpabilidad en los crímenes de guerra a tropas como las de la SS, cuando según estos autores las tropas regulares germanas también se comportaron de manera criminal. No es este el lugar para entrar en esa discusión, aunque sí parece necesario decir que estas tesis serían mucho más aceptables si con los mismos criterios morales y éticos con que se juzga a la Wehrmacht se analizaran los comportamientos de otros muchos ejércitos y en otros muchos conflictos, porque —por ejemplo— siguen sin realizarse estudios sobre los crímenes cometidos por otros ejércitos en el marco de la Segunda Guerra Mundial, incluyendo desde luego a los del bando Aliado.

Por analogía con autores como los citados, Núñez se ha esforzado en documentar casos de crímenes cometidos por la División Azul, al menos de malos tratos, o en su defecto de

«complicidades». A la luz de lo hasta ahora publicado por él, hay que concluir que ha sido un esfuerzo poco fructífero. De ahí el empeño de Núñez por «revisar» el relato divisionario, buscando pistas sobre esas conductas, y hablando de la «elaboración de un relato divisionario» que según su peculiar visión, falsearía la realidad para ocultar esos comportamientos.

Núñez considera que solo él estudia la División Azul con el rigor académico que se atribuye al mundo universitario, y desde los parámetros de lo que llama los «debates historiográficos internacionales acerca del Frente del Este», y achaca a los demás estudiosos españoles e internacionales de la DA contemplarla como un epílogo de la Guerra Civil española. Para Núñez, los aspectos que deben ser escrutados son otros: los de una eventual participación de la División Azul en crímenes contra los judíos o la población civil, para «verificar» si fue «corresponsable, copartícipe o *bystander* de lo que era una guerra de exterminio diseñada y ejecutada por el Alto Mando de la Wehrmacht» (Núñez Seixas, 2012). Uno se pregunta si es que Núñez ha sido abducido hasta tal extremo por la escuela de historiadores alemanes en que se inspira, que pretende sugerir que la presencia de los españoles en la campaña rusa se deba a afanes de conquista territorial en el este o se explica por su deseo de participar en campañas de exterminio.

En el caso alemán, ciertamente, el régimen nazi usó el anticomunismo durante la campaña de Rusia como una excusa para enmascarar un propósito expansionista, colonial. Y en la política de ocupación, los civiles eslavos y judíos sufrieron las concepciones racistas. Pero ningún voluntario español esperaba colonizar ninguna zona de Rusia, ni existía prejuicio alguno contra los eslavos entre los miembros de la DA. En cuanto a la relación entre los miembros de la DA y las políticas de persecución antisemitas practicadas por los alemanes, a falta de poder acusar a los divisionarios de otra cosa más grave, Núñez ha acabado por calificarla como la actitud de los *bystander*, pues desde luego no ha encontrado ningún caso de implicación en hechos criminales, ni por activa ni como cómplices. Se califica como *bystander* a quien, presenciando un delito, no interviene para evitarlo.

Lo que Núñez parece no querer entender es que lo que pudieron contemplar los españoles no les podía dar pie a suponer ningún crimen a gran escala. Al parecer, según este autor, tras lo que pudieron ver en su paso por Polonia y Lituania, debían haber puesto el grito en el cielo y denunciado la situación. La verdad es que lo poco que pudieron entrever les molestó profundamente, y cuando regresaban a España no dejaban de transmitir su malestar ante aquellos hechos. Núñez insiste en que las críticas de los divisionarios a las políticas nazis con respecto a rusos y judíos son muy posteriores, y que se formularon después que fueran de público dominio los crímenes nazis. En realidad sabemos que esas críticas se exponían ya en 1942, cuando regresaron los primeros hombres que en su día habían atravesado las regiones donde había fuertes minorías judías (Caballero, 2016-b). Por otra parte, de los supervivientes judíos de esas regiones no ha podido extraer Núñez ni un solo testimonio que incrimine a los españoles de la DA.

Sorprende que a los voluntarios de la DA se les someta a esta especie de «prueba del algodón», cuando quienes sí estaban bien informados sobre lo que estaba ocurriendo con la población judía en Europa omitían hacer ninguna declaración al respecto. Timothy Snyder ha señalado:

Aunque los líderes aliados conocían bien el curso del Holocausto, ninguno de ellos actuó como si este fuera una razón para hacer la guerra o para prestar una atención especial al sufrimiento de los judíos. La cuestión judía solía ser evitada en la

propaganda. Cuando Stalin, Churchill y Roosevelt emitieron en Moscú la «Declaración sobre las atrocidades» de octubre de 1943, mencionaban entre los crímenes nazis «la ejecución sistemática de oficiales polacos», que era una alusión a Katyn, en realidad un crimen soviético, y la ejecución de «rehenes franceses, holandeses, belgas, y noruegos» y de «campesinos griegos», pero no se mencionaba a las minorías judías de cada país (Snyder, 2011).

Y sin embargo, parece que se pueda exigir a los voluntarios españoles que atravesaron en marchas forzadas zonas donde habitaban judíos, y antes de que se pusiera en marcha la llamada «Solución Final» (en la Conferencia de Wannsee, en enero de 1942), y que no conocían los idiomas de los habitantes que desarrollaran una especial clarividencia para captar lo que entonces se estaba gestando. Con respecto a los eventuales malos tratos que se pudieron causar a las poblaciones rusas, nunca hubo en ellos nada de sistemático, ni de deliberado, ni de gran escala, sino acciones individuales y ocasionales, generadas por la dureza del combate y los rigores extremos del clima.

Mal que le pese a Núñez, las razones que explican la presencia de españoles en la campaña contra el régimen comunista soviético no tienen nada que ver con su participación en una campaña genocida y —muy por el contrario— tienen una génesis muy clara: la violencia desencadenada por el Frente Popular contra sus enemigos a partir de su victoria de febrero de 1936, y más especialmente desde el estallido de la Guerra Civil; y el apoyo abierto y notorio de la URSS a este Frente Popular. Y no otras.

El problema es que esas razones concretas y evidentes, esa realidad objetiva, no le permite a Núñez inscribir el episodio de la División Azul en lo que ha definido como «política de la memoria respecto a la guerra civil», una política que a su entender debería estar basada en «articular una suerte de “consenso antifascista” capaz de servir como nuevo fundamento legitimador» (Núñez, 2006-b) a la España posfranquista. Obsérvese que Núñez no emplea ninguna falacia como la de «recuperar la memoria» o similares («rescatar del olvido», «enterrar dignamente», etc.) y no oculta que se trata de una decisión política, de imponer un cierto discurso, una línea historiográfica predeterminada e independiente de los hechos. Lo que en España debería haberse hecho desde el poder central es una «política de la memoria», algo que —como él mismo señala— han hecho los separatistas, o como él dice, «los nacionalismos sin Estado, que sí han cultivado la memoria de su derrota colectiva en la guerra civil como elemento legitimador de sus posiciones políticas en el presente». De la misma manera, Núñez se refiere a otros países europeos que mediante una «política de memoria» han construido después de 1945 una «nueva legitimidad», sobre un «consenso antifascista», subrayando de manera concreta el ejemplo de Italia.

Es cierto, en Italia, tras 1945 se hizo un intento masivo de imponer un canon antifascista en la historiografía. Hubo que esperar a una personalidad tan solvente como la de un Renzo de Felice para que alguien con una sólida reputación académica (ha sido calificado como «el máximo historiador italiano») y un pasado netamente a la izquierda (militó en el Partido Comunista Italiano hasta la invasión soviética de Hungría) pusiera en cuestión esa artificial y falsa forma de construir el conocimiento histórico. Sus apasionantes reflexiones sobre los graves errores a que había conducido esa «política de memoria» que se practicó en Italia han sido publicados en España (*Rojo y Negro*, libro aparecido en español en 1996), pero a Núñez no parece que estas reflexiones u otras análogas le puedan hacer efecto. Para él, la necesidad de una «política de memoria» es obvia, y desde su opción ideológica, no le falta razón, ya que imponiendo esa

memoria histórica politizada y sectaria lo que propone en realidad es imponer su opción política. El éxito que en España han cosechado los movimientos separatistas vasco y catalán que, al imponer desde las áreas de influencia que ocupaban (especialmente la educación) su «relato histórico», se han adueñado completamente del poder político en sus respectivas regiones, ocupándolo de manera permanente, le debe parecer a Núñez el más aleccionador de los ejemplos. Si el gobierno central impusiera también ciertas «políticas de memoria» habría opciones políticas netamente beneficiadas: justamente las mismas que promueven e implantan en cuanto pueden esas «leyes de la memoria histórica». Que las «políticas de memoria» solo hayan servido para construir gigantescas patrañas historiográficas es algo que no preocupa a Núñez, que sin embargo alardea de su profesionalidad, a la vez que le niega el título de historiador a todo el que contradiga sus opiniones sobre la DA.

En las páginas de *Camarada Invierno*, a los autores que contradicen sus tesis se les niega una y otra vez la categoría de historiadores, como si Núñez no supiera perfectamente que muchos de ellos tienen sus títulos de licenciado y doctor en Historia, y que trabajan en la enseñanza de esa materia, incluyendo a gente que ocupa exactamente su misma categoría, la de catedrático de universidad. Sorprende la cantidad de epítetos que atribuye a quienes no comulgan con sus ideas, en quienes ve «ensimismamiento autosuficiente doblado de auténtico pseudopaletismo», lo que les produce «ignorancia supina». ¿A cuento de qué tanto énfasis en descalificar? Porque no se trata de que señale que tal o cual autor se equivoca en tal punto o en aquel otro, sino que se establece una exclusión *a priori*. Hay gente con la que no debe discutirse, a la que se debe excluir de antemano y por principio: tal parece ser la opción de este historiador. Otras veces, a los mismos que ha expulsado a las tinieblas exteriores, se limita a descalificarlos como «historiadores inanes» o «especialistas en militaría», y esto debe ser interpretado casi como una cortesía, habida cuenta de que —por citar un ejemplo— Ángel Viñas ha llegado a acusar a un historiador cuyas tesis le contrarían como «pornógrafo» (ese calificativo le llegó a dedicar a Stanley G. Payne). Pero en alguna ocasión emplea también una curiosa fórmula para dirigirse a todos los historiadores a los que tan olímpicamente desprecia: afirma que lo que exponen es una «erudición inútil». Para alguien a quien en realidad no le interesa la historia de la DA tal y como fue, sino «la construcción del relato», que haya tanta gente que pueda contradecirle debe ser muy molesto, es cierto. Pero Núñez lo tiene muy claro: él decide dónde se juega y contra quién juega, y además es el árbitro del partido. Así que —según él— gana por goleada a cualquier otro historiador. Y el resto de los que pretenden estudiar la DA harían bien en callarse, o seguir a pies juntillas sus indicaciones.

Entre las acusaciones más repetidas de Seixas a quienes le contradicen está la de la carencia de nivel académico. Convendría, por tanto, abordar algún ejemplo de los «grandes logros» de nuestra historiografía universitaria cuando aborda el tema de la DA. Hay alguno más que quizás valga la pena señalar para que podamos apreciar en toda su profundidad las «ventajas» de no incurrir en esa odiosa «erudición inútil» que criticaba agriamente Núñez. A punto de cerrar este libro apareció en un blog en Internet un texto firmado por un profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, bien conocido por su estrecha colaboración con Ángel Viñas. Se trataba del blog bautizado «Murcia y aparte», vinculado al periódico digital *eldiario.es*, lo firmaba Fernando Hernández Sánchez y llevaba como fecha el 31 de diciembre de 2018. El título del texto era «Los papeles de la División Azul en el archivo del Banco de España». Indagando en un tema que no tenía que ver con la DA, Hernández había descubierto papeles que hablaban de pagos a cuenta de

la División Azul y su sucesora la Legión Azul, que llegaban hasta 1946. No hace falta demasiada formación académica para saber que la desaparición de una determinada institución no supone que se extingan automáticamente las obligaciones económicas que su funcionamiento implicaba, y la DA y la LA no iban a ser la excepción. Nada anormal que en 1946 aún hubiera pagos pendientes. Pero lo llamativo del texto es que Hernández se empeñaba en afirmar que la Legión Azul (él la denomina Legión Española de Voluntarios —LEV— su nombre oficial) no acabó su existencia en la primavera de 1944: «La LEV estuvo formada por unos 2.000 combatientes que eligieron quedarse en el frente oriental y se integraron en divisiones de las Waffen-SS. Los últimos no arrojaron el casco de acero hasta Berlín». Confundía completamente a la LEV y las «unidades clandestinas» y así se podía permitir el lujo de asegurar que Franco en realidad nunca había practicado la neutralidad, y hasta el último disparo de la Segunda Guerra Mundial había estado apoyando al Tercer Reich.

El error era de tamaño colosal, pero el autor se superaba a sí mismo en otro aspecto. La citada contabilidad reflejaba dos conceptos: los de «haber es españoles» y «haber es alemanes». En efecto, dado su singular naturaleza, los miembros de la DA y la LA recibieron una parte de paga que les abonaba España (los «haber es españoles») y otra cuyo pago correspondía a Alemania (los «haber es alemanes»). Haciendo alarde de imaginación, Hernández se atreve a afirmar que esos «haber es alemanes» eran en realidad la paga que se le daba a los alemanes encuadrados en la DA (que rondaban el centenar: los integrados en la Plana Mayor de Enlace). En base a tan garrafal error Hernández escribe que «la pagaduría del Ministerio del Ejército abonó a los alemanes adscritos a la División Azul 154 millones de pesetas en 1943 y otros cuatro millones en concepto de pensiones entre 1944 y 1945. De hecho, el gasto del personal alemán duplicó al de los voluntarios españoles durante todo el periodo en que la División permaneció en el frente». Un excelente ejemplo de las excelencias de la historiografía académica universitaria española cuando se lanza a hablar de la DA sin necesidad de pertrecharse de esa «erudición inútil» que tan enfáticamente criticaba Núñez.

Por suerte, había en España una larga lista de historiadores empeñados en conocer con pelos y señales y de forma menos sectaria la historia de la División Azul. El fruto de su trabajo es muy amplio y variado.

## ESTUDIOS TEMÁTICOS

### LA PARTICIPACIÓN DE DISTINTOS CUERPOS Y SERVICIOS DEL EJÉRCITO EN LA DIVISIÓN AZUL

Puesto que se trata de una unidad militar, aunque parezca una pero grullada, en el caso de la División Azul es necesario para el investigador que se aproxima a su estudio conocer su funcionamiento interno, su estructura, su orgánica, su armamento, sus mandos, etc., antes de lanzarse a investigar. Sin embargo, hay autores que deciden que pueden prescindir de ese tipo de conocimientos y cometen por ello errores garrafales. Pero me temo que desde que la prestación del Servicio Militar Obligatorio quedó en suspenso, es cada vez mayor el número de españoles a los que conceptos básicos como «regimiento» o «batallón», les son totalmente ajenos. Mucho más, conocer las complejas interioridades de una gran formación de combate, que operó en el marco de un ejército extranjero, contra una gran potencia y en un frente remoto. Con idea de cubrir ese

huelo escribí *División Azul. Estructura de una fuerza de combate* (Caballero, 2011-b). A la vez, diversos autores han dado a conocer al público los diversos archivos donde es posible encontrar documentación sobre la DA, que van desde fondos de documentación de los municipios a los archivos militares, pasando por colecciones personales de cartas, documentos, etc. (Jiménez Cisneros, 2000; García Díaz, 2005; Núñez Calvo, 2006-b; Sagarra, 2007; Sáez López, 2014-a; Caballero, 2016-b; Maciá, 2018).

Un amplio abanico de autores ha publicado un elevado número de trabajos especializados, que nos permiten conocer con detalle muchos aspectos de la historia de la DA. Además, gracias a estos trabajos, de creciente erudición, los mitos que en muchos casos rodeaban a la DA han sido objeto de una completa demolición.

### *Guardia Civil*

Fue el primer cuerpo cuya participación en la DA, en tanto que Policía Militar, fue objeto de un libro específico. José García Hispán, editor de textos sobre la DA, escribió *La Guardia Civil en la División Azul* (García Hispán, 1992). En realidad ha habido aportaciones tanto o más valiosas, de oficiales de la Guardia Civil enamorados de la historia de su cuerpo (Francisco Aguado y Jesús Núñez) y de documentalistas de la DA (César Ibáñez), pero en formato artículo, lo que hace más difícil su localización para el público (Aguado, 1970; Ibáñez Cagna, 1991-a; Núñez Calvo, 2002, 2006).

### *Intendencia e intervención*

La intendencia no suele llamar la atención de los historiadores militares, y por ello sorprendió la aparición de una excelente monografía sobre el tema: *El Servicio de Intendencia de la División Azul* (Recio, 1998). En realidad, tenía un precedente, pues en una obra global sobre el Cuerpo de Intendencia se había estudiado muy detalladamente su papel en la DA (Lambarri, 1974).

La bibliografía sobre el Cuerpo de Intervención, que fiscaliza el gasto de las unidades militares, en España o en cualquier otro país, es minúscula, pero el contingente que sirvió en la DA ha sido objeto de un exhaustivo análisis en *Revista de Comisario. El Cuerpo de Intervención Militar en la División Azul* (Dolado, Ramos, Robles, 2005). El título alude a la principal obligación de los interventores, pasar las «revistas de comisario» para fijar la identidad de las personas que tienen derecho a devengos.

### *Capellanía Militar*

Los estudios temáticos sobre la DA dieron un salto cualitativo gracias a Pablo Sagarra cuando apareció su libro *Capellanes en la División Azul* (Sagarra, 2012). Aunque el tema ya hubiera sido tratado en artículos por otros autores (Jiménez de Cisneros, 2006) este autor lo estudió con una profundidad que impresiona. Se trataba de la tesis doctoral del autor, y en realidad es un estudio

sobre la vida espiritual y religiosa de los voluntarios. Ello obligó a Sagarra a un extenso trabajo de campo, para entrevistar a veteranos (casi 200 de ellos) y le permitió consultar docenas de textos inéditos. De ahí la solvencia de sus valoraciones, que contrastan con el atrevimiento de otros autores, que con media docena de entrevistas (alguna de ellas a familiares, no a divisionarios) y la lectura sesgada de un diario inédito se atreven a especulaciones sin sentido. Por la originalidad del tema y la calidad de la investigación, el libro marcó un hito.

### *Sanidad militar, veterinaria y farmacia*

El estudio de los problemas que plantea la sanidad en una guerra es un aspecto que gana peso en la moderna historia militar. En este ámbito, la DA ha sido meticulosamente estudiada por Juan Manuel Poyato en *Bajo el fuego y sobre el hielo. La sanidad en la campaña de la División Azul* (Poyato, 2015). Meritorios trabajos anteriores de Bescos habían quedado inéditos, o habían dado pie tan solo a artículos en publicaciones poco accesibles (Bescos, 1989, 1995). El eco de las investigaciones de Poyato ha sido amplificado por la publicación de artículos (Poyato, 2006, 2009, 2017), el último de los cuales mereció el galardón de mejor artículo aparecido en la revista *Ejército* en 2017.

En realidad, los desafíos sanitarios planteados por la campaña de Rusia ya habían dado lugar a la aparición, mientras la DA estaba en Rusia, de artículos sobre las enseñanzas que allí se estaban extrayendo (Casas, 1943; Jabonero, 1943; Jiménez Torres, 1944), pero solo la obra de Poyato hizo accesible al gran público la información sobre el tema. Los trabajos más recientes complementan su línea argumental (Tamburri y otros, 2017). Pero no podemos olvidar la importancia de aportaciones anteriores a la obra de Poyato, como un trabajo que fue la primera exposición sistemática sobre la red hospitalaria que atendía en la retaguardia a los divisionarios, tema de capital importancia y sobre el cual se mantenía una tremenda confusión entre los autores que escribían sobre la DA (Mompó, Cogollos, 2014).

En una unidad como la DA, que dependía para todo de sus caballos, la veterinaria era un tema decisivo (aunque nada vistoso para su estudio). Los artículos publicados en plena campaña sobre los servicios veterinarios de la DA, pese a su interés (Villalba, 1943), son de difícil consulta. Pero de la mano de un autor tan cualificado como Luis Moreno, un general veterinario, hoy está al alcance de cualquiera un estudio tan extenso como solvente: *Los servicios veterinarios en la División Española de Voluntarios: su organización y actividad* (Moreno Fernández-Caparrós, 2017).

El nivel de especialización que se está alcanzando en los estudios sobre la DA quedó de manifiesto cuando Ángel Carralero dio a la imprenta una versión reducida de la que había sido la tesis que le permitió ganar su doctorado en Farmacia y publicó *El Servicio de Farmacia de la División Azul* (Carralero, 2017). El mismo autor ha estudiado otro aspecto importante relativo a la sanidad, el de los servicios de prevención contra ataques de gases (Carralero, 2018).

### *Justicia*

Un especialista en derecho militar, Ángel Serrano, publicó el único estudio monográfico sobre el funcionamiento del Servicio de Justicia en la DA, sumamente esclarecedor (Serrano, 2013). De haber sido la DA la unidad militar que algunos pretenden, llena de hombres alistados contra su voluntad, el índice de conflictividad que esto habría provocado se hubiera reflejado en la cantidad de procesos judiciales abiertos contra sus miembros. Este sólido y documentado análisis demostraba que en realidad la DA no fue una unidad conflictiva en cuanto a disciplina, sino todo lo contrario.

## *Propaganda*

Una de las novedades de la DA fue contar con un semanario propio, que llegó a ser una publicación de gran calidad. La Hermandad de la División Azul hizo un gran esfuerzo para reproducirla en facsímil y hacerla así accesible (*Hoja de Campaña*, 1984). Ya durante su existencia, este singular periódico editado en la remota Rusia provocó interés, y —de vuelta a España— Federico Izquierdo, uno de los mejores periodistas que sirvieron en la DA, escribió sobre él (Izquierdo, 1943). El artículo «Historia de un periódico militar, la Hoja de Campaña de la División Española de Voluntarios» (Sánchez Diana, 1987) sacó del olvido el tema, y Rafael Ibáñez recalcó la importancia de la «prensa de trincheras» divisionaria (Ibáñez Hernández, 1998). El tono de este órgano de prensa era exaltado y radical, y no solo los soviéticos, sino también los aliados occidentales eran pintados con los tonos más negativos (Sáenz-Francés, 2007). Recientemente lo ha analizado en profundidad una joven investigadora (Palao, 2018).

Además de la *Hoja de Campaña*, en la DA circulaba a gran escala la revista *Joven Europa*, y las aportaciones a esta publicación de autores divisionarios han sido editadas en una antología comentada (Caballero, 2010-b). Manuel Liñán ha analizado la presencia de la DA en otro órgano de prensa de mucha difusión entre los voluntarios: *Aspa. Actualidades Sociales y Políticas de Alemania*, una publicación alemana en idioma español (Liñán, 2013) y de la que se ha publicado una recopilación de sus textos de temática divisionaria (*La División en Aspa*, 2015). La DA también dio lugar a una amplia actividad radiofónica, y se ha analizado el papel de Radio Nacional en ella (Gómez, Martín, 2016).

## *Música Militar*

El afamado especialista en el tema, Ricardo Fernández, le dedicó un capítulo al tema («La música y la División Azul») en su enciclopédica *Historia de la música militar de España* (Fernández Latorre, 2000). Sin embargo ha sido Antonio Mena quien ha popularizado el tema con sus conferencias y artículos (Mena, 2006). El universo musical de la DA tiene un notable interés por confluir en él varias tradiciones musicales españolas (la música militar española, la falangista y las canciones populares), con dos corrientes extranjeras: la música militar alemana y la música popular rusa.

## *Cuerpo de suboficiales*

Cuando se creó la DA, las diferencias entre los ejércitos alemán y español en la forma en que organizaban y trataban a sus suboficiales eran abismales. Saber cómo se respondió a lo que era un desafío organizativo constituía el eje narrativo de la obra de De la Iglesia y Burguete titulada *Suboficiales españoles en Rusia. Brigadas y sargentos en la División Azul* (Iglesia, Burguete, 2015).

## *Artillería, ingenieros y caballería*

Junto a la infantería, estas tres ramas de la milicia tienen en España el rango de «arma» dentro del Ejército, siendo el resto «cuerpos» o «servicios». Estudiar el Arma de Infantería equivaldría a estudiar toda la DA, en cambio sí que tiene sentido hablar de manera individualizada de las otras armas. Tras la infantería, la artillería era la siguiente en importancia por efectivos dentro de la DA. Una espectacular obra, *Al pie de los cañones*, narró la dilatada historia de la artillería a través de los siglos. La última de las campañas que se recogió en ella fue la del Frente del Este: *Epopéya en tierras rusas: la artillería expedicionaria de la División Azul* (Medina, 1994). El tema del armamento de nuestros artilleros en Rusia ha sido desarrollado, con la solvencia que le da ser oficial de artillería y acreditado especialista en historia del armamento, por Manrique, en *Los cañones de la División Azul* y otros textos (Manrique, 2012; Caballero, Manrique, 2006). También Torres y Uxó han realizado aproximaciones al tema de la artillería (Uxó, 1994; Torres, 2004 y 2007; Torres, Caballero, 2006).

El papel de los ingenieros en la DA fue estudiado por un general de este arma, Laorden, que se ocupó, aunque en textos distintos, tanto de los de transmisiones como de los zapadores (Laorden, 1981 y 1991). Otro general del mismo arma, Quesada, con una gran pasión por la historia, coordinó una amplia *Historia del Arma de Ingenieros: abriendo camino*, en cuyo segundo volumen se le dedicó un amplio espacio a la DA, incluyendo en él simultáneamente a los zapadores y las transmisiones (Quesada, 2003). En cambio, Parrilla ha centrado sus aportaciones en las transmisiones (Parrilla, 2018). Finalmente, sobre la caballería, que hasta este momento no se ha estudiado de manera satisfactoria, es inminente la aparición de un estudio sobre ella, anunciado con algún artículo que ha servido de avanzadilla (Sáez, 2014).

## *Escuadrillas Azules*

El contingente aéreo español que participó en la campaña rusa, aunque es mucho menos conocido por el público en general, ha sido estudiado comparativamente con más detalle que la DA. Un veterano de las escuadrillas azules (EA), aunque de su personal terrestre, Dionisio García, escribió el primer texto sobre ellas (que circuló en fotocopias con los títulos de *Breve reseña de la actuación de las escuadrillas expedicionarias de voluntarios españoles en el Frente del Rusia, 1941-1945* o bien *Campaña de Rusia, 1941-1944. Escuadrillas españolas de caza*) ha quedado inédito pero es de justicia que se le cite como precursor (García Infiesta, S.f.). El primer

historiador que se ocupó del tema fue Jesús Salas, cuyos hermanos Ángel y Ramón habían tenido papeles claves en la 1.<sup>a</sup> EA. Su artículo «Aviación de caza española en Rusia», apareció en *Revista de Aeronáutica y Astronáutica* entre 1974 y 1975, y adquirió su formato definitivo como «Actuación en Rusia de las escuadrillas expedicionarias españolas», aparecido en *Aeroplano*, la revista del Instituto de Historia y Cultura Aeronáutica (Salas, 1984).

*Aeroplano* ha publicado también numerosos testimonios de pilotos de las EA, recopilados por historiadores especializados, y también en otras revistas han aparecido apuntes biográficos sobre esos pilotos, debidos a autores como «Canario» Azaola, Fernández-Coppel, Herrera Alonso, De Madariaga, Pérez San Emeterio y otros. La historia aeronáutica militar es un mundo con perfiles propios y un público específico. Pensando en un público más generalista, he realizado dos aportaciones al tema, una en compañía de un especialista como Guillén: *Escuadrillas Azules en Rusia* (Caballero, Guillén, 1999); y otra en solitario: *Españoles en la Luftwaffe* (Caballero, 2014-a).

Pero es Jorge Fernández-Coppel quien ha escrito la obra decisiva. Basada en un extensísimo material archivístico, pero también en la recopilación de un gran número de testimonios personales de veteranos, sin la menor duda es el libro con más eco sobre este tema: *La Escuadrilla Azul. Los pilotos españoles en la Luftwaffe* (Fernández-Coppel, 2006). Se la puede calificar como una aportación insoslayable a la presencia española en la Campaña de Rusia y una obra maestra en la historia aeronáutica. Este autor ha publicado también diversos artículos (Fernández-Coppel, 1991, 1999), y biografías de pilotos de las EA, como la de Gavilán (Fernández-Coppel, 2005).

Hay más libros que evidencian que las EA también atraen la atención del público. Un historiador aeronáutico español de larga trayectoria y gran prestigio, Juan Arráez, ha publicado sus trabajos sobre las EA en alemán y francés, sin que de momento haya traducción al español (Arráez, 2010-2011; Arráez-Thiele, 1995). Otros textos de menor tamaño y orientados a la difusión indican que también este capítulo ha llamado la atención del público (Alcaide, García-Matarredona, 2008; Martínez Canales, 2011).

## *Presencia en la Kriegsmarine*

Durante muchísimo tiempo, la presencia de españoles en la *Kriegsmarine* fue un completo misterio. Sin embargo, la tenacidad de Alfonso Escuadra ha hecho que a día de hoy este sea el aspecto más meticulosamente conocido de cuantos tienen que ver con la presencia de españoles en las Fuerzas Armadas Alemanas en la Segunda Guerra Mundial. Una primera versión de su investigación se dio a conocer ya en 1998 (*Bajo las banderas de la Kriegsmarine. Marineros españoles en la Armada alemana, 1942-1943*), pero una nueva versión muy ampliada de la obra se publicó quince años después (Escuadra, 2013). El mismo autor ha escrito también varios artículos sobre el tema (Escuadra, 1998, 2006), aunque en este formato haya habido presencia de otros autores (Moreno de Alborán, 2006).

## *Los prisioneros de guerra*

Los numerosos libros en los que los españoles prisioneros en la URSS narraron su odisea quizás fueran la razón que inhibió a los historiadores de ocuparse directamente del tema. Al calor de la emoción que provocó la repatriación, algunos periodistas escribieron folletos que tuvieron gran difusión: *Héroes de España en Rusia* (Prego, 1954; Gómez, Montejano, 1954). La casi indescriptible apoteosis del recibimiento de los cautivos ha sido evocada una y otra vez en artículos de prensa diaria, en general coincidiendo con los aniversarios del hecho. También hay artículos mucho más serios en prensa más especializada (García Díaz, 2004 y 2005; Blanco Hernández, 2016), y se han publicado aproximaciones a estudios académicos sobre el tema que están en curso, (Berenguer, 2014). Algunos textos de veteranos que estuvieron presos en Rusia fueron acompañados por trabajos históricos que los contextualizaban (Salamanca, Torres, 2002; Alonso, González, 2015). Y finalmente, más de sesenta años después de aquella famosa repatriación a bordo del *Semíramis*, Francisco Torres ha publicado una obra tan extensa como difícilmente superable sobre el tema: *Cautivos en Rusia. Los últimos combatientes de la División Azul* (Torres García, 2018).

## *Combates y batallas*

La campaña militar de la DA se puede y debe dividir, si se desea analizar con rigor, en varios ciclos de combates. Hay bastantes artículos y algunos libros sobre estos temas. Pueden fijarse distintos marcos cronológicos. Hay estudios globales sobre las batallas en el sector del río Vóljov (García Martínez, 2003; Martínez-Esparza, 2011; Romero, Peña, 2012; Caballero, 2016-a). Otros autores se han centrado en las operaciones de la Cabeza de Puente española al este del río Vóljov (Carbajo, 1991). Inevitablemente la gesta protagonizada por los esquiadores en el lago Ilmen ha concitado mucha atención (Barrachina, 1994; Marín Ferrer, 2008; González, Sagarra, 2016). Las luchas para frenar a los soviéticos al oeste del Vóljov en la batalla de la Bolsa también han sido objeto de estudio detallado (Negreira, 1991-b).

Los textos sobre combates en el sector de Leningrado se han concentrado en dos episodios. Por un lado, los dedicados a la acción de Posselok (Ibáñez Cagna, 2001; Marín Ferrer, 2011). Y por otro, y muy especialmente, sobre la batalla de Krasny Bor (Aramburu, 1993; Meléndez, 1993; Uxó, 1993; Estévez Payeras, 1997; Caballero, 2004-b, 2006-b, 2014-d; Fontenla, 2012, 2017; Caballero, González, Sagarra, Fernández Navarro, 2013). Se trata de obras muy dispares: desde artículos con las memorias del combate, a obras generalistas de difusión, pasando por estudios presentados en cursos de Estado Mayor e incluyendo extensos ensayos historiográficos.

Cabe imaginar que sigan apareciendo en el futuro este tipo de estudios, que analizan con detalle un combate, o ciclo de combates, ya que una historia completa y detallada de la campaña militar de la DA está aún por escribir. Este es el aspecto de la historia de la DA que más interesa en el extranjero y no es casualidad que la excepcional obra de González y Sagarra sobre los combates de los españoles al sur del Ilmen haya sido publicada ya en alemán e inglés.

## *Unidades*

Otra forma de abordar esa historia militar de la DA sería a través del análisis de unidades concretas, algo muy habitual en la historia militar y que en el caso de la DA aún está en mantillas. Con la excepción del caso del II Batallón del Regimiento 269 (Carrera, Ferrer, 2003; Román, 2011) ninguna de las unidades con entidad de batallón de la DA han visto publicadas las obras monográficas que bien merecen, aunque me consta que hay algunos estudios en curso.

La fugaz sucesora de la DA, la Legión Azul, ha sido objeto comparativamente de mucho más interés, tanto en artículos (Ruiz Molina, 1974; Campello, 1991; Moreno Juliá, 1999) como en muy densos libros (Moreno Juliá, 2014; Pérez, Prieto, 2014). En cuanto a los españoles que siguieron combatiendo junto a los alemanes tras la retirada de la Legión Azul, han sido objeto de estudio en textos muy desiguales en extensión y metodología (Alcaide, 2001; Bowen, 2001; Caballero, 1987 y 1999; Ferrer-Dalmau, 2002; Gil Martínez, 2011; González Pinilla, 1999, 2015; Kocjančič, 2016; Norling, 2002-b; Sourd, 2004 y 2007; Torres Gallego, 1999 y 2001). De lo que un lector interesado en este tema en concreto puede encontrar en Internet, mejor ni hablar, porque su calidad suele ser ínfima. Ya se comentó que las deplorables «memorias» de Miguel Ezquerro han sido sin embargo una de las obras más publicadas, y desde luego la más traducida, de las firmadas por veteranos de la DA, tan solo por el hecho de que el personaje tuvo cierto protagonismo en esta fase. De la misma manera, el número de libros y artículos dedicados a este pequeño episodio de la historia de los voluntarios españoles ha empapado con tinta mucho más papel del que merecía, y sin embargo en realidad este es un tema que aún está esperando un estudio global serio, que acabe de borrar las leyendas que sobre el tema existen.

#### LA PERSPECTIVA BIOGRÁFICA

Algo en lo que ha progresado enormemente el estudio de la historia de la DA es en el ámbito de lo biográfico. La verdad es que aún operaba en Rusia la DA y ya hubo intentos de recopilar biografías de sus componentes, de sus numerosos caídos concretamente (García Pérez, 1942). Muchos de los trabajos de investigación hasta aquí citados (los dedicados a la capellanía, la sanidad, los servicios jurídicos, etc.) han insertado completas biografías de los oficiales que en ellos sirvieron. En bastantes de los estudios de ámbito territorial que veremos a continuación hay también una rica información biográfica. Hay autores que han estudiado biográficamente a los divisionarios agrupándolos por sus empleos en la DA: por su corto número, los generales (Valiente, 2015), y los coroneles (Barriuso, 2010-2011) han podido ser estudiados en conjunto. No es posible, en cambio, hacer la biografía de todos los suboficiales, pero sí bosquejos sobre algunos de ellos especialmente significativos (Parrilla, 2007). Existen completos repertorios biográficos sobre los prisioneros (Alonso, González, 2015) y sobre los voluntarios que recibieron —o fueron propuestos— para las más importantes condecoraciones: *Héroes entre valientes. Los condecorados en la División Azul* (González Pinilla, 2012).

Por supuesto, no faltan las biografías individuales sobre personajes concretos: las que disponemos sobre los generales Muñoz Grandes (Togores, 2007) y Esteban-Infantes (Castillo, Sagarra, 2013) son excepcionales. Otros libros estudian a personajes míticos de la DA, como Gómez de Zamalloa (Barriuso, Sagarra, 2015) o Huidobro (Sagarra, González, 2014). Pero también existen volúmenes que recopilan numerosas biografías, debidas al equipo formado por

Pablo Sagarra, Óscar González y Lucas Molina como *Divisionarios y soldados españoles en el Tercer Reich* (Sagarra, González, Molina, 2012 y 2014). Las biografías de los militares profesionales de la DA son más sencillas de trazar porque, en definitiva, se puede acceder a una información sistematizada sobre ellos a través de sus «hojas de servicios». Más difícil es realizar las biografías de tantos y tantos voluntarios «civiles». No hay muchas de ellas publicadas en forma de libro, por desgracia, por lo que este es un campo que permite muchas futuras investigaciones. Entre las pocas disponibles está, por ejemplo, la de Agustín Aznar (Jérez, 2011).

La cosa cambia radicalmente si, en vez de libros, de lo que hablamos es de artículos biográficos. Intentar enumerar aquí la lista de los dedicados a divisionarios sería un completo disparate, ya que los hay por cientos, y citar algunos y olvidar otros sería injusto. Se pueden encontrar en lugares variados. La misma prensa de las Hermandades de la DA es el marco en que han aparecido centenares de esas biografías. Por supuesto, hay muchos en las revistas dedicadas a historia militar, y una de ellas, *Ares-Historia Bélica*, destaca especialmente en este campo. Pero existe una masa de artículos de este tipo todavía más difícil de enumerar, por haber aparecido en las más diversas publicaciones de ámbito territorial: en libros de historia local, en las publicaciones que muchísimos ayuntamientos editan con motivo de sus fiestas locales, en revistas y boletines de estudios locales/regionales, etc. Muchos de los autores que se han citado en estas páginas previas por otros tipos de trabajos, han dedicado parte de su esfuerzo a escribir biografías de divisionarios, mientras que otros han permanecido siempre dentro de este límite temático y así por ejemplo Antonio Herrero Andreu ha publicado decenas de biografías de divisionarios en la prensa de Canarias.

Ahora, con la proliferación de páginas de Internet dedicadas a las temáticas locales, este tipo de apuntes biográficos de divisionarios se ha multiplicado. Si a nivel de libros, detectamos que los biografiados suelen ser militares, en cambio cuando se conoce lo publicado en artículos la balanza se inclina hacia los divisionarios de origen civil. Un buen estudio histórico por realizar sería localizar y catalogar adecuadamente este vasto número de biografías que existen. Unas biografías que tienen el mayor interés, porque lo que en ellas encontramos es a los verdaderos divisionarios, tan distintos a como los pintan algunos autores.

Llamé la atención páginas más arriba sobre el hecho de que a las decenas de testimonios publicados en forma de libro, y las centenas publicados como artículos, de los «divisionarios reales», no se pueden oponer textos escritos por los «divisionarios de ficción» que existen en la mente de algunos autores, esos que se fueron a Rusia forzados por la circunstancia que fuera, y que nos hayan dejado de ello constancia escrita. Aquí nos encontramos el mismo fenómeno: frente a una masa de biografías que nos retratan a divisionarios reales, perfectamente identificables en todas sus circunstancias (motivos del alistamiento, unidades en las que sirvieron, etc.) esa supuesta masa de falsos voluntarios no encuentra biógrafos que nos cuenten con la debida precisión esas supuestas biografías.

Sí, hay gente que habla de algunos casos más o menos confusos, usando las declaraciones de algún familiar que se empeña en afirmar que su antepasado no fue a la DA por voluntad propia. También hay algún autor que, en base a la ideología de la familia y a las circunstancias sociológicas del personaje, se atreve a formular lo que no son sino suposiciones. Sería el caso de uno de los voluntarios españoles que regresaron a bordo del *Semíramis*, Isidoro Lahoz, uno de los que han sido biografiados. De familia muy izquierdista, y con parte de ella en la cárcel, se alistó

en la DA pese a la abierta oposición de su madre. ¿Para salvar a la familia? Si es así, y puesto que ya había «lavado el pasado» familiar, a que ya podía «disfrutar» de los presuntos beneficios que daba el ser excombatiente, ¿qué es lo que explica que después de regresar de Rusia volviera a cruzar la frontera para integrarse en las unidades clandestinas españolas que estaban reclutando los alemanes? El autor que ha escrito esa biografía da respuestas basadas solo en su intuición personal, o para mejor decirlo, en sus prejuicios ideológicos (Palacio, 2015-b). En cualquier caso, y como vengo repitiendo, ese tipo de biografías son la excepción, y no desde luego la norma.

Desde hace algunos años existe la sensación, perfectamente lógica, de que los últimos divisionarios están a punto de desaparecer, así que muchos periodistas han intentado registrar las vivencias de estos veteranos. Realizadas demasiadas veces por periodistas con poco o ningún conocimiento de la historia de la DA, y a veteranos que en muchas ocasiones no tienen sus condiciones mentales en el mejor momento, los resultados suelen ser decepcionantes. Muchas de ellas, lo único que revelan son los prejuicios de los periodistas. Pero en algún caso se llega hasta lo esperpéntico.

El colmo del ridículo lo protagonizó Nuria Navarro, periodista del barcelonés diario *El Periódico* que entrevistaba el 10 de abril de 2011 a un presunto divisionario, Marcos Ibáñez. El relato se acomodaba como anillo al dedo a la versión vulgar más negra sobre la DA. Según lo recogido por la periodista, el personaje estaba «haciendo la mili» en Bilbao, y lo eligieron por sorteo junto a otros 800 más (si en cada cuartel se hubiera seguido esa práctica en Rusia habrían servido varios centenares de miles de españoles). Afirmaba Marcos Ibáñez que su batallón lo mandaba Muñoz Grandes, y que era algo distinto de la División Azul (de los que afirmaba el entrevistado que «esos sí eran voluntarios»). Según lo recogido en la entrevista, le enviaron a Rusia, concretamente a Stalingrado (donde según las fechas que daba, llegó antes que el 6.º Ejército de Paulus). Algo tan sencillo como consultar la Wikipedia le habría bastado a la periodista para saber que nunca hubo españoles en la batalla de Stalingrado, y que las tropas que allí llegaron quedaron cercadas y fueron aniquiladas, por lo que el entrevistado en realidad debía haber muerto hace años. Quizás eso le hubiera bastado para darse cuenta de que todo ese testimonio era falso.

Pero no cabe extrañarse: hay periodistas que han llegado a recoger «testimonios» de un presunto divisionario que —además de asegurar haber sido testigo de la entrevista de Franco y Hitler en Hendaya— juraba que había podido «ver cómo quemaban a los judíos con ácidos», porque había estado destinado en Auschwitz. Esto era lo que contó Pedro Vila a la periodista Carmen Uz, que lo recogió en la edición en papel del diario *El Progreso* de Lugo de 24 de mayo de 2008. Aunque obviamente ningún historiador medianamente serio admitirá jamás esos «testimonios», insidias de este tipo acaban calando en la opinión pública, y algunos lectores de esta demencial entrevista ya habrán contado en alguna ocasión que hubo divisionarios españoles sirviendo como guardias en campos de exterminio.

A falta de poder realizar un estudio sobre todos los voluntarios de la DA, algo sumamente complejo pues hablamos de 45.000 hombres, los estudios restringidos a un ámbito territorial, si se realizan con las debidas garantías, pueden aportarnos interesantísima información.

## *Baleares*

Le cupo a Juan Negrera, inaugurar lo que hoy en día es una tendencia consolidada y en crecimiento: la de estudiar a los voluntarios de la DA en un marco territorial, con su obra *Voluntarios baleares en la División Azul y Legión Azul, 1941-1944* (Negrera, 1991). Contar con el concurso de la HDA balear, con sus bien organizados archivos y con el testimonio de sus miembros, le dio a esta obra un extraordinario valor. Tras escribir otros estudios sobre la historia militar de las Baleares, de nuevo volvió sobre el tema de su primer libro con *Los divisionarios. Soldados baleares en la División Azul* (Negrera, 2011), para dar a conocer la documentación que sobre esta unidad se conserva en el archivo militar intermedio de Baleares. Ha puesto así el foco sobre un conjunto de fondos hasta entonces inéditos para el estudio del tema: los archivos militares intermedios. Una llamada de atención muy importante, porque si algo evidencia la documentación por él publicada es que toda la leyenda sobre alistamientos forzosos para la campaña rusa carece del más mínimo respaldo documental. Con estos precedentes, sorprende el nivel tan bajo que mostraba la última obra dedicada a los voluntarios baleares, con afirmaciones tan grotescas como que los voluntarios de 1941 eran voluntarios, pero los de 1942 ya se fueron por hambre u otra circunstancia análoga y los de 1943 fueron enviados a la fuerza (Cifre, 2018).

## *Lérida*

Tardó mucho en aparecer una obra que emulara la de Negrera, y fue en Cataluña donde ocurrió. Agustí, en su *Rússia és culpable! Memòria i record de la Divisió Azul* (Agustí, 2002) estudió el caso de los voluntarios leridanos. Dada la obsesión del independentismo con la idea de que la DA fue un asunto «español» donde los catalanes solo participaron en la medida en que fueron forzados a ello, este libro —que desmentía en buena medida esa leyenda— fue una aportación interesante.

## *Extremadura*

Pocas obras dedicadas a la DA han sido tan endeble como una dedicada a sus integrantes extremeños, *Rumbo a Rusia. Los voluntarios extremeños de la División Azul* (Gragera, Infantes, 2007). Todos los tópicos de la publicística de izquierdas sobre la DA aparecen aquí condensados. Sorprende el mínimo conocimiento que de la DA tenían los autores y que les llevó a admitir testimonios manifiestamente falsos, tan alejados de la realidad que les hubiera bastado un conocimiento superficial de la historia de la DA para haberlos rechazado. Pondré un ejemplo: en el libro tiene un papel central el «testimonio» de un divisionario que formó parte de un batallón en marcha enviado en 1942, y que sin embargo afirma que el general Muñoz Grandes en persona los

arengó en Hoff (donde nunca estuvo) y que desde Alemania su batallón marchó al frente andando (lo que no ocurrió con ninguno de los batallones en marcha). Eran extremos facilísimos de verificar, pero los autores no lo hicieron. Y de la misma manera que les colaron esa afirmación falsa, les hicieron caer en otros muchos errores. Realizado en fecha muy tardía, el libro adolecía de un problema básico: fiarse de las versiones de los hechos que daban los descendientes de los voluntarios, que trataban de minimizar el compromiso ideológico de sus antepasados. Lo más deplorable era que los autores daban por sentado lo que no es sino un mecanicismo ideológico: puesto que los voluntarios eran de orígenes humildes, forzosamente tenían que ser de izquierdas, y por tanto, se habían alistado por algún tipo de razón distinta de la voluntariedad. Ante tales limitaciones, no es de extrañar que otro historiador haya asumido la tarea de escribir una nueva historia de los voluntarios extremeños, que aunque empezó por el caso de Cáceres (Escribano, 2014), en la actualidad abarca toda Extremadura. Si los extremeños que sirvieron en la DA hubieran sido como Gragera e Infantes los retrataron, entre ellos debería haber habido un elevado número de «indeseables» y desertores. Tras el estudio de 2.900 expedientes de voluntarios extremeños Escribano concluye que los devueltos a España como «indeseables» fueron 15 (un 0,52 por ciento) y los que desertaron, 4 (un 0,13 por ciento del contingente) (Escribano, 2017). Las cifras extremeñas no sorprenden por lo elevado de los casos, sino por lo bajo.

## *Huelva*

Un historiador onubense muy especializado en lo ocurrido en su provincia durante la Segunda Guerra Mundial, Ramírez Copeiro, era el autor que todo el mundo esperaba para un estudio de la DA en esa provincia, ya que había incluido un capítulo sobre ella en su libro sobre Huelva y la Segunda Guerra Mundial (Ramírez Copeiro, 1996). Pero el autor que publicó un libro sobre los voluntarios onubenses fue otro: Pérez Maestre. Cuando lo escribió, era cargo del PSOE, y había militado en el PCE, pero también era hijo de divisionario. Aunque sus ideas estuvieran en las antípodas de las de su progenitor, reconocía en este la valentía de haber luchado por las suyas, así que escribió *La División Azul de Huelva, 1941-1943* (Pérez Maestre, 2008) como homenaje a su padre. Aunque dada su ideología aparecen muchos de los prejuicios sobre la DA típicos de la izquierda, la obra es de una sorprendente frescura. No puede decirse que esta sea la obra definitiva sobre la DA en Huelva, pero sí una notable aproximación.

## *El Bierzo (León)*

Un entusiasta de su tierra, aunque sin formación como historiador, Ramón Cela López, publicó el que fue el primer estudio de ámbito comarcal, dedicado a El Bierzo: *En Rusia con la División Azul* (Cela, 2009). Se trata de una recopilación de testimonios, dentro de los parámetros de la «historia oral», y al autor se le escapan las inexactitudes y exageraciones contenidas en algunos de ellos. Pero al tratarse de un conjunto pequeño —unos 40 voluntarios— el autor logró rescatar interesantes relatos y vivencias.

## *Toledo*

López-Covarrubias es un enamorado de Toledo y ha escrito varias obras sobre temas de su ciudad. Con *Toledanos en la División Azul. Entre la memoria y el olvido* (López-Covarrubias, 2012) intentó hacer la historia de sus paisanos divisionarios (abarcando la provincia). El resultado es ambivalente, ya que si al libro le sobran páginas sobre temas que en realidad no tienen que ver con la División Azul, en cambio le faltan otras que debía haber escrito para lograr un estudio más pormenorizado sobre esos voluntarios, consultando documentos que ignoró y bibliografía que no leyó.

## *Córdoba*

López Villatoro, dentro de su proyecto para dar a conocer la historia de Falange en esa provincia, ha esbozado la historia de la DA en ese marco en *La Falange republicana en Andalucía, Guerra Civil, Movimiento y División Azul. Córdoba, 1934-1945* (López Villatoro, 2012). Aunque solo uno de los capítulos y alguno de los apéndices de la obra están dedicados a la DA, es un primer paso para el estudio de la unidad de voluntarios en esa provincia, y el autor ha logrado establecer la identidad de unos 400 paisanos que sirvieron en Rusia. Sin embargo queda mucho para que Córdoba tenga un estudio completo de sus divisionarios.

## *Cantabria*

Puente Fernández, con su *Cántabros en la División Azul (1941-1944)* (Puente, 2012) ha escrito este capítulo en la historia de su tierra, inscribiéndolo de hecho en una serie de títulos suyos todos los cuales guardan alguna relación con esta obra, ya que estudian la historia cántabra entre 1933 y 1945. Es un investigador metódico. Y también original, ya que por ejemplo ha usado métodos que nadie antes había utilizado, como comparar por localidades y comarcas el número de víctimas del terrorismo frentepopulista en su provincia entre 1936 y 1937, y el número de alistamientos en la DA, para mostrar así la estrechísima relación entre ambos hechos. Es una lástima que para la fecha en que este investigador abordara el tema quedaran ya pocos divisionarios vivos y con ello fuera difícil acceder a testimonios personales y archivos familiares, porque la documentación de archivos oficiales, soberbiamente trabajada por este autor, siempre deja zonas oscuras a la hora de dibujar biografías.

## *Aragón*

Con cargo a los presupuestos dedicados a la «memoria histórica» del gobierno aragonés, Palacio Pilacés ha realizado una investigación en la que ha pretendido agrupar todos los casos de presencia de aragoneses en la Unión Soviética, tanto como exiliados, como en calidad de combatientes de la DA: *Tal vez el día. Aragoneses en la URSS (1937-1977). El exilio y la*

*División Azul* (Palacio, 2013). Aunque la obra se editara en dos volúmenes, el resultado es mediocre, ya que el conjunto de personas —incluye categorías muy distintas y las tres provincias— es demasiado amplio como para afinar. En el tema de la DA, el autor aparece lastrado por toda suerte de prejuicios, todo lo contrario que cuando habla de los exiliados. Las biografías de divisionarios aragoneses aparecen en muchos casos con errores de bulto, o con lagunas tan amplias que demuestran el poco interés del autor por conocer a los divisionarios en realidad, ya que solo ha indagado en aquello que le permita ratificarse en sus prejuicios, y así nos encontramos, junto a muchos errores, con omisiones significativas en algunas biografías muy conocidas y, en cambio, información detallada sobre los casos de «indeseables». Sus años de investigación subvencionada le han permitido al autor publicar también artículos de ámbito local (Palacio, 2015-a).

## *Portugal*

Durante mucho tiempo ha existido la leyenda de que en el seno de la DA hubo una unidad de voluntarios portugueses, a la que se llamaba «Legión Verde». Nunca la hubo, y el intento de algunos sectores políticos anticomunistas lusitanos de crearla fue abortado por el gobierno de Salazar, por mucho que este fuera ferozmente antibolchevique. Sí que hubo voluntarios portugueses en la DA, pero a título individual, que han sido objeto de una meticulosa tesis doctoral realizada por Silva en la Universidade Nova de Lisboa, titulada *Portugueses na Wehrmacht. Os voluntarios da Divisão Azul (1941-1944)*. Su contenido se dio a conocer al público, primero en una revista de gran circulación y después en una especializada en Historia (Silva, 2013 a y b).

## *Murcia*

Francisco Torres, con su estudio sobre los voluntarios murcianos, *Soldados de hierro. Los voluntarios de la División Azul* (Torres García, 2014) se ha convertido en el modelo dentro de los de ámbito territorial. Ya el tamaño del libro hace de él algo excepcional: a diferencia de tantos que se lanzan a hacer afirmaciones gratuitas en base a suposiciones y prejuicios, Torres ha documentado y analizado con precisión, lo que evidentemente exige mucho espacio. El autor empezó a trabajar sobre el tema de los voluntarios de Murcia en los años 80 del pasado siglo XX, cuando terminaba su formación universitaria, y aunque la tesina que les dedicó nunca vio la luz, aquella primera investigación le permitió recopilar testimonios personales y acceder a archivos familiares donde se guardaba una información preciosa en forma de cartas, fotografías y documentos de todo tipo. Por eso ha podido reconstruir la vida —antes y después de la DA— de muchísimos de los murcianos, y ello le permite establecer conclusiones debidamente justificadas sobre las razones de su alistamiento. El largo periodo de tiempo transcurrido desde que este trabajo dio sus primeros pasos hasta su edición final, también le ha dado tiempo a hacerse con una amplísima bibliografía y conocer al detalle la historia divisionaria, que ha expuesto en otros trabajos (Torres García, 1991-a y 2010), lo que contrasta con las carencias básicas en otros

autores, capaces de dar por ciertos rumores, algunos rozando lo grotesco. Y ese lapso le ha permitido también visitar todos los archivos que han hecho falta (hay otros autores a los que la precipitación por dar a la imprenta su trabajo les juega malas pasadas). El resultado final es una obra que costará mucho superar, si es que alguien lo logra algún día. Frente a suposiciones especulativas como las que formulan tantos autores sobre las características sociológicas, ideológicas, etc., de los voluntarios, en Torres todo tiene la debida apoyatura documental, y desde luego contradice las leyendas sobre alistamientos forzosos, o «inducidos», sobre el peso de las causas económicas a la hora de formalizar alistamientos, etc. En muchos casos, el acceso a los archivos privados le ha permitido dar a conocer pasajes verdaderamente conmovedores sobre los sacrificios que hizo aquella generación y sus familias, en nombre de sus ideales.

## *Canarias*

El 2015 Francisco Jiménez presentó en la Universidad de Las Palmas una tesis doctoral sobre los voluntarios de aquel archipiélago en la División Azul (Jiménez Soto, 2015) y dirigida por un profesor que anteriormente había realizado una investigación sobre los voluntarios reclutados en la Zona Aérea de Canarias y África Occidental (Díaz Benítez, 2005). Sorprendía en el caso del texto de Díaz que pese a contar en realidad con pocas o ninguna prueba de ello (las expresiones más repetidas en su texto eran «se suele admitir...», «es posible...») y reconociendo que el conjunto de voluntarios a estudiar no es significativo por lo irrelevante numéricamente, se empeñase en sugerir alistamientos por motivos más o menos oportunistas, y poco motivados ideológicamente. El caso es que el número de voluntarios a estudiar en su investigación era de unos 100 hombres. Luego bien podía haberse tomado la molestia de una investigación detallada sobre ello. Y en ese caso habría podido verificar que entre ese grupo de presuntos oportunistas había falangistas de reconocida militancia y condecorados con la Cruz de Hierro.

Por desgracia, esos prejuicios del director de esta tesis se contagiaron al doctorando. Contando como base con la documentación del archivo militar intermedio de Canarias, Jiménez hace un estudio impecable en cuanto a aspectos estadísticos, distribución geográfica del voluntariado, etc. Y sin embargo insiste hasta mucho más de lo razonable en dar explicaciones «críticas» sobre los motivos de los voluntarios. Se da la circunstancia de que en Canarias, como en Baleares, se vetaron los alistamientos en 1941. Luego el aporte de los isleños se dio en 1942 y 1943, cuando las durísimas condiciones de la campaña rusa, y su alta letalidad no eran un secreto para nadie. Y sin embargo sugiere una y otra vez que quienes lo hacían era para huir de una «mili» que al parecer era muy dura en las Islas Afortunadas, como si prestar servicio en Rusia fuera un viaje turístico. La más dura de las «milis» en Canarias, o en cualquier otra región española era una experiencia gratificante en comparación con el servicio en las trincheras rusas, y quien no quiera entender esto comete un error básico. Como su mentor, el doctorando abusaba de su libertad interpretativa y bajo expresiones del tipo «todo parece demostrar», «no es aventurado concluir», no hacía otra cosa que reproducir ideas preconcebidas suyas, o acomodarse a los dictados de lo «políticamente correcto». Por poner un ejemplo, ante el hecho llamativo de que en la provincia de Las Palmas hubiera muchos más alistamientos que en la de Tenerife, responde con la supuesta mayor dureza de «la mili» en la primera, explicación que sorprende, cuando hay una

razón mucho más sencilla: la evidencia de que era una provincia con un sentimiento anticomunista más fuerte. En las elecciones de febrero de 1936, en Las Palmas el triunfo de las fuerzas anticomunistas había sido arrollador y si el Bloque de Izquierdas (nombre que allí adoptó el Frente Popular) cosechó 17.672 votos, en cambio la coalición de derechas que se presentó como Frente Antirrevolucionario obtuvo una holgadísima victoria: 54.220 votos. En Tenerife, por su parte, el Frente Popular obtuvo 14.720 votos, la Derecha obtuvo 23.177 y el Centro (Partido Radical) alcanzó los 40.432. Bastaba con estos datos para entender esa diferencia, y no hay razón para especulaciones como las formuladas por el autor de la tesis que, en realidad, parece más interesado en justificar sus prejuicios que en realizar análisis. Y otra prueba más es que la documentación de las dos Hermandades de la División en Canarias, cuyos fondos están en el mismo archivo, prácticamente no la haya usado para tratar de retratar con más detalle a los hombres que ha estudiado.

### *Miranda de Ebro (Burgos)*

Era cuestión de tiempo que se llegara al nivel de estudios puramente locales sobre los divisionarios, segmento que en el formato libro inauguró Fernández López con uno dedicado a los burgaleses de Miranda de Ebro: *La aventura rusa. Voluntarios mirandeses en la División Azul* (Fernández López, 2016). Es imposible que los autores que realizan estudios territoriales dejen sin narrar la historia global de la DA, porque de lo contrario sus textos serían indescifrables para los lectores. Pero es una lástima que al intentar hacerlo autores como este, que han hecho un gran esfuerzo para documentar las vicisitudes del centenar de mirandeses —por nacimiento o por residencia— que realizaron la campaña rusa, después lleguen a dar por buenas afirmaciones tan absurdas como que el mismo general Muñoz Grandes iba en persona a reclutar personal entre los presos en los «campos de concentración franquistas».

### *Almería*

Cuando se redacta este libro el último estudio territorial publicado como libro es *700. Los almerienses de la División Azul*, de Viciano (2018). Que el autor no es ningún apologista de la DA se demuestra porque mucho antes de ese libro, ya había escrito sobre los almerienses que sirvieron en La Nueve de la División de Leclerc. Pero ese mismo interés y admiración del autor por aquellos que han expuesto su vida a los azares del combate, le lleva a hablar de los divisionarios siempre con el máximo respeto. Como muchos de estos estudios territoriales, el de Viciano incorpora extensas tablas con información sobre los divisionarios de su provincia. Gracias a esas bases de datos de Viciano y los demás autores podemos localizar información sobre miles de divisionarios. Vale la pena subrayar que a los pocos meses el libro estaba ya agotado y se realizó una segunda edición ese mismo año, lo que evidencia el fuerte interés que despierta la DA.

A los estudios de ámbito territorial publicados en forma de libros se pueden añadir los que han aparecido en forma de artículos. Son muy desiguales en planteamiento, extensión y calidad, y algunos son realmente endebles, pero muestran que el interés por el tema de la DA existe en los cuatro puntos cardinales. Me temo que no los conozco todos, pero cabría citar los dedicados a Zaragoza (Marcén, 1997); Gerona (Gay, 2002); Hija (Teruel) (Ferrer Mirasol, 2003); Vigo (Abad Gallego, 2005); Orense (Outeriño, 2009); Albacete (Alcalde, 2012); Valencia (Torres García, 2014-b); Priego (Pimentel, 2014), Tarifa (Triviño, 2016) y Canals (Sancho, Gómez, 2018). En Internet también se encuentran algunos de estos estudios locales, aún más desiguales en su contenido y calidad que los existentes en papel. Me consta que bastantes más estudios están en proceso de realización, más o menos avanzado. Y supongo que este tipo de investigaciones tienen mucho futuro, entre otras cosas por haber llegado a mi poder una sorprendentemente buena para haber sido realizada por un alumno de bachillerato, dedicada a Palencia (Arconada, 2016), lo que demuestra que incluso gente muy joven tiene interés en el tema.

Cuando están debidamente realizados, y los autores han trabajado el tema con precisión y huyendo de los tópicos, los resultados de los estudios locales pueden ser del mayor valor, superando el margen de lo localista y lo anecdótico. En la provincia de Alicante, por ejemplo, aunque hay en curso un estudio sobre los divisionarios de esa provincia, han aparecido trabajos sobre los de diversas localidades: Sax (Sáez, 2003 y 2005), Torre Vieja (Rebollo, 2008); Ibi (Giménez Gisbert, 2014); y Monóvar (Vidal Guardiola, 2016, 2017). Al reducir el campo de estudio a grupos muy pequeños de voluntarios y ser estos de pueblos, donde es relativamente asequible averiguar todo o casi todo sobre sus habitantes, se trata de estudios altamente fiables, que nos cuentan la vida de esos hombres antes y después de la campaña, y lo que podemos ver en ellos es un alto nivel de compromiso ideológico. En la práctica totalidad, los voluntarios de esas poblaciones alicantinas partieron con los batallones en marcha, bastantes como alistados en Milicias, pero otros ya como soldados procedentes de unidades militares, aunque al conocerse con tanto detalle su biografía queda de manifiesto que, en su mayoría, eran jóvenes que se habían alistado en el verano de 1941 sin conseguir plaza entonces y tuvieron que esperar a 1942 o 1943 para cumplir su deseo de luchar contra el comunismo.

## LAS AUSENCIAS: LA DA EN LA HISTORIOGRAFÍA SEPARATISTA

Si de los estudios territoriales sobre los voluntarios podemos aprender tanto, también podemos sacar conclusiones sobre la inexistencia de estudios sobre la DA en otros, en las regiones donde el discurso separatista ha calado tan a fondo que es casi imposible que se llegue a admitir que los habitantes de esas zonas de España sirvieran en la campaña rusa. Para explicar lo evidente, es decir, que hubo vascos y catalanes que sirvieron en la DA, se formulan dos explicaciones: no eran «de los nuestros», sino «inmigrantes españoles», o bien «se les forzó a ir a Rusia». Pero la solución habitual es aún más drástica: no hablar de ellos.

José Miguel Romáña consiguió escribir todo un libro sobre los vascos implicados en la Segunda Guerra Mundial, *La Segunda Guerra Mundial y los vascos* (Romáña, 1988) sin citar a un solo divisionario, a pesar de la amplísima presencia de vascos en la DA y las escuadrillas

azules. Pero no es extraño en un autor que, por el contrario, era capaz de sostener con todo el énfasis imaginable que en el desembarco de Normandía la primera unidad que había echado pie a tierra había sido el Batallón de Fusileros Marinos Vascos de la Francia Libre (aunque esa unidad, de fugaz y precaria existencia, creada en septiembre de 1941, fue disuelta en mayo de 1942, y nunca superó la cifra de 80 efectivos, hacía mucho que no existía). Pero no se trataba de una manía especial de Romaña, sino de una «política de memoria histórica» perfectamente establecida y que por desgracia parece haber conseguido sus propósitos. Para los medios *abertzales* un vasco que no es nacionalista, sencillamente no es vasco. Que se les excluya de los libros de historia no puede sorprendernos, cuando a lo que hemos asistido durante años ha sido a la puesta en práctica de métodos violentos para hacerles abandonar el País Vasco. Lo chocante del tema es que cuando uno lee esos libros lo que le cuentan es que los vascos fueron importantísimos en la Segunda Guerra Mundial. Todo el mundo sabe que los *gudaris* no se cubrieron de gloria en la Guerra Civil. Es más, que capitularon en masa ante las tropas fascistas italianas. Pero libros como el que cito los elevan a la altura de personajes de un arrojito mítico y parece imposible explicarse el triunfo de los Aliados sin la ayuda de los esforzados *gudaris*. Versiones absolutamente falsas de la historia ocupaban así el lugar que debían haber ocupado historias reales, las de los centenares de vascos que sirvieron en la DA, pero que no se querían contar, ya que para el independentismo vasco la DA era un tema «español», y los vascos que habían luchado en la Segunda Guerra Mundial solo lo habían hecho a favor de los Aliados.

En 2018, treinta años después de la obra de Romaña, se seguían publicando libros que al hablar de los vascos en la Segunda Guerra Mundial seguían ocultando de manera total la presencia de ellos en la DA, pero lo más increíble es que los lanzaban sellos que en realidad no tenían que ver con el separatismo (Tabernilla, González, 2018): hasta tal punto se ha asumido por muchos como inevitable el discurso de los historiadores separatistas.

Otro elocuente ejemplo de cómo construyen la historia los movimientos separatistas era el de *Soldats, guerrers i combatents dels Països Catalans* (Hernández Cardona, Riart, 2014). En ese largo recorrido sobre los catalanes soldados se hablaba de la Segunda Guerra Mundial, claro, pero sin citar para nada a la DA (se hablaba en cambio de un regimiento del Ejército Francés compuesto por soldados senegaleses, pero donde buena parte de la oficialidad provenía del Rosellón, léase la *Catalunya Nord*). Como el tema del libro eran los llamados «Países Catalanes», lo que incluye Valencia y Baleares, que aportaron también fuertes contingentes a la DA, la ocultación del tema por tamaños manipuladores era aún más descarada. Nada de esto puede sorprendernos, la verdad. Orwell escribió en sus *Notas sobre el nacionalismo*, que

Todo nacionalista acaricia la idea de que el pasado puede alterarse. Pasa la mayor parte del tiempo en un mundo fantástico en el que las cosas suceden como deberían haber sucedido (...) y no duda en transferir fragmentos de su mundo a los libros de historia.

Algunos autores catalanes, sin embargo, han tratado de indagar sobre sus vecinos (bien catalanes de origen, bien inmigrantes) que sirvieron en Rusia. Los resultados que conozco de estos intentos son desalentadores. En uno sobre voluntarios de la DA originarios o residentes en la comarca del Alto Penedés (Querol, 2010), se recogían supuestos «testimonios» que solo cabe calificar como fruto de la imaginación más fértil. Uno decía que vio cómo los tanques de la DA

cruzaron el Vóljov, aunque la unidad española nunca tuvo tanques. Otro afirmaba que en el frente los españoles estaban a la intemperie, y los alemanes en barracones perfectamente caldeados, hasta que los españoles los atacaron con bombas de mano y los alemanes se vieron obligados a hacerles hueco. El siguiente afirma que él no fue al frente ni en tren ni andando, sino que llegó a Rusia y volvió a España en camión. Todas son falsedades evidentes. Pero el «testimonio» más surrealista recogido por el periodista, que no lo sometía a crítica ninguna, era el que sostenía que los españoles de la DA practicaban una singular variante de la ruleta rusa: para detectar dónde estaban las armas enemigas, uno de ellos se colocaba en lo que era una especie de catapulta y era proyectado al aire. El enemigo disparaba a estos divisionarios voladores. Si llegaban vivos al suelo, se supone que ganaban la apuesta y —de paso— sus compañeros podían detectar dónde estaban las armas del enemigo. Si un periodista con vocación de historiador es capaz de creer semejantes disparates, demuestra no solo que ignora por completo la historia de la DA, sino que tiene otras carencias más graves. Pero es que hay gente capaz de creerse cualquier cosa sobre la DA siempre que sirva para desacreditarla.

Naturalmente no todos los historiadores catalanes caen en tales niveles de delirio. Daniel Arasa, en su *50 Historias Catalanes de la Segona Guerra Mundial* (Arasa, 1998) no ha dejado de citar a los divisionarios, pero también es cierto que dedicó proporcionalmente mucho más espacio a quienes lucharon en los ejércitos aliados que a quienes sirvieron en la Wehrmacht, lo que no se corresponde con la realidad. Por su parte, un autor de la talla de Xavier Moreno ha tenido que argumentar que, se quiera o no, la DA forma parte también de la historia de Cataluña (Moreno, 2011). Frente a la masiva propaganda que se hace (en este y otros temas) de los mitos históricos del separatismo, en el caso de la DA solo la Hermandad divisionaria de Barcelona se atreve a señalar que Cataluña no faltó a la cita contra el comunismo en el Frente del Este (Oriente, 2015).

#### OTROS ESTUDIOS TEMÁTICOS

##### UNIFORMOLOGÍA, CONDECORACIONES, MILITARIA

En los ejércitos, aspectos sin ninguna o escasa relevancia en la vida civil, como los uniformes y las condecoraciones tienen una importancia fundamental. La División Azul también ha sido estudiada desde este punto de vista, por autores especializados como José María Bueno, Carlos Sampederro, Gregorio Torres y Víctor Castillo, en libros de un tamaño moderado (Bueno, 1991; Sampederro, 1992; Torres, Castillo, 2010). Pero en este aspecto, como en los demás, cada vez aparecen obras más extensas y eruditas, sobre temas cada vez más concretos como *Condecoraciones y distintivos de la División Azul* (Pérez Rubio, Prieto, 2012) o *Medallas Conmemorativas de la División Azul* (González Pinilla, Barrera, 2018). Otro estudio también muy monográfico, este en el ámbito de la vexilología, es *Banderas españolas contra el comunismo* (Ibáñez Cagna, 2000).

En una sociedad cada vez con más recursos para dedicar a las aficiones, parte del público se deja tentar por el coleccionismo de objetos de «militaria» (uniformes, insignias, condecoraciones) y hay que señalar que todo lo relativo a la División Azul despierta un vivo interés. Ello explica la aparición de un buen número de artículos de esta temática tan específica en revistas

especializadas en ella, abordando temas como las postales editadas para la DA por los servicios de propaganda alemanes, la Medalla de la Campaña de la División Azul, las placas metálicas de identidad que debían portar al cuello los voluntarios, o los escudos con los colores de España que lucían en sus uniformes, etc. (González Pinilla, 2001, 2005, 2006, sin fecha-varios), o los uniformes españoles que se usaban por los voluntarios en los trayectos de ida y vuelta entre España y Alemania (Pérez Rubio, 1998). Y esto por citar solo una parte de los artículos aparecidos en español, porque los hay también en alemán, inglés y francés.

Otro ámbito dentro del mundo de las aficiones con vínculos con lo militar es el del ya tradicional miniaturismo. El modelar y pintar «soldaditos» en miniatura se ha convertido en ocasiones en un auténtico arte y en cualquier caso produce obras de una increíble calidad técnica. Las revistas que se dedican al tema han dedicado muchos artículos a figuras que representaban a divisionarios, y a dioramas que escenificaban episodios de la historia de la DA. Esta es una actividad en la que son frecuentes los concursos y son ya numerosos los casos donde el primer premio lo obtienen figuras de divisionarios.

También está muy extendida la afición a los llamados «juegos de estrategia» (*wargames*), donde se reproducen sobre tablero las condiciones de un combate determinado, y los jugadores representan a los bandos en lucha. Se editan revistas dedicadas exclusivamente a ellos. Varias de ellas —españolas y extranjeras— han dedicado una notable atención a la recreación sobre tablero de acciones de combate de la DA, publicando excelentes artículos sobre la unidad (por ejemplo Monnier, 1992; Vitry, 2007), de gran rigor pues no en vano lo que se intenta en esos «juegos de estrategia» es reproducir con la mayor exactitud las condiciones imperantes en los combates. Ya en 1995 la prestigiosa firma The Gamers, dentro de su acreditada serie *Tactical Combat* dedicó uno de sus juegos a la batalla que libró la DA en Krasny Bor, titulándolo *Black Wednesday. The Battle of Krasny Bor*, que sigue teniendo notable aceptación.

#### OTRAS PERSPECTIVAS

A día de hoy la fotografía tiene un papel cada vez más relevante como documento histórico. No es extraño que hayan aparecido varios trabajos que exploran esa perspectiva en el ámbito de la DA. Por desgracia no siempre logrados. Es el caso de *La División Azul en imágenes*, libro que aparecía sin firma de autor, y no es de extrañar, dados los garrafales errores que se producían en los pies de foto y la errónea perspectiva con la que se presentaba a la DA (*La División*, 2010). Quien fuera el autor de la selección, se había limitado a usar fotos archiconocidas del Archivo General de la Administración referidas a la DA. Algo que no ocurría con el libro de Morales y Togores, que habían explorado archivos privados para *La División Azul. Las fotografías de una historia* (Morales, Togores, 2008) y también publicaron numerosas fotografías inéditas de divisionarios en *Falangistas* (Morales, Togores, 2010). Aún mayor era el porcentaje de fotos desconocidas hasta entonces que aparecía en *Lejos de España, pero por España. Las mejores fotos de la División Azul* (Sagarra, Castillo, 2011) en la que sus autores realizaron un intensísimo trabajo para redactar con exactitud no alcanzada hasta entonces cada pie de foto.

Aproximarse a la DA desde el punto de vista del coleccionismo postal tiene una importante consecuencia: se recopilan de ese modo una gran cantidad de cartas enviadas desde el frente por

los combatientes, que pueden ofrecer información interesantísima sobre la perspectiva en que veían los hechos aquellos hombres y en aquellos momentos. Por ello, el volumen titulado *Historia postal de la División Azul. Españoles en Rusia* (Vázquez, 1995) permitió dar a conocer documentos valiosos para el historiador. Un tema central al respecto es el de los procedimientos de censura postal aplicados en la DA, descritos con pasmosa erudición en una tesis doctoral dedicada a este tema, al que normalmente no se le presta ninguna atención (García Sánchez, 2009).

Muchas de las cartas de los soldados se dirigen a sus «madrinas de guerra», mujeres que desde la patria les escribían para darles ánimos. Estas colecciones de cartas solo han sido explotadas de manera muy limitada hasta ahora en *Madrina de Guerra. Cartas desde el frente*, con documentos relativos a la Guerra Civil y a la División Azul (Ramón, Ortiz, 2003) dieron una muestra del interés de estas fuentes. Estas madrinas de guerra eran vitales a la hora de mantener la moral de los soldados de la DA, y por ello la *Hoja de Campaña* dedicaba una sección a promocionar el establecimiento de lazos entre ellas y los soldados del frente. Este papel —el de la mujer como apoyo moral al soldado en la campaña rusa—, es el tema del libro *Las mujeres de la División Azul* (que incluye también un breve apartado sobre las enfermeras) (Uriarte, 2012).

\* \* \*

El lector quizás haya encontrado excesiva tan larga recopilación de títulos. Sin embargo, si repasamos la multitud de autores, la variedad de temas, la diversidad de perspectivas, hay una conclusión que se impone: el tema de la DA le interesa mucho a bastante gente, más de la que uno podría pensar quizás. Pero además de a ese grupo de lectores muy interesado en el tema, existe un interés general difuso, más amplio, que no «consume» una bibliografía tan especializada, pero desea saber los detalles básicos. Por eso, de manera simultánea a estos estudios «en profundidad», siguen apareciendo de tanto en tanto estudios generalistas, orientados a la difusión del tema y no a la investigación de ningún aspecto concreto, de los más variados formatos (Caballero, 2009-b; Martínez Canales, 2009; Álvarez García-Bernardo, 2017). Obviamente, los aniversarios dan lugar a debates sobre «el estado de la cuestión» (Jiménez Soto, 2015-b; Sagarra, 2016).

#### DIVISIÓN AZUL Y NOVELA HISTÓRICA

La relación de la DA con la literatura es muy intensa. Al hablar de los textos escritos por divisionarios, ya se ha señalado que fueron bastantes los que trataron de verter su experiencia en textos de cariz literario. Pero lo escrito como literatura por autores que sirvieron en la DA es mucho más extenso. Es innecesario recordar todo lo escrito, por citar un ejemplo, por Ridruejo. Pero vale la pena evocar a algunos autores divisionarios —de muchísima menor calidad, desde luego— cuyos escritos, sin citar a la DA o hacerlo solo fugazmente, sin embargo sí que nos sirven para entender los puntos de vista de quienes sirvieron en ella. Expondré unos pocos casos, a modo de ejemplos. Alfonso Gallego, que tras servir en la DA murió prematuramente en 1944, dejó escrito un breve *Diario de un falangista de primera línea*, cuya lectura nos permite entender perfectamente las razones y las vivencias que llevaron a los falangistas a Rusia (de hecho el

«diario» se inicia evocando la marcha hacia el frente ruso), una obra que se editó muchísimo después de su muerte (Gallego, 2011). Tal como exponía sus más recientes vivencias, Gallego se sentía miembro de una generación que sintió que España estaba en trance de caer bajo el poder comunista, lo que les llevó a luchar contra él, pero también a soñar con una España mucho más justa. Un camarada suyo, falangista y veterano de la DA, Antonio Carballeda, escribió mucho después, en los años 80, pero su análisis de los años anteriores a la Guerra Civil —*Y volvimos a los años 30* (Carballeda, 1990)— seguía siendo idéntico al expuesto por Gallego cincuenta años antes, lo que vuelve a recordarnos el hecho de que la DA no tiene otro origen que lo traumático que fue aquel periodo para muchos españoles.

Ni Gallego ni Carballeda tienen el más mínimo interés literario, y si reseño sus escritos es porque nos ilustran sobre los motivos de los divisionarios. Pero —siempre dejando de lado a los divisionarios que alcanzaron cierto renombre literario a escala nacional— hay un amplio número de divisionarios que tuvieron cierta presencia en los ámbitos intelectuales de su época y sus ciudades. No es extraño, porque después de todo en la DA sirvió una cantidad increíblemente alta de licenciados y bachilleres. Entre los trabajos de investigación pendientes, uno interesante sería el de elaborar un listado de divisionarios que escribieron libros y artículos. Pondré solo un ejemplo, aunque podría citar varias decenas: el del alcoyano Rafael Coloma Payá. Aunque me temo que desconocido a escala nacional, en su Alcoy natal era un respetadísimo intelectual, que fundó y dirigió el periódico local (*Ciudad*) y publicó un buen número de libros de historia, ensayo, literatura de viajes, poesía... Una de sus obras, *Episodios alcoyanos de la Guerra de España, 1936-1939*, narra con crudeza las prácticas terroristas del Frente Popular en su ciudad, y sirve para explicarnos por qué tantos alcoyanos —¡incluyendo el alcalde de la industriosa ciudad! — sirvieron en la DA. Por cierto, tanto Coloma como el citado alcalde tuvieron que esperar a bien entrado 1942 para ir a Rusia, cuando según algunos ya no iban más que soldados forzados.

La figura del divisionario no tardó en aparecer en obras literarias de éxito dentro de ese segmento que conocemos como novela histórica. Hoy la figura de José María Gironella no goza de mucho aprecio, pero en su día fue un autor de tremendo éxito. En su trilogía sobre la Guerra Civil y la posguerra, varias figuras divisionarias aparecen en el tercer volumen, *Ha estallado la paz* (publicado en 1966). El autor catalán evocaba así el momento:

La guerra había cambiado de signo. Ahora tenía otro nombre (...): Cruzada contra la Rusia soviética (...). Los ánimos se galvanizaron a favor de Alemania y los anglófilos (...) no acertaban a opinar. Actos de afirmación patriótica brotaron como por ensalmo en toda la geografía nacional. Bombardear Londres era, al fin y al cabo, discutible... ¿Pero era discutible bombardear a Leningrado y Moscú? (...) [Capítulo LVI]. Los banderines de enganche abiertos en toda España y los carteles que aparecieron por doquier respondían a una realidad: existían en el país muchos voluntarios dispuestos a luchar contra Rusia [Capítulo LVII].

La obra de Gironella se ambienta en gran medida en su Gerona natal. Y aunque esta no fue precisamente la parte de España donde la DA tuvo más predicamento, sin embargo la novela nos revela que también allí la DA ocupó una parte importante de la vida pública.

Pero Gironella no fue el primer escritor que incorporó la figura de los divisionarios en creaciones literarias. De hecho si un título unió División Azul y literatura entre el gran público en los años 1950, ese fue *El desconocido* (Kurtz, 1956), una obra escrita al calor de la intensísima emoción que provocó en toda España la repatriación de los prisioneros españoles a bordo del

*Semíramis*. En realidad la obra tiene más que ver con el análisis de las relaciones de pareja cuando se produce una larga ausencia que con la DA, que apenas era evocada. El drama sentimental que supuso para muchas parejas el cautiverio también era el tema de *Un mundo en el infierno* (Ortoll, 1956), fruto de una prolífica autora de «novela rosa».

Ya se habló de Emilio Romero —uno de los más afamados periodistas del franquismo— y de su novela *La Paz empieza nunca* (Romero, 1957), que ganó el Premio Planeta y cuyo personaje central era un divisionario. Como parece escrita en clave autobiográfica, muchos han sospechado —sin fundamento— que Romero sirvió en la DA. Esta obra, hoy casi olvidada, tuvo un tremendo éxito, con 40 ediciones entre 1957 y 1987. Manuel Pombo nos proporciona otro ejemplo de la presencia de los divisionarios en la literatura con su novela *La sombra de las banderas* (Pombo, 1969), que también tenía como personaje central a un divisionario, e igualmente recibió un importante premio literario (aunque tuvo menos impacto: 15 ediciones entre 1969 y 1986). No faltó algún contrapunto a esta visión generalmente heroica e idealista, como muestra *La última oportunidad* (Zulaica, 1963) con una temática muy distinta: la violación de una rusa y el fusilamiento de los culpables.

Empezó el tercer milenio y la DA siguió apareciendo con mayor o menor intensidad, pero en general con muy poco acierto histórico, en diversas obras de autores con cierto peso en nuestro panorama intelectual y literario. Así por ejemplo, Muñoz Molina la hace aparecer en su atípica novela *Sefarad*, en la que insertó el testimonio de un amigo suyo que había sido divisionario, José Luis Pinillos, reputado psicólogo y miembro de la Real Academia (Muñoz Molina, 2001). Ignacio del Valle consiguió hacerse un autor de éxito con una novela «policiaca» ambientada en la DA, *El tiempo de los emperadores extraños* (Valle, 2006). Aunque ha sido traducida a varios idiomas y ha servido de base para el guion de una película, su base histórica es casi nula y lo truculento de su argumento (donde no faltan la violación, el asesinato ritual, la práctica de la ruleta rusa) muestra en realidad una incapacidad para armar una novela sin recurrir a extremos que rayan lo truculento. Pero posiblemente el éxito de su novela sea una de las explicaciones de que haya cada vez más autores que intentan ambientar sus relatos en la DA.

Jon Juaristi, que tras la militancia *abertzale* de su juventud se convirtió en crítico feroz del nacionalismo, trató en *La caza salvaje* de establecer un vínculo entre el separatismo vasco y el nazismo a través de figuras como el fugazmente divisionario y notorio mitómano Miguel Ezquerro, que aunque aragonés tenía un apellido apropiadamente vasco para su propósito (Juaristi, 2007). Mucho más preocupado que otros autores por la verosimilitud histórica de sus relatos, Lorenzo Silva narró en *Niños feroces* la trayectoria de los españoles que combatieron en la fase final de la Segunda Guerra Mundial integrados en la *Waffen SS* (Silva, 2011). Sin embargo, en definitiva el libro vuelve a cometer el error básico de atribuir trascendencia a un suceso que en realidad fue banal, y ello se debe a que las siglas «SS» provocan, por ellas mismas, un «morbo» que atrae lectores.

Juan Manuel de Prada, a pesar de su fama de estar ideológicamente en la derecha, escribió una novela (*Me hallará la muerte*) en la que no solo había infinidad de errores sobre la historia de la DA, sino que además caracterizaba a los divisionarios como auténticos personajes del lumpen, lo que no es raro, ya que esta es una tesis tradicionalmente sostenida por la derecha más rancia, que siempre vio a los divisionarios —y a los falangistas en general— como «indeseables» (Prada, 2012). Carla Montero obtuvo un notable éxito de ventas con su novela *El invierno en tu*

*rostro*, en la que insertaba la experiencia de su abuelo, veterano de la DA, y también la historia de su tío abuelo, militante comunista, exiliado tras la Guerra Civil, que acabó siendo asesinado por sus camaradas en una de las periódicas purgas que sacudían esta formación política (Montero, 2016). Sin embargo, en lo esencial, su libro es una historia de amoríos. Aparecen figuras de divisionarios, más o menos verosímiles, en obras de autores tan diversos como puedan ser Fernando Sánchez Dragó, Manuel Vázquez Montalbán o Almudena Grandes.

Hay autores bastante menos conocidos que han tratado de usar los amplios recursos que la historia de la DA ofrece para construir relatos. En bastantes casos, incapaces de dotar de fuerza literaria a una novela, pretenden lograrlo con historias que llamen la atención por lo enrevesado, por lo atroz, etc. Situar en el seno de la DA a personajes con un pasado izquierdista es de los recursos más usados, como demuestran por ejemplo *El rojo en el azul* (Salmerón, 2005) y *El peluquero de la División Azul* (Cordero, 2014). También da juego para hablar de espías (González Rodríguez, 2006), de crímenes de guerra (Vilches, 2008) o para auténticas «novelas de guerra», como *Morir de azul* (Peñacoba, 2006). Otras obras tienen un punto de originalidad, aunque no necesariamente de calidad literaria y fiabilidad histórica. Algunos ejemplos serían la obra *La suerte del otro*, de Pañeda (2005), donde se escribe sobre la historia comparada de un héroe de la DA, el comandante Reinlein, y su cuñado, encarcelado en el Campo de Concentración de Dachau mientras su familiar se batía en Rusia. En *La cuarentena* (González Más, 2012) se intentó describir —aunque tuvo poco acierto— la problemática psicológica de los repatriados en el *Semíramis*. Con *El infierno de los inocentes* (Molinos, 2015), el autor quiso explorar las vivencias de dos grupos de españoles a los que el destino forzó a permanecer en Rusia más tiempo del esperado: los prisioneros de la DA y los «niños de la guerra», y logró perfilar una obra de mucho interés. La lista de libros de este tipo podría alargarse durante bastantes páginas más, y aquí solo he pretendido recordar la existencia de algunos de ellos, porque quizás haya más de un lector que no haya detectado la existencia de una auténtica corriente de libros de literatura donde la DA tiene cierta presencia.

Son realmente muy escasos los ejemplos de novelas en las que el autor se ha tomado muy en serio documentarse sobre la División Azul. Sin embargo, María Charles, basándose según ella en documentación original de un personaje real, escribió *Etxezarra. Historia de un militar de la guerra de África a la campaña de Rusia*, y la verdad es que el personaje de la novela es tan realista que todo parece indicar que en efecto la autora se atuvo muy fielmente a la documentación, considerando que la historia real ya era de por sí un buen argumento literario (Charles, 1993). Un sólido trabajo de documentación sobre la DA es el que se refleja en una novela de Pío Moa ambientada en parte en ella, *Sonaron gritos y golpes a la puerta* (Moa, 2012). O en la obra *Un general para Hitler* (Núñez Roldán, 2016). Pero posiblemente la obra de José María Blanco, *Añoranza de guerra* sea el mejor ejemplo de novela histórica en la que el autor es capaz de escribir una estupenda obra sin desviarse ni un ápice de la realidad histórica (Blanco Corredoira, 2011).

En novelas ambientadas en la Escuadrilla Azul encontramos desde ejemplos de mucha fidelidad a la historia real, como ocurre con *Los demonios de azul* (Pertejo, 2007) y *Mermelada de naranja amarga* (Vara de Rey, 2011), hasta el extremo opuesto, el de la narración más grotescamente falsa, como la contenida en *Tercera Cruz de Caballero*, en la que se pretende que además de Muñoz Grandes y Esteban-Infantes hubo un tercer español en recibir la Cruz de

Caballero, que era un piloto de las Escuadrillas Azules, pero antifalangista, y que después de luchar con la Luftwaffe lo hizo con la Fuerza Aérea israelita.

No faltan autores extranjeros interesados en aproximarse al tema desde el ámbito de la literatura. Un autor inglés, ya citado como el hombre que posiblemente haya vendido más libros sobre la DA en el mundo, abordó la DA también en el plano literario en *No Fiesta on the Eastern Front* (Scurr, 2007). *Face to the Sun. A novel of the Division Azul* (Genualdi, 2011) sería otro ejemplo de las novelas escritas dentro de un cierto nivel de verosimilitud histórica, porque hay varias otras que son simplemente delirantes, como una que muestra a divisionarios realizando misiones secretas para la Wehrmacht en la frontera entre México y Estados Unidos...

Estas líneas sobre la DA y la literatura no pretenden en modo alguno formular juicios literarios, y tan solo se trata de reflejar aquí que existe este tipo de libros. Pero desgraciadamente, salvo honrosas excepciones, el «divisionario» de esta literatura tiene poco o nada que ver con los divisionarios reales. Así que los numerosos textos de literatura donde la DA aparece de una manera u otra muy posiblemente acaben conduciendo a una deformación en la percepción de su historia, en vez de a un esclarecimiento. Pero en todo caso, esta presencia creciente de la DA en obras literarias demuestra que este episodio histórico está ya definitivamente arraigado en nuestra conciencia común.

#### UNA OJEADA AL MUNDO DE LA IMAGEN. Y A INTERNET

Este libro no puede extenderse indefinidamente, así que hay aspectos que me veo obligado a dejar fuera de él por un puro problema de espacio, pese a su eventual interés. Es el caso de la presencia de la DA en el mundo del cine, tanto en el ámbito del puramente artístico como en el de los documentales. No puedo dejar de subrayar que hubo dos divisionarios que se convirtieron en afamados directores de cine, Pedro Lazaga y, sobre todo, García-Berlanga. Por otra parte, alguna reciente producción española como *Silencio en la nieve* se ha ambientado en la DA.

Pero indudablemente es en el mundo de los documentales donde la DA más presencia tiene. Existen documentales sobre la DA en español, pero también en alemán y en ruso. Objetivamente hablando, su interés como fuente histórica suele ser escaso (hay, sin embargo, alguna excepción). El formato audiovisual tiende por desgracia a la superficialidad. Pero tiene un gran impacto en el público. Así por ejemplo, la casi inevitable presencia de Ciges y García-Berlanga en los documentales de factura española puede que haya sido la causa de que tanta gente esté convencida de que en la DA hubo tantas y tan variadas categorías de gente «forzada a alistarse», aunque los documentos de los archivos, las memorias y los diarios de divisionarios, y una innumerable cantidad de estudios, demuestren exactamente lo contrario. El mismo hecho de que hayan sido siempre Ciges y García-Berlanga, y no otros, los que han aparecido contando esas versiones truculentas ya debería haber suscitado dudas sobre la verosimilitud de esas afirmaciones.

El lector interesado en el tema de la presencia de la DA en películas y documentales tiene a su disposición libros (Alegre, 1994) y artículos (Alegre, 1991, 1993 y 1996; Caballero, 2006-c; Ibáñez Hernández, 2001; Jiménez, 2017; Lledó, 2018).

Los documentales relacionados con la DA se han pasado sobre todo por cadenas de TV, y solo me consta uno que haya llegado a la gran pantalla. Algunos de ellos exponían el caso de la

DA en relación con otros sucesos (los combatientes extranjeros en la Guerra Civil; los españoles que sirvieron en el Ejército Rojo) pero eran siempre muy generalistas. Solo conozco un documental que aborde un apartado concreto de la historia de la DA y no es casualidad que esté consagrado al combate más duro librado por los españoles: *Los combates de Krasny Bor*, con guion de Luis Togores y realización de José Antonio León, que contó con el patrocinio de la Hermandad de la División Azul y editó en formato DVD la firma Historicamedia. La hora y media de duración del documental evidenciaba la profundidad con que se analizaba aquella batalla.

Alguno de estos documentales ha dado pie a que su guion se edite como texto escrito. Fue el caso de un documental elaborado por una productora de marcado signo falangista, que nunca emitió ninguna TV pero se puso a la venta como cinta de vídeo, que iba acompañada de un pequeño libro titulado *Galubaya Divisia. Crónica de la División Azul*. (García, 2001). En cambio varias veces y distintas cadenas han emitido un documental sobre los españoles en los dos grandes bandos de la Segunda Guerra Mundial, y las entrevistas que usó el guionista acabaron viendo la luz como libro (Domingo, 2009). Otro caso a señalar es el de una serie de programas de radio (en una emisora solo accesible en Internet) bajo el título de «La isba del Guripa», que acabaron convirtiéndose en una edición en papel (Maqueda, 2017).

Y ya que se habla de Internet, hay que escribir algunas palabras sobre la presencia de la DA en sus «sitios web». Aunque a día de hoy parece inevitable cantar las alabanzas de este medio, la verdad es que en el caso de la DA no hay motivos de especial entusiasmo al respecto. Basta con introducir la expresión «División Azul» en un buscador para que aparezcan centenares de «páginas web» donde se habla de ella, pero en su inmensa mayoría son perfecta y completamente prescindibles si de lo que hablamos es de conocer su historia. Dada la «desregulación» de este medio, donde casi nadie se siente obligado a explicar de dónde extrae sus afirmaciones, uno puede encontrar las más peregrinas e inverosímiles sobre la DA. Y como si fuera una auténtica metástasis, después cada una de ellas es replicada una y otra vez, apareciendo en más y más «páginas web». La verdad es que en Internet solo existe una dirección que destaque por lo amplio de sus contenidos, el Foro Memoria Histórica de la División Azul (*memoriablau.es*). En sus distintos apartados ofrece una información riquísima sobre biografías de divisionarios, hechos de armas, bibliografía, etc. Eso sí, como se trata de un foro, la información que aparece tiene siempre bastante de aleatorio. Si alguien desea «colgar» en el Foro Memoriablau información muy detallada de un divisionario, por poner un ejemplo, el usuario puede acceder a ella. Pero otros divisionarios que sean de igual o mayor importancia histórica, si no han encontrado a alguien que pueda o quiera «colgar» información sobre él, quedan en la más completa penumbra. Pero este, claro, es uno de los defectos de este formato, que no es específico de *memoriablau.es*, sino común a todos los foros. En todo caso, como ya he dicho, el Foro Memoriablau es a día de hoy una riquísima fuente de información. El mismo Núñez Seixas lo ha usado, para hablar de los divisionarios que ejercieron el cargo de alcalde en distintos puntos de España, aunque él —que alardea de lo riguroso de su metodología académica— haya omitido, en este caso, citar la fuente.

Hubo que esperar muchos años a que el Ejército hiciera al menos una evaluación numérica de los españoles que habían pasado por la División Azul (aunque jamás acometió la redacción de una historia de la unidad). Según aquellos datos habían servido en ella un total de dos generales, 120 jefes (rango que incluye desde los comandantes a los coroneles), 2.030 oficiales (desde alféreces a capitanes), 3.990 suboficiales (sargentos y brigadas), 300 miembros del Cuerpo Auxiliar de Subalternos Especialistas — CASE— (maestros armeros, herradores, etc.) y 38.800 hombres de tropa (soldados, pero también cabos y cabos primeros), con un total de 45.242 hombres. Habría que añadir a ellos el contingente de la Escuadrilla Azul. En realidad aquellas cifras no eran exactas, pero han dejado huella, y el número que se ha consolidado es el de 45.000 españoles implicados en la Campaña de Rusia. Si dejamos de lado el caso del menguado número que formó parte de las «unidades clandestinas», su historia se reduce a dos años. Y sin embargo la huella que han dejado 45.000 hombres en acción durante dos años parece indeleble. En varias ocasiones he citado a Núñez Seixas. Recientemente ha aparecido un libro coordinado por él, en el que un buen número de autores aborda de forma breve momentos o aspectos clave de la historia de España. Menos de 200 temas. Y uno de ellos es precisamente el de la División Azul, que parece que de manera definitiva se ha hecho un hueco en las páginas de nuestra historia.

No parece aventurado suponer por tanto que de la DA se va a seguir hablando y escribiendo. Lo que está por ver es en qué términos. Es evidente que si por los autores de izquierda fuera, habría que estudiarla en relación con prácticas criminales, buscando la existencia de un fondo racista y antisemita en ella y tratando de demostrar que sus miembros eran cómplices de asesinos. No son pocos los casos de autores que buscan con empeño en los textos divisionarios la existencia de afirmaciones de contenido antisemita, para que parezca que fueron a matar judíos, en vez de a combatir al comunismo. Ya señalé que la existencia de la DA no tiene nada ver con el antisemitismo o con el Holocausto, ni remotamente, pero dado el empeño de algunos en establecer vínculos, es imprescindible dedicar alguna reflexión al tema.

¿Qué trascendencia cabe atribuir a la aparición de ciertas expresiones antisemitas en un artículo aparecido en *Hoja de Campaña* o en el libro escrito por un divisionario? Los divisionarios no habían llegado al frente ruso desde la Luna, sino que estaban insertos en una cultura —la europea— donde los prejuicios antisemitas estaban extendidísimos, tenían profundísimas raíces y gozaban de respetabilidad. Por mucho que esto aparezca hoy como algo aberrante, no podemos ignorar que esa era la situación. Expresiones que en la actualidad consideramos insoportablemente injuriosas contra los judíos fueron formuladas por numerosos personajes claves en nuestra cultura. Sabemos perfectamente que los judíos (y en menor medida otras minorías) han sido usados a lo largo de siglos como «chivo expiatorio» al que atribuir una «causalidad externa» de los males y problemas que aquejan a un grupo social en un momento dado. Que el antisemitismo, que parecía olvidado, en una época marcada por un laicismo cada vez más extendido, reapareciera con fuerza inusitada en el periodo de entreguerras se debe a la dificultad para analizar y entender las razones por las que había triunfado el comunismo en Rusia. Hay que subrayar que si ese antisemitismo volvió a difundirse y a calar se debió, precisamente, a que se le identificaba con lo que a muchos les causaba pavor: el comunismo. Ni que decir tiene que se trataba de una absoluta y completamente falsa relación causa-efecto, pero si algo tiene éxito a nivel de las masas son las teorías conspiratorias. Europa entera volvió a registrar

obsesiones antisemitas en un grado insospechadamente alto e intenso, azuzadas por el miedo a una amenaza muy concreta: la del avance del comunismo

Que eventualmente estos tópicos antisemitas aparezcan en algún escrito de autores divisionarios no tiene, sin embargo, relevancia. Y debo explicarme: ese tipo de tópicos existió en muchos lugares y entre muchos personajes. El mismo Churchill, horrorizado como estaba en 1917-1918 ante el triunfo del comunismo en Rusia, realizó declaraciones en que atribuía la conquista del poder bolchevique a una conspiración judía. Y es bien sabido que Stalin tenía profundos sentimientos antisemitas. Lo realmente importante es que no existía entre los divisionarios una animadversión cargada de odio. Y eso por una sencilla razón: prácticamente no había judíos en España y por ello hacía siglos que no se producían persecuciones ni violencia contra ellos. Para el español de aquellos tiempos, el judío era un personaje al que se evocaba en la liturgia de la Semana Santa y poco más. El antisemitismo operante y de masas, el que asaltaba barrios y aldeas judías, el que incendiaba sinagogas, era algo por completo inexistente en España y por tanto los divisionarios no estaban impregnados de él.

Fue al llegar a Alemania y al atravesar zonas de Polonia, Lituania y Bielorrusia donde los divisionarios tuvieron un contacto fugaz con judíos de carne y hueso, y lo significativo es que no les provocaron rechazo, sino más bien curiosidad. En Alemania no se les sometió a ningún adoctrinamiento antisemita mediante propaganda, o a través de medios de comunicación. En los noticiarios cinematográficos alemanes, muy admirados por los divisionarios, ya que sus imágenes sí podían interpretarlas sin mayor problema, este era un tema ausente. Como se ha escrito en la obra *La Europa nazi y la Solución Final*:

Durante la guerra, las PK (compañías de propaganda) produjeron cinco millones de kilómetros de datos filmados, cuyo 6 por ciento se incluyó en los noticiarios semanales que duraban de veinte a treinta minutos. Sin embargo, no se mostró casi nada sobre la situación de los judíos de la Europa Occidental ocupada y solo se proyectaron unos minutos sobre las condiciones de los judíos en el Este (...). Cuando comenzó Barbarroja, se proyectaron algunos noticiarios a mediados de julio y principios de agosto que hacían referencia a judíos vinculados a la campaña contra la Unión Soviética (...). Es verdaderamente chocante que desde esta fecha (agosto de 1941) hasta el final de la guerra nunca volvieron a aparecer en los noticiarios medidas antisemitas concretas (Bankier, Gutman, 2005).

En el mismo libro arriba citado se nos informaba, por poner un ejemplo, de que la persecución de la población judía era algo de lo que la prensa alemana virtualmente no hablaba. Ya señalé, por ejemplo, que este era un tema ausente en las publicaciones alemanas que llegaban a manos de los miembros de la DA como *Signal*, *La Joven Europa* o *Aspa*. ¿Qué podía, por tanto, conocer un voluntario español sobre la política antisemita seguida por el Tercer Reich? Podría haberse enterado quizás de algunos hechos a través de la población local, más familiarizada en el trato con judíos, y de la que podría haber recibido alguna información. Pero si algún habitante de Polonia y Bielorrusia (donde la DA pudo ver a judíos durante su marcha) o de Letonia y Lituania (dada la existencia en Riga y Vilna de hospitales españoles) hablaba con miembros de la DA sobre este tema, con casi total seguridad la valoración que recibiría sobre los judíos sería terriblemente negativa, cargada de odio y en absoluto condenatoria con respecto a las políticas antisemitas, incluso las más extremas. ¿Y la propaganda soviética, podía ser una fuente de información sobre lo que estaba ocurriendo? Existe en español un estudio detallado sobre *La Unión Soviética y la Shoah* (Salomoni, 2007) que nos permite conocer datos interesantes. Según

la autora, no ya en los territorios ocupados por los alemanes, sino incluso en la retaguardia soviética, existía un amplio sentimiento antisemita, que los alemanes trataban de alimentar, con mucho éxito por lo que cuenta. De hecho, la propaganda soviética que hablaba de los crímenes contra los judíos era «para consumo externo», es decir, para ser difundida entre los medios judíos de países como Estados Unidos, para fomentar en ellos la simpatía hacia la URSS (y el envío de ayuda). Las autoridades soviéticas renunciaron de hecho a dar a conocer esas políticas antijudías entre su población, ya que podía tener el efecto paradójico de hacer que los ciudadanos de la URSS se mostraran favorables hacia el Tercer Reich. Por tanto, ¿cuáles eran las formas por las que un español, en pleno Frente del Este, aislado en sus trincheras, podía enterarse de qué estaba ocurriendo con la población judía? Se puede responder que casi inexistentes.

Es necesario además corregir otro error de perspectiva. Los años no pasan en balde, y ciertos aspectos de la Segunda Guerra Mundial que en su tiempo fueron considerados importantísimos pierden interés, cada día más, y otros que en algún momento fueron considerados poco relevantes pasan a primer plano. Las tácticas y técnicas militares de aquel conflicto, en su día objeto de un debate apasionado, han perdido su capacidad de atraer la atención, pues hoy la guerra se libra con unos parámetros muy distintos. Enfrentamientos que parecieron insuperables, gravados a fuego, como la lucha entre Francia y Alemania, que había dado lugar a tres guerras entre ambos países entre 1870 y 1945, nos parecen a día de hoy algo prehistórico, ya que es el eje franco-alemán el que actualmente vertebraba Europa. Estos y otros muchos temas de la Segunda Guerra Mundial pierden interés para el público en general.

Ocurre exactamente lo contrario con el tema de las políticas genocidas contra la población judía. Invito al lector a que busque los libros de memorias que sobre la Segunda Guerra Mundial escribieron Churchill o Eisenhower, para verificar por sí mismos qué espacio es el que consagraron estos destacados líderes al Holocausto en ellos. Estoy convencido de que se van a quedar muy sorprendidos ante lo ínfimo de los párrafos que se le consagran. Y, sin embargo, a día de hoy, el espacio dedicado a este tema en los libros que tratan de la Segunda Guerra Mundial no deja de aumentar. Pero si, como digo, ni Churchill ni Eisenhower parecían estar muy preocupados por este tema, y ellos sí disponían de información muy precisa, ¿qué es lo que cabe pedirle a los veteranos de la DA? Creo, en resumen, que todo intento de enmarañar a la DA en el tema de las políticas antijudías es una falacia, y que el empeño en hacerlo tan solo contribuye a oscurecer el necesario análisis de las causas reales que llevaron a los españoles a tomar parte en aquella remota campaña.

Si para los españoles de la DA su contacto con los judíos fue anecdótico, no puede decirse lo mismo de sus relaciones con la población rusa. Durante dos años convivieron estrechamente, pues lo normal era que se alojaran en casas de civiles, si no estaban ocupando un puesto en las trincheras. No es difícil imaginar que debieron producirse roces, y muchos, aunque no sea más que por el hecho de que en las zonas de la inmediata retaguardia del frente, que era donde debía producirse esa relación, la sufrida población tenía que aguantar la presencia de miles de soldados (españoles, y también alemanes y de otras nacionalidades) en situaciones que eran de extrema penuria. Y sin embargo, dados esos parámetros, no se trató de una relación especialmente tensa, ni desde luego provocó terribles males a esa población. De nuevo estamos ante un hecho que tiene una explicación muy sencilla: la inexistencia total de rusofobia entre los españoles, un sentimiento por completo ausente en nuestra cultura, ni en su más mínima expresión.

Los españoles, ya lo hemos visto, sentían que se portaban de manera correcta y amable para con los rusos, pero es evidente que algunos rusos pueden haberlo visto de manera diametralmente opuesta. Incluso algún ruso «colaboracionista» puede juzgar a los españoles como ocupantes difíciles de tolerar. Su testimonio tendrá un valor. Pero no tiene por qué tener más valor que los cientos de testimonios de españoles —y también de otros rusos— que narran una realidad distinta.

Lo que es indudable es que tanto a la URSS como a los comunistas españoles les habría encantado poder presentar una larga serie de crímenes atribuibles a la DA. El 2 de noviembre de 1942 el gobierno soviético instituyó una comisión que tenía un larguísimo título: «Comisión Estatal Extraordinaria para establecer e investigar los crímenes cometidos por los ocupantes fascistas alemanes y por sus cómplices, y los daños causados a ciudadanos, campesinos, organizaciones sociales, empresas del Estado y administraciones de la URSS». En la citada Comisión Extraordinaria figuraban académicos, personajes famosos, incluso un arzobispo, pero quien la controlaba con mano de hierro era el secretario del Comité Central del Partido Comunista de la URSS, Andrei A. Zhdanov, un veterano bolchevique que iba a ganar fama mundial como ideólogo de la URSS (en especial por su lucha contra el «desviacionismo burgués» en el arte y la literatura soviética, y también como teórico de la Guerra Fría), pero que a los efectos que nos interesan aquí, tenía alguna cuenta pendiente con los españoles, que le habría encantado saldar, ya que en 1942 y 1943 había sido quien tuvo a su cargo la dirección política del asediado Leningrado. Ya se señaló que la citada Comisión no olvidó investigar los presuntos crímenes contra los civiles cometidos por la DA.

Para los dirigentes comunistas españoles en el exilio era dogma de fe que la DA debía haber cometido un sinfín de fechorías. El periódico *España Popular*, que editaba el PCE en el exilio, en México, publicó en su edición de 23 de junio de 1944, en portada y bajo el título «Franco y Falange han participado en el saqueo de la URSS», este incendiario texto:

Las hordas del franquismo que bajo el nombre de la División Azul participaron en el frente oriental contra el país soviético cometieron contra los ciudadanos de la URSS toda clase de robos, crímenes y atropellos. Sus manos y sus cuerpos criminales están manchados, además de con la sangre de los mejores hijos de España asesinados por ellos, por la sangre, los robos y las violaciones perpetradas contra los ciudadanos de la URSS. Buenos discípulos de las hienas nazis y no queriendo quedarse en nada atrás en el ejemplo de estos, los falangistas realizaron en el territorio soviético donde temporalmente estuvieron tropelías y crímenes enormes. Asesinaron a los ciudadanos rusos, abusaron de las mujeres rusas, incendiaron sus casas, las saquearon apoderándose como vulgares rateros de lo que solo a los ciudadanos soviéticos pertenecía. En la gran cuenta abierta por la Unión Soviética contra los que hollaron su territorio, llevando el sufrimiento más horrendo contra sus hijos, hay una página no pequeña que corresponde a la España sanguinaria de Franco y los falangistas.

Casi simultáneamente (el 30 de septiembre de 1944), otro órgano de prensa del PCE, su revista teórica, *Nuestra Bandera*, publicaba otro artículo, este de Vicente Uribe, donde se leía:

Contra la Unión Soviética el falangismo español es cómplice directo de los crímenes nazis. Con los bandoleros de la División Azul, total 100.000 hombres, entre voluntarios y soldados españoles, arrancados por la fuerza de los cuarteles, Falange ha hecho la guerra contra la Unión Soviética, aunque se encubra en la máscara de la no beligerancia (...). Los falangistas arrasaron pueblos y aldeas soviéticas, asesinaron a pacíficos ciudadanos soviéticos, robaron y saquearon cuanto encontraron a mano en la gloriosa tierra soviética (...). No está mal recordar que la Unión Soviética ha señalado entre los grandes criminales de guerra, a quienes habrá que juzgar por sus felonías, a los falangistas Muñoz Grandes y Esteban-Infantes, en su tiempo Comandantes de la División Azul (...). A los falangistas hoy les sabe amargo recordarles el apoteósico recibimiento que

hicieron a estos bandidos, y las condecoraciones nazis y falangistas que penden en sus pechos por sus hazañas «no beligerantes», lo que es lo mismo que asesinar y saquear en tierra rusa y torturar prisioneros de guerra soviéticos.

Y, ¿en qué que quedaron tamañas acusaciones? No hay duda sobre lo mucho que le hubiera gustado a la URSS presentarse ante sus aliados occidentales con un buen arsenal de pruebas incriminatorias para acusar a la División Azul de crímenes tan evidentes que justificasen las acciones contra la España de Franco, algo que Stalin pidió insistentemente tras la capitulación del Tercer Reich. La URSS nunca pudo hacerlo. Y el PCE, que ha tenido más de setenta años para acreditar con pruebas fehacientes aquellas acusaciones tampoco ha encontrado el momento para hacerlo. Creo que no hay mejor demostración que los tan significativos silencios de las autoridades soviéticas y de los comunistas españoles, para poder asegurar que el comportamiento de los soldados de la DA para con la población rusa estuvo muy lejos de ser motivo para que nos escandalicemos.

Así y todo, más de un lector estará pensando que en cualquier caso la relación con la Wehrmacht y el Tercer Reich por fuerza debía ser tóxica. Hay que volver a insistir en que cuando analizamos la toma de decisiones, hay que tener muy en cuenta qué elementos de juicio estaban disponibles para quien las debía tomar. Y desde luego, en 1941 existían razones muy evidentes para considerar al comunismo soviético como una amenaza intolerable. En uno de los libros más lúcidos que se han publicado sobre la Segunda Guerra Mundial, el británico Norman Davies ha escrito:

En los años treinta, la URSS se transformó en un inmenso y grotesco laboratorio en el que la ingeniería social se combinaba con el sufrimiento humano (...) Millones de personas fallecieron de agotamiento o fueron víctimas de torturas y ejecuciones. Con la colectivización agraria sucumbieron clases enteras, como la de los pequeños propietarios rurales (...). Stalin organizó una campaña de terror estatal que hace que todas las demás formas de terrorismo palidezcan. La escala y la osadía de los asesinatos no tienen precedentes (Davies, 2008).

Contra ese régimen marcharon a combatir los voluntarios de la DA. Los crímenes nazis a gran escala comenzaron bien avanzada la guerra, se mantuvieron eficazmente ocultos, y los divisionarios no supieron nada de ellos hasta que acabó el conflicto. Y, por otra parte, y como también nos recuerda Davies:

Debido al historial indiscutiblemente atroz de las potencias del Eje en general y al de los nazis en particular —tal como se reveló en Núremberg— en Gran Bretaña ningún conflicto ha suscitado jamás tal convicción de que se trataba de una guerra justa, librada de modo justo por los aliados y ganada con justicia por los adalides de la libertad y la democracia. Sin embargo, una mirada somera a la relación de horrores que fue la contienda basta para darse cuenta de que la historia no es tan sencilla. Según muchos recuentos la coalición antifascista fue responsable de al menos tantas muertes como el enemigo fascista (...). Es manifiestamente evidente que el Estado estalinista puede ser calificado de régimen criminal ya antes del comienzo de la guerra (...). Además libró guerras de agresión (...) y cometió crímenes de guerra de todo tipo (...) y crímenes contra la humanidad.

Davies pone así el dedo en la llaga. Podemos seguir creyéndonos una historia que nos cuenta la Segunda Guerra Mundial como un combate «de los buenos» contra «los malos», y en ella la DA estaba «con los malos», mientras que después de todo la URSS, aunque era «bastante mala», estaba «con los buenos». O podemos construir una visión del conflicto que deje atrás tan pueriles conceptos, que sea consciente de que en definitiva esta fue una guerra entre grandes potencias para

repartirse el poder a escala planetaria. Y que también tenga en cuenta sus extraordinarias complejidades, y reconozca que hubo muchos contendientes en cada bando, que no estaban en lucha por las mismas causas necesariamente, incluso si sus soldados combatían unos al lado de los otros. Es en esa versión, mucho más madura, donde podemos comprender el papel de la DA.

Aunque integrada en la Wehrmacht alemana, su propósito nunca fue otro que el de acabar con el régimen comunista en cuanto que estructura política terriblemente opresiva, empobrecedora y dictatorial. Un hecho que cuesta asumir porque, después de todo, en España y durante más décadas que en ninguna otra nación europea, en aras de la «lucha contra el franquismo», el comunismo en general y la URSS en particular fueron para muchos de nuestros compatriotas mitos que debían quedar a salvo de cualquier crítica.

Muchas veces se ha contado ya el bochornoso espectáculo que dio la izquierda española cuando, con motivo de la visita a nuestro país de Alexander Soljenitsin, este denunció las realidades de la URSS. Alguno de nuestros más reputados intelectuales no dudó en declarar que era una lástima que el Gulag hubiera dejado de existir, y hubieran soltado al gran escritor ruso, que según ellos debía ingresar en un sanatorio psiquiátrico para curarse de sus ideas anticomunistas. Pero hechos como este no eran sino la punta del iceberg de la complicidad en el silencio con respecto a la realidad histórica del régimen soviético. El ocultamiento de los crímenes soviéticos se realizó a una escala inimaginable, e incluso en la España franquista se practicaba una sutil censura para impedir que se denunciaran.

En 1951, mucho antes de que apareciera el célebre *Archipiélago Gulag* de Soljenitsin (que vio la luz en 1973), un escritor polaco (Gustav Herling-Grudzinski) publicó en inglés (ya que estaba exiliado), y con prólogo de Bertrand Russell ni más ni menos, su libro *Un mundo aparte*, desoladora descripción de la realidad del Gulag, que él había experimentado en carne propia durante dos años. La obra no apareció en francés hasta 1985, una evidencia del peso que el Partido Comunista Francés había llegado a tener en los medios intelectuales galos, que bloquearon su edición durante muchos años. En polaco y en ruso se editó en 1990. Y la edición en español no apareció... ¡hasta 2012! ¿Alguien puede seguir dudando de la persistencia con que los intelectuales de izquierdas españoles, que con tanta eficacia controlan el panorama editorial, han bloqueado que tengamos un conocimiento real de lo que supuso el comunismo soviético?

De hecho si *Archipiélago Gulag* logró abrirse paso hasta las librerías se debe solo a que fue galardonado con el Premio Nobel y con ese aval era imposible evitar su aparición (aunque su primera traducción a nuestro idioma fue penosa, casi ilegible, y solo recientemente disponemos de una de la debida calidad). Aparte de esa obra seminal, durante mucho tiempo solo se contaba con *El gran terror*, la obra de Robert Conquest aparecida en español en 1974. Y realmente habrá que esperar al nuevo milenio para que empiecen a aparecer en España grandes obras que nos muestren la realidad del sistema comunista soviético, como puedan ser las de autores como J. A. Getty y Oleg V. Naumov, *La lógica del terror* (de 2001); Donald Rayfield, *Stalin y los verdugos* (de 2003); Anne Applebaum, *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos* (de 2004); Orlando Figes, *Los que susurran. La represión en la Rusia de Stalin* (de 2009); y Karl Schlögel, *Terror y utopía* (de 2014), por citar algunas de ellas. La persistencia de las críticas al papel de la DA tiene mucho que ver con la extraordinariamente larga pervivencia de una imagen positiva de la URSS.

Es difícil a día de hoy atreverse a justificar a Stalin y al régimen soviético, pero se insiste en que sus crímenes en última instancia se explican por su propósito bien intencionado de establecer un régimen más justo, mientras que los de Hitler son condenables sin paliativos dado su carácter racista. En realidad, los crímenes de Stalin no fueron menos racistas que los de Hitler. Hace mucho tiempo que se puso de manifiesto —por ejemplo— que las grandes «purgas» estalinistas se cebaron especialmente en grupos étnicos (como los polacos), o que sus mortíferas políticas de colectivización afectaron de manera especial a ciertas naciones (Ucrania). Y también se sabe perfectamente cómo durante la Segunda Guerra Mundial la URSS ordenó deportaciones racistas de naciones enteras (alemanes del Volga, chechenos, calmucos o tártaros de Crimea, por ejemplo) y al final de ella puso en práctica la que muy posiblemente haya sido la mayor limpieza étnica de la Europa contemporánea, deportando hacia Occidente a millones y millones de alemanes... y de polacos.

Y sin embargo en España muchos parecen ignorar que estos y otros crímenes del comunismo existieron. Y que otros aún mayores se iban a realizar, siempre en nombre de ideales supuestamente benéficos y humanistas como eran los comunistas. Con motivo de la agria polémica que se generó a propósito del proyecto del ayuntamiento madrileño de cambiar el nombre de la calle Caídos de la División Azul, un profesor de una de las universidades de la capital argumentó que el cambio de nombre era un deber ético, ya que —según él— cada día que los hombres de la DA luchaban en el Frente del Este estaban prolongando la monstruosa existencia de Auschwitz. La «argumentación» no puede ser más falaz. Ninguno de los españoles que allí cayeron, ninguno de los que allí luchaban, lo estaba haciendo por mantener la existencia de la ominosa realidad de Auschwitz. Lo que sí habían visto en España, y lo que querían evitar en el mundo, eran los crímenes y la miseria que podía sembrar el comunismo. Suponían —y temían— que una victoria del comunismo en su lucha contra el Tercer Reich iba a provocar una expansión planetaria de esa ideología, de esos métodos de gobierno. Y, de alguna manera, tenían razón. La URSS ganó la guerra y el horror de Auschwitz desapareció, pero los hubo nuevos, y a mayor escala. Inspirándose en el modelo soviético, y con la ayuda directa de la URSS, Mao se adueñó del poder en China. Y aplicó las mismas políticas. ¿El resultado? Un estudio reciente, centrado solo en una de las fases más crueles del gobierno comunista chino, el del periodo del «Gran Salto Adelante», es el de Frank Dikötter, *La gran hambruna en la China de Mao. Historia de la catástrofe más devastadora de China (1958-1962)*, aparecido en español en 2017. Según Dikötter solo el Gran Salto Adelante supuso la muerte de 45 millones de personas. Otros autores elevan la cifra de víctimas para el mismo periodo histórico hasta 60 millones. ¡Tanto horror solo para traer más miseria! Y todos sabemos muy bien que aunque cifras absolutas como estas nunca han sido alcanzadas por ningún régimen, en realidad el régimen comunista de Pol Pot en Camboya aún logró asesinar proporcionalmente a más gente, habida cuenta de la modesta cifra de habitantes de aquella pequeña nación. Ningún divisionario español murió porque deseaba que Auschwitz siguiera abierto, sino para evitar que personajes como Mao o Pol Pot llegaran nunca al poder. Esto es lo que la izquierda española nunca podrá aceptar, y por ello nunca concederá la más mínima indulgencia, ni a la DA en su conjunto, ni a ninguno de sus hombres en particular.

Creo que es absurdo que haya que escribir una historia de la División Azul hablando de temas como este, cuando en realidad quedan tantos aspectos reales y concretos en los que

debíamos profundizar sobre ella. Pero puesto que se insiste en hablar sobre ella dentro de estos parámetros, me veo en la obligación de intervenir en este debate.

Señalé casi al principio de este libro que la División Azul, como hija que era de la Guerra Civil, nació entre el aplauso abierto y enfervorizado de millones de españoles, pero también con el más profundo rechazo, y el más activo odio de otros muchos, que durante mucho tiempo no se pudo expresar abiertamente, y quizás por ello se manifiesta actualmente con inaudita virulencia.

Por otra parte se da un hecho importante. Fue Stanley Payne quien llamó la atención sobre el hecho de que, acabada la Guerra Civil, la antipatía que despertaba el PCE en España era tan amplia que el nuestro fue el único país europeo donde el PC local no logró crear en el marco de la Segunda Guerra Mundial un «Frente Nacional» antifascista en el que llevara la voz cantante. Solo mucho más tarde el PCE se «redimiría» a sí mismo, ante el resto de las fuerzas de izquierda, al ocupar un papel central en la «lucha antifranquista» durante décadas. Por ello, la «revancha histórica» con respecto a la DA se ha pospuesto mucho tiempo. Pero en la actualidad desde luego no es expresada solo por comunistas, sino que se produce dentro de un amplio espectro de la izquierda (que en esto y otros temas coincide siempre con las fuerzas políticas separatistas).

Como la izquierda se encuentra huérfana de paradigmas para ofrecer cambios con los que alcanzar un «porvenir radiante» (ya no pide cambios en la estructura de la propiedad, y se conforma con pedir trabajo para todos o pensiones altas), a falta de grandes sueños para «conquistar el futuro» lo que se propone es «reconquistar el pasado» como base para asegurar su existencia autónoma y no desdibujarse en el mapa político. Es muy consciente de la frase de Orwell con la que inicie este capítulo: «quien controla el pasado, controlará el futuro». Por eso, mientras que la derecha está atenta tan solo a los balances económicos, la izquierda consagra sus esfuerzos a lo que primero llamó «memoria histórica» y ahora denomina «memoria democrática». Las políticas de «memoria democrática» tratan de imponer el mismo modelo político que se pretendió en la Segunda República, y con ello la idea de patrimonializar la vida política para la izquierda y los separatistas, únicos que al parecer merecen gobernar en una auténtica democracia, ya que en España todo lo demás está contaminado de fascismo-franquismo.

Me abstendría por completo de estos temas de no ser porque afectan a la historia de la DA. Con motivo de la Ley de la Memoria Histórica que se promulgó con Rodríguez Zapatero se produjeron efectos vergonzosos. La ley obligaba a eliminar de los espacios públicos nombres que supusieran una exaltación del franquismo, de la represión, etc. Pero en realidad se aplicaba con unas normas mucho más extensas. Y así nos encontramos con que se ordenó la supresión del nombre de una calle dedicada al cabo de zapadores Ponte Anido, existente en el interior de un acuartelamiento español, en Ceuta. Las autoridades militares no dudaron en aplicar tan aberrante decisión. Pero ¿qué había hecho Ponte Anido, por qué había sido galardonado? No era más que un sencillo cabo que, sin que nadie se lo ordenara y por salvar la vida de sus compañeros heridos, se había sacrificado y encontrado la muerte. Lo que se premió con su Laureada fueron virtudes militares y humanas que habrían sido exaltadas en cualquier lugar del mundo. La saña con la que se le perseguía muchas decenas de años después solo tiene una explicación: había servido en la División Azul. Podría seguir contando al lector que haya tenido la amabilidad de seguirme hasta aquí docenas de otros ejemplos. Pero creo que con este basta. Aunque hay que subrayar que mientras que se le quita a este valerosísimo soldado tan modesto homenaje, a la vez se dedican

calles y plazas a los españoles de La Novena que, presuntamente, liberaron París. Pura revancha disfrazada de memoria histórica.

Y esto ha sido así con la vigente Ley de la Memoria Histórica. El día en que se apruebe la Ley de la Memoria Democrática que actualmente se tramita, ya podemos imaginar lo que ocurrirá. Entre otras cosas, y puesto que en su proyecto incluye el arrancar todas y cada una de las innumerables placas que por toda España señalan que un edificio fue construido al amparo de las ayudas concedidas por el Instituto Nacional de la Vivienda (ya que en ellas aparece el yugo y las flechas), ¿qué tratamiento cabe imaginar que se dará a la División Azul? Ese proyecto de ley ya incluye sanciones económicas y de cárcel para castigar la expresión de opiniones disidentes con respecto a la «Memoria Democrática», más duras en el caso concreto de que quien las formule sea un docente.

Terminaré este libro, que ya va siendo hora, evocando a un divisionario extraordinariamente clarividente, el escritor catalán Luis Romero Pérez. Fue autor de obras memorables sobre la Guerra Civil, donde demostraba que él era perfectamente capaz de ponerse bajo la piel de quienes habían sido sus enemigos políticos, de las personas que le habían perseguido y contra las que había luchado, por comprender que la mayoría de ellos lo hicieron animados por ideales que consideraban justos y no se mancharon las manos de sangre. Pero también comprendía muy bien que el triunfo del comunismo en Rusia había abierto un periodo histórico muy turbulento de la historia del mundo, que obligó a todos quienes querían tener un papel activo en su devenir a tomar partido. Una decisión difícil de tomar, sin duda. Y que implicaba riesgos. En un artículo publicado en 1982 escribía como valoración final de su experiencia en la División Azul:

Desde posiciones políticas muy distantes a las de entonces, reconociendo errores y horrores, mentiría si escribo la palabra arrepentimiento. Para que pudiera sentirlo en medida condicionada y con matizaciones, millones de hombres que vivían, luchaban y sufrían entonces, tendrían que arrepentirse también conmigo.

En 1982 le hubiera sido mucho más fácil, cómodo y rentable afirmar que fue forzado, que aquella experiencia fue atroz o que se avergonzaba. Podía haber rechazado escribir aquel artículo y dejar que se olvidara su pasado divisionario. Cualquiera de esas soluciones le habría evitado el ostracismo al que se le condenó durante sus últimos años. Pero no lo hizo: su honestidad moral e intelectual se lo impedía. Y creo que la historia le da la razón.

## BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

### *Nota previa*

Los libros y artículos aparecen citados según la edición consultada por el autor (pueden existir ediciones más recientes, o traducciones al español). Para los textos no editados como libros o artículos de revistas, se hace constar el Archivo donde se han consultado. En algún caso se trata de mi archivo personal (Archivo CCJ). Si se indica que el texto está en Internet, normalmente — por lo menos para cuando redacté este libro— bastaba con introducir el título y el autor en un buscador para acceder al texto en cuestión.

Para el caso específico de textos dedicados a la DA, dado que algunos tienen dos o más autores, se incluye en este listado a cada uno de ellos, remitiendo la búsqueda al nombre del autor que aparece citado en primer lugar en la portada del texto.

- ABAD GALLEGO, Xoan Carlos, «Vigueses en “pie de guerra” contra Stalin. La aportación de Vigo y su comarca a la División Azul», *Boletín del Instituto de Estudios Vigueses*, n. 11, 2005.
- ACKERMANN HANISCH, Juan, *A las órdenes de Vucencia. Autobiografía del intérprete de los generales Muñoz Grandes y Esteban-Infantes*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1993.
- AFIERO, Massimiliano, *I Volontari stranieri di Hitler*, Ritter, Milán, 2001.
- , *La Crociata contro il Bolscevismo*, vol. I: *Le legioni volontarie europee*, Marvia Edizioni Voghera, 2004.
- , «División Azul. Voluntarios españoles en el frente del Este», I y II, *Serga*, n.º 102 y 103, 2006.
- AGUADO SÁNCHEZ, Francisco, «La Guardia Civil en la División Azul», *Revista de Estudios Históricos de la Guardia Civil*, n.º 6, 1970.
- AGUILAR SANABRIA, Luis y ORJALES GÓMEZ, Carlos, *Grupo de Transmisiones 250*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2018.
- AGUSTÍ ROCA, Carme, *Rússia és culpable! Memòria i record de la Divisió Azul*, Pagès Editors, Lérida, 2002.
- AILSBY, Christopher, *Mercenarios de Hitler. Tropas extranjeras al servicio del Tercer Reich*, LIBSA, Madrid, 2006.
- ALCAIDE YEBRA, José Antonio, «¡Berlín, a muerte!», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 10, 2001.
- Y GARCÍA-MATARREDONA CEPEDA, Daniel, *Escuadrillas expedicionarias españolas en Rusia*, La Espada y la Pluma, Valladolid, 2008.

- ALCALDE FERNÁNDEZ, Ángel, «Cultura de guerra y excombatientes para la implantación del franquismo en Albacete (1939-1945)», *Al-Basit. Revista de Estudios Albacetenses*, n.º 57, 2012.
- , *Los excombatientes franquistas (1936-1965)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2014.
- ALEGRE, Sergio, «La División Azul en la pantalla. El presente cambia la Historia», *Film-Historia*, vol. I, n.º 3, 1991.
- , «La División Azul en la pantalla: “Embajadores en el Infierno”», *Historia y Vida*, n.º 299, 1991.
- , *El cine cambia la historia. Las imágenes de la División Azul*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1994.
- , «The Blue Division in Russia: the Filmic Recycling of Fascism as Anticomunism in Franco’s Spain», *Historical Journal of Film, Radio & Television*, vol. XVI, 1996.
- ALEGRE LORENZ, David, «“Coser y desgarrar; conservar y arrojar”. Visiones del enemigo y estrategias de supervivencia psíquica en la División Azul», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 34, 2012.
- , «“Voces como bayonetas”. Un análisis de los textos españoles de “La Joven Europa. Hojas de los combatientes de la juventud estudiantil europea” como espacio para la codificación de la experiencia de combate, la identidad y la conciencia fascistas (1942-1943)», *El Argonauta español*, n.º 10, 2013.
- ALEMPARTE GUERRERO, Antonio, *Génesis, formación e historia del español «Regimiento Imperial Alejandro»*, TADIGRA, Granada, 2015.
- ALOIA, Ernesto, «La Divisione Spagnola della Wehrmacht: storia della Divisione “Azul”», *Rivista Storica*, n.º 10, 1995.
- ALONSO DEL REAL RAMOS, Guillermo, ver RAMOS, Fernando [pseudónimo].
- ALONSO GALLARDO, Félix y GONZÁLEZ PINILLA, Ángel, *Prisioneros en Rusia*, Ediciones Esparta, Madrid, 2015.
- ALVARELLOS, Francisco José G., *Legionarios españoles contra Rusia*, Emecé, Buenos Aires, 1995.
- ÁLVAREZ COSMEN, Francisco, ver CALAVIA BELLOSILLO.
- ÁLVAREZ ESTEBAN, José, *Agonía de Europa*, José Barreiro Ortiz, Madrid, 1947.
- ÁLVAREZ GARCÍA-BERNARDO, Jorge, «El entorno estratégico de las operaciones ofensivas y defensivas de la División Azul, 1941-1943», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61, 2006 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*).
- , *Breve historia de la División Azul*, Fundación División Azul, Madrid, 2017.
- ÁLVAREZ DE SOTOMAYOR GIL DE MONTES, Manuel, *Generación Puente*, García Hispán Editor, Alicante, 1991.
- ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto, *1936. Fraude y Violencia en las elecciones del Frente Popular*, Espasa, Madrid, 2017.
- ANDRÉS Y ANDRÉS, Antonio de, *Artillería en la División Azul. Krasny Bor*, Fundación División Azul-Fundación Don Rodrigo, Madrid, 2004.

- ANÓNIMO., *Los rusos en la Guerra de España (1936-1939)*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 2009.
- ANÓNIMO., *Preludio a la formación política. Ciclo de Conferencias pronunciadas en el Hogar del Camarada de Santander*, Editorial NOS, Madrid, 1950.
- ANÓNIMO., «Les Légions Maudites du Troisième Reich», *Ligne de Front. Histoire des conflits du XX<sup>e</sup> Siècle*, extra n.º 17, 2013.
- ANÓNIMO., «SAINT-LOUP», *La División Azul*, Fuerza Nueva Editorial, Madrid, 1980.
- ANÓNIMO., *Balance de heroísmo. La División Española de Voluntarios en el Frente del Este. Un resumen de hechos*, División Española de Voluntarios, Reval [Tallin, Estonia], 1943.
- ANÓNIMO., *Cancionero de la División Azul*, Valencia: Hermandad de Excombatientes de la División Azul, 1956.
- ANÓNIMO., *Conmemoración Heroica*, Alto Mando de la Wehrmacht, Berlín, 1943.
- ANÓNIMO., *División Azul. Primer Cuaderno*, Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1942.
- ANÓNIMO., *División Azul. Segundo Cuaderno*, Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.
- ANÓNIMO., *Documentos inéditos para la historia del generalísimo Franco*, tomos II-2 y III, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1992-1993.
- ANÓNIMO., *Dos años de lucha. Estampas divisionarias. División Española de Voluntarios*, Alto Mando de la Wehrmacht, Berlín, 1944.
- ANÓNIMO., *Fraternidad en el Campo de Batalla. España y Alemania*, Academia General Militar, Zaragoza.
- ANÓNIMO., *Historia sobre la División Azul. Actas de la I Jornada de Historia sobre la División Azul celebrada en Llíria, 4 mayo de 2013*, Hermandad de la División Azul, Valencia, 2014.
- ANÓNIMO., *Hoja de Campaña. División Española de Voluntarios*, Edición Facsímil, Hermandad Nacional de la División Azul, Madrid, 1984.
- ANÓNIMO., *Informaciones para la Tropa del mando de la Región Militar XIII. Número especial dedicado a la División Azul*, Mando del Wehrkreis XIII, Núremberg, 1941.
- ANÓNIMO., *Informe sobre la División Española de Voluntarios, llamada División Azul*, Archivo del Partido Comunista de España, 1942.
- ANÓNIMO., *La División Azul en imágenes*, Creaciones Vincent Gabrielli, Madrid, 2010.
- ANÓNIMO., *La División Azul en la Revista Aspa*, Ediciones Fides, Torredembarra (Tarragona), 2015.
- ANÓNIMO., *Libro de bolsillo para la campaña de invierno*, Estado Mayor de la División Española de Voluntarios, 1942.
- ANÓNIMO., *Memoria. Antecedentes y acción desde 1946 a julio de 1955*, Hermandad de Familiares de Caídos y de Prisioneros y de excombatientes de la División Azul de Madrid, Madrid, 1955.
- ANÓNIMO., *Memoria sobre la influencia de las épocas de lluvias, fríos y deshielos en los servicios de guerra, en la campaña de 1941-42 en Rusia*, Estado Mayor, División Española de Voluntarios, 1942 (Archivo FDA).
- ANÓNIMO., *Reconquista. Revista del Espíritu Militar Español. Número dedicado a la División Española de Voluntarios en Rusia*, n.º 38, 1953.

- ANÓNIMO., *Rezoes para el Frente. División Azul*, S. 1., Sección Femenina de FET, 1941.
- ANÓNIMO., *V Asamblea Nacional y 25 Aniversario, 1941-1966*, Hermandad Nacional de la División Azul, Barcelona, 1966.
- ARAMBURU TOPETE, José Luis, «Una posición en Krasny Bor», *Ejército*, n.º 637, 1993.
- , *Los españoles de Stalin*, Vorágine, Barcelona, 1993.
- , *50 Historias Catalanes de la Segunda Guerra Mundial*, Laia Libros, Barcelona, 1998.
- ARCONADA MANTECA, Miguel, *Palencia y la División Azul*, trabajo de Investigación Fin de Curso de Bachillerato Internacional, Palencia, 2016 (Archivo CCJ).
- ARÉVALO, Antonio, *La guerra en singular*, Ediciones El Cruce, Madrid, 2004.
- ARIAS RAMOS, Raúl, *La Legión Cóndor en la Guerra Civil. El apoyo militar alemán a Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- ARRÁEZ CERDÁ, Juan, «Les espagnols de la Luftwaffe. Les Escadrilles Bleues», *Ciel de Guerre*, monográficos n.º 18, 2010 y n.º 19, 201).
- y THIELE, Harald, «Die Blaue Staffeln in Russland» (I y II), *Flugzeug*, n.º 2 y 3, 1995.
- ARREDONDO GARCÍA, Pablo, «Diario de Guerra», I a VII, *Blau División*, n.º 542 a 549, 2004-2005.
- ARRESE, José Luis de, *Obras Seleccionadas*, tomo I, *Treinta años de política*. Afrodísio Aguado, Madrid, 1966.
- AUGIER, Marc. Ver «SAINT LOUP».
- AVILÉS FARRÉ, Juan, *La fe que vino de Rusia: la Revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.
- BANKIER, David y GUTMAN, Israel (Editores), *La Europa nazi y la Solución Final*, Editorial Losada, Madrid, 2005.
- BARRACHINA JUAN, Eduardo, *La batalla del Lago Ilmen. División Azul*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 1994.
- BARRIUSO DÍAZ, Jaime, «Los coroneles de la División Azul», I a VIII, *Blau División*, n.º 608 a 621, 2010-2011.
- y SAGARRA, Pablo, *Soldado en cuatro guerras. Mariano Gómez de Zamalloa y Quirce*, Galland Books, Valladolid, 2015.
- BARS CASAMITJANA, Manuel, *El pan en el fango*, Biblioteca Olotina, Olot (Gerona), 1962.
- BARTOV, Omer, *El Ejército de Hitler. Soldados, nazis y guerra en el Tercer Reich*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- BASISTOV, Yuri, «Un punto de vista soviético sobre la División Azul». *Defensa*, n.142, 1990.
- BEJARANO GARCÍA, Pedro, *Diario de un guripa. Junio 1942-julio 1942*, edición de la familia del autor, Orihuela (Alicante), 1997.
- BELLOD GÓMEZ, Alfredo, «El Batallón de Zapadores divisionario: táctica de minas», *Ejército*, n.º 50, 1944.
- , *Soldado en tres guerras. Campaña de África. Guerra Civil. La División Azul en Rusia*, Editorial San Martín, Madrid, 2004.
- BENDALA LUCOT, Fernando, *Leyendas del Ilmen*, Viuda de Juan Pueyo, Madrid, 1944.
- BENET NOGUERA, Juan, «La División Azul», *Centuria Siglo XXI*, n.º 1, México, 2009.

- BERENGUER MARÍ, Arturo, «Los prisioneros de guerra y la labor intermediadora de la Cruz Roja. El caso de los españoles de la División Azul en la URSS», ver VV. AA. *Historia sobre la División Azul*.
- BERGK, Hellmuth, *Generalleutnant Agustin Muñoz Grandes. Spaniens Blaue Division an der Ostfront*, Rastatt, Erich Pabel Verlag, Colección «Der Landser», n.º 113, 1963.
- BERGSTRÖM, Christer, *Operación Barbarroja. La invasión alemana de la Unión Soviética*, Pasado & Presente, Barcelona, 2016.
- BERNAL GARCÍA, César, «Dios con nosotros. La Division “Azul” au combat», *Ligne de Front. Histoire des conflits du XX Siecle*, n.º 45, 2013.
- BESCOS TORRES, Jesús, *La Sanidad Militar en la División Azul*, inédito, Archivo de la Fundación División Azul, 1989.
- , «Misiones de la Sanidad Militar española en el extranjero: la Sanidad Militar en la División Azul», *Medicina Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*. vol. 51, n.º 2, 1995.
- BEYDA, Oleg, «“Iron Cross of the Wrangel’s Army”: Russian Emigrants as Interpreters in the Wehrmacht», *The Journal of Slavic Military Studies*, vol. 27, n.º 3, 2014.
- BIDDISCOMBE, Perry, *The SS Hunter Bataillons. The hidden history of the Nazi Resistance Movement, 1944-45*, Tempus, Stoud (Glocestershire), 2006.
- BLANCH SABENCH, José María, *Memorias de un soldado de la División Azul*, Galland Books, Valladolid, 2010.
- BLANCO CORREDOIRA, José María, *Añoranza de guerra. La novela de un viejo soldado de la División Azul*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2011.
- BLANCO HERNÁNDEZ, Ramón, «La repatriación de los prisioneros españoles en Rusia tras la Segunda Guerra Mundial», *Ejército*, n.º 806, 2016.
- BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Eugenio, *Rusia no es cuestión de un día. Estampas de la División Azul*, Publicaciones Españolas, Colección Temas de España ante el Mundo, Madrid, 1954.
- BORDIUGOV, Guennadi e ILINSKI, Nikolai, «Estimados enemigos. Informes secretos de Moscú desvelan la odisea de los voluntarios de la División Azul en Rusia», *El País*, 14 de noviembre de 1993.
- BORHI, László, «Containment, Rollback, Liberation or Inaction. The United States and Hungary in the 1950s», *Journal of Cold War Studies*, vol. 1, n.º 3, 1999.
- BOSQUE COMA, Alfredo, *La División Azul. Un modelo para el estudio de la naturaleza del franquismo*, memoria de licenciatura, inédita, Archivo Fundación División Azul, 1989.
- , «Voluntarios en el Infierno», *Historia 16*, n.º 183, 1991.
- , «La División Azul en Krasny Bor. La batalla más sangrienta», *Historia y Vida*, n.º 299, 1993.
- , «Artilleros en Krasny Bor», *Historia 16*, n.º 222, 1994.
- , «Una Medalla Militar en Nikitkino», *Historia y Vida*, n.º 350, 1997.
- , «Una Medalla Militar en Possad», *Historia 16*, n.º 317, 2002.
- , «Rescate en la Nieve: Mal Samoschje», *Historia 16*, n.º 349, 2005.
- BOTELLA LÓPEZ DEL CASTILLO, Sixto, «Memorias de la Campaña» (I a XIII), *Blau División*, n.º 692 a 707, 2017-2018.

- BOWEN, Wayne H, «A Great Moral Victory: Spanish Protection of Jews on the Eastern Front», en ROHRlich, Rubi (Editor), *Resisting the Holocaust*, Berg, Oxford y Nueva York, 1998.
- , *Spaniards and Nazi Germany. Collaboration in the New Order*, Missouri University Press, Columbia, 2000.
- , «The Ghost Battalion: Spaniards in the Waffen SS, 1944-1945», *The Historian*, vol. 63, n.º 2., 2001.
- , «Spanish Soldiers in the German Army and Waffen SS», *World War II Quarterly*, vol. 4, n.º 4, 2007.
- BRAAKE, Gunter, *Bildchronik der reinisch-westfalischen 126. Infanterie Division, 1940-1945*, Podzun Pallas Verlag, Friedberg, 1985.
- BROYNE, Eddy de y RIKMENSPOEL, Marc, *For Rex and for Belgium. Léon Degrelle and Walloon Political & Military Collaboration, 1940-1945*, Helion & Company, Solihull (West Midlands), 2004.
- BUENO CARRERA, José María, *La División Azul y la Legión Azul. Su organización y sus uniformes*, Aldaba Ediciones, Madrid, 1991.
- BURGUETE GARCÍA, Daniel. Ver: IGLESIA HERNÁNDEZ.
- BUSSE, Adam, «Błękitna Dywizja na froncie wschodnim 1941-1943», *Szturm. Miesięcznik Narodowo Radykalny*, n.º 28, 2017.
- CABALLERO JURADO, Carlos, «El Regimiento de Caza Normandíe-Niemen», *Defensa*, n.º 24, 1980.
- , «La División Azul», *Defensa*, n.º 37, 1981-a.
- , «El Ejército Italiano en la campaña de Rusia», *Defensa*, n.º 42, 1981-b.
- , «El Ejército Rumano en la Segunda Guerra Mundial», *Defensa*, n.º 47, 1982-a.
- , «Los eslovacos en la Segunda Guerra Mundial», *Defensa*, n.º 52-53, 1982-b.
- , *Foreign Volunteers of the Wehrmacht, 1941-1945*, Osprey Publishing, Londres, 1983.
- , *Resistance Warfare, 1940-1945*, Osprey Publishing, Londres, 1985.
- , *El Batallón Fantasma. Españoles en la Wehrmacht y Waffen SS, 1944-1945*, CEHRE-ATP, Valencia, 1987.
- , *David contra Goliat. Voluntarios letones en la campaña de Rusia, 1941-1945*, García Hispán, editor, Alicante, 1989-a.
- , *Cruces de Abedul. Voluntarios flamencos en la campaña de Rusia, 1941-1945*, García Hispán Editor, Alicante, 1989-b.
- , «Stalin y las “purgas” del Ejército Rojo», *Defensa*, n.º 151, 1990-b.
- , *Central American Wars, 1959-1989*, Osprey Publishing, Londres, 1990-c.
- , *Ajedrez Rojo. Legionarios croatas en el Ejército alemán*, García Hispán Editor, Alicante, 1991-a.
- , «La Wehrmacht y el Movimiento de Voluntarios Europeos», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991-b.
- , *Rompiendo las cadenas. La División Ucraniana de las Waffen SS*, García Hispán Editor, Alicante, 1992.
- , «Waffen SS. Los centuriones del Tercer Reich», *Defensa*, extra n.º 21, 1993-a.
- , «El desconocido batallón finlandés de las Waffen SS», *Defensa*, n.º 188, 1993-b.

- , «La recuperación de una memoria: las Escuadrillas Azules», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 37, 1998-a.
- , «Los 70 años del Ejército Rojo», *Defensa*, extra n.º 52, 1998-b.
- , «Los últimos de los últimos: el Batallón Fantasma», *Defensa*, extra n.º 53 (*Bajo las banderas del Tercer Reich. Españoles en Rusia, 1941-1945*), 1999.
- , «Los preparativos para la Operación Barbarroja», *Serga*, extra n.º 4 (*Operación Barbarroja*), 2000-a.
- , *¿Hitler o Napoleón? La Legión de Voluntarios Franceses en la Campaña de Rusia*, García Hispán Editor, Granada, 2000-b.
- «Arte, propaganda y guerra. Los pintores de guerra alemanes en la Segunda Guerra Mundial», *Soldiers*, n.º 60, 2000-c.
- , *Contra Stalin y De Gaulle. Resistencia y colaboración: la Guerra Civil en Francia*, García Hispán Editor, Granada, 2001.
- , «Carlomagno». *Voluntarios franceses en la Waffen SS*, García Hispán Editor, Granada, 2003.
- , «Introducción», ver en HERNÁNDEZ NAVARRO, Antonio J., *Ida y vuelta*.
- Morir en Rusia. La División Azul en la batalla de Krasny Bor*, Quirón Ediciones- Cuadernos de Historia Militar, Valladolid, 2004-b.
- «La Novena y la Liberación de París», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 53, 2004-c.
- «Erich Rose, el trágico destino de un oficial “judío” de la División Azul», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 54, 2004-d.
- «Cuando el dios de la guerra le dio la espalda a Zhúkov. La derrota soviética en la Operación Marte» (I y II) *Serga*, n.º 28 y 30, 2004-e.
- The Condor Legion. German Troops in the Spanish Civil War*, Osprey Publishing, Oxford, 2006-a.
- «10 de Febrero de 1943. La batalla de Krasny Bor». *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006-b.
- «La División Azul y el cine documental» (I y II), *Blau División*, n.º 567 y 568, 2006-c.
- , «¿Recuperación de la memoria o falsificación de la historia? Algunas reflexiones a propósito de un libro sobre la División Azul», en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y TOGORES, Luis E. (editores), *La República y la Guerra Civil. Setenta años después. Comunicaciones. II Congreso Internacional sobre la República y la Guerra Civil*, Universidad CEU-San Pablo, Actas Editorial, Madrid, 2008.
- , *Blue Division Soldier, 1941-1945. Spanish Volunteer on the Eastern Front*, Osprey Publishing, Oxford, 2009-a.
- , *Atlas Ilustrado de la División Azul*, Susaeta Ediciones, Madrid, 2009-b.
- , *Rusos contra Stalin. Una historia del Ejército Ruso de Liberación*, Galland Books, Valladolid, 2010-a.
- (editor), *La Joven Europa (1942-1943). Antología de escritos divisionarios y españoles*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, Barcelona, 2010-b.
- , «Luis García-Berlanga Martí. Historia y Memoria de su presencia en la División Azul» (I y II), *Blau División*, n.º 617 y 620, 2010-2011.
- , «La violencia política frentepopulista y los orígenes de la División Azul», en BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y TOGORES, Luis E. (editores), *La otra memoria. III Congreso*

- Internacional sobre la República y la Guerra Civil*, Universidad CEU-San Pablo, Actas Editorial, Madrid, 2011-a.
- , *División Azul. Estructura de una fuerza de combate*, Galland Books, Valladolid, 2011-b.
- , «Appunti sulla Division Azul», *Volontari*, n.º 36, número especial monográfico, 2011-c.
- , *Divisiones Panzer. Las fuerzas de choque de la Wehrmacht*, Susaeta Ediciones-Tikal Ediciones, Madrid, 2012-a.
- , *Defensa antiaérea alemana: la Flak*, Susaeta Ediciones-Tikal Ediciones, Madrid, 2012-b.
- , *Españoles en la Luftwaffe. Escuadrillas Azules en Rusia*, Susaeta Ediciones-Tikal Ediciones, Madrid, 2014-a.
- , «División Azul, historia y memoria», ver: VV. AA. *Historia sobre la División Azul*, 2014-b.
- , *Waffen SS. Los soldados malditos del Tercer Reich*, Susaeta Ediciones-Tikal Ediciones, Madrid, 2014-c.
- , *El cerco de Leningrado. Artillería alemana y española en la batalla de Krasny Bor*, Galland Books, Valladolid, 2014-d.
- , «Los Batallones en Marcha de la División Azul. El 16.º Batallón», ver en GEORGACOPULOS, Constantino, *Un artillero de trinchera*, 2015.
- , *Españoles contra Stalin. La División Azul en el frente del Vóljov. (Octubre de 1941-Agosto de 1942)*, Susaeta Ediciones, Madrid, 2016-a.
- , «La documentación sobre la División Azul en el Archivo del General Varela», ver en GARCÍA GALLUD, *Tiempo de milicia en Possad*, 2016-b.
- , «Algunas reflexiones sobre el reclutamiento de los voluntarios de la División Azul. Un caso concreto: la VIII Región Militar», *Blau División*, n.º 678, 2016-c.
- , *Von Niedermayer y las legiones orientales de la Wehrmacht*, Galland Books, Valladolid, 2016-d.
- , *La campaña de Rusia. 1941-1945. Nuevas perspectivas*, Galland Books, Valladolid, 2017-a.
- , *La División Azul y los voluntarios europeos contra el comunismo*, Galland Books, Valladolid, 2017-b.
- , «Czerwony terror W Hiszpanii i geneza Blekitnej Dywizji», *Glaukopis*, n.º 38, 2017-c.
- , *Las batallas incruentas de la Wehrmacht (1936-1939)*, Susaeta Ediciones-Tikal Ediciones, Madrid, 2018-a.
- , *Junio de 1941. Los orígenes de la División Azul en la Prensa falangista*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2018-b.
- , e IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, Rafael, *Escritores en las trincheras. La División Azul en sus libros, publicaciones periódicas y filmografía (1941-1988)*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1989.
- , GONZÁLEZ, Óscar, SAGARRA, Pablo y FERNÁNDEZ-NAVARRO, Lorenzo, *La victoria de Krasny Bor. El Ejército Español humilla a Stalin*, Galland Books, Valladolid, 2013.
- y CASTRO VILLACAÑAS, Demetrio, *El soldado poeta falangista Demetrio Castro Villacañas. Elegía por los muertos lejanos*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2017.
- y GUILLÉN GONZÁLEZ, Santiago, *Escuadrillas Azules en Rusia. Historia y Uniformes*, Almena Ediciones, Madrid, 1999.
- y MANRIQUE GARCÍA, José María, «Los morteros “Franco” de 120 mm en la División Azul», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 76, 2006.

- y THOMAS, Nigel, *Wehrmacht Auxiliary Forces*, Osprey Publishing, Londres, 1992.
- , *Germany's Eastern Front Allies. Baltic Forces*, Oxford Publishing, Londres, 2002.
- (Más entradas sobre CABALLERO JURADO, ver TORRES GALLEGO).
- CÁCERES GARCÍA DE VIEDMA, José Luis, *Diario de campaña de un médico de batallón*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2017.
- CALAVIA BELLOSILLO, Eusebio y Álvarez COSMEN, Francisco, *Enterrados en Rusia*, Ediciones Saso, Madrid, 1956.
- CAMACHO COLLAZO, Juan, «Diario de la Campaña de Rusia» (I y II), *Blau División*, n.º 712 y 713, 2018.
- CAMPELLO LLOBREGAT, Alfredo, «Los irreductibles: la Legión Azul», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991.
- , «La batalla de Krasny Bor en la prensa española» (I y II), *Blau División*, n.º 555 y 556, 2005.
- «El Congreso Internacional “La División Azul en el Frente del Este”: una Crónica», *Blau División*, n.º 628, 2011.
- , «La División Azul en la prensa soviética», *Blau División*, n.º 711, 2018.
- CAPILLA, Antonio, «La División Azul. Los españoles de Franco en la Segunda Guerra Mundial», *Historia y Vida*, n.º 405, 2001.
- CARBALLEDA RAMOS, Antonio, *Y volvimos a los años 30*, García Hispán Editor, Alicante, 1990.
- CARBAJO ANTÓN, Fernando, «Fracaso ante Leningrado: el paso del río Volchov», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991.
- CARDENAL, Juan Pedro, «Tras los huesos de la División Azul», *La Aventura de la Historia*, n.º 48, 2002.
- CARDONA, Gabriel, «La División Azul: 50 Aniversario. Los equilibrios del Régimen», *Historia 16*, n.º 183, 1991.
- , «La fallida aventura de la División Azul», *Clio. Revista de Historia*, n.º 30, 2004.
- CARELL, Paul, *Operación Barbarroja*, Argos, Barcelona, 1964.
- , *Tierra calcinada*, Bruguera, Barcelona, 1970.
- CARLES DE ALCÁZAR, Manuel, *Romance a la División Azul*, Regimiento de Infantería n.º 50, Barcelona, 1941.
- CARRALERO DAFFÓS, Ángel, «El Estado Mayor de la División Azul. Comentario al documento sobre la situación del enemigo en la zona de San Petersburgo-Leningrado», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 83, 2013.
- , *El Servicio de Farmacia de la División Azul*, Fajardo el Bravo Editorial, Lorca, 2017.
- , «El servicio de tropas antigás en la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 96, 2018.
- CARRERA, Octavio, «250 División. (Fragmentos de un libro inédito)» (I a III), *Blau División*, n.º 566 a 569, 2006.
- CARRERA BUIL, Fernando y FERRER-DALMAU NIETO, Augusto, *Batallón Román. Historia fotográfica del 2.º Batallón del Regimiento 269 de la División Azul*, ACRAHM, Fundación División Azul, Fundación Don Rodrigo, Zaragoza, 2003.
- CASAS FERNÁNDEZ, Servando, «Empleo táctico del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios», *Ejército*, n.º 38, 1943.

- CASAS DE LA VEGA, Rafael, *Las milicias nacionales en la Guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1974.
- CASTAÑO DOÑA, Rafael, *Legionario en Rusia*, García Hispán Editor, Alicante, 1990.
- CASTAÑÓN DE LA PEÑA, José Manuel, *Diario de una aventura (Con la División Azul en Rusia)*, Fundación Dolores Medio, Gijón, 1991.
- CASTELO VILLAOZ, Pablo, *Aguas frías del Wolchow*, edición del autor, Villena (Alicante), 1984.
- CASTILLO PEÑUELAS, Víctor, y SAGARRA RENEDO, Pablo, *Emilio Esteban-Infantes. El destino de un soldado*, Galland Books, Valladolid, 2013.
- (Más entradas sobre CASTILLO PEÑUELAS, ver SAGARRA y TORRES GALLEGO).
- CASTRO DELGADO, Enrique, *Mi fe se perdió en Moscú*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1964.
- CASTRO VILLACAÑAS, Demetrio. Ver: CABALLERO JURADO.
- CELA, Ramón, *En Rusia con la División Azul*, edición del autor, Ponferrada, 2009.
- CHARLES, María, *Etxezarra. Historia de un militar, de la guerra de África a la Campaña de Rusia*, Anagrama, Barcelona, 1993.
- CHICHARRO LAMAMIÉ DE CLAIRAC, Juan, *Diario de un antitanquista en la División Azul*, Fundación División Azul, Fundación Don Rodrigo, Madrid, 2001.
- CIFRE ROMERO, Rafel, *División. Vivencias de mallorquines alistados en la División Azul, 1941-1944*, edición del autor, Palma de Mallorca, 2018.
- CITINO, Robert M., *El modo alemán de hacer la guerra. De la Guerra de los Treinta Años al Tercer Reich*, Ediciones Platea, Málaga, 2018.
- COGOLLOS VICENS, José, *¿Por qué? y ¿para qué?*, edición del autor, Valencia, 1985.
- CORBATTI, Sergio y NAVA, Marco, *Karstjäger. Du SS Karstwehr Bataillon a la 24. Waffen Gebirgs Division der SS*, Editions Heimdal, Saint Martin des Entrées (Normandía), 2009.
- CORBÍ MOLINA, Mario, «Azorín y la División Azul», *Monòver en Festes 2013*, Excelentísimo Ayuntamiento de Monóvar (Alicante), 2013.
- CORDERO, José Ignacio, *El peluquero de la División Azul*, Áltera, Madrid, 2014.
- COSCOLLA TEIXIDOR, Alberto, «Treinta y tres cruces de hierro sobre el Ilmen» (I a IX), *Blau División*, n.º 575 a 585, 2007-2008.
- COSTA UBALDA, Joaquín, y COSTA UBALDA, Marta, *La División Azul*, Trabajo de Investigación presentado al Premio Fundación División Azul, inédito, Archivo Fundación División Azul, 1987.
- COURTOIS, Stéphane y otros, *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, Espasa Calpe y Planeta, Madrid y Barcelona, 1998.
- CRESPO VILLOLDO, Alberto, *De las memorias de un combatiente sentimental*, Ediciones Haz, Madrid, 1945.
- , «Dionisio en Rusia. Invierno 1941-Primavera 1942», en VV. AA., *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición*, Taurus Ediciones, Madrid, 1976.
- CUARTERO, Arturo, *Los que se marchan. La División Azul*, Nuevas Gráficas, Madrid, 1941.
- DARIUSZ, Tasiór, «La División Azul en Suwalki», *Blau División*, n.º 708-709, 2018.
- DAVIES, Norman, *Europa en guerra. ¿Quién ganó realmente la Segunda Guerra Mundial?*, Planeta, Barcelona, 2008.

- DEMPSEY, Guy C., *Napoleon's Mercenaries. Foreign Units in the French Army under the Consulate and Empire*, Greenhill Books, Londres, 2002.
- DÍAZ BENÍTEZ, Juan José, «Voluntarios de la Zona Aérea de Canarias y África Occidental en la Wehrmacht», *Historia Social*, n.º 53, 2005.
- DÍAZ CANO, Asensio, *Feldpost nummer 20796. Memorias de un guripa de exploración en la campaña de Rusia*, García Hispán Editor, Granada, 1989.
- DÍAZ DEL RÍO JÁUDENES, Guillermo, *Los zapadores de la División Azul*, Actas Editorial, Madrid, 2011.
- DÍAZ DE VILLEGAS BUSTAMANTE, José, *Lo que vi en Rusia*, edición del autor, Madrid, 1950.
- , *Guerra de Liberación*, Editorial AHR, Barcelona, 1958.
- , *La División Azul en línea*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1967.
- DÍEZ FERNÁNDEZ, Carlos, «Signal y la División Azul», *Blau División*, n.º 585, 2008.
- DÍEZ INFANTE, Eduardo, «Los recuerdos tatuados» (I a IV), *Blau División*, n.º 537 a 540-541, 2004.
- DINARDO, Richard L., *Mechanized Juggernaut or Military Anachornism. Horses and the German Army of World War Two*, Stackpole Books, Mechanicsburg (PA), 1991.
- DOLADO ESTEBAN, Jesús; RAMOS REDONDO, Eduardo y ROBLES ESTEBAN, Eduardo, *Revista de comisario. El cuerpo de intervención militar en la División Azul, 1941-1944*, AF Editores, Valladolid, 2005.
- DOMINGO, Alfonso, *Historia de los españoles en la Segunda Guerra Mundial. Sus peripecias en todos los frentes y bajo todas las banderas*, Almuzara (Córdoba), 2009.
- DROBYAZKO, Sergei I., ROMAN'KO, Oleg V. y SEMENOV, Konstantin K., *Inostrannye formirovaniya Tret'ego rejha*, AST-Astrel, Moscú, 2011.
- DUPRAT, François, *La Croisade Antibolchevique*, Les Sept Couleurs, París, 1977.
- DUPUY, Trevor N., «An Analysis of the War», en: DUNNIGAN, James F. (editor), *The Russian Front. Germany's War in the East, 1941-1945*, Arms and Armour Press, Londres, 1978.
- EDWARDS, Bob y ROA, Augustín, *The Spanish Conspirators. After Franco who?*, Housmans, Londres, 1963.
- EIROA SAN FRANCISCO, Matilde, «Fuentes oficiosas sobre la División Azul en el Frente Ruso», *Jábega. Revista de la Diputación Provincial de Málaga*, n.º 75, 1991.
- EIZAGUIRRE, Ramón P., *En el Abismo Rojo. Memorias de un español once años prisionero en la URSS*, edición del autor, Madrid, 1955.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos Camaradas. La Internacional Comunista en España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999.
- ELPATIEVSKIJ, Andrei Valeriánovich, *Golubaya Diviziya, voennoplennye i internirovannye ispancy v SSSR*, Aletejya, San Petersburgo, 2015.
- ERRANDO VILAR, Enrique, *Campaña de invierno. División Azul*, José García Perona, Madrid, 1943.
- ESCALONILLA, Juan Carlos, *The Spanish Blue Division*, Trabajo del Máster de Estudios Estratégicos, *US Army War College*, 2005 (Internet).
- ESCRIBANO BARTLETT, Ignacio, *Primer Franquismo. Estudio y Memoria de la División Azul en la provincia de Cáceres*, Institución Cultural El Brocense, Diputación de Cáceres, Cáceres,

2014.

- , «Los indeseables de la División Azul», *Clio. Revista de Historia*, n.º 185, 2017.
- ESCUADRA SÁNCHEZ, Alfonso, «Marinos españoles en la Armada alemana», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 37, 1998.
- , «Marinos españoles en la Kriegsmarine. Detalles de la investigación», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- , *Españoles en la Kriegsmarine. Misiones en el Báltico (1942-1943)*, Galland Books, Valladolid, 2013.
- ESCUÍN DERQUI, José Luis, *Pinceladas*, edición del autor, Puerto de Santa María (Cádiz), 1999.
- ESPINOSA POVEDA, Arturo, *Artillero 2.º en la Gloriosa División Azul. (4 julio 1941-8 abril 1943) ¡Cincuenta años después!*, Fundación División Azul, Madrid, 1992.
- ESQUIROZ GAUMÉ, Carlos, «Después de la batalla: cincuenta y siete años en Possad», ver en RECIO (editor), *Españoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este*.
- ESTEBAN-INFANTES MARTÍN, Emilio, *La División Azul (Donde Asia empieza)*, Editorial AHR, Barcelona, 1956.
- y FONTENLA BALLESTA, Salvador, *La División Azul en el Frente de Leningrado. El informe oficial del general Esteban-Infantes*, Editorial Fajardo el Bravo, Lorca, 2015.
- ESTES, Kenneth William, *A European Anabasis. Western European Volunteers in the German Army and Waffen SS, 1940-1945*, S. 1., E-Gutenberg-Columbia University Press (Internet), 2003.
- ESTÉVEZ PAYERAS, José Manuel, *Krasny Bor, 10 de febrero de 1943*, trabajo fin de Curso, Curso de Operaciones Anfibias y Expedicionarias, Escuela de Infantería de Marina, 1997, inédito, Archivo CCJ.
- EZQUERRA SÁNCHEZ, Miguel, *Lutei até ao fim. Memórias dum voluntário espanhol na Guerra 1939-1945*, Sociedade Astória, Lisboa, 1947.
- , *Berlín, a vida o muerte*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1975.
- FARRÉ ALBIÑANA, Jaime, *4 infantes, 3 luceros*, Librería Escolar, Tetuán, 1949.
- FARRÉ PALAUS, Ramón, *Impresiones. Centinela junto al Ilmen*, García Hispán Editor, Alicante, 1999.
- FEURKA, Peter R., «¿Se habla español, Comrade? The Spanish Blue Division in Operation Barbarossa», *Command Magazine. Military History, Strategy & Analysis*, n.º 27, 1994.
- FERNÁNDEZ BASANTA, Alberto, *3.ª Escuadrilla Expedicionaria en Rusia. Diario de Campaña*, edición del autor, Madrid, 1972.
- FERNÁNDEZ BLANCO, Laurentino, *Recuerdos de la División Azul. Fui guerrillero (1941-1943)*, edición personal, 2001.
- FERNÁNDEZ-COPPEL LARRINAGA, Jorge, «A los mandos del Focke Wulf 190. Españoles en Rusia», *Avion Revue*, n.º 112, 1991.
- , «Los caídos de la Escuadrilla Azul», *Defensa*, extra n.º 53. (*Bajo las banderas del Tercer Reich. Españoles en Rusia, 1941-1945*), 1991.
- , *La Escuadrilla Azul. Los pilotos españoles en la Luftwaffe*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2004.

- , *General Gavián*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- FERNÁNDEZ-DELGADO MAROTO, Manuel, «Desde aquí. Tres cartas en el bosque de Copxi», *Azarbe. Entrega de Poesía*, n.º 8, 1947.
- FERNÁNDEZ FLÓREZ, Darío, *La vida ganada: auto representable*, Ánfora, Madrid, 1942.
- FERNÁNDEZ GARCÍA, Francisco, *Españoles en la Primera Guerra Mundial*, Espuela de Plata, Sevilla, 1948.
- FERNÁNDEZ GRANADOS, Emilio, *Traición en el infierno*, libro electrónico: Amazon Media. En formato «pdf» descargable: Books-a-Million, 2016.
- FERNÁNDEZ DE LATORRE, Ricardo, *Historia de la música militar española*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Madrid, 2000.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, José Ángel, *La aventura rusa. Voluntarios mirandeses en la División Azul*, edición del autor, Miranda de Ebro, 2016.
- FERNÁNDEZ-NAVARRO, Lorenzo. Ver CABALLERO JURADO.
- FERNÁNDEZ VARGAS, Valentina, «Una intervención internacional: la División Española de Voluntarios. Informe sobre una investigación en curso», en TUSELL, Javier y otros (editores), *El Régimen de Franco (1936-1975). Política y relaciones exteriores*, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Madrid, 1993.
- FERNÁNDEZ VELASCO, Adolfo, *Apuntes de la División Azul*, Imprenta La Torre, La Felguera, 1943-a.
- , *Campaña de Rusia, 1941-1942. El relevo del Alcázar*, Imprenta Ripoll, Benicarló, 1943-b.
- FERRER-DALMAU NIETO, Augusto, «Españoles en las Waffen SS», *Eurouniformes*, n.º 11, 2002. (Otras entradas sobre FERRER-DALMAU. Ver CARRERA BUIL).
- FERRER MIRASOL, Pascual, «Hijaranos en la División Azul», *Rujiar. Miscelánea del Centro de Estudios Hijaranos-Bajo Martín*, n.º IV, 2003.
- FERRERO BLANCO, María Dolores, «Franco y la Revolución Húngara de 1956: la contribución de España en la Resistencia frente a la URSS», *Papeles del Este. Transiciones Poscomunistas*, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid, n.º 7, 2003.
- FLORES PAZOS, Carlos, «Españoles en el Ejército Soviético». Ver en RECIO (editor), *Españoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este*, 1999.
- FONTENLA BALLESTA, Salvador, *Los combates de Krasny Bor*, Actas Editorial, Madrid, 2012.
- , *Krasny Bor. El último reducto de la defensa. Las Memorias de Manuel Rodríguez Campano (9.ª Batería)*, Editorial Fajardo el Bravo, Lorca, 2013.
- , «La División Azul», en VV. AA., *Historia Militar de España*, tomo IV, *Edad Contemporánea. De 1898 a 1975*, vol. II, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2016.
- (2017). «La batalla de Krasny Bor». En VV. AA., *Historia Militar de España*, Tomo V, *Campañas, batallas y hechos militares singulares*, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, Madrid, 2016.
- (Más entradas de FONTENLA. Ver ESTEBAN-INFANTES).
- FÖRSTER, Jürgen y UEBERSCHAR, Gerd B., «Volunteers for the “European Crusade against Bolshevism”», en VV. AA., *The Attack on the Soviet Union*, vol. IV de la obra *Germany*

- and the Second World War*, Clarendon Press, Oxford, 1998.
- FRANCESCONI, Teodoro, *Bersaglieri in Venezia Giulia, 1943-1945*, Casa Editrice del Baccia, Alejandría, 1969.
- , *Gorizia, 1940-1947*, Edizioni dell'Uomo Libero, Milán, 1990.
- FRANZO, Giuseppe, *Division Azul, Volontari Spagnoli sul fronte dell'est*, Novantico Editrice, Pinerolo, 2005.
- , «Divisione Azzurra», *Volontari*, n.º 28, 2009.
- FUENTE, Inmaculada de la, «Historias de la División Azul. La delirante Cruzada en el país del frío», *El País Semanal*, n.º 220, 1981.
- FURET, François, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- FUSTER FUSTER, Andrés, *La gran noche. Un mallorquín en la División Azul*, Palma Distribucions, Palma de Mallorca, 2016.
- GABOR, Calin, «Division Azul, Divizei Albastre» (I a XII), *Permanente*, Año XX, n.º 4 a año XXI, n.º 9, 2017-2018.
- GALLEGO CORTÉS, Alfonso, *Diario de un falangista de primera línea*, Ediciones Nueva República, Molins de Rei, 2011.
- GARCÍA, Antonio María, «Galubaya Divisia». *Crónica de la División Azul*, Fondo de Estudios Sociales-Documedia, Madrid, 2001.
- GARCÍA DÍAZ, Miguel «Semíramis, 1954. El regreso de los cautivos de la División Azul», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 46, 2004.
- , «Documentos para la historia. El archivo privado del general Oroquieta», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 61-62, 2005.
- GARCÍA DE GABIOLA, Javier, «La odisea de la División Azul. Una unidad española, aliada de Hitler, contra Stalin», *Muy Historia*, n.º 76, 2016.
- GARCÍA GALLUD, Enrique, *Tiempos de milicia en Possad. (Memorias de mi campaña de Rusia)*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2016.
- GARCÍA HISPÁN, José, *La Guardia Civil en la División Azul*, García Hispán Editor, Alicante, 1992.
- GARCÍA INFIESTA, Dionisio, *Campaña de Rusia, 1941-1944. Escuadrillas Españolas de Caza*, S. 1, Copia en el Archivo de la Fundación División Azul, S. f.
- GARCÍA-IZQUIERDO SÁNCHEZ, Dionisio, *El último divisionario en Possad. Batallón de Transmisiones en la División Azul*, García Hispán Editor, Granada, 2009.
- GARCÍA DE LEDESMA, Ramiro, *Encrucijada en la nieve. Un servicio de inteligencia desde la División Azul*, García Hispán Editor, Granada, 1996.
- GARCÍA LUNA, José, *Las cartas del sargento Basilio*, Editorial Pentágono, Barcelona, 1959.
- GARCÍA MARTÍNEZ, Ramón, «La División 250 en el sector del Río Vóljov (1941-1942)», *Ejército*, n.º 744, 2003.
- GARCÍA-MATARREDONA CEPEDA, Daniel. Ver ALCAIDE YEBRA.
- GARCÍA PÉREZ, Antonio, *Héroes de España en campos de Rusia, 1941-1942*, Camarasa, Madrid, 1942.

- GARCÍA PÉREZ, Rafael, «La idea de la Nueva Europa en el pensamiento nacionalista español de la inmediata posguerra, 1939-1944», *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, n.º 5, 1990.
- , *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994.
- GARCÍA SÁNCHEZ, César. Ver OROQUIETA ARBIOL.
- GARCÍA SÁNCHEZ, Jesús, *La censura postal en la Europa del siglo XX*, tesis doctoral, inédita, Universidad de Salamanca, Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea (Internet), 2009.
- GARRIDO POLONIO, Fernando y GARRIDO POLONIO, Miguel Ángel, *Nieve Roja. Una tumba perdida en Rusia*, Oberón, Madrid, 2002.
- GARRIGA, Ramón, *La España de Franco*, vol. I: *Las relaciones con Hitler*, vol. II: *De la División Azul al triunfo aliado*, G. del Toro Editor, Madrid, 1976.
- GAWĘDA, Marcin, «Błękitna Dywizja na froncie wschodnim», *Inne Oblicza historii-Historia Polski*, n.º 7, 2005.
- GAY, Josep Víctor, «Els gironins de la División Azul», *Revista de Girona*, n.º 215, 2002.
- GENUALDI, Anthony, *Face to the Sun. A novel of the División Azul*. S. 1., BookLocker, 2011.
- GEORGACOPULOS TEJA, Constantino, *Un artillero de trinchera. Memorias de un divisionario valenciano*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2015.
- GIL MARTÍNEZ, Eduardo M., *Espanoles en las SS y la Wehrmacht, 1944-1945. La Unidad Ezquerra en la batalla de Berlín*, Almena, Madrid, 2011.
- GIMÉNEZ GISBERT, Armando, «Biografía militar de los divisionarios ibenses», ver en MIRALLES GUILL, *Zapadores en Krasny Bor*, 2014.
- GLANTZ, David M., *Colossus Reborn. The Red Army at War*, Kansas University Press, Lawrence (Kansas), 2005.
- , *Antes de Stalingrado. La invasión alemana de la Unión Soviética*, Inédita Editores, Barcelona, 2010.
- , *La batalla por Leningrado*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2018.
- y HOUSE, Jonathan M., *Choque de Titanes. La victoria del Ejército Rojo sobre Hitler*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.
- GÓMEZ, J. L. y MONTEJANO, F., *Los bravos del «Semíramis». Apasionante reportaje en torno a los repatriados de la «División Azul»*, Editorial Gómez, Pamplona, 1954.
- GÓMEZ GARCÍA, Salvador y MARTÍN QUEVEDO, Juan, «A Crusade over the airwaves. The Blue Division on Radio Nacional de España (1941-1945)», *Historical Journal of Film, Radio and Television. International Association for Media and History*, vol. del año citado, 2016.
- GÓMEZ TELLO, José Luis, *Canción de invierno en el este. Crónicas de la División Azul*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1945.
- GONZÁLEZ, Fernando, *Memorias de un fascista español*, Editorial Personas, Madrid, 1976.
- GONZÁLEZ, Valentín, *Yo escogí la esclavitud*, Plaza & Janes, Barcelona, 1978.
- GONZÁLEZ DÍAZ, Alfredo, *Alegres soldados*, descargable en la página [www.alegressoldados.es](http://www.alegressoldados.es), 2009.

- GONZÁLEZ LÓPEZ, Cristina, *La misión de España ante la Alta Comisión Aliada en Alemania. Prisioneros españoles en la Unión Soviética*, inédito, (Archivo CCJ), S. f.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Óscar y SAGARRA RENEDO, Pablo, «Lago Ilmen, 1942. La División Azul en la defensa de Staraya Russa», *ARES. Revista de Historia y Actualidad Militar*, extra n.º 6, 2016.
- , *El libro del soldado de la Wehrmacht*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.  
(Más entradas de GONZÁLEZ LÓPEZ, Óscar, ver CABALLERO JURADO; y SAGARRA).
- GONZÁLEZ MADRID, Damián A., *La Falange manchega, 1939-1945*, Biblioteca de Autores Manchegos, Ciudad Real, 2004.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Andrés, *Alas españolas sobre Moscú*, Editorial Aeronáutica, Madrid, 1955.
- GONZÁLEZ MAS, Rafael, *La cuarentena*, Visión Libros, Madrid, 2012.
- GONZÁLEZ PINILLA, Ángel, «Españoles en la Wehrmacht y las Waffen SS (1944-1945)», en RECIO (editor), *Españoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este*, 1999.
- , «La Medalla de la Campaña de Rusia», *Soldiers*, n.º 72, 2001.
- , «La placa de identidad de la División Azul», *Eurouniformes*, n.º 27, 2005.
- , «División Azul. Distintivos de nacionalidad», *Eurouniformes*, n.º 38, 2006.
- , *Héroes entre valientes. Los condecorados en la División Azul*, Ágora Ediciones, Madrid, 2012.
- , «Hace 70 años. Así acabó la Segunda Guerra Mundial para los últimos combatientes españoles en el Frente del Este», I y II, *Blau División*, n.º 671 y 672-673, 2015-a.
- , «Hace 70 años. Españoles en el final de la Segunda Guerra Mundial. Miguel Ezquerro: realidad y mito», *Blau División*, n.º 675, 2015-b.
- , *Guerra psicológica sobre la División Azul, (Rusia, 1941-1944)*, S. l., S. e., S. f.-1.
- , *Catálogo de Postales. División Azul*, S. l., S. e., S. f.-2.
- , *Diplomas de condecoraciones en la División Azul*. S. l., S. e., S. f.-3.
- , *Recompensas militares alemanas de la División Azul*, S. l., S. e., S. f.-4.
- y BARRERA GOVANTES, Antonio, *Medallas Conmemorativas de la División Azul*, Gutikslund Historical Publishing, Madrid, 2018.  
(Más entradas de GONZÁLEZ PINILLA, Ángel, ver: ALONSO GALLARDO).
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Javier, *La quinta corona*, Plaza Janes, Barcelona, 2006.
- GOPIAN [pseudónimo], ver: GONZÁLEZ PINILLA, Ángel.
- GOSZTONY, Peter, *Hitlers Fremde Heere. Das Schicksal der nichdeutschen Armeen im Ostfeldzug*, Gustav Lubbe Verlag, Bergisch Glandbach, 1980.
- , *Deutschlands Waffengeführten an der Ostfront, 1941-1945*, Motorbuch Verlag, Stuttgart, 1981.
- GRACIA, Jordi (editor), *Dionisio Ridruejo. Materiales para una biografía*, Fundación Santander Central Hispano, Madrid, 2005.
- GRAGERA, Francisco e INFANTES, Daniel, *Rumbo a Rusia. Los voluntarios extremeños de la División Azul*, Editorial Raíces, Madrid, 2007.
- GRAU PÉREZ, Francisco, «Los Generales Divisionarios», I a VI, *Blau División*, n.º 571 a 576, 2007.

- GRIFFIN, Roger, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Akal, Madrid, 2010.
- GUILLÉN GONZÁLEZ, Santiago, ver CABALLERO JURADO.
- GUTIÉRREZ DEL CASTILLO DE ANTONIO, José María, «Diario de la campaña», I a IX, *Blau Divisió*n, n.º 690 a 699, 2017.
- GUZMÁN MORA, Jesús, *Visiones de Rusia en la narrativa española: el caso de la División Azul*, tesis doctoral, inédita, Universidad de Salamanca, Departamento de Lengua Española (Internet), 2016-a.
- , «La División Azul novelada. Los casos de “Ida y Vuelta” (1946), de Antonio José Hernández Navarro y “División 250” (1954) de Tomás Salvador», *Revista de Filología Románica*, vol. 33, número especial, 2016-b.
- , «La División Azul en “Y. Revista para la mujer” (1941-1943)», *Creneida*, n.º 6, 2018.
- HALL, Vaux J., «*For a better Spain and a fairer Europe: a Re-Examination of the Spanish Blue Division in its Social, Cultural and Political Context, 1941-2005*», tesis doctoral, inédita, Departamento de Historia Moderna, National University of Ireland (Internet), 2005.
- HAMILTON, Alistair, *La ilusión del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo (1919-1945)*, Luis de Caralt editor, Barcelona, 1973.
- HARTMANN, Christian, *Operación Barbarroja. La guerra alemana en el Este, 1941-1945*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2018.
- HAUPT, Werner, «La División Azul en la literatura», *Ejército*, n.º 218, 1960.
- , *La División Azul. La epopeya del Ilmen*, Ediciones Marte, Barcelona, 1962.
- , *Berlín, 1945*, Ediciones Marte, Barcelona, 1964.
- , *Army Group North*, Schiffer Military History, Atglen (Filadelfia), 1997.
- HAYES, Carlton J. H., *Misión de guerra en España*, EPESA, Madrid, 1946.
- HERNÁNDEZ CARDONA, Francesc Xavier y RIART I JOU, Francesc, *Soldats, guerrers i combatents dels Països Catalans*, Rafael Dalmau editor, Colección Exèrcits de Catalunya, Barcelona, 2014.
- HERNÁNDEZ MORENO, Alberto, *No lucharon solos. Aliados del Eje en la 2.ª Guerra Mundial*, Galland Books, Valladolid, 2017.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Antonio J., *Ida y Vuelta*, Actas Editorial, Madrid, 2004.
- HERNANZ BLANCO, Guillermo, *Diario de Guillermo en Rusia, 1942*, RH Ediciones, Madrid, 2013.
- HILDEBRANDT, Karl-Heinz, «Der Opfergang der legendären Blauen Division», *Alte Kameraden. Unabhängige Zeitschrift Deutscher Soldaten. Organ der Traditionsverbände und Kameradenwerke*, n.º 12, 1994.
- , «Geschichte der 250. Infanteriedivision. Die Blaue Division. Spanier mit Deutschen gegen den Kommunismus», *Deutsche Militärzeitschrift*, n.º 2, 2000.
- HILLGRUBER, Andreas, *La Segunda Guerra Mundial. Objetivos de guerra y estrategia de las grandes potencias*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- HOARE, Samuel, *Embajador ante Franco en misión especial*, Sedmay Ediciones, Madrid, 1977.
- HOMAR SERVERA, Jaime, «Diario de campaña de un comandante de Estado Mayor», I a V, *Blau Divisió*n, n.º 631 a 635, 2012.

- IBÁÑEZ CAGNA, César, «La Guardia Civil en tierras de Rusia», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991-a.
- , «El invierno de 1941-42 en Rusia», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991-b.
- , «Nuestras enfermeras», *Blau División*, n.º 388, 1991-c.
- , *Banderas españolas contra el comunismo. Las enseñanzas de los voluntarios en el Frente del Este (1941-1944)*, Fundación División Azul-Fundación Don Rodrigo, 2000.
- , «La batalla de Posselok», *Serga*, n.º 14, 2001.
- IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, Rafael, «De Madrid a Grafenwöhr: el nacimiento de la División», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991.
- , «Españoles en las trincheras: la División Azul», en PAYNE, Stanley G. y CONTRERAS, Delia (editores), *España y la Segunda Guerra Mundial. Curso de Verano en El Escorial*, Editorial Complutense, Madrid, 1996.
- , «La División Azul, elemento de negociación diplomática», en TUSELL, Javier y otros (editores), *La política exterior de España en el siglo XX. Actas del Congreso*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1997.
- , «Prensa española de trincheras en el Frente del Este», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 37, 1998.
- , «La Cruzada antibolchevique en las pantallas. La División Azul en el cine y la televisión», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 46, 2001.
- , «Literatura, periodismo y cine en torno a la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- (Más entradas de IBÁÑEZ HERNÁNDEZ, Rafael, ver CABALLERO JURADO).
- IGLESIA HERNÁNDEZ, José Antonio de la, *Y mañana saldrá el sol*, De Librum Tremens, Madrid, 2013.
- , «Abnegación y sacrificio frente al fuego y el hielo. La División Española de Voluntarios», *Armas y Cuerpos. Revista de la Enseñanza Militar de los Oficiales del Ejército Español*, n.º 134, 2017.
- , «Krasny Bor. Consideraciones sobre una gran victoria defensiva, con grandes repercusiones en suelo extraño», *Armas y Cuerpos. Revista de la Enseñanza Militar de los Oficiales del Ejército Español*, n.º 138, 2018.
- y BURGUETE GARCÍA, Daniel, *Suboficiales españoles en Rusia. Brigadas y sargentos en la División Azul*, Galland Books, Valladolid, 2015.
- IGLESIAS-SARRÍA Y PUGA, Manuel, *Mi suerte dijo sí. Evocación autobiográfica de guerra y paz (1918-1945)*, Editorial San Martín, Madrid, 1987.
- INFANTES, Daniel, ver GRAGERA.
- IZQUIERDO LUQUE, Federico, «La Hoja de Campaña en la División Azul», *Gaceta de la Prensa Española. Delegación Nacional de Prensa*, n.º 8, 1943.
- JABONERO SÁNCHEZ, Vicente, «Campaña de Rusia. El Servicio sanitario de batallón durante el invierno», *Ejército*, n.º 43, 1943.
- JATO MIRANDA, David, *La rebelión de los estudiantes* (edición ampliada), edición del autor, Madrid, 1967.

- JÉREZ RIESCO, José Luis, *La Falange del valor. Los hermanos Aznar o el sentimiento heroico de la vida*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2011.
- JIMÉNEZ, Jorge, «La División Azul en el cine», *Clio. Revista de Historia*, n.º 185, 2011.
- JIMÉNEZ ANDRADES, Ildefonso, *Recuerdos de mi campaña en Rusia*, Excma. Diputación Provincial de Badajoz, Badajoz, 1957.
- JIMÉNEZ DE CISNEROS Y BAUDIN, Federico Daniel, «El Archivo de la Fundación División Azul», en *Fuentes para la historia militar en los archivos españoles. Actas de las VI Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, S. f.
- , «Capellanes españoles en la campaña de Rusia», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, Julio, *Semíramis, regresamos*, Nautical Union Works, Cabra del Camp (Tarragona), 1957.
- JIMÉNEZ MALO DE MOLINA, Víctor José, *De España a Rusia. 5.000 km con la División Azul*, Editorial Mediterráneo, Madrid, 1943.
- JIMÉNEZ SOTO, Francisco de Paula, *Voluntarios de Canarias en la División Azul*, tesis doctoral, inédita, Universidad de Las Palmas de Gran Canarias, Departamento de Ciencias Históricas (Internet), 2015-a.
- , «La División Española de Voluntarios (División Azul) en el setenta y cinco aniversario de su creación», *Boletín Millares Carlo*, n.º 31, 2015-b.
- JIMÉNEZ TORRES, Juan, «La cirugía de guerra en la División Española de Voluntarios», *Ejército*, n.º 44, 1944.
- JUARISTI, Jon, *La caza salvaje*, Planeta, Barcelona, 2007.
- KACZOROWSKI, Bartosz, *Franco contra Stalin. La política española frente a la URSS durante la Segunda Guerra Mundial*, Actas Editorial, Madrid, 2018.
- KARNER, Stefan, *Im Archipel GUPVI. Kriegsgefangenenschaft und Internierung in der Sowjet-Union, 1941-1956*, Oldenburg Verlag, Viena, 1955.
- KEENE, Judith, *Luchando por Franco. Voluntarios europeos al servicio de la España fascista, 1936-1939*, Salvat Editores, Pamplona, 2002.
- KLEINFELD, Gerald R., y TAMBS, Lewis A., «North to Russia: the Spanish Blue División in World War Two», *Military Affairs*, vol. 37, n.º 1, 1973.
- , «The Spanish Blue Division in Russia», *History Today*, vol. 27, n.º 8, 1977.
- , *La División Española de Hitler. La División Azul en Rusia*, Editorial San Martín, Madrid, 1983.
- KOCJANČIČ, Klemen, «Španci v nemški službi na Slovenskem med drugo svetovno vojno», *Pripevki za Novejso Zgodovino*, vol. LVI, 2016.
- KOVALEV, Boris N., *Dobrovol'cy na chuzhoj vojne: ocherki istorii Goluboj divizii*, Nov GU im. Yaroslava Mudrogo, Velikij Nóvgorod, 2014.
- KOWALSKY, Daniel, *La Unión Soviética y la Guerra Civil española. Una revisión crítica*, Planeta-DeAgostini, Barcelona, 2005.
- KRAMMER, Arnold, «Spanish Volunteers Against Bolshevism: the Blue Division», *The Russian Review*, vol. 32, n.º 4, 1973.

- KURTZ, Carmen, *El desconocido*, Planeta Barcelona, 1956 [Nombre real de la autora: Carmen de Rafael Mares].
- LAHNE, Werner, *Spaniens Freiwillige an der Ostfront: ein Bildbuch von der Blauen Division-Los voluntarios españoles en el frente: un libro ilustrado de la División Azul*, Propagandakompanie der Armeekorps Busch, Kaunas, 1942.
- LAMBARRI Y YANGUAS, Fernando de, *Galería militar de intendencia*, Mundilibro, Barcelona, 1974.
- LANDWEHR, Richard, *La estirpe de Thor. El Cuerpo Franco SS danés en la Campaña de Rusia, 1941-1943*, García Hispán Editor, Alicante, 1993.
- LANNOY, François de, «La División Azul», I y II, *Magazine 39-45*, n.º 125 y 126, 1996.  
—, «La División “Azul” dans le secteur du Volkhov», *Magazine 39-45*, n.º 177, 2001.
- LAORDEN RAMOS, Carlos, *Historia militar de las Transmisiones. El Regimiento de El Pardo*, edición del autor, Madrid, 1981.  
—, «Zapadores: en lo más duro de la batalla», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*), 1991.
- LARRAZ ANDÍA, Pablo, y SIERRA-SESÚMAGA, Víctor, *Requetés. De las trincheras al olvido*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- LAURENT, Boris, «La División Azul. Des Espagnols sur le front russe», *Axe & Allies*, n.º 5, 2007.
- LAVEDÁN, Alberto de, *Un español tras el telón de acero*, Mateu, Barcelona, 1959.
- LAZO DÍAZ, Alfonso, *La Iglesia, la Falange y el fascismo. Un estudio sobre la prensa española de posguerra*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 1995.  
—, *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Editorial Síntesis, Madrid, 2008.  
—, *Historias falangistas del sur de España. Una teoría sobre los vasos comunicantes*, Espuela de Plata, Sevilla, 2015.
- LEITZ, Christian, *Nazi Germany and Neutral Europe during the Second World War*, Manchester University Press, Manchester, 2000.
- LEPELEY, Henry, *The Spanish Blue Division: A Neutral Country's Mobilization in World War Two*, tesis inédita, Departamento de Historia, Central Connecticut State University, 2006 (Archivo Fundación División Azul).
- LINARES FERNÁNDEZ, Vicente, *Más que unas memorias. Hasta Leningrado con la División Azul*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2000.
- LIÑÁN, Manuel, «La Revista “ASPA” y la División Azul», *Blau División*, n.º 643, 2013.  
— y PALAO, Elena, «Música para la División Azul», I y II, *Blau División*, n.º 569 y 571, 2006-2007.
- LITTLEJOHN, David, *Foreign Legions of the Third Reich*, vol. 2: *Belgium, Great Britain, Holland, Italy and Spain*, R. James Bender Publishing, San José (California), 1981.
- LLANZA Y DE VALLS, Rafael, *Un español en el Ejército de Napoleón*, Almena Ediciones, Madrid, 2008.
- LLEDÓ CORTÉS, José Manuel, «La prensa comunista española y la División Azul», ver en GARCÍA GALLUD, *Tiempo de Milicia en Possad*, 2016.  
—, «La División Azul en el NO-DO», *Blau División*, n.º 710, 2018.

- LÓPEZ ANDRADA, Benito, *Relatos históricos de un falangista divisionario (Adolfo Estévez Pérez)*, Punto Rojo, Sevilla, 2015.
- LÓPEZ-COVARRUBIAS MARTÍN-CARO, Juan Andrés, *Toledanos en la División Azul, Entre la memoria y el olvido*, Ediciones Covarrubias, Toledo, 2012.
- LÓPEZ PÉREZ-EIZAGUIRRE, Victoriano R., «Lo ignorado sobre el cerco de Leningrado», *Blau División*, n.º 556, 2005.
- LÓPEZ DE LA TORRE, Salvador, *Los años muertos. Los prisioneros de la División Azul*, edición del autor, Madrid, 1954.
- LÓPEZ VILLATORO, Francisco, *La Falange republicana en Andalucía, Guerra Civil, Movimiento y División Azul. Córdoba, 1934-1945*, Asociación Cultural Cantamora, Castro del Río (Córdoba), 2012.
- LOSADA, Juan Carlos, «¡Rusia es culpable!», en VV. AA., *1941-1942. La División Azul: España quiere vengarse del comunismo*, vol. 2.º del coleccionable *El Franquismo, año a año*, Unidad Editorial, Madrid, 2006-a.
- «La División Azul vuelve a casa», en VV. AA., *Franco viste de uniforme a las Cortes*, vol. 3.º del coleccionable *El Franquismo, año a año*, Unidad Editorial, Madrid, 2006-b.
- LUCA DE TENA BRUNET, Torcuato y PALACIOS CUETO, Teodoro, *Embajador en el infierno. Memorias del capitán Palacios, once años de cautiverio en Rusia*, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1955 [Existen numerosas ediciones].
- LUNA GUILLÉN, Luis, *Romancero de la División Azul*, edición del autor, Murcia, 1991.
- MACIÁ RIQUELME, Antonio, «Los fondos del Archivo General Militar de Ávila y los estudios regionales sobre la División Azul», *Blau División*, n.º 713, 2018.
- MANRIQUE GARCÍA, José María, *Los cañones de la División Azul*, Editorial Fajardo el Bravo, Colección Estela, Monografías de Historia Militar de España, Lorca, 2012.
- MAQUEDA LORENZO, Manuel, *División 250. El último tercio español: la isba del guripa*, SND Editores, Buitrago de Lozoya (Madrid), 2017.
- MARCÉN LETOSA, Mercedes, «La División Azul y su reflejo en Zaragoza», *Anuario del Centro de la UNED en Calatayud*, vol. II, n.º 5, 1997.
- MARCHENA CAÑETE, Ángel, *Memorias de un luqueño. La vida de Ángel Marchena*, Ayuntamiento de Luque y Diputación de Córdoba, Luque, 2003.
- MARÍN FERRER, Emilio, «Valientes en el Ilmen. Esquiadores españoles en Rusia», *Fuerza Terrestre*, n.º 50, 2008.
- , «Batallón II/269: Altos de Sinyavino/Posselok», *Fuerza Terrestre*, n.º 84, 2011.
- MARTÍN ORTIZ, Miguel, «Diario de campaña de un oficial veterinario», I a X, *Blau División*, n.º 646 a 658, 2013-2014.
- MARTÍN QUEVEDO, Juan, ver GÓMEZ GARCÍA.
- MARTÍN DE POZUELO, Eduardo y ELLAKURÍA, Iñaki, *Los espías españoles que combatieron a los nazis*, Debate, Barcelona, 2008.
- MARTÍNEZ CANALES, Francisco, *Leningrado, 1941-1944. La División Azul en combate*, Almena Ediciones, Madrid, 2009.
- , *Alas españolas en Rusia, 1941-1944. Escuadrillas Azules en la Luftwaffe*, Almena Ediciones, Madrid, 2011.

- MARTÍNEZ CRUCES, Pedro, *La Nueva Cruzada. División Española de Voluntarios*, Imprenta Viuda de Juan Pueyo, Madrid, 1942.
- MARTÍNEZ ESPARZA, José, *Con la División Azul en Rusia*, Ediciones Ejército, Madrid, 1943.
- MARTÍNEZ-ESPARZA, Francisco, «Entre fango, frío y fuego», I y II, *Tierra, Mar y Aire*, n.º 319 y 320, 2011.
- MARTÍNEZ-MENA RODRÍGUEZ, Miguel, *Las batallitas de mi abuelo*, García Hispán Editor, Alicante, 1991.
- MARTÍNEZ REVERTE, Jorge, *La División Azul. Rusia, 1941-1944*, RBA Libros, Barcelona, 2011.
- , «Por qué fueron a Rusia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*. n.º 34, 2012.  
(Más entradas de MARTÍNEZ REVERTE, ver MARTÍNEZ TESSIER).
- MARTÍNEZ RODA, Francisco *Varela. El general antifascista de Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
- MARTÍNEZ SÁINZ, Constancio, *La División de Voluntarios en Rusia*, inédito, Trabajo de Investigación presentado al Premio Fundación División Azul, 1997 (Archivo Fundación División Azul).
- MARTÍNEZ TESSIER, Jesús, MARTÍNEZ REVERTE, Jorge, y REVERTE, Javier, *Soldado de poca fortuna*, Madrid, Aguilar, 2001.
- MARTORELL, Alfredo, «Leyenda de la División Azul», *Hespérides. Revista de debate, pensamiento y cultura crítica*, n.º 11, 1996.
- MAWDSLEY, Evan, *Blancos contra Rojos. La Guerra Civil rusa*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2017.
- MEDINA ÁVILA, Carlos, «Epopéya en tierras rusas: la artillería expedicionaria de la División Azul», en VALDÉS SÁNCHEZ, Aurelio (editor), *Al pie de los cañones. La artillería española*, Tabapress, Madrid, 1994.
- MEDINA MERCADO, Heriberto, *Voluntarios contra Rusia. Comedia en tres actos y cuatro cuadros*, edición del autor, Murcia, 1942.
- MELÉNDEZ JIMÉNEZ, Juan I., «Hace 50 años: españoles en Rusia. La batalla de Krasny Bor», *Defensa*, n.º 177, 1993.
- MELIÁ VILA, José, *Bajo seis banderas con la muerte en los talones. Año 1936 a diciembre de 1943*, edición del autor, Valencia, 2004.
- MENA CALVO, Antonio, «La música en la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- MENÉNDEZ CANO, Christian, *¿Te apetece escuchar una historia?* S. l., edición del autor, 2009.
- MERINO BRAVO, Francisco, *Pacofunker. Un guripa en la estepa*, edición del autor, Palencia, 2007.
- MESA GUTIÉRREZ, José Luis de, *Los otros internacionales. Voluntarios extranjeros desconocidos en el Bando Nacional durante la Guerra Civil (1936-1939)*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1998.
- , «Rusos Blancos en la Guerra Civil y la División Azul», *Serga*, n.º 8, 2000.
- MESADO I MAÑÉ, Manel, *Memories d'un temps gris. Un borrianenc en la División Azul*, Agrupació Borrianenca de Cultura, Burriana, 2002.

- MICHEO IZQUIERDO, José Luis de, *Cuadernos de Rusia: desolación y paisaje*, Trabajo Fin de Máster en Literatura Española, Facultad de Filología, Universidad Complutense, 2014. (Internet).
- MIER, Waldo de, *Héroes, aventureros y espías en la Segunda Guerra Mundial*, EPESA, Madrid, 1951.
- MILLÁN LAVÍN, Joaquín y otros, *Historia del Frente de Juventudes. Delegación Provincial de Barcelona y Comarcas*, Hermandad del Frente de Juventudes, Barcelona, 1997.
- MIRALLES GUILL, Joaquín, *Mensaje a la juventud*, Hermandad de la División Azul, Alicante, 1987.
- , *Zapadores en Krasny Bor. Tres días de guerra y otros relatos de la División Azul*, Vicente Sanjuan Ediciones, Alicante, 2014.
- , *Sonaron gritos y golpes a la puerta*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.
- MOA, Pío, *Los mitos del franquismo*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2015.
- MOLINA FRANCO, Lucas «Para Bellum». *Las adquisiciones de material del Ejército de Tierra español durante la Segunda Guerra Mundial*, Ministerio de Defensa, Madrid, 2016.
- Otras entradas de MOLINA FRANCO, ver SAGARRA.
- MOLINOS REYES, Luis Manuel, *El infierno de los inocentes*. S. 1., Edición del autor, 2015.
- MOMPÓ BUCHÓN, Antonio y COGOLLOS KARKLINS, Santiago, «Los hospitales de la División Azul en la retaguardia», ver: VV. AA. *Historia sobre la División Azul*, 2014.
- MONNIER, Theophile, «“Azul”: la dette de sang de l’Espagne», *Tactiques*, n.º 2, 1992.
- MONTAGUT Y DE MARTÍ, Adolfo de, «Diario de un alférez provisional», I a V, *Blau División*, n.º 658 a 663, 2014.
- MONTEJANO, F., ver GÓMEZ.
- MONTERO, Carla, *El invierno en tu rostro*, Plaza Janes, Barcelona, 2016.
- MORALES DELGADO, Gustavo y TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio, *La División Azul. Las fotografías de una historia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- , *Falangistas*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- MORENO DE ALBORÁN, Fernando, «Marinos españoles en el Báltico» (I y II), *Revista Española de Historia Militar*, n.º 71 y 72, 2006.
- MORENO FERNÁNDEZ-CAPARRÓS, Luis Ángel, *Los servicios veterinarios en la División Española de Voluntarios: su organización y actividad*, 2017 (Internet).
- MORENO JULIÁ, Xavier, «Falangismo y División Azul en Cataluña», *Historia y Fuente Oral*, n.º 11, 1994.
- , «La Legión Azul», ver en RECIO, Editor, *Españoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este*, 1994.
- , «La apuesta de Serrano Suñer: Hitler», *La Aventura de la Historia*, n.º 61, 2003.
- , *La División Azul. Sangre española en Rusia. 1941-1945*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004-a.
- , «División Azul. Triste regreso», *La Aventura de la Historia*, n.º 73, 2004-b.
- , «¿Quiso Hitler derribar a Franco?», *Clio*, n.º 56, 2006.
- , *Hitler y Franco. Diplomacia en tiempos de guerra (1936-1945)*, Planeta, Barcelona, 2006.

- , «Los muertos de la División Azul», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 3.<sup>a</sup> época, n.º 42, 2009.
- , «Mitos de la División Azul», *Temas para el Debate*, n.º 186, 2010-a.
- , «España en la Segunda Guerra Mundial: la División Azul», en PUELL DE LA VILLA, Fernando, y ALDA MEJÍAS, Sonia (editores), *Los ejércitos del franquismo (1939-1975)*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, UNED, 2010-b.
- , «División Azul. Las víctimas de la manipulación franquista. El mito azul», *Historia y Vida*, n.º 511, 2010-c.
- , «Voluntaris catalans “contra el bolchevisme”», *Recerques*, n.º 64, 2011.
- , «El franquismo azul contra la Unión Soviética, 1941-1947», en VIÑAS, Ángel (editor), *En el combate por la historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*, Pasado & Presente, Barcelona, 2012-a.
- , «La División Azul en el contexto de las relaciones entre la España de Franco y la Alemania nazi», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, vol. 34, 2012-b.
- , «Españoles en el Gulag. La Odisea de los “azules”», *Historia y Vida*, n.º 527, 2012-c.
- , *Legión Azul y Segunda Guerra Mundial. Hundimiento hispano-alemán en el Frente del Este, 1943-1944*, Actas Editorial, Madrid, 2014.
- , «La División Azul y la diplomacia», *Clio Especial*, n.º 26, 2016.
- , «Spain», en STAHEL, David (editor), *Joining Hitler's Crusade. European Nations and the invasion of the Soviet Union*, Cambridge University Press, Cambridge, 2018.
- MÜLLER, Rolf Dieter, *An der Seite der Wehrmacht. Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzug gegen den Bolschewismus»*, Ch. Links Verlag, Berlín, 2007.
- MUÑOZ CÉSARO, José Santiago, *Yo fui legionario de Europa. Diario de Guerra*, Editorial Alhulia, Salobreña (Granada), 2011.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio, *Sefarad. Una novela de novelas*, Santillana, Madrid, 2001.
- MURIAS, Carlos, CASTAÑÓN, Carlos y MANRIQUE, José María, *Militares italianos en la Guerra Civil española. Italia, el fascismo y los voluntarios en el conflicto español*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- MUSZYŃSKI, Wojciech Jerzy, *Błękitna Dywizja. Ochotnicy hiszpańscy na froncie wschodnim 1941-1945*, Idem in Me, Varsovia, 2002.
- , «Hiszpanie pod Leningradem», *Uważam Rze Historia*, n.º 8, 2012.
- NEGREIRA PARETS, Juan José, *Voluntarios baleares en la División Azul y Legión Azul, 1941-1944*, Edicions Miramar, Palma de Mallorca, 1991-a.
- , *La Bolsa del Vóljov*, García Hispán, Alicante, 1991-b.
- , *Los divisionarios. Soldados baleares en la División Azul (1941-1944)*, Leonard Muntaner Editor, Palma de Mallorca, 2011.
- NEGRO CASTRO, Juan, *Españoles en la URSS*, Escelicer SA, Madrid, 1959.
- NEITZEL, Sönke y WELZER, Harald, *Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen*, Crítica, Barcelona, 2012.
- NEMIS, Fred, *Todesmarsch über den Ilmensee. Die spanische Division Azul Seite an Seite mit ihren deutschen Verbündeten an der Ostfront*, Moewig Verlag, Colección «Soldatengeschichten», n.º 174, Múnich, 1963.

- , *Vom Madrid nach Moskau. Die Blaue Staffel im Russischen Winter*, Erich Pabel Verlag, Colección «Der Landser», n.º 283, Rastatt, S. f.-a.
- , *Generalleutnant Esteban-Infantes. Frontkämpfer, Stategie, Waffengeführte in Russland und letzter Kommandeur der spanischen Blaue Division*, Erich Pabel Verlag, Colección «Der Landser», n.º 261, Rastatt, S. f.-b.
- , *Der Letzte der Legion. Kriegsjahr 1944. Kampf in Norden Ostfront. Spanische Freiwillige in tapferem Einsatz vor Leningrad*, Erich Pabel Verlag, Colección «Der Landser», n.º 304, Rastatt, S. f.-c.
- NERÍN, Gustau, y BOSCH, Alfred, *El imperio que nunca existió*, Plaza & Janes, Barcelona, 2001.
- NEULEN, Hans Werner, *An deutscher Seite. Internationale Freiwillige von Wehrmacht und Waffen SS*, Universitas Verlag, Múnich, 1985.
- , *Am Himmel Europas. Luftstreitkräfte an deutscher Seite, 1939-1945*, Universitas Verlag, Múnich, 1998.
- NOLTE, Ernst, *El fascismo en su época. Action Française. Fascismo. Nacionalsocialismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1967.
- , *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*, Ediciones Península, Barcelona, 1971.
- , *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- , *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo xx*, Ariel, Barcelona, 1995.
- NORLING, S. Erik, *Sangre en la nieve. Voluntarios europeos en el Ejército finlandés y las Waffen SS en el frente de Finlandia (1939-1945)*, García Hispán Editor, Granada, 1996.
- , *Raza de Vikingos. La División SS «Nordland» (1943-1945)*, García Hispán Editor, Granada, 1997.
- , *Jacques Doriot. Del comunismo al fascismo*, Asociación Cultural Amigos de la Historia, Fuengirola, 1998.
- , *De los fiordos a las estepas. La Legión SS Noruega en el Frente del Este (1941-1943)*, García Hispán Editor, Granada, 2000.
- , *Ellos no fueron neutrales. Voluntarios suecos en la Waffen SS europea (1940-1945)*, García Hispán Editor, Granada, 2002-a.
- , «Spanish Waffen SS Volunteers in Italy, 1944-1945. A chapter in the Unknown Story of the Spanish Waffen SS», *Siegrunen*, n.º 72, 2002-b.
- NÚÑEZ CALVO, Jesús Narciso, «La Guardia Civil en la Segunda Guerra Mundial», *Armas*, n.º 237, 2002.
- , «La Guardia Civil en la División Española de Voluntarios», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- , «La División Azul en el Archivo del General Varela», I y II, *Serga*, n.º 41 y 44, 2006-b.
- NÚÑEZ ROLDÁN, Francisco, *Un general para Hitler*, Algaida, Sevilla, 2016.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé Manoel, «Los vencedores vencidos: la peculiar memoria de la División Azul, 1945-2005», *Pasado y Memoria-Revista de Historia Contemporánea*, n.º 4, 2005-a.

- , «¿Un nazismo colaboracionista español? Martín de Arrizubieta, Wilhelm Faupel y los últimos de Berlín, 1944-1945», *Historia Social*, n.º 51, 2005-b.
- , «¿Eran los rusos culpables? Imágenes del enemigo y políticas de ocupación de la División Azul en el frente del Este, 1941-1944», *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. LXVI, n.º 223, 2006-a.
- , *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización política durante la Guerra Civil española (1936-1939)*, Marcial Pons, Madrid, 2006-b.
- , *Imperios de Muerte. La guerra germano-soviética, 1941-1945*, Alianza Editorial, Madrid, 2007.
- , «El Tercer Reich, la Wehrmacht y la División Azul, 1941-1945: memoria e imágenes contrapuestas», *Ayer*, n.º 69, 2008.
- , «Los que en Rusia están. El culto a los caídos de la División Azul, 1941-2008», en CASQUETE, Jesús y CRUZ, Rafael (editores), *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2009.
- , «An Approach to the Social Profile and ideological motivations of the Spanish Volunteers of the Blue Division, 1941-1944», en LEVSEN, S. y KRÜGER, Ch. (editores), *War Volunteering in Modern Times*, Basingstoke, Palgrave, 2010.
- , «¿Testigos o encubridores? La División Azul y el holocausto de los judíos europeos: entre historia y memoria», *Historia y Política*, n.º 26, 2011.
- , «La Cruzada Europea contra el bolchevismo: mito y realidad», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 34, 2012.
- , «El frente del Este (1941-1945): ¿un lugar de memoria transnacional», en RODRIGO, J. (editor), *Políticas de la violencia. Europa siglo XX*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2014.
- , «Falangismo, nacionalsocialismo y el mito de Hitler en España (1931-1945)», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 169, 2015.
- , *Camarada invierno. Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*, Editorial Crítica, Barcelona, 2016.
- O'BALLANCE, Edgar, «La División Azul española en la segunda guerra mundial», *Ejército*, n.º 300, 1965.
- OLMEDA, Fernando, «La División Azul. Recuerdos del Frente Ruso», *La Aventura de la Historia*, n.º 163, 2012.
- ORIENTE COROMINA, Fernando, *División Azul. Verano del 41. Los voluntarios catalanes dan un paso al frente*, Hermandad de Combatientes de la División Azul, Barcelona, 2015.
- OROQUIETA ARBIOL, Gerardo y GARCÍA SÁNCHEZ, César, *De Leningrado a Odessa*, Editorial AHR, Barcelona, 1958.
- ORS PÉREZ, Juan Pablo d', *Diario de un médico español en Rusia*, Ediciones Deportivas, Madrid, 1960.
- ORTOLL, María Mercedes, *Un mundo en el infierno*, Editorial Juventud, Barcelona, 1956.
- OSBORN, John W., «The Spanish Blue Division fought alongside the Germans on the Eastern Front», *WWII History Magazine*, n.º de noviembre-diciembre, 2015.
- OSORIO RAMÍREZ, Miguel, «Diario de Operaciones», I a IV, *Blau División*, n.º 679 a 687, 2016.

- OTHEN, Christopher, *Las Brigadas Internacionales de Franco*, Destino, Barcelona, 2007.
- OUTERIÑO, Maribel, «Ourensanos en la División Azul», *Auria*, suplemento dominical de *La Región*, n.º 142, 2009.
- OVERY, Richard, *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, Tusquets Editores, Barcelona, 2006.
- PALACIO PILACÉS, Luis Antonio, *Tal vez el día. Aragoneses en la URSS (1937-1977). Aragoneses en la URSS (1937-1977). El exilio y la División Azul*, Editorial Comunter, Zaragoza, 2013, dos volúmenes.
- , «Al servicio del Tercer Reich. Taustanos en la División Azul y el Frente del Este», en *Tauste en su historia. Actas de las XV Jornadas sobre la Historia de Tauste*, Asociación Cultural «El Patiaz», Tauste, 2015-a.
- , *El horizonte infinito. Los cuatro nacimientos de Isidoro Lahoz*, Editorial Comunter, Zaragoza, 2015-b.
- PALACIOS CUETO, Teodoro, ver LUCA DE TENA.
- PALAO DOLADO, Elena, *Por una España mayor y una Europa más justa. La Hoja de Campaña de la División Azul*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2018.
- PALMA GALLARDO, Antonio, *De Rusia a España. La odisea de un voluntario de la División Azul*. S. l., Amazon, 2015.
- PANIAGUA GARCÍA, Eleuterio, *Los hombres se matan así*, Lorenzana, Madrid, 1961.
- PAÑEDA REINLEIN, Rafael, *La suerte del otro. De la División Azul en Rusia al campo nazi de Dachau*, Mandala Ediciones, Madrid, 2005.
- PARDO MARTÍNEZ, Serafín, *Un año en la División Azul*, AF Editores, Valladolid, 2005.
- PAREJO FERNÁNDEZ, José Antonio, *Las piezas perdidas de la Falange: el sur de España*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 2008.
- PARRILLA NIETO, Miguel, *Sargentos para la Historia. 25 biografías del periodo 1936-1943*, Hermandad Nacional de Sargentos Provisionales, Madrid, 2007.
- , «El Grupo de Transmisiones de la División Azul», ver en AGUILAR, ORJALES, *Grupo de Transmisiones 250*, 2018.
- PAU ARRIAGA, Antonio, *Memoria de dos guerras*, edición del hijo del autor, Madrid, 2003.
- PAYNE, Stanley G. *El fascismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- , *Historia del fascismo*, Planeta, Barcelona, 1995.
- , *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza & Janés, Barcelona, 2003.
- , *La Europa Revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Planeta, Barcelona, 2011.
- , *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*, Espasa, Madrid, 2016.
- PEÑACOBIA ROYUELA, Ramón, *Morir de azul. La tragedia de la División Azul*, Edición del autor, Burgos, 2006.
- PÉREZ CABALLERO, Ramón, *Vivencias y recuerdos*, edición del autor, Ciudad Real, 1986.
- PÉREZ MAESTRE, Anselmo, *La División Azul de Huelva, 1941-1943*, Diputación de Huelva, Servicio de Publicaciones, Huelva, 2008.

- PÉREZ RUBIO, Manuel, «Los uniformes españoles de la División Azul», *Armas y Municiones*, n.º 142, 1998.
- y PRIETO BARRIO, Antonio, *Condecoraciones y distintivos de la División Azul*, Fundación División Azul y Fundación Don Rodrigo, Madrid, 2012.
- , *Legión Española de Voluntarios en Rusia. Los últimos de la División Azul*, Actas Editorial, Madrid, 2014.
- PÉREZ SOLÍS, Óscar, *Un vocal español en la Komintern y otros escritos sobre la Rusia Soviética*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2018.
- PERTEJO BARRENA, Alberto, *Los demonios de azul*, De Librum Tremens, Madrid, 2007.
- PFEIFER, Ulrike, *Obras literarias de los combatientes de la División Azul: rasgos germanófilos e influencias nacionalsocialistas durante la Segunda Guerra Mundial*, Memoria de Investigación, Departamento de Filología Española, Moderna y Latina, Universidad de las Islas Baleares, 2012 (Internet).
- PIGOREAU, Olivier, *Sanglante randonnée. Les Français de la division Brandebourg et des formations de chasse SS*, Histoire & Collections, París, 2013.
- PIKE, David Wingeate, *Franco and the Axis Stigma*, Palgrave Mcmillan, Nueva York, 2008.
- PIMENTEL LUQUE, Rafael, «Prieguenses en la División Azul», *Adarve*, n.º 926-927, 2014.
- PINILLA TURIÑO, Carlos, *Como el vuelo de un pájaro*, S. l., Publisalud, 1987.
- PIPES, Richard, *La revolución rusa*, Debolsillo, Barcelona, 2018.
- POHLMANN, Hartwig, *Wolchow. 900 Tage um leningrad, 1941-1944*, Podzun-Pallas verlag, friedberg, 1983.
- POMBO ANGULO, Manuel, *La sombra de las banderas*, Planeta, Barcelona, 1969.
- PONS PRADES, Eduardo, *Republicanos españoles en la Segunda Guerra Mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- POQUET GUARDIOLA, Joaquín, *4045 días cautivo en Rusia, 1943-1954*, Hermandad de la División Azul, Valencia, 1987.
- POSSI, Valeria, «Idealismo e imaginario falangista en las primeras novelas de la División Azul», *Castilla. Estudios de Literatura. Universidad de Valladolid*. n.º 8, 2017-a.
- , «Política y conocimiento: la División Azul en la literatura de los años 40 y 50», en JOUVE MARTIN J. R., y GOÑI PÉREZ, J. M. (editores), *Creadores, editores y coleccionistas: mercados y políticas culturales en el mundo hispánico*, Universitas Castellae, Valladolid, 2017-b.
- , «De utopías y desengaños: la novelística divisionaria de Rodrigo Royo», *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, n.º 12, 2018.
- POYATO GALÁN, Juan Manuel, «Logística Sanitaria en el Frente de Rusia. Estructura y funcionamiento del Grupo de Sanidad de la División Española de Voluntarios (1941-1943)», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- , «Combat Urology in World War II. Urinary Pathology at the Russian Front», *De Historia Urologiae Europaeae*, History Office-European Association of Urology, 2009.
- , *Bajo el fuego y sobre el hielo. La sanidad en la campaña de la División Azul*, Actas Editorial, Madrid, 2015.

- , «Pediатras en el Frente del Este (1941-1943): Cuento de hadas español para unos tristes niños rusos», *Ejército*, n.º 919, 2017.
- POZHARSKAYA, Svetlana Petrovna, «Golubaya diviziya na sovetsko-germanskom fronte», *Voprosy Istorii*, n.º 8, 1969.
- PRADA, Juan Manuel de, *Me hallará la muerte*, Destino, Barcelona, 2012.
- PREGO, Adolfo, *Héroes de España en Rusia*, Publicaciones Españolas, Colección: Temas de España ante el Mundo, 1954.
- PRIETO BARRIO, Antonio. Ver PÉREZ RUBIO.
- PROCTOR, Raymond, *Agonía de un neutral. Las relaciones hispano-alemanas durante la Segunda Guerra Mundial y la División Azul*, Editora Nacional, Madrid, 1972.
- , «La División Azul», *Guerres Mondiales et Conflits Contemporains*. n.º 162, 1991.
- PUNTE, Moisés *Yo, muerto en Rusia. Memorias del Alférez Ocañas de la División Azul*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1954.
- PUNTE FERNÁNDEZ, José Manuel, *Cántabros en la División Azul (1941-1944)*, Librucos, Santander, 2012.
- QUADRA-SALCEDO, Rodrigo, «La División Azul», *ABC*, Coleccionable 50 Años después: Segunda Guerra Mundial, Fascículo n.º 30, 1990.
- QUEROL, Carles, «Vuit penedesencs al setge de Leningrad entre 1941 i 1943», *El 3 de vuit*, n.º del 12 de febrero, 2010.
- QUESADA GÓMEZ, Agustín, «División Azul», en QUESADA GÓMEZ, Agustín y otros, *Historia del Arma de Ingenieros*, II tomo, Siglo XX. Abriendo camino, Dirección General de Relaciones Institucionales de la Defensa, Madrid, 2003.
- RADOSH, Ronald, HABECK, Mary R. y SEVOSTIONOV, Grigory, *España traicionada. Stalin y la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2002.
- RAMÍREZ COPEIRO DEL VILLAR, Jesús, *Huelva en la Segunda Guerra Mundial*, edición del autor, Huelva, 1996.
- RAMÓN CARRIÓN, Manuel de y ORTIZ SÁNCHEZ, Carmen, *Madrina de Guerra. Cartas desde el Frente*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2003.
- RAMOS, Fernando, *División Azul*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1953.
- RAMOS REDONDO, Eduardo, ver DOLADO ESTEBAN.
- RANZATO, Gabriele, *El gran miedo de 1936. Como España se precipitó en la Guerra Civil*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
- RAWICZ, Mariano, *Embajador en el paraíso franquista. Carta abierta al capitán Teodoro Palacios Cueto*, Carmelo Soria impresor, Santiago de Chile, 1956.
- READY, J. Lee, *The Forgotten Axis. Germany's Partners and Foreign Volunteers in World War Two*, McFarland & Company, Jefferson (Carolina), 1987.
- REBOLLO MONTES, Julio, *El Bunker*, Inédita Editores, Barcelona, 2006.
- REBOLLO ORTEGA, Francisco, «Torrejevenses en la División Azul», *Vista Alegre. Semanario de Torrevieja*, n.º 2.565, 2008.
- RECIO CARDONA, Ricardo, *El Servicio de Intendencia de la División Azul: la vida cotidiana de los expedicionarios (1941-1943)*, Fundación Don Rodrigo, Madrid, 1998-a.

- , «El Servicio de Intendencia de la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 37, 1998-b.
- (editor), *Españoles en la Segunda Guerra Mundial. El Frente del Este*, Ediciones Vandalia, Madrid, 1999.
- RECUERO PÉREZ, Teodoro, *Hasta Nóvgorod. Crónica de un viaje*, West Indies Publishing Company, Sevilla, 2017.
- REDONDO, Herminio, «Botschafter in der Hölle. Idee und Schicksal der Blauen Division», *Fakten*, n.º monográfico 11a-08, 2008.
- RENEDO DÍAZ, Julio, «Retazos», I a VII, *Blau División*, n.º 631 a 638, 2012.
- REY ESTOLLÉ, Alejandro, ver XAVIER, Adro.
- REY REGUILLO, Fernando del (director), *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Tecnos, Madrid, 2011.
- y ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel (directores), *Políticas del odio. Violencia y crisis en las democracias de entreguerras*, Tecnos, Madrid, 2017.
- RIDRUEJO JIMÉNEZ, Dionisio, *Poesía en armas. Cuadernos de la Campaña de Rusia*, Afrodísio Aguado, Madrid, 1944.
- , *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976.
- , *Los cuadernos de Rusia. Diario*, Planeta, Barcelona, 1978.
- RIUDAVETS DE MONTES, Luis, *Estampas de la vieja Rusia. Recuerdos de un voluntario de la División Azul*, edición del autor, Madrid, 1960.
- ROBLES ESTEBAN, Eduardo, ver DOLADO ESTEBAN.
- RÓDENAS, Ana María, «División Azul. Los españoles que lucharon con Hitler», *Clio. Revista de Historia*, n.º 141, 2013.
- RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Eduardo, «Españoles en la Segunda Guerra Mundial», en VV. AA., *Aproximación a la Historia Militar de España*, Ministerio de Defensa, Dirección General de Relaciones Institucionales, vol. II, Madrid, 2006.
- RODRÍGUEZ CANO MARTÍN, Alberto, «Táctica defensiva de Unidades de Infantería. Contribución a su estudio», *Ejército*, n.º 47, 1943.
- , «Organización defensiva de sector regimental. Un caso concreto», *Ejército*, n.º 52, 1943.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis, *De héroes e indeseables. La División Azul*, Espasa Calpe, Madrid, 2007-a.
- , «Propuesta de revisión de la historia oficial de la División Azul. Los temas ocultos», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º Extraordinario, 2007-b.
- , «El papel de las familias en las gestiones para la liberación de los prisioneros de la División Española de Voluntarios en la URSS», *Historia del Presente*, n.º 11, 2008.
- , «Ni División Azul, ni División Española de Voluntarios: el personal forzado en el cuerpo expedicionario enviado por Franco a la URSS», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 31, 2009.
- , «La contribución de la División Española de Voluntarios a la invasión de la URSS», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 34, 2012.
- , *Los prisioneros españoles en la URSS: la historia del capitán Palacios*, Publicaciones del Ministerio de Defensa, Madrid, 2016-a.

- , *El poeta entre alambradas o la historia de amor entre un alférez de la División Azul y una niña de la guerra de España*, Ediciones Camelot, Villaviciosa, 2016-b.
- ROIG, Pedro V., *Spanish soldiers in Russia*, Ediciones Universal, Miami, 1976.
- ROMÁN JIMÉNEZ, Manuel, «*Que en Rusia están*». *Historia del II Batallón del 269 (Rusia 1941-1942)*, Galland Books, Valladolid, 2011.
- ROMAÑA ARTEAGA, José Miguel, «Cara y cruz de la División Azul», *Historia y Vida*, n.º 188, 1983.
- , *La Segunda Guerra Mundial y los vascos*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1988.
- ROMERO, Emilio, *La paz empieza nunca*, Planeta, Barcelona, 1957.
- ROMERO, Javier, «Spain in World War II: The Blue Division in Russia, 1941-1944», *World at War. The Strategy and Tactics of World War Two*, n.º 14, 2010.
- ROMERO, Juan, y PEÑA, Carmen, *Un noble esfuerzo en una causa perdida. La División Azul en el Grupo de Ejércitos Norte (1941-1942)*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2012.
- ROMERO PÉREZ, Luis, *Tudá*, Ediciones Acervo, Barcelona, 1957.
- , «Recuerdos de un divisionario azul: la historia se hace recuerdo», *Tiempo de Historia*, n.º 92-93, 1982.
- ROMEU FERNÁNDEZ, Montserrat, *Relato de un viaje*, Editorial Picaflor, Ronda, 2007.
- ROQUER CRESPO, Rafael, *Mejor no haber nacido (... a pesar de todo quiero vivir)*, Éride Ediciones, Madrid, 2009.
- ROS CABO, Joaquín, *Diario de la División Azul. Un músico en el Frente Ruso*, Carena Editors, Valencia, 2013.
- ROUPPERT, Bérange, *La División Azul. ¿Por qué ha vuelto un objeto de investigación?* Trabajo Fin de Máster en Historia Contemporánea Española, Universidad París IV-Sorbonne, inédito, 2006 (Archivo Fundación División Azul).
- ROYO MASIÁ, Rodrigo, *¡Guerra! (Historia de la vida de Luis Pablos)*, editado por el autor, Madrid, 1944.
- , *El sol y la nieve*, editado por el autor, Madrid, 1956.
- , *El sepulturero*, Sedmay, Madrid, 1976.
- RUDINSKIY, Vladimir, «Con los españoles en el frente de Leningrado», I a III, *Blau División*, n.º 671 a 675, 2015.
- RÜHL, Klaus Jörg, *Franco, Falange y el Tercer Reich. España durante la Segunda Guerra Mundial*, Ediciones Akal, Madrid, 1986.
- RUIZ AYÚCAR, Ángel, *La Rusia que conocí*, Ediciones del Movimiento, Madrid, 1954.
- RUIZ MOLINA, Jesús, «Y hubo una Legión Española en Rusia. Retazos de un diario», *Ejército*, n.º 412, 1974.
- RUTHERFORD, Jeff, *La guerra de la infantería alemana, 1941-1944. Combate y genocidio en el Frente del Este*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2017.
- SÁEZ LÓPEZ, José Antonio, «Alicantinos en la División Azul», *Revista del Vinalopó. Centre d'Estudis Locals del Vinalopó*, n.º 6-7, 2004.
- , «Sajeños en la División Azul», *El Castillo de Sax-Grupo de Amigos de la Historia de Sax*, n.º 19, 2005.

- , «Fuentes Archivísticas para el estudio de la División Azul», I y II, *Ares. Revista de Historia y actualidad militar*, n.º 36 y 37, 2014-a.
- , «El Grupo de Exploración 250 de la División Azul. Formación y organización inicial», *Serga*, n.º 90, 2014-b.
- SÁENZ-FRANCÉS SAN BALDOMERO, Emilio, «Inconvenient Belligerency: the Representation of the Allies in the Blue Division's "Hoja de Campaña"», en LEVAL, C. y HARRIS, M. (editores), *Sights and Insights. Interactive Images of Europe and Wider World*, Pisa University Press, Pisa, 2007.
- , *Entre la antorcha y la esvástica. Franco en la encrucijada de la Segunda Guerra Mundial*, Actas Editorial, Madrid, 2009.
- SAGARRA RENEDO, Pablo, «Fuentes para el estudio de la División Azul: el Archivo Histórico Provincial de Valladolid», *Blau División*, n.º 581, 2007.
- , *Capellanes en la División Azul, los últimos cruzados*, Actas Editorial, Madrid, 2012.
- , «El carlismo ante la División Azul», ver: VV. AA. *Historia sobre la División Azul*, 2014.
- , «75 Aniversario de la entrada en fuego de la División Azul. Reflexiones históricas y desafíos historiográficos», *Ares*. n.º 52, 2016.
- , «El paradigma de la División Azul. Los diarios de campaña como fuentes históricas», *Ares*. n.º 60, 2018.
- y ANDRÉS MARTÍN, Juan Ramón de, *Atlas Ilustrado del Carlismo*, Susaeta Ediciones, Madrid, 2014.
- y CASTILLO PEÑUELAS, Víctor, *Lejos de España, pero por España. Las mejores fotos de la División Azul*, Galland Books, Valladolid, 2011.
- y GONZÁLEZ LÓPEZ, Óscar, *Nieve, barro y sangre en Krasny Bor. Vida y muerte del capitán Huidobro*, Galland Books, Valladolid, 2014.
- , *Atlas Ilustrado de Falange Española de las JONS*, Susaeta Ediciones, Madrid, 2016.
- GONZÁLEZ LÓPEZ, Óscar y MOLINA FRANCO, Lucas, *Divisionarios. Testimonio gráfico de los combatientes españoles en la Wehrmacht*, La Esfera de los libros, Madrid, 2012.
- , *Soldados españoles en el Tercer Reich*, Galland Books, Valladolid, 2014.
- , *Cruces de Borgoña en Rusia. La Legión Valona (1941-1945)*, Galland Books, Valladolid, 2017.
- , *La España Soviética. La influencia de la Revolución Rusa y de la Komintern, 1917-1945*, Galland Books, Valladolid, 2018.
- (Más entradas sobre SAGARRA RENEDO. Ver: BARRIUSO, CABALLERO JURADO, CASTILLO PEÑUELAS y GONZÁLEZ LÓPEZ).
- SALAMANCA SALAMANCA, Ángel y TORRES GARCÍA, Francisco, *Esclavos de Stalin: el combate final de la División Azul. Memoria histórica de un prisionero en la URSS*, Fuerza Nueva Editorial, Madrid, 2002.
- SALAS ÍÑIGO, Juan de Dios, *Aquella Rusia*, Mira Editores, Zaragoza, 1988.
- SALAS LARRAZÁBAL, Jesús, «Actuación en Rusia de las Escuadrillas Expedicionarias españolas», *Aeroplano, Revista de Historia Aeronáutica*, n.º 2, 1984.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón, «La División Azul», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V, Historia Contemporánea*, n.º 2, 1989.

- SALMERÓN TRISTANTE, Jerónimo, *El rojo en el azul*, Inédita Editores, Barcelona, 2005.
- SALOMONI, Antonella, *La Unión Soviética y la Shoah. Genocidio, resistencia, silenciamiento*, Publicaciones de la Universidad de Valencia, Valencia, 2007.
- SALVADOR ESPESO, Tomás, *División 250*, Domus, Barcelona, 1954.
- , *10 de febrero en Krassnyj Bor. Unas fechas famosas en la División Azul*, Ediciones Marte, Barcelona, 1962.
- , «Testigo directo: Tomás Salvador. La División 250, llamada “Azul”», *Historia y Vida*, n.º 35, 1971.
- , *Camaradas 74*, Plaza & Janés, Barcelona, 1975.
- SAMPEDRO MORENO, Carlos, *La División Azul a través de sus uniformes y emblemas*, García Hispán Editor, Alicante, 1992.
- SAMPEDRO RAMO, Vicent, *Los hijos de la viuda. La masonería en la ciudad de Alicante, 1893-1939*, Universidad de Alicante-Ayuntamiento de Alicante, Alicante, 2017.
- SÁNCHEZ CARRILERO, Javier, *Crónicas de la División Azul*, edición del autor, Albacete, 1992.
- SÁNCHEZ DIANA, José María, *España y el Norte de Europa durante la Revolución Francesa (1788-1803)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1963.
- , «Historia de un periódico militar. La Hoja de Campaña de la División Española de Voluntarios», *Ejército*. n.º 567, 1987.
- , *Cabeza de puente. Diario de un soldado de Hitler*, García Hispán Editor, Alicante, 1990.
- SÁNCHEZ LOZANO, Manuel y MORENO MORENO, Miguel Antonio, *Espanoles en el Gulag de Stalin*, La Biblioteca del Guripa, Alicante, 2017.
- SÁNCHEZ SALCEDO, Eduardo, *Framan. De Serrablo a Leningrado*, Excmo. Ayuntamiento-Instituto de Estudios Altoaragoneses, Sabiñánigo (Huesca), 2002.
- SANCHO NAVARRO, José María y GÓMEZ GIMÉNEZ, Laura, «Canalins a la “División Azul”, 1941-1943», *La Revista de Canals*, n.º 4, 2018.
- SANGUEDOLCE, Alexandre, «La Division Azul», *Histomag* 39-45, n.º 95, 2016.
- SANTIAÑEZ-TIO, Nil, *Topographies of Fascism: Habitus, Space, and Writing in Twentieth-Century Spain*, University of Toronto Press, Toronto, 2013.
- SANZ JARQUE, Juan José, *Alas de águila. La División Azul en Rusia*, Actas Editorial, Madrid, 2010.
- SCURR, John, *Germany's Spanish Volunteers, 1941-1945. The Blue Division in Russia*, Osprey Publishing, Londres, 1980-a.
- , «The Spanish Blue Division». *War Monthly*, n.º 81, 1980-b.
- , *No Fiesta on the Eastern Front*, Book Guild Publishing, Sussex, 2007.
- SEIDLER, Franz W., *Avantgarde für Europa. Ausländische Freiwillige in Wehrmacht und Waffen SS*, Selent, Pour le Mérite, 2004.
- SEMENOV Konstantin K., «Sinya Diviziya na Vostochnom fronte», *Mirovue Voinu*. n.º 2, 2005. (Más entradas de SEMENOV, ver DROBYAZKO).
- SERNA MARTÍNEZ, Roque, *Heroísmo español en Rusia, 1941-1945*, edición del autor, Madrid, 1981.
- SERRANO, Secundino, *La última gesta. Los republicanos que vencieron a Hitler*, Aguilar, Madrid, 2005.

- , *Españoles en el Gulag. Republicanos bajo el estalinismo*, Ediciones Península Barcelona, 2011.
- SERRANO BARBERÁN, Ángel, «La Justicia en la División Azul», *Revista Española de Derecho Militar*, n.º 100, 2013.
- SILVA, Lorenzo, *Niños feroces*, Destino, Barcelona, 2011.
- SILVA, Ricardo, «A historia dos portugueses que combateram no exército de Hitler», *Visão*. n.º 1040, 2013-a. [El nombre completo del autor es Ricardo Daniel Carvalho da Silva].
- , «Portugueses que combateram na Frente Leste», *Visão Historia*, n.º 21, 2013-b.
- SILVOSA PICOS, Manuel, «Diario de un teniente de Infantería, I a III», *Blau División*, n.º 715 a 717, 2019.
- SMYTH, Denis, «The Dispatch of the Spanish Blue Division to the Russian Front: Reasons and Repercussions», *European History Quarterly*, vol. 24, 1994.
- SNYDER, Timothy, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2011.
- SOTOMAYOR, Enrique, *Juventudes en pie de paz. Escritos y discursos del creador del Frente de Juventudes*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2003.
- SOURD, Jean Pierre, *True Believers. Spanish Volunteers in the Heer and Waffen SS, 1944-1945*, Europa Books, Bayside (Nueva York), 2004.
- , *Croisés d'un idéal. Volontaires espagnols de la Waffen SS, Heer et Kriegsmarine (1944-1945)*, Dualpha Editions, París, 2007.
- STERNHELL, Zeev, SZNAJDER, Mario y ASHERI, Maia, *El nacimiento de la ideología fascista, Siglo XXI de España*, Madrid, 1994.
- STRASSNER, Peter, «Division Azul. Die Blaue Division», *Deutsches Soldatenjahrbuch*, 1971.
- SUVÓROV, Víctor, *El rompehielos. ¿Quién empezó la Segunda Guerra Mundial?*, Planeta, Barcelona, 2015.
- TABERNILLA, Guillermo y GONZÁLEZ, Ander, *Combatientes vascos en la Segunda Guerra Mundial*, Desperta Ferro Ediciones, Madrid, 2018.
- TAGÜEÑA LACORTE, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 1978.
- TALÓN ORTIZ, Vicente, «Ángel Salamanca Salamanca. Una Medalla Militar Individual “sur le champ” en el Frente de Rusia», *Defensa*, n.º 227, 1997.
- TAMBS, Lewis A., ver KLEINFELD.
- TAMBURRI BARIAN, R. y otros, «El apoyo sanitario de la División Española de Voluntarios (1941-1943): elementos para una revisión», *Sanidad Militar. Revista de Sanidad de las Fuerzas Armadas de España*, vol. 73.º, n.º 3, 2017.
- THOMAS ANDREU, Joan María, *Franquistas contra franquistas*, Debate, Barcelona, 2015.
- TOGORES SÁNCHEZ, Luis Eugenio, *Muñoz Grandes. Héroe de Marruecos, general de la División Azul*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2007.
- , *Yagüe. El general falangista de Franco*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- (Más entradas sobre TOGORES SÁNCHEZ, ver MORALES DELGADO).
- TORRÁ I PUIGDELLÍVOL, Montserrat, *Ideales y desengaños. Cartas desde Rusia a un hermano (1941-1942)*, Silex Ediciones, Madrid, 2014.

- TORRES GALLEGO, Gregorio, «Los Voluntarios españoles de Hitler, 1944-1945», I y II, *Soldiers-Raids. Revista mensual de militaría y cuerpos de élite*, n.º 45 y 46, 1999.
- , «División Azul. Prólogo de una epopeya», *Soldiers-Raids. Revista mensual de militaría y cuerpos de élite*, n.º 69, 2001-a.
- , «Españoles en las Waffen SS. Italia, 1945», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 10, 2001-b.
- , «La División Azul. Apuntes sobre la artillería de la fuerza expedicionaria en Rusia», *Actas de las III Jornadas Artilleras de Extremadura*, Grupo de Artillería XI, Badajoz, 2004.
- , «Los mandos de la artillería de la División Azul», *Revista Española de Historia Militar*, n.º 81, 2007.
- y CABALLERO JURADO, Carlos, «La Artillería de la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61, 2006 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*).
- y CASTILLO PEÑUELAS, Víctor, *Militaria de la División Azul. Uniformes, emblemas, documentos, condecoraciones y otros objetos de los voluntarios españoles en Rusia*, Galland Books, Valladolid, 2010.
- TORRES GARCÍA, Francisco, *La División Azul, 50 Años después*, Fuerza Nueva Editorial, Madrid, 1991-a.
- , «El nacimiento de la División Azul», *Historia y Vida*, n.º 285, 1991-b.
- , «El largo camino hacia la neutralidad: las difíciles negociaciones para la retirada de la División Azul (1942-1943)», en TUSELL, Javier y otros (editores), *El Régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores*, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), 1993.
- , «Bases ideológicas, razones políticas, factores coyunturales y elementos permanentes de una intervención militar: la conceptualización de la División Azul», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 61 (*La División Azul: nuevas perspectivas historiográficas*), 2006.
- «Hablemos de la División Azul», I a VII, *Fuerza Nueva*, n.º 1.379 (8 de marzo) a 1.385 (14 de julio), 2010.
- «División Azul: una misión al servicio de la política exterior española», *Blau División*, n.º 627, 2011.
- , *Soldados de Hierro. Los voluntarios de la División Azul*, Actas Editorial, Madrid, 2014-a.
- , «La historia desde el universo de lo anecdótico, base para un estudio sociológico de los voluntarios: memoria y recuerdo de los divisionarios valencianos», ver VV. AA. *Historia sobre la División Azul*, 2014-b.
- , *Cautivos en Rusia. Los últimos combatientes de la División Azul*, Actas Editorial, Madrid, 2018.
- (Más entradas de TORRES GARCÍA, Francisco, ver: SALAMANCA SALAMANCA).
- TOTU, Neculai, *Notas del frente español (1936-1937)*, Editura Dacia, Madrid, 1970.
- TOUPIN, Claude, «La Division Azul. Des espagnols sur le front de l'Est», *Histoire du Second Conflit Mondial*, n.º 14, 2011.
- TRIVIÑO GAVIRA, Cristian, «De Tarifa al Frente del Este», *Aljaranda. Revista de Estudios tarifeños*, n.º 90, 2016.

- TRONCOSO SAGRADO, José María, «Con la División Española de Voluntarios en un campamento alemán», *Ejército*, n.º 25, 1942.
- TRUJILLO, E., «Guía de lecturas sobre la gesta española del Este», *Defensa*, extra n.º 16 (*Los cincuenta años de la División Azul*) 1991.
- TUCKER-JONES, Anthony, «Hitler's Fighting Spaniards», *Military Illustrated*, n.º 211, 2005.
- URGOITI Y BAS, Carlos, *Prólogo al tema amistad*, Dédalo, Madrid, 1987.
- URIARTE ARBAIZA, Isabel, *Las mujeres de la División Azul. Una valerosa retaguardia*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2012.
- URQUIJO LENDECHO, Alfonso de, *Cuando empuñamos las armas: la pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 y 1942*, Moneda y Crédito, Madrid, 1973.
- USUNARIZ MOCOROA, Joaquín María, *Rusia marcó mi destino. Diario de campaña del teniente Usunariz, 1942-1943*, Galland Books, Valladolid, 2017.
- UXÓ PALASÍ, José, «División 250», *Ejército*, n.º 618, 1991.
- , «Leningrado, febrero de 1943», *Ejército*, n.º 637, 1993.
- , «Artilleros en Krasny Bor», *Ejército* n.º 649, 1994.
- UZ, Avelino de la, «Del diario de un voluntario de la División Azul», I a VIII, *Blau División*, n.º 454 a 462, 1997-1998.
- VADILLO ORTIZ DE GUZMÁN, Fernando, *Orillas del Vóljov*, Ediciones Marte, Barcelona, 1967.
- , *Arrabales de Leningrado*, Ediciones Marte, Barcelona, 1971.
- , *...Y lucharon en Krasny Bor*, Ediciones Marte, Barcelona, 1975.
- , *Balada final de la División Azul: los legionarios*, DYRSA, Madrid, 1984.
- , *División Azul. La gesta militar española del siglo XX*, Este Oeste Editorial, Madrid, 1991.
- , *Los irreductibles*, García Hispán editor, Granada, 1993.
- , *Los prisioneros*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1996.
- , *Muñoz Grandes. El General de la División Azul*, Fundación Don Rodrigo, Madrid, 1999.
- VALDÉS LARRAÑAGA, Manuel, *De la Falange al Movimiento (1936-1952)*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994.
- VALIENTE VALLEJO, Luis, «Generales de la División Azul», *Clio. Revista de Historia*. n.º 165, 2015.
- VALLE, Ignacio del, *El tiempo de los emperadores extraños*, Alfaguara, Madrid, 2006.
- VARA DE REY, Ana, *Mermelada de naranja amarga*, El Maquinista, Madrid, 2011. [Nombre real: Ana Martínez Vara de Rey].
- VÁZQUEZ ENCISO, Manuel, *Historia postal de la División Azul*, Lindner Filatelia Ibérica, Madrid, 1995.
- VEGA DÍAZ, Manuel Pedro Armengol, *Cuna negra*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1964.
- VEGA VIGUERA, Enrique de la, *Arde la nieve*, edición del autor, Sevilla, 1998.
- , *Rusia no es culpable. Historia de la División Azul*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 1999.
- VEIGA CHOUSA, David, «La Hermandad de la División Azul: un acercamiento al asociacionismo divisionario», *Revista Universitaria de Historia Militar*, n.º 4, vol. 2, 2013.
- VICIANA MARTÍNEZ-LAGE, Alfonso, *700. Los almerienses de la División Azul*, Diputación de Almería-Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2018.

- VIDAL GADEA, José Antonio, *Breves notas sobre la División Azul*, García Hispán Editor, Alicante, 1991.
- VIDAL GUARDIOLA, Lorenzo, «Resiliencia en la Estepa», *Festes Majors de Setembre 2016*, Monóvar (Alicante), 2016.
- , «Baraka en el Ladoga», *Festes Majors de Setembre 2017*, Monóvar (Alicante), 2017.
- VIDOSA SÁNCHEZ, Héctor, «La División Azul en Krasny Bor: propuesta de una intervención arqueológica», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, n.º 37, 1998.
- VILADOT FARGAS, José, *El espíritu de la División Azul: Possad*, Ediciones Barbarroja, Madrid, 2000.
- , «Un héroe catalán en la División Azul: el capitán Masip», I a VIII, *Blau Divisió*n, n.º 576-577 a 585, 2007-2008.
- VILCHES, Juan, *La calle del olvido*, Inédita Editores, Barcelona, 2008 [Nombre real: Juan Pozo Vilches].
- VILLALBA GALINDO, Manuel, «Servicios Veterinarios en la División Española de Voluntarios», *Ejército*, n.º 37, 1943.
- VILLAMOR, Rubén, *El colapso del imperio ruso. Las Guerras de Independencia, 1917-1924*, HRM Ediciones, Zaragoza, 2018.
- VISCARRI, Dionisio, «Preserving the Falangist Myth in the Post Franco Era: The Case of Fernando Vadillo's "Los Legionarios" and "Los Irreductibles"», en MERINO Eloy E. y SONG, H. Rosi (editores), *Traces of Contamination: Unearthing the Francoist Legacy in Contemporary Spanish Discourse*, Bucknell University Press, Lewisburg (Pennsylvania), 2005.
- VITRY, Xavier, «¡Rusia es culpable! The Spanish Volunteers against Communism on the Eastern Front, 1941-1945», *Le Franc Tireur*, n.º 9, 2007.
- WETTE, Wolfram, *La Wehrmacht. Los crímenes del ejército alemán*, Crítica, Barcelona, 2007.
- XAVIER, Adro, *Fui soldado en cuatro guerras*, Ediciones Marte, Barcelona, 1976.
- YDÍGORAS REVENGA, Carlos María, *Algunos no hemos muerto*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1957.
- ZAERA LEÓN, Jesús, «Diario de un falangista de antitanque divisionarios», I a V, *Blau Divisió*n, n.º 664 a 669, 2014-2015.
- ZANÓN ALDALUR, Luis, «Impresiones sobre la Primera División Española de Voluntarios», I a IX, *Blau Divisió*n, n.º 642 a 656, 2013-2014.
- ZANÓN MERCADO, Salvador, «Diario de la Campaña», I a X, *Blau Divisió*n, n.º 619 a 630, 2011-2012.
- ZATO DEL CORRAL, José, *Vivencias de un observador crítico durante los últimos tres cuartos de siglo*, edición del autor, Madrid, 1997.
- ZUBIŃSKI, Tadeusz, *Błękitna Dywizja. Hiszpańscy sojusznicy Hitlera*, Wydawnictwo Poznańskie, Poznań, 2016.
- ZULAICA SIGÜENZA, Ramón, *La última oportunidad*, Ágora, San Sebastián, 1963.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Carlos Caballero Jurado, 2019  
© La Esfera de los Libros, S.L., 2019  
Avenida de San Luis, 25  
28033 Madrid  
Tel.: 91 296 02 00  
[www.esferalibros.com](http://www.esferalibros.com)

Primera edición en libro electrónico (mobi): mayo de 2019  
ISBN: 978-84-9164-607-5 (mobi)  
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.